Daniel Deronda

George Eliot

Opera Magna

Rialp

DANIEL DERONDA

GEORGE ELIOT

OPERA MAGNA

EDICIONES RIALP
MADRID

© 2023 de la edición española traducida
por Jacinto Forment Costa
by EDICIONES RIALP, S. A.,
Manuel Uribe 13-15 – 28033 Madrid
www.rialp.com

Preimpresión: produccioneditorial.com

ISBN (edición impresa): 978-84-321-6440-8
ISBN (edición digital): 978-84-321-6441-5
ISBN (edición bajo demanda): 978-84-321-6442-2

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir, fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

LIBRO I

LA CHICA MALCRIADA

CAPÍTULO 1

Los hombres no pueden hacer nada sin imaginar un comienzo. Incluso la Ciencia, que todo lo mide, parte necesariamente de una unidad imaginaria, y debe fijar un punto del incesante viaje de las estrellas si pretende que su reloj astral tenga un cero. Siempre se ha entendido que su ancestro menos preciso, la Poesía, empezara por el medio; pero si se piensa, resulta que su procedimiento no es muy diferente; la Ciencia también retrocede y avanza, divide su unidad en billones, y con su dedo apuntando al cero se sitúa de hecho in medias res[1]*. Ninguna retrospección nos llevará al verdadero principio; y nuestro prólogo, tanto si se sitúa en el cielo o en la tierra*[2]*, no es más que una parte de nuestra historia.*

¿Era ella hermosa o no? ¿Y cuál era el secreto de la forma o de la expresión que otorgaba una cualidad dinámica a su mirada? ¿Era el espíritu bueno o el maligno el que dominaba esos destellos? Probablemente el maligno; además, ¿por qué producía más bien un efecto de desasosiego y no de encanto sereno? ¿Por qué el deseo de mirar de nuevo se experimentaba como una coacción y no como un anhelo en el que consentía todo el ser?

La que suscitaba tales preguntas en la mente de Daniel Deronda estaba ocupada apostando, no al aire libre bajo el cielo del sur, echando al aire monedas sobre una pared en ruinas y cubierta de harapos, sino en uno de esos magníficos refugios preparado en los años más ilustres para el mismo tipo de deleites a un gran coste de molduras doradas, colores oscuros y figuras desnudas rechonchas, combinado todo con gran robustez, formando un apropiado condensador para el aliento humano, algo que pertenece, en gran parte, a la clase más alta, y que no es fácilmente respirado en cualquier otra parte en la misma proporción, al menos por personas de clase inferior.

Eran cerca de las cuatro de la tarde de un día de septiembre, así que el ambiente estaba formado por una mezcla de bruma visible. Había una gran calma, interrumpida solamente por un leve matraqueo, un ligero tintineo, un pequeño rumor, y un canto ocasional en francés, como el que sería esperable que saliera de una

máquina autómata ingeniosamente construida. Alrededor de dos largas mesas se apiñaban sendos grupos de seres humanos, todos salvo uno, con sus caras y su atención puestas sobre la mesa. La excepción era un niño pequeño melancólico, con sus rodillas y pantorrillas cubiertas simplemente con el recubrimiento natural de su epidermis, pero revestido el resto de su cuerpo con un traje de imitación. Solo él tenía la cara girada hacia la puerta, y fijando en ella la mirada vacía de un muchacho vestido de forma llamativa, posando como los chicos disfrazados de los anuncios colocados en la plataforma de un espectáculo itinerante, permanecía justo detrás de una dama profundamente enfrascada en la mesa de la ruleta.

Junto a esta mesa se congregaban unas cincuenta o sesenta personas, muchas en las últimas filas, donde de vez en cuando venía gente nueva, meros espectadores, de los cuales solo uno, normalmente una mujer, ponía de vez en cuando una moneda de cinco francos a lo tonto, solo por ver en qué consistía realmente la pasión de apostar. Aquellos que estaban disfrutando de ese placer más en serio, absortos en el juego, ofrecían variedades muy distantes de género europeo: livonios y españoles, greco-italianos y alemanes mestizos, ingleses aristócratas e ingleses plebeyos. Ciertamente se hallaba aquí una llamativa constatación de la igualdad humana. Los blancos dedos enjoyados de una condesa inglesa rozaban muy de cerca la demacrada mano amarillenta con aspecto de cangrejo que estiraba su muñeca desnuda para apoderarse de un montón de monedas —una mano que encajaba con la cara plana y pálida, los ojos profundos, las cejas canosas, y el escaso pelo mal peinado, y que parecía la ligera metamorfosis de un buitre—. ¿Y en qué otra parte habría consentido cortésmente su señoría sentarse junto a esa figura femenina de labios secos, prematuramente vieja, marchitada tras una breve mocedad como flores artificiales, sosteniendo un bolso descosido de terciopelo, y en ocasiones llevándose a la boca el punzón con el que recogía su carta? También allí, muy cerca de la condesa, se hallaba un respetable hombre de negocios de Londres, rubio y de manos suaves, con la parte delantera y trasera de su pulcro cabello escrupulosamente dividida, sabedor de las circulares dirigidas a la nobleza y a la alta sociedad, cuya insigne protección le permitía pasar sus vacaciones a la moda, y hasta cierto punto en su eminente compañía. No tenía la pasión del jugador, que anula el apetito, sino unas sanas intenciones de aprovechar el tiempo libre, que entre los intervalos en que se saca partido de los negocios y se gasta dicha ganancia ostentosamente, no ve una mejor manera de ganar dinero que en el juego, y gastándolo aún más ostentosamente —sabiendo que la Providencia nunca se había manifestado en contra de su diversión—, y siendo lo suficientemente desapasionado para retirarse si el deleite de ganar

mucho y ver perder a otros se transformaba en la amargura de perder mucho y ver ganar a otros. Pues el vicio del juego consistía en perder dinero. En su porte debía haber algo de comerciante, pero en sus gustos competía perfectamente con los dueños de los títulos más antiguos. De pie cerca de su silla había un bello italiano, tranquilo, hierático, que se hizo un hueco para colocar la primera pila de napoleones[3] que le entregó de una bolsa nueva un ayudante con bigote rizado. La pila fue entregada en medio minuto a una señora mayor que llevaba peluca y unas gafas que pellizcaban fuertemente su nariz. Los labios de la señora dibujaron una ligera sonrisa; pero el hierático italiano permaneció impasible, y —probablemente seguro de un sistema infalible que debía asegurarle la suerte— preparó inmediatamente una nueva pila. Lo mismo hizo un hombre con pintas de galán demacrado o libertino desgastado, que miraba la vida a través de un monóculo, y levantaba temblorosamente la mano cuando pedía un cambio. Seguramente no era un sistema riguroso lo que inspiraba su fiero aunque vacilante impulso en el juego, sino más bien el creerse un mirlo blanco, o simplemente el pensamiento que el día ocho del mes le daba suerte.

Pero, aunque cada jugador difería marcadamente del resto, había cierta uniformidad en la negatividad de su expresión, que tenía el efecto de una máscara, como si todos ellos hubieran comido de una misma fuente que les empujara a comportarse de la misma manera monótona.

El primer pensamiento de Deronda cuando sus ojos se posaron sobre esta escena de ambiente viciado fue que las apuestas de los mancebos españoles eran más envidiables. Visto lo visto hasta podría justificarse la afirmación de Rousseau de que el arte y la ciencia habían hecho un flaco favor a la humanidad. Pero de repente, sintió que el momento se volvía dramático. Una joven señorita, la última persona sobre la que sus ojos viajaron, puesta en pie en una esquina no lejos de él, capturó su atención. Estaba inclinada hablando en inglés a una señora de mediana edad sentada en el juego a su lado; al instante siguiente volvió a su juego, mostrando por entero su elegante figura, cuyo rostro quizás podía mirarse sin admiración, pero no con indiferencia.

El debate interno que suscitó en Deronda reflejó en su mirada una creciente expresión de escrutinio, alejándose cada vez más del fulgor que la admiración forma en los sentimientos más indefinidos. En un primer momento, sus ojos siguieron los movimientos de su cuerpo, sus brazos y sus manos, mientras esta enigmática sílfide se inclinaba para depositar su apuesta con aire decidido; luego, los volvió hacia su rostro, que sin ser observado en esos momentos por nadie, estaba fijo en el juego. La sílfide era una ganadora; y mientras sus diestros dedos,

delicadamente enfundados en guantes de un color gris pálido, ordenaban las monedas que le habían sido entregadas para disponerlas de nuevo en el punto ganador, dio una mirada a su alrededor con un aire tan extremadamente frío y neutral que no cabía en él la menor posibilidad de albergar lo que llamamos el arte de esconder un regocijo interior.

Pero durante ese momento de observación, sus ojos se encontraron con los de Deronda, y en lugar de apartarlos como ella habría deseado, era desagradablemente consciente de que quedaron atrapados… ¿por cuánto tiempo? La aguda sensación de que le estaba midiendo y observándola como a alguien inferior, de que él era de una naturaleza diferente a la de la escoria humana que la rodeaba, de que él mismo se sentía en otro mundo y por encima de ella, y de que la estaba examinando como a un espécimen de orden inferior, le produjo un molesto resentimiento que llenó ese instante de tensión. No hizo subir la sangre a sus mejillas, pero la apartó de sus labios. Se controló con la ayuda de un desdén interior, y sin más signo de emoción que la palidez de sus labios continuó su juego. Pero la mirada de Deronda parecía haber actuado como un mal de ojo. Perdió lo que puso. No importaba; había estado ganando desde que llegó a la ruleta con unos pocos napoleones en su poder, y tenía una reserva considerable. Cuando había empezado a creer en su suerte, otros lo habían hecho también. Se había imaginado que le seguía un cortejo que la adoraba como a una diosa de la suerte y observaba cómo su juego dirigía la fortuna. Los hombres que apuestan conocen tales cosas; ¿por qué no puede tener una supremacía semejante una mujer? Su amigo y acompañante, que al principio no había querido que ella jugase, ya comenzaba a consentir en ello, dando solo el consejo prudente de dejarlo en el momento adecuado y llevar dinero de vuelta a Inglaterra —consejo al que Gwendolen había respondido que a ella solo le importaba la excitación del juego, no las ganancias—. En ese supuesto, el presente momento debería haberle provocado un efecto de euforia en su ansiosa experiencia de apostar. Pero cuando su siguiente apuesta fue retirada, sintió el acaloramiento de las órbitas de sus ojos, y la certeza que tenía (sin mirarlo) de que aquel hombre todavía la observaba era como una presión que comenzaba a torturarla. Razón de más por la que no debía acobardarse, sino continuar jugando como si no le importara perder o ganar. Su amigo le tocó el codo y le propuso que abandonaran la mesa. Como respuesta, Gwendolen puso diez luises en el mismo lugar: se hallaba en ese estado de desafío en el que la mente pierde de vista cualquier objetivo más allá de la satisfacción de la resistencia rabiosa, y con la pueril estupidez de un impulso dominante incluye a la suerte entre sus objetos de desafío. Como no estaba ganando de forma llamativa, la

siguiente mejor opción era perder de forma llamativa. Controló sus músculos, y no mostró ningún temblor en la boca o en las manos. Cada vez que retiraban su apuesta, ella la doblaba. Muchos la miraban ahora, pero de la única observación que era consciente era de la de Deronda, que aunque ella nunca le dirigió la mirada, estaba segura de que no se había movido. Una situación así no dura demasiado tiempo: la catástrofe llega a menudo tan rápido por algo tan tonto como la mano del momento. "*Faites votre jeu, mesdames et messieurs*"[4], dijo la voz del destino saliendo entre el bigote y la perilla del crupier, y el brazo de Gwendolen se alargó para depositar su último montoncito de napoleones. "*Le jeu ne va plus*"[5], dijo el destino. Y en cinco segundos Gwendolen salió de la mesa, pero salió resueltamente, con su rostro fijo en Deronda y observándole. Hubo una sonrisa de ironía en los ojos de él cuando sus miradas se encontraron; pero al menos era preferible que él hubiera mantenido fija su atención en ella que no que la hubiera considerado como a una más de un enjambre de insectos sin fisonomía propia. Además, a pesar de su altivez e ironía, era difícil de creer que él no admirara su espíritu así como su persona: él era joven, apuesto, distinguido en apariencia —no uno de esos filisteos ridículos y desaliñados que creían que era su deber observar con desprecio las tablas de juego con miradas de protesta mientras pasaban por su lado —. El convencimiento profundo de que somos dignos de ser admirados no se viene abajo solo por un hecho negativo aislado; es más, cuando alguien de la extensa familia de la Vanidad, encuentra que su actuación ha sido recibida fríamente, comienza a pensar que poco a poco irá ganándose al inexplicado disidente. En la forma usual de pensar de Gwendolen se daba por hecho que ella sabía lo que era admirable y que ella misma era admirada. Esta base de pensamiento había recibido un golpe desfavorable, y se bamboleó un poco, pero no iba a ser fácilmente abatida.

Por la noche, la misma sala era aún más sofocante, brillaba con gas y con los vestidos de muchas damas que arrastraban sus colas o estaban sentadas en los otomanes[6].

La Nereida vestida de verde marino con ornamentos plateados, con una pluma de un pálido verde marino sustentada en plata y cayendo hacia atrás sobre su sombrero verde y su pelo castaño, era Gwendolen Harleth. Estaba bajo la protección o más bien sujeta a la dama que había estado sentada a su lado en la mesa de la ruleta; y con ellas estaba un caballero alemán con bigote blanco y pelo corto, de cejas pobladas y aspecto rígido. Caminaban tranquilamente o se paraban para charlar con conocidos; y Gwendolen era muy observada por los grupos que permanecían sentados.

—Una chica desconcertante, esa señorita Harleth, no como otras.

—Cierto. Aparece ahora como una serpiente, toda ella de verde y plata, y contorsionando el cuello más de lo normal.

—Oh, siempre tiene que hacer algo extraordinario. Es ese tipo de chicas, imagino. ¿La encuentra usted hermosa, señor Vandernoodt?

—Mucho. Un hombre podría arriesgarse a que le colgaran por su causa, me refiero a un tonto, claro.

—¿Le gustan entonces una *nez retroussé*[7] y largos ojos achinados?

—Cuándo combinan con una figura así.

—¿La figura de la serpiente?

—Si así lo desea. La mujer fue tentada por una serpiente. ¿Por qué no el hombre?

—Ciertamente es muy elegante. Pero le falta una brizna de color en sus mejillas. Tiene el tipo de belleza de Lamia[8].

—Por el contrario, yo creo que su aspecto es uno de sus principales encantos. Es de una palidez cálida; parece enteramente sana. Y esa nariz delicada con su pequeña curva gradual hacia arriba es arrebatadora. Y aún su boca, nunca hubo una boca más hermosa, los labios retraídos tan finamente, ¿no es así, Mackworth?

—¿Usted cree? Yo no soporto ese tipo de boca. Parece tan autocomplaciente, como si fuera consciente de su propia belleza; las curvas son demasiado inflexibles. Me gusta una boca que tiemble más.

—Por mi parte, la considero detestable —dijo una vieja matrona respetable—. Es sorprendente qué chicas más desagradables están ahora en boga. ¿Quiénes son esos Langen? ¿Alguien los conoce?

—Son gente *comme il faut*[9]. He comido con ellos varias veces en *la Russie*[10]. La baronesa es inglesa. La señorita Harleth la llama prima. La chica misma está muy bien criada, y es muy lista.

—¡Dios mío! ¿Y el barón?

—Un excelente mueble de decoración.

—Su baronesa está siempre en la mesa de la ruleta —dijo Mackworth—. Imagino que es ella quien ha enseñado a la chica a apostar.

—¡Oh, la vieja juega de forma moderada! Va echando una pieza de diez francos por aquí y por allá. La chica es más precipitada. Pero solo es un desvarío.

—He oído que hoy ha perdido todas sus ganancias. ¿Son ricos? ¿Alguien lo sabe?

—¡Ah!, ¿quién sabe? ¿Quién sabe eso acerca de nadie? —dijo el señor Vandernoodt, alejándose para unirse con los Langen.

La observación de que Gwendolen giraba su cuello más de lo normal esta noche era cierta. Pero no era porque quisiera dar una imagen más completa de serpiente: era porque buscaba por casualidad ver a Deronda, para poder indagar algo sobre este desconocido, bajo

cuya mirada observadora todavía se amedrentaba. Al fin, llegó su oportunidad.

—Señor Vandrenoodt, usted conoce a todo el mundo —dijo Gwendolen, sin demasiada ansiedad, sino más bien con cierta languidez que a veces producía su voz de soprano—. ¿Quién es ese de al lado de la puerta?

—Hay al menos media docena al lado de la puerta. ¿Se refiere a ese viejo Adonis del ala de Jorge IV?

—No, no; el joven de pelo oscuro de la derecha de expresión horrible.

—¿Horrible, dice? Yo creo que es un tipo inusualmente distinguido.

—¿Pero quién es?

—Hace poco que ha venido a nuestro hotel con el señor Hugo Mallinger.

—¿El señor Hugo Mallinger?

—Sí. ¿Le conoce?

—No —Gwendolen se sonrojó ligeramente—. Está hospedado cerca de nosotros, pero nunca viene a visitarnos. ¿Cómo dijo que se llamaba el caballero de al lado de la puerta?

—Deronda, señor Deronda.

—¡Qué nombre más encantador! ¿Es inglés?

—Sí. Se dice que está emparentado con el Baronet[11]. ¿Está usted interesado en él?

—Sí. Creo que no es como el resto de los jóvenes.

—¿Y no admira usted al resto de jóvenes?

—Ni por asomo. Siempre sé lo que van a decir. Pero no puedo adivinar qué es lo que diría este señor Deronda. ¿Qué *es* lo que dice?

—Nada en particular. Estuve sentado con sus acompañantes una buena hora anoche en la terraza, y no dijo nada, ni siquiera fumaba. Parecía aburrido.

—Otra razón por la que debería conocerle. Yo siempre estoy aburrida.

—Creo que él estaría encantado de que les presentara. ¿Voy a buscarle? ¿Lo permite usted, Baronesa?

—¿Por qué no? Al fin y al cabo está emparentado con el señor Hugo Mallinger. Es un nuevo *rôle*[12] que has adoptado, Gwendolen, esto de estar siempre aburrida —continuó la señora von Langen cuando el señor Vandernoodt se hubo alejado—. Hasta ahora siempre habías mostrado interés por algo desde la mañana hasta la noche.

—Eso es porque estoy enormemente aburrida. Si voy a dejar el juego, tengo que romperme un brazo o la clavícula. Tengo que hacer que suceda algo; a menos que usted vuelva a Suiza y me lleve al

Cervino[13].

—Tal vez el conocimiento de este señor Deronda hará las veces del Cervino.

—Tal vez.

Pero Gwendolen no conoció al señor Deronda en esta ocasión. El señor Vandernoodt no consiguió acercarlo esa noche, y cuando ella volvió a su habitación encontró una carta que la reclamaba de vuelta a casa.

CAPÍTULO 2

Este hombre está urdiendo un secreto entre nosotros dos,
que pueda apaciguarme con sus ojos encontradizos
como el que apacigua a una leona acorralada.

Esta es la carta que Gwendolen encontró sobre su mesa:

Querida niña: esperaba oír noticias tuyas desde hace una semana. En tu última carta decías que los Langen pensaban ir a Baden. ¿Cómo podías ser tan insensata y no indicarme tu dirección? Estoy muy preocupada por que esta carta ni siquiera te llegue. En cualquier caso, ibas a regresar a casa a finales de septiembre, y ahora debo implorarte que regreses tan pronto como puedas, pues si gastaras todo el dinero estaría fuera de mi alcance enviarte más, y no debes pedirles prestado a los Langen, ya que no podría devolvérselo. Esta es la triste verdad, hija mía —ojalá pudiera prepararte mejor —pero ha caído sobre nosotros una terrible calamidad. Tú no sabes nada de negocios y no lo entenderás; pero Grapnell y Cia. han sucumbido y estamos en la ruina total, tanto tu tía Gascoigne como yo, solo que tu tío conserva su posición, así que prescindiendo del carruaje y consiguiendo alguna participación para los chicos, la familia puede ir tirando. Todos los bienes que nuestro pobre padre ahorró para nosotras se nos van en pagar las deudas. No hay nada que pueda decir que es mío propio. Es mejor que sepas esto cuanto antes, aunque me desgarra el corazón tener que contártelo. Por supuesto no podemos evitar pensar que fue una lástima que te fueras cuando lo hiciste. Pero no te critico por eso, mi querida niña; te ahorraría cualquier problema si pudiera. En tu camino a casa tendrás tiempo de hacerte a la idea del cambio que encontrarás. Quizás tengamos que dejar Offendene inmediatamente, ya que esperamos que el señor Haynes, que ya lo quería antes, nos lo quite ahora de las manos. Está claro que no podemos ir a la rectoría, no queda libre allí ni una esquina. Debemos conseguir alguna cabaña o algo así para cobijarnos, y deberemos vivir de la caridad de tu tío Gascoigne, hasta que vea

qué más se puede hacer. No voy a ser capaz de pagar las deudas a los comerciantes además de las pagas de los criados. Coge fuerzas, mi querida niña, debemos resignarnos a la voluntad de Dios. Pero es duro resignarse al maldito atolondramiento del señor Lassman, que dicen fue la causa de la quiebra. Tus pobres hermanas solo pueden llorar conmigo y no pueden ayudarme. Una vez que estés aquí, veremos una rendija de esperanza. Siempre he sentido que era imposible que tú estuvieras destinada a la pobreza. Si los Langen desean permanecer en el extranjero, tal vez podrías ponerte bajo la protección de alguien más durante el viaje. Pero ven tan pronto como puedas con tu afligida y afectuosa mamá,

FANNY DAVILOW.

La primera impresión que produjo esta carta en Gwendolen fue la de semi-aturdimiento. La confianza implícita en que su destino debía ser el de una libertad lujosa, donde cualquier problema que ocurriera pudiera ser satisfactoriamente solucionado, había sido más fuertemente arraigada en su propia mente que en la de su mamá, al ser alimentada por su sangre joven y por ese sentido de superioridad que invadía gran parte de su consciencia. Era casi tan difícil para ella entender que de repente su posición era ahora de pobreza y de dependencia humillante, como habría sido concebir en la enérgica corriente de su vida radiante el escalofriante pensamiento de que iba a morir. Permaneció sin moverse durante unos minutos, luego arrojó su sombrero y automáticamente se miró en el espejo. Los rizos de su suave pelo castaño todavía estaban en orden, lo suficientemente como para mostrarse en una sala de baile; y como en otras noches, Gwendolen podía haberse estado mirado prolongadamente por placer (sin duda, una indulgencia permisible); pero ahora no prestó atención a su belleza reflejada, y simplemente miraba fijamente enfrente de ella como si hubiera sido sacudida por un ruido odioso y estuviera esperando su causa. Al rato se echó sobre la esquina de un sofá de terciopelo rojo, cogió de nuevo la carta, la leyó con detenimiento dos veces, y la dejó caer finalmente al suelo, mientras posaba sus puños sobre su falda, sentándose perfectamente recta, sin derramar una sola lágrima. Su impulso fue el de considerar y resistir su situación antes que lamentarse. No hubo una sola exclamación interna del tipo “¡pobre mamá!”. Su mamá no parecía haberle sacado nunca partido a la vida, y si Gwendolen hubiera estado en este momento dispuesta a sentir pena por alguien habría sido por ella —pues, ¿no era también ella misma, con todo derecho y naturalidad, el objeto de la ansiedad de su mamá?—. Pero era furia, era resistencia lo que la embarazaba; era una amarga contrariedad haber perdido sus ganancias en la ruleta, mientras que si su suerte hubiera continuado ese día podía haber

reunido una gran suma de dinero que llevar a casa, o haber continuado jugando y ganar suficiente dinero para mantenerlos a todos. Incluso ahora, ¿no era posible? Solo le quedaban cuatro napoleones en su bolso, pero poseía varias alhajas que podía empeñar, una práctica tan común en la alta sociedad en los baños alemanes que no había por qué sentirse avergonzada; e incluso si no hubiera recibido la carta de su mamá, probablemente habría decidido sacar dinero de un collar etrusco que resulta que no había llevado desde su llegada; no, ella podía haberlo hecho con un sentimiento agradable de estar viviendo con intensidad y de escapar de la monotonía. Disponiendo de diez luises y si volvía su antigua suerte, que parecía probable, ¿qué podía hacer mejor que seguir jugando por unos días? Si en su casa desaprobaran la manera con la que consiguiera el dinero, como seguramente harían, con todo, habría dinero. La imaginación de Gwendolen dio vueltas sobre estos pensamientos con agradables consecuencias, pero no con la seguridad inquebrantable y la certeza creciente con que lo habría hecho si hubiera sido poseída por la manía del jugador. Habría ido a la mesa de la ruleta no por pasión, sino en busca de ella: su mente todavía era capaz de discernir juiciosamente probabilidades equilibradas, y aunque la posibilidad de ganar la tentaba, la de perder la detenía con igual fuerza y le hizo imaginar cómo se hundiría su orgullo. Pues estaba resuelta a no contar a los Langen que una desgracia había caído sobre su familia, o a no acogerse de ninguna manera a su compasión; y si ella fuera a empeñar sus joyas de forma perceptible, harían preguntas y protestarían. La forma de evitar al máximo esas intolerables molestias era conseguir dinero de su collar por la mañana temprano, contar a los Langen que su mamá deseaba que volviera inmediatamente sin dar explicaciones, y tomar el tren hacia Bruselas esa noche. No llevaba ninguna sirvienta consigo, y los Langen podían poner dificultades en que regresara sola, pero su voluntad era definitiva.

En lugar de irse a dormir, encendió toda la luz que le fue posible y comenzó a empaquetar sus cosas, trabajando sin descanso, aunque en todo momento la visitaban las escenas que le sucederían al día siguiente —ya fueran, las aburridas explicaciones y despedidas, y el sinuoso viaje de vuelta hacia una casa cambiada, o bien la alternativa de quedarse un día más y volver de nuevo a la mesa de la ruleta—. Pero siempre en esta última escena aparecía la imagen de ese Deronda, observándola con exasperante ironía, y —las dos hirientes experiencias las revivía inevitablemente juntas—, mirándola fijamente abandonada de nuevo por la suerte. Esta imagen inoportuna ciertamente ayudó a decantar su resolución del lado de la salida inmediata, y a adelantar la recogida de sus cosas hasta el punto de que habría sido inconveniente un cambio de idea. Habían dado las doce al

entrar en su habitación, y para cuando se estaba convenciendo de que dejaba solo lo necesario, la tenue luz del amanecer estaba entrando por la persiana blanca y quitando resplandor a sus velas. ¿Para qué irse a dormir? Un baño de agua fría la refrescó lo suficiente, y vio que una leve muestra de fatiga alrededor de sus ojos hacía su mirada aún más interesante. Antes de las seis estaba completamente lista, vestida de viaje, toda de gris, incluso con su sombrero de fieltro, pues pensaba confiar en salir tan pronto viera a otras damas saliendo de paseo. Y dado que estaba sentada de lado ante el largo espejo situado entre sus dos ventanas, se volvió para mirarse, apoyando el codo en el respaldo de la silla, en un ademán que podía haber sido escogido para su retrato. Es posible tener una fuerte ambición sin ninguna satisfacción de sí mismo, sino más bien descontento de sí mismo, que aún es más intenso cuando lo más profundo de la sensibilidad egoísta se convierte en un valor supremo; pero Gwendolen no sabía nada de estas luchas internas. Tenía una inocente seguridad en su venturosa naturaleza, lo que cualquiera, a excepción del beato más estricto, habría perdonado en una chica que cada día había visto un agradable reflejo de esa naturaleza tanto en los cumplidos de sus amigos como en el espejo. Así que incluso al comienzo de estos problemas, al no tener nada más que hacer, se sentó observando su imagen ante la luz creciente, mientras su cara recobraba gradualmente su complacencia a la par con la alegría de la mañana. Sus bellos labios fueron curvándose hacia una sonrisa cada vez más decidida, y al fin se sacó el sombrero, se inclinó hacia delante, y besó el frío espejo que había parecido tan cálido. ¿Cómo podía creer en la aflicción? Si la atacara, sentía la fuerza para destruirla, desafiarla, o apartarse de ella, como ya había hecho. Nada parecía más posible que el ser capaz de seguir afrontando calamidades, grandes o pequeñas.

La señora von Lagen no salió en ningún momento antes del desayuno, así que Gwendolen pudo concluir a salvo su temprana caminata, tomando su camino por la calle Obere, donde se hallaba la tienda que necesitaba, y de la que estaba segura que abrían a las siete. A esa hora cualquier observador del que pudiera temer algo estaría, o bien en su camino hacia la región de los saltos de agua, o bien en su dormitorio; no obstante, sí había un gran hotel, el *Czarina*, del cual algunos ojos podían seguirla hasta la puerta del señor Wiener. Era un riesgo que había que correr: ¿no podía estar yendo a comprar algo de lo que se hubiera encaprichado? Esta implícita fantasía pasó por su mente mientras recordaba que el *Czarina* era el hotel de Deronda; pero ya estaba por entonces al final de la calle Obere, y continuó caminando con su acostumbrado movimiento de vaivén, cada línea de su cuerpo y su ropaje formando elegantes curvas, atractivas para cualquier ojo salvo aquellos que discernían en ellas un parecido

excesivo al de la serpiente, y objetaban el renacimiento de la adoración a la misma. No miraba ni a la derecha ni a la izquierda, e hizo la transacción de su negocio en la tienda con una frialdad que no dejó remarcar nada al pequeño señor Wiener, salvo sus aires de gentil orgullo, y el tamaño y calidad superior de las tres turquesas centrales del collar que le ofrecía. Habían pertenecido una vez a la cadena de su padre; pero nunca había conocido a su padre y el collar era en todos los sentidos la alhaja de la que más podía prescindir. ¿Quién cree que es una contradicción imposible ser supersticioso y racional al mismo tiempo? La ruleta fomenta una superstición romántica en cuanto a las posibilidades del juego, y el más prosaico racionalismo en cuanto a los sentimientos humanos que implican obtener el dinero necesario. Lo que más pesaba a Gwendolen era que, después de todo, solo tenía nueve luises que añadir a los cuatro de su bolso: ¡estos tratantes judíos eran tan mezquinos al sacar partido de los cristianos desafortunados en el juego! Pero ella era la huésped de los Langen en su apartamento alquilado, y no tenía que pagarles nada: trece luises harían algo más que llevarla a casa; incluso si decidiera arriesgar tres, los diez restantes serían más que suficientes, ya que quería viajar seguido, día y noche. Mientras volvía a casa, y aún cuando entró y se sentó en el salón para esperar a sus amigos y desayunar, todavía fluctuaba entre si salir inmediata o simplemente decir a los Langen que había recibido una carta de su mamá pidiéndole que volviera, y dejar aún sin decidir cuándo partiría. Era ya la hora normal del desayuno, y al oír a alguien entrar mientras estaba estirada hacia atrás, más bien cansada y furiosa, con los ojos cerrados, se levantó esperando ver a uno u otro de los Langen —con las palabras que debían determinar demorarse al menos un día más, ya formadas en sus labios—. Pero era el sirviente que traía un paquete para la señorita Harleth, que había sido dejado en ese momento en la puerta. Gwendolen lo cogió en sus manos e inmediatamente corrió hacia su habitación. Parecía más pálida y agitada que cuando había leído por primera vez la carta de su mamá. Algo —nunca supo qué— le reveló antes de abrir el paquete que contenía el collar del que se había desprendido. Por debajo del papel estaba envuelto en un pañuelo de lienzo, y dentro de él había una nota en papel arrancado, donde estaba escrito a lápiz con escritura clara pero rápida:

> *Un desconocido que ha encontrado el collar de la señorita Harleth se lo devuelve con la esperanza de que no vuelva a correr el riesgo de perderlo.*

Gwendolen enrojeció con el sofoco del orgullo herido. Una amplia esquina del pañuelo parecía haber sido torpemente arrancada para librarse de una marca; pero al instante pensó en la primera imagen del

“desconocido” que le vino a la mente. Era Deronda; debía haberla visto ir a la tienda; debía haber ido inmediatamente después y redimido el collar. Se había tomado una libertad imperdonable, y se había atrevido a situarla a ella en una posición totalmente odiosa. ¿Qué podía hacer? Ciertamente, no actuar con la convicción de que era él quien le había enviado el collar y devolvérselo en seguida: eso implicaría hacer frente a la posibilidad de que podía no estar en lo cierto; no, incluso si el “desconocido” fuera él y no otro, sería demasiado duro para ella tanto el darle a entender que lo había adivinado como el encontrarse de nuevo siendo ambos conscientes de ese reconocimiento. Él sabía muy bien que la estaba situando en una humillación impotente; era otra forma de sonreír ante ella irónicamente, y adoptar la actitud de un mentor altivo. Gwendolen sintió las amargas lágrimas de la mortificación salir y bajar por sus mejillas. Nunca nadie anteriormente se había atrevido a tratarla con ironía y desprecio. Una cosa estaba clara; debía llevar a cabo su resolución de abandonar el lugar inmediatamente; no podía reaparecer en el salón público, menos aún acercarse a la mesa de la ruleta y arriesgarse a ver a Deronda. Entonces hubo unos importunos golpeos a la puerta: el desayuno estaba listo. Con un movimiento apasionado, Gwendolen metió apresuradamente el collar, el lienzo y el trozo de papel en su neceser, se llevó el pañuelo a la cara, y tras relajarse durante uno o dos minutos, reunió su orgulloso autodominio y se reunió con sus amigos. Las señales que las lágrimas y la fatiga le habían dejado concordaban lo suficiente con el relato que ofreció de haber sido llamada a casa, por alguna razón que temía fuera un aprieto para su mamá, y de haber hecho ella misma las maletas, sin esperar la ayuda de la criada de su amiga. Hubo muchas protestas, como había esperado, de que fuera a viajar sola, pero se mantuvo firme en rechazar cualquier medida de compañía. Ella entraría en el compartimiento de señoras y seguiría así todo el viaje. Podría descansar perfectamente en el tren y no temía nada.

Resultó, de esta forma, que Gwendolen no volvió a dejarse ver en la mesa de la ruleta, sino que partió ese jueves por la noche hacia Bruselas, y llegó el sábado por la mañana a Offendene, el hogar donde ella y su familia iban pronto a dar su último adiós.

CAPÍTULO 3

No se nos escape ninguna flor primaveral. Coronémonos de capullos de rosas antes de que se marchiten.
Libro de la Sabiduría[14]

Era una lástima que Offendene no fuera la casa de la infancia de la señorita Harleth, o que no estuviera encariñada con ella por recuerdos familiares. Una vida humana, pienso, debería estar bien arraigada en algún lugar de una tierra natal, donde pueda percibir el amor de la dulce familiaridad, bien por el aspecto de la tierra, por los hombres yendo al campo, por los sonidos y acentos que encierra, o por cualquier cosa que diera a ese primer hogar una inconfundible intimidad, diferente de cualquier percepción futura; un lugar donde la claridad de los primeros recuerdos pudieran ser recordados con afecto, y la familiaridad con todos los seres vivos de la zona, no solo los vecinos, sino incluso los perros y los burros, surgiera no por un esfuerzo sentimental o por reflexión, sino como un dulce hábito interior. A los cinco años, los mortales no están preparados para ser ciudadanos del mundo, para ser estimulados con nombres abstractos, para superar las preferencias con la imparcialidad; y ese ciego prejuicio a favor de la leche con la que empezamos a mamar, refleja la forma en que van a alimentarse el cuerpo y el alma al menos durante un tiempo. La mejor introducción a la astronomía es considerar los cielos nocturnos como una pequeña porción de estrellas que forman parte de la propia casa.

Pero esta bendita persistencia en la que puede arraigarse el afecto no había estado presente en la vida de Gwendolen. Su mamá había escogido Offendene como casa simplemente por su cercanía a la rectoría Pennicote, y hacía solo un año que la señora Davilow, Gwendolen, y sus cuatro hermanastras (la institutriz y la sirvienta les seguían en otro coche) eran conducidas por la avenida por primera vez en una tarde de últimos de octubre, en la que los grajos chillaban fuertemente sobre ellos y las hojas amarillas de los olmos formaban torbellinos.

La estación del año le sentaba bien al aspecto de la vieja casa

rectangular de ladrillos, quizás demasiado ornamentada con piedras en cada hilera, incluso en la doble fila de ventanas estrechas y el grueso pórtico cuadrado. La piedra atrapaba un liquen verdoso y los ladrillos un gris polvoriento, de forma que, aunque el edificio fuera rectangular, no había regularidad en su fisonomía, orientada hacia las tres avenidas que cortaban el este, el oeste y el sur en los cien metros de ancho de las viejas plantaciones que rodeaban los alrededores. Habría estado bien que la casa hubiera estado elevada en una loma, para poder mirar desde ella más allá de su pequeño propio dominio hacia los largos tejados de paja de los pueblos lejanos, las torres de las iglesias, las granjas esparcidas, el crecimiento gradual de bosques inesperados y las verdes extensiones de parques ondulados que conformaban la hermosa faz de la tierra en esa parte de Wessex. Pero aunque se situaba tras un muro en medio de prados lisos, por uno de sus lados se veían las cumbres de los escarpados acantilados del mundo exterior, que el paso de los días había ido formando regularmente.

La casa era justo lo suficientemente grande para considerarse una mansión, y estaba alquilada con una renta moderada, al no tener ningún feudo que dependiera de ella, y al ser difícil de alquilar debido a su mobiliario sombrío y su tapicería descolorida. Pero no había nada en el aspecto exterior o interior de la casa que hiciera sospechar a ningún observador que en ella vivían comerciantes retirados; esta certeza era un reclamo suficiente para los inquilinos que no solo tenían el gusto de distanciarse del mobiliario nuevo, sino que se movían además en esa situación en la que la anexión era un tema tabú; y tomar como hogar una casa que había servido a su vez a una condesa respetable añadió un ligero matiz a la satisfacción de la señora Davilow de disponer de un establecimiento propio. Esto, que extrañaba un poco a Gwendolen, fue de repente posible cuando murió su padrastro, el Capitán Davilow, que durante los últimos nueve años había estado con su familia en breves e irregulares ocasiones, el tiempo necesario para reconciliarse por sus prolongadas ausencias; pero a ella le importaba más el hecho que las explicaciones. De esta manera, mejoraron todas sus expectativas. A ella no le gustaba su antigua forma de vida, vagando continuamente de un balneario a un apartamento parisino, siempre sintiendo antipatía hacia nuevos muebles alquilados, y encontrándose con nueva gente en condiciones que la hacían aparecer como de poca importancia; y la excepción de haber pasado dos años en una escuela ostentosa —donde siempre que se le había presentado la ocasión de lucirse lo había conseguido—, había aumentado su convencimiento de que una persona tan excepcional como ella no podía permanecer en circunstancias ordinarias o en una posición social menos ventajosa. Cualquier miedo

al respecto desapareció ahora que su mamá iba a tener una casa propia; porque por lo que respecta a su nacimiento ella estaba tranquila. No sabía cómo su abuelo materno obtuvo la fortuna que luego heredaron sus dos hijas; pero aquel había sido un indio del oeste[15] —lo que parecía excluir cualquier cuestión al respecto—; y sabía que la familia de su padre era de clase tan alta como para no considerar en absoluto a la de su mamá, que sin embargo, conservaba con mucho orgullo un dibujo en miniatura de una tal señora Molly de esa familia. Habría sabido probablemente mucho más de su padre si no hubiera sido por un pequeño incidente ocurrido cuando ella tenía doce años. La señora Davilow había traído algunos recuerdos de su primer marido, cosa que hacía solo muy de vez en cuando, y mientras enseñaba el dibujo a Gwendolen, recordó con un fervor que parecía provenir de una peculiar compasión filial, el hecho que su padre había muerto cuando su pequeña hija iba en pañales. Gwendolen, pensando inmediatamente en el frío padrastro que había conocido la mayor parte de su vida mientras sus vestidos aún eran cortos, dijo:

—¿Por qué te casaste otra vez, mamá? Habría sido mejor que no lo hubieras hecho.

La señora Davilow enrojeció profundamente, un ligero movimiento convulsivo pasó por su cara, y cerrando de golpe los recuerdos dijo, con una violencia inusitada en ella:

—¡Niña, no tienes sentimientos!

Gwendolen, que tenía mucho cariño a su mamá, se sintió herida y avergonzada, y desde entonces nunca se atrevió a preguntar sobre su padre.

Esta no fue la única vez en que sintió la punzada de los remordimientos filiales. Siempre que era posible, se arreglaban las cosas de forma que tuviera una pequeña cama en la habitación de su mamá; esto era así porque la ternura maternal de la señora Davilow recaía principalmente en su hija mayor, nacida en sus tiempos más felices. Una noche, tras un ataque de dolor, la madre vio que la medicina que normalmente tenía al lado de su cama no había sido puesta, y pidió a Gwendolen que saliera de la cama y fuera a por ella. La joven y sana señorita, cómoda y caliente como un niño rosado en su cuna, protestó de salir al frío, y permaneciendo quieta, masculló una negativa. La señora Davilow pasó la noche sin su medicina y no se lo reprochó a su hija; pero al día siguiente, Gwendolen era claramente consciente de lo que debía pasar por la mente de su mamá, y trató de enmendar la situación con caricias, que no le costaron poco esfuerzo. Al haber sido siempre la mimada y el orgullo de la familia, servida por la madre, las hermanas, la institutriz y las sirvientas, como si hubiera sido una princesa en el exilio, era normal que le costara trabajo pensar que su propio placer fuera menos importante que el de los demás, y

cuando era contrariada del todo sentía un pasmoso resentimiento, capaz, en sus días más salvajes, de ensañarse en uno de esos apasionados actos que parecen contradecir las inclinaciones habituales. Aunque nunca había sido una chica que actuara sin pensar y de forma cruel, sino que de hecho estaba incluso encantada de rescatar a insectos a punto de ahogarse y observar cómo se recuperaban, tenía un desagradable y callado recuerdo de haber ahogado al canario de su hermana en un arrebato de cólera debido a que su canto agudo había estado continuamente sobreponiéndose disonantemente sobre el suyo. Se tomó la molestia de comprar un ratón blanco para su hermana como compensación, y aunque interiormente se excusaba en base a una peculiar sensibilidad que era una marca de su superioridad general, el pensamiento de ese crimen infame la hacía siempre estremecer. La naturaleza de Gwendolen no era despiadada, pero no le gustaba tener que enmendarse, y ahora que tenía veintitantos años, parte de su fuerza instintiva se había convertido en un autocontrol por el que se resguardaba de la humillación penitencial. Mostraba una pasión y una voluntad más fuertes que nunca, pero también las controlaba más fríamente.

El primer día en que llegaron a Offendene, que ni siquiera la señora Davilow había visto antes —ya que fue el señor Gascoigne el que se ocupó de buscar la casa—, cuando todos bajaron del carruaje y se situaron bajo el porche en frente de la puerta abierta, de forma que tuvieran tanto una vista general del lugar como una ligera impresión del recibidor de piedra y de las escaleras de las que colgaban pinturas sombrías, aunque alegradas por el fuego brillante de la chimenea, nadie dijo una palabra: su mamá, las cuatro hermanas y la institutriz, todas miraron a Gwendolen, como si sus sentimientos dependieran totalmente de su decisión. De las niñas, desde Alice, de dieciséis años, hasta Isabel, de diez, apenas podía decirse algo a simple vista, salvo que eran todavía niñas, y que sus vestidos negros estaban descosiéndose. La señorita Merry era ya de edad y de expresión indiferente. La ya marchita belleza de la señora Davilow parecía aún mover más a compasión por la desesperada mirada de socorro que lanzó a Gwendolen, la cual observaba la casa, el paisaje, y el recibidor con cara de hacer una valoración rápida. Daba la idea de un joven caballo de carreras encerrado en una caballeriza entre potros sin cuidar y mansos jamelgos.

—Bueno, querida, ¿qué piensas del sitio? —dijo al fin la señora Davilow, en un amable tono de desaprobación.

—Creo que es encantador —se apresuró a decir Gwendolen—. Un lugar romántico; en él podría pasar algo fascinante; un buen antecedente para cualquier cosa. Nadie tiene por qué sentirse avergonzado de vivir aquí.

—Ciertamente, no se ve nada ordinario.

—Oh, sería suficiente para cualquier tipo de personas de clase alta venida a menos. Podríamos haber estado viviendo aquí ostentosamente, y haber acabado en esto. ¡Habría sido tan romántico! Pero creía que nuestro tío Gascoigne y nuestra tía estarían aquí para recibirnos, y mi prima Ana —añadió Gwendolen con un tono de viva sorpresa.

—Hemos llegado pronto —dijo la señora Davilow; y entrando en el recibidor, dijo al ama de llaves que se acercaba—: ¿Espera que vengan el señor y la señora Gascoigne?

—Sí, señora: estuvieron aquí ayer para dar órdenes concretas sobre las lámparas y la comida. En cuanto a las lámparas, las tenía preparadas en todas las habitaciones desde la semana pasada, y todo está bien aireado. Me habría gustado que parte del mobiliario hubiera agradecido mejor la limpieza que se le ha hecho, pero *creo* que ustedes verán que a los metales se les ha hecho justicia. *Creo* que cuando vengan el señor y la señora Gascoigne, les dirán que nada ha sido desatendido. Estarán aquí a las cinco, seguro.

Esto satisfizo a Gwendolen, que no estaba preparada para que les recibieran con indiferencia; y tras subir unos pasos por la tosca escalera para cerciorarse de lo que había arriba, bajó de nuevo, y seguida por todas las niñas, dirigió una mirada a cada una de las habitaciones desde el recibidor —el comedor de madera oscura y un gastado damasco liso de color rojo, con una copia de un Snyders[16] de unos perros gruñones y recelosos sobre el aparador, y un Cristo partiendo el pan sobre la repisa de la chimenea; la biblioteca con aspecto y olor a cuero pardo viejo; y, finalmente, el escritorio, al que se accedía a través de una pequeña antesala, repleta de venerables bagatelas—.

—¡Mamá, mamá, ven aquí, por favor! —dijo Gwendolen mientras la señora Davilow hablaba con el ama de llaves—. Aquí hay un órgano. Seré Santa Cecilia[17]; alguien me pintará como Santa Cecilia. Jocosa (así llamaba a la señorita Merry), ven a soltarme el pelo. ¡Mira, mamá!

Se quitó el sombrero y los guantes, y se sentó ante el órgano en una postura admirable, mirando hacia arriba; mientras, la sumisa y triste Jocosa quitó el único broche que le sujetaba el moño, y sacudió el cabello color castaño dejándolo caer en suave cascada por debajo de la esbelta cintura de su dueña.

La señora Davilow sonrió y, consciente de cómo su niña mimada se exhibía incluso en presencia del ama de llaves, dijo:

—¡Un cuadro encantador, querida! —Gwendolen se levantó y rio satisfecha. Todo ello parecía muy a propósito al entrar en una casa nueva que ofrecía unos antecedentes magníficos.

—¡Qué habitación más peculiar, extravagante y pintoresca! —continuó, mirando a su alrededor—. Me gustan estas viejas sillas tapizadas, las guirnaldas sobre el entablado de la pared, y las pinturas que deben representar algo. Esa con las líneas, que solo son líneas y un fondo negro, creo que es española, mamá.

—¡Oh, *Gwendolen*! —dijo la pequeña Isabel, con un tono de sorpresa, mientras sujetaba una punta abierta en los paneles del entablado al otro lado de la habitación.

Todas, Gwendolen la primera, fueron a mirar. El panel abierto había dejado al descubierto la imagen del rostro de un cadáver, vuelto del revés, del que parecía emerger un cuerpo oscuro con los brazos extendidos.

—¡Qué horror! —dijo la señora Davilow, con una mirada de aversión; pero Gwendolen se estremeció en silencio, e Isabel, una chiquilla tonta e impertinente con una memoria terrible, dijo:

—Nunca te quedarás sola en esta habitación, Gwendolen.

—¿Cómo te atreves a abrir cosas que deben estar encerradas, criaturilla perversa? —dijo Gwendolen, muy enfadada. Entonces, arrebatando el panel de las manos de la culpable, lo cerró precipitadamente, diciendo—: Hay una cerradura, ¿dónde está la llave? Encontrad la llave, o si no mandad hacer una, y que nadie más vuelva a abrirla; o mejor, entregadme a mí la llave.

Tras dirigir a todas esta orden Gwendolen se volvió, con la cara enrojecida por el escalofriante sobresalto, y dijo: —Subamos a nuestra habitación, mamá.

El ama de llaves encontró la llave en el cajón de un armario cercano al panel y se la entregó a Bugle, la sirvienta de la señora, indicándole expresamente que se la diera a su Alteza Real.

—No sé a quién se refiere, señora Startin —dijo Bugle, que había estado ocupada en la planta de arriba durante la escena del escritorio, y algo ofendida por esta ironía en una nueva sirvienta.

—Me refiero a la joven señorita que será la que nos dé todas las órdenes, por lo que se deduce de su mirada y de su aspecto —replicó la señora Startin como para conciliarse—. Ella sabrá qué llave es.

—Si ya has preparado lo que queríamos ves a ver a las otras, Bugle —dijo Gwendolen cuando ella y la señora Davilow entraron en su habitación negra y amarilla, donde estaba preparado un pequeño y precioso canapé al lado de una camilla negra y amarilla conocida como “la mejor cama”—. Yo ayudaré a mamá.

Pero su primera acción fue ir directa al gran espejo que había entre las ventanas, que la reflejaba a ella y a toda la habitación, mientras que su mamá se sentó y dirigió su mirada también hacia el espejo.

—Este es un espejo que realza tu figura, Gwendolen; ¿o es el color

negro y dorado el que te hace destacar de esta manera? —dijo la señora Davilow, mientras Gwendolen posaba de lado con tres cuartas partes de su cara mirando al espejo, y con la mano izquierda agitando su cabello.

—Sería una Santa Cecilia aceptable con algunas rosas blancas en la cabeza —dijo Gwendolen—, solo que, ¿y mi nariz, mamá? Creo que las narices de los santos no son respingonas. Ojalá me hubieras dado tu perfecta nariz recta; habría funcionado para cualquier tipo de personaje, una nariz apta para cualquier trabajo. La mía es solo una nariz feliz; no funcionaría para una tragedia.

—Oh, querida, cualquier nariz vale para ser desgraciada en este mundo —dijo la señora Davilow, dando un profundo y lánguido suspiro, lanzando su sombrero negro sobre la mesa, y descansando el codo en ella.

—¡Por favor, mamá! —protestó Gwendolen enérgicamente, apartándose del espejo algo disgustada—, no empieces a ser aburrida aquí. No me dejas disfrutar, y ahora puede ser todo tan feliz. ¿Qué te hace ser tan tétrica *en estos momentos*?

—Nada, querida —dijo la señora Davilow, que pareció animarse, y empezó a desvestirse—. Siempre es suficiente para mí verte a ti feliz.

—Pero deberías ser feliz tú —dijo Gwendolen, todavía disgustada, aunque ayudando a su mamá cariñosamente—. ¿Es que nadie puede ser feliz después de su juventud? A veces me has hecho sentir como si nada fuera de provecho. Con unas niñas tan difíciles, y Jocosa tan espantosamente fea e impávida, y todo lo que nos rodea tan improvisado, y tú que pareces tan hastiada, ¿para qué voy a ser algo? Pero ahora *podrías* ser feliz.

—Lo seré, querida —dijo la señora Davilow, acariciando la mejilla que se inclinaba hacia la suya.

—Sí, pero de verdad. No fingiéndolo —insistió Gwendolen resueltamente—. ¡Mira qué brazo y qué mano! Mucho más bonitos que los míos. Cualquiera puede ver que tú eras en conjunto mucho más hermosa.

—No, no, querida. Siempre fui más torpe. Ni la mitad de encantadora que tú.

—Bien, ¿pero de qué me sirve ser encantadora, si va me va a conducir al hastío sin que me importe nada? ¿Eso es lo que el matrimonio siempre trae consigo?

—No, hija, por supuesto que no. El matrimonio es el único estado feliz para una mujer, como confío que comprenderás.

—No lo soportaré si no es un estado feliz. Estoy decidida a ser feliz, por lo menos a no seguir enredando mi vida como otras personas hacen, no siendo ni haciendo nada remarcable. He decidido no dejar

que otras personas interfieran en mi vida como han hecho. Aquí tienes un poco de agua caliente para ti, mamá —Gwendolen terminó y se quitó su propio vestido, esperando entonces a que su madre le enrollara el cabello.

Hubo uno o dos minutos de silencio, hasta que la señora Davilow dijo, mientras peinaba el cabello de su hija:

—Estoy segura de que nunca te he disgustado, Gwendolen.

—A menudo quieres que haga lo que no quiero hacer.

—¿Te refieres a darle las lecciones a Alice?

—Sí. Y lo he hecho porque me lo pediste. Pero, de todos modos, no veo por qué debo hacerlo. Me aburre enormemente, ¡es tan lenta! No tiene oído para la música, o el lenguaje, o cualquier otra cosa. Sería mucho mejor para ella que fuera ignorante, mamá: es su *papel*, lo haría muy bien.

—Es duro que digas eso de tu pobre hermana, Gwendolen, que es tan buena contigo, y te sirve como una esclava.

—No veo por qué es duro llamar a las cosas por su nombre y ponerlas en su lugar. Lo duro es que yo malgaste mi tiempo con ella. Y ahora, deja que te recoja el pelo, mamá.

—Debemos darnos prisa. Tus tíos estarán aquí pronto. Por el amor de Dios, no muestres tanto desdén hacia *ellos*, mi querida hija, o hacia tu prima Ana, con la que saldrás a pasear durante los próximos años. Prométemelo, Gwendolen. Ya sabes, no puedes pretender que Ana sea igual que tú.

—No quiero que sea igual —dijo Gwendolen, sacudiendo la cabeza y sonriendo, y la conversación terminó ahí.

Cuando llegaron el señor y la señora Gascoigne con su hija, Gwendolen, lejos de mostrar su desdén, se comportó tan amablemente como pudo. Se estaba presentando nuevamente ante unos parientes que no había visto desde que tenía dieciséis años, y estaba ansiosa —no, ansiosa no, pero sí decidida, a que la admiraran—.

La señora Gascoigne compartía cierta semejanza familiar con su hermana. Pero era más morena y menuda, su cara no tan desgastada por la pena, sus movimientos menos lánguidos, su expresión más alerta y crítica como correspondía a la mujer de un rector inclinada a ejercer una autoridad benéfica. Su parecido más cercano residía en su naturaleza sumisa, inclinada a la imitación y la obediencia; pero ello, debido a la diferencia de sus circunstancias, las había conducido a diferentes desenlaces. La hermana menor había sido imprudente, o al menos desafortunada en sus matrimonios; la mayor, se creía la más envidiada de las mujeres, y su acatamiento había terminado a veces tomando la forma de sorprendente determinación. Muchas de sus opiniones, como las que hacían referencia al gobierno de la Iglesia y al

arzobispo Laud[18], parecían demasiado decididas para haber llegado de otra forma que no fuera su receptividad de esposa. Y la autoridad de su marido ofrecía mucha confianza. Este tenía ciertas virtudes agradables, algunas ventajas llamativas, y los fracasos que se le imputaban se inclinaban más bien hacia el lado del éxito.

Una de sus ventajas era la de ser una persona agradable, y quizá lo fuera más a los cincuenta y siete años que lo que lo había sido el resto de su vida. No tenía ningún rasgo distintivo clerical, no se mantenía reservado ni tenía la expresión de benignidad ostentosa, ni se veía un hombre altivo o de apariencias: envuelto en su gabardina, no podía haber sido identificado más que como un caballero con bellas facciones oscuras, una nariz que en su inicio tenía la intención de llegar a ser aguileña pero que de repente se volvía recta, y cabello de plata. Muchos hombres no se libran de la actitud que marca la propia profesión, ni tras cambiarse de ropa, pues es algo que penetra hasta la piel y los gestos. Pero en su caso, adoptaba una total independencia respecto a ella, quizás debido a que había sido en otro tiempo el Capitán Gaskin, y tomó las órdenes muy poco tiempo antes de su compromiso con la señorita Armyn. Si alguien hubiera objetado que su preparación para la función clerical era inadecuada, sus amigos habrían respondido que no había nadie que pudiera ocupar mejor su puesto, que predicara mejor, o que tuviera más autoridad en su parroquia. Tenía un don natural para la administración, y era tolerante tanto respecto a las opiniones como a las conductas, porque él mismo sentía que podía dominarlas y estaba liberado de las irritaciones propias de las debilidades conscientes. Sonreía amablemente ante la afición de alguien que no compartía, por ejemplo, la floricultura o la colección de antigüedades, las cuales estaban muy en boga entre sus compañeros clérigos de su diócesis; él prefería seguir la historia de una campaña, o adivinar a partir de su conocimiento de los motivos de Nesselrode[19] cuál habría sido su conducta si nuestro consejero hubiera tomado otras decisiones. La manera de pensar del señor Gascoigne, tras algunas fluctuaciones, se había vuelto más eclesiástica que teológica; no la del anglicano moderno, sino lo que él mismo habría denominado como la del inglés sensato, libre de presunciones: la de un hombre que mira la religión nacional a la luz del día, y que la ve en su relación con las demás cosas. Ningún clérigo magistrado tenía más peso en las sesiones, o más sentido común respecto a los asuntos mundanos. De hecho, el peor de los reproches que se le podía hacer era el de la secularidad: no podía probarse que abandonara a los menos afortunados, pero tampoco podía negarse que las amistades que cultivaba tendían a ser las que fueran útiles para un padre de seis hijos y dos hijas; y los observadores más acerbos —pues, digamos que hará unos diez años, en Wesex,

había personas cuya amargura nos parecería hoy en día increíble—, remarcaban que el tono de sus opiniones había cambiado según este principio de actuación. Pero la secularidad de carácter exitoso y alegre lleva consigo la falsa impresión de ser más egoísta que la del tipo fracasado y áspero, cuya historia secreta se resume con las terribles palabras: "Vendido, pero no pagado".

Gwendolen se preguntó cómo no recordaba mejor lo agradable que era su tío, pero a los dieciséis años su juicio no era el mismo, y lo veía todo con más indiferencia. Por el momento, era un asunto de extremo interés el que ella fuera a tener cerca el rostro de un digno pariente varón, y que la vida familiar dejara de ser exclusiva e insípidamente femenina. No pretendía que su tío la controlara, pero se dio cuenta al momento que le encantaría que él estuviera orgulloso de presentarla como su sobrina. Y era muy probable que él sintiera ese orgullo. Ciertamente, la miró con admiración mientras dijo:

—Has crecido más que Anna, querida —y rodeó tiernamente con el brazo a su hija, cuyo tímido rostro era una viva copia del suyo, haciéndole dar un paso hacia delante—. Es un año más joven que tú, pero está claro que ya no va a crecer más. Espero que seáis excelentes compañeras.

Dirigió una mirada de comparación a su hija, pero si vio su inferioridad también vio que el aspecto tímido de Anna y su pequeña estatura iba a atraer a otros gustos distintos que los que fueran atraídos por Gwendolen, y que las chicas no iban a ser rivales. Gwendolen, por lo menos, fue consciente de ello, y besó a su prima con sincera cordialidad y gentileza, diciendo:

—Precisamente una compañera es lo que quiero. Estoy tan contenta de que hayamos venido a vivir aquí. Y mamá será más feliz ahora que está cerca de ti, tía.

La tía confió en que ciertamente así sería, y pensó que era una bendición que quedara vacía una casa adecuada en el distrito parroquial de su tío. Entonces, por supuesto, había que prestar atención a las otras cuatro chicas, a las que Gwendolen siempre había considerado demasiado superficiales: una mediocridad infantil formada por cuatro unidades sin importancia alguna, y que, sin embargo, desde su más temprana infancia se habían entrometido en su vida. Era consciente de haber sido mucho más amable con ellas de lo que se esperaba. Y era evidente para ella que también sus tíos lamentaban que hubiera tantas niñas —¡qué otra persona racional podría sentir otra cosa, salvo su pobre mamá, que no se daba cuenta de cómo Alice enderezaba los hombros y enarcaba las cejas hasta quedarse sin frente, cómo Bertha y Fanny cuchicheaban y contenían las risas, o cómo Isabel estaba siempre escuchando y mirando, y olvidando dónde estaba, e irritando continuamente a sus pobres

hermanas mayores!—.

—Tú tienes hermanos varones, Anna —dijo Gwendolen, mientras sus tíos prestaban atención a sus hermanas—. Creo que en eso eres envidiable.

—Sí —dijo Anna, simplemente—, les tengo mucho cariño. Pero por descontado a papá le preocupa mucho su educación. Solía decir que hicieron que me comportara como un chico. Siempre estaba alborotando con Rex. Creo que te gustará Rex. Vendrá antes de Navidad.

—Recuerdo que pensaba de ti que eras más bien salvaje y nerviosa. Pero es difícil imaginarte ahora como alborotadora —dijo Gwendolen sonriendo.

—Claro que ahora he cambiado; ya soy mayor y todo eso. Pero en realidad todavía me gusta ir a recoger moras con Edwy y Lotta tanto como siempre. No me agrada mucho salir fuera, pero estoy segura que me gustará más ahora que estarás a menudo conmigo. No soy nada inteligente y nunca sé que decir. Parece tan absurdo decir lo que todo el mundo ya sabe, y no puedo pensar en nada más que en lo que dice papá.

—Me encantará salir a pasear contigo —dijo Gwendolen, predispuesta hacia esta prima *inocente*—. ¿Te gusta montar a caballo?

—Sí, pero solo tenemos un pony de las islas de Shetland. Papá dice que no puede permitirse tener más, además de los caballos del carruaje y su propio corcel. Tiene tantos gastos.

—Pues yo pretendo tener un caballo y cabalgar mucho ahora —dijo Gwendolen, bien decidida—. ¿Son amables los vecinos en este barrio?

—Papá dice que sí, que mucho. Están los clérigos de la zona, ya sabes; y los Quallon y los Arrowpoint, y Lord Brackenshaw, y la residencia de Sir Hugo Mallinger, donde no hay nadie, lo cual está muy bien, porque hacemos meriendas campestres allí, y dos o tres familias en Wancester; ¡ah! y la vieja señora Vulcany en Nutingwood, y…

Pero el anuncio de la comida liberó a Anna de seguir mostrando sus facultades descriptivas, y la pregunta de Gwendolen fue pronto indirectamente respondida por su tío, que hacía hincapié en las ventajas que él les había asegurado al conseguir un lugar como Offendene. Salvo la renta, no implicaba más gasto que lo que habría supuesto una casa ordinaria en Wancester.

—Y siempre vale la pena hacer un pequeño sacrificio por una casa de buen gusto —dijo el señor Gascoigne, en su tono sencillo, agradablemente seguro, lo que hacía que el mundo en general pareciera un lugar de residencia muy dócil—. Sobre todo si la que la

lidera es una señora. La mejor gente os llamará a las puertas; y no necesitáis dar comidas costosas. Por supuesto, yo tengo que gastar una buena cantidad en ese sentido. Pero no tengo que pagar por mi casa. Si tuviera que pagar trescientos al año por la casa no podría invitar a nadie. Mis chicos son un gasto demasiado grande para mí. Estáis en mejores circunstancias vosotras, en proporción; no tenéis ningún gran gasto ahora, salvo la casa y el carruaje.

—Te aseguro, Fanny, que ahora que los chicos están creciendo, estoy obligada a dejar de gastar y planificarme —dijo la señora Gascoigne—. No soy buena administradora por naturaleza, pero Henry me ha enseñado. Es maravilloso para sacar el mejor partido de cada situación; no se concede ningún extra, y consigue sus ayudantes sin que le cuesten nada. Es difícil asumir que no le hayan prebendado[20], como otros han conseguido, si consideramos los amigos que ha hecho, y las necesidades que hay para los hombres de opiniones moderadas en todos los aspectos. Si la Iglesia va a mantener su posición, debería contar con la capacidad y el carácter.

—¡Oh! Mi querida Nancy, olvidas la vieja historia: gracias al cielo, hay trescientos tan buenos como yo. Y en última instancia, no tenemos ninguna razón por la que quejarnos, estoy bien seguro. No podríamos tener un amigo más diligente que Lord Brackenshaw, tu arrendador, ya sabes, Fanny. La señora Brackenshaw te llamará. Y ya he hablado para que Gwendolen sea un miembro de nuestro club de arqueros, el club de arqueros de Brackenshaw, lo más selecto que existe. Eso, claro está, si ella no tiene objeción —añadió el señor Gascoigne, mirando a Gwendolen con ironía simpática.

—Es lo que más me gustaría —dijo Gwendolen—. No hay nada con lo que disfrute más que afinar la puntería… y acertar el blanco — terminó, con un hermoso movimiento de cabeza y una sonrisa.

—Nuestra Anna, pobre chica, no ve demasiado bien para el arco. Pero yo mismo me considero un disparador de primera clase, y tú practicarás conmigo. Tengo que hacerte un arco acabado antes de nuestro gran encuentro de julio. De hecho, respecto al vecindario, no podías estar mejor situada. Están los Arrowpoint, son de los mejores de nuestra gente. La señorita Arrowpoint es una muchacha encantadora: ha sido presentada en el campo de tiro. Tienen un magnífico lugar, Quetcham Hall, que vale la pena ver en lo que se refiere al arte; y a sus fiestas, a las que seguro vas a estar invitada; es de las cosas mejores que tenemos. El archidiácono frecuenta la casa, y siempre tienen una buena cantidad de personas en ella. La señora Arrowpoint es peculiar, sin duda; una especie de caricatura, de hecho, pero bienintencionada. Y la señorita Arrowpoint es extremadamente agradable. No todas las chicas jóvenes tienen madres tan bellas y graciosas como la tuya y la de Anna.

La señora Davilow sonrió débilmente ante este pequeño cumplido, pero el marido y su mujer se miraron afectuosamente el uno al otro, y Gwendolen pensó: «Mis tíos, al menos, son felices; no son tristes y lóbregos». En conjunto, se sentía satisfecha con sus perspectivas en Offendene; era mejor que cualquier situación anterior. Incluso los baratos ayudantes eclesiásticos, se enteró casualmente, eran casi siempre hombres jóvenes de buena familia, y del señor Middleton, el ayudante actual, se decía que era un lujo poder contar con él. Lástima que tuviese que marcharse pronto.

Pero había un asunto que estaba tan ansiosa de conseguir, que no podía dejar pasar la noche sin tomar medidas para asegurarlo. Sabía que su mamá pretendía someterse completamente al juicio de su tío con respecto a los gastos; y la sumisión no era meramente prudencial, ya que la señora Davilow, consciente de que siempre se le había visto en desgracia, como la pobre querida Fanny, que tristemente se había equivocado en su segundo matrimonio, sintió una sincera satisfacción al ser identificada franca y cordialmente con la familia de su hermana, y en tener sus asuntos escrutados y manejados con una autoridad que presuponía un interés genuino. Por eso, la cuestión de una montura de caballo adecuada, que ya había sido discutida con su madre, había que referirla al señor Gascoigne; y después de que Gwendolen hubiera tocado el piano, que había sido traído de Wancester, hubiera cantado ante la admiración de sus oyentes e instigado a su tío a cantar un dueto con ella —¿qué otra influencia más suavizadora que esta para cualquier tío que se habría dedicado gustosamente al canto si no hubiera ocupado su tiempo en asuntos más graves?—, aprovechó el momento oportuno para decir:

—Mamá, no has hablado a mi tío de montar a caballo.

—Gwendolen desea por encima de todo tener un caballo para montar, un bello y ligero caballo para una dama —dijo la señora Davilow, mirando al señor Gascoigne—. ¿Crees que podemos permitírnoslo?

El señor Gascoigne hizo un movimiento con los labios y elevó sus bellas cejas sarcásticamente mirando a Gwendolen, que se había sentado con mucha gracia en el brazo del sillón de su mamá.

—Podríamos prestarle el pony de vez en cuando —dijo la señora Gascoigne, observando el rostro de su marido, presta a desaprobar la idea si él lo hacía.

—Eso sería importunar a otros, tía, y de todos modos, a mí no me gustaría. No soporto los ponis —dijo Gwendolen—. Preferiría estarme de otro capricho y tener un caballo—. (¿Hubo alguna vez alguna joven señorita o caballero que no estuviera dispuesto a estarse de un capricho sin especificar, a cambio del que sí especificaba?)

—Ella también monta. Tomó lecciones y el profesor dijo que tenía

una forma de sentarse y de dirigir el caballo tan buenas que podría confiársele cualquier cabalgadura —dijo la señora Davilow, que aunque no hubiera deseado que su querida hija tuviera un caballo, no se habría atrevido a pelear por él a medias tintas.

—Está el precio del caballo, al menos sesenta con suerte, y luego mantenerlo —dijo el señor Gascoigne, en un tono que, si bien recatado, traicionaba su disposición interna a aceptar la demanda—. Tenemos además los caballos del carruaje, un tema costoso. Y recordad lo que vosotras las señoras gastáis ahora en el aseo personal.

—Yo realmente no llevo más que dos vestidos negros —se apresuró a decir la señora Davilow—. Y las chicas más pequeñas, por descontado, no requieren un aseo especial por el momento. Además, Gwendolen me ahorra tanto al dar las lecciones de sus hermanas. —Aquí la mejilla delicada de la señora Davilow mostró un rápido enrojecimiento—. Si no fuera por eso, debería tener una institutriz mucho más cara, además de maestros.

Gwendolen sintió cierto enojo hacia su madre, pero lo disimuló con cuidado.

—¡Eso está bien, está realmente bien! —exclamó el señor Gascoigne, mirando a su mujer. Y Gwendolen, que, hay que reconocerlo, era una joven señorita de verdad, de repente se cambió al otro lado de la larga habitación, y se puso a tocar piezas de música facilitadas.

—La pobre chica no ha tenido caprichos ni deleites —dijo la señora Davilow, con un tono de súplica—. Me hago cargo que el gasto es más bien imprudente en este primer año de nuestro asentamiento. Pero ella necesita de verdad el ejercicio, necesita desfogarse. Y si la vierais a caballo, es algo espléndido.

—Es lo que no pudimos permitirnos para Anna —dijo la señora Gascoigne—. Pero ella, mi querida niña, solía montar el burro de Lotta y ya le estaba bien. (Anna estaba absorta en un juego con Isabel, la cual había rescatado un viejo tablero de backgammon, y había pedido quedarse una hora más).

—Ciertamente, una mujer delicada nunca aparece mejor que a caballo —dijo el señor Gascoigne—. Y Gwendolen tiene el cuerpo para ello. No digo que la cuestión no deba considerarse.

—Podríamos intentarlo durante un tiempo, en cualquier caso. Y si no, lo dejamos estar, si fuera necesario.

—Bueno, consultaré al mozo de caballos principal de Lord Brackenshaw. Él es mi *fidus Achates*[21] en lo que se refiere a caballos.

—Gracias —dijo la señora Davilow, aliviada—. Eres muy amable.

—Siempre lo es —dijo la señora Gascoigne. Y más tarde esa noche, cuando ella y su marido hablaban en privado, le dijo:

—Creo que has sido muy indulgente con el tema del caballo de Gwendolen. No debería reclamar más de lo que tu propia hija ni siquiera piensa. Especialmente antes de que veamos cómo se las arregla Fanny con su renta. Y tú ya tienes bastante que hacer como para encargarte de todos estos problemas.

—Mi querida Nancy, hay que mirar las cosas desde todos los puntos de vista posible. La chica, sin duda, vale mucho; no se ven chicas como ella. Debería conseguir un matrimonio de primer nivel; y yo no estaría cumpliendo con mi deber si no me preocupara en ayudarla. Sabes que ha estado en una situación desventajosa con ese padrastro y una segunda familia, manteniéndose siempre en la sombra. Comprendo a la chica. Es una lástima que la familia de tu hermana no pueda gozar del provecho que habría obtenido si se hubiera casado con un individuo más bien de nuestra condición.

—¡De nuestra condición! También lo creo. No obstante, te agradezco que te hagas tanto cargo de los problemas de mi hermana y sus hijas. Estoy seguro que no podría envidiar nada de la pobre Fanny. Pero hay una cosa en la que he estado pensando, aunque tú nunca la has mencionado.

—¿De qué se trata?

—Los chicos. Espero que no se enamoren de Gwendolen.

—No presupongas nada en ese sentido, querida, y no habrá ningún peligro. Rex no estará en casa mucho tiempo seguido, y Warham se va a la India. Lo más sabio es dar por sentado que los primos no se enamoran. Si comienzas con precauciones, el asunto tendrá lugar a pesar de ellas. No hay que actuar en sustitución de la Providencia en estos casos, que se le escapan a uno de las manos igual que una brandada de pollos. Los chicos no tendrán nada, y Gwendolen no tendrá nada. No pueden casarse. En el caso peor no habrá más que un poco de llanto, y no puedes evitarles eso a los chicos y chicas.

La señora Gascoigne quedó satisfecha: si pasara algo, tenía la seguridad de sentir que su marido sabría qué hacer, y que tendría la energía para hacerlo.

CAPÍTULO 4

Gorgibus: Je te dis que le mariage est une chose Sainte et sacrée, et que c'est faire en honnêtes gens, que de débuter par là.

Madelon: Mon Dieu! Que si tout le monde vous ressemblait, un roman serait bientôt fini! La belle chose que ce serait, si d'abord Cyrus épousait Mandane, et qu'Aornce de plain-pied fût marié à Clélie!… Laisezz-nous faire à loisir le tisú de notre roman, et n'en pressez pas tant la conclusión.

MOLIÈRE, *Les Précieuses Ridicules*[22]

Sería juzgar demasiado duramente al Rector de Pennicote por considerar, al mirar las cosas desde todos los puntos de vista, que Gwendolen era una chica que probablemente conseguiría un matrimonio brillante. ¿Por qué iba a diferir él de sus contemporáneos en este asunto, deseando a su sobrina un peor desenlace a su encantadora soltería de lo que ellos aprobarían como lo mejor posible? Hay que dejar claro para su crédito que sus sentimientos al respecto eran del todo bienintencionados. Y considerando la relación de los medios a los fines, habría sido una locura dejarse guiar por lo excepcional y lo idílico —recomendar que Gwendolen llevara un vestido tan descosido como el de Griselda[23] para que un marqués se enamorara de ella, o haber insistido en que, como se buscaba una buena doncella, debía apartarse del camino—. Los cálculos del señor Gascoigne eran del tipo racional, y ni siquiera pensaba en conseguir un caballo demasiado salvaje para que Gwendolen pudiera sufrir un accidente y ser rescatada por un hombre de bienes. Deseaba lo mejor para su sobrina, y quería de verdad verla entre la mejor sociedad del vecindario.

La intención de su tío coincidía plenamente con los deseos de Gwendolen. Pero que nadie piense que también ella se imaginaba que deslumbrar al mundo con su gracia a lomos de un caballo o con cualquier otra hazaña le facilitaría un matrimonio brillante. Estaba obligada a admitir que tarde o temprano tendría que casarse; pero estaba indiscutiblemente segura de que su matrimonio no sería de tipo mediocre, con el que se contentaban la mayoría de las chicas. Sin embargo, sus pensamientos acerca del cumplimiento de su ambición

nunca iban dirigidos hacia el matrimonio; los dramas en los cuales se imaginaba la heroína no iban encaminados en ese sentido. Que los hombres la cortejaran o suspiraran desesperadamente por conseguirla era sin duda una indispensable y agradable garantía de poder femenino; pero convertirse en esposa y llevar las cadenas domésticas de esa condición era, después de todo, una necesidad fastidiosa. Su observación del matrimonio la había decantado a considerarlo un estado más bien triste, en el que una mujer no podía hacer lo que le gustaba, tenía más niños de los deseables, era, por consiguiente, aburrida, y se sumergía irrevocablemente en la rutina. Por supuesto, el matrimonio era una promoción social; no podía esperar una vida soltera; pero las promociones tenían que ser tomadas en ocasiones con hierbas amargas —al hombre que quiere ser líder no le bastará un puesto de rango menor; y esta sílfide de miembros delicados y veinte años quería liderar—. Sucede que tales pasiones también moran en cuerpos femeninos. En Gwendolen, moraban en un cuerpo totalmente femenino, sin tener ninguna referencia que las sofocara o desequilibrara; de esta forma, se sentía capaz de mover el mundo sin contar siquiera con un punto de apoyo. Pretendía hacer lo que le placiera de forma llamativa; o más bien, todo lo que pudiera hacer para impresionar a los demás y llenarlos de admiración, y obtener reflejada así una sensación más ardiente de vivir; todo eso le parecía atractivo a su fantasía.

—Gwendolen no descansará hasta que no tenga el mundo a sus pies —dijo la señorita Merry, la institutriz sumisa: palabras exageradas que desde hace tiempo se usan en su sentido más moderado; ¿pues quién no ha oído hablar de una persona reservada de la que se diga que tiene el mundo a sus pies por solo media docena de comentarios elogiosos que circulan entre la alta sociedad? Y las palabras no eran tan vagas como para indicar la expectativa de una grandeza confusa que existía en lo más alto de la joven autosatisfacción de la pobre Gwendolen. A otras personas no les importaba hacerse esclavos, y dejar que su vida fuera manejada como barcos vacíos en los que no había ninguna voluntad: con ella no iba a suceder eso, ella no iba permitir sacrificarse por criaturas de menos valor que ella, sino que aprovecharía cada ocasión que la vida le ofreciera, y asaltaría la ocasión gracias a su inteligencia excepcional. Ciertamente, asentarse en Offendene, con los alicientes de la señora Brackenshaw, el club de arqueros, y las invitaciones a comer de los Arrowpoint, como los máximos exponentes de su entorno, no parecía una situación que le fuera a ofrecer oportunidades espléndidas; pero la confianza de Gwendolen residía básicamente en sí misma. Se sentía bien preparada para afrontar la vida. Consideraba que, hasta entonces, no había sido muy bien tratada por la fortuna, pero en lo que respectaba a su

“educación”, habría admitido que no la dejaba en desventaja. Su aguda mente había aprehendido rápidamente en la escuela la estricta formalidad de reglas inexplicadas y hechos desconectados que salva a la ignorancia de cualquier signo doloroso de debilidad; y lo que retenía de esa época, ya lo había aprendido a través de novelas, obras de teatro y poemas. En cuanto al francés y a la música, lo único que se justifica que domine una joven señorita, no creía que tuviera motivos por qué preocuparse; y cuando a todas estas calificaciones, positivas y negativas, añadimos el sentido espontáneo de la capacidad con el que nacen ciertas personas agraciadas, que al considerar cualquier asunto, lo impregnan con su propia habilidad de juzgarlo correctamente, ¿a quién puede extrañar que Gwendolen se sintiera preparada para afrontar su propio destino?

Había muchos asuntos en el mundo —quizás la mayoría—, en los que no sentía ningún interés, porque eran estúpidos; pues los asuntos pueden aparecer estúpidos ante los jóvenes como la luz parece opaca a los mayores; pero no habría estado perdida si hubieran aparecido en cualquier conversación. Hay que recordar que nadie le había disputado su poder ni su superioridad habitual. Así como había sucedido a su llegada a Offendene, el primer pensamiento de los que la rodeaban siempre había sido: ¿qué piensa Gwendolen de esto? Si el lacayo pisaba fuertemente haciendo crujir sus botas, o si la colada no estaba bien hecha, la criada decía: «Esto no contentará a la señorita Harleth»; si la leña de la chimenea sacaba humo hacia la habitación, la señora Davilow, cuyos débiles ojos sufrían mucho con este inconveniente, pedía perdón a Gwendolen. Si cuando estaban bajo la tensión de un viaje, no aparecía a desayunar hasta que todas las demás hubieran acabado, el único problema era si la tostada y el café de Gwendolen estarían todavía crujientes y calientes respectivamente. Y cuando se presentaba con su pelo de color castaño recién lavado, cayendo hacia atrás y esperando a que la mano de su mamá lo recogiera, mientras sus grandes ojos oscuros relucían como los largos destellos de un ónice de mármol recién pulido, tenía que ser siempre ella quien tenía que ser tolerante, rogar a Alice, que se sentaba sobre ella, que no elevara los hombros de esa forma tan espantosa, y que Isabel, en lugar de abalanzarse sobre ella y acribillarla a preguntas fuera a ver a la señorita Merry.

Era siempre la princesa exiliada, que en tiempos de carestía tenía asegurado su bollo de desayuno hecho a base de la harina más fina, procedente de los granos más finos de trigo, y si tenían que marcharse, tenía que llevar consigo, fuera de su equipaje, su tenedor de plata. ¿Cómo podía permitírsele todo esto? La respuesta podría estar en la superficie: por su belleza, por su inusitada manera de ser, por su férrea voluntad que se manifestaba en sus movimientos graciosos y en el

tono de su voz, claro y contundente, de forma que si entraba en la sala de estar en un día lluvioso cuando todos los demás estaban decaídos y sin ganas de nada, parecía haber una razón suficiente y repentina para despabilarse de nuevo; incluso los camareros de los hoteles mostraban la mayor prontitud en retirar las migas y arrugas del mantel o en limpiar las manchas de vino a las que acudían las moscas. Este potente encanto, añadido al hecho de que era la hija mayor, a la que su mamá siempre trataba como disculpándose por la pena que le infligía tener un padrastro, parecía ser sin duda el verdadero motivo de la tiranía doméstica de Gwendolen, de forma que buscar alguna otra razón sería como preguntar por qué hay luz cuando brilla el sol. Pero cuidado con llegar a conclusiones precipitadas. Recuerdo haber visto dirigir el mismo tipo de atención asidua y de disculpa a personas que para nada eran hermosas o inusuales, cuya firmeza no se mostraba de ningún modo elegante o agradable, ni que fueran hijas mayores de una madre tierna, tímida y compungida por haberlos sometido a ciertos inconvenientes. Algunos de ellos eran hombres muy normales. Y el único punto en común entre todos ellos era una fuerte determinación por tener lo que deseaban, sin miedo alguno a volverse desagradables o peligrosos cuando no lo conseguían. ¿A quién tratan mejor y sirven con más miedo las mujeres débiles que al hombre sin escrúpulos —capaz, si no tiene vía libre en casa, de ir y hacer más daño fuera?—. Así es que dudo si incluso sin su potente encanto y su peculiar posición filial Gwendolen no habría seguido actuando como una reina exiliada, solo con mantener su innata energía de deseo egoísta y su poder de inspirar miedo sobre lo que va a decir o hacer. Sin embargo, tenía el encanto, y los que la temían también la adoraban, estando el miedo y la adoración quizás aumentados por lo que podría llamarse la iridiscencia de su carácter, el adoptar varias actitudes, o mejor dicho, el adoptar actitudes contrarias. Pues el discurso de Macbeth[24] acerca de la imposibilidad de ser muchas cosas contrarias al mismo tiempo se refería a los torpes movimientos de la acción y no a las más sutiles posibilidades del sentimiento. No podemos pronunciar una palabra leal y permanecer en un silencio traidor, no podemos matar y no matar al mismo tiempo; pero un instante es un espacio lo suficientemente amplio para dar cabida al deseo leal y traidor, al destello de un pensamiento asesino y su repentina transformación en arrepentimiento.

CAPÍTULO 5

Cotiza su propia discreción a precio tan alto, que, fuera de ella, nada tiene valor.
Mucho ruido y pocas nueces[25]

La recepción de Gwendolen en el vecindario satisfizo las expectativas de su tío. Desde el castillo de Brackenshaw a los Firs en Wancester, donde el señor Quallon, el banquero, mantenía una casa magnífica, fue bienvenida con manifiesta admiración, e incluso a aquellas señoras a las que apenas cayó bien, les gustó tener una nueva chica interesante a la que invitar; pues las anfitrionas que se proponen entretener deben formar sus fiestas de igual forma que los ministros forman sus gabinetes de consejo: sobre motivos diferentes al de los gustos personales. Así que para tener a Gwendolen como invitada no era necesario preguntar a nadie quién estaba en desacuerdo, pues la señora Davilow daba siempre una imagen tranquila y pintoresca como acompañante, y el señor Gascoigne estaba en todas partes buscando su propio beneficio.

Entre las casas donde Gwendolen no era del todo bien vista, aunque sí invitada, estaba la de Quetcham Hall. Una de sus primeras invitaciones fue a una gran comida en ese lugar, lo que le sirvió como introducción general a la sociedad del vecindario, ya que estando seleccionadas treinta personas de todas las edades, pocas eran las familias que no contaban con ningún miembro en la fiesta. Ninguna figura juvenil allí era comparable a la de Gwendolen mientras atravesaba las largas salas adornadas con luces y flores. Al principio era solo visible como una esbelta figura que avanzaba flotando con su vestido blanco, y poco a poco fue ganando luminosidad y definición a medida que se aproximaba atravesando las anchas puertas. Nunca había hecho antes un paseo de esas características, y se sintió exultante de que encajara tanto con ella: cualquiera de los que la miraban por primera vez habrían supuesto que las largas galerías y los lacayos que la acompañaban habían sido una constante en su vida; mientras que su prima Anna, que realmente estaba más acostumbrada a estas cosas, se sentía casi tan incómoda como un conejo puesto de

repente en ese lugar tan bien iluminado.

—¿Quién es esa que está con Gascoigne? —dijo el archidiácono, desatendiendo una conversación sobre maniobras militares en la que él, como clérigo, estaba naturalmente implicado. Y su hijo, al otro lado de la sala, un joven estudiante prometedor, que ya había sugerido algunas enmiendas «no menos elegantes que ingeniosas» de textos griegos, dijo casi al mismo tiempo—: Por san Jorge, ¿quién es esa chica de cabeza tan destacada y aspecto tan jovial?

Excepto para una persona muy benevolente, que mirara bien a todo el mundo, era bastante exasperante ver cómo Gwendolen eclipsaba a los demás: cómo incluso la hermosa señorita Lawe, que estaba explicando que era la hija de la señora Lawe, se volvió súbitamente más sencilla, torpe e inanimada; y cómo la señorita Arrowpoint, que desgraciadamente también iba vestida de blanco, pareció inmediatamente recordar a una *carte-de-visite*, de la que solo destacaba tal vez la falda. Como a la señorita Arrowpoint se le admiraba normalmente por el modo discreto y amable con que llevaba sus fortunas, atenuando de esta forma las rarezas de su madre, parecía más bien inapropiado que Gwendolen pasara por una persona socialmente más importante que ella.

—En realidad no es tan hermosa, si llegas a examinar sus rasgos —dijo en confidencia, más tarde esa noche, la señora Arrowpoint a la señora Vulcany—. Es el estilo que tiene lo que produce un gran efecto al principio, pero después es menos agradable.

De hecho, Gwendolen, sin quererlo, sino pretendiendo lo contrario, había ofendido a su anfitriona, que aunque no fuera una mujer irritable o reivindicativa, tenía sus susceptibilidades. La señora de Quetcham reunía varias condiciones que, a los ojos de los observadores del vecindario, parecían tener una especial conexión entre ellos. De vez en cuando se recordaba que había sido la heredera de una fortuna ganada gracias a ciertos negocios en la ciudad, para justificar su figura regordeta, su áspera voz de loro, y un cabello recogido sistemáticamente hacia arriba; y dado que estos rasgos la hacían externamente ridícula, para muchos era natural que tuviera lo que se denomina tendencias literarias. Una pequeña comparación habría mostrado que todos estos puntos se encuentran repartidos de forma diferente; hijas de magistrados tienen a menudo buenas maneras y bellos rasgos, mujeres hermosas tienen a veces la voz áspera o ronca, y la producción de literatura pobre es compatible con cualquier tipo de físico, tanto masculino como femenino.

Gwendolen, que tenía un agudo sentido para detectar los desvaríos de los demás, pero que mostraba gran interés hacia cualquiera que pudiera hacerle la vida más agradable, quiso ganarse a la señora Arrowpoint otorgándole un interés y una atención probablemente más

allá de lo que los demás estuvieran dispuestos a ofrecer. Pero la confianza en uno mismo hace que al dirigirnos a los demás veamos en ellos una torpeza imaginaria, de la misma forma que los ricos hablan a los pobres en un tono engatusador, o aquellos que están en la flor de la vida elevan su voz y hablan artificiosamente a los mayores, concibiéndolos en seguida como sordos e incluso estúpidos. Gwendolen, a pesar de su inteligencia y su intención de ser agradable, no pudo escapar de esa forma de estupidez: dedujo, irreflexivamente, que porque la señora Arrowpoint fuera ridícula era probable que también le faltara perspicacia, y continuó con su juego sin sospechar que se notaban todos los matices de su compartimiento.

—He oído que es usted aficionada a los libros, así como a la música, a los caballos, y al arco —dijo la señora Arrowpoint, acercándose a ella para un *tête-à-tête*[26] en el escritorio después de comer—: Catherine estará muy contenta de tener una vecina tan simpática. —Estas breves palabras podían haber parecido de lo más cortés, si hubieran sido emitidas en un tono medio; pero al componerse de un horrible sonido vibrante, dieron a Gwendolen una sensación de que la tutelaban, a lo que respondió elegantemente:

—Soy yo quien soy afortunada. La señorita Arrowpoint me enseñará lo que es la buena música: yo seré por completo un aprendiz. He oído que tiene un talento musical excepcional.

—Catherine ha tenido sin duda todas las facilidades. Tenemos un músico de primera en la casa ahora: Herr Klesmer; quizás conozca todas sus composiciones. Permítame que se lo presente. Usted canta, creo. Catherine toca tres instrumentos, pero no canta. Espero que nos permita que le oigamos. Supongo que es usted una cantante consumada.

—¡Oh, no! "*die Kraft is schwach, allein die Lust ist gross*"[27], como dice Mefistófeles.

—Ah, estudia usted a Goethe. Las jóvenes señoritas de hoy van tan avanzadas. Supongo que lo ha leído usted todo.

—No, de verdad. Estaría encantada que me dijera qué leer. He estado mirando en todos los libros de la biblioteca de Offendene, pero no hay nada que valga la pena. Las páginas están pegadas entre ellas y tienen olor a moho. ¡Ojalá pudiera escribir libros para entretenerme, como usted hace! ¡Qué maravilla debe ser escribir libros del gusto de una en vez de leer los de otros! Los libros hechos en casa deben ser tan buenos.

Por un momento, la mirada de la señora Arrowpoint fue un poco más aguda, pero la peligrosa semejanza a una sátira en la última frase tomó el color de simplicidad infantil cuando Gwendolen añadió:

—¡Daría cualquier cosa por escribir un libro!

—¿Y por qué no podría? —la animó la señora Arrowpoint—. No tiene más que empezar como yo hice. Pluma, tinta y papel están al mando de todo el mundo. Pero con gusto le enviaré todo lo que he escrito.

—Gracias. Me encantará leer todos sus escritos. Estar familiarizada con los autores debe dar una comprensión especial de sus libros: una podría ser capaz entonces de discernir qué partes son divertidas y cuáles serias. Yo seguro que río siempre donde no toca. —Aquí la misma Gwendolen percibió el peligro, y añadió rápidamente—: En Shakespeare, ya sabe, y en otros grandes escritores que nunca podemos ver. Pero yo siempre quiero saber más de lo que hay en los libros.

—Si está interesada en cualquiera de mis temas puedo prestarle muchas páginas extra en manuscritos —dijo la señora Arrowpoint mientras Gwendolen se sentía, tristemente, como una joven señorita que tuviera que declarar que le encanta la pescadilla en conserva—. Son cosas que me atrevo a decir que acabaré publicando: varios amigos me han animado a hacerlo, y a una no le gusta ser obstinada. Mi *Tasso*[28], por ejemplo, podía haber hecho que ocupara el doble.

—Adoro a Tasso —dijo Gwendolen.

—Bueno, tendrá usted todos mis escritos, si quiere. Ha habido tantos, ya sabe, que han escrito sobre Tasso; pero están todos equivocados. En cuanto a la particular naturaleza de su locura, sus sentimientos hacia Leonora, la verdadera causa de su encarcelamiento, y el personaje de Leonora, que, en mi opinión, era una mujer sin sentimientos, ya que de otra forma se habría casado con él y no con su hermano, todos están equivocados. Difiero de todo el mundo.

—¡Qué interesante! —dijo Gwendolen—. Me gusta diferir de todo el mundo. Creo que es tan estúpido estar de acuerdo. Eso es lo peor de escribir tus propias opiniones: haces que todos estén de acuerdo contigo.

Este razonamiento reavivó una ligera sospecha en la señora Arrowpoint, y de nuevo su mirada se tornó por un momento examinadora. Pero Gwendolen parecía muy inocente, y continuó con un aire dócil.

—No conozco nada de Tasso salvo la *Gerusalemme Liberata*[29], que leímos y aprendimos de memoria en la escuela.

—Ah, su vida es más interesante que su poesía. He reconstruido la primera parte de su vida en una especie de novela. Cuando uno piensa en su padre Bernardo y en esas cosas, debe haber mucho de cierto.

—La imaginación es a menudo más verdadera que los hechos —dijo Gwendolen decididamente, aunque no podría haber explicado estas confusas palabras más que si fueran coptas o etruscas—. Estaré

encantada de aprender todo sobre Tasso, y sobre su locura especialmente. Supongo que los poetas siempre están un poco locos.

—Así es: "La mirada del ardiente poeta en su hermoso delirio"[30]; y alguien dijo de Marlowe:

> *Pues esa fina locura todavía retuvo,*
> *que todo cerebro de poeta debería poseer.*

—Pero no siempre se les notaba, ¿no? —dijo Gwendolen, inocentemente—. Supongo que muchos de ellos deliraban en privado. Los locos son a menudo muy astutos.

De nuevo cruzó una sombra por el rostro de la señora Arrowpoint; mas la entrada de los caballeros previno cualquier desavenencia entre ella y esta joven señorita demasiado rápida, que había sobreactuado su *naïveté*[31].

—Ah, por aquí llega Herr Klesmer —dijo la señora Arrowpoint, levantándose; y tras conducirlo hasta Gwendolen, los dejó enfrascados en una conversación agradable para ambos. Herr Klesmer era una acertada combinación de lo germano, lo eslavo, y lo semita, de grandes rasgos, pelo moreno ondulado de una forma artística, y ojos oscuros tras los anteojos. Su inglés tenía algo de extranjero, salvo su soltura; y su alarmante inteligencia era suavizada justo entonces por un cierto aire de torpeza que a menudo muestran los genios en su deseo de ser agradables a la Belleza.

Pronto comenzó a sonar la música. La señorita Arrowpoint y Herr Klesmer tocaron una pieza a cuatro manos en dos pianos, y los invitados se dieron cuenta enseguida que era larga, y Gwendolen en particular, que la señorita Arrowpoint, neutra y de cara pálida, tenía un dominio del instrumento que no dejaba dudas —aunque ella misma no estaba desalentada por su modo de tocar y su estilo, a menudo muy alabado—. Después de esto, todo el mundo estaba ansioso por oír cantar a Gwendolen, en especial el señor Arrowpoint, como era de esperar en un huésped y perfecto caballero, del que nadie tenía nada que decir excepto que se había casado con la señorita Cutler y que importaba los mejores puros; y la acompañó al piano con delicada cortesía. Herr Klesmer cerró en seguida el instrumento y sonrió mientras se acercaba; y se situó a una distancia de unos pocos pies para que pudiera verla mientas cantaba.

Gwendolen no estaba nerviosa; todo lo que emprendía lo hacía sin nerviosismo, y cantar era un placer para ella. Su voz era la de una soprano moderadamente potente (alguien le había dicho que era como la de Jenny Lind[32]); su oído fino, era capaz de permanecer en el tono, de forma que su canto complacía a los oyentes corrientes, y estaba acostumbrada al aplauso fervoroso. Tenía la rara ventaja de parecer

casi más hermosa cuando cantaba que en otras ocasiones, y no parecía molestarla que Herr Klesmer estuviera enfrente de ella. Su canción, determinada de antemano, era una de las arias más conocidas de Bellini, con la que se sentía muy segura.

—¡Estupendo! —dijo el señor Arrowpoint, que había permanecido cerca, y a la exclamación se sumaron muchos sin más hipocresía que la que reconocemos en las formas fraternales humanas. Pero Herr Klesmer permaneció como una estatua, si se puede imaginar una estatua con anteojos; al menos, estaba tan mudo como una estatua. Gwendolen fue presionada para seguir en su sitio y doblar la dicha de todos, y ella no quería rehusar a ello; pero antes de decidir hacerlo, se movió un poco hacia Herr Klesmer, y le dijo sonriéndole seductivamente—: Sería demasiado cruel para un gran músico. A usted no le puede gustar oír cantar a pobres aficionados.

—No, en serio; no me desagrada —dijo Herr Klesmer, cambiando de repente la forma de hablar a la odiosa manera alemana destacando cada sílaba, algo inusitado en él anteriormente, y que al parecer dependía de un cambio de humor, de la misma forma que los irlandeses retoman su acento natal cuando discuten con fervor—. No me desagrada. Es algo aceptable verla cantar.

¿Hubo alguna vez una manifestación de superioridad tan inesperada, al menos antes de las últimas conquistas teutónicas? Gwendolen se sonrojó profundamente, pero, con su habitual presencia de ánimo, no mostró ningún tipo de resentimiento hostil al retirarse inmediatamente; y la señorita Arrowpoint, que estaba lo suficientemente cerca para haber oído la conversación (además de observar que Herr Klesmer miraba a Gwendolen de una forma visiblemente más de admiración que lo que el buen gusto permitía), se acercó a ella con tacto y delicadeza extremos y le dijo:

—¡Imagine por lo que tengo que pasar con este profesor! Apenas soporta cualquier cosa que hagamos los ingleses en música. Solo podemos sufrir su severidad, y tratar de sacarle partido y averiguar lo peor que se puede decir de nosotros. Consuela un poco saber eso; y se puede soportar cuando todos los demás nos admiran.

—Debería sentirme agradecida hacia él por haberme dicho lo peor —dijo Gwendolen, recobrando el ánimo—. Debo decir que he sido muy mal enseñada, además de no tener más talento que solo el de gustarme la música. —Lo había expresado muy bien, teniendo en cuenta que nunca lo había pensado.

—Sí, tiene razón; no le han enseñado nada bien —dijo Herr Klesmer, tranquilamente. Le gustaba la mujer, pero más le gustaba la música—. Con todo, a usted no le faltan talentos. Canta a tono, y tiene un órgano muy dulce. Pero produce las notas mal; y esa música que canta está por debajo de usted. Es una forma de melodía que expresa

un estado cultural pueril, una especie de balanceo ñoño, la excitación y el pensamiento de personas cortas de miras. Hay una especie de bobería satisfecha de sí misma en cada una de las frases de una melodía así; nada de gritos de profunda y misteriosa pasión, de conflicto; ningún sentimiento universal. Empequeñece a los hombres mientras lo escuchan. Cante ahora algo más valioso. Y ya veremos.

—Oh, ahora no. Dentro de un rato —dijo Gwendolen, un poco abatida por las repentinas críticas que suscitó su pequeña actuación musical. Para una joven deseosa de triunfar, este primer encuentro en su terreno era alarmante. Pero se sentía inclinada a no comportarse tontamente, y la señorita Arrowpoint la ayudó diciendo:

—Si, dentro de un rato. Yo siempre necesito media hora para reponerme tras ser criticada por Herr Klesmer. Le pediremos que nos toque algo; está preparado para mostrarnos lo que es buena música.

Para estar bien seguro, Herr Klesmer tocó una composición suya, una fantasía llamada *Freudvoll, Leidvoll, Gedankenvoll*[33], un extenso comentario sobre ciertas ideas melódicas no demasiado evidente; y ciertamente le sacó al piano tanta pasión, llena de variedad y profundidad, como se dejó el instrumento, moderadamente sensible. Tenían una magia imperiosa sus dedos, que parecía que enviaran sensaciones nerviosas a través de las teclas de marfil y los martillos de madera, apremiando a las cuerdas a realizar por él un prolongado discurso vibrante. Gwendolen, a pesar de su egoísmo herido, tenía la sensibilidad suficiente para notar el poder de la interpretación, que gradualmente transformó el sollozo interno de la mortificación en una excitación que la elevó por el momento hacia una indiferencia extrema hacia sus propios logros, o al menos, hacia una determinación a estar por encima de ellos, riéndose de ellos como si pertenecieran a otra persona. Sus ojos se habían vuelto más brillantes, sus mejillas se sonrojaron ligeramente, y su lengua estaba lista para responder a cualquier observación maliciosa.

—Me encantaría que nos cantara de nuevo, señorita Harleth —dijo el joven Clintock, el hijo clásico del archidiácono, que había sido tan afortunado como para llevarla a comer, y retomó la conversación tan pronto como acabó la interpretación de Herr Klesmer—. Ese es mi estilo de música. Nunca saco nada de la música perfecta. Es como esos gusanos que no puedes decir donde empiezan o donde acaban. Podría estar todo el día escuchándola cantar.

—Sí, nos alegraría oír algo popular ahora, otra canción de las suyas nos relajaría —dijo la señora Arrowpoint, que también se había acercado con intención cortés.

Gwendolen, haciendo caso omiso de la señora Arrowpoint, y mirando con una sonrisa brillante al joven Clintock, dijo:

—Eso debe ser porque está usted en un estado cultural pueril y es

corto de miras. Acabo de aprender eso. Me han enseñado lo malo que es mi gusto, y me siento cada vez más mal por ello. No es agradable.

La señora Arrowpoint no pasó por alto está descortesía, pero simplemente dijo:

—Bien, no presionaremos por nada desagradable.

Y como por entonces se oía ya un perceptible murmullo de conversación, y los invitados se buscaban unos a otros, permaneció sentada donde estaba, mirando a su alrededor con alivio como anfitriona que se da cuenta que no es necesitada.

—Me alegra que le guste este vecindario —dijo el joven Clintock, encantado de estar ubicado enfrente de Gwendolen.

—Muchísimo. Parece haber un poco de todo y no mucho de algo.

—Eso es un halago más bien ambiguo.

—No para mí. Me gusta un poco de todo; un poco de insensatez, por ejemplo, es muy divertido. Estoy agradecida porque algunas de las personas son curiosas; pero si hubiera muchas sería aburrido.

(La señora Arrowpoint, que estaba oyendo este diálogo, percibió un nuevo tono en las palabras de Gwendolen, y le asaltó de nuevo la duda de su interés en la locura de Tasso).

—Pues yo creo que debería haber más críquet —dijo el joven Clintock—; normalmente estoy fuera, pero si estuviera más aquí, iría a un club de críquet. Usted está en uno de arqueros, creo. Pero yo pienso que el críquet será el juego del futuro. Requiere que se escriba sobre él, por eso. Uno de nuestros mejores hombres ha escrito un poema sobre él, en cuatro cantos; y es tan bueno como Pope[34]. Quiero que lo publique. Nunca leerá algo mejor.

—Estudiaré críquet mañana. Me empezaré a aplicar al críquet en vez de al canto.

—No, no, eso no; pero empiece a aplicarse al críquet. Le enviaré el poema de Jenning, si quiere. Tengo una copia manuscrita.

—¿Es un gran amigo de usted?

—Bueno, un poco.

—Oh, si solo lo es un poco, creo que lo declinaré. Ahora bien, si me la envía, ¿me promete no catequizarme sobre él y preguntarme qué parte me gusta más? Porque no es fácil conocer un poema sin leerlo como no lo es conocer un sermón sin escucharlo.

«Decididamente —pensó la señora Arrowpoint— esta chica juega doble y es satírica. Deberé vigilar».

Pero Gwendolen, no obstante, continuó recibiendo atenciones corteses de la familia de Quetcham, no solo porque las invitaciones tienen motivos más profundos que los de los gustos personales, sino porque la engorrosa escena del piano había despertado un vivo interés hacia ella en la mente de la señorita Arrowpoint, quien se ocupaba de

todas las invitaciones y visitas, al estar su madre ocupada en otras cosas.

CAPÍTULO 6

Croyez-vous m'avoir humiliée pour m'avoir appris que la terre tourne autour du soleil? Je vous jure que je ne m'en estime pas moins.
FONTENELLE, *Pluralité des Mondes*[35]

Aquella crítica sublime había causado a Gwendolen una nueva forma de aflicción. No habría querido confesar lo infeliz que se sentía por no tener las aptitudes musicales de la señorita Arrowpoint para poder cuestionar el gusto de Herr Klesmer con la seguridad de un conocimiento pleno; y aún menos admitir incluso ante sí misma que la señorita Arrowpoint, cada vez que se encontraban, suscitaba en ella un insólito sentimiento de envidia; no era ni mucho menos porque ella fuera una heredera, sino porque era realmente provocador que una chica cuya apariencia no podría caracterizarse sino diciendo que tenía una figura endeble y de media estatura, de rasgos pequeños, ojos mediocres y complexión pálida, tuviera sin embargo cierta superioridad mental que no podía ser explicada —un dominio exasperante de su técnica musical, una selección quisquillosa de sus gustos—, lo que hacía imposible forzar su admiración, mientras que le mantenía a uno asombrado. Esta aparentemente insignificante joven de veinticuatro años, a la que nadie habría hecho mucho caso si no hubiera sido la señorita Arrowpoint, podía esconder la opinión secreta de que los logros de la señorita Harleth fueran más bien ordinarios; y no era agradable pensar que esa opinión se encubriera siempre bajo una perfecta compostura.

Pero a Gwendolen no le gustaba detenerse a pensar en hechos que no la dejaran demasiado bien. El mago musical que había ampliado de repente su horizonte no estaba siempre en escena; y el estar siempre yendo y viniendo entre Londres y Quetcham pronto le hizo pensar que eso lo iba a convertir en una mente más admirada. Mientras, sabiendo lo mucho que había gustado su actuación en el Castillo Brackenshaw, en casa de los Firs, y en los demás sitios, recobró su entereza, creyendo que la aprobación era más fiable que la objeción; además, no era una de esas personas excepcionales que tienen una sed abrasadora de perfección, no siendo además requerida por sus vecinos. Quizás

habría sido precipitado decir entonces que fuera enteramente excepcional interiormente, o que lo inusual en ella era algo más que su extraña y graciosa forma de moverse y comportarse, y cierto atrevimiento que añadía picardía a una ambición egoísta muy común, como la que existe bajo muchas apariencias externas torpes y a las que no se hace mucho caso. Pues supongo que el hecho de sentar la cabeza no determina realmente el deseo del yo interior por la supremacía: solo marca a veces una diferencia en la forma en que la supremacía se mantiene alcanzable, y también un poco el grado en que esta puede ser alcanzada; sobre todo, cuando el deseo es el de una chica cuya pasión por hacer cosas remarcables no tiene más límites que el de mantener las buenas formas y ser completamente libre de la sórdida necesidad de unos ingresos. Gwendolen se rebelaba interiormente contra las ataduras de la condición familiar, y miraba sus obligaciones sin motivación, como si estuviera convencida de sus especulaciones más atrevidas. Sin embargo, no había pensado realmente en tales especulaciones, y se habría desmarcado inmediatamente de cualquier tipo de feminismo teórico o práctico, satirizando a tales mujeres. Se regocijaba sintiéndose excepcional; pero sus expectativas eran las de la novela romántica en la que el alma de la heroína reflejada en su diario está llena de un amplio poder, originalidad, y una rebelión general, mientras que su vida se mueve estrictamente en el ámbito mundano; y si camina por una ciénaga, el patetismo reside en parte, por así decir, en que lleva zapatos pulidos. He aquí una restricción que la naturaleza y la sociedad han construido cuando se persiguen aventuras insólitas; de forma que un alma que arde con una fuerza que no tiene el universo, y dispuesta a sacar el máximo partido de toda existencia, se ve sin embargo, prisionera del entretejido ordinario de las formas sociales y no hace nada en particular.

Con este desenlace trivial era con lo que Gwendolen se encontró amenazada incluso en la novedad de su primer invierno en Offendene. Tenía muy claro que no quería llevar el mismo tipo de vida que llevaban las señoritas jóvenes ordinarias. Pero lo que no tenía tan claro era cómo podía conseguir llevar otro tipo de vida, y qué era lo que tenía hacer para asegurar su libertad. Offendene seguía siendo un buen sitio, si algo pasara allí, pero el vecindario dejaba mucho que desear.

Más allá del efecto de su belleza en su primera presentación, no había mucho más que sacar de sus primeras invitaciones, y volvía a casa tras haber dado algunas muestras de sátira y sarcasmo, como las que habían ofendido a la señora Arrowpoint, para evitar aburrirse durante los días intermedios. La manifestación más fuerte de sus demandas individuales que fue capaz de hacer fue la de dejar las clases de Alice (justificando que era más probable que Alice triunfara

en su ignorancia), ofreciéndole que ayudara a la señorita Merry y a la criada que servía a todas las señoras, ayudándolas a zurcir varios vestidos de disfraces que Gwendolen deseaba tener listos para futuras ocasiones en que actuaran haciendo mímica o piezas de teatro, ocasiones que pensaba provocar a fuerza de voluntad o de artificio. Nunca había actuado, solo había hecho de figura en unos *tableaux vivants*[36] en la escuela; pero estaba segura que podía actuar bien, y habiendo estado una o dos veces en el Théâtre Français, y oído a su madre hablar de Raquel[37], los nuevos sueños y las reflexiones de qué haría con su destino se volvían de vez en cuando hacia la cuestión de si se convertiría en una actriz como Raquel, dado que ella era más hermosa que esa judía esquelética. Mientras, los húmedos días anteriores a Navidad, pasaron agradablemente, preparando vestidos griegos, orientales y clásicos, en los que Gwendolen ensayó papeles y discursos ante una audiencia doméstica, incluyendo a la ama de llaves, a la que se presionó una vez incluso a que prolongara los aplausos; pero habiéndose mostrado indigna al observar que la señorita Harleth parecía más una reina en sus vestidos normales que con esas cosas que le iban tan sueltas y que dejaban sus brazos al desnudo, no fue invitada ya una segunda vez.

—¿Estoy tan bien como Raquel, mamá? —dijo Gwendolen un día que se había lucido con su vestido griego ante Anna, interpretando ciertos fragmentos con gran intención dramática.

—Tienes mejores brazos que Raquel —dijo la señora Davilow—; podrías interpretar lo que quisieras con esos brazos, Gwen. Pero tu voz no es tan trágica como la de ella; no es tan profunda.

—La puedo hacer más profunda, si quiero —dijo Gwendolen al momento; luego, añadió con decisión—: Creo que una voz más aguda es más trágica: es más femenina; y cuanto más femenina es una mujer, tanto más trágica parece cuando realiza acciones desesperadas.

—Puede que tengas razón en eso —dijo la señora Davilow sin mucho ánimo—. Pero no entiendo qué hay de bueno en asustar así a la gente. Y si hay que hacer algo terrible, es mejor dejárselo hacer a los hombres.

—¡Oh, mamá, eres tan espantosamente insulsa! ¡Como si todas las grandes criminales apasionadas no fueran mujeres! Creo que los hombres son pobres criaturas cautelosas.

—Bueno, querida, y tú, que tienes miedo de estar sola por la noche, no creo que fueras muy atrevida en un crimen, gracias a Dios.

—No estoy hablando de la realidad, mamá —se impacientó Gwendolen. Luego, al ser su madre requerida fuera de la sala, se dirigió en seguida a su prima, como aprovechando la oportunidad, y dijo—: Anna, ve a pedir a mi tío que nos deje preparar una función de mímica en la rectoría. El señor Middleton y Warham podrían actuar

con nosotras, solo por practicar. Mamá dice que el señor Middleton no sirve para asesorarnos ni para ensayar. Es un poco aburrido, pero podríamos darle papeles adecuados. Ve a pedírselo, o si no iré yo.

—Oh, no hasta que venga Rex. Es tan inteligente, y tan entrañable, y actuará como Napoleón mirando al mar. Se parece tanto a Napoleón. Rex puede hacer cualquier cosa.

—No me fío para nada de tu Rex, Anna —dijo Gwendolen, riéndose de ella—. Acabará convirtiéndose en una de esas pésimas acuarelas suyas de colores azul y amarillo que cuelgas en tu habitación y que tanto adoras.

—Muy bien, ya verás —dijo Anna—. No es que yo sepa lo que es ser inteligente, pero ha finalizado ya sus estudios escolares y tiene una beca para la Universidad, y nadie es mejor que él en los juegos. Es más inteligente que el señor Middleton y todo el mundo menos tú dice que el señor Middleton es inteligente.

—Puede que lo sea, pero no brilla en absoluto. Es muy aburrido. Si tuviera que decir: «¡Qué la perdición se apodere de mi alma si no te quiero!»[38], lo diría en el mismo tono que: «Aquí acaba la segunda lección».

—¡Oh, Gwendolen! —exclamó Anna, asombrada por la mezcla de estas alusiones—. Te muestras muy desagradecida al hablar así de él cuando te admira tanto. Oí un día que Warham decía a mamá: «Middleton ha perdido la cabeza por Gwendolen». Ella se enfadó mucho con él; pero yo ya sé lo que quiere decir. Es lo que se dice en la universidad cuando alguien está enamorado.

—¿Cómo puedo evitarlo? —dijo Gwendolen, más bien con desprecio. «Que la perdición se apodere de mi alma si le quiero».

—No, claro; papá, supongo, no lo querría. Y se va a ir pronto. Pero me sabe mal que lo ridiculices.

—¿Qué me harás cuando ridiculice a Rex? —dijo Gwendolen con malicia.

—Por favor, Gwendolen, querida, no lo harás, ¿verdad? —dijo Anna con los ojos empañados de lágrimas—. No podría soportarlo. Además, no hay nada en él para ridiculizar. Solo tú podrías encontrarle algo. Pues nadie antes que tú había pensado en reírse del señor Middleton. Todo el mundo decía que era agradable y de buenas maneras. Estoy segura de que siempre le he temido por sus clases y por su sombrero de copa, y por ser sobrino del obispo y todo eso. Pero no ridiculizarás a Rex, prométemelo —Anna terminó con una mirada imploradora que conmovió a Gwendolen.

—Eres una primita encantadora —dijo, pellizcándole a Anna el mentón—. No quiero hacer nada que te moleste. Sobre todo si Rex consigue que todo se lleve a cabo, la mímica y todo.

Y cuando por fin vino Rex, la animación que trajo a la vida de Offendene y la rectoría, y la rapidez con que encajó en los planes de Gwendolen, no le permitieron ridiculizarlo de ninguna forma que no fuera de una manera abierta y lisonjera, como a él mismo le gustaba. Era un joven de corazón abierto, con una cara hermosa que se asemejaba mucho a la de su padre y al de Anna, aunque con la expresión más suave por una parte y con más robustez por otra: un temperamento brillante, sano y cariñoso, que disfrutaba tanto de las cosas inocentes ordinarias que el vicio no le tentaba, y lo que sabía de él permanecía en las profundidades más recónditas de su mente de forma que pensar en ello le producía una gran repulsión. Los hábitos viciosos eran para él "lo que algunos compañeros hacían", "cosas estúpidas" de las que quería mantenerse al margen. Correspondía al afecto de Anna tan plenamente como podía esperarse de un hermano que se complacía, además de en ella, en muchas más de las cosas que a ella le gustaban; y nunca había conocido un amor más fuerte.

Los primos estaban continuamente juntos en casa de uno o de otro, principalmente en Offendene, donde había más libertad, o más bien donde Gwendolen podía mostrar mejor su dominio; y cualquier cosa que ella deseara se convertía en objeto de acatamiento para Rex. Las funciones de mímica se desarrollaron de acuerdo con sus planes; y también algunas otras pequeñas escenas no previstas por ella en las que su actuación pudo ser más espontánea. Fue en Offendene donde se ensayaron y se presentaron las funciones de mímica y los cuadros vivientes, al no ver ninguna objeción la señora Davilow incluso a que el señor Middleton fuera invitado a participar en ellas, ahora que Rex también estaba allí —siendo sus servicios indispensables—. Warham, que estaba estudiando para la India con un preparador de Wancester, no disponía de tiempo para ellos, y mostraba generalmente una actitud sombría por la cantidad de cosas que había estado estudiando, prácticamente todo salvo las respuestas necesarias para el examen próximo, que a juzgar por su estudio, bien podía revelar que el bienestar de nuestro Imperio Indio estuviera relacionado con un conocimiento preciso de las Pastorales de Browne.

El señor Middleton fue persuadido para representar papeles serios, pues Gwendolen lo había adulado sobre su envidiable rostro inmutable; y aunque al principio estuviera un poco dolido y celoso de la amistad que ella mostraba con Rex, pronto se animó con el pensamiento de que este tipo de familiaridad entre primos excluía cualquier tipo de pasión más seria. De hecho, en ocasiones sentía que el trato más formal que ella le dirigía era como un signo de favor para que él hiciera progresos antes de dejar Pennicote, aunque él prefería no desvelar sus sentimientos hasta que no pudiera asegurar un poco más su posición. La señorita Gwendolen, bastante consciente de ser

adorada por este joven clérigo intachable de barba pobre y cuello cuadrado, lo único que sintió sobre el asunto es que no tenía objeción alguna en ser adorada: volvía sus ojos sobre él despiadadamente y le causó muchas suaves y agitadas esperanzas al querer siempre evitar contacto dramático con él —pues cualquier significado, sabemos, depende del modo de interpretación—.

Algunas personas podrían haber pensado de antemano que para un joven de inclinaciones anglicanas, con un sentido de lo sagrado ejercitado tanto en las cosas pequeñas como en las grandes, que apenas reía excepto por cortesía, y que, en general, consideraba decir las cosas por su nombre como algo ordinario, no fuera una mujer adecuada para él una chica que fuera atrevida en extremo y que no mostrara ninguna de las cualidades especiales requeridas en la mujer de un clérigo; o que un joven instruido con lecturas teológicas probablemente no iba a encontrarle el gusto a una joven señorita inquieta y vivaracha como la señorita Harleth. ¿Pero estamos siempre obligados a explicar por qué los hechos no son como los pensaron otros de antemano? La disculpa debe hallarse en su terreno, pues ellos son los que tenían un modo de pensar equivocado.

En cuanto a Rex, que habría sentido lástima del pobre Middleton si hubiera sido consciente del conflicto interior del eminente clérigo, estaba completamente absorbido por una pasión principal como para observar cualquier otra persona o cosa. No observaba a Gwendolen; solo sentía lo que ella decía o hacía, y la parte trasera de su cabeza parecía ser un buen órgano de información para saber si ella se hallaba o no en la sala. Antes de finalizar la primera quincena estaba tan profundamente enamorado que era imposible que pensara que su vida no fuera a estar atada a la de Gwendolen. No veía impedimentos, pobre chico; su propio amor le parecía una garantía del de ella, pues era un amor que contemplaba con encanto imperturbado su imagen, de forma que no podía imaginar que ella fuera a causarle dolor de la misma forma que un egipcio no podía imaginarse la nieve. Ella le cantaba y actuaba siempre que él quería, estaba contenta de su compañía a caballo, aunque los corceles que tomaba prestados eran a menudo ridículos, se unía siempre a cualquier observación graciosa suya, y mostraba un sincero aprecio hacia Anna. No parecía que faltara ninguna señal de simpatía. Que al ser Gwendolen la más perfecta de las criaturas del mundo, iba a conseguir un matrimonio perfecto, no se le había ni ocurrido. No tenía ninguna presunción —al menos, no más que la necesaria para dar consistencia a una personalidad sustancial—: solo que en el joven ardor de su amor, tomó la perfección de Gwendolen como parte del bien que siempre le había rodeado, como consecuencia de su naturaleza dichosa y bondadosa.

Un suceso que ocurrió durante el transcurso de sus ensayos dramáticos impresionó a Rex, como prueba de su natural sensibilidad. En ese suceso se mostró un aspecto de la personalidad de ella que no podía haber sido preconcebido por nadie que, como él, solo había visto su intrepidez habitual en ejercicios activos y su buen humor en sociedad.

Tras una buena cantidad de ensayos, se decidió que un grupo selecto fuera invitado a Offendene para presenciar las actuaciones que transcurrían con tanta satisfacción para los actores. Anna les había causado una agradable sorpresa; la forma en la que representaba sus papeles no podía ser más perfecta; podía incluso sospecharse que tras su simplicidad se escondía una aguda observación. Y el señor Middleton hizo bien en no intentar hacer un papel cómico. La principal causa de incertidumbre y retraso fue el deseo de Gwendolen de aparecer con su vestido griego. No acababa de encontrar qué función era la más adecuada para conseguir su propósito de resaltar su figura con su vestido favorito. Escoger una obra de Racine no serviría de nada, pues ni Rex ni los demás sabían declamar el verso francés, e improvisar discursos convertiría la escena en algo burlesco. Además, el señor Gascoigne prohibía que se representaran escenas de obras de teatro: estaba normalmente en contra de la noción que un divertimento que era adecuado para todos, no lo fuera para un clérigo; pero no iba a consentir sobrepasar en esto la línea del decoro como se hacía en esa parte de Wessex, lo que no excluía que aprobara que los jóvenes hicieran pantomimas en casa de su cuñada —un asunto muy diferente al de las obras de teatro privadas en el pleno sentido de la expresión—.

Por supuesto todo el mundo se preocupó por satisfacer el deseo de Gwendolen, y Rex propuso que podrían arreglarlo con un cuadro en el que el efecto de su majestad no fuera deslucido por el discurso de nadie. Esta idea la agradó por completo, y lo único que faltaba era buscar un cuadro.

—Algo agradable, chicos, os lo ruego —dijo la señora Davilow—. No soporto las crueldades griegas.

—No son peores que las cristianas, mamá —dijo Gwendolen, a la que la mención de las heroínas raquelescas había suscitado tal observación.

—Y menos escandalosas —dijo Rex—. Además, uno piensa en ellas como algo ya pasado. ¿Qué opináis del secuestro de Briseida?[39]. Yo sería Aquiles, y vosotros estarías mirando alrededor mío tras el grabado que tenemos en la rectoría.

—Esa sería una buena escena para mí —dijo Gwendolen, en un tono de aceptación. Pero luego replicó con decisión—: No, no servirá. Tienen que haber tres hombres con los vestidos adecuados, si no, sería

ridículo.

—¡Ya lo tengo! —dijo Rex, tras una breve reflexión—. ¡Hermione como estatua en el Cuento de Invierno![40]. Yo seré Leontes, y la señorita Merry, Paulina, uno en cada lado. Nuestros vestidos no significan mucho —continuó riendo—: será más shakespeariano y romántico si Leontes parece Napoleón y Paulina una solterona moderna.

Y escogieron Hermione; todos estuvieron de acuerdo en que la edad era lo de menos; pero Gwendolen propuso que en lugar de representar solo el cuadro, debía haber algo de actuación para introducir el lanzamiento de la música como signo para que ella comenzara a descender avanzando poco a poco; luego Leontes, en lugar de abrazarla, se arrodillaría ante ella y le besaría el dobladillo de su falda, y caería el telón. La antecámara de puertas abatibles resultaba ideal para convertirse en escenario, y todo el personal, además de Jarret, el carpintero local, estuvieron ocupados en preparar un entretenimiento que, considerando que era la imitación de una actuación, iba a resultar exitoso, pues sabemos por fábulas antiguas que una imitación tiene más probabilidades de éxito que el original.

A Gwendolen le invadía una emoción especial ante la expectativa de esta ocasión, pues sabía que Herr Klesmer estaba de nuevo en Quetcham, y había tomado la precaución de inculirlo entre los invitados.

Klesmer vino. Se mostraba reservado, como de costumbre, y se sentó contemplando serenamente la escena, respondiendo a todos los requerimientos con sílabas complacientes, más o menos articuladas —como si cargara humildemente con su cruz en un mundo poblado de aficionados, o como si moviera cuidadosamente sus zarpas de león para no pisar a un ratón furioso y chillón.

Todo se desarrolló de forma natural y según lo previsto —teniendo en cuenta que casi todo era improvisado y accidental— hasta que ocurrió el incidente que descubrió un estado de emoción nunca visto en Gwendolen. Cómo sucedió fue al principio un misterio.

La representación de Hermione era doblemente llamativa por su disimilitud con lo que había sido representado anteriormente: estaba funcionando perfectamente, y los aplausos fueron apagándose gradualmente mientras Leontes daba permiso para que Paulina mostrara sus habilidades artísticas e hiciera mover la estatua.

Hermione, con un brazo descansando sobre una columna, estaba elevada unas seis pulgadas[41], espacio suficiente para mostrar su hermoso pie y empeine, y debía avanzar y descender ante la señal establecida.

—¡Música, ruge, despiértala! —dijo Paulina (la señora Davilow, a quien las insistentes súplicas la habían convencido para tomar parte

con una túnica blanca y una capucha).

Herr Klesmer, que había sido lo bastante condescendiente como para sentarse él mismo al piano, atacó un acorde fuertemente, pero al mismo tiempo, y antes que Hermione hubiera descendido su pie, el panel móvil del entablado, que estaba alineado con el piano, se abrió en el lado opuesto al escenario y descubrió la imagen del rostro del cadáver y el cuerpo que lo acompañaba, envueltos en pálida luminosidad debido a la posición de las velas. Todo el mundo se asustó, pero todos los ojos que fijaron la vista en el panel abierto se volvieron atraídos por un grito de Gwendolen, que permanecía sin cambiar de actitud, pero con un cambio de expresión que era terrorífico en su terror. Parecía una estatua en la que hubiera entrado el alma del Miedo: sus pálidos labios estaban partidos; sus ojos, normalmente encogidos ante sus largos párpados, estaban dilatados y fijos. Su madre, menos sorprendida que alarmada, se precipitó hacia ella, y tampoco Rex pudo evitar correr a su lado. Pero el contacto con el brazo de su madre tuvo el efecto de una descarga eléctrica; Gwendolen cayó de rodillas y se tapó la cara con las manos. Todavía temblaba, aunque en silencio, y parecía que tenía la suficiente consciencia de sí misma como para pretender controlar sus signos de espanto, pues al final se dejó levantar y llevar fuera, mientras los demás se reponían del susto mediante explicaciones.

—¡Un dibujo magnífico, ese! —dijo Klesmer a la señorita Arrowpoint. Y se desató un rápido murmullo de preguntas y respuestas.

—¿Era parte de la representación?

—Oh, no, por supuesto que no. La señorita Harleth estaba muy afectada. ¡Una criatura sensible!

—¡Madre mía! No me había dado cuenta que hubiera una pintura detrás del panel; ¿y usted?

—No, ¿cómo iba a darme cuenta? Una excentricidad de algún conde de la familia de hace tiempo, supongo.

—¡Qué horror! Por favor, callad ya.

—¿Estaba cerrada con llave la puerta del panel? Es muy misterioso. Deben ser los espíritus.

—Pero no hay ningún médium presente.

—¿Cómo sabes eso? Es de esperar que haya alguno si ocurren estas cosas.

—Oh, la puerta no estaba cerrada con llave; probablemente fue la fuerte vibración del piano que la abrió.

A esta conclusión llegó el señor Gascoigne, que pidió a la señorita Merry si podía conseguir la llave. Pero la señora Vulcany pensó que esta prontitud en explicar el misterio no era propio de un clérigo, y

observó por lo bajo que el señor Gascoigne era siempre un poco demasiado mundano para su gusto. Sin embargo, se halló la llave, y el rector la introdujo en la cerradura girándola con un énfasis casi ofensivo —como diciendo «No volverá a abrirse de nuevo»— tras lo cual puso la llave en su bolsillo como medida de seguridad.

Sin embargo, pronto reapareció Gwendolen, mostrando su estado de ánimo habitual, y notoriamente resuelta a ignorar en la medida de lo posible el llamativo cambio que había hecho en el papel de Hermione.

Pero cuando Klesmer le dijo: «Tenemos que agradecerle que haya ingeniado un clímax tan perfecto: no podía haber elegido un mejor dibujo», ella se sonrojó de placer. Le gustaba aceptar como verdadero un amable cumplido. Él adivinaba que la traición de sus sentimientos de terror la mortificaban, y deseaba que ella entendiera que él lo tomaba por buena actuación. Gwendolen se deleitaba con la idea de que ahora él estaba conmovido tanto por su talento como por su belleza, y su preocupación por su opinión se tornó en cierto modo en complacencia.

Pero demasiados sabían lo que se había incluido en los ensayos y lo que no, y nadie más además de Klesmer quiso arriesgarse a aliviar la supuesta mortificación de Gwendolen. El sentimiento general era de dejar de pensar en el incidente.

En realidad, hubo una médium relacionada con la apertura del panel: una que había abandonado a toda prisa la sala y se metió en la cama llena de remordimientos. Era la pequeña Isabel, cuya intensa curiosidad, insatisfecha por la breve ojeada que había hecho a la extraña pintura el día de su llegada a Offendene, la había mantenido a la espera de una oportunidad de hallar dónde había puesto la llave Gwendolen, de robarla del cajón en el que la había descubierto cuando el resto de la familia estuvo fuera, y de apoderarse de un taburete para dejar abierto el panel. Mientras satisfacía su sed de conocimiento de esta manera, la alarmó un ruido que temió fuese de unos pasos que se acercaban; cerró la puerta e intentó cerrarla apresuradamente con la llave, pero al no acertar y no atreverse a demorarse, sacó la llave y confió en que el panel aguantaría sujeto a la pared, como bien parecía. Con esta confianza, devolvió la llave a su sitio, acallando cualquier inquietud al respecto con el pensamiento de que si se descubría que la puerta de la pared no estaba cerrada con llave nadie sabría por qué. La inoportuna Isabel, como les sucede a otros culpables, no preveía que su propio impulso la llevaría a confesar, algo que le ocurrió a la mañana siguiente de la fiesta, cuando Gwendolen dijo en el desayuno:

—Sé que la puerta estaba cerrada con la llave antes de que me la entregara el ama de llaves, pues yo mismo intenté abrirla. Alguien ha

debido ir a mi cajón y la ha cogido.

A Isabel le pareció que los terribles ojos de Gwendolen se fijaron más en ella que en el resto de sus hermanas, y sin tiempo para pensar, dijo temblando:

—Por favor, perdóname, Gwendolen.

El perdón se otorgó más pronto de lo que habría sido si Gwendolen no hubiera deseado que desapareciera de su memoria y de la de todos los demás un suceso en el que había mostrado su susceptibilidad al espanto. Se sorprendía de sí misma en estas experiencias ocasionales, que parecían breves momentos de locura, inexplicables excepciones de su vida normal; y en esta ocasión le mortificaba especialmente el hecho de que esta impotente sensación de miedo hubiera surgido, no como sucedía normalmente, en soledad, sino en compañía y a plena luz. Su ideal era ser audaz en la palabra y temeraria en bravos peligros, tanto morales como físicos; y aunque en la práctica estaba muy lejos de su ideal, esta limitación parecía deberse a la insignificancia de sus circunstancias, al estrecho margen que ofrece la vida a una chica de veinte años, que no llega a imaginarse que pueda ser otra cosa que una dama, o estar en una posición social en la que no la respetaran. No tenía plena consciencia de que la encadenaran otros temas, ni siquiera espirituales, pues siempre la había desagradado lo que se le presentaba bajo el nombre de la religión, del mismo modo que algunas personas detestan la aritmética y el cálculo: no le habían suscitado ninguna emoción, ninguna ansiedad, ningún anhelo; así que la cuestión de si creía no se le había ocurrido, de la misma forma que no se le había ocurrido averiguar las condiciones de las propiedades coloniales y de la banca, sobre las que, como había tenido muchas oportunidades de conocer, la fortuna de su familia dependía. Habría admitido en seguida todos estos hechos sobre sí misma, e incluso, más o menos indirectamente, los habría manifestado. Lo que reconocía a despecho y que no habría querido que nadie se diera cuenta era estar sujeta a ataques de pavor espiritual, si bien el origen de esos temores no estaba relacionado con lo que había aprendido de la religión o de las relaciones humanas. Se avergonzaba y temía qué podía suceder de nuevo, al recordar su temor al sentirse de repente sola, cuando, por ejemplo, caminaba sin compañía y había un repentino cambio de luz. Sentir la soledad en un entorno amplio la impresionaba con un sentimiento indefinido de inconmensurable existencia fuera de ella, en medio de la cual se sentía impotentemente incapaz de afirmar su propia personalidad. Lo poco que le enseñaron de astronomía en la escuela solía, en ocasiones, poner en funcionamiento su imaginación de un forma que la hacía temblar; pero cuando alguien se unía a ella, recobraba su indiferencia hasta el punto de parecer una exiliada; encontraba de nuevo su propio

mundo donde su voluntad le era útil, y la nomenclatura religiosa que hacía referencia a este mundo no le producía una mayor impresión inquieta de sobrecogimiento que la que sentía al ver las anticuadas casullas de su tío en la rectoría. Ante la presencia de más gente, siempre hasta ahora había recobrado el ánimo, y sentía la posibilidad de reponerse. Ante su mamá y otras personas sus ataques de retraimiento y terror se explicaban suficientemente por su "sensibilidad" o "por la excitabilidad de su naturaleza"; pero había que conciliar estas expresiones aclaratorias con lo que parecía una absoluta indiferencia o un extraño dominio de sí. El estado ardiente es una expresión muy útil: puede hacer referencia a cierto grado de calor atmosférico, y para aplicarlo correctamente requiere un perfecto conocimiento de las diferencias térmicas; o puede explicar la "sensibilidad" del carácter, lo que requiere también un conocimiento semejante. Pero, ¿quién es el que, amando a una criatura como Gwendolen, no estaría predispuesto a tomar cada peculiaridad de ella como un signo de preeminencia? Eso es lo que Rex hizo. Tras la escena de Hermione, estaba más persuadido que nunca que ella debía estar llena de todo sentimiento, y no solo dispuesta a responder a un amor de veneración, sino a amar mejor que otras chicas. Rex sentía el verano en su joven ánimo y se elevó feliz sobre estos pensamientos.

CAPÍTULO 7

Perigot: As the bonny lasse passed by,
Willie: Hey, ho, bonnilasse!
P: She roode at me with glauncing eye,
W: As clear as the crystal glasse.
P: All as the sunny beame so bright,
W: Hey, ho, the sunnebeame!
P: Glaunceth from Phoebus' face forthright,
W: So love into thy heart
SPENSER, *Shepheards Calendar*[42]

El síntoma más benigno, aunque la crisis más alarmante del sensible estado de la juventud; el que nutre y devora habilidades prometedoras; (…) la esclavitud sobre la libertad; la amable religión de la mente; la superstición liberal.

Charles Lamb

El primer signo de la tormenta de nieve que no se espera es la nube blanca transparente que parece partir el cielo azul. Anna conocía el secreto de los sentimientos de Rex, aunque por primera vez en sus vidas, él no le había comentado nada sobre lo que más le absorbía, y simplemente tomó por hecho que ella lo sabía. Por primera vez, también, Anna no podía decir a Rex lo que continuamente estaba en su mente. Él pronto cuidaría de alguien más que de ella, y quizás habría sentido una pena que habría tenido que ocultar, si tal sentimiento no hubiera sido completamente neutralizado por la duda y la ansiedad que sentía por lo que podía sucederle a él. Anna admiraba a su prima, habría dicho simplemente con sencilla sinceridad: «Gwendolen siempre es muy buena conmigo», y era el estado natural de las cosas el que ella estuviera sometida a su prima; pero la miraba con una mezcla de miedo y desconfianza, la contemplaba desconcertada como si fuera un animal asombroso y hermoso cuya naturaleza fuera un misterio, y que, por lo que Anna conocía, podía apetecerle devorar a todas las pequeñas criaturas que fueran sus propias mascotas. Y ahora, el corazón de Anna se hundía

bajo la fuerte convicción que no se atrevía a exteriorizar: que Gwendolen nunca cuidaría de Rex. Lo que ella miraba con ternura y reverencia había parecido siempre indiferente a Gwendolen, y era más fácil imaginársela despreciando a Rex que devolviéndole su afecto. Además, ella siempre estaba pensando ser alguien extraordinaria. ¡Pobre Rex! Papá se enfadaría con él, si lo supiera. Y por supuesto, era demasiado joven para estar enamorado de esa manera; y ella, Anna, había pensado que pasarían muchos años antes de que algo así ocurriera, y que cuidaría de Rex por mucho tiempo. ¡Pero qué tipo de corazón había de ser el que no le devolviera su amor! Anna, ante la expectativa de su sufrimiento, estaba empezando a detestar a su tan fascinante prima.

A ella le parecía, al igual que a Rex, que durante las últimas semanas habían llevado una vida ajetreada que se había puesto de manifiesto ante cualquier observador: si a él le hubieran preguntado sobre el tema, habría dicho que no tenía intención de esconder lo que esperaba sería un compromiso, del que inmediatamente haría partícipe a su padre; pero aún así, por primera vez en su vida se mostraba reservado no solo sobre sus sentimientos, sino además —lo que para Anna era más remarcable— sobre ciertas acciones. Ella, por su parte, se ponía nerviosa cada vez que su padre o su madre empezaban a hablarle en privado, no fuera que le dijeran algo sobre Rex y Gwendolen. Pero los mayores no eran lo más mínimo conscientes de este drama alarmante, que avanzaba principalmente como una especie de pantomima, extremadamente lúcida para los que la expresaban, pero que pasaba desapercibida para los espectadores, que preferían dirigir la vista hacia el *Guardian* o el *Clerical Gazette*, y no prestaban más atención a las trivialidades de los jóvenes que a los movimientos de las hormigas.

—¿Dónde vas, Rex? —dijo Anna una mañana gris en la que su padre y la señora Gascoigne habían salido en el carruaje a las sesiones, y en la que había observado que su hermano se había puesto las protecciones contra el barro en la pierna, lo más cercano que tenía a un equipo de caza.

—Voy a ver cómo sueltan a los galgos en los Tres Graneros.

—¿Te vas a llevar a Gwendolen? —dijo Anna tímidamente.

—Te lo ha dicho ella, ¿verdad?

—No, pero pensé que… ¿Sabe papá que vas a ir?

—No que yo sepa. No creo que le preocupe mucho.

—¿Vas a usar su caballo?

—Ya sabe que lo hago siempre que puedo.

—No dejes que Gwendolen vaya a caballo tras los galgos, Rex —dijo Anna, cuyos temores le proporcionaban una especie de

clarividencia.

—¿Por qué no? —dijo Rex, sonriendo casi provocativamente.

—Ni papá ni mama ni la tía Davilow quieren que lo haga. Creen que no es apropiado para ella.

—¿Por qué supones que va a hacer lo que no es apropiado?

—A Gwendolen no le importa nadie a veces —dijo Anna, en un tono más atrevido, pues se iba irritando por momentos.

—Entonces no le importaré yo —dijo Rex, burlándose perversamente de la ansiedad de Anna.

—Oh, Rex. No lo soporto. Te harás un desdichado. —En este punto Anna rompió a llorar.

—Nannie, Nannie, ¿qué es lo que te pasa? —dijo Rex, algo impaciente al ser entretenido de esta forma, con el sombrero ya puesto y el látigo en la mano.

—No te cuidará lo más mínimo. ¡Sé que nunca lo hará! —susurró la pobre chica con un sollozo. Había perdido por completo el control de sí misma.

Rex se puso rojo y salió apresuradamente por el recibidor, dejándola con la miserable consciencia de haberse puesto en contra en vano.

Pensó en sus palabras mientras cabalgaba; tenían el mal gusto que toda predicción desafortunada lleva consigo, incluso aunque uno se riera de ellas; pero pronto se dio cuenta de que provenían de la ternura de la pequeña Anna, y le supo mal tener que marcharse sin poder consolarla. Sin embargo, se opuso claramente a ella sobre cualquier otro sentimiento al respecto, tratando de convencerse en su interior que él estaba en lo cierto. Este tipo de certeza era tan familiar como para desconfiar y tan inquietante como para apresurarse a confesar la verdad, cosa que una seguridad intacta habría retrasado.

Gwendolen ya estaba encima del caballo y paseaba arriba y abajo de la avenida cuando Rex apareció en la puerta. Para evitar la decepción en caso de que él no apareciera a tiempo, tenía listo el mozo de caballos tras ella, puesto que no habría esperado más de un tiempo razonable. Ahora pues, enviaron de vuelta al mozo y los dos marcharon encantados de su libertad. Gwendolen estaba de su mejor humor, y Rex pensó que ella nunca había parecido tan hermosa: su rostro, su largo cuello blanco y las curvas de sus mejillas y su barbilla eran realzadas hasta la perfección por la compacta sencillez de su traje de montar. No podía imaginarse a una chica más perfecta; y cuando uno es un amante adolescente como lo era Rex, parece que la identidad fundamental del bien, la verdad y la belleza, existe y se manifiesta en el objeto de su amor. Casi todo el mundo habría considerado más que razonable que una chica tuviera semejantes

impresiones acerca de Rex, pues en su apuesto rostro no se veía ni una traza de maldad, ni siquiera heredada de algún antepasado —cosa que hizo que algunos vacilaran en su admiración por Gwendolen—.

Era una exquisita mañana de enero, en la que no había amenaza alguna de lluvia, sino un cielo gris que suponía el trasfondo más tranquilo para las delicias de una suave escena de invierno: las franjas de los caminos cubiertas de hierba, los setos salpicados de frutos rojos en los que se escondían ligeros gorjeos, la desnudez púrpura de los olmos, el color vivo y oscuro de los surcos del camino. Los cascos de los caballos producían un repiqueteo musical que acompañaba sus voces jóvenes. Ella se reía de su vestimenta, pues él era todo lo contrario a un hombre presumido, y él disfrutaba con su risa: la frescura de la mañana se entremezclaba con la frescura de su juventud; y cada sonido que pronunciaban, cada mirada que se cruzaban, eran destellos de un manantial desbordante de alegría. Se hallaban en la aurora, tanto dentro de ellos como fuera. Y al pensar en ellos en esos momentos, uno se siente tentado a pronunciar uno de esos lamentos triviales: ¡qué pena que las cosas no hubieran sido un poco diferentes entonces, para que hubieran sido muy diferentes luego! ¡Qué pena que estas dos jóvenes y bellas criaturas no se hubieran prometido allí y entonces, y que nunca se hubieran apartado de ese compromiso en la vida! Pues algo de la bondad en la que Rex creía estaba allí. La bondad es una palabra amplia, a menudo prometedora; como la cosecha, que comprende varias etapas: en la primera, todo yace bajo el suelo, con un futuro impreciso: ¿estará germinando la semilla en la oscuridad? Luego, surgen delicados tallos verdes, y poco a poco los temblorosos frutos pueden ser barridos por una hora de viento fuerte o de lluvia. Cada fase tiene su peligro particular, y tanto cualquier acción particular de la tierra cruel que la envuelve como cualquier otro daño casual externo puede acabar con el sano fruto que lleva dentro.

—A Anna se le había metido en la cabeza que querías ir tras los galgos esta mañana —dijo Rex, que al recordar las palabras de Anna, pronunció las suyas como si tratara de uno de los temas más trascendentales.

—¿De veras? —dijo Gwendolen riendo—. ¡Qué chica más clarividente!

—¿Irás? —dijo Rex, que no había creído que pretendiera ir si lo objetaban los mayores, aunque confiaba en que tuviera un buen motivo.

—No sé. No puedo decirte lo que haré hasta que llegue allí. Los clarividentes se equivocan a menudo: prevén lo que es probable. A mí no me gusta lo que es probable; es siempre aburrido. Yo hago lo que es improbable.

—Ah, me estás revelando un secreto. Cuando sepa lo que es probable que haga la gente en general, sabré que tú quieres hacer lo contrario. Así que ya no harás lo improbable. Yo sabré calcular lo que vas a hacer. No podrás sorprenderme.

—Sí que podré. Volveré a cambiar de opinión y haré lo que es probable para la gente en general —dijo Gwendolen, con una risa melodiosa.

—No puedes escapar de la probabilidad. Y la contradicción es la más grande de las probabilidades. Tienes que abandonarte a un plan.

—Pues no lo haré. Mi plan es hacer lo que me agrade. (Si hasta aquí alguna joven señorita se siente tentada a imitar a Gwendolen, que considere la posición de su cabeza y de su cuello: si el ángulo hubiera sido diferente, el mentón más protuberante y la vértebra cervical un poquito más curvada, diez contra uno que las palabras de Gwendolen habrían caído como una jarra de agua fría al apacible Rex. Pero todos sus extravagantes comentarios eran jocosos y estaban llenos de humor, y a él solo le preocupaba llevar la conversación hacia un punto en concreto).

—¿Puedes conseguir sentir solo lo que te agrada? —dijo él.

—Por supuesto que no; eso depende de lo que hacen los demás. Pero si el mundo fuera más agradable, solo sentiríamos lo que es agradable. La vida de las chicas es tan estúpida; nunca hacen lo que les gusta.

—Yo pensaba que eso les ocurría a los hombres. Están obligados a hacer cosas duras, a menudo muy aburridas, y muy cansadas también. Y además, si nos enamoramos de verdad de una chica, queremos hacer lo que a ella le gusta, así que, al final, seguís vuestro propio camino.

—No lo creo. Nunca vi a una mujer casada que siguiera su propio camino.

—¿Qué te gustaría hacer? —dijo Rex, sin mostrar malicia alguna, ciertamente desesperado.

—¡Oh, no lo sé! Ir al Polo Norte, o hacer carreras de obstáculos a caballo, o ir a ser una reina en el Este como la señora Hester Stanhope[43] —dijo Gwendolen atolondradamente. Las palabras nacieron de sus labios, pero no habría sabido explicar su origen.

—¿No te importa que no pudieras casarte nunca?

—No, no he dicho eso. Solo que cuando esté casada, no haré lo que hacen el resto de las mujeres.

—Podrías hacer lo que quisieras si te casaras con un hombre que te amara más que cualquier otra cosa del mundo —dijo el pobre Rex, al que se le escapaba de las manos el tema por el cual había querido ganar su admiración—. Conozco uno que te ama.

—No me hables del señor Middleton, ¡por Dios! —dijo Gwendolen

precipitadamente, y en seguida un rápido sonrojo se extendió por su cara y el cuello—; esa es la cantinela de Anna. Ya oigo a los galgos. Sigamos.

Puso el caballo a medio galope, y Rex no tuvo más remedio que seguirla. Aun así se sentía animado. Gwendolen se daba perfecta cuenta de que su primo estaba enamorado de ella; pero no imaginaba que el asunto tuviera importancia, al no haber experimentado nunca en lo más mínimo un amor desdichado. Deseaba que el pequeño romance de la devoción de Rex ocupara todo el tiempo de su estancia en Pennicote y que no tuviera que dar explicaciones que zanjaran el asunto. Además, objetaba con una especie de repulsión física, que la cortejaran directamente. Con todo lo que le encantaba que la adoraran, había en ella cierta obstinación a permanecer en la soltería.

Pero cualquier otro pensamiento se esfumó pronto ante la excitación de la escena en los Tres Graneros. Varios caballeros que formaban parte de la cacería la conocían, e intercambió con ellos agradables saludos de bienvenida. Rex no pudo sonsacarle ninguna palabra más. El color y el movimiento del campo tomaron posesión de Gwendolen con una fuerza que no era debida a una asociación habitual, pues nunca había cabalgado tras los galgos —solo había dicho que le gustaría hacerlo, por lo que se lo habían prohibido—; su madre temía el peligro, y su tío declaró que, por su parte, entendía que era indecente que una mujer practicara ese tipo de ejercicio violento, y que por mucho que se hiciera en otras partes del país, ninguna dama de buena posición debía seguir a los galgos de Wessex: a excepción de la señora Gadsby, la mujer del asistente del capitán, que había sido fregona y todavía hablaba como tal. Este último argumento tuvo cierto efecto sobre Gwendolen, y la mantuvo vacilante entre su deseo de manifestar su libertad y el horror de que la asociaran con la señora Gadsby.

Algunas de las mujeres más respetables del vecindario iban en ocasiones a ver sacar a los galgos; pero ninguna de ellas estaba presente esta mañana para refrenarla en su deseo de seguir la cacería, y a la señora Gadsby, con sus dudosos antecedentes, no solo de gramática, tampoco se la veía, con lo que no parecía tan indecente estar allí. Así que Gwendolen pudo disfrutar del estímulo animal que provenía del jadeo de los galgos, el trote de los caballos, las variadas voces humanas, los vaivenes de vivos colores sobre el fondo lejano verde y tranquilo: la mayor excitación de la caza que consiste en sentirse una especie de combinación de perro y caballo, con la sensación añadida de la vanidad social y la conciencia del poder del centauro que pertenece a la humanidad.

Rex habría podido disfrutar lo mismo si hubiera podido estar más cerca de Gwendolen y no verla constantemente ocupada con

conocidos, o siendo observada por lo que acabarían siendo conocidos, todos ellos en caballos impresionantes, que se movían barriendo el espacio circundante tan efectivamente como una palanca giratoria.

—Me alegra verla aquí en esta espléndida mañana, señorita Harleth —dijo Lord Brackenshaw, un noble de mediana edad y procedencia aristocrática, vestido con traje rosa y de aspecto despreocupado, que no habría dado importancia ni al Diluvio universal—. Tendremos una corrida de primera. Una pena que no venga con nosotros. ¿Ha probado alguna vez su pequeño caballo saltando una zanja? ¿No tendría miedo, verdad?

—En absoluto —dijo Gwendolen. Y era cierto. Nunca sentía miedo ante la acción o en compañía—. A menudo le he llevado a saltar barreras y zanjas, cerca de…

—¡Ah, por Júpiter! —dijo su señoría tranquilamente, dando a entender que sucedía algo que obligaba a interrumpir el diálogo, y mientras arreaba el caballo, Rex acercó el suyo al lado de Gwendolen, y en esto… los galgos comenzaron a ladrar y todo el campo se puso en movimiento como si el giro de la tierra los arrastrara; Gwendolen se unió al resto; no hizo ni caso a Rex, que sin pensarlo un segundo también los siguió. ¿Podía dejar que Gwendolen fuera sola? En otras circunstancias habría disfrutado de la cacería, pero se hallaba ahora perturbado por haber reprimido el ímpetu de expresar su amor, y obtener una respuesta a cambio, un ímpetu que no podía transformar ahora en otro tipo de caza totalmente diferente, al menos con la consciencia de estar sobre el viejo caballo de su padre, que aunque era lo suficientemente bueno, tenía ya bastantes años y unos hábitos más bien eclesiásticos. Gwendolen, sobre su pequeño pero animado caballo color castaño, estaba al lado de los mejores, y se sentía tan segura como una diosa inmortal, y de haber pensado en el riesgo, habría sentido una confianza absoluta de que nada malo iba a sucederle. Pero no pensó en tal cosa, ni por supuesto en que hubiera riesgos tampoco para su primo. Si hubiera pensado en él, lo habría hecho con una imagen divertida de que iba retrasándose poco a poco y mirando en busca de verjas: un joven bastante maleable, cuyo corazón debía jadear con el espíritu de un sabueso, atrancado como si estuviera bajo el efecto del hechizo de un mago sobre un rígido caballo clerical, y que le habría hecho reír con tanta gracia que ni se habría dado cuenta de su mortificación. Pero Gwendolen solía pensar más bien en quienes la veían que en quienes no podía ver; y Rex quedó pronto tan rezagado que no lo habría visto si hubiera mirado atrás. Pues me aflige decir que buscando una verja a lo largo de una vereda acondicionada recientemente, Primrose cayó, se rompió las rodillas, y lanzó inintencionadamente a Rex sobre su cabeza.

Afortunadamente, el hijo de un herrero que también seguía a los

galgos con cierta desventaja, a saber, a pie (una forma más suelta de cazar que había sido incluso considerada por algunas mentes frívolas como inmoral), estaba naturalmente también atrás de todo, y resultó estar a la vista del infortunio de Rex. Corrió a prestar la ayuda que tanto necesitaba Rex, pues estaba completamente aturdido, y cuando recobró el sentido lo hizo en forma de dolor. En esta ocasión Joel Dagge apareció como el más útil de los personajes, con un conocimiento adaptado a la ocasión: no sólo sabía perfectamente bien qué le sucedía al caballo, a qué distancia estaban de la taberna más cercana y de la Rectoría Pennicote, sino que además pudo asegurar a Rex que se le había dislocado solo un poco el hombro y le ofreció su experiencia con ayuda médica.

—Lord, señor, permítame encajarlo de nuevo. He visto a Nash el encajador de huesos hacerlo, y lo hecho yo mismo a nuestra pequeña Rally dos veces. Al fin y al cabo es lo mismo, un hombro. Si confía en mí y deja la mente en blanco, lo haré sin que se dé cuenta.

—Pues venga, amigo —dijo Rex, que podía fijar mejor su mente que su silla en el caballo. Y Joel consiguió encajarle el hombro, aunque a costa de un considerable dolor para el paciente, que se volvió tan pálido mientras fijaba su mente en blanco, que Joel remarcó—: Ah, señor, *usté* no está *acostumbrao*, por eso es. Yo he visto muchísimas *dislocasiones*. He visto como le colocaban de nuevo el ojo a un hombre, fue algo extraño como *to* lo que veo. No te puedes divertir si no ves este tipo de cosas. Pero entró de nuevo. Yo mismo me he *tragao* tres dientes, tan cierto como que vivo. Y ahora, *señorete* —esto lo dirigió a Primrose— ven conmigo, tú no tienes por qué fingir.

Siendo Joel claramente un personaje sencillo, afortunadamente no es necesario decir más de él al refinado lector que ayudó a Rex a volver a casa con tan poca demora como fue posible. No había más alternativa que volver a casa, aunque él estuviera ansioso todo el tiempo sobre Gwendolen, y más apenado pensando en que también ella podía haber tenido un accidente que en el dolor de sus propias contusiones y en el disgusto que iba a causar a su padre. Se confortó al pensar que todo el mundo se preocuparía de cuidar de ella, y que alguno de sus conocidos la llevaría seguramente de vuelta a casa.

El señor Gascoigne ya estaba en casa, y se hallaba escribiendo cartas en su estudio, cuando fue interrumpido al ver entrar al pobre Rex con una cara que no por estar pálida y un poco desconsolada dejaba de ser agradable y encantadora. Era secretamente su hijo favorito, y un joven retrato del padre, quien, sin embargo, nunca le trató con parcialidad alguna… sino más bien, con un rigor superior. Como el señor Gascoigne había preguntado a Anna, sabía que Rex había ido con Gwendolen al encuentro de los Tres Graneros.

—¿Qué ocurre? —dijo, apresuradamente, sin dejar su pluma.

—Lo siento mucho, señor; Primrose se ha caído y se ha roto las rodillas.

—¿Dónde has estado con él? —dijo el señor Gascoigne, en un tono severo. Raras veces se dejaba llevar por su temperamento.

—En los Tres Graneros para ver salir a los galgos.

—¿Y fuiste tan tonto como para seguirlos?

—Sí, señor. No fui a la zona de vallas, pero el caballo metió su pata en un agujero.

—¿Y tú te hiciste daño, supongo?

—Se me dislocó el hombro, pero un joven herrero me lo colocó de nuevo. Estoy un poco magullado, eso es todo.

—Bien, siéntate.

—Siento mucho lo del caballo, señor. Sabía que sería una molestia para usted.

—¿Y qué ha sido de Gwendolen? —dijo el señor Gascoigne, bruscamente. Rex, que no imaginaba que su padre hubiera indagado dónde estaban, respondió primero con un sonrojo que era aún más remarcable por la palidez previa de su rostro. Entonces dijo nerviosamente:

—Estoy ansioso por saberlo, me gustaría ir o enviar a alguien a Offendene, pero sabe montar muy bien, y creo que se las arreglará; además debe de haber probablemente muchos alrededor de ella.

—Supongo que fue ella la que te convenció, ¿no? —dijo el señor Gascoigne, dejando su pluma, reclinándose en su silla, y mirando a Rex más minuciosamente.

—Es normal que quisiera ir; no lo pretendía al principio, fue arrastrada por el espíritu del ambiente. Y por supuesto yo fui cuando ella fue.

El señor Gascoigne dejó pasar un breve intervalo de silencio, y luego dijo con cierta ironía:

—Pero ahora, te das cuenta, joven caballero, que ya no dispones de un caballo que te permita jugar a escoltar a tu prima. Debes dejar ya esa diversión. Has lesionado a mi corcel, y eso ya es suficiente calamidad para unas vacaciones. Te ruego que te prepares para partir para Southampton mañana y te unas a Stillfox, hasta que vayas a Oxford con él. Eso le irá bien tanto a tus magulladuras como a tus estudios.

El pobre Rex sintió que se le dilataba el corazón y que este reaccionaba como si no hubiera sido mejor que el de una chica.

—Espero que no insista en que me vaya inmediatamente, señor.

—¿Te sientes demasiado mal?

—No, no es eso, pero… —aquí Rex se mordió los labios y sintió

que se le saltaban las lágrimas, para su total decepción; así que se reanimó e intentó decir con más firmeza—: Quiero ir a Offendene, pero no puedo ir esta noche.

—Voy a ir yo mismo. Puedo traerte noticias de Gwendolen, si eso es lo que quieres.

Rex se vino abajo. Pensó que esa decisión resultaría fatal para su felicidad, o incluso aún, para su vida. Estaba habituado a creer en el discernimiento de su padre, y esperaba firmeza.

—Padre, no puedo marcharme sin decirle que la amo ni sabiendo que ella me ama.

El señor Gascoigne estaba interiormente reprochándose no haber sido más precavido, y le sabía ahora muy mal por el chico; pero cualquier consideración estaba subordinada a usar las tácticas más prudentes para el caso. Se decidió rápidamente, y pudo responder con tranquilidad:

—Mi querido hijo, eres demasiado joven para dar pasos tan decisivos y trascendentales. Esto es una fantasía que se te ha metido en la cabeza en una semana o dos de ocio: tienes que ponerte a trabajar en algo y olvidarlo. Todas las razones están en contra. Un enlace a tu edad sería del todo imprudente e injustificable; además, las alianzas entre primos hermanos no son deseables. Mentalízate para una breve decepción. La vida está llena de ellas. Todos las hemos tenido; y esto no es más que un leve comienzo para ti.

—No, en absoluto. No lo podré soportar. No serviré para nada. No me importaría nada, si todo acabara entre nosotros. No podría hacer nada entonces —dijo Rex con ímpetu—. Pero no sirve de nada fingir que te obedeceré. Si dijera que lo haría, estaría seguro de que rompería mi palabra. Veré a Gwendolen otra vez.

—Bueno, espera a mañana por la mañana, y hablaremos de nuevo del asunto, prométeme eso —dijo el señor Gascoigne, tranquilamente; y Rex no se opuso, no pudo.

El Rector no dijo, ni siquiera a su mujer, que no tenía más motivos para ir a Offendene esa noche que su deseo de cerciorarse de que Gwendolen había regresado a casa a salvo. La encontró más que a salvo: llena de júbilo. El señor Quallon, que había ganado la carrera, le había entregado el trofeo, y lo había llevado delante de ella atado a la sillada de montar; más que eso, Lord Brackenshaw la había conducido a casa y se había mostrado encantado con su animada manera de cabalgar. Todo esto le dijo de inmediato a su tío, para que viera lo bien que había obrado al no seguir su consejo; y el prudente Rector se halló ante una ligera dificultad, pues en ese momento estaba particularmente interesado en que los Brackenshaws conservaran la imagen de seriedad de su sobrina, y su opinión en cuanto a perseguir los galgos tocaba de pleno la esencia de su objeción. Sin embargo, no

tuvo que decir nada inmediatamente, pues fue la señora Davilow la que habló tras las breves y triunfantes palabras de Gwendolen:

—Con todo, espero que no lo hagas otra vez, Gwendolen. No tendría un momento de respiro. Su padre murió en un accidente, ya sabe.

Al decir esto la señora Davilow apartó la vista de Gwendolen y la dirigió al señor Gascoigne.

—Mamá, querida —dijo Gwendolen, besándola alegremente, y pasando sobre la cuestión de los temores que la señora Davilow había insinuado—: los hijos no cuidan de sus padres con las piernas rotas.

No se había dicho todavía ni una sola palabra sobre Rex. De hecho, no había habido ansiedad alguna por él en Offendene. Gwendolen había comentado a su madre—: Oh, debe de haberse quedado atrás, y se habrá ido a casa desesperado —y no podía negarse que esto había sido una suerte, puesto que había permitido que Lord Brackenshaw la llevara a casa. Pero en eso, el señor Gascoigne dijo con cierto énfasis mirando a Gwendolen:

—Bueno, la hazaña ha terminado mejor para ti que para Rex.

—Sí, diría que tuvo que dar un rodeo terrible. No has enseñado a Primrose a saltar las vallas, tío —dijo Gwendolen sin la más mínima señal de alarma en su tono y en su mirada.

—Rex ha sufrido una caída —dijo el señor Gascoigne secamente, dejándose caer en un sillón, apoyando los codos y juntando las palmas y los dedos, mientras cerraba sus labios y miraba a Gwendolen, que señaló:

—¡Oh, pobrecillo! No estará herido, espero —respondió con una correcta mirada de ansiedad, como la que los mortales jubilosos intentan inducir cuando sus pulsos laten todavía con el regocijo del triunfo; y la señora Davilow, al mismo tiempo, exteriorizó un suave—: ¡Santo cielo! ¡Allí!

El señor Gascoigne continuó:

—Se le ha salido el hombro, y tiene algunas magulladuras, creo —aquí hizo otra pequeña pausa para observarla, pero Gwendolen, en vez de mostrar síntomas de palidez y silencio, solamente acentuó los rasgos de compasión de su frente y sus ojos, y dijo de nuevo—: ¡Oh, pobrecillo! No es nada grave, ¿entonces? —Y el señor Gascoigne les informó de su diagnóstico. Pero quiso asegurarse con doble garantía, y continuó todavía con un propósito.

—Le recolocaron el brazo de una forma un poco extraña. Un herrero, no un feligrés mío, estaba en el campo (un bala perdida, me imagino, pero apañado), y le encajó el brazo inmediatamente. Así que, después de todo, creo que los peores parados hemos sido Primrose y yo. Las rodillas del caballo están hechas añicos. Cayó en un hoyo, por

lo visto, y lanzó por encima de él a Rex.

Gwendolen permitió que su rostro reflejara contento de nuevo, pues el brazo de Rex había sido encajado; y ahora, las últimas palabras de su tío describiendo el accidente provocaron que pudiera controlar aún menos de lo normal su estado de ánimo exultante; dejó escapar una sonrisa, que finalmente desembocó en un ataque de risa.

—Por favor, perdóname, tío. Ahora que Rex está a salvo, es divertido imaginarse la imagen que harían él y Primrose en el camino, y el herrero corriendo. Sería como una caricatura de "Persiguiendo a los galgos".

Gwendolen valoraba sobre todo su absoluta libertad para reírse en situaciones que otros consideraban demasiado serias. De hecho, su risa encajaba tan bien, que los demás acababan a menudo compartiendo su visión jocosa; e incluso su tío llegó a pensar en esos momentos que no era raro que un chico fuera fascinado por esa joven hechicera —que, sin embargo, era más maliciosa de lo deseable—.

—¿Cómo puedes reírte de unos huesos rotos, niña? —dijo la señora Davilow, todavía bajo el influjo de una gran ansiedad—. Ojalá no te hubiéramos dejado tener el caballo. Ya ves que hicimos mal —añadió, mirando con un cabeceo serio al señor Gascoigne—, al menos lo hice yo, al animarte a pedirlo.

—Sí, en serio, Gwendolen —dijo el señor Gascoigne, dando a su tono un matiz juicioso como el que da un consejo racional a una persona que se supone es también racional—, te recomiendo seriamente, incluso te pediría, que me complacieras, que no repitas la aventura de hoy. Lord Brackenshaw es muy amable, pero estoy seguro de que él opinaría lo mismo que yo. Que la gente hable de ti como la única señorita que caza, te daría una reputación que estoy seguro que no te gustaría. Por eso, su señoría no elegiría que la señorita Beatrice o la señorita María cazaran en esta parte del país, si fueran lo suficientemente mayores. Cuando te cases será diferente: harás lo que tu marido te permita. Pero si pretendes cazar, tienes que casarte con un hombre que pueda mantener caballos.

—No entiendo por qué debería hacer algo tan horrible como casarme sin tener al menos esa expectativa —dijo Gwendolen enojada. Las palabras de su tío la habían molestado, cosa que no podía evitar reflejar; pero sintió que se estaba comprometiendo, y tras desplazarse sin disimularlo a otra parte de la habitación, se retiró.

—Siempre habla de esa manera sobre el matrimonio —dijo la señora Davilow—; pero será diferente cuando encuentre a la persona adecuada.

—¿Nunca nadie le ha tocado el corazón, que tú sepas? —dijo el señor Gascoigne.

La señora Davilow lo negó silenciosamente con la cabeza.

—De hecho, anoche me dijo: «Mamá, me pregunto cómo es que pueden enamorarse las chicas. Es fácil hacer que se enamoren en los libros. Pero los hombres son demasiado ridículos».

El señor Gascoigne rio un poco, y no hizo más comentarios sobre el asunto. A la mañana siguiente, dijo en el desayuno:

—¿Cómo van tus magulladuras, Rex?

—Oh, todavía no están muy maduras, señor; solo están empezando a cambiar de color.

—¿No te sientes a punto para un viaje a Southampton?

—No del todo —respondió Rex, con el corazón metafóricamente en la boca.

—Bien, puedes esperar a mañana, y despedirte de ellas en Offendene.

La señora Gascoigne, que ahora ya sabía todo el asunto, miró fijamente a su café para no empezar a llorar, como ya estaba haciendo Anna.

El señor Gascoigne sentía que estaba aplicando un remedio muy brusco para el intenso trastorno del pobre Rex, pero creía que, de todas formas, era lo mejor. Permitirle que conociera de los propios labios de Gwendolen que no podía tener esperanzas por su amor sería curativo en más de una manera.

—Solo puedo estar agradecida que a ella no le importe nada él —dijo la señora Gascoigne, cuando se unió a su marido en su estudio—. Hay cosas en Gwendolen con las que no puedo conciliarme. Mi Anna vale lo que ella por dos, con toda su belleza y su talento. Es tan mezquino por su parte que no ayude en las escuelas con Anna, ni siquiera en la escuela de domingo. Lo que tú o yo le aconsejemos no le sirve de nada; y la pobre Fanny baila por completo a su antojo. Pero ya sé que tú tienes una opinión mejor de ella —finalizó la señora Gascoigne con una respetuosa vacilación.

—Oh, querida, no hay mal en la chica. Es solo que tiene un espíritu exaltado, y no serviría atarla demasiado. La cuestión es casarla bien. Tiene demasiadas energías para la vida que lleva con su madre y sus hermanas. Es normal y es lo deseable que se case pronto, no con un hombre pobre, sino con uno que pueda asegurarle una posición cómoda.

Mientras, Rex, con el brazo en cabestro, recorría las dos millas del camino hacia Offendene. Le extrañaba el permiso incondicional de poder ver a Gwendolen, pero realmente, la maniobra de su padre no entraba en sus conjeturas. Y si lo hubiera hecho, habría pensado en primer lugar que era de una horrible sangre fría, y luego habría desechado las conclusiones de su padre.

Cuando llegó a la casa, todo el mundo estaba allí menos Gwendolen. Las cuatro chicas, al oírle hablar en el recibidor, salieron apresuradamente de la biblioteca, que era su sala de escuela, y le rodearon compungidas avasallándole a preguntas. La señora Davilow quería saber exactamente que había pasado, y dónde vivía el herrero, para ofrecerle un regalo; mientras que la señorita Merry, que mantenía un aire sumiso y melancólico en todos los asuntos de familia, dudaba si no era considerar demasiado a un personaje de ese tipo. Rex nunca había encontrado que la familia fuera un problema antes, pero justo ahora quería que no hubiera allí nadie más que Gwendolen, y estaba demasiado ansioso por fingir una actitud bondadosa. Al fin dijo:

—¿Dónde está Gwendolen? —y la señora Davilow mandó a Alice que fuera a ver si su hermana había bajado, y añadió—: Le mandé subir el desayuno está mañana. Necesitaba un largo descanso.

Rex, que no podía esperar, optó por el camino más corto, diciendo casi impacientemente:

—Tía, quiero hablar con Gwendolen, quiero verla a solas.

—Muy bien, querido; ves al escritorio. La enviaré allí —dijo la señora Davilow, que se había dado cuenta que a él le gustaba estar con Gwendolen, como era natural, pero no había pensado en que tuviera relación con las realidades de la vida; le parecía simplemente que era algo que formaba parte de las vacaciones de Navidad, que ya se estaban acabando.

Rex, por su parte, sentía que las realidades de la vida dependían todas de esta entrevista. Tuvo que caminar arriba y abajo del escritorio a la espera durante casi diez minutos —amplio tiempo para todos los tipos posibles de elucubraciones imaginarias—; con todo, por extraño que parezca, estuvo permanentemente ocupado en pensar qué y cuánto podría hacer, cuando Gwendolen le hubiera aceptado, para convencer a su padre de que el enlace era la cosa más prudente del mundo, pues le inspiraba con doble energía para el trabajo. Iba a ser un abogado, ¿y qué razón había para no distinguirse tanto como lo hizo Eldon[44]? Se sentía obligado a encarar la vida a la luz del pensamiento de su padre.

Pero cuando se abrió la puerta y aquella cuya presencia anhelaba entró, le sobrevino de repente y misteriosamente un estado de temblor y desconfianza que nunca había sentido. La señorita Gwendolen, simple como estaba, en su vestido negro de seda, cortado en cuadrado alrededor de ese pilar blanco que era su garganta, con una cinta negra atada al pelo, que caía hacia atrás en cascada suavemente y en abundancia, parecía más una reina que nunca. Quizás se había esfumado ese placer latente o la ilusión que había siempre mostrado al saludar a Rex. ¿Cuánto de esto se debía a su presentimiento por lo que

había dicho él el día anterior de que iba a hablar de amor? ¿Cuánto a su deseo de mostrar que lamentaba el accidente? Algo de ambas cosas. Pero la sabiduría de los años ha sugerido que hay un lado de la cama que tiene una influencia maligna si al levantarte sales por él; y este accidente les ocurre a personas encantadoras con cierta frecuencia. Tal vez le había pasado a Gwendolen esta mañana. La precipitación con la que había tenido que arreglarse, el modo en que Bugle usó el cepillo, la calidad de las novelas por entregas baratas, que tal como estaban escritas no la complacían, el aspecto del nuevo día, y las instituciones sociales en general, todo era inadmisible para ella. No es que hubiera perdido la paciencia, sino que el mundo no se adaptaba a los requerimientos de su fino organismo.

Fuera lo que fuera, Rex vio en ella una terrible majestad cuando entró y ella le tendió la mano sin el más leve asomo de sonrisa en sus ojos ni en su boca. La diversión que la había animado la noche anterior se había esfumado por la imagen de su accidente, y todo el asunto le parecía ahora estúpido. Pero dijo con perfecta propiedad:

—Espero que no estés muy herido, Rex; merezco que me reproches por tu accidente.

—En absoluto —dijo Rex, sintiendo que el alma se le esparcía por todo el cuerpo como una enfermedad repentina—. Apenas importa lo que me pasó. Me alegro tanto de que tú disfrutaras: bien vale la pena la caída, solo me sabe mal haberle roto las rodillas al caballo.

Gwendolen se acercó a la chimenea y permaneció mirando al fuego de la forma más inconveniente posible para mantener una conversación, de manera que él solo podía verle un lado de la cara.

—Mi padre quiere que vaya a Southampton durante el resto de las vacaciones —dijo Rex, con su voz de barítono ligeramente temblorosa.

—¡Southampton! Es un lugar estúpido para ir, ¿no? —dijo Gwendolen fríamente.

—Lo será para mí, pues tú no estarás allí.

Silencio.

—¿Te importa que me vaya, Gwendolen?

—Por supuesto. Todo el mundo tiene su importancia en esta desolada región —dijo Gwendolen secamente. La percepción que el pobre Rex quería ponerse tierno la hizo recogerse y endurecerse como una anémona de mar al contacto con un dedo.

—¿Estás enfadada conmigo, Gwendolen? ¿Por qué me tratas de esta manera de repente? —dijo Rex, enrojeciendo, y con más energía en su voz, como si también él fuera capaz de enfadarse.

Gwendolen le miró y sonrió. —¿Tratarte? ¡Tonterías! Solo estoy un poco cruzada. ¿Por qué has venido tan pronto? Es lógico que encuentres un poco de genio por haberme tenido que vestir a toda

prisa.

—Sé tan arisca conmigo como quieras, pero no me trates con indiferencia —le imploró Rex—. Toda la felicidad de mi vida depende de que me quieras, aunque solo sea un poco, más que a cualquier otro.

Intentó cogerle la mano, pero ella la eludió rápidamente y se movió hacia el lado opuesto de la chimenea, de cara a él.

—¡Por favor, no me cortejes! Lo odio. —Ella le miró ferozmente.

Rex palideció y se quedó callado, pero no podía apartar su mirada de ella y el dardo que ella le había lanzado no había sofocado el ímpetu que todavía conservaba. Ni Gwendolen misma podía haber previsto que reaccionaría de esta manera. Todo esto era una nueva y repentina experiencia. El día anterior había sido bastante consciente de que su primo estaba enamorado de ella —no le importaba cuánto, mientras él no dijera nada; y si alguien le hubiera preguntado por qué detestaba los diálogos amorosos, habría dicho riendo—: «Oh, estoy cansada de ellos en los libros». Pero ahora se había iniciado en la vida pasional de forma muy negativa. Se sintió contrariamente adversa a este tipo de amor de ofrecimiento.

Para Rex, con veinte años, la alegría de la vida le parecía más cercana a su fin que a un hombre de cuarenta años. Pero antes de que cesaran de mirarse mutuamente, habló otra vez.

—¿Es esa la última palabra que tienes que decirme, Gwendolen? ¿Siempre será así?

Ella no pudo dejar de notar su desdicha y sintió un poco de lástima por el viejo Rex que no la había ofendido. Con decisión, aunque mostrándose a su vez benevolente, dijo:

—¿Acerca de hablar de amor? Sí. Pero no me desagradas para el resto de cosas.

Hubo solo una pequeña pausa antes de que él dijera un bajo “adiós”, y abandonara la habitación. Casi inmediatamente después, ella oyó el portazo que dio a la puerta del recibidor.

La señora Davilow también oyó la marcha apresurada de Rex, y vino en seguida al escritorio, donde encontró a Gwendolen sentada en el sofá bajo, con la cara tapada, y el pelo cayendo sobre su rostro como una prenda más. Sollozaba amargamente.

—Hija mía, hija mía, ¿qué ocurre? —gritó la madre, que nunca había visto a su querida hija abatida de esa forma, y sintió algo de la angustia alarmante que las mujeres sienten ante la vista de un dolor predominante en un hombre fuerte; pues esta niña había sido su gobernanta. Sentándose a su lado y rodeándola con sus brazos, presionó su mejilla contra la cabeza de Gwendolen, e intentó que la levantara. Gwendolen dejó que su cabeza se apoyara en la de su madre, y dijo entre sollozos—: Oh, mamá, ¿qué será de mi vida? ¡No

hay nada que valga la pena para vivir!

—¿Por qué, querida? —dijo la señora Davilow. Normalmente su hija la reprochaba a ella por dar muestras involuntarias de desespero.

—Nunca amaré a nadie. No puedo a amar a la gente. La odio.

—Ya llegará el tiempo, querida, ya llegará el tiempo.

Gwendolen sollozaba cada vez más; pero poniendo sus brazos alrededor del cuello de madre en una postura casi dolorosa, dijo destrozada:

—No soporto que nadie esté muy cerca de mí excepto tú.

Entonces la madre comenzó a sollozar también, pues esta chica malcriada nunca había mostrado tanta dependencia de ella; y quedaron así abrazadas mutuamente.

CAPÍTULO 8

"¿Qué nombre debe adoptar la Alegría,
cuando la vida es justa?
Mañana.
¿Qué nombre se adapta mejor a la Pena
ante la joven desesperanza?
Mañana.

Los problemas duraron más en la Rectoría. Cuando Rex llegó se tumbó en la cama en un estado de aparente apatía ininterrumpida hasta el día siguiente, durante el cual empezó a mostrar síntomas de estar enfermo. De ir a Southampton no había ni que hablar: en lugar de eso, la principal preocupación de su madre y de Anna fue la de vigilar a este paciente que ni quería mejorar, y de ser el espíritu más brillante y agraciado de la casa se metamorfoseó en una insensible criatura de mirada perdida que respondía a cualquier intención de afecto con el murmuro: "Dejadme solo". Su padre miraba más allá de la crisis, y creía que era la manera más corta de concluir un asunto desafortunado; pero le sabía mal por el inevitable sufrimiento, e iba de vez en cuando a sentarse a su lado en silencio durante unos minutos, y se marchaba poniendo la mano sobre los párpados de Rex diciendo: "Dios te bendiga, hijo mío". Warham y los niños más pequeños atisbaban por el filo de la puerta para presenciar el increíble bajón que había sufrido su enérgico hermano; pero él en seguida les indicaba con los dedos que se largaran. Quien estaba siempre allí vigilando era Anna, a la que su hermano permitía que su mano descansara entre la suya, aunque nunca la recibía con acogimiento. El alma de ella se dividía entre la angustia por Rex y el reproche hacia Gwendolen.

«Tal vez sea maldad por mi parte, pero creo que nunca *podré* volver a quererla», se torturaba interiormente la pobrecilla Anna. E incluso la señora Gascoigne sentía enfado hacia su sobrina, cosa que no pudo evitar expresar (apologéticamente) a su marido.

—Por supuesto sé que es mejor así, y deberíamos estar agradecidos de que ella no esté enamorada del pobre chico; pero, sinceramente,

Henry, creo que está siendo dura; tiene el corazón de una coqueta. No puedo dejar de pensar que debe haberle hecho creer algo, o él no se habría llevado tal decepción. Y Fanny tiene también parte de la culpa; está ciega en lo que respecta a esa chica.

El señor Gascoigne respondió categóricamente:

—Cuanto menos se hable sobre el tema, mejor, Nancy. Yo mismo debería haber estado más alerta. En cuanto al chico, da gracias que no le pase algo peor. Dejemos que la cosa se olvide tan rápido como sea posible; y especialmente, en lo que respecta a Gwendolen, hagamos como que nunca ha sucedido.

La sensación general del Rector es que se habían librado de una buena. Si Gwendolen hubiera estado enamorada de Rex, habría habido un problema mucho más grave, cuya solución se le habría escapado de las manos. Pero aun así, todavía tenía que sortear algunas dificultades.

Una buena mañana, Rex preguntó por su baño, y se arregló como de costumbre. Anna, llena de excitación ante este cambio, no podía hacer nada más que esperar a oír como bajaba, y cuando al fin oyó sus pasos, corrió a los pies de la escalera a encontrarlo. Por primera vez, le ofreció una tenue sonrisa, pero parecía tan melancólica sobre su pálido rostro que ella apenas pudo evitar romper a llorar.

—¡Nannie! —dijo él, amablemente, tomando su mano y llevándola consigo despacio hacia el escritorio. Su madre estaba allí, y cuando se acercó a besarle, él dijo—: ¡Qué incordio que soy!

Luego se sentó y sin moverse miró por la ventana abovedada hacia el jardín y los arbustos cubiertos de escarcha helada, sobre los cuales el sol enviaba débiles rayos ocasionalmente, «algo parecido a la sonrisa triste del rostro de Rex», pensó Anna. Se sentía como si hubiera resucitado en un mundo nuevo, y no sabía qué hacer consigo allí, habiendo dejado atrás sus antiguos intereses. Anna se sentó a su lado, aparentando trabajar, pero en realidad le observaba con miradas anhelantes. Más allá de la cerca del jardín había un camino donde a veces las carretas y los carros se dirigían a los campos de cultivo. La cerca tenía una apertura enrejada, ya que las montañas del fondo, con sus bosques colindantes y sus hileras de fresnos apuntando al cielo formaban un bello paisaje. En ese momento atravesaba el camino un carro lleno de vigas de madera; los caballos forzaban sus grandes músculos, y tras haber arreado su látigo, el cochero corrió ansiosamente para guiar al que iba en cabeza, para evitar que se desviaran. Rex pareció observar con atención, se levantó y no desvió la mirada hasta que la última viga temblorosa hubo desaparecido, y a continuación se paseó una o dos veces a lo largo de la habitación. La señora Gascoigne ya no estaba allí, y cuando se sentó de nuevo, Anna, viendo en los ojos de su hermano que quería volver a hablar, no pudo

resistir la tentación de acercar un pequeño taburete y sentarse enfrente de él, mirándole con una expresión que parecía decir: «Háblame». Y habló.

—Te diré lo que estoy pensando, Nanny. Me iré a Canadá, o algún sitio por el estilo. (Rex no se había parado a pensar en la índole de nuestras posesiones coloniales).

—¡Oh, Rex, no para siempre!

—Sí, para ganarme allí el pan. Me gustaría construir una cabaña, y trabajar duro para mantenerla, y estar rodeado del estado salvaje, y tener una gran calma.

—¿Sin llevarme contigo? —dijo Anna, a quien enseguida le asomaron grandes lágrimas.

—¿Cómo podría?

—Es lo que más me gustaría; los colonos están con sus familias. Preferiría ir allí que quedarme aquí en Inglaterra. Yo podría hacer el fuego, arreglar la ropa, y cocinar; y podría aprender a hacer el pan antes de que fuéramos. Sería maravilloso, como jugar de nuevo al juego de la vida, tal y como hacíamos cuando montábamos nuestra tienda y extendíamos el tapete, con nuestros platos y cubiertos.

—Ni padre ni madre te dejarían ir.

—Sí, yo creo que me dejarían, cuando les explicase todo. Además, les ahorraría dinero; y papá dispondría de más para criar a los niños.

Fueron hablando más sobre lo mismo a ratos, y Rex acabó cediendo y consintiendo que Anna le acompañara cuando fuera a hablar del tema a su padre.

Por supuesto, eso fue cuando el Rector se hallaba solo en su estudio. Su madre aceptaría todo lo que él decidiera; pero si se le mencionaba primero a ella, el asunto la habría disgustado.

—¡Bien, hijos míos! —dijo el señor Gascoigne, alegremente, mientras entraban. Era un consuelo ver recuperado de nuevo a Rex.

—¿Podemos sentarnos contigo un momento, papá? —dijo Anna—. Rex tiene algo que decir.

—Será un placer.

Era un grupo remarcable el que formaban estas tres criaturas, cada una de ellas con un rostro estructuralmente del mismo tipo —la frente recta, la nariz inmediatamente corregida de su intención de volverse aquilina, el corto labio superior, la corta pero bien sujeta mandíbula: incluso compartían la misma complexión y mirada. El padre de pelo grisáceo era a la vez corpulento y de mirada penetrante; tenía una línea perpendicular en la frente que se remarcaba cuando hablaba de algo que le interesaba; y la costumbre de mandar le confería un aire de reservada autoridad. Rex habría parecido una imagen de la juventud del padre, si hubiera sido posible imaginar al señor

Gascoigne sin un propósito distintivo y sin el mando, abatido por la pena, y sin saber más que un animal enfermo acerca de las formas de pasar desapercibido; y Anna era una copia diminuta de Rex, con el pelo echado hacia atrás y atado, cambiando de expresión según lo hacía su hermano, como si entre los dos compartieran el alma.

—Sabe por qué he estado contrariado, padre —empezó Rex, y el señor Gascoigne asintió.

—Ya he terminado con la vida en esta parte del mundo. Estoy seguro de que no servirá de nada que vuelva a Oxford. No podría leer nada. Fracasaría y le causaría un gasto para nada. Quiero tener su consentimiento para ir por otro camino, señor.

El señor Gascoigne asintió más lentamente, remarcándose la línea perpendicular de su frente, y el temblor de Anna se incrementó.

—Si me permitiera llevar un pequeño equipaje, me gustaría ir a las colonias y trabajar la tierra allí. —Rex consideró prudencial la vaguedad del término: "las colonias" hacían referencia a más ventajas, y era menos probable que fueran rechazadas por un único motivo que un destino particular.

—¡Oh, y conmigo, papá! —dijo Anna, que no soportaba que la dejaran fuera de la propuesta ni siquiera temporalmente—. Rex querrá que alguien cuide de él, ya sabes, alguien que se ocupe de la casa. Y nunca, ninguno de nosotros, se casará. Y yo no costaría nada, y sería tan feliz. Sé que sería duro dejaros a ti y a mamá; pero están los demás que aún hay que criar, y nosotros dos no seríamos más un problema para vosotros.

Anna se había levantado de su sitio, y había usado la treta femenina de acercarse a su papá mientras hablaba. Él no sonrió, pero la sentó sobre su rodilla y la dejó así, como para mantenerla amablemente al margen de la cuestión mientras hablaba con Rex.

—Admitirás que mi experiencia me otorga cierta capacidad de juzgar por ti, y que puedo orientarte en asuntos prácticos probablemente mejor de lo que puedas orientarte tú mismo.

Rex tuvo que decir: —Sí, señor.

—Y tal vez admitirás, si bien no deseo presionarte en este punto, que es tu deber considerar mi juicio y mis deseos.

—Hasta la fecha no he me he opuesto a nada, señor—. Rex, en su interior, no sentía que fuera su obligación no ir a las colonias sino a Oxford de nuevo, que era, en definitiva, el punto en cuestión.

—Pero lo harás si te empecinas en proceder de forma precipitada y estúpida, y haces oídos sordos a las consideraciones que mi experiencia de la vida certifican. ¿Piensas, supongo, que has tenido una impresión que ha cambiado todas tus inclinaciones, ha aturdido tu cerebro, te ha hecho incapaz de nada que no sea el trabajo manual,

y te ha hecho aborrecer la sociedad? ¿Es eso lo que crees?

—Algo parecido. Nunca estaré a la altura del tipo de trabajo que debo hacer para vivir en esta parte del mundo. No tengo las ganas para ello. Nunca más volveré a ser el mismo. Y sin faltarle al respeto, padre, creo que a un hombre joven se le debería permitir escoger su camino en la vida, si a nadie hace daño. Muchos se quedan en casa, y los que quieren, deben poder ir allí donde hay plazas vacías.

—Pero supón que estoy convencido de buena gana, como realmente lo estoy, que este estado de ánimo tuyo es transitorio, y que si te marcharas como propones te acabarías arrepintiendo, y sentirías que has dejado perder toda la educación que has recibido hasta ahora. ¿No tienes suficiente claridad de espíritu para darte cuenta que deberías dejarte guiar por mí durante un tiempo, y probar lo que te digo? En mi opinión, en lugar de estar de acuerdo contigo en que deberías ser libre para convertirte en un colono y trabajar a pico y pala en mangas de camisa, en mi opinión, no tienes ningún derecho a expatriarte hasta que no te esfuerces en sacarle provecho a la educación que has recibido aquí. Y no digo nada de la pena de tu madre y mía.

—Lo siento mucho, pero ¿qué puedo hacer? No puedo estudiar, eso es cierto —dijo Rex.

—No ahora, quizás. Tendrás que perderte un trimestre. Ya he arreglado cómo pasarás los siguientes dos meses. Pero confieso que me has decepcionado, Rex. Creía que tenías más sentido, y que no te abandonarías a tales ideas: suponer que porque has caído en un problema muy común, como muchos otros hombres tienen que superar, ya estás liberado de cualquier obligación, como si tu cerebro se hubiera reblandecido y ya no fueras un ser responsable.

¿Qué podía decir Rex? En su interior se hallaba en un estado de rebelión, pero no tenía argumentos para discutir con su padre; y mientras sentía, a pesar de todo lo que se dijera, que le gustaría marchar a “las colonias” al día siguiente, en el fondo era consciente que habría tenido que sentir más apego (si hubiera sido un mejor muchacho lo habría sentido) hacia sus vínculos anteriores. Este es el tipo de fe que vivimos en nuestra melancolía.

Rex se levantó de su sitio, como si diera la reunión por finalizada.

—¿Estás de acuerdo en seguir mi consejo, entonces? —dijo el señor Gascoigne, con ese tono especial en que a uno le da la sensación de estar haciendo algo mal.

Hubo una pequeña pausa antes que Rex contestara:

—Probaré lo que puedo hacer, señor. No puedo prometer nada. — Pero pensaba que probar no serviría de nada.

Su padre retuvo a Anna, sujetándola, a pesar de que ella quería

seguir a Rex. —¡Oh, papá! —dijo, con lágrimas en los ojos cuando la puerta se hubo cerrado—. Es muy duro para él. ¿No parece enfermo?

—Sí, pero pronto estará mejor; todo se pasará. Y ahora, Anna, mantente tranquila como un ratón. No vuelvas a mencionarlo cuando se haya ido.

—No, papá. Pero no me gustaría ser como Gwendolen por nada del mundo: que la gente se enamorara de mí de esta manera. Es horroroso.

Anna no se atrevió a decir que se sentía decepcionada por que no le permitieran ir a las colonias con Rex; pero lo mantuvo en secreto, y a menudo poco después volvía interiormente a dar vueltas sobre el asunto diciéndose a sí misma: «Se me habría terminado el salir, los guantes y el miriñaque, y tener de qué hablar en las comidas, ¡y todas esas cosas!».

Deseo remarcar el tiempo en que transcurre la historia, y conectar el curso de las vidas individuales con el flujo histórico, para todos aquellos que se dedican a pensar estas cosas. Este era el período en que se ensanchaban los miriñaques, lo cual hacía pensar en que debían agrandarse el espacio de las iglesias, las salas de baile y los vehículos. Pero el tipo de Anna Gascoigne solo permitía un tamaño de falda tejido para jóvenes señoritas de catorce años.

CAPÍTULO 9

Te diré, Berthold, en qué se parecen las esperanzas de los hombres:
un niño atontado, que vibrando de alegría
lanza el anzuelo al amplio océano
con un imán pendido de él para pescar un cesto de juguetes.

Ochos meses después de la llegada de la familia a Offendene, es decir, a finales del junio siguiente, se extendió un rumor por el vecindario que fue causa de un interés excitante para mucha gente. No tenía relación alguna con los resultados de la guerra de América, pero era tal que afectaba a todas las clases alrededor de Wancester: los recogedores de maíz, los cerveceros, los vendedores de caballos, los montadores, todos convenían en que era una cosa loable, y de la que tenían que alegrarse en teoría, como hacían al demostrar el valor de la aristocracia en un país libre como Inglaterra; el herrero del pueblecito de Diplow presentía que habían llegado buenos tiempos; las mujeres de los trabajadores esperaban que los oficiales conseguirían un empleo para sus niños espabilados de diez o doce años; y los granjeros de los alrededores de Diplow admitían, con una nota de amargura y reserva, que un hombre podía tal vez tener ahora un mercado de intercambio más fácil con un almiar de heno o con un carro cargado de paja. Si tales eran las esperanzas de las personas de baja clase social, puede inferirse fácilmente que los que tenían más suerte tenían mejores razones para la satisfacción, probablemente relacionada con los placeres de la vida más que con los negocios. Podía considerarse que vendrían nuevos matrimonios, sin embargo, en ambos casos; y de la misma manera que cuando se anuncia la visita de su Majestad, el sueño de ser caballero o barón se instala bajo ciertas almohadas municipales, también las noticias en cuestión alimentaron expectativas de matrimonio en varias cabezas imaginativas.

Las noticias eran que Diplow Hall, el hogar de Sir Hugo Mallinger, que durante un par de años había cerrado sus blancas contraventanas a los bellos olmos y hayas, al estanque de nenúfares y a sus campos de hierba, donde corría el venado, estaba siendo preparada para un inquilino, que durante el resto del verano y la temporada de caza iba a

habitar de forma lujosa la casa y el establo. Pero no era el mismo Sir Hugo, sino su sobrino, el señor Mallinger Grandcourt, que era el presunto heredero al título de baronet, al no haber producido el matrimonio de su tío más que niñas. No era esta la única eventualidad con la que la fortuna halagaba al joven Grandcourt, como gustaba que le llamaran; pues mientras la oportunidad del título de baronet le vino por su padre, su madre le había dejado en su sangre el derecho a ser barón, de forma que, si ciertas personas intermedias desdibujadas en la distancia morían, se convertiría en barón y en uno de los pocos nobles de este reino.

Es por el reparto desigual de la naturaleza que solo el pájaro macho tiene el penacho, pero no hemos seguido todavía el consejo de los filósofos impetuosos que nos habrían obligado a copiar a la naturaleza en estos asuntos; y si el señor Grandcourt se convirtiera en un barón o en cualquier otro tipo de noble, su mujer compartiría el título, lo que sumándolo a su riqueza presente era ciertamente una razón por la que esa mujer, no habiendo sido todavía escogida, podía ser considerada por más de una persona con un interés empático como una mujer a la que no le faltaría de nada.

Algunos lectores de esta historia considerarán sin duda increíble que haya gente que fabrique planes matrimoniales por el simple hecho de que un soltero de buena fortuna y posibilidades fuera a vivir en las cercanías, y rechazarán estas suposiciones como inverosímiles: alegarán que ellos no tienen mentalidades tan liberales; y que de hecho, esto no hace referencia a la naturaleza humana, que estas especulaciones suelen ser falsas y que, por tanto, no les entretienen. Pero, observemos que aquí no se narra nada de la naturaleza humana en general: la historia, en la fase presente, concierne solo a un grupo reducido de personas de una parte de Wessex, cuya reputación, por otra parte, era intachable, y que, con cierto orgullo declaro, se relacionaban con personas de rango.

Estaban los Arrowpoint, por ejemplo, en su maravilloso hogar en Quetcham: nadie podía achacar intenciones mezquinas en relación con el matrimonio de su hija a unos padres que podían dejarle al menos medio millón; pero al preocuparse sinceramente por la posición de su Catherine (la cual había rechazado resueltamente a Lord Slogan, un noble irlandés intachable, cuya hacienda solo necesitaba sanearse y contar con un poco más de población), se preguntaban, quizás debido a algo más que un impulso caritativo, si el señor Grandcourt era apuesto, de buena constitución, virtuoso o al menos reformado, y si era conservador-liberal, que no lo fuera demasiado; y sin querer que nadie muriera, pensaban en su sucesión al título como algo deseable.

Si los Arrowpoint hacían tales cavilaciones, es menos sorprendente que las hiciera también el señor Gascoigne, que por ser un clérigo no

estaba menos sujeto a las preocupaciones de un padre y un guardián; y ya hemos visto que tanto él como la señora Gascoigne habían experimentado por entonces la carga de conducir a jóvenes criaturas que apenas podían ser controladas mediante consejos prudentes.

Naturalmente, la gente no comentaba entre sí lo que sentían y pensaban acerca de la venida del joven Grandcourt: abrirse de esta manera no es aconsejable ni prudente en ningún tipo de asunto —ni siquiera en algo tan absurdo como la generación de ácidos o el destino de las estrellas fijas—; pues incluso tu contemporáneo, con una mentalidad semejante hacia los mismos temas, puede que halle tus ideas ingeniosas y se te anticipe a que las apliques, o puede tener otro punto de vista acerca de los ácidos y de las estrellas fijas, y piense, por tanto, que no eres muy despejado. El señor Gascoigne no preguntó al señor Arrowpoint si tenía alguna fuente de información fiable sobre Grandcourt como marido para una chica encantadora; tampoco la señora Arrowpoint reveló a la señora Davilow que si el posible noble fuera a buscar mujer entre el vecindario de Diplow, la única expectativa razonable era que él ofreciera su mano a Catherine, quien, sin embargo, no lo aceptaría a menos que él fuera apto en todos los aspectos para asegurar su felicidad. En efecto, incluso hacia su mujer guardó el Rector silencio sobre la posibilidad de contemplar un resultado matrimonial, debido a la probabilidad de que el señor Grandcourt se encontrara con Gwendolen durante el siguiente Encuentro de Arqueros; también el pensamiento de la señora Gascoigne, más activo, apuntaba en la misma dirección. Había dicho entre muchas interjecciones a su hermana: «¡Sería una gracia del cielo, Fanny, si esa chica se casara bien!», a lo que la señora Davilow, entreviendo cierta crítica a su querida hija entre esas palabras de bienaventuranza, prefirió no dar una respuesta en voz alta, pero se dijo para sí: «No conseguirás que se case para bien tuyo». La dulce madre se volvía más bien agria cuando se identificaba con su hija.

La señora Gascoigne dijo a su marido:

—He oído que el señor Grandcourt tiene dos casas más de su propiedad, pero viene a Diplow a cazar. Es de esperar que sea un buen ejemplo para el vecindario. ¿Has oído qué tipo de joven es, Henry?

El señor Gascoigne no había oído nada; o al menos, si sus compañeros habían chismorreado delante de él, no estaba dispuesto a repetir sus chismes, o a darles importancia alguna. Consideraba que era fútil, incluso si hubiera tenido necesidad, mostrar curiosidad por el pasado de un joven cuyo nacimiento, riqueza, y el tiempo libre que disponía en consecuencia, hacían que muchos de sus hábitos, que bajo otras circunstancias habrían sido inexcusables, fueran tan solo veniales. Cualquier cosa que hubiera hecho Grandcourt, no había arruinado su vida; y es bien sabido que en las apuestas, por ejemplo,

tanto en las de los negocios como en las del juego, un hombre que tiene la fuerza de voluntad para abandonar cuando solo ha arruinado a los demás, es un personaje reformado. Esto es solamente una ilustración: el señor Gascoigne no había oído que Grandcourt hubiera sido un jugador; y no podemos más que compartir con él el sentimiento de que a un propietario de tierras con una mezcla de sangre noble en sus venas no hacía falta juzgarlo sospechosamente como lo haríamos con una persona reformada que se ofrece como el nuevo mayordomo o ayudante. La reforma, cuando un hombre puede hacer lo que quiera, no puede ser más que genuina. Además, no había ningún signo que mostrara hasta ahora que el señor Grandcourt hubiera necesitado más reforma que cualquier otro joven de treinta y cinco años; y, de todos modos, la importancia de lo que había sido debía determinarse por lo que era actualmente.

También la señora Davilow, aunque no había respondido a la insinuación de compromiso que había hecho su hermana, no podía ser indiferente en su interior a una situación que podía prometer un futuro brillante para Gwendolen. Un poco de especulación del tipo "podría ser" viene de forma natural, sin necesidad de provocarlo; viene en forma de imágenes cuando se menciona a personas desconocidas; y el nombre del señor Grandcourt se forjó en la mente de la señora Davilow primero como un joven excelente, apuesto y realizado del que ella se sentiría satisfecha como marido para su hija; pero luego vino la siguiente especulación: ¿estaría Gwendolen satisfecha con él? No había forma de saber qué es lo que movería el gusto y las afecciones de esa chica —sería probablemente algo más que la excelencia; y así, la imagen del pretendiente perfecto dio paso a una combinación fluctuante de cualidades destinadas a ganar el corazón de Gwendolen. En la dificultad de llegar a la combinación particular que aseguraría el resultado, la madre incluso se dijo a sí misma: «No importaría que ella no estuviese enamorada, con tal que aceptase a la persona adecuada». Pues si ella se había casado, ¿cómo no iba a desear que su hija hiciera lo mismo? Pero las desgracias que le habían seguido a ella no le permitían hacer mucho hincapié a Gwendolen sobre la conveniencia de un matrimonio, temiendo una respuesta parecida a la que más tarde daría Madame Roland[45], cuando su amable madre, queriendo convencerla para que aceptara a un pretendiente, dijo: "Tu seras hereuse, ma chère". "Oui, maman, comme toi"[46].

En relación con el problemático señor Grandcourt, lo último que quería la señora Davilow, que al menos tenía el buen gusto de temer, era dejar escapar la más mínima insinuación sobre los castillos que había construido en el aire; pues tal insinuación era suficiente para que Gwendolen se pusiera en contra, y detestara al deseable marido

de antemano. Desde esa escena tras la visita de despedida del pobre Rex, la madre intuía una nueva forma de peligro si sacaba a colación el misterio de los sentimientos de la chica, y en querer averiguar si se hallaba bien; solo que ella creía que no se hallaría bien hasta que no se casara.

El debate sobre el vestido que iba a llevar Gwendolen en el Encuentro de Arqueros estaba siendo un tema relevante; y cuando se hubo decidido que por su complexión, como toque de color sobre su cachemira no había nada como el verde pálido —la pluma que se estaba probando en su sombrero ante el espejo acabó de zanjar la cuestión—, la señora Davilow se estremeció cuando Gwendolen, en actitud de atarse el lazo, dijo con una mirada cómica:

—¡Qué lástima me dan todas las demás chicas del Encuentro de Arqueros, todas pensando en el señor Grandcourt! Y no tienen ni la más mínima posibilidad.

La señora Davilow no tenía el estado de ánimo para responder inmediatamente, y Gwenddolen se volvió rápidamente hacia ella diciendo, maliciosamente:

—Ahora ya sabes que no la tienen, mamá. Tú y mis tíos, todos vosotros pretendéis que se enamore de mí.

La señora Davilow quiso picarla con una pequeña estratagema:

—¡Oh, querida! Eso no está tan claro. La señorita Arrowpoint tiene unos encantos que tú no posees.

—Ya lo sé. Pero dejan espacio para la reflexión. Mi flecha le herirá antes de que él se dé cuenta. Se declarará mi esclavo, le enviaré por el mundo a que me traiga el anillo de bodas de una mujer feliz mientras todos los hombres que se interponen a su título se morirán de diferentes enfermedades, volverá como Lord Grandcourt, pero sin el anillo, y caerá a mis pies. Me reiré de él, se levantará resentido, me reiré aún más, pedirá que le preparen su corcel y cabalgará hacia Quetcham, donde hallará a la señorita Arrowpoint recién casada con un músico necesitado, la señora Arrowpoint estirándose de los pelos y el señor Arrowpoint consolándola. Lord Grandcourt se irá, volverá a Diplow, y como M. Jabot, *change de linge*[47].

¿Hubo alguna vez una chica tan bruja como esta? Si alguien intentara esconderle algo, y mantener un secreto poniendo mirada de inocente, ella, solo viéndole por un rabillo del ojo, ya lo había adivinado. Era probable que solo por intuición supiera más que cualquier otro sobre el señor Grandcourt. Esa idea dibujada en la mente de la señora Davilow sugirió el tipo de cuestión que a menudo viene sin más razón aparente que la facultad de hablar y el no saber qué hacer con ella.

—¿Por qué, qué tipo de hombre te imaginas que es, Gwendolen?

—Déjame ver —dijo la bruja, llevando su dedo índice a los labios frunciendo un poco el ceño, para luego estirar el dedo con decisión—. Bajito, justo por encima de mis hombros e intentando parecer alto doblegando hacia arriba su bigote y manteniendo una barba larga, con un monóculo en su ojo derecho para darse un aire de distinción, con una buena pero dudosa opinión sobre su chaleco, y llena de rodeos sobre el tiempo, de la que intentará convencerme. Mientras, me mirará fijamente, y el monóculo del ojo le hará poner caras horribles, sobre todo cuando sonría de modo zalamero. Yo responderé a su mirada en consecuencia, y el percibirá que no soy indiferente a sus atenciones. Esa noche soñaré que estoy mirando la extraordinaria cara de un insecto engrandecido, y a la mañana siguiente me ofrecerá su mano; la continuación, la de antes.

—Ese es el retrato de alguien a quien ya has visto antes, Gwen. El señor Grandcourt puede ser un joven encantador por lo que sabes.

—¡Oh, sí! —dijo Gwendolen, reconociéndolo, pero dando entender que no le importaba; y sacó su mejor sombrero y lo hizo rodar sobre su mano—. Me pregunto qué tipo de conducta debería tener un hombre encantador. —Luego, con un alegre cambio de cara dijo—: Sé que tendría cazadores y corredores, y una casa en Londres y dos casas en el campo, una con almenas y la otra con un porche. Y estoy segura de que con unos cuantos crímenes podría obtener un título.

La ironía de este discurso era algo dudosa y podía mezclarse con cierto fundamento genuino. La pobre señora Davilow se sintió incómoda, pues ella hablaba normalmente de forma literal y con intención inocente, y dijo, con la expresión condolida:

—¡No hables de esa forma, niña, por el amor de Dios! Los libros que lees te dan unas ideas… Te digo que cuando tu tía y yo teníamos tu edad no sabíamos nada de la malicia del mundo. Creo que era mejor así.

—¿Por qué no me criaste de esa forma, mamá? —dijo Gwendolen. Pero al percibir inmediatamente en su mirada destrozada y en los sollozos que se avecinaban que había dado una puñalada demasiado profunda, se sacó su sombrero y se arrodilló a los pies de su madre, llorando:

—¡Mamá, mamá! Solo hablaba en broma. No quería decir nada.

—¿Cómo podía haberlo hecho, Gwendolen? —dijo la pobre señora Davilow, incapaz de oír la retracción, sollozando violentamente mientras intentaba hablar—. Tu voluntad era siempre demasiado fuerte para mí; ¡si todo lo demás hubiera sido diferente!

Esta lógica inconexa era lo suficientemente comprensible para la hija.

—Querida mamá, no creo que tengas ninguna culpa… te quiero —

dijo Gwendolen, sinceramente compungida—. ¿Cómo puedes evitar lo que soy? Además, soy encantadora. Vamos. —Gwendolen frotó suavemente con su pañuelo las lágrimas de su madre—. En serio, estoy contenta de cómo soy. Me gusto más de lo que me habríais gustado mi tía y tú. ¡Qué terriblemente aburridas debíais haber sido!

Tales blandas zalamerías sirvieron para calmar a la madre, como a menudo había ocurrido anteriormente tras colisiones semejantes. Estos conflictos no solían repetirse por la misma cuestión; pues en la memoria de las dos dejaban una asociación de temor con los temas particulares que los causaban: Gwendolen temía la desagradable sensación de remordimientos hacia su madre, que era la forma más cercana de auto-condena y disgusto de sí misma que había conocido; y la tímida conciencia maternal de la señora Davilow temía cualquier comentario que llevara la más mínima insinuación de reproche. Así que, tras esta pequeña escena, las dos coincidieron en excluir al señor Grandcourt de su conversación.

Cuando el señor Gascoigne se refirió a él una o dos veces, la señora Davilow temió que Gwendolen revelara su clarividencia descubriendo lo que probablemente pensaba su tío; pero el miedo no estaba justificado. Gwendolen conocía las diferencias entre las personas con las que se relacionaba de la misma forma que los pájaros conocen el clima y el tiempo; y por la misma razón que ella estaba decidida a evadir el control de su tío, estaba también decidida a no chocar con él. El buen entendimiento que había entre ellos era además reforzado por su mutuo placer en la arquería: el señor Gascoigne, como uno de los mejores arqueros de Wessex, estaba complacido en hallar habilidades parecidas en su sobrina; y Gwendolen vigilaba no perder la protección de su indulgencia paternal, pues desde el problema con Rex, tanto la señora Gascoigne como Anna habían sido incapaces de ocultar lo que ella consideraba una irrazonable alienación. Hacia Anna, hizo el esfuerzo de comportarse con un afecto arrepentido; pero ninguna de las dos se atrevía a mencionar el nombre de Rex, y Anna, para quien pensar sobre él era parte del aire que respiraba, se sentía incómoda con la animosa prima que había arruinado la felicidad de su hermano. Intentó fielmente reprimir cualquier signo que mostrara el cambio de sus sentimientos; pero, ¿quién que esta apenado puede hacer ver que está alegre?

Este resentimiento injusto tuvo el efecto de endurecer a Gwendolen, e hizo que su carácter fuera todavía más desafiante. Su tío también podía ofenderse si ella rechazaba a la siguiente persona que se enamorara de ella; y un día en que esta idea rondaba su cabeza dijo:

—Mamá, ya sé por qué las chicas están contentas de casarse: para escapar de la obligación de agradar a todo el mundo menos a sí

mismas.

Por suerte, el señor Middleton se fue sin haber hecho ninguna proposición; y a pesar de la admiración por la bella señorita Harleth, que se extendía quizás por treinta millas cuadradas en una parte de Wessex repleta de familias cuyos miembros incluían a varios jóvenes sin compromiso, cada uno de ellos feliz de poderse sentar al lado de la animosa chica con la que era tan fácil entrar en conversación, a pesar de todos estos motivos que hacían pensar que Gwendolen iba a tener otros pretendientes más explícitos que el cura precavido, el hecho es que no fue así.

Se vigilaba no solo que los árboles no taparan las estrellas, sino también que cada hombre que admirara a una chica hermosa no se enamorara de ella, e incluso que cada hombre que se enamorara, no necesariamente se declarara. En ocasiones, el precio del maíz, que se sabe es un potente indicador en esta relación, muestra por qué una joven señorita, perfecta en su persona, talentos y vestido, no tiene el problema de rechazar muchas ofertas; y el orden de la Naturaleza es ciertamente benigno con nosotros al no obligarnos a enamorarnos desesperadamente con la mortal más admirable que hayamos visto jamás. Gwendolen, ya sabemos, estaba lejos de ostentar tal supremacía entre todos los observadores. Además, solo hacía ocho meses escasos que había llegado a Offendene, y algunas inclinaciones se manifiestan lentamente, como las plantas al buscar el sol.

A la vista del hecho de que ninguno de los jóvenes elegibles del vecindario había hecho todavía ninguna declaración a Gwendolen, ¿por qué iba a pensarse que el señor Grandcourt haría lo que otros habían dejado por hacer?

Tal vez porque se pensaba que él era todavía más elegible; pues una gran parte de lo que aparenta ser un final feliz en el mundo es simplemente el reflejo de un deseo. El señor y la señora Arrowpoint, por ejemplo, al no preocuparse por que la señorita Harleth consiguiera un matrimonio brillante, tenían en mente un desarrollo de los acontecimientos bien diferente.

CAPÍTULO 10

1.er Caballero: ¿Qué debería ser la mujer? Señor, consultad el gusto de los hombres casaderos. El surtido de este planeta en acero, algodón, lana o productos químicos, toda la materia transformada por nuestra habilidad manual, esta forjada en formas sensibles para postular: el pulso del mercado hace subir y bajar los precios, mediante leyes sublimes. Nuestras hijas deben ser esposas, y para ser esposas deben ser lo que los hombres elijan: el gusto de los hombres es la prueba de la mujer. ¿Os dais cuenta de la expresión?[48] *¿Será normal, me pregunto? Su sentido esta bien provisto y equilibrado con las tés y las eses.*

2.º Caballero: Al contrario, dadle la vuelta: otorgadnos a nosotros la prueba del gusto. ¿Un buen menú es hoy lo que los epicúreos romanos insistieron que un caballero debía comer para aprender la dignidad de comer bien?

El Parque Brackenshaw, donde se celebraba el Encuentro de Arqueros, se elevaba plácidamente por encima del valle del vecindario hacia los terrenos del exterior y las amplias y suaves cuestas cultivadas colgando como un vasto telón hacia el oeste. El castillo, que se erigía en la plataforma más elevada de las colinas circundantes, estaba construido por piedra caliza tallada, lleno de luces y sombras producidas por el polvo oscuro de los líquenes sobre las paredes y el lavado de las lluvias. Una gran masa de hayas y abetos lo protegían al norte, y se extendían por las verdes laderas como gotas que buscaban el agua que brillaba más abajo. El forjado arqueado formaba un recinto mantenido cuidadosamente sobre la meseta en el lado más lejano del parque, protegido hacia el suroeste por altos olmos y una espesa pantalla de acebos, que mantenían el camino de grava y el pequeño trozo de césped recién cortado, donde se hallaban unas dianas preparadas para el tiro y sombreadas con el agradable color de la tarde. El recibidor de la arquería con un pórtico en su entrada lucía como un templo blanco enfrente de la verdura del lado del norte.

¿Y qué podía ser mejor trasfondo que los grupos florales de las damas, que se movían e inclinaban sus cuellos como harían los lirios moviéndose pausadamente si pudieran ponerse en camino? También

los sonidos eran muy agradables de oír, incluso cuando la banda militar de Wancester dejó de tocar: risas musicales de todos los registros y una armonía de felices discursos amigables, ora elevándose con dulce excitación, ora hundiéndose en un agradable murmullo.

Ningún divertimento al aire libre podía estar más libre de esas situaciones ruidosas y atiborradas de gente que estropean la mayoría de las fiestas modernas; ningún Encuentro de Arqueros podía ser más selecto, pues el número de amigos que acompañaban a los miembros estaba restringido por un sistema de asignación de boletos, de forma que se invitara al máximo de gente posible pero dentro de los límites de la conveniencia, para poder celebrar la comida y el baile en el castillo. Dentro del recinto no se admitían espectadores plebeyos, excepto los inquilinos de Lord Brackenshaw y sus familias, y de entre estos, eran principalmente los miembros femeninos los que usaban el privilegio, llevando consigo a sus hijos o a sus hermanos menores. Los hombres que había entre ellos aliviaron la insipidez del entretenimiento mediante apuestas imaginativas a sus arqueros favoritos, en las que la puesta era "lo que se quisiera"; pero las jóvenes señoritas, que tenían un principio de discreción diferente, estaban considerando cuáles de esas damas dulcemente vestidas querrían ser, si tuvieran la posibilidad. Probablemente la forma que estas almas rurales habrían elegido como tabernáculo era alguien distinto de Gwendolen —alguien con mejillas más sonrosadas y de pelo del rubio más de moda—; pero entre los jueces masculinos de las categorías que la rodeaban existía una unanimidad inusual en considerarla la chica más fina entre las presentes.

No es de extrañar que ella disfrutara de su existencia en ese día de julio. La superioridad es dulce para aquellos que la aman, incluso ante circunstancias mediocres: tal vez no sea fabuloso que un esclavo esté orgulloso de ser comprado el primero; y probablemente un ave de corral en venta, aunque ella misma no comprenda ser llamada la mejor de un mal lote, puede tener cierta consciencia de su relativa importancia, y se pavonee consolada. Pero para un deleite completo deben concurrir lo externo y lo interno. Y esa concurrencia le sucedía a Gwendolen.

¿Quién puede negar que los arcos y las flechas se encuentren entre las armas más adaptadas del mundo para el juego de las formas femeninas? Sugieren actitudes llenas de gracias y poder, donde esa fina concentración de energía que se ve en toda puntería, está libre de asociaciones sangrientas. La iniciativa tradicional británica de "matar algo" ya no se hace con un arco y un carcaj; las bandas que defienden su entrada contra una nación invasora luchan bajo otro tipo de sombras que una nube de flechas; y los dardos envenenados son supervivientes inofensivos tanto en la retórica como en las regiones

ampliamente remotas. La arquería no lleva consigo el desagradable olor a azufre; no rompe la espinilla de nadie, no engendra monstruos atléticos; su único peligro es el de fallar, cosa que se puede evitar con buen entrenamiento. Y entre los arqueros de Brackenshaw los premios eran todos del tipo simbólico más noble posible: no bienes para llevarse en paquetes, degradando el honor de la ganancia, sino una flecha de oro y plata, y una estrella de oro y plata, para llevarla durante un tiempo en señal de éxito, y luego ser transferida al siguiente que la ganara. Estos símbolos de preeminencia tenían las virtudes de las coronas de flores sin sus inconvenientes, que habrían producido un efecto melancólico en la sala de baile. En conjunto, el Club de Arqueros de Brackenshaw era una institución de buen gusto, de forma que no necesitaba sostenerse por peripecias ridículas.

Y en ese día, todos los factores habidos y por haber se hallaban a su favor. Hacía un calor agradable, y nada de viento para perturbar cabellos, ropa o el curso de la flecha; la preparación se desarrollaba con juego limpio, y cuando hubo una marcha general para extraer las flechas, el paseo de jóvenes criaturas alegres que hablaban y reían, el gracioso movimiento común hacia un objeto común, era un espectáculo digno de verse. En este desfile, Gwendolen parecía una Calipso[49] entre sus ninfas. Sus actitudes y movimientos hicieron admitir a todo el mundo su extraordinario encanto.

—Esa chica es como un corredor de gran temple —dijo Lord Brackenshaw al joven Clintock, uno de los espectadores invitados.

—¡Excelente! Y tremendamente hermosa —dijo el elegante Grecian, que había estado observándola con atención—. Nunca la vi en mejor estado.

Tal vez nunca había aparecido en mejor estado. Su rostro brillaba con el joven encanto en el que no hay trazos malignos de disgusto; al estar orgullosa de su fortuna, mostró su amabilidad a todo el mundo y estaba satisfecha también con el universo. El hecho de no tener la más alta distinción en rango, no ser una de las herederas, como la señorita Arrowpoint, le daba un triunfo añadido, al eclipsar esas ventajas. Por recomendación personal, no le habría importado cambiar el grupo familiar que la acompañaba por cualquier otro: la apariencia de su mamá habría encajado con el de una amable duquesa; su tío y su tía Gascoigne con Anna conformaban igualmente estampas gratificantes en su camino; y Gwendolen creía tanto en sí misma y de una manera tan feliz que no podía sentir la más mínima envidia, aunque la señorita Arrowpoint fuera una de las mejores arqueras.

Incluso la reaparición del formidable Herr Klesmer, que causó cierta sorpresa en el resto de la compañía, parecía ajustarse a la tendencia de Gwendolen a divertirse. Siendo él mismo inferior a Apolo, ¿qué gran maestro musical podía dar una buena imagen en un

Encuentro de Arqueros? Los ojos de Gwendolen mostraron un brillo satírico mientras miraba hacia la comitiva de los Arrowpoint en su primera entrada, cuando parecía que Herr Klesmer y el grupo de gente de condados ingleses contrastaban al máximo dentro del denso vecindario de sus anfitriones —o mecenas, como a la señorita Arrowpoint le habría gustado que los llamaran—, para poder negar la posibilidad de cualquier tipo de protección condescendiente, pues se reconocía universalmente su realeza. El contraste podía haber divertido a una persona más grave que Gwendolen. Nosotros los ingleses, somos gente miscelánea, y ante una situación cualquiera, cincuenta de nosotros presentarán variedades distintas de arquitectura animal o de ornamento facial; pero hay que admitir que nuestra expresión predominante no es la de una raza vivaz e inflamada, preocupada con lo ideal y considerando la realidad como un mero relleno. El punto fuerte del caballero inglés puro es el estilo sencillo de su imagen y su vestir; rechaza que le pongan o le quiten algo a su vestido y también rechaza parecer inspirado.

Imaginad una asamblea donde todos los hombres tenían el sello de un inglés de buena cepa, observando la entrada de Herr Klesmer, con su melena sobresaliendo de forma masiva e inconsistente detrás de su sombrero de copa, y que aparecía vestido como para reírse de él a pesar de sus rasgos pronunciados pero delicados y su potente barbilla bien afeitada. Su alta y esbelta figura se erguía de una forma que, no siendo estrictamente inglesa, era todavía peor por el énfasis que ponía en su intención. Si hubiera estado envuelto en prendas sueltas y con un bonete florentino en la cabeza, habría podido sentarse enfrente de Leonardo da Vinci; pero, ¿cómo se presentaba con unos pantalones que no respondían al sentimiento inglés respecto a las rodillas? ¿y qué decir de la chispa que se reflejaba en su mirada y en los movimientos de su cabeza, mientras miraba alrededor de él con curiosidad, que se volvía en motivo de mofa a causa del sombrero, pensado para llevar el pelo bien cortado y un porte serio, tal como el que tenía, por ejemplo, el señor Arrowpoint, cuyo rostro inexpresivo y su buen modo de vestir podían llevarle a cualquier parte sin hacer el ridículo? Uno ve por qué es a menudo mejor para la grandeza estar muerto, y librarse del aspecto externo.

Muchos de los presentes conocían a Herr Klesmer, o habían oído hablar de él; pero solo le habían visto cuando aparecía bajo las luces de las candelas, como músico, y no tenía aún esa suprema celebridad universal que convierte en grande a un artista a los ojos de la gente ordinaria al saber lo caros que son sus honorarios. Para ellos fue como una revelación verle entrar, presentándose inesperadamente en esa tarde de julio en un círculo exclusivo: a algunos les entraron ganas de reír, otros sintieron cierto disgusto por la falta de juicio mostrada por

los Arrowpoint al usar de esta forma su carta de presentación.

—¡Qué mal suelen vestir estos artistas! —dijo el joven Clintock a Gwendolen—. Mire la pinta que tiene, inclinándose con la mano en el pecho hacia la señora Brackenshaw; la pluma de la señora Arrowpoint casi toca su hombro.

—Usted es uno de los profanos —dijo Gwendolen—. Está usted ciego con respecto a la majestad del genio. Herr Klesmer me deja pasmada; me siento desgajada en su presencia; mi coraje me abandona.

—Ah, usted entiende perfectamente todo lo de su música.

—No, ciertamente —dijo Gwendolen, soltando una pequeña risa—; es él quien entiende todo sobre la mía y la considera digna de compasión. —El veredicto de Klesmer sobre su modo de cantar había sido una anécdota graciosa para ella pues a él le había sorprendido su *plástica*[50].

—No se dirige a los oídos del futuro, supongo. Estoy contenta de ello; me gusta.

—Oh, es usted muy amable. ¡Pero de qué manera tan distinguida aparece hoy la señorita Arrowpoint! Le sienta realmente bien ese vestido de color dorado.

—Espléndidamente, ¿no cree?

—Bueno, tal vez demasiado simbólica, como si fuera la figura de la Riqueza en una alegoría.

Este comentario de Gwendolen sonaba un poco malicioso, pero en realidad no era más que una pequeña broma. No quería que la señorita Arrowpoint ni ninguna otra persona se retirara, pues creía tanto en su buena suerte como en su habilidad. Naturalmente fue creyendo cada vez más en las dos a medida que la competición transcurría, pues se prometía conseguir una de las mejores puntuaciones, una superioridad que sorprendió a todo el mundo, tratándose de un nuevo miembro; y para el temperamento de Gwendolen, un acierto precedía a otro. Ya no tenía los pies en el suelo, y creía que podía conseguir todas las cosas posibles. Esa hora fue suficiente para ella, y ya no se sentía obligada a pensar qué debía hacer a continuación para mantener su vida en el tono correcto.

—¿Cómo van las puntuaciones, me pregunto? —dijo la señora Brackenshaw, un gracioso personaje que, adornada con dos niñas preciosas y un niño corpulento, estaba sentada como una señora capital. Su marido se había acercado a ella en uno de los intervalos de los disparos—. Me parece que la señorita Harleth ganará probablemente la flecha de oro.

—Gad, yo creo que lo hará, si sigue así. Se lo está poniendo difícil a Juliet Fenn. Es maravilloso para alguien en su primer año. Catherine

no ha conseguido llegar a su registro habitual —continuó su señoría, volviéndose hacia la madre de la heredera que estaba sentada cerca—. Pero consiguió la flecha de oro la última vez. E influye el factor suerte incluso en estos juegos de habilidad. Así es mejor. De esta forma los que están por detrás también tienen una oportunidad.

—Catherine se alegrará de que ganen otros —dijo la señora Arrowpoint—, es tan magnánima. Fue gracias a su consideración que decidimos invitar a Herr Klesmer en lugar de al canónigo Stopley, que había expresado su deseo de venir. Estoy segura que ella habría preferido invitar al canónigo, pero siempre está pensando en los demás. Yo le dije que no era del todo correcto traer a alguien tan fuera de nuestro ambiente; pero ella dijo: «La genialidad en sí no es correcta, viene al mundo para formar nuevas reglas». Y hay que admitir que es cierto.

—¡Ay!, del todo cierto —dijo Lord Brackenshaw, en un tono despreocupado, y añadió rápidamente—: Por mi parte, yo no soy magnánimo; a mí me gustaría ganar. Pero, ¡demonios! Ya no tengo posibilidades. Me estoy haciendo viejo y perezoso. Los jóvenes me superan. Como dice el viejo Nestor[51]: los dioses no nos lo dan todo al mismo tiempo; fui una vez un tipo joven, y ahora soy uno viejo y sabio. Viejo, en cualquier caso, que es un don que le llega a todo el mundo si se vive lo suficiente, de forma que es algo que no levanta envidias. —El conde sonrió desahogadamente a su mujer.

—¡Oh, milord!, la gente que han sido vecinos durante veinte años no deben hablar a los otros de la edad —dijo la señora Arrowpoint—. Los años, como dicen los toscanos, están hechos para el arrendamiento de las casas. ¿Pero dónde está nuestro nuevo vecino? Pensaba que el señor Grandcourt iba a estar hoy aquí.

—Ah, pues sí, iba a venir. El tiempo también va avanzando —dijo su señoría, mirando a su reloj—. Llegó a Diplow el otro día. Nos vino a visitar el jueves y dijo que había estado un poco molesto. Puede que haya sido conducido a otra dirección. ¡Cómo, Gascoigne! —El Rector estaba entonces pasando por ahí a poca distancia con Gwendolen cogida del brazo, y se volvió al oír la llamada—. Esto es demasiado; no solo nos ganas, sino que además traes a tu sobrina para que venza a todas las arqueras.

—Es escandaloso que lo haga incluso mejor que los miembros más antiguos —dijo el señor Gascoigne, lleno de satisfacción y curvando su corto labio superior—. Pero no es lo que pretendía, milord. Solo quería que hiciera un buen papel, sin sobrepasar a nadie.

—Tampoco es culpa mía —dijo Gwendolen, sonriendo astutamente —. Si afino la puntería, no puedo evitar acertar.

—¡Ay, ay!, eso puede ser un mal negocio para algunos —dijo Lord Brackenshaw, de buen humor; luego, sacando su reloj, dijo mirando

de nuevo a la señora Arrowpoint—: el tiempo va pasando, como usted dice. Pero Grandcourt siempre llega tarde. Ya me di cuenta en el pueblo que siempre llega tarde, y no es un arquero, no entiende nada de ello. Pero le dije que debía venir, que vería la flor del vecindario aquí. Preguntó sobre usted, vio la carta de los Arrowpoint. Creo que ustedes no le han conocido en el pueblo. Ha estado mucho tiempo fuera. La gente no le conoce mucho.

—No, no nos conocemos —dijo la señora Arrowpoint—. Pero no es lo que habría cabido esperar. Pues su tío Sir Hugo Mallinger y yo somos grandes amigos cuando nos encontramos.

—No sé; no es probable que los tíos y los sobrinos se vean juntos tan a menudo como los tíos y las sobrinas —dijo su señoría, sonriendo hacia el Rector—. Pero, ven conmigo un momento, Gascoigne. Quiero hablar un poco sobre los aciertos de los disparos.

Gwendolen decidió ir también y esperar en el mismo grupo que su mamá y su tía hasta que tuviera que disparar de nuevo. Que, después de todo, el señor Grandcourt pudiera no aparecer en el terreno de tiro había empezado a aparecer en el pensamiento de Gwendolen como algo que reduciría su completa satisfacción actual. Bajo toda su sátira insolente, provocada principalmente porque había adivinado que sus amigos pensaban que sería una buena pareja para ella, sentía algo muy distinto de la indiferencia respecto a la impresión que podía causarle. Ciertamente, él no iba a tener el menor poder sobre ella (pues Gwendolen no consideraba que el deseo de conquistar fuera en sí mismo una forma de sometimiento); había decidido que él sería uno de esos admiradores que asiduamente la llenaría de cumplidos; incluso su poca experiencia le había mostrado ya a varios de ellos, con barbas de varios colores y diversos estilos de comportamiento; y la sensación de que sus amigos querían que ella lo encontrara encantador, originó en ella una disposición a imaginarlo ridículo. Pero esa no era razón para querer evitar su presencia; e incluso el prever un aprieto pasajero en el caso de que ella tuviera que despreciarlo y rechazarlo, no disipaba la sombra del deseo de que le ahorrara ese aprieto no mostrando ninguna disposición para declararse. Que el señor Grandcourt no se fijara apenas en ella, y se prometiera en seguida con la señorita Arrowpoint no era una imagen que halagara su imaginación.

Así es que Gwendolen había sido todo oídos cuando Lord Brackenshaw contó los motivos por los que no había aparecido el señor Grandcourt; y cuando llegó, nadie prestó más atención —ni siquiera la señora Arrowpoint o el señor Gascoigne— que ella, a pesar de que evitaba expresamente mirar hacia cualquier punto donde fuera probable que él estuviera. No iba a dejar de pensar lo mismo acerca del señor Mallinger Grandcourt, del que tanto se había hablado, tanto

si se presentara ante ella como si no. Volvió a concentrarse en el tiro, y se abstuvo tan resueltamente a mirar a su alrededor, que incluso suponiendo que él hubiera tomado un asiento relevante entre los espectadores, estuviera claro que ella no era consciente de su presencia. Y al mismo tiempo, la certeza de que él estaba allí hizo que se sintiera amenazada. Tal vez por eso su tiro fue mejor: en cualquier caso, ganó en precisión, y al final arrancó un maravilloso torrente de aplausos al dar tres veces en el oro —una hazaña que entre los arqueros de Brackenshaw no tenía la vulgar recompensa de un pago en metálico, sino el llevar al cuello la estrella especial de oro—. Ese instante no fue feliz solo para ella: era precisamente el que su mamá y su tío habrían escogido para ella. La muchedumbre se apartó para hacer espacio y dejar que ella pudiera avanzar de forma eminente para recoger la estrella de oro de las manos de la señora Brackenshaw; y el movimiento perfecto de su fina figura verdaderamente era algo agradable de ver a la clara luz de la tarde cuando las sombras eran largas y tranquilas. Ella era el objeto central de ese bello cuadro, y cada uno de los presentes tenía que observarla. Eso era suficiente: ella misma estaba decidida a no ver a nadie en particular, ni volver los ojos hacia nadie que no fuera la señora Brackenshaw, pero sus pensamientos se volvían irremediablemente hacia otra parte. Parte de su alegría se debía a que Herr Klesmer tenía que estar observándola ahora que no era la música el tema principal, y su superioridad quedaba muy distante en ese terreno; pues la vanidad es tan triste ante la indiferencia como lo es la ternura ante un amor no correspondido. La sombra del poder maligno del indómito Klesmer se interpuso en medio de la agradable sensación de que el señor Grandcourt la estaba viendo en su mejor momento, y la estaba probablemente admirando de la forma más pura. Ella no esperaba admirarle a él, pero eso no era necesario para su paz de espíritu.

Gwendolen se topó con la graciosa sonrisa de la señora Brackenshaw sin enrojecer (la cual se acercó a ella por sorpresa), sino mostrando una encantadora expresión llena de gozo, y se inclinó graciosamente para recibir la estrella alrededor de los hombros. Esa pequeña ceremonia había sido lo suficientemente larga para intercambiar comentarios jocosos y recibir felicitaciones mientras se movía entre los grupos, que a su vez se interesaban ahora en los resultados de la clasificación. Pero sucedió que mientras estaba de pie examinando la punta de una flecha con aire distraído, se le acercó Lord Brackenshaw y le dijo:

—Señorita Harleth, aquí hay un caballero que no desea demorar más tiempo en conocerla. Ha pedido a la señora Davilow que yo mismo fuera con él. ¿Me permite que le presente al señor Mallinger Grandcourt?

LIBRO II

CORRIENTES QUE SE ENCUENTRAN

CAPÍTULO 11

El comienzo de un conocimiento, ya sea con personas o con cosas, sirve para marcar un esbozo determinado de nuestro desconocimiento.

El deseo del señor Grandcourt de ser presentado no pilló de improviso a Gwendolen; pero cuando Lord Brackenshaw se apartó un poco para que se adelantara el presagiado desconocido y se halló cara a cara ante el hombre real, le causó cierto impacto que le hizo enrojecer, tanto más en cuanto se dio cuenta de ello. El impacto vino por la completa alteración de sus expectativas: Grandcourt apenas podía haber sido más diferente de como lo había imaginado. Era ligeramente más alto que ella, y sus ojos parecían sinceros; no mostraba la más mínima sonrisa mientras la miró, ni ningún rasgo de altanería o ansiedad en su porte; cuando levantó su sombrero mostró una completa calvicie rodeada de una simple franja de pelo rubio rojizo, pero también mostró una mano perfecta; la línea que marcaba el rasgo de las cejas a la barbilla, que no tenía una barba que la cubriera, era decididamente atractiva, con tan solo moderadas desviaciones de la perpendicular, y el sencillo bigote era también perpendicular. No era posible que un aspecto humano estuviera más libre de mueca o contorsión alguna; tal vez tampoco era posible que un hombre vivo completamente despierto estuviera menos animado. El perfecto caballero inglés, que tras el saludo de inclinación vuelve a su posición rígida, asiente severamente, y parece estar en un estado de aspereza interna, sugiere la supresión de toda vivacidad, y puede pensarse de él que se liberará en forma algo violenta cuando se vea libre de las formas; pero el porte de Grandcourt no tenía rigidez, sino más bien flaccidez. Su complexión tenía una belleza descolorida, asemejándose a la de las actrices cuando están desprovistas de los colores artificiales; sus largos y estrechos ojos grises no expresaban más que indiferencia. Intentar una descripción es estúpido: ¿quién puede describir de golpe a un ser humano? Incluso cuando nos es presentado solo empezamos a conocer su apariencia que debe luego ser completada por innumerables impresiones bajo circunstancias diferentes. Reconocemos el alfabeto; no estamos seguros del lenguaje.

Estoy tan solo mencionando los puntos que Gwendolen vio a través de la luz de un contraste prevenido en los primeros minutos de su encuentro con Grandcourt; se resumían en las palabras: "Él no es ridículo". Pero inmediatamente se marchó Lord Brackenshaw, y comenzó lo que llamamos la conversación, de la cual el elemento primero y constante fue que Grandcourt observó a Gwendolen de una forma ligeramente exploradora, pero sin cambiar de expresión, mientras ella solo le miraba de forma ocasional con destellos de observación envueltos un poco en coquetería. Además, tras las respuestas de ella, se formaba una pausa más o menos larga antes de que él volviera a hablar.

—Creía que la arquería era muy aburrida —empezó Grandcourt. Hablaba con fino acento, pero con una pronunciación lenta y algo entrecortada, como la de un personaje distinguido con un resfriado de pecho distinguido.

—¿Se ha convertido hoy? —dijo Gwendolen.

(Pausa, durante la cual ella imaginó varias formas y modos de causarle una buena impresión).

—Sí, desde que la vi tirar. En los juegos de esta clase normalmente se ve a la gente fallar y mostrar su torpeza.

—Supongo que usted es un disparador de primera con el rifle.

(Pausa, durante la cual Gwendolen, habiendo observado rápidamente a Grandcourt, se hizo una breve imagen de él como un oyente indefinido).

—He dejado de disparar.

—Oh, entonces es usted una persona formidable. La gente que ha hecho cosas una vez y luego las abandona le hace sentir a una muy desdeñable, como si estuviera usando cosas pasadas de moda. Espero que no haya abandonado todas las locuras, porque yo practico muchas.

(Pausa, durante la cual Gwendolen hizo varias interpretaciones de sus propios comentarios).

—¿A qué llama usted locuras?

—Bueno, en general, creo que cualquier cosa que sea agradable se la llama locura. Pero usted no ha dejado de cazar, he oído.

(Pausa, en la que Gwendolen recordó lo que había oído sobre la posición de Grandcourt, y decidió que era el hombre más aristocrático que había visto nunca).

—Uno tiene que hacer algo.

—¿Y practica ir a caballo? ¿O es de las cosas que también ha dejado?

(Pausa, durante la cual Gwendolen pensó que un hombre extremadamente calmado y de maneras frías podría ser menos

desagradable como marido que cualquier otro hombre, y que no interferiría con las preferencias de su mujer).

—Monto un caballo de vez en cuando; pero no me apasiona tanto como algunos hombres. ¿A usted le gustan los caballos?

—Sí, ciertamente: cuando más disfruto de la vida es cuando estoy a lomos de un caballo, yendo al galope. No pienso en nada. Solo me siento fuerte y feliz.

(Pausa, en la que Gwendolen se preguntó si a Grandcourt le habría gustado lo que había dicho, pero se dijo que no iba a disimular sus gustos).

—¿Le gusta el peligro?

—No lo sé. Cuando monto a caballo, nunca pienso en el peligro. Me parece que si me rompiera los huesos no lo notaría. Abordaría cualquier cosa que se interpusiera en mi camino.

(Pausa, durante la cual Gwendolen corrió por toda una temporada de caza motada en dos caballos a su gusto).

—Tal vez le gustaría cazar tigres o jabalíes. Vi a algunos durante una o dos temporadas en el Este. Todo lo de aquí es poca cosa después de aquello.

—¿A usted le gusta el peligro, entonces?

(Pausa, en la que Gwendolen especuló sobre la posibilidad de que los hombres de maneras más frías fueran los más aventureros, y sintió la fuerza de su propia conclusión, suponiendo que hubiera que decidir algo).

—Uno debe tener una cosa u otra. Pero se acaba acostumbrando.

—Empiezo a pensar que soy muy afortunada, porque todo es nuevo para mí: es que no le puedo sacar todo el jugo a las cosas. No estoy acostumbrada a nada excepto a estar aburrida, cosa que me gustaría abandonar como usted ha abandonado los disparos.

(Pausa, durante la cual se le ocurrió a Gwendolen que un hombre de maneras frías y distinguidas sería posiblemente un compañero aburrido; pero por otra parte pensó que la mayoría de las personas eran aburridas, que tampoco contaba con que los maridos fueran compañeros —y que, después de todo, no iba a aceptar a Grandcourt).

—¿Por qué está usted aburrida?

—Este es un vecindario horroroso. No hay nada que se pueda hacer en él. Es por eso por lo que he practicado con el arco.

(Pausa, durante la cual Gwendolen reflexionó que la vida de una mujer soltera que no podía irse por ahí ni tener el control de nada debía ser necesariamente aburrida fuera lo que fuera con lo que se comparase mientras fuera pasando el tiempo).

—Se ha hecho usted la reina. Imagino que se llevará el primer premio.

—No lo sé. Tengo grandes rivales. ¿No observó usted lo bien que dispara la señorita Arrowpoint?

(Pausa, en la que Gwendolen pensó que los hombres sabían escoger a alguien distinto de la mujer que más admiraban, y recordó varias experiencias de ese tipo en las novelas).

—¿La señorita Arrowpoint? No, o sea, sí.

—¿No deberíamos ir a oír los resultados? Todo el mundo está yendo al otro lado ahora, ¿vamos con ellos? Creo que mi tío me está mirando. Quizás quiere que vaya.

Gwendolen se sintió aliviada de poder cambiar de esta manera las circunstancias: no es que se sintiera incómoda con el cara a cara, pero mientras duraba no pudo aparentemente verse libre del sonrojo no deseado en sus mejillas y la sensación de sorpresa que la hacía sentirse menos dueña de sí misma que lo habitual. Y este señor Grandcourt, que parecía percibir su propia importancia más que la de ella —un tipo de irracionalidad que pocos de nosotros puede tolerar—, no debía dar por supuesto que él era de importancia para ella, o que porque otros especulaban sobre él como un pretendiente deseado, ella misma también se había puesto a sus pies. La forma en que había llenado Grandcourt las pausas será más evidente de aquí en adelante.

—Acabas de perder la flecha de oro, Gwendolen —dijo el señor Gascoigne—. La señorita Juliet Fenn te saca ochos puntos.

—Estoy muy contenta de oír eso. Habría sentido que me estaba haciendo demasiado desagradable, ganándolo todo —dijo Gwendolen, de forma bastante desprendida.

Era imposible tener envidia de Juliet Fenn, una chica mediocre en todo menos en el arco y en su simplicidad, esta última tan remarcable como la de su padre: su mandíbula inferior sobresaliente y con la frente retrocedida recordando la de los peces más inteligentes. (A buen seguro, considerando la importancia que se le da a tal incidente en la descendencia femenina, los hombres casaderos, o lo que los nuevos ingleses llaman “pretendientes destinados”, deberían mirarse desapasionadamente en el espejo, pues la selección natural de una pareja más hermosa que ellos ciertamente no oculta el efecto de su propia fealdad).

Por entonces había un movimiento animado entre los grupos entremezclados, que alargó considerablemente la conversación. Todo el mundo hablaba con el resto por turnos, y Gwendolen, que decidió ver qué sucedía alrededor de ella, observó que a Grandcourt le estaban presentando a Klesmer; concretamente, se lo estaba presentando una persona desconocida para ella, un hombre de mediana edad, de rostro oscuro y manos gordas, que parecía encontrarse a gusto con ambos, y que los condujo a los Arrowpoint, que ya habían saludado tanto él como Grandcourt. A ella no le

importaba mucho saber quién era este estraño; pero deseaba conocer cuáles eran las formas de Grandcourt hacia alguien que no fuera ella. Precisamente las mismas, salvo que no miraba mucho a la señorita Arrowpoint, sino más bien a Klesmer, que hablaba animadamente, ora estirando sus largos dedos horizontalmente, ora señalando al suelo con su dedo índice, ora cruzando los brazos y sacudiendo su melena, mientras se dirigía primero al uno y luego al otro, incluido Grandcourt, que escuchaba con rostro impasible y ojos avispados, con su dedo índice izquierdo en el bolsillo de su chaleco, y el derecho acariciando su fino bigote.

«Me pregunto cuál es el estilo que más admira la señorita Arrowpoint», era un pensamiento que cruzó por la mente de Gwendolen mientras sus ojos y sus labios concurrían en una expresión burlesca. Pero no se recreó en su diversión mirando como una curiosa, y regaló su simpatía a todos los que la rodeaban, decidida a no prestar atención a si el señor Grandcourt se le acercaba de nuevo o no.

Vino otra vez, sin embargo, y en un momento en que pudo proponer conducir a la señora Davilow a su carruaje.

—¿Podemos vernos de nuevo en la sala de baile? —dijo ella, cuando él levantó su sombrero al salir. El "sí" de su respuesta fue pronunciado, como siempre, lentamente y con entera gravedad.

—Te equivocaste por una vez, Gwendolen —dijo la señora Davilow durante el corto trayecto al castillo.

—¿En qué, mamá?

—Sobre el aspecto y las maneras del señor Grandcourt. No puedes encontrar nada ridículo en él.

—Supongo que lo encontraría si lo intentara, pero no quiero hacerlo —dijo Gwendolen, con cierta mezquindad; y su mamá tuvo miedo de añadir nada más.

Era la norma en tales ocasiones que las damas y los caballeros comieran aparte, para que la comida fuera un tiempo de tranquilidad y descanso para ambos grupos. De hecho, los caballeros disfrutaban contándose un conjunto de historias propias de la temporada de arquería sobre el refinamiento de las damas, y se decía de ellas que mostraban un indignante entendimiento, propio de hombres, sobre la carne de venado, que incluso pedían las partes más gordas —una prueba de la espeluznante proporción en que avanzaba la corrupción entre las mujeres, que solo las frenaban las severas normas sociales—. Y cada año, el amable Lord Brackenshaw, que tenía algo de *gourmet*, recitaba la opinión de Byron de que una mujer nunca debía ser vista comiendo, introduciéndolo con un confidencial "El hecho es", como si estuviera admitiendo por primera vez su concordancia con el sentimiento del refinado poeta.

En el salón comedor de las mujeres era evidente que Gwendolen no era de las favoritas entre las de su sexo; no pudo ni empezar a intimar con las otras chicas, las cuales, en la conversación, tan solo reparaban en lo que ella decía, pero sin intercambiar impresiones de forma natural. Quizás es que ella no estuviera muy interesada en ellas, y cuando estaba en su compañía le embarga una sensación de soledad, como si estuviera en un banco vacío. La señora Vulcany remarcó una vez que la señorita Harleth era demasiado aficionada a los caballeros; pero sabemos que en absoluto estaba ella interesada en ellos —solo le gustaba su homenaje—, cosa que las mujeres no podían proporcionar. La excepción a esta hosquedad voluntaria era la señorita Arrowpoint, que a menudo se las arreglaba disimuladamente para estar a su lado, y hablaba con ella con sincera amistad.

—Ella sabe, como yo, que nuestras amigas están a punto de pelearse por un marido para nosotras —pensó Gwendolen—, y está decidida a no entrar en la pelea.

—Creo que la señorita Arrowpoint tiene los modales más refinados que he visto nunca —dijo la señora Davilow, cuando ella y Gwendolen estaban en el vestidor con la señora Gascoigne y Anna, pero a una distancia donde podían hablar aparte.

—Ojalá fuera como ella —dijo Gwendolen.

—¿Por qué? ¿Estás descontenta contigo misma, Gwen?

—No, pero estoy descontenta con las cosas. Ella parece satisfecha.

—Creo que hoy deberías sentirte satisfecha. Tienes que haber disfrutado con el tiro. Te vi hacerlo.

—Oh, pero ya ha acabado, y no sé qué vendrá después —dijo Gwendolen, estirándose con una especie de lamento y extendiendo sus brazos. Iban ahora más ligeras de ropa: era la costumbre bailar en el vestidor, sin la chaqueta; y la simplicidad de su blanca cachemira con su borde verde pálido realzaba su forma al máximo. Una delgada cadena dorada alrededor de su cuello, y la estrella de oro sobre su pecho eran sus únicos ornamentos. Su suave pelo atusado y recogido dentro de una gran corona formaba una línea clara sobre su frente. A Sir Joshua[52] le habría gustado pintar su retrato; y habría tenido una tarea más fácil que la del historiador al menos en esto, pues no habría tenido que representar la realidad del cambio, tan solo darle estabilidad a un momento precioso.

—Ahora vendrá el baile —dijo la señora Davilow—. Seguro que disfrutarás.

—Solo bailaré las cuadrillas[53]. Así se lo dije al señor Clintock. No bailaré ningún vals ni ninguna polca con nadie.

—¿Por qué demonios se te ocurre decir eso de repente?

—No soporto tener tan cerca a personas feas.

—¿A quién te refieres como persona fea?

—Oh, hay muchos.

—El señor Clintock, por ejemplo, no es feo. —La señora Davilow no se atrevía a mencionar a Grandcourt.

—Bueno, detesto que me toque con su chaqueta de lana.

—¡Fancy! —llamó la señora Davilow a su hermana, que venía del otro lado de la sala—. Gwendolen dice que no bailará valses ni polcas.

—Pienso que se deja llevar siempre por sus caprichos —dijo la señora Gascoigne, seriamente—. Sería más adecuado que se comportara como las otras jóvenes señoritas lo hacen en ocasiones tales como esta; especialmente cuando ha tenido la ventaja de recibir clases de baile de primera.

—¿Por qué tengo que bailar un vals si no me gusta, tía? No está en el Catecismo.

—¡Querida! —exclamó la señora Gascoigne en un tono de reprensión severa; Anna parecía asustada por el atrevimiento de Gwendolen. Pero no dijeron nada más.

Aparentemente algo había cambiado el estado de ánimo de Gwendolen desde la hora de exultante alegría en el campo de tiro. Pero ella no parecía peor bajo los candelabros de la sala de baile, donde el dulce esplendor de la escena y los agradables olores del invernáculo no podían más que ablandar el carácter, sobre todo si añadimos el hecho de ser consciente de que ella era particularmente requerida. No había apenas hombre que no quisiera ser su acompañante de baile, y cada uno de los que aceptaba protestaba melancólicamente de que ella no bailara valses ni polcas.

"¿Está usted bajo alguna promesa, señorita Harleth?". "¿Por qué es usted tan cruel con todos nosotros?". "¡Usted bailó un vals conmigo en febrero!". "¡Y usted que baila tan bien los valses!". Eran exclamaciones que no dejaban de molestarla. Las damas que bailaban valses, naturalmente pensaban que la señorita Harleth solo quería hacerse la interesante; pero cuando su tío oyó por casualidad su negativa, la apoyó diciendo:

—Gwendolen suele tener buenas razones. —Él pensaba que de verdad se mostraba más distinguida no bailando valses, y deseaba que fuese distinguida. Se pretendía que el baile de los arqueros se mantuviera en un tono tranquilo, adecuado tanto para las dignidades clericales como seculares: no era un escape para la inquietud de los jóvenes y él mismo era de la opinión que las danzas modernas eran demasiado alborotadoras.

Entre los hombres detractores del baile, sin embargo, no se hallaba el señor Grandcourt. Tras bailar una cuadrilla con la señorita Arrowpoint, parecía que no pretendía preguntar por ninguna otra

compañera. Gwendolen le observó frecuentemente con los Arrowpoint, pero no aprovechó ninguna oportunidad para acercarse a ella. El señor Gascoigne a veces le hablaba; pero el señor Gascoigne estaba en todas partes. Ahora creía que, después de todo, ella no tendría probablemente el menor problema con él: quizás la había mirado sin una admiración especial, y estaba demasiado acostumbrado a todo en el mundo como para pensar en ella como algo más que una de las chicas que invitaban en esa parte del país. ¡Por supuesto! Era ridículo que los mayores se entretuvieran con ideas sobre qué haría un hombre, sin haberle visto siquiera a través de un telescopio. Probablemente él pretendía casarse con la señorita Arrowpoint. Sucediera lo que sucediera, a ella, Gwendolen, no le iba a decepcionar: el asunto era una anécdota, tomara el camino que tomara, pues en ningún momento se había comprometido, ni siquiera con una confidencia silenciosa, con lo que haría el señor Grandcourt. Con todo, se dio cuenta que él a veces cambiaba sigilosa y gradualemente su posición de acuerdo con la de ella, de forma que él pudiera verla siempre que estuviera bailando, y si no la admiraba… peor para él.

Este movimiento para conseguir que ella estuviera a la vista fue haciéndose más descarado de lo normal a medida que avanzaba la noche, cuando Gwendolen había aceptado a Klesmer como compañero; y ese personaje de amplia mirada que lo veía todo y nada por turnos, le dijo mientras caminaban:

—El señor Grandcourt es un hombre de buen gusto. Le gusta verla bailar.

—Tal vez le guste mirar lo que va en contra de su gusto —dijo Gwendolen, soltando una pequeña risa: se sentía valerosa con Klesmer ahora—. Puede estar tan cansado de admirar que prefiere algo que le disguste para variar.

—Esas palabras no son apropiadas en sus labios —dijo Klesmer, rápidamente, frunciendo el ceño como solo él sabía, mientras sacudía su mano como para disipar los sonidos discordantes.

—¿Es usted tan crítico con las palabras como con la música?

—Ciertamente lo soy. Le pediría que sus palabras estuvieran de acuerdo con su cara y sus formas, que su significado produjera siempre una música sublime.

—Eso es tanto un cumplido como una enmienda. Me siento halagada por ambos. Pero, ¿sabe que soy lo suficientemente atrevida para desear corregirle a *usted*, y pedirle que entienda una broma?

—Uno puede entender las bromas sin que le gusten —dijo el terrible Klesmer—. He visto libretos de óperas repletos de burlas acerca de mí; era precisamente porque las entendía que no me gustaban. La gente cómica enseguida quiere desafiar a un hombre

porque parece serio. «¿No le ve usted la gracia, señor?». «No, señor, pero veo lo que usted quiere decir». Y entonces se me etiqueta como un hombre sin gracia. Pero, de hecho —dijo Klesmer, saltando de su rápida narrativa a un tono más reflexivo, con su ceño imponente—, soy muy sensible al ingenio y al humor.

—Me alegro que me diga eso —dijo Gwendolen, no sin cierta intención maliciosa. Las reflexiones de Klesmer habían ido fluyendo y cambiando a medida que hablaba, como era habitual en él, y ella tenía ahora todo el control—. Dígame, por favor, ¿quién es el que está al lado de la puerta de la sala de cartas? —continuó ella, viendo al mismo desconocido con el que Klesmer había estado hablando animadamente en el campo de tiro—. Es un amigo suyo, creo.

—No, no; un aficionado que he visto en el pueblo: Lush, un tal señor Lush, demasiado aficionado a Meyerbeer y Scribe[54], demasiado aficionado al drama fácil.

—Gracias. Quería saber si usted pensaba si su cara y sus formas requerían que el significado de sus palabras produjera una música sublime. —Klesmer fue vencido, y le dirigió una encantadora sonrisa amistosa hasta que ella le rogó le acompañase al lado de su mamá.

Tres minutos después anuló todas sus intenciones respecto a la indiferencia de Grandcourt. Al volver la cabeza tras algunas observaciones hechas a su madre, descubrió que se había acercado a ella.

—¿Puedo preguntarle si está cansada de bailar, señorita Harleth? —empezó, mirando al suelo con su anterior expresión imperturbable.

—En lo más mínimo.

—¿Me concederá el honor de la siguiente, o de cualquier otra, cuadrilla?

—Debería alegrarme —dijo Gwendolen, mirando su carta—, pero estoy comprometida para el siguiente con el señor Clintock, y además descubro que estoy atada para cada cuadrilla: no dispongo de ninguna libre. —No le sabía mal castigar la tardanza del señor Grandcourt, aunque al mismo tiempo le habría gustado bailar con él. Le ofreció una sonrisa encantadora mientras le miraba para darle su respuesta, y él permaneció de pie sin moverse, mirando hacia el suelo sin sonrisa alguna.

—Soy desafortunado al llegar tan tarde —dijo, tras un momento de pausa.

—Me parecía que no le importaba bailar —dijo Gwendolen—, pensé que debía ser una de las cosas que había abandonado.

—Sí, pero no he podido bailar con usted —dijo Grandcourt. Siempre había la misma pausa antes de que retomara el hilo—. Usted ha hecho del baile algo nuevo, como hizo con el tiro.

—¿Es la novedad siempre agradable?

—No, no, no siempre.

—Entonces no sé si sentirme halagada o no. Cuando hubiera bailado una vez conmigo ya no habría más novedad.

—Al contrario; habría probablemente mucha más.

—Eso es algo profundo. No lo entiendo.

—¿Es difícil hacer que la señorita Harleth entienda su poder? —Grandcourt se había vuelto a la señora Davilow, quien, sonriendo amablemente a su hija, dijo:

—Creo que normalmente no sorprende a la gente que le cuesta entender las cosas.

—Mamá —dijo Gwendolen, en un tono de desaprobación—, soy adorablemente estúpida, y quiero que se me explique todo… cuando el significado es agradable.

—Si usted es estúpida, admito que la estupidez es adorable —replicó Grandcourt, tras la pausa habitual, y sin cambiar de tono. Claramente, sabía qué decir.

—Empiezo a sospechar que mi caballero se ha olvidado de mí —observó Gwendolen poco después—. Veo que la cuadrilla se está formando.

—Se merece que lo abandone —dijo Grandcourt.

—Creo que se le puede excusar —dijo Gwendolen.

—Tiene que haber habido algún malentendido —dijo la señora Davilow—. El señor Clintock estaba muy ilusionado con el emparejamiento para haberlo olvidado.

Pero entonces se acercó la señora Brackenshaw y dijo:

—Señorita Harleth, el señor Clintock me ha encargado expresarle su profundo pesar por tener que marcharse sin tener el placer de bailar de nuevo con usted. Ha llegado una carta urgente de su padre el archidiácono; algo importante: ha tenido que irse. Estaba *au désespoir*[55].

—Oh, ha sido muy amable de recordar el compromiso ante las circunstancias —dijo Gwendolen—. Siento que le hayan reclamado. —Era fácil mostrarse apenadamente cortés ante una ocasión tan oportuna.

—¿Entonces puedo aprovechar la desdicha del señor Clintock? —dijo Grandcourt. ¿Puedo esperar que me permita ocupar su puesto?

—Estaré muy contenta de bailar la cuadrilla siguiente con usted.

La casualidad del suceso parecía un augurio, y mientras Gwendolen permanecía en pie delante de Grandcourt preparada para la cuadrilla, sintió renacer en ella el júbilo —la sensación de que todo estaba ante ella—, que había experimentado el día anterior. Ningún hombre podía haberse conducido por la cuadrilla con más perfección

que Grandcourt; y la ausencia de cualquier ardor en su atención hacia ella satisfacía su gusto de su compañera. Se había convencido ahora que él quería halagarla, remarcar su admiración de un modo perceptible; y comenzó a parecer probable que ella tuviera el poder de rechazarle, y suponía un placer considerar las circunstancias que harían que su rechazo fuera espléndido, o bien reconocer el verdadero valor del señor Grandcourt. Era también agradable adivinar que el seleccionarla para bailar exclusivamente a ella de entre todas las damas solteras presentes, atraería las miradas de todos; pero, de todos modos, ella lo disimuló encarecidamente, y al final de la cuadrilla caminó del brazo de Grandcourt como si fuera una de las chicas más ingenuas del mundo, a pesar de ser una de las más avispadas y sutiles. Se encontraron con la señorita Arrowpoint, que se hallaba en pie con la señora Brackenshaw y un grupo de caballeros. La heredera invitó con la mirada a Gwendolen y le dijo:

—Espero que votará con nosotros, señorita Harleth, y el señor Grandcourt también, aunque no sea arquero. —Gwendolen y Grandcourt se pararon para unirse al grupo y descubrieron que la votación se refería a los planes de celebrar una merienda de arqueros en Cardell Chase, donde el entretenimiento nocturno sería más poético que un baile a la luz de unos candelabros, una fiesta bajo las luces del ocaso atravesando los claros del bosque, las ramas y las copas de los árboles.

A Gwendolen le pareció el plan magnífico, como si jugaran a Robin Hood y Maid Marian; y el señor Grandcourt, cuando se le preguntó por segunda vez, dijo que era algo que había que hacer; y a continuación, el señor Lush, que se hallaba detrás de la señora Brackenshaw, captó la atención de Gwendolen, diciendo con una mirada y en un tono familiar a Grandcourt:

—Diplow sería un buen lugar para la reunión, y más adecuado: hay una pequeña finca entre los robles hacia la puerta del norte.

No era posible mirar de una forma más inexpresiva como lo hizo Grandcourt, como si nadie le hubiera dirigido la palabra; pero Gwendolen se hizo cargo del hablante, decidiendo, en primer lugar, que debía tener la suficiente confianza con el arrendatario de Diplow, y, en segundo lugar, que ella nunca, si podía evitarlo, dejaría que se le acercara. Le causó una inmediata antipatía de orden físico: los ojos prominentes del señor Lush, su aspecto rechoncho aunque no torpe, y su espeso pelo encrespado, de un color oscuro intenso, salpicado con algunas canas, que junto con el resto de su próspera persona, era envidiado por muchos, creaban en ella una imagen fuertemente repulsiva. Para librarse de su mirada, murmuró a Grandcourt:

—Me gustaría continuar caminando.

Él obedeció inmediatamente; pero cuando estuvieron, de esta

forma, lejos de cualquier oído, no pronunció una sola palabra durante varios minutos, y ella, inclinada a probarle, medio en broma, medio en serio, decidió no comenzar a hablar tampoco primero. Entraron en el largo conservatorio, preciosamente iluminado con lámparas chinas. Las otras parejas que había allí estaban a una distancia que no había interferido con su diálogo, mas con todo, caminaron en silencio hasta alcanzar el extremo más alejado donde lucía una tenue luz rosa que provenía de la segunda amplia apertura a la sala de baile. Grandcourt, cuando hubieron dado media vuelta, tomó aire y dijo lánguidamente:

—¿Le gustan este tipo de cosas?

Si hubieran descrito a Gwendolen la situación media hora antes, se habría reído con ganas, y solo podía imaginarse contestándole con una respuesta jocosa y satírica. Pero por alguna razón misteriosa —era un misterio del cual ella tenía una ligera maravillosa consciencia—, no se atrevió a ser satírica: había comenzado a sentir como si una varita mágica alrededor de ella le hiciese temer ofender a Grandcourt.

—Sí —dijo con tranquilidad, sin considerar a qué "tipo de cosas" se refería, si a las flores, a los aromas y al baile en general, o bien a caminar con el señor Grandcourt en particular. Y volvieron por el conservatorio sin más interpretaciones. Ella propuso entonces ir a sentarse a su antiguo sitio, y caminaron entre parejas diseminadas que preparaban el vals hacia el lugar donde la señora Davilow había estado sentada toda la noche. Mientras se acercaban, su sitio estaba vacío, pero ella estaba volviendo de nuevo, y para molestia y estremecimiento de Gwendolen, con el señor Lush en su brazo. No había manera de evitar la confrontación: su mamá se acercó a ella antes de que hubieran alcanzado los asientos, y, tras una sonrisa de bienvenida, dijo inocentemente—: Gwendolen, querida, deja que te presente al señor Lush. —Como había acabado de conocer a este personaje como compañero íntimo y constante del señor Grandcourt, la señora Davilow imaginó que era también deseable que su hija lo conociera.

Gwendolen apenas hizo una inclinación de cabeza, fue más bien un ligerísimo adelantamiento de su cabeza con respecto al resto de su fisonomía, e inmediatamente se movió hacia su sitio, diciendo:

—Quiero ponerme mi mantilla. —Antes de que alcanzara su sitio, el señor Lush estaba allí con la mantilla en la mano: para contrariar a esta joven señorita altiva, incurrió en la ofensa de anticiparse a Grandcourt, y sosteniendo la prenda cerca de Gwendolen, dijo—: ¿Me permite, por favor? —Pero ella, apartándose de él como si fuera un galgo enfangado, se deslizó hacia el otomán diciendo—: No, gracias.

Un hombre que hubiera perdonado esto tendría mucha conciencia cristiana, suponiendo que hubiera pretendido ser agradable con la joven señorita; pero antes de coger la mantilla, el señor Lush había

dejado de tener esta intención. Grandcourt le quitó tranquilamente la prenda, y el señor Lush, con una leve inclinación, se apartó.

—Será mejor que se lo ponga —dijo el señor Grandcourt, mirándola sin cambiar de expresión.

—Gracias, tal vez será lo más prudente —dijo Gwendolen, levantándose, y doblándose con mucha gracia para colocarse la mantilla sobre sus hombros.

Después de esto, el señor Grandcourt intercambió unas pocas palabras de cortesía con la señora Davilow, y al marcharse, pidió permiso para llamar a Offendene al día siguiente. Claramente, él no estaba ofendido por el insulto dirigido contra su amigo. Ciertamente, que Gwendolen se negara a aceptar del señor Lush la mantilla estaba abierto a la interpretación que ella quería recibirlo del señor Grandcourt. Pero ella, pobre chica, no había tenido esta intención, sino que se había dejado llevar por su antipatía y predisposición, confiando en ellas como hacía con sus reflexiones más profundas, las cuales se introducían en ella como savia en el follaje. Gwendolen no pensaba que estos hombres fueran para ella oscuros enigmas, o que necesitase ayuda para sacar conclusiones sobre ellos —al menos sobre el señor Grandcourt—. La cuestión principal era hasta qué punto su carácter y sus maneras eran capaces de aplacar los deseos de ella; y a menos que fuera satisfecha en esto, se había dicho a sí misma que no aceptaría su declaración.

¿Podría haber una amenaza más tenue e insignificante en la historia de la humanidad que esta chica tan consciente, ocupada en deducir la forma en que podía hacer su vida más agradable? Y eso, en una época, además, en que las mismas ideas se convertían vigorosamente en ejércitos, y la humanidad se enzarzaba contra sí misma fieramente; en que las mujeres de la otra parte del mundo no lloraban a sus maridos e hijos que morían valientemente por una causa noble, y los hombres escasos de pan de nuestra parte del mundo oían esa pérdida ansiada y conservaban la paciencia; un tiempo en que el alma del hombre se despertaba por los latidos que durante siglos habían batido en él sin ser sentidos, hasta que la suma de todos ellos llevaba una nueva vida de terror o de alegría.

¿Qué son las chicas y sus ciegas visiones en medio de ese drama desaforado? Son el Sí o el No ordinario de ese bien por el que los hombres resisten y luchan. En estos delicados recipientes se vierten a través de los años el tesoro de los afectos humanos.

CAPÍTULO 12

¡Eh, caballeros, el tiempo de la vida es corto!
Gastar ese breve período villanamente, fuera demasiado largo,
cuando la vida misma, galopando sobre la manecilla de un reloj,
acabaría su viaje llegando en una hora.
SHAKESPEARE, *Enrique IV*[56]

Al segundo día del Encuentro de Arqueros, el señor Henleigh Mallinger Grandcourt estaba en su mesa de desayuno con el señor Lush. Todo lo que les rodeaba era agradable: el aire de verano a través de las ventanas abiertas, por las que los perros podían entrar desde el verde campo de césped; el colorido suave y ligeramente amoratado del parque del fondo dilatándose hacia una masa boscosa lindante; la vida tranquilla de la habitación, que parecía aún más tranquila por su elegancia sobria y antigua, como si mantuviera un silencio consciente y refinado, no como la inquietud que produce el mobiliario vulgar.

Que los caballeros fueran afables el uno con el otro era menos evidente. El señor Grandcourt había apartado su silla para estar de cara al jardín, y con su pierna izquierda sobre otra silla, y su codo derecho sobre la mesa, estaba fumando un largo puro, mientras su compañero todavía comía. Los perros —media docena de distintas razas que entraban y salían perezosamente, o tomaban actitudes de breve curiosidad— daban una indecisa preferencia primero a un caballero, y luego al otro; eran perros en tan buenas circunstancias que podían jugar con la comida: les encantaba que les sirvieran delicias que luego declinaban llevarse a la boca; todos menos Fetch, el precioso perro de aguas de vivos colores, que estaba sentado con sus patas delanteras firmes y su expresiva cara oscura mirando hacia arriba, observando a Grandcourt con constancia impertérrita. Este sostenía sobre las piernas a un diminuto perro maltés con un diminuto collar de plata y un cascabel, y cuando tenía libres una de sus manos del puro y de la taza de café, la descansaba sobre este pequeño saco de calor animal. Temo que Fetch estuviera celoso, y herido por que su amo no le dirigiera una sola palabra ni mirada; al final, parece que no pudo soportar más esta negligencia y puso con cuidado su larga pata

sedosa sobre la pierna de su amo. Grandcourt la miró sin mudar el rostro durante medio minuto, y entonces se tomó la molestia de dejar el puro, mientras elevaba a la desapasionada Fluff cerca de su barbilla le daba palmaditas cariñosas, al tiempo que miraba seriamente a Fetch, que, pobrecilla, gimoteaba sin interrupción, como si tratara de reprimir su descontento, y al final descansó su cabeza al lado de la pata que llamaba la atención, con una mirada suplicante que movía a compasión. Ante una situación así, al menos un amante de los perros habría comprendido a Fetch, y Grandcourt mantenía a tantos que se le consideraba como a un amante de ellos; su impulso a actuar de esta manera se derivó precisamente de esta interpretación. Pero cuando la divertida angustia se transformó en un potente ladrido, Grandcourt empujó a un lado a Fetch sin decir nada y puso con cuidado a Fluff sobre la mesa (donde su hocico negro resaltaba sobre el salero), miró al puro, y descubrió, con cierto enojo hacia Fetch por ser su causa, que requería volverse a encender. Fetch, habiendo empezado a colear, descubrió, como otros de su sexo, que no era fácil marcharse; de hecho, el segundo aullido fue más fuerte, como lo fue asimismo el tercero.

—Quítame de encima a este bruto, ¿quieres? —dijo Grandcourt a Lush, sin alzar su voz ni dirigiéndole la mirada, como si contara con su atención al menor signo.

Y Lush se levantó inmediatamente, cogió a Fetch en brazos, a pesar de que era bastante pesada y de que a él no le gustaba demasiado encorvarse, y se la llevó; le costó un par de minutos quitársela de encima, hasta que entró de nuevo. Entonces encendió un puro, se situó en una esquina donde podía ver el rostro de Grandcourt sin volverse, y dijo a continuación:

—¿Irás a caballo o en coche a Quetcham hoy?

—No voy a ir a Quetcham.

—No fuiste ayer.

Grandcourt fumó en silencio durante medio minuto, y luego dijo:

—Supongo que mandaste mi carta y te informaste.

—Fui yo mismo a las cuatro, y dije que seguro ibas a estar allí pronto. Ellos supondrían que algún accidente te previno de realizar tu intención. Sobre todo si vas hoy.

Silencio de un par de minutos. Luego dijo Grandcourt:

—¿Qué hombres están invitados aquí con sus mujeres?

Lush sacó una libreta.

—El Capitán y la señora Torrington vienen la semana que viene. Luego están el señor Hollis, y la señora Flora, y los Cushats, y los Gogoffs.

—Un grupo bastante desigual —remarcó Grandcourt al cabo de un

rato—. ¿Por qué les pediste venir a los Gogoffs? Cuando escribas invitaciones en mi nombre, procura acordarte de darme una lista, en vez de traerme a una giganta sin mi conocimiento. Estropeará el aspecto de la sala.

—Invitaste tú mismo a los Gogoffs cuando te los encontraste en París.

—¿Qué tiene que ver que me los encontrara en París? Te dije que me dieras una lista.

Grandcourt, como muchos otros, tenía dos voces marcadamente diferentes. Hasta ahora le hemos oído hablar en una pronunciación lenta, superficial e interrumpida que sugería principalmente languidez y aburrimiento. Pero esta última breve conversación fue exteriorizada en tonos controlados y meditados, aunque distintos, que Lush había reconocido hace tiempo como la expresión de una voluntad perentoria.

—¿Hay más parejas que quieras invitar?

—Sí; piensa en gente decente, con una hija o dos. Y uno de tus malditos músicos. Pero no alguien cómico.

—Me pregunto si Klesmer consentiría en venir con nosotros cuando marche de Quetcham. La señorita Arrowpoint no aceptará más que música de primera clase.

Lush habló descuidadamente, pero estaba realmente buscando una oportunidad y observando atentamente a Grandcourt, que ahora por primera vez volvió su mirada hacia su compañero, pero lentamente, y sin hablar hasta haber dado un par de resoplidos suntuosos, cuando dijo, quizás en un tono más bajo que nunca, pero con un perceptible matiz de menosprecio:

—¡Qué tontería! ¿Qué tengo yo que ver con la señorita Arrowpoint y su música?

—Bueno, algo —dijo Lush jocosamente—. Tal vez no necesites preocuparte mucho. Pero hay que mantener ciertas formas cuando un hombre puede casarse con un millón.

—Muy acertado. Pero no voy a casarme con un millón.

—Es una lástima dejar escapar una oportunidad de este tipo, y desbaratar tus propios planes.

—*Tus* planes, supongo que te refieres.

—Tienes algunas deudas, ya sabes, y las cosas pueden torcerse después de todo. La herencia al título no es *absolutamente* segura.

Grandcourt no contestó y Lush prosiguió:

—Realmente es una buena oportunidad. El padre y la madre no piden nada mejor, lo veo, y las miradas y las formas de la hija no requieren disculpas, no más que si no tuviera seis peniques. No es hermosa; pero puede adaptarse a cualquier rango. Y no es probable

que rechace las expectativas que puedes ofrecerle.

—Tal vez no.

—El padre y la madre te dejarían hacer lo que quieras con ellos.

—Pero no me gustaría hacer nada con ellos.

Esta vez fue Lush el que hizo una pequeña pausa antes de hablar de nuevo, tras la cual dijo con una profunda voz de protesta: —¡Dios mío, Grandcourt! Después de tu experiencia, ¿dejarías que un desvarío interfiriera con tu cómoda posición en la vida?

—Ahórrate la oratoria. Ya sé lo que voy a hacer.

—¿Qué? —Lush dejó el puro y puso las manos en los bolsillos, como si tuviera que enfrentarse a algo exasperante, pero quisiera mantener el temple.

—Me voy a casar con la otra chica.

—¿Te has enamorado? —La pregunta contenía una intensa carga de mofa.

—Me voy a casar con ella.

—¿Te has declarado ya, entonces?

—No.

—Es una joven señorita con voluntad propia, imagino. Extremadamente bien capacitada para armar un escándalo. Sabe lo que le gusta.

—No le gustas —dijo Grandcourt, con el fantasma de una sonrisa.

—Absolutamente cierto —dijo Lush, añadiendo de nuevo con un tono marcadamente burlesco—: Sin embargo, si tú y ella os adoráis, será suficiente.

Grandcourt no hizo caso de la observación, sino que apuró su café, se levantó, y paseó por el césped con los perros siguiéndole tras él.

Lush le miró por un momento, luego retomó el puro y lo encendió, pero fumó despacio, acariciándose la barba con ojos críticos, hasta que finalmente la pellizcó con aire de haber llegado a una conclusión, y dijo, con voz contenida:

—¡Jaque, viejo!

Lush, siendo un hombre de cierta habilidad, no en vano conocía a Grandcourt desde hacía quince años, y había aprendido qué tipo de medidas no servían de nada con él, si bien determinar qué tipo eran útiles era a menudo dudoso. Al principio de su carrera obtuvo una beca, y estuvo a punto de ordenarse para poder vivir de ello, pero al no gustarle las perspectivas aceptó en su lugar el oficio de compañero de viaje de un marqués, y después del joven Grandcourt, que hacía poco había perdido a su padre, y que encontró a Lush tan adecuado que le había permitido convertirse en primer ministro de todos sus asuntos más personales. La costumbre de los quince años hizo que Grandcourt necesitase cada vez más de la ayuda de Lush, y este que

necesitase cada vez más del lujo ocioso en el que las transacciones en nombre de Grandcourt no habían dejado de producirse. No puedo decir que el mismo hábito continuo hubiera intensificado la falta de respeto de Grandcourt hacia su compañero puesto que esa falta llevaba produciéndose desde el principio, pero había confirmado su idea que podía patear a Lush si quisiera —solo que nunca decidió dar patadas a ningún animal, pues el acto de patear es una actitud comprometedora, y para un caballero debería ser otro quien sacudiera los perros por él—. Solo decía cosas que podían haberle expuesto a ser él el pateado si su confidente hubiera sido un hombre de espíritu independiente. ¿Pero cómo siendo el hijo de un vicario, que había limitado la vida de su mujer y de sus hijas para poder enviar a su hijo a Oxford, podía mantener un espíritu independiente participando en comidas de gran discreción, cabalgando con buenos caballos, viviendo generalmente entre el lujo más ostentoso, y todo ello sin trabajar? El señor Lush había pasado por estudiante una vez, y todavía se acordaba de las penas de tal condición a pesar de intentar no pensar mucho en ello; pero la soltería y otras artes que suavizan las formas son una preparación tradicional para los sinecuras[57]; y el presente y confortable abastecimiento era tan bueno como un sinecura al no requerir más que el olor del aprendizaje perdido. No ignoraba que podía ser pateado, pero prefería contar que era una más de las incalculables peculiaridades del carácter de Grandcourt, tan buena como cualquier otra. Como en su opinión, nunca había hecho una mala acción, no parecía necesario considerar si era probable que cometiese alguna si su interés por la buena vida lo requería. El interés por la buena vida de Lush estaba más que satisfecho por el momento, y aunque le lanzaran al polvo los manjares, él iba a recoger los trocitos de su interior y los encontraba exquisitos.

Esta mañana, por ejemplo, a pesar de haber encontrado más irritación que lo habitual, fue a su habitación privada y tocó una buena hora el violoncello.

CAPÍTULO 13

Me regocijaré sobre Filistea[58].

Que Grandcourt se decidiera a casarse con la señorita Harleth mostraba su potestad de adaptar los medios a los fines. Durante la siguiente quincena no hubo apenas un día en que por un arreglo u otro él no la viera, o probara mediante atenciones evidentes que ella ocupaba sus pensamientos. Su prima la señora Torrington hacía ahora el honor de ocupar su casa, de forma que la señora Davilow y Gwendolen podían ser invitadas a una gran fiesta en Diplow en la que había muchos testigos de cómo el anfitrión hacía los honores a la belleza sin recursos, y mostraba su indiferencia hacia la heredera. El mundo —me refiero al señor Gascoigne y a todas las familias respetables que vivían a una distancia que hacía posible las visitas a Pennicote— se convenció de ello, con lo que el Rector resolvió cumplir su deber con respecto a su sobrina y ver cuál sería la forma adecuada de proceder. De hecho, lo que les sorprendía a él y a la señora Davilow era que, a pesar de las innumerables ocasiones propicias, no hubiera sido hecha la declaración; y esta sorpresa afectaba al mismo Grandcourt. Cuando habló a Lush de su resolución, pensó que el asunto concluiría más rápidamente, y para su propia sorpresa, se había prometido repetidas veces una mañana que ese día daría a Gwendolen la oportunidad de aceptarle, y por la noche se encontró con que la formalidad necesaria no estaba todavía cumplida. Este hecho notable sirvió para reforzar su determinación al día siguiente. No llegó a pensar nunca que Gwendolen pudiera rechazarle, pero —¡que Dios nos ampare!— somos incapaces a menudo de actuar según nuestras certezas; nuestra oposición a un desenlace contrario (si es posible) es tan fuerte que levanta como una ilusión espectral entre nosotros y nuestra certeza: estamos racionalmente seguros que el lución no puede mordernos mortalmente, pero resultaría tan terrible que nos mordiera, y la criatura tiene una mirada con tantas ganas de morder, que preferimos no tocarla.

Había pedido que le trajeran un hermoso caballo suyo para que lo montara Gwendolen. La señora Davilow la acompañaría en el

carruaje, e irían a Diplow a almorzar, con Grandcourt regentándolas. Era un buen día de la temporada de media cosecha, no demasiado caluroso para que un paseo de mediodía de unas cinco millas resultara placentero: las amapolas resplandecían en los bordes de los campos, soplaba una brisa suave que se movía como un espíritu benéfico entre las cabezas del trigo no cortado, y que aleteaba las sombras de una nube a través de los acantilados blanquecinos: por aquí se veían ruedas de polea, por allá los caballos ejercitaban sus músculos sobre la última carga de un amplio espacio de rastrojos, pero en todas partes los verdes pastos formaban un amplio marco para los campos de trigo, y el ganado reposaba bajo anchas cepas. La carretera discurría por una parte del campo donde los granjeros se asemejaban a los que existían en los tiempos de nuestros antepasados —donde la paz y la permanencia parecían haber encontrado su hogar, lejos del cambio brusco que representaba el ferrocarril volando a lo lejos—.

Pero el espíritu de paz y permanencia no penetraron en el interior de la señora Davilow para hacerle superar su hábito de tener presentimientos angustiosos. Gwendolen y Grandcourt, a medio galope delante de ella, moderando el paso de vez en cuando para poder mantener una conversación y para esperar que el carruaje les alcanzara de nuevo, formaban una visión gratificante, pero que servía principalmente para sustentar el conflicto de esperanzas y temores sobre el futuro de su hija. Era esta una oportunidad irresistible para que un amante hablara y pusiera fin a todo tipo de incertidumbre, y la señora Davilow solo podía esperar temblando que la decisión de Gwendolen fuera favorable. Ciertamente, si el amor de Rex había sido repugnante para ella, el señor Grandcourt tenía la ventaja de no parecerse en nada a Rex; y que él hubiera producido en ella cierta impresión novedosa parecía evidente por su marcada abstinencia de observaciones satíricas, o más aún, su absoluto silencio sobre sus particularidades, un silencio que la señora Davilow no se atrevía romper. «¿Es un hombre con el que sería feliz?», era una pregunta que surgía inevitablemente en la mente de la señora Davilow. «Bueno, al menos sería tan feliz como con cualquier otro, o como la mayoría del resto de las mujeres», era la respuesta con la que procuraba tranquilizarse; pues no era capaz de imaginarse a Gwendolen bajo la influencia de ningún sentimiento que la satisficiera en lo que tradicionalmente llamamos “circunstancias humildes”.

El propio pensamiento de Grandcourt iba en la misma dirección: quería haber acabado con la incertidumbre, que se debía a no haber hablado todavía. En cuanto a cualquier otra incertidumbre —bueno, era algo sin ninguna base racional—, había algo en el aire que actuaba irritando sus deseos.

Gwendolen disfrutaba con el paseo, pero su placer no se

materializó en una charla infantil y unas risas alegres impulsivas como lo hizo en aquella mañana con Rex: habló un poco, e incluso se rio, pero con una ligereza como de un eco lejano; también para ella había cierta peculiaridad en el aire —no era, de eso estaba segura, que su voluntad fuera a someterse a la del señor Grandcourt, ni las espléndidas perspectivas que él pretendía ofrecerle—; pues Gwendolen deseaba que todo el mundo entendiera, incluido el distinguido caballero, que ella actuaría siempre como quisiera, y que sería mejor que ellos no pensaran en cómo complacerla. Si ella le eligiese como marido le haría saber que no iba a renunciar a su libertad, o de acuerdo con su fórmula favorita: "No iba a hacer como habían hecho otras mujeres".

Los comentarios de Grandcourt esta mañana eran todos, como siempre, del mismo estilo breve que nunca dejan de alentar una conversación cuando el hablante es importante para él. Al parar de hablar tan pronto, daba la impresión de una habilidad contenida y formidable de poder decir más, además de tener la meritoria cualidad de permitir explayarse a los demás.

—¿Le gusta la forma de cabalgar de Criterion? —dijo después de entrar en el parque y de reducir la velocidad pasando del medio galope al paso.

—Es muy agradable de montar. Me encantaría dar un salto con él si no asustara a mamá. Había un canal bien ancho que pasamos hace cinco minutos. Me gustaría volver al galope y saltarlo.

—Hagámoslo. Lo podemos saltar juntos.

—No, gracias. Mamá es tan tímida, si me viera se podría poner enferma.

—Deje que vaya y se lo explique. Criterion lo saltaría sin problemas.

—No, de verdad, es usted muy amable, pero la alarmaría demasiado. Haría cualquier salto cuando no me viese; de hecho lo haré, pero no le diré nada.

—Podemos dejar pasar el carruaje, y dirigirnos allí.

—No, no, se lo ruego, no piense más en ello; hablaba un poco por hablar —dijo Gwendolen; comenzaba a entrever una nueva objeción a llevar a cabo su propia proposición.

—Pero la señora Davilow sabe que yo cuidaría de usted.

—Sí, pero lo que pensaría es que cuidaría de mi cuello roto.

Hubo una pausa considerable antes de que Grandcourt dijera, mirándola: —Quisiera tener siempre el derecho de cuidar de usted.

Gwendolen no le devolvió la mirada; le pareció que tardó mucho en contestar, enrojeciendo primero, y luego palideciendo, aunque para el modo de ver de Grandcourt ella contestó enseguida, en un tono lo

más dulce posible y con un descuidado movimiento de cabeza:

—Oh, no tengo tan claro que yo quiera ser cuidada: si eligiera arriesgarme a romperme el cuello, me gustaría tener la libertad de hacerlo.

Paró su caballo mientras hablaba, y acomodó la silla, mirando hacia el carruaje que avanzaba. Sus ojos se cruzaron con los de Grandcourt mientras hacía este movimiento, pero no había en ellos palabras de reprensión por la desenvoltura de su respuesta. En ese mismo momento, ella se dio cuenta de que estaba arriesgando algo, no su cuello, sino la posibilidad de frenar finalmente las intenciones de Grandcourt, y no se sintió contenta con tal posibilidad.

«¡Maldita sea ella!», pensó Grandcourt, mientras paraba asimismo su caballo. No era un pensador palabrero, y esta exclamación explosiva permaneció mezclada entre impresiones que los intérpretes elocuentes habrían extendido a varias frases que contuviesen el sentimiento irritado de que estaba siendo ofuscado y la determinación de que esta chica no iba tomarle el pelo. ¿Acaso quería ella que se lanzase a sus pies y declarase que se moría por su amor? No era por esa puerta por la que ella entraría en los privilegios que él podía darle. ¿O es que esperaba que escribiera su declaración? Una quimera igualmente. No haría su declaración de ninguna forma en que le dejara a él en posición de ser rechazado. Pero en cuanto a aceptarle a él, ella ya lo había hecho aceptando sus marcadas atenciones; y cualquier cosa que sucediera que las desmoronara sería considerado en perjuicio de ella. ¿Entonces estaba simplemente coqueteando?

No obstante, el carruaje se acercó, de forma que no podía ocurrir ningún cara a cara más hasta su llegada a la casa, donde había compañía abundante, para la que Gwendolen, vestida en ropa de montar, con su sombrero puesto a un lado, y revestida también con la reputación de ser la elegida del señor Grandcourt, era naturalmente el centro de atención; y dado que el inaceptable señor Lush no estaba allí para observarla, el estímulo de la admiración alentó su espíritu, y dispersó, por un tiempo, el desasosiego de su conciencia, que la amenazaba con impulsos de arrepentimiento de sus propios actos. De si había ofendido o no a Grandcourt no podía decirse nada: sus maneras no habían cambiado, pero la agudeza de Gwendolen no había profundizado más que para discernir que sus maneras no daban ninguna pista, y porque estas no hubieran cambiado, no por ello le temía menos.

Ella no había estado antes en Diplow salvo para comer; y puesto que había ciertos puntos de vista desde la ventana y el jardín que valían la pena, la señora Flora Hollis propuso tras el almuerzo, cuando algunos de los invitados se hubieron dispersado y el sol se acercaba a las cuatro de la tarde, que el grupo que quedaba, fuera a explorar un

poco. Entonces tuvo Grandcourt varias oportunidades para retener aparte a Gwendolen y hablarle sin ser oído. ¡Pero no! Ciertamente no habló con nadie más, pero lo que le dijo a ella lo hizo con menos ilusión e intimidad que lo que lo había hecho en su primera conversación. La observó no menos que lo habitual; y ella, que había retomado su espíritu desafiador, le devolvió la mirada, sin importarle —más bien, prefiriendo—, que sus ojos no tuvieran expresión.

Pero daba la sensación de que él tramaba algo. Poco después de que hubieron terminado el paseo por los campos, todo el grupo se paró en el estanque para ser entretenidos por Fetch, que intentaba traer un nenúfar a la orilla como Beau, el perro de aguas de Cowper, y habiendo fracasado en su primer intento, insistía de nuevo.

En esto, Grandcourt, que permanecía al lado de Gwendolen fuera del grupo, se volvió deliberadamente, y fijando su mirada en una loma plantada con arbustos americanos, y que tenía un sinuoso camino de subida, dijo lánguidamente:

—Esto es un aburrimiento. ¿Subimos allí?

—Oh, por supuesto, ya que estamos explorando —dijo Gwendolen. Le apetecía la idea, aunque todavía estaba algo asustada.

El camino era demasiado estrecho para que él pudiera ofrecerle el brazo, y caminaron en silencio. Cuando alcanzaron el trozo de llanura en la cima, Grandcourt dijo:

—No hay nada que ver desde aquí: no valía la pena subir.

¿Cómo es que Gwendolen no rio? Permanecía en completo silencio, sosteniendo los pliegues de su vestido como una estatua, y aferrándose fuertemente a la empuñadura de su látigo, que había agarrado automáticamente junto con su sombrero cuando partieron por primera vez.

—¿Qué tipo de lugar le gusta a usted? —dijo Grandcourt.

—Cada lugar es agradable a su manera. En definitiva, creo que prefiero lugares abiertos y alegres. No me gustan los sitios sombríos.

—Su casa en Offendene es demasiado sombría.

—Lo es, más bien.

—Usted no se quedará en ella mucho tiempo, espero.

—Oh, sí, yo creo que sí. A mamá le gusta estar cerca de su hermana.

Silencio durante una breve pausa.

—Se supone que *usted* no va a vivir siempre allí, aunque la señora Davilow lo haga.

—No lo sé. Nosotras las mujeres no podemos ir por ahí en busca de aventuras, a encontrar el Paso del Noroeste o el nacimiento del Nilo, o cazar tigres en el Este. Debemos quedarnos donde crecemos, o donde los jardineros quieran trasplantarnos. Somos llevadas como flores,

hemos de parecer tan hermosas como podemos, y estar aburridas sin quejarnos. Esa es mi noción de las plantas: se aburren a menudo, y esa es la razón por la que algunas de ellas tienen veneno. ¿Qué piensa usted? —Gwendolen había hablado más bien aprisa y un poco nerviosa, fustigando ligeramente el rododendro que tenía enfrente.

—Estoy de acuerdo. La mayoría de las cosas aburren —dijo Grandcourt, dejando que su mente corriera libre, lejos de su pretensión inicial. Pero tras un momento de reflexión, continuó con su pausado, interrumpido y distinguido estilo:

—Pero una mujer puede casarse.

—Algunas pueden.

—Usted puede ciertamente, a menos que sea obstinadamente cruel.

—No creo que yo sea ni cruel ni obstinada. —Gwendolen volvió de repente el rostro hacia Grandcourt y le miró cara a cara. Sentía que los ojos de él hubieran estado continuamente sobre ella a lo largo de toda la conversación. Se preguntaba qué efecto tendría sobre ella más que sobre él el hecho de mirarle.

Él permaneció tranquilo, a media yarda[59] o algo más de ella, la cual pensó por un instante que se había apoderado de él una especie de estupor fantasioso, que a su vez la estaba contagiando a ella. Luego, él dijo:

—¿Está usted tan insegura sobre sí misma como hace sentir a los demás sobre usted?

—Estoy bastante insegura sobre mí misma; no sé cuán inseguros pueden estar los demás.

—¿Y desea que entiendan que a usted no le importa? —dijo Grandcourt, con un toque de nueva dureza en su tono.

—Yo no he dicho eso —replicó Gwendolen dudando, y apartando los ojos, fustigó de nuevo al rododendro. Deseó haber ido a caballo para poder alejarse a medio galope. Era imposible alejarse corriendo loma abajo.

—Le importa, entonces —dijo Grandcourt, no más rápido, sino al contrario, con suave y lenta dicción.

—¡Ay, mi látigo! —exclamó Gwendolen con un pequeño grito de angustia. Lo había dejado ir, ¿qué podía ser más natural tras un leve sobresalto?, y (pero esto pareció menos natural en un látigo con la empuñadura de oro que había sido abandonado a su suerte) había ido a parar con cierta fuerza sobre unos arbustos cercanos, y había quedado entrelazado en las ramas de una azalea a medio camino en la loma. Ella pudo entonces correr, riendo con ganas, y Grandcourt se vio obligado a seguirla; pero ella llegó antes a rescatar el látigo, y continuó en su camino hacia el nivel del terreno, donde se paró y miró a Grandcourt con un brillo exasperante en sus ojos y un color más

pronunciado, como si hubiera conseguido una victoria, y estas manifestaciones fueron aún observables para la señora Davilow cuando Gwendolen y Grandcourt se unieron al resto del grupo.

«Todo es coquetería», pensó Gandcourt; «la próxima vez que la seduzca no se resistirá».

Le pareció probable que esta seducción final pasaría al día siguiente, cuando se iba a celebrar la merienda del Encuentro de Arqueros en Cardell Chase, según se había acordado la noche del baile.

Incluso para Gwendolen el resultado era una de las dos posibilidades, que se presentaban alternativamente, una de las dos decisiones hacia la que se estaba precipitando, como si fueran las dos caras de una misma moneda, y no sabía de qué lado caería. Estar sujeta a su propia naturaleza, la cual no podía predecir, le causó cierto asombro y espanto: su lema favorito para la vida —hacer lo que quería— parecía fallarle; y no podía prever qué quería hacer en un momento dado. Las perspectivas de casarse con Grandcourt le parecían verdaderamente más atractivas que lo que había creído de antemano pudiera ser cualquier matrimonio: la dignidad, el lujo, el poder de hacer en gran parte lo que quisiera; ahora que se le presentaba tan cercana la oportunidad, y que de su elección dependía el asegurarla o perderla, se apoderó de su naturaleza esa perspectiva como si fuera el fuerte aroma de lo que antes solo había imaginado o anhelado. ¿Y Grandcourt? Parecía tener un destino perfecto, el máximo que pueda tener un amante o un marido. Gwendolen deseaba montar en el carruaje y conducir los caballos ella misma, con un esposo a su lado que la rodeara con sus brazos y le ofreciera un rostro que no fuera ridículo. Ciertamente con toda su perspicacia, y todas las lecturas que a su mamá le parecían peligrosamente instructivas, su criterio era conscientemente un poco culpable ante Grandcourt. Él era adorablemente tranquilo y libre de absurdidades —sería un marido *en suite*[60] con el mejor aspecto con el que podría presentarse una mujer—. ¿Pero qué más era él? Había estado en todas partes, y lo había visto todo. *Eso* era deseable, y especialmente gratificante como preámbulo a su preferencia suprema por Gwendolen Harleth. No aparecía como alguien que disfrutara mucho de nada. Eso no era necesario: y cuantos menos gustos o deseos particulares tuviera, más libertad tendría seguramente su mujer en seguir con los suyos. Gwendolen pensó que tras la boda probablemente sería capaz de manejarlo a su antojo.

¿Cómo es que ahora él le causaba una restricción inusual? ¿Cómo era menos atrevida y divertida en sus conversaciones con él que con cualquier otro admirador que hubiera conocido? Esa ausencia de demostración de sus sentimientos que a ella tanto le gustaba, actuaba como un encanto en más de un sentido, y era ligeramente

hipnotizante. Grandcourt, después de todo, era formidable —un apuesto lagarto de una especie hasta ahora desconocida, no del tipo animoso o precipitado—. Pero Gwendolen apenas sabía nada sobre lagartos, y la ignorancia le da a una un amplio rango de probabilidades. Este espléndido espécimen era probablemente manso, idóneo como un animal de compañía para mujeres: ¿qué no puede ser un lagarto, si no sabes nada sobre ellos? Su conocimiento de Grandcourt era tal que ningún talento revelado repentinamente la habría sorprendido. Y él era tan poco sugestivo para el drama, que apenas se le ocurrió pensar con detalle cómo había pasado los treinta y seis años de su vida: en general, ella le imaginaba siempre frío y ennoblecido, no era probable que se hubiera comprometido nunca. Había cazado el tigre, ¿había estado alguna vez enamorado, o se había declarado? Tanto una experiencia como la otra parecían igual de remotas en la imagen que Gwendolen se había hecho del señor Grandcourt que había venido a Diplow aparentemente a marcar un gran hito en el destino de ella —quizás conduciéndola al estado del matrimonio, un estado del que había decidido que gozaría de más libertad que del de su infancia—. Y, en definitiva, deseaba casarse con él, pues encajaba con su propósito; su intención predominante y meditada era aceptarle.

¿Pero iba a ser ella la destinataria de su meditada intención? Comenzaba a temer de sí misma, y a encontrar cierta dificultad en hacer lo que quería. Ya la afirmación de su independencia al evadir sus insinuaciones la había llevado más lejos de lo necesario, y pensaba con cierta ansiedad qué haría en la siguiente ocasión.

Sentada según su costumbre de espaldas a los caballos en su camino hacia casa, era observada atentamente por su mamá, quien tomó la excitación y el cambio de la expresión de sus ojos, su insólita distracción y completo silencio como señales inequívocas de que algo sin precedentes había sucedido entre ella y Grandcourt. El desasosiego de la señora Davilow la aventuró a arriesgarse a hablar del tema: los Gascoigne iban a cenar a Offendene, y por lo que había sucedido esta mañana había razones para consultar al Rector; no es que esperara que tuviese más influencia sobre Gwendolen que ella, pero podía conseguir que descargara su ansiedad.

—¿Ha ocurrido algo, querida? —empezó, con una delicada entonación de pregunta.

Gwendolen miró a su alrededor, y como si se diera cuenta de ser consciente de sí misma, se sacó los guantes, luego el sombrero, para que la suave brisa soplara sobre su cabeza. Estaban un poco apartados del camino, donde caían las largas sombras de la tarde que provenían de los árboles, sin observadores a la vista. Sus ojos se encontraron con los de su madre, pero no dijo nada.

—¿El señor Grandcourt te ha dicho algo? Dime, querida—. Las últimas palabras fueron pronunciadas suplicantemente.

—¿Qué tengo que decirte, mamá? —fue la perversa respuesta.

—Estoy segura que algo te ha estremecido. Deberías confiar en mí, Gwen. No deberías dejarme en la duda y en la ansiedad—. Los ojos de la señora Davilow se llenaron de lágrimas.

—Mamá, por favor, no te pongas triste —dijo Gwendolen, con ligeras protestas—. Solo consigues que yo me ponga más. Yo misma tengo dudas.

—¿Sobre las intenciones del señor Grandcourt? —dijo la señora Davilow, reuniendo valor por encima de sus ansiedades.

—No, en absoluto —dijo Gwendolen, algo bruscamente, y ladeando de una forma preciosa la cabeza mientras se ponía el sombrero de nuevo.

—¿Sobre si le aceptarás, entonces?

—Precisamente.

—¿Le has dado una respuesta ambigua?

—No le he dado ningún tipo de respuesta.

—¿Y él ha hablado de forma que no se pueda malinterpretar?

—Tanto como le he dejado.

—¿Esperas que persista? —la señora Davilow formuló la pregunta más bien inquieta, y al no recibir respuesta, preguntó otra—: ¿No crees que le hayas desanimado?

—Diría que no.

—Pensaba que te agradaba, querida —dijo la señora Davilow, tímidamente.

—Y me agrada, mamá, dentro de lo que cabe. Hay menos de desagradable en él que en la mayoría de los hombres. Es tranquilo y distinguido. —Hasta aquí Gwendolen habló un poco enfurruñada y con cierta pesantez; pero de pronto recuperó parte de su malicia, y su cara se contrajo en una sonrisa cuando añadió—: Ciertamente tiene todas las cualidades que harían a un marido tolerable: almenajes, galerías, caballerizas, etc., sin muecas ni monóculo en su ojo.

—Sé seria conmigo por un momento, querida. ¿Tengo que entender que le vas a aceptar?

—Oh, te lo ruego, mamá, déjame sola —dijo Gwendolen, con algo de desconsuelo en su voz.

Y la señora Davilow no dijo nada más.

Cuando llegaron a casa, Gwendolen dijo que no iba a cenar, que estaba cansada, y que bajaría por la noche después de haber descansado un poco. La posibilidad de que su tío oyera lo que había pasado no la preocupaba. Estaba convencida de que cualquiera que fuese su opinión sería en el sentido de aceptar a Grandcourt, cosa que

ella deseaba si pudiera. En ese momento habría deseado tener lastres colgados de su propio capricho.

El señor Gascoigne oyó, no las respuestas literales de Gwendolen, sino un relato generalizado y suavizado de ellas. La madre transmitió, tan imprecisamente como las penetrantes preguntas del Rector se lo permitían, la impresión de que Gwendolen no acababa de aclararse, pero que se inclinaba por aceptarlo. El resultado fue que el tío se sintió llamado a intervenir: no creía que cumpliría con su deber dejando a su sobrina libre en una crisis trascendental de este tipo. La señora Davilow expresó su opinión vacilante de que quizás sería más seguro no decir nada —Gwendolen era tan sensible (no quiso decir arbitraria)—. Pero el Rector era de mentalidad firme, se aferraba a sus primeras impresiones tenazmente y actuaba conforme a ellas con prontitud, sin importarle las diferentes impresiones contrarias a las primeras que luego le asaltaban, y que no consideraba más que como sombras que cruzaban el firme camino sobre el que se asentaba.

Este enlace con Grandcourt se presentaba para él como una especie de asunto público; quizás hasta había formas en las que se podía reforzar la Institución. Para el Rector, cuyo padre (nadie lo habría sospechado ni a nadie se le dijo) había llegado a ser un comerciante provincial de grano, la herencia aristocrática se asemejaba a la herencia real al exceptuar al poseedor del criterio ordinario en asuntos morales. Grandcourt, el casi seguro baronet y probablemente noble en el futuro, iba a estar entre los personajes públicos, y representaba un nexo que iba a ser aceptado en los amplios campos generales nacional y eclesiástico. Tales personajes públicos, es cierto, son a menudo eminencias de las que una comunidad ancestral puede sentir orgullo y seguridad si cuenta con ellas, aunque, observadas en privado, estas eminencias de nacimiento son frecuentemente inoportunas y hasta ofensivas. Pero del futuro marido, personalmente, el señor Gascoigne estaba dispuesto a pensar lo mejor. Las habladurías son como el humo que proviene de las sucias pipas de tabaco de los que lo expelen: no prueban más que el mal gusto del fumador. Pero si Grandcourt había hecho realmente locuras más grandes o desafortunadas que las del resto de jóvenes de altas expectativas, estaba ya en una edad de haber abandonado esa práctica. Todos los errores pueden ser sanados mientras un hombre no se arruine a sí mismo, y el coste puede ser considerado como un seguro contra errores futuros. Este era el punto de vista de la sabiduría práctica; por lo que respecta a otros puntos de vista más elevados, el arrepentimiento tenía un valor supremo moral y religioso. Todas las razones apuntaban a que una mujer sensata sería feliz con Grandcourt.

No fue una sorpresa para Gwendolen al bajar a tomar el té que le dijeran que su tío deseaba verla en el comedor. Cuando entró, él

apartó el periódico y la saludó con su amabilidad habitual. Como había remarcado su mujer, siempre tomaba demasiado en serio a Gwendolen, y más todavía recientemente.

—Querida —dijo en un tono paternal, acercándole una silla mientras le tomaba de la mano—, quiero hablarte de un tema que es más trascendental que cualquier otro con respecto a tu bienestar. Ya debes adivinar lo que quiero decir. Pero te hablaré claramente: en tales asuntos me considero obligado a actuar como un padre. No tienes inconveniente, ¿verdad?

—Oh, no, querido tío. Siempre has sido muy amable conmigo —dijo Gwendolen francamente. Esta noche estaba deseosa, si era posible, de reforzarse un poco mentalmente contra su problemática naturaleza, y su resistente temperamento se hallaba suspendido. La forma de hablar del Rector siempre llevaba consigo una sensación de autoridad, como una palabra de mando: parecía dar por sentado que su audiencia no vacilaría, y que todo el mundo iba a ser racionalmente obediente.

—Constituye naturalmente una satisfacción para mí que las expectativas de un matrimonio para ti, ventajoso en grado sumo, se hayan presentado tan pronto. No sé exactamente qué ha pasado entre tú y el señor Grandcourt, pero supongo que apenas quedan dudas, por la forma en que te ha atendido, que desea convertirte en su mujer.

Gwendolen no habló inmediatamente, y su tío dijo con más énfasis:

—¿Tienes tú alguna duda al respecto, querida?

—Supongo que eso es lo que ha estado pensando. Pero puede haber cambiado mañana de opinión —dijo Gwendolen.

—¿Por qué mañana? ¿Te ha hecho ya alguna insinuación y le has desanimado?

—Creo que es lo que él pretendía, comenzó a hacer proposiciones, pero las corté enseguida. Cambié de conversación.

¿Confías en mí como para decirme tus motivos?

—No estoy segura de que tuviera ningún motivo, tío —Gwendolen río algo forzadamente.

—Eres perfectamente capaz de razonar, Gwendolen. Eres consciente de que esta no es una ocasión trivial, que concierne al asentamiento de tu vida, y que se está dando bajo unas circunstancias que pueden no volver a repetirse. Tienes en esto un deber para contigo y tu familia. Me gustaría entender si tienes alguna razón para dudar de aceptar al señor Grandcourt.

—Supongo que dudo sin motivos —Gwendolen habló algo enfurruñada, y su tío se fiaba cada vez menos.

—¿Es él desagradable para ti?

—No.

—¿Has oído algo de él que te ha producido una sensación desagradable? —El Rector pensó que era imposible que Gwendolen hubiera oído las habladurías que había oído él, pero en cualquier caso tenía que esforzarse por poner las cosas claras ante ella.

—No he oído nada sobre él salvo que es un buen partido —dijo Gwendolen con cierta insolencia—; y eso me produce una sensación muy agradable.

—Entonces, mi querida Gwendolen, no tengo nada más que decir que esto: tienes la fortuna en tus manos, una fortuna que rara vez ocurre a una chica en tus circunstancias, una fortuna, de hecho, que casi obliga a excluir todo sentimiento personal y hace que tu aceptación sea un deber. Si la Providencia te ofrece poder y posición, especialmente cuando no vienen contrariadas por ninguna condición repulsiva para ti, tu camino está lleno de responsabilidad, y en él no debe caber el capricho. A un hombre no le gusta que se juegue con su afecto: puede no ser desalentado enseguida, estas cosas son asuntos de carácter personal. Pero el coqueteo puede ser llevado demasiado lejos. Y debo señalarte que en el caso de que desalentaras al señor Grandcourt sin haberle rechazado, sin haberte propuesto al fin rechazarle, tu situación sería muy humillante y penosa. Yo, por mi parte, te miraría con severa desaprobación, como la víctima de nada más que tu coquetería y tu locura.

Gwendolen se puso pálida al escuchar este discurso de amonestación. Las ideas que sugería tenían la fuerza de las sensaciones. Su resistente coraje no iba a ayudarla en esto, puesto que su tío no estaba forzándola en contra de su propia resolución; la presionaba con las cuestiones que la asustaban; la estaba haciendo más consciente de los riesgos que implicaba su conducta. Estaba callada, y el Rector observó que había producido un fuerte efecto en ella.

—Te lo digo desde el cariño, querida. —Su tono se había suavizado.

—Soy consciente de ello, tío —dijo Gwendolen, levantándose y sacudiéndose hacia atrás la cabeza, como si se desperezara de una pasividad dolorosa—. No soy tonta. Ya sé que debo casarme alguna vez, antes de que sea demasiado tarde. Y no veo que pueda hacerlo mejor que con el señor Grandcourt. Me refiero a aceptarlo, si es posible. —Se sentía como si estuviera reafirmándose al hablar con tanta decisión a su tío.

Pero el Rector quedó asombrado al oír una versión tan clara de su propio discurso de labios tan jóvenes. Deseaba que su consejo hubiera calado en su interior en la forma de sentimientos decentes para una chica, tales como los que se sobreentienden en el consejo de un

clérigo, aunque él pueda no considerarlos siempre como apropiados para ponerlos en práctica. Quería para su sobrina tierras, carruajes, un título —todo lo que hiciera agradable la estancia en este mundo—; pero también quería que ella no fuera cínica, sino al contrario, religiosamente obediente, y con una cálida devoción doméstica.

—Mi querida Gwendolen —dijo, levantándose a su vez, y hablando con benigna gravedad—, confío en que encontrarás en el matrimonio una nueva fuente de obligaciones y de afectos. El matrimonio es el único ámbito verdadero y satisfactorio para una mujer, y si felizmente se decidiera tu enlace con el señor Grandcourt, tendrías probablemente un creciente poder, tanto de rango como de riquezas, que podría usarse para beneficio de otros. Estas consideraciones son más elevadas que el puro romance. Tú estás llamada por naturaleza a una posición que, considerando tu nacimiento y tus expectativas, apenas podría esperarse en el curso normal de los acontecimientos; y confío en que la embellecerás no solo con tus dones personales, sino también con una vida generosa y consecuente.

—Espero que mamá sea la más feliz de todos —dijo Gwendolen, algo más animada, llevándose las manos a la nuca y dirigiéndose hacia la puerta. Habría querido renunciar a tan altas consideraciones.

El señor Gascoigne tuvo la impresión de haber llegado a un acuerdo satisfactorio con su sobrina, y que había asegurado su felicidad en la vida al animarla a casarse con Grandcourt. Mientras, había otra persona para la que la contemplación de ese desenlace había sido un motivo de cierta actividad, y que creía que también él en ese día particular había hecho algo para provocar una decisión favorable en *su* sentido —y que resultaba haber sido la contraria a la del Rector—.

La ausencia del señor Lush de Diplow durante la visita de Gwendolen no se debía a ningún tipo de temor por su parte de encontrarse con esa jovencita altiva, o de ser avergonzado por su franca aversión, sino a una cita de la que esperaba importantes consecuencias. Había ido, de hecho, a la estación de Wancester a encontrarse con una dama acompañada de una sirvienta y dos niños, a los cuales no hizo mucho caso, y después la siguió al hotel de las Llaves Doradas en esa ciudad. Una mujer imponente, a la cual muchos se girarían para verla de nuevo al pasar; su figura era esbelta y suficientemente alta, su rostro se hallaba algo extenuado, lo que acentuaba su belleza escultural; su cabello rizado era completamente negro, y también sus largos y ávidos ojos eran oscuros. Su vestido era sobriamente correcto, su edad tal vez físicamente más avanzada de lo que suponían el número de sus años, que apenas llegaban a treinta y siete. Una mujer que parecía intranquila: su mirada parecía admitir que la gente y las cosas le iban a ser desfavorables, a pesar de que

estaba dispuesta a afrontarlas con valentía. Los niños eran encantadores: una niña de pelo oscuro de unos seis años o algo más y un niño más rubio de cinco años. Cuando Lush incautamente manifestó su sorpresa por haber traído a los niños, ella dijo en un tono agudo:

—¿Creías que iba a pasearme sola por aquí? ¿Por qué no iba a traerlos si quisiera?

—Oh, por supuesto —dijo Lush, con su habitual indiferencia al hablar.

Permaneció más o menos una hora hablando con ella, y regresó de nuevo a Diplow en un estado que era a la vez esperanzador y animadamente anheloso con relación a la ejecución del pequeño plan sobre el que se basaba su esperanza. La unión de Grandcourt con Gwendolen Harleth no haría bien, creía, a ninguno de ambos, y le acarrearía pésimas consecuencias para él mismo. Pero ahora se sentía lo suficientemente seguro para exclamar para sí: «Apuesto a que el matrimonio no se llevará a cabo jamás».

CAPÍTULO 14

No me engalanaré con joyas gastadas o usadas, arrancadas de los dedos entumecidos de las mujeres ahogadas; no sentiré las manos frías y vaporosas de fantasmas encolerizados apoderándose de mi gargantilla; no ataviaré mi pecho virgen con la herencia de los huérfanos. Deja que tu amada ya muerta se case con los muertos.

A la mañana siguiente, Gwendolen tenía un aspecto agradable y animoso como un lirio de tallo alto recién abierto; había en ella una reacción de juvenil energía, y la desconfianza de sí misma del día anterior no parecía más que la agitación pasajera de la superficie de un arroyo rebosante. La competición de arquería ambulante en Cardell Chase se presentaba como una expectativa magnífica para practicar el deporte: se sentía ya de antemano moviéndose como una ninfa del bosque bajo las hayas (en compañía de gente que la apreciaría), y en la escena imaginaria se deleitaba también con el encanto de las siguientes atenciones por parte de Grandcourt —no una lírica Dafne sin pasión en cuanto a la ninfa del bosque, ciertamente: algo mucho mejor—. Hoy Gwendolen se lo imaginaba acercándose lentamente y con rodeos a una declaración, y se veía a sí misma esperando y animándole de acuerdo con la conclusión racional que había expresado a su tío.

Cuando bajó a desayunar (después de que todo el mundo salvo la señora Davilow hubiera abandonado la mesa) había cartas en su plato. Una de ellas la leyó con una sonrisa contenida, y se la entregó a su mamá, quien, al devolvérsela, sonrió también, hallando una nueva alegría en el buen humor que su hija había mostrado desde que se había levantado, y dijo:

—No te apetece trasladarte a mil millas de distancia, ¿verdad?

—No tan lejos exactamente.

—Fue una triste omisión no haber escrito otra vez después de esto. ¿No puedes escribir ahora, antes de que salgamos esta mañana?

—No hay tanta prisa. Mañana estará bien. Ya ves que ellos marchan del pueblo hoy. Tengo que escribir a Dover. Ellos estarán allí hasta el lunes.

—¿Puedo escribir yo por ti, querida, si te incomoda?

Gwendolen no dijo nada inmediatamente; pero tras sorber su café respondió bruscamente:

—¡Oh, no, déjalo estar! Escribiré yo mañana. —Entonces, sintiendo un pinchazo de remordimiento, alzó la vista y dijo con ternura jocosa —: ¡Mi querida, vieja, preciosa mamá!

—¡Pues sí, niña, vieja!

—No, por favor, mamá. Quería decir adorable con lo de vieja. Apenas eres veinticinco años mayor que yo. Cuando hablas de esa forma mi vida se marchita ante mí.

—Una puede tener mucha felicidad por delante en veinticinco años, querida.

—No debo perder tiempo en empezar —dijo Gwendolen alegremente—. Cuanto antes consigamos mis palacios y carruajes, mejor.

—Y un buen marido que te adore, Gwen —dijo la señora Davilow, alentándola.

Gwendolen encogió sus labios con malicia sin decir nada.

Era un ligero perjuicio para su felicidad incipiente que el Rector estuviera retenido por negocios de magistrado y que probablemente no fuera a llegar a Cardell Chase en todo el día. Le importaba poco que la señora Gascoigne y Anna decidieran no ir sin él, pero la presencia de su tío parecía que habría dado por sentado que se actuaría según la decisión tomada. Pues la misma decisión empezaba a ser formidable. Al estar a punto de aceptar a Grandcourt, Gwendolen sentía que esta plenitud inesperada se consolidaba demasiado rápido: cuando deseamos algo para nosotros mismos, lo que conseguimos enseguida se vuelve en mera limitación y exclusión. Con todo, todavía conservaba la convicción tranquilizadora de que el matrimonio sería la puerta para una libertad mayor.

El lugar de encuentro era una zona herbosa llamada la Enramada Verde, cubierta a modo de anfiteatro por un trozo de bosque elevado. Era aquí donde los sirvientes, que venían en un coche lleno de provisiones tenían que preparar la merienda; y un guía de la casa conduciría a los arqueros ambulantes para mantenerlos a la debida distancia de este centro, e impedir que se perdieran más allá del límite que había sido fijado —una curva que podía ser dibujada con ciertos puntos bien conocidos, tales como el Doble Roble, las Piedras Susurrantes, y la Cruz Alta—. El plan era dar solo un paseo preliminar antes del almuerzo, reservando lo principal de la expedición ambulante para las luces más excelsas de la tarde. Los grupos se formaron lo suficientemente rápido para ahorrar a cada uno los pesados momentos de espera, y cuando estos comenzaron a

desperdigarse a través de las luces y sombras que formaban en algunos puntos las hayas estrechamente cercanas, y en otros los robles, más separados, es de suponer que a un pintor le habría gustado observar la escena. La arquería ambulante era mucho más hermosa que el juego en un mismo sitio, pero el éxito en los disparos en marcas variables no era tan favorecido por la práctica, y los aciertos fueron distribuidos entre los arqueros voluntarios de forma distinta a como lo habrían logrado en el disparo a una diana fija. Por esta razón, tal vez, así como por la doble distracción de estar preocupada y no desvelar su preocupación, Gwendolen no se distinguió mucho en estos primeros ejercicios, salvo en la viva finura con la que aceptó su actual fracaso. Iba de blanco y de verde como en el día del anterior Encuentro de Arqueros, en el que quedó marcada por conocer a Grandcourt; él estaba continuamente a su lado ahora, aunque habría sido difícil decir por solo sus miradas y sus maneras que su relación había cambiado desde su primera conversación. Con todo, había otros motivos que hacían presagiar a la mayoría de las personas que si no estaban aún comprometidos, pronto lo estarían. Y ella también lo creía. Mientras todos iban regresando a la Enramada Verde en grupos divergentes, sin pensar en absoluto en apuntar sus flechas sino simplemente en conversar, ellos dos se cruzaron palabras que parecían realmente el principio de ese fin: el principio de su aceptación. Gradocurt dijo:

—¿Sabe cuánto tiempo hace que la vi por primera vez con ese vestido?

—El Encuentro de Arqueros fue el día 25, y hoy estamos a 13 —dijo Gwendolen riendo—. No soy muy buena calculando, pero me aventuraría a decir que debe hacer unas tres semanas.

Pequeña pausa, y luego él dijo:

—Eso es una gran pérdida de tiempo.

—¿Que le ha causado el conocerme? Le ruego no sea tan poco halagüeño. No lo soporto.

Pausa de nuevo.

—Es a causa de la ganancia, que siento la pérdida.

Esta vez fue Gwendolen la que hizo una pausa. Estaba pensando: «Realmente es muy ingenioso. Nunca habla de forma estúpida». Su silencio era tan insólito que parecía la más atrevida de las respuestas favorables, y él continuó:

—La ganancia de conocerla me hace sentir el tiempo que he perdido en la incertidumbre. ¿Le gusta a usted la incertidumbre?

—Creo que sí, más bien —dijo Gwendolen, regalándole de repente una sonrisa traviesa—. Hay más en ello.

Grandcourt dirigió a sus ojos sonrientes una mirada fija y penetrante, que parecía una mirada al vacío, y dijo:

—¿Se refiere a más tormento para mí?

Hubo algo tan extraño para Gwendolen en este momento que fue desprovista totalmente de su consciencia habitual de sí misma. Enrojeciendo y apartando la vista, dijo:

—No, eso me haría infeliz.

Grandcourt habría seguido tras esta respuesta, pues el cambio en sus maneras presagiaba que ella tenía una intención favorable; pero él no estaba tan absorto como para no darse cuenta que estaba, ahora, a la vista de todos, descendiendo la cuesta hacia la Enramada Verde, y descendiendo por un punto mal escogido en el que comenzaba a haber una escarpada bajada. Ello fue una razón para que él le ofreciera su mano en sentido literal para ayudarla; ella la cogió, y descendieron en silencio, observados con atención por los que ya se hallaban a nivel —entre otros la señora Arrowpoint, que resultaba estar al lado de la señora Davilow—. Esa dama había ya decidido que los méritos de Grandcourt no eran tales como para que hubieran inducido a su hija Catherine a aceptarlo, más cuando el listón que había dejado Catherine al haber rechazado a Lord Slogan estaba tan alto. Por eso, miró al inquilino de Diplow con ojos desapasionados.

—El señor Grandcourt, como hombre, no es como su tío, Sir Hugo Mallinger, demasiado lánguido. Es cierto que el señor Grandcourt es mucho más joven, pero no me extrañaría que Sir Hugo le sobreviviera, a pesar de la diferencia de edad. Es inútil hacer cálculos con las sucesiones —concluyó la señora Arrowpoint, en voz bastante alta.

—Sí que lo es —dijo la señora Davilow, que fue capaz de asentir con bastante alegría, pues estaba tan satisfecha con la situación actual de los acontecimientos que su melancolía habitual por su insatisfacción general no era reconocible.

No me preocupa no contar lo que se comió en ese merendero campestre, ni tampoco no detenerme ante la maravilla del paisaje del bosque que se extendía más allá del primer valle, al hallarme ante la obligación de narrar una historia de vida, en un momento en el que la belleza placentera del cielo y de la tierra se colaban únicamente de forma discreta y oblicua por la consciencia, que se hallaba ocupada con un pequeño drama social, en el que las relaciones no eran más amplias de lo que habrían sido si se hubiera tratado de un teatro de marionetas. Se entenderá que la comida y el champagne eran de los mejores, así como la conversación y la diversión, pues pertenecían a lo mejor de la sociedad, donde nadie destaca de forma individual en nada en particular, y las comodidades del mundo se miran con ese sentimiento de devaluación típico de las clases superiores como consecuencia de estar tan acostumbradas a ellas. Algunos de los caballeros pasearon un poco y se complacieron con un puro, al disponer de bastante tiempo hasta las cuatro de la tarde, la hora

prevista para deambular de nuevo. Entre estos, por extraño que parezca, se hallaba Grandcourt; pero no el señor Lush, que parecía que hoy se deleitaba generosamente siendo particularmente servicial, disponiéndolo todo para todo el mundo, lo cual resultaba para Gwendolen más repulsivo que nunca, a pesar de que se mantuvo amablemente apartado de ella, sin ni siquiera dirigirle conscientemente la mirada. Cuando hubo un movimiento general para prepararse para empezar, resultó que los arcos se habían dejado bajo el cuidado del ayudante de cámara de Lord Brackenshaw, y el señor Lush se preocupó de ahorrar a las damas la molestia de ir a por los suyos al carruaje donde estaban guardados. No pretendía traer el de Gwendolen, pero ella, para que no lo hiciera, se apresuró a ir a por el suyo. Al verla acercarse, el ayudante de cámara fue a su encuentro y entregándole el arco le dio también una carta dirigida a ella. No preguntó nada sobre la misma, se percató con un vistazo que la dirección estaba escrita con la letra de una señora (del tipo delicado que solía estimarse femenino antes del presente periodo uncial[61]), y apartándose con su arco en la mano, vio al señor Lush venir a por los demás arcos. Para evitar toparse con él se apartó a un lado y caminó de espaldas al conjunto de carruajes, abriendo la carta. Contenía estas palabras:

> *Si la señorita Harleth vacila sobre si debe aceptar al señor Grandcourt, que se separe de su grupo cuando hayan pasado las Piedras Susurrantes y que vuelva a ese lugar. Oirá entonces algo que la hará decidirse, pero solo puede oírlo si mantiene esta carta en estricto secreto. Si no actúa según esta carta, se arrepentirá, como lo ha hecho la mujer que la ha escrito. El honor de la señorita Harleth la obligará a mantener el secreto.*

Gwendolen sintió un sobresalto interior, pero en seguida pensó: «Ha llegado a tiempo». Por su juventud, estaba absorta por la idea de descubrir la revelación, y no se le ocurrió ni por un instante enseñar a nadie la carta. Inmediatamente resolvió que se las arreglaría para pasar desapercibida ante las Piedras Susurrantes; y guardando la carta en su bolsillo regresó para unirse con el grupo, con ese sentimiento de tener algo que ocultar, lo cual fortificaba su naturaleza y la ayudaba a sentirse dueña de sí misma.

Fue una sorpresa para todo el mundo que Grandcourt no estuviera, como el resto de los fumadores, en el lugar a tiempo para partir con el resto.

—Iremos parando para ver si le vemos —dijo Lord Brackenshaw—; no puede haber ido muy lejos. —En cualquier caso, no podían esperar

a nadie. Este aparente olvido podría considerarse como la distracción de un amante tan absorto en pensar en su objeto amado como para olvidar la cita que la conduciría hasta su misma presencia. Y el cariñoso Conde insinuó a Gwendolen una broma distante en esa dirección, que ella aceptó con serena tranquilidad. Pero lo que pensó para sí fue: «¿Puede que también él se aparte de su decisión?». No era un pensamiento agradable; pero era cercano a la verdad. "Apartarse", sin embargo, no era la expresión adecuada para definir el estado de languidez que le sobrevino a Grandcourt, como un ataque de entumecimiento doliente, cuando parecía que era fácil alcanzar el objetivo: desistir entonces, cuando se esperaba precisamente lo contrario, era una gratificación caprichosa, sublimemente independiente de cualquier motivo fijo. En ese momento había empezado otro segundo largo puro, con una terquedad tan distraída e indefinida que, si Lush o cualquier otro mortal que pudiera ser insultado con impunidad le hubiera alcanzado pidiéndole que volviera, se habría expresado retirando lentamente el puro de su boca y diciendo en voz baja: «¿Serías tan amable de irte al cuerno?».

Pero no fue interrumpido, y los arqueros ambulantes partieron sin ningún signo visible de abatimiento, dejando atrás solamente a algunas de las señoras menos fuertes, incluyendo a la señora Davilow, que prefería un paseo tranquilo libre de la obligación de mantenerse junto al resto. Era el momento del día en que más estaban disfrutando, los arqueros estaban cada vez más animados y las escenas variables del bosque cambiaban de frondosos boscajes a espacios abiertos que ganaban en hermosura al alargarse las sombras; todos sentían profundamente las indefinidas gradaciones de las luces del atardecer. Estuvieron de acuerdo en que estaban representando un "*A vuestro gusto*"[62] improvisado; y cuando se halagó amablemente a Gwendolen diciéndole que ella actuaba de Rosalinda, se sintió aún más obligada a mostrar toda su vivacidad. Esto no era muy difícil para ella, puesto que el efecto de lo que había pasado ese día era una emoción que necesitaba su desahogo, una sensación de aventura más que de alarma, y un motivo para poder retirarse sin que se lo impidieran.

Llevaban ya casi una hora de paseo antes de que llegaran a las Piedras Susurrantes, dos grandes bloques en forma cónica que se inclinaban el uno sobre el otro como dos gigantes vestidos de gris. Pronto las reconocieron y pasaron por ellas comentando que serían unos buenos fantasmas en una noche estrellada. Pero sobre ellos caía por ahora una tenue luz, y Gwendolen se sentía atrevida. Las piedras estaban cerca de un hermoso boscaje de hayas donde los arqueros hallaron muchísimas señales.

—¿A cuánto estamos ahora de la Enramada Verde? —dijo Gwendolen, situándose a la cabeza por el lado del guardián.

—Oh, a no más de media milla; tomando recta la arboleda saldríamos a parar allí, pero daremos un rodeo de un par de millas, por la Cruz Alta.

Ella se iba separando del resto, cuando de repente todos parecieron cambiar de rumbo apresuradamente hacia uno de los laterales bajo la guía del señor Lush, así que demorándose un poco, vio que era su oportunidad de escabullirse. Pronto estuvo fuera de vista, y sin estar corriendo, le parecía que volaba sobre el suelo y no pasaron ni unos instantes cuando ya se encontraba de nuevo en las Piedras Susurrantes. Sus caras huecas y grises estaban vueltas hacia ella: ¿qué habría allí por el otro lado? ¿Y si no hubiera nada después de todo? Ese era su único temor: tener que volver de nuevo confundida; y rodeando la piedra derecha sin pararse, se encontró enfrente de alguien cuyos grandes ojos oscuros se toparon con los de ella a un pie de distancia. A pesar de esperárselo, se asustó y retrocedió, pero al hacerlo pudo ver toda la figura de esta extraña y darse cuenta que inconfundiblemente era una señora, y una que debía haber sido en sobremanera hermosa. Observó también, que a unas pocas yardas de ella había dos niños sentados sobre la hierba.

—¿Señorita Harleth? —dijo la señora.

—Sí —Gwendolen se hallaba asombrada.

—¿Ha aceptado usted al señor Grandcourt?

—No.

—He prometido decirle algo. Y usted prometerá mantener mi secreto. Decida lo que decida, ¿no dirá usted al señor Grandcourt ni a nadie más que me ha visto?

—Lo prometo.

—Me llamo Lydia Glasher. El señor Grandcourt no debería casarse con nadie excepto conmigo. Yo dejé a mi marido y a mi niño por él hace nueve años. Esos dos niños son suyos, y tenemos dos más, niñas, que son mayores. Mi marido está muerto ahora, el señor Grandcourt debería casarse conmigo. Tendría que hacer a ese niño su heredero.

Ella miró al niño mientras hablaba, y los ojos de Gwendolen siguieron los suyos. El pequeño y hermoso mozuelo llenaba sus mejillas intentado hacer sonar una pequeña trompeta que permanecía muda. Su sombrero colgaba por detrás con una cuerda y sus rizos oscuros reflejaban los rayos del sol. Era un querubín.

Los ojos de las dos mujeres se encontraron de nuevo, y Gwendolen dijo orgullosamente:

—No interferiré con sus deseos. —Parecía que estuviera temblando, y sus labios estaban pálidos.

—Es usted muy atractiva, señorita Harleth. Pero cuando él me conoció por primera vez, también yo era joven. Desde entonces, mi

vida ha estado destrozada y amargada. No es justo que él sea feliz y yo miserable, y que mi niño sea desplazado por otro.

Pronunció estas palabras en un tono mordaz, aunque rotundamente desprovistas de cualquier signo de violencia. Gwendolen, observando el rostro de la señora Glasher mientras hablaba, sintió una especie de terror: era como si una visión fantasmal se le hubiera presentado en sueños y dijera: «Soy la vida de una mujer».

—¿Tiene usted algo más que decirme? —preguntó en voz baja, aunque de forma orgullosa y fría. La repulsión que sentía en su interior no la ayudaba a ablandarla. Todo el mundo le parecía odioso.

—Nada. Ya sabe todo lo que quería que supiera. Puede hacer averiguaciones sobre mí si lo desea. Mi marido era el coronel Glasher.

—Entonces me iré —dijo Gwendolen, apartándose con una inclinación ceremoniosa, que le fue devuelta con igual gracia.

En pocos minutos Gwendolen se hallaba de nuevo en el boscaje de hayas, pero su grupo se había alejado hasta estar fuera de vista y aparentemente no la estaban buscando, pues todo estaba solitario hasta que alcanzó la arboleda señalada por el guardián. Decidió tomar este camino para volver a la Arboleda Verde, a la que llegó rápidamente; ir caminando sin parar le parecía la forma más adecuada de apartar los pensamientos que le impedirían comportarse con la debida calma. Ya había decidido qué paso iba a tomar.

Por supuesto, la señora Davilow se sorprendió de que Gwendolen regresara sola, y no tenía sino una ansiedad que la presencia de otras señoras le impedían exteriorizar. Respondiendo a sus palabras de asombro Gwendolen dijo:

—¡Oh, qué tonta soy! Me retrasé mirando las Piedras Susurrantes, y el resto se adelantó un poco, así que los perdí de vista. Pensé volver a casa por el camino corto, la arboleda que me había indicado el guardián. No me sabe mal. Ya había tenido suficiente paseo.

—Tu grupo no se encontró con el señor Grandcourt, supongo —dijo la señora Arrowpoint, no sin intención.

—No —dijo Gwendolen, con un ligero destello de desafío y riendo un poco—. Y tampoco vimos entalladuras en los árboles. ¿Dónde puede estar? Igual se ha caído en el estanque o le ha dado un ataque de apoplejía.

A pesar de todo el esfuerzo de Gwendolen por no descubrir su agitación, no pudo evitar que su tono fuera insólitamente alto y duro, y su madre estuvo segura de que había ocurrido algo desfavorable.

La señora Arrowpoint pensó que la señorita que estaba siempre tan segura de sí misma se hallaba muy indignada, y que el señor Grandcourt estaba probablemente dándose cuenta de que tenía que

cambiar de opinión.

—Si no tienes nada que objetar, mamá, pediré el carruaje —dijo Gwendolen—. Estoy cansada. Y los demás llegarán pronto.

La señora Davilow asintió; pero para cuando se anunció que el carruaje estaba listo —había que haber ido a buscar los caballos a los establos según las indicaciones del guardián—, reapareció el grupo ambulante, y con ellos el señor Grandcourt.

—¡Ah, estás aquí! —dijo Lord Brackenshaw, dirigiéndose a Gwendolen, que estaba preparando el mantón de su mamá para el viaje—. Al principio pensamos que te habías topado con Grandcourt y que él te había llevado a casa. Eso dijo Lush. Pero después nos encontramos a Grandcourt. De todas formas, no pensamos que pudieras estar en peligro. El guardián dijo que te había enseñado un modo de volver más rápido.

—¿Se van? —dijo Grandcourt, acercándose en su forma habitual, como si no se diera cuenta de que había estado ausente. Lord Brackenshaw le hizo sitió y se retiró.

—Sí, nos vamos —dijo Gwendolen, mirándose entretenida la bufanda que se estaba colocando alrededor de los hombros. Moda escocesa.

—¿Puedo llamar mañana a Offendene?

—Oh, sí, como quiera —dijo Gwendolen, con un movimiento de sus pestañas que consiguió el efecto de parecer que le observaba desde la distancia. Su voz era ligera y nítida como las primeras gotas de escarcha.

La señora Davilow aceptó su brazo para subirla al carruaje; pero mientras esto sucedía, Gwendolen, con increíble velocidad, pasó por delante de ellos y saltó al carruaje.

—He entrado, mamá, porque deseaba estar sentada a este lado —dijo, disculpándose. Pero había evitado el contacto con Grandcourt: él solo levantó su sombrero y dio media vuelta, con la impresión no desagradable de que ella quería mostrarse ofendida por haber estado él ausente.

Madre e hija estuvieron los primeros cinco minutos del trayecto en silencio. Luego Gwendolen dijo:

—Pretendo unirme a los Langen en Dover, mamá. Recogeré mis cosas inmediatamente al llegar a casa, y partiré temprano con el primer tren. Estaré en Dover casi tan pronto como ellos; se lo podemos hacer saber por telégrafo.

—¡Santo cielo, niña! ¿Cuál puede ser tu razón para que digas esto?

—Mi razón para decirlo, mamá, es que pienso hacerlo.

—¿Pero por qué quieres hacerlo?

—Deseo marcharme.

—¿Es por qué estás ofendida con el extraño comportamiento del señor Grandcourt por haber estado caminando solo todo el día?

—Es inútil entrar en estas cuestiones. No voy a casarme en cualquier caso con el señor Grandcourt. No te intereses más en él.

—¿Qué voy a decir a tu tío, Gwendolen? Piensa en la posición en la que me dejas. Le hiciste creer justo anoche que te habías decidido a favor del señor Grandcourt.

—Me sabe muy mal causarte problemas, querida mamá, pero no puedo evitarlo —dijo Gwendolen, todavía con dura resistencia en su tono—. Sea lo que sea lo que tú o mi tío penséis o hagáis, no conseguiréis que cambie de opinión, y no voy a decir mis motivos. No me importa lo que se desprenda de ello. No me importa si nunca me caso. No vale la pena preocuparse por nada. Creo que todos los hombres son malos, y los odio.

—¿Pero necesitas partir de esta manera? —dijo la señora Davilow, triste e impotente.

—Por favor, mamá, no te metas en esto. Si has tenido algún problema en tu propia vida, recuérdalo, y no te metas en esto. Si tengo que ser miserable, déjame serlo por mi propia decisión.

La madre se retrajo a un silencio tembloroso. Comenzaba a darse cuenta que las dificultades se reducirían si Gwendolen se marchaba.

Y se marchó. Recogió sus cosas con esmero esa noche, y poco después del amanecer del siguiente día la señora Davilow acompañó a su hija a la estación de tren. El dulce rocío de la mañana, las vacas y los caballos mirando a través de las cercas sin un motivo particular, los viajeros madrugadores que deambulaban con sus paquetes, les parecieron a ambas que todo era muy melancólico y sin sentido. El estupor sórdido de la estación, antes de que pudieran retirar el *ticket* era todavía peor. Gwendolen ciertamente se había endurecido en las últimas veinticuatro horas: era evidente que el problema de su madre contaba poco para ella en su actual estado de ánimo, que esencialmente no difería mucho del estado que hace que los hombres se comporten como peor pueden cuando su confianza en las personas o en las cosas es defraudada. Las lecturas no censuradas de Gwendolen, aunque consistían principalmente en lo que denominamos imágenes de la vida, no le habían preparado de alguna manera para este encuentro con la realidad. ¿Es sorprendente? Hay que tener en cuenta que los hombres no se quedarían tan indiferentes cuando asisten a la ópera bufa hoy en día si las situaciones allí aplaudidas fueran a ocurrir de repente en sus propias familias. La perspectiva, como remarcó su inventor, es algo hermoso. Los horrores de las húmedas chozas, donde languidecen seres humanos, se vuelven pintorescos desde la distancia aérea. Cantamos himnos a vicios cancerosos como arte sublime en la segura distancia de una lengua

extraña y una frase artificial. Sin embargo, nos repugna el reumatismo y otros efectos penosos cuando se nos presentan en nuestra experiencia personal.

A la señora Davilow le dolió la nueva fase de indiferencia de Gwendolen, y mientras volvía a casa sola, la soleada mañana le parecía más triste que antes.

El señor Grandcourt llamó ese día a Offendene, pero no había nadie en casa.

CAPÍTULO 15

Festina lente[63]*, la rapidez debería ser equilibrada con la demora.*
SIR THOMAS BROWNE

Gwendolen, ya hemos visto, pasó su tiempo en el extranjero con la nueva excitación del juego, y viéndose a sí misma como una emperatriz de la fortuna, al haberse llevado de su última experiencia una vaga impresión de que en este mundo confuso no significaba nada lo que uno hiciera, mientras se divirtiera. También hemos visto, que ciertas personas, misteriosamente aparecidas como Grapnell y Cia., habiendo pensado a su vez distinguirse en el reinado de la fortuna, y estar asimismo inclinados a divertirse de cualquier manera, habían acarreado un doloroso cambio en sus circunstancias familiares; después de lo cual, ella volvió a casa, llevando consigo, en contra de su voluntad, un collar que había empeñado y que alguien más había rescatado.

Mientras ella regresaba a Inglaterra, Grandcourt estaba viniendo para encontrarla; viniendo, hay que decir, a su manera, no apresuradamente por medio de un Express directo de Diplow a Leubronn, donde se suponía que ella se encontraba, sino sin prisa alguna, tanto es así que la presencia de algunos conocidos rusos le indujeron a detenerse en Baden-Baden y concertar con ellos varias citas, que, sin embargo, finalmente fueron canceladas por su deseo de seguir en Leubronn. Los sentimientos de Grandcourt eran de naturaleza intermitente y vacilante: nunca los exteriorizaba demasiado. Pero una gran parte de la vida transcurre sin exteriorizar los sentimientos: se atan millones de nudos de pañuelos de cuello, se atienden comidas, incluso se realizan discursos ensalzando a personajes augustos, sin que se levante el menor entusiasmo. Y un hombre puede causar una buena impresión en la alta sociedad —hacer creer que conoce a los clásicos, que desconfía de la ciencia, que tiene una opinión profunda aunque discreta sobre la política, y que posee todos los sentimientos del caballero inglés—, sin que le cueste mucho trabajo. También puede ser testarudo o persistente en niveles más bajos, e incluso puede mostrar impulsos repentinos con una falsa

apariencia de fuerza demoníaca al aparecer como inexplicables, aunque quizás su secreto resida simplemente en desarrollar ciertos mecanismos que posee el alma para desfogarse —una costumbre buena y eficiente, sin la cual nuestra naturaleza no sería más que cieno y barro, los cuales al presionarlos no producen más que un borbotón o un pequeño charco—.

Grandcourt no se había disgustado del todo por que Gwendolen escapara de la maravillosa oportunidad que él le ofrecía. Esa conducta tenía algo de agradable. Le gustaba pensar que era debida al resentimiento por su comportamiento negligente en Cardell Chase, que cuando se paró a pensarlo, parecía más bien distante. Haberla conducido hasta una tierna admisión tan cercana, y luego haberse alejado precipitadamente sin darle la oportunidad de ganarse el consentimiento que él la había dado a entender que le pedía, era suficiente para provocar a una chica con carácter; y para merecer su consentimiento era conveniente que ella tuviera cierto carácter. Sin lugar a duda, ella pretendía que él la siguiera, y era lo que también él pretendía. Pero durante una semana, no tomó ninguna medida para partir, y ni siquiera intentó averiguar adónde había ido la señorita Harleth. El señor Lush sintió un triunfo que, sin embargo, estaba empañado con bastante desconfianza; pues Grandcourt no le había dicho una sola palabra sobre ella, y parecía tan neutral como un cocodrilo: no había forma de saber qué podía esperarse de su mente tan lentamente mudable. Con todo, haber retrasado la decisión había dejado espacio para gastar parte de las energías de Grandcourt.

Los invitados de Diplow mostraron más curiosidad que su anfitrión. ¿Cómo es que no se sabía nada de la señorita Harleth? ¿Era creíble que hubiera rechazado a Grandcourt? Lady Flora Hollis, una animada mujer de mediana edad, bien provista de curiosidad, tuvo un repentino interés en hacer una ronda de visitas con la señora Torrington, incluyendo la Rectoría, Offendene, y Quetcham, y de esta forma no solo obtuvo la información por varias fuentes, sino que además, pudo hablar de ello con los Arrowpoint, a saber, que la señorita Harleth se había ido a Leubronn con unos antiguos amigos, el Barón y la Baronesa von Langen; y es que tras la inmediata conmoción y la decepción de la señora Davilow y de los Gascoigne, estos habían resuelto que la desaparición de Gwendolen no fuera interpretada como algo excéntrico o que tuviera que ser mantenido en secreto. En su interior, todavía, el Rector concebía la posibilidad de que el matrimonio solo se retrasara un poco, pues la señora Davilow no se había atrevido a contarle la fuerte determinación con la que Gwendolen le había hablado. Y a pesar de su talento pragmático, algo de su experiencia había quedado petrificado en máximas y citas. Cuando Amaryllis[64] huía quería que se conociera su escondite; y en

esta época del vapor, podía decirse sin hipérbole que el amor encuentra el camino “sobre mares y montañas”. Gwendolen, pensaba, era una Amaryllis de excelente sentido, pero osadamente coqueta; la cuestión era, si ella se había pasado.

Lady Flora, al regresar cargada de noticias sobre la señorita Harleth, no vio ninguna razón para no sorprender al señor Grandcourt mencionándoselas en la mesa; y al hacerlo dejó escapar alguna insinuación de que había oído por ahí que él era un pretendiente decepcionado. Grandcourt escuchó con gran calma, pero con atención; y al día siguiente, ordenó a Lush que encontrara un motivo decente para despedir a sus invitados de Diplow hacia el final de la siguiente semana, pues pretendía ir en yate al mar Báltico o algún otro sitio, al resultarle imposible seguir en Diplow como si fuera un preso en libertad condicional, con un grupo de gente a la que nunca había querido. Lush no necesitó un anunció más claro de que Grandcourt iba a ir a Leubronn; pero iba a ir arrastrándose como una bola de billar. Así que el señor Lush quiso hacerse indispensable para también ir con él, cosa que logró; la repulsión que Gwendolen sentía por él era algo que divertía a su patrón, lo cual favorecía que este deseara tener a Lush siempre a mano.

Así es como sucedió que Grandcourt llegara al *Czarina* al quinto día que Gwendolen hubo salido de Leubronn, y encontró allí a su tío, Sir Hugo Mallinger, con su familia, incluido Deronda. No es necesariamente agradable ni para el que ostenta el poder ni para el presunto heredero que los asuntos propios de cada uno —digamos, un ataque de gota en un caso, y un ataque de terquedad en el otro—, les lleven a un mismo lugar. Sir Hugo era un hombre de carácter tranquilo, tolerante con las diferencias y los defectos; pero un punto de vista distinto al suyo en lo que se refería a la distribución de las haciendas familiares le irritaba más que discutir sobre la disciplina de la Iglesia o las votaciones políticas, y consideraba esas faltas tanto más graves cuanto que pertenecían a una persona que le resultaba del todo inoportuna. En ninguna circunstancia podía haber aceptado a Grandcourt como a su sobrino; pero como presunto heredero de las haciendas de Mallinger era el signo y la encarnación de una gran atribulación en la vida del baronet. Este quería un hijo que heredera las tierras, nada le preocupaba más. Pues en la descuidada distribución que su padre, Sir Francis, había decidido dejar en herencia, incluso Diplow con sus pequeñas tierras habían sido dejadas bajo las mismas condiciones que el antiguo y amplio patrimonio de las dos zonas altas, donde Sir Hugo había vivido y cazado durante muchas estaciones en sus años de juventud, y donde su mujer y sus hijas deberían poder retirarse tras su muerte.

La preocupación había ido naturalmente en aumento a medida que

pasaban los años, y Lady Mallinger, después de tener tres hijas en rápida sucesión, había estado ocho años hasta ahora que pasaba los cuarenta sin dar a la luz más que a otra hija; mientras que Sir Hugo, casi veinte años mayor, estaba en una etapa de la vida en la que, a pesar de la moda imperante en la que todo se retrasaba, desde las comidas hasta las bodas, el optimismo de un hombre empieza a mostrar signos de cansancio, hasta que es restaurado por la segunda infancia.

De hecho, había empezado a desesperarse por no conseguir un hijo, y la confirmación del interés de Grandcourt por la hacienda le había hecho aborrecer su imagen y su presencia; pero, por otra parte, había circunstancias que obligaban a Sir Hugo a procurar que la relación entre ellos fuera lo más amigable posible. Ello le llevó a seguir un plan que había ido formándose a medida que crecía su decepción por no tener un heredero, a saber, intentar asegurar Diplow como futura residencia para Lady Mallinger y sus hijas, y conservar esta bella porción de tierra del patrimonio familiar para su propia descendencia a pesar de no tener heredero. El conocimiento que tenía de la determinación y de los asuntos de su sobrino le animaron a creer que Grandcourt consentiría en una transacción por la que obtendría una fuerte suma de dinero al contado, como un equivalente de su anticipado interés por los dominios de Diplow y por la moderada cantidad de tierra sujeta a ellos. Si, después de todo, el inesperado hijo nacía, el dinero habría sido tirado, y Grandcourt habría recibido el dinero solo para asegurar algo que iban a tener seguro; pero Sir Hugo, creyó que apenas había ya riesgo, y en sus últimos años de matrimonio había manejado bien su fortuna gracias al trabajo en la minas y al arrendamiento de sus tierras, de forma que estaba preparado para un fuerte desembolso.

Es por esto que tuvo buen cuidado en evitar cualquier litigio con Grandcourt. Unos años antes, en la época en la que estaba haciendo unas mejoras para la Abadía y necesitaba el acuerdo de Grandcourt para talar cierta cantidad de madera de su territorio, se felicitó de no haber encontrado que su peculiar sobrino le guardara ningún rencor; y desde entonces no había ocurrido nada que les hiciera detestarse más de lo que fuera compatible con una perfecta cortesía, o con una estricta tolerancia mutua.

Grandcourt, por su parte, consideraba a su tío una persona superficial y aburrida, y pensaba que se mejorarían una larga serie de cosas cuando Sir Hugo desapareciera. Pero había sido advertido por Lush, un mediador siempre tan útil, de las intenciones del baronet referentes a Diplow, y le satisfacía tener la alternativa del dinero en mente: incluso si no hubiera pensado en aceptarlo, habría quedado satisfecho al sentir el poder de rechazar lo que Sir Hugo deseaba. La

transacción sugerida había sido uno de los motivos que le hicieron pedir un año de arrendamiento de Diplow, cosa que a Sir Hugo le había costado conceder, ya que la excelente caza de la zona podía hacer decidir a Grandcourt no abandonar Diplow sin asegurarse su posesión futura; un hombre que tiene dos lugares, en uno de los cuales la caza es menos buena, naturalmente desea un tercero donde sea mejor. Además, Lush había dejado caer a Sir Hugo la posibilidad de que Grandcourt cortejara y consiguiera a la señorita Arrowpoint, y en ese caso, el dinero al contado podía no tentarle tanto. Así que, ante este encuentro inesperado en Leubronn, el baronet tenía mucha curiosidad por saber cómo habían ido las cosas por Diplow, estaba dispuesto a mostrarse tan cortés como fuera posible con su sobrino, y esperaba tener alguna charla privada con Lush.

Entre Deronda y Grandcourt existía una relación algo más marcada aunque también más peculiar, debido a unas circunstancias que aún están por conocerse. Pero ninguno de los dos mostró ningún signo de desgana reprimida en su primer encuentro en la mesa del hotel, una hora después de la llegada de Grandcourt; y cuando el cuarteto de caballeros se encontró después en la terraza, sin Lady Mallinger, se alejaron juntos paseando hacia las habitaciones, y Sir Hugo dijo al entrar en la amplia sala de estar:

—¿Jugaste mucho en Baden, Grandcourt?

—No, estuve observando y aposté un poco con algunos rusos.

—¿Tuviste suerte?

—¿Qué es lo que gané, Lush?

—Se llevó unos doscientos —dijo Lush.

—¿No estás aquí por el juego, entonces? —dijo Sir Hugo.

—No, no me interesa el juego por ahora. Cuesta demasiado esfuerzo —dijo Grandcourt, cuyo porte y el anillo de diamantes que llevaba, mientras se paseaba alisándose el bigote, llamaban la atención de las maquilladas extranjeras interesadas en un nuevo milord.

—Alguien tendría que inventar un producto que te fuera procurando diversiones, querido compañero —dijo Sir Hugo—, como hacen los tártaros con sus papeletas[65]. Pero estoy de acuerdo contigo, a mí nunca me interesó el juego. Es monótono y atonta el cerebro. Me molesta hasta observarlo. Supongo que a uno le envenena el ambiente. Nunca estoy aquí más de diez minutos. ¿Pero dónde está tu belleza a la que le encanta apostar, Deronda? ¿La has visto últimamente?

—Se ha ido —dijo Deronda secamente.

—Una chica preciosa fuera de lo común, una perfecta Diana —dijo Sir Hugo, volviéndose de nuevo hacia Grandcourt—. Vale la pena intentar verla. La vi ganando, y se lo tomó tan fríamente como si lo hubiera sabido de antemano. El mismo día Deronda la vio perder sin

parar, y lo soportó con inmenso coraje. Supongo que se quedó sin blanca, o tal vez fuera lo suficientemente astuta para detenerse a tiempo. ¿Cómo sabes que se ha ido?

—Oh, por la lista de visitantes —dijo Deronda encogiendo casi imperceptiblemente los hombros—. Vandernoodt me dijo que su nombre era Harleth, y estaba con el Barón y la Baronessa von Langen. Vi por la lista que la señorita Harleth ya no estaba allí.

Esto no añadió más información para Lush que el saber que Gwendolen había estado apostando. Él ya había mirado la lista, y había averiguado que Gwendolen se había ido, pero no tenía intención de compartir este conocimiento con Grandcourt hasta que este preguntara por ello; y no lo había preguntado, pensando que era suficiente creer que el objeto de su búsqueda aparecería por algún lugar u otro.

Pero ahora Grandcourt lo había oído todo, incluso lo que era más bien inoportuno, y no se perdió ni una palabra sobre lo que se dijo de la señorita Harleth. Tras una breve pausa, dijo a Deronda:

—¿Conoces a esa gente, a los Langen?

—He hablado un poco con ellos desde que la señorita Harleth se fue. No sabía nada de ellos antes.

—¿Dónde ha ido? ¿Lo sabes?

—Ha ido a casa —dijo Deronda, fríamente, como si no deseara añadir nada más. Pero entonces, con renovado brío, volvió la mirada fijamente hacia Grandcourt y dijo—: Pero es probable que la conozcas. Su casa no está lejos de Diplow: Offendene, cerca de Wancester.

Deronda, al volverse para mirar cara a cara a Grandcourt que estaba a su derecha, podía haber sido un modelo excelente para esos viejos pintores a los que les gustaba contrastar caracteres. Su rostro reflejaba una tranquila intensidad llena de vida y una riqueza de matices tales, que una repentina mirada suya siempre sorprendía, y a menudo parecía que hubiera dicho algo, de modo que los oficiales y los sirvientes le preguntaban automáticamente: "¿Qué ha dicho, señor?" cuando en realidad no había dicho nada. El mismo Grandcourt se irritó, aunque no dejó traslucir su emoción a excepción de un ligero movimiento de sus párpados, al volverse Deronda hacia él, pues habría sido suficiente con que solo hablase. Pero le respondió, con su habitual lentitud:

—Sí, la conozco—, y apartó la mirada de Deronda para fijarla en el juego.

—¿Qué sabéis de ella? —le preguntó Sir Hugo a Lush avanzándose un poco—. Debe ser nueva en Offendene. Blenny vivía allí después de morir la matrona.

—Demasiado sabemos de ella —dijo Lush, en voz baja y

confidencial; no le importaba que Sir Hugo conociera el estado de las cosas.

—¿Por qué? ¿Cómo? —dijo el baronet. Todos se trasladaron del salón hacia fuera, donde podían continuar el paseo al aire libre.

—Ha estado a punto de casarse con ella —prosiguió Lush—. Pero espero que todo se haya acabado ya. Es la sobrina de un clérigo, Gascoigne, en Pennicote. Su madre es una viuda con una tropa de hijas. Esta chica no tendrá nada, y es peligrosa como la pólvora. Sería un matrimonio estúpido. Pero ella ha cambiado repentinamente de opinión, pues escapó hacia aquí sin avisar, cuando él acordó visitarla al día siguiente. El hecho es que él está aquí tras ella; pero él no ha tenido mucha prisa, y gracias al comportamiento de ambos es bastante probable que no vuelvan a coincidir de nuevo. Pero por supuesto él ha perdido su oportunidad con la heredera.

Grandcourt se unió a ellos y dijo:

—¡Menudo cuchitril es este! Es peor que Baden. Me vuelvo al hotel.

Cuando Sir Hugo y Deronda quedaron solos, el baronet empezó diciendo:

—Una bella historia. La chica tiene algo de dramático. Debe valer la pena correr tras ella. Tendrá algo *de l'imprévu*[66]. Creo que su aparición en escena ha mejorado mi oportunidad de conseguir Diplow, tanto si el matrimonio se lleva a cabo como si no.

—Espero que un matrimonio de esas características no se lleve a cabo —dijo Deronda, en tono de aversión.

—¿Qué? ¿Has sentido también tú el flechazo? —dijo Sir Hugo, subiéndose las gafas para observar mejor (era de corta visión) a su compañero—. ¿Estás decidido a correr tras ella?

—Al contrario —dijo Deronda—, me siento más bien decidido a escapar de ella.

—¿Cómo? Desplazarías sin problemas a Grandcourt. Una chica de su carácter te tomaría a ti por el mejor pretendiente de entre los dos —dijo Sir Hugo, que a menudo probaba la paciencia de Deronda al bromear cuando no podía dar consejo. (Una diferencia en los gustos de las bromas hace muy difícil salvar la barrera de los afectos).

—Supongo que la genealogía y las tierras pertenecen al mejor pretendiente —dijo Deronda fríamente.

—El mejor caballo gana la carrera y no el que tenga mejores antepasados, hijo. Recuerda las palabras de Napoleón: "*Je suis ancêtre*"[67] —dijo Sir Hugo, que normalmente infravaloraba el tener ascendientes de alta cuna, pues los hombres, tras comer bien, solían estar de acuerdo en que lo bueno de la vida está distribuido con maravillosa igualdad.

—No estoy seguro de que quiera ser un ancestro —dijo Deronda—. No me parece una buena forma de empezar.

—¿No correrás tras la hermosa jugadora, entonces? —dijo Sir Hugo, sacándose las gafas.

—Decididamente no.

La respuesta era totalmente cierta; sin embargo, por la mente de Deronda cruzó el pensamiento de que bajo otras circunstancias podía haber sucumbido al interés que la chica había despertado en él, e intentar saber algo más de ella. Pero su historia se orientaba hacia otra dirección. No se sentía en absoluto libre.

CAPÍTULO 16

Los hombres, como los planetas, tienen ambos una historia visible y otra invisible. El astrónomo explora la oscuridad con estricta precisión, calculando cada arco visible en la órbita del observador; y el narrador de las acciones humanas, si hiciera su trabajo con la misma perfección, tendría que indagar por los ocultos caminos de los sentimientos y del pensamiento que conducen a cada una de las acciones, y a esos momentos de intenso sufrimiento que conforman la cualidad de la acción —como el grito de Prometeo—[68]*, cuya angustia encadenada parece liberar una energía superior a la del cielo y el mar al que invoca y a la misma deidad que desafía.*

Las circunstancias de Deronda habían sido, ciertamente, excepcionales. Hubo un momento que quedó marcado en su vida como su etapa principal —un momento lleno de días soleados de julio y multitud de rosas rosadas extendiendo sus últimos pétalos en un jardín rodeado de hierba y encerrado por las tres alas de un claustro gótico—. Imaginadle en tal escena: un niño de trece años, estirado cómodamente sobre la hierba a la sombra, sosteniendo su cabeza encrespada con un brazo y leyendo un libro, mientras su tutor, que también leía, estaba sentado en un taburete bajo un cobertizo. El libro de Deronda era la Historia de las Repúblicas Italianas de Sismondi: el chico albergaba una pasión por la historia, ansiaba conocer en qué había sido empleado el tiempo desde la Inundación, y cómo se habían resuelto los problemas en las épocas más duras. De pronto, bajó el brazo izquierdo y miró a su tutor, diciendo en un tono netamente infantil:

—Señor Fraser, ¿cómo es que los papas y cardenales han tenido siempre tantos sobrinos?

El tutor, un capacitado joven escocés, que hacía de secretario de Sir Hugo Mallinger, dejó a un lado un poco de mala gana la política económica y le respondió con ese estilo enfático y bien definido propio de los escoceses que dejan claras las verdades:

—Sus propios hijos eran llamados sobrinos.

—¿Por qué? —preguntó Deronda.

—Simplemente para conservar el puesto; como bien sabes, los presbíteros no se casan, y los hijos eran ilegítimos.

El señor Fraser, vocalizando más aún sus últimas palabras para hacer patente su impaciencia por haber sido interrumpido, había vuelto ya su atención hacia su libro de nuevo, mientras que Deronda, como si se le hubiera clavado algo, se enderezó y quedó sentado de espaldas a su tutor.

Siempre había llamado a Sir Hugo Mallinger su tío, y cuando una vez se le ocurrió preguntar por su padre y por su madre, el baronet le respondió: «Perdiste a tus padres cuando eras muy pequeño; por eso yo cuido de ti». Daniel, entonces, hizo un esfuerzo por rememorar sus primeros recuerdos, y tuvo una tenue sensación de haber sido besado mucho, y de haber sido envuelto en un ropaje fino, pardo y perfumado, hasta que sus dedos toparon con algo duro, que le hizo daño, y empezó a llorar. Cualquier otro recuerdo pertenecía ya al pequeño mundo donde vivía. Y en esa época no le importaba saber más, pues quería demasiado a Sir Hugo como para lamentar la pérdida de unos padres desconocidos. La vida le resultaba muy agradable al chico, con un tío que era siempre indulgente y alegre, un buen hombre en la brillante etapa del ecuador de la vida, a quien Daniel consideraba como absolutamente perfecto, y cuyo lugar de residencia era uno de los más lujosos de Inglaterra: histórico, romántico y confortable a la vez; un pintoresco y arquitectónico desarrollo a partir de una abadía, que todavía tenía reminiscencias del antiguo casco monástico. Diplow se hallaba en otro condado, y comparativamente era un lugar sin tierras que había ido a parar a la familia por un rico abogado por la rama femenina, que llevaba la peluca de tiempos de la Restauración[69]; mientras que a los Mallinger se les concedió el Monte del Monje bajo el reinado de Enrique VIII, y años antes habían obtenido las tierras colindantes al Monte del Rey, cuyo origen se remontaba a un tal Hugo el Enclenque, que vino con el Conquistador, y que tenía una complexión enfermiza, que se había ido corrigiendo felizmente en sus descendientes. Dos grupos de estos descendientes dispuestos en fila, directos y colaterales, mujeres por la rama masculina, y hombres por la rama femenina, observaban en la galería más allá de los claustros al sobrino Daniel mientras caminaba por allí; hombres armados con barbas puntiagudas y cejas arqueadas, mujeres embutidas en cinchos y gorgueras sin rostro para hablar; hombres de mirada grave vestidos en trajes de terciopelo negro con caderas henchidas, y mujeres serias y asustadas, dando la mano a pequeños chiquillos; políticos sonrientes con magníficas pelucas, y mujeres que parecían animales de concurso, con la boca y los párpados emperifollados, al estilo de Lely[70]; luego una generación de rostros maquillados al gusto de Kneller[71], y así seguían ediciones refinadas de

la familia de tiempos de Reynolds y Romney[72], hasta terminar con Sir Hugo y su hermano menor Henleigh. Este último se había casado con la señorita Grandcourt, y había tomado su nombre junto con su hacienda, fusionando así dos familias igualmente antiguas, uniendo las tres cabezas de sarracenos y la moneda bizantina de la una, con la torre y los halcones de plata de la otra[73], lo cual redundaba en ventajas para ambas, según el punto de vista de ese Henleigh Mallinger Grandcourt, que por el momento nos es más familiar que Sir Hugo o que su sobrino Daniel Deronda.

En el juvenil retrato de Sir Hugo que aparecía con un cuello de vestir enrollado y un gran pañuelo, Sir Thomas Lawrence[74] había hecho justicia a la agradable expresión de entusiasmo y al fuerte temperamento que todavía se podía ver en el original, pero había hecho algo más que justicia al alargar ligeramente la nariz, que era en realidad más corta de lo que se podía esperar en un Mallinger. Por suerte, la nariz normal de la familia reapareció en su hermano pequeño, y recuperó toda su refinada regularidad en su sobrino Mallinger Grandcourt. Pero en el sobrino Daniel Deronda, los rostros de todo tipo de la familia, que se veían en las paredes de la galería, no hallaron reflejo. Con todo, era más hermoso que cualquiera de ellos, y cuando tenía trece años, podía haber servido de modelo para cualquier pintor que quisiera retratar al más memorable de los chicos: todo el que escudriñaba ese rostro a fondo no podía sino creer que el ser humano había actuado noblemente en el pasado y que actuaría aún más noblemente en el futuro. Los rostros juveniles más finos tienen este poder consagrador, y nos hacen estremecer al pensar que las grandes penas y desgracias del mundo, pueden entrar en ellos y profanarlos.

Pero en ese momento sobre la hierba entre los pétalos de rosa, Daniel Deronda tuvo un primer contacto con una de estas penas. Le había venido una nueva idea, y sus sentimientos habituales estaban empezando a cambiar de la misma forma que lo hacen los del viajero despreocupado y feliz que se encuentra con que de repente el cielo amenaza tormenta y despierta en él la sensación de peligro. Estaba sentado perfectamente recto de espaldas a su tutor, mientras su cara expresaba un repentino cambio interior. El profundo sonrojo, que le había sobrevenido nada más empezar a hablar, aún le duraba; pero sus rasgos mantenían ese aspecto indescriptible de actividad reprimida que a menudo acompaña al reconocimiento de una nueva interpretación de hechos familiares. No había vivido con otros niños, y mostraba una mezcla de ignorancia infantil con un conocimiento sorprendente, la misma que a menudo se observa en las niñas brillantes. Al haber leído a Shakespeare, además de una gran cantidad de historia, podría haber hablado con la sabiduría de un chico

estudioso sobre hombres que nacieron fuera del matrimonio y que, en consecuencia, fueron desafortunados, pues su posición desventajosa requería de ellos ser una especie de héroes si pretendían igualarse con hermanos legales. Pero nunca había asociado ese conocimiento consigo mismo, nunca había pensado en ello —hasta ese momento en que una rápida comparación le había encendido una luz—: la posibilidad de que ahí estuviera el secreto de su nacimiento, y que el hombre al que llamaba tío fuera en realidad su padre. Algunos chicos, incluso más jóvenes que Daniel, habían conocido por primera vez la ansiedad, como un invitado espeluznante e inamovible en sus tiernas vidas, al descubrir que sus padres, a los que se habían imaginado capaces de comprarlo todo, eran pobres y tenían grandes problemas económicos. Daniel sintió la presencia de un nuevo invitado que parecía llegar con un rostro enigmático y cubierto, y traer conjeturas turbias y revelaciones espantosas. El ardor con el que había seguido el mundo imaginario de sus libros de repente se precipitaba hacia su propia historia y descargaba en ella su energía manifiesta, explicando lo que conocía, representando lo desconocido. El tío al que amaba tanto tomó el aspecto de un padre que le ocultaba secretos sobre él, que se había portado mal con él, sí, muy mal. ¿Y qué había sido de su madre, de la que debían haberle separado a la fuerza? Secretos sobre los que él, Daniel, nunca podría inquirir; pues hablar o que le hablaran de estos nuevos pensamientos volvían a exaltarle la imaginación de la misma forma que una chispa puede reavivar un fuego. Aquellos que han vivido una infancia apasionada entenderán este temor a que se sepa cualquier deshonra relacionada con sus padres. La repentina aparición de nuevas imágenes le absorbió con la fuerza de la realidad conocida por primera vez, y le dejó sin capacidad de pensar que estaba sufriendo por algo que podía ser imaginario. La terrible sensación de conflicto entre la manifestación de un fuerte arrebato y el temor de su traición encontró alivio al fin en los sosegados lagrimones que cayeron sin freno hasta que se oyó la voz del señor Fraser diciendo:

—Daniel, ¿te das cuenta de que te estás sentando sobre las páginas dobladas de tu libro?

Daniel inmediatamente apartó el libro sin volverse, y tras sostenerlo ante él por un momento, se levantó con él y se marchó hacia los campos abiertos, donde podía secarse las lágrimas sin ser visto. Una vez hubo pasado el primer shock, fue capaz de recordar que no tenía certeza alguna de cómo habían sucedido realmente las cosas, y que había estado haciendo conjeturas sobre su propia historia, de la misma forma que lo había hecho a menudo con Pericles[75] o Colón, rellenando los huecos de su historia antes de que fueran famosos. Solo volvieron de nuevo ciertos hechos que se empeñaban en mostrar la

realidad, casi de la misma manera como las ruinas de un puente muestran indudablemente cómo estaban dispuestos los arcos. Y de nuevo volvió ese estado de ánimo en el que las conjeturas parecían como una duda sobre la religión, algo que debía ser relegado como ofensivo, o una curiosidad mezquina sobre cosas que se suponía no debía conocer; pues tal era la delicadeza de sentimiento de este chico. Pero la conclusión de las experiencias fluctuantes de esta época fue la de que le había abordado una impresión secreta que le estaba haciendo replantearse muchas de las cosas que le rodeaban en su vida. Y la idea que otras personas probablemente supieran cosas sobre él que no querían mencionar, y que no podría lograr sonsacárselas, forjó en él una reserva prematura que le ayudó a intensificar su experiencia interior. Sus oídos se abrieron entonces a palabras que antes de ese día de julio le habrían pasado inadvertidas; y cualquier incidente trivial que su imaginación pudiera relacionar con sospechas, desataba en él un haz de sentimientos enfrentados.

Uno de estos incidentes ocurrido un mes más tarde caló hondo en su vida. Daniel no solo tenía una de esas voces infantiles emocionantes que parecen trasportarnos ante un cielo y una tierra idílicos, sino además un buen instinto musical, y había hecho desde muy temprana edad acompañamientos para él mismo al piano, a la vez que cantaba de memoria. Desde entonces había estado recibiendo algunas clases, y Sir Hugo, encantado con el chico, solía pedirle interpretaciones suyas en presencia de invitados. Una mañana, tras haber estado cantando “Dulce Eco” ante un pequeño grupo de caballeros a los que la lluvia había mantenido en la casa, el baronet, que venía de hacer una observación sonriendo a su compañero de al lado, dijo:

—¡Ven aquí, Dan!

El chico se adelantó con inusual desgana. Llevaba una blusa holandesa bordada que resaltaba el rico colorido de su cabeza y su garganta; y la resistente pesadez que mostraban su boca y sus ojos mientras otros le sonreían, hacían su belleza aún más impresionante. Todo el mundo lo admiraba.

—¿Qué opinas de convertirte en un gran cantante? ¿Te gustaría que el mundo te adorara y que triunfaras en seguida, como Mario y Tamberlik[76]?

Daniel enrojeció instantáneamente, pero hubo un pequeño intervalo perceptible antes de que respondiera enfadado y con decisión:

—No, lo odiaría.

—¡Bueno, bueno, bueno! —dijo Sir Hugo, con una amabilidad sorprendida que pretendía ser tranquilizadora. Pero Daniel se volvió rápidamente, dejó la sala, y retirándose a su propia habitación se dejó caer en la ancha repisa de su ventana, su refugio favorito cuando no

tenía nada que hacer en particular. Desde ahí pudo observar cómo la lluvia amainaba gradualmente dejando entrever destellos de luz a través de las nubes que se retiraban iluminando gran parte del parque, donde los viejos robles estaban separados cierta distancia unos de otros, dejando un espacio verde que atravesaba el bosque hasta encontrarse con el cielo oriental. Era esta una escena que había formado siempre parte de su casa, parte del augusto bienestar que había formado parte natural de su vida. Y su ardiente naturaleza aferrada se la había apropiado con cariño. Conocía bien lo que significaba ser un caballero por herencia, y sin pensar mucho en sí mismo, pues era un chico de enérgicas percepciones y olvidaba fácilmente su propia existencia imaginándose ser Robert Bruce[77], nunca había pensado que podía ser despojado de ese privilegio, o desempeñar un papel diferente en el mundo del que desempeñaba el tío que tanto lo mimaba. Es posible (aunque no es muy creíble actualmente) ser aficionado a la pobreza y tomarla por amante, preferir como sus propias pertenencias los estropajos, la arena roja y la cal, no deleitarse en ningún esplendor más que en lo que tiene las puertas abiertas para la nación entera, y gloriarse en no tener más privilegios que los que la naturaleza otorga; y ha habido nobles que han escapado del bienestar rebuscado y de la holgazanería, y han preferido atarse a duras labores manuales a cambio de un pequeño salario. Pero los gustos de Daniel iban todos encaminados a seguir cultivando su educación: su disposición era tal que las escenas y costumbres diarias no le producían *ennui*[78] o rebelión, sino deleite, afecto, aptitudes; y ahora al chico lo habían irritado con la idea de que su tío —tal vez su padre— quería que siguiera una carrera totalmente distinta de la suya y que sabía muy bien que no se hallaba entre los posibles destinos para los hijos de los caballeros ingleses. Había permanecido en Londres a menudo con Sir Hugo, el cual para satisfacer el oído del chico le había llevado a la ópera a oír a los grandes tenores, de modo que ver que un cantante triunfara rápidamente era una imagen muy vívida para él; pero ahora, a pesar de sus dones musicales, se opuso amargamente a la idea de vestirse elegantemente para cantar ante toda esa gente fina que no lo consideraban más que un juguete maravilloso. Que Sir Hugo pensara que él tuviera que ocupar esa posición le pareció a Daniel una prueba irrefutable de que había algo en su nacimiento que lo excluía de la clase de caballeros a los que pertenecía el baronet. ¿Alguna vez se lo mencionaría? ¿Llegaría el tiempo en que su tío se lo contara todo? Se estremeció al pensarlo: en su imaginación, prefería la ignorancia. Si su padre había sido malvado —Daniel en su interior usaba palabras fuertes, pues sentía la injuria que se le había hecho como un niño mutilado siente el miembro aplastado cuando otros simplemente lo

consideran como una estadística en los accidentes—, si su padre le había hecho daño, prefería que nunca se lo dijeran: era ya suficientemente hiriente pensar que otras personas pudieran compartir ese conocimiento. ¿Se hallaba entre ellas el señor Fraser? Probablemente no, de otra forma no habría hablado en esos términos acerca de los sobrinos de los papas: Daniel imaginó, como hacía la gente más mayor, que la consciencia de los demás era tan activa como la suya propia en un asunto que era crucial para él. ¿Lo sabía Turvey, el ayudante de cámara? ¿Y la vieja señora French, la ama de casa? ¿Y Banks, el capataz, con el que había cabalgado por las granjas en su pony? Y entonces le vino a la memoria un día unos años antes en el que estaba bebiendo un suero de la señora Banks, y el señor Banks dijo a su mujer con un guiño y una risa astuta: «¿Se parece a la madre, eh?». En esos momentos el pequeño Daniel simplemente pensó que Banks hizo un gañote, como solían hacer muchos granjeros —riéndose con lo que no es gracioso—; y más bien le molestó que hablaran de él guiñándose los ojos como si no entendiera nada. Pero ahora ese pequeño incidente se convirtió en información: había que pensar en ello. ¿Cómo podía ser que él fuera como su madre y no como su padre? Su madre debía haber sido un Mallinger, si Sir Hugo era su tío. ¡Pero no! Su padre podría haber sido el hermano de Sir Hugo y haber cambiado su nombre, como lo hizo el señor Henleigh Mallinger cuando se casó con la señorita Grandcourt. Pero entonces, ¿por qué nunca había oído hablar a Sir Hugo de su hermano Deronda, como hablaba de su hermano Grandcourt? A Daniel nunca le había importado antes el árbol genealógico de la familia, solo la parte que hacía referencia a ese ancestro que había matado a tres sarracenos en un encuentro. Pero ahora su pensamiento se volvió hacia un gabinete de la biblioteca que contenía un mapa de haciendas, donde una vez había visto colgado un pergamino iluminado, del que Sir Hugo dijo que era el árbol genealógico de la familia. La frase era nueva y extraña para él —era un chiquillo por entonces, con apenas más de la mitad de los años de ahora—, y no le dio ningún significado específico. Ahora que sabía más deseaba examinar el pergamino. Imaginó que el gabinete estaba siempre cerrado con llave, pero quería probarlo. De todas formas, se contuvo. Podía ser visto; y no quería confirmar la herida que se había abierto en él.

Es en tales experiencias de la infancia, mientras los mayores debaten si la educación debe basarse en la ciencia o en la literatura, donde se definen los principales rasgos del carácter. Si Daniel hubiera tenido una naturaleza cariñosa menos ardiente, la reserva acerca de sí mismo y la suposición de que los demás le escondían algo desfavorable, podía haberse vuelto en un antagonismo rudo y orgulloso. Pero su ternura innata era lo suficientemente fuerte para no

dejar lugar al resentimiento. Apenas había una criatura de su entorno por la que no sintiera afecto, aunque los molestaba ocasionalmente un poco a todos, por supuesto, a todos excepto a su tío, o "Nunc", como Sir Hugo le había enseñado a llamarle; pues el baronet era todo lo contrario a un hombre gazmoño, y cuidaba de su dignidad. A él Daniel lo quería de esa forma filial arraigada que hace que los niños sean más felices por estar en la misma habitación con su padre o su madre, a pesar de que estén ocupados en cosas distintas. La cadena del reloj de Sir Hugo, su sello para lacrar sobres, su escritura, su modo de fumar y de hablar a los perros y los caballos llevaban para el chico una rectitud y un encanto que iban a la par con la felicidad de la mañana y de la hora del desayuno. Como Sir Hugo había sido siempre un Whig[79], los Tories y los radicales pasaban a ser automáticamente y por igual los acérrimos oponentes; y los libros que había escrito eran todos vistos con tan buenos ojos que no distinguía lo que era de su cosecha de lo que no, a pesar de la semejanza general. Estos escritos eran de diversa índole, desde volúmenes de viaje en estilo brillante a artículos sobre cosas en general, y panfletos sobre crisis políticas; pero para Daniel eran iguales en el sentido en que todos ellos compartían una rectitud incuestionable, que podía servir para juzgar la información de las demás personas.

¿Quién no puede imaginar la amargura de la primera sospecha de que algo en este objeto de completa veneración *no* era del todo recto? Los niños piden que sus héroes sean inmaculados, y con facilidad los imaginan así: quizás un primer descubrimiento de que es lo contrario apenas es una sorpresa menos revolucionaria a un niño apasionado que el amenazado derrumbe de las creencias habituales que hacen que el mundo se tambalee en la vida adulta.

Pero poco después de que resurgiera la agitación de Daniel, este descubrió que Sir Hugo debía haber estado haciendo simplemente una tentativa jocosa con respecto a la cuestión sobre el canto. Sir Hugo pidió que Daniel se presentara en la biblioteca, y levantando la mirada de su escrito mientras el chico entraba, se reclinó hacia un lado en su sillón.

—¡Ah, Dan! —dijo amablemente, arrastrando uno de los viejos taburetes tapizados que estaba cerca de él—. Ven y siéntate aquí.

Daniel obedeció, y Sir Hugo le puso suavemente la mano sobre el hombro, mirándole cariñosamente.

—¿Qué te pasa, hijo? ¿Has oído algo que te ha alterado últimamente?

Daniel estaba decidido a no dejar que le afloraran las lágrimas, pero no pudo hablar.

—Todos los cambios son dolorosos cuando la gente ha sido feliz, ya sabes —dijo Sir Hugo, retirando la mano del hombro del chico y

posándola sobre sus rizos oscuros a la vez que los acariciaba suavemente—. No puedes ser educado como me gustaría que lo fueses si no te vas. Y creo que encontrarás muchas cosas que te gusten en una escuela.

Esto no era lo que Daniel esperaba, y fue un alivio tan grande, que se animó a responder:

—¿Voy a ir a la escuela?

—Sí, mi intención es que vayas a Eton. Quiero que tengas la educación de un caballero; y para eso es necesario que vayas a un colegio privado para prepararte para la Universidad: Cambridge, es a la que quiero que vayas; fue mi propia universidad.

Daniel recuperó el color y lo volvió a perder.

—¿Qué dices a eso, muchacho? —dijo Sir Hugo, sonriendo.

—Me encantaría ser un caballero —dijo Daniel con firme distinción—, e ir al colegio, si eso es lo que el hijo de un caballero tiene que hacer.

Sir Hugo lo observó en silencio por unos momentos, pensando que entendía ahora por qué el chico parecía haberse enfadado al mencionar si quería ser un cantante. Entonces dijo con ternura:

—¿Así que no te importa dejar a tu viejo Nunc?

—Sí, claro —dijo Daniel, abrazando el brazo mimoso de Sir Hugo con sus dos manos—. ¿Pero no vendré y estaré con usted en vacaciones?

—Oh, sí, se supone que sí —dijo Sir Hugo—. Pero ahora quiero que vayas inmediatamente con un nuevo tutor, para que tu partida a Eton no sea un cambio tan brusco.

Tras esta entrevista, Daniel se animó de nuevo. Se esperaba de él que fuera un caballero, y de alguna forma inexplicable podía ser que todas sus conjeturas fueran erróneas. El mismo entusiasmo del muchacho le ayudó a encontrar serenidad en su ignorancia. Mientras estaba ocupado en la construcción de posibilidades, percibió claramente que debía haber posibilidades sobre las que no sabía nada. La alegría juvenil y el espíritu de aventura que había en él resurgieron de nuevo, dejó de darle vueltas al asunto, y durante el tiempo que estuvo en la casa antes de marcharse, cantó y bailó entre los viejos criados, obsequiándoles con regalos de despedida e insistió muchas veces al mozo de los caballos que cuidara bien del pony negro.

—¿Cree que sabré mucho menos que los demás chicos, señor Fraser? —dijo Daniel. Tendía a pensar que cualquier desconocido se sorprendería de su ignorancia.

—Hay burros por todas las partes del mundo —dijo el juicioso Fraser—. Tú no serás el más grande, pero no tienes los talentos de Porson, ni de Leibnitz tampoco.

—No quiero ser un Porson o un Leibnitz —dijo Daniel—. Preferiría ser un gran líder, como Pericles o Washington.

—Ay, ay, piensas que ellos lo consiguieron con poca sintáctica y menos álgebra —dijo Fraser. Pero en realidad consideraba a su pupilo un muchacho notable, para el que una cosa era tan fácil como otra si se ponía en serio.

Las cosas le fueron muy bien a Daniel en su nuevo ambiente, salvo por un chico con el que estuvo dispuesto nada más verlo a entablar una íntima amistad y que le habló mucho de su casa y sus padres y parecía esperar una confidencialidad similar a cambio. Daniel inmediatamente se retrajo, y esta experiencia frenó un poco su natural y dispuesta inclinación a formar amistades íntimas. Todo el mundo, incluido su tutor, le consideraba como un chico reservado, aunque era tan sencillo y estaba siempre de tan buen humor, además de ser bueno tanto en los estudios como en los deportes, que nadie calificó su reserva de desagradable. Ciertamente su rostro tenía mucho que ver con esa interpretación favorable; pero en este caso la belleza de sus labios cerrados no era hipócrita.

Una sorpresa que le ocurrió antes de sus primeras vacaciones reforzó la consciencia callada de llevar dentro de sí una aflicción, que podría ser comparada de alguna forma con la susceptibilidad de Byron[80] sobre su pie deforme. Sir Hugo le escribió contándole que se había casado con la señorita Raymond, una dulce dama que Daniel debía recordar haber visto. El acontecimiento no iba a cambiar la previsión de pasar sus vacaciones en la Abadía; hallaría en Lady Mallinger una nueva amiga a la que estaba seguro que querría, y más cuando un hombre, habiendo hecho algo de su agrado, se dispone a hacer partícipes a los demás de su propia fortuna y de la satisfacción consecuente.

Excusemos en parte a Sir Hugo hasta que se sepan más a fondo los motivos de su actuación. Los errores en su actitud hacia Deronda se debían a esa falta de sensibilidad hacia lo que pasa por la mente de los demás, sobre todo la de los niños, cosa que se encuentra en las deficiencias más comunes incluso entre los hombres bondadosos como él, para los que la vida ha sido fácil, y han gastado discretamente sus energías en sentirse gratificados. Nadie era más consciente que él que se sospechaba que Daniel fuera su propio hijo. Pero a él le agradaba tal sospecha; y nunca se había preocupado ni una sola vez en que el enigmático aspecto de las circunstancias pudiera afectar al chico, ni entonces ni en el futuro. Le quería tanto como se puede querer a alguien y procuraba lo mejor para él. Y considerando la ligereza con la que las consciencias respetables se toman la instrucción de las almas jóvenes, apenas se le puede reprochar nada a Sir Hugo Mallinger. Había permanecido soltero hasta los cuarenta y cinco años; había sido

considerado siempre como un hombre fascinante de gustos exquisitos; ¿qué podía ser más natural que el tener un hermoso niño como el pequeño Deronda para cuidar de él? La madre podría incluso seguir viva y encontrarse con Sir Hugo en alguna de sus residencias en el extranjero. La única persona que podía tener alguna objeción era el propio niño, al que no podían consultar. Y las objeciones del niño no le preocuparon nunca a nadie salvo a él mismo.

Para cuando Deronda estaba listo para ir a Cambridge, Lady Mallinger tenía ya tres hijas, unos bebés encantadores, las tres, pero cuyo sexo fue anunciado como una alternativa melancólica, al desear tener un niño: si Sir Hugo no tenía ningún hijo la sucesión debería ir a parar a su sobrino Mallinger Grandcourt. Daniel no volvió a mostrar dudas sobre su propio nacimiento. A medida que fue ganando conocimiento, estaba cada vez más convencido que Sir Hugo era su padre, y pensó que el baronet, dado que nunca mostró intención alguna de hablar sobre el asunto, deseaba que el hecho se diera por sobreentendido y aceptar en silencio lo que por norma general sería considerado algo más que el amor y educación debidas. El casamiento de Sir Hugo podía haber sido considerado ciertamente como un nuevo motivo de resentimiento por otros jóvenes en la posición de Deronda, y habrían mirado con el ceño fruncido la imagen que formaban la tímida señora Mallinger con sus pequeños retoños que vinieron rápidamente, al alejar los sentimientos y las posesiones del baronet de quien se consideraba prioritario. Pero el odio a los obstáculos creados por personas que no tenían la culpa era una forma de estupidez moral que no se hallaba en los principios de Deronda; incluso la indignación que desde hacía tiempo se mezclaba con su afecto por Sir Hugo tomó la cualidad de pena más que de enojo; y mientras se hacía a la idea de la tolerancia por el error, normalmente asociaba la idea con sus propios agravios silenciosos.

El sentido de una supuesta desventaja —el pie deformado dudosamente escondido por el zapato—, fomenta un impulso espiritual incansablemente activo, y fácilmente convierte un carácter egoísta y hostil en un ismaelita. Pero en alguna rara ocasión, hay quienes ven su derecho frustrado como uno entre un millón, y la inexorable pena toma la forma de compañerismo y enternece la imaginación. La precoz susceptibilidad de Deronda, cargada al principio con aguda indignación y orgullo tenaz, había despertado en él una reflexión prematura sobre ciertas cuestiones de la vida; había otorgado un sesgo a su conciencia, una conmiseración hacia ciertas enfermedades, y una forma determinada de tomar decisiones, lo que lo diferenciaba de otros jóvenes mucho más de cualquier otro talento que poseía.

Un día cercano al final de las vacaciones largas, en las cuales había

estado de viaje por la ribera del Rin con su tutor de Eton, y en el que había venido para una pequeña estancia de despedida a la Abadía antes de volver a Cambridge, dijo a Sir Hugo:

—¿Qué pretende que sea, señor? —Estaban en la biblioteca y era por la mañana temprano. Sir Hugo le había llamado para leer una carta de un catedrático de Cambridge que estaba interesado en él; y como el baronet tenía un aire pausado y como de negocios, parecía el momento oportuno para introducir un asunto serio que nunca había sido discutido en profundidad.

—Aquello para lo que tu inclinación te lleve, hijo mío. Creí que lo correcto era darte la opción del ejército, pero cerraste las puertas a ello, y yo me alegré. No espero que elijas tan pronto; en algún momento, cuando te conozcas mejor y hayas probado tu temple entre hombres más mayores. La universidad es una buena puerta de entrada al foro. Hay premios que ganar, y un poco de buena suerte cambia a menudo los gustos de un hombre. Por lo que veo y oigo, creo que puedes optar por lo que quieras. Te desenvuelves como pez en el agua con tus clásicos, más de lo que yo fui capaz, y si te cansa nadar en aguas tan profundas, Cambridge es el lugar donde puedes adentrarte en las matemáticas y continuar por tierra firme tanto como quieras. Yo luché por mantenerme a flote como una carpa.

—Supongo que el dinero marcará la diferencia, señor —dijo Daniel, sonrojándose—. Tendré que mantenerme en el futuro.

—No exactamente. Te recomiendo que no seas extravagante… sí, sí, ya sé que tú no eres aficionado a eso; pero no tienes que hacer nada que vaya en contra de tus principios. Tendrás los ingresos de un licenciado, lo suficiente para buscar algo. Tal vez debería decirte que debes considerarte seguro con setecientos al año. Puedes hacer de ti un abogado, convertirte en un escritor, introducirte en la política. Te confieso que es lo que más me agradaría. Me encantaría tenerte a mi lado batallando conmigo.

Deronda parecía incómodo. Sentía que debía mostrar algún signo de gratitud, pero otros sentimientos le atascaron la lengua. Algo en su interior le empujaba a aprovechar ese momento para preguntar por su nacimiento, y con todo, parecía más imposible que nunca que la pregunta hallase salida, y más imposible aún que oyera ciertas cosas de los labios de Sir Hugo. El modo liberal con el que había sido tratado era de lo más sorprendente porque el baronet se había preocupado últimamente del dinero, y sobre todo se había interesado en la hacienda para poder proveer en el futuro a sus hijas; y mientras todo esto cruzó por la mente de Daniel, se le ocurrió momentáneamente que la provisión para él podría venir, de alguna forma, de su madre. Pero tal etérea conjetura se fue tan rápido como vino.

Sir Hugo no pareció notar nada peculiar en la actitud de Daniel, y continuó con su habitual vivacidad charlatana.

—Me alegra que hayas leído otras cosas además de tus clásicos, y le hayas hincado el diente al francés y al alemán. La verdad es que, a menos que un hombre pueda obtener el prestigio y el sueldo de un catedrático y escribir libros académicos, apenas le sirve de mucho hacer de él una máquina de griego y latín y ser capaz de continuar recitando varias páginas seguidas de dramaturgos griegos a partir de cualquier verso que se le dé como indicación. Todo eso está muy bien, pero en la práctica nadie te va a dar una cita griega para que la continúes. De hecho, me gustaría que vigilaras el refinamiento de las conversaciones: muchas citas del tipo que sean, incluso en inglés, son malas. Tienden a sofocar las observaciones ordinarias. No se podría seguir viviendo si nos apartamos un poco del pensamiento de que todo ha sido ya dicho de una forma mejor que lo que uno es capaz de expresarlo. Pero hablando de catedráticos, he visto a uno que ha logrado ser un personaje eminente de la sociedad; y es capaz de vez en cuando de soltar un sermón de sabiduría en el lugar adecuado, cosa muy apropiada en política. Se necesitan hombres así, y si tienes la oportunidad de ser un catedrático, no tengo nada que objetar.

—Creo que no es muy probable. Quicsett y Puller son ambos más fuertes que yo. Espero que no le decepcione demasiado si no obtengo grandes honores.

—No, no. Quiero que ganes el mayor prestigio posible pero, por el amor de Dios, no vuelvas como una especie de idiota de nivel superior, como el joven Brecon, que tuvo una doble Matrícula, y ha estado aprendiendo a coser tirantes desde entonces. Lo que quiero que saques de ahí es un pasaporte para la vida. Yo no estoy en contra de nuestro sistema universitario: queremos que se sepa un poco de cultura desinteresada, más incluso que de algodón y de capital, especialmente en la Cámara. Yo he perdido todo mi griego: si tuviera que traducir literalmente un verso de repente lo haría francamente mal. Pero el griego forjó mi estilo. Diría incluso que mi inglés es mejor gracias a él.

En este punto, Daniel mantuvo un respetuoso silencio. La fe entusiasta en los escritos de Sir Hugo como modelo, y en los Whigs como en la raza escogida para la política, había ido desvaneciéndose junto con el rostro seráfico del chico. No era de los que más había trabajado en Eton. A pesar de que ciertas materias y lecturas le resultaban tan fáciles como ir en bote, no estaba hecho de esa materia que le convierte a uno en el primer estudiante de Eton. Le había sobrevenido un anhelo contemplativo por el conocimiento amplio, lo cual casi siempre rebaja la exaltación en la lucha por destacarse en los primeros puestos. Por suerte, era modesto, y aceptaba cualquier

mediocridad que hubiera en él como un hecho, no como algo de lo que tenían que darse cuenta por fuerza sus superiores. Aún así, la alta opinión del señor Fraser acerca del chico no habría sido desmentida por este: Daniel llevaba el sello de una rareza en un manso fervor de simpatía, un derroche de imaginación a favor de los demás, que no se mostraba efusivamente, pero que era continuamente visto en actos de consideración que sorprendían a sus compañeros como signos de excentricidad moral. «Deronda habría sido el primero de todos si hubiera tenido más ambición» —era un comentario frecuente sobre él —. ¿Pero cómo podía prosperar una persona cuando declinaba luchar a favor de sí mismo, y elegía ser derribado cuando estaba a punto de conseguir la victoria, y a diferencia del gran Clive[81], prefería ser el ternero al carnicero? Era un error, sin embargo, suponer que no tuviera su parte de ambición: sabemos que había sufrido agudamente por creer que había un tizne de deshonor por su parte; pero hay algunos casos, y el suyo era uno de ellos, en los que el sentido de la injusticia acarrea, no la voluntad de infligir injusticias y aprovecharse de ellas para trepar, sino un odio a toda injusticia. Tenía sus momentos de fiereza, y podía atacar si se presentaba la ocasión, aunque las ocasiones no eran siempre lo que se podía haber esperado. Pues en lo que a él se refería, sus impulsos resentidos habían sido controlados desde el inicio por una afectividad magistral. El amor tiene la costumbre de decir “no importa” al mal humor, el cual, se aparta ocasionalmente a un lado y poco a poco acaba por acostumbrarse. Así que, a medida que Deronda iba haciéndose un hombre, su sentimiento hacia Sir Hugo, a pesar de ir cada vez más mezclado con la crítica, iba ganando esa especie de tolerancia que reconcilia la crítica con la ternura. El dulce y viejo hogar, y todo lo asociado a él, Lady Mallinger y sus pequeñas incluidas, fueron objetos de respeto tanto como lo habían sido hacia él, solo que con una pequeña diferencia de perspectiva. El retablo ya no era milagrosamente perfecto, pintado bajo una guía infalible, sino que se discernía una mano humana en ese trabajo que apelaba a una ternura reverente más segura que los destellos del descubrimiento. Ciertamente la ambición de Deronda, incluso en la flor de la vida, permanecía excepcionalmente libre de la exultación manifiesta y vulgar, y de otras formas desagradables de energía infantil; tal vez porque desde muy temprano se apasionó por las ideas, y sublimó su fogosidad en tales alturas. Uno puede malgastar una gran cantidad de energía en odiar y oponerse a lo que otros persiguen, y un chico que se encapricha del estuche de lápices de otro puede no ser tan enérgico como otro que disfruta regalando el suyo. Con todo, Deronda no era de los que se limpiaba las manos de las escenas desagradables: se interesaba por ellas y cuidaba del que salía peor parado. Le ayudó a

ser considerado más popular el comprometerse de vez en cuando por medio de este aparente compañerismo. Pues el interés contemplativo en aprender cómo se producían las miserias humanas —tan precoz en él como el tipo de genialidad en el poeta que escribe una *Reina Mab*[82] a los diecinueve años— estaba tan arraigado en él con la amabilidad que fácilmente se tomaba por compañerismo. Suficiente. Sucede a menudo que en la vida de nuestros vecinos, no solo encontramos errores y deslices, sino también cierta bondad distinguida que no puede ser descrita con palabras, tan solo adivinada, según nuestra intuición.

La impresión que causó en Cambridge fue la misma que en Eton. Todos los que se interesaron en él coincidieron en que podía haber ocupado un nivel más alto si hubiera estado más incentivado, y no se hubiera complicado con la idea de considerar los estudios como algo que alimentaba la motivación y la opinión, en lugar de considerarlos como los instrumentos de éxito, una idea que le llevó a desarrollar arduas críticas y discusiones cuando debía haber invertido sus fuerzas en las propias asignaturas. Al principio encontró en su trabajo en la universidad una nueva motivación: aburrido de sus ejercicios clásicos en Eton, se aplicó con vigor a las matemáticas, por las que había mostrado una temprana aptitud ya con el señor Fraser, y tenía el placer de sentir su destreza en tal materia. Ese placer, y la opinión favorable de su tutor, le llevaron a intentar conseguir una beca de matemáticas para la Pascua de su segundo año: quería satisfacer a Sir Hugo con algún logro, y el estudio de las matemáticas del máximo nivel, además de la fascinación inherente asociada a cualquier actividad del pensamiento que requiera intensidad, le estaba convirtiendo en un trabajador más exclusivo de lo que había sido con anterioridad.

Pero entonces se topó con el viejo freno que había ido creciendo con su desarrollo. Halló que su inclinación interior hacia la comprensión y el detenimiento divergía cada vez más del sistema de exámenes implantado: le producía una gran decepción la desgastante inutilidad y el esfuerzo debilitador que suponía la exigencia de una destreza y una retención de datos excesiva sin que luego se interiorizasen los principios que forman las conexiones vitales del conocimiento. (La graduación de Deronda ocurrió hace quince años, cuando todavía no era indiscutible la perfección de nuestro método universitario). En los momentos de insatisfacción extrema se reprochaba haber sido seducido por las ventajas convencionales de formar parte de una universidad inglesa, y se sentía tentado de pedirle a Sir Hugo que le dejara abandonar Cambridge y buscar una línea de estudio más independiente en el extranjero. El origen de esta inclinación ya se había manifestado en su amor juvenil por la Historia

Universal, que le hicieron querer sentirse como en casa en países extranjeros, e imaginarse a los estudiantes que viajaban en la Edad Media. Echaba de menos ahora tener el tipo de aprendizaje en la vida que no le moldeara demasiado definitivamente, y le robara la posibilidad de elección que pudiera desprenderse de un desarrollo libre. Puede observarse que los deméritos de Deronda se situaban probablemente del lado de la duda reflexiva, y esta tendencia se acentuaba por su posición: no había ninguna necesidad inmediata de unos ingresos inmediatos, o de prepararse apresuradamente para una profesión; y su susceptibilidad hacia los hechos medio conocidos de su parentesco constituía una excusa para demorarse más que otros en un estado de neutralidad social. Otros hombres, se decía, tienen una posición y unas obligaciones más definitivas. Pero el proyecto que lisonjeaba su inclinación no habría pasado probablemente del inefectivo estado de meditación melancólica si ciertas circunstancias no lo hubieran precipitado hacia la acción.

Las circunstancias surgieron de una calurosa amistad que se extendía más allá de la universidad. De su mismo año, y ocupando habitaciones cercanas a las de él, había un joven que había venido como expositor del Christ's Hospital, y tenía excentricidades suficientes propias de un Charles Lamb[83]. Solo mirar sus rasgos ceñidos y su pelo rubio que caía sobre su cuello recordaba uno de los pintorescos bustos pálidos de los primeros pintores alemanes; y cuando este débil colorido era iluminado por una broma, aparecían pliegues repentinos alrededor de la boca y de los ojos que podían haber pertenecido a un humorista de edad. Su padre, un grabador de cierto rango, había muerto hace once años, y su madre tenía tres niñas que educar y mantener con una anualidad precaria. Hans Meyrick —había sido bautizado atrevidamente con el nombre de Holbein[84]— se sentía el pilar, o más bien el tronco retorcido y lleno de nódulos, sobre el cual estas frágiles plantas trepadoras debían sustentarse. No faltaba capacidad o afecto sincero para hacer el sostén fiable: la facilidad y la rapidez con la que estudiaba podrían servirle para ganar premios en Cambridge, como había hecho entre las "casacas azules" a pesar de sus irregularidades. El único peligro era que no sabía calcular el tiempo de sus tendencias impredecibles, y que sus buenas intenciones podían ser frustradas por algún acto que no fuera realizado por costumbre, sino por impulsos caprichosos y aislados. No podía decirse de él que tuviera ningún mal hábito; pero a intervalos más o menos cortos cometía traviesas imprudencias, y hacía cosas que habrían resultado muy malos hábitos.

Cuando estaba en sus cabales, Han era, sin embargo, una criatura encantadora, y resultó que encontró en Deronda un amigo dispuesto a apoyarle con la máxima constancia, por la compasión que le

suscitaban estas breves aberraciones que traían luego un gran arrepentimiento. Hans, ciertamente, compartía las habitaciones de Deronda casi tanto como usaba las suyas; confió a Deronda sus estudios, sus asuntos y sus esperanzas; la pobreza de su casa y su amor por sus criaturas; el hormigueo de sus dedos por dibujar y su determinación de satisfacerlo para lograr un poco de dinero que compartir con su madre y sus hermanas. No quería confidencias a cambio, pero parecía que tomaba a Deronda por un dios del Olimpo que no necesitaba nada, un egotismo en la amistad que es bastante común en naturalezas volubles y expansivas. Deronda estaba contento, y se interesó por Meyrick todo lo que este requería, preocupándose al final como si fuera su hermano, cuidando de él en sus momentos imprevisibles, y arreglándoselas por medio de tretas sutiles no solo para suplir la falta de dinero de su amigo, sino además para salvarle de situaciones amenazantes. Una amistad así se vuelve fácilmente tierna: uno despliega fuertes alas protectoras que se deleitan en extenderse, el otro recibe la cálida protección, que también es una delicia. Meyrick se estaba preparando para obtener una beca en letras clásicas, y su progreso, en algunos aspectos importantes, se debía con toda probabilidad a la influencia de la amistad de Deronda.

Pero una imprudencia de Meyrick, cometida a principios del trimestre de otoño, amenazó con decepcionar sus esperanzas. Con su alternancia habitual entre un gasto innecesario y una austeridad absoluta, había entregado demasiado dinero por un viejo grabado que le fascinaba, y para compensarlo, había vuelto de Londres en un carruaje de tercera clase con sus ojos expuestos a un viento cortante y a cualquier partícula irritante que llevara consigo. Como consecuencia sufrió una severa inflamación en los ojos, que por algún tiempo le alarmó con la amenaza de durar más de lo previsto. Este serio problema hizo que Deronda se dedicara por él al completo, relegando a un segundo plano cualquier otra ocupación que no fuera ser su compañero y sus ojos, trabajando con él y por él con sus clásicos, por si todavía podía salvarse su beca. Hans, para evitar que su madre y sus hermanas se enterasen de su sufrimiento, alegó que tenía mucho trabajo para pasar las navidades en Cambridge, y su amigo permaneció con él.

Mientras, Deronda se relajó en sus estudios de matemáticas, y Hans, reflexionando sobre ello, le dijo detenidamente:

—Querido compañero, mientras me ayudas a progresar, estás arriesgando tu carrera. Con el estudio de las matemáticas te puede pasar lo que a Moisés o a Mahoma o a alguien de esos, que después de empollar, olvidaron en un día lo que les había llevado cuarenta años aprender.

Deronda no iba a admitir que le importaba ese riesgo, y realmente

le era un poco indiferente porque había sido seducido por un doble motivo: por una parte, le preocupaba mucho que Hans no fuera a perder la necesitada beca, y por otra sintió renacer su interés en los estudios clásicos. Con todo, cuando Hans, hacia el final del día, era ya capaz de usar sus propios ojos, Deronda tenía la suficiente fuerza de voluntad para seguir estudiando duramente y recuperar el tiempo perdido. Sin embargó, él suspendió; pero tuvo la satisfacción de ver a Meyrick ganarse la beca.

El éxito, siendo una especie de punto de partida que alienta a la terminación, podía haber reconciliado a Deronda con su curso universitario; pero la vaciedad de todas las cosas, desde la política hasta los pasatiempos, nunca nos es tan llamativa como cuando fracasamos en ellas. El fracaso del triunfo personal no le resultaba duro, pero la sensación de haber malgastado inútilmente su tiempo en un modo de trabajar que había ido en contra de sus principios, le desilusionó para volver a empezar de nuevo el proceso, y se replanteó seriamente su antiguo deseo de abandonar Cambridge. Al hablar de su intención a Meyrick, se lo presentó de forma que parecía que estuviera contento del signo de los acontecimientos, contento de que la balanza se hubiera decantado hacia un lado claramente, y de sentirse libre de sus indecisiones; pero sabía que tenía por supuesto que someterse a cualquier objeción al respecto que le hiciera Sir Hugo.

La alegría y la gratitud de Meyrick estuvieron empañadas con una gran ansiedad. Creía en la presunta preferencia de Deronda, pero sentía profundamente que al servirle a él, Daniel se había situado en una situación desventajosa en la opinión de Sir Hugo, y dijo con pena:

—Si hubieras obtenido la beca, habrías quedado mejor con Sir Hugo al pedirle dejar los estudios. Has arruinado tu suerte por mi causa, y no puedo hacer nada para arreglarlo.

—Sí, claro que puedes. Vas a ser un estudiante de primera. Considero que he hecho una inversión de primera con mi suerte.

—¡Oh, qué demonios! Evitas que se hunda un feo animalillo, y esperas que se convierta en una figura hermosa. Los poetas han escrito suficientes tragedias sobre personas que han abrazado el mal por conseguir algo dulce; yo escribiré una tragedia sobre un compañero que abrazó el bien, y por siempre después fue desdichado.

Pero Hans no perdió ni un minuto en escribir secretamente la historia del asunto a Sir Hugo, dejando claro que si no hubiera sido por la dedicación generosa de Deronda, él no habría podido ganar el premio por el que había estado trabajando.

Los dos amigos subieron a la ciudad juntos: Meyrick para regocijarse con su madre y las niñas en su pequeña casa en Chelsea; Deronda para llevar a cabo la menos agradable tarea de abrir su mente a Sir Hugo. Confiaba un poco en la tolerancia general del

baronet hacia las excentricidades, pero esperaba más oposición que la que se encontró. Fue recibido incluso con una amabilidad más calurosa que nunca, apenas se tocó el tema del suspenso, y cuando detalló sus motivos por desear abandonar la universidad e ir a estudiar en el extranjero, Sir Hugo se sentó por un momento en silencio, más bien meditando que sorprendido. Al final dijo, mirando a Daniel detenidamente:

—¿Así que después de todo no quieres ser un caballero inglés?

—Sí que quiero, pero deseo entender otros puntos de vista. Y quiero librarme de una actitud meramente inglesa en los estudios.

—Ya veo, no quieres ser forjado en el mismo molde que los demás jóvenes. Y no tengo nada que decir contra tu descubrimiento de nuestros prejuicios nacionales. Yo mismo me siento mejor por haber pasado buena parte de mi tiempo en el extranjero. Pero, por el amor de Dios, ¡mantén un porte inglés, y no te acostumbres al tabaco malo! Y, mi querido hijo, es bueno ser desprendido y generoso; pero no lo lleves demasiado lejos. No funcionará que te sacrifiques y te anules a ti mismo por el beneficio de los demás; debes saber dónde encontrarte. No obstante, no voy a poner ningún impedimento a que te marches. Si pudiera librarme del Comité me iría contigo.

Así que Deronda se marchó como realmente quería, no sin antes pasar unas horas con Hans Meyrick, quien le presentó a su madre y a sus hermanas en la casa de Chelsea. Las tímidas chicas observaron y registraron cada mirada del amigo de su hermano, declarado por Hans su salvador, un compañero como ninguno, y una buena persona en la que se podía confiar. Ellas idealizaron tanto a Deronda como un ideal, que cuando se hubo marchado, la pequeña se puso a trabajar, ante la crítica de las dos hermanas mayores, pintándole como el Príncipe Camaralzamán[85]

CAPÍTULO 17

Canta el poeta esta verdad que la pena de las penas recuerda cosas más felices
TENNYSON, *Locksley Hall*

Una noche agradable de finales de junio, Deronda iba remando por el Támesis. Hacía ya un año o más que había regresado a Inglaterra, con el convencimiento de que su educación había terminado, y que de alguna manera iba a entrar a formar parte de la sociedad inglesa; pero aunque, en deferencia al deseo de Sir Hugo, y para desprenderse de la pereza, había empezado a leer libros de leyes, esta aparente decisión no había dado más resultado que profundizar las raíces de su indecisión. Su antigua pasión por el remo se había avivado al máximo ahora que estaba en la ciudad con los Mallingers, porque en ninguna otra parte podía encontrar la misma reclusión que le daba el río. Poseía un bote propio en Putney, y cuando Sir Hugo no lo quería en casa, su pasatiempo favorito era remar hasta pasado el ocaso y regresar acompañado de las estrellas. No es que pasara por una etapa sentimental; pero se hallaba en otro estado contemplativo, tal vez más común entre los jóvenes de hoy, ese por el que se preguntan si merece la pena tomar parte en la batalla del mundo: me refiero, por supuesto, a los jóvenes que pueden permitirse la improductiva tarea de preguntarse tal cosa al tener el respaldo de un tres o un cinco por ciento de un capital por el que otro ha batallado. A Sir Hugo le desorientó que alguien que contrastaba grandemente con todo lo que fuera enfermizo y quejumbroso fuera ofuscado por ideas que, como no afectaban en absoluto a un Whig consagrado como él, no podían ser más que fantasías imaginarias; especialmente cuando Deronda se posicionó en contra de la autoría literaria —una vocación que convierte las ideas tontas en fondos económicos—.

Remando vestido con una camiseta azul marino y un gorro, con los rizos de su pelo recortados, su boca asediada con los abundantes y suaves remolinos que formaba su barba, su imagen escondía rasgos del niño seráfico que “arrastraba nubes de gloria”[86]. Es más, incluso alguien que no le hubiera visto desde su niñez le habría al fin

reconocido, debido tal vez a la peculiaridad de su mirada que Gwendolen decidió catalogar como “terrible”, aunque su forma de observar era en realidad muy discreta. La voz, que a veces se dejaba oír en algunos fragmentos aislados de una canción, se había convertido simplemente en la de un barítono alto; de hecho, con solo mirar su poderosa y flexible estructura, y la firme gravedad de su rostro habría sido suficiente para que un observador experimentado se diera cuenta que no tenía una de esas voces de tenor peculiar y deslumbrante como las que origina a veces la naturaleza a costa de algún sacrificio. Observemos sus manos: no son ni pequeñas ni forman hoyuelos, sus dedos no son como los que acaban en punta que parecen que tengan solo un tacto modesto; los suyos son largos, flexibles, en manos firmes, como las que Tiziano había pintado en un cuadro en el que quería mostrar la combinación de la delicadeza con la fuerza. Y hay una semejanza, también, entre los rostros de los dueños de estas manos, tanto en la piel uniformemente morena como en la ceja perpendicular y los tranquilos ojos penetrantes. Y no hay en él serafín: es completamente terrestre y viril; pero del tipo que hace creer en una dignidad humana que es capaz de admitir parientes pobres.

Gente así se topa con nosotros de vez en cuando en condiciones normales; por ejemplo, en un trabajador que silba mientras hace sus medidas y levanta sus ojos para responder a nuestra pregunta sobre la carretera. Y a menudo, el significado real tanto de los rostros como de las palabras escritas está principalmente en las impresiones de aquellos que las ven. Pero son precisamente estas impresiones las que resultan tener ahora importancia en relación con Deronda, remando por el Támesis con un atuendo muy discreto para un joven caballero en su tiempo de ocio, y pasando por debajo del puente Kew Bridge sin el pensamiento de que por su apariencia fuera a tomar parte en aventura alguna. De hecho, se oponía fuertemente a la idea, que otros no le habían dejado no pensar, que su apariencia era de las que llamaba la atención; y tales insinuaciones, que pretendían ser un cumplido, le enfadaban, pues le recordaban experiencias confusas, de las que ya había averiguado algo. Su propio rostro reflejado en el espejo había sido asociado durante muchos años con el pensamiento de que tenía que ser como alguien, alguien cuyo carácter y destino era siempre un enigma, y nunca se atrevía a preguntar.

En el barrio de Kew Bridge, entre las seis y las siete de la tarde, el río no estaba solitario. Varias personas paseaban por el camino de los remolques, y por acá y por allá se veía algún bote echando cabos. Deronda había estado remando rápido para llegar a este lugar; cuando se dio cuenta que una gran barcaza avanzaba hacia él, apartó su bote a un lado, y esperó con su remo a un par de yardas de la orilla del río. Mientras, continuaba tarareando inconscientemente la tonadilla que

había embrujado su garganta por todo el trayecto por el río —la canción del gondolero del "Othello", en la que Rossini había puesto dignamente en música las inmortales palabras de Dante:

Nessun maggiore dolore
Che ricordarsi del tempo felice
Nella miseria[87].

Y, mientras descansaba apoyado en su remo, el súbito *pianissimo* del lamento melódico *nella miseria* fue oído perfectamente al borde del agua. Tres o cuatro personas se habían detenido en varios lugares para ver pasar la barcaza por el puente, y obviamente se fijaron también en el joven caballero de la barca; pero probablemente solo hubo un oído que recibió los leves sonidos vocálicos de forma distinta que si se tratara del murmullo de un insecto en medio de la suma de los ruidos del momento. Deronda, esperando a la gran barca, volvió la cabeza hacia la orilla, y vio a unas pocas yardas de distancia a una figura que podía haber sido la personificación de la miseria a la que inconscientemente estaba poniendo voz: una chica de apenas más de dieciocho años, de figura esbelta, con una pequeña cara delicada, sus rizos morenos recogidos detrás de un gran sombrero negro, y con un largo abrigo de algodón sobre sus hombros. Tenía las manos entrelazadas ante ella, y sus ojos estaban fijos en el río con una mirada estática e inamovible de desesperación. Le captó tanto la atención que dejó de cantar: por lo visto su voz había calado dentro de ella paulatinamente y sin darse cuenta, puesto que cuando paró de repente, ella cambió ligeramente su postura, y mirando a su alrededor algo asustada, se encontró con el rostro de Deronda. Solo fueron un par de momentos, pero eso parece mucho tiempo para dos personas que se miran directamente a los ojos. Ella tenía una mirada como la de un cervatillo o algún otro animal inocente antes de que la apartara y se marchara apresuradamente: no hubo sonrojo ni ningún tipo de sobresalto especial, tan solo algo de timidez que sin embargo no le impidió prolongar su mirada antes de marcharse. De hecho, a Deronda le dio la sensación de que ella solo era medio consciente de lo que pasaba su alrededor: ¿tenía hambre o había algún otro motivo por su aturdimiento? Sintió una punzada de interés y de compasión por ella; pero al momento siguiente se había vuelto y se había dirigido hacia un banco cercano debajo de un árbol. Él no tenía derecho a detenerse y observarla: es común ver a mujeres pobremente vestidas y melancólicas; lo único excepcional era la belleza delicada, las líneas y el color pintorescos de la imagen, y estas condiciones hacían todavía más imposible que se entrometiera. Comenzó a remar de nuevo, y no tardó en llegar al final del río; pero no podía quitarse con otros

pensamientos la pálida imagen de la chica infeliz. Una y otra vez especulaba sobre el probable romance que se escondía tras esa soledad y esa mirada de desolación; luego se sonreía a sí mismo por compartir el prejuicio de que los rostros interesantes debían tener aventuras interesantes; y acababa por justificarse al sentir que la pena era aún más trágica cuando recae sobre una belleza fina e ingenua.

«No debería haber olvidado la mirada de desgracia si ella hubiera sido fea y vulgar», se dijo. Pero no podía negar que la belleza de la imagen era lo que la hacía durar tanto. La conservaba tan nítida como un camafeo de ónix: las ropas de un color entre negro y marrón, la cara blanca con rasgos muy pequeños y ojos oscuros con largas pestañas. Su mente recorrió las tragedias que viven las chicas por el mundo, tragedias escondidas, desapercibidas, como las que suceden tras los setos, donde las desvalidas abandonadas arrastran sus alas heridas, y rasgan el musgo de la sombra con la aguja roja del reloj de su propia muerte. Últimamente, Deronda, en sus excursiones solitarias, había estado ocupado sobre todo con las incertidumbres de su propio destino; pero tales incertidumbres, que venían a su antojo, tenían por costumbre estar tan conectadas ampliamente con toda la vida y la historia que la nueva imagen de tristeza desvalida se mezclaba fácilmente con lo que le parecían los verdaderos motivos por los que debía evitar entrar en esa rutina por la que los hombres se disculpan por todos sus errores, y tomar las opiniones como mero material profesional, o los motivos por los que no debía intentar desenhebrar el embrollado y desesperado estado de las cosas.

Usaba poco los remos, satisfecho de verse arrastrado por las aguas hacia atrás. Era su costumbre complacerse en esa solemne pasividad que llega tranquilamente con el alargamiento de las sombras y la disminución de la luz, cuando el pensamiento y el deseo se funden imperceptiblemente, y lo que en otros momentos podía verse como motivo de discusión cobra la calidad de visión apasionada. Para cuando había regresado de nuevo por la corriente al puente de Richmond el sol se estaba poniendo; y la proximidad de su hora favorita —con su quietud profunda y masas oscuras de árboles y edificios entre el doble fulgor del cielo y el río— le animó a quedarse un rato más como si estuviera ante un espectáculo musical aún inconcluso. Buscó un lugar solitario que fuera bueno para amarrar su bote a la orilla, y tumbándose de espaldas con la cabeza apoyada en los cojines, pudo observar la luz del ocaso y la aparición de las primeras estrellas, que algún poeta oriental describe como la llamada de Dios a cada una de ellas, que al responder “aquí estoy” se iluminan. Eligió un sitio en un recodo del río que quedaba justo enfrente a los jardines de Kew Gardens, donde tenía ante él una considerable masa de agua que reflejaba la gloria del cielo, mientras él mismo

permanecía a la sombra. Se tumbó con las manos detrás de la cabeza al mismo nivel que el borde del bote para poder ver todo lo que había a su alrededor sin ser visto por nadie a pocas yardas de distancia; y durante un buen rato no apartó la vista de lo que tenía enfrente. Se estaba olvidando de todo lo demás al identificarse a sí mismo, medio especulativamente medio involuntariamente, con los objetos que estaba observando, pensando a qué distancia sería posible cambiar su centro hasta que su propia personalidad no estuviera más fuera de sí mismo que lo que está el paisaje, cuando tuvo la impresión de que algo se movía por la orilla que había enfrente de él, detrás de una hilera de sauces, y le hizo volver su atención hacia allí. Al primer momento tuvo un súbito presentimiento acerca de la figura que se movía; y ahora podía observar su pequeño rostro bañado por los últimos rayos de luz. Temió asustarla con un movimiento repentino y la observó atentamente sin moverse. Ella miró a su alrededor, como si quisiera reunir valor a partir de su aparente soledad, escondió su sombrero entre los sauces, e inmediatamente se quitó su abrigo de lana. Entonces se sentó y hundió deliberadamente su abrigo en el agua, manteniéndolo por unos breves momentos, y recuperándolo a continuación con cierto esfuerzo, a la vez que se levantaba mientras lo hacía. Por entonces Deronda estaba seguro de que ella pretendía cubrirse con él a modo de mortaja; así que ya no podía entretenerse ni un momento y no tenía sentido pensar que podía asustarla. Se incorporó y tomó su remo para navegar hacia ella; por suerte su posición quedaba un poco por debajo de la de él. La pobre, sobrecogida al ser descubierta desde la otra orilla, se metió de nuevo en el agua con su abrigo, aunque con medio cuerpo fuera. Se agachó y se tapó la cara como si todavía tuviera una débil esperanza de no haber sido vista, y que el barquero estuviera viniendo hacia ella por casualidad. Pero él enseguida se acercó, amarró su bote en la orilla y le habló de forma muy amistosa:

—No tenga miedo… usted es infeliz. Le ruego confíe en mí… dígame qué puedo hacer para ayudarla.

Ella alzó la cabeza y le miró. La cara de él daba ahora a la luz, y ella le reconoció. Pero durante unos momentos permaneció en silencio, y se observaron como ya lo habían hecho anteriormente el uno al otro. Al fin, ella dijo con voz suave y dulce, en un acento tan marcado que parecía extranjero, aunque no lo era:

—Ya le he visto antes… —y luego añadió, distraída, tras una pausa —: “nella miseria”.

Deronda, sin entender la conexión, supuso que se hallaba debilitada por el dolor o el hambre.

—¿Era usted, el que cantaba? —Continuó, dudando—: “Nessun maggiore dolore”… —A Deronda le pareció que las meras palabras,

pronunciadas en ese tono tan dulce, recobraban la melodía.

—Ah, sí —dijo, comprendiendo—. A menudo lo canto. Pero me temo que se va a lastimar permaneciendo aquí. Permítame llevarla en mi barca a algún sitio más seguro. Y ese abrigo mojado, deje que lo coja.

No quiso cogérselo sin su consentimiento para no asustarla. Incluso ante sus palabras, temió que ella se encogiera y agarra aún más fuertemente el abrigo. Pero sus ojos permanecían fijos en los de él con una pregunta en su mirada mientras dijo:

—Parece usted bueno. Tal vez sea el designio de Dios.

—Confíe en mí. Deje que la ayude. Moriría antes de permitir que le ocurriera nada malo.

Ella se levantó, primero escurriendo el abrigo mojado y luego dejándolo caer al suelo —era demasiado pesado para sus brazos cansados—. Su pequeño cuerpo femenino, mientras juntaba sus delicadas manos heladas sobre su cintura y daba un paso atrás la vez que adelantaba su cabeza para no dejar de verle, era indescriptiblemente conmovedor.

—¡Santo Dios! —Las palabras se le escaparon a Deronda en un tono tan bajo y solemne que parecían como una oración revelada inconscientemente. La inquieta impresión que le estaba produciendo esta chica abandonada llegó a tocarle su fibra sensible, relacionada con su profundo interés en el destino de las mujeres; «tal vez mi madre fue como ella». Su antigua idea le vino ahora con un nuevo ímpetu de sentimientos entremezclados, y provocó la exclamación por la que tanto en el este como en el oeste se ha concentrado durante siglos el sobrecogimiento ante la calamidad inexorable.

Parece que las palabras pronunciadas en voz baja dieron una especie de consuelo a la oyente: se acercó al bote y Deronda le ofreció la mano, esperando ahora que ella le dejaría ayudarle a entrar en él. Ya había puesto su pequeña mano en la suya, que se cerró sobre la de ella, cuando algo la hizo cambiar de idea, y retirándose dijo:

—No tengo adónde ir, no tengo parientes en toda esta tierra.

—La llevaré a casa de una señora que tiene hijas —dijo Deronda inmediatamente. Sintió una especie de alivio al descubrir que la casa malvada y los amigos crueles de los que se imaginó que huía no estaban por ahí. Pero ella todavía dudaba, y dijo con más timidez que nunca:

—¿Trabaja usted para el teatro?

—No, no tengo nada que ver con el teatro —dijo Deronda con voz firme. Y añadió suplicante—: la dejaré en un lugar completamente seguro enseguida; con una señora, una buena mujer; estoy seguro de que será amable con usted. No perdamos más tiempo: se va a poner

enferma. La vida todavía puede sonreírle. Hay buena gente, hay mujeres buenas que pueden cuidar de usted.

Ya no volvió a retroceder, sino que embarcó con facilidad, como si estuviera acostumbrada a ello, y se sentó sobre los cojines.

—¿Tiene usted algo con lo que cubrirse la cabeza? —dijo Deronda.

—¿Mi sombrero? —(Se llevó las manos a la cabeza)—. Está escondido entre los arbustos.

—Lo encontraré —dijo Deronda, desaprobando con la mano su intención de levantarse—. La barca está fijada.

Saltó, encontró el sombrero, y levantó el abrigo empapado, retorciéndolo y lanzándolo al final del bote.

—Debemos llevarnos el abrigo, para evitar que nadie que haya podido verla piense que se ha ahogado —dijo alegremente, mientras entraba de nuevo en la barca y le entregaba su viejo sombrero—. Me hubiera gustado tener alguna otra prenda que ofrecerle que mi propio abrigo. ¿Le importaría ponérselo sobre los hombros mientras estemos en el agua? Es algo que suele hacerse cuando la gente regresa tarde y no tiene suficiente con que abrigarse —le acercó el abrigo con una sonrisa, que fue respondida con otra débil sonrisa melancólica mientras aceptaba el abrigo, y se lo puso con cuidado.

—Tengo algunas galletas, ¿le apetecen? —dijo Deronda.

—No, no puedo comer. Y me queda algo de dinero para comprar pan.

Él comenzó a remar sin hacer más comentarios, y continuaron rápidamente durante varios minutos sin hablar. Ella no le miraba a él, sino a los remos, inclinándose hacia delante en una posición de reposo, como si estuviera empezando a sentir la comodidad del calor que volvía y la perspectiva de la vida en lugar de la de la muerte. El crepúsculo avanzaba; ya no quedaba nada de esa luz roja y las diminutas estrellas iban dando respuesta una tras otra. La luna se elevaba, aunque aún costaba verla al hallarse por detrás de los árboles y los edificios. No había suficiente luz como para que pudiera distinguir la expresión de sus rasgos o de su mirada, pero estos se presentaban ante él sin ninguna duda —unos rasgos y una mirada que parecían haber dado un significado pleno a ese rostro—. Entre sus temores, uno era el dominante: la primera impresión que tuvo acerca de ella, que no estuviera bien de la cabeza, no se había disipado del todo: la intención del suicidio era incuestionable y añadía un sentido diferente a cualquier otro signo sospechoso. Estaba ansioso por retomar la conversación, pero se abstuvo, deseando alentar así cierta confianza para que la indujera a hablar a ella primero. Al final, fue ella quien habló:

—Me gusta escuchar el sonido del remo.

—A mí también.

—Si usted no hubiera venido, ahora estaría muerta.

—No soporto que hable de eso. Espero que nunca lamente que haya venido.

—No veo por qué tengo que estar contenta de seguir viva. El *maggiore dolore* y la *miseria* han durado más que el *tempo felice*. —Hizo una pausa y luego continuó como en ensueño—: *Dolore, miseria*, creo que estas palabras están vivas.

Deronda estaba en silencio: hacerle preguntas parecía una libertad injustificable; no quería parecer que reclamaba la autoridad de un benefactor o que fuera a tratarla con poco respeto debido a su sufrimiento. Ella continuó divagando:

—No pensé que fuera malo. La muerte y la vida son la misma cosa ante el Eterno. Sé que nuestros padres quitaban la vida a sus hijos y luego se la quitaban a sí mismos para mantener pura su alma. Es lo que pretendía. Pero ahora se me ordena vivir. No veo cómo voy a poder hacerlo.

—Encontrará amigos. Yo se los encontraré para usted.

Ella sacudió la cabeza y dijo tristemente:

—No a mi madre ni a mi hermano. No los puedo encontrar.

—¿Es usted inglesa? Debe serlo, hablando tan bien el inglés.

Ella no respondió inmediatamente, sino que miró de nuevo a Deronda, haciendo un esfuerzo por verle a través de la escasa luz. Hasta ahora, había estado mirando los remos. Tenía la sensación de estar medio consciente, y se preguntaba qué parte de sus impresiones formaban parte de un sueño y cuáles de la realidad. El aislamiento en la aflicción había entumecido su sentido de la realidad, y se le escabullía continuamente la capacidad de discernir entre lo externo y lo interno. Su mirada reflejaba una falta de seguridad inconmensurable, como la que debía tener la abandonada en el desierto ante la visión angélica antes de saber si su mensaje era de enojo o de compasión.

—¿Quiere saber si soy inglesa? —dijo al fin, al mismo tiempo que Deronda enrojecía nerviosamente ante esa mirada que aunque apenas la veía, la sentía profundamente.

—No quiero saber nada salvo lo que usted quiera contarme —dijo, todavía intranquilo temiendo que su mente fantaseara—. Tal vez no sea conveniente que hable.

—Sí, se lo contaré. He nacido inglesa. Pero soy judía.

Deronda no dijo nada, y se preguntó cómo no se le había ocurrido antes, pues cualquiera que hubiera visto los delicados rostros de las chicas españolas habría adivinado enseguida que eran españolas.

—¿Me desprecia por ello? —dijo entonces en voz baja, con una

tristeza que penetraba como el grito de una pequeña criatura asustada.

—¿Por qué debería hacerlo? —dijo Deronda—. No soy tan estúpido.

—Sé que muchos judíos son malos.

—También lo son muchos cristianos. Pero creo que no sería justo que me despreciara usted por ello.

—Mi madre y mi hermano eran buenos. Pero nunca los encontré. He recorrido un gran camino… desde el extranjero. Estoy huyendo: pero no puedo contarle más… no puedo hablar de eso. Pensé que encontraría a mi madre otra vez… Dios me iba a ayudar. Pero me desesperé. Esta mañana cuando se hizo de día, sentí una palabra que resonaba en mi interior: ¡Nunca! ¡Nunca! Pero ahora… empiezo… a pensar… —sus palabras eran interrumpidas con sollozos cada vez más fuertes—. Se me ordena vivir… quizás vamos hacia ella.

Rompió a llorar y escondió su cabeza entre las rodillas. Él esperaba que este llanto pasional consolara su excitación. Mientras, se iba imaginando mentalmente con mucho embarazo cómo iba a presentarse con ella en Park Lane, el rumbo que había escogido irreflexivamente al principio. No había nadie más amable y dulce que Lady Mallinger; pero no era muy probable que estuviera en casa; y tenía la estremecedora sensación de ser como un lacayo que se fijara en esta imagen femenina delicada y apenada, de aspecto deslumbrante, y tal vez de maneras sospechosas de criada y ama de llaves que podían asustar peligrosamente a quien estuviera en un estado de susceptibilidad. Pero no iba a llevarla a cualquier otro refugio que no fuera una casa que conociera: tenía demasiados temores sobre el desenlace de la aventura que le había acarreado una responsabilidad tanto más pesada por la fuerte y agitada impresión que la criatura de aspecto infantil le había producido. Pero se le ocurrió otro recurso: podía aventurarse a llevarla con la señora Meyrick, a su pequeña casa en Chelsea, donde había estado suficientes veces desde su regreso del extranjero para confiar que allí podía apelar a corazones generosos, con una presteza romántica a creer en la necesidad inocente y ayudarla. Afortunadamente Hans Meyrick estaba fuera en Italia, y Deronda se sintió aliviado de presentarse con su carga en una casa donde sería recibido por una figura maternal de refinamiento cuáquero, y por tres chicas que apenas conocían nada malo excepto lo que habían aprendido en los libros de Historia y en los dramas, y asociarían de inmediato una judía encantadora con la Rebecca de *Ivanhoe*[88], además de pensar que todo lo que hicieran por petición de Deronda sería como hacerlo a su ídolo, Hans. Una vez que le vino a la mente la casa de Chelsea, Deronda ya no dudó.

El trayecto en coche, tras la calma en el agua, parecía que iba a ser

más largo. Por suerte, la chica había permanecido tranquila desde que rompió a llorar, y se rindió como una chiquilla cansada. Cuando estuvieron en el coche, se sacó el sombrero e intentó reposar la cabeza, pero el traqueteo no le dejaba descansar: aun así echó una cabezada, cambiando de lado a intervalos la postura de su dulce rostro.

«Son demasiado buenas para temer cualquier cosa por acogerla», pensó Deronda. Su persona, su voz, su aspecto exquisito, constituían un atractivo suficiente para inspirar ternura. Aunque, ¿cuál había sido la historia que la había dejado en esta situación? Iba a pedir un favor extraño: pedir cobijo para esta chica sin hogar. Entonces le vino a la cabeza la bella historia que Plutarco cuenta en alguna parte de las mujeres délficas: cómo cuando las ménades, cansadas por sus paseos con sus antorchas, se tumbaron para dormir en la plaza del mercado, y vinieron las matronas y permanecieron a su lado velando su sueño; entonces, cuando despertaron, las abastecieron con ternura y las condujeron con seguridad a su propia comarca. Podía confiar en las mujeres hacia las que se dirigía por tener corazones tan buenos.

Deronda se sintió crecer esa noche y entrar en una nueva fase al haber encontrado una vida a la que había, tal vez, salvado; pero, ¿cómo estar seguro que arrebatar a una vida de la muerte era salvarla? El momento en que se encuentra a un semejante está a menudo tan mezclado de dudas y de alegrías como lo está el de encontrar una idea.

CAPÍTULO 18

La vida es una madre dispar: a veces se engalana
con sus plumas y brillantes, sube por escaleras de mármol
con la cabeza bien alta, sin siquiera volver su mirada
hacia el ayudante que la atiende; otras veces se viste
con harapos y reside en callejuelas sombrías, respira ginebra caliente,
y grita entre los disturbios de indigentes.
Pero ella fue parar a una madre comedida, pulcra y virtuosa,
con alegres pensamientos matutinos y una gran capacidad
para hallar mucho en lo poco.

La casa de la señora Meyrick no era ruidosa: el vestíbulo de enfrente daba al río, y la parte trasera a los jardines, de forma que aunque ella estuviera leyendo en voz alta a sus hijas, podía dejar abierta la ventana para refrescar el aire de la doble habitación en la que una lámpara y dos candelas ardían. Las candelas estaban en una mesa aparte para Kate, que estaba dibujando ilustraciones para un editor; la lámpara no era solo para la lectora sino también para Amy y Mab, que estaban bordando cojines lisos para "el gran mundo".

Desde afuera, la casa parecía muy estrecha y andrajosa; la brillante luz que se colaba a través de la persiana holandesa mostraba el marco de la ventana pasado de moda; pero es de gran agrado saber que muchos de esos pequeños espacios de paredes raídas que hay en nuestra brumosa ciudad de Londres han sido, y todavía son, las casas de una cultura totalmente libre de la vulgaridad, puesto que la pobreza ha hecho de todo lo que tuviera que ver con la ostentación una cuestión impersonal, y ha reducido todos los grandes espectáculos del mundo simplemente a uno solo, en el que no hay rivalidad mezquina ni la lucha engreída de cuando se consigue poseer algo.

La de los Meyrick era una casa de ese tipo; y todas estas mujeres se aferraban a esta casa particular porque su interior estaba repleto de objetos siempre en el mismo sitio, que para la madre eran recuerdos de su tiempo de casada, y para las jóvenes parecía una parte de su mundo tan indiscutiblemente necesaria como las estrellas de la Osa Mayor que se veían desde las ventanas traseras. La señora Meyrick se

había privado de muchas otras cosas para poder mantener ciertos gravados muy estimados por su marido; y los estrechos espacios de las paredes sostenían una pequeña historia en escenas y titulares que los niños habían aprendido de memoria. Las sillas y las mesas eran también viejos amigos que no cambiarían por nuevos. Pero en estas dos pequeñas estancias en las que no había muebles por los que un vendedor hubiera pagado algo excepto los grabados y el piano, había espacio y material para una vida amplia y selecta, abierta a las más altas creaciones en música, pintura y poesía. No sé si en los tiempos de mayor carestía, antes de que a Kate se le pagara por su trabajo, estas damas habían tenido siempre una sirviente que les encendiera las luces y les barriera sus dormitorios; pero eran quisquillosas en algunas cosas, y no podían creer que la educación de las damas del mundo moderno estuviera tan envuelta de ese egoísmo tosco, esas disputas mezquinas y ese lenguaje coloquial como nos las representan en lo que se ha llegado a denominar "fotografías literarias". Las Meyrick tenían sus pequeñas rarezas, parte de la excentricidad que provenía tanto por parte de la madre como del padre, siendo sus mentes como casas medievales con escondrijos y boquetes inesperados, escalinatas y miradores imprevistos.

Pero la madre y las hijas estaban unidas por un triple lazo: el amor familiar; la admiración por el trabajo impecable, la mejor acción; y la diligencia continua. El deseo de Hans de gastar algo de dinero para hacer más lujosas sus vidas había sido rechazado por todas ellas, y así, tanto ellas como él se habían librado de lamentarse de una conquista que se veía amenazada: su preferencia por el arte antes que la seducción de unos ingresos seguros, una conquista que en el futuro le obligaría a dejar su beca. Todos podían permitirse reírse de sus caricaturas al estilo Gavarni[89] y no culparle por seguir su inclinación natural a la que, por su altruismo e independencia, no se habían opuesto. Era suficiente para ellas continuar como siempre, solo le pedían ir a la ópera (al corredor) cuando Hans venía de visita a casa.

Viendo el grupo que hacían esta noche, uno apenas podía desear que cambiaran su modo de vida. Todas ellas eran igualmente menudas, en proporción con las habitaciones en miniatura. La señora Meyrick estaba leyendo en voz alta un libro en francés: era una pequeña mujer llena de vida, medio francesa, medio escocesa, con una bella forma de articular sus palabras que facilitaba la comprensión para el oyente. A pesar de no tener todavía cincuenta años, su pelo rizado, cubierto por una gorra cuáquera, era mayoritariamente canoso, pero sus cejas eran tan oscuras como los brillantes ojos situados bajo ellas; su vestido negro, casi como la sotana de un clérigo con su hilera de botones, concordaba a la perfección con su impecable figura, apenas de cinco pies de altura. Las hijas eran como la madre,

salvo que Mab tenía el pelo rubio y la complexión de Hans, con unas cejas irregulares y abultadas y otras curiosidades que recordaban al hermano. Todo lo que se refería a ellas era compacto, desde los rulos firmes de sus cabellos, sujetos hacia atrás *à la Chinoise*[90], hasta sus faldas grises en puritana disconformidad con la moda, que en esa época habría pedido que cuatro circunferencias femeninas llenaran todo el espacio libre en la sala de enfrente. Las cuatro, si hubieran sido figuras de cera, podían haber sido empaquetadas fácilmente en un baúl de viaje moderno de una dama. Sus rostros parecían estar dispuestos para la conversación, como si sus mentes hubieran sido abiertas como una castaña y mostraran completamente su interior. Lo único que tenía su propia personalidad en la sala era Hafez, el gato persa, en equilibrio estable sobre el lomo de cuero oscuro de una silla, y que abría sus largos ojos de vez en cuando para comprobar que los demás animales no se comportaran mal.

El libro que la señora Meyrick tenía ante ella era la *Histoire d'un Conscrit*[91] de Erckmann-Chatrian. Acababa de terminar de leerlo en voz alta, y Mab, que había dejado caer su trabajo al suelo mientras alargaba su cabeza hacia delante y fijaba sus ojos en la lectora, exclamó:

—Creo que es la historia más bella del mundo.

—¡Seguro, Mab! —dijo Amy—. Es la última que has oído. Cada cosa que te gusta es siempre lo mejor.

—Apenas se puede considerar una historia —dijo Kate—. Es un trozo de historia que se nos muestra con un gran telescopio. Podemos ver los rostros de los soldados: no, es más que eso, lo podemos oír todo, casi podemos escuchar los latidos de su corazón.

—No me importa cómo lo llames —dijo Mab, sacándose el dedal —. Llámalo un capítulo del Apocalipsis. Me hace desear cosas buenas, cosas grandes. Me hace sentir tan apenada por todo el mundo. Me hace sentir como Schiller[92], quisiera coger al mundo en mis brazos y besarlo. En su lugar, te besaré a ti, mamaíta. —Y abrazó el cuello de su madre.

—Siempre que estás de este humor, Mab, arruinas tu trabajo —dijo Amy—. Estaría bien que acabaras tu cojín sin ensuciarlo.

—¡Oh… oh… oh! —gimió Mab, mientras se inclinaba para recoger su trabajo y su dedal—. Ojalá tuviera a tres reclutas heridos para cuidar de ellos.

—Derramarías sus medicinas mientras les hablas —dijo Amy.

—¡Pobre Mab! No seas tan dura con ella —dijo la madre—. Dame el bordado, hija. Prosigue con tu entusiasmo y yo continuaré con la amapola rosa y blanca.

—Bueno, *ma*, creo que aún eres más mordaz que Amy —dijo Kate,

mientras volvía la cabeza para fijarse en su dibujo.

—¡Oh… oh… oh! —gritó Mab de nuevo, levantándose y estirando los brazos—. Ojalá sucediera algo maravilloso. Algo así como el diluvio. Las aguas de las profundidades desbordadas, y las ventanas del cielo abiertas. Voy a sentarme y a practicar las escalas.

Mab estaba abriendo el piano mientras las demás se reían por este desenlace, cuando un coche se paró ante la casa y acto seguido se produjo una breve llamada en el picaporte de la puerta.

—¡Vaya! —dijo la señora Meyrick, levantándose—, son más de las diez, y Febe[93] se ha acostado. —Salió de la sala apresuradamente dejando la puerta abierta.

—¡Señor Deronda! —Las chicas pudieron oír esta exclamación a su madre. Mab juntó las manos diciendo en un susurro elevado—: ¡Estad atentas! Algo va a pasar. —Kate y Amy dejaron su trabajo sorprendidas. Pero el tono de la respuesta de Deronda fue tan bajo que no pudieron oír sus palabras, y la señora Meyrick inmediatamente cerró la puerta de la sala.

—Sé que estoy apelando a su bondad de un modo extraordinario —continuó Deronda, tras explicarse brevemente—, pero puede usted imaginarse lo desasistido que me encuentro con una joven criatura como esta en mis manos. No podía ir con ella ante extraños, y en su estado nervioso me da pavor llevarla a una casa llena de sirvientes. He confiado en su misericordia. Espero que no considere este acto injustificable.

—Al contrario. Me ha honrado al confiar en mí. Veo su dificultad. Por favor, éntrela. Iré y prepararé a las chicas.

Mientras Deronda volvía al coche, la señora Meyrick volvió de nuevo a la sala de estar y dijo:

—Aquí tenéis a alguien a quien cuidar en lugar de vuestros reclutas heridos, Mab; una pobre chica que iba a ahogarse en su desespero. El señor Deronda la encontró justo a tiempo para salvarla. La ha llevado en su bote, y ya no sabía que más podía hacer para que estuviera segura, así que ha confiado en nosotras y la ha traído hasta aquí. Parece ser judía, pero bastante refinada, dice, pues tiene nociones de italiano y de música.

Las tres chicas, sorprendidas y expectantes, se acercaron y permanecieron cerca unas de otras sabiendo, sin decirlo, que todas sentían lo mismo ante esta llamada a su compasión. Mab parecía embargada por el respeto, como si esta respuesta a su deseo fuera algo sobrenatural.

Mientras tanto, Deronda se había acercado a la puerta del coche, donde el pálido rostro asomaba con curiosidad expectante, y dijo:

—La he traído a casa de unas de las personas más amables del

mundo: hay hijas como usted. Es un hogar feliz. ¿Me permite que se las presente?

Ella se apeó obediente, poniendo su mano en la suya y olvidando su sombrero; y cuando Deronda la condujo a la plena luz de la sala donde las cuatro mujercitas la estaban esperando de pie, la imagen que proyectó habría conmovido a cualquier sensibilidad mucho más fría que las suyas. Al principio, estaba un poco deslumbrada por la repentina luz, y antes de concentrar su mirada, Deronda puso su mano en la de la madre. Por dentro se alegraba de que las Meyrick fueran tan pequeñas: la cabeza de rizos oscuros era la más alta entre ellas. La pobre vagabunda no podría tener miedo de estos amables rostros tan cercanos al suyo; y se puso a observar a cada una de ellas mientras la madre decía:

—Debes estar rendida, pobre chica.

—Cuidaremos de ti, te reconfortaremos, te querremos —gritó Mab, que no pudo refrenarse por más tiempo, cogiendo cariñosamente la pequeña mano derecha entre las suyas. Esta calurosa bienvenida caló hondo en la desconcertada chica: se retiró un poco hacia atrás para ver mejor los cuatro rostros que tenía ante ella, cuya buena voluntad se veía reflejada en ella, no en una sonrisa, sino en ese cambio indefinido que nos dice que la ansiedad está dando paso a la complacencia. Por un momento, elevó la vista hacia Deronda, como si fuera a reconocer toda esta compasión en él, y luego dirigiéndose de nuevo hacia la señora Meyrick, dijo con más entereza en su tono que lo que él había oído hasta entonces:

—Soy extranjera. Soy judía. Podía usted haber pensado que yo era mala.

—No, estamos seguras de que eres buena —intervino Mab.

—No pensamos nada malo de ti, querida. Estarás segura con nosotras —dijo la señora Meyrick—. Ahora ven y siéntate. Tienes que comer algo y luego ir a descansar.

La extranjera miró de nuevo en Deronda, el cual dijo:

—¿No tendrá usted más temores con estas amigas? ¿Podrá descansar esta noche?

—Oh, no tengo nada que temer. Claro que descansaré. Creo que estas mujeres son ángeles proveedores.

La señora Meyrick quiso ofrecerle un asiento, pero retirándose de nuevo delicadamente, la pobre chica, que estaba rendida, empezó a hablar como si tuviera escrúpulos de haber sido recibida sin explicar su procedencia:

—Me llamo Mirah Lapidoth. He recorrido un largo camino, por mi cuenta, desde Praga. Huí. Escapé de cosas espantosas. Vine para encontrar a mi madre y a mi hermano en Londres. Fui arrebata de mi

madre cuando era pequeña, pero creí que podía encontrarla de nuevo. Tuve problemas, las casas ya no estaban, no pude encontrarla. Ha pasado mucho tiempo desde entonces, y yo no tenía mucho dinero. Por eso estoy angustiada.

—Nuestra madre será buena contigo —dijo Mab—. ¡Mira que madrecita más buena que es!

—Siéntate ya —dijo Kate, adelantando una silla, mientras Amy corrió a por té.

Mirah ya no se resistió por más tiempo, pero se sentó con perfecta elegancia, cruzando sus pequeños pies, con sus manos reposando una encima de la otra sobre su falda, y mirando a sus amigas con plácida reverencia; en esto, Hafiz, que había estado observando la escena con impaciencia, dio unos pasos hacia delante con la cola erecta y se frotó los tobillos. Deronda pensó que era hora de que marchara.

—¿Me permitirá volver de nuevo para saber de ella, quizás mañana a las cinco? —dijo a la señora Meyrick.

—Sí, por favor; para entonces habremos tenido tiempo de conocernos bien.

—Adiós —dijo Deronda, dirigiéndose a Mirah, y ofreciéndole la mano. Ella se levantó mientras se la tomaba, y el momento les recordó a los dos fuertemente el otro momento cuando ella había tomado esa mano extendida. Elevó sus ojos hacia él y dijo con fervor reverencial —: Que el Dios de nuestros padres le bendiga y le libre de todo mal como usted lo ha hecho conmigo. Nunca creí que hubiera un hombre tan bueno. Nunca nadie me había considerado digna de lo mejor. Me encontró usted pobre y miserable, pero me ofreció lo mejor.

Deronda no pudo responder, pero con un adiós silencioso a las Meyricks, marchó a toda prisa.

FIN DEL PRIMER VOLUMEN

Que tu principal terror sea el de tu alma: allí entre la aglomeración de acelerados deseos que pisotean a los muertos apoderándose de su botín, acecha la venganza, sin fundamento, irresistible, como exhalaciones cargadas de muerte lenta, y sobre el escuadrón más limpio de recónditas alegrías, se respira pálida pestilencia.

LIBRO III

LAS CHICAS ELIGEN

CAPÍTULO 19

Compadezco al hombre que viajando de Dan a Bershabé exclama: «¡Todo es estéril!». Pues indudablemente lo es. Pero también lo es toda la Tierra para quien no sepa cultivar los frutos que esta ofrece.

STERNE, *Viaje sentimental*[94]

Decir que Deronda era romántico sería dar una falsa impresión de él; pero bajo su calma y su aspecto exterior refrenado había un fervor que le hacían encontrar fácilmente la poesía y el romance en los elementos de la vida cotidiana. Y tal vez el mundo está tan lleno como nunca de poesía y de romance, salvo para esas naturalezas flemáticas que sospecho en cualquier edad las habrían considerado como una estúpida forma de pensamiento erróneo. Se pueden encontrar con facilidad tanto en un laboratorio lleno de microscopios como en los vagones de un ferrocarril: lo que las destierra es el vacío de los pasajeros. ¿Cómo podrían todos los aparatos del cielo y de la tierra, desde el más remoto firmamento al tierno pecho de la madre que nos alimenta, significar poesía para una mente que no se conmueve ni siente sobrecogimiento o ternura, que no confraterniza con lo cercano y lo distante?

Para Deronda, el suceso de hallar a Mirah le causó una impresión tan honda como la que pudo producir cualquiera de los sucesos que les sobrevinieron a Orestes o a Rinaldo[95]. Permaneció media noche despierto, rememorando los momentos desde que había reconocido a Mirah en la orilla del río, con la fresca vitalidad que pertenece a los recuerdos emotivos. Cuando tomó un libro para intentar distraer esta reiterativa visión interior, las palabras impresas no eran más que una red por la que lo veía y oía todo tan claramente como antes —veía no solo los sucesos de hacía dos horas, si no lo que podía también haber sido, pues los hechos eran de tal envergadura como para levantar apasionadamente temores y esperanzas—. Algo en su propia experiencia hizo que la búsqueda de Mirah a su madre se instalara con peculiar fuerza en su imaginación. Su primer impulso compasivo fue el de querer ayudarla en su búsqueda: si ciertas personas dadas se hallaban en Londres había formas de dar con ellas —algo tan probable

como los experimentos científicos, si se ponía en marcha la maquinaria adecuada—. Pero en este proceder, los sentimientos entremezclados de Deronda, debidos a haber sufrido una experiencia similar, se propagaron de forma natural en su ansiedad por el caso de Mirah.

El deseo de conocer a su propia madre, o de saber de ella, estaba constantemente cargado de miedo; y al imaginar qué le podría suceder a Mirah, enseguida se le ocurrió que encontrar a la madre y al hermano de los que había sido separada cuando era pequeña podía resultar desastroso. Cuando estaba en la barca dijo que su madre y su hermano eran buenos; pero la bondad podía haber estado principalmente en su propia inocencia ignorante y en sus recuerdos llenos de ilusión, y los diez o doce años desde la separación era tiempo suficiente para que todavía empeorasen las cosas. A pesar de su fuerte tendencia a situarse del lado de los que eran objeto de prejuicios, y en general, de los que se quedaban con la peor parte, nunca había sentido prácticamente interés hacia los judíos, y los hechos que sabía de ellos, bien que caminaran llamando la atención ataviados en finas prendas o que estuvieran escondidos y al acecho en calles oscuras, eran para él, en cualquiera de los casos, de lo más repugnante. Daba por supuesto que los judíos cultos y realizados habían abandonado su religión, y deseaban formar parte de la gente de su tierra natal. Habría considerado injusto despreciar a uno de esos judíos simplemente por su herencia y se habría compadecido de ellos; pero el menosprecio indiscriminado de una raza conlleva generalmente a juzgar erróneamente a un individuo que haya podido ganarse la vida honestamente, y que puede acabar ahorcado como un hijo indigno de Adán. Parece ser que los caribeños, que saben poco de teología, consideran el robo como una práctica peculiarmente conectada con las doctrinas cristianas, y probablemente podrían alegar razones experimentales que sustentasen esta opinión. Deronda no se libraba (¿quién puede?) de conocer historias desagradables de las características y las profesiones de los judíos; y aunque una de sus reivindicaciones favoritas era discernir entre la historia presente y pasada, era como muchos otros que compartían su reivindicación, pero que no se habían preocupado en sacar más conclusiones de los judíos actuales que las que ya sabían: que mantenían las virtudes y los vicios de una raza largamente oprimida. Pero ahora que la nostalgia de Mirah le obligó a pensar en los detalles con más detenimiento, se le presentaron imágenes muy desagradables de lo que podía encontrar en esa judía de mediana edad y en su hijo. Es cierto que la fineza exquisita y el encanto de la pequeña criatura predisponían a favor de sus parientes inmediatos, pero había que esperar para saber más: tal vez a través de la señora Meyrick, cuando pudiera reunir indicios

orientadores de los propios labios de Mirah. Su voz, su acento, sus miradas, toda la dulce pureza que la revestía como una prenda consagrada le hizo desistir más aún, de asociarla, ya fuera de una forma ideal o práctica, con cualquier cosa que fuera odiosa o contaminante. Pero estas finas palabras con las que fumigamos u ofuscamos los hechos desagradables no son el lenguaje con el que pensamos. El pensamiento de Deronda continuó forjando imágenes de lo que podría pasar: se vio a sí mismo guiado por algún guía oficial hacia una calle lúgubre, en la que entraba a través de una puerta medio rota y veía a una mujer de visión muy aguda, de cabeza dura, y sin lavar, regateando el precio de la última alhaja de una chica hambrienta; o en algún otro barrio, tanto más horrendo por ser aún más pequeño, se encontraba frente al aliento de un joven judío locuaz y familiar, ansioso por mostrar el conocimiento que tenía de los gustos de los caballeros, y que no era muy exigente con las transacciones que le favorecían —y así sucesivamente según el breve capítulo de su experiencia sobre esto—. Es menester excusarle: su mente no estaba capacitada para toparse espontáneamente con ideas insultantes, o para practicar una forma de ingenio que identifica a Moisés con las tablas de la publicidad; pero justo ahora estaba aterrado, y si los padres de Mirah hubieran sido cristianos, la principal diferencia habría sido que sus presentimientos se sostendrían con un conocimiento mayor. Era una costumbre para él relacionar el terror con el parentesco desconocido, y tanto en este caso como en el suyo propio la relación era más que razonable.

¿Pero qué debía hacerse con Mirah? Necesitaba cobijo y protección en todos los sentidos, y todo su instinto de caballerosidad se volcó en hacer hincapié en que cuanto antes y más plenamente pudiera asegurar que otros, además de él mismo, se interesaran por ella, tanto mejor podría satisfacer sus necesidades. No tenía derecho a velar por ella completamente, aunque podía hacerlo; el impacto mismo de la impresión que ella había recibido le hizo pensar que era mejor que ella se viera totalmente independiente de él; y unas vagas impresiones del futuro que trató de rechazar como fantásticas le dejaron en un estado de ansiedad más fuerte que cualquier motivo del que hubiera podido dar razones, y era que cualquiera que observara atentamente sus actos se daría cuenta enseguida de la historia de su relación con Mirah. Había aprendido a odiar el secreto sobre los grandes vínculos y compromisos de su vida —y a odiarlos aún más porque un extraño maleficio de sensibilidades entrelazadas le impedía romper tal secreto —. Deronda se había prometido que, dado que las verdades que hacen desgraciados a los mortales no son siempre culpa suya, la verdad nunca haría desgraciada a otra persona por su causa. No dejaba de temer por no cumplir su promesa y caer en la filosofía apologética que

explica que el mundo no contiene nada mejor que el propio comportamiento de uno.

Por un momento, decidió contar toda la historia de su aventura a Sir Hugo y a Lady Mallinger a la mañana siguiente durante el desayuno, pero la posibilidad de que pudiera revelarse algo completamente nuevo en su próxima visita a casa de la señora Meyrick contuvo este impulso, y finalmente se fue a dormir con la conclusión de que esperaría hasta hacer esa visita.

CAPÍTULO 20

Apenas puede negarse que incluso en este mundo frágil y corrupto, a veces coincidimos con personas que, en su semblante y aspecto, así como en su modo de vivir, manifiestan un estado tal de virtud, que hacen que nuestro juicio sobre ellos sea más un asunto de intuición que el resultado de un examen continuo.

ALEXANDER KNOX, citado en *La vida de Wesley*, de Southey[96]

Mirah dijo que había dormido bien esa noche; y cuando bajó con el vestido negro de Mab y su cabello negro que se enrollaba en rizos recién formados que se iban secando gradualmente tras el baño relajante, parecía que empezaba a reconfortarse tras la larga aflicción y el estado de constante vigilancia que habían hecho que su cara perdiera color y formara semicírculos profundos azulados bajo sus ojos. Fue Mab quien le llevó el desayuno y la ayudó a bajar, con cierto orgullo por el efecto producido por un par de zapatillas de fieltro que se había apresurado a comprar al no haber en la casa unos zapatos lo suficientemente pequeños para Mirah, cuyo vestido prestado acababa en los tobillos, exhibiendo la sencilla indumentaria que, amoldándose a sus pies, parecía un adorno tan exquisito como los sépalos de un capullo. Las hebillas del vestido eran como joyas.

—¡Oh, por favor, mamá! —gritó Mab, aplaudiendo y observando los pies de Mirah, mientras entraba en el salón—. Fíjate en las zapatillas, ¡qué bien le quedan! Te digo que es como la Reina Badura[97]: «Dos pies delicados, la obra del Creador protector que todo lo recompensa, la soportan; y me maravilla cómo pueden sostener lo que se encuentra sobre ellos».

Mirah se fijó en sus propios pies de una forma un poco infantil y sonrió a la señora Meyrick, que se decía para sus adentros: «Es difícil imaginar que esta criatura tenga malas intenciones. Pero la gente prudente me aconsejaría que fuera cauta». Le devolvió la sonrisa a Mirah y dijo:

—Me temo que los pies han tenido que soportar su carga demasiado últimamente. Pero hoy descansará y será mi compañera.

—Y te confiará tantas cosas, y yo no las podré oír —refunfuñó

Mab, a la que le parecía estar en el primer volumen de una novela exquisita y fuera obligada a perderse algunos capítulos porque tenía que ir a clase.

Kate ya se había ido a dibujar algunos bosquejos por el río, y Amy había salido a hacer unos recados. Era lo que la madre quería, estar a solas con la extranjera, cuya historia debía ser muy triste, pero necesitaba ser contada.

El pequeño salón frontal era tan apropiado como un templo esa mañana. La luz del sol bañaba el río y un aire suave se colaba por la ventana abierta; las paredes mostraban una gloriosa procesión silenciosa de testigos: la Virgen elevándose entre su escolta de querubines, la gran Melancolía con su universo solemne, los Profetas y las Sibilas, la Escuela de Atenas, la Última Cena, grupos místicos donde épocas lejanas confluían en un único momento, los sepulcros de Holbein y los bustos de Rembrandt, la Musa Trágica, chicos del siglo pasado meditando o jugando, poetas italianos… todos estaban allí entre pequeños espacios blancos y negros. La cuidadosa madre que había luchado con sus problemas, y había salido airosa de ellos con cara sonriente, estaba clasificando ovillos de colores para su bordado. Hafiz ronroneaba en la cornisa de la ventana, el reloj de la repisa de la chimenea hacía tic-tac sin prisa, y el ocasional sonido de las ruedas de los carros parecía residir fuera de esa gran quietud general. La señora Meyrick pensó que esta serenidad invitaba de la mejor forma posible a que su compañera comenzara a hablar, y decidió no interrumpirla con ningún comentario. Mirah se sentó enfrente de ella adoptando su postura anterior, con sus manos sobre la falda, los tobillos cruzados, sus ojos al principio barriendo lentamente los objetos que había a su alrededor, pero posándose finalmente con una especie de plácida reverencia sobre la señora Meyrick. Al final comenzó a hablar suavemente:

—Recuerdo la cara de mi madre mejor que cualquier otra cosa; aunque no tenía ni siete años cuando me apartaron de ella, y ahora tengo diecinueve.

—Lo entiendo —dijo la señora Meyrick—. Algunos de los primeros recuerdos son los que más duran.

—Oh, sí, era el primero de ellos. Creo que mi vida empezó despertándome y amando el rostro de mi madre: estaba tan cerca de mí, y sus brazos me rodeaban, y me cantaba. Muy a menudo, mucho, cantaba un himno, y me enseñó a cantarlo con ella; era el primero que cantaba. Siempre cantaba himnos hebreos; y como nunca sabía el significado de las palabras me parecían que solo contenían nuestro amor y nuestra felicidad. Cuando estaba en mi camita y veía de color blanco todo lo que estaba encima de mí, solía inclinarse ante mí interponiéndose enfrente de lo blanco, y cantaba con voz baja y dulce.

Puedo volver a ese tiempo en sueños cuando estoy despierta, y a menudo regreso a él al dormirme, mi mano es muy pequeña, la acerco a su cara, y ella la besa. A veces en mi sueño empiezo a temblar y creo que ambas estamos muertas; pero entonces me despierto y mi mano sigue así, y por un momento apenas sé quién soy. Pero si pudiera ver de nuevo a mi madre, la conocería.

—Debes considerar que habrá algunos cambios tras doce años —dijo la señora Meyrick amablemente—. Mira mis canas: hace diez años mi pelo era de un oscuro brillante. Los días y los meses pasan sobre nosotros como pajaritos sin descanso, y dejan las huellas de sus pies por detrás y por delante; sobre todo cuando son como pájaros con corazones duros: entonces, pisan fuerte.

—Ah, estoy segura que su corazón se ha endurecido al no tenerme junto a ella. Si pudiera sentir su alegría por nuestro reencuentro, le haría saber todo lo que la quiero y la consolaría por todo lo que ha sufrido. Si eso fuera posible, ya nada me importaría. Estaría contenta de haber sobrevivido a mis problemas. Me desesperé. El mundo parecía miserable y malvado; nadie me ayudó para que pudiera soportar sus miradas y sus palabras; me dio la sensación de que mi madre había muerto, y la muerte era el único camino para llegar a ella. Pero entonces, en el último instante, ayer, cuando deseé que el agua me envolviera, y pensé que la muerte era la mejor representación de la compasión, vino a mí la bondad en forma de vida, y confié en la vida. Y, es extraño, pero comencé a sentir esperanzas de que ella viviera también. Y ahora estoy con usted, aquí, esta mañana, la paz y la esperanza han inundado mi vida. No quiero nada; puedo esperar; porque espero, creo y estoy tan, tan agradecida. Usted no ha desconfiado de mí, no me ha despreciado.

Mirah habló con fervor contenido, mientras permanecía sentada tan quieta como un cuadro.

—Mucha gente se habría comportado como nosotras, querida —dijo la señora Meyrick, sintiendo que se le empañaban los ojos mientras desviaba la mirada a su trabajo.

—Pero no me topé con ellos ni vinieron a mí.

—¿Cómo fuiste arrebatada de tu madre?

—Ah, ahora iba a llegar a eso. Es espantoso hablar de ello, pero debo contárselo, debo contárselo todo. Creí que solo íbamos a hacer un pequeño viaje; y yo estaba contenta. Había una caja con todas mis pertenencias dentro. Pero subimos a bordo de un barco y nos fuimos alejando de tierra. Entonces me puse enferma; y pensé que nunca acabaría… era mi primer sufrimiento y parecía interminable. Pero al fin llegamos a tierra. No sabía nada entonces, y creí lo que me dijo mi padre. Me consoló y me dijo que regresaría con mi madre. Pero era América donde habíamos llegado, y tendrían que pasar largos años

antes de que regresáramos a Europa. Al principio, preguntaba a mi padre cuando íbamos a volver; e intenté aprender a escribir enseguida, porque quería escribir a mi madre; pero un día, cuando me encontró intentando escribir una carta, me puso sobre su rodilla y me dijo que mi madre y mi hermano estaban muertos; por eso no regresábamos. Recuerdo algo a mi hermano; me llevó una vez; pero no siempre estaba en casa. Creí a mi padre cuando dijo que estaban muertos. Los vi bajo la tierra cuando dijo que estaban allí, con sus ojos cerrados para siempre. Nunca creí que no fuera verdad, y solía llorar cada noche en mi casa un buen rato. Entonces, cuando ella aparecía tan a menudo en mis sueños, pensé que vivía a través de mí a pesar de que no siempre pudiera verla, y eso me consolaba. Nunca temía a la oscuridad, precisamente por eso; y muy a menudo durante el día solía cerrar los ojos y me tapaba la cara e intentaba verla y oírla cantar. Al final logré hacer esto incluso sin cerrar los ojos.

Mirah hizo una pausa, con el rostro lleno de satisfacción, como si estuviera ante su feliz visión, mientras miraba afuera hacia el río.

—Pero tu padre no fue malo contigo, espero —dijo la señora Meyrick, después de un minuto, ansiosa por que retomara el hilo.

—No, me mimó mucho, y se esforzó mucho por enseñarme. Era un actor, y averigüé, después, que el 'Coburg' al que decía que iba cuando estaba en casa era un teatro. Pero tenía que ver más con el teatro que con actuar. No siempre había sido actor; había sido profesor, y sabía muchos idiomas. No actuaba muy bien, creo; pero se las apañaba con el escenario, y escribía y traducía obras. Una señora italiana, una cantante, vivió con nosotros bastante tiempo. Ambos me enseñaron; y tenía un maestro, además, que me hizo aprender cosas de memoria y recitar. Trabajé duro, a pesar de ser tan pequeña; y no tenía nueve años cuando debuté por primera vez en el teatro. Podía aprender cosas con facilidad, y no estaba asustada. Pero desde entonces odié nuestro modo de vivir. Mi padre tenía dinero, y vivíamos lujosamente de forma desordenada; siempre había hombres y mujeres yendo y viniendo, había grandes risotadas y discusiones, pavoneos, chasquidos de dedos, burlas, y rostros a los que no me gustaba mirar, a pesar de que muchos me mimaban y acariciaban. Pero entonces recordaba a mi madre. Incluso al principio, cuando no comprendía nada, procuraba escapar de todas estas cosas con pensamientos que nada tenían que ver con ellos; y se me ocurrían muy rápido, puesto que leía muchas cosas, teatro y poesía, Shakespeare y Schiller, y aprendí lo bueno y lo malo. Mi padre empezó a creer que sería una gran cantante: mi voz estaba considerada como maravillosa para una niña; y disponía de los mejores maestros para mí. Pero era humillante que se jactara de mí, y me mandara cantar para exhibirme en cualquier circunstancia, como si fuera una caja de música. Una vez, cuando tenía diez años, hice el

papel de una pequeña chica que había sido abandonada y no lo sabía, y cantaba sentada para sí misma mientras jugaba con las flores. Lo hice sin problemas; pero los aplausos y todos los sonidos del teatro eran odiosos para mí; y nunca me gustaron los elogios que obtenía, porque todo parecía muy frío y hostil: echaba de menos el cariño y la confianza del ambiente en el que había nacido. Me inventé una vida en mis propios pensamientos completamente diferentes a todo lo que me rodeaba: escogí lo que me pareció más hermoso de las cosas que no tenían nada que ver con las obras de teatro, y construí mi mundo fuera de ellas; y era como si un cuchillo afilado estuviera siempre rozándome; llevábamos dos tipos de vida que se confrontaban la una a la otra: había mujeres que parecían buenas y amables en el escenario, y que decían cosas agradables como si realmente las sintieran, y justo después las veía hablando de forma ordinaria y desagradable. Mi padre notaba a menudo mi comportamiento evasivo; y la Signora dijo un día en que había estado ensayando: «Nunca será una artista; no sabe ser más que ella misma. Lo hace muy bien por ahora, pero poco a poco, verás que no actuará mejor que un pájaro cantarín». Mi padre se enfadó y se pelearon. Yo me senté sola y lloré, porque lo que ella había dicho era como el despliegue de un futuro infeliz para mí. Yo no quería ser una artista; pero era lo que mi padre esperaba de mí. Poco después la Signora nos dejó, y una institutriz solía venir y darme lecciones sobre muchas cosas distintas, puesto que mi padre comenzó a estar preocupado por que cantase demasiado; pero todavía actuaba de vez en cuando. Crecieron en mí sentimientos rebeldes y de seguir con ese tipo de vida; pero no sabía adónde ir y temía al mundo. Además, consideraba que estaba mal abandonar a mi padre: temía hacer algo mal, pues pensaba que me sentiría malvada y odiosa ante mí misma, de la misma forma que otros me parecían odiosos ante mí. Tanto duraron estos sentimientos que nunca consideré que mi mundo exterior fuera feliz; y si me volvía malvada perdería mi mundo de pensamientos felices en el que mi madre vivía conmigo. Esa fue mi interpretación infantil durante esos años. ¡Qué largos que fueron!

Mirah agachó la cabeza para meditar de nuevo.

—¿No te enseñaron nada sobre lo que era tu deber? —dijo la señora Meyrick. No quiso decir "'religión" al no tener muy claro en que se había convertido la religión hebrea actualmente.

—No, solo que debía hacer lo que deseaba mi padre. No practicaba nuestra religión en Nueva York, y creo que no quería que yo supiese mucho de ella. Pero como mi madre solía llevarme a la sinagoga, y recordaba sentarme en su rodilla mirando a través del enrejado, escuchando los himnos y cantando, yo deseaba ir. Un día, cuando todavía era bastante pequeña, me escabullí e intenté hallar la sinagoga, pero anduve un buen rato perdida hasta que un vendedor

ambulante se interesó por mí y me llevó a casa. Mi padre, al darse cuenta de que no estaba, había temido lo peor, y estaba muy enfadado. También yo me había asustado tanto al perderme que tarde mucho tiempo en pensar en aventurarme de nuevo. Pero después que la Signora nos dejara fuimos a parar a unas habitaciones en las que la dueña de la casa era judía y practicante de su religión. Le pedí que me llevara con ella a la sinagoga; y leí sus libros de oraciones y su Biblia, y cuando tuve suficiente dinero le pedí que me comprara mis propios libros, pues estos parecían ser compañeros cercanos de madre: sabía que ella debía haber mirado y repetido las mismas palabras. De esa manera, llegué a saber un poco de nuestra religión y de la historia de nuestra gente, junto con lo que me había enterado por lo que se decía en las obras de teatro y otros libros sobre los judíos y las judías; porque estaba segura que mi madre observaba su religión. Había dejado de preguntar a mi padre sobre ella. Es horrible decirlo, pero había empezado a dejar de creerle. Había averiguado que no siempre decía la verdad, y hacía promesas sin tener la intención de guardarlas; y eso me hizo sospechar que mi madre y mi hermano estaban todavía vivos, a pesar de haberme dicho que estaban muertos. Pues al reflexionar sobre el pasado una y otra vez mientras crecía y sabía más, estaba cada vez más convencida que mi madre había sido engañada, y había esperado vernos de vuelta después de muy poco tiempo; y que mi padre me pusiera en sus rodillas y me dijera que mi madre y mi hermano estaban ambos muertos no me parecía ahora más que una puesta en escena, algo para dejarme tranquila. La crueldad de esa falsedad me caló hondo, y odié toda falta a la verdad a causa de ello. Escribí a mi madre secretamente: conocía la calle, la calle Colman, donde vivíamos, y sabía que estaba cerca del puente Blackfriars y el Coburg, y que nuestro nombre era Cohen por entonces, aunque nuestro padre nos hizo llamar Lapidoth, porque, dijo, era el nombre de sus antepasados en Polonia. Envié mi carta en secreto; pero no obtuve respuesta, y pensé que ya no había esperanza para mí. Nuestra vida en América no duró mucho más. Mi padre me dijo de repente que íbamos a recoger las cosas e irnos a Hamburgo, lo cual me contentó bastante. Esperaba que pudiéramos arreglárnoslas entre un tipo distinto de personas, y sabía alemán bastante bien, algunas obras de teatro alemanas me las sabía casi por entero de memoria. Mi padre lo hablaba mejor de lo que hablaba el inglés. Tenía trece años entonces, y me consideraba bastante vieja: sabía tanto, pero tan poco. Creo que los demás niños no pueden sentir lo que yo sentí. Había deseado a menudo haberme ahogado cuando me separaba de mi madre. Pero me dispuse a obedecer y a sufrir: ¿qué otra cosa podía haber hecho? Un día, mientras viajábamos en el barco, me vino un nuevo pensamiento. Por esa época no estaba muy enferma y me quedaba bastante en la

cubierta. Mi padre actuó y cantó e hizo bromas para divertir a la gente de a bordo, y yo solía oír a menudo comentarios sobre él. Otro día, mientras miraba al mar y nadie reparaba en mí, oí por encima que un caballero decía: «Oh, es uno de esos judíos espabilados, no me extrañaría que fuera un bribón. No hay raza que tenga hombres más astutos ni mujeres más bellas. Me pregunto qué querrá hacer él con su hija». Cuando oí esto, se me metió en la cabeza que la infelicidad de mi vida se debía al hecho de ser judía, y que siempre, al final el mundo pensaría mal de mí y que yo debía aceptarlo, puesto que sería juzgada por ese nombre; y me consoló pensar que mi sufrimiento era parte de la aflicción de mi gente, mi parte del largo lamento que se escucha desde tiempos remotos. Pues si muchos de nuestra raza eran mezquinos y felices en su maldad, ¿qué significaba eso sino más aflicción a soportar por los que eran relacionados con ellos, los cuales eran despreciados por los pecados de sus hermanos? Pero usted no me ha rechazado.

Mirah había cambiado el tono en su última frase, habiéndose dado cuenta de repente que ella, en ese momento, no tenía razones de queja sino de gratitud.

—E intentaremos librarte de que otros te juzguen injustamente, mi pobre niña—, dijo la señora Meyrick, que ya había abandonado cualquier intento de continuar con su trabajo, y estaba sentada con las manos cruzadas y mostrando una imagen apenas menos ansiosa de lo que habría mostrado Mab—. Continúa, continúa: cuéntamelo todo.

—Después de esto, vivimos en diferentes ciudades, las que más, Hamburgo y Viena. Retomé de nuevo las lecciones de canto, y mi padre seguía obteniendo el dinero del teatro. Creo que trajo una buena cantidad de dinero de América: nunca supe por qué nos fuimos. Durante un tiempo, estaba ilusionado con que cantara y me hizo ensayar algunas partes y actuar continuamente. Esperaba ansioso que debutara en la ópera. Pero poco a poco fue haciéndose patente que mi voz no parecía que fuera a ser nunca lo suficientemente potente, no respondía a las expectativas. Mi maestro de Viena me decía: «No fuerces la voz: no será suficiente para el público; es oro, pero un puñado de oro en polvo». Mi padre estaba profundamente decepcionado: no vivíamos tan bien por esa época. Creo que todavía no le he dicho lo que sentía por mi padre. Sabía que me quería y que quería satisfacerme, y eso me hizo temer herirle; pero siempre confundió lo que me agradaba y lo que me hacía feliz. Era parte de su naturaleza tomarse las cosas a la ligera; y pronto dejé de preguntarle por cosas que me importaban en extremo, puesto que siempre se las tomaba a broma. Solía incluso ridiculizar a nuestra propia gente; y una vez en la que había estado imitando sus gestos y su tono al rezar, solo para hacer reír a los demás, no me pude reprimir, pues siempre

me quedó clavada una espina de furia en el corazón por mi madre, y cuando estuvimos a solas le dije: «Padre, no deberías imitar a nuestra propia gente ante los cristianos que se ríen de ellos; ¿no estaría mal que yo ridiculizara sus gestos para que ellos se rieran de ti?». Pero él solo se encogió de hombros, rio y me pellizcó la barbilla, y dijo: «No podrías hacerlo, querida». Era esta forma de darle la vuelta a todo, lo que puso una barrera entre mi padre y yo, así que procuré esconderle todo lo que más me importaba. Pues había ciertas cosas de las que no soportaba que se riera; cuando eso sucedía, el mundo me parecía un infierno. ¿Es este mundo y toda la vida que contiene solo una especie de farsa o vaudeville, en el que no se puede encontrar un sentido a la vida? ¿Por qué hay entonces tragedias y grandes óperas, en las que los hombres llevan a cabo tareas difíciles y escogen sufrir? Creo que es absurdo hablar de todas las cosas en broma. Y me di cuenta de que su deseo de verme cantar la mejor música, y participar en la gran ópera era solo para recoger el mejor premio. Mi gratitud por su cariño se esfumó, y el sentimiento más tierno que tuve hacia él fue el de lástima. Sí, algunas veces sentía lástima por él. Había envejecido y había cambiado. Ahora ya no estaba tan lleno de vida. Pensé que se comportaba peor, era menos bueno hacia los demás y hacia mí. De cuando en cuando perdía súbitamente su alegría, y se sentaba en casa en silencio y triste; o bien entraba y se arrojaba al suelo sollozando, igual que he hecho yo cuando he tenido problemas. Si ponía mi mano en su rodilla y le preguntaba: «¿Qué ocurre, padre?», no respondía, pero me cogía del brazo para que lo pasara por su cuello, y abrazándome a su vez, continuaba llorando. Nunca tuvimos ninguna confidencia entre los dos; pero, ¡oh, yo sentía lástima por él! En esos momentos, yo sabía que él debía sentir lo amargo de su existencia, y presionaba mi mejilla contra su cabeza y rezaba. Esos momentos eran los que más me unían a él; y solía pensar cuánto le amó una vez mi madre, ya que, de otra forma, no se habría casado con él.

»Pero pronto vinieron los tiempos de horror. Habíamos estado en Pesth y volvimos a Viena. A pesar de lo que mi maestro Leo había dicho, mi padre me consiguió un contrato, no en la ópera, sino para cantar piezas sueltas en un teatro de barrio en Viena. Él no tenía nada que ver con el teatro por entonces; no comprendía lo que hacía, pero creo que estaba continuamente en una casa de apuestas, aunque él cuidaba siempre de llevarme al teatro. Me sentía muy miserable. Las obras en las que actuaba me resultaban detestables. Los hombres nos salían al encuentro y querían hablar conmigo: mujeres y hombres parecían mirarme con una sonrisa de burla; no era mejor que estar en un horno ardiente. Tal vez yo lo hice peor de lo que era, al no conocer ese tipo de vida; pero las miradas y los rostros fulminantes, y el tener que seguir actuando y cantar lo que odiaba, y luego ver que había

gente que se colaba detrás del escenario para espiarme, era todo mucho más terrible que en la época en la que era una niña. Continué con ello; lo hice; me había propuesto obedecer a mi padre y trabajar, pues no veía nada mejor que pudiera hacer. Pero notaba que mi voz se iba debilitando, y sabía que mi actuación no era buena salvo cuando no había que actuar realmente, y podía mostrarme como yo era, dejándome llevar por mis sentimientos. Pero eso ocurría raras veces.

»En medio de todo esto, tuve noticias una mañana de que mi padre había sido llevado a prisión, y me había mandado buscar. No me contó la razón por la que estaba allí, sino que me ordenó ir a una dirección que me dio, para ver a un Conde que podía liberarle. La dirección era de unas salas públicas donde debía preguntar por el Conde, y rogar que viniera adonde mi padre. Le encontré, y le reconocí como a un caballero al que había visto la otra noche por primera vez detrás del escenario. Eso me puso nerviosa, pues recordaba su manera de mirarme y de besar mi mano, pensé que era de mofa. Pero entregué mi mensaje y él prometió ir inmediatamente a ver a mi padre, que vino a casa de nuevo esa misma noche, llevando al Conde con él. Empecé a sentir un miedo horrible a ese hombre, pues no dejaba de importunarme con sus atenciones, sus ojos siempre estaban fijos en mí: vi claro que, cualquier cosa que fuera lo que le rondaba por la cabeza en relación conmigo, por debajo de ello había desprecio hacia la judía y la actriz. Y cuando se me acercó al día siguiente en el teatro, y me colocó el chal, un gran terror se apoderó de mí; vi que mi padre quería que pareciera contenta. El Conde no era ni muy joven ni muy viejo: sus cabellos y sus ojos eran pálidos; era alto y caminaba pesadamente, y su rostro era serio y grave excepto cuando me miraba a mí. Me sonrió, y su sonrisa me penetró con horror: no podía explicar por qué era mucho peor para mí que otros hombres. Algunos sentimientos son como nuestro oído: vienen como lo hacen los sonidos, antes de que sepamos su razón. Mi padre me habló de él cuando estuvimos a solas, alabándole, diciendo que se había comportado como un buen amigo. Yo no dije nada, porque supuse que había sacado a mi padre de la cárcel. Cuando el Conde vino de nuevo, mi padre abandonó la habitación. Me preguntó si me gustaba estar sobre el escenario. Dije que no, que solo actuaba por obedecer a mi padre. Él siempre hablaba en francés, y me llamaba *petit ange*[98] y cosas parecidas, lo que yo consideraba insultante. Sabía que él pretendía cortejarme, y yo tenía muy claro que un caballero y alguien que no fuera judío no podía amarme sino despreciarme. Pero entonces me dijo que no necesitaba actuar más; quería que le visitara en su hermosa residencia, donde sería la reina de todo. Me costó hablar, me sentía tan furiosa; solo pude decir: «Prefiero quedarme en el escenario para siempre», y le dejé allí. Saliendo a toda prisa de la

sala, vi a mi padre paseando por el pasillo. Se me partió el corazón. Pasé por su lado y me encerré en mi habitación. Me había quedado claro que mi padre había conspirado con ese hombre contra mí. Pero al día siguiente me persuadió para que saliera: dijo que yo lo había confundido todo, y que él me lo iba a explicar; si yo no salía y actuaba y cumplía mi contrato nos arruinaríamos y él se moriría de hambre. Así que continué actuando, y durante una semana o más, el Conde no volvió a acercarse a mí. Mi padre cambió nuestro alojamiento, y permaneció en casa excepto cuando me llevaba al teatro. Comenzó un día a hablar desanimadamente de mi actuación, y dijo que nunca podría continuar cantando en público, que perdería mi voz, y que debía pensar en mi futuro y no interponer mis sentimientos insensatos entre mi fortuna y yo. Dijo: «¿Qué harás? Te desterrarán del canto y tendrás que mendigar a las puertas de la gente. Has tenido una oferta magnífica y deberías aceptarla». No pude contestar; una sensación de horror se apoderó de mí cuando pensé en mi madre y en él. Pensé por primera vez que no haría mal en abandonarle. Pero al día siguiente me dijo que había cancelado mi contrato en el teatro, y que nos íbamos a Praga. Empezaba a sospechar de todo, y mi voluntad se iba endureciendo para ir en contra de la suya. Nos llevó dos días hacer las maletas y recoger las cosas; yo contaba que me podía ver obligada a escapar de mi padre, en cuyo caso me vendría a Londres e intentaría, si fuera posible, encontrar a mi madre. Tenía algo de dinero y vendí algunas cosas para conseguir más. Doblé algunas prendas de ropa dentro de un pequeño bolso que pudiera llevar conmigo, y me mantuve alerta. El silencio de mi padre, el haber abandonado el asunto de la oferta del Conde, me hizo estar segura de que había algún plan contra mí. Me temía que su plan fuera llevarme a un manicomio. Vi una vez una imagen de un manicomio, que nunca podré olvidar; se asemejaba mucho a la vida que ya había visto, gente pavoneándose, peleándose, mirándose con malicia, cuyos rostros reflejaban la doblez y perversidad que habitaba en ellos. Solo deseaba verme libre de cualquier tipo de maldad; y rezaba para conseguir ayuda. Había visto lo que eran mujeres despreciadas; y cerré mi corazón a mi padre, pues siempre veía en él al hombre que me hacía estremecer. Pensará usted que no tenía motivos suficientes para sospechar, y tal vez no los tenía, a excepción de mis propias intuiciones; pero me parecía haber tenido una revelación, y todo lo que podía llegar a ser se presentaba ante mí claro y nítido. Si dormía, era solo para ver el mismo tipo de cosas, y apenas podía dormir algo. Durante nuestro viaje estuve siempre alerta. No sé por qué, pero se me presentaba como un suceso real que mi padre me abandonaba repentinamente y me dejaba a solas con el Conde, en una situación de la que no podría escapar. Pensaba que Dios me estaba advirtiendo; la voz de mi madre me hablaba en mi

interior. Era oscuro cuando llegamos a Praga, y aunque el extraño conjunto de luminarias estaba encendido era difícil distinguir rostros mientras íbamos en coche por la calle. Mi padre escogió sentarse fuera del carro (siempre estaba fumando por entonces), y yo lo observaba todo a pesar de la oscuridad. De verdad creo que podía ver mejor de lo que jamás fui capaz: la extraña claridad de mi interior parecía haber traspasado al exterior. No era mi costumbre reparar mucho en los rostros y en los cuerpos de las personas de la calle; pero esa noche vi a cada uno de ellos; y cuando pasamos ante un gran hotel me percaté tan solo de un hombre visto de espaldas, que paseaba y que estaba bien iluminado por la luz de las candelas. Lo sabía, antes de que girara la cara y se desplazara hacia la zona de sombra, sabía quién era. Gracias a Dios que le vi. Gracias a Dios. Esa noche no dormí. Me puse encima lo más sencillo que tenía, la capa y el sombrero que he llevado desde entonces; y me senté esperando a las luces y al sonido de la apertura de las puertas. Alguien se levantó temprano, a las cuatro, para ir a la estación. Eso me dio coraje. Me deslice con mi pequeño bolso bajo la capa, y nadie reparó en mí. Había estado mucho tiempo estudiando la guía de ferrocarriles para aprender el camino de vuelta a Inglaterra; y antes de que saliera el sol estaba montada en el tren hacia Dresden. Lloré de alegría. No sabía si mi dinero duraría, pero confié en que sí. Podía vender las cosas de mi bolso, y los pendientes que llevaba en las orejas, y podía vivir solamente de pan. Mi único temor era que mi padre me siguiera. Pero nunca me detuve. Seguí, y seguí, y seguí, solo comiendo pan de vez en cuando. Cuando llegué a Bruselas me di cuenta de que no tenía suficiente dinero, y vendí todo lo que podía vender; pero sucedió una cosa extraña. Al poner la mano en el bolsillo de mi capa, encontré medio napoleón. Sin dejar de pensar cómo había llegado hasta allí, recordé que en el camino de Colonia había un joven trabajador sentado enfrente de mí. Estaba asustada de todo el mundo, y no quería que nadie me hablara. Al principio intentó hablar, pero cuando vio que yo no quería, desistió. Fue un largo viaje; no comí nada excepto un trozo de pan, y una vez me ofreció algo de la comida que él llevaba, pero la rechacé. Estoy segura que fue él quien puso esa pieza de oro en mi bolsillo. Sin ella, apenas podría haber llegado a Dover, y anduve un buen trecho del camino de Dover a Londres. Sabía que debía tener el aspecto de una chica mendiga y miserable. No quería parecer muy miserable, pues si encontraba a mi madre, la apenaría verme así. ¡Pero qué vana era mi esperanza de que ella estuviera allí para verme venir! Tan pronto como puse un pie en Londres, comencé a preguntar por Lambeth y el puente de Blackfriars, pero estaban muy lejos, y me equivoqué de camino. Cuando al final llegué, pregunté por la calle Colman. La gente negaba con la cabeza. Nadie la conocía. Yo la veía

en mi mente: los peldaños de la puerta de nuestra casa, y los blancos azulejos del exterior de las ventanas y el grueso edificio de ladrillos de enfrente de amplias puertas. Pero no había nada así. Al final, cuando pregunte a un comerciante dónde estaban el Teatro Coburg y la calle Colman, dijo: «Oh, señorita mía, todo eso se ha acabado. Han demolido las viejas calles; todo es nuevo». Me di la vuelta, sintiendo como si la muerte hubiera puesto su mano sobre mí. El hombre dijo: «¡Espere, espere, señorita! ¿Qué es lo que quiere de la calle Colman?». Quizás su intención era buena. Pero su tono era tal que no pude soportarlo; ¿y cómo iba a decirle lo que quería? Me quedé paralizada y aturdida de repente. Me sentía muy débil y cansada, pero ¿a dónde podía ir con ese aspecto tan pobre y polvoriento? No llevaba nada conmigo, parecía una mendiga de la calle. Y tenía miedo de todos los lugares donde podía entrar. Perdí mi confianza. Pensé que me hallaba desamparada. Me parecía haber estado envuelta en una fiebre delirante de esperanza durante todo el trayecto desde Praga: pensé que había recibido ayuda de lo alto, y no hice sino animarme y seguir luchando para encontrar a mi madre; y ahora, me veía en un mundo extraño. Todo el que me viese pensaría mal de mí, y me asociara con un mendigo. Llegué hasta el puente, y desde él, miré a lo largo del río. La gente subía a un barco de vapor. Muchos de ellos parecían pobres, y pensé que sería como un refugio, una forma de huir de las calles: tal vez el barco me llevara adonde pudiera conseguir un poco de soledad. Todavía me quedaban algunos peniques, y compré una hogaza cuando embarqué. Quería tener algo de tiempo y de fuerzas para pensar en la vida y en la muerte. ¿Cómo podía seguir viviendo? Y de nuevo me parecía que, si tenía que encontrar a mi madre, la muerte era el camino hacia ella. Comí, para tener fuerzas para pensar. El barco me dejó en un lugar por el río, no sé dónde, y había avanzado la noche. Encontré unos árboles frondosos apartados de la carretera y me senté bajo ellos para descansar por la noche. El sueño se debió apoderar pronto de mí, y cuando desperté era de día. Los pájaros cantaban, me rodeaba el rocío blanco, estaba congelada de frío y, ¡ay!, me sentía tan sola. Me incorporé y di un paseo siguiendo el río un buen trecho y luego regresé de nuevo. No había ninguna razón para ir a ninguna parte. El mundo a mi alrededor parecía una visión que seguía su curso mientras yo permanecía en pie con mi dolor. Mis pensamientos eran más fuertes que yo: se precipitaron sobre mí y me obligaron a ver toda mi vida desde el principio; desde que me arrebataron de mi madre me había sentido como una niña perdida, tratada y usada por extraños, a los que no les importaba lo que significaba mi vida para mí, sino solo en qué podía serles útil a ellos. Todo parecía haber sido un agotador errar por la vida, llena de soledad, como si hubiera sido forzada a participar en fiestas sin esperanza de alegría para mí. Y ahora era

peor. Estaba perdida de nuevo, y me horrorizaba pensar que algún extraño reparara en mí y me dirigiera la palabra. Me aterrorizaba el mundo. Nadie me conocía. Todos me confundirían. Había visto a tanta gente en mi vida que disfrutaban despreciando a los demás, riéndose de su vergüenza. ¿Qué podía hacer? La vida parecía cernirse sobre mí como una barrera de fuego, por todas partes sentía un calor abrasador que me hacía estremecer. La luz del sol desde lo alto me hacía estremecer. Y empecé a pensar que mi desesperación era la voz de Dios mandándome morir. Pero me llevaría mucho tiempo morir de hambre. Entonces pensé en mi gente, cómo habían sido conducidos de tierra en tierra y habían sufrido, y muchos de ellos habían muerto de miseria en su destierro; ¿era yo la primera? Y en las guerras y las confrontaciones en las que los cristianos habían mostrado su crueldad, nuestros padres habían dado muerte a sus propios hijos y luego se habían quitado la vida ellos mismos; todo para salvarlos de ser falsos apóstatas. Eso hizo que me pareciera correcto que acabara con mi vida; pues la calamidad me había acorralado demasiado, y no veía más salida que por el camino del mal. Pero mi mente peleó consigo misma, pues disputaban cosas contrarias en ella. Sabía que había gente que consideraba que estaba mal adelantar la propia muerte, aunque uno se hallase en medio de las llamas; y mientras me quedaran fuerzas mi deseo era sufrir si realmente tenía que sufrir; si no, ¿dónde residía el mérito de mi vida? No había sido feliz desde los primeros años de vida; cuando amanecía cada mañana solía pensar: «Lo soportaré». Pero antes, siempre tenía algo de esperanza; ahora, la había perdido toda. Anduve errando sumida en estos pensamientos, clamando internamente al Altísimo, del que no podría huir en la muerte más que en vida, a pesar de no tener la suficiente fe como para pensar que Él cuidaba de mí. Parecían abandonarme las fuerzas: muy por debajo de mis gritos, en el fondo, sentía que estaba sola y abandonada. Cuanto más pensaba, más cansada me sentía, hasta que parecía que ya no pensaba nada, sino que era como si el cielo, el río y el Dios Eterno estuvieran en mi alma. ¿Y qué si vivía o moría? Si me tumbaba a morir en el río, ¿era peor que irse a dormir? Allí envié mi alma; me desprendí de mí misma. No podía seguir soportando mis recuerdos. Solo podía sentir lo que había en mi interior: un vivo deseo de poner fin a mi vida de cansancio, que me parecía solo un pequeño dolor ajeno a la gran paz de la que iba a formar parte. Así es como era. Cuando vino la noche y se fue el sol, parecía como si eso fuera todo lo que tenía que esperar. Y me acompañó una nueva fuerza para desear lo que iba a hacer. Ya sabe lo que hice. Iba a morir. Sabe lo que ocurrió; ¿no se lo contó él? Recuperé la fe: no estaba abandonada. ¿Le contó cómo me encontró?

La señora Meyrick no dio ninguna respuesta perceptible, pero

apretó sus labios contra la frente de Mirah.

—Es una perla: el barro solo la ha lavado —fue el breve y fervoroso comentario final de la mujer cuando esa noche, cara a cara con Deronda en la sala de estar trasera, le transmitió íntegramente la historia de Mirah.

—¿Qué opina sobre la búsqueda de su madre? —dijo Deronda—. ¿No le da miedo? Yo tengo mis temores, se lo confieso.

—Oh, yo creo que la madre es buena —dijo la señora Meyrick, con rápida decisión—. O *era* buena. Puede estar muerta, esos son mis temores. Una buena mujer, puede usted estar seguro: se deduce de la bellaquería de su padre. ¿De dónde sacó la niña su bondad? Alguna explicación debía tener.

A Deronda le decepcionó un poco esta respuesta: había buscado una confirmación de su propia valoración, y empezó a poner objeciones. El razonamiento acerca de la madre no servía en cuanto al hermano; y la señora Meyrick admitió que el hermano podía ser una desagradable copia del padre. En cuanto a poner un anuncio público, si el nombre era Cohen, estarían además anunciando dos registros catastrales indefinidos; pero en esto, la señora Meyrick le disuadió, pues la idea de un anunció, que ya se le había mencionado a Mirah, horrorizaba a la pobre chica: estaba convencida que su padre lo vería —siempre lo veía todo en los periódicos—. Estaba claro que había modos más seguros que un anuncio: podían contratar a gente que se dedicara a buscar a personas desaparecidas; pero Deronda intentó persuadir a la señora Meyrick de que era más prudente esperar, antes de encontrar un resultado turbio, o incluso deplorable; sobre todo porque se había comprometido a salir la semana siguiente dos meses al extranjero. Si se realizaba una búsqueda, él quería estar presente, para que la señora Meyrick no se hallara sin ayuda si encontraba cualquier dificultad —suponiendo que ella en su generosidad quisiese continuar cuidando de Mirah—.

—Estaríamos muy celosas de cualquiera que nos arrebatara esa tarea —dijo la señora Meyrick—. Permanecerá bajo mi techo: tenemos la antigua habitación de Hans para ella.

—¿Se contentará ella con esperar? —dijo Deronda, ansioso.

—¡No hay problema en eso! No forma parte de su naturaleza urdir planes o tramar cosas por su cuenta; solo someterse. Dese cuenta de cómo se sometió a su padre. Ella misma se sorprendía de que le costase tanto huir de él. En cuanto a encontrar a su madre, la única idea que tiene ahora es de esperanza: dado que usted llegó a ella para salvarla y nosotras somos buenas con ella, confía en que encontrará a su madre de la misma manera casual. Y cuando ella habla, me doy cuenta de sus sentimientos como si fuera una niña.

La señora Meyrick esperaba que la cantidad que Deronda pusiera en sus manos como provisión para las necesidades de Mirah fuera más elevada de lo necesario; después de poco tiempo Mirah querría tal vez mantener el mismo nivel que las otras chicas y conseguir cierta independencia. Deronda insistió en que debía tener un buen descanso.

—Oh, sí, no apresuraremos para nada las cosas —dijo la señora Meyrick—. Cuente con ello, la cuidaremos afectuosamente. Si quiere dejarme su dirección en el extranjero, le escribiré para informarle de cómo va todo. No es justo de que nos guardemos nosotras toda la alegría de su salvación. Y, además, quiero imaginar que estoy haciendo algo por usted además de por Mirah.

—Y lo hace con sinceridad. ¿Qué habría hecho yo sin usted anoche? Todo habría ido mal. Le diré a Hans que lo mejor de tenerle por amigo es haber conocido a su madre.

Tras esto, se reunieron con las chicas en la otra sala, donde Mirah estaba sentada plácidamente, mientras las demás le estaban contando lo que sabían del señor Deronda, la bondad que había manifestado hacia Hans, y todas las virtudes que Hans les había dicho de él.

—Kate prende una vela ante su retrato cada día —dijo Mab—. Y yo llevo su firma en una pequeña bolsa de seda negra alrededor de mi cuello para evitar los calambres. Y Amy recita la tabla de multiplicación utilizando su nombre. Todas debemos hacer algo extra en su honor, ahora que nos ha permitido que cuidemos de ti.

—Supongo que es una persona demasiado importante para querer nada —dijo Mirah, sonriendo a Mab, y captando la atención de la seria Amy. ¿Tal vez está en una posición muy elevada en el mundo?

—Tiene un rango mucho más alto que nosotras —dijo Amy—. Está emparentado con grandes personajes. Me atrevería decir que él se sienta sobre sillones de seda que nosotros solo nos atreveríamos a rozar ligeramente.

—Me alegro de que tenga un rango elevado —dijo Mirah, con su habitual impasibilidad.

—¿Ah sí? ¿Y por qué estás contenta por eso? —dijo Amy, algo desconfiada por este sentimiento, al acecho de peculiaridades judías que aún no se habían manifestado.

—Porque antes nunca me habían gustado los hombres de alto rango.

—Oh, el del señor Deronda no es tan alto —dijo Kate—. No necesita evitar que pensemos mal de toda la gente de la nobleza si queremos.

Cuando entró, Mirah se levantó con la misma mirada de reverencia y agradecimiento que le había dirigido la noche anterior: no existía en el mundo criatura más libre al mismo tiempo de timidez y de

atrevimiento. Su entrenamiento teatral no había dejado ninguna huella reconocible; probablemente sus ademanes no habían cambiado mucho desde que representó el papel de chica abandonada a los nueve años; y había crecido en su simplicidad y veracidad como la pequeña semilla de una flor que convierte la confusión casual de su entorno en el molde expreso de su propia belleza. Deronda comprendió que estaba tomando contacto con algo enteramente nuevo para él en la forma de feminidad. Pues Mirah no era tan ingenua como una niña: su experiencia del mal y de las calamidades era mayor y más extraña que la suya propia. Le pareció que debía observarla y escucharla como si hubiera venido de una ribera lejana habitada por una raza diferente a la nuestra.

Pero por esa misma razón, su visita fue breve: con su preocupación habitual de cómo afectaría a los demás su comportamiento, reprimió cualquier signo de curiosidad o de dar por supuesto que tenía derecho a saber todo lo que quisiera de aquella a quien había hecho un favor. Por ejemplo, le habría gustado oírla cantar, pero consideraba que la expresión de tal deseo habría sido una grosería por su parte, puesto que ella no habría podido negarse, mientras que él habría tenido la sensación de tratarla como a alguien a quien le pidieran exhibir sus habilidades al antojo del demandante. Cualquier signo de respeto que pudiera mostrarse hacia una mujer, estaba dispuesto a mostrarlo hacia esta chica. ¿Por qué? Se dio a sí mismo varias buenas razones; pero cualquier cosa que uno haga mediante un fuerte y determinado acto de la voluntad, suele tener un motivo que es difícil expresar con palabras. Algunos actos parecen poco más que imprecaciones que dan un respiro a la prolongada pasión de una vida.

Así que Deronda no tardó mucho en despedirse por los dos meses que esperaba estar ausente de Londres, y en unos pocos días estaba en camino con Sir Hugo y Lady Mallinger hacia Leubronn.

Había llevado a cabo su intención de contarles lo de Mirah. La opinión del baronet era que sin duda era mejor no proseguir con la búsqueda de la madre y del hermano. Lady Mallinger estaba muy interesada en la pobre chica, e hizo notar que había una Sociedad para la Conversión de los Judíos, y que era de esperar que Mirah abrazara el cristianismo; pero al darse cuenta de que Sir Hugo la miraba divertido, pensó que había dicho una tontería. Lady Mallinger se sentía culpable de no haber hecho más que traer hijas al mundo cuando lo que se necesitaba eran hijos, cosa que le hacía ver las aparentes contradicciones del mundo como fruto de la debilidad de su propia comprensión. Pero cuando estaba desorientada de verdad, solía decirse a sí misma: «Se lo preguntaré a Daniel». La familia tenía suerte de contar con Deronda; y también Sir Hugo, tras proponerse hacer lo mejor para él, había empezado a pensar que la mejor solución sería

tener a este sustituto de un hijo siempre cerca de su lado.

Hasta aquí llega la historia de Deronda, hasta lo que él conocía, en el momento de esa visita a Leubronn en la que vio a Gwendolen Harleth en la mesa del juego.

CAPÍTULO 21

Es un dicho común que el Conocimiento es poder; pero ¿quién ha considerado debidamente o ha disertado sobre el poder de la Ignorancia? El conocimiento construye lentamente lo que la Ignorancia destruye en una hora. El Conocimiento, a través de pacientes y fructuosos siglos, aumenta los descubrimientos y deja constancia de ellos; la Ignorancia, al querer el pan de cada día, enciende un fuego con las anotaciones, y condimenta un asado con las almas chamuscadas de muchas generaciones. El Conocimiento, instruyendo a los sentidos, perfeccionando y multiplicando las necesidades, se transforma en habilidad y hace variada la vida con el nuevo trabajo de seis días; viene la Ignorancia borracha al séptimo día con un tazón de aceite y una cerilla y un sencillo "que no haya", y la creación multicolor se marchita en la oscuridad. Ciertamente, el Conocimiento es poder, pero es un poder refrenado por el escrúpulo, al tener conciencia de lo que debe ser y de lo que puede ser; mientras que la Ignorancia es un gigante ciego al que si se le libera de la cera, convertiría en un deporte agarrar los pilares que sostienen la largamente forjada tela del bien humano, y oscurecería todas los lugares de alegría como la enterrada Babilonia. Y si se mira a la vida por etapas, en el desarrollo de un simple período, ¿quién es el que teniendo una visión práctica no puede ver que el ignorar los verdaderos lazos de los acontecimientos y el utilizar erróneamente los medios por los cuales pueden llegar a forzarse las secuencias —como ese error de intuición que pasa por alto las gradaciones de la distancia, viendo lo que está fuera del alcance como si estuviera a un paso o a punto de cogerlo— precipita al alma equivocada a la destrucción?

Eran las diez y media de la mañana cuando Gwendolen Harleth, tras su tétrico viaje viniendo de Leubronn, llegó a la estación desde la que debía dirigirse en coche a Offendene. No la esperaba ningún carruaje ni ningún amigo, pues en el telegrama que había enviado desde Dover había mencionado un tren más tardío, y al no haber tenido la paciencia de quedarse en una estación de Londres había partido sin imaginarse lo que significaría llegar sin previo aviso a una hora y media de coche de casa, en una de esas estaciones situada no muy cerca de un lugar concreto, sino equidistante de todos.

Abandonada, como una mujer solitaria, con sus grandes maletas y obligada a esperar después de llamar a un vehículo desde el farol de tamaño gigante denominado el Hostal de la Línea de Ferrocarriles, Gwendolen sintió que la sucia planta de la sala de espera, el polvoriento decantador con agua estancada, y los textos de grandes letras que la exhortaban a la conversión y al arrepentimiento, eran parte de las tristes expectativas que se abrían por los problemas de su familia; y salió a toda prisa por la puerta exterior mirando hacia el camino y los campos. Pero aquí los mismos rayos del sol parecían melancólicos, pues temblaban las hojas de otoño y la hierba, y el viento movía las plumas de un gallo y dos gallinas que no paraban de cacarear y que sin duda se habían desprendido de sus pollitos y nos sabían qué hacer con sí mismos. El oficial del ferrocarril también parecía sin recursos, y su porte inocente observando a Gwendolen y sus maletas se volvió intolerable por la forma en que la miraba; sobre todo porque, al ser un hombre nuevo, no la conocía, y debía pensar que no estaba situada en una posición muy alta en el mundo. El vehículo —una vieja y sucia carreta— ya estaba a la vista, y lo estaba preparando tranquilamente un operario de edad. Detalles despreciables estos, para formar parte de una historia; pero sin ellos apenas puede contarse cómo se desarrolla la vida. Continuamente entran con fuerza acumulativa creando una atmósfera que acaba adquiriendo la forma de una teoría o de una explicación. Ni siquiera la filosofía está del todo libre de tales influencias determinantes; y ser abandonado en un lugar tétrico e irrelevante con una sensación de aturdimiento, bien puede llevar a un hombre a una especulación descorazonadora sobre el origen de las cosas y la causa de un mundo en el que un pensador sutil se hallara tan perdido. ¿Cuánto más afectarían estas bagatelas a una joven señorita preparada para estar en sociedad con un gusto quisquilloso, un chal indio sobre su hombro, unas maletas de unos diez pies cúbicos[99] a su lado, y una completa repulsión al nuevo estado de pobreza que su imaginación ya adelantaba? En cualquier caso, impactaron fuertemente sobre la pobre Gwendolen, y contribuyeron a sofocar su resistente espíritu. ¿Qué sentido tenía vivir en medio de apuros, penurias y humillaciones? Esto era el principio de estar de nuevo en casa, y era una muestra de lo que se encontraría.

Este era el tema sobre el que dio rienda suelta a su apatía durante su lento viaje en la incómoda carreta, con una de las grandes maletas oprimiendo al apacible cochero, y la otra atada con una cuerda en el asiento de enfrente. Tenía el pensamiento desde que había salido de Leubronn que la familia iría de nuevo al extranjero; pues estaba claro que les quedarían algunos ingresos —cuando su mamá dijo que no les quedaba nada, no podía referirse en sentido literal—. Ir a un sitio

aburrido en el extranjero y vivir pobremente era el triste futuro que la amenazaba: había visto a muchísima gente inglesa pobre en el extranjero, y se vio sumergida en el menospreciado deslustre de sus mal abastecidas vidas, con Alice, Bertha, Fanny e Isabel, todas a su alrededor mostrando su monotonía, mientras ella avanzaba hacia los treinta, y su mamá volviéndose más y más melancólica. Pero ella no iba a dejar someterse ni que la desgracia hiciera con ella lo que quisiese: todavía no había creído del todo en su desgracia; pero el cansancio, y la aversión hacia la forma miserable en que había llegado habían comenzado a afectarla como un despertar molesto, peor que los desagradables sueños que había sufrido anteriormente. La autosatisfacción con la que había besado su imagen en el espejo se había desvanecido ante la sensación de futilidad por ser cualquier cosa que fuera —encantadora, inteligente, resuelta—, ¿de qué le servía todo eso? Los acontecimientos podían desarrollarse de cualquier forma, y los hombres eran odiosos. Sí, los hombres eran odiosos. Esas breves palabras iban unidas con recuerdos muy vívidos. Pero en estas últimas horas, su significado había cambiado ligeramente. Una cosa es odiar los bienes robados, y otra odiarlos más porque al haber sido robados no podemos utilizarlos. Gwendolen había empezado a estar enojada con Grandocurt por ser lo que le había impedido casarse con él, por ser la causa de su triste suerte actual.

Mas el lento viaje estaba casi llegando a su fin, y el vehículo de madera que se acercaba por la avenida ya estaba a la vista desde las ventanas. Una silueta que apareció bajo el pórtico provocó instantáneamente un nuevo y menos egoísta sentimiento en Gwendolen, y cuando saltó del carruaje vio el querido y precioso rostro con curvas recientes de tristeza en él, se abrazó al cuello de su madre, y por el momento solo sintió la pena con relación al sentimiento de su madre por ellas.

Detrás, por supuesto, estaban las caras tristes de las cuatro chicas superficiales, cada una, pobrecilla —como esas muchas otras hermanas nuestras—, en su mundo particular que no importaba a nadie más que a ellas, pero todas sintiendo que la presencia de Gwendolen de alguna manera refrenaba la desgracia: allí donde estaba Gwendolen, algo interesante tenía que suceder; incluso su apresurada sumisión a sus besos, y su «Ahora marchaos, niñas», llevaban en sí el tipo de consuelo que los débiles encuentran en la decisión y la autoridad. La buena señorita Merry, cuyo aire de abatimiento apacible, hasta entonces inexplicable en una institutriz cariñosamente unida a la familia, estuvo ahora a la altura de las circunstancias, no esperó ningún saludo, sino que se ocupó con las maletas y el pago del cochero; mientras, la señora Davilow y Gwendolen subieron al primer piso deprisa y se encerraron en el dormitorio negro y amarillo.

—No importa, querida mamá —dijo Gwendolen, recogiendo tiernamente con su pañuelo las lágrimas que caían por las mejillas de la señora Davilow—. No importa. A mí no me importa. Haré lo que sea. Seré lo que haga falta. Las cosas se arreglarán. Parecía peor porque yo estaba fuera. ¡Vamos! Tienes que alegrarte de que esté aquí.

Gwendolen sintió cada una de las palabras de su discurso. Un arrebato de ternura compasiva estimuló toda su capacidad de resolución generosa; y los proyectos de los que estaba segura de que podía sacar adelante y en los que había pensado solo vagamente durante su viaje le vinieron a la mente con nueva determinación. De repente, pareció percibir cómo podía ser "algo". Fue uno de sus mejores momentos, y la apegada madre, olvidando todo lo que había bajo la marea, la miró con una especie de adoración. Y dijo:

—¡Bendita seas, cariño mío! ¡Yo puedo ser feliz si tú puedes!

Pero más tarde durante el día bajó la marea; las viejas rocas deslizantes, los antiguos lugares con malas hierbas reaparecieron. Naturalmente, hubo una merma del coraje cuando la desgracia dejó de ser un mero anuncio, y comenzó a desarrollarse como un grave recluso tiránico. Al principio —una vez finalizó esa horrorosa conducción— todavía era Offendene donde Gwendolen había llegado a casa, y las cosas que había a su alrededor de consecuencia inmediata para ella permanecían todavía allí para asegurarle su tranquilidad personal; la espaciosa quietud de la gran casa maciza mientras descansaba; todas las comodidades de su aseo cuidadas sin problema; y una pequeña bandeja con su comida favorita que le trajeron en privado. Pues había dicho: «Mantén a todos lejos de nosotros por hoy, mamá. Que tú y yo estemos a solas».

Cuando Gwendolen bajó a la sala de estar, fresca como un cisne que viene de sumergir la cabeza en el agua, y se reclinó en los cojines del canapé al lado de su mamá, la desgracia aún no había mostrado su rostro sobre ellas. Se sintió preparada para escuchar cualquier cosa, y empezó en un tono de intención deliberada:

—¿Qué has pensado hacer exactamente, mamá?

—Oh, querida, la siguiente cosa a hacer es marcharse de esta casa. El señor Haynes, por suerte, está tan dispuesto a quedarse con ella ahora como lo habría estado cuando la cogimos. El agente de Lord Brackenshaw va a arreglarlo todo con él de la forma más ventajosa para nosotras: Bazley, ya sabes; para nada un hombre deshonesto.

—No puedo evitar pensar que Lord Brackenshaw podría dejarte seguir aquí sin pagar nada, mamá —dijo Gwendolen, la cual no había utilizado sus talentos para los negocios tanto como para discernir la admiración que suscitaban sus encantos.

—Mi querida hija, Lord Brackenshaw está en Escocia, y no sabe nada de nosotras. Ni tu tío ni yo querríamos solicitarle nada. Además,

¿qué haríamos en esta casa sin sirvientas, y sin dinero para calentarla? Cuanto antes la abandonemos, mejor. No tenemos más que llevarnos nuestras ropas, ya sabes.

—Supongo que te refieres a ir al extranjero, entonces —dijo Gwendolen. Después de todo, era lo que ya había asumido.

—Oh, no, querida, no. ¿Cómo íbamos a viajar? Nunca aprendiste nada de ingresos y gastos —dijo la señora Davilow, intentando sonreír, y poniendo su mano sobre la de Gwendolen mientras añadía, con pena—: lo cual es aún más duro para ti, vida mía.

—¿Pero dónde vamos a ir? —dijo Gwendolen con una nota de dureza. Sintió que le sobrevenía una nueva ola de temor.

—Todo está decidido. Nos aprovisionaremos con algún mueble de la rectoría, todo lo que sobre. —La señora Davilow dudó. Temía menos la realidad que el impacto que podía causar en Gwendolen, la cual miraba con tensión expectante, pero en silencio.

—Es a la cabaña de Sawyer donde iremos.

Al principio Gwendolen permaneció callada, palideciendo de ira —una ira justificada, en su opinión. Luego dijo con altivez:

—Eso es imposible. Hay que pensar algo más que eso. Mi tío no lo permitirá. Yo no me someteré a eso.

—Mi dulce niña, ¿en qué otra cosa podríamos pensar? Tu tío, estoy segura, es tan amable como puede; pero él mismo tiene problemas: tiene que levantar a su familia. ¿Eres capaz de entenderlo? Recuerda que no tenemos nada. No tendremos absolutamente nada salvo lo que él y mi hermana nos den. Han sido tan prudentes y nos han ayudado tanto como han podido, pero ahora tenemos que intentar ganarnos nosotras el pan. Las niñas y yo vamos a trabajar el bordado de un mantel para las Señoras de la Caridad en Wancester, y un paño de altar que los feligreses van a presentar a la Iglesia de Pennicote.

La señora Davilow entró tímidamente en estos detalles, pero ¿de qué otra forma iba a hacerle comprender el hecho de su posición a esta chica que, desgraciadamente, tenía que hacerse cargo del presente, hubiera lo que hubiera en el futuro para ella? Aunque ella misma imaginaba supersticiosamente que el futuro la depararía algo mejor.

—Pero está claro que se puede encontrar otro sitio que la cabaña de Sawyer —insistió Gwendolen calando en ella (como en una pesadilla) la imagen de esta casa donde había vivido un empleado de impuestos sobre consumo.

—No, de verdad, querida. Sabes que las casas escasean, y debemos estar agradecidas de conseguir algo tan privado. No está muy mal. Hay dos pequeñas salas y cuatro habitaciones. Podrás sentarte a solas cuando quieras.

El aire compasivo hacia su madre había menguado tanto en esos momentos que Gwendolen no hizo caso de estas palabras de desaprobación.

—No puedo creer que todas tus propiedades hayan desaparecido de repente, mamá. ¿Cómo puedes estar segura en tan poco tiempo? No hace ni una semana que me escribiste.

—Las primeras noticias vinieron antes, querida. Pero no iba a arruinar tu viaje de placer hasta que no fuera necesario.

—¡Oh, maldita sea! —dijo Gwendolen, enrojeciendo de ira—. Si lo hubiera sabido, podría haber traído a casa el dinero que había ganado; y al no saberlo, me quedé y lo perdí. Tenía cerca de doscientas libras, nos habría dado para vivir por un tiempo mientras se me ocurriera algún plan. —Hizo una pausa y añadió con más ímpetu—: Todo me ha ido en contra. La gente solo se ha acercado a mí para arruinarme.

Entre la "gente" incluía a Deronda. Si no hubiera interferido en su vida habría ido de nuevo a la mesa del juego con unos pocos napoleones y podría haber vuelto a recuperar sus pérdidas.

—Debemos resignarnos a la voluntad de la Providencia, hija mía —dijo la pobre señora Davilow, sobrecogida con esta revelación del juego, pero sin atreverse a decir más. Estaba segura de que por la "gente" se refería a Grandcourt, del que no había dicho absolutamente nada. Y Gwendolen respondió inmediatamente:

—Pues yo no me resigno. Haré lo que pueda para evitarlo. ¿De qué sirve llamar a la maldad de la gente Providencia? Dijiste en tu carta que la culpa de que perdiéramos nuestro dinero fue del señor Lassmann. ¿Ha huido con todo?

—No, querida, no lo entiendes. Había grandes especulaciones. Él pretendía ganar. Estaba involucrado en el trabajo de unas minas y cosas por el estilo. Arriesgó demasiado.

—Yo no llamo a eso la Providencia: fue su imprevisión con nuestro dinero, y se le debería castigar por ello. ¿No podemos acudir a la ley y recuperar nuestra fortuna? Mi tío debería tomar medidas y no aceptar tales injusticias. Deberíamos acudir a la ley.

—Mi querida hija, la ley nunca puede devolver el dinero perdido de esa forma. Tu tío dice que es leche derramada. Además, uno debe tener una fortuna para conseguir algo de la ley: no hay leyes para la gente que está arruinada. Y nuestro dinero se nos ha escapado junto con el de otra gente. No somos las únicas víctimas: también hay otros que tienen que resignarse.

—Pero yo no me resigno a vivir en la cabaña de Sawyer y verte trabajar por cuatro peniques y unos chelines a causa de ello. Yo no lo haré. Haré lo que más se adecue a nuestro rango y nuestra educación.

—Estoy segura de que tu tío y todas nosotras estaremos de acuerdo

con eso, querida, y te admiro más por ello —dijo la señora Davilow, contenta de la imprevista oportunidad para hablar de un tema difícil —. No pretendía que te resignaras a lo peor cuando pudiera surgir algo mejor. Tanto tu tío como tu tía han comprendido que tus capacidades y tu educación significaban una fortuna para ti, y ya han oído algo que esté a tu altura.

—¿De qué se trata, mamá? —Parte del enfado de Gwendolen se convirtió en interés y no hacía más que cábalas sobre el asunto.

—Se ofrecen dos situaciones. Una es en la familia de un obispo, donde hay tres hijas; y la otra es una escuela de rango bastante elevado; en ambas tu nivel de francés, de música, de baile, y tus maneras y hábitos como señora, son exactamente los que se requieren. En cada uno pagan cien libras al año, y de momento… —la señora Davilow se asustó y vaciló un poco—, para librarte del insignificante modo de vida que tenemos que llevar, tal vez podrías aceptar uno de los dos.

—¿Qué? ¿Ser como la señorita Graves en la casa de Madame Meunier? No.

—Yo creo que sería más adecuado el del Dr. Mompert. No puede haber penurias en la familia de un obispo.

—Perdona, mamá. En cualquier parte hay penurias para una institutriz. Y no veo por qué sería más agradable ser vista como una inferior en la familia de un obispo que en cualquier otra. Además, sabes muy bien que odio enseñar. ¡Imagíname haciendo callar a tres niñas torpes como Alice! Antes preferiría emigrar que ser una institutriz.

Su madre no le preguntó a qué se refería exactamente con emigrar. La señora Davilow guardaba silencio, viendo que no había salida, y temiendo el choque que podría haber cuando Gwendolen tuviera que encontrarse con sus tíos. Había un aire de reticencia en la resistente forma altiva de hablar de Gwendolen, que suponía tenía reservado un plan determinado, y su ignorancia casi total, exhibida continuamente, no podía anular el convencimiento de la madre de la efectividad de esa voluntad contundente y atrevida que la había dominado hasta a ella misma.

—Tengo algunos ornamentos, mamá, y podría venderlos —dijo Gwendolen—. Harían una buena suma. Quiero una pequeña cantidad, solo para ir tirando. Diría que Marshall en Wanceseter los aceptaría: recuerdo que me enseñó una vez unos brazaletes que dijo había comprado a una señora. Jocosa podría ir y preguntarle. Jocosa va a dejarnos, ya lo sé. Pero podría hacer eso primero.

—Ella haría cualquier cosa que pudiera, la pobrecita. Todavía no te lo he dicho: quería que me quedara con todos sus ahorros, sus trescientas libras. Le dije que estableciera una pequeña escuela. Será

muy duro para ella ir a una nueva familia ahora que ha estado tanto tiempo con nosotras.

—Oh, recomiéndala para las hijas del obispo —dijo Gwendolen, con un repentino destello jocoso en su rostro—. Estoy segura de que lo hará mejor que yo.

—Guárdate de decir tales cosas a tu tío —dijo la señora Davilow—. Se ofenderá si menosprecias lo que se ha esforzado tanto por conseguirte. Pero diría que algo más te ronda por la cabeza que a lo mejor él no desaprobaría, si le consultas.

—Hay alguien más a quien quiero consultar primero. ¿Están todavía los Arrowpoint en Quetcham? ¿Y Herr Klesmer está allí? Pero diría que no sabes nada de eso, pobre mamá. ¿Puede ir Jeffries a caballo con una nota?

—Oh, querida. Jeffries no está aquí, y el comerciante se ha llevado los caballos. Pero alguien podría ir en nuestro lugar desde la granja de Leek. Los Arrowpoint están en Quetcham, lo sé. La señorita Arrowpoint dejó su tarjeta el otro día. No pude verla. Pero no sé nada de Herr Klesmer. ¿Quieres enviarla antes de mañana?

—Sí, tan pronto como sea posible. Escribiré una nota —dijo Gwendolen, levantándose.

—¿En qué puedes estar pensando, Gwen? —dijo la señora Davilow, aliviada en medio de su asombro por sus signos de entusiasmo y mejor humor.

—No te preocupe, será para bien, mamá —dijo Gwendolen, sentándose de nuevo un momento para compensarla con sus caricias —. Pretendo hacer algo. No te importe el qué hasta que todo esté arreglado. Y entonces te sentirás consolada. ¡Tu hermosa cara! Ha envejecido diez años durante estas tres semanas. Venga, vamos, no llores —Gwendolen, sosteniendo la cabeza de su madre con ambas manos, besó sus párpados temblorosos—. Pero procura no contradecirme o ponerme trabas. Debo decidir por mí misma. No debo ser dirigida por mi tío o por cualquier otra persona. Mi vida es asunto mío. Y creo —en esto su tono tomó un matiz de menosprecio—, creo que puedo hacer más por ti que dejarte vivir en la cabaña de Sawyer.

Al pronunciar esta última frase Gwendolen se levantó de nuevo, y se dirigió a un escritorio donde escribió la siguiente nota a Klesmer:

> *La señorita Harleth presenta sus respetos a Herr Klesmer y se aventura a solicitarle la merced de contactar con ella, si es posible mañana mismo. Su motivo para abusar así de su amabilidad es de una naturaleza muy seria. Desgraciadas circunstancias familiares la han obligado a seguir por un camino que solo puede tomar con el consejo del gran conocimiento y juicio de Herr Klesmer.*

—Te ruego que envíes esto a Quetcham inmediatamente, mamá —dijo Gwendolen, mientras le entregaba la carta—. El hombre debe esperar una respuesta. No perdamos tiempo.

Por el momento, el objetivo inmediato era despachar la carta; pero cuando este punto estuvo asegurado, le sobrevino una nueva ansiedad que la mantuvo en un estado angustioso. Si ocurriera que Klesmer no estuviera en Quetcham, ¿qué es lo siguiente que haría? La confianza de Gwendolen en su buena suerte, por así decir, había sufrido un buen golpe. Las cosas se le habían puesto en contra. Un matrimonio espléndido que se le presentaba al alcance había desvelado un terrible secreto. Las oportunidades de la ruleta no se habían ajustado a sus intereses; y un hombre que no conocía de nada se había interpuesto entre ellas y sus intenciones. El comportamiento de esa gente aburrida que manejaba los negocios del mundo tenía la culpa de todo lo que le había perjudicado a ella en particular. Gwendolen Harleth, con toda su belleza y su fuerza consciente, sentía cernirse sobre ella la amenaza de la humillación: por primera vez las condiciones de este mundo le parecían como si ella se hubiera desviado y hubiera acabado dentro de una muchedumbre precipitada y exaltada, no más cuidada y protegida que miles de otras chicas, a pesar de que era una desgracia exclusiva de ella. Si Klesmer no se hallaba en Quetcham, eso no sería más que una pieza más del conjunto: la inoportuna negativa se erigía como una posibilidad, y mantuvo a su mente dando vueltas a alternativas desesperadas que pudieran librarla de la cabaña de Sawyer o de la última necesidad de “aceptar la situación”, una expresión que superaba cualquier penuria que más hiriese a su orgullo, y que más enojo le causaba; por lo menos lo que su experiencia le permitía imaginar como penuria.

Con todo, podía ser que Klesmer estuviese allí, y Gwendolen pensó en el resultado si era así con una esperanza que incluso proyectó una luz satisfactoria sobre sus peculiares problemas, que bien podrían atribuirse a los de las biografías de personas célebres o notables. Y si hubiera oído a sus conocidos más inmediatos interrogados sobre si la consideraban notable a ella, el primero que dijera “no” la habría sorprendido.

CAPÍTULO 22

Satisfacemos nuestra imaginación con enredos inventados, pero nuestra vida mientras tanto permanece en la penumbra, donde se mueven las pasiones agitadas y van y vienen, otorgando a nuestros hechos el modelo acostumbrado.

La nota de Gwendolen, que llegó «entre demasiado pronto y demasiado tarde»[100], fue puesta en manos de Klesmer justo en el momento en que se iba de Quetcham, y para no contradecir la amabilidad que ella suponía en él, pasó la noche, no sin cierto inconveniente, en Wancester.

La magnífica mansión, equipada de acuerdo con el máximo gasto, se había vuelto de hecho demasiado agobiante para él; sus dueños, como algunos grandes políticos, habían quedado sorprendidos por la insurrección contra el orden establecido de las cosas, y que nosotros, gente sencilla, podemos darnos cuenta tras los sucesos, que todo se fraguó bajo sus mismas narices.

Como era habitual, había muchos invitados en la casa, y de entre ellos uno del que la señorita Arrowpoint entrevió un nuevo pretendiente a su alcance; un político de buena familia que esperaba confiadamente obtener un título nobiliario, y había manifestado que precisaba de una buena fortuna para mantener el título apropiadamente. Las herederas varían, y las personas interesadas de antemano en una de ellas saben que pueden encontrar que sea demasiado rubia o pelirroja, alta y desgarbada, o de baja estatura y rechoncha, violenta y caprichosa, o distraída e insípida; pero en cada caso se da por supuesto que ella se consideraría a sí misma un apéndice de su fortuna, y que se casaría con quien los demás pensaran que debería ir su fortuna. La naturaleza, sin embargo, no solo no se acomoda bien a nuestras costumbres favoritas al darnos solo hijas, sino que de vez en cuando dota a la hija no esperada con una mente clara y una voluntad fuerte. Los Arrowpoint habían experimentado ya algunas de estas ansiedades precisamente por las cualidades de su Catherine. Ella no iba aceptar que fuese su deber social casarse con un noble necesitado o con un plebeyo que estuviera a punto de ascender

hacia la nobleza; y no dejaban de preocuparse por su persistencia en rechazar ofertas apropiadas. En cuanto a la posibilidad de estar enamorada de Klesmer no estaban en absoluto preocupados —un tipo de ceguera muy común—. Pues en general los mortales tienen una gran capacidad para sorprenderse por la presencia de un suceso por el que han hecho todo lo posible por que suceda, así como por la ausencia de otro por el que no han hecho nada más que desearlo. Los padres se sorprenden por la ignorancia de sus hijos, a pesar de haber utilizado los métodos más caros y tradicionales de asegurarla; maridos y mujeres se han sorprendido mutuamente por la pérdida de afecto por la que no se han tomado ninguna molestia en mantener; y a todos nosotros a su vez nos extraña que nuestros vecinos no nos admiren. En este sentido resulta que la verdad parece altamente improbable. La verdad es algo diferente de las torpes combinaciones habituales engendradas por nuestros deseos. La hora del asombro de los Arrowpoint había llegado.

Cuando existe una pasión entre una heredera y un hombre de espíritu independiente y altivo, es difícil que lleguen a entenderse; pero es probable que se superen estas dificultades a menos que el hombre orgulloso se encierre en una coartada constante. Los encuentros breves tras una estudiada ausencia se manifiestan efectivos; pero todavía es más efectiva la compañía frecuente, acompañada de plena simpatía y cualidades admirables por ambas partes; sobre todo cuando uno está en la posición de maestro y la otra se halla conscientemente complacida en su capacidad receptiva que produce también gusto en el maestro. La situación es famosa en la historia y no tiene ahora menos encanto que el que tenía en los días de Abelardo[101].

Pero a los Arrowpoint no se les había ocurrido este tipo de comparación cuando contrataron por primera vez a Klesmer en Quetcham. Tener a un músico de primera categoría en casa es un privilegio solo propio de los más ricos; el talento musical de Catherine requería todas las facilidades; y ella particularmente deseaba usar su tiempo libre en el campo para estudiar más concienzudamente. Klesmer no era todavía un Liszt[102], al que se entendía que le adoraran las mujeres de todos los países europeos salvo Laponia: pero incluso admitiendo esa suposición, no se infería que fuera a declararse a una heredera. Ningún músico de honor haría eso. Todavía se concebía menos que Catherine le diera el menor pretexto para consentir tal atrevimiento. El precio que iba a pagar el señor Arrowpoint al contratar a Klesmer le dejaba tan tranquilo como si este fuera un ayudante más. Allí donde no puede concebirse el matrimonio, los sentimientos de una chica permanecen seguros.

Klesmer era ante todo un hombre de honor, pero los matrimonios

raras veces empiezan con proposiciones formales y, además, el límite que Catherine tenía de lo inconcebible no se correspondía exactamente con el de su madre.

Las personas de fuera se habrían dado cuenta con más facilidad que la posición de Klesmer habría sido peligrosa para él si la señorita Arrowpoint hubiera sido una reconocida belleza; sin tener en cuenta que la más poderosa de todas las bellezas es la que se revela tras la simpatía y no antes. Existe un encanto en los ojos y en los labios que acompaña cada pequeña frase con la que se declara una percepción delicada o un buen sentimiento, con cada palabra discreta y con cada sonrisa que muestran un corazón abierto a los demás; y no hay un modo de volverse que produzca más satisfacción que el que da la seguridad de saber que esa persona tiene presente a quien no deja de pensar en ella. ¡Qué dignidad existe al reunir en un único estado las risas y los fruncimientos, sin interpretarlos nunca mal! ¡Qué adorable baño de humanidad encontramos en una mente que puede iluminar la comprensión y en unas manos que pueden obrar correctamente! La belleza más evidente, adorable en ocasiones —diríamos sin maledicencia— empieza siendo una apología de la locura, y termina como otras apologías siendo tediosa por su repetición; y que Klesmer, aunque muy sensible a ello, tuviera un afecto pasional hacia la señorita Arrowpoint, no era más paradójico que cualquier otro triunfo de las múltiples formas de la simpatía sobre una atracción monótona. Nos parece menos censurable que se nos catalogue por los excesos esclavizantes de nuestras pasiones que por no haber estado a la altura en pasiones más intensas; pero si se supiera la verdad, nuestra presunta intensidad es a menudo la estupidez de no saber que más hacer con nosotros mismos. Tannhaüser[103], puede llegar a pensarse, era un caballero de imaginación pobre, con apenas más locuacidad que un torpe soldado de la Guardia Real. Merlín[104] tuvo sus días inspirados, pero no dejó de repetirse cuando cayó en aquella desesperada cautividad; Ulises[105] experimentó un aburrimiento tan manifiesto en circunstancias parecidas que la misma Calipso adelantó su partida. Hay una versión en la que Ulises luego dejó a Penélope; pero dado que ella estaba absorta en el trabajo con el estambre, y fue probablemente de ella de quien Telémaco heredó su naturaleza quisquillosa y mezquina, constantemente preocupado por las propiedades y por el consumo diario de carne, no se puede sacar ninguna conclusión de este ya dudoso escándalo en cuanto a la relación entre el compañerismo y la perseverancia.

Klesmer era tan versátil y fascinante como un joven Ulises con el conocimiento suficiente —el que la naturaleza parecía haberle dado en primer lugar de forma generosa y sobre el cual agregó él mismo después a la música como un poder que dominase al resto—, y como

en Mendelssohn[106], encontró la expresión no solo en la altísima calidad de su ejecución, sino en ese fervor por el trabajo creativo y la investigación teórica que impregna todo el futuro de una vida con la luz de un propósito congruente y devoto. Sus pecados de arrogancia y vanidad no excedían los que habitualmente se encuentran en las mejores familias inglesas; y Catherine Arrowpoint no tenía inquietudes semejantes que pudieran enfrentarse con las suyas: a pesar de su amabilidad natural se mantenía quizás demasiado fríamente distante e independiente. Pero era una de esas agradables criaturas que al tratarlas queda uno encantado con su descubrimiento, pues la integridad que se observa en sus habilidades y en su expresión fomentan el deseo de saber su opinión sobre todos los temas, o de cómo van a llevar a cabo cualquier cosa que emprendan, de forma que terminan por levantar no solo continuas expectativas, sino además una permanente sensación de plenitud —la sístole y diástole del compañerismo dichoso—. En casos así, la representación externa se convierte fácilmente en lo que la imagen es para el adorador. No pasó mucho tiempo antes de que los dos se dieran cuenta de que cada uno de ellos estaba interesado por el otro; pero el "cuánto" quedaba sin saberse. Klesmer no concebía que la señorita Arrowpoint fuera probablemente a considerarlo como un posible pretendiente, y ella no estaba acostumbrada a verse a sí misma estimulando miradas que eran algo más que amigables, ni a temer la expresión de algún hombre que no estuviera enamorado de su fortuna. Cada uno estaba satisfecho de sufrir cierto sentido no compartido de negación por el bien del entorno del otro; y bajo estas circunstancias no hubo necesidad de restringir las visitas de Klesmer durante el último año ni en el campo ni en la ciudad. Sabía muy bien que si la señorita Arrowpoint hubiera sido pobre la habría cortejado ardientemente en lugar de manifestarlo atacando el piano o cruzando sus brazos y soltando una arenga hiperbólica sobre algo tan impersonal como el polo norte; y ella no era menos consciente de que si a Klesmer le hubiera sido posible desear su mano, ella habría encontrado razones poderosas para dársela. En esto consiste la seguridad de las tazas llenas, tan seguras de no derramar su contenido como las medio vacías, siempre que no haya una alteración. Naturalmente, a medida que pasaba el tiempo, el sentimiento callado no podía permanecer en el mismo nivel, y en la actual visita a Quetcham, Klesmer había empezado a pensar que ya no volvería más; mientras, Catherine era cada vez más sensible a su frecuente brusquedad, que ella veía con resentimiento por pensar que era un esfuerzo innecesario por su parte por mantener la superioridad en todos los sentidos salvo en lo convencional.

Mientras tanto, entró en escena el expectante par[107], el señor Bult, un acreditado hombre del partido, que aunque neutral en la vida

privada, tenía una fuerte opinión respecto las regiones del Níger, se sentía como en casa en las zonas brasileñas, hablaba con decisión sobre asuntos en los mares del Sur, estudiaba profundamente tanto sus discursos parlamentarios como los que hacía en la calle, y tenía la íntegra firmeza y el completo color rosado propio de un británico vigoroso que se hallaba en el ecuador de la vida. Catherine, consciente de que existía el tácito entendimiento de que era un marido irrechazable para una heredera, no tenía nada que decir en contra de él salvo que le resultaba tremendamente aburrido. El señor Bult estaba muy confiado, y no tenía ni idea que su insensibilidad hacia el contrapunto pudiera volvérsele en contra. Apenas consideraba a Klesmer como un ser humano serio que tuviera el derecho a votar; y no le importaba la afición de la señorita Arrowpoint a la música más que sus probables gastos en la puntilla antigua. Se sintió por tanto un poco sorprendido por el arrebato de Klesmer en una sobremesa a causa de la falta de idealismo en la política inglesa, que dejaba que cualquier relación de semejanza entre razas distantes fuera determinada simplemente por la necesidad de un mercado: las Cruzadas, según él, tenían al menos esta excusa, tenían un estandarte bajo el cual las almas generosas podían agruparse; por supuesto, se unían también los sinvergüenzas, pero ¿y qué?, también hay sinvergüenzas que están de acuerdo con nosotros en muchas cosas, por ejemplo, en comparar barato y vender caro. Este tema provocó que Klesmer mostrara durante un buen rato su elocuencia, gestos y más cosas, como fuegos artificiales prendidos accidentalmente, y luego quedó sumido en un silencio inamovible. Al señor Bult no le sorprendía que las opiniones de Klesmer fueran atolondradas, pero sí le había dejado atónito su dominio de la lengua inglesa y su capacidad de sacarle punta a los temas de una forma digna de un elector político, lo que se explicaba probablemente por su origen polaco, o checo, o de algún sitio de por ahí, en algún estado refugiado que le hubiera obligado a hacer de la música su profesión; y esa noche en la sala de estar, por primera vez se dirigió a Klesmer que estaba al piano, y estando cerca la señorita Arrowpoint, le preguntó:

—No sabía que fuera usted un hombre político.

La única respuesta de Klesmer fue cruzarse de brazos, adelantar un poco su labio inferior y quedarse mirando al señor Bult.

—Debe estar acostumbrado a hablar en público. Habla usted inusualmente bien, aunque no estoy de acuerdo con sus opiniones. Por lo que dijo de los sentimientos, imagino que es usted un paneslavista[108].

—No; me llamo Elijah. Soy el Judío Errante[109] —dijo Klesmer lanzando una sonrisa a la señorita Arrowpoint, y precipitándose hacia el piano hizo un movimiento repentino balanceándose hacia delante y

hacia atrás. Al señor Bult le resultó más bien ofensiva esta bufonería, propia de polacos, pero al estar presente la señorita Arrowpoint no quiso abandonar la sala.

—Herr Klesmer tiene ideas cosmopolitas —dijo la señorita Arrowpoint intentando controlar la situación—. Espera con ansia la fusión de las razas.

—Yo también, con todo mi corazón —dijo el señor Bult, queriendo ser gracioso—. Ya sabía que tenía demasiado talento para ser un simple músico.

—Ah, señor, se equivoca en eso —dijo Klesmer, encendiéndose—. Ningún hombre tiene el suficiente talento para ser músico. La mayoría de las personas tiene demasiado poco. Un artista creativo no es un simple músico de la misma forma que un hombre de estado no es un simple político. No somos muñecas ingeniosas, señor, que viven dentro de una caja de música y salen a mirar al mundo solo cuando se requiere diversión. Ayudamos a gobernar las naciones y pasamos a la historia tanto como cualquier otro hombre público. Nos situamos al mismo nivel que los legisladores. Y un hombre que sabe hablar a través de la música está llamado a algo más difícil que la elocuencia parlamentaria.

Al pronunciar la última palabra, Klesmer se dio la vuelta sobre la banqueta de su piano y se alejó.

La señorita Arrowpoint enrojeció, y el señor Bult comentó con su habitual firmeza impasible—: Tu pianista no se considera poca cosa.

—Herr Klesmer es algo más que un pianista —dijo la señorita Arrowpoint como disculpándose—. Es un gran músico en el sentido más amplio del término. Es comparable a Schubert y Mendelssohn.

—Ah, ustedes las damas entienden de estas cosas —dijo el señor Bult, pensando, sin embargo, que tales cosas eran frívolas, al haberse mostrado Klesmer como un dandi engreído.

Catherine, a la que siempre le sabía mal que Klesmer se envaneciera, encontró una oportunidad al día siguiente en la sala de música para decir:

—¿Por qué se acaloró tanto anoche con el señor Bult? No pretendía herirle.

—¿Desea que sea agradable con él? —dijo Klesmer, más bien rudamente.

—Creo que vale la pena que se comporte de forma cívica.

—¿A usted no le resulta difícil soportarlo, entonces? Tiene usted respeto por un político perogrullesco tan insensible como un buey a cualquier cosa que no pueda valorar en términos políticos. Usted cree que su obtusidad monumental concuerda con la dignidad del caballero inglés.

—Yo no he dicho eso.

—Quería decir que yo actué sin dignidad y que usted está ofendida conmigo.

—Ahora está usted ligeramente más cerca de la verdad —dijo Catherine, sonriendo.

—Entonces será mejor que coloque mis ropas de luto en la maleta y me marche inmediatamente.

—Yo no lo veo así. Si tengo que soportar su crítica sobre mi opereta, a usted no le debería importar mi crítica a su impaciencia.

—Pues me importa. Usted habría querido que me tomara su impertinencia ignorante sobre un "simple músico" sin ponerle a él en su lugar. Tengo que oír blasfemias contra mis dioses además de insultos a mí mismo. Pero le ruego me perdone. Es imposible que vea el asunto desde mi punto de vista. Ni siquiera usted puede entender la ira del artista: es de una casta distinta a la suya.

—Eso es cierto —dijo Catherine, dejando que le traicionaran parte de sus sentimientos—. Es de una casta a la que admiro, una casta muy superior a la mía.

Klesmer, que se había sentado en una mesa a mirar unas partituras, se levantó y alejándose un poco, dijo:

—Es de agradecer que sienta eso. Pero es mejor que me vaya, de todas formas. He decidido irme, por el bien de todos. Usted puede progresar perfectamente sin mí: su opereta va sobre ruedas, seguirá yendo bien. Y la compañía de su señor Bult me ilusiona "wie die Faust ins Auge"[110]. Voy a cancelar mis obligaciones. Debo partir hacia San Petersburgo.

No hubo respuesta.

—¿Está de acuerdo conmigo que es mejor que me vaya? —dijo Klesmer, algo irritado.

—Por supuesto, si eso es lo que necesita por su trabajo y sus sentimientos. Solo me queda maravillarme de cómo ha consentido darnos tanto de su tiempo en este último año. Debe haber cosas que le interesen el triple en otras partes. Nunca se me ha ocurrido pensar que haya venido hasta aquí por otra cosa que no fuera un sacrificio.

—¿Por qué iba a hacer un sacrificio? —dijo Klesmer, sentándose de nuevo en el piano, y tecleando algunas notas con la delicadeza de un eco en la distancia y que formaban una melodía que había compuesto para las palabras de Heine: "Ich hab' dich geliebet und liebe dich noch"[111].

—Ese es el misterio —dijo Catherine, sin querer traslucir sus sentimientos, aunque se agitó un poco. Por el mismo motivo estaba rasgando un trozo de papel en pequeños pedazos, como si un hada cruel le hubiera impuesto la tarea de multiplicarlos hasta el infinito.

—¿No se le ocurre ningún motivo? —dijo Klesmer, cruzándose de brazos.

—Ninguno que parezca probable en lo más mínimo.

—Entonces se lo diré yo. Es porque usted es para mí la principal mujer del mundo, la mujer entronada cuyos colores llevo entre mi corazón y mi armadura.

Las manos de Catherine temblaron de tal forma que no pudo continuar rasgando el papel: aún menos podían sus labios pronunciar una sola palabra. Klesmer continuó:

—Esta sería mi última impertinencia, si pretendiera encontrar algo por ella. Pero eso está fuera de toda cuestión. No pretendo eso. Pero usted dijo una vez que formaba parte de su sino sospechar que cada hombre que la cortejara fuera un aventurero, y que lo que la enojaba más era que los hombres le achacaran la locura de creer que la cortejaban por lo que usted era. ¿No dijo usted eso?

—Muy posiblemente —fue la respuesta, en un murmullo imperceptible.

—Fue una palabra dura. Bueno, al menos un hombre que ha visto tantas mujeres como flores en mayo se ha entretenido en su presencia por lo que usted es. Y dado que es uno con el cual nunca podrá casarse, le creerá. Espero le sirva de argumento a favor de cualquier otro hombre. Pero no se entregue ni se deje devorar por un minotauro como Bult. Ahora recogeré mis cosas y me iré. Presentaré mis excusas a la señora Arrowpoint. —Klesmer se levantó al terminar de hablar y se dirigió rápidamente hacia la puerta.

—Llévese este montón de manuscritos, entonces —dijo Catherine, haciendo de repente un esfuerzo desesperado. Se había levantado para ir a por el montón que estaba en otra mesa. Klesmer volvió, acercándose hasta solo separarles la longitud de las hojas que había entre ellos.

—¿Por qué no debería casarme con el hombre que me ama, si yo también le amo? —dijo Catherine. Para ella, el esfuerzo fue como el salto de una mujer desde la cubierta hasta el bote salvavidas.

—Sería demasiado duro, imposible, no podría usted soportarlo. Yo no valgo tanto para que usted sufra todo eso. No aceptaré el sacrificio. Todos lo considerarían un mal casamiento para usted, y sobre mí pesarían las peores acusaciones.

—¿Es por las acusaciones por lo que tiene usted miedo? Yo no temo a nada salvo a que perdamos la oportunidad de pasar el resto de nuestras vidas juntos.

La palabra decisiva había sido dicha: ya no había duda sobre el objetivo deseado por cada uno de ellos, solo quedaba pendiente el modo de llegar a él, y Catherine decidió escoger el más rápido posible.

Se dirigió a su padre y a su madre que estaban en la biblioteca, y les dijo que había prometido a Klesmer casarse con él.

El estado de ánimo de la señora Arrowpoint era digno de lástima. Imagínese a Jean Jacques[112] tras escribir su ensayo sobre la influencia corruptora de las artes, despertándose entre niños de la naturaleza que no tenían ni idea de cómo prepararle el desayuno e intentaban hacer a la parrilla un hueso crudo con una piedra de sílex; o a Saint Just[113], tras denunciar fervientemente cualquier reconocimiento de preeminencia, recibiendo un voto de agradecimiento por la perfecta mediocridad de su discurso, que garantizaba que los patriotas más apagados se acabaran entregando igualmente. Algo parecido sintió la autora de "Tasso"[114], cuando lo que había reclamado sin peligro de la difunta Leonora era promulgado por su propia Catherine. Nos resulta muy duro estar a la altura de nuestra propia elocuencia, y seguir el ritmo de las palabras que lanzamos al aire, mientras pisamos la tierra sólida y estamos atados a las cosas materiales. Además, siempre se ha interpretado que las características de la literatura no son las de la vida práctica. La señora Arrowpoint deseaba, por supuesto, lo mejor en todos los niveles. No solo le gustaba sentirse en un nivel superior de sentimiento literario con las señoras con las que se relacionaba, sino que no quería estar por debajo de ellas en ningún punto de consideración social. Mientras Klesmer fuera visto y considerado como un músico tratado con condescendencia, sus peculiaridades eran pintorescas y aceptables; pero verle de repente como a su yerno le produjo una sensación asfixiante de qué es lo que diría el mundo. Y la pobre señora estaba acostumbrada a presentar a su Catherine como un modelo de excelencia.

Bajo la primera impresión, lo olvidó todo salvo su cólera, y cogió al vuelo cualquier frase que pudiera servirle de arma.

—Si Klesmer ha supuesto que podía ofrecerse a ti, tu padre le hará ver que jamás ha tenido derecho a ello. Por favor, di algo, señor Arrowpoint.

El padre tomó el puro de su boca, y estuvo a la altura de las circunstancias al decir: —Nunca se llevará a cabo, Cath.

—¡Llevarse a cabo! —gritó la señora Arrowpoint— ¿Quién en su sano juicio pudo pensar que podía llevarse a cabo? Lo mismo podrías decir que envenenarse o estrangularse nunca se llevará a cabo. Es una comedia que te has inventado, Catherine. Si no, es que estás loca.

—Estoy completamente sana y lo digo en serio, mamá, y Herr Klesmer no tiene la culpa. Nunca pensó en casarse conmigo. Me di cuenta de que me amaba, y al amarle yo también, le dije que me casaría con él.

—No digas eso, Catherine —dijo la señora Arrowpoint con amargura—. Todos los demás lo dirán por ti. Serás una fábula pública.

Todo el mundo dirá que has tenido que proponerte a un hombre que ha sido pagado para venir a casa, un hombre que nadie sabe qué es, un gitano, un judío, una simple burbuja de aire.

—No importa, mamá —dijo Catherine, a su vez indignada—. Todos sabemos que es un genio, como lo era Tasso.

—Aquellos tiempos no eran los de ahora, ni Klesmer es Tasso —dijo la señora Arrowpoint, acalorándose más—. No le veo el aguijón a ese sarcasmo, excepto el de la irreverencia.

—Siento herirte, mamá. Pero no voy a confiar la felicidad de mi vida a ideas en las que no creo ni a costumbres por las que no siento respeto.

—¿Has perdido, entonces, tu sentido del deber? ¿Has olvidado que eres nuestra única hija, que te corresponde depositar una gran fortuna en buenas manos?

—¿Qué son buenas manos? Mi abuelo ganó sus propiedades con el comercio.

—Señor Arrowpoint, ¿vas a quedarte sentado oyendo todo esto sin decir nada?

—Soy un caballero, Cath. Esperamos que te cases con un caballero —dijo el padre esforzándose.

—Y un hombre conectado con las instituciones de este país —dijo la madre—. Una mujer en tu posición tiene deberes serios. Cuando el deber y la inclinación se confrontan, se debe seguir el deber.

—No lo niego —dijo Catherine, enfriándose en la proporción en que su madre se calentaba—. Pero uno puede decir cosas muy verdaderas y aplicarlas mal. La gente puede usar fácilmente la sagrada palabra del deber como excusa para desear lo que cualquier otro tenga que hacer.

—¿El deseo de tus padres no es un deber para ti, entonces?

—Sí, dentro de lo razonable. Pero antes de abandonar la felicidad de mi vida…

—Catherine, Catherine, no será tu felicidad —dijo la señora Arrowpoint, en un tono de voz que parecía el de un cuervo.

—Bueno, antes de abandonar lo que a mí me parece mi felicidad, debo ver alguna razón mejor que el deseo de que me case con un noble, o de un hombre que milita en un partido que puede hacerle un noble. Me siento libre para casarme con el hombre al que amo y al que creo merecedor de ello, a menos que un deber superior me lo prohíba.

—Y así es, Catherine, pero estás cegada y no puedes verlo. Es el deber de una mujer no rebajarse. Te estás rebajando. Señor Arrowpoint, ¿vas a decir a tu hija cuál es su deber?

—Lo que ocurre, Catherine, es que Klesmer no es el hombre para ti

—dijo el señor Arrowpoint. No sirve para llevar propiedades. Tiene una maldita mirada de extranjero, no es un hombre práctico.

—De verdad que no veo que tiene ver con esto, papá. La tierra de Inglaterra a menudo ha pasado a manos de los extranjeros: soldados holandeses, hijos de mujeres extranjeras de mal carácter; si nuestra tierra fuera vendida mañana probablemente pasaría a manos de algún negociante extranjero. Está en boca de todos que los estafadores podrían comprar la mitad del país. ¿Cómo puedo atajar esa marea?

—Nunca sacarás nada discutiendo sobre el matrimonio, Cath —dijo el señor Arrowpoint—. No sirve de nada tratar el tema como si fuese una cuestión parlamentaria. Debemos hacer como hacen los demás. Debemos pensar en la nación y el bien público.

—Aquí no veo que se haga referencia a ningún bien público, papá —dijo Catherine—. ¿Por qué se espera de una heredera que lleve la propiedad ganada por el comercio a las manos de cierta clase social? Me parece un gatuperio ridículo de costumbres anticuadas y falsa ambición. Yo lo llamaría incluso un daño público. Sería mejor que la gente hiciera un nuevo tipo de bien público cambiando sus ambiciones.

—Eso es mero sofismo, Catherine —dijo la señora Arrowpoint—. Que no quieras casarte con un noble no te obliga a casarte con un parlanchín o un charlatán.

—No entiendo por qué aplicas esas palabras, mamá.

—No, diría que no —replicó su madre con considerable desprecio —. Has llegado a un nivel en el que no hay manera de que nos entendamos.

—No puede ser, Cath —dijo el señor Arrowpoint, queriendo substituir la impetuosidad de su mujer con un razonamiento más tranquilo—. Un hombre como Klesmer no puede casarse con una propiedad como la tuya. No puede ser.

—Por supuesto que no se casará —dijo la señora Arrowpoint, imperiosamente—. ¿Dónde está el hombre? Que venga aquí.

—No puedo permitir que venga a aquí a ser insultado —dijo Catherine—. No se conseguirá nada con eso.

—Supongo que te gustaría que supiera que al casarse contigo no se está casando con tu fortuna —dijo la señora Arrowpoint.

—Ciertamente; si así fuera, quisiera que lo supiera.

—Entonces será mejor que vayas a por él.

Catherine solo fue a la sala de música y dijo:

—Ven. —No creyó necesario preparar a Klesmer.

—Herr Klesmer —dijo la señora Arrowpoint, con un aire de majestuosidad despectiva—, no es necesario repetir lo que ha pasado entre nosotros y nuestra hija. El señor Arrowpoint le informará de

nuestra resolución.

—Su boda queda fuera de toda cuestión —dijo el señor Arrowpoint, al que se veía demasiado cargado con su tarea, puesto en pie en una situación embarazosa de la que no le libraba su cigarro—. Es un proyecto atrevido. Por mucho menos puede reprenderse a un hombre.

—Se ha tomado una gran libertad por nuestra confianza —explotó la señora Arrowpoint, incapaz de llevar a cabo su propósito y dejar el peso de la conversación a su marido.

Klesmer hizo una ligera inclinación y permaneció en un silencio irónico.

—La pretensión es ridícula. Será mejor que lo olvide y abandone nuestra casa inmediatamente —continuó el señor Arrowpoint. Quería hacerlo sin mencionar el dinero.

—No puedo olvidar nada sin el consentimiento de su hija —dijo Klesmer—. Mi compromiso es con ella.

—Es inútil discutir la cuestión —dijo la señora Arrowpoint—. Nunca consentiremos el matrimonio. Si Catherine desobedece la desheredaremos. No se casará usted con su fortuna. Es conveniente que lo sepa.

—Señora, su fortuna es lo único que he tenido que lamentar de ella. Pero debo preguntarle a ella si no pensará que el sacrificio es más grande que lo que yo valgo.

—No es ningún sacrificio para mí —dio Catherine—, excepto que me sabe mal herir a mi padre y a mi madre. Siempre he sentido que mi fortuna ha sido una desgraciada fatalidad en mi vida.

—¿Quieres decir que nos desafías, entonces? —dijo la señora Arrowpoint.

—Quiero decir que quiero casarme con Herr Klesmer —dijo Catherine con firmeza.

—Espero que él no cuente con que cederemos —dijo la señora Arrowpoint, cuyos modales gozaban de esa impunidad en el insulto que ha sido reconocida como uno más de los privilegios de las mujeres.

—Señora —dijo Klesmer—, ciertas razones me prohíben replicar. Pero entienda que considero que ni usted ni su fortuna tienen ningún poder para concederme lo que yo valoro. Mi rango como artista me lo he ganado con mi propio esfuerzo, y no lo cambiaría por nada. Soy capaz de mantener a su hija, y no pido nada a cambio en mi vida más que su compañía.

—Dejará usted la casa, sin embargo —dijo la señora Arrowpoint.

—Me iré inmediatamente —dijo Klesmer, inclinándose y abandonando la sala.

—Que no haya ningún malentendido, mamá —dijo Catherine—; me considero comprometida a Herr Klesmer, y pretendo casarme con él.

La madre giró la cabeza y ondeó su mano en señal de despido.

—Todo esto está muy bien —dijo el señor Arrowpoint cuando Catherine se marchó—, ¿pero qué diablos vamos a hacer con la propiedad?

—Está Harry Brendall. Puede tomar el nombre.

—Harry Brendall saldrá adelante con todo en seguida —dijo el señor Arrowpoint, volviendo a encender el puro.

Y así, sin que nada hubiera sido decidido salvo la determinación de los amantes, Klesmer dejó Quetcham.

CAPÍTULO 23

Entre los herederos del Arte, como en la división de la Tierra Prometida, cada uno tiene que ganar su parte luchando duro; la dádiva se realiza a la manera de la profecía, y se obtiene un título sin posesión. Llevar en tu bolsillo el mapa de un estado no adquirido es una pobre forma de poseer tierras. E imaginar tirar la sandalia sobre Edom[115] es poca garantía de que un hombre pueda llegar a poner la suela de sus pies en un acre[116] suyo propio.

Las creencias más obstinadas en que los mortales se entretienen son tales que no tienen evidencia alguna más allá del latido constante y espontáneo de su autosatisfacción —como si hubiera una semilla secreta de locura, la seguridad de que pueden mover el mundo sin la más ligera noción de lo que es un punto de apoyo o una balanza—.

—Por favor, ves a la Iglesia, mamá —dijo Gwendolen a la mañana siguiente—. Prefiero ver a Herr Klesmer a solas (había escrito en respuesta a su nota que estaría con ella a las once).

—No creo que eso sea muy correcto —dijo la señora Davilow, ansiosa.

—Nuestros asuntos son demasiado serios para pensar en reglas tan absurdas —dijo Gwendolen despectivamente—. Son insultantes además de ridículas.

—¿No te importaría que Isabel se sentara contigo? Estaría leyendo en una esquina.

—No, no podría; se mordería las uñas y no dejaría de mirarnos. Sería demasiado irritante. Confía en mi juicio, mamá. Tengo que estar sola. Llévalas a todas a la Iglesia.

Gwendolen se salió con la suya, por supuesto; solo que la señorita Merry y dos de las chicas se quedaron en casa, sentadas enfrente de las ventanas del comedor para dar a la casa el aspecto de estar habitada.

Era una agradable mañana de domingo. La luz menguante y melancólica del amanecer otoñal bañaba las hojas esparcidas por la hierba y se colaba suavemente por las ventanas en bandas brillantes

sesgadas iluminando el viejo mobiliario y el panel de vidrio que lo reflejaba, las sillas tapizadas con coronas de flores, los oscuros cuadros enigmáticos, el órgano anticuado en el que Gwendolen se había divertido haciendo de Santa Cecilia aquel feliz primer día en que llegaron, los montones de chismes pálidos y polvorientos que se veían a través de las puertas abiertas de la antesala donde se había salido con la suya para llevar su vestido griego como Hermione. Este último recuerdo la entretuvo un buen rato, ¿pues no se había mostrado Klesmer lleno de admiración por su porte y expresión? Cualquier cosa que él hubiera dicho, cualquier cosa que ella imaginaba que él había pensado, le despertaba en estos momentos el máximo interés: quizás no se había sentido antes en su vida tan interiormente dependiente, tan necesitada conscientemente de la opinión de otra persona. Su espíritu palpitaba de nuevo, había un nuevo elemento de debate en su autoestima que hasta entonces había sido un don dichoso de su intuición. Con todo, era un constante suplicio pensar que Klesmer no la conocía demasiado, y cualquier conclusión desfavorable suya tendría unos fundamentos muy endebles. Pero se sentía lo suficientemente preparada para cualquier cosa.

Para ir haciendo tiempo recogió sus volúmenes y piezas de música, y colocándolas encima del piano, se dispuso ella misma a clasificarlas. Entonces, al darse cuenta de los reflejos de sus movimientos por el panel de cristal, le gustó la contemplación de su imagen y caminó hacia ella. Vestida de negro sin un solo ornamento, y con la cálida blancura de su piel resaltada entre la corona color castaño de su pelo y su cuerpo perfectamente recortado, podría haber tentado a un artista que intentara de nuevo formar una estatua romana de mármol pero en tonos blanco, negro y leonado. Viéndose avanzar lentamente, pensó: «Soy hermosa», no de forma exultante, pero con grave decisión. Ser hermosa era, después de todo, la condición por la que más necesitaba testimonio externo. Si alguien ponía alguna objeción a la curva de su nariz o a la forma de su cuello y su mejilla, no tendría la sensación de que podría mostrar actualmente su poder de conquista en estas ramas de perfección femenina.

No hubo mucho tiempo que emplear de esta forma antes de que el sonido de las ruedas, el fuerte ruido del timbre, y la apertura de las puertas le aseguraron de que de ninguna manera iba a ser decepcionada. Su agitación fue creciendo paulatinamente. A pesar de la confianza que tenía en sí misma, temía a Klesmer como parte de ese mundo inmanejable que era independiente de sus deseos —algo vitriólico que no dejaba de arder al sonreír o fruncir el cejo—. ¡Pobrecilla! Se hallaba en una crisis más profunda de su destino como mujer que la que tuvo en su experiencia pasada con Grandcourt. La cuestión entonces era si ella debía tomar a un hombre particular por

esposo. El punto crucial de la cuestión ahora era si ella necesitaba tener un marido, si podía conseguir la suficiente autonomía y la ambición satisfactoria sin el sometimiento.

Klesmer hizo una reverencia lo más respetuosa posible ante la ancha entrada de la antesala —mostrando a su vez la deferencia de sus pantalones de algodón y sus perfectos guantes (los "maestros de aquellos que saben" son gracias a Dios todos humanos)—. Gwendolen le recibió con una gravedad inusual, y tendiéndole la mano, dijo—: Es muy amable por haber venido, Herr Klesmer. Espero que no haya pensado de mí que soy presuntuosa.

—Tomé su deseo como una orden que me honró —dijo Klesmer respondiendo con gravedad. Intentó olvidarse de sus propios asuntos para dedicar la máxima atención a lo que Gwendolen tuviera que decirle; pero se hallaba todavía en un estado tal de agitación por los sucesos del día anterior, que sus expresiones parecían más que mordaces.

Gwendolen se hallaba por una vez demasiado dominada por sus sentimientos para recordar las formalidades. Continuó de pie al lado del piano, y Klesmer se colocó en el otro extremo de él, de espaldas a la luz y con sus terribles ojos omniscientes sobre ella. No serviría la afectación, así que fue al grano.

—Deseo consultarle, Herr Klesmer. Hemos perdido toda nuestra fortuna; no tenemos nada. Debo ganar mi propio pan, y deseo proveer a mi mamá, para librarla de cualquier penalidad. La única manera que se me ocurre, y la prefiero a cualquier otra cosa, es convertirme en una actriz, subir a los escenarios. Pero por supuesto, me gustaría tener una buena posición, y pensé, si usted pensara que pudiera —aquí Gwendolen se puso un poco más nerviosa—, que sería mejor para mí ser cantante, y estudiar canto.

Klesmer dejó su sombrero sobre el piano, y se cruzó de brazos como para concentrarse.

—Ya sé —continuó Gwendolen recuperando el color y palideciendo de nuevo—, ya sé que mi modo de cantar es muy defectuoso; pero he sido mal enseñada; podría estudiar. Y usted entenderá mi deseo: cantar y actuar a la vez, como Grisi[117], da una posición más elevada. Naturalmente, me gustaría tomar un rango tan elevado como pueda. Y puedo confiar en su juicio. Estoy segura de que me dirá la verdad.

Gwendolen de alguna manera tuvo la convicción que ahora que había hecho esta seria revelación, la verdad sería favorable.

Pero Klesmer seguía sin hablar. Se sacó sus guantes rápidamente, los arrojó dentro de su sombrero, se llevó las manos a las caderas, y fue caminando hacia la otra parte de la habitación. Estaba lleno de compasión hacia esta chica: quería ir con cuidado en lo que le dijera.

Cuando se volvió de nuevo, la miró con un leve fruncimiento indagatorio, y dijo amablemente aunque con rapidez:

—Supongo que nunca ha visto nada de artistas y sus vidas, me refiero a músicos, actores, y artistas de ese tipo.

—Oh no —dijo Gwendolen, en absoluto perturbada por la referencia a este hecho obvio en la historia de una joven señorita que hasta entonces ha tenido de todo.

—Usted tiene… perdóneme —dijo Klesmer, haciendo de nuevo una pausa ante el piano—, para llegar a una conclusión en un asunto como este, hay que tenerlo todo en cuenta, usted tiene tal vez, ¿veinte años?

—Tengo veintiuno —dijo Gwendolen, a la que le sobrevino un pequeño temor. ¿Cree que soy demasiado mayor?

Klesmer se pellizcó el labio inferior y sacudió sus largos dedos hacia arriba de una forma totalmente enigmática.

—Muchas personas empiezan más tarde que otras —dijo Gwendolen, traicionada por su consciencia habitual de tener información valiosa que ofrecer.

Klesmer no hizo caso, sino que dijo con una amabilidad más cuidadosa que nunca:

—Usted probablemente no ha pensado en una carrera artística hasta ahora, no ha considerado la idea, el deseo, ¿cómo lo diría?, usted no ha sentido el anhelo de ser una actriz, o cualquier cosa parecida, hasta que se ha encontrado con el problema actual.

—No exactamente; me gustaba actuar. Ya he actuado; usted me vio, si lo recuerda, me vio en alguna pantomima, y haciendo de Hermione —dijo Gwendolen, temiendo de veras que Klesmer se hubiera olvidado.

—Sí, sí —respondió rápidamente—, me acuerdo, me acuerdo perfectamente —y de nuevo caminó hasta el final de la sala. Le resultaba difícil evitar este tipo de movimiento cuando se hallaba en alguna discusión ya fuera audible o silenciosa.

Gwendolen sintió que la estaba evaluando. La demora era desagradable. Pero no concebía que la balanza se inclinara hacia el lado incorrecto, y le pareció elegante decir:

—Me sentiré muy agradecida por tomarse la molestia de darme su opinión, cualquiera que sea.

—Señorita Harleth —dijo Klesmer, volviéndose hacia ella y hablando con un ligero incremento en su tono—: No le ocultaré nada en esta materia. Me consideraría a mí mismo culpable si enmascaro ciertas cosas, si las pinto demasiado negras o demasiado blancas. Los dioses guardan una maldición para aquellos que enseñan a otros el mal camino. Y si desencamino a alguien tan joven, tan hermosa, en quien confío encontrará su felicidad por el buen camino, me

consideraría un *Bösewicht*[118]. —La voz de Klesmer en la última palabra se rebajó a un susurro.

A Gwendolen le dio un vuelco el corazón ante esta inesperada solemnidad, y mantuvo una especie de mirada fascinada sobre el rostro de Klesmer, mientras este continuaba.

—Es usted una joven hermosa, ha sido educada con comodidades, ha hecho lo que le apetecía, no se ha dicho a sí misma: «Tengo que saber esto de forma exacta», «Tengo que entender esto de forma exacta», «Tengo que hacer esto de forma exacta» —al pronunciar estos terribles *tengo que*, Klesmer levantó sucesivamente sus tres largos dedos—. En definitiva, no ha sido llamada a ser otra cosa que una joven señorita encantadora, en la que sería descortés encontrar una falta.

Hizo una pausa por un instante; luego, apoyando de nuevo sus dedos en su cadera, y sacando hacia fuera su poderosa mandíbula, dijo:

—Bien, entonces, con esa preparación, desea intentar la vida del artista; desea intentar una vida de trabajo arduo, incesante… y de reconocimiento incierto. Tendrá que ganarse el reconocimiento, como el pan; y ambos vendrán lentamente, de forma escasa, ¿qué digo?, pueden no llegar a venir.

Este tono de descorazonamiento, que Klesmer había medio esperado que bastase sin tener que decir nada más desagradable, provocó cierta resistencia en Gwendolen. Con un ligero movimiento de cabeza, y aparentando estar picada, dijo:

—Creí que usted, siendo un artista, consideraría su vida como una de las más honorables y encantadoras. ¿Y si yo no puedo hacer nada mejor? Supongo que puedo soportar los mismos riesgos como hace la otra gente.

—¿Hacer algo mejor? —dijo Klesmer, un poco encendido—. No, mi querida señorita Harleth, no podría usted hacer algo mejor, ningún hombre ni mujer podrían hacer algo mejor, si se hiciera realmente bien. No estoy desacreditando la vida del verdadero artista. La estoy exaltando. Quiero decir, está fuera del alcance de todos, salvo de las organizaciones selectas, concebidas para amar la perfección y trabajar por ella, dispuestas, como todos los amantes de verdad, a soportar fatigas, a esperar, a decir: «Todavía no soy digno», pero ella, el Arte, mi señora, es digna, y viviré para merecerla. ¿Una vida honorable? Sí. Pero el honor proviene de la vocación interior y de los éxitos cosechados con el sudor: no hay ningún honor en ponerse los últimos trajes de moda.

Klesmer sintió renacer algo de la excitación del día anterior, que le llevó a razonar de una forma un poco más suelta de la forma amistosa que poco antes se había propuesto. Había intentado con toda la

delicadeza posible que Gwendolen se diera cuenta que no encajaba en un camino tan difícil y peligroso; pero era su costumbre enojarse con las pretensiones de incompetencia, y corría el peligro de exasperarse. Consciente de ello, hizo de repente una pausa. Pero la impresión general de Gwendolen fue que todavía no le había denegado el poder de hacer lo que fuera mejor en este sentido. El fervor de Klesmer parecía ser una especie de *glamour*, pues él ya era propenso a ese tipo de manifestaciones; y lo que ella deseaba asegurarle era que no tenía miedo de las dificultades iniciales. Sabía que presentarse en público sobre el escenario no era como hacer lo mismo en la vida privada, que sería como quitarse un trozo de piel —no podía despellejarse sin sangre ni dolor—. Así que dijo, en un tono de cierta insistencia:

—Estoy totalmente preparada para sobrellevar las dificultades iniciales. Por supuesto, nadie puede ser famoso de buenas a primeras. Y no es necesario que todo el mundo llegue a lo más alto, ya sean actrices o cantantes. Si usted fuera tan amble de decirme cuáles son los pasos que tengo que tomar, yo tendré la fuerza de voluntad de tomarlos. No me importa tener que subir un gran monte. Será más sencillo que caminar por el nivel plano que representaría ser una institutriz. Tomaré todos los pasos que usted me recomiende.

Klesmer se convenció ahora de que debía hablar claramente.

—Le diré los pasos, no que yo le recomiendo, sino que le serán impuestos a la fuerza. Da lo mismo, de hecho, cuál sea su objetivo, si la perfección, la celebridad, o el ser un artista de segunda o de tercera fila, es exactamente lo mismo. Debe ir a la ciudad bajo la protección de su madre. Debe ejercitarse todo lo que pueda, en el sentido musical, dramático, teatral, cualquier cosa que desee hacer, primero tendrá que aprenderla… —Aquí Gwendolen le miró como si fuera a hablar, pero Klesmer levantó la mano y dijo con decisión—: Ya lo sé. Usted ha ejercitado sus talentos, recita, canta, pero desde el punto de vista de la sala de estar. Mi querida señorita, tiene que desaprender todo eso. No ha comprendido lo que significa la excelencia: debe olvidar las veces que erróneamente se la ha admirado. Debe saber por lo que debe luchar, y entonces debe someter su cuerpo y su mente a una disciplina ininterrumpida. Su mente, digo. Pues no debe pensar en la celebridad: aparte esa idea de su vista y fíjese solo en la excelencia. Podría ser que no ganara nada de dinero, podría no conseguir ningún contrato durante un tiempo. Necesitará dinero para usted y su familia. Pero eso —aquí Klesmer frunció el ceño y sacudió los dedos como para despachar una trivialidad—, eso podría encontrarse tal vez.

Gwendolen fue enrojeciendo y palideciendo a medida que escuchaba. Su orgullo había sufrido un terrible ataque, y la última frase todavía hurgó más en la herida. Era consciente de que se le notaba alterada, e intentó escapar de su debilidad caminando de

repente hacia un asiento y señalando una silla a Klesmer. Él no la cogió, pero se giró un poco para estar enfrente de ella y se apoyó en el piano. En ese momento, ella habría querido no haber ido en su busca: la primera experiencia de tener que enfrentarse en otros terrenos distintos al de su rango social y su belleza le estaba resultando muy amarga. Klesmer, preocupado con un propósito más serio, continuó sin cambiar de tono.

—Bien, y podría preguntarse qué cabría esperar sinceramente de toda esta autonegación. Sería conveniente estar al tanto de ello. Se lo diré con confianza. El desenlace sería incierto y, con bastante probabilidad, no valdría mucho la pena.

Ante estas palabras implacables, Klesmer adelantó sus labios y miró a través de sus anteojos con el aspecto de un monstruo impenetrable por la belleza.

Los ojos de Gwendolen comenzaron a arder, pero el temor a mostrar debilidad la obligó a autocontrolarse. Se obligó a decir en un tono duro:

—Usted cree que me falta talento, o que soy demasiado mayor para empezar.

Klesmer hizo una especie de murmuro que descendió en un enfático sí.

—El deseo y la práctica deberían haber empezado hace siete años… o incluso bastante antes. El hijo de un charlatán que ayuda a su padre a ganar unos peniques cuando tiene seis años, o un niño que hereda una voz prodigiosa de una larga generación de cantantes de coro y que aprenden a cantar como aprenden a hablar, tienen unos inicios más prometedores. Cualquier logro grande en la actuación o en la música cuesta más a medida que se es más mayor. Siempre que un artista ha sido capaz de decir: “Vine, vi, vencí”, ha sido al final de mucha práctica paciente. La genialidad, al principio, es poco más que una gran capacidad para recibir disciplina. Cantar y actuar, como la perfecta destreza del malabarista con sus aros y balones, requiere que los órganos se moldeen hacia la consecución de un efecto cada vez más preciso. Los músculos, todo el conjunto, deben estar compenetrados al milímetro, como un reloj. Ese es el trabajo de la primavera, antes de que se establezcan los hábitos.

—No pretendía ser un genio —dijo Gwendolen, creyendo todavía que podría de alguna manera hacer lo que Klesmer estaba pintando como imposible—. Solo creía que tenía cierto talento, el suficiente para mejorar.

—Eso no lo niego —dijo Klesmer—. Si usted hubiera empezado por el buen camino hace unos años y hubiera trabajado bien, podría cantar ahora en público, aunque no creo que su voz habría despertado mucho interés. Para el escenario podrían haber servido sus encantos

personales y su inteligencia sin el actual inconveniente de la inexperiencia, sin la carencia de disciplina e instrucción.

Ciertamente Klesmer parecía cruel, pero su intención era toda la contraria. Nuestros razonamientos, incluso cuando estamos convencidos, no pueden seguir su curso únicamente de un impulso; pero el de Klesmer estaba absolutamente guiado por la compasión que sentía por la ilusión ignorante de la pobre Gwendolen de seguir un camino en el que él veía todos los detalles desdichados con una claridad que no habría podido definir si lo hubiera visto desde su punto de vista.

Gwendolen, sin embargo, no estaba convencida. Su autoestima volvió a incrementarse, y dado que el consejero al que había llamado le había dado una opinión tan perentoria, se sintió tentada a pensar que su juicio no solo era falible sino sesgado. Se le ocurrió que podía haber dado un paso más simple e inteligente mandando una carta por correo al director de un teatro de Londres, pidiéndole una cita. Ya no haría más referencias al canto: Klesmer, por lo que vio, se había puesta en contra de que cantara. Pero se vio capaz de seguir discutiendo con él sobre la posibilidad de subir a los escenarios, y le respondió con tono firme:

—Entiendo, por supuesto, que nadie puede convertirse de repente en una actriz consumada. Es imposible determinar de antemano si podré tener éxito; pero eso no me parece una razón para no intentarlo. Debería haber pensado en conseguir un contrato en un teatro mientras tanto, para ganar dinero y estudiar al mismo tiempo.

—No se puede hacer eso, mi querida señorita Harleth, estoy hablando claramente, no se puede hacer. Debo quitarle esa idea de la cabeza, que no tiene más semejanza con la realidad que una pantomima. Muchas damas y caballeros creen que cuando se han arreglado y se ponen unos guantes están tan presentables para un escenario como en su sala de estar. Ningún director piensa eso. Con toda su gracia y encanto, si usted fuera a presentarse como aspirante al escenario, cualquier director le requeriría pagar como aprendiz por permitirle actuar, o bien le diría que fuera a que le enseñaran, y que practicara para poder actuar bien sobre el escenario, de la misma manera que un caballo, por hermoso que sea, debe ser entrenado para el circo; por no decir nada del estudio que necesita para dar vida a un personaje de forma consistente, y animarlo con el lenguaje natural del rostro, los gestos y el tono. Que consiga inmediatamente un papel apropiado para usted queda fuera de toda cuestión.

—De verdad que no puedo entender eso —dijo Gwendolen, con cierto orgullo; luego, controlándose, añadió en otro tono—. Le agradecería que me explicara cómo sucede que actrices tan pobres consiguen que las contraten. He estado en el teatro varias veces, y

estoy segura de haber visto a actrices que me parecían no actuar nada bien y que eran del todo vulgares.

—Ah, mi querida señorita Harleth, esa es la crítica fácil del comprador. Cuando vamos a comprar zapatillas, despreciamos unas u otras por burdas; pero hubo un proceso de aprendizaje para lograr hacerlas. Perdóneme: usted no podría en la actualidad enseñar nada a esas actrices; pero hay mucho ciertamente que ellas podrían enseñarle a usted. Por ejemplo, ellas pueden impostar su voz para que se las pueda oír; apuesto a que usted no podría hacerlo hasta después de muchos intentos. Solo estar y moverse por el escenario es un arte, requiere mucha práctica. Se entiende que no estamos hablando de una comparsa en un teatro insignificante que gana los honorarios de una costurera. Eso queda fuera de toda cuestión para usted.

—Por supuesto debo ganar más que eso —dijo Gwendolen, estremeciéndose al pensar que podía ganar tan poco. Parecía preocuparle más eso que las objeciones de Klesmer—. Pero creo que podría aprender pronto a hacer bastante bien todas esas pequeñas cosas que ha mencionado. No soy tan estúpida. E incluso en París estoy segura de haber visto a dos actrices haciendo el papel de señoras importantes que no eran señoras en absoluto y además eran bastante feas. Supongo que no tengo un talento particular, pero debo considerar que es una ventaja, incluso para el escenario, ser una señora y no un perfecto espanto.

—Ah, vamos a ver si podemos entendernos —dijo Klesmer, buscando otra vía—. Yo estaba hablando por lo que tendría usted que pasar si pretendiera convertirse en una verdadera artista, si tomara la música y el drama como una vocación suprema en la que se esforzara por llegar a la excelencia. En ese sentido, lo que he dicho es absolutamente cierto. Encontraría, después de veintiún años educada en hacer las cosas con calma, grandes dificultades en el estudio; encontraría mortificaciones en el trato que se le otorgase al presentar sus habilidades; se le sometería a pruebas; la gente dejaría de fingir que no ven sus errores. Al principio solo sería aceptada a prueba. Tendría que soportar lo que yo llamo una manifiesta insignificancia; debería ganarse cualquier éxito con infinita paciencia. Debería mantener su sitio entre una multitud, y después de todo, es probable que ni siquiera conservase ese puesto y se perdiera de vista. Si está dispuesta a afrontar esas dificultades y aún así seguir intentándolo, tendrá usted la dignidad de un propósito elevado, aún a sabiendas de que puede haberse equivocado en la elección. Conservará cierto mérito, aunque no gane ningún premio. Me ha preguntado mi opinión sobre sus posibilidades de éxito. No pretendo hablar de forma absoluta; pero midiendo las probabilidades, mi opinión es: usted conseguirá apenas algo más que la mediocridad.

Klesmer había enfatizado sus palabras con rapidez, y entonces hizo una pausa. Gwendolen no se movía, mirándose las manos, una encima de la otra sobre su falda, hasta que el largo y profundo *Pero* con el que continuó, le produjo un efecto de sorpresa que la hizo volver a mirarle.

—Pero, hay ciertamente otras ideas, otras actividades mediante las cuales una joven señorita puede participar del arte y comparecer ante el público. Puede confiar en el incuestionable poder de su belleza como pasaporte. Puede desear exhibirse ante una admiración que prescinde de la habilidad. Es posible en algunos casos en el teatro, no en la música; pero en el escenario se acepta la belleza cuando no se tiene nada mejor que ofrecer. Aunque tampoco se consigue sin esfuerzo: como he dicho antes, la técnica, en cualquier caso, se tiene que dominar. Pero salvo esto, lo demás no tiene que ver nada con el arte. La mujer que sigue esta carrera no es una artista: normalmente se trata de una mujer que piensa conseguir una vida lujosa por un camino fácil y corto, tal vez mediante el matrimonio, esa es su mejor oportunidad, aunque también la más inusual. Con todo, su carrera puede no ser lujosa en sus inicios: puede que apenas gane para su propio pan inmediatamente, y las indignidades a las que tendrá que someterse son tales que prefiero no hablar de ellas.

—Yo deseo ser independiente —dijo Gwendolen, herida profundamente y algo confusa, recelando que hubiera cierto desprecio en las palabras de Klesmer—. Esa era la razón por la que pregunté si no podía conseguir un contrato inmediato. Por supuesto, no puedo saber cómo funcionan las cosas en los teatros. Pero pensaba que podía conseguir ser independiente. No tengo dinero, y no aceptaré ayuda de nadie.

Su orgullo herido no podía dejar de pronunciar este descargo de responsabilidad. Era intolerable que Klesmer hubiera imaginado que ella esperaba alguna otra ayuda de él además de consejo.

—Es duro que diga eso de sus amigos —dijo Klesmer, recobrando ese tono amable con el que había empezado la conversación—. Le he causado dolor. Era inevitable. Estaba obligado a presentarle la verdad, la verdad desnuda ante usted. Yo no he dicho, ni lo diré, que usted hará mal en escoger el difícil y tortuoso camino de una artista esforzada. Tiene que comparar sus dificultades con las que supone un trabajo menos arriesgado, cualquier vía más privada que se abra ante usted. Si usted elige la opción más aventurada, le pediré que nos despidamos estrechándonos la mano por la fuerza de nuestra fraternidad, donde todos profesamos nuestro servicio al Arte, al que servimos ayudando a cualquier servidor suyo.

Gwendolen permanecía en silencio, mirándose de nuevo las manos. Se sentía muy lejos de tomar la resolución que la obligaría a la

aceptación; y tras uno o dos instantes, Klesmer continuó aún más serio:

—Allí donde hay el deber del servicio debe haber también el deber de aceptarlo. No es una cuestión de obligación personal. Y con respecto a los temas prácticos que inmediatamente afectan a su futuro, permítame mencionar en confidencia un asunto mío propio. Estoy esperando un acontecimiento que me facilitaría esforzarme en su favor para ampliar las oportunidades de su instrucción y residencia en Londres, bajo el cuidado, eso sí, de su familia, sin que tenga usted que preocuparse. Si cree que el arte le va a suponer la necesidad de pan y de estudio, preocúpese de momento solo del estudio; encontrará el pan sin problemas. El acontecimiento al que me refiero es mi matrimonio; de hecho, se lo cuento en confidencia, mi matrimonio con la señorita Arrowpoint, que con mucha más razón justificará que usted me confíe como amigo suyo. Su amistad habrá aumentado considerablemente para ella al cargar con tan generosa labor.

El rostro de Gwendolen había comenzado a encenderse. Que Klesmer fuera a casarse con la señorita Arrowpoint no le sorprendía en absoluto, y en otro momento se habría divertido imaginando rápidamente las escenas que debían haber ocurrido en Quetcham. Pero lo que la mantenía absorta, lo que ahora ocupaba por entero su imaginación, era el panorama de su propio futuro inmediato que las palabras de Klesmer parecían haber desplegado. La sugerencia de que la señorita Arrowpoint fuera su patrona era un detalle más que se añadía a lo repulsivo del asunto: la propuesta de Klesmer de ayudarla añadía una irritación adicional tras la opinión humillante que había mostrado sobre sus capacidades. Sus palabras habían mordido de verdad su autoestima, dejando el dolor de una herida sangrante; y tuvo que desechar la idea de pedir otras opiniones por el temor de que también fueran severas: podían también no reconocerle el talento del que ella era consciente. Pero se controló, y se levantó de su asiento antes de articular su respuesta. Parecía natural que ella se lo tomara con calma. Se dirigió al piano, y miró distraída las hojas de las partituras, pellizcando las esquinas. Finalmente se volvió hacia Klesmer y dijo, casi con su habitual aspecto de indiferencia orgullosa, que en esta entrevista no se había mostrado hasta entonces:

—Le felicito sinceramente, Herr Klesmer. Creo que nunca he visto a nadie más admirable que la señorita Arrowpoint. Y tengo que agradecerle por todos los signos de amabilidad de esta mañana. Pero no puedo decidir ahora. Si tomo la decisión de la que ha hablado, con su permiso, se lo haré saber. Pero me temo que los obstáculos son demasiado grandes. En cualquier caso, le estoy profundamente agradecida. Fue muy atrevido por mi parte pedirle que considerara este problema.

Klesmer pensó por dentro: «Nunca me lo hará saber». Pero mostrando su más profundo respeto dijo:

—Diríjase a mí cuando quiera. Hay una dirección en esta tarjeta que le permitirá encontrarme sin demora.

Cuando ya había cogido su sombrero y se disponía a hacer una leve inclinación, Gwendolen, sintiéndose algo mejor, y consciente de que el perspicaz Klesmer debía haber advertido su ingratitud, hizo un esfuerzo desesperado por recuperar su dignidad entre las sofocantes sensaciones de la decepción egoísta y la irritación. Con una mirada de su antigua alegría, le tendió la mano, y le dijo con una sonrisa:

—Si tomo el camino equivocado, no será por sus halagos.

—¡Dios no permita que usted siga más camino que el que le procure felicidad! — dijo Klesmer, fervientemente. Luego, rozó ligeramente sus dedos con los labios a la manera extranjera, y al siguiente instante ella ya oía el sonido de las ruedas alejándose por el camino de gravas.

Gwendolen no se había sentido tan miserable en su vida. Ni un pequeño sollozo ni un torrente de lágrimas acudieron para aliviarla. Sus ojos estaban encendidos; y el mediodía solo trajo consigo una claridad más triste de la ausencia de interés de su vida. Todos los recuerdos, todos los objetos, las partituras desplegadas, el piano abierto, su mismo reflejo en el espejo, le parecieron tan ridículos como los embalajes de una feria ambulante cuando se marcha. Por primera vez desde que tenía conciencia, se veía a sí misma en el nivel más común, y había perdido el sentido innato de que existían razones por las que ella no debía ser despreciada, dejada a un lado, apartada, ser tratada como un pasajero de tercera clase, a pesar de no estar de acuerdo con ello. No se movió ni un ápice; las perspectivas que dejaba la decepción eran demasiado opresivas y preocupantes; se dejó caer en la esquina que quedaba a la sombra del canapé, y se apretó los párpados calientes con sus dedos. Cada palabra pronunciada por Klesmer parecía haber sido sellada en su memoria, como ocurre con las palabras que traen consigo un nuevo conjunto de impresiones y que nos marcan una época. Solo unas pocas horas antes, sus labios esbozaban una floreciente sonrisa de satisfacción mientras se imaginaba vagamente un futuro adaptado a sus deseos: le parecía que sería cosa de un año o así convertirse en la Julieta más aclamada de la época; o bien, si Klesmer apoyaba su idea de ser cantante, seguir más gradualmente los pasos que la encumbrarían en la ópera, donde ganaría dinero y aclamaciones con solo algunas actuaciones ocasionales. ¿Por qué no? En casa, en la escuela, entre sus conocidos, estaba acostumbrada a que los demás admitieran su superioridad natural; y se había movido entre una sociedad en la que todo, desde las leyes de la aritmética hasta el arte sublime, era del tipo amateur y

donde cortésmente se suponía que no alcanzaba la perfección solo porque los caballeros y las damas no estaban obligados a hacer más de lo que les gustaba; de otra forma producirían escritos más competentes y se mostrarían como artistas más imponentes que los que el mundo tiene que soportar en la actualidad. Esas visiones confiadas que la habían engañado no eran tan raras como se podría creer; al menos había mostrado algo de racionalidad al consultar a la persona que más sabía y que menos la había lisonjeado. Al pedir el consejo de Klesmer, sin embargo, había creído más en su admiración latente que en la posibilidad de que hubiera una opinión desfavorable escondida tras sus ligeras objeciones a su forma de cantar; y la verdad por la que había preguntado con la expectativa de que sería agradable había descendido sobre ella como una correa lacerante.

«Demasiado mayor… debería haber empezado hace siete años… no conseguirá alcanzar, en el mejor de los casos, más que la mediocridad… trabajo duro, incesante, admiración incierta… el pan podría ser escaso y tardar en llegar, o no llegar en absoluto… mortificaciones, la gente ya no fingirá más no ver sus errores… manifiesta insignificancia…» todas estas frases la exasperaban; y todavía era más irritante la insinuación que a ella solo se le podía aceptar en el escenario como a una belleza que aspiraba a encontrar marido. No había dado una forma precisa a las “indignidades” con las que podría encontrarse, pero la mera asociación de cualquier cosa llamada “indigna” con ella levantaba la alarma para sentirse ofendida. Y entre las imágenes confusas causadas por esas palabras hirientes, se formó un concepto bien definido de lo desagradable, algo que jamás su experiencia anteriormente le había permitido imaginar. ¿Cómo iba a poder llevar a su mamá y a sus cuatro hermanas a Londres, si no le era posible ganar dinero de forma inmediata? Y en cuanto a someterse a ser una protegida, y pedir a su mamá que se sometiera con ella a la humillación de ser sustentada por la señorita Arrowpoint, era algo tan horrible como ser una institutriz; no, peor; pues si al final su estudio fuera tan inútil como preveía claramente Klesmer, la sensación de haber recibido favores que no podía pagar amargaría aún más el sufrimiento de la decepción. Klesmer tenía sin duda magníficas ideas para ayudar a los artistas; pero, ¿cómo iba a saber los sentimientos de las señoras en tales materias? Todo se había ido al traste: había confiado en una esperanza equivocada, y había llegado a su fin.

—¡Ha llegado a su fin! —dijo Gwendolen en voz alta, saltando de su asiento al oír los pasos y las voces de su mamá y sus hermanas viniendo de la iglesia. Fue corriendo al piano y empezó a ordenar sus partituras con presunta diligencia, mientras la expresión de su cara pálida y sus ojos encendidos habrían encajado con los de una mujer que sufriera una injusticia de la que no estaba resentida, pero de la

que probablemente se vengaría.

—Bien, cariño —dijo la amable señora Davilow al entrar—, veo por las marcas de las ruedas que Klesmer ha estado aquí. ¿Estás satisfecha con la entrevista? —Intuía de qué se trataba, pero le dio miedo de insinuárselo.

—¿Satisfecha, mamá? Oh, sí —dijo Gwendolen en un tono alto y seco, por el que se debe excusarla, puesto que temía implicar sus emociones en la escena. Si no se proponía resueltamente fingir una orgullosa indiferencia, sentía que podía caer en un arrebato pasional de desesperación, que hundiría a su madre más profundamente que todo el resto de calamidades.

—A tus tíos les decepcionó no verte —dijo la señora Davilow, acercándose al piano y observando los movimientos de Gwendolen—. Les dije tan solo que querías descansar.

—Muy bien, mamá —dijo Gwendolen, en el mismo tono, volviéndose para empezar a tocar.

—¿No voy a saber nada ahora, Gwendolen? ¿Voy a estar siempre a oscuras? —dijo la señora Davilow, demasiado sensible a la actitud y la expresión de su hija para no temer que había ocurrido algo doloroso.

—De verdad que no hay nada que decir ahora, mamá —dijo Gwendolen, todavía en un tono chillón—. Tenía una idea equivocada de algo que podía hacer. Herr Klesmer me ha desengañado. Eso es todo.

—No mires ni hables de esa forma, mi querida hija: no lo puedo soportar —dijo la señora Davilow, perdiendo el control. Sentía un terror inexplicable.

Gwendolen la miró durante un momento en silencio, mordiéndose el labio inferior; luego fue hacia ella, y poniendo sus manos sobre los hombros de su mamá, dijo bajando lo máximo posible el tono:

—Mamá, no me hables ahora. Es inútil llorar y gastar nuestras fuerzas sobre lo que no puede cambiarse. Vivirás en la cabaña de Sawyer y yo iré a casa de las hijas del obispo. No hay más que hablar. Las cosas no pueden cambiarse, ¿y qué más da? A nadie le importa lo que hagamos. Debemos procurar no preocuparnos por nosotras. No debemos flaquear. Temo que nos vengamos abajo. Ayúdame a permanecer tranquila.

La señora Davilow parecía una niña asustada bajo la mirada y la voz de su hija: dejó de llorar y se retiró en silencio.

CAPÍTULO 24

Cuestiono a las cosas y no encuentro
a ninguna que me responda,
y todo el mundo me parece sombrío.
WORDSWORTH[119]

Gwendolen estaba contenta de haber mantenido su entrevista con Klesmer antes de encontrarse con sus tíos. Había aceptado que todo iba a ser desagradable a partir de ahora, y se sintió capaz de mantener una calma obstinada ante cualquier humillación que se le pusiera por delante.

La reunión no se celebró hasta el lunes, día en que Gwendolen fue a la Rectoría con su mamá. Habían pasado por la cabaña de Sawyer en el camino, y habían visto cada una de las grietas de las estrechas habitaciones a través de la luz de mediodía que se colaba por las celosías y cortinas; aún no se había amueblado con lo que sobraba de la Rectoría.

—¿Cómo podréis sobrellevarlo, mamá? —dijo Gwendolen, mientras salían de ella. No había abierto la boca mientras habían estado mirando el suelo y las paredes desnudas, el pequeño jardín con los restos de coles, y los tejos llenos de polvo y telarañas—. ¿Las cuatro chicas y tú, todas en esa habitación-armario, con el empapelado verde y amarillo casi encima vuestro? ¿Y sin mí?

—En parte, será un consuelo que tú no lo tengas que soportar también, querida.

—Si no fuera por que tengo que ganar algo de dinero, preferiría estar aquí que ser una institutriz.

—No te pongas en contra de ello de antemano, Gwendolen. Si vas al palacio, estarás rodeada de lujo. Y ya sabes cuánto te ha importado siempre eso. No lo encontrarás tan duro como subir y bajar por esas escaleras estrechas y escarpadas, y oír el ruido de la vajilla de barro por la casa, y a las queridas niñas hablando.

—Es como una pesadilla —dijo Gwendolen, impetuosamente—. No puedo creer que mi tío te deje ir a un sitio así. Debería haber tomado otras medidas.

—Sé más razonable, querida. ¿Qué otra cosa podía haber hecho?

—Era su problema encontrar otra cosa. Me parece que el mundo es increíble si gente de nuestra posición puede hundirse de esta forma de repente —dijo Gwendolen, la cual estaba versada en otros mundos construidos de forma que se adaptaran perfectamente con su propio futuro.

Era por su temperamento que hablaba de esta forma ante la presión de estos reveses completamente nuevos: podía haber hablado de forma más delicada acerca de las vicisitudes de la vida de los demás, aunque nunca tuvo tanta aspiración a expresarse virtuosamente como de forma sagaz, un punto a tener en cuenta como atenuación de sus palabras, que normalmente eran peores que lo que era ella.

Y a pesar de sentir profundamente sus heridas, fue capaz de tener ciertos remordimientos cuando sus tíos la recibieron con mayor cariño y amabilidad que el que le habían mostrado anteriormente. No pudo más que sentirse sorprendida por la digna jovialidad con la que hablaban de las restricciones necesarias en su forma de vivir y en la educación de los chicos. El verdadero valor del carácter del señor Gascoigne, que las oportunidades mundanas ocultaban un poco, de la misma manera que los requerimientos de la moda en el vestir ocultan la belleza poética de las mujeres, quedó bien patente ante esta repentina reducción económica. Cumplidor y metódico, no solo se había desembarazado del carruaje, sino que había recuperado sus ropas usadas, había abandonado la costumbre de comer carne en los desayunos, pasaba sin periódicos, había sacado a Edwy de la escuela y él mismo impartía a todos sus chicos algunas horas de estudio, y había ordenado a todo el personal ahorrar lo máximo posible. Para todas las personas sanas, el dinero otorga ciertos placeres; y el espíritu del Rector se había extendido por toda la casa. La señora Gascoigne y Anna, que siempre hacían de su papá su modelo, no perdieron en realidad nada de lo que querían, y sintieron sinceramente que la parte más triste de sus pérdidas era el cambio de la señora Davilow y sus hijas.

Por primera vez Anna sintió compasión de Gwendolen después de su resentimiento por el asunto de Rex; y la señora Gascoigne esperaba que las dificultades tuviesen un efecto saludable sobre su sobrina, aunque no iba ella a aumentar este beneficio añadiendo más penas. Habían estado ambas ocupadas pensando cómo obtener de los almacenes de la casa algunas persianas y cortinas para la cabaña; pero dejaron de lado discretamente estos asuntos y comentaron primero el viaje de Gwendolen, y lo que iba a confortar a su mamá tenerla de nuevo en casa.

De hecho, no había nada que justificara que Gwendolen extendiera

su insatisfacción con los acontecimientos a las personas más cercanas que la rodeaban, y se sintió intimidada, como si hubiera oído el toque de una campana que debía obedecerse, cuando su tío empezó con una voz amable pero firme a hablarle de los esfuerzos que había estado haciendo para conseguirle una situación que le ofreciera tantas ventajas como fuera posible. El señor Gascoigne no había olvidado a Grandcourt, pero la posibilidad de avances más serios en esa dirección era algo demasiado vago para que un hombre de un sentido común como el suyo confiara solo en ello: las incertidumbres de ese tipo no debían impedir que hiciera lo mejor que pudiese por su sobrina bajo las circunstancias presentes.

—Pensé que no había tiempo que perder, Gwendolen; pues una posición en una buena familia donde tendrás cierta consideración no es fácil de conseguir enseguida. Y por mucho que esperáramos apenas podríamos conseguir una en la que estuvieras mejor que en la del Obispo Mompert. Tanto él como la señora Mompert me conocen, y eso es, por supuesto, una ventaja para ti. De momento todo ha ido bien por correspondencia; pero no me sorprende que la señora Mompert desee verte antes de cerrar completamente el acuerdo. Quiere que te veas con ella en Wancester cuando baje a la ciudad. Supongo que pensarás que la entrevista será algo duro para ti, pero tienes algo de tiempo para hacerte a la idea.

—¿Sabes *por qué* quiere verme, tío? —dijo Gwendolen, que rápidamente había imaginado varios motivos de sospecha que supuestamente podía abrigar una imaginaria señora Mompert con tres hijas, motivos todos desagradables para la persona que debía presentarse para que la inspeccionaran.

El Rector sonrió.

—No te asustes, querida. Le gustaría tener una idea más precisa de ti de lo que mis informes pueden darle. Y una madre es naturalmente escrupulosa con la compañía que van a tener sus hijas. Le he dicho que eres muy joven. Pero ella misma supervisa estrictamente la educación de sus hijas, lo que la deja más tranquila respecto a tu edad. Es una mujer de buen gusto y principios estrictos, y se opone a tener a una persona francesa en la casa. Estoy seguro que pensará que tus modales y talentos son tan buenos como los que espera encontrar; y respecto al tema moral y religioso de la educación, ella y el mismo obispo, estarán al tanto.

Gwendolen no se atrevió a responder, pero la represión de su decidida aversión al proyecto entero envió a su rostro y su cuello un inusual y profundo rubor, que se suavizó tan rápidamente como vino. Anna, llena de tiernos temores, puso su pequeña mano entre las de su prima; y el señor Gascoigne era un hombre demasiado afable para no darse cuenta de la prueba que este cambio repentino debía suponer

para una chica como Gwendolen. Empeñado en dar una visión optimista de la situación, prosiguió en un tono relajado de observación, como si no estuviera contestando a supuestas objeciones:

—Pienso que es una posición tan elevada, que habría estado tentado de probar y dársela a Anna, si ella hubiera respondido a los requerimientos de la señora Mompert. Es verdaderamente una casa, con una continuidad en la educación en el sentido más alto: "institutriz" es un nombre equivocado. Las ideas del obispo son de un color marcadamente más propio de la iglesia baja[120] que las mías; es un amigo íntimo de Lord Grampian; pero a pesar de ser estricto en privado, no es de ninguna manera parco en asuntos públicos. Ciertamente, ha creado tan poca hostilidad en su diócesis como cualquier obispo en su cargo. Ha seguido siendo siempre amable conmigo, aunque antes de su ascenso, cuando tenía un cargo en esta diócesis, tuvimos una pequeña controversia sobre la Sociedad Bíblica.

Las palabras del Rector conllevaban un significado demasiado grato para él como para imaginar el efecto que produjeron en la mente de su sobrina. "Continuidad de la educación", "las ideas del obispo", "estricto en privado", "Sociedad Bíblica", era como si hubiera introducido para la instrucción de las señoras algunas culebras venenosas, que podían morder o picar según conviniera. Para Gwendolen, que ya temblaba por el futuro que se abría ante ella, tales frases llegaron como el creciente calor de un cristal quemándose —de ninguna manera como los vínculos de reflexión persuasiva que representaban para el buen tío—. Empezó desesperadamente a buscar una alternativa.

—Había otra situación, creo, de la que habló mamá —dijo con pleno dominio.

—Sí —dijo el Rector en un tono más bien despreciativo—; pero eso es en una escuela. No me daría la misma satisfacción que te quedaras con eso. Sería un trabajo mucho más duro, ya sabes, y no tan bueno en cualquier otro aspecto. Además, no tienes la misma oportunidad de conseguirlo.

—Oh, querida, no —dijo la señora Gascoigne—, sería un trabajo mucho más duro para ti, querida, mucho menos apropiado. Podrías no tener una habitación para ti misma. —Y los recuerdos de Gwendolen de la escuela le sugirieron otros detalles que la obligaron a admitir ante sí misma que esta alternativa no representaría ningún consuelo. Se volvió de nuevo hacia su tío, y dijo aparentemente aceptando sus ideas:

—¿Cuándo es probable que me mande buscar la señora Mompert?

—Eso es más bien incierto, pero ha prometido no hacer caso a ninguna otra propuesta hasta haberte visto a ti. Se ha tomado muy en serio tu posición. Será durante la siguiente quincena, probablemente.

Pero debo irme ahora. Voy a dejar parte de mis propiedades eclesiásticas más bien de lo normal.

El Rector terminó de hablar muy regocijado, dejando la sala con la complaciente convicción de que Gwendolen iba a adaptarse a las circunstancias como una chica sensata. Habiendo hablado apropiadamente, supuso naturalmente que los efectos serían apropiados, pues estaba acostumbrado como autoridad en su casa y en su parroquia a que le pidieran "convencer" a personas reacias, entendiendo que la medida fuese moralmente coercitiva.

—¡Qué apoyo es Henry para nosotras! —dijo la señora Gascoigne, cuando su marido hubo abandonada la sala.

—Sí que lo es —dijo la señora Davilow, cordialmente—. Creo que conservar el buen humor es un gran tesoro. Ojalá yo lo tuviera.

—Y Rex es igual que él —dijo la señora Gascoigne—. Debo contarte el consuelo que hemos tenido por una carta suya. Tengo que leerte un trozo —añadió, sacando la carta de su bolsillo, a la vez que Anna se mostraba algo asustada, sin saber por qué, salvo que había mantenido la regla de no mencionar a Rex delante de Gwendolen.

La orgullosa madre ojeó la carta, buscando frases para leer en voz alta. Pero aparentemente la encontró sembrada de lo que podrían parecer alusiones más cercanas de lo que deseaba al pasado reciente, pues alzó la mirada, doblando la carta, y dijo:

—No obstante, nos cuenta que nuestro problema ha hecho de él un hombre; ve en ello una razón para ponerse a trabajar: pretende conseguir una beca, reunir unos cuantos alumnos, hacer que vaya con él uno de sus hermanos, y ser lo más provechoso posible. La carta está llena de alegría… como él. Dice: «Dile a mi madre que ha puesto un anuncio para un hijo suyo avispado y trabajador, a tiempo de evitar que tomara ese barco, y yo mismo me ofrezco para ese puesto». La carta llegó el viernes. Nunca vi a mi marido tan emocionado por algo desde que Rex nació. Parecía la contrapartida que compensaba nuestra pérdida.

La carta, de hecho, fue lo que ayudó a la señora Gascoigne y a Anna a mostrar hacia Gwendolen una amabilidad sincera; y ella misma se sintió muy cómoda sobre el tema, sonriendo a Anna y pellizcando su barbilla como diciendo: «Ya no te tiene por qué afectar, ¿verdad?». No es que tuviera una naturaleza malévola gratuita o que disfrutara de forma egoísta haciendo miserables a los hombres. Solo se oponía intensamente a que la hicieran a ella miserable.

Pero cuando la conversación giró en torno al amueblamiento de la cabaña, Gwendolen no se sintió llamada a poner ni el más mínimo interés. Pensó que ya había hecho todo lo que podía esperarse de ella esa mañana, e incluso sintió que había llegado a un nivel heroico al guardarse para ella la lucha que se desarrollaba en su interior. El

retroceso que representaba para ella la única perspectiva definitiva que se le permitía era más fuerte de lo que se había imaginado de antemano. La idea de presentarse ante la señora Mompert la primera vez, ser admitida o rechazada, era como una presión sobre una herida ya de por sí dolorosa; incluso como institutriz, parecía, iba a ser juzgada y cabía la posibilidad de ser desestimada. Después del daño que se había infligido al aceptar al obispo y su mujer, todavía quedaba por considerar si la aceptarían a ella; era su responsabilidad decidir si mirar, hablar o callar. E incluso cuando hubiera entrado en su triste tarea de anularse a sí misma dentro de la sociedad de tres chicas a las que estaría obligada incesantemente a educarlas, continuaría el mismo proceso de inspección: siempre tendría la supervisión de la señora Mompert; siempre habría alguna que otra cosa que no le apeteciera en absoluto y que se esperaría de ella que hiciese; y tal vez el obispo la interrogaría sobre temas serios. Gwendolen, acostumbrada últimamente al éxito social de una bella chica, cuyo atrevimiento jovial en el hablar tenía el matiz del ingenio, y que seis semanas antes habría sentido lástima de la estupidez del obispo en vez de sentirse avergonzada por él, vio la vida que se le avecinaba como la entrada a una penitenciaria. Le asaltaron pensamientos alocados de escaparse para ser una actriz, a pesar de Klesmer, seduciéndola la libertad; pero aún tenía fuertemente clavadas en el alma sus palabras; habían asustado a su orgullo e incluso a su dignidad de doncella: con tristeza se imaginó entre gente vulgar que la tratarían con una familiaridad irrespetuosa, hombres detestables cuyas muecas y sonrisitas no la habían hasta ahora molestado gracias al potente filtro de la alta sociedad. El atrevimiento de Gwendolen no se debía ni por asomo a las ansias de aventuras; la verdadera causa era querer seguir siendo una dama; cuando había soñado ser la protagonista de la mesa del juego, se entendía que era para que nadie la tratara con la mínima desconsideración, o presumiera de mirarla con ironía como había hecho Deronda. Haber sido protegida y mimada, y que estuvieran por sus susceptibilidades hasta el más mínimo detalle, había ido de la mano con la comida y el vestir a lo largo de su vida como algo habitual: incluso sin ningún aviso como el de Klesmer no podría habérsele ocurrido que fuera una libertad atractiva ser lanzada en dependencia solitaria a las dudosas atenciones de desconocidos. El sufrimiento en la penitenciaría episcopal sería menos repulsivo que eso; aunque por supuesto tampoco ahí estaría consentida ni estarían por sus susceptibilidades. Su rebeldía contra esta dura necesidad que le había llegado justo a ella entre todas las personas del mundo —a ella para quien se habían dado todas las circunstancias para que ocurriera algo bien diferente—, su rebeldía se fue agrandando en lugar de disminuir a medida que pasaban las horas, sin dejar de pensar en

su imaginación lo que podía haber esperado de la vida y lo que en realidad iba a ser. Los problemas familiares, pensó, eran más llevaderos para cualquier otro que para ella, incluso para su pobre mamá, pues estaba acostumbrada a no disfrutar de nada. En cuanto a esperar que si iba con los Momperts y tenía paciencia, las cosas pudieran mejorar, sería estúpido albergar esperanzas después de todo lo que había pasado: sus talentos, por lo visto, nunca serían reconocidos como algo fuera de lo común, y no había una sola dirección en la que la casualidad pareciera favorecer sus deseos. Algunas chicas hermosas, que como ella, habían leído novelas en las que incluso las institutrices sencillas eran centros de atracción y se les solicitaba en matrimonio, podrían haberse consolado un poco trasladando esas imágenes a su propio futuro; pero incluso si la experiencia de Gwendolen la hubiera llevado a considerar el cortejo y el matrimonio como su Elíseo, estaba demasiado oprimida por los acontecimientos cercanos, tanto del pasado como del futuro, para proyectar sus expectativas a lo lejos. El mundo le daba náuseas, y no encontraba ninguna razón en toda su vida por la que desear vivir. No la pudo ayudar una visión religiosa de sus problemas: en su opinión estos habían sido todos causados por la conducta malvada o desagradable de otras personas; y no había nada bueno en el mundo en lo que confiar: eso es lo que sentía; cualquier otra cosa que hubiera oído decir sobre los problemas era mera palabrería, tan poco atractivo que ni siquiera había tenido ganas de memorizarlo y repetírselo. Ya fuera la dulzura del trabajo y las reivindicaciones conseguidas; el interés de la actividad interior y exterior; el encanto indefinido de la vida como un descubrimiento perpetuo; los tributos de coraje, fortaleza y afán, que es una mezquindad no pagar ante una carga de trabajo normal; el valor supremo de la vocación del maestro; todo esto, incluso aunque se le hubiera predicado de forma elocuente, no habrían sido más que doctrinas débilmente aprehendidas; el factor que la irritaba era su invariable opinión de que, para una señora, convertirse en una institutriz, “tomar una situación”, era descender en la vida y ser tratada en el mejor de los casos con un patronazgo compasivo. Y la pobre Gwendolen nunca había desasociado la felicidad de la eminencia personal y el lucimiento. Que ahora estos le fueran a abandonar, y que ella creyera que al no tenerlos no valía la pena seguir viviendo, no la diferencia mucho de nosotros, hombres y mujeres, para que no la consideremos digna de compasión, estando nosotros mismos normalmente tentados a dar una pésima opinión de las cosas en general según nuestra propia susceptibilidad y a quitarle importancia a temas que cualquier otra persona considera vitales. Ciertamente es digna de compasión una joven criatura que se halla ante el laberinto de la vida sin ninguna pista a seguir, y a quien la

desconfianza en sí misma y en su buena fortuna le llega como un impacto repentino, como una hendidura en el camino por el que paseaba con cuidado.

A pesar de su buen estado de salud, su irreconciliable repugnancia la afectó incluso físicamente; sentía una especie de entumecimiento y no se podía dedicar a nada; la mínima insistencia, incluso la de que tomara su comida, la irritaba; la conversación de los demás sobre cualquier tema le parecía irracional, al no incluir su opinión ni manifestar nada que la comprendiese a ella. No tenía una naturaleza propensa a entretenerse con la idea del suicidio como otros jóvenes decepcionados: lo que la preocupaba y exasperaba era el sentimiento de que no tenía más remedio que vivir de una forma que odiaba. Evitó volver a la Rectoría: no podía soportar tener que mirar y hablar como si estuviera de acuerdo; y no podía esforzarse por mostrar interés por el mobiliario de esa cabaña horrible. La señorita Merry se había quedado a propósito para ayudar, y a gente así como a Jocosa les gustaba ese tipo de cosas. Su madre tuvo que excusarla de que no apareciera, incluso cuando Anna vino a verla. Pues la calma que Gwendolen se había propuesto mantener se había tornado en lastimosa desmotivación; pensaba: «Supongo que tendré que empezar a fingir de aquí a poco, pero ¿por qué tengo que hacerlo ahora?».

Su madre la observaba con aflicción silenciosa; y al adquirir el hábito de la ternura indulgente, empezó a pensar lo que imaginaba que pensaba Gwendolen, y a desear que las cosas cambiaran para que su querida hija fuera menos desgraciada.

Un día en que se hallaba en la habitación negra y amarilla y su madre no acababa de irse bajo el pretexto de considerar y ordenar los vestidos de Gwendolen, se levantó súbitamente para ir en busca del cofrecito que contenía sus ornamentos.

—Mamá —empezó, mirando sobre la última capa—, había olvidado estas cosas. ¿Por qué no me lo recordaste? Mira que podemos venderlas. No te importará deshacerte de ellas. Me las diste todas hace tiempo.

Levantó la bandeja de encima y miró lo que había debajo.

—Si podemos salirnos sin usarlas, querida, prefiero guardarlas para ti —dijo la señora Davilow, sentándose a su lado algo aliviada al ver que su hija empezaba a hablar de algo. Se había dado la vuelta a la relación habitual entre ellas. Ahora era la madre la que intentaba animar a la hija—. ¿Qué? ¿Cómo llegaste a poner ese pañuelo de bolsillo aquí?

Era el pañuelo con la esquina rasgada en el que Gwendolen había envuelto el collar turquesa.

—Resulta que estaba con el collar… tenía prisa —dijo Gwendolen, sacando el pañuelo y poniéndoselo en el bolsillo—. No vendas el

collar, mamá —añadió, recordando lo ofensivo que había sido su rescate.

—No, querida, no; se hizo a partir de la cadena de tu querido padre. Y preferiría no vender las otras cosas. Ninguna de ellas es de gran valor. Hace tiempo que me quitaron mis mejores ornamentos.

La señora Davilow enrojeció. Normalmente evitaba cualquier referencia a esos hechos acerca del padrastro de Gwendolen como el haberse llevado las joyas de su mujer y haberlas vendido. Tras un momento de pausa, continuó:

—Y estas cosas no son para empeñarlas. Llévatelas contigo.

—No serviría de mucho, mamá —dijo Gwendolen, fríamente—. Las institutrices no llevan alhajas. Sería mejor que me dieras un uniforme liso gris y un saquito de paja, como el que llevan los niños a los que me tía les hace caridad.

—No, querida, no; no lo mires de esa manera. Estoy segura que caerás mejor a los Mompert si vas bien vestida y elegante.

—No tengo claro cómo quieren que sea los Mompert. Ya es duro tener que ser como quieren ellos —dijo Gwendolen amargamente.

—Si hay algo a lo que pondrías menos objeciones, cualquier cosa que se pueda hacer, en lugar de ir a la casa del obispo, dilo, Gwendolen. Dime lo que está en tu corazón. Lucharé por cualquier cosa que desees —dijo la madre, suplicante—. No me ocultes las cosas. Déjame que lo soportemos juntas.

—Oh, mamá, no hay nada que contar. No puedo hacer nada mejor. Debo considerarme afortunada si me toman consigo. Obtendré algo de dinero para vosotras. Eso es lo único en lo que tengo que pensar. No gastaré nada de dinero este año: tendréis las ochenta libras completas. No sé para cuánto servirá en la casa; pero no tienes que destrozarte los dedos con las punzadas de las agujas, y tienes que apartar la mirada de esas cosas que las lágrimas han dejado en tus preciosos ojos.

Gwendolen no acompañó sus palabras de caricias como solía hacer. Ni siquiera miró a su madre, si no que se estaba fijando en el collar turquesa mientras le daba la vuelta con los dedos.

—¡Bendita seas por tu ternura, querida mía! —dijo la señora Davilow, con lágrimas en los ojos—. No te desesperes porque haya nubes ahora. Eres tan joven. Debe haber una gran felicidad todavía aguardándote.

—No veo ninguna razón para esperarla, mamá —dijo Gwendolen en un tono duro; y la señora Davilow permaneció en silencio, y pensó como tantas veces había pensado anteriormente: «¿Qué pasó entre ella y el señor Grandcourt?».

—Conservaré este collar, mamá —dijo Gwendolen, apartándolo y cerrando el cofrecillo—. Pero vende las otras cosas, aunque no te

aporten mucho. Pregunta a mi tío qué hacer con ellas. Está claro que yo no las usaré otra vez. Voy a ponerme el velo. Me pregunto si todas las pobres desgraciadas que se lo han puesto se sentían como yo.

—No exageres los males, querida.

—¿Cómo puede saber alguien que exagero, cuando estoy hablando de mis propios sentimientos? Yo nunca he comentado lo que sentían los demás.

Sacó de nuevo el pañuelo rasgado de su bolsillo, y envolvió deliberadamente el collar con él. La señora Davilow observó la acción con cierta sorpresa, pero el tono de las últimas palabras la desanimaron a preguntar nada.

El "sentimiento" al que hizo referencia Gwendolen con aire trágico no se explicaba por el mero hecho de que fuera a ser una institutriz: estaba envuelta en una sensación general de decepción. No era simplemente que le repeliera la idea de lo que estaba llamada a hacer, la repulsión se extendía fuera del mundo de la penitenciaría, al no ver nada agradable dentro de ella que pudiera realizar incluso si hubiera sido libre. Naturalmente sus penas no le parecían a ella más pequeñas que las que algunos contemporáneos suyos consideraban que tenían cuando sentían que su profesión les quedaba pequeña, y tenían una convicción *a priori* de que no valía la pena desplegar sus habilidades latentes. Porque su educación hubiera sido menos cara que la de ellos, no se seguía que ella tuviera emociones más amplias o una visión intelectual más profunda. Sus penas eran femeninas; pero para ella como mujer no eran menos duras de soportar, y sintió que eran comparables a las del nivel de Prometeo.

Pero la determinación que la llevó a mantener el collar, envolverlo en el pañuelo, y levantarse para ponerlo en su neceser, donde lo había puesto por primera vez cuando le fue devuelto, era de lo más peculiar, y hasta poco razonable. Provenía de esa vena de superstición que se aferraba tanto a su confianza como a su terror, una superstición que moraba en una personalidad intensa, incluso a pesar de las razones que pudiera dar la teoría y la ciencia; cualquier temor o esperanza eran más fuertes que las razones a su favor o en su contra. Por qué de repente decidió no desembarazarse del collar no era mucho más claro para ella que por qué algunas veces se había sentido asustada de encontrarse sola en los campos: tenía un estado emocional confuso respecto a Deronda; ¿era orgullo herido y resentimiento, o cierto sobrecogimiento y confianza excepcional? Era algo vago pero dominante, lo que la impulsó a esta acción con el collar. Hay una gran cantidad de regiones desconocidas dentro de nosotros que deben tenerse en cuenta para explicar nuestras revueltas internas.

CAPÍTULO 25

¿Cómo buscar el por qué en una mente reducida a la esterilidad de un egoísmo quisquilloso, en la que todos los deseos inmediatos son aburridos, y los incentivos se han ido reduciendo a una expectativa vacilante: una mente caprichosa, en la que salta de vez en cuando un impulso intermitente notablemente destacado entre la debilidad general? Es esta una condición que suele suceder a una vida que anda demasiado suelta, no moldeada por la presión de la obligación. Nam deteriores omnes sumus licentiae, dijo Terencio; o expresándolo en un lenguaje más familiar: el "como quieras" es un mal consejero.

Los soberanos dan a conocer sus intenciones e influyen en los fondos gastando muy pocas palabras. Así que, Grandcourt, tras conocer que Gwendolen había abandonado Leubronn, dejó caer de revuelo que el centro de recreo era un agujero brutal peor que Baden, observación que al señor Lush le sirvió para concluir que su patrón pretendía regresar a Diplow de inmediato. La ejecución iba a ser con toda seguridad más lenta que la intención, y de hecho Grandcourt holgazaneó durante el día siguiente sin dar ninguna orden clara de salida —tal vez porque veía que Lush era lo que estaba esperando—: se demoró en su aseo y bajó ciertamente con un aspecto descolorido pero perfectamente distinguido, como el que tienen los rostros más frescos, y con las manos llenas de color, con signos de tosca vulgaridad; se entretuvo en la terraza, en las salas de juego, en la sala de lectura, ocupándose en mostrar su indiferencia hacia los demás y hacia todo lo que estaba a su alrededor. Cuando se topó con Lady Mallinger, sin embargo, se tomó ciertas molestias, alzó su sombrero, hizo una pausa, y le demostró que escuchaba su recomendación acerca de las fuentes respondiendo:

—Sí, oí que alguien decía lo providencial que era que siempre hubiera fuentes en los sitios del juego.

—Ah, eso era una broma —dijo la inocente señora Mallinger, confundida por la lánguida seriedad de Grandcourt—, a imitación de la de la torre y los ríos, ya sabe.

—Ah, tal vez —dijo Grandcourt sin cambiar de expresión. Lady

Mallinger creyó que valía la pena comentárselo a Sir Hugo, quien dijo —: Oh, querida, él no es tonto. No debes dar por sentado que no pueda darse cuenta de una broma. Puede jugar sus cartas tan bien como la mayoría de nosotros.

—Nunca me ha parecido un hombre muy sensato —dijo Lady Mallinger, excusándose. Aunque nadie lo sabía, le desagradaba encontrarse con Grandcourt, pues sentía que él era poco más que el signo viviente de su fracaso como mujer, al no haber dado un hijo a Sir Hugo. Pensaba constantemente que su marido podría arrepentirse de su elección, y si no hubiera sido tan bueno podía haberla tratado en consecuencia con cierta rudeza, ya que a los caballeros no les suele gustar que los decepcionen.

Deronda también obtuvo un reconocimiento por parte de Grandcourt, que aunque no agradecía, tuvo buen cuidado de devolver con perfecta educación. Las raíces de la costumbre eran tales que ningún razonamiento podía apartar el arraigado sentimiento de que su nacimiento no había sido visto con agrado y que la culpa había sido de su padre; y al ver que si no fuera por esta injusticia el futuro de Grandcourt podría haber sido el suyo, su orgullo le impedía comportarse de otra forma que pudiera interpretarse como un resentimiento por ese lado. Se dio cuenta que podía descender fácilmente hasta un rencor irracional y mezquino y ver el triunfo en la frustración de los demás; y estando resuelto a no caer en ese repugnante foso, giró la espalda a esos sentimientos, aferrándose a los afectos más amables que había en él. Ciertamente le fue de buena ayuda su orgullo, el orgullo de no reconocer como una desventaja para sí mismo lo que las mentes vulgares suelen exagerar, como el desharrapado equipaje de la pobreza: no iba a permitir que un hombre como Grandcourt supusiera que le tuviese envidia. Pero no hay nada que hacer contra la interpretación. Grandcourt *sí* que creía que Deronda, pobre diablo, del que no tenía ninguna noticia que fuera su primo por parte de su padre, estaba atormentado en su interior por su posición respectiva; por eso la presencia de esa persona menos afortunada le resultaba más satisfactoria que lo que habría sido en otras circunstancias. Una envidia imaginaria, la idea de que los demás sienten su deficiencia en comparación, es el cortejo ordinario del egoísmo; y sus perros domésticos no eran los únicos seres de los que disfrutaba ejerciendo su poder para hacerles sentir celosos. De ahí que fuera lo suficientemente cortés como para intercambiar algunas palabras con Deronda en la terraza acerca de la caza en Diplow, e incluso dijo:

—Sería mejor que viniera para una o dos cacerías cuando empezara la temporada.

Lush, no disgustado con la demora, se entretuvo muy bien, en

parte chismorreando con Sir Hugo y en parte contestando a sus preguntas sobre los negocios de Grandcourt para ver si mermaba su interés en Diplow. El baronet sabía también ya lo suficiente sobre los enredos personales de Grandcourt para que Lush se sintiera liberado de las ataduras del silencio en ese día soleado de otoño, donde no había nada más agradable que hacer durante los largos paseos que hablar libremente de un patrón tirano. Sir Hugo estaba bien dispuesto a escuchar ciertos escándalos sin mala intención, a los que le gustaba referirse como "conductas peculiares"; pero se guardaba de comentarlas con quienes se lo podían tomar demasiado seriamente. Lo que sabía de los secretos de su sobrino no la había hablado nunca con Deronda, el cual consideraba a Grandcourt como un mortal de rostro pálido, pero que no tenía intención de averiguar cómo se le había retirado el color. Lush tenía la política y la tendencia de halagar a todo el mundo cuando no había razón contraria para ello; y el baronet siempre le trató bien, como a uno de esos personajes maleables que, al frecuentar la sociedad de los caballeros, sin ser exactamente caballeros ellos mismos, pueden ser aún más prácticos, como los segundos mejores artículos de nuestro ropero, que usamos con una cómoda libertad sin ansiedad de ningún tipo.

—Bien, ya me mantendrá informado de los acontecimientos —dijo Sir Hugo—, si al final parece producirse este matrimonio, o si sucede algo más que requiera la necesidad de dinero. Mi plan sería mucho mejor para él que sobrecargar Ryelands.

—Eso es cierto —dijo Lush—, solo que no debe imponérsele, tan solo situarlo en su camino para que el aroma lo tiente. Grandcourt no es un hombre que se deje guiar por lo que constituya su propio interés; sobre todo si se le hace ver que también es para el interés de uno mismo. Yo, por supuesto, estoy atado a él. He renunciado a todo lo demás para poder estar a su lado, y ya llevo así quince años. No encontraría fácilmente a otro que ocupara mi puesto. Es un personaje peculiar, ese Heinleigh Grandcourt, y en los últimos años se ha acentuado su carácter. Sin embargo, yo tengo una naturaleza inalterable, y he sido una especie de guardián suyo desde que él tenía veinte años: era un personaje fascinante y fuera de lo común entonces, y lo podría ser ahora, si quisiera. Estoy atado a él; sería mucho peor para él si dejara que ya no trabajara codo con codo con él.

Sir Hugo no creyó necesario expresar su comprensión o incluso su asentimiento, y tal vez el mismo Lush no esperara que se tomara al pie de la letra sus breves comentarios. ¿Pero cómo puede un hombre no incluirse a sí mismo en una conversación? Y debía mantener su aseo en el lenguaje, de la misma forma que con su cuerpo y su ropa. El oyente de Lush no era inclemente: un miembro del Parlamento podía tener en cuenta las necesidades del aseo verbal; y el diálogo continuó

sin intercambio de estimación mutua.

Sin embargo, la cómoda perspectiva de Lush de dilación indefinida fue cortada de raíz a la mañana siguiente cuando Grandcourt le saludó con la pregunta:

—¿Estás preparándolo todo para que vayamos a París en tren?

—No sabía que pretendías irte —dijo Lush, que no fue exactamente cogido por sorpresa.

—Deberías haberte dado cuenta —dijo Grandcourt, mirando la parte quemada de su cigarro, y hablando en un tono bajo, usual en él cuando quería expresar su hastío y mostrarse perentorio—. Tenlo todo a punto, ¿de acuerdo? Y vigila que no nos acompañe ningún bruto en el carruaje. Y deja mis señas a los Mallinger.

En consecuencia, llegaron a París al día siguiente; pero ahí Lush se sintió satisfecho por la propuesta u orden de ir en seguida a Diplow para ver que todo estuviera en orden, mientras Grandcourt y el ayuda de cámara se quedaban atrás; y no fue hasta al cabo de algunos días que Lush recibió un telegrama para que mandara el carruaje a la estación de Wancester.

Había empleado el intersticio activamente, no solo cumpliendo las órdenes de Grandcourt sobre los sementales y la gente de la casa, sino además recopilando toda la información que pudo sobre Gwendolen, y cómo iban las cosas en Offendene. Cuáles iban a ser los efectos probables que las noticias de las desgracias de la familia tendrían sobre la obstinación intermitente de Grandcourt era algo impredecible. En tanto que la pobreza de la chica podía ser un argumento para que ella aceptara ahora su declaración a pesar de su negativa anterior, podía invalidar esa amarga objeción de temer un rechazo, cosa que Lush consideraba uno de los motivos más disuasorios de Grandcourt; por otra parte, la certeza de la aceptación era precisamente “el tipo de cosas” que podía hacerle dudar y vagar por aquí y por allá sin más voluntad aparente que una polilla. Lush había estado observando a su patrón durante muchos años, y le conocía tal vez mejor de lo que conocía cualquier otra cosa; pero conocer a Grandcourt era dudar qué es lo que haría en cada caso concreto. Podría suceder que actuara con una magnanimidad aparente, como el héroe de un drama francés moderno, cuyo repentino cambio a un esplendor moral tras años de mentiras y mezquindad, le da a uno poca confianza respecto a cómo seguirá su carrera tras la caída del telón. Ciertamente, ¿qué actitud habría sido más honorable para una escena final que la de declinar buscar a una heredera por su dinero y decidir casarse con la chica atractiva que no tenía nada? Pero Lush estaba seguro de algunas cosas sobre Grandcourt, y una era, que de todos los cambios interiores, el de la generosidad era el menos probable que ocurriera en él. ¿De qué sirve,

sin embargo, saber que un insecto no caminará con la cabeza hacia atrás, cuando lo que necesitas saber es el conjunto de estímulos internos que lo envían por un lado o por otro en un entramado de posibles caminos? Así es que Lush no tenía ni idea sobre el desenlace posible entre Grandcourt y Gwendolen, cuando lo que deseaba era la seguridad absoluta de que nunca se casarían. Habría consentido gustosamente que se casara con una heredera, o que se casara con la señora Glasher: en un caso habría habido la abundancia inmediata que el derecho a heredar no podía proporcionar; en el otro, la seguridad del agradecimiento de la mujer, pues Lush siempre había sido amigo de la señora Glasher; y que la futura señora Grandcourt no fuera socialmente aceptada no podía afectar a su comodidad privada. Tampoco le habría importado, igualmente, que no hubiera matrimonio; pero sintió que era su deber hacer todo lo que pudiera para impedir el matrimonio con una chica que probablemente no iba a traer más que problemas a su marido, por no hablar de la irritación y hasta la injuria que produciría a la antigua compañera de su marido, cuyo futuro el señor Lush deseaba de corazón que fuera lo más bueno posible, considerando que él había bien merecido esa compensación por vivir una vida de perro, aunque la de un perro que disfrutaba muchos manjares en tranquilidad, sacando provecho de su antiguo establecimiento. Deseaba para sí mismo lo que creía era bueno, y no era consciente de desear daño a nadie; a menos, quizás, un poco ahora a la inoportuna e impertinente Gwendolen. Pero también cabe encontrar en el novato menos aficionado al lujo y a la música, en el tragasapos menos dado a las náuseas, algunas susceptibilidades. Y el señor Lush estaba acostumbrado a que el mundo lo tratara como compañero apto y agradable: no se había preparado para ser insultado por más de una persona.

Con esta preparación imperfecta para una política de guerra, Lush esperaba la llegada de Grandcourt, haciendo poco más que preguntarse cómo empezaría la campaña. El primer día, Grandcourt estuvo del todo ocupado con las caballerizas, y entre otras cosas ordenó a un mozo que pusiera una silla a Criterion y le dejara revisar los pasos del caballo. Esta marcada determinación dejó a Lush pensativo sobre si debía afrontar las delicadas consecuencias de hablar en primer lugar, mientras estaba todavía seguro de que no se había dado ningún paso comprometedor; y se levantó a la mañana siguiente casi decidido a que si Grandcourt se mostrara de tan buen humor como el día anterior y diera a pie a empezar una conversación, dejaría caer los interesantes hechos de Gwendolen y su familia, solo por ver en qué iban a afectar, y obtener algo que le sirviese de guía. Pero Grandcourt no dio pie a empezar una conversación, e incluso preguntado sobre una cuestión que le interesaba, mantuvo un silencio

tan cerrado que ni un pez se habría mostrado más callado. Tras leer sus cartas dio varias órdenes para que se realizasen o fueran transmitidas por Lush, y luego se giró hacia esa persona competente que, de acuerdo con la orden, se levantó para marcharse de la sala. Pero antes de que saliera por la puerta, Grandcourt levantó ligeramente la cabeza y pronunció un débil y entrecortado:

—¡Oh!

—¿Qué ocurre? —dijo Lush, quien, hay que observar, no reaccionaba a estas salidas de forma respetuosa.

—Cierra la puerta, ¿vale? No puedo hablar de cara al pasillo.

Lush cerró la puerta, se acercó y decidió sentarse.

Tas una pequeña pausa, Grandcourt dijo:

—¿Esta la señorita Harleth en Offendene? —Estaba del todo seguro que Lush había procurado averiguar cosas sobre ella, y le proporcionaba cierto placer pensar que Lush no quería que él también las averiguase.

—Bueno, apenas lo sé —dijo Lush despreocupadamente. La familia no está en una buena situación. Tanto ellos como los Gascoigne han perdido todo su dinero. Ha sido debido a algún negocio banquero engañoso. La pobre no madre no tiene un penique, parece. Ella y las chicas tendrán que apretarse en una pequeña cabaña como la de un trabajador.

—No me mientas, por favor —dijo Grandcourt, en su tono audible más bajo—. No le veo la gracia, ni la utilidad.

—¿A qué te refieres? —dijo Lush, más irritado de lo normal en él, al ver el panorama que se le venía por delante.

—Simplemente dime la verdad, ¿de acuerdo?

—No es invención mía. He oído la historia de varias personas: Bazeley, el hombre de Brackneshaw, por ejemplo. Está buscando un nuevo inquilino para Offendene.

—No me refiero a eso. ¿Está la señorita Harleth allí o no? —dijo Grandcourt en su tono anterior.

—Por mi vida que no lo sé —dijo Lush más bien malhumorado—. Puede que se fuera ayer. Oí que había aceptado un puesto como institutriz; puede que ya esté allí por lo que sé. Pero si usted quiere verla, sin duda la madre la haría volver —esta pequeña mofa se escapó de sus labios pero sin intención.

—Manda a Hutchins que averigüe si estará allí mañana.

Lush no se movió. Como mucha gente que ha pensado de antemano lo que dirá en determinadas circunstancias, se sintió animado por una inesperada irritación a expresar parte de esas cosas preconcebidas antes de que se dieran las circunstancias. Grandcourt, de hecho, iba a darse un batacazo tan grande, que era imposible

dejarle dar el primer paso sin ningún signo de protesta. Lush conservó la suficiente precaución para adoptar un tono de amistad racional; con todo, se sentía seguro de su capacidad ante su patrón, y estaba preparado para mostrarse atrevido.

—Estaría bien que recordases, Grandcourt, que estás jugando con fuego. No puedes seguir flirteándola como antes, o vas a por todas o lo dejas estar. Tienes que decidir si deseas ser aceptado; e incluso más, si te lo tomarías a bien en caso de ser rechazado. O una cosa o la otra. No puedes mariposear tras ella otras seis semanas.

Grandcourt no dijo nada, pero apretó el periódico bajo sus rodillas y comenzó a encender otro cigarro. Lush interpretó esto como un signo de que estaba dispuesto a escuchar, y no quiso dejar escapar la oportunidad; quería averiguar, si era posible, cuál era la mayor causa de duda, si una probable aceptación o un probable rechazo.

—Todo tiene una pinta más seria ahora que antes. Hay que mantener a su familia. No podrías permitir que la madre de tu mujer viviera como una mendiga. Sería un asunto tremendamente complicado. El matrimonio te haría descender a un nivel al que nunca has estado acostumbrado; y en cuanto al dinero tampoco es que nades en abundancia. Y después de todo, ¿qué sacarías de ello? Eres dueño de tus fincas, presentes o futuras, así como de escoger adónde va tu herencia; es una pena estropearlo todo por un simple desvarío del que te puedes arrepentir en un año. Me daría mucha pena ver cómo arruinas tu vida de esa manera. Si hubiera algo sólido que pudiera ganarse con el matrimonio, sería otra cosa.

El tono de Lush se había ido convirtiendo gradualmente en más y más zalamero en su demostración de amigabilidad y de protesta, y estaba casi en el peligro de olvidar que estaba especulando en sus argumentos. Cuando acabó, Grandcourt se sacó el puro de la boca, y mirando fijamente la parte húmeda mientras ajustaba la hoja con las delicadas yemas de sus dedos, dijo:

—Sabía de antes que te oponías a que me casara con la señorita Harleth —hizo una breve pausa, antes de continuar—: Pero nunca consideré que eso fuera una razón en contra.

—Nunca supuse que lo hicieras —contestó Lush, ya sin zalamería, sino secamente—. No era eso lo que yo consideraba una razón. Pensé que habría sido una razón en contra, después de toda tu experiencia, que actuaras como el protagonista de una balada, y situarte en una posición ridícula… ¿y todo para qué? Sabes que antes no podías decidirte. Es imposible que ella te importe demasiado. Y en cuanto a los ardides que es capaz de tramar, puedes juzgarlo tú mismo por lo que oíste en Leubronn. No obstante, lo que quería hacerte ver era que no puedes vacilar ahora.

—Perfecto —dijo Grandcourt, mirando a Lush fijamente con ojos

rasgados—; no pretendo hacerlo. Diría que es desagradable para ti. Pero si piensas que me importa algo todo eso, estás completamente equivocado.

—Oh, bien —dijo Lush, levantándose con las manos en los bolsillos, y sintiendo como se revolvía en su interior un veneno latente —, ¡si ya lo has decidido! Solo queda otro aspecto a tener en cuenta. He estado hablando, suponiendo que era absolutamente cierto que ella te aceptase y que la pobreza extrema la obligaría a ello. No estoy tan seguro de que podamos contar con la jovencita. No creo que sea de fiar. Y tenía sus motivos cuando se escapó la otra vez. —Lush se había movido uno o dos pasos hasta quedar casi enfrente de Grandcourt, aunque a cierta distancia. No parecía muy cohibido por las consecuencias, siendo consciente de que el único punto fuerte que tenía en su posición presente era la utilidad que representaba para Grandcourt; e incluso tras una disputa, pronto o temprano volvería a necesitarle de nuevo. Previó que Gwendolen lo derrocaría por un tiempo, y en ese momento su genio le apremió a arriesgarse a una disputa.

—Ella tuvo sus motivos —repitió, más significativamente.

—Ya había llegado a esa conclusión antes —dijo Grandcourt con ironía despectiva.

—Sí, pero no creo que supieras cuáles fueron sus razones.

—Tú sí, por lo que parece —dijo Grandcourt, sin dar a entender más que por un parpadeo que le importaran los motivos.

—Sí, y sería mejor que también tú los supieras, para que juzgues la influencia que puedes tener sobre ella, si se traga sus razones y te acepta. Por mi parte, yo no apostaría por ello. Vio a Lydia en Cardell Chase y oyó toda la historia.

Grandcourt no respondió inmediatamente, y simplemente continuó fumando. Tardó tanto antes de hablar, que Lush se hizo a un lado y miró a través de las ventanas, sin querer salir sin antes ver el efecto de su atrevida maniobra. Había esperado que Grandcourt le imputara haber tramado el asunto, dado que la señora Glasher estaba por entonces viviendo en Gadsmer, a unas cien millas, y estaba preparado para admitir el hecho. Lo que le importaba era que Grandcourt se tambaleara al darse cuenta de que iba a dar a conocer sus pretensiones a una chica que disponía de ese conocimiento y que había huido asustada por ello. Al final, Grandcourt, viendo que Lush se volvía hacia él, le miró de nuevo y le dijo con desprecio:

—¿Qué más?

Aquí hubo de verdad un “mate” en respuesta al “jaque” de Lush; y aunque su exasperación con Grandcourt era tal vez superior a lo que nunca había sido, habría sido estúpido actuar como si cualquier otra

maniobra fuera a ser útil. Encogió ligeramente uno de sus hombres y se disponía a marcharse, cuando Grandcourt, girándose en su asiento hacia la mesa, dijo, tan tranquilamente como si nada hubiera pasado:

—Hazme el favor de acercarme papel y pluma.

Ningún superior, por mucho que gritara e intimidara, podía haber ejercido el imperioso efecto que hizo Grandcourt. Cómo era posible, que en lugar de ser obedecido, nunca nadie le hubiera cantado las cuarenta, era quizás un misterio para los que incluso se hallaban obedeciéndole. El papel y la pluma le fueron entregados, y mientras los tomó, dijo:

—Espera solamente a esta carta.

Hizo cuatro garabatos rápidos, y anotó la dirección de la breve nota.

—Que Hutchins la lleve inmediatamente, ¿de acuerdo? —dijo Grandcourt, apartando de él la carta.

Como Lush había esperado, estaba dirigida a la señorita Harleth, a Offendene. Cuando se enfrió su irritación se alegró de que no se hubiese producido ninguna disputa explosiva. Pero estaba seguro de que el asunto le había resultado desfavorable, y que de alguna manera u otra lo iba a pagar. También veía claro que el efecto inmediato de su revelación había sido el de fortalecer aún más la determinación anterior de Grandcourt. Pero en cuanto al modo en que se desarrollaban estas estrategias en su desconcertante mente, Lush no podía más que echar una moneda al aire en busca de una teoría.

CAPÍTULO 26

Trae asnos blancos cargados con mercancías, llenos de vasijas de Tiro, púrpuras y doradas, con bálsamos para corromper mi voluntad: le dejaré que me cace, pero no exhalaré el aire corrompido de sus conjeturas, mi voluntad es firme. Me hallo seguro, así que dejemos que venga a untar su cargamento, pues la firmeza tiene su apetito y sus ansias, cuanto más grande es la seducción, mayor es la resistencia; conoceré el tacto del oro para luego arrojarlo lejos, el aroma del vino lo sentirán mis labios sobrios, contemplaré el suave biso[121]*, el marfil y las plumas, para decir: «Es hermoso, pero no poseeré nada de esto», y lo despreciaré en su misma cara.*

El señor Gascoigne vino un día a Offendene con lo que suponía eran noticias satisfactorias: la señora Mompert había fijado el jueves de la semana que viene para su entrevista con Gwendolen en Wancester. No dijo nada de haber oído por casualidad que el señor Grandcourt había regresado a Diplow; de hecho, no sabía más que ella: que Leubronn había sido el destino de su admirador; y creía que sería desconsiderado por su parte, además de inútil, revivir el recuerdo de un futuro brillante bajo las actuales adversidades. En su interior, se lamentaba secretamente del incomprensible capricho de su sobrina, pero también la defendía al considerar que Grandcourt había sido el primero en comportarse de una forma extraña, al escaparse de repente en el momento en que tenía la mejor oportunidad para coronar sus marcadas atenciones. El juicio práctico del Rector le decía que su deber principal hacia su sobrina era animarla resueltamente a encarar el cambio de su fortuna, pues no se veía ningún suceso a la vista que fuera a invertir la situación.

—Encontrarás el interés en una experiencia diferente, querida, y no tengo ninguna duda de que serás una mujer más valorada por haber sufrido lo que has sufrido.

—No pretendo fingir que me va a gustar —dijo Gwendolen, por primera vez mostrando cierta jactancia ante su tío—. Pero soy del todo consciente de que estoy obligada a soportarlo.

Recordó haberse sometido a su exhortación en una ocasión diferente, en la que se esperaba de ella un futuro bien distinto.

—Y tu sensatez te enseñará a comportarte de forma adecuada en estas circunstancias —dijo el señor Gascoigne, con un matiz de más gravedad—. Estoy seguro de que la señora Mompert estará encantada contigo. Sabrás cómo dirigirte a una mujer que en todos los sentidos mantiene una relación de superioridad contigo. Esta dificultad te ha llegado siendo joven, pero, en cierto sentido, eso lo hace más llevadero, y siempre podemos sacar beneficios de los escarmientos si los aceptamos.

Esto era precisamente lo que Gwendolen era incapaz de hacer, y después de que su tío se hubiera ido, amargas lágrimas, que no le habían salido durante las últimas dificultades, afloraron y cayeron lentamente mientras se sentaba en soledad. Su corazón negaba que la dificultad fuera más llevadera porque fuera joven. ¿Cuándo le iba a llegar la felicidad, sino cuando era joven? No es que su visión de la felicidad estuviera tan idealizada y separada del sufrimiento como antes había imaginado, no es que todavía pensara que podía saborear los frutos de la vida sin desconfiar de sus consecuencias. Pero este desencanto general con el mundo —mejor dicho, consigo misma, dado que por lo que parecía no tenía casta para la preeminencia—, lo único que hizo fue intensificar su sensación de abandono: se hallaba ante un triste y largo camino visiblemente estéril, por el cual no tenía el valor de comenzar a andar. Estaba ante la primera crisis de rebelión pasional juvenil contra lo que erróneamente se denomina sufrimiento, pero que en realidad es ausencia de alegría, esa primera rabieta de decepción en el despertar de nuestra vida, que para nosotros a quienes los años de la vida han amansado solo podemos recordar de forma borrosa como parte de nuestra experiencia, y ser así intolerantes con su irracionalidad e irreverencia egoísta. ¿Qué pasión hay más absurda, cuando no nos afecta a nosotros y el desastre no es más que un riesgo colectivo, que la angustia de sentir que seremos nosotros y no los demás los que sufriremos las consecuencias? Pero quizás aquellos que han estado defendiendo con su propio cuerpo la seguridad de los demás, y han llevado sus propias heridas en heroico silencio, aquellos que últimamente han hecho grandes hazañas, de repente se sorprenden por su dolor y ante la imposibilidad de ver cumplidos sus deseos fantásticos, se enrabian como si fueran picados por cientos de avispas y el mundo se convierte para ellos en un injusto sufrimiento impuesto. Este era casi el estado de la pobre Gwendolen. ¿A qué otras chicas les había sucedido el revés de fortuna que le había ocurrido a ella? Lo único que había estado toda la vida vigilando que no le sucediera, le había ocurrido: era lo que había sentido cuando Klesmer le había demostrado que no era lo suficientemente buena para ser dueña de su fortuna ni por fuerza de voluntad ni por mérito propio; era lo que sentiría bajo la vigilancia constante y rigurosa de la señora

Mompert, bajo la pesada exigencia de mostrarse alegre con tres señoritas Mompert, bajo la necesidad de mantenerse completamente sumisa, y guardarse para ella sus opiniones. Ser una reina destronada no es tan duro como otras degradaciones: imagínese a alguien al que se le ha hecho creer en su propia divinidad que observa que ya no se le homenajea, y se ve incapaz de realizar ningún milagro que restaure la confianza y veneración de los demás. Algo semejante a esta ilusión y a esta sensación de impotencia le había sucedido a la pobre chica malcriada, de bellos ojos y labios y con un aspecto mayestático, que había perdido ahora su magia.

Se levantó del bajo otomán donde había permanecido sentada sin propósito alguno, y caminó arriba y abajo por la sala, apoyando un codo en una mano mientras reclinaba su mejilla sobre la otra, y le cayó lentamente una lágrima. Pensó: «Siempre he creído, desde que era pequeña, que mamá no era una mujer feliz; y ahora diría que voy a ser más infeliz de lo que ella ha sido». Se entretuvo por unos momentos en la imagen de sí misma perdiendo la juventud y dejando de disfrutar, sin detenerse a pensar en hacer algo en concreto: pero tal escena le llevó inevitablemente de nuevo a la imagen de su madre. «¡Pobre mamá! Será todavía peor para ella ahora. Tengo que conseguirle un poco de dinero; eso es todo por lo que tengo que preocuparme ahora». Y entonces se imaginó algo completamente nuevo, vio a su madre envejeciendo, con el cabello totalmente blanco, y se vio a sí misma ya no joven sino marchita, y sus dos rostros reencontrándose llenos de recuerdos y de amor, siendo ella consciente de lo que pasaba por la mente de su madre: «La pobre Gwen está ahora también triste y marchita»; y por primera vez sollozó, no de rabia sino con una especie de tierna compasión.

Su cara daba a la puerta y vio a su madre entrar. Apenas la vio, pues sus ojos estaban empañados de lágrimas, y se frotó enseguida con su pañuelo. Antes de apartárselo sintió los brazos de su madre a su alrededor, y esta sensación, que parecía una prolongación de su visión interior, la hizo sobreponerse y se mostró reticente; sollozó de nuevo a su pesar, mientras dejaba que sus mejillas se juntaran.

La señora Davilow traía algo en sus manos que ya le había causado a ella una gran ansiedad, y no se atrevió a hablar hasta que su querida hija se tranquilizara. Pero Gwendolen, que se había resistido siempre que había sido posible a manifestar la dolorosa exhibición de los lloriqueos, se frotó de nuevo los ojos con su pañuelo, y con un profundo suspiro volvió la cabeza hacia su madre, que estaba pálida y temblorosa.

—No era nada, mamá —dijo Gwendolen, pensando que su madre había actuado de esta forma movida por el hecho de encontrarla afligida—. Ya me ha pasado.

Pero la señora Davilow había retirado sus brazos, y Gwendolen apercibió una carta en sus manos.

—¿Qué es esa carta? ¿Todavía hay peores noticias? —preguntó, con un deje de amargura.

—No sé lo que opinarás de esto, querida —dijo la señora Davilow, conservando la carta en sus manos—. No adivinarías nunca de dónde viene.

—No me hagas adivinar nada —dijo Gwendolen, más bien impaciente, como si le estuvieran metiendo el dedo en la llaga.

—Está dirigida a ti, cariño.

Gwendolen hizo un asentimiento casi imperceptible.

—Viene de Diplow —dijo la señora Davilow, entregándole la carta.

Conocía la escritura confusa de Grandcourt, y su madre no se sorprendió de ver cómo se sonrojaba profundamente; pero al observarla mientras leía, y sin dejar de preguntarse el propósito de la carta, vio como su color iba disminuyendo. Los labios de Gwendolen habían perdido del todo su color cuando devolvió la nota abierta a su madre. Las palabras eran breves y formales.

> *El señor Grandcourt presenta sus respetos a la señorita Harleth, y ruega saber si le puede ser permitida una visita a Offendene mañana después de las dos, y verla a solas. El señor Grandcourt acaba de regresar de Leubronn, donde había tenido la esperanza de encontrar a la señorita Harleth.*

La señora Davilow la leyó, y dirigió a su hija una mirada de interrogación, dejando la nota en su mano. Gwendolen la dejó caer en el suelo, y se apartó a un lado.

—Hay que dar una respuesta, querida —dijo la señorita Davilow tímidamente—. El hombre está esperando.

Gwendolen se hundió en el canapé, entrelazó sus manos, y miró enfrente suyo, no a su madre. Tenía la expresión del que ha sido sobresaltado por un sonido y escucha para saber de dónde procede. El cambio repentino de la situación era desconcertante. Unos pocos minutos antes, estaba pensando en un camino ineludible de repulsiva monotonía, rebelándose desesperada en su interior contra su inevitable destino que no le daba ninguna oportunidad; y justo ahora, llegaba una oportunidad. Pero, ¿era una sensación de triunfo lo que experimentaba o de terror? Era imposible que Gwendolen no sintiera cierto triunfo como tributo a su poder justo en el momento en que estaba probando por vez primera la amargura de la insignificancia: de nuevo parecía recuperar el control de su propia vida. ¿Pero cómo usarlo? Aquí es donde el terror entraba en escena. Rápidamente, como las imágenes que se suceden por un libro abierto a toda prisa,

acudieron vivamente a su memoria, aunque en fragmentos, todas las cosas que habían sucedido en relación con Grandcourt: la seducción, las vacilaciones, la decisión de aceptación, la repulsión final; el rostro incisivo de esa mujer de ojos oscuros con el niño encantador; su propia promesa (¿era una promesa el no casarse con él?); la nueva incredulidad en el valor de los hombres y de esas cosas por las que se había convertido en un símbolo tal manifestación. Esa experiencia inalterable le hacía imaginar tales cosas que en un primer momento, antes de que se impusiera la reflexión, se acobardaba ante un terror innato.

¿En qué consistía la ventaja de esta nueva oportunidad? ¿Qué es lo que deseaba? ¿Algo diferente? ¡No! Y, sin embargo, en las profundidades de su conciencia se estaba formando un nuevo deseo: «¡Ojalá no le hubiera conocido nunca!». ¡Ojalá hubiera sucedido cualquier cosa que la librara del temor de dejar venir a Grandcourt!

No pasó mucho tiempo, aunque sí se lo pareció a la señora Davilow, antes de que considerara oportuno decir amablemente:

—Será necesario que escribas algo, querida. ¿O escribo yo una respuesta por ti, lo que me dictes?

—No, mamá —dijo Gwendolen, dando un profundo suspiro—. Pero acércame, por favor, papel y pluma.

Era para ganar tiempo. ¿Iba a declinar la visita de Grandcourt —cerrarse la puerta—, sin siquiera ver que podría pasar, con la certeza de continuar en la misma situación? La nueva actividad que bullía en su interior se hizo un hueco entre su terror y la condujo hacia lo que sería un nuevo acontecimiento, hacia una oportunidad en la que podía mirar y hablar con su anterior efectividad. El interés por el mañana ya no estaba en punto muerto.

—Realmente no hay ninguna razón por la que te alarmes tanto por hacer esperar al hombre unos minutos, mamá —protestó Gwendolen, mientras la señora Davilow, habiendo preparado el material para escribir, la miraba expectante—. La misión de los sirvientes es esperar. No es necesario que escriba algo al acto.

—No, querida —dijo la señora Davilow, en un tono de disculpa, y disponiéndose a sentarse para retomar un trabajo manual—; puede esperar otro cuarto de hora, si quieres.

Lo que dijo y lo que hizo era algo muy simple y muy natural por su parte, pero debía estar sumamente calculado. Gwendolen sintió el deseo contradictorio de que la apresuraran: las prisas la librarían de una elección deliberada.

—No pretendía hacerle esperar tanto como para que terminaras tu trabajo de costura —dijo, levantando los brazos para acariciar los rizos terminales de su cabello, mientras se levantó de su asiento y

permaneció quieta en pie.

—¿Pero y si no te sientes capaz de tomar una decisión? —dijo la señora Davilow, comprendiéndola.

—*Debo* tomar una decisión —dijo Gwendolen, dirigiéndose hacia el escritorio y sentándose. En su interior, no dejaba de correr una especie de corriente submarina, como el pensamiento de un hombre que sin dejar de hablar está pensando cómo escaparse de su situación. ¿Por qué no dejarle venir? No la comprometía a nada. Él había estado en Leubronn tras ella: estaba claro que pretendía renovar directamente y sin ninguna duda la petición que antes solo había estado implícita. ¿Y qué? Lo rechazaría. ¿Por qué iba a negarse la libertad de hacer esto, algo que le gustaría hacer?

—Si el señor Grandcourt acaba de regresar de Leubronn —dijo la señora Davilow, al observar que Gwendolen se apoyaba hacia atrás sobre la silla tras tomar la pluma en su mano—, me pregunto si habrá oído de nuestras desgracias.

—Eso no supondría ninguna diferencia para un hombre de su posición —dijo Gwendolen, con cierto desprecio.

—Lo supondría para algunos hombres —dijo la señora Davilow—. No les gustaría tomar por esposa a una mujer que proviniera de una familia en un estado casi mendicante, como lo estamos nosotras. El hecho de vivir todavía en Offendene nos protege. Pero imagínate que nos encuentra en la cabaña de Sawyer. La mayoría de los hombres tienen miedo de que se les juzgue y censure por la familia de su mujer. Si el señor Grandcourt ya lo supiera, creo que sería una prueba de verdad de su estimación hacia ti.

La señora Davilow se expresó con un énfasis inusual: era la primera vez que se atrevía a decir algo de Grandcourt que pudiera ser interpretado claramente como un argumento a su favor, habiendo considerado siempre que tales manifestaciones eran del todo inútiles y que incluso podían volverse en contra. El efecto de sus palabras fue entonces más impactante de lo que podía imaginar: descubrieron un nuevo abanico de posibilidades para Gwendolen: se imaginó lo que Grandcourt podría hacer por su madre si ella, Gwendolen, hiciera lo que no iba a hacer. Estaba tan emocionada por un nuevo torrente de ideas, que como si pugnasen por salir a la superficie, sintió que debía realizar inmediatamente la tarea: había que escribir la carta, si no, la pospondría indefinidamente. Al final actuó con la precipitación con la que había deseado. Actuar con tal urgencia suponía conservar una razón para no tomar una decisión absoluta, y dejar abiertas tantas salidas como fuera posible.

Escribió:

La señorita Harleth presenta sus respetos al señor Grandcourt. Estará en casa mañana después de las dos.

Antes de entregar la nota dijo:

—Te ruego que llames al timbre, mamá, si hay alguien para contestarlo —ya no sabía quién hacía el trabajo de la casa.

No fue hasta que se llevaron la carta y Gwendolen se levantó de nuevo, estirando uno de sus brazos y llevándoselo a la cabeza, con un largo gemido que llevaba en sí un sonido de alivio, que la señora Davilow se aventuró a preguntar:

—¿Qué le has dicho, Gwen?

—Le he dicho que estaría en casa —respondió Gwendolen, algo altiva. Y tras una pausa añadió:

—No debes esperar que porque venga el señor Grandcourt, va a pasar algo, mamá.

—No espero absolutamente nada, querida. Solo deseo que hagas caso a tus propios sentimientos. Nunca me has dicho en qué consistían.

—¿De qué sirve que te lo diga? —dijo Gwendolen, interpretándolo como un reproche—. Cuando tenga algo agradable que decir, puedes estar segura que te lo contaré.

—Pero el señor Grandcourt considerará que ya le has aceptado al permitirle venir. Su nota deja bien claro que va a venir a declararse.

—Muy bien; y yo quiero tener el placer de rechazarle.

La señora Davilow levantó la vista sorprendida, pero Gwendolen dejó entrever que no quería que se le cuestionase su deseo al decir:

—Deja ya ese trabajo detestable de costura, y vayamos a dar un paseo por la avenida. Estoy sofocada.

CAPÍTULO 27

El Deseo ha orientado las velas, y las Circunstancias
solo traen la brisa que las empuja.

Mientras Grandcourt tomaba el agradable paseo a caballo que separaba Diplow de Offendene, montado en su precioso Yarico oscuro, y su mozo iba detrás montado sobre Criterion, Gwendolen estaba sentada enfrente del espejo mientras su madre recogía la abundante cabellera ligeramente castaña que había estado peinando cuidadosamente.

—Recógela de forma simple y hazle una coleta, mamá —dijo Gwendolen.

—Deja que vaya a por unos pendientes, Gwen —dijo la señora Davilow, cuando terminó de ajustarle el pelo, y ambas miraban el reflejo del espejo. Era imposible que no se dieran cuenta que los ojos de Gwendolen brillaban como no lo habían hecho recientemente, y que parecía que se hubiera desvanecido una sombra de su rostro, devolviendo a cada uno de sus rasgos su plácida juventud. La madre sacó ciertas conclusiones que alegraron su voz:

—¿Te pongo los pendientes?

—No, mamá; no voy a llevar ningún adorno, y me pondré mi vestido de seda negra. El negro es la única opción cuando hay que rechazar una declaración —dijo Gwendolen, dirigiendo a su madre una de sus antiguas sonrisas mientras se levantaba para quitarse el camisón.

—Imagínate que al final no se produce la declaración —dijo la señora Davilow, no sin intención maliciosa.

—Entonces será porque le he rechazado antes —dijo Gwendolen—. Viene a ser lo mismo.

Ladeó ligera y orgullosamente la cabeza mientras dijo esto; y mientras bajaba las escaleras vestida con sus largas ropas negras, recuperó esa firmeza en su porte y elasticidad en sus movimientos que recientemente había perdido, como una planta marchita. Su madre pensó: «Vuelve a ser ella de nuevo. Debe estar encantada con su regreso. ¿Puede haber decidido realmente rechazarle?»

Gwendolen se habría enfadado si ese pensamiento se hubiese exteriorizado; tal vez sobre todo porque durante las últimas veinte horas, salvo una breve interrupción para dormir, se había mantenido tan ocupada alternando imágenes y argumentos a favor y en contra de la posibilidad de casarse con Grandcourt, que la conclusión que había determinado de antemano ya no le servía: el ir alternando pensamientos en uno y otro sentido engendrados por deseos contrapuestos la había llevado a un estado en el que no podía fijar ninguna conclusión. Habría expresado su determinación como antes; pero se sentía como si le hubieran succionado la sangre, temblando como el que dice aceptar la voluntad de Dios, pero espera ansioso una oportunidad. No era su intención aceptar a Grandcourt; desde el primer momento en que recibió su carta, había pretendido rechazarle; sin embargo, eso no le impedía, sino que aún le animaba, a afrontar las desagradables razones que le llevaron a tomar su decisión, y no podía evitar que su imaginación llenara los huecos de su conocimiento de varias formas, algunas de las cuales parecían cambiar el aspecto de lo que sabía. A fuerza de mirar a un objeto indefinido con una imaginación constructiva, uno puede darle veinte formas distintas. Sus confusos motivos de indecisión antes de la entrevista en las Piedras Susurrantes, no contaban ya nada; se desvanecieron todos en su repulsión definitiva. Si no hubiera sido por ese día en Cardell Chase, se dijo ahora, no habría habido ningún obstáculo para casarse con Grandcourt. Ese día y los sucesivos, no había razonado: había actuado con una fuerza impulsiva contra la cual cualquier signo de replantearse la situación no era más que una pequeña voz contra un torrente. El impulso le había llegado, no sólo por su orgullo célibe y sus celos, no solo por el impacto de observar la desgracia de otra mujer, sino por su temor a equivocarse, que, era impreciso, es cierto, y distante de los detalles diarios de su vida, pero no por ello menos fuerte. No tenía escrúpulos sobre todo lo que se aceptaba como coherente con el hecho de ser una dama; pero cuando entraba en el terreno pantanoso de lo vergonzoso, entuerto, o culpable, se estremecía con una mezcla de orgullo y terror; e incluso, además de la vergüenza, se habría llegado a sentir culpable por cualquier injuria deliberada a otra persona.

Pero ahora, ¿sabía exactamente cuál era el estado de la situación respecto a la señora Glasher y sus hijos? Había hecho una especie de promesa, había dicho: «No interferiré con tus deseos». ¿Pero sería, de hecho, otra mujer que se había casado con Grandcourt, el obstáculo decisivo a sus deseos? ¿Iba a hacerle realmente daño a ella y a su hijo? ¿No daría igual, o de hecho sería incluso mejor, que Grandcourt se casara? ¿Pues qué no podría hacer una mujer al estar casada, si sabía cómo imponerse? Hasta aquí todo era imaginación constructiva.

Gwendolen tenía una concepción tan precisa del matrimonio, es decir, de las influencias mutuas, de los requerimientos y los deberes del hombre y la mujer en el estado del matrimonio, como la que tenía sobre las corrientes magnéticas o la ley de las tormentas.

—Mamá se manejó mal —era su forma de resumir lo que había visto de la experiencia de su madre: ella se las arreglaría de forma diferente. Las tribulaciones del matrimonio era el último de los temas que la señora Davilow podía conseguir entrar a fondo con su hija.

«¡Me pregunto qué dirían mamá y mi tío si supieran de la señora Glasher!», pensó Gwendolen, en su debate interno; no es que se imaginara contándoselo, incluso aunque no se hubiera sentido inclinada a permanecer en silencio. «¡Me pregunto qué diría cualquier persona!; ¡o qué es lo que dirían sobre el hecho de que el señor Grandcourt se casara con otra y tuviera otros hijos!». Considerar lo que diría "cualquier persona" significaba descargarse de la dificultad que entrañaba juzgar lo que le resultaba oscuro cuando el sentimiento había dejado de ser decisivo. Solo tenía que reunir sus recuerdos, que le mostraban que "cualquier persona" consideraba normal que los niños ilegítimos tuviesen menos derechos y ventajas sociales que los padres ilegítimos. El veredicto de "cualquier persona" parecía ser que ella no tenía que preocuparse demasiado por la señora Glasher y sus hijos.

Pero había otra manera en la que la habían preocupado. Lo que los demás pensasen no podía apartar el sentimiento que en primera instancia apenas era tan fuerte como para ser descrito como indignación u odio por haber estado a punto de unirse a una vida gastada, llena de secretos pasados que todavía podían ser peores que la asociación con *ella*. Ciertamente, la cuestión del amor con respecto a Grandcourt no se le había casi ni pasado por la cabeza. Siempre había considerado deseable el matrimonio por otros sentimientos distintos al amor; y estar enamorado le correspondía al hombre, y los avances en ese sentido dependían de él. Gwendolen no había encontrado objeción alguna a la forma de estar enamorado de Grandcourt antes de esa pequeña revelación de su pasado, de la que se resentía como si hubiera sido una ofensa deliberada contra ella. La forma en que la cortejó fue deliberada, y sentía una aversión retrospectiva hacia ella. Tal vez la vida de otros hombres fuera similar, llena de secretos que convertían las suposiciones ignorantes de la mujer con la que querían casarse en una farsa de la que se reían por detrás.

Estos sentimientos de aversión e indignación habían calado hondo; y aunque las problemáticas experiencias de las últimas semanas los habían mitigado dejándolos en simples recuerdos, fue principalmente a causa de ellos que se mantuvo firme en su decisión de no aceptar a

Grandcourt. En ningún momento había pretendido cambiar de opinión; solo había estado considerando qué es lo que debía pensar y decir. Si algo la hubiera inducido a cambiar, habría sido la perspectiva de hacerlo todo más llevadero para su "pobre mamá"; eso, lo admitía, era una tentación. ¡Pero no! Iba a rechazarlo. Mientras, el pensamiento de que él iba a venir para ser rechazado era de lo más animador: ella volvía a tener de nuevo las riendas; por su interior circulaba una nueva corriente, que la hizo recuperarse del estado abatido que la había dejado su conversación con Klesmer. No iba ya a desvivirse por generar una buena opinión de sus capacidades; iba a ejercer su poder.

¿Era esto lo que hizo palpitar su corazón con una sensación de incomodidad cuando oyó las pisadas de los caballos en la grava? ¿O cuando la señorita Merry, que abrió la puerta a Grandcourt, vino a decirle que estaba ya en la sala? Aparentemente las horas de preparación y el triunfo de la situación no servían de nada: era como si le viera llegar inesperadamente en medio de su desaliento. Mientras entraban en la sala de estar, tuvo que concentrar toda su energía en su autocontrol, dando la impresión de extremada cortesía mientras le estrechaba la mano, cosa que aumentó las esperanzas de él, que veía que le sentaba muy bien esa voz tan baja y lánguida como la suya. Un momento después, cuando estuvieron ambos sentados en dos de las sillas estampadas con coronas de flores —Gwendolen erguida y con los párpados abatidos, Grandcourt a unas dos yardas[122] de distancia, apoyando un brazo en el respaldo de su asiento y observándola a la vez que sostenía todavía su sombrero en su mano izquierda—, cualquiera que los hubiera visto habría pensado que estaban en el momento crucial de una declaración amorosa. Y efectivamente la declaración había empezado: ella ya se sentía cortejada por este hombre silencioso sentado a una distancia cómoda de ella, en un ambiente sutil cargado de rosas y con toda la atención volcada sobre ella. Y también él pensaba que estaba cortejándola: no era un hombre que no sabía que su presencia no acarreaba consecuencias; y era exactamente el hombre que podía comprender mejor la chispa de una chica que consideraba impredecible.

—Me decepcionó no encontrarla en Leubronn —comenzó; esta vez su habitual pronunciación lenta tenía una nota de languidez amorosa —. El lugar era intolerable sin usted. Una auténtica perrera. ¿No cree usted lo mismo?

—No puedo juzgar lo que sería sin mí —dijo Gwendolen, elevando la vista hacia él, recobrando algo de su malicia—. *Conmigo* me gustó tanto como para permanecer por más tiempo si hubiera podido. Pero tuve que regresar a casa a causa de ciertos problemas familiares.

—Fue muy cruel por su parte que se marchara a Leubronn —dijo

Grandcourt, haciendo caso omiso de los problemas, sobre los cuales Gwendolen, sin saber muy bien por qué, deseaba dejarlos claros inmediatamente—. Debía saber que iba a estropearlo todo: usted sabía que era el corazón y el alma de todo lo que aconteciera. ¿Se comporta usted de forma temeraria por mi culpa?

Era imposible decir "sí" en un tono que fuera tomado en serio; igualmente imposible decir "no"; ¿pero qué otra cosa podía decir? Vista la dificultad, bajó de nuevo sus párpados, mientras su rostro y el cuello enrojecían. Grandcourt lo interpretó como una muestra de su aprobación. Pero estaba decidido a que lo mostrase más claramente.

—¿Tal vez hay un interés más profundo, algún encanto, algún compromiso, del que habría sido justo hacerme partícipe? ¿Hay algún hombre que se interponga ente nosotros?

En su interior la respuesta se fraguó inmediatamente: «No, pero hay una mujer». ¿Pero cómo iba a exteriorizarla? Incluso si no hubiera prometido a la mujer permanecer en silencio, le habría resultado imposible sacar el tema con Grandcourt. ¿Y cómo iba a cortar la declaración con un discurso formal: «percibo su intención, es de lo más halagador, etc.»? A un pez al que se le invita honestamente a venir y ser comido puede mostrar su rechazo claramente, ¿pero cómo lo hace si se ve atrapado en una red? Y además de la red, ¿se habría atrevido a decir algo decisivo de inmediato? Gwendolen no tenía tiempo de aclararse en ese punto. Así que se vio obligada a guardar silencio, y tras una pausa, Grandcourt dijo:

—¿Debo entender que prefiere a otro?

Gwendolen, impaciente ahora por su propia incomodidad, decidió afrontar la situación y librarse de ella. Alzó de nuevo los ojos y dijo con algo de su anterior claridad y desafío: «No», deseando que él entendiera: «¿Y qué? Puedo no estar dispuesta a aceptarle a usted». No había nada que Grandcourt no pudiera entender que viera que afectara a su amor propio.

—Lo último que haría sería importunarla. No querría conseguir su consentimiento por pesado. Si no hubiera ninguna esperanza para mí, le pediría que me lo dijera inmediatamente, que puedo marcharme… no importa dónde.

Casi para su sorpresa, Gwendolen sintió un sobresalto repentino al imaginarse a Grandcourt finalmente marchándose. ¿Qué le quedaría a ella entonces? Nada más que la anterior monotonía. Le gustaba que él estuviese allí. Se agarró al tema que podía retrasar cualquier respuesta definitiva.

—Me temo que usted no es consciente de lo que nos ha pasado a nosotras. Recientemente he tenido que pensar tanto en los problemas de mi mamá, que los demás temas han quedado un poco en segundo plano. Ha perdido toda su fortuna y vamos a abandonar este lugar. Le

ruego disculpe que parezca preocupada.

Al eludir la cuestión directa, Gwendolen recobró algo de su entereza. Habló con dignidad y miró fijamente a Grandcourt, cuyos ojos largos, estrechos e impenetrables se toparon con los suyos, y misteriosamente quedaron atrapados: misteriosamente, pues el drama variado y sutil entre el hombre y la mujer es de tal naturaleza que raras veces puede ser expresado con palabras puestas juntas como fichas de dominó, según reglas obvias y fijas. La palabra que lo mueve todo, el Amor, no expresa mejor los millones de formas de atracción mutua que la palabra Pensamiento puede informarnos de lo que pasa por la mente de nuestro vecino. Sería difícil decir de qué parte, si de la de Gwendolen o de la de Grandcourt, la influencia era más confusa. En ese momento, el mayor deseo de él era dominar por competo a esta criatura, esta hiriente combinación de ingenuidad y malicia: que ella supiera cosas que la habían apartado de él, le espoleó a vencer sobre tal repugnancia; y estaba empezando a creer que vencería. Y ella —¡ah, también se veía tristemente en la necesidad de dominar!—, ella se sentía superada como el sediento que es conducido hasta lo que parece agua en el desierto, superada por la sensación envolvente de saber que en el homenaje de este hombre residía la salvación respecto a la situación desvalida que la oprimía.

Mientras, se miraban el uno al otro; y Grandcourt dijo lenta y lánguidamente, como si no tuviera importancia, al haberse fijado las otras cosas:

—Usted me dirá ahora, espero, que el revés de fortuna de la señora Davilow ya no le preocupará. Confiará en mí para descargar ese peso que la oprime. Me dará el derecho a apartarlas de eso.

Las pequeñas pausas y el modo refinado con el que ese lento discurso fue pronunciado dieron tiempo a Gwendolen para imaginarse el sueño de una vida. A medida que las palabras iban calando en ella, tenían el efecto embriagador del vino, que de repente lo convierte todo en algo más fácil, hace que las cosas deseables no parezcan tan malas, y que la gente en general sea menos desagradable. Tuvo un momentáneo amor fantasmal por este hombre que escogía tan bien sus palabras, y que era una mera encarnación del homenaje refinado. Repugnancia, temor, escrúpulos, quedaban oscurecidos como penas recordadas, mientras saboreaba ya el alivio de abandonar inmediatamente la desesperanza. Se imaginó saltando de alegría ante su madre, y recobrando de nuevo su ánimo. Con todo, cuando Grandcourt dejó de hablar, hubo un instante en el que fue consciente de que los acontecimientos podían dar un giro.

—Es usted muy generoso —dijo, sin mover los ojos, y hablando en un tono amable.

—¿Acepta usted lo que harán que estas cosas se den por supuestas?

—dijo Grandcourt, sin ninguna ilusión añadida—. ¿Consiente usted en ser mi mujer?

Esta vez Gwendolen palideció. Algo la hizo levantarse de su asiento a pesar de sí misma, y se apartó cierta distancia. Entonces se giró, y con las manos entrelazadas ante ella permaneció en silencio.

Grandcourt inmediatamente se levantó también, dejando su sombrero en la silla, pero sujetándolo con la mano todavía. La duda evidente de esta chica desvalida de aceptar su espléndida oferta estimuló su interés como no le había sucedido en años. Sobre todo porque atribuía por completo su duda a sus conocimientos sobre la señora Glasher. Con esa actitud de preparación, dijo:

—¿Me ordena marcharme? —Ningún espíritu familiar podía haberle sugerido palabras más efectivas.

—No —dijo Gwendolen. No podía dejarle ir: esa negativa era un modo de retenerle. Se dio cuenta que, después de todo, iba a la deriva sin remedio hacia la tremenda decisión: pero ir a la deriva depende de algo más que las corrientes, cuando las velas se han desplegado antes.

—¿Acepta mi devoción? —dijo Grandcourt, sujetando el sombrero en un lado y mirándola fijamente a los ojos, sin movimiento alguno. Ese cruce de miradas podía albergar una pausa inmensamente larga; pero por mucho que esperara, ¿cómo podría contradecir su sentimiento? ¿Para qué le había retenido? Él había excluido cualquier explicación.

—Sí —salió de los labios de Gwendolen tan solemnemente como si hubiera contestado a su nombre en un tribunal de justicia. Él lo recibió seriamente, y continuaron mirándose en la misma actitud. ¿Hubo alguna vez en el mundo esa manera de aceptar el encantador "sí"? Grandcourt prefería estar a esa distancia, se sentía como ante una ceremonia en la que se imponía una prohibición indefinida que emanaba de la postura de Gwendolen.

Pero al fin dejó su sombrero y dio unos pasos para coger su mano, solo para estrecharla contra sus labios y dejarla libre de nuevo. Ella pensó que su actitud era perfecta, y recuperó una sensación de libertad que la preparó para recobrar su picaresca. Su "sí" implicaba tan poco en ese momento, que nada impedía ocultar el cambio que habían dado sus tristes perspectivas: solo podía pensar en verse libre de los Mompert, y en que su madre se viera libre de la Cabaña de Sawyer. Con una alegre curvatura en sus labios, dijo:

—¿No vamos a ver a mamá? Iré a por ella.

—Esperemos un poco —dijo Grandcourt, en su actitud preferida, con sus dedos índice y pulgar de la mano izquierda dentro del bolsillo de su chaleco, y acariciándose el bigote con los de la mano derecha, mientras permanecía cerca de Gwendolen mirándola, no muy

diferente de como la miraría un caballero que tuviera una intervención acertada en una fiesta nocturna.

—¿Tiene algo más que decirme? —dijo Gwendolen, juguetona.

—Sí, ya sé que le aburre que le digan cosas —dijo Grandcourt con comprensión.

—No cuando hay cosas que me gusta oír.

—¿Le molestará que le pregunte cuándo podemos casarnos?

—Creo que hoy sí —dijo Gwendolen, alzando su barbilla con coquetería.

—Hoy no, entonces. Pero sí mañana. Piénselo antes de que venga mañana. En quince días, o tres semanas, tan pronto como sea posible.

—Ah, cree que se cansará de mi compañía —dijo Gwendolen—. Me he dado cuenta de que cuando la gente se casa, el marido no pasa tanto tiempo con su mujer como cuando estaban comprometidos. Pero tal vez yo también prefiera eso.

Soltó una risa encantadora.

—Tendrá lo que le guste —dijo Grandcourt.

—¿Y nada de lo que no me guste? Por favor, dígalo; porque creo que me disgusta lo que no me gusta más que me gusta lo que me gusta —dijo Gwendolen, encantada de hallarse en el paraíso de la mujer, donde todas sus tonterías son adorables.

Grandcourt hizo una pausa: tenía mucha experiencia en este tipo de sutilidades.

—No sé, es este un mundo tan bruto, las cosas a menudo se tuercen como uno no desea. Yo no puedo evitar que esté siempre aburrida. Si quiere ir a por Criterion, no puedo impedir que venga.

—Ah, mi amigo Criterion, ¿cómo está?

—Está afuera: el mozo vino con él para que lo viera. Ayer le pusimos la silla de equitación una o dos horas. Acérquese a la ventana a mirarlo.

Vieron cómo los dos caballos eran conducidos lentamente por la curva, y las hermosas criaturas, bien cepilladas, enviaron un relincho de exultación a Gwendolen. Eran los símbolos del poder y el lujo, en delicioso contraste con la horrorosa pobreza y humillación a las que había tenido que hacer frente recientemente.

—¿Montará a Criterion mañana? —dijo Grandcourt—. Si quiere, lo prepararemos todo para ello.

—Es lo que más me gustaría —dijo Gwendolen—. Quiero perderme galopando de nuevo. Pero ahora debo irme y buscar a mamá.

—Agárrese a mi brazo hasta la puerta, entonces —dijo Grandcourt, y ella aceptó. Sus rostros estaban muy cerca el uno del otro, casi al mismo nivel, y él la miraba. Ella pensó que su actitud como amante era más agradable de lo que nunca le habían descrito. No temía que le

fuera a besar, y estaba tan encantada, que de repente se paró en medio de la habitación y dijo, medio en broma medio en serio:

—Oh, ahora que pienso, hay algo que no me gusta de lo que me puede librar. No me gusta la compañía del señor Lush.

—No la tendrá. Me desembarazaré de él.

—¿No le cae bien tampoco?

—Lo más mínimo. He dejado que me sirva porque siempre ha sido un pobre diablo —dijo Grandcourt, exteriorizando en *adagio* su indiferencia—. Me lo colocaron para viajar conmigo cuando era un muchacho. Era siempre ese bruto de cabello grueso enrizado, una especie de cruce entre un cerdo y un aficionado.

Gwendolen soltó una carcajada. Todo parecía muy bueno y natural. La meticulosidad de Grandcourt realzaba la bondad. Y cuando alcanzaron la puerta, su forma de abrírsela era la perfección de la galantería. En realidad, pensó, probablemente iba a ser el menos desagradable de los maridos.

La señora Davilow estaba esperando ansiosamente en su dormitorio cuando Gwendolen entró, avanzó rápidamente hacia ella, y besándola en ambas mejillas le susurró:

—Ven abajo, mamá, a ver al señor Grandcourt. Estoy comprometida con él.

—¡Mi querida chica! —dijo la señora Davilow, con una sorpresa más solemne que alegre.

—Sí —dijo Gwendolen, en el mismo tono, y con una rapidez que llevaba implícita la inutilidad de hacer preguntas—. Todo ha quedado establecido. No vas a irte a la Cabaña Sawyer, la señora Mompert no va a vigilarme, y todo se va arreglar tal como quiero. Así que baja conmigo inmediatamente.

LIBRO IV

GWENDOLEN APROVECHA SU OPORTUNIDAD

CAPÍTULO 28

Es más fácil conocer al hombre en general que conocer a un hombre en particular.

LA ROCHEFOUCAULD

Una hora después de que Grandcourt se hubiera ido, las importantes noticias del compromiso de Gwendolen se sabían en la Rectoría, y el señor y la señora Gascoigne, junto con Anna, pasaron la noche en Offendene.

—Querida, permíteme felicitarte por haber establecido un lazo fuerte —dijo el Rector—. Pareces seria, y no me sorprende: una unión para toda la vida es algo solemne. Pero de la forma en que ha hablado y actuado el señor Grandcourt creo que ya podemos entrever una buena salida a nuestra adversidad. Esto te ha permitido observar la liberalidad delicada de tu futuro marido.

El señor Gascoigne se refería a la forma en que Grandcourt había sugerido que proveería a la señora Gascoigne, una parte de la declaración que Gwendolen se había acordado de citar a su madre al pie de la letra.

—Pero no me cabe duda de que el señor Grandcourt se habría portado tan perfectamente si no te hubieras ido a Alemania, Gwendolen, y hubieras estado comprometida con él, como sin duda podías haberlo estado, hace más de un mes —dijo el señor Gascoigne, creyendo que ella tenía que cumplir con un deber sobre este tema—. Pero ahora ya no hay lugar para el capricho; ciertamente, confío en que no te tentará ninguno más. Una mujer tiene una gran deuda de gratitud hacia un hombre que persevera de esta forma en su propuesta matrimonial. Pero sin duda te sientes encantada.

—No estoy tan segura de que me sienta así, tío —dijo Gwendolen, con una seriedad insolente—. No creo que haya que sentirse encantada por estar comprometida.

El Rector le dio unas palmaditas en el hombro y sonrió como si solo se tratase de travesuras inocentes, y su mujer tomó la actitud de su marido como una indicación de que no había que desagradar a Gwendolen. En cuanto a Anna, le dio un beso y dijo:

—Espero de verdad que seas feliz —pero luego se retiró un poco e intentó reprimir las lágrimas. En los últimos días había imaginado un pequeño romance en torno a Rex, y cómo se suavizaba el corazón de Gwendolen al ver que todavía él suspiraba por ella, y que acaban casándose. Y había llegado a rezar por ese romance, para que ella, Anna, pudiera colaborar alegremente como una buena hermana y solo pensaba en cómo ser útil para ayudar a Gwendolen, pues su hermano no era rico. Pero ahora tendría que colaborar de otra manera. La señorita Merry y las cuatro chicas, Alice con sus hombros elevados, Bertha y Fanny las que cuchicheaban, e Isabel la que escuchaba, se hallaban todas presentes en esta reunión familiar, en la que todo parecía girar adecuadamente para el honor y gloria de Gwendolen, y en la que la vida real era tan interesante como el "Sir Charles Grandison"[123]. La velada pasó principalmente entre observaciones decisivas del Rector, respondiendo a las conjeturas de las dos señoras mayores. Según él, el caso era de una envergadura tal que no creía que fuese su deber establecer las condiciones: indudablemente había que dejarlo todo en las seguras manos del señor Grandcourt.

—Me gustaría saber exactamente qué clase de lugares son Ryelands y Gadsmere —dijo la señora Davilow.

—Gadsmere, creo, es un lugar de poca relevancia —dijo el señor Gascoigne—; pero sé que Ryelands es uno de los asientos más refinados. El parque es extenso y los bosques tienen buenos árboles. La casa la construyó Inigo Jones, y el techo está pintado al estilo italiano. Se dice que la finca vale bien doce mil libras al año, y hay dos viviendas, una de las cuales es una rectoría, concesión de los Grandcourt. Puede que las tierras tengan algunas cargas. Pero aún así, el señor Grandcourt es hijo único.

—Sería de lo más admirable —dijo la señora Gascoigne—, si llegara a convertirse en Lord Stannery aparte de todo lo demás. Date cuenta: está la finca Grandcourt, la finca Mallinger, y el título de baronet, y el de par —iba contando cada cosa con los dedos, y se paró en el cuarto para luego añadir—: aunque se dice que no obtendrá tierras con el título de par. —Parecía una pena que no hubiera nada para el quinto dedo.

—El título de par —dijo el Rector juiciosamente—, debe mirarse como una posibilidad remota. Hay dos primos entre el par actual y el señor Grandcourt. Es cierto que da que pensar cómo la muerte y otras causas concentran las herencias en un solo hombre. Pero es mejor despreciar un exceso de esa magnitud. Ser Sir Mallinger Grandcourt Mallinger, supongo que ese será su estilo, con las correspondientes propiedades, es un talento valioso para cualquier hombre que se comprometa con ello. Esperemos que sepa usarlo.

—¡Y qué posición para la mujer, Gwendolen! —dijo la señora

Gascoigne—; una gran responsabilidad, en verdad. Pero no debes perder ni un momento en escribir a la señora Mompert, Henry. Sería bueno que ofrecieras como excusa un compromiso de matrimonio, pues de otra forma se sentiría ofendida. Es una mujer de la alta sociedad.

—Me he librado de ese horror —pensó Gwendolen para quien el nombre de Mompert se había convertido en una especie de tabú. Estuvo muy callada durante toda la velada, y esa noche apenas pudo dormir en su pequeña cama blanca. Era algo raro que en lo más vigoroso de su juventud tuviera problemas de insomnio; y tal vez lo era aún más para ella el preocuparse de que su madre no supiera de su inquietud. Pero su estado de ánimo era nuevo por completo: ella, que estaba acostumbrada a sentirse segura de sí misma, y dispuesta a disponer de los demás, acababa de dar un paso que de antemano se había propuesto no dar, o mejor, que estaba obligada a no dar. Ya no podía dar marcha atrás; le entusiasmaba el panorama que se extendía ante ella; y no había nada que mereciera la pena de lo que dejaba atrás. Pero le perseguía la sombra de su resolución previa que tan claramente había sentido al principio. Mientras descansaba con la cabeza tumbada sobre su almohada con los ojos bien abiertos, «contemplando esa oscuridad que ven los ciegos»[124], le consternó la idea de que iba a hacer lo que una vez rechazó con repugnancia. Era nuevo para ella que la cuestión de obrar bien o mal le produjera terror; no había sentido nunca escrúpulos por su conducta. Pero en este asunto se había despertado algo así como una nueva conciencia. Parecía a punto de adoptar deliberadamente, como un principio para el resto de su vida, lo que de forma precipitada había manifestado en su amargura, cuando su descubrimiento la había llevado a Leubronn: que no importaba lo que ella hiciera; solo tenía que divertirse todo lo que pudiera. Ese modo de vivir sin regla alguna, apartando sin cuidado cualquier razonamiento, de repente la asustó: le vinieron a su mente las posibles consecuencias funestas que eso podía acarrear, más aún cuando la desgracia ya no era un simple nombre para ella, y todas las influencias infiltradas de las desoídas enseñanzas religiosas así como la impresión profunda de que algo espantoso e inexorable la estaba envolviendo parecían concentrarse en la idea indefinida de un poder vengador. La posición brillante que tanto había anhelado, la imaginada libertad que se construiría en el matrimonio, la salvación de la aburrida insignificancia de su infancia, todo se presentó inmediatamente ante ella; y a pesar del hambre que sentía de todo ello, vino como la comida que aparece con una sensación de sacrilegio, y que le producía terror. En la oscuridad y soledad de su pequeña cama, su parte íntima más resistente no pudo evitar la primera embestida del miedo tras su irrevocable decisión. Esa mujer

de cara triste y sus hijos —Grandcourt y su relación con ella— se repetían una y otra vez en su imaginación como el aferrado recuerdo de la deshonra, y fue extinguiendo gradualmente cualquier otro pensamiento, dejando solo la consciencia de haber introducido esas escenas en su vida. Su larga vigilia parecía un delirio; una débil luz, realmente débil, penetró a través de la cortina de la ventana; le cogieron escalofríos. Ya no podía soportarlo más, y gritó:

—¡Mamá!

—Sí, querida —dijo la señora Davilow inmediatamente, con voz desvelada.

—Déjame estar contigo.

Enseguida se trasladó a dormir al hombro de su madre, y durmió hasta tarde, cuando, soñando con una sala de baile encendida, abrió los ojos y se encontró con su madre al lado de la cama con un pequeño paquete en su mano.

—Me sabe mal despertarte, querida, pero pensé que sería mejor entregarte esto inmediatamente. El mozo ha traído a Criterion; él ha venido en otro caballo, y dice que se va a quedar aquí.

Gwendolen se sentó en la cama y abrió el paquete. Era una cajita esmaltada, en cuyo interior había un espléndido anillo de diamantes con un sobre que contenía un trozo de papel de color doblado y estas palabras:

> *Le ruego lleve este anillo cuando venga a las doce en señal de nuestro compromiso. Adjunto un cheque emitido a nombre del señor Gascoigne, para los gastos inmediatos. Por supuesto, la señora Davilow se quedará en Offendene, al menos durante un tiempo. Espero que, cuando venga, me hará el honor de señalarme un día cercano, y empezar a tratarme con más familiaridad. Suyo, devotamente,*
>
> *H. M. GRANDCOURT.*

El cheque era de quinientas libras, y Gwendolen se lo enseñó a su madre, con la carta.

—¡Qué amable y qué delicado! —dijo la señora Davilow, sentidamente—. Pero preferiría no depender de un yerno. Yo y las chicas podemos apañarnos bien.

—Mamá, si vuelves a decir eso, no me caso con él —dijo Gwendolen, enfadada.

—Mi querida hija, confió en que no te vas a casar solo por mi futuro —dijo la señora Davilow, en un tono despectivo.

Gwendolen se dejó caer sobre su almohada, lejos de su madre, y dejó el anillo al lado. Estaba irritada por este intento de descartar un motivo. Tal vez la causa más profunda de su irritación era la

conciencia de que no se iba a casar solamente por el futuro de su madre, de que estaba siendo arrastrada hacia el matrimonio de una forma en contra de la cual las razones que eran más poderosas aún que la renuncia de su madre no eran, sin embargo, tan poderosas como para poner dificultades. Se había abierto a los signos con los que se había comprometido irrevocablemente, y todas las visiones horribles, las alarmas, los argumentos de la noche, debían ser analizados bajo la luz del día, y serían probablemente debilitados.

—Lo que yo anhelo es tu felicidad, querida —continuó la señora Davilow, suplicante—. No quiero decir nada que te moleste. ¿No te vas a poner el anillo?

Durante unos momentos, Gwendolen no respondió, pero sus pensamientos seguían activos. Al final se levantó con la determinación propia de cuando montaba a caballo, y decidió continuar con ánimo, corriesen las ideas que corriesen por su cabeza.

—Pensaba que era siempre el amante el que ponía el anillo de compromiso —dijo, riendo, deslizando el anillo en su dedo, y mirándolo con un movimiento gracioso de su cabeza—. Sé por qué lo ha enviado —añadió, asintiendo a su madre.

—¿Por qué?

—Antes preferiría que me lo pusiera yo misma que pedirme permiso para dejarle hacerlo a él. ¡Ajá! Es muy orgulloso. Pero yo también lo soy. Hacemos buena pareja. Odiaría a un hombre que se pusiera de rodillas y me siguiera coleando. Realmente no es desagradable.

—Eso es un halago muy moderado, Gwen.

—No, no lo es, para un hombre —dijo Gwendolen alegremente—. Pero ahora debo levantarme y vestirme. ¿Vienes a arreglarme el pelo, mamá, querida? —continuó, bajando la cara de su mamá para acariciarla con sus propias mejillas—, ¿y no ser más tan fastidiosa como para hablar de vivir en la pobreza? Tendrás que soportar vivir cómodamente, aunque no te guste. Y el señor Grandcourt se ha comportado perfectamente, ¿verdad?

—Ciertamente —dijo la señora Davilow, animada, y persuadida de que después de todo Gwendolen quería a su prometido. Ella misma lo consideraba un hombre cuyas atenciones tenían que afectar a los sentimientos de una chica. Hay que juzgar a menudo a los pretendientes como a las palabras, por su calidad y la impresión que producen en la buena sociedad: es difícil saber mucho más de ellos. Y toda la ansiedad de la madre se volvió, no hacia la persona de Grandcourt, sino hacia el estado de ánimo de Gwendolen para aceptarle.

Su estado de ánimo estaba necesariamente pasando por una nueva

fase esta mañana. Ya a la hora de asearse había repasado todos los motivos que tenía para justificar su matrimonio. Y en lo que más se detenía era en la determinación de que, cuando fuera la mujer de Grandcourt, le obligaría a comportarse de la forma más liberal posible hacia los hijos de la señora Glasher.

—¿De qué le serviría a ella que no me casara con él? Podía haberse casado con ella si hubiera querido; pero *no* quiso. Quizás es ella la que tenga la culpa. Tiene que haber muchas cosas de las que no sepa nada de ella. Y él se tiene que haber portado bien con ella en muchos sentidos, sino no querría casarse con él.

Pero enseguida el último argumento comenzó a parecer dudoso. La señora Glasher querría naturalmente excluir a otros hijos que se interpusieran entre Grandcourt y los suyos; y la comprensión de Gwendolen de este sentimiento le hizo buscar otros motivos para justificarse.

«Quizás no tengamos hijos. Espero que no. Y él podría dejar la hacienda al hermoso niño. Mi tío dijo que el señor Grandcourt podía hacer lo que quisiera con las haciendas. Cuando Sir Hugo Mallinger muera habrá suficiente para dos».

Esto hizo que la señora Glasher no apareciera muy razonable al pedir que su hijo fuera el único heredero; la doble propiedad era un seguro de que el matrimonio de Grandcourt no le haría daño a ella, más cuando la mujer era Gwendolen Harleth, con toda su orgullosa determinación de no ser nunca acusada por algo que fuera cierto. Esta chica se había acostumbrado a verse siempre inocente: solo los demás eran culpables.

Era llamativo que, una vez que se hubo convencido con este argumento de que no perjudicaba a la señora Glasher, su repugnancia respecto al pasado de Grandcourt hubiera quedado relegado a un segundo plano. El terror que había sentido por la noche de dar un paso más allá de lo permitido al hacer lo que al principio había pensado que estaba mal, había empañado cualquier emoción sobre su conducta. Ella pensaba de él, fuera lo que fuese, como un hombre gracias al cual iba a tener un poder infinito; y como a ella nunca le había importado si le amaba a él o no, todo lo agradable que tenía ya era mucho. La pobre Gwendolen no sentía respeto por las fuerzas inmanejables que agitan el estado del matrimonio, sino que lo consideraba como una cuestión de saberlo administrar, y que ella sabría cómo hacerlo. Respecto al pasado de Grandcourt quiso convencerse con nuevas dudas sobre si difería mucho del de otros hombres; y no vio que pudiera comprender que es lo que se esperaba de los hombres en general.

Pero lo que sí era cierto es que su cabello estaba perfectamente arreglado para cabalgar, y bajó ya vestida para montar su caballo y no

retrasar su paseo. Quería que la embriaguez de la juventud agitase de nuevo la sangre de sus venas, y recobrar la confianza que había tenido en su futuro. Al menos se había librado de una carga, pues a la luz del día y con la actividad se veía menos agobiada por las dudas sobre su elección; al menos, era mejor que sentir no tener más oportunidad que soportar la insignificancia y la servidumbre.

—Regresa a tu habitación y arréglate como una duquesa, mamá —dijo, volviéndose, de repente, mientras bajaba las escaleras—. Ponte la puntilla en la cabeza. Quiero que parezcas una duquesa. No debes aceptar las cosas humildemente.

Cuando Grandcourt alzó su mano izquierda cortésmente y miró el anillo, ella le dijo seriamente:

—Fue muy bueno al pensar en todo y enviarme ese paquete.

—¿Me dirá si hay algo que olvidé? —dijo él, cogiéndole suavemente la mano—. Haré todo lo que desee.

—Pero yo tengo deseos muy irracionales —dijo Gwendolen sonriendo.

—Sí, eso ya lo tengo en cuenta. Las mujeres siempre los tienen.

—Entonces no seré irracional —dijo Gwendolen, retirando la mano, sacudiendo la cabeza con insolencia—. No se dirá de mí que soy como las demás mujeres.

—Yo no he dicho eso —dijo Grandcourt, mirándola con su gravedad habitual. “Usted es lo que ninguna otra mujer es.

—¿Y qué es eso, si se puede saber? —dijo Gwendolen, apartándose a una distancia con cierto aire de amenaza.

Grandcourt hizo su pausa antes de responder.

—Usted es la mujer que amo.

—¡Oh, qué palabras más bonitas! —dijo Gwendolen, riendo. El sentido de ese amor que una vez debió dar a otra mujer bajo extrañas circunstancias estaba siendo familiar.

—Devuélvame a cambio palabras bonitas. Dígame cuándo vamos a casarnos.

—No aún. No hasta que hayamos dado un galope por las colinas. Tengo tantas ganas de eso que no puedo pensar en nada más. Ojalá hubiera empezado la temporada de caza. El domingo veinte, veintisiete, lunes, martes… —Gwendolen estaba contando con los dedos mostrando su rostro más bello mientras miraba a Grandcourt, y al final dio una palmada y dijo triunfante—: Empezará dentro de diez días.

—Casémonos dentro de diez días, entonces —dijo Grandcourt—, y no nos aburriremos con las caballerizas.

—¿Qué es lo que las mujeres responden siempre a eso? —dijo Gwendolen maliciosamente.

—Están de acuerdo —dijo el amante, bajando la guardia.

—¡Entonces yo no lo estaré! —dijo Gwendolen, quitándose sus guanteletes y volviéndoselos a poner, a la vez que mantenía la mirada fija en él con cierta diversión.

La escena era agradable para ambos. Un amante más tosco habría abandonado sus formas y actitudes galantes, y lo hubiera estropeado todo con sus estúpidos intentos de empezar a dar caricias, algo que destruía por completo el teatro. Grandcourt prefería el teatro; y Gwendolen, que se hallaba a gusto, se fue animando poco a poco mientras actuaba en su papel dominador. Tal vez si Klesmer hubiera visto más de ella en ese modo inconsciente de actuar, en vez de verla cuando ella intentaba actuar de verdad, le habría augurado unas oportunidades más altas.

Una vez acabaron el glorioso galope, no obstante, se hallaba en un estado de regocijo tal, que la predispuso a considerar que era una buena idea adelantar el matrimonio que iba a unir su vida con esa espléndida especie de gozo. No iba a discutir más sobre un acto en el que se había comprometido; y consintió en fijar la boda a tres semanas a partir de ese día, a pesar de la dificultad de conseguir cumplir la tradicional ley de completar el ajuar.

Lush, por supuesto, fue plenamente consciente del compromiso gracias a muy variados signos, a pesar de que no se le hubiera dicho nada. Pero esperaba algún tipo de comunicación, y tras unos cuantos días comenzó a impacientarse por el silencio de Grandcourt, presintiendo que el cambio afectaría sus perspectivas personales, y deseando saber de qué manera. Dejó de emplear como táctica la oposición, que además, por su forma de ser, tampoco le gustaba. Podía causar fácilmente una gran cantidad de problemas a Grandcourt, pero eso repercutiría también en problemas para él, y no iba con él el crear problemas. No obstante, no se arrepentía de haber frustrado un poco a la señorita Gwendolen —después de todo, no sabía lo que iba a suceder al final—. No era nada nuevo que Grandcourt mostrara una obstinación perversa; con todo, su desvarío por esta chica sorprendió a Lush por su novedad como un hombre que estuviera condenado, conducido por una fatalidad espeluznante; y que alguien nacido con su fortuna hiciera un negocio más malo de su vida de lo que era necesario, le parecía más bien digno de compasión. Al haber protestado contra el matrimonio, Lush tuvo una clarividencia especial de sus consecuencias negativas. Grandcourt se había tomado la molestia de escribir cartas y dar él mismo las órdenes en vez de emplear a Lush; y parecía ignorar su utilidad, incluso al elegir, en contra del hábito de muchos años, desayunar solo en su sala de vestir. Pero no podía evitarse un *cara a cara* en una casa desprovista de invitados; y Lush se apresuró a aprovechar la oportunidad de decir,

(era un día después de comer, pues había dificultades en que Grandcourt comiera en Offendene):

—¿Y cuándo va a tener lugar la boda?

Grandcourt, que bebía poco vino, había abandonado la mesa y se estaba acomodando en el salón, mientras fumaba, en una butaca cerca de la chimenea, contemplando extasiado cómo ardía de forma intensa un fuego de ramas de roble, a cuyo lado reposaban las cenizas ya consumidas. El sillón brocado de terciopelo rojo oscuro, era un trasfondo apropiado para sus rasgos pálidos y bien marcados y sus largas manos exquisitas: dejando aparte el puro, recordaba un retrato de Moroni[125], el cual habría plasmado maravillosamente su mirada impenetrable y su aire distinguido; y un retrato del gran maestro habría sido un compañero tan animado como Grandcourt estaba dispuesto a ser. Pero respondió sin su retraso habitual:

—El día diez.

—Supongo que pretendes quedarte aquí.

—Iremos a Ryelands durante un tiempo; pero regresaremos aquí por la caza.

Tras estas palabras Grandcourt hizo el sonido inarticulado y lánguido con el que solía indicar que iba a continuar hablando, y Lush esperó para oír algo más. Nada fue dicho, e iba a hacer otra pregunta, cuando se reemprendió de nuevo el sonido inarticulado introduciendo una sugestión expresada suavemente:

—Es mejor que te busques alguna cosa.

—¿Qué? ¿Tengo que cortar con todo y salir corriendo? —dijo Lush, preparado para mostrarse de buen humor ante la ocasión.

—Algo así.

—La novia me beta. Espero que ella te compense por la falta de mis servicios.

—No puedo hacer nada por que seas tan abominablemente desagradable para las mujeres —dijo Grandcourt, disculpándose tranquilamente.

—Para una mujer, si no te importa.

—Da lo mismo, ya que es la mujer de la que hablamos.

—Supongo que no se me va a dejar a la deriva tras quince años sin alguna provisión.

—Debes haber ahorrado algo a mi costa.

—Casi nada. Lo que he hecho es ahorrar para ti.

—Puedes contar con trescientas libras al año. Pero tienes que vivir en la ciudad y estar listo para ocuparte de mis cosas para cuando quiera. Voy a estar mal de dinero.

—Si no vas a estar en Ryelands este invierno, puedo ir hasta allí y hacerte saber cómo va Swinton.

—Como quieras. Me importa poco donde estés, mientras te mantengas fuera de vista.

—Muy agradecido —dijo Lush, capaz de tomarse el asunto mejor de lo que había esperado. Le reconfortaba su convicción secreta de que de aquí a un tiempo le necesitaría tanto como antes.

—No creo que pondrás ninguna pega a que recojas tus cosas tan pronto como puedas —dijo Grandcourt—. Los Torrington van a venir, y la señorita Harleth llegará a caballo.

—Por supuesto. ¿Puedo servir de ayuda si voy a Gadsmere?

—No. Ahí voy yo.

—Sobre lo de que vas a estar mal de dinero, ¿has pensado en ese plan de…?

—Déjame solo de una vez, ¿vale? —dijo Grandcourt, en su tono audible más bajo, arrojando el puro al fuego, y levantándose para salir a dar un paseo.

Pasó la noche en la soledad de su escritorio más pequeño, donde, con varias nuevas publicaciones sobre la mesa, del tipo de las que a un caballero le gusta tener a mano sin tocarlas, empleó su tiempo (como habría hecho un filósofo) sentándose meditativamente en un sofá y absteniéndose de literatura, ya fuera género político, cómico, cínico o romántico. De esta forma las horas pueden pasar sorprendentemente rápido, sin el duro e invisible trabajo de ir en pos de la filosofía; no por el amor al pensamiento, sino por odio al esfuerzo, por un estado del mundo interior, algo así como la edad prematura, donde la necesidad de la acción se pierde en una mera imagen de lo que ha sido, es, y será o podrá ser; donde el impulso nace y muere en un mundo fantasmal, deteniéndose para rechazar incluso las realizaciones más imprecisas. Ese es un estado que suele llegar con las canas; y a veces, también, sucede una obstinación intensa por seguir las reglas, símbolo de un egoísmo desmesurado, tan manifiesto como lo fueron las distintas susceptibilidades de los años jóvenes que ya se fueron.

Pero el pelo de Grandcourt, aunque no tuviera mucho, era de un rubio fino, y su estado de ánimo no es que estuviera decaído. Por dentro de nosotros, mortales, corre una extraña química espiritual, de manera que un estancamiento debido a la pereza o incluso un avance despreocupado puede ir preparando no se sabe qué material mordaz o explosivo. Un minero que despierta de su sueño y que sin malicia lanza una piedra que se lleva la vida de su compañero que aún duerme, puede dar una idea de lo impredecible que puede ser una persona en sus acciones; de la misma forma incluso un caballero puede resultar un personaje de riesgo, por la incertidumbre de lo que puede seguir haciendo, y arruinar tristemente el compañerismo.

Los pensamientos de Grandcourt esa noche eran como los

pequeños círculos que se ven en un estanque oscuro, continuamente cerrándose y volviéndose a generar por algún impulso bajo la superficie. El impulso central más profundo venía de la imagen de Gwendolen; pero los pensamientos que suscitaba no serían ilustrados del todo bien con una referencia a los poetas románticos de cualquier época. Era llamativo que su satisfacción no provenía de su convicción de que Gwendolen estuviera enamorada de él; ni de que el amor hubiera estado por encima del resentimiento celoso por el que ella había huido de él. Por el contrario, creía que esta chica era excepcional en el hecho de que, a pesar de sus asiduas atenciones hacia ella, no estaba enamorada de él; y le pareció muy posible que si no hubiera sido por la repentina pobreza que había caído sobre su familia, no le habría aceptado. Desde el principio experimentó una exasperante fascinación por la elegancia con la que ella había —no acogido sus atenciones—, sino escapado de ellas. Había sido llevada por las circunstancias a aceptarle a pesar de todo, a arrodillarse como un caballo entrenado para el ruedo, aunque ella tuviera todavía sus objeciones. En suma, Grandcourt obtuvo un placer superior de esta forma que si hubiera conseguido a una chica de la que hubiera estado seguro de su predisposición hacia él. Y aún así, este placer en doblegar la aversión florecía junto con la creencia habitual de que no había mujer a la que favoreciera que permaneciera impasible bajo su influencia personal; y no le parecía improbable que en poco tiempo Gwendolen estuviera más enamorada de él que él de ella. En cualquier caso, tendría que someterse; y disfrutaba pensar que sería su futura mujer, cuyo orgullo y genio eran apropiados para dar órdenes a cualquiera menos a él. No le habría gustado una mujer que se deshiciera en ternura hacia él, llena de ansiedad suplicante y obediencia sumisa. Quería dominar a una mujer a la que le habría gustado dominarlo a él, y que tal vez habría sido capaz de dominar a otro hombre.

Lush, al haber fracasado en el intento de su advertencia a Grandcourt, pensó que haría bien en comunicarse con Sir Hugo, sobre el cual, como hombre que tenía quizás el suficiente interés como para conseguir un lugar sobre el que trabajar al aire libre, y conseguirlo de forma caballerosa, sin que fuese mal pagado, estaba ansioso por cultivar un sentimiento de deuda amistosa, no estando nada seguro de que se necesitase tal lugar. Escribió la siguiente carta, y la envió a Park Lane, adonde sabía que la familia había regresado tras su viaje a Leubronn:

Mi querido Sir Hugo:

Desde que llegamos a casa, se ha decidido del todo la boda, y va a tener lugar en menos de tres semanas. Es todavía peor para él que

la madre de ella haya perdido toda su fortuna, pues tendrá que hallar provisiones. Grandcourt, lo sé, se resiente de la falta de efectivo; y a menos que recurra a algún otro plan, va a intentar reunir dinero de una forma estúpida. Yo voy a dejar Diplow inmediatamente, y no voy a poderme hacer cargo del tema. Lo que le aconsejo es que el señor Deronda, del que sé tiene su confianza, propusiera venir a hacer una visita aquí, según alguna invitación (va a haber más gente en la casa), y que usted le ponga en total posesión de sus deseos y del posible alcance de su oferta. Luego, que él introdujera el tema a Grandcourt de forma que se vea que usted no sospecha en absoluto que él quiere conseguir dinero, solo que usted tiene un gran deseo de conseguir la finca. Lo que yo he llegado a decirle en alguna ocasión ha sido alguna insinuación de que a usted le podría interesar dar una fuerte suma de dinero por hacerse con Diplow; pero si el señor Deronda viniera armado con una oferta definitiva, las cosas cambiarían de aspecto. Apostaría diez a uno que no cerraría el trato inmediatamente; pero la propuesta se aferraría en su cabeza; y aunque por el momento tiene muchas ganas de continuar cazando aquí, veo una posibilidad, por las circunstancias, que se acabe cansando del vecindario, y prevalecerá la idea del dinero rondando a su alrededor sin presionarlo. Apuesto a que al final usted se hará con él. Como no voy a exiliarme a Siberia, sino que estaré disponible, es posible, que de aquí a un tiempo, pueda serle de más ayuda. Pero de momento no creo que haya un intermediario mejor que el señor Deronda. Nada pone a Grandcourt de peor humor que tener a los abogados revoloteando a su alrededor.

Confiando en que su visita a Leubronn le haya preparado magníficamente para el invierno, me pongo, mi querido Sir Hugo, a su entera disposición,

THOMAS CRANMER LUSH.

Sir Hugo, al recibir esta carta durante el desayuno, se la entregó a Deronda, el cual, a pesar de disponer de habitaciones en la ciudad, apenas residía en ellas, pues Sir Hugo no podía pasar sin él. Al locuaz baronet le habría gustado la compañía de un joven incluso aunque no hubiera habido entre ellos razones particulares que los unieran: uno con un rostro amigable e incorrupto bastaba para mantener una visión optimista de la posteridad y de la herencia en general, aunque hubiera decepciones particulares; y su afecto por Deronda no quedaba mermado por la profunda aunque no molesta diferencia en sus ideas y gustos. Tal vez por eso era más fuerte; pasaba como con esa especie de diferencias que hay entre un hombre y una mujer que hace unirlos más en lugar de distanciarlos. Sir Hugo aprobaba su propia conducta;

pero miraba a los hombres y a la sociedad desde un punto de vista liberal, y tenía cierto orgullo en lo que difería Deronda de él, que si lo hubiera expresado con palabras habría sido de esta forma: «Mirad a este magnífico joven, no es como los que se ven cada día, ¿verdad? Es algo mío en cierto modo, lo crie desde que era un niño; pero no es fácil de catalogar, tiene sus propias ideas, y es el polo opuesto de lo que era yo a su edad». Su tío pensaba así por el equilibrio que manifestaba Deronda, movido por una sensibilidad que podríamos llamar hasta femenina, que le hacía entregarse a los más pequeños detalles, a la vez que mostraba cierta inflexibilidad en su juicio, una independencia de opinión, totalmente masculina.

Cuando acabó de leer la carta, la devolvió sin hablar, dolido interiormente ante el modo de Lush de atribuirle una utilidad neutral en los asuntos de la familia.

—¿Qué opinas, Dan? —Sería bastante agradable para ti. No has visto el lugar desde hace ya muchos años, y podrías hacer carreras con los galgos si bajaras la semana que viene —dijo Sir Hugo.

—No iría por ese motivo —dijo Deronda, untando atentamente su pan de mantequilla. No estaba de acuerdo con este modo tan transparente de persuasión, ante el cual cualquier animal inteligente respondería con indiferencia. Si fuera a Diplow, estaría haciendo algo desagradable para complacer a Sir Hugo.

—Creo que la idea de Lush es buena. Y sería una pena perder la ocasión.

—Eso es una cuestión diferente, si usted cree que para sus intereses es importante que vaya —dijo Deronda, todavía de esa forma esquiva que implicaba que no lo decía todo. Sabía que el baronet se había empeñado en el asunto.

—Además, no me extrañaría que vieras de nuevo a la bella jugadora, la Diana de Leubronn —dijo Sir Hugo alegremente—. Tendremos que invitarla a la Abadía, cuando estén casados, Louisa —añadió dirigiéndose a Lady Mallinger, como si también ella hubiera leído la carta.

—No me hago a la idea de a quién te refieres —dijo Lady Mallinger, que, de hecho, no había estado escuchando, al haber estado ocupando su mente con los primeros sorbos del café, los mejorables puños de su manga, y la necesidad de llevar a Theresa al dentista, preocupaciones inocentes y en parte laudables, como solía tener la amable señora. Si se preguntara por su apariencia, podría decirse que tenía el pelo rubio rojizo (el pelo de la época), una pequeña nariz romana, ojos azules algo prominentes y párpados delicados, con una figura que sus amigas más esbeltas la definirían como gorda, pues sus manos mostraban curvas y hoyuelos como las de un bebé magnificado.

—Me refiero a que Grandcourt se va a casar con la chica que viste

en Leubronn, ¿no te acuerdas de ella?, la señorita Arlet, la que solía jugar en la ruleta.

—¡Dios santo! ¿Es ella una buena pareja para él?

—Eso depende de qué es lo que entienda él por buena —dijo Sir Hugo, sonriendo—. Sin embargo, ni ella ni sus amigas tienen nada, y le acarreará a él gastos. Esa unión es buena para mis propósitos, porque si estoy dispuesto a entregar una suma de dinero, puede estar dispuesto a dejar libre Diplow, de forma que podamos disponer de él nosotros, y cuando yo muera tendréis el consuelo de ir al lugar donde os gustaría ir, vaya yo donde vaya.

—Me gustaría que no hablases de morirte de esa forma tan ligera, querido.

—Es más bien una forma pesada, Lou, pues tendré que pagar una fuerte suma, cuarenta mil, al menos.

—Pero, ¿por qué vamos a invitarlos a la Abadía? —dijo Lady Mallinger—. No me gustan las mujeres que apuestan, como la señora Cragstone.

—Oh, no la tendrás que atender ni una semana. Además, ella no es que sea como la señora Cragstone porque apueste un poco, igual que yo no soy mediador porque sea un Whig[126]. Quiero mantener de buen humor a Grandcourt y dejarle ver todo lo máximo de este lugar para que piense menos en Diplow. Todavía no sé si conseguiré que me escuche sobre esto. Y si Dan fuera a hacer una visita allí, podría enseñarle nuestras cartas. Me haría un gran servicio. —Se refería a Deronda.

—A Daniel no le cae bien el señor Grandcourt, creo, ¿no? —dijo Lady Mallinger, mirando a Deronda interrogativamente.

—Es imposible evitar a todos los que a uno le resultan poco agradables —dijo Deronda—. Iré a Diplow, no se me ocurre que tenga algo mejor que hacer, ya que Sir Hugo lo desea.

—¡Es mejor que me sustituyas! —dijo Sir Hugo, encantado—. Y si no te resulta muy agradable, es experiencia que ganas. Nada solía sentarme mal cuando era joven. Has de ver a los hombres y sus modales.

—Sí, pero ya he visto a ese hombre, y también parte de sus modales —dijo Deronda.

—No buenos modales, supongo —dijo Lady Mallinger.

—Bueno, ya ves que esos modales tienen éxito con las de tu sexo —dijo Sir Hugo, provocativamente—. Y era un tipo inusitadamente hermoso cuando tenía veintidós o veintitrés años, como su padre. Aunque no hizo como su padre al casarse con la heredera. Si se hubiera llevado a la señorita Arrowpoint y además mis tierras, ¡qué demonios!, habría tenido un bonito principado.

Deronda, al anticipar la proyectada visita, sintió menos aversión que en un principio. El drama del matrimonio de esta chica le interesaba: lo que había oído de Lush acerca de que ella había huido de la petición del hombre al que ahora iba a tomar por esposo había arrojado nueva luz sobre su forma de apostar; y era probablemente el paso de ese espíritu mundano febril a la pobreza lo que la había obligado a aceptar aquello que debía haberle provocado en cierto modo repulsión. Todo esto implicaba una naturaleza sujeta a las dificultades y al esfuerzo —elementos de la vida que tenían una especial atracción hacia su compasión, debido tal vez a su prematuro dolor por darle vueltas a la supuesta historia de su propia existencia —. Las personas le atraían, como lo había hecho Hans Meyrick, en proporción a su posibilidad de defenderlas, rescatarlas, pasar por sus vidas con una especie de influencia redentora; y tenía que resistir su tendencia, fácilmente explicable, a alejarse fríamente del afortunado. Pero en la disposición que le había llevado a redimir el collar de Gwendolen, y que todavía actuaba en él, había algo más allá de su fervor compasivo habitual, algo debido a la fascinación de su feminidad. Era muy receptivo a ese tipo de encantos, y lo mezclaba con las imágenes utópicas pero conscientes de su propio futuro; aún así, cualquiera que hubiera sido capaz de definir con precisión su carácter habría imaginado que era más probable que amara a una mujer sin decírselo que muchos otros hombres menos pasionales. Arrojad un poco de comida ante un pajarillo delicado: nada hay que tomaría más gustoso, y aún así se mantiene al margen a causa de su sensibilidad hacia lo desconocido que para vosotros es imperceptible. Y un hombre difiere de otro, así como todos diferimos del bosquimano[127], en nuestra sensibilidad hacia lo desconocido, que proviene de un conjunto de necesidades, espirituales u otras. Que su imaginación estuviera tan ocupada con dos mujeres parecía presagiar la capacidad de reserva de Deronda, pues no había pensado que fuera posible cortejar a ninguna de las dos. Hans Meyrick se había reído de él por tener algo del caballero errante en su modo de ser; y habría encontrado su prueba si hubiera sabido lo que justo ahora pasaba por la mente de Deronda con relación a Mirah y a Gwendolen.

Escribió sin demora para anunciar su visita a Diplow, y le aseguraron cortésmente como respuesta que su venida constituiría un gran placer. Lo cual no era, en realidad, falso. Grandcourt pensó que era probable que la visita hubiera sido motivada por el deseo de Sir Hugo de halagarle por un propósito por el que no se decidía; y no era una idea desagradable que este buen hombre, del que creía era su primo ilegítimo, sería testigo, tal vez hasta con ciertos celos, de que Henleigh Mallinger Grandcourt tenía el papel principal de amante comprometido al matrimonio con una espléndida chica cuyo primo ya

había observado con admiración.

El mismo Grandcourt no era celoso de nada a menos que amenazara su control, el cual no creía que fuese probable perderlo.

CAPÍTULO 29

Quien quiera que me hable con voz correcta,
sea él o sea ella, yo le seguiré,
como el agua sigue silenciosamente a la luna,
con pasos fluidos allí donde va alrededor del mundo.
WALT WHITMAN[128]

—Ahora mis primos están en Diplow —dijo Grandcourt— ¿irás allí? ¿mañana? El carruaje vendrá a por la señora Davilow. Podrás decirme cómo quiere que se arreglen las habitaciones. Hay que poner las cosas en orden mientras estemos fuera en Ryelands. Y mañana es el único día.

Estaba sentado de lado en un sofá del salón en Offendene, con una mano y un codo en la espalda, y la otra colocada entre sus rodillas cruzadas, en la actitud de un hombre muy interesado en observar a la persona que tiene enfrente de él. Gwendolen, a la que siempre le habían aburrido los trabajos de costura, los había retomado con un aparente celo tras su compromiso, y ahora sostenía una pieza de bordado blanca que un examen minucioso habría mostrado numerosas punzadas erróneas. Durante los últimos ocho o nueve días habían pasado las horas principalmente a caballo, pero siempre se habían dejado un margen para este tipo de compañerismo más complicado, que, no obstante, Gwendolen no había encontrado desagradable. Estaba muy satisfecha con Grandcourt. Sus respuestas a las decididas preguntas que ella le hacía sobre qué había visto y hecho en su vida, eran pronunciadas muy lentamente. Desde el principio, se había dado cuanta que él sabía lo que decir; y ella sentía constantemente no solo que no tenía nada de tonto, sino que en cierta forma sutil le comunicaba la impresión de que toda la locura provenía de los demás, y que hacía lo que a él no le importaba hacer. Un hombre que parece haber sido capaz de alcanzar lo mejor, tiene un soberano poder de depreciación. Y el comportamiento de Grandcourt como pretendiente apenas había superado el límite de un homenaje amoroso, tan inofensivo como el aroma que llega de las rosas, y que gastaba todo su efecto en una vanidad placentera. Un día, sin embargo, no besó su

mejilla sino su cuello, un poco por detrás de su oreja; y Gwendolen, cogida por sorpresa, se levantó con gran agitación, lo cual hizo que también él se levantara y dijera:

—Te ruego me perdones, ¿te he molestado?

—Oh, no es nada —dijo Gwendolen, más temerosa de sí misma—, solo que no soporto que me besen detrás de la oreja. —Se sentó de nuevo con una pequeña risita juguetona, pero a la vez sentía que su corazón latía con un miedo indefinido: ya no tenía la libertad de despreciarlo como había despreciado al pobre Rex. Su agitación no parecía poco halagüeña, y él tuvo que contenerse para no seguir transgrediendo.

Ese día una ligera lluvia impedía montar a caballo; pero para compensar, había llegado de Londres un paquete, y la señora Davilow acaba de salir de la sala tras admirar las cosas hermosas (que había hecho traer Grandcourt) y que estaban esparcidas por encima de las mesas. Gwendolen estaba disfrutando del paisaje de su vida. Dejó caer las manos sobre su falda y dijo con mucha picardía:

—¿Por qué es mañana el único día?

—Porque al siguiente día es el primero con los galgos —dijo Grandcourt.

—¿Y después?

—Después tengo que irme por un par de días, es un fastidio, pero tengo que irme un día y volver al día siguiente —Grandcourt observó un cambio en su cara, y puso su mano, que tenía en la rodilla, sobre las manos de ella, y dijo—: ¿No quieres que me vaya?

—No importa lo que yo quiera —dijo Gwendolen, fríamente. Se estaba resistiendo al máximo a la tentación de decirle que sospechaba a quién iba a ver, y a la tentación de confesarlo todo y hablar sin tapujos.

—Sí, claro que importa —dijo Grandcourt, envolviendo su mano—. Aplazaré la ida. Y viajaré de noche, para estar fuera solo un día. —Creía que conocía la razón de lo que por dentro pensaba ser un poco de carácter, y le parecía que ella era particularmente fascinante en estos momentos.

—En ese caso no aplaces el viaje, pero viaja de noche —dijo Gwendolen, sintiendo que podía darle órdenes, y hallando en esta urgencia un pequeño desahogo para su irritación.

—¿Entonces irás a Diplow mañana?

—Oh, sí, si así lo deseas —dijo Gwendolen, en un alto tono de asentimiento despreocupado. Su concentración en otros sentimientos le había impedido darse cuenta de que le sostenía la mano.

—¡Cómo nos tratáis a nosotros, pobres hombres! —dijo Grandcourt, bajando su tono de voz—. Siempre nos toca lo peor.

—¿Ah sí? —inquirió Gwendolen, mirándole de forma más ingenua que lo habitual. Anhelaba por creer que este juego de palabras escondiera la cruda verdad sobre su prometido: en ese caso, también ella estaba justificada. Si ella lo sabía todo, la señora Glasher sería más culpable que Grandcourt—. ¿Siempre te toca lo peor?

—Sí. ¿Eres tú tan amable conmigo como yo lo soy contigo? —dijo Grandcourt, mirándole estrechamente a los ojos.

Gwendolen se sintió tocada. Era consciente de haber recibido mucho, que su sentido del mando estaba bajo control, y se hundió del todo al percibir que, por mucho que mirara a su alrededor, ya no podía dar marcha atrás: era como si hubiera consentido en montar en una carroza en la que otro llevaba las riendas; y no entraba dentro de su naturaleza saltar ahora ante los ojos del mundo. No era ignorante cuando había consentido, y todo lo que podía decir ahora sería reconocer que no había sido ignorante. Había dejado escapar su derecho a una explicación. Todo lo que podía hacer ahora era acomodarse, de forma que las espinas de esa penitencia indeseada que le imponía la conciencia no la martirizaran. Tras un pequeño temblor, decidió resueltamente cambiar su actitud mental. Hubo una pequeña pausa, durante la cual ella no apartó los ojos; y sonriendo de repente dijo:

—Si fuera tan amable contigo como tú lo eres conmigo, eso arruinaría tu generosidad: no sería tan grande como podría ser, y es, ahora.

—Entonces no voy a pedirte un beso —dijo Grandcourt, satisfecho por pagar un gran precio por este nuevo modo de coqueteo, que permitía introducir el tema del matrimonio por contraste.

—¡Ni uno! —dijo Gwendolen, de forma insolente, y mirándole con desafío.

Él se llevó su pequeña mano izquierda a los labios y luego la soltó con respeto. Era un elogio muy débil decir de él que no era desagradable: era casi encantador; y en esos momentos sintió que no era probable que hubiera podido amar nunca a un hombre más que a este. Su reticencia le daba a ella una consciencia inexplicable y maravillosa.

—A propósito —dijo ella, retomando su trabajo—, ¿hay alguien más además del Capitán y la señora Torrington en Diplow? ¿O los dejaste cara a cara? Supongo que él habla de habanos y ella responde con su moño.

—Ella tiene a una hermana consigo —dijo Grandcourt, con una sombra de sonrisa—, y hay además dos hombres, uno de los cuales tú ya lo conoces, creo.

—Ah, entonces, tendré una pobre opinión de él —dijo Gwendolen

sacudiendo la cabeza.

—Le viste en Leubronn, el joven Deronda, un joven compañero de los Mallinger.

Gwendolen sintió como si el corazón le diera un vuelco, y sus dedos, que intentó mantener firmes en su trabajo, se enfriaron.

—Nunca he hablado con él —dijo, temiendo que se le notara cualquier alteración—. ¿No es desagradable?

—No, no especialmente —dijo Grandcourt, en su modo más lánguido—. Se cree alguien importante. Creí que te lo habían presentado.

—No. Alguien me dijo su nombre la noche anterior a que me marchara. Eso fue todo. ¿Qué es?

—Una especie de pupilo de Sir Hugo Mallinger. Nadie importante.

—¡Oh, pobrecillo! ¡Qué desagradable debe ser para él! —dijo Gwendolen, hablando de boquilla, sin pretender ningún sarcasmo—. ¡Me pregunto si ha dejado de llover! —añadió, levantándose y yendo a mirar a la ventana.

Por suerte no llovió al día siguiente, y Gwendolen fue hasta Diplow montada sobre Criterion como había hecho aquel día anterior en el que volvió con su madre en el carruaje. Siempre se sentía de lo más intrépida cuando iba vestida con sus ropas de montar; además, tenía la agradable convicción de que le sentaban perfectamente, la sensación permanente de que resultaban formidables para cualquier ocasión. Su enfado hacia Deronda se había transformado en un terror supersticioso, debido, tal vez, a la coacción que había ejercido sobre su pensamiento, no fuera que esa primera interferencia de él en su vida pudiera presagiar alguna influencia futura. Las supersticiones se construyen sobre este tipo de hechos: un intenso sentimiento que hace que el brillo de la estrella de la noche se cierna sobre nosotros como una amenaza, o que la bendición de un mendigo nos anime. Y las supersticiones acarrean consecuencias que muy a menudo verifican sus esperanzas o sus presentimientos.

Gwendolen aprovechó los momentos antes del desayuno para inspeccionar las habitaciones con la señora Torrington y la señora Davilow; y pensó que probablemente, si veía a Deronda, apenas haría falta más que una ligera inclinación entre ellos. Quería reparar en él lo mínimo posible.

Y al final resultó que su curiosidad fue más fuerte que su orgullo. Desde el primer momento en que estuvieron juntos en la sala, le parecía que no hacía más que fijarse en él: todo lo demás era la actuación automática de un guión habitual.

Cuando él tomó asiento en el almuerzo, Grandcourt dijo:

—Deronda, la señorita Harleth me ha dicho que no fuisteis

presentados en Leubronn.

—La señorita Harleth apenas me recuerda, me imagino —dijo Deronda, mirándola de forma sencilla, mientras se saludaban inclinando la cabeza—. Estaba muy ocupada cuando la vi.

Y bien, ¿acaso suponía que ella no sospechaba que fuera él la persona que rescató su collar?

—Al contrario. Me acuerdo de usted muy bien —dijo Gwendolen, sintiéndose algo nerviosa, pero controlándose y mirándole a su vez con detenimiento—. Usted no aprobó que jugara a la ruleta.

—¿Cómo llegó a esa conclusión? —dijo Deronda, con gravedad.

—Oh, me lanzó un mal de ojo en mi juego —dijo Gwendolen, girando la cabeza y sonriendo—. Comencé a perder tan pronto como usted vino a mirarme. Había estado ganando hasta entonces.

—Es muy aburrida la ruleta en una perrera como Leubronn —dijo Grandcourt.

—Yo lo encontré aburrido cuando empecé a perder —dijo Gwendolen. Había vuelto el rostro hacia Grandcourt y sonreía mientras hablaba, pero dirigió una mirada de soslayo a Deronda, y vio que tenía sus ojos fijos en ella con una mirada tan penetrante que le produjo una herida más profunda que su sonrisa irónica ante sus pérdidas, más aún que la opinión de Klesmer. Giró un poco el cuello como si quisiera escuchar qué decían los demás, aunque pensaba solo en Deronda. Su rostro tenía esa forma y expresión perturbadoras que amenazan con hacer cambiar a uno de opinión, como si siempre estuviera uno equivocado. (¿Quién no ha visto a personas con este tipo de poder correctivo en su rostro hasta que su conversación o su acción les desdicen?) Su voz, que la oía ahora por primera vez, comparada con el tono neutro y arrastrado de Grandcourt que llevaba días oyendo, era como el contraste entre las notas profundas de un violoncello y el discurso roto de señoríos acomodados a la luz de un atardecer. Grandcourt, pensó ella por dentro, tenía quizás razón al decir que Deronda se creía demasiado importante: una buena manera de explicar una superioridad que humilla. No obstante, la conversación mudó al tema de la plaga del ganado y a Jamaica; y ya nada más se dijo respecto a la ruleta. Grandcourt era de la opinión que el negro jamaicano era del tipo Calibán[129] baptista; Deronda dijo que siempre se había sentido de parte de Calíbán, el cual tenía naturalmente su propio punto de vista y podía cantar una buena canción; la señora Davilow comentó que su padre tenía una hacienda en Barbados, pero que ella nunca había estado en las indias americanas; la señora Torrington estaba segura de que nunca dormiría en su cama si tenía que vivir entre negros; su marido la corrigió diciendo que sería fácil manejar a los negros si no fuera por los mestizos; y Deronda remarcó que los blancos tenían que estar

agradecidos por los mestizos.

Mientras esta guerra cortés de lanzarse pelotas continuaba, Gwendolen jugaba con la gelatina, y miraba a cada conversador por turnos para poder sentirse a gusto cuando miraba a Deronda.

—Me pregunto qué pensará de mí realmente. Tiene que haberse sentido interesado por mí, si no, no me habría enviado mi collar. ¿Qué pensará de que me case? ¿Qué es lo que sabe para que parezca tan serio? ¿Por qué ha venido a Diplow?

Estas preguntas corrían por su mente a la vez que la voz de un anhelo intranquilo de ser juzgada por Deronda con una admiración pura —un anhelo que había tenido su germen en su primer resentimiento por su mirada crítica—. ¿Por qué le importaba tanto la opinión de este hombre que no era "nadie importante"? No podía encontrar la razón —tal vez porque ocupaba demasiado tiempo en preocuparse—. En la sala de estar, cuando hubo algo que requirió que Grandcourt saliese, se acercó sin pensarlo a Deronda, que estaba de pie en una mesa aparte dándole la vuelta a unos grabados, y le dijo:

—¿Irá mañana a cazar, señor Deronda?

—Sí, creo que sí.

—Luego no está en contra de la caza.

—Se puede encontrar alguna justificación. Es un pecado que me atrae, siempre que no pueda ir en barca o jugar al cricket.

—¿Está en contra de que yo cace? —dijo Gwendolen, levantando con rebeldía la mandíbula.

—No tengo ningún derecho a estar en contra de nada de lo que usted elija.

—Pensó que tenía derecho a estar en contra de que apostase —insistió Gwendolen.

—Me sabía mal. Pero no soy consciente de haberle expresado mi desaprobación —dijo Deronda, con su habitual mirada directa, penetrante, sin que por eso hubiera ninguna intención. Sus ojos tenían una peculiaridad que ha puesto en problemas a muchos hombres: eran de una intensidad oscura, aunque apacible, que parecían expresar un interés especial en cada persona sobre la que los fijaba, y atraía con facilidad las demandas de los que necesitan ayuda, sugeridas probablemente por su carácter ardientemente compasivo. Cuando se trata de mendigar, hacemos de la bondad de los demás una razón para pedirles demandas desorbitadas. Gwendolen estaba experimentando este tipo de efecto.

—Me impidió apostar de nuevo —respondió ella. Pero tan pronto como terminó de hablar enrojeció toda su cara y el cuello; y Deronda enrojeció también, consciente de que en el pequeño asunto del collar se había tomado una libertad discutible.

Era imposible continuar hablando; y ella se volvió hacia una ventana, sintiendo que había dicho estúpidamente lo que no había querido decir, pero aún así se sentía satisfecha de haber provocado este mutuo entendimiento. Tampoco a Deronda le desagradaba. Gwendolen parecía mucho más atractiva que antes; y ciertamente se habían producido cambios en ella desde aquellos momentos en Leubronn; la toma de conciencia del error producido había despertado algo así como una nueva alma, que tenía mejores posibilidades, aunque también peores, que las de su porte anterior de pura confianza en sí misma; entre las fuerzas que ella había llegado a temer había algo dentro de ella que no la hacía sentirse bien.

Esa noche la señora Davilow dijo:

—¿Fue realmente así, o solo una broma tuya, lo de que el señor Deronda arruinó tu juego, Gwen?

Se había excitado su curiosidad y podía arriesgarse a preguntar por algo que no concernía al señor Grandcourt.

—Oh, solo sucedió que se hallaba mirando cuando empecé a perder —dijo Gwendolen, sin darle importancia—. Me fijé en él.

—No me extraña: es un joven sorprendente. Me hace recordar algunas pinturas italianas. Una adivinaría sin que se lo dijera nadie que tiene sangre extranjera en sus venas.

—¿La tiene? —dijo Gwendolen.

—Eso dice la señora Torrington. Le pregunté en concreto quién era, y me dijo que su madre era una extranjera de alta cuna.

—¿Su madre? —dijo Gwendolen, algo bruscamente—. Entonces, ¿quién era su padre?

—Bueno, todo el mundo dice que es el hijo de Sir Hugo Mallinger, que le crio, aunque pasa por su pupilo. Dice que si Sir Hugo Mallinger hubiera podido hacer lo que quisiera con sus fincas, se las habría dejado al señor Deronda, ya que no tiene ningún hijo legítimo.

Gwendolen permanecía en silencio; pero su madre observó un efecto tan marcado en su rostro que se enfadó consigo misma por haber repetido los chismorreos de la señora Torrington. Parecía, al reflexionar sobre ello, inadecuado para los oídos de su hija, pues a la señora Davilow no le gustaba que tuviera lo que se conoce como conocimiento del mundo; y de hecho, ni para ella misma deseaba que se le hubiera impuesto tal conocimiento.

Inmediatamente la mente de Gwendolen creó una imagen de la madre desconocida, sin duda una mujer de ojos oscuros, probablemente triste. Apenas podía parecerse menos un rostro al de Deronda que el que representaba a Sir Hugo en un retrato a la cera en Diplow. Una hermosa mujer de ojos oscuros, que ya no era joven, se le

representaba a Gwendolen “por caso de verdadera conciencia”[130].

Esa noche, cuando se había acostado en su pequeña cama, y solo iluminaba la estancia la débil luz de una vela, dijo:

—Mamá, ¿tienen normalmente niños los hombres antes de casarse?

—No, querida, no —dijo la señora Davilow—. ¿Cómo preguntas eso? —Pero empezó a darse cuenta que sabía el por qué.

—Si fuera así, debería saberlo —dijo Gwendolen con cierta indignación.

—Estás pensando en lo que dije sobre el señor Deronda y Sir Hugo Mallinger. Eso es un caso muy raro, querida.

—¿Lo sabe Lady Mallinger?

—Sabe lo suficiente como para quedarse satisfecha. Eso está claro, ya que el señor Deronda ha vivido con ellos.

—¿Y la gente no piensa mal de él?

—Bueno, está claro que parte con cierta desventaja: no es como si fuera el hijo de Lady Mallinger. No puede heredar sus propiedades, y no es nadie importante para el mundo. Pero la gente no tiene por qué saber nada de su nacimiento; ya ves, cae muy bien.

—Me pregunto si él lo sabe; y si está enfadado con su padre.

—Mi querida niña, ¿por qué piensas eso?

—¿Por qué? —dijo Gwendolen, impetuosamente, sentándose en su cama—. ¿No tienen los hijos motivos para estar enfadados con sus padres? ¿Cómo pueden hacer que sus padres se casen o no?

Pero de repente se le abrieron los ojos, y se dejó caer de nuevo sobre su almohada. No era solo por lo que había sentido unos meses antes —que pudiera parecer que reprochara a su madre su segundo matrimonio—; lo que ahora sentía sobre todo era que había sido conducida hacia una condena que parecía hacer de su propio matrimonio algo prohibido.

No se habló más del tema, y hasta que el sueño se apoderó de ella, Gwendolen estuvo dándole vueltas a los motivos que se oponían al matrimonio, motivos que la presionaban de nuevo ahora que se reflejaban inesperadamente en la historia de un hombre cuya breve relación con ella se habían, por alguna afinidad oculta, arraigado en lo más profundo de su alma. Era característico que, en todo su debate, no le había preocupado la cuestión de si la insostenibilidad de su matrimonio no incluía el hecho de que había aceptado a Grandcourt solo como el hombre con el que a ella le convenía casarse, y no en lo más mínimo como el hombre al que elegía atarse como un deber. Las ideas de Gwendolen eran lamentablemente toscas; pero a menudo las grandes dificultades de la vida son las que crean nuestra torpeza. Y para juzgar sabiamente supongo que debemos saber cómo aparecen las cosas al ignorante; así es como se ha producido gran parte de la

historia del mundo.

Por la mañana, tuvo un doble motivo de entusiasmo. Iba a ir a cazar, algo que los escrúpulos sobre el decoro casi se lo impiden, hasta que resultó que a la señora Torrington también le gustaba bastante montar a caballo y se ofreció a acompañarla; iba a ir a cazar por primera vez desde su escapada con Rex; e iba a ver de nuevo a Deronda, sobre el que, desde la noche pasada, había sentido tanto interés que, esperaba, igual que la gente espera cuando las celebridades se descubren, ver algo en su apariencia que había dejado de notar anteriormente. ¿Qué iba él a ser? ¿Qué tipo de vida tenía ante él, no siendo nadie importante? Y por solo un pequeño cambio de sucesos, podría haber sido tan importante como Grandcourt, no, aún más —su imaginación iba inevitablemente en ese sentido—, podría haber tenido las mismas fincas que Grandcourt iba a poseer. Pero ahora, Deronda la vería probablemente algún día señora de la Abadía en Topping, y llevando el título que habría sido de su propia mujer. Estos simples y fútiles pensamientos de lo que podía haber sido, marcaron una nueva época para Gwendolen. Ella, cuyo hábito incuestionable había sido sacar lo mejor de lo que se presentase sin que le costase nada, veía ahora la posición que la tentaba a la luz de una nueva dimensión, como una dura e injusta exclusión de otras personas. Lo que había oído de Deronda le parecía en su imaginación que lo situaba a él en el mismo grupo que la señora Glasher y sus hijos, ante los cuales sentía que debía adoptar una actitud de disculpa, ella que había estado hasta entonces rodeada por un grupo de personas que en su opinión tenían necesidad de manifestar una actitud de disculpa ante ella. Tal vez el mismo Deronda estuviese pensando sobre estas cosas. ¿Conocería a la señora Glasher? Si supiera que ella lo sabía, la despreciaría; pero podía no tener tal conocimiento. Sin él, ¿la despreciaría por casarse con Grandcourt? Su posible opinión sobre sus acciones la estaba afectando tan inoportunamente como la opinión de Klesmer sobre sus aptitudes; pero creyó que sería más fácil defenderse de la desaprobación de su matrimonio, porque es más fácil justificar nuestra conducta ante nosotros mismos que conseguir que nuestra habilidad convenza a los demás. “¿Cómo puedo evitarlo?” no es nuestra disculpa favorita por nuestra incompetencia. Pero Gwendolen se sintió con fuerzas para decirse:

«¿Cómo puedo evitar lo que los demás han hecho? Las cosas no se arreglarían si ahora cambiara de opinión y declarara que no me casaré con el señor Grandcourt». Y de ese cambio de opinión no había ni que pensarlo. Los caballos del carruaje en el que había montado iban a toda velocidad.

Este estado de desesperación eufórica propio de la juventud iba y venía como las mareas. Prefería seguir hacia delante que escoger

volver hacia atrás, hacia la humillación; e incluso la tranquilizaba pensar que habría hecho tan mal en cualquiera de las dos opciones. Pero la acción inmediata y fascinante que venía ahora era la caza, en la que vería a Deronda y en la que él la vería a ella; pues continuamente le acechaba la impresión, que apartaba cualquier otro pensamiento, que él tenía mucho interés en ella. Pero ese día se había decidido a no repetir la locura del día anterior, como si estuviera ansiosa de decirle algo. Sí, la caza lo absorbería todo.

Y así fue durante un tiempo. Deronda estaba allí, a la vista, muy a menudo; pero solo aumentaba el estímulo de un placer que Gwendolen solo había probado una vez anteriormente, y del que parecía que iba siempre a disfrutar independientemente de lo que fuera mal, excepto de que ocurriera algo que le impidiera seguir montando a caballo. No sucedió ningún accidente que los uniera; la cacería tuvo lugar a una distancia adecuada de la casa, y en la agradable sombra de la tarde gris de noviembre, con una larga capa de luz amarilla en el oeste, Gwendolen volvía con el grupo de Diplow, que cuidaban de ella en el camino hacia Offendene. Ahora que la sensación de excitación gloriosa se había ido, se sentía terriblemente decepcionada de que no hubiera tenido ninguna oportunidad de hablar con Deronda, al que ya no volvería a ver hasta que se fuera en un par de días. ¿Qué iba a decirle? No estaba muy segura. Quería hablar con él. Grandcourt estaba a su lado; la señora Torrington, su marido y otros caballeros iban por delante; y podía oír por detrás el caballo de Deronda. El deseo de hablar con él y de que él hablara con ella era cada vez más imperioso; y no había manera de conseguirlo, a menos que expresara su deseo desafiándolo todo. Cuando tuviera una oportunidad, tenía que hacerlo. Acababan de salir de un bosque de pinos y hayas, donde la tranquilidad del crepúsculo tenía un efecto represivo, que aumentaba su impaciencia. Los cascos de los caballos que se oían a cierta distancia por detrás la irritaban cada vez más. Frenó su caballo con las riendas y miró hacia atrás; Grandcourt, tras unos pasos, también se detuvo; pero ella, agitando su látigo y ladeando la cabeza con actitud divertida, dijo:

—¡Sigue! Quiero hablar con el señor Deronda.

Grandcourt dudó; pero, ¿qué podía hacer tras esa proposición? Era una situación embarazosa para él. Ningún caballero, antes de casarse, podía mostrar su negativa a una orden dada de esta forma tan graciosa. Continuó cabalgando lentamente, y ella esperó a que Deronda le alcanzara. La miró interrogativamente sin decir nada, y ella dijo inmediatamente, dejando que su caballo fuera al lado del suyo:

—Señor Deronda, debe usted despejar mi ignorancia. Quiero saber por qué pensó que no era correcto que apostara. ¿Es por qué soy una

mujer?

—No totalmente; pero lo lamenté más porque usted era una mujer —dijo Deronda, con una sonrisa irreprimible. Aparentemente debía darse ya por supuesto entre ellos que fue él quien envió el collar—. Creo que sería mejor que los hombres no apostaran. Es un gusto por el que uno puede perder la cabeza, es como caer en una enfermedad. Y, además, algo se revuelve en mi interior al recoger una gran cantidad de dinero y reírme entre dientes, cuando otros están sintiendo su pérdida. Es algo que definiría incluso como infame, si fuera algo más que un desliz excepcional. Se producen los suficientes e inevitables cambios de fortuna que nos obligan a ver que nuestra ganancia es la pérdida de otro: ese es uno de los aspectos desagradables de la vida. A uno le gustaría reducirlo tanto como pudiera, y no divertirse a costa de exagerarlo. —La voz de Deronda reunía cierta indignación mientras iba hablando.

—Pero usted admite que hay cosas que no podemos evitar —dijo Gwendolen bajando el tono. La respuesta no había sido nada de lo que esperaba—. Me refiero a que las cosas son así y no podemos hacer nada; no podemos evitar que nuestra ganancia sea la pérdida de otros.

—Precisamente. Por eso, debemos evitarlo siempre que podamos.

Gwendolen, mordiéndose el labio, hizo una pequeña pausa, y obligándose de nuevo a hablar con aire divertido, dijo:

—¿Pero por qué lo lamenta usted más a causa de que sea una mujer?

—Tal vez porque necesitamos que ustedes sean mejores que nosotros.

—Pero supongo que *nosotras* necesitamos que sean los hombres quienes sean mejores —dijo Gwendolen, con una pequeña expresión de haber hecho jaque.

—Eso es una buena objeción —dijo Deronda, sonriendo—. Supongo que debería haber dicho que cada uno de nosotros piensa que es mejor que los demás sean buenos.

—Ya ve, yo necesité que usted fuera mejor de lo que fui, y usted pensó lo mismo —dijo Gwendolen, asintiendo y soltando una risa, mientras adelantó su caballo y se unió a Grandcourt, que no hizo ninguna observación.

—¿No quieres saber lo que le dije al señor Deronda? —dijo Gwendolen, cuyo orgullo propio requería dar cuentas de su conducta.

—Oh, no —dijo Grandcourt fríamente.

—Pues esta es la primera palabra descortés que has dicho: que no quieres oír lo que tengo que decir —dijo Gwendolen haciéndose la enfurruñada.

—Quiero oír lo que me digas a mí, no a otros hombres —dijo

Grandcourt.

—Entonces querrás oír esto. Quería que me contara por qué estaba en contra de que apostara, y me dio un pequeño sermón.

—De acuerdo, pero ahórrame el sermón. —Si Gwendolen se imaginaba que a Grandcourt le importaba que hablara con Deronda, quería que entendiera que se equivocaba. Pero no le gustaba que le dijeran que continuara cabalgando a solas. Ella vio que estaba picado, pero no le dio importancia. Había cumplido su objetivo de hablar de nuevo con Deronda antes de que alzara su sombrero y se volviera con los demás hacia Diplow, mientras su prometido la esperaba en Offendene, donde iba a despedirse ante su ausencia de un día por su viaje no especificado. Grandcourt había dicho la verdad al referirse al viaje como un fastidio: iba a ir en tren hasta Gadsmere.

CAPÍTULO 30

Ni penitencias ni confesiones:
ningún sacerdote lo decreta, y aún así se encuentran obligados a sentarse
en medio de las cenizas de sus años desaparecidos.

Imaginad una casa desperdigada y restaurada, su mejor parte construida con piedra gris y recubierta con baldosas rojas, una torre redonda sobresaliendo en una esquina, y sobre la parte oscura que queda entre dos luces una veleta con forma de gallo, objeto agradable tanto entre los reflejos y el verdor del verano como entre las nubes bajas y las ramas nevadas del invierno; un terreno a la sombra por los árboles que se extienden por él: un gran cedro floreciendo por un lado, algunos abetos escoceses por la parte trasera colgando sus raíces desnudas sobre una ribera escarpada, y más allá, una colonia de grajos; por el otro lado un estanque rodeado de matorrales, donde los patos aletean y gorjean; a los alrededores, un vasto prado, que bien podría llamarse un parque, rodeado por una antigua plantación y protegido por muros de piedra que parecen pequeñas prisiones. Fuera de las verjas se halla el campo, que una vez fue completamente rural y encantador, y ahora es negro por las minas de carbón, habitado principalmente por hombres y mozuelos con linternas adheridas a sus cascos, y con una complexión diabólica, lo que hace que recelen de ellos los chicos de Gadsmere, los cuatro niños preciosos, que llevaban viviendo allí unos tres años. Ahora, en noviembre, cuando las alfombras florales estaban vacías, los árboles sin hojas, y las aguas sucias del estanque temblando, uno diría que el lugar concordaba sombríamente con las negras carreteras y los negros montones de tierra que parecían poner de luto la región; salvo cuando los chicos jugaban en la grava con los perros. Pero a la señora Glasher, bajo las circunstancias actuales, le gustaba Gadsmere tanto como le habría gustado cualquier otro alojamiento. El completo aislamiento del lugar, que aseguraba el nulo atractivo que ofrecía la región, era perfecto para su gusto. Cuando condujo a sus dos potrillos con un carrito lleno de niños, no había señores distinguidos con los que encontrarse, tan solo hombres de negocios que iban en carruajes simples de dos ruedas

conducidos por un solo caballo; en la iglesia no había ojos a los que evitar, pues la mujer del cura y el mismo cura no conocían ninguno de los dos nada acerca de su desgracia, o bien la ignoraban: para ellos era simplemente una señora viuda, la inquilina de Gadsmere; y el nombre de Grandcourt tenía poco interés en ese distrito comparado con los nombres de Fletcher y Gawcome, los arrendatarios de las minas.

Habían pasado ya diez años desde la fuga de la bella mujer de un oficial irlandés con el joven Grandcourt, y el consiguiente duelo en el que las balas habían herido solo al aire había hecho algo de ruido. La mayoría de los que recordaban el asunto se preguntaban ahora qué había sido de esa señora Glasher cuya belleza y esplendor la habían elevado a la eminencia en lugares extranjeros, donde se sabía que vivía con el joven Grandcourt.

Que él debía desconectarse de tal relación parecía algo natural y hasta deseable. En cuanto a ella, todo el mundo pensó que una mujer que había abandonado a su hijo junto a su marido había caído todavía más bajo. Grandcourt, por supuesto, se cansó de ella. Era muy dado al cortejo de mujeres; pero un hombre de su posición querría para entonces conseguir un matrimonio adecuado con la joven y bella hija de alguna casa de la nobleza. Nadie hablaba de la señora Glasher ahora, de la misma forma que no se hablaba de la víctima de un homicidio involuntario ocurrido diez años atrás; era como una vasija perdida para la que nadie enviaría una expedición para ir en su busca. Pero Grandcourt era visto como un marinero que volvía al puerto ondeando sus colores, tan fresco como siempre.

Sin embargo, Grandcourt nunca se desentendió en realidad de la señora Glasher. Su pasión por ella había sido la más fuerte y duradera que había conocido; y aunque estaba ahora tan muerta como la música de una flauta cuarteada, había dejado cierta inclinación, que a la muerte de su marido tres años atrás le había suscitado la duda de casarse con ella, de acuerdo con lo que habían llegado a expresar a menudo durante los primeros días de su ardiente pasión. En esa temprana época, Grandcourt habría pagado gustoso el divorcio para conseguir la libertad de ella, pero el marido no le complació, no queriendo casarse de nuevo, ni deseando que se airearan sus problemas domésticos.

El equilibrio que el paso de los años trajo a la señora Glasher era justo el contrario. Al principio ella estaba en comparación totalmente despreocupada por la posibilidad de volverse a casar. Era suficiente haber escapado de un marido desagradable y haber encontrado una especie de éxtasis con un amante que la había fascinado por completo: joven, apuesto, amoroso, y viviendo al mejor estilo, con un equipo y una conversación apropiados, del estilo esperado en jóvenes de fortuna que lo han visto todo. Era una mujer apasionada y vivaz,

inclinada a la veneración, y exasperada por cinco años de grosería conyugal; y la sensación de alivio era tan fuerte que aquietó la ansiedad y pudo disfrutar. No le importaba mantener una posición ambigua; no tenía envidia de los honores de una mujer despreciada y aburrida; la única mancha que empañaba su visión de su nuevo mundo feliz, era la sensación de haber abandonado a su niño de tres años, que murió dos años después, y cuyas primeras palabras diciendo "mamá" conservaban una diferencia respecto los niños que vinieron luego. Pero ahora los años habían traído muchos cambios aparte de los producidos en el contorno de sus mejillas y su garganta; y que Grandcourt se casara con ella se había convertido en su deseo dominante. La posición ambigua a la que no le había importado someterse ella misma le pasaba ahora factura por sus hijos, a los que amaba con una devoción cargada con una pasión añadida de expiación. No se arrepentía de nada salvo en este sentido. Si Grandcourt se casaba con ella, los chicos no recibirían la peor parte por lo que había pasado: verían a su madre en una posición digna, y no estarían en desventaja con el mundo: su hijo sería el heredero de su padre. Era el anhelo por este resultado lo que otorgaba una importancia suprema al sentimiento de Grandcourt hacia ella; su amor por él había desembocado desde hacía tiempo en la ansiedad de que él le ofreciera el único y permanente derecho de ser su mujer, y no esperaba más felicidad en el matrimonio que la satisfacción de su amor maternal y el orgullo, incluyendo su orgullo por sí misma delante de sus propios hijos. Para conseguir su objetivo estaba preparada incluso con una firmeza trágica para soportar cualquier cosa en silencio en su matrimonio; y tenía la suficiente agudeza para tratar con disimulo el tema y aprovecharse de las vacilaciones de Grandcourt, no molestándole con quejas apasionadas o montándole escenas. Sus incalculables cambios de humor, y su tendencia a endurecerse si se le imploraba, habían creado en ella, como en cualquier persona más que quisiese algo de él, un temor razonable: algo que había tardado en descubrir, y que ningún presentimiento hacía presagiar en el porte de un joven amante con un rostro de hermosas facciones y de las maneras más dulces. Pero esta mujer apasionada había tenido que pagar un precio por su mutismo, y estaba aún más amargada por ello. No hay desánimo —incluso el impuesto sobre los desamparados o agraviados—, que no produzca otro tipo de consecuencias: el aguijón retenido iba acumulando veneno. Era absolutamente dependiente de Grandcourt; pues aunque él siempre había sido liberal en los gastos de ella, lo había mantenido todo expresamente a su nombre; y ante el objetivo del matrimonio, ella no iba a pedir más. Él había dicho que nunca iba a fijar nada, salvo su testamento; y cuando ella pensaba en las alternativas del futuro, se le

ocurría a menudo, que incluso si no llegaba a ser la mujer de Grandcourt, él nunca tendría un hijo que pudiera reclamar legítimamente su herencia, con lo que su propio hijo sería el heredero de sus fincas. En esa época no parecía que pudiera llegar otro hijo que se pareciera más a su padre que el que tenían. Pero convertirse en la mujer de Grandcourt estaba tan lejos de ser una mera posibilidad extravagante, que incluso Lush lo había considerado, y había dicho de su compañero que apostaría por ello con igual probabilidad que cualquier otra posibilidad. Lush, de hecho, al deducir que Grandcourt tenía previsto usar su residencia en Diplow para ganarse a la señorita Arrowpoint, se entusiasmó en apoyar ese plan, tomándolo como una tácita renuncia al matrimonio con la señora Glasher, que durante mucho tiempo había sido el punto de referencia para el capricho vacilante de Grandcourt. Pero ambos proyectos fueron descartados al aparecer Gwendolen en escena; y era bastante natural que la señora Glasher acogiera con entusiasmo el plan de Lush de impedir el nuevo peligro creando una barrera en la mente de la chica que estaba siendo cortejada. Lo acogió con un entusiasmo lleno de de pasión y de intención, derramando parte del veneno que había ido acumulando.

Después de eso, se enteró por Lush de la huída de Gwendolen, y que se habían librado de cualquier probabilidad de peligro por parte de ella; pero no le llegó ninguna carta contándole que había vuelto el peligro y que se había materializado en una certeza. Desde entonces había estado escribiendo a Grandcourt como lo hacía habitualmente, y él había estado tardando más de lo normal en responderle. Justo cuando él iba en camino de Gadsmere, ella había estado pensando que tal vez se decidiera a volver con ella; no había perdido la esperanza —¿qué otra persona podría pensar lo contrario?—, que cierto debilitamiento debido a su cortejo frustrado podría disponerle a reconsiderar más fácilmente sus antiguas intenciones.

Grandcourt tenía dos serios propósitos para venir a Gadsmere: transmitir las noticias de su inminente matrimonio en persona, para acabar con esta primera dificultad; y conseguir que Lydia le devolviera los diamantes de su madre, que se los había confiado a ella hace mucho tiempo para que los llevara. A su persona le sentaban muy bien los diamantes y conseguía que parecieran dignos del valor que se había pagado por ellos. Estos diamantes en particular no es que derrochasen grandes rayos de luz, eran unas joyas con forma de guisantes y judías para las orejas, el cuello y el cabello; pero bien valían algunos miles, y Grandcourt quería recuperarlos sin falta para su mujer. Anteriormente, cuando le había pedido a Lydia que se los devolviera, simplemente para que estuvieran más seguros y depositarlos en el banco, se había manifestado serena pero absolutamente en contra, declarando que estaban totalmente a salvo;

y al final dijo: «Si alguna vez te casaras con otra mujer te los entregaría; ¿vas a casarte con otra mujer?». Por entonces Grandcourt no tenía motivos que le forzaran a insistir, y conservaba esta gentileza, que su tendencia a ejercer su poder bien acobardando o bien decepcionando a otros, o incluso suscitándoles una rabia que no se atrevían a expresar —una tendencia activa en él mientras otras propensiones permanecían apagadas—, no había servido de nada ante Lydia. Un intérprete severo habría dicho que los simples factores de su relación, la posición melancólica de esta mujer que dependía de su voluntad, conformaba un banquete espléndido para el gusto de él por dominar. Pero había algo más que esto en su paciencia hacia ella: estaba el efecto rescatado, aunque metamorfoseado del poder que ella había tenido sobre él; y era este efecto, el desliz intermitente y gris hacia las solicitaciones que una vez tenían el entusiasmo que ahora habían perdido, que una y otra vez le habían predispuesto a casarse con un pasado familiar antes que levantar las expectativas de la novedad. Pero ahora la novedad le había atrapado y le obligaba a sacar el máximo partido de ella.

La señora Glasher estaba sentada en la agradable estancia donde solía pasar las mañanas con sus hijos alrededor de ella. Tenía una ventana cuadrada que sobresalía mirando al ancho campo de gravas y hierba, que conducía a un pequeño arroyo que acababa en el estanque. La parte superior de un armario bajo de color negro, la vieja mesa de madera de roble, las sillas tapizadas en cuero se mezclaban con los juguetes, libros y prendas de jardín de los chicos, bajo la maternal mirada de una dama dibujada al pastel que miraba desde un lienzo colgado en la pared con sonrisa indulgente. Todos los chicos estaban allí. Las tres niñas sentadas alrededor de la madre cerca de la ventana eran retratos en miniatura de ella: de ojos oscuros y piel morena y fina, mejillas sonrosadas, la nariz y las cejas perfectamente delineadas como si fueran mujeres diminutas, siendo la mayor de apenas nueve años. El niño estaba sentado en la alfombra a cierta distancia, inclinando su cabecita rubia sobre los animales de un arca de Noé, amonestándolos a cada uno con voz amenazadora, y de vez en cuando chupando los que tenían manchas para ver si mantenían los colores. Josephine, la mayor, estaba recibiendo su clase de francés; y las otras, con sus muñecas en sus faldas, estaban sentadas recatadamente recordando imágenes de la Madonna. La señora Glasher se había arreglado con mucho esmero, lo había hecho cada día desde que pensó que Grandcourt podía volver. Su cabeza, que a pesar de su cansancio, conservaba una belleza imborrable en su bello perfil, en los rizos de sus cabellos, y en sus cejas marcadas, se alzaba imponente sobre sus prendas bronceadas de seda y terciopelo y el primer collar de oro que Grandcourt había colocado en su cuello hacía

años. No es que disfrutara arreglándose; al verse en el espejo lo primero que se le ocurría era: «¡Qué cambiada estoy!». Pero lo bueno que aún quedaba en ella lo iba a conservar. Si su principal deseo se veía satisfecho, podía imaginarse a sí misma apropiándose de la belleza de una dama lista para acoger el rango más alto. Los pequeños rostros a su lado, reducciones casi exactas del suyo propio, parecían dar cuenta de las florecientes curvas que habían estado anteriormente donde ahora solo quedaba una palidez hundida. Pero los chicos besaban las pálidas mejillas y nunca las encontraban deficientes. Ese amor era ahora la única finalidad de su vida.

De repente, la señora Glasher apartó la vista del libro de Josephine y escuchó.

—¡Silencio, querida! Creo que viene alguien.

Henleigh, el niño, saltó y dijo:

—Mamá, ¿es el molinero con mi burro?

No obtuvo respuesta, y acercándose a la rodilla de su mamá repitió su pregunta en un tono insistente. Pero la puerta se abrió, y el sirviente anunció al señor Grandcourt. La señora Glasher se levantó agitada. Heinleigh le frunció el ceño disgustado porque no fuera el molinero, y las tres niñas pequeñas dirigieron tímidamente sus ojos hacia él. A ninguno de ellos les gustaba en particular este amigo de su mamá —de hecho, cuando cogió la mano de la señora Glasher y se volvió luego para posar su otra mano sobre la cabeza de Henleigh, el enérgico vástago comenzó a dar golpes al brazo del amigo con sus puños para apartarlo—. Las niñas se sometieron tímidamente a ser acariciadas bajo la barbilla y a un beso, pero claramente parecía mejor mandarlas al jardín a jugar y danzar con los perros en las gravas.

—¿De dónde has venido? —dijo la señora Glasher, mientras Grandcourt se sacaba el sombrero y el abrigo.

—De Diplow —contestó lentamente, sentándose enfrente de ella y dirigiéndole una mirada inadvertida, que ella notó.

—Estarás cansado, entonces.

—No, descansé en el Junction, un escondite horroroso. Estos viajes en tren son siempre un fastidio. Pero he tomado café y he fumado.

Grandcourt se sacó su pañuelo, se frotó la cara, y al devolver el pañuelo a su bolsillo miró a su pierna cruzada y a su bota irreprochable, como si estuviera ante un extraño, en vez de ante una mujer que temblaba en suspense con cada palabra y mirada suya que podían inclinarla hacia la esperanza o el temor. Pero él estaba realmente interesado en su entrevista y sabía muy bien qué tenía que incluir en ella. Imaginad la diferencia en el grado de emoción entre esta mujer a quien los años habían llevado a una dependencia más consciente y a un ardor más profundo, y este hombre, a quien lo

habían arrastrado a una obstinación cada vez más neutral.

—Esperaba verte, hace tanto que no oigo nada de ti. Supongo que las semanas parecen más largas en Gadsmere que en Diplow —dijo la señora Glasher. Tenía un modo rápido e incisivo de hablar que parecía ir con sus rasgos, como el tono y el timbre de un violín van con su forma.

—Sí —dijo Grandcourt lentamente—. Pero encontraste el dinero pagado en el banco.

—Oh, sí —dijo la señora Glasher, de forma seca, comenzando a impacientarse. Antes, o al menos le daba la sensación, Grandcourt siempre había estado más por ella y por los niños que ahora.

—Sí —reanudó él, jugando con sus bigotes, sin mirarla al principio —, el tiempo me ha pasado bastante rápido; normalmente no lo hace. Pero han pasado varias cosas, como sabes; al decir esto volvió sus ojos hacia ella.

—¿Qué es lo que sé?

Hizo una pausa antes de decir, sin cambiar su tono:

—Que estaba pensando en casarme. ¿Viste a la señorita Harleth?

—¿Te lo dijo *ella*?

Las pálidas mejillas parecían aún más pálidas, quizás por el fiero brillo que mostraban sus ojos por encima de ellas.

—No, me lo dijo Lush —fue la lenta respuesta. Era como si unas manos hubieran arrastrado los objetos de tortura fuera del alcance de la vista de la víctima expectante.

—¡Santo cielo! Di de una vez que te vas a casar con ella —explotó pasionalmente, temblándole la rodilla y con los puños fuertemente cerrados.

—Por supuesto, este tipo de cosas deben suceder más tarde o más temprano, Lydia —dijo; realmente ahora que había comenzado la tortura, no quería hacerla sufrir más de la cuenta.

—Nunca viste la necesidad.

—Quizás no. La veo ahora.

En estas breves palabras dichas por lo bajo por Grandcourt, sintió una resistencia tan absoluta como si sus delgados dedos hubieran estado empujando una puerta de hierro fuertemente cerrada. Sabía que estaba desamparada, y procuró no mostrarlo, no quería suplicar a oídos sordos ni agarrarse a un cuerpo muerto, solo ver el rostro inmutable y sentir los miembros rígidos. Ni lloró ni habló: se había quedado bloqueada por la súbita certeza que había caído como un jarro de agua fría y que la dejó meditativa y convulsionada por la emoción. La esperanza perdida por la que había luchado y que no había podido alcanzar le provocó en estos primeros momentos una sensación horrible. Al fin, se levantó con un esfuerzo convulso, e

inconsciente de todo salvo su desdicha, apoyó la frente contra el frío y duro cristal de la ventana. Los niños, que jugaban en la grava, lo tomaron como un signo de que los quería dentro, y corrieron a ponerse delante de ella con sus dulces caras mirándole expectantes. Esto la animó: sacudió la cabeza, los condujo de nuevo hacia fuera, y exhausta por este penoso esfuerzo se hundió en la silla más cercana.

Grandcourt también se había levantado. Estaba doblemente molesto: por la escena en sí, y por la sensación de que no podía librarse de ella por muy autoritario que se mostrara; pero había que continuar con la tarea, y estaba la necesidad administrativa de arreglar las cosas de forma que dieran los mínimos problemas en el futuro. Estaba inclinado contra el borde de la chimenea. Ella le miró y dijo amargamente:

—Todo esto no te importa nada. Yo y los niños somos criaturas inoportunas. Quieres marcharte de nuevo y estar con la señorita Harleth.

—No hagas que el asunto sea más desagradable de lo que ya lo es, Lydia. No sirve de nada pretender cambiar las cosas que no pueden alterarse. Por supuesto es endemoniadamente desagradable para mí ver cómo tú misma te haces desgraciada. He hecho este viaje para decirte a lo que tienes que hacerte a la idea: os mantendré a ti y a los niños como siempre; y se acabó.

Silencio. Ella no se atrevió a responder. Esta mujer con la mirada intensa y ansiosa había encerrado la angustia de una madre en su alma, y la había hecho a veces capaz de una represión más dura que los gemidos o que la lucha. Pero por debajo del silencio fluía una corriente de odio y venganza: deseaba que el casamiento hiciera infelices a dos personas más, además de a ella. Por el momento, él continuó:

—Será lo mejor para vosotros. Podréis seguir viviendo aquí. Pero pienso despachar de vez en cuando una buena suma de dinero para ti y los niños, y podréis vivir donde queráis. No habrá nada de lo que te puedas quejar, entonces. Pase lo que pase, te sentirás segura. No podía haber hecho nada de antemano. Todo ha ido demasiado rápido.

Grandcourt concluyó su lenta entrega de frases. No esperaba que se lo agradeciera, pero consideraba que podía estar razonablemente satisfecha, si era posible para Lydia estar satisfecha. Ella no mostró ningún cambio, y, tras un minuto, él añadió:

—Nunca has tenido motivos para temer que fuera un avaro. Me importa un bledo el dinero.

—Si te importara, supongo que no nos lo darías —dijo Lydia. No pudo reprimir el sarcasmo.

—Es injusto y perverso que digas algo así —replicó Grandcourt, en

un tono bajo—; y te aconsejo que no vuelvas a decir ese tipo de cosas.

—¿Me castigarías dejando a los niños en la miseria? —Una vez soltado el veneno, no había quien la parara.

—Nadie está diciendo de dejar a los niños en la miseria —dijo Grandcourt, todavía en su bajo tono—. Te aconsejo no decir cosas de las que podrías arrepentirte.

—Estoy acostumbrada a arrepentirme —dijo amargamente—. Tal vez seas tú el que te arrepientas. Siempre te has arrepentido de amarme.

—Todo esto no hará más que poner las cosas más difíciles para que nos volvamos a ver. ¿Qué amigo tienes además de mí?

—Cierto.

Pronunció esta palabra como un gemido suave. Al mismo tiempo le sobrevino un breve destello: el deseo de que él, tras prometerse una felicidad mejor de la que había tenido con ella, sintiera una miseria y soledad que le condujeran de nuevo a ella para encontrar ciertos recuerdos de un tiempo en el que era joven, feliz y lleno de esperanza. Pero no. Él continuaría el camino sin agravio alguno. Era ella la que tenía que sufrir.

De esta forma pusieron fin a las palabras picantes. Grandcourt había pensado en un principio quedarse hasta la noche; ahora quería acortar su visita, pero no había un tren más temprano que el que había previsto para regresar, y tenía todavía que hablar con Lydia del segundo objeto de su visita, que al igual que una operación quirúrgica, parecía requerir un intervalo. Tenían que pasar las horas; había que comer; los niños entraron de nuevo: todo este mecanismo de la vida tenía que recorrerse con la triste sensación de represión que a menudo se siente en las disputas domésticas del tipo más común. Para Lydia representaba cierto alivio para su furia sofocada tener a los niños presentes: sentía una gloria brutal en su hermosura, como si se mofara de Grandcourt con toda su indiferencia hacia ella y hacia ellos, como si fuera soltando secretamente su veneno, que era fuertemente imaginario. Él se conducía con toda la ventaja de un hombre cuya gracia en su porte había sido moldeada por una experiencia de aburrimiento: acunó a la pequeña Antonia, que estaba sentada con sus manos cruzadas y sus ojos vueltos hacia su cabeza calva, que la impresionó como algo digno de observación, y se reconcilió con Henleigh prometiéndole una hermosa silla de montar y una brida. Solo las dos niñas mayores le habían conocido como una presencia continua; y los años intermedios habían superpuesto sus recuerdos infantiles con una timidez que el porte de Grandcourt no era probable que disipara. Él y Lydia, ocasionalmente, en presencia de los sirvientes, hacían alguna observación convencional; de otra manera no hablaban; y continuamente le volvía a Grandcourt el pensamiento de

su propio capricho de haberle entregado esos diamantes, cosa que le obligaba a padecer la molestia de tener que hablar de ellos. Tenía un cuidado muy arraigado de lo que consideraba pertenecía a su casta, y sobre la propiedad le gustaba sentirse señor; también le parecía indigno para sí mismo tener que pedir cualquier cosa del mundo. Pero por mucho que afirmara su independencia del pasado de la señora Glasher, su propio pasado era un yugo más fuerte que cualquiera que se hubiera impuesto. Tenía que pedir los diamantes que había prometido a Gwendolen.

Al fin, quedaron solos de nuevo, con las lámparas encima de ellos, cara a cara. Grandcourt miró a su reloj, y luego dijo, arrastrando aparentemente con indiferencia sus palabras:

—Hay una cosa que tengo que mencionar, Lydia. Mis diamantes, los tienes tú.

—Sí, los tengo yo —respondió enseguida, levantándose de pie con los brazos caídos y los dedos entrecruzados, mientras Grandcourt permanecía sentado tranquilo. Ella había esperado el tema y ya había decidido lo que iba a hacer. Pero lo pretendía llevar a cabo, si era posible, sin exasperarle. Durante las horas de silencio, había deseado recordar las palabras que habían abierto la brecha entre ellos.

—Están en esta casa, imagino.

—No, no están en esta casa.

—Creí que dijiste que los guardabas contigo.

—Cuando lo dije, era cierto. Ahora están en el banco en Dudley.

—Sácalos, ¿de acuerdo? Tengo que tomar medidas para entregárselos a alguien.

—No tomes ninguna medida. Serán entregados a la persona que quieres. Yo tomaré las medidas.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que he dicho. Siempre te he dicho que se los entregaría a tu mujer. Voy a mantener mi palabra. Todavía no es tu mujer.

—Esto es una bobada —dijo Grandcourt en tono de hastío. Era muy irritante que su indulgencia hacia Lydia le hubiera dado una especie de control sobre él a pesar de su condición dependiente.

Ella no habló. Él también se levantó, pero permaneció apoyado en la chimenea con solo una parte de su rostro vuelto hacia ella.

—Tengo que entregar los diamantes antes de que me case — empezó de nuevo.

—¿Cuál es el día de tu boda?

—El diez. No podemos perder tiempo.

—¿Y dónde irás después de casarte?

Él no replicó, pero se puso más malhumorado. Al final dijo:

—Tienes que concertar una cita con el banco antes de entonces,

sacarlos y verte conmigo o con alguien más a quien enviaré, pues para mí es un gran fastidio. Escoge un día.

—No, no voy a hacer eso. Ella los recibirá sin problemas. Voy a mantener mi palabra.

—¿Quieres decir —dijo Grandcourt, en voz casi imperceptible, volviéndose para mirarla de frente—, que no lo harás tal y como te he dicho?

—Sí, eso quiero decir —fue la respuesta que le salió, mientras sus ojos centellearon cerca de los suyos. La pobre criatura fue inmediatamente consciente de que si sus palabras iban a tener algún efecto en su suerte, este iba a ser negativo, y podía anular toda la ventaja que le quedaba por su larga paciencia. Pero la palabra ya había sido dicha.

Él se hallaba en una posición de lo más irritante. No podía sacudirla ni ponerle la mano encima; y si pudiera, el hecho no le devolvería los diamantes. Quería evitar el único modo de amenaza que podía asustarla, si le creía. Y en general, no había nada que odiara más que verse obligado a emplear la violencia, incluso de palabras: su voluntad debía imponerse por sí misma sin problemas. Tras mirarla unos instantes, volvió de nuevo el rostro, apoyándose como antes, y dijo:

—¡Idiotas infernales son las mujeres!

—¿Por qué no me dices adónde vas a ir después de casarte? Podría estar en la boda si quisiera, y saberlo allí —dijo Lydia, sin asustarse de la forma suicida de amenaza que tenía su poder.

—Por supuesto, si quieres, puedes hacer de mujer loca —dijo Grandcourt, con voz baja de desprecio—. No creo que te pares a pensar si saldrá algo bueno de eso, o si estás en deuda conmigo.

Estaba en un estado de hastió y amargura totalmente nuevo en la historia de la relación entre ellos. Era innegable que esta mujer a la que había permitido profundizar tanto en su vida tenía una capacidad terrible de irritar; y la precipitación temeraria de su forma de actuar habían dejado sus oportunidades abiertas. Él se dio cuenta con su orgullo que tenía muy pocas posibilidades si la amenazaba, y se quedó varios minutos en silencio repasando la situación, considerando cómo podía convencerla. Al contrario que él, ella tenía una naturaleza directa, con ciertas tendencias muy marcadas, y había una manera que había probado a menudo y que pensaba que podía contar con ella ahora. Como le había dicho Sir Hugo, Grandcourt sabía cómo jugar sus cartas en cada ocasión.

No volvió a hablar, sino que miró su reloj, hizo sonar la campana, y mandó que le trajeran el vehículo inmediatamente. Luego se apartó de ella, se puso a caminar como si esperara una llamada, y

permaneció en silencio sin volver los ojos hacia ella.

Ella estaba sufriendo el terrible conflicto entre cargar con las culpas o seguir con su tenacidad. Se imaginó a Grandcourt marchándose sin ni siquiera mirarla, y ella abandonada en solitaria incertidumbre, sin saber nada de él, sin saber si ella había causado daño a sus hijos, sintiendo que tal vez había conseguido que él la odiara: vio toda la miseria de una criatura que había frustrado sus propias razones. Y aún así, no podía soportar abandonar el propósito que representaba un dulce bocado para su venganza. Si no hubiera sido madre se habría sacrificado gustosamente por su venganza, por lo que creía que era justo: impedir la felicidad de otra, transfiriéndole su miseria. Estaban en lucha estas dos pasiones dominantes. Tenía que satisfacerlas las dos.

—No nos separemos enfadados, Henleigh —empezó ella, sin cambiar de sitio ni de actitud—: es una cosa muy pequeña la que pido. Si me negara a devolverte lo que llamas tuyo, sería diferente: eso podría ser una razón para tratarme como si me odiaras. Pero pido tan poco. Si me dices dónde vas a ir el día de tu boda, me encargaré de que se le entreguen los diamantes sin escándalo. Sin escándalo —repitió suplicante.

—Esos caprichos absurdos hacen que una mujer sea odiosa —dijo Grandcourt, sin apartar la mirada ni moverse—. ¿De qué sirve hablar a gente que está loca?

—Sí, soy estúpida, la soledad me ha hecho estúpida, compréndeme. —Dejó escapar un sollozo mientras decía—: si me consientes esta pequeña tontería, me comportaré apaciblemente, nunca te molestaré. —Rompió en un llanto histérico, y luego dijo casi gritando—: Seré muy apacible después de esto.

Había una extraña mezcla de actuación y realidad en esta pasión. Se mantenía firme en su propósito como un niño que cierra la mano tras robar un pequeño objeto, mientras llora y lo niega. Incluso a Grandcourt le pilló por sorpresa: este deseo caprichoso, esta violencia infantil, era tan inusual en el comportamiento de Lydia como incongruente lo era con su persona. Ambos habían llevado siempre consigo un sello de dignidad. Con todo, parecía más manejable en este estado que en su anterior actitud de desafío. Se acercó de nuevo a ella, y dijo, en su tono autoritario:

—Cálmate, y escucha lo que te digo. Nunca te perdonaré si te presentas otra vez armándome una escena.

Ella se frotó la cara con su pañuelo, y cuando pudo hablar firmemente dijo, con la voz amortiguada que prosigue a los llantos:

—No lo haré, si me dejas hacer las cosas a mi modo, te prometo que no me abalanzaré de nuevo. Nunca he faltado a mi palabra. ¿Cuántas veces has roto tú la tuya? Cuando me diste los diamantes

para llevarlos, no pensabas en tener otra mujer. Y ahora te los devuelvo, no te lo reprocho, solo te pido que me dejes hacer las cosas a mi manera. ¿No lo he sobrellevado todo bien? Se me ha quitado todo, y cuando pido una pajita, una astilla, me la niegas. —Había hablado rápido, pero tras una pequeña pausa, dijo más despacio, libre ya su voz del tono amortiguado—: No soportaré que me lo niegues.

Grandcourt se sentía confundido, como si tuviera que tratar con algo parecido a la locura; solo podía salir airoso cediendo. El sirviente anunció que estaba listo el coche. Cuando la puerta se cerró de nuevo, Grandcourt dijo, hoscamente:

—Vamos a ir a Ryelands, pues.

—Se le entregarán allí —dijo Lydia con decisión.

—Muy bien, me voy. —No tenía ganas ni de cogerle la mano: le había fastidiado muy a fondo. Pero ahora que ella había ganado esta batalla, podía humillarse para aplacarlo.

—Perdóname; nunca más te molestaré —dijo, con mirada suplicante. Por dentro pensaba claramente: «Solo soy yo la que tengo perdonar». Aún así estaba obligada a pedir perdón.

—Será mejor que mantengas esa promesa. Me has hecho sentir fatal, como nunca me había sentido, con tu locura —dijo Grandcourt, al parecer escogiendo la frase más dura de su repertorio.

—¡Pobrecillo! —dijo Lydia, con una débil sonrisa; ¿era él consciente del hecho menor de lo mal que le había hecho sentir a ella esta mañana?

Pero con una rápida transición natural en ella, estaba dispuesta a halagarle si le dejaba, para que pudieran despedirse de alguna forma reconciliados. Se arriesgó a poner la mano en su hombro, y él no se apartó: ella le había metido el miedo en el cuerpo tan bien que a él no le sabían mal estas pruebas de sumisión restituida.

—Enciende un cigarro —dijo, suavemente, sacando la caja del bolsillo de él y abriéndola.

Entre tales mimosos signos de mutuo temor se despidieron. La sensación con la que se quedó Grandcourt era de control imperfecto.

CAPÍTULO 31

Abandonarse temerariamente
a mares inexplorados, a riberas desconocidas.
SHAKESPEARE[131]

El día que Gwendolen Harleth se casó y pasó a ser la señora Grandcourt, la mañana era clara y brillante, y mientras el sol aún estaba bajo, una ligera escarcha cubría las hojas. La ceremonia nupcial era digna de verse, y medio Pennicote fue a verla, todos en procesión hacia la iglesia. Un viejo amigo del Rector ofició la ceremonia matrimonial, haciendo el Rector mismo de padre de la novia, para satisfacción de la procesión. Solo dos rostros, se observaba, mostraban signos de tristeza: el de la señora Davilow y el de Anna. Los párpados delicados de la madre estaban rosados, como si hubiera estado llorando la mitad de la noche; y a nadie le sorprendía que, por muy espléndida que fuera la unión, sintiera la partida de una chica que era la flor de sus hijas y de su propia vida. Se entendía menos por qué estaba a disgusto Anna cuando le sentaba tan bien el vestido de dama de honor. Todos los demás parecían reflejar el esplendor de la ocasión, la novia por encima de todos. Estaban todos de acuerdo que por lo que respectaba a su figura y su carruaje era digna de ser una "dama de la nobleza"; en cuanto al rostro, quizás se pensase que un título requería un color más rosado; pero al no tener precisamente el novio una tez coloreada —siendo, como la mujer del molinero observó, de complexión muy parecida a la de su marido—, el enlace era de lo más completo. En cualquier caso, él debía estar muy apegado a ella; y se esperaba que no tuviera nunca que echarle en cara que la había rescatado de servir como institutriz y a su madre de vivir en la cabaña de Sawyer, vicisitudes de las que se había hablado mucho en el pueblo. La hija del molinero, de catorce años, no podía creer que los señores de alta cuna se comportaran mal con sus mujeres, pero su madre la instruyó:

—Oh, niña, los hombres son hombres: benignos o simples, son parecidos unos a otros. Oí a mi madre decir que el escudero Pelton solía entrar con sus perros y un gran látigo en la habitación de su

mujer, y los apaleaba allí para asustarla; y mi madre era la sirviente de la señora allí por esa época.

—Esa es una conversación desafortunada para una boda, señora Girdle —dijo el sastre—. Una pelea puede acabar con el látigo, pero empieza con la lengua, y son las mujeres las que tienen más de eso.

—El Señor se la dio para que las usaran, me imagino —dijo la señora Girdle—; Él nunca pretendió que las cosas se hicieran a la manera de ustedes.

—Por lo que sé del mozo que cuida de los caballos en Offendene —dijo el sastre—, este señor Grandcourt tiene la lengua corta. Todo debe hacerse bastante mal si no lo manda él.

—Entonces supongo que será él quien llevará el látigo —dijo la señora Girdle—. Ella tiene bastante lengua, lo puedo garantizar. ¡Mire, por allí vienen juntos!

—¡Qué ángulos más hermosos forman sus ojos! —dijo el sastre—. Hace que te sientas gracioso cuando te mira.

Gwendolen, de hecho, nunca mostró más elasticidad en su porte, más lustre en su profunda mirada oscura: tenía la brillantez de una fuerte exaltación, que a menudo proviene incluso de la pena. No era pena, no obstante, lo que sentía; había logrado recuperar de nuevo la misma condición que había disfrutado en la mesa de juego cuando Deronda la estaba observando, y empezó a perder. Estaba gozando de ello: cualquier ansiedad creada por su conciencia había sido tratada como un achaque, enterrada entre la vanidad ambiciosa y su deseo por el lujo, para los que haría falta una gran cantidad de veneno para erradicarlos. Esta mañana no podía haber dicho en verdad que se arrepintiera de haber aceptado a Grandcourt, o que algún vago temor por el futuro fuera a impedir los deslumbrantes efectos de la escena actual en la que ella representaba el papel principal. Que estaba haciendo algo mal, que podía sobrevenirle un castigo, que la mujer a la que había hecho una promesa y que había roto se lo estaba reprochando amargamente llena de pena, que Deronda con su manera de mirar las cosas muy probablemente la despreciaba por casarse con Grandcourt, como la había despreciado por apostar, y sobre todo, que la cuerda que la unía con este pretendiente y que hasta ahora había mantenido con su mano, se la estaban arrojando al cuello, todo este enredo abultado de hechos oscuros con vagas pero profundas impresiones, y con imágenes medio reales, medio fantásticas, la había estado preocupando durante las semanas de su compromiso. ¿Se había anulado esta mañana esa sensación perturbadora? No: la había apartado y superado con una especie de desafío exultante sintiéndose como si participase del juego de la vida, con muchos ojos sobre ella, apostándolo todo por ganar —o incluso si perdía, que fuera de forma explosiva y con una sensación de importancia—. Pero esta mañana no

la presionaba el miedo de perder su destino: creía que se le abrían las puertas de un poder más pleno para manejar las circunstancias, con toda la fuerza oficial del matrimonio, del que algunas mujeres hacían un uso tan pobre. Esa intoxicación de egoísmo juvenil, por la que la habían azorado los problemas, la humillación y una nueva sensación de culpabilidad, había vuelto bajo la nueva fuerza alimentada por los viejos humos. No presentaba en absoluto la imagen de la novia llorosa y trémula. La pobre Gwendolen, a la que algunos habían sobrevalorado en la instrucción de los caminos del mundo, con su cabeza erguida y su paso elástico, caminaba entre ilusiones; pero aún así, incluso, de forma subconsciente sabía que estaba un poco intoxicada.

—¡Gracias a Dios que lo llevas tan bien, querida! —dijo la señora Davilow, al ayudar a Gwendolen a desvestirse de su vestido nupcial y ponerse su traje de viaje. La única que había estado temblando había sido la pobre madre y su agitación obligó a Gwendolen doblemente a tomarse la mañana como si se tratara de un triunfo.

—¡Cómo! Habrías dicho lo mismo si hubiera ido a casa de la señora Mompert, querida, triste e incorregible mamá —dijo Gwendolen poniendo las manos sobre las mejillas de su madre con una tierna sonrisa; luego, retirándose un poco estiró un poco los brazos como si se exhibiera—. ¡Aquí estoy… la señora Grandcourt! ¿Qué más quieres de mí, además de lo que estoy segura de ser? Sabes que te morías de preocupación cuando pensabas que no sería la señora Grandcourt.

—¡Calla, calla, hija, por el amor de Dios! —dijo la señora Davilow, casi en un susurro. ¿Cómo puedo evitar sentirlo cuando me voy a separar de ti? Pero lo puedo llevar con alegría si tú estás feliz.

—¡Con alegría, no, mamá! —dijo Gwendolen, sacudiendo la cabeza, con una ligera sonrisa—. Lo llevarás de buena gana, pero siempre con pena. Todo lo haces con pena, no puedes abordar nada sin ella. —Y agarrando a su madre por los hombros, le llenó de besos primero una mejilla y luego la otra antes de decir muy contenta—: Y te apenarás de que todo esté a mi disposición, y que disfrute de todo a lo grande, con espléndidas casas, y caballos, y diamantes… tendré diamantes… y yendo a la corte, y siendo la señora Seguro-que-sí, o la señora Tal-vez, y que si gran señora por aquí, de galope por allí, y siempre queriéndote a ti más que a nadie más en el mundo.

—¡Mi dulce niña! Pero yo no estaré celosa si quieres más a tu marido; y él esperará ser el primero.

Gwendolen contrajo sus labios y su barbilla en una mueca graciosa, diciendo:

—Una expectativa más bien ridícula. Sin embargo, no pretendo tratarle mal, aunque se lo merezca.

Entonces, las dos se fundieron en un abrazo, y Gwendolen no pudo reprimir un sollozo al decir:

—Ojalá vinieras conmigo, mamá.

Pero el ligero brillo húmedo de sus ojos la hizo aún más encantadora al dar su mano a Grandcourt para que la condujera hacia el carruaje.

El Rector la miró dentro del carro para despedirse:

—Adiós; que Dios te bendiga; te veremos pronto de nuevo —y luego volvió con la señora Davilow diciéndole en un tono mitad festivo, mitad solmene:

—Estemos agradecidos, Fanny. Está en una posición muy adecuada para ella, más allá de lo que me habría atrevido esperar. Y pocas mujeres podían haber sido elegidas tan por sí mismas. Deberías sentirte una madre feliz.

Hubo un viaje en tren de unas cincuenta millas antes de que los nuevos esposos llegaran a la estación cercana a Ryelands. El cielo se había encapotado desde la mañana, y apenas acababa de pasar el crepúsculo cuando entraron por las puertas del jardín, pero Gwendolen, mirando por las ventanas del carruaje mientras proseguían rápidamente, todavía podía ver el gran contorno y las bellezas más cercanas de la escena: el largo camino sinuoso limitado por árboles de hoja perenne con grandes troncos grises; luego, la apertura a amplios espacios de césped y a ondulaciones cubiertas de matas oscuras; hasta que al final llegaron a un amplio nivel desde el cual podía verse la casa blanca, con un bosque que parecía colgar de la parte trasera, y la barandilla que subía y bajaba de una terraza situada enfrente.

Gwendolen había estado de su mejor humor durante el viaje, sin dejar de hablar, ignorando cualquier cambio en su posición mutua desde el día anterior; y Grandcourt había permanecido prácticamente inalterable cuando ella le devolvió su dócil ataque: él había cogido su mano y ella le agarró con su otra mano quedando sus dos manos entre las de él, animándose cada vez más, como un gatito que no se está quieto para que lo mimen. Había incluso algo de febril en su excitación; y ahora, mientras atravesaba el parque, su susceptibilidad habitual a los cambios de luz y de escenario posibilitó que su corazón palpitara de una nueva forma. ¿Era simplemente por la novedad, o por la casi increíble realización de sus sueños infantiles de ser “alguien”, caminando por sus propios largos pasillos y bajo sus propios techos de una eminencia magnífica, donde la Primavera aparecía pintada despojándose de flores, y los Céfiros[132] cortados de medio cuerpo hacían sonar sus trompetas sobre ella, mientras sus propios sirvientes, hombres vestidos de lacayos pero hombres de verdad, que no eran

nada en su presencia, reverenciaban las buenas costumbres de su insolencia hacia ellos; en pocas palabras, siendo la heroína de una obra admirada sin sufrir las penas que requiere el arte? ¿Era solo la consecución de este objetivo lo que hacía palpitar su corazón? ¿O es que preveía algo oscuro, la insistente agudeza de la experiencia reprimida, mezclando las expectativas de un triunfo con el miedo al fracaso? La suya era una de esas naturalezas en las que la exultación lleva consigo una dosis de terror presta a cuajarse y declararse en cualquier momento.

Se contuvo y permaneció en silencio mientras se acercaban a las puertas, y cuando su marido dijo: «¡Ya estamos en casa!» y por primera vez la besó en los labios, ella apenas se dio cuenta: no era más que la aceptación pasiva de un saludo en medio de un espectáculo absorbente. ¿No era acaso toda su vida apresurada de los últimos tres meses un espectáculo, en el que su consciencia era un espectador asombrado? Tras la emoción medio premeditada del día, le sobrevino un entumecimiento.

Pero había una luz brillante en el recibidor: calor, esteras, alfombras, retratos de cuerpo entero, esculturas del Olimpo y sirvientes diligentes. Pero no muchos sirvientes, de todas formas: solo se habían añadido unos pocos más de Diplow a los que estaban normalmente al cargo de la casa; y la nueva criada de Gwendolen, que había venido con ella, había sido recomendada por la ama de llaves. Gwendolen se sintió conducida por Grandcourt a través de un pasillo ligeramente perfumado, luego por una antesala donde vio una puerta abierta que despedía un rico destello de luz y color.

—Estos son nuestros aposentos —dijo Grandcourt—. Imagino que querrás descansar un poco aquí hasta la hora de la cena. Cenaremos pronto.

Estrechó su mano contra sus labios y se alejó, más enamorado de lo que había esperado estar.

Gwendolen, deshaciéndose de su sombrero y su abrigo, se dejó caer en una silla cerca de la chimenea que chispeaba, y vio su imagen repetida en espejos confrontados rodeada de un ambiente verde pálido y satinado. El ama de llaves había entrado en el tocador desde la habitación contigua dispuesta a demorarse, pensó Gwendolen, para observar a la nueva señora de Ryelands, quien sin embargo, deseando con impaciencia estar a solas, le dijo:

—¿Le dirá a Hudson que cuando haya sacado mi vestido deje todo lo demás? No quiero que vuelva, a menos que la llame.

El ama de llaves, acercándose, dijo:

—Aquí tiene un paquete, señora, que se me ordenó no entregar más que a usted, cuando estuviera sola. La persona que lo trajo dijo que era un regalo pedido en especial por el señor Grandcourt; pero él

no sabría cuándo llegaría hasta que no viera que usted lo llevara. Perdóneme, señora; creí conveniente obedecer las órdenes.

Gwendolen cogió el paquete y lo dejó en su falda hasta que oyó cerrarse la puerta. Le vino a la mente que el paquete podría contener los diamantes que Grandcourt había comentado que estaban depositados en cierto lugar y que le serían entregados al casarse. En este momento de sentimientos confusos y de languidez progresivamente suntuosa, le agradaba esta diversión, estaba contenta de poder probarse los diamantes.

Dentro del envoltorio había una caja, pero dentro de la caja había un joyero; y ahora ya no tenía ninguna duda de que tenía los diamantes. Pero al abrir el joyero, al mismo tiempo que vio su brillo vio una carta sobre ellos. Conocía la escritura de la dirección. Era como si una víbora hubiera pasado sobre ellos. Su corazón dio un vuelco que pareció llevarse toda su fuerza; y mientras abría el trocito de papel, le temblaban las manos. Pero era legible como si estuviera impreso, y sus palabras se abalanzaron sobre ella.

> *Estos diamantes, que una vez fueron entregados con amor ardiente a Lydia Glasher, se los entrega ella ahora a usted. Ha roto usted su palabra: que no poseería lo que era de ella. Tal vez piense que será feliz, como lo fue ella una vez, y que tendrá hijos preciosos como los de ella, que han de ser dejados a un lado. Dios es demasiado justo para ello. El hombre con el que se ha casado tiene un corazón marchito. Su mejor amor de juventud fue para mí; no podría usted arrebatarme eso aunque se quede con el resto. Está muerto; yo soy la tumba donde está enterrada su oportunidad de felicidad, así como la mía. Se le avisó. Y escogió injuriarme a mí y a mis hijos. Pretendía casarse conmigo. Se habría casado conmigo al fin si usted no hubiera roto su palabra. Tendrá usted su castigo. Lo deseo con toda mi alma.*
>
> *¿Le dará esta carta a él para ponerlo en mi contra y arruinarnos más, a mí y a mis hijos? ¿Le gustará estar delante de su marido con los diamantes puestos, y mis palabras en el pensamiento tanto de él como de usted? ¿Pensará él que tiene usted motivos para quejarse por haberla hecho miserable? Le aceptó usted sabiéndolo todo. El deliberado mal que me ha hecho será su maldición.*

Al principio Gwendolen quedó boquiabierta leyendo una y otra vez las horribles palabras de la carta como si estuviera predestinada a una condena; pero de repente un nuevo espasmo de terror la hizo inclinarse hacia delante y extender el papel hacia el fuego, para que ningún ojo fuese testigo de la acusación ni de la prueba. Voló como una pluma desde sus dedos temblorosos y cayó en medio de las

grandes llamas. En su movimiento, la cesta cayó al suelo y los diamantes rodaron. No hizo caso de ello, y se reclinó de nuevo en su silla, desvalida. No podía ya ver sus propios reflejos: eran como esas mujeres petrificadas de color blanco; pero alguien que se hubiera acercado a ella habría notado el temblor de sus labios y sus manos. Estuvo sentada así un buen tiempo, siendo consciente de poco más de que se iba encontrando cada vez peor, y que esas palabras escritas no dejaban de repetirse en su interior.

En verdad que estas joyas estaban envenenadas, y el veneno había entrado en esta pobre criatura.

Al fin, hubo un golpe en la puerta y Grandcourt entró, vestido para cenar. Su visión le provocó un nuevo estado nervioso, y Gwendolen se puso a gritar con violencia histérica. Él había esperado verla vestida y sonriendo, preparada para bajar. En cambio, la vio pálida, temblando al parecer de terror, con las joyas desparramadas a su lado por el suelo. ¿Era un ataque de locura?

De alguna forma u otra las Furias[133] habían cruzado su umbral.

CAPÍTULO 32

En todas las épocas se han preferido los textos en los que un amor poderoso tenga la naturaleza de una fatalidad aislada, donde queden fuera las opiniones y determinaciones habituales: así por ejemplo, el frenesí de Dafnis[134], al que le hubiera valido poco conocer la doctrina de Heráclito[135]; o la pasión de Tristán, alimentada mediante un brebaje, y que aunque hubiera sido tan reflexivo como Duns Scoto[136], la copa le habría trastornado igualmente el juicio; o Romeo al abordar de repente a Julieta, que aunque hubiera tenido alguna objeción contra Ptolomeo[137] no habría variado su discurso bajo el balcón. Pero no todo el amor es así, incluso aunque sea poderoso; no, esta pasión tiene un rango de posibilidades tan amplio como para aliarse con cada operación del alma; de esta forma reconocerá un efecto proveniente de la luz imaginada de firmamentos desconocidos, y tendrá su escala dispuesta en las órbitas mayores de lo que ha sucedido y sucederá.

Deronda, a su regreso a la ciudad, pudo asegurar a Sir Hugo de haber dejado claro a Grandcourt que podía obtener cincuenta mil libras abandonando una expectativa que probablemente era lejana, y no del todo segura; pero no había obtenido más signos de la disposición de Grandcourt sobre el asunto que el hecho de que se mostrara evidentemente dispuesto a mantener comunicaciones amistosas.

—¿Y qué pensaste de la futura esposa al verla más de cerca? —dijo Sir Hugo.

—Pensé mejor de ella de lo que lo hice en Leubronn. La ruleta no era un buen sitio para ella; hizo que aflorara algo de su demonio. En Diplow parecía mucho más femenina y atractiva, menos dura y dueña de sí misma. Pensé que su boca y sus ojos tenían una expresión bastante diferente.

—No coquetees demasiado con ella, Dan —dijo Sir Hugo, bromeando—. Si haces enfadar a Grandcourt cuando vengan a la Abadía en Navidad, eso interferirá con mis negocios.

—Puedo quedarme en la ciudad, señor.

—No, no. Lady Mallinger y las chicas no pueden pasar sin ti en

Navidad. Solo que no metas la pata, a menos que consigas que te rete a duelo, y que te las apañes para disparar a Grandcourt, que bien puede valer la pena cierta incomodidad.

—No creo que me viera usted coquetear nunca —dijo Deronda muy seriamente.

—¿Ah no? —dijo Sir Hugo, provocativamente—. Siempre estás mirando a las mujeres con ternura, y hablando con ellas de una forma jesuítica. Eres un joven peligroso, una especie de Lovelace[138] que haces que las Clarisas corran tras de ti en vez de tú tras ellas.

¿De qué servía exasperarse por un chiste sin gracia? Solo que la exasperación venía antes de la reflexión sobre su utilidad. Pocas observaciones amistosas son más molestas que las que nos dicen que siempre parece que hacemos lo que nunca pretendimos hacer. La idea de Sir Hugo acerca del coqueteo, como era de esperar, era más bien peculiar; por su parte, Deronda estaba seguro de no haber coqueteado nunca. Pero estaba contento de que el baronet no tuviera conocimiento del rescate del collar de Gwendolen para alimentar su gusto por este tipo de declaraciones.

Estaría en guardia en el futuro; por ejemplo, en su conducta hacia la señora Meyrick, a la que iba a hacer su primera visita desde su llegada de Leubronn. Pues Mirah era en verdad una criatura a la que era difícil no mostrar un tierno interés ya fuera por la mirada como por la conversación.

La señora Meyrick no había dejado de enviar a Deronda un parte con el bienestar de Mirah en su familia. «Cada día la queremos más», había escrito. «A la hora del desayuno, todas miramos hacia la puerta con expectación para verla entrar; y la observamos y escuchamos como si fuera una nativa de un país nuevo. No he oído una palabra de sus labios que me haga dudar de ella. Está muy satisfecha y llena de gratitud. Mis hijas están aprendiendo mucho de ella, y esperan conseguir más alumnas; pues está ansiosa de ganarse el pan sin holgazanear, sino trabajando, como mis hijas. Mab dice que nuestra vida se ha transformado como en un cuento de hadas, y todo lo que teme es que Mirah se convierta de nuevo en un ruiseñor y vuele lejos de nosotras. Su voz es perfecta: ni alta ni fuerte, sino minuciosa y emotiva, como los pensamientos de lo que ha sucedido. Así es como pensamos que es una voz hermosa la gente mayor como yo».

Pero la señora Meyrick no entró en detalles que le hubieran obligado a decir que Amy y Mab, que habían acompañado a Mirah a la sinagoga, encontraron la fe judía menos reconciliable con sus deseos en su caso que en el de la Rebeca[139] de Scott. Lo mantenían en silencio por delicadeza hacia Mirah, para quien su religión era un asunto demasiado sensible como para tratarlo a la ligera; pero tras un tiempo, Amy, que tenía mucho de reformadora práctica, no pudo

reprimir una cuestión.

—Perdona, Mirah, pero ¿te parece del todo correcto que las mujeres se tengan que sentar entre rejas en una galería aparte?

—Sí, nunca pensé que pudiera ser de otra forma —dijo Mirah, apaciblemente sorprendida.

—¿Y prefieres ver a los hombres con sus sombreros puestos? —dijo Mab, proponiendo cautelosamente una pequeña diferencia.

—Oh, sí. Me gusta lo que siempre he visto allí, porque me trae de nuevo los mismos sentimientos, los sentimientos de los que no me desprendería por nada del mundo.

Tras esto, cualquier otra crítica, fuera de doctrina o de práctica, les habría parecido a esta generosa pequeña familia una crueldad inhóspita. La religión de Mirah y sus afectos iban del todo unidos, y nunca se le había presentado como un conjunto de proposiciones.

—Se dice a sí misma que es muy mala judía, y no sabe ni la mitad de la religión de su pueblo —dijo Amy, cuando Mirah se hubo acostado—. Tal vez se vaya desprendiendo de ella gradualmente y se pase al cristianismo como el resto del mundo, si nos quisiera mucho y nunca encontrara a su madre. Es tan extraño ser de religión judía hoy en día.

—¡Oh, oh, oh! —se lamentó Mab—. Ojalá no fuera tan mala cristiana. ¿Cómo puede una cristiana tan horrible, que siempre se está escaqueando del trabajo, convertir a una judía que no tiene ninguna falta?

—Puede que sea muy malvada por mi parte —dijo la astuta Kate —, pero no puedo evitar desear que no se encuentre a su madre. Puede que haya algo desagradable.

—Yo no pienso así, querida —dijo la señora Meyrick. Creo que Mirah está hecha del mismo molde que su madre. ¡Y qué alegría sería para ella recuperar una hija como ella! Pero los sentimientos de una madre no son dignos de consideración, supongo —lanzó una mirada maliciosa a sus propias hijas—, y una madre muerta vale más que una viva.

—Bueno, puede que sí, mamaíta —dijo Kate—; pero preferiríamos tenerte en poco y que estés viva.

No solo las Meyrick, cuyos conocimientos diversos habían sido adquiridos por ese indagar irregular al que normalmente se ven reducidas las chicas inteligentes, sino el mismo Deronda también, con toda su instrucción masculina, se habían dado cuenta con la aparición de Mirah, que apenas sabían nada del judaísmo moderno o de la historia interna judía. El Pueblo Elegido había sido tratado en general como un pueblo elegido por el bien de otros; se consideraba su pensamiento como algo (sin importar exactamente qué) que tenía que

haber sido completamente diferente; y Deronda, como sus semejantes, había considerado el judaísmo como una especie de forma excéntrica y fosilizada, que un hombre letrado podía prescindir de estudiar, y dejarlo a los especialistas. Pero Mirah, con su escapada despavorida de uno de sus padres, y la búsqueda ansiosa del otro, había hecho descubrir a Deronda la hasta entonces escondida realidad de que el judaísmo era algo que todavía latía en algunas vidas humanas y que resultaba para ellos la única religión posible; y durante el siguiente viaje de placer que hizo con Sir Hugo empezó a mirar el exterior de las sinagogas, y los títulos de los libros acerca de los judíos. Este despertar en un nuevo interés —este paso de la suposición de que tenemos la opinión correcta sobre un tema que no nos importa, a una repentina fascinación por el mismo, y la sensación de que nuestras opiniones no eran sino ignorancia—, es un remedio efectivo contra el aburrimiento, que desgraciadamente no puede ser recetado por los médicos; pero Deronda lo había aplicado, y había sobrellevado tanto mejor sus semanas de descanso. Fue durante este viaje que entró por primera vez en una sinagoga judía, en Frankfurt, donde sus compañeros de viaje se habían parado a descansar un viernes. Al explorar la calle de los judíos, que ya había visto hacía mucho tiempo, recordaba muy bien sus viejas casas pintorescas; en lo que ahora se fijaban sus ojos era en los seres humanos que había allí; y su pensamiento, ocupado en conectarlos con etapas pasadas de su raza, removió esa fibra de compasión histórica que había ayudado a definir en él ciertos rasgos que vale la pena mencionar para aquellos que estén interesados en su futuro. Es cierto que cuando un joven tiene una figura elegante, modales no excéntricos, la educación de un caballero, y unos ingresos considerables, no es habitual sentir una curiosidad morbosa sobre su manera de pensar, o sus gustos peculiares. Puede estar muy bien situado en la vida como un hombre joven agradable e inteligente sin que se le examine especialmente. Luego, a medida que va descuidando su aspecto, se notan mucho más sus peculiaridades, y solo por compasión no se juzgan como altamente objetables. Pero cualquiera que quiera entender los efectos de los sucesos posteriores sobre Deronda debe conocer lo que era a los veinticinco años, y conocerlo más a fondo que lo que podría revelar un trato ordinario.

Sucedía que la misma viveza de sus impresiones le había hecho aparecer ante sus amigos de forma muy enigmática, y había contribuido a una aparente imprecisión de sus sentimientos. Su sensibilidad y reflexividad precoz le habían llevado a una compasión hacia todos, que amenazaba impedirle tomar las medidas más adecuadas en cada caso: tan pronto como asumía cualquier antagonismo, aunque solo fuera de pensamiento, se veía a sí mismo,

como un guerrero sabino[140] en la memorable historia, donde su lanza no se encontraba más que con carne de su carne y con las cosas que amaba. Había desarrollado tanto el hábito de ver las cosas como probablemente aparecían a los otros, que decantarse por un lado, a menos que fuera una opresión evidente, le resultaba deshonesto. Su abundante y adaptable compasión había terminado por fundirse con ese análisis reflexivo que tiende a neutralizarla. Pocos hombres eran capaces de mantenerse tan libres del vicio como él; y aún así, odiaba los vicios de forma templada, pues estaba acostumbrado a verlos no tanto en abstracto como mezclados con cada naturaleza humana, cada una de ellas con su historia individual, lo que hacía que se doblegara a la comprensión y a la conmiseración. Con el mismo equilibrio innato, era fervientemente democrático en su sentimiento por la multitud, pero también, por su afectuosidad e imaginación, intensamente conservador; ávido de especulaciones sobre el gobierno y la religión, pero en contra de desprenderse de formas largamente aprobadas por la experiencia, que para él, estaba llenas de recuerdos y sentimientos que ningún argumento podía anular. Lo normal es caer hacia el lado por el que nos inclinamos; y Deronda sospechaba que se inclinaba demasiado por las causas perdidas del mundo. El martirio cambia de lado, y se hallaba en peligro de cambiar con él, al sentir gran repugnancia a aceptar el éxito que el orden del mundo nos impone traicionando el bienestar común. Pero el miedo a caer en un odio estrecho e irracional le hizo pararse a pensar: excusaba a los herederos de los privilegios; y aborrecía la amargura de los perdedores y el tono acusador de los innovadores inaceptados. Una compasión demasiado reflexiva y generalizada corría el peligro de paralizar en él esa indignación contra lo malo y esa calidad de compañerismo que son las condiciones de la fuerza moral; y en los últimos años, en los que ya había madurado, se había dado tan vivamente cuenta de esto que lo que más anhelaba era un signo externo, o una iluminación interna, que le colocara en una línea definitiva de acción, y canalizara su energía dispersa. Estaba dejando de importarle el conocimiento, no tenía ambición por la práctica, a menos que ambas pudieran ser encauzadas en una sola corriente con sus emociones; y estaba aterrorizado, como si fuera la morada de las almas perdidas, ante esa anatomía muerta de la cultura que convierte el universo en una mera respuesta sin fin a las preguntas, y que sabe, no todo, sino todo lo demás sobre todo, como alguien que no conociera nada del olor de las violetas salvo el olor mismo dado a conocer por alguien sin olfato. ¿Pero cómo y de dónde vendría ese signo necesario, la influencia que justificara la parcialidad, y le convirtiera en lo que anhelaba ser pero que no podía ser por sí mismo —una parte orgánica de la vida social —, en lugar de vagar por ella como un espíritu añorante separado del

cuerpo, conmovido por una imprecisa pasión social, pero sin un objetivo fijo en el que hacer real el compañerismo? No quería vivir sin marcar esa diferencia que apuntara hacia lo más bueno; ¿pero cómo conseguirlo? Una cosa es ver el camino; otra cosa es tomarlo. Encontró que parte de la culpa se debía a su nacimiento y el modo en que fue educado, que no le había supuesto ninguna exigencia especial ni le había conectado con ninguna relación fija salvo una de tipo dudoso; pero no pretendía ocultarse a sí mismo en una especie de aturdimiento meditativo, y poco a poco se iba alejando de esa vida de sentimiento llena de energía que habría proclamado (si se hubiera sentido con ganas de proclamar algo) ser la mejor de todas las vidas, y para él la única que merecía la pena vivir. Buscaba alguna forma de mantener intactas y potentes la emoción y su generación de sentimientos —lo que hace la vida atractiva— ante la reflexividad que amenazaba anular todas las diferencias. Reducir los objetos del sentimiento a polvo fino, pero mantenerlo vivo y activo, era algo así como la famosa fórmula para hacer cañones: formar un hueco cilíndrico y rodearlo con acero intentando mantener en todo momento el hueco cilíndrico. ¿Pero cómo distinguir lo que nuestra voluntad puede sabiamente preservar en su plenitud amontonando momias de gatos y atendiendo al costoso culto de enclaustradas inmundicias?

Algo así pasaba por la mente de Deronda cuando leía leyes o cuando escuchaba sin mucha atención una conversación refinada. Mientras tanto, seguía sin emprender ninguna acción en particular con entusiasmo y determinación. No es que fuese necesario proponer una experiencia admirable como ideal, pero al menos sí un esfuerzo constante y diario como el que muchos jóvenes desde los patriarcas habían tenido que pasar, con dificultades y tropiezos.

Ya he dicho que bajo su calma externa poseía un fervor que le predisponía a sentir la presencia de la poesía en los sucesos de cada día; y las formas de la calle de los judíos, fomentando la sensación de unión con lo remoto, le animaron a meditar sobre dos elementos de nuestra vida histórica, que esa sensación eleva a la misma región de la poesía: el débil comienzo de la fe y de las instituciones y lo mucho que tardan en desmoronarse; el polvo y los restos marchitos del pasado con los que van a ser cubiertos, permitiendo solo a las mentes despiertas admirar o bien una vida sublime, como ocurre con las dos hojas pequeñas que acabarán convirtiéndose en un gran árbol, o bien la herencia conmovedora en la que toda la gloria y la grandeza se han convertido en un triste recuerdo.

Esta apasionada meditación, mientras salía de la calle de los judíos y continuaba deambulando por la cálida noche, pretendiendo hallar el camino hacia la sinagoga, neutralizó el efecto repulsivo de ciertos pequeños incidentes desagradables con los que topó en su camino. Al

entrar en una vieja librería para preguntar por la hora exacta del servicio en la sinagoga, le atendió cordialmente un joven judío, que le aconsejó no ir al nuevo edificio de la Reforma, sino a la vieja escuela Rabínica de la ortodoxia; y luego le embaucó como un puro teutón[141], con más entusiasmo, para que encargara el pedido de un libro "*nicht so leit zu bekommen*"[142]. Mientras tanto, en el mostrador opuesto, un vendedor sordo y truculento lanzaba una mirada dura a ciertas cartas, que aparentemente combinaban las ventajas de los negocios con la religión, y se las propuso a grandes voces en dialecto judío a otro hombre de aspecto sórdido vestido con una larga gabardina que le llegaba hasta los tobillos, con una bolsa en la mano y un ancho sombrero bajo que sobrepasaba la extensión de su nariz, y tan pronto hubo desaparecido se presentó otro hombre del mismo aspecto salido de un rincón sombrío de la tienda y fue interpelado también a gritos en el mismo dialecto. De hecho, Deronda observó a varios Israelitas de mirada extraña, ninguno de ellos carente de malas artes, bien diferenciables de los cristianos de mirada extraña de la misma mezcla de moral. En su preocupación por los familiares de Mirah, había estado pensando recientemente en los judíos corrientes con una especie de aprensión personal. Pero hacer un ejercicio de comparación a menudo reduce nuestra sorpresa y rechazo por las aberraciones de los judíos y de otros disidentes cuyas vidas no ofrecen un modelo consistente o adorable de su credo, y esta noche, Deronda, dándose cuenta de que estaba cayendo en la injusticia y en la exageración ridícula, comenzó a usar esa comparación correctiva: pagó más táleros[143] de la cuenta, sin prejuicio de su interés en el destino hebreo o su deseo de encontrar la *Rabbinische Schule*[144], a la que llegó al ocaso del día, y entró en ella con una buena congregación de hombres.

Dio la casualidad de que tomó un asiento alineado con un hombre mayor situado a la suficiente distancia como para irle lanzando miradas curiosas por su aspecto remarcable: sus ropas corrientes, así como el talit, muy usado, una especie de manto blanco con flecos azules que se lleva durante la oración; sin embargo, su amplia barba blanca y su viejo sombrero de fieltro enmarcaban un perfil de finos contornos que tanto podía ser italiano como hebreo. También él miraba de vez en cuando a Deronda, hasta que sus ojos se encontraron: una casualidad nada deseable con desconocidos, y una razón para Deronda para no mirar de nuevo; pero enseguida vio que le ofrecían un libro de oraciones abierto y tuvo que inclinarse para dar las gracias. Sin embargo, los talits blancos habían formado asamblea, el lector había subido al almimbar o púlpito, y comenzó la ceremonia. Deronda, que ya había mirado lo suficiente la traducción alemana del hebreo del libro que tenía ante él para saber que estaba oyendo principalmente Salmos y pasajes del Antiguo Testamento, se entregó al

fuerte efecto de las liturgias cantadas que es independiente del significado verbal detallado —como el efecto de un *Miserere* de Allegri o un *Magnificat* de Palestrina—[145]. Lo que más conmueve en una liturgia es la oración que no busca nada en especial, sino que es un anhelo por escapar a las limitaciones de nuestra propia debilidad y una invocación a que el Bien entre y habite en nosotros; o incluso un ensalzamiento absorto en la felicidad, un *Gloria in excelsis* de que tal Bien existe; y tanto el anhelo como la exaltación reúnen su máxima fuerza procedente de la comunión en una forma que las ha expresado a ambas, durante generaciones de hombres luchadores. La liturgia hebrea, como otras, tiene sus transiciones de letanías, lírica, proclamaciones, oraciones áridas y bendición; pero esta noche todo era lo mismo para Deronda: el canto del Chazan[146] o el amplio espectro de voz del Lector, pasando de la monotonía a los gritos repentinos, el arranque de dulces voces de niños provenientes del pequeño coro, el balanceo devoto de los cuerpos de los hombres hacia delante y hacia atrás, la misma mediocridad del edificio y el aspecto mísero de la escena en la que la fe nacional, que había penetrado el pensamiento de medio mundo, y moldeado las espléndidas formas de la religión de ese mundo, encontraba un eco oscuro y remoto —todo se mezclaba para él como una expresión de una historia vinculante, trágica, y aún así gloriosa. Se maravilló por la fuerza de su propio sentimiento; parecía más que apropiado para la ocasión, como si fuera un influjo divino en la oscuridad, ante la cual se presentara una visión para ser interpretada. La escena entera era una tensión coherente, su carga un lamento pasional, pero si hubiera escuchado la liturgia del Día de la Reconciliación, le habría causado el efecto contrario: «Feliz el ojo que vio estas cosas; pero, verdaderamente, solamente oír de ellas aflige nuestra alma. Feliz el ojo que vio nuestro templo y el gozo de nuestra congregación; pero, verdaderamente, solamente oír de ellos aflige nuestra alma. Feliz el ojo que vio los dedos siguiendo el ritmo de cada canción; pero, verdaderamente, solamente oír de ellos aflige nuestra alma».

Pero al finalizar los sonidos devotos y el movimiento de multitud de rostros indiferentes y figuras vulgares que había allí ante él, le vino la triste idea de que probablemente sólo él había experimentado ese sentimiento, y que tal vez era la única persona en la congregación para quien el servicio había sido más que una pura rutina. Apenas tuvo tiempo de que este pensamiento negativo cruzara por su mente antes de inclinarse ante su compañero de liturgia y moverse hacia fuera con el resto, cuando sintió una mano en su brazo, y volviéndose con la desagradable sensación que estas demandas abruptas siempre producen, vio cerca de él el rostro de barba blanca de su compañero, que le dijo en alemán:

—Perdone, joven caballero, permítame preguntarle de qué familia procede, ¿cuál es el nombre de soltera de su madre?

Deronda experimentó una fuerte sensación de rebeldía: tenía ganas de sacarse de encima enseguida esa mano de su brazo; al final se las arregló para separarse y manifestar fríamente:

—Soy inglés.

El que hizo la pregunta lo miró dudosamente todavía por unos momentos, hasta que elevó su sombrero y se marchó —si con la sensación de haber cometido un error o bien de haber sido rechazado, Deronda no estaba muy seguro—. En su camino de regreso hacia el hotel trató de acallar cualquier inquietud sobre el tema reflexionando que no podía haber actuado de otro modo. ¿Cómo podía decir a esa persona totalmente extraña para él que no conocía el nombre de la familia de su madre? Ciertamente, se había tomado una libertad del todo irresponsable por la brusquedad de la pregunta, que se debía seguramente a cierto parecido fantástico como el que suele ocurrir a menudo sin que signifique nada. El incidente, se dijo, era trivial; pero aunque hubiera tenido importancia, había experimentado una sensación interna demasiado fuerte como para arrepentirse de haberle cortado. Era, además, una razón para no mencionar la sinagoga a los Mallinger —además de su tendencia a ocultar al baronet cualquier cosa que luego fuese calificada como entusiasmo quijotesco—. No existía apenas ningún hombre más bondadoso que Sir Hugo; verdaderamente, en su amabilidad, especialmente hacia las mujeres, actuaba de forma que muchos considerarían romántica; pero él nunca consideraba romántica esta forma de actuar, y en general sonreía ante la introducción de grandes principios, o de razones que quedaban muy distantes. Este era el punto de mayor diferencia entre él y Deronda, el cual muy raramente tomaba su desayuno sin reflexionar en silencio sobre los motivos con los que debía ocupar ese día de acuerdo con la costumbre de sus contemporáneos.

Esta parada en Frankfurt fue hecha en su camino de regreso a casa, y sus vibrantes impresiones se mantuvieron tanto más en él por el deber que sentía de cuidar del bienestar de Mirah. Esa pregunta sobre su parentesco, que si no la hubiera rechazado como trivial tanto externa como internamente, habría aparecido más como una amenaza que como una promesa de revelación, y había reforzado su preocupación por el efecto que resultaría de encontrar a los familiares de Mirah, así como su determinación de proceder con cautela. Si realizaba un descubrimiento desagradable, ¿estaba obligado a manifestarlo y crearle más problemas a ella?

Había escrito a la señora Meyrick anunciando su visita a las cuatro de la tarde, y halló a Mirah sentada trabajando solamente con la señora Meyrick y Mab, el piano abierto, y toda la compañía de los

gloriosos grabados. La delicada pulcritud de su cabello y su vestido, el destello de una felicidad apacible en un rostro en el que un pintor no habría necesitado cambiar nada si hubiese querido reflejarlo en un cuadro titulado "Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad", contrastaba tanto con el recuerdo que tenía de la primera vez que la vio, que resultaba encantadora a los ojos de Deronda. También Mirah estaba pensando lo mismo, y justo después del saludo dijo:

—¡Mire qué diferente soy de la mísera criatura que encontró en el río! Todo porque me vio y me ofreció lo mejor.

—Fui yo quien tuvo suerte al encontrarla —dijo Deronda—. Cualquier otro hombre se habría sentido satisfecho de haber hecho lo que hice.

—No es así como hay que pensarlo —dijo Mirah, sacudiendo la cabeza con determinación—. Yo lo veo como realmente fue. Fue usted, y no otro, quien me encontró y fue buena conmigo.

—Estoy de acuerdo con Mirah —dijo la señora Meyrick—. San Fulano es un mal santo al que rezar.

—Además, ese otro Fulano no me habría llevado hasta usted —dijo Mirah, sonriendo a la señora Meyrick—. Y prefiero estar con usted que con cualquier otra persona del mundo salvo mi madre. Me pregunto si hubo alguna vez un pobre pajarito, perdido y sin saber volar, que fuera puesto en un nido caliente con una madre y unas hermanas que la trataran con más naturalidad, como si siempre hubiera estado allí. Casi nunca había llegado a pensar antes que pudiera sentirme en el mundo tan feliz y sin temores como ahora. —Pareció meditar un momento, y luego añadió—: A veces, tengo un poco de miedo.

—¿De qué tiene usted miedo? —dijo Deronda, preocupado.

—De que al doblar la esquina de una calle me encuentre a mi padre. Parece espantoso que pueda tener miedo de toparme con él. Es mi único sufrimiento —dijo Mirah, con voz lastimera.

—No es algo muy probable —dijo Deronda, deseando que todavía lo fuera menos; entonces, sin dejar escapar la oportunidad añadió—: ¿Sería ahora para usted una gran pena si no volviera a encontrar a su madre?

No respondió inmediatamente, sino que meditó de nuevo, con sus ojos fijos en la pared opuesta. Luego, los volvió hacia Deronda, y dijo con decisión, como si hubiera llegado a la verdad exacta:

—Quiero que ella sepa que siempre la he amado, y si está viva, quiero consolarla. Puede que esté muerta. Si lo estuviera, me gustaría saber dónde está enterrada; y saber si mi hermano vive para rezar el *Kadish*[147] en recuerdo de ella. Pero trataré de no afligirme. Durante muchos años he pensado que estaba muerta. La tendré en mi mente, como siempre la he tenido. Nada nos puede separar. Creo que nunca

he pecado contra ella. He procurado hacer lo que no le habría hecho daño. Solo puede que esté disgustada por que yo no fuera una buena judía.

—¿De qué modo no es usted una buena judía? —dijo Deronda.

—Soy una ignorante, y nunca observábamos las leyes, si no que vivíamos entre cristianos como hacían ellos. Pero he oído a mi padre reírse del rigor de los judíos sobre las comidas y sus costumbres, y que no les gustan los cristianos. Creo que mi madre seguía la ley estrictamente; pero nunca pudo hacer que no quisiera a los que para mí son mejores que cualquier persona de mi pueblo que haya conocido. Creo que podía obedecerla en otras cosas, pero no en esto. Es mucho más fácil para mí compartir el amor que el odio. Recuerdo una obra de teatro que leí en alemán —desde que estoy aquí la tengo muy presente— en la que la heroína dice algo así.

—*Antígona*[148] —dijo Deronda.

—Ah, la conoce. Pero no creo que mi madre quisiera que no amara a mis mejores amigos. Ella estaría también agradecida. —Al decir esto, Mirah se había vuelto hacia la señora Meyrick, y con el semblante iluminado dijo—: ¡Oh, si alguna vez nos encontramos y llegamos a saber la una de la otra, de forma que pudiera contarle lo que sin duda la consolaría, me sentiría tan bendecida, mi alma no desearía otra cosa que seguir amándola!

—¡Que Dios te bendiga, hija! —dijo la señora Meyrick, con palabras que se les escaparon involuntariamente de su corazón maternal. Pero para descargar el exceso de sentimiento, miró a Deronda y dijo—: Es curioso que Mirah, que recuerda tan bien a su madre, como si la hubiera visto, no puede recordar nada de su hermano, salvo el alivio de haber sido llevado por él cuando estaba cansada, o que estaba cerca de ella cuando estaba en la falda de su madre. Debía ser que casi no estaba en casa. Ya era mayor. Es una lástima que su hermano debiera ser como una extraño para ella.

—Es bueno; estoy segura que Esdras es bueno —dijo Mirah, con ardor—. Quería a mi madre, solía cuidar de ella. Recuerdo más de él que eso. Recuerdo la voz de mi madre una vez llamándole: "¡Esdras!" y luego su respuesta a lo lejos: "¡Madre!". —Mirah había cambiado un poco su voz al pronunciar cada una de estas palabras, dándoles una entonación amorosa—. Y luego él se acercó a nosotras. Estoy segura de que es bueno. Siempre me he consolado pensando eso.

Era imposible responder a esto ni estando completamente de acuerdo ni dudando. La señora Meyrick y Deronda intercambiaron una rápida mirada: sobre el hermano ella sentía la misma dolorosa duda que sentía él. Pero Mirah continuó, absorta en sus recuerdos:

—¿No es maravilloso que recuerde las voces mejor que nada más? Creo que calan más profundo en nosotros que cualquier otra cosa. A

menudo me he imaginado el cielo hecho de voces.

—Como tu canto, sí —dijo Mab, que hasta entonces había permanecido en respetuoso silencio, y cuando habló lo hizo tímidamente, como tenía por costumbre en presencia del Príncipe Camaralzamán—: Ma, pide a Mirah que cante. El señor Deronda no la ha oído.

—¿Le resultaría molesto cantar ahora? —dijo Deronda, con una caballerosidad más pronunciada de lo que hasta entonces había sido consciente.

—Oh, me encantaría —dijo Mirah—. Tras este período de descanso mi voz ha vuelto a ser la de antes.

Quizás su buen carácter era debido a algo más que la sencillez de su naturaleza. Las circunstancias de la vida la habían hecho considerar todo lo que le pedían como trabajo, sin que interviniera para nada el afecto; y había empezado su trabajo antes de tener uso de razón.

Se levantó inmediatamente y se dirigió al piano, un instrumento bastante gastado que, no obstante sus años, ante el contacto de sus pequeños dedos, produjo un buen sonido en la introducción a su melodía. Deronda se puso donde mejor podía verla mientras cantaba; y ella actuó de forma tan tranquila como si hubiera sido una niña que se dispusiera a desayunar.

Imaginadla —siempre es bueno imaginarse a una criatura humana en quien la hermosura corporal aparece tan en consonancia con la de su ser entero como la de esos asombrosos y transparentes universos de vida que encontramos en el mar—, imaginadla con su pelo oscuro peinado hacia atrás pero mostrando aún pequeños cabellos enrollados en forma de anillo en sus sienes, que astutamente habían hallado la forma de volver a su posición mientras el resto de la cabellera caía sobre su nuca formando rizos, que renacían de nuevo tras el alisado del baño como los juncos de un lago. Observad luego el perfecto camafeo que forma su perfil, tallado en una oscura coraza, donde por feliz fortuna, están clavadas en el lugar de sus ojos dos oscuras gemas; su delicada nariz, dispuesta a captar los más finos olores, la oreja perfecta, las definidas curvas del mentón y del cuello que conformaban una expresión delicada sin indicar debilidad.

Cantó “Per pietà non dirmi addio”[149] de Beethoven, con un patetismo tenue pero penetrante que llevaba en sí la esencia del canto perfecto, haciéndole a uno olvidarse del arte y fundiéndose con la canción. Era el tipo de voz que da la impresión de ser proferida como el cortejo de un pájaro para una audiencia cercana y querida. Al principio Deronda la miró, pero pronto tuvo que taparse los ojos con la mano, como si quisiera atrapar la melodía en la oscuridad; luego se dio cuenta que su actitud podría parecer una rareza, y volvió a encontrarse con la mirada de muda fascinación que ella le dirigió al

final.

—Creo que nunca he disfrutado tanto de una canción como esa —dijo gratamente.

—¿Le gusta cómo canto? Mi voz hace muy feliz —dijo ella, con una sonrisa complacida—. Me ha dado muchos disgustos, porque me falló cuando la necesitaba. Pero ahora puedo usarla para ganarme el pan. Se me ha enseñado bien. Y ahora tengo dos alumnas, que la señorita Meyrick me ha ayudado a encontrar. Me pagan casi dos coronas por sus dos lecciones.

—Creo que conozco a algunas señoras que le encontrarían muchas alumnas después de Navidad —dijo Deronda—. ¿No le importaría cantar ante cualquiera que deseara oírla?

—Oh no, querría hacer algo para conseguir dinero. La señora Meyrick piensa que puedo enseñar a leer y a hablar. Pero será difícil si nadie quiere aprender de mí. —Mirah sonrió alborozada, de una forma que no había hecho hasta entonces—. Diría que la encontraré pobre, me refiero a mi madre. Me gustaría conseguirle dinero. Y no puedo vivir siempre de la caridad —y dirigiendo la mirada a sus tres compañeras a la vez, añadió— aunque es la caridad más dulce del mundo.

—Tengo la impresión de que usted puede hacerse rica —dijo Deronda, sonriendo—. Hay grandes señoras a las que tal vez les gustaría que enseñara a sus hijas. Ya lo veremos. Pero ahora cante de nuevo para nosotros.

Volvió a cantar gustosamente, obras que sabía de memoria de Gordigiani y Schubert; luego, cuando dejó el piano, Mab le imploró: —Oh Mirah, ¿no te importaría cantar el himno?

—Es muy infantil —dijo Mirah—. Es como susurrar.

—¿Qué es el himno? —preguntó Deronda.

—Es el himno hebreo que recuerda que le cantaba su madre cuando estaba en la cama —dijo la señora Meyrick.

—Me gustaría mucho oírlo —dijo Deronda—, si cree que soy digno de oír lo que es sagrado.

—Lo cantaré si quiere —dijo Mirah—, pero no diré las palabras reales, solo de vez en cuando alguna que otra sílaba parecida, el resto lo inventaré. ¿Sabe usted hebreo? Porque si lo sabe, mi canto parecerá una tontería infantil.

Deronda meneó la cabeza.

—Para mí será como si fuese en hebreo.

Mirah cruzó los pies y las manos poniéndose cómoda, y luego levantó la cabeza formando un ángulo como si mirara a un rostro invisible inclinado sobre ella, mientras cantaba un pequeño himno de curiosos intervalos melancólicos, con sílabas que realmente parecían

susurros infantiles a su audiencia; pero la voz con que las pronunciaba reunía una ternura aún más dulce y envolvente que las de las otras canciones.

—Aunque conociera las palabras de verdad, continuaría cantándola de esta manera —dijo Mirah, tras repetir varias veces el himno.

—¿Y por qué no? —dijo Deronda—. Las sílabas susurradas están llenas de sentido.

—Ciertamente sí —dijo la señora Meyrick—. Una madre oye algo así como un susurro siempre que hablan sus hijos. Sus palabras no son como las que todo el mundo dice, aunque sean pronunciadas de la misma manera. Si viviera lo suficiente como para ver viejo a mi hijo Hans, todavía vería en él a un niño. El amor de una madre, suelo decir, es como un árbol que contiene en él todo el bosque, desde el primer retoño hasta el último.

—¿No pasa también lo mismo con la amistad? —dijo Deronda sonriendo—. No debemos dejar a las madres ser tan arrogantes.

La pequeña y brillante madre sacudió la cabeza sobre su zurcido.

—Es más fácil encontrar a una madre que perdure que a un amigo fiel. La amistad empieza por un sentimiento de agrado o de gratitud, pero son raíces que pueden ser arrancadas. El amor de una madre comienza desde algo mucho más profundo.

—Como lo que usted dijo sobre la influencia de las voces —dijo Deronda, mirando a Mirah—. No creo que su himno hubiera tenido más expresión para mí si hubiera conocido la letra. Fui a la sinagoga en Frankfurt antes de venir a casa, y la ceremonia me impresionó tanto como si hubiera seguido las palabras, tal vez incluso más.

—Oh, ¿fue para usted algo grande? ¿Le llegó al corazón? —dijo Mirah ilusionada—. Creía que nadie excepto nuestro pueblo podía sentir eso. Pensaba que era inaccesible como un río en un valle cerrado, donde solo el cielo puede ver…quiero decir… —dudaba, sintiendo que no podía disociar su pensamiento de la imagen que le provocaba.

—Comprendo —dijo Deronda—. Pero no existe realmente tal separación, tan profunda, como dice la señora Meyrick. Nuestra religión es en lo principal una religión hebrea; y dado que los judíos son hombres, sus sentimientos religiosos deben tener mucho en común con los de otros hombres, igual que su poesía, aunque de una forma peculiar, debe tener mucho en común con la de otras naciones. Con todo, es de esperar que un judío sienta más las formas de la religión de su pueblo que una persona de otra raza, y aún así… —en esto Deronda dudó a su vez—, tal vez no sea siempre así.

—Ah no —dijo Mirah, tristemente—. Ya he visto eso. Los he visto

burlarse. ¿No es como reírse de los padres de uno, como regocijarse en la vergüenza de ellos?

—Algunas personas naturalmente se rebelan contra lo que fueron educadas, y les gusta lo contrario: ven con más profundidad las faltas de lo que conocen —dijo Deronda, en tono de disculpa.

—Pero usted no es así —dijo Mirah, mirándole fijamente de forma inconsciente.

—No, creo que no —dijo Deronda—; pero ya sabe que yo no fui educado como judío.

—Ah, siempre lo olvido —dijo Mirah, como si recordara algo con decepción y sonrojándose ligeramente.

También Deronda se sintió algo incómodo, y hubo una pausa embarazosa, a la que puso fin diciendo animadamente:

—Sea cual sea el camino que tomemos, tendremos que tolerarnos los unos a los otros; pues si todos nos opusiéramos a lo que nos han enseñado, también seríamos todos diferentes.

—Cierto. No dejaríamos de avanzar dando tumbos —dijo la señora Meyrick—. Creo que es propio de una debilidad mental seguir un credo construido a base de ir en contra. Pero uno puede seguir honrando a sus padres sin seguir exactamente sus principios, como puede hacerlo sin vestir exactamente igual que ellos. Mi padre era un calvinista escocés y mi madre una calvinista francesa; yo no soy escocesa ni francesa, ni una mezcla de dos tipos de calvinismo, pero aún así honro el recuerdo de mis padres.

—Pero yo no podría ser otra cosa que judía —dijo Mirah insistiendo—, incluso aunque cambiara de creencia.

—No, querida. Pero si los judíos y judías siguieran cambiando de religión, y se unieran al cristianismo, llegaría un tiempo en el que ya no habría judíos —dijo la señora Meyrick, regocijándose en sus palabras.

—Oh, por favor, no diga eso —dijo Mirah con lágrimas en los ojos —. Es la primera vez que le oigo decir algo grosero. No seré yo quien empiece. Nunca me separaré del pueblo de mi madre. Me vi obligada a huir de mi padre; pero si él volviera en su vejez y debilidad, y me necesitase, ¿diría que no es mi padre? Si la vergüenza le acompañase, yo debería compartirla. Es él el padre que tengo, y no otro. Y lo mismo ocurre con mi pueblo. Siempre seré una judía. Amo a los cristianos que son buenos, como ustedes. Pero siempre estaré unida a mi pueblo. Siempre expresaré mis cantos de alabanza con ellos.

A medida que Mirah hablaba, iba envolviéndose en una pasión afligida —ferviente, no violenta. Sosteniendo sus pequeñas manos fuertemente unidas y mirando implorante a la señora Meyrick, le parecía a Deronda una personificación de ese espíritu que impulsaba a

los hombres tras una larga vida de catolicismo profeso a abandonar sus riquezas y posición, y arriesgar su vida al unirse a su propio pueblo y decir: “Soy judío”.

—¡Mirah, Mirah, mi querida hija, no me has entendido! —dijo la señora Meyrick, alarmada—. Que Dios me impida querer algo que vaya contra tu conciencia. Solo estaba diciendo lo que ocurriría si el mundo continuara así. Pero habría hecho mejor en dejar el mundo tranquilo y no querer hacerme la sabia. ¡Venga, perdóname! No trataremos de sacarte de nadie que creas que tiene más derecho sobre ti.

—Haría cualquier otra cosa por ustedes. Les debo mi vida —dijo Mirah, todavía no del todo calmada.

—Calla, calla —dijo la señora Meyrick—. Ya he tenido suficiente castigo por soltar la lengua tontamente y «contribuir a las frases del almanaque del milenio», como solía decirme mi marido.

—Pero todas las cosas de este mundo tienen su fin. Debemos acostumbrarnos a pensar así —dijo Mab, que no podía resistir quedarse callada sobre este punto. Ya había tenido que morderse la lengua en demasiadas ocasiones y parecía que tendría que seguir así si a Mirah se la iba a consentir en sus injustificadas susceptibilidades por observaciones inocentes.

Deronda sonrió al rostro rubio e irregular, que contrastaba extrañamente con el de Mirah; sonrió más bien sarcásticamente, pensó Mab, mientras él decía:

—La perspectiva de que todo vaya a terminar no nos es muy útil en la práctica. Los sentimientos de Mirah, nos ha dicho, se refieren a lo que existe actualmente.

Mab estaba confusa y pensó que habría sido mejor no haber hablado, dado que el señor Deronda parecía pensar que ella estaba culpando a Mirah; pero haber hablado una vez es una poderosa razón para seguir hablando, y añadió:

—Solo quería decir que debemos estar preparados para oír ciertas cosas, si no, apenas podremos hablar de nada. —Mab supuso que su argumento era irrebatible, compartiendo la opinión de Sócrates—: ¿Qué motivo tiene un hombre para vivir, si no es el del placer del discurso?

Deronda se marchó poco después, y cuando la señora Meyrick salió con él para intercambiar unas breves palabras sobre Mirah, él dijo:

—Hans compartirá conmigo mi habitación cuando venga en Navidad.

—¿Has escrito a Roma sobre eso? —dijo la señora Meyrick, a la que se le iluminó la cara—. ¡Qué bueno y sensato por tu parte! ¿Le comentaste que era por Mirah, entonces?

—Sí, dije que lo hice por ella. Pensé que usted se lo había contado todo.

—Debo confesar mi locura. Todavía no he escrito una palabra sobre ella. Siempre he pretendido hacerlo, pero aún no he acabado una carta en la que la mencione. Y le dije a las chicas que me lo dejaran a mí. En fin… Muchísimas gracias de todos modos.

Deronda adivinaba algo de lo que pensaba la madre, y ese presentimiento reforzaba cierta ansiedad ya presente en él. Y ese soliloquio interno no era tranquilizador. Se dijo que ningún hombre podía mirar a esta exquisita criatura sin creer que podía enamorarse de ella; pero todo el fervor de su naturaleza caminaba por el lado de la precaución. Hay personajes que se sienten trágicos porque avanzan por terrenos pantanosos, arrastrando a otros con ellos, y luego claman contra los dioses. Deronda había decidido resueltamente no imitarlos.

—Tengo las riendas bien sujetas —pensó—, y no voy a soltarlas. Me alejaré en lo posible de la tentación.

Enseguida entendió las razones. ¿Cómo iba a ser el custodio de Mirah y pretender compartir esa tarea con la señora Meyrick, a quien se la había encomendado, si su actitud era la de un pretendiente, al que ella no amaba —y con el que no se casaría—? Y si él fomentaba cualquier germen de sentimiento amoroso en sí mismo, provocaría un desenlace fatal. La naturaleza de Mirah no era de las que podían dividirse en contra de sí misma; e incluso si el amor la venciera y accediera a casarse con un hombre que no era de su raza y religión, jamás sería feliz al ir en contra de ese fuerte prejuicio innato que seguiría martilleándole la conciencia como remordimiento.

Deronda preveía esas consecuencias de la misma forma que nosotros vemos el peligro de estropear un trabajo bien empezado. Era una satisfacción haber rescatado a esa chica familiarizada con el dolor, y pensar que había puesto sus pequeños pies en el buen camino. La criatura que salvamos, aunque solo sea un jilguero medio silvestre, herido y perdido en el camino, ¡cómo la vigilamos y la protegemos, y nos alegramos de su recuperación! Nuestra vanidad se transforma en amor, nuestro yo sale de sí mismo y se vuelve virtuoso siempre que secretamente ayudamos a una vida a salir de su miseria y esperamos el único triunfo de la alegría secreta de saber que el otro es mejor gracias a nosotros.

«Antes ofrecería mi dedo a los perros para que lo mordieran que disturbar su paz», se dijo Deronda. Había tenido mucha suerte en contar con amigos como los Meyrick donde poder ubicarla —amigos generosos y amables sin altanería alguna, de forma que depender de ellos no implicaba solamente para ella protección, sino también felicidad—. No habría encontrado otro refugio para ella si este se derrumbara. Pero, ¿de qué sirve que yo renuncie a ella y lo disponga

todo como debe ser, si Hans, el chico que todo lo estropea, viene y lo desgracia todo?

Pocas cosas eran más probables. Hans estaba hecho para los líos: sus mismos miembros eran más frágiles que los de los demás, sus ojos atraían las moscas y a otros convidados irritantes. Pero era imposible impedir que Hans viniera a Londres. Pretendía conseguir un estudio allí y hacer de él su casa principal; y proponer que aplazara su llegada por algún supuesto motivo, ocultando el verdadero motivo de ganar tiempo para que Mirah estuviese en mejor posición y fuese más independiente, era impracticable. Al no tener otra opción, Deronda intentó creer que tanto él como la señora Meyrick se estaban preocupando inútilmente sobre algo que solo tenía probabilidades de ocurrir, pero que no tenía por qué; sin embargo, no lo logró; al contrario, continuó imaginándose cómo iba a reaccionar Hans, y en su imaginación le dio un enérgico aviso, aunque enseguida se arrepintió, al sospechar el sentimiento que su acaloramiento podía provocar en Hans. De esta forma no llegaba a ninguna conclusión, salvo que la situación era peculiar, y que no podía hacer planes hasta que los peligros no estuvieran más cerca. Salvar a una judía infeliz de ahogarse, era, sin duda, sorprendente, pero podía haberlo hecho cualquier policía; ahora bien, descubrir en Mirah una criatura tan particular era algo que bien podía traer consigo consecuencias excepcionales. Deronda no se permitió ni por un momento suponer que las consecuencias podían entrar profundamente en su vida. No había proyectado en la imagen de Mirah esa radiación penetrante que habría tenido si hubiera imaginado que ella le amaba a él. Cuando de la imaginación no emana tal idea (sea cierta o no) un hombre puede profundizar en su devoción sin perder la paz.

En cuanto a la búsqueda de la madre y el hermano de Mirah, Deronda se tomó las palabras de ella de ese día como garantía para aplazar cualquier medida inmediata. Su conciencia no se sentía del todo tranquila por este deseo de retrasarlo, no más de lo que estaba por no intentar saber la verdad de su propia madre: en ambos casos sentía que no cumplía con el deber hacia uno de los padres, pero en ambos casos había una señalada animadversión a saber la verdad, que podía hacer cambiar el giro de los acontecimientos.

«Al menos echaré una ojeada», fue su determinación final. «Es posible que encuentre alguna maquinaria judía especial. Esperaré hasta las navidades».

¿Qué haríamos todos sin el calendario cuando queremos posponer un deber desagradable? Los admirables ciclos del sistema solar, por los que medimos el tiempo, siempre nos proporcionan una época antes de la cual no vale la pena comenzar nada para lo que no tenemos ganas.

CAPÍTULO 33

—Ningún orador —dice un Rabino, como ejemplo indiscutible— puede decir que utilizaría los huesos de sus padres como cucharas —estando seguro que sus oyentes se rebelarían contra esa forma de economía. El mercado de las cucharas nunca se ha expandido tanto como para que alguien se preguntara—: ¿Por qué no? —y que argumentara que el progreso humano se basa en aprovechar el material de esa manera. La única alegación es la creencia que no hay por qué admitir que los sentimientos son la mejor riqueza del mundo.

Deronda, mientras tanto, se acostumbró a una forma de ejercicio menos de moda que montar a caballo en Rotten Row. A menudo deambulaba por esas partes de Londres más frecuentadas por los judíos: entraba en las sinagogas a las horas de las ceremonias, miraba las tiendas, observaba rostros: un proceso no muy prometedor para un descubrimiento particular. ¿Por qué no se dirigía a un Rabino influyente o a cualquier otro miembro de la comunidad judía para consultar sobre las posibilidades de encontrar una madre llamada Cohen con un hijo llamado Esdras y una hija perdida llamada Mirah? Pensó en hacer esto… después de Navidad. El hecho era que, a pesar de percibir poesía en las cosas comunes, Deronda, allí donde veía un interés personal profundo, no podía dejar de escapar, como cualquiera de nosotros, del sufrimiento que le provocaba la presión de ese duro y poco complaciente Estado Actual, que nunca consulta nuestras preferencias y que no puede elegirse. El entusiasmo, ya lo sabemos, se encuentra a gusto entre las ideas, tolera el aliento a ajo de la Edad Media, y no ve despilfarro alguno en los atavíos oficiales de las procesiones; pero se vuelve escrupuloso cuando los ideales van tomando cuerpo poco a poco, y apenas puede afrontarlos sin desvanecerse. Estando tumbado soñadoramente en una barca, imaginándose en busca de los familiares de una hermosa doncella en Córdoba protegidos por los judíos en tiempos de Ibn Gabirol[150], se soportan todas las desventuras sin problemas. O si el escenario de St Mary Axe y Whitechapel[151] fueran transportados imaginariamente a los bordes del Rin a finales del siglo xi, cuando los que esperaban oír

las señales del Mesías, los gritos de guerra de los cruzados, "¡Hep! ¡Hep! ¡Hep!"[152] sonaban como el aullido de los sabuesos; y si en presencia de esos misioneros diabólicos con espadas y agitando trozos de madera ardientes, la despreciada figura del judío blasfemo apareciera erguida, heroica, iluminada con perseverancia sublime ante la tortura y la muerte, ¿qué efecto tendrían las sórdidas tiendas y los rostros grotescos sobre aquellos que contemplasen estas escenas con emoción? Pero el fervor compasivo con el que contemplamos un gran martirio es débil comparado con el entusiasmo que se mantiene vivo cuando no hay peligro ni retos —nada excepto un mediodía sin interés en un lugar común, tal vez, medio repulsivo, cosas que son realmente las ideas amadas encarnadas. En esto yace sin duda la principal energía poética: en la fuerza de la imaginación que traspasa o exalta el hecho sólido, en lugar de flotar sobre nubes de imágenes. Gloriarse en una visión profética en la que la tierra se llene de conocimiento es un ejercicio más fácil para la imaginación crédula que ver sus inicios en los anuncios de los periódicos, observándote desde un puente más allá de los campos de trigo; y bien podría pasarnos a cualquiera de nosotros, gente refinada, que nos encontráramos en el centro de la batalla de Armageddon sin ser más conscientes que la molestia de unos pocos explosivos y algo de lucha alrededor nuestro.

Formaba parte de la naturaleza de Deronda el menospreciar la compasión débil y remilgada que se muestra en muchas ocasiones la humanidad; pero ahora, al tener presente a Mirah como una realidad viva de cuya vida se sentía responsable, veía a cada judío y judía común en comparación con ella, y tenía un presentimiento del choque que iba a producirse entre su idea de la madre y el hermano desconocidos y el hecho verdadero —un presentimiento muy vivo en él, al ser consciente, aunque no quisiera pensar en ello, de que él mismo podía experimentar un choque parecido con su destino—. No es que hubiera mirado con más expectativas y mayor complacencia a los judíos ricos, que aventajaban a los señores de los filisteos en sus presas; pero como no había muchas posibilidades de encontrar a los amigos de Mirah entre esa clase, sus costumbres no le afectaron mucho. Deambuló en este estado de ánimo, sin esperar más resultados positivos que el preparar un poco su mente, quizás para seguir teorizando en el futuro o bien para la práctica igual que si Mirah hubiera estado emparentada con mineros galeses, él hubiera ido a investigar las formas de proceder de esa gente, no sin desear al mismo tiempo conocer más en detalle la historia de las huelgas.

En realidad, no quería encontrar a nadie en particular, y cuando, según su costumbre, miraba los nombres sobre las puertas de las tiendas, se alegraba de no ver el de Esdras Cohen. Confieso que él deseaba sobre todo que Esdras Cohen no regentara ninguna tienda.

Hay quien dice que tener deseos es algo de mal agüero; los que creen esto aseguran que el mundo está hecho de forma que si consideras como algo impío el estrabismo, lo más probable es que alguno de tus hijos nazca bizco; de igual forma, si llegaras a desear que alguno naciera bizco, no lo conseguirías. Este modo desesperanzador de considerar la probabilidad no lo comparten en absoluto los optimistas, que sienten que sus deseos se cumplirán con toda seguridad en cualquier situación. ¿Quién es absolutamente neutral? Una mañana en la que Deronda resultó ir a parar a una pequeña calle alejado del ruido y ajetreo de Holborn, sintió que la balanza caía hacía el lado desesperanzador.

Estaba bastante cansado de las calles y se había parado a saludar a un cabriolé[153] que vio venir, cuando unos viejos broches bañados en plata y exhibidos en la ventana de su derecha captaron su atención. Su primer pensamiento fue que Lady Mallinger, que tenía un gusto muy protestante por tales botines católicos, le habría gustado ver convertidos esos broches procedentes de las abrazaderas de los misales en brazaletes; luego sus ojos recorrieron los demás componentes del escaparate, y se dio cuenta que la tienda era la típica tienda de un prestamista donde lo que se vendía principalmente eran joyas, encajes y objetos ambiguos de todo tipo presentados como baratijas. Una placa en una esquina anunciaba: *Relojes y Joyas intercambiados y reparados*. Pero su curiosidad había sido percibida desde el interior, y apareció una figura en la puerta, que se lo quedó mirando y le dijo, en tono animado y cordial:

—Buen día, señor.

El instante fue suficiente para que Deronda viera que la cara, inconfundiblemente judía, pertenecía a un joven de unos treinta años; y temiendo las palabras de persuasión que probablemente le dirigiría el dueño, tan pronto como le devolvió el saludo, cruzó al otro lado de la calle y llamó por señas al cochero para que parara allí. Desde ese lugar vio el nombre que había sobre el escaparate de la tienda: *Esdras Cohen*.

Podría haber cien letreros con el nombre de Esdras Cohen sobre los escaparates, pero Deronda no los había visto. Probablemente, el joven interesado en un posible cliente era el mismo Esdras; y era de la edad que tendría el hermano de Mirah, que ya era mayor cuando ella todavía era una niña. Pero el primer esfuerzo de Deronda mientras regresaba en el coche a casa fue el de convencerse que no había la más mínima garantía que este Esdras fuese el hermano de Mirah; y además, incluso si resultara ser su hermano, en contra de lo que dictaba la lógica, y averiguara que su madre estaba muerta, no era su deber, el de Deronda, hacérselo conocer a Mirah. Desgraciadamente, enseguida tuvo que poner en duda esta conclusión al acordarse de que

Mirah había expresado hacía poco un religioso deseo de conocer si su madre estaba muerta, así como de saber si su hermano vivía. ¿Hasta qué punto tenía derecho a determinar otra vida por sus propios conocimientos? ¿No era su protesta secreta contra el modo en que los demás habían arreglado su propia vida por lo que no se aclaraba respecto a sus relaciones, de forma que él no tenía, como otros hombres, una guía segura sobre sus deberes principales?

En seguida sintió un alivio inmediato por este debate interno al reflexionar que todavía no había hecho ningún verdadero descubrimiento, y que si miraba a los hechos más de cerca no había motivo alguno para sentirse presionado por tomar una decisión u otra. Tenía la intención de volver a esa tienda tan pronto como le fuera bien y comprar los broches para Lady Mallinger. Pero durante varios días Sir Hugo se lo impidió, pues estaba a punto de dar una charla de sobremesa sobre un tópico candente, y quería que Deronda investigara por él la parte legal de la cuestión, además de perder cada día el tiempo en discusiones que siempre acababan en tablas. Como en otras muchas cuestiones, mantenían diferentes puntos de vista; pero a Sir Hugo no le importaba, y una vez que Deronda dejó clara su posición, le respondió con una mezcla de satisfacción y pesadumbre:

—¡Qué demonios, Dan! ¿Por qué no aprovechas una oportunidad de decir estas cosas en público? Estás equivocado, ya lo sabes. No tendrás éxito. Tienes el sentimiento masivo, la artillería pesada de un país en tu contra. Pero es el mejor escenario para que un joven se luzca. Debería haberlo hecho yo mismo cuando tenía tu edad. Y te iría bien estar en desacuerdo conmigo en algunos puntos. Haría que destacases más. Si quisieras aprovechar una ocasión de este tipo, deberías entrar en el Parlamento sin perder más tiempo. Y ya sabes que eso me daría una gran alegría.

—Siento no hacer lo que le daría grandes alegrías, señor —dijo Deronda—. Pero no puedo persuadirme de mirar la política como una profesión para mí.

—¿Por qué no? Si un hombre no ha nacido por su posición para estar en la vida pública, no hay más remedio que conseguirlo por sus propios méritos. Hay que sacar adelante los negocios del país, contribuir a que perdure el gobierno de su Majestad, como decía el viejo Duque[154]. Y no haríamos nunca nada, hijo mío, si todo el mundo mirara la política como si fuera una profecía y se pidiera una vocación especial. Si vas a entrar en el Parlamento, no te servirá de mucho sentarte tranquilamente a esperar una llamada del cielo o de los constituyentes.

—No quiero vivir de la opinión —dijo Deronda—, sobre todo de la opinión de los demás. No es que esté criticando la labor de otros hombres. Solo que hay muchos tipos mejor preparados que yo a los

que no les importa subirse a un estrado para alabarse, y dar su palabra de honor por un partido.

—Te diré el qué, Dan —dijo Sir Hugo—, un hombre que se opone rotundamente a cualquier tipo de farsa es sencillamente un hombre enigmático e incomprensible. Hay un tipo de engaños que son malos, pero también los hay que son beneficiosos, los que desengrasan las ruedas y hacen posible el progreso. Si tienes que conducir hombres, tienes que hacerlo a través de sus propias ideas; y estoy de acuerdo con la actitud del arzobispo de Nápoles, que organizó una procesión de San Genaro[155] contra la peste. No sirve de nada decretar una ordenanza contra la superficialidad popular. Para poder llevar a cabo la acción hay que actuar un poco.

—Uno puede verse forzado a ceder ante una necesidad ocasional —dijo Deronda—. Pero una cosa es decir: «En esta ocasión concreta me siento obligado a ponerme este gorro de bufón y hacer muecas», y otra comprar un set de gorros de bufón y ejercitarse en el arte de hacer muecas. No veo que haya ninguna conveniencia pública de verdad que no mantenga unos ideales que pongan límites a las desviaciones del camino directo. Pero si me estableciera como hombre público podría arruinar mi propio éxito en beneficio de la conveniencia pública.

Fue justo después de esta conversación, bastante irritante para él, que Deronda salió a realizar su meditada segunda visita a Esdras Cohen. Entró por la calle opuesta a la entrada al barrio de Holborn, y una desgana interna aminoró su paso, mientras sus pensamientos transferían lo que acaba de decir sobre la conveniencia pública a la dificultad personal que le llevaba de nuevo a esta calle desagradable. Pronto podía convertirse en una inmediata cuestión práctica para él hasta qué punto podía llamar una conveniencia sensata encubrir el hecho de un parentesco cercano. Tales cuestiones que surgen constantemente en la vida se deciden a menudo de forma rápida y precipitada, y a muchos les parecería un refinamiento excesivo en Deronda que le diera tanta importancia al asunto. Pero ya hemos visto las razones por las que él había llegado a considerar el encubrimiento como una maldición, y su necesidad como algo que había evitar. La perspectiva de verse obligado a actuar en contra de su costumbre habitual era naturalmente irritante. Incluso se fue parando ante los escaparates que eran más propios de llamar la atención de un hombre, medio decidido a no aumentar su conocimiento sobre el moderno Esdras, que sin duda no era un líder entre su gente, una duda que probaba cómo, en un hombre acostumbrado a razonar, una simple y sencilla posibilidad puede pesar más que la probabilidad mejor argumentada; pues el razonamiento de Deronda le había llevado a la conclusión de que todas las probabilidades estaban en contra de que

este hombre fuera el hermano de Mirah.

Uno de los escaparates ante los que se paró era el de una tienda de libros de segunda mano, en la que, en una estrecha mesa puesta en el exterior, estaba representada la literatura de todos los tiempos en una mezcla bien ponderada, desde los versos inmortales de Homero a la prosa mortal de las novelas de ferrocarril. Que la mezcla le pareciese juiciosa a Deronda podía deberse a que encontró en ella algo que deseaba, a saber, la maravillosa autobiografía de Salomon Maimon[156], el judío polaco; y como le cabía fácilmente en el bolsillo, lo cogió y entró a la tienda a pagarlo, esperando ver tras el mostrador al típico personaje mugriento que muestra su indiferencia hacia las ventas, algo que parece universal en todos los vendedores de libros de segunda mano. En la mayoría del resto de comercios se encuentran hombres generosos que se muestran ansiosos por vender sus mercaderías preocupándose por la satisfacción del cliente; pero ni siquiera un judío venderá el Euclides de Simson[157] asegurando apasionadamente que se disfruta leyéndolo y que ojalá tuviera veinte ejemplares más, por lo solicitado que está. Uno acaba temiendo que un vendedor de libros de segunda mano pertenece a esa clase de hombres infelices que no creen en las cosas buenas que tiene lo que les permite ganarse la vida, sino que prefieren mostrarse malhumorados antes que zalameros en su vocación.

Sin embargo, en vez del comerciante común, vio, en la oscuridad del final de la larga y estrecha tienda, una figura que era algo sorprendente por su peculiaridad. Un hombre con las ropas raídas —cuya edad era difícil de adivinar por su tipo de piel fina y amarillenta, algo así como una entalladura vieja de marfil—, estaba sentado sobre un taburete y apoyado sobre unas estanterías de detrás del pequeño mostrador, no haciendo nada más remarcable que leer el *Times* del día anterior; pero cuando dejó el periódico en su regazo y miró al cliente que entraba, el pensamiento que pasó por la mente de Deronda fue que precisamente una fisionomía como esa podía haber sido la de un profeta del Destierro, o la de algún poeta del Hebreo moderno de la época medieval. Era un rostro típicamente judío, con una expresión intensa, aparentemente debida a una vida ansiosa y extenuante en la que cualquier satisfacción se hubiera alcanzado de forma indirecta y muy remota, y tal vez también a causa de sufrimientos físicos, que implicaban esa ausencia de bienestar en el presente. Sus rasgos estaban bien marcados, sin ser exagerados; las cejas no eran altas pero sí anchas, perfectamente definidas por el pelo oscuro y rizado. Podía no haber sido nunca un rostro particularmente hermoso, pero debía haber sido siempre contundente; y ahora, con su mirada oscura y distante, y el relieve de su palidez en la oscuridad del fondo de la tienda, le daba a uno la sensación de haberse topado con una prisión

de la Inquisición del pasado que una multitud hubiera forzado a abrirla de repente; y parecía mirar a ese cliente ocasional ansiosa e inquisitivamente como si fuera alguien que pudiera traerle noticias tanto de un nuevo nacimiento como de un fallecimiento. El rostro de este hombre era probablemente bastante familiar y corriente para los habitantes de esa calle; pero a Deronda le evocaba una mezcla tan extraña de lo insólito con lo común que hubo un intervalo de observación mutua antes de que lanzara su pregunta:

—¿Cuál es el precio de este libro?

Tras tomar el libro y examinar la hoja de guarda sin levantarse, el supuesto vendedor dijo:

—No marca el precio, y el señor Ram no está en estos momentos. Estoy al cargo de la tienda mientras él está comiendo. ¿Cuánto está dispuesto a ofrecer por él? —Se quedó con el libro sobre sus piernas con su mano encima y mirando con atención a Deronda, al que le vino la desagradable idea, que posiblemente este extraño personaje quería saber cuánto podía sacar de la ignorancia de un cliente sobre precios. Pero sin pensárselo más le dijo—: ¿Usted no sabe cuánto vale?

—No su precio de mercado. ¿Me permite preguntarle si lo ha leído?

—No. He leído una reseña sobre él, que es lo que me impulsa a comprarlo.

—¿Es usted un estudioso, un hombre al que le interese la historia judía? —lo dijo con un tono profundo de curiosidad ansiosa.

—Ciertamente estoy interesado en la historia judía —dijo Deronda tranquilamente, al que su curiosidad podía más que la tirria que le producía el tipo de inspección y de interrogatorio al que le estaba sometiendo.

Pero inmediatamente el extraño judío se incorporó de su sitio, y Deronda sintió una mano escuálida presionando fuertemente su brazo, mientras una voz ronca y excitada, no más alta que un fuerte susurro, dijo:

—¿Tal vez sea usted de nuestra raza?

Deronda, al que no le gustó nada que le cogieran, enrojeció profundamente, y respondió con un ligero movimiento de cabeza:

—No.

La mano dejó de agarrarle y se retiró, el ardor de su semblante se transformó en melancolía desinteresada, como si hubiera sido un espíritu poseso el que hubiera saltado a los ojos y los gestos del hombre y se hubiera retirado de nuevo a las profundidades internas de su cuerpo; y alejándose un poco mientras mantenía el libro en sus manos, el desconocido dijo en un tono de cortesía distante:

—Creo que el señor Ram estará satisfecho con media corona,

señor.

El efecto que produjo en Deronda este cambio —luego sonreiría al recordarlo— era extrañamente embarazoso y humillante, como si algún alto dignatario le hubiera considerado indigno y le hubiera despedido. No había nada más que decir, sin embargo: pagó su media corona y se llevó su *Lebensgshcichte*[158] de Salomon Maimon con un simple "buenos días".

Le molestó un poco terminar tan abruptamente la conversación y no poder saber un poco más de ese hombre, que desde luego era más bien peculiar —tan diferente probablemente como puede serlo un judío de Esdras Cohen, por cuya puerta estaba en esos momentos entrando Deronda, y cuyo próspero semblante que se veía en camino de estar engordando, aparecía tras el mostrador negociando con otra persona al otro lado del tabique sobre dos tapones niquelados y tres cucharillas de té, que estaban ante él—. Al ver entrar a Deronda gritó:

—¡Madre! ¡Madre! —y luego con asentimiento y una sonrisa familiar dijo—: Venga, señor, venga directamente.

Deronda no puedo evitar mirar hacia la puerta de atrás con cierta ansiedad, que no calmó el ver a una mujer vigorosa más allá de los cincuenta entrar y acercarse para atenderle. No es que hubiera en ella nada muy repulsivo: lo peor que podía decirse era que tenía pinta de haberse aseado con poca agua, y al acostarse, cosa común entre gente mayor de su clase, y de haber dormido presumiblemente con sus pendientes, si no con sus anillos y su collar. De hecho, lo que angustió a Deronda fue que no fuera tan tosca y fea como para excluir que fuese la madre de Mirah. Cualquiera que haya mirado a un rostro con el fin de intentar discernir signos de algún familiar conocido entenderá su proceso de deducción: trató de pensar cómo habría sido ese rostro antes de que su actual grosor hubiera ido ocultando los rasgos de la juventud, y distinguir lo que se conoce como las expresiones elementales de la cara. Lamentaba no encontrar nada que refutara sus temores. De la misma forma que era plausible que este Esdras, educado en el comercio, pudiera asemejarse al granuja de su padre en todo salvo en su conocimiento y talento, tampoco era imposible que esta madre pudiera haber tenido a una hija encantadora y delicada cuyos rasgos y expresiones fueran como los de Mirah. Las cejas tenían un inoportuno parecido; ¿y quién puede decidir qué se esconde tras un rostro cuando los años furtivos lo han alejado de la siempre nueva procesión de la juventud? Todavía conservaba la sonrisa de sus ojos cuando dijo a Deronda, de una forma maternal, y en un tono suave y gutural:

—¿En qué puedo servirle, señor?

—Me gustaría mirar esos broches bañados en plata del escaparate —dijo Deronda—; los más grandes, por favor, los de esta esquina.

No eran fáciles de coger desde la situación de la madre, y el hijo, al darse cuenta le dijo:

—Ya los alcanzo yo, ya los alcanzo yo —adelantándose rápidamente, y le entregó los broches a Deronda sonriendo mientras le decía:

—Madre es demasiado orgullosa: quiere hacerlo todo por sí misma. Por eso la llamé para que le atendiera a usted. Cuando hay un caballero particular como cliente, no me atrevería a hacer otra cosa que no fuera llamarla. Pero no puedo permitir que se haga daño estirándose más de la cuenta.

Y el señor Cohen cedió el sitio de nuevo a su madre, que soltó una pequeña risa gutural amistosa mientras observaba a Deronda y decía:

—Este chico hace mucha broma, pero ya ve que es el mejor hijo del mundo. —Por lo visto el hijo disfrutaba complaciéndola, aunque también deseaba de esta forma hacer ver sus disculpas ante este distinguido cliente por no ofrecerle el honor de su atención exclusiva.

Deronda comenzó a examinar los broches como si tuviera muchas cosas que observar antes de tomar una decisión.

—Solo valen tres guineas, señor —dijo la madre, animándole.

—Trabajo de primera, señor, su verdadero valor es el doble de lo que cuesta; las conseguí regateándolas en Colonia —dijo el hijo, a modo de aclaración, desde lo lejos.

Mientras tanto entraron dos nuevos clientes, y el hijo hizo una nueva llamada: "¡Addy!", que trajo del final de la tienda a un grupo que hizo que Deronda se girara a mirarles con atención, estando seguro que su mirada sería considerada como de cortesía. El grupo consistía en una mujer de ojos oscuros que llevaba en brazos un bebé también de ojos oscuros, con la cabeza bien cubierta por un espeso pelo rizado, y lo dejó encima del mostrador, desde donde observaba a su alrededor con una inteligencia superior a lo normal; también venía un niño robusto de unos seis años y una niña más pequeña, ambos de ojos oscuros y cabello negro y rizado, de aspecto más semítico que sus padres, igual que los cachorros de león muestran las marcas de progenitores remotos. La joven mujer que respondía al nombre de "Addy" —una especie de periquito, vestida de azul brillante, con un collar y pendientes de coral, y el pelo recogido en un gran moño, parecía tan vivaracha y vulgar como su marido—; y a causa de cierta diferencia con la madre se ahondó en Deronda la inoportuna impresión de que esta no era una judía tan común como para excluirla de poder ser la madre de Mirah. Mientras este pensamiento danzaba por la mente de Deronda, el chico había entrado corriendo por la tienda impetuosamente, y parándose a un metro de Deronda, con las manos en los bolsillos de sus pantaloncitos tipo Knickerbockers[159], le miró con cierto aire precoz de inspección. Deronda, tal vez con la

intención diplomática de demorarse y congraciarse con el niño, le dio unas palmaditas en la cabeza y le dijo:

—¿Cómo te llamas, señorito?

—Jacob Alexander Cohen —dijo el hombrecito, con gran desenvoltura y distinción.

—Así que no te han puesto el nombre de tu padre.

—No, el de mi abuelo. Vende cuchillos y navajas y tijeras, eso hace mi abuelo —dijo Jacob, queriendo impresionar al desconocido con esa asociación—. Él me dio esta navaja—. Y sacó una navaja de bolsillo, que sus dedos pequeños, de color oscuro, tanto por naturaliza como por suciedad, abrieron con gran rapidez dos cuchillas y un sacacorchos.

—¿No es eso una cosa peligrosa para jugar? —dijo Deronda, dirigiéndose a la madre.

—¡Nunca se hará daño, por Dios!

—¿Tiene usted una navaja? —dijo Jacob, acercándose. Su voz sonaba ronca en sus labios, como si perteneciera al alma de un comercial experimentado, cansada de regatear durante muchas generaciones.

—Sí. ¿Quieres verla? —dijo Deronda, sacando una pequeña navaja del bolsillo de su chaleco.

Jacob la agarró inmediatamente y se apartó un poco, sosteniendo las dos navajas en sus palmas e inclinándose sobre ellas comparándolas detenidamente. Por entonces los otros clientes se habían ido, y toda la familia se había agrupado, centrando su atención en el maravilloso Jacob: el padre, la madre y la abuela detrás del mostrador, sosteniendo al bebé que miraba atónito, y la niña pequeña delante de él, apoyándose en el codo de su hermano para observar también las navajas.

—La mía es mejor —dijo Jacob, finalmente, devolviéndole a Deronda la suya, como si hubiera estado valorando la idea de intercambiarlas y al final la hubiera rechazado.

El padre y la madre rieron en voz alta encantados.

—Nunca verá que Jacob escoja lo peor —dijo el señor Cohen, guiñando el ojo, y seguro de la admiración del cliente. Deronda, mirando a la abuela, que reía silenciosamente, dijo:

—¿Son estos los únicos nietos que tiene?

—Todos. Este es mi único hijo —contestó, en un tono comunicativo a Deronda, cuya mirada y su porte transmitían como siempre la impresión de un interés sensible, y que en esta ocasión sirvió bien a su propósito. Hizo parecer natural el que dijese:

—¿Y no tiene ninguna hija?

Hubo un cambio instantáneo en la cara de la mujer. Sus labios se

cerraron firmemente, pasó las manos por el mostrador, y finalmente dio la espalda a Deronda para observar unos pañuelos indios empeñados que colgaban enfrente de ella. Su hijo le lanzó una mirada expresiva, se encogió de hombros y se llevó el dedo índice a los labios; luego añadió rápidamente:

—Creo que usted es un caballero de primera en la ciudad, señor, si me permite adivinarlo.

—No —dijo Deronda, con aire preocupado —no tengo nada que ver con la ciudad.

—Mal negocio. Pensé que usted podría ser el joven representante de una empresa de primer nivel —dijo el señor Cohen, con la intención de correr un tupido velo por el daño causado por el deseo natural de su cliente de querer saber más de él y de los suyos—. Pero entiende de orfebrería, veo.

—Un poco —dijo Deronda, tomando por un momento los broches y dejándolos de nuevo. Esa evidencia circunstancial e inoportuna le hizo ver que era mejor disimular más de lo que nunca había sido consciente. Pero la simple posibilidad de que un poco más de conocimiento pudiera negar esa evidencia, venció su inclinación a permanecer en la incertidumbre.

—Para decirle la verdad —continuó—, he entrado más bien a dejar en préstamo que a comprar. Diría que usted acepta transacciones fuertes en ocasiones.

—Bueno, señor, he acomodado a caballeros distinguidos, estoy orgulloso de decirlo. No cambiaría mi negocio por nada del mundo. No hay nada más loable, ni más benéfico, ni más necesario para todas las clases, desde la buena señora que quiere algo de líquido para la panadería, al caballero como usted, señor, que puede quererlo por diversión. Me gusta mi negocio, me gusta mi calle, y me gusta mi tienda. No la tendría una puerta más lejos. Y no empeñaría mi tienda, señor, para ser el Alcalde principal. Esto te pone muy en contacto con el mundo. Yo digo que es como las rentas públicas del Gobierno: abarca todo el metal y el oro del país. Y un hombre que no consigue dinero, señor, no puede acomodarse. Y bien, ¿qué puedo hacer por usted, señor?

Si una inocente autosatisfacción es la medida del éxtasis terrestre, Salomón en toda su gloria fue un mortal digno de compasión comparado con el señor Cohen —que era claramente una de esas personas que, estando plenamente satisfechos de sí mismos, están siempre dispuestos a animar a los extraños haciéndoselo saber—. Mientras se daba a conocer con asombrosa rapidez, tomó al bebé de los brazos de su mujer y sujetándolo en su brazo le dejó que explorara con sus pequeños puños los rasgos de su cara. Deronda, que no estaba de buen humor, pensó para sí en un arrebato que este Esdras Cohen

era el judío menos poético con el que se había topado en los libros o en la vida: su verbosidad no se parecía en nada a la del Antiguo Testamento; y ni una sombra de la Raza Atormentada distinguía la vulgaridad de su alma de la de un próspero vendedor ambulante de piel blanca y rosada del más puro linaje inglés. Es, naturalmente, un sentimiento cristiano que un judío no debiera ser engreído. No obstante, esto no era razón para no perseverar en su proyecto, y respondió inmediatamente en una aventurada ignorancia de tecnicismos:

—Tengo un diamante fino que ofrecer como seguridad; no lo llevo encima en estos momentos, desgraciadamente, pues no tengo la costumbre de llevarlo. Pero volveré otra vez esta noche y lo traeré. Cincuenta libras es lo que me iría bien.

—Bueno, ya sabe, esta noche es el Sabbath, caballero —dijo Cohen, e iré a la *School*[160]—. La tienda estará cerrada. Pero acomodar a la gente es un trabajo de caridad; si no puede venir aquí antes, y los motivos apremian, ¡pues me quedaré a ver su diamante! Usted es tal vez del West End[161], algo lejos de aquí.

—Sí, y el Sabbath de ustedes comienza temprano en esta época. Puedo estar aquí a las cinco, ¿es posible? —Deronda había contado con que al preguntar si podía venir un viernes por la noche, tendría una buena oportunidad de observar ciertas cosas del carácter de la familia, y que pudiera incluso ser capaz de plantear alguna cuestión decisiva.

Cohen asintió; pero en esto, el asombroso Jacob, cuyo físico mostraba una precocidad que habría puesto en evidencia a un gentil de su edad, demostró que había estado escuchando, entendiéndolo todo al decir:

—Va usted a volver de nuevo. ¿Tiene más navajas en casa?

—Creo que tengo una.

—¿Tiene dos cuchillas y un garfio, y un mango blanco como ese? —dijo Jacob, señalando al bolsillo del chaleco.

—Diría que sí.

—¿Le gustaría un sacacorchos? —dijo Jacob, exhibiendo el artículo de su propia navaja de nuevo, y mirando muy seria e inquisitivamente.

—Sí —dijo Deronda, a modo experimental.

—Traiga su navaja, entonces, y las intercambiaremos, guardándose otra vez su navaja, y marcando el paso con la sensación de haber cerrado un buen trato.

La abuela había recobrado ya su actitud normal, y la familia entera miraba radiante a Deronda mientras este acariciaba el pelo de la niña pequeña, a la que hasta entonces no había prestado atención, y

sentándola en el mostrador, pregunto también su nombre. Ella le miró en silencio, y se puso los dedos en sus pendientes de oro, de los que no parecía haberse dado cuenta.

—Se llama Adelaida Rebeca —dijo su madre orgullosamente—. Di algo al caballero, mi amor.

—Hoy vetido de Sabba —dijo Adelaida Rebeca.

—Se refiere a su vestido del Sabbath —explicó el padre—. Le pondremos su vestido del Sabbath esta noche.

—¿Y me dejarás ver cómo te queda, Adelaida? —dijo Deronda, con ese tono amable, que no le costaba nada adoptar.

—Di que sí, mi amor; sí, si así gusta, señor —dijo su madre, encantada con este apuesto y joven caballero, que sabía apreciar a los niños aventajados.

—¿Y me darás un beso esta noche? —dijo Deronda, con una mano en cada uno de sus pequeños hombros morenos.

Adelaida Rebeca (su miriñaque en miniatura y sus rasgos marcados pegaban con la combinación de sus nombres) inmediatamente puso sus labios en posición de adelantar el beso, después de lo cual, su padre, más satisfecho aún con las circunstancias y con el desconocido que era un admirador testigo, dijo cordialmente:

—Ya ve que hay alguien que estará decepcionado si no viene esta noche, señor. ¿No le importará sentarse en el puesto de nuestra familia y esperarme un poco, si no estoy cuando venga, señor? Haremos una excepción para acomodarle como se merece. Traiga el diamante, y veré lo que puedo hacer por usted.

De esta manera, Deronda dejó una impresión de lo más favorable tras él como preparación para un trato más cómodo. Pero por su parte, le había costado soportar tales amenidades. Si estos eran los parientes de Mirah, no podía imaginarse que incluso su ferviente devoción filial pudiera aportar a su reunión con ellos ninguna dulzura más allá de la que pueda encontrarse en el pleno cumplimiento de un deber doloroso. ¿Qué necesitaba este hermano jactancioso? Y aún suponiendo lo más favorable respecto a la hipotética madre, Deronda se estremeció ante la imagen de un primer encuentro entre ella y Mirah, y aún más ante la idea de la educación de Mirah con esta familia. Se refugió en el hecho de no creerlo. Encontrar a un Esdras Cohen cuando el nombre está dando vueltas por tu cabeza no es más extraordinario que hallar un Josiah Smith bajo circunstancias similares; y en cuanto a la coincidencia sobre la hija, probablemente habría alguna diferencia. Si, no obstante, lo que pudiera averiguar en el futuro confirmaba la conclusión más indeseable, ¿qué sería lo más conveniente? ¿Intentar ocultarlo y sacar de ello las mejores consecuencias, o afrontar otras consecuencias en aras de esa franqueza

que es el dulce aire fresco de nuestra vida moral?

CAPÍTULO 34

Er ist geheissen
Israel. Ihn hat verwandelt
Hexenspruch in Einen Hund.

Aber jeden Freitag Abend,
In der Dämmrungstunde, plötzlich
Weicht der Zauber, un der Hund
Wird aufs Neu'ein menslisch Wesen[162]*.*
HEINE, *Prinzessin Sabbath*[163]

Cuando Deronda llegó a las cinco en punto, la tienda estaba cerrada y la sirvienta cristiana le abrió la puerta. Una vez le introdujo en la sala de detrás de la tienda se sorprendió por la hermosura de la escena. La casa era vieja y bastante amplia en su parte de atrás; probablemente la espaciosa habitación en la que estaba entrando era triste a la luz del sol, pero ahora estaba agradablemente iluminada por una vieja lámpara de cobre con siete lamparillas de aceite colgando encima del mantel de color blanco nieve que cubría la mesa central. El techo y las paredes estaban impregnados de humo, y los rincones de la sala eran lo suficientemente oscuros como para hacer resaltar las figuras humanas, que aparecían con un fulgor veneciano. La abuela iba ataviada de un marrón amarillento con una larga cadena de oro que hacía las veces de collar, y bajo esta luz su cara blanca con sus marcadas cejas oscuras y el bucle que recogía su pelo gris aparecía tan hermosa como para un efecto pintoresco. La joven señora Cohen iba vestida de rojo y negro, con una serie de anchas perlas enrolladas alrededor de su cuello; el bebé yacía dormido en la cuna bajo una colcha color escarlata; Adelaida Rebeca llevaba un vestido trenzado de color ámbar; y Jacob Alexander llevaba ropa de pana de color negro con calcetines escarlata. Mientras los cuatro pares de ojos brillaban en su bienvenida a Deronda, él estaba casi avergonzado por el desdeñoso rechazo que le habían producido durante el día estas criaturas de aspecto feliz. Nada podía ser más cordial que los saludos que recibió, y tanto la madre como la abuela parecían reunir más dignidad al ser

vistas en el hogar privado, y mostrando su hospitalidad. Miró sorprendido al mobiliario antiguo: el escritorio de roble y la alta mesita auxiliar debían haber llegado allí por alguna oportunidad y por temas económicos más que por el gusto de la familia. Sobre la mesilla había un plato ancho de loza azul y amarilla, y a cada lado de él dos recipientes viejos de plata; en frente de ellos un gran volumen con tapas de pergamino oscuro y cosido cuidadosamente. En la esquina más alejada había una puerta abierta que daba a una habitación interior, que estaba también iluminada.

Deronda se fijó en estos detalles por medio de miradas furtivas mientras atendía la solicitud apremiante de Jacob acerca de la navaja. Se había tomado la molestia de comprar una con los requisitos del garfio y el mango blanco, y la sacó al pedírselo, diciendo:

—¿Es este el tipo de navaja que quieres, Jacob?

La sometió a un severo escrutinio, abrió el garfio y las cuchillas, y sacó el artículo de trueque con el sacacorchos para compararlas.

—¿Por qué prefieres un garfio a un sacacorchos? —le preguntó Deronda.

—Porque puedo sujetar más cosas con un garfio. Un sacacorchos solo sirve para corchos. Pero es mejor para usted; usted puede sacar corchos.

—¿Así que estás de acuerdo en intercambiarlos? —dijo Deronda, observando que la abuela escuchaba encantada.

—¿Qué más trae usted en sus bolsillos? —dijo Jacob, con deliberada seriedad.

—Calla ya, Jacob, cariño —dijo la abuela—. Y Deronda, consciente del respeto a la disciplina, le contestó:

—Creo que no debo decírtelo. Nuestro negocio se refería a las navajas.

Jacob levantó la vista para escudriñar su cara por unos momentos, y al parecer llegó a una conclusión, pues dijo muy serio:

—Lo cambio —entregándole la navaja con el sacacorchos a Deronda, que se lo guardó en el bolsillo también muy serio.

Inmediatamente, el pequeño hijo de Shem corrió a la habitación contigua, desde donde se oyó su voz conversando animadamente; y luego, regresó corriendo de nuevo, cuando, al ver entrar a su padre cogió un sombrero de pana que estaba en una silla, se lo puso y se acercó a él. Cohen llevaba puesto su propio sombrero y se lo dejó puesto sin hacer caso al visitante, quedándose de pie mientras los dos niños fueron a por él y abrazaron sus rodillas; entonces, puso sus manos sobre cada uno de ellos y pronunció su bendición hebrea, después de lo cual, la mujer, que había tomado entonces al bebé de la cuna, se lo llevó a su marido y lo sujetó bajo sus manos extendidas

para que lo bendijera mientras dormía. Por el momento Deronda pensó que este prestamista orgulloso de su vocación no era del todo ramplón.

—Bien, señor, ha hallado usted la bienvenida en mi familia, creo —dijo Cohen, sacándose el sombrero, y recuperando su propia compostura—. Y ha sido puntual. Nada como un poco de tensión aquí —dijo dando unos golpes al bolsillo de su pantalón a la vez que se sentaba—. Es bueno para todos. Yo lo he vivido cuando he tenido que afrontar pagos. Empecé pronto, tuve que cambiar de rumbo y ponerme al día para tapar todos los agujeros. Es estimulante para la mente. Pero en fin; veamos, veamos.

—Este es el anillo del que le hablé —dijo Deronda, sacándoselo del dedo—. Creo que costó mil libras. Supongo que serán suficientes como prenda quinientos. Probablemente venga a redimirlo en un mes o así.

Los ojos brillantes de Cohen parecían acercarse un poco más entre sí mientras aguantaron la mirada ingenua de este joven y tosco caballero, que por lo visto suponía que la redención era una satisfacción para los prestamistas. Cogió el anillo, lo examinó y se lo devolvió, diciendo con indiferencia:

—Bueno, bueno. Hablaremos de eso después de la comida. Tal vez quiera unirse a nosotros, si no tiene nada que objetar. Tanto yo como mi mujer nos sentiremos honrados, y también mi madre, ¿no es así, madre?

Ambas le animaron a quedarse y Deronda aceptó de buen grado. Todos se dirigieron hacia la mesa. No había ningún plato salvo uno cubierto con una servilleta; y la señora Cohen había dispuesto un cuenco de loza cerca de su marido para que pudiera lavarse en él las manos. Pero tras ponerse de nuevo su sombrero, hizo una pausa, y llamó en voz alta:

—¡Mardoqueo!

«¿Será esto parte de la ceremonia religiosa?», pensó Deronda, sin saber lo que podía esperarse del antiguo héroe[164]. Pero oyó un “Sí” de la habitación contigua, que le hizo mirar hacia la puerta abierta; y allí, para su asombro, vio la figura del enigmático judío con el que se había topado esta mañana en la librería. Sus ojos se cruzaron, y Mardoqueo parecía tan sorprendido como Deronda, sin que ninguno de los dos mostrara en su sorpresa ningún signo de reconocimiento. Pero cuando Mardoqueo se sentó al final de la mesa, inclinó su cabeza hacia el invitado de una forma fría y distante, como si la decepción de la mañana perdurara desagradablemente sobre este nuevo conocido.

Cohen se lavó las manos, mientras pronunciaba palabras hebreas; luego retiró la servilleta que cubría el plato dejando a la vista las dos hogazas alargadas de pan recubiertas de semillas —el memorial del maná que alimentó a los antepasados nómadas— y partiéndolo en

pequeños trozos dio uno a cada uno de los miembros de la familia, incluida Adelaida Rebeca, que estaba de pie en la silla exhibiendo todo su cuerpo cubierto con su prenda de color ámbar, y alargando su pequeña nariz al estirar su labio superior, cosa que hacía para parecer más digna del acto. Cohen pronunció otra bendición hebrea, durante la cual Jacob se puso su sombrero para imitar al resto de los hombres. Luego, descubrieron sus cabezas, se sentaron, y la comida prosiguió sin que hubiera nada remarcable para Deronda. No era muy consciente de qué platos comía, ya que estaba preocupado por dar un giro a la conversación que le permitiera hacer alguna pregunta importante, además de pensar en Mardoqueo, con el que intercambiaba miradas de asombro medio furtivas. Mardoqueo no llevaba un vestido elegante propio del Sabbath, aunque en lugar del abrigo negro desgastado y mohoso de la mañana llevaba uno de un color pardusco suave, que parecía como si alguna vez hubiera sido una hermosa gabardina suelta que se hubiera encogido por los lavados; y este cambio de ropa acentuaba de forma todavía más fuerte su ávido rostro de pelo oscuro, que bien podía haber pertenecido al profeta Ezequiel —probablemente tampoco muy a la moda a los ojos de sus contemporáneos—. Era de notar que dieron a Mardoqueo las colas de los pescados fritos, y en general el tipo de cosas que le tocan a un pariente pobre —sin duda, una costumbre que venía de la prehistoria, que todavía nadie admitía como supersticiosa—.

El señor Cohen llevaba vivamente la conversación, introduciendo temas de buen gusto (el judío está orgulloso de su lealtad) hacia la Reina y la Familia Real, el Emperador y la Emperatriz de Francia —en los cuales participaron con entusiasmo la abuela y la mujer—. La joven señora Cohen mostró una precisa memoria acerca de los aniversarios de las personas distinguidas; y la mayor ayudó a su hijo informando al invitado de lo que ocurrió cuando el emperador y la Emperatriz estuvieron en Inglaterra y visitaron la ciudad diez años antes.

—Diría que usted sabe todo esto mejor que nosotros, señor —decía Cohen cada vez que empezaba a dar nueva información; y la conversación se mantuvo prácticamente en un trío.

—Nuestro bebé se llama Eugenia Esther[165] —dijo vivamente la joven señora Cohen.

—Resulta maravilloso cómo el del Emperador se parece a un primo mío —dijo la abuela—; me impresionó mucho cuando lo vi. Nunca lo habría pensado.

—Madre y yo fuimos a ver al Emperador y a la Emperatriz al Palacio de Cristal —dijo el señor Cohen—. Tuve mucho trabajo para cuidar de madre; podían haberla estrujado, aunque por entonces era casi tan fuerte como ahora. Me dije que si tuviera cien madres nunca

llevaría a ninguna de ellas a ver otra vez al Emperador y a la Emperatriz al Palacio de Cristal; y ya puede ver que un hombre no se lo puede permitir si solo tiene una madre, a menos que tenga un seguro enorme por ella. —Acarició el hombro de su madre afectuosamente, y soltó una pequeña risa por su propio humor.

—Su madre ha sido viuda por mucho tiempo, tal vez —dijo Deronda, aprovechando la oportunidad—. Por eso sus cuidados se han hecho más necesarios.

—Ay, ay, han pasado ya muchos *yore-zeit*[166] desde los que me ocupo de ella y de mí mismo —dijo Cohen rápidamente—. Empecé pronto. Es lo que te hace ser punzante como una navaja.

—¿Qué es lo que te hace ser punzante como una navaja, padre? —dijo Jacob, con la boca llena de pastel.

El padre guiñó a su invitado y dijo: —Poner la otra mejilla.

Jacob se deslizó de su silla con un trozo de pastel en la mano, y acercándose a Mardoqueo, que hasta entonces había permanecido en absoluto silencio, dijo:

—¿Qué significa eso, poner la otra mejilla?

—Significa que vas a soportar que te hagan daño sin quejarte —dijo Mardoqueo, volviendo con bondad sus ojos sobre el pequeño rostro cercano al suyo. Jacob puso la punta de su pastel en la boca de Mardoqueo invitándole a morderlo, a la vez que dijo—: Eso no lo haré yo —y estuvo observando su pastel para ver qué parte de él perdía en ese acto de generosidad. Mardoqueo dio un mordisco y sonrió, sin duda queriendo satisfacer al chico, y el pequeño incidente hizo que ambos parecieran más adorables. Deronda, no obstante, pensaba, algo molesto, que no había sacado mucho de su pregunta.

—Me imagino que este es el barrio ideal para aprender —dijo, dando continuidad al tema para tener una excusa para dirigirse a Mardoqueo, a quien se volvió y dijo—: Usted ha sido un gran estudiante, supongo.

—He estudiado —fue la respuesta tranquila—. ¿Y usted? Usted sabe alemán, por el libro que compró.

—Sí, he estudiado en Alemania. ¿Está usted contratado para vender libros? —dijo Deronda.

—No; solo voy a la tienda del señor Ram cada día para vigilarla en los tiempos de las comidas —señaló Mardoqueo, que había reavivado su interés inicial con el que había mirado a Deronda: daba la sensación de que su rostro tenía un interés especial para él que neutralizaba la anterior decepción. Tras una pequeña pausa, dijo—: Tal vez sepa usted hebreo.

—Lamento decir que no.

Mardoqueo bajó su rostro: inclinó hacia abajo sus párpados,

mirándose las manos, que estaban cruzadas ante él, y ya no dijo nada más. Deronda se había dado cuenta de forma más evidente que en su anterior encuentro que le costaba respirar, lo que pensó debía ser una señal de agotamiento.

—Yo he tenido que hacer otras cosas que aprender de los libros —dijo el señor Cohen—; he tenido que aprender cosas útiles. Conozco bien las piedras —y señaló el anillo de Deronda—. No temo equivocarme al valorar ese anillo. Pero, en fin —añadió, calmando su voz, y pasando a ser más baja, familiar y nasal—, ¿cuánto quiere por él?

—Cincuenta o sesenta libras —contestó Deronda, sin darle mucha importancia.

Cohen hizo una pausa, se llevó las manos a los bolsillos, fijó sus ojos brillantes sobre Deronda como si fuera un conejillo de indias, y dijo:

—No puedo hacerle eso. Me gustaría complacerle, pero no llego a esas cantidades. Cuarenta libras, digamos cuarenta, le daré a usted cuarenta libras por él.

Deronda era consciente de que Mardoqueo había levantado la vista de nuevo ante las palabras que se referían al asunto económico, y estaba examinándole de nuevo, mientras dijo:

—Muy bien, lo redimiré en un mes o así.

—Bueno. Ya le haré el recibo dentro de un rato —dijo Cohen con indiferencia. Luego levantó un dedo en señal de que debía aplazarse la conversación. Él, Mardoqueo y Jacob se pusieron los sombreros, y Cohen empezó una acción de gracias, que fue seguida por las respuestas, hasta que Mardoqueo continuó solo, cantando una melodía solemne, con su barbilla ligeramente inclinada hacia arriba y sus manos delgadas cruzadas frente a su pecho. No solo en su acento y en su tono, sino también en su despreocupación por conseguir la aprobación de los demás, se notaba un gran contraste con el judío que estaba al otro lado de la mesa. Era un encuentro inexplicable la presencia entre este tipo de tenderos prósperos y ordinarios, de un hombre que, en su condición demacrada y extenuada, impusiera cierto sobrecogimiento en Deronda, y cierta incomodidad por no estar a su altura.

Tan pronto como Mardoqueo hubo terminado su arrebato devoto, se levantó, hizo una ligera inclinación de cabeza hacia el forastero, volvió hacia su habitación y cerró la puerta tras él.

—Ese parece ser un hombre remarcable —dijo Deronda, dirigiéndose a Cohen, que inmediatamente se encogió de hombros, sacó un poco la lengua y se dio unos golpecitos en la frente. Estaba dando claramente a entender que el juicio de Mardoqueo no llegaba al

estándar que el señor Cohen consideraba a su modo de ver.

—¿Pertenece a su familia? —dijo Deronda.

La idea les pareció más bien ridícula tanto a las mujeres como a Cohen, y la familia intercambió miradas de diversión.

—No, no —dijo Cohen—. ¡Caridad! ¡Caridad! Trabajaba para mí, y a medida que se iba debilitando lo traje aquí. Es un estorbo, pero trae consigo una bendición, y enseña al chico. Además, repara los relojes y la joyería.

Deronda apenas se privó de sonreír ante esta mezcla de amabilidad y el deseo de justificarla a la luz de una compensación; pero su pretensión de seguir hablando de Mardoqueo, cuyo carácter resultaba aún más enigmático al saber estos nuevos detalles, fue contrariada. El señor Cohen enseguida abandonó el tema y regresó al de la "acomodación", que era también un acto de caridad, y se dispuso a sacar el recibo, cogió las cuarenta libras, y le presentó ambas cosas a cambio del anillo de diamantes. Deronda, considerando que sería bastante delicado prolongar su visita más allá del acuerdo sobre el negocio que había sido su pretexto, tuvo que marcharse, sin más resultados que el avance de cuarenta libras y el recibo del préstamo en el bolsillo de su chaleco, para tener una razón para volver cuando regresara al pueblo después de Navidad. Había decidido que entonces haría lo posible para adentrarse un poco más en el carácter e historia de Mardoqueo, de quien podía obtener algo más decisivo sobre los Cohen —por ejemplo, la razón por la que estaba prohibido preguntar a la señora Cohen mayor si tenía una hija.

FIN DEL SEGUNDO VOLUMEN

Que tu principal terror sea el de tu alma: allí entre la aglomeración de acelerados deseos que pisotean a los muertos apoderándose de su botín, acecha la venganza, sin fundamento, irresistible, como exhalacions cargadas de muerte lenta, y sobre el escuadrón más limpio de recónditas alegrías, se respira pálida pestilencia.

LIBRO V

MARDOQUEO

CAPÍTULO 35

Si la inquietud de conciencia se midiera por el número de crímenes, la historia humana habría sido diferente, y uno miraría a los conspiradores de las guerras codiciosas y a los poderosos maleantes del mercado monetario como parte del mismo grupo de hombres arrepentidos que el salteador de caminos más miserable, o el ladrón de carteras, o el asesino que produce su carnicería con sus propias manos. Sin duda, la maldad también reparte sus recompensas; pero el que gana en el juego del mal tiene que ser más perverso, más cruel y más brutal que lo permitido por el orden de este planeta para todo el que nace de mujer, pues la mayoría de hombres llevan consigo una forma de conciencia —un temor que es la sombra de la justicia, una compasión que es la sombra del amor—, que les impide disfrutar de la recompensa de la maldad impávida, algo muy difícil de mantener por nuestra naturaleza compuesta.

El 29 de diciembre Deronda supo que los Grandcourt habían llegado a la Abadía, pero no les vio el pelo antes de ir a vestirse para comer. Había caído una gran cantidad de nieve, permitiendo al grupo de chicos el raro placer de tirarse bolas de nieve y construir muñecos de nieve, y en las vacaciones de Navidad las niñas de los Mallinger no se contentaban con ninguna diversión en la que no participara su "primo", como siempre llamaban a Deronda. Tras esos esfuerzos al aire libre había estado jugando al billar, y así las horas se habían pasado sin pensar en absoluto en la perspectiva de encontrarse con Gwendolen para comer. No obstante, esa perspectiva le resultaba interesante, y cuando ya estaba algo cansado y acalorado por tanta actividad, antes de que sonase el timbre que avisara de que faltaba media hora, empezó a pensar en ello especulando en cómo le habría influenciado a ella su matrimonio con Grandcourt, y en la probabilidad de que hubieran cambios discernibles en su comportamiento desde que la vio en Diplow, de la misma forma en que los hubo desde su primer encuentro con ella en Leubronn.

«Imagino que hay caracteres que uno puede ver crecer o degenerarse cada día, si uno los observase», fue su pensamiento. «Supongo que algunos de nosotros van más rápido que el resto; y creo

que ella es una criatura que muestra todavía las marcas de algo que la impresionó hace tiempo. Ese pequeño asunto del collar, y la idea de que alguien pensara que hizo mal apostando, obviamente le había picado. Pero tal impresionabilidad puede tomar dos caminos: tanto puede conducir a uno a la desesperación como a decidirse mejorar. Y por mucha fascinación que puedan suscitar los gustos caprichosos de Grandcourt, ¡por Dios!, ¿quién creerá que mostrará un tierno afecto en la compañía del día a día? Cualquiera estaría tentado a fustigarle para que mostrara algo de pasión en su rostro y en su conversación. Me temo que ella se casó con él por ambición, para escapar de la pobreza. ¿Pero por qué se escapó de él la primera vez? La pobreza vino luego, de todas formas. ¡Pobrecilla! Puede que le hayan convencido a que lo haga. ¿Qué se puede sentir sino pena por una joven criatura como esa, sin experiencia alguna en la vida, imprudente sin saberlo, depositando todas sus ciegas esperanzas en ese despojo humano?».

Sin duda, los apelativos que aplicaba Deronda en su meditación al marido eran tanto menos halagüeños en cuanto disculpaba por lástima a la mujer. Su noción de Grandcourt como "despojo" no estaba fundada sobre ningún conocimiento en particular, sino simplemente en la impresión que le había dado, a partir de una relación ordinaria y cortés con él, que Grandcourt había malgastado todo su sano interés en las cosas materiales.

En general, puede estarse seguro que siempre que tiene lugar un matrimonio de cualquier clase, los conocidos del género masculino van a compadecer probablemente a la mujer, y los del femenino al marido; se piensa que hay uno que lo ha hecho mejor que el otro; y especialmente, cuando la mujer es encantadora, los caballeros jóvenes concluyen que ella no puede sentir un cariño real por un compañero tan aburrido para ellos como su marido, sino que se ha casado por otros motivos. ¿Quién es el que en tales circunstancias se compadece del marido? Incluso las amigas de él van a pensar que su suposición es merecida: debería haber escogido a otra. Pero tal vez haya que excusar a Deronda que no sintiera nada de lástima por Grandcourt, que nunca daba la impresión a sus conocidos de causarles más sufrimiento del que realmente les infligía; mientras que a Gwendolen, joven, precipitada, ávida de felicidad, alimentada con los halagos que hacen creer a una joven hermosa en su derecho divino a hacer las cosas a su gusto, ¡qué rápido puede pasar la vida de magníficas expectativas a una sensación amarga de haber hecho algo irremediable! Después de lo que había visto de ella, sería muy insensible por su parte si no estuviera deseando con cierto interés que entrara en la sala. Con todo, como ya habían pasado tres semanas desde la luna de miel y Gwendolen había sido entronada no solo en Ryelands, sino también en Diplow, probablemente ya habría tenido

tiempo de componer su rostro manifestando u ocultando lo que creyese conveniente, pues no era una persona que dejara expuestos sus sentimientos a la vista de cualquier curioso.

Se había invitado a un grupo bastante variado para encontrarse con la nueva pareja: la vieja aristocracia estaba representada por Lord y Lady Pentreath; el viejo señorío por el señor y la señora Fitzadam de la rama Worcestershire de los Fitzadam; la política y el orden público por el señor Fenn, vocal de West Orchards, acompañado de sus dos hijas; la familia de Lady Mallinger por su hermano, el señor Raymond, y su mujer; el útil elemento soltero, por el señor Sinker, el eminente consejero; y por el señor Vandernoodt, con quien había trabado tan buena amistad en Leubronn como para mantenerla en Inglaterra.

Todos se habían reunido en la sala de estar antes de que apareciera la nueva pareja. Mientras tanto pasaban el tiempo observando a los niños —algunos Raymond pequeños, sobrinos y sobrinas de Lady Mallinger, además de sus propias tres hijas, a quienes se les permitía siempre estar por ahí a esas horas—. La escena era realmente encantadora: magnificada por retratos de cuerpo entero enmarcados en paisajes profundos, colgados en las paredes revestidas de paneles de cedro; vigilada por un techo que brillaba con los ricos colores que lo cubrían entre los brazos de las lámparas; iluminada casi tanto por el fuego intenso que desprendían las ramas de los robles como por las pálidas velas de cera; pacificada por gruesas alfombras y tapices decorados con caballos de pura raza inglesa que atenuaban cualquier sonido; y la mezcla de edad, desde los señores Pentreath de pelo blanco, al niño de cuatro años Edgar Raymond, añadía un encanto variado a los grupos humanos. Lady Mallinger, con sus formas redondas propias de una matrona y sus ojos azules ligeramente prominentes, se paseaba exhibiendo su vestido de terciopelo negro, con un perrito blanco en sus brazos a modo de prolongación de su vestimenta; los niños estaban repartidos entre las señoras, mientras que la mayoría de los caballeros permanecían de pie algo apartados conversando con esa vivacidad moderada que se observa durante los largos minutos que preceden a la comida. Deronda estaba un poco apartado del círculo principal, entretenido en un diálogo forzoso que le había sido impuesto por el señor Vandernoodt, un hombre de la mejor sangre holandesa importada en tiempos de la revolución; por lo demás, era una de esas personas del todo conveniente que estuviesen presentes en sociedad, que no son nada en particular por sí mismas, pero que todo el mundo cree que están relacionadas con lo mejor de cada tema; de pelo corto, ojos pálidos, despreocupado, ofrecía el mejor contraste posible con el color intenso y la seriedad viva de Deronda.

Hablaba de los recién casados, a quienes esperaban ver aparecer.

El señor Vandernoodt era un recolector afanoso de detalles personales, y podría decirlo prácticamente todo de cualquier gran filósofo o físico, salvo sus teorías o sus descubrimientos; en esos momentos estaba dando a entender que había aprendido muchas cosas de Grandcourt desde su encuentro con él en Leubronn.

—Los hombres que han visto mucho de la vida no siempre terminan escogiendo tan bien a sus mujeres. Él ha tenido una historia anecdótica, ha ido demasiado lejos en sus aventuras, creo, a pesar de ser un poco parado. Pero, por supuesto, usted lo sabe todo sobre él.

—No, de verdad —dijo Deronda, en un tono indiferente—. Sé poco más de él que es el sobrino de Sir Hugo.

Pero entonces se abrió la puerta, dejando para más adelante cualquier satisfacción que pudiera derivarse de la comunicación del señor Vandernoodt.

La escena era propicia para destacar cualquier figura distinguida que entrase por esa puerta, y ciertamente, cuando el señor y la señora Grandcourt entraron, ningún observador podía negar que sus figuras tenían distinción. El marido no podía estar más perfectamente vestido, ni mostrar su rostro una mayor impasibilidad, que la que tenía antes de casarse. Debía suponerse que no iba a conformarse con lo que no fuera la mejor equitación, mujer incluida; y la mujer que se apoyaba en su brazo era la que se había esperado de él que escogiera.

—¡Por el rey Jorge, creo que es más hermosa que cualquier cosa! —exclamó el señor Vandernoodt. Y Deronda opinaba lo mismo, aunque no dijo nada.

La seda blanca y los diamantes —puede parecer extraño, pero llevaba diamantes en el cuello, en las orejas, en el pelo—, seguramente tenían algo que ver con su nueva e imponente belleza, que le apareció como incuestionable si no más plenamente satisfactoria que la primera vez que la vio en la tabla de apuestas. Algunos rostros que tienen una belleza peculiar son como las obras de arte originales: la primera vez siempre se miran con recelo. Pero al ver a Gwendolen en Diplow, Deronda había visto en ella más de lo que puede esperarse de ese encanto seductor y tierno que llamamos femenino. ¿Hubo algún cambio desde entonces? Desconfiaba de sus impresiones; pero cuando vio sus saludos con lo que parecía una calma fría y orgullosa y una sonrisa superficial, pensó que estaba operando en ella la misma fuerza demoníaca que la poseyó cuando la sorprendió con esa mirada decidida que tenía cuando abandonó la tabla del juego como perdedora. No quedaba tiempo para sacar más conclusiones —no quedaba incluso tiempo para saludarla antes de que sonara la convocatoria para la comida—.

No se sentó muy lejos, quedando a poca distancia en frente de ella en la mesa, y a veces podía oír las respuestas que daba a Sir Hugo, que

estaba encantado de conversar con ella; pero aunque la estaba mirando con la intención de saludarla con una inclinación de cabeza, ella no le dio oportunidad de hacerlo durante algún tiempo. Al final, Sir Hugo, que debía de haber imaginado que ya se habían dicho alguna cosa, dijo:

—Deronda, te gustará oír lo que me está contando la señora Grandcourt sobre unos de tus personajes predilectos: Klesmer.

Gwendolen había bajado los ojos, y Deronda, que la estaba mirando, pensó discernir una desgana temblorosa mientra se veía obligada a levantarlos y devolver su inclinación de cabeza natural y su sonrisa, siendo la de ella solamente un ligero movimiento de los labios. Fue solo un instante, y Sir Hugo continuó sin detenerse:

—Los Arrowpoint han acabado aceptando el matrimonio, y él está pasando las navidades con su mujer en Quetcham.

—Supongo que estará contento por su mujer, aunque creo que no le habría importado mantenerse a distancia de sus familiares —dijo Deronda.

—Es una especie de historia trovadoresca —dijo Lady Pentreath, una señora mayor, sencilla y de voz profunda—; me alegro de hallar un pequeño romance entre nosotros. Creo que nuestra gente joven de ahora se está volviendo demasiado conocedora del mundo.

—Es una muestra del sentido común de los Arrowpoint, no obstante, el que hayan aceptado el asunto, después del alboroto en los periódicos —dijo Sir Hugo—. Y repudiar a tu única hija por haber escogido una pareja de rango inferior es algo así como repudiar tu propio ojo: todo el mundo sabe que es tuyo, y no tienes otro con el que aparecer.

—En cuanto a la pareja de rango inferior, ninguno de los dos tiene sangre de la nobleza en sus venas —dijo Lady Pentreath—. El viejo Almirante Arrowpoint era uno de los hombres de Nelson, ya sabe, el hijo de un doctor. Y todos sabemos cómo hizo dinero la madre.

—Si hablamos de que uno de los dos se ha rebajado para casarse con el otro, yo casi diría que ha sido más bien Klesmer —dijo Deronda.

—Ah, tú crees que es un caso en el que el inmortal se ha casado con la mortal. ¿Cuál es su opinión? —dijo Sir Hugo, mirando a Gwendolen.

—No me cabe la menor duda de que Klesmer se considera inmortal. Pero me atrevería a decir que su mujer está dispuesta a adorarle todo lo que él lo requiera —dijo Gwendolen. Había recobrado la compostura que pudiera haber perdido.

—¿No le parece bien que una mujer adore a su marido? —dijo Sir Hugo, con aire divertido.

—Oh, sí —dijo Gwendolen—, si eso hiciera que los demás creyeran en él. —Hizo una breve pausa y luego continuó con más alborozo—: Cuando Herr Klesmer admire su propio genio, la situación será menos absurda si su mujer dice amén.

—Por lo que veo, no le cae muy bien Klesmer —dijo Sir Hugo.

—Le valoro muchísimo, se lo aseguro —dijo Gwendolen—. Su genio está por encima de mi opinión, y sé que es extremadamente generoso.

Habló con la seriedad repentina con la que se suele corregir un comentario injusto o indiscreto, pues no podía justificar la antipatía que sentía hacia Klesmer en el fondo de su corazón. Deronda se estaba preguntando qué habría pensado de ella si nunca hubiera oído hablar de ella con anterioridad: probablemente que se mostraba dura y desafiante con el fin de encubrir algún conocimiento doloroso —si, realmente, podía imaginársela de otra forma que no fuera a la luz de sus sospechas—. ¿Pero por qué no le trataba más amistosamente?

Sir Hugo, cambiando de tema, le dijo a ella:

—¿No es esta una sala preciosa? Era parte del refectorio de la Abadía. Había una división marcada por esos pilares y los tres arcos antes de que fueran levantados. La sala era la mitad de larga en su origen. Había una hilera de benedictinos sentados donde estamos ahora. ¡Imaginad que de repente viéramos reducirse la intensidad de las luces y levantarse detrás de nuestras sillas los fantasmas de los viejos monjes!

—¡Por favor, no! —dijo Gwendolen, estremeciéndose divertida—. Está muy bien eso de ir en busca de antepasados y monjes, pero deberían saber cuál es su sitio y permanecer bajo el suelo. Me asustaría tener que andar sola por esta casa. Supongo que las viejas generaciones deben estar enfadadas con nosotros por haber cambiado tanto las cosas.

—Oh, los fantasmas deben ser de todos los partidos políticos —dijo Sir Hugo—. Y aquellos que quisieron cambiar las cosas mientras vivían y no pudieron deben estar de nuestro lado. Pero si no le gusta pasearse sola por la casa, le gustará hacerlo acompañada, espero. Usted y Grandcourt deberían verlo todo. Y le pediremos a Deronda que venga con nosotros. Sabe más de ella que yo. —El baronet estaba de un humor de lo más complaciente.

Gwendolen lanzó una mirada furtiva a Deronda, que debía haber oído lo que dijo Sir Hugo, puesto que había vuelto su rostro hacia ellos, intentando entrar en la conversación; pero parecía tan impasible como una imagen. A la vista de que Deronda les enseñara a ella y a Grandcourt el lugar que iba a ser de ellos, y que ella recordaba amargamente que podía haber sido de él (tal vez, si otros, hubieran actuado de otra forma), le sobrevinieron ciertos pensamientos —

pensamientos que a menudo se había imaginado, pero que ahora se repetían en una ocasión embarazosamente nueva—; y era consciente de que su mirada revelaba el embarazo y la torpeza que sentía, cosa que Sir Hugo debía haber notado. Acostumbrada a utilizar recursos rápidos para no delatarse, dijo jocosamente:

—Usted no sabe lo mucho que me atemoriza el señor Deronda.

—¿Cómo es eso? ¿Es porque piensa que sabe demasiado? —dijo Sir Hugo, a quien no se le había escapado la peculiaridad de su mirada.

—No. Es desde que le vi por primera vez en Leubronn. Porque cuando se acercó a mirar a la mesa de la ruleta, empecé a perder. Lanzó un mal de ojo a mis apuestas. No las aprobaba. Me le dijo después. Y ahora, cualquier cosa que haga ante él, temo que vuelva a echarle mal de ojo.

—¡Vaya! A mí mismo me da respeto cuando no aprueba algo —dijo Sir Hugo, mirando a Deronda; y luego, volviéndose hacia Gwendolen, dijo en voz baja—: No creo que a las mujeres en general les moleste que fije sus ojos en ellas. —La pequeña impertinencia a la que solía referirse el baronet le resultó en este momento tan molesta a Gwendolen como le resultaba a menudo a Deronda.

—Me molestan cualesquier ojos que sean críticos —dijo, en voz alta y distante, girando el cuello—. ¿Quedan muchas de estas habitaciones antiguas en la Abadía?

—No muchas. Hay un claustro en buen estado con una larga galería sobre él. Pero el patio más bonito de todos lo han convertido ahora en un establo. Forma parte de la antigua iglesia. Cuando hice reformas en el sitio, centré mis esfuerzos en lo demás; pero estaba fuera de mi alcance cambiar el establo, así que los caballos tienen el privilegio de estar en el antiguo y pulcro coro. Tiene que ir a verlo.

—Me gustaría ver tanto los caballos como el edificio —dijo Gwendolen.

—Oh, no tengo ningún semental del que hablar. Grandcourt mirará con desdén a mis caballos —dijo Sir Hugo—. Yo he dejado de ir de caza, y ahora voy al trote, como corresponde a un caballero de mi edad con hijas. El hecho es que continué haciendo mucho por este lugar. Vivimos dos años en Diplow mientras se hacían las reformas. ¿Le gusta Diplow?

—No especialmente —dijo Gwendolen, con indiferencia. Podría pensarse que la joven dama disponía de más sitios familiares a los que le importaba acudir.

—Ah, no ocurrirá lo mismo con Ryelands —dijo Sir Hugo, satisfecho—. Grandcourt, lo sé, lo tomó para cazar. Pero encontró algo mucho mejor allí —añadió el baronet, bajando la voz—, así que puede que lo prefiera más que ningún otro lugar en el mundo.

—Lo que me atrae del sitio —dijo Gwendolen, sin hacer mucho caso del cumplido más que con una fría sonrisa—, es que está al alcance de Offendene.

—Lo entiendo —dijo Sir Hugo, y dejó de lado el tema.

¿Qué baronet, por muy amable que sea, puede dejar de desear fuertemente una posesión particular? A Sir Hugo le habría gustado que Grandcourt, con o sin motivos, prefiriera cualquier otro sitio a Diplow; pero considerando que en el puro proceso del deseo siempre podemos hacer que las condiciones de nuestra satisfacción estén todas bien dispuestas, deseó que el conveniente desagrado de Grandcourt por Diplow no estuviera asociado con su matrimonio con esta mujer encantadora. Al baronet le gustaba mucho Gwendolen, pero como comentó luego a Lady Mallinger, no la consideraba una chica que se hubiera casado superando sus expectativas.

Deronda no había oído mucho de esta conversación, pues había puesto su atención en otro lugar, pero las breves impresiones que recibía del comportamiento de Gwendolen le convencieron de que este tenía algo nuevo y artificial.

Más tarde, en la sala de estar, Deronda, a petición de alguien, se sentó en el piano y cantó. Poco después, la señora Raymond ocupó su lugar; y al levantarse, él se dio cuenta de que Gwendolen había dejado su sitio y se había acercado a esta parte de la sala, como si quisiera escuchar más atentamente, pero permanecía de pie de espaladas a todo el mundo, aparentemente contemplando un hermoso busto encapuchado tallado en marfil que colgaba sobre una mesita. Anhelaba acercarse a ella y hablar. ¿Por qué no obedecía a su impulso, como hubiera hecho con cualquier otra dama de la sala? Con todo, dudó unos momentos, observando el gracioso contorno de su espalda, pero sin moverse.

Si tienes alguna razón para no ceder ante el deseo de hablar con una mujer hermosa, es una mala decisión mirarla un buen rato por la espalda: el deseo de ver lo que oculta se hace más fuerte. Puede haber una dulce sonrisa al otro lado. Deronda acabó por dirigirse hacia la mesita, al lado de Gwendolen, pero antes de que pudiera hablar ella se había girado sin sonrisa alguna en su rostro, sino con una mirada tan llena de tristeza, tan absolutamente diferente de su esfuerzo por mostrarse distante en su reconocimiento en la mesa, que sus palabras se quedaron sin salir. Durante lo que fue un espacio de tiempo apreciable para ambos, que cualquier otra persona no habría considerado así, se miraron el uno al otro; ella parecía buscar el alivio de una confesión, él mostraba una profunda compasión que neutralizaba cualquier otro sentimiento.

—¿No se une a la música? —dijo, para poder empezar la conversación.

Que su mirada de confesión había sido involuntaria quedó claro por su estremecimiento perceptible y por su cambio de expresión con el que se volvió para contestarle tranquilamente:

—Me uno a ella escuchándola. Me encanta la música.

—Usted sabe de música, ¿verdad?

—He dedicado mucho tiempo a la música. Pero no tengo el talento suficiente como para conseguir que valga la pena. No cantaré nunca más.

—Pero si le encanta la música, siempre valdrá la pena practicar en privado, para su propio deleite. Yo he hecho una virtud de mi satisfacción con mi mediocridad —dijo Deronda, sonriendo—; siempre es perdonable, así que uno no le pide a los demás que lo tomen como signo de superioridad.

—Yo no le puedo imitar a usted —dijo Gwendolen, recobrando su tono de animosidad artificial—. Ser mediocre para mí es querer decir que se es aburrido. Y el peor defecto que encuentro a las cosas es que sean aburridas. ¿Sabe? Voy a justificar las apuestas a pesar de su opinión. Es un refugio contra el aburrimiento.

—No admito la justificación —dijo Deronda—. Creo que al considerar que las cosas son aburridas el problema está dentro nuestro. Si no, ¿cómo podría alguien encontrar un intenso interés en la vida? Y hay muchos que se lo encuentran.

—Ah, ya veo. El defecto que encuentro en el mundo es mi propio defecto —dijo Gwendolen, sonriéndole. Luego, tras un momento, mirando de nuevo la entalladura de marfil, dijo—: ¿*Usted* nunca encuentra defectos en el mundo o en los demás?

—Oh, sí. Cuando estoy de un humor refunfuñón.

—¿Y odia a la gente? ¿Confiesa que los odia cuando se cruzan en su camino, cuando la ganancia de ellos es la pérdida de usted? Esa es su frase, ya sabe.

—A menudo estamos cruzándonos unos en los caminos de otros y no podemos evitarlo. Creo que es estúpido odiar a la gente por ese motivo.

—Pero, ¿y se le hacen daño cuando podían haberlo evitado? —dijo Gwendolen, con gran intensidad, inexplicable en una conversación casual como esta.

Deronda se maravilló de los temas que ella escogía como conversación. Una impresión dolorosa frenó su respuesta por un momento, pero al final dijo, con una seria y profunda entonación:

—Vaya, si es así, después de todo, prefiero mi lugar al de ellos.

—En eso creo que tiene usted razón —dijo Gwendolen, con una repentina risita, y se volvió para unirse al grupo del piano.

Deronda miró buscando a Grandcourt, preguntándose si seguía los

movimientos de su mujer con atención; pero no era de mucho sentido común suponer que pudiera averiguar ese hecho. Grandcourt tenía un modo engañoso de observar cualquier cosa que le interesara, que no superaba ni un animal de los que parecen estar dormidos cuando en realidad acechan a su presa. En esos momentos se hallaba hundido en un sillón, y le estaba hablando el señor Vandernoodt, que aparentemente consideraba que conocer a un marido de esas características era muy cultivador; y una persona incauta habría considerado seguro contar secretos delante de él, pues es un prejuicio común pensar que el observador rápido es el que mueve rápidamente sus ojos. Nada de eso. Si buscas un testigo respetable que no vea nada inconveniente, escoge a un caballero vivaz, muy en alerta, con los ojos bien abiertos, y un monóculo en uno de ellos y con imparcialidad completa respecto al propósito de lo que observa. Si Grandcourt quería tener a alguien bajo control, lo miraba de reojo, gracias a sus largos ojos estrechos, y si se ponía detrás de él, mediante un proceso constructivo lograba saber qué es lo que hacía allí. Sabía perfectamente dónde estaba su mujer y cómo se estaba comportando. ¿Iba a ser un marido celoso? Deronda imaginaba que era probable. Pero su imaginación iba tan desencaminada respecto a Grandcourt como habría ido respecto a un continente inexplorado donde todas las especies eran peculiares. No se concebía a sí mismo como un sujeto probable de celos, o que pudiera dar ningún pretexto para ellos; pero la sospecha de que una mujer no es feliz le lleva naturalmente a uno a especular sobre el comportamiento privado del marido; y Deronda se vio a la una de la madrugada pasadas en la más que ridícula situación de estar sentado con una gramática hebrea en sus manos (pues de algún modo, por deferencia a Mardoqueo, había empezado a estudiar hebreo) con la conciencia de haber estado cerca de una hora en esa actitud y de no haber estado pensando en nada más que en Gwendolen y en su marido. Ser un joven inusual significa sobre todo lograr un difícil control sobre lo usual, que a menudo es como empaquetar tus cosas para escapar del duendecillo de la mala suerte y verlo luego haciéndote muecas encima del coche de equipajes. Las peculiaridades del carácter de Deronda habían sido agudamente conmovidas por los breves incidentes y las palabras de toda la historia de su relación con Gwendolen; y la breve aportación de esta noche le había provocado una reaparición inoportuna. No era vanidad —era más bien compasión lo que le había atraído de su comportamiento hacia él—; y la dificultad con la que parecía haber elevado sus ojos para saludarle, al primer momento, la interpretaba ahora por esa mirada inconfundible de confianza involuntaria que ella había depositado luego en él cuando le vio acercarse.

«¿Y de qué sirve todo esto?», pensó Deronda, mientras lanzaba su

gramática, y comenzaba a desvestirse. «No puedo hacer nada para ayudarla, nadie puede, si ella ya se ha dado cuenta de su error. Y me parece que lamentablemente ella no sabe lo que la puede ayudar. Es extraño y da pena pensar cuanta miseria puede acumular una criatura bella y delicada como esa, vestida con ropa elegante, con gemas colgando de sus orejas, su cabeza erguida con orgullo, su boca mostrando sonrisas fingidas, ¡y su pobre alma asqueada de todo! ¿Pero qué es lo que sé de ella? Tiene que haber un demonio dentro de ella para unirse al peor de los maridos posibles, por lo que puedo decir. Claramente fue una niña mal educada y mundana: tal vez sea una coqueta».

La última reflexión, que no creía demasiado, era una dosis autoadministrada de cautela, sugerida en parte por las bromas despectivas de Sir Hugo sobre el tema del flirteo. Deronda decidió no ofrecerse para ningún cara a cara con Gwendolen durante los pocos días de su estancia en la Abadía; y fue capaz de mantenerse en su resolución a pesar de sus fuertes deseos de contradecirla.

Pero un hombre no puede decidir las acciones de una mujer, y menos aún las de una mujer como Gwendolen, cuya naturaleza combinaba una reserva orgullosa con los arrebatos, el terror que la paralizaba con el desafío, que podían alternarse indistintamente y hacer desaparecer su control. Pocas palabras podían representarla tan lejos de la realidad como “coqueta”. Tenía un amor natural por el homenaje, y creía en su propio poder; pero de ningún modo creía que podía utilizar artificios para esclavizar a nadie; y el convencimiento del propio poder de esta pobre criatura, junto con sus otros sueños antes de casarse, tenía que dejarlos a un lado ahora como los juguetes de un niño enfermo, a los cuales mira con ojos tristes, y no es capaz de jugar con ellos, por mucho que lo intente.

Al día siguiente, en el almuerzo, Sir Hugo le dijo a ella:

—El hielo se ha marchado como por arte de magia, y es tan agradable estar afuera ahora… ¿vamos a ver el establo y los demás rincones del lugar?

—Sí, se lo ruego —dijo Gwendolen—. ¿Querrás ver los establos Henleigh? —añadió, mirando a su marido.

—Como excepción —dijo Grandcourt, con una indiferencia que parecía añadir ironía a sus palabras, mientras se volvió para mirarla. Era la primera vez que Deronda los vio hablar el uno al otro desde su llegada, y pensó que su intercambio de miradas era tan frío y oficial como si hubiera pertenecido a una ceremonia de establecimiento de estatutos. Aún así, la afición inglesa a la reserva explica muchas de sus negaciones; y de las maneras de Grandcourt, que incluyen un velo extra de reserva, se espera que representen la parte extrema del gusto nacional.

—¿A quién más le apetece recorrer la casa y sus dependencias? —dijo Sir Hugo—. Las mujeres tendrán que taparse bien: tenemos el tiempo justo para hacerlo antes de que se ponga el sol. Tú vendrás, ¿no, Dan?

—Oh, sí, dijo Deronda, despreocupadamente, sabiendo que Sir Hugo se tomaría mal cualquier excusa.

—Entonces quedamos todos en la biblioteca, cuando todo el mundo esté listo, digamos, en media hora —dijo el baronet. Gwendolen se preparó increíblemente rápido, y en diez minutos bajó a la biblioteca con sus cebellinas, sus penachos y sus pequeñas botas prietas. Nada más entrar en la sala se dio cuenta que había alguien más allí: era precisamente lo que había esperado. Deronda estaba de pie de espaldas a ella en la otra punta de la sala, y estaba ojeando un periódico. ¿Cómo iba a conseguir hacer ruido con sus pequeñas botas sobre la alfombra de Axminster?[167]. Y toser un poco habría parecido una señal intencionada que su orgullo no estaba dispuesto a conceder; también le daba vergüenza acercarse a él y hacerle saber que estaba allí, a pesar de que eran sus ganas de hablar con él la que le había hecho imaginar la posibilidad de encontrarle, y se había apresurado a bajar, igual que los pájaros que revolotean cerca del agua sin atreverse a beberla. Siempre había estado intranquila sobre la opinión que él tenía de ella, pero hoy sentía una ansiedad especial, no fuera a pensar de ella con desdén, siendo como era consciente de haber triunfado, de ser la mujer de Grandcourt, la futura mujer de estos parajes. Era habitual en ella magnificar las satisfacciones de su orgullo, sobre el que se basaba su fuerza; pero de alguna manera, que Deronda estuviera allí lo estropeaba todo. No había ni la más ligera intención de coquetería en su actitud hacia él; para ella, era único entre los demás hombres, puesto que la había impresionado que no fuera su admirador, sino su superior: de una forma misteriosa, él estaba formando parte de su conciencia, de igual forma que una mujer cuya naturaleza es objeto de una creencia reverencial puede convertirse en una nueva conciencia para un hombre.

¡Y ahora no miraba alrededor ni se daba cuenta de que ella estaba allí! El periódico crujió en sus manos, levantó la cabeza y volvió a enfrascarse en la lectura de esas estúpidas columnas; evidentemente se acariciaba la barba, como si los temas del mundo fueran cosa fácil para él. Por supuesto, el resto del grupo estaría pronto abajo, y su oportunidad de decir algo que borrara la imagen frívola de la noche anterior se habría esfumado. Le irritó profundamente —pues las jóvenes criaturas como ella enseguida absorben el sufrimiento a través de los succionadores invisibles de su propia fantasía—, y su rostro adoptó esa expresión peculiar que trae consigo una mortificación en la que las lágrimas están prohibidas.

Al fin, dejó el periódico a un lado y se volvió.

—Oh, ya está usted aquí —dijo, acercándose uno o dos pasos—. Debo ir a por mi sombrero.

Se volvió a un lado y salió de la habitación. Era un comportamiento bastante descortés. Solo por educación debía haber intercambiado algunas palabras antes de dejarla sola. De todas formas, Grandcourt se presentó con Sir Hugo inmediatamente después, así que las palabras tendrían que haber sido tan breves que no habría valido la pena. De hecho, le vieron marcharse desde la puerta de la biblioteca.

—Eh… pareces algo enferma —dijo Grandcourt, yendo directo hacia ella, y quedándose enfrente, la miró a los ojos—: ¿Sigues queriendo ir de paseo?"

—Sí, me encantaría —dijo Gwendolen, sin el menor movimiento a excepción del de sus labios.

—Podríamos posponer ir por dentro de la casa, ya sabe, y visitar solo las afueras —dijo Sir Hugo, amablemente, mientras Grandcourt se hacía a un lado.

—¡Oh, no querido! —dijo Gwendolen, hablando con determinación — no pospongamos nada. Quiero un largo paseo.

El resto del grupo que se iba a unir al paseo —dos damas y dos caballeros además de Deronda— habían llegado ya; y Gwendolen, reanimándose, se acercó con regocijo al lado de Sir Hugo, aparentemente atendiendo de igual forma los comentarios que le habían pedido a Deronda que hiciera sobre varios fragmentos arquitectónicos, así como las razones de Sir Hugo para no haber puesto remedio a la mezcla de lo moderno no disimulado y lo antiguo —que en su opinión contribuía a hacer el sitio más verdaderamente histórico. En su camino a la despensa y a la cocina, salieron un momento de la casa y se pararon ante un hermoso portal apuntado, único vestigio del ala este.

—Bueno, para mí —dijo Sir Hugo—, es más interesante que esto esté en medio de lo que claramente es cuatro siglos posteriores, que no que el portal entero hubiera sido construido como si aparentemente fuera todo del siglo trece. Los añadidos deben hacer ver en qué época fueron hechos y llevar el sello de su periodo. Yo no destrozaría nada de lo antiguo, pero esa idea de reproducir lo antiguo me parece un error. En fin, si un hombre quiere hacerlo debe pagar por su capricho. Además, ¿a dónde iríamos a parar haciendo ventanillas por donde nadie quiere mirar, y otras cosas por el estilo? Me pueden pedir también que desgaste las piedras al arrodillarme, ¿verdad, Grandcourt?

—Un enorme fastidio —dijo Grandcourt lentamente—. Odio los

tipos que les gusta aullar letanías, se hacen verdaderamente pesados.

—Bueno, sí, a eso es a lo que les conduce su romanticismo —dijo Sir Hugo, en un tono de asentimiento confidencial—, es decir, si lo llevan a cabo de forma lógica.

—Creo que esa forma de razonar contra un sentido porque pueda ser reducido al absurdo nos llevaría pronto a estancarnos en la vida —dijo Deronda—. No es la lógica de la acción humana; es como hacer carne en una barbacoa, que una vez has empezado ya no puedes dejar de darle vueltas. No podemos hacer nada de forma segura sin preguntarnos antes a dónde vamos a parar.

—Yo creo que "la regla del bolsillo"[168] es el mejor indicador —dijo Sir Hugo, riendo—. Y para hacer estos edificios nuevos que parecen viejos, tienes que contratar hombres que rasquen y lo desportillen todo artísticamente para darle un aspecto de superficie antigua, cosa que tal como está la mano de obra hoy en día no hay ni que hablar.

—¿Le gusta mantener las viejas modas, entonces, señor Deronda? —dijo Gwendolen, aprovechando la libertad que daba el grupo de retrasarse un poco, mientras Sir Hugo y Grandcourt proseguían.

—Algunas de ellas. No veo por qué no podemos elegir qué hacer como lo hacemos con otros temas, o por qué la edad o la novedad en sí misma es una razón a favor o en contra. Deleitarse en hacer cosas porque nuestros padres las hacían es bueno si no cierra la puerta a nada mejor; aumenta el rango de nuestro afecto, y el afecto es la base más sólida para hacer el bien en la vida.

—¿Eso piensa? —dijo Gwendolen, un poco sorprendida—. Habría dicho que a usted le importaban más las ideas, el conocimiento, la sabiduría y todo eso.

—Pero que a uno le importen esas cosas es una forma de afecto —dijo Deronda, sonriendo ante su súbita ingenuidad—. Llámelo apego, interés, complacencia, querer sufrir un poco para poder dedicar nuestro tiempo a esas cosas e impedir que se perjudiquen. Por supuesto hay una diferencia si los objetos de interés son seres humanos; pero generalmente, en cualquier afecto profundo, los objetos son una mezcla, algo de personas y algo de ideas, sentimientos y afectos fluyen juntos.

—No sé si entiendo muy bien eso —dijo Gwendolen, elevando su mentón como solía hacer, con descaro—. Creo que yo no soy muy afectuosa; tal vez esté usted diciéndome que esa es la razón por la que no veo mucho bien en la vida.

—No, no estoy diciéndole eso; pero admito que pensaría que es verdad si creyera lo que me dice de usted misma —dijo Deronda, seriamente.

En esto, Sir Hugo y Grandcourt se volvieron y se pararon.

—Nunca consigo que el señor Deronda me haga un cumplido —dijo Gwendolen—. Tengo curiosidad por saber si se le pueden sacar unos pocos halagos.

—¡Ah! —dijo Sir Hugo, mirando a Deronda—, el hecho es que es inútil lisonjear a una novia que se ha casado. Acabamos desesperados. Ha estado tan envuelta de dulces piropos que todo lo demás que decimos le parece insulso.

—Del todo cierto —dijo Gwendolen, encorvando la cabeza y sonriendo—. El señor Grandcourt me ganó gracias a sus cumplidos precisos. Si hubiera habido una sola palabra fuera de lugar habría sido fatal.

—¿Oye eso? —dijo Sir Hugo, mirando al marido.

—Sí —dijo Grandcourt, sin cambiar de expresión—. De todas formas, es endemoniadamente difícil mantener el nivel.

Todo esto le parecía a Sir Hugo un juego natural entre un marido y una mujer así; pero Deronda se preguntaba por los cambios desorientadores del comportamiento de Gwendolen, que a ratos parecía despertar compasión por su indiscreción infantil, y a otros la rechazaba por su forma orgullosa de encerrarse en sí misma. Intentó mantenerse lejos de ella dedicándose a la señorita Juliet Fenn, una jovencita cuyo perfil había sido tan desfavorablemente marcado por circunstancias que no podía controlar, que hace unos meses Gwendolen había considerado imposible estar celosa de ella. Sin embargo, cuando estaban viendo la cocina —una parte del edificio original perfectamente conservada—, la profundidad de las sombras en los nichos de las paredes de piedra y en las aristas de las bóvedas, el juego de luces que el fuego intenso provocaba en los limpios cacharros de estaño, cobre y latón, la agradable resonancia que devolvía cada sonido, ya fuera de una voz humana o de metal, quedaron desvirtuados para Gwendolen, y los comentarios de Sir Hugo sobre ellos le resultaron más bien importunos, puesto que Deronda estaba hablando con otras damas y se mantenía lejos de ella. No tenía importancia alguna que los demás caballeros aprovecharan la oportunidad de estar cerca de ella: ¿de qué le servía su admiración mientras tuviera la sensación desagradable que según el modo de ver las cosas de Deronda, ella ocupaba una posición insignificante? El señor Vandernoodt, que tenía siempre la manía de describir una cosa mientras estaban mirando otra, resultaba casi insoportable con su insistencia en la cocina de Lord Blough, que había visto en el norte.

—Le ruego no nos pida ver dos cocinas a la vez. El calor es el doble. De verdad que tengo que salir —gritó al fin, saliendo resueltamente al aire libre, y dejando a los demás a la zaga. Grandcourt también salió y le dijo cuando ella se acercó a él:

—Me pregunto cuánto tiempo querías permanecer en ese maldito

lugar —una de las libertades que se había tomado como marido era el uso de sus epítetos más fuertes. Gwendolen, volviéndose para ver al resto del grupo acercarse, dijo:

—Hacía de verdad bastante calor tapados como vamos.

Caminaron sobre la grava a través de un patio verde, donde todavía quedaban restos de nieve sobre la hierba, sobre las ramas del gran cedro y sobre los grabados de las paredes de piedra, y luego se dirigieron a un patio más largo, donde había otro cedro, y en el que encontraron el hermoso coro que hacía mucho tiempo que se había transformado en establo, tal vez debido en una primera instancia al capricho espontáneo de los soldados de caballería, que tenían una satisfacción devota en insultar a los sacerdotes de Baal y las imágenes de Astarté[169], la reina del cielo. El exterior —su extremo oeste, que salvo la puerta del establo estaba levantado con ladrillos y cubierto de hiedra— estaba muy desfigurado, la decoración de sus capiteles y sus gárgolas mutiladas, sus rocas calizas disgregables descuartizadas, y prestando su suave color gris a un polvoriento liquen oscuro; las largas ventanas, también estaban restauradas con ladrillos, así como el arranque de los arcos; y los anchos ventanales de la antigua iglesia se habían tapado con rejas. Bajo el sol invernal, que proyectaba las sombras de las ramas de los cedros, e iluminaba los bloques de nieve que quedaban sobre cada repisa, todavía conservaba sin apenas alteración el aspecto de antigua solemnidad, que le daba a la escena del interior un efecto sorprendente; aunque, si dejamos de lado la indignación eclesiástica o reverencial, uno no podía dejar de mirar extasiado su fascinante afecto pintoresco. Cada capilla arqueada había sido convertida en una cuadra, y en los vidrios polvorientos de las ventanas todavía refulgían manchas carmesí, naranjas, azules y violeta pálido; en cuanto al resto, el coro había sido destruido, el suelo elevado, pavimentado y drenado según la moda más actual, y en medio se destacaba una hilera de cuadras sin techo: una suave luz caía de las ventanas más altas sobre los lomos marrones y grises y las caderas pulidas, sobre suaves rostros equinos que observaban sin dejar de mover sus narices el oscuro entablado barnizado; sobre el heno que colgaba de los pedestales que una vez albergaron estatuas de santos, y sobre la paja de pálido color dorado esparcida o en montones; sobre un perrito de aguas que utilizaba como cama el trasero de un caballo y sobre cuatro ángeles antiguos, que aún mostraban signos de devoción como mártires mutilados, mientras sobre todo ello, el gran tejado en punta, sin reformar, lucía sus líneas y colores misteriosamente a través de un halo de sombras y telarañas, y de vez en cuando la patada de alguna pezuña contra el entablado llenaba la bóveda con un gran estruendo como si de un trueno se tratase, mientras en el exterior se oían los aullidos de los perros de San

Huberto[170].

—¡Oh, esto es magnífico! —explotó Gwendolen, olvidándose de todo salvo de su impresión inmediata: se había intoxicado un poco con los grandes espacios de los patios y del edificio, y con el hecho de ser una persona importante en medio de ellos—. ¡Esto es magnífico! Solo faltaría que hubiera un caballo en cada uno de los compartimentos. Preferiría tener diez veces más estos establos que los de Diplow.

Pero tan pronto como dijo esto, la frenó cierta consciencia, y volvió los ojos involuntariamente hacia Deronda, que curiosamente se había sacado su sombrero de fieltro y lo mantenía enfrente suyo como si hubieran entrado en alguna sala o en una iglesia. Al igual que los demás, resultó que la estaba mirando a ella, y sus ojos se encontraron —para gran insatisfacción suya—, pues le parecía que, al mirarle, le descubría su pensamiento, y sintió que enrojecía: exageraba la impresión que tanto Sir Hugo como Deronda iban a tener de su mal gusto por referirse a cualquier posesión de la Abadía; en cuanto a Deronda, probablemente había sido ella quien había provocado que la despreciara. Su irritación por lo que imaginaba ser la evidencia de su confusión le privaba de salir del paso como hacía habitualmente mediante un comentario jocoso, y girando la cara para mirar al techo, continuó con su actitud de asombro. Si alguien hubiera apreciado su sonrojo como algo significativo, sin duda no lo habría interpretado de acuerdo con lo más recóndito y tortuoso de sus sentimientos. Enrojecer no pertenece al lenguaje: solo es una señal dudosa que puede significar una cosa y su contraria. Deronda solo intuía débilmente parte de sus sentimientos; pero mientras la observaba, él mismo estaba siendo observado.

—¿Se saca usted el sombrero ante los caballos? —dijo Grandcourt con un ligero tono de burla.

—¿Por qué no? —dijo Deronda, cubriéndose de nuevo. Se había sacado el sombrero, de hecho, automáticamente; si hubiera sido un hombre feo, su acción habría sido considerada sin duda impune: en estos casos, la fealdad hace pensar en una exposición involuntaria; la belleza, en exhibición.

La confusión de Gwendolen pronto quedó olvidada por su reconocimiento de los caballos, que Grandcourt se abstuvo cortésmente de apreciar, asintiendo lánguidamente a la desvalorización, alternada con el elogio, de Sir Hugo al mismo animal, como uno que no debería haber comprado cuando era joven, pues debía haberse sentido ya orgulloso de sus caballos, pero que tenía mejores cualidades que muchos otros brutos más caros.

—El hecho es que los establos salen cada vez más caros para el bolsillo, así que estoy satisfecho de haberme librado de esa desazón —dijo Sir Hugo mientras salían.

—¿Pero qué es lo que ha de hacer un hombre? —dijo Grandcourt —. Hay que cabalgar. No veo qué otra cosa puede hacerse. Y yo no llamo cabalgar a estar sentado a horcajadas de unos brutos deformes bajo el sol.

Esta forma diplomática y delicada de caracterizar el semental de Sir Hugo no precisaba respuesta alguna; y el baronet, que pensaba que la conversación se estaba restringiendo demasiado, dijo a todos en general:

—Ahora vamos a ver el claustro, la parte más fina de todas, en perfecto estado de conservación: los monjes podían haber estado paseando por aquí ayer.

Pero Gwendolen se había quedado atrás observando la perrera de los sabuesos, tal vez porque se sentía un poco apagada; y Grandcourt la esperó.

—Será mejor que te cojas de mi brazo —dijo en su bajo tono de mando; y ella se agarró a él.

—Es muy aburrido ser conducido de esta manera, y sin ningún cigarro —dijo Grandcourt.

—Pensé que te gustaría.

—¿Gustarme? Es un cotorreo sin fin. Y estimular a esas chicas horribles; invitarle a uno a unirse a tales monstruos. ¿Cómo es que ese engreído de Deronda aguanta mirar a…?

—¿Por qué le llamas engreído? ¿Tan mal te cae?

—¿Caerme mal? No. ¿Qué me importa a mí que sea engreído? No me afecta en absoluto. Le invitaré de nuevo a Diplow si quieres.

—No creo que venga. Es demasiado inteligente e instruido como para preocuparse de nosotros —dijo Gwendolen, pensando que le haría un bien a su marido decirle (en privado) que alguien podía mirarle de arriba abajo.

—Nunca he visto que eso sea lo que distinguiera a un hombre. O es un caballero o no lo es —dijo Grandcourt.

Que una pareja de recién casados aprovechara un momento como ese de discusión cara a cara era del todo entendible y justificado; y el resto del grupo los dejó en la parte arada de atrás, y volviendo al jardín, se pararon delante del patio enclaustrado, donde trece años antes, entre pétalos de rosa caídos, vimos a un niño afrontando su primera toma de conciencia con el sufrimiento. Este claustro estaba construido con piedra más fuerte que la de la iglesia, y había estado más resguardado de las inclemencias del tiempo. Era un raro ejemplo de un claustro del norte con aperturas arqueadas sostenidas por pilares, no destinada a ser cerradas con cristales, y el follaje delicadamente labrado de los capiteles parecía descubrir todavía los trazos del cincel. Gwendolen había soltado el brazo de su marido y se

había unido a las otras damas, a quienes Deronda les estaba haciendo ver el sentido delicado que había combinado la libertad con la precisión en la imitación de las formas de la naturaleza.

—Me pregunto si uno llega a valorar más a menudo los objetos reales a través de sus representaciones, o las representaciones a través de los objetos reales —dijo, tras señalar un hermoso capitel hecho a base de hojas engarzadas, mostrando su revés reticulado con el firme ensanchamiento de su nervio central—. Cuando era un niño pequeño, estos capiteles me enseñaron a observar y a deleitarme en la estructura de las hojas.

—Supongo que puede ver cada línea de ellas con los ojos cerrados —dijo Juliet Fenn.

—Sí. Siempre las tenía en mi cabeza, pues por muchos años este patio fue para mí la única imagen que tenía de un convento, y cada vez que leía algo de monjes y monasterios, los situaba en este escenario.

—Le debe gustar mucho este sitio —dijo la señorita Fenn, inocentemente, sin pensar en la herencia—. Hay tantas casas que son como las demás. Pero esta es única, y usted parece conocer hasta la última grieta de ella. Diría que nunca le podrá gustar una casa como esta.

—Oh, la llevo dentro de mí —dijo Deronda, tranquilamente, acostumbrado a pensamientos de este tipo—. Para la mayoría de los hombres la casa de su infancia no es más que un recuerdo de esos años tempranos, y creo que se quedan con lo mejor de esos recuerdos. La imagen nunca se difumina. No hay lugar para la decepción en los recuerdos, y las exageraciones siempre son por el lado positivo.

Gwendolen estaba segura de que había hablado de esa manera por delicadeza hacia ella y Grandcourt, a que sabía que podían oírle; y que probablemente pensaba de ella como una criatura egoísta que solo estaba preocupada por acumular posesiones. Pero dijera lo que dijera, tenía que ser para él una amargura secreta que las circunstancias de su nacimiento le hubieran cerrado las puertas a la herencia de la posición de su padre; y si él suponía que ella se alegraba de que su marido tomara posesión de ellas, ¿qué es lo que sentiría por ella sino una compasión despectiva? De hecho, le parecía evidente que la estaba evitando, y que prefería hablar con otras, cosa que, sin embargo, no era un gesto de amabilidad.

Con estos pensamientos, se abstuvo de dirigirse de nuevo a él, un poco por orgullo y un poco por timidez, y cuando estaban mirando una fila de cuadros pintorescos en la galería situada encima del claustro, mantuvo su actitud de interés e hizo observaciones vivaces sin dirigirse por nada a Deronda. Pero al final, se sintió muy cansada de sus supuestos bríos, y mientras Grandcourt entraba en la sala del

billar, ella fue hacia el hermoso tocador que se le había asignado, y se encerró para desahogarse, mirándose con melancolía. No hay un proceso químico que muestre una actividad más impresionante que la influencia transformadora de los pensamientos que imaginamos tiene otra persona. Los cambios en las teorías, en la religión, en las cosas que admiramos, pueden comenzar con un recelo de disconformidad o de desaprobación, incluso cuando los motivos de disidencia no son más que simples conjeturas.

La pobre Gwendolen era consciente de un desagradable proceso transformador —toda su vieja naturaleza sacudida hasta las entrañas, sus esperanzas frustradas, sus alegrías perturbadas, pero mostrando todavía entereza y fuerza en su voluntad de rehacerse—. Tras cada nuevo impacto producido por alguna humillación intentaba acomodarse y apoyarse en sus antiguos sustentos —fingimiento orgulloso—, esperar nuevas diversiones que hicieran que la vida transcurriera sin pensar demasiado; esperar algún acto de reparación que anulara su sentido de culpabilidad y la protegiera del miedo vago pero insistente a que le ocurriera alguna calamidad horrible; esperar que el efecto endurecedor del uso y la costumbre la hicieran indiferente a sus miserias.

Sí, miserias. Esta joven criatura, sana y hermosa, con sus veintidós años y su ambición complaciente, ya no sentía ganas de besar su imagen afortunada en el espejo; se miraba en él sorprendida de que pudiera ser tan miserable. La certidumbre que la había acompañado en su vida de soltera, como una superstición lisonjera, avivada por la subordinación de todo el mundo a ella —la certidumbre de su propio poder de dominación— se había esfumado. Ya tan solo en unas pocas semanas, que le parecían como media vida, su marido había ganado un control que ella no podía resistir; este efecto la había dejado tan paralizada como si le hubiera alcanzado un torpedo. La voluntad de Gwendolen había parecido imperiosa en su pequeño balanceo infantil; pero era la voluntad de una criatura con una gran cantidad de temores imaginarios: una sombra habría sido suficiente para tranquilizarla. Y se había tropezado con otra voluntad como la de un cangrejo o la de una boa que continúa pellizcando o estrujando sin alarmarse de que haya tormenta. No es que Grandcourt no calculara los efectos intangibles que eran los principales medios de su dominio; de hecho, tenía una sorprendente agudeza en detectar la situación de los sentimientos de Gwendolen, lo que hacía que su espíritu orgulloso y rebelde se sintiera enmudecido e impotente ante él.

Había quemado la carta de Lydia Glasher con un terror instantáneo, no fuera que otros ojos la vieran y había ocultado tenazmente a Grandcourt que su violento histerismo no se debiese a ninguna causa más que a la excitación y fatiga del día: había sido

forzada a participar en una mentira sobreentendida. «No me preguntes nada, ha sido por mi reacción ante todo, ha sido por el cambio súbito de casa». Las palabras de esa carta no cesaban de repetirse, y se cernían sobre su conciencia con el peso de una condenación profética. «Soy la tumba donde está enterrada su oportunidad de felicidad, así como la mía. Se le avisó. Y escogió injuriarme a mí y a mis hijos. Pretendía casarse conmigo. Se habría casado conmigo al fin si usted no hubiera roto su palabra. Tendrá usted su castigo. Lo deseo con toda mi alma. ¿Le dará esta carta a él para ponerlo en mi contra y arruinarnos más, a mí y a mis hijos? ¿Le gustará estar delante de su marido con los diamantes puestos, y mis palabras en el pensamiento tanto de él como de usted? ¿Pensará él que tiene usted motivos para quejarse por haberla hecho miserable? Le aceptó usted sabiéndolo todo. El deliberado mal que me ha hecho será su maldición».

Las palabras habían esparcido su veneno dentro de ella, y habían recordado continuamente la visión de la escena en las Piedras Susurrantes. Esa escena era ahora como una aparición acusadora: temía que Grandcourt supiera de ella; qué lejos de su vista quedaba ahora la posibilidad que había llegado a considerar, la de hablarle a él de la señora Glasher y de sus hijos, y compensarles ampliamente. Podía aguantar cualquier cosa menos la humillación mortal de confesar que ya lo sabía todo antes de casarse, y que al casarse con él había faltado a su palabra. Las razones por las que se había justificado a sí misma cuando la tentó el matrimonio, y las sencillas disposiciones que iba a adoptar para que su futuro poder sobre su marido consiguiera que actuara mejor de lo que se sentía inclinado por naturaleza, eran ya tan inútiles como las velas apagadas por un niño. Su sensación de culpabilidad estaba exagerada por un temor que era a la vez definido y confuso. La parte definida pasaba por que no cayera el velo del secreto entre ella y Grandcourt, y le diera el derecho de burlarse de ella. Con la lectura de esa carta había comenzado el imperio del miedo de su marido.

Y su marido lo había sabido todo ese tiempo. No tenía, por supuesto, una noción clara de su promesa rota, y no habría tenido muy en cuenta el efecto de esa brecha en su conciencia; pero era consciente no solo de lo que Lush le había dicho sobre su encuentro en las Piedras Susurrantes, sino también de cómo Gwendolen le había ocultado la verdadera causa de su repentino arrebato de histeria. Estaba seguro de que Lydia había adjuntado algo con los diamantes, y que ese algo, fuera lo que fuera, había acrecentado inmediatamente en Gwendolen una nueva repulsión hacia él y una razón para no atreverse a manifestarla. No le importaba mucho, ni tenía la sensación que habrían tenido muchos hombres de que sus esperanzas en el matrimonio habían quedado destrozadas: él había querido casarse con

Gwendolen, y no era un hombre de arrepentirse. ¿Por qué un caballero que todas sus relaciones en la vida carecen del lujo del sentimiento compasivo debería requerir ese tipo de condimento en la vida doméstica? Lo que principalmente sentía era que iban a cambiar las condiciones de su dominio, y que, lejos de hacerlo tambalear, lo iba a fijar más firmemente. Y fue fijado. Consideraba que no se había casado con una chica simplona incapaz de percibir la imposibilidad de la huida, o de darse cuenta de que las alternativas eran peores: se había casado con una chica que tenía el juicio y el orgullo suficiente para no hacer ninguna tontería tirando por la borda todas las ventajas de una posición que le había atraído; y si ella buscaba insinuaciones elocuentes que la ayudaran a tomar la decisión adecuada, él cuidaría de no negárselas.

Gwendolen, ciertamente, con todos esos problemas royéndole la conciencia, apenas había dejado ni por unos momentos de sentir que era su deber soportarlo todo con dignidad y presentarse de una forma feliz. Exponiendo su decepción o su pena no veía más que una humillación que habría sido como vinagre para sus heridas. Fuese lo que se fuese a convertir finalmente su marido para ella, pretendía soportar ese yugo para no ser compadecida. Pues pensaba en los años por venir con un presentimiento: que iba a temer a Grandcourt. La pobrecilla había pasado de su descaro infantil en la que mostraba con una superioridad indiferente su distinción personal a una sorprendida percepción de su anterior ignorancia sobre la posible actitud mental de un hombre hacia la mujer que pretendía para el matrimonio —de su presente ignorancia sobre cómo se desarrollaría su vida hacia los demás—. Pues la novedad otorga un amplio espacio al miedo, y llena los primeros momentos de un cambio triste con los fantasmas del futuro. Se había permitido breves coqueteos, voluntarios o involuntarios, con Grandcourt durante su cortejo, lo cual había servido como forma de comunicación entre ellos, mostrándole a él como a una criatura capaz de ser entendida y manejada; pero el matrimonio había anulado cualquiera de esos intercambios, y Grandcourt se había convertido en una incógnita total para ella salvo en esto, que él haría su voluntad, y que ella nunca podría contar con ningún medio en su poder para influir en esa voluntad, ni tendría forma racional de escapar de ella.

Lo que había ocurrido entre ellos sobre el asunto de llevar los diamantes había sido peculiar. Una noche, poco antes de que vinieran a la Abadía, iban a cenar al Castillo de los Brackenshaw. Gwendolen se había dicho que nunca llevaría esos diamantes: palabras horribles colgaban de ellos, como de una pesadilla, cuyas imágenes se detenían distorsionando su significado. Bajó vestida de blanco, tan solo con una cadenita de oro en el cuello de la que pendía una esmeralda, que

Grandcourt le había regalado y pequeñas estrellitas de esmeralda en las orejas.

Grandcourt estaba de pie de espaldas al fuego y la observó mientras entraba.

—¿Voy a tu gusto en conjunto? —dijo, hablando más bien animada. Estaba encantada en esta ocasión de ir al Castillo de los Brackenshaw en su nueva dignidad, como los hombres que no intervienen más que en tristes asuntos y que de repente son admitidos a comer entre personas que los van a tomar por personajes más distinguidos.

—No —dijo Grandcourt.

Gwendolen se sintió inmediatamente incómoda, preguntándose qué es lo que le esperaba. Estaba preparada para discutir sobre los diamantes; pero, ¿y si fuera a decirle, en su tono bajo de desprecio: «Lo que no me gustas nada eres tú?». Era algo horroroso para ella odiarle en secreto; pero sería mucho peor cuando él mostrara el primer signo de odiarla a ella.

—¡Oh, por piedad! —exclamó, a lo que siguió una pausa hasta que no pudo soportarlo más—. ¿Cómo debo cambiarme?

—Ponte los diamantes —dijo Grandcourt, mirándola fijamente cerrando un poco los ojos.

Gwendolen hizo también una pausa, temerosa de mostrar cualquier emoción, aunque sintiendo de todas formas que sus ojos delataban un cambio cuando se encontraron con los de él. Pero estaba obligada a responder, y dijo de forma tan indiferente como pudo:

—Oh, por favor, no. No creo que los diamantes me queden bien.

—Lo que tú creas no tiene ninguna importancia —dijo Grandcourt, con toda la autoridad de su *sotto voce*, que igual que su aderezo, imponía una sensación de poner fin a la discusión—. Es mi deseo que lleves los diamantes.

—Te ruego me disculpes; me gustan las esmeraldas que llevo —dijo Gwendolen, asustada a pesar de estar preparada. Esa mano blanca que se acariciaba el bigote era capaz, imaginaba, de rodearle el cuello y amenazarla con estrangularla; pues su miedo hacia él, que se mezclaba con un presentimiento indefinido de que le sucedería en su vida alguna calamidad merecida, había llegado a un punto supersticioso.

—Hazme el favor de explicarme la razón por no llevar los diamantes cuando yo lo deseo —dijo Grandcourt. Tenía todavía los ojos fijos en ella, quien sintió cómo iban cerrándose los suyos como si pretendiera expulsar el dolor que entraba por ellos.

¿De qué le servía rebelarse? No podía decir nada que la humillara aún más que la sumisión. Volviéndose lentamente y cubriéndose de

nuevo, se dirigió a su tocador. Cuando cogió los diamantes se le ocurrió que su reticencia a llevarlos podía haber levantado en Grandcourt la sospecha de que ella supiera algo acerca de ellos que él no le hubiera contado. Se imaginaba que los ojos de él se deleitaban en torturarla. ¿Cómo podía ella mostrarse desafiante? No podía decir nada que le conmoviera —cualquier cosa haría aumentar su dominio sobre la conciencia de ella—.

«Disfruta apocando a los perros y a los caballos: en parte por eso le gusta llamarlos suyos», se dijo, mientras abría el joyero con una sensación estremecedora. «Lo mismo será conmigo, y yo quedaré reducida a nada. ¿Qué más me espera? Pero no diré al mundo: "Compadecedme"».

Iba a tocar el timbre para llamar a su criada cuando oyó que se abría la puerta detrás de ella. Era Grandcourt que entraba.

—Querrás que alguien te los abroche —dijo, dirigiéndose hacia ella.

Ella no respondió, simplemente permaneció en pie, dejando que él cogiera las joyas y se las colocara a su gusto. Sin duda había aprendido a hacerlo con alguien más. Con cierto sarcasmo hacia sí misma, Gwendolen pensó: «¡Qué privilegio es este, habérselo robado a otra mujer!».

—¿Qué te hace estar tan fría? —dijo Grandcourt, cuando terminó de abrocharle el último pendiente—. Te ruego que te pongas varias pieles. Odio ver entrar a una mujer en una habitación con el rostro helado. Si tienes que aparecer como una señora, hazlo de forma decente.

El discurso marital no era precisamente persuasivo, pero espoleó el orgullo de Gwendolen y la obligó a reanimarse. Las palabras de la pesadilla todavía remitían a los diamantes, pero solo para ella: para los demás eran brillantes que le sentaban perfectamente, y Grandcourt se dijo internamente que ella empezaba a aceptar su dominio.

—Oh, sí, mamá, muy feliz —Gwendolen había dicho en su retorno a Diplow—. No me decepcionó en absoluto Ryelands. Es un lugar mucho más agradable que este, más amplio en todos los sentidos. ¿Pero no quieres algo más de dinero?

—¿No sabías que el señor Grandcourt me dejó una carta el día de tu boda? Voy a disponer de unos ingresos de ochocientas libras al año. Quiere que me quede en Offendene por ahora, mientras tú estás en Diplow. Pero si hubiera alguna casita bonita cerca del parque en Ryelands, podríamos vivir allí sin gastar mucho, y te tendría cerca la mayor parte del año, tal vez.

—Debemos dejar eso al señor Grandcourt, mamá.

—Oh, por supuesto. Es extraordinariamente amable por su parte

decir que pagará la renta de Offendene hasta junio. Y nosotras podemos seguir muy bien, sin ningún sirviente varón salvo Crane, solo para los jardines. Nuestra buena Merry se quedará con nosotras y me ayudará a arreglarlo todo. Es natural que el señor Grandcourt desee que viva en una casa con buen estilo en tu vecindario, y yo no puedo rechazar eso. ¿Así que no te dijo nada de eso a ti?

—No, supongo que quería que lo supiera de ti.

Gwendolen, de hecho, había estado muy preocupada por saber de forma definitiva lo que harían con su madre, pero desde que se casó no había sabido encontrar el momento de reunir el valor para comentar el tema con Grandcourt. Ahora, sin embargo, se sentía obligada a no dejar pasar la oportunidad de decirle:

desde que se casó Has sido muy bueno al hacerte cargo de mi madre. Dice mucho de ti que te hayas casado con una chica que no tenía nada que ofrecerte salvo parientes pobres.

Grandcourt estaba fumando, y dijo sin hacer mucho caso:

—Por supuesto no iba a permitir que viviera como la madre de un guardabosques.

«Al menos no es un avaro —pensó Gwendolen—, y mamá ha salido muy beneficiada de mi matrimonio».

Siempre estaba pensando en lo que habría pasado si no se hubiera casado con Grandcourt y comparándolo con lo que sucedía actualmente, intentando persuadirse que era inútil encontrar satisfacción en la vida, y que si hubiera escogido otra opción podría estar ahora arrepintiéndose con tanta amargura como la que sentía actualmente y que trataba de apartar. La insulsez de su madre, que tanto solía irritarla, la veía ahora como el resultado normal de la experiencia de una mujer. Es verdad que todavía se decía que «se las apañaría de forma diferente a como lo había hecho su mamá»; pero la forma de apañarse solo se refería ahora a llevar sus problemas con ánimo, y no dejar que ninguno de ellos la anularan. Se prometió que algún día se acostumbraría a esa angustia del corazón, y que hallaría emociones que le harían pasar agradablemente la vida, como un paseo a galope que la hacía evadirse durante unas horas matutinas. Le quedaba el juego: había oído historias en Leubronn de mujeres a la moda que apostaban de todas las formas posibles. No le llamaba demasiado a esa distancia, pero tal vez si jugara de nuevo, pudiera recuperar la pasión. Además, estaba el placer de producir un gran efecto al aparecer en sociedad: ¿qué hacían las bellezas famosas en el pueblo si sus maridos podían permitirse exhibirlas? Cualquier hombre estaba fascinado por ellas: iban perfectamente vestidas y equipadas con todo lo necesario, se dejaban ver en espacios públicos, inclinaban su cabeza, y respondían con las preguntas usuales, y se marchaban de nuevo: tal vez compraban porcelana, y ejercitaban sus talentos. ¡Ojalá

le pudieran volver a apetecer esos placeres, que pudiera creer en ellos como antes! Sus talentos habían dejado de ser para ella prometedores o preeminentes; y en cuanto a los caballeros fascinados —admiradores que sobrevolaran a su alrededor lánguidamente, presentando una imagen del matrimonio llena de misterio romántico, de pasión, y de peligro, una noción algo infantil que había obtenido de sus lecturas en francés— se presentaban ante su imaginación con la circunstancia fatal de que en lugar de fascinarla también a ella, los veía envueltos con el mismo desánimo y desaliento que la afectaban a ella. El hombre admirador, que ajustaba apresuradamente los rasgos de su expresión y el giro de su conversación a los supuestos gustos de ella, había sido siempre un objeto absurdo para ella, y en la actualidad le parecían más bien detestables. Hay muchos rumbos —locuras y fechorías tanto convenientes como inconvenientes— que se siguen sin conseguir la felicidad o sin esperanza de conseguirla; pero cuando nos consolamos imaginando cualquier rumbo de antemano, tiene que haber un anticipo de felicidad en forma de deseo; y el deseo de Gwendolen se había apagado. Por mucho que discurriera sobre las posibilidades de su vida, no dejaba de perseguirla una sombra de incertidumbre. Su confianza en sí misma y en su destino se habían convertido en remordimiento y temor; no confiaba ni en sí misma ni en su futuro.

Este desamparo latente acrecentó la sensación del poder que tenía Deronda sobre su conducta, como si tuviera fijado de antemano un criterio desconocido por el cual la juzgaba a ella. ¿Es que acaso tenía él una forma de mirar las cosas que podía significar una nueva ayuda para ella, como una defensa interior contra sucesos posibles que temía le sucedieran? Es uno de los secretos en ese cambio de equilibrio mental que muy apropiadamente se le ha denominado conversión, que para muchos de nosotros ni el cielo ni la tierra nos dicen nada hasta que alguna persona nos conmueve con su influencia particular, y nos acerca a ellos. Había sido hasta ahora una costumbre en Gwendolen ver a los demás como libros gastados, demasiado familiares para considerarlos dignos de interés. Deronda había llamado su atención con una sensación de novedad: no solo por palabras, sino también por hechos imaginados, su influencia había entrado en esa corriente de recelo y culpabilidad de uno mismo despertada por una nueva conciencia.

«Ojalá pudiera él saberlo todo sin necesidad de que se lo dijera», llegó a pensar, mientras se sentaba en el extremo de un sofá, aguantándose la cabeza con las manos, y mirándose en un espejo. no con admiración, sino con una triste especie de compañerismo. «Me gustaría que supiese que no soy tan despreciable como piensa, que tengo problemas muy graves, y que me gustaría ser mejor si pudiera». Sin la ayuda de ninguna ceremonia sagrada o de hábito alguno, sus

sentimientos habían convertido a este hombre, solo unos pocos años mayor que ella, en un sacerdote; una especie de confianza menos infrecuente que la fidelidad que la preserva. Un profundo respeto por alguien que también es joven es lo más coercitivo de todo: hay el mismo nivel de tentación, y todas las acciones se consideran hechas con plena fuerza, sin sospechar que pueden ser el residuo de una experiencia cansada.

Pero la coerción es a menudo más fuerte para el que es reverenciado. Los que confían en nosotros nos educan. Y tal vez en esa consagración ideal de Gwendolen se preparaba cierta educación para Deronda.

CAPÍTULO 36

Rien ne pèse tant qu'un secret,
Le portier loin est difficile aux dames:
Et je sçais mesme sur ce fait
Bon nombre d'hommes qui sont femmes[171].
LA FONTAINE

Mientras tanto, Deronda había sido cogido y conducido afuera por el señor Vandernoodt, que deseaba dar un buen paseo, fumar un cigarro y contar chismorreos. Dado que no podemos contar a un hombre sus propios secretos, la limitación de estar en su compañía nos lleva a menudo a desear conversar con alguien más ignorante, y el señor Vandernoodt dijo en esos momentos:

—¡Grandcourt es como una pieza de algodón desgastada! Pero si a usted le cae bien, retiro el comentario.

—En absoluto —dijo Deronda.

—Ya lo pensaba. Es asombroso cómo ha podido recuperar de nuevo la pasión; desde luego la ha tenido, casándose de esta forma. Aunque Lush, su viejo compañero, sugiere que se casó con esta chica por obstinación. ¡Por el rey Jorge! Una obstinación muy justificable. Un hombre podría decidirse casarse con ella sin el incentivo de la contradicción. Pero debe estar perdiendo dinero a raudales, ¿no?

—No sé nada de sus negocios.

—¿Qué? ¿No sabe nada de sus demás pertenencias?

—¿Diplow? Por supuesto. Lo recibió de Sir Hugo. Pero solo para este año.

—No, no, Diplow no; Gadsmere. Sir Hugo sabe que respondo por ello.

Deronda no dijo nada. Empezaba a sentir curiosidad de verdad, pero intuía que oiría lo que el señor Vandernoodt tenía que decir sin tener que preguntárselo.

—Lush no lo reconocería todo, por supuesto. Es un confidente y medianero de Grandcourt. Pero yo lo sé de buena fuente. El hecho es que hay otra señora con cuatro hijos en Gadsmere. Ella es la que tenía

la sartén por el mango estos diez últimos años y algo más, y por lo que sé, todavía la tiene; dejó a su marido por él, y solía viajar con él por todas partes. Su marido está ahora muerto: encontré a un hombre que estaba en el mismo regimiento que él, y conocía a esta señora Glasher antes de que alzara el vuelo. Una mujer de ojos oscuros apasionados, una notable belleza en su época, y él pensaba que estaba muerta. Decían que tenía a Grandcourt bajo su poder y fue realmente sorprendente que no se casara con ella, pues hay un precioso hijo en común, y entiendo que Grandcourt puede hacer lo que le plazca con sus fincas. Lush me contó bastante de eso.

—¿Qué derecho tenía para casarse con esa chica? —dijo Deronda, sintiendo repugnancia.

El señor Vandernoodt, apurando el final de su cigarro, se encogió de hombros y se apretó los labios.

—Puede que *ella* no sepa nada de esto —dijo Deronda, enfáticamente. Pero esa declaración fue seguida inmediatamente por una duda interna: «¿Podía haber sabido algo?».

—Es ciertamente una imagen interesante —dijo el señor Vandernoodt—. Grandcourt entre dos mujeres apasionadas. Pues según como, esta mujer de pelo rubio alberga mucha maldad. Me hice esa idea de ella en Leubronn. Es una especie de historia de Medea y Creúsa[172]. ¡Imagínese el encuentro entre las dos! Grandcourt es un nuevo tipo de Jasón: Me pregunto cómo interpretará su papel. Con mucho, es la parte de un perro. Casi estoy oyendo a Ristori[173] clamando: "¡Jasón! ¡Jasón!". Estas finas mujeres suelen acabar agarradas a un madero.

—Grandcourt puede morder, me imagino —dijo Deronda—. No es ningún madero.

—No, no, me refería a Jasón. Apenas puedo entender a Grandcourt. Pero es un hombre muy agudo, y de una constitución poco común. Y si llega a hacerse con todas estas propiedades, las fincas podrán dividirse. Esta chica, cuyos familiares, creo, han caído en la pobreza, puede sentirse afortunada de haberle cazado. No quiero ser duro con un hombre porque se haya envuelto en un asunto como este. Pero debería procurar ser más amable. La noche pasada le estaba contando una historia importante, y se levantó y se marchó a mitad. Tuve ganas de darle una patada. ¿Cree que fue por falta de atención o por insolencia?

—Oh, una mezcla. Normalmente observa las formas; pero no escucha demasiado —dijo Deronda. Luego, tras una pequeña pausa, prosiguió—: Creo que hay algo de exageración o de imprecisión en lo que usted escuchó sobre esta señora de Gadsmere.

—Ni lo más mínimo, según se mire; es un asunto que ha estado dormido en los últimos años. La gente lo ha olvidado todo sobre ello.

Pero ahí está el nido, y los pájaros en él. Y yo sé que Grandcourt va allí. Tengo la garantía de que es así. Sin embargo, eso no es asunto de nadie más que de él mismo. El tema ha quedado tapado.

—Me maravilla que usted haya podido averiguar tantas cosas sobre esto —dijo Deronda, un poco secamente.

—Oh, mucha gente sabía estas cosas; pero estas historias quedaron archivadas como viejas cartas. Pero a mí me interesan. Me gusta conocer las formas de mi época, el cotilleo actual, no el antediluviano. Hombres al estilo Dryasdust[174] consiguen una reputación descubriendo algún escándalo sobre Semíramis o Nitocris[175], y luego tenemos mil y un poemas recitados por cantantes famosos y nimios. Pero a mí no me importan lo más mínimo los pasos en falso dados por las momias. A usted parece que sí. Usted es uno de esos hombres históricos, más interesados en una mujer cuando su cara es un pingajo y le asoma el esqueleto de los dedos de sus pies. ¿Estimula eso su imaginación?

—Bueno, si había pena en su amor, uno se queda con la satisfacción de saber que ya se ha deshecho de ella.

—Ah, veo que está usted pensando en Medea.

Deronda decidió señalar entonces a unos robles gigantes sin hojas que merecía la pena admirar. También se sentía interesado en este cotilleo actual, pero estaba contento de que el señor Vandernoodt no tuviera nada más que contar.

Desde los primeros días en que había tratado de reconstruir la historia secreta de su propio nacimiento, su mente no había estado quizás tan ocupada en barajar probabilidades sobre un asunto privado como empezaba a estarlo ahora con el matrimonio de Gwendolen. Esta relación oculta de Grandcourt… ¿podía ser que se hubiera enterado ella, lo que la asustó de comprometerse, pero que luego la pobreza la hubiera obligado a aceptar? Recordaba casi cada palabra que ella le había dicho, y algunas de ellas parecían delatar que había hecho algo mal, que había hecho daño a alguien. Su propia profunda experiencia le hacía ser consciente de qué forma podía haber hecho daño a los hijos secretos y a su madre. ¿Es que debajo de ese despliegue de satisfacción, la señora Grandcourt, escondía una doble o incluso una triple pena: el autoreproche, la decepción, y la envidia? Se paró especialmente a pensar en los ligeros signos de autoreproche: se sentía inclinado a juzgarla suavemente, a excusarla, a compadecerla. Creyó haber encontrado la clave para poder interpretarla con más claridad: ¡cómo no iba a magnificar su desgracia una joven criatura que había ligado sus tiernas esperanzas con viejos secretos! Pensó que ahora veía claramente por qué Sir Hugo nunca le había insinuado nada de este asunto; e inmediatamente asoció dolorosamente la imagen de esta señora Glasher con su propio nacimiento secreto. Que Gwendolen supiera de esa mujer y sus hijos, y aún así se casara con

Grandcourt, y se mostrara satisfecha, podía situarla como uno de los seres más repulsivos; pero el hecho de sentir la amargura del remordimiento por haber contribuido a su sufrimiento la acercaba mucho a su compasión. Si así fuera, se había situado al mismo nivel que él en la comprensión de ciertas dificultades de la vida que raramente una mujer es capaz de juzgar con justicia o generosidad; pues, según los precedentes, Gwendolen podía no haber tenido otra visión de su posición que la de que para su marido, casarse con ella, era su entrada en la senda de la virtud, mientras que la señora Glasher representaba su pecado desamparado. Y Deronda sentía naturalmente rabia por las injusticias cometidas contra las Agaras y los e Ismaeles[176].

Indudablemente, la creciente inquietud de Deronda por Gwendolen dependía principalmente por el trato peculiar que ella le otorgaba; y no creo que nadie sea mejor por mostrar su indiferencia a este tipo de reclamos. Un signo de que su interés por ella había dado un cambio era que dejó de preocuparse por que su coquetería pudiera atraparle en un flirteo vulgar, y decidió que no dejaría escapar ninguna otra oportunidad de hablar con ella. Se había sacado de encima al señor Vandernoodt, y había ido mientras atardecía hacia una esquina solitaria; pero con media hora ya había tenido suficiente tiempo para pensar en todas las posibilidades de la situación de Gwendolen y en lo que ella podía pensar; y al tomar la determinación de no seguir evitándola, se acordó de que ella iba a estar probablemente tomando el té con otras damas en la sala de estar. La conjetura resultó cierta; pues Gwendolen, tras decidir que no volvería a bajar las siguientes cuatro horas, empezó a darse cuenta, después de que pasara una, que al encerrarse arriba, se perdía todas las posibilidades de ver y de oír, y que su visita solo iba a durar dos días más. Se preparó, revistiéndose de su aire de autoposesión, y al bajar, se mostró resueltamente agradable. Solo estaban reunidas varias damas, y Lady Pentreath las estaba entreteniendo con la descripción de un salón del estilo de la Regencia[177], y la imagen que ofrecían las damas y caballeros en 1819, el año en que ella fue presentada, y en esto, entró Deronda.

—¿Me aceptan entre ustedes? —dijo—. Tal vez sea mejor que regrese y busque a los hombres. Me imagino que estarán en la sala de billar.

—No, no, quédese donde está —dijo Lady Pentreath—. Se estaban todas cansando de mí; oigamos lo que tiene que decir *usted*.

—Eso es una petición algo embarazosa —dijo Deronda, arrastrando una silla cerca de Lady Mallinger en la mesa del té—. Creo que aprovecharé la oportunidad para mencionar a nuestra cantante —añadió, mirando a Lady Mallinger—, a menos que ya lo haya hecho.

—¡Oh, la pequeña judía! —dijo Lady Mallinger—. No, todavía no he hablado de ella. Ni se me pasó por la cabeza que nadie de aquí

quisiera recibir lecciones de canto.

—Todas las señoras conocen a alguien más que quiere recibir lecciones de canto —dijo Deronda—. Resulta que he encontrado a una cantante excelente —al decir esto se giró hacia Lady Pentreath—. Está viviendo con algunas señoras amigas mías, la madre y las hermanas de un joven que era compañero mío en Cambridge. Actuó en Viena; pero quiere dejar esa vida, y ganarse el pan enseñando.

—Mucha gente quiere hacer eso, ¿no? —dijo la vieja señora—. ¿Sus lecciones van a ser muy baratas o muy caras? Son los únicos cebos que conozco.

—Hay otro cebo para los que la oigan —dijo Deronda—. Yo creo que su canto es algo totalmente excepcional. Ha tenido una enseñanza tan buena, o más bien un instinto tan bueno para aprender, que podría pensarse que todo su canto le viene por naturaleza.

—¿Por qué dejó el escenario, entonces? —dijo Lady Pentreath—. Soy ya muy mayor para creer que gente de primera pierda oportunidades de primera.

—Su voz era demasiado débil. Es una voz deliciosa para una sala. Usted que me soportó cantando a Schubert estaría encantada con ella —dijo Deronda, mirando a la señora Raymond—. Y supongo que no se negará a cantar en fiestas privadas o en conciertos. Su voz está muy preparada para eso.

—Voy a llevarla conmigo cuando subamos al pueblo —dijo Lady Mallinger—. La oiréis entonces. Yo todavía no la he oído; pero confío en la recomendación de Daniel. Mis hijas recibirán clases de ella.

—¿Es por caridad? —dijo Lady Pentreath—. No puedo soportar la música por caridad.

Lady Mallinger, que estaba un poco desprotegida en la conversación, y que se sentía bajo el compromiso de no contar nada de la historia de Mirah, tenía una sonrisa embarazosa en su rostro, y miraba a Deronda.

—La caridad se dirige a aquellos que quieran recibir un buen modelo de cántico femenino —dijo Deronda—. Creo que cualquiera que tenga oído se beneficiará de mejorar un poco su estilo. Si usted oyera a la señorita Lapidoth —en esto miró a Gwendolen— tal vez revocaría su decisión de abandonar el canto.

—Creo que confirmaría aún más mi decisión —dijo Gwendolen—. No me siento capaz de seguir su consejo de disfrutar de mi propia mediocridad.

—Por mi parte —dijo Deronda—, la gente que hace algo bien siempre me inspira a intentarlo yo mismo. No me refiero a que me hagan creer que lo puedo hacer tan bien. Pero consiguen que eso, sea lo que sea, parezca que valga la pena el hacerlo. Puedo pensar que mi

música no vale mucho, pero el mundo sería muy triste si pensara que la música en sí misma no vale mucho. La excelencia le anima a uno sobre la vida en general; muestra la riqueza espiritual del mundo.

—¿Pero qué ocurre si no podemos imitarlo? Eso hace que nuestra vida parezca todavía más insípida —dijo Gwendolen, resentida por verse estimulada a partir de su propia insignificancia.

—Eso depende del punto de vista, creo —dijo Deronda—. Sería muy triste que redujéramos todo nuestro placer a nuestras propias actuaciones. Una pequeña imitación privada de lo que es bueno es una especie de devoción privada hacia ello, y la mayoría de nosotros deberíamos practicar el arte solamente en privado, como preparación para entender y disfrutar lo que solo unos pocos pueden hacer para nosotros. Creo que la señorita Lapidoth es una de esas pocas personas.

Debe ser una persona muy feliz, ¿no cree? —dijo Gwendolen, en un tono de sarcasmo, y girando el cuello hacia la señora Raymond.

—No lo sé —respondió la señora independiente—. Tendría que oír más de ella para decirlo.

—Tiene que haberla decepcionado un poco que su voz le fallara en el escenario —dijo Juliet Fenn, con compasión.

—Supongo que ya habrán pasado sus mejores momentos —dijo la profunda voz de Lady Pentreath.

—Al contrario, aún no han llegado —dijo Deronda—. Apenas tiene veinte años.

—Y es muy hermosa —añadió Lady Mallinger, con la benévola intención de ayudar a Deronda—. Y se comporta de un modo muy correcto. Solo siento que sea una judía fanática; eso podría ser un problema para cualquier otra cosa, pero no importa en absoluto para el canto.

—Bueno, ya que su voz es muy débil para gritar mucho, le diré a la señora Clementina que la ponga a dar clases a mis nueve nietas —dijo Lady Pentreath; y espero que convenza a ocho de ellas de que no tienen la suficiente voz para cantar en ningún sitio salvo en la iglesia. Mi idea es que muchas de nuestras chicas de hoy en día quieren tomar lecciones para no cantar.

—También yo he tenido mis lecciones para eso —dijo Gwendolen, mirando a Deronda—. Ya ve que Lady Pentreath está de mi parte.

Mientras estaba hablando, Sir Hugo entró con otros caballeros, entre los cuales se hallaba Grandcourt, y acercándose al grupo sentado en torno a la mesa de té dijo:

—¿Qué les quiere imponer Deronda a las señoras, deslizándose de esta manera entre ustedes?

—Quiere hacernos creer que una desconocida puede hacerlo mejor que cualquier celebridad —dijo Lady Pentreath—, una hermosa

cantante judía que tiene que impresionar a la gente joven. Usted y yo, que oímos a Catalani[178] en su debut, no somos tan fácilmente impresionables.

Sir Hugo escuchaba con su sonrisa de buen humor mientras tomaba una taza de té de su mujer, y luego dijo:

—Bueno, ya sabe, un liberal está destinado a pensar que ha habido más cantantes desde los tiempos de Catalani.

—Ah, usted es más joven que yo. Diría que usted es uno de esos hombres que fue tras la Alcharisi. Pero se casó y les dejó a todos ustedes con un palmo de narices.

—Sí, sí; lo peor que les sucede a estas grandes cantantes es casarse antes de que su voz se resienta. Quedan relegadas al silencio. Y su marido es un ladrón público. Recuerdo que Leroux decía: «Un hombre bien puede sacar las campanas de una iglesia y llevárselas a la estepa» —dijo Sir Hugo, dejando su taza y mirando hacia otro lado, mientras Deronda, que se había movido para hacer sitio a los demás, y creía que la cosa no iba con él, se retiró un poco. En esto, se dio cuenta que, aprovechando la dispersión general del grupo, Gwendolen se había desembarazado de las atenciones del señor Vandernoodt y había ido hasta el piano, donde aparentemente examinaba las partituras que estaban sobre su tapa. ¿Alguien se sorprenderá si la conclusión de Deronda fue que ella deseaba reunirse con él? Tal vez quisiera enmendarse por el tono desagradable con el que se había opuesto a la recomendación de Mirah, pues él había notado que su primer impulso era a menudo decir algo de lo que luego se arrepentía. Fue hasta su lado y dijo:

—¿Está ya cediendo en cuanto a la música y buscando algo para tocar o cantar?

—No estoy buscando nada, pero sí estoy cediendo —dijo Gwendolen, hablando en un tono sumiso.

—¿Puedo saber la razón?

—Me gustaría oír a la señorita Lapidoth y tomar lecciones de ella, ya que usted la admira tanto, por supuesto, cuando vayamos a la ciudad. Me refiero a lecciones en las que pueda disfrutar de su excelencia y de mis propias limitaciones —dijo Gwendolen, dirigiéndole una dulce y amplia sonrisa.

—Me da mucha alegría que usted vaya a verla y a oírla —dijo Deronda, devolviéndole la sonrisa amablemente.

—¿Es tan perfecta en todo lo demás como en la música?

—No puedo garantizarlo exactamente. No la he visto tanto. Pero no he visto nada en ella que quisiera que cambiara. Ha tenido una vida infeliz. Sus problemas comenzaron ya en la infancia, y ha crecido rodeada de calamidades. Pero creo que usted dirá de ella que ni la

prosperidad le habría dado más gracia y verdadero buen gusto.

—Me pregunto cuáles eran sus problemas.

—No tengo ningún conocimiento preciso. Pero sé que estuvo a punto de ahogarse por desesperación.

—¿Y qué es lo que la detuvo? —dijo Gwendolen rápidamente, mirando a Deronda.

—Algo la iluminó, lo que le hizo pensar que debía vivir, que era bueno vivir —respondió tranquilamente—. Es muy devota y parece que es capaz de someterse a cualquier cosa cuando toma la forma del deber.

—No hay que compadecer a esas chicas —dijo Gwendolen sin paciencia—. No congenio con las mujeres que siempre lo están haciendo todo bien. No creo en sus grandes sufrimientos. —Sus dedos se movieron rápidamente por el borde de las partituras.

—Es cierto —dijo Deronda—, que la conciencia de haber hecho algo mal es todavía peor, es más amargo. Supongo que nosotros, criaturas imperfectas, no podemos sentir tanto por la gente irreprochable como por los que se lastiman en la lucha contra sus propias faltas. Es una historia muy antigua la de la oveja perdida, pero se renueva cada día.

—Eso lo dice solo de boca, pero no lo siente, no es real —dijo Gwendolen amargamente—. Usted admira a la señorita Lapidoth porque la cree intachable, perfecta. Y sabe que despreciaría a una mujer que hubiera hecho algo que usted pensara que estuviera muy mal.

—Eso depende completamente de lo que ella pensara acerca de lo que hubiera hecho —dijo Deronda.

—Supongo que usted estaría usted satisfecho si ella fuera muy malvada —dijo Gwendolen, con ímpetu.

—No, satisfecho no, sentiría lástima por ella. No era una simple forma de hablar. No me refería a que una naturaleza perfecta sea más adorable; quería decir que aquellas personas que de antemano parecen menos dignas de interés pueden merecer toda nuestra compasión cuando hacen algo que despierta en ellas un profundo remordimiento. Cada vida sigue su camino. Me atrevería decir que algunas personas nunca abrirían sus ojos si no fuera por el descubrimiento repentino de las consecuencias de sus propias acciones. Y cuando sufren de esa manera, uno debe cuidarlas más que las que se sienten a gusto consigo mismas. —Deronda no pensaba más que en su visión de lo que probablemente había sido la experiencia de Gwendolen, y se obligó por compasión a que sus ojos y su voz expresaran todo el interés posible.

Gwendolen se había deslizado hacia la banqueta del piano y le

miraba con pena en sus ojos alargados, como un animal que pide ayuda.

—¿Estás convenciendo a la señora Grandcourt para que nos toque algo, Dan? —dijo Sir Hugo, acercándose y poniendo su mano sobre el hombro de Deronda, con un amable pellizco amonestador.

—No puedo convencerme ni yo de eso —dijo Gwendolen, levantándose.

Muchos otros siguieron la iniciativa de Sir Hugo, y se acabaron las confidencias por ese día. Pero el día siguiente era Nochevieja, y se celebraba un gran baile en la galería de los cuadros que había encima del claustro, en el que los inquilinos principales estaban invitados —el tipo de entretenimiento en que la gran cantidad de personas y el movimiento general ayuda a crear espacios privados—. Cuando Gwendolen estaba vistiéndose, anhelaba, en recuerdo de Leubronn, ponerse como adorno único el viejo collar turquesa; pero no se atrevía ofender a su marido apareciendo de esa forma tan simple en una ocasión en la que él exigiría que exhibiese su mayor esplendor. Decidida a llevar como fuese el nostálgico collar, fue a su habitación justo antes de entrar al baile, y le dio tres vueltas alrededor de su muñeca, convirtiéndolo en un brazalete.

El baile de nochevieja había sido siempre una escena preciosa, mantenida por tradición familiar al estilo antiguo, con los mínimos cambios posibles. Se había extendido una alfombra roja para la ocasión. Se habían dispuesto plantas de invernadero y de hoja perenne formando enramadas en las esquinas y en cada uno de los nichos de la galería; y los retratos antiguos que mostraban generaciones anteriores incluso a las de la época en la que se pusieron de moda los retratos conformaban una línea curiosa de espectadores. Se invitó a algunos personajes más o menos señoriales del vecindario; y ciertamente era una oportunidad que los probables dueños del Cerro del Abad y del Rey pudieran complacerse en imaginar su futuro glorioso, como una pintoresca supremacía provincial con unas rentas provenientes de los arrendatarios más prósperos. Sir Hugo esperaba que Grandcourt se sintiera halagado por ser invitado a la Abadía en la época en que se celebraba este festival en honor de los bienes de la familia; pero también tenía la esperanza de que al ver su propio aspecto tan sano, su sucesor pensara que el período de tiempo que había de transcurrir hasta la sucesión iba ser probablemente bastante largo, y tuviera, por tanto, el sentido común suficiente como para preferir una buena cantidad de dinero a una propiedad menor por la que debía esperar. Todos los presentes, hasta la hija del granjero más insignificante, sabían que iban a ver al joven Grandcourt —el sobrino de Sir Hugo, el presunto heredero y futuro baronet, visitando la Abadía con su esposa tras una ausencia de muchos años—; se entendía que cualquier

desavenencia entre tío y sobrino había concluido en una calurosa amistad. La mujer que abrió el baile con Sir Hugo era inevitablemente el punto de mira de todo el mundo; y menos de un año antes, si algún espejo mágico pudiera haber mostrado a Gwendolen su situación presente, se habría imaginado moviéndose en ella con una sensación de alegría triunfal, consciente de tener en sus manos una vida llena de oportunidades favorables que su inteligencia y su disposición podían sacarle el mejor partido. Y ahora se preguntaba cómo podía estar disfrutando tan poco de la posición a la que había sido elevada repentinamente, separada del insignificante y despreciable imperio de su infancia, que en absoluto contaba con distinción alguna más que la superfluidad de sus hermanas. Se habría contentado incluso con estar satisfecha sin motivo, y olvidarlo todo salvo la futilidad del momento; pero se sentía como cuando no podemos reconciliar el sueño, en un estado en el que los pensamientos no dejan de atormentarnos una y otra vez.

Sin dejar de darle vueltas a su situación, mientras deseaba a la vez que alguna emoción atenuara un poco sus penas inoportunas, desfiló a través de los admiradores que bailaban una contradanza[179] con la que era tradicional abrir el baile, e incluso las de su sexo la miraban como a una mujer envidiable. Se comentaba que sabía estar a la altura, considerando que no había sido nadie en particular, sin ninguna expectativa de riquezas: si hubiera sido la hija de un duque, o una de las princesas reales, no habría recogido los honores de la velada con más naturalidad. ¡Pobre Gwendolen! Esta actitud de controlarse tan bien a sí misma ante la gran pérdida en las apuestas acabaría convirtiéndose en una especie de habilidad, pues ya tenía suficiente práctica.

La siguiente pareja que pasó también era digna de mirarse. Lady Pentreath había dicho: «Me levantaré para un baile, pero escogeré a mi compañero. Señor Deronda, es usted el hombre más joven; me gustaría bailar con usted. Nadie es lo bastante mayor como para hacer una buena pareja conmigo. Así que debo buscar el contraste». Y en verdad el contraste llevó a la vieja señora a lo más alto. Era una de esas mujeres que nunca son hermosas hasta que no son mayores, y había tenido la inteligencia de acoger la belleza de la edad tan pronto como fue posible. Lo que podía haber parecido tosco en sus rasgos cuando era joven, se había transformado en una dureza de sus formas y expresión que desafiaba a las arrugas, y ponía de relieve su corona de pelo blanco; cubría su figura bien formada con vestidura negra, tapaba sus orejas y el cuello con un encaje, sin mostrar ninguno de esos espacios marchitos que son considerados como un signo de pobreza el exponerlos. Se deslizaba con gracia suficiente, sus ojos oscuros todavía ofrecían una sonrisa maliciosa mientras observaba al

grupo. La riqueza del color de su compañero contrastaba con los colores llanos y las formas ásperas de su edad, como una flor delicada en medio de un ramal de liquen. Tal vez los inquilinos no apreciaron apenas a esta pareja. Lady Pentreath no era más que una vieja dama, erguida y activa; el señor Deronda era una figura familiar, considerado un amigo; pero si él hubiera sido el heredero, muchos habrían lamentado que su rostro no fuera tan inconfundiblemente inglés como el de Sir Hugo.

El aspecto de Grandcourt cuando apareció con Lady Mallinger no fue tachado de extranjero: pero aún así, la satisfacción no fue completa. Habría sido un motivo de felicitación si alguien que tuviera la fortuna de heredar dos viejas haciendas familiares hubiera tenido un poco más de pelo, un color más fresco, y una mirada más animada; pero que las grandes familias se acabaran con el nacimiento exclusivo de mujeres, y que las haciendas fueran a parar a un único heredero de complexión pálida, era una tendencia de las cosas que parecía confirmarse por muchos otros ejemplos. Todo el mundo estaba de acuerdo en que el señor Grandcourt no podía tomarse nunca por nada salvo lo que realmente era: un caballero de nacimiento; y que, de hecho, tenía toda la apariencia de un heredero. Tal vez la persona que le tenía en menor consideración en esos momentos era Lady Mallinger, para quien bailar esta contradanza con Grandcourt era como decir a gritos que era la mujer infeliz que no había producido más que hijas —algo poco mejor que no tener ningún hijo—, pobres criaturas, y que solo podía consolarse con su cariño y la maravillosa bondad que Sir Hugo les tenía. Pero tal malestar interno no impedía que la amable señora tuviera un aspecto elegante y vigoroso digno de admirarse, o que sus ojos azules miraran apaciblemente a sus vecinos. Todos los padres y madres la compadecían por no haber tenido un hermoso chico, o incluso varios —cosa que nadie había dudado cuando se casó—.

La galería incluía solo tres lados del cuadrilátero, pues el cuarto había sido cerrado formando una antecámara o pasillo: uno de los lados se usaba para bailar, y el lado contrario para la mesa de la cena, mientras que la parte intermedia estaba menos iluminada y preparada con asientos confortables. Más tarde en la noche, Gwendolen se hallaba sentada en uno de esos asientos, y Grandcourt de pie cerca de ella. No estaban hablando; ella estaba reclinada hacia atrás en su sillón, y él se apoyaba contra la pared; y Deronda, que vio esta escena, fue a preguntarle a ella si había decidido no bailar más. Al haber hecho un buen trabajo entre los invitados, pensó que se había ganado el derecho de hundirse también en uno de los sillones; además, había hablado muy poco con Gwendolen desde su conversación en el piano el día anterior. La presencia de Grandcourt le facilitaba aún más el

poder mostrar su satisfacción por hablar con ella incluso de trivialidades, como signo de amistad; y él veía que su cara parecía algo blanca. Una sonrisa se extendió sobre ella al verle venir, y se incorporó. Grandcourt había estado gruñendo por el aburrimiento de estar tanto rato con esta danza estúpida, y proponiéndole que debían esfumarse: ella se había negado por motivos de cortesía —no sin temer que probablemente él se enfadara interiormente con ella—. Tenía sus razones para quedarse, aunque ya estaba empezando a perder la esperanza de la oportunidad que buscaba al haberse puesto el viejo collar en su muñeca. Pero al final vino Deronda.

—Sí, ya no bailaré más. ¿No está usted contento? —dijo con cierta alegría—. Se habría sentido obligado a ofrecerse humildemente para bailar como compañero, y estoy segura de que ya ha bailado más de lo que habría querido.

—No voy a negarlo —dijo Deronda—, puesto que usted ha bailado tanto como ha querido.

—¿Pero se tomará usted la molestia por mí de otra forma, y me irá a buscar un vaso de agua fresca?

No eran más que unos pasos los que tuvo que dar Deronda para ir a por el agua. Gwendolen iba vestida con una túnica del más blanco, fino y suave algodón, bajo la cual estaban escondidas sus manos. Mientras él fue a por agua, ella se sacó su guante, del que colgaba un lazo en su extremo, y cuando sacó su mano para coger el vaso y llevárselo a la boca, el collar-brazalete, que con sus tres vueltas no se adaptaba del todo a su muñeca, se hizo necesariamente patente. Grandcourt lo vio, y vio que atraía la atención de Deronda.

—¿Qué es esa cosa horrible que tienes en la muñeca? —dijo el marido.

—¿Esto? —dijo Gwendolen, muy dueña de sí misma, señalando las turquesas, a la vez que seguía sosteniendo el vaso—; es un viejo collar que me gusta llevar. Lo perdí una vez, y alguien me lo recuperó.

Al decir esto devolvió el vaso a Deronda, que inmediatamente se lo llevó, y al volver, dijo con la intención de hacer olvidar el asunto del collar:

—Vale la pena que vaya y mire por una de las ventanas de ese lado. Podrá ver el más hermoso de los claros de luna incidiendo en los pilares de piedra y en las entalladuras, y las sombras ondeando al viento.

—Me encantaría verlo. ¿Me acompañas? —dijo Gwendolen mirando a su marido.

Este la fulminó con la mirada y diciéndole:

—No, Deronda te acompañará —abandonó la postura en que estaba apoyado y se alejó.

El rostro de Gwendolen reflejó por un momento una exasperación fugaz: le molestaba esta muestra de indiferencia. Deronda estaba también molesto, sobre todo por ella; pero dándose cuenta enseguida que lo que más la aliviaría era actuar como si nada peculiar hubiese ocurrido, dijo:

—¿Quiere cogerse de mi brazo e ir conmigo, mientras solo haya sirvientes? —Pensó haber entendido bien su intención al atraer su atención al collar: quería que él infiriera que ella había aceptado el reproche, (su forma de hablar y de actuar ya indicaban desde el principio esa sumisión), y que ya no estaba resentida por ello. Vio que la evidente confianza que tenía en que él haría la interpretación correcta era en sí misma una súplica peculiar.

Cuando iban caminando juntos, Gwendolen tuvo la sensación de que la contrariedad que acababa de sucederles había corrido el velo de las pocas reservas que quedaban ya entre ellos, y que tenía más derecho que antes a abrirse tanto como desease. Ella no habló, estando llena de esa sensación de confianza silenciosa, hasta que estuvieron enfrente de la ventana, mirando hacia el patio iluminado por la luna. Una especie de enramada cubría la ventana, convirtiéndola en un nicho. Dejando su brazo, entrelazó sus manos bajo su túnica, y apoyó su frente en el vidrio. Él se apartó un poco, y ajustó las solapas de su abrigo bajo el cuello como era su costumbre: tenía un magnífico poder de permanecer perfectamente recto, y en esa posición recordaba a veces a uno de esos *spiritti magni con occhi tardi e gravi*[180] de Dante. (Sin duda, alguno de ellos bailó durante su juventud, dudaron de su propia vocación, y hallaron estos tiempos demasiado modernos). Se abstuvo de hacer ninguna observación sobre la escena que tenían ante ellos, temiendo que las palabras indiferentes pudieran sentarle mal a ella: la luz apacible y las sombras, las formas vetustas e inmóviles eran ya lo suficientemente cautivadoras como para apartar esos problemas internos de los que estaba seguro que le intranquilizaban. Y fue un buen juicio: ella se habría mostrado impaciente con una conversación cortés. Los incidentes de los últimos minutos le habían recordado pensamientos anteriores que había imaginado comentar con Deronda, y que ahora le venían urgentemente a sus labios. Con voz refrenada, dijo:

—Suponga que hubiera jugado de nuevo, y hubiera vuelto a perder el collar, ¿qué habría pensado de mí?

—Peor de lo que lo hago ahora.

—Entonces está usted equivocado conmigo. Usted quería que no hiciese eso, que no ganara a partir de otra pérdida, y yo he hecho algo mucho peor.

—Puedo imaginar las tentaciones —dijo Deronda—. Tal vez sea capaz de entender lo que usted quiere decir. Al menos entiendo el

autorreproche. —A pesar de estar preparado, se sentía casi alarmado por la precipitación en que Gwendolen le mostraba su confianza, en contraste con su decidido ocultamiento habitual.

—¿Qué haría usted si fuera como yo, si sintiera que fuera malvado y miserable, y que temiera que todo pudiera suceder? —Parecía darse prisa en aprovechar la oportunidad de exteriorizar todo lo que pudiera.

—No puede enmendarse eso haciendo solo una cosa, sino muchas —dijo Deronda con determinación.

—¿Qué? —dijo Gwendolen, precipitadamente, separando la frente del vidrio y mirándole.

Él le devolvió a su vez plenamente la mirada, de una forma que ella interpretó como un gesto severo.

No creía que fuera un momento en el que debiera mostrarse tierno ni acobardarse por dejar clara su dura opinión.

—Quiero decir que hay muchos pensamientos y hábitos que pueden ayudarnos a soportar las penas inevitables. Hay mucha gente que tiene que hacerles frente.

Se apoyó de nuevo en la ventana, y dijo, con impaciencia:

—Debe usted decirme entonces lo que pensar y lo que hacer; si no, ¿por qué no me dejó continuar haciendo lo que quería, sin que le importara? Si hubiera seguido jugando habría ganado otra vez y no me tendría que haber preocupado por nada más. Pero no me dejó hacerlo. ¿Por qué no podía hacer lo que quisiera sin que me importara? Los demás lo hacen. —Los argumentos de la pobre Gwendolen no expresaban nada muy claro salvo su irritación.

—No creo que nunca llegara a no importarle —dijo Deronda, con profunda decisión—. Si fuera cierto que la bajeza y la crueldad permitieran escapar de las penas, ¿cómo se lo haría la gente que no puede ser lo suficientemente ruin o cruel? Los insensatos pueden escapar de las penas; pero usted no puede ser una insensata. Hay quienes pueden hacer daño a otros sin remordimiento; pero suponga que uno siente remordimiento. Estoy seguro que usted nunca podría llevar una vida injuriosa (todas las vidas temerarias son injuriosas y viciosas) sin sentir remordimiento alguno. —Inconscientemente, Deronda había ido enfervorizándose mientras hablaba: había exteriorizado pensamientos reservados solo para sí mismo en momentos de meditación angustiada.

—Entonces dígame qué es lo que puedo mejorar —insistió Gwendolen.

—Muchas cosas. Fíjese en otras vidas además de la suya. Observe sus problemas, y cómo los soportan. Intente preocuparse de algo más de este vasto mundo que de obtener la gratificación a sus pequeños

deseos egoístas. Intente actuar y pensar de la mejor forma posible, piense en lo que es bueno y no solo en su desgracia.

Durante unos momentos Gwendolen permaneció callada. Luego, apartando la frente de nuevo del cristal, dijo:

—Quiere decirme que soy egoísta e ignorante.

Él le sostuvo la mirada en silencio antes de responder firmemente:

—Usted no continuará siendo egoísta ni ignorante.

Ella no apartó la mirada ni bajó sus ojos, pero un cambio sobrevino a su rostro —ese cambio en los músculos que a veces otorga una expresión infantil incluso a los más mayores—: algo que se da cuando uno ve que se ha dado demasiada importancia.

—¿Puedo acompañarla de regreso? —dijo Deronda amablemente, acercándose y ofreciéndole de nuevo su brazo. Ella lo tomó en silencio, y de esa forma se dejaron ver por Grandcourt, que estaba paseando tranquilamente por donde habían estado. Gwendolen se acercó a él y le dijo—: Ya estoy lista para que nos vayamos. El señor Deronda nos excusará ante Lady Mallinger.

—Por supuesto —dijo Deronda—. Lord y Lady Pentreath se fueron hace ya rato.

Grandcourt le ofreció el brazo en silenciosa conformidad, asintiendo sobre su hombro a Deronda, y Gwendolen se giró también un poco e inclinando la cabeza le dijo:

—Gracias.

Marido y mujer dejaron la galería y se fueron por los pasillos en silencio. Cuando cerraron la puerta al llegar al tocador Grandcourt se lanzó a una silla y dijo tajantemente:

—Siéntate.

Ella, esperando algo desagradable, había ya lanzado al aire su túnica de forma inconsciente y nerviosa, y obedeció inmediatamente. Volviendo sus ojos hacia ella, empezó:

—Hazme el favor en el futuro de no mostrar tus caprichos como una loca en el teatro.

—¿A qué te refieres? —dijo Gwendolen.

—Supongo que hay algún tipo de entendimiento entre tú y Deronda sobre esa cosa que llevas en la muñeca. Si tienes algo que decirle, díselo. Pero no utilices signos telegráficos para que no los vean los demás. Es asquerosamente vulgar.

—No tengo inconveniente en que lo sepas todo acerca de ese collar —dijo Gwendolen, resistiendo gracias a su orgullo y su enojo la pesadilla del miedo.

—No quiero saberlo. Puedes quedarte para ti todo lo que quieras.

Grandcourt iba haciendo pausas entre sus frases, y con cada una de ellas su discurso parecía adquirir una distinción excepcional en su

expresión.

—Lo que quiera saber, lo sabré sin que me lo digas. Solo te pido que te comportes como mi mujer. Y no montes ningún espectáculo.

—¿Te importa que hable con Deronda?

Me importa un pepino Deronda, o cualquier otro parásito engreído. Puedes hablar con él tanto como quieras. No va a quitarme el puesto. Tú eres mi mujer. Y ocuparás tu puesto de forma adecuada, para el mundo y para mí, o te irás al diablo.

—Nunca he pretendido hacer otra cosa que no fuese ocupar mi puesto adecuadamente —dijo Gwendolen, con amarga mortificación en su interior.

—Te pusiste esa cosa en la muñeca, y me la mantuviste oculta hasta que quisiste que él la viera. Solo los tontos juegan a ese lenguaje de sordomudos, y piensan que es secreto. Entenderás que no puedes ponerte en ningún compromiso. Compórtate con dignidad. Eso es todo lo que tengo que decir.

Con estas últimas palabras, Grandcourt se levantó, volvió la espalda al fuego y la miró desde arriba. Ella permanecía en silencio. No hallaba ningún reproche con el que contraatacar por estas amonestaciones insultantes, y la razón misma por la que las encontraba insultantes era que su significado le afectaba directamente a su orgullo. Lo que menos deseaba hacer era quedar como una tonta y ponerse en compromiso. Era inútil e irrelevante intentar explicar que Deronda solo era para ella como un mentor —el mejor que había tenido—. Grandcourt se mostraba despectivo, no celoso; todos los asuntos los trataba con desdén. ¿Por qué ella no se revelaba y le desafiaba? Deseaba hacerlo. Pero tendría que poner a prueba también sus nervios y su pasión. Su marido tenía un ejército de espíritus a sus espaldas, que podía encerrarla siempre que ella se desviara. Quedó sentada con sus espléndidos atavíos, como una blanca imagen de desamparo y él parecía estar satisfecho de observarla en esta situación. Ella no podía ni lanzar una exclamación apasionada, o alzar sus brazos, como habría hecho en sus tiempos de doncella. La sensación de sentir su desprecio la mantenía inmóvil.

—¿Toco el timbre? —dijo él, tras lo que pareció una larga pausa. Ella movió la cabeza en señal de asentimiento, y tras tocar el timbre, se fue a su habitación.

Ella no podía quitarse de la cabeza ciertas palabras. «El mal que me ha hecho será su maldición». Mientras él cerraba la puerta, se le escaparon unas lágrimas amargas, y las perturbadoras palabras provocaron una respuesta: «¿Por qué has hincado tus dientes venenosos sobre mí y no sobre él?». Lo exteriorizó en un susurro, mientras las lágrimas caían silenciosamente. Pero inmediatamente se frotó los ojos con su pañuelo, y controló sus sollozos.

Al día siguiente, recuperada del estremecedor ataque de la noche anterior, decidió que usaría el salvoconducto que Grandcourt le había despectivamente dado para hablar todo lo que quisiera con Deronda; pero no hubo ocasión, y rechazó por orgullo, que era ahora doblemente intenso, las argucias que se imaginaba para crear alguna oportunidad. No lo hacía por Deronda —curiosamente, ella no temía en absoluto que él pensara que su confianza en él careciese de dignidad: era parte de su poder sobre ella que le creyera libre de cualquier malentendido en la forma en que ella se dirigía a él; de hecho, que él la malinterpretara no le había entrado nunca en la cabeza. Pero llegó la última mañana, sin que hubiera sido capaz de hallar la menor oportunidad de hablar con él, y ya no se le ocurría cómo iba a hacerlo. Ella y Grandcourt se iban a ir a las tres. Era del todo irritante que, habiendo oído cómo se planificaba un paseo por los alrededores, Deronda no se presentara para unirse con ellos. Grandcourt se fue con Sir Hugo al Cerro del Rey, para ver los antiguos feudos de la casa; hubo otros caballeros que se fueron a disparar unos tiros; ella tuvo que ir y escuchar los reclamos y a los patos, y ver todo lo que no tenía ningunas ganas de ver, con las señoras, con el viejo Lord Pentreath y sus anécdotas, con el señor Vandernoodt y sus admiraciones. Estaba irritada al máximo: sin pensarlo, aprovechó que el camino era sinuoso para demorarse un poco y quedarse fuera de la vista de los demás, y así pudo volver a la casa, casi corriendo cuando ya no la veían. Entró por una puerta lateral, en la que quedaba la biblioteca a la izquierda; Deronda, sabía, estaba a menudo allí; ¿por qué no podía dirigirse a esa sala como a cualquier otra de la casa? La habían llevado antes allí expresamente para ver el árbol genealógico iluminado, y otras cosas remarcables —¿había algo más natural que ir a mirarlo de nuevo?—. Lo que más temía es que en la habitación no estuviese Deronda, pues la puerta estaba entreabierta. La empujó suavemente, y echó un vistazo. Estaba allí, ocupado escribiendo en una mesa del fondo, de espaldas a la puerta (de hecho, Sir Hugo le había pedido contestar unas cartas legislativas que se habían vuelto urgentes). Un tronco de leña enorme ardiendo, junto con el olor procedente del cuero de los libros, hacían de la habitación un lugar tan calurosamente acogedor como una capilla privada en la que hubieran estado oscilando los incensarios. Parecía muy osado el entrar —muy brusco el ir a hablarle e interrumpirle—; pero aún así entró por la silenciosa alfombra, y permaneció de pie unos dos o tres minutos, hasta que Deronda, habiendo terminado una carta, la dejó aparte en espera de la firma, y se inclinó hacia atrás pensando si le quedaba alguna cosa por hacer, o si podía ir a caminar y ver si se encontraba con el grupo, que incluía a Gwendolen, cuando oyó su voz que decía:

—Señor Deronda.

Era realmente increíble. Se levantó apresuradamente, se giró, y empujó su silla con una rotunda expresión de sorpresa.

—¿Hago mal en entrar? —dijo Gwendolen.

—Pensaba que estaba usted lejos paseando —dijo Deronda.

—He vuelto —dijo Gwendolen.

—¿No quiere salir otra vez? Podría unirme con ustedes, si me permiten.

—No; quiero decirle una cosa, y no puedo permanecer aquí mucho tiempo —dijo Gwendolen, hablando rápidamente en voz baja, mientras se adelantó y apoyó sus brazos con su bolso en el respaldo de la silla que él acababa de apartar—. Quiero decirle que es realmente así, no puedo evitar sentir remordimientos por haber herido a otros. A eso es a lo que me refería cuando dije que había hecho algo peor que volver a apostar y a empeñar de nuevo el collar, algo más injurioso, parafraseándole a usted. Y no puedo hacerlo cambiar. He recibido mi castigo, pero no puedo cambiar nada. Usted dijo que podía hacer muchas cosas. Dígamelo otra vez. ¿Qué haría usted, qué sentiría, si estuviera en mi lugar?

La apresurada forma tan directa con la que habló, la ausencia de su sentido de la importancia, como si la preocupara solamente usar el tiempo en obtener una respuesta que la guiara, consiguió que su solicitud fuera indescriptiblemente conmovedora.

Deronda dijo:

—Sentiría algo de lo que usted siente, una pena profunda.

—¿Pero qué es lo que trataría de hacer? —dijo Gwendolen, con un apresuramiento urgente.

—Ordenar mi vida de forma que pudiera enmendar todo lo que fuera posible, y mantenerme lejos de provocar de nuevo cualquier tipo de injuria —dijo Deronda, dándose cuenta a su vez que el tiempo para una conversación era breve.

—Pero no puedo… no puedo; debo seguir —dijo Gwendolen, en un susurro alto y pasional—. He pasado por encima de los demás, me he aprovechado de ellos, lo he intentado, lo he intentado. Y debo seguir. No puedo cambiarlo.

Era imposible responder a esto al instante. Sus palabras habían confirmado sus conjeturas, y se le presentaron breves destellos de la situación de todos a los que afectaba. Sus sentimientos hacia aquellos que habían sido “pasados por encima” sancionaban sus remordimientos; no podía intentar anularlos, pero aún así su corazón estaba lleno de compasión hacia ella. Sin embargo, tan pronto como pudo respondió, amonestándole por sus últimas palabras:

—Eso es lo más amargo de todo, soportar el yugo de haber obrado mal. Pero, ¿y si se somete a eso, de igual forma que los hombres

aceptan una mutilación, o una larga vida con una enfermedad incurable? ¿Y si hiciera del mal inalterable un motivo para esforzarse más en hacer el bien que lo contrarreste? Quien ha cometido errores irremediables puede darse cuenta de forma más clara de esto. Hay muchos ejemplos. Sentir que hemos arruinado a alguien su vida puede hacernos evitar arruinar otras vidas.

—Pero usted no ha hecho daño a nadie ni les ha arruinado la vida —dijo Gwendolen, rápidamente—. Son los demás los que le han hecho daño a *usted.*

Deronda enrojeció ligeramente, pero dijo inmediatamente:

—Supongo que el preocuparnos por nosotros mismos puede hacer que nos acabemos preocupando por los demás, si, cuando estamos sufriendo profundamente consideramos que también ellos pueden estar pasando por una experiencia similar. Es una especie de remordimiento antes de hacer el mal. No sé si me entiende.

—Creo que sí… ahora —dijo Gwendolen—. Pero tenía usted razón: yo *soy* egoísta. Nunca me he parado a pensar en los sentimientos de los demás, salvo en los de mi madre. No me he preocupado de la gente. ¿Pero qué puedo hacer? —continuó, más rápido—. Tengo que levantarme por la mañana y hacer todo lo que hacen los demás. Es como seguir una danza establecida de antemano. Creo que preveo todo lo que va a suceder, y estoy cansada y harta de ello. Y el mundo me confunde totalmente —e hizo un gesto de disgusto—. Dice usted que soy ignorante. ¿Pero de qué sirve intentar saber más, cuando la vida no vale la pena?

—Precisamente —dijo enseguida Deronda, algo indignado y con cierta severidad, lo que pretendía utilizar como su propia salvaguarda —; la vida *sería* más valiosa para usted: algo de conocimiento real le haría interesarse por el mundo más allá del pequeño drama de sus deseos personales. Es la maldición de su vida, perdóneme, y de tantas otras vidas, encerrar la pasión en un pequeño círculo, y no extender las ideas y su comprensión a un campo más amplio. ¿Tiene usted alguna sola ocupación por la que preocuparse de forma pasional o al menos con un interés independiente?

Deronda hizo una pausa, pero Gwendolen, que parecía asombrada y conmovida como si le hubieran dado una descarga eléctrica, quedó en silencio, y él continuó con más insistencia:

—Tomo como ejemplo lo que dijo usted de la música (que se aplica también a cosas más serias), usted no la estudiará por disfrutar privadamente de ella. ¿Cómo va el cielo o la tierra ofrecer riquezas espirituales a las almas empobrecidas con la pasividad? Si un solo firmamento no es capaz de captar nuestra atención y admiración, no veo cómo van a conseguirlo cuatro. Deberíamos dejar nuestra huella en cada uno de los mundos posibles con la simplicidad de nuestra

insignificancia, que necesariamente es impía, sin fe ni solidaridad. El refugio que usted necesita de los problemas personales se encuentra en lo más alto, en la vida religiosa, que muestra un entusiasmo por algo más que nuestros propios apetitos y vanidades. Algunos pocos pueden encontrarlo simplemente elevando su pensamiento; pero para los demás, que tenemos que luchar por nuestra propia cordura, la vida superior se halla en una región en la que los afectos se revisten de conocimiento.

La medio indignante protesta que vibraba en la voz de Deronda, provenía, como suele suceder, de la costumbre de argumentar interiormente consigo mismo, más que de la intención de mostrarse severo con Gwendolen; pero tuvo sobre ella un efecto más beneficioso que cualquier otro consuelo. Nada es más débil que una queja pronunciada de forma indiferente; y enfrentarse a la autocrítica era algo constructivo. Por el momento, se sintió como una niña sacudida, que de los lamentos pasó al asombro, y dijo humildemente:

—Lo intentaré. Lo pensaré.

Ambos permanecieron en silencio durante un minuto, como si les hubiera envuelto una presencia ajena, pues también Deronda, se sentía bajo la presión que nos sobreviene cuando nuestras propias palabras se ciernen sobre nosotros, hasta que Gwendolen empezó de nuevo:

—Usted ha dicho que el afecto es la mejor solución, y yo apenas tengo, y nadie lo tiene por mí. Si pudiera, tendría el de mamá, pero eso es ya imposible. Las cosas han cambiado tanto en tan poco tiempo. Lo que antes no me gustaba, ahora lo añoro. Creo que casi me estoy apegando a las cosas antiguas, ahora que no las tengo. —Sus labios temblaban.

—Tómese el presente sufrimiento como una dolorosa oportunidad para aprender —dijo Deronda, más amablemente—. Es usted consciente de algo más que de sus propias inclinaciones, sabe algo más de la forma en que su vida influye en otras, y la de los demás en la de usted. No creo que hubiera podido dejar de pasar por este proceso doloroso de una forma o de otra.

—Pero es una forma muy cruel —dijo Gwendolen, agitada, dando golpes con el pie en el suelo—. Me da miedo todo. Me doy miedo yo misma. Cuando se me calienta la sangre, soy capaz de hacer las cosas más atrevidas, conseguir cualquier objetivo; por eso tengo miedo hasta de mí misma. —No estaba mirando a nada fuera de ella, pero sus ojos se dirigían hacia la ventana, lo más lejos posible de Deronda, quien, comprendiéndola enseguida, dijo:

—Convierta su miedo en su salvaguarda. Intente que su temor incremente ese remordimiento que le es tan amargo. Medite sobre ello; la meditación es muy importante para definir nuestros anhelos y

temores. No siempre estamos en un estado de fuerte emoción, y cuando estamos tranquilos podemos usar nuestros recuerdos y cambiar gradualmente el sentido de nuestros temores, igual que el de nuestros gustos. Haga de su miedo su salvaguarda. Es como tener la habilidad de captarlo todo enseguida. Eso puede hacer levantar reacciones muy pasionales. Intente dominar su sensibilidad, y usarla como si fuera una facultad, como la visión. —Deronda hablaba cada vez más rápido; le daba la sensación de que estaba aprovechando las últimas oportunidades de rescatarla de algún peligro indefinido.

—Sí, ya sé lo que quiere decir —dijo Gwendolen, en un susurro fuerte, sin volver los ojos, pero alzando su pequeña mano enguantada y agitándola como protestando contra la idea de que fuese fácil obedecer ese consejo—. Pero si surgieran ciertos sentimientos, el odio o la furia, ¿cómo puedo continuar siendo buena cuando surjan? Y si llegara un momento en el que me sintiera ahogada y no pudiera seguir soportándolo… —Se vino abajo, y con los labios temblorosos miró a Deronda, pero la expresión de su rostro le produjo un sentimiento totalmente nuevo. A él se le veía confuso, preguntándose si todo lo que había estado intentando inculcarle había caído en saco roto, si simplemente ella le había estado escuchando emocionada por uno de esos arrebatos suyos. Era como si la viera hundirse con sus miembros atados. La apenada compasión que mostraban sus rasgos mientras la observaba, la afectaron a ella con unos escrúpulos como no había sentido nunca, y con un nuevo tono de súplica dijo:

—Le estoy afligiendo. Soy muy desagradecida. Usted *puede* ayudarme. Pensaré en todo lo que me ha dicho. Haré el esfuerzo. Dígame, ¿le apenará a usted que me haya atrevido a hablarle de mis problemas? Fue usted el que empezó, ya sabe, al reprocharme. —Sus labios mostraban una sonrisa melancólica al decir esto, pero añadió en un mayor tono de súplica—: ¿No le apenará a usted?

—No si eso sirve para salvarla de algo malo —dijo Deronda, con fuerte énfasis—; de otra forma, sí llevaré conmigo durante tiempo ese dolor.

—No, no, no será así. Puede que sea… no, seré mejor por haberle conocido. —Se volvió inmediatamente y abandonó la habitación.

Cuando subía el primer escalón de la escalera, Sir Hugo cruzó el recibidor camino de la biblioteca y la vio. Grandcourt no estaba con él.

En el momento en que el baronet entró, Deronda estaba de pie en su postura habitual, con las manos en el cuello de su gabardina, de espaldas a la mesa, y con esa expresión indefinible por la que juzgamos que un hombre todavía se halla en medio de la escena que acaba de pasar. Sin embargo, cambió de postura y comenzó a ordenar las cartas.

—¿Ha estado aquí la señora Grandcourt? —dijo Sir Hugo.

—Sí.

—¿Dónde están los demás?

—Creo que los dejó en algún lugar del campo.

Tras un momento de silencio, en el que Sir Hugo miraba a una carta sin leerla, dijo:

—Espero que no estés jugando con fuego, Dan, ya me entiendes.

—Creo que lo estoy haciendo, señor —dijo Deronda, tras dudar un instante, en el que refrenó cierta irritación—. Pero, siguiendo con su metáfora, no hay fuego y, por tanto, no hay peligro de quemarse.

Sir Hugo le miró minuciosamente y luego dijo:

—Mejor. Porque creo que entre nosotros, hay algo de pólvora escondida en relación con ese asunto.

CAPÍTULO 37

Aspern: Perdone, mi señor, quisiera hablar en nombre de Segismundo.
Fronsberg: ¿En su nombre? Oh, siempre tuve
un indulto para él; seguro que tarde o temprano
me lo devolverá. ¿Qué es lo que necesita?
¿Su loco proyecto no ha funcionado? ¿Sus bonitas alas mecánicas
no vuelan? ¿Cadena perpetua, al acecho del asalto,
billete para Epernay, ni una corteza que llevarse a la boca?
Aspern: Oh, no es nada de eso, mi señor; se ha escapado
de las tropas de Circe, y busca conquistar el amor
de su dulce pupila Cecilia; pero quiere primero obtener
su consentimiento. Frunce usted el ceño.
Fronsberg: Eminentes palabras.
Dije que tenía un indulto para él; no el consentimiento.

A pesar de los motivos de Deronda para querer volver a la ciudad, en los que se mezclaba su preocupación por Mirah con su curiosidad por saber más del enigmático Mardoqueo, no consiguió subir antes que Sir Hugo, que se adelantó a su familia para estar listo para la apertura del Parlamento el 6 de febrero. Deronda se estableció en Park Lane, consciente de que sus dependencias serían vigiladas por Hans Meyrick. Esto es lo que esperaba: pero encontró otras cosas no del todo de acuerdo con sus expectativas.

La mayoría de nosotros recordará el grabado de Retzsch[181] acerca del destino en la forma de Mefistófeles jugando al ajedrez con el hombre por su alma, un juego en el que podemos imaginar al inteligente adversario disimulando con una serie movimientos no intencionados con el fin de que el engañado mortal aleje sus piezas defensivas del verdadero punto de ataque. El maligno se prepara con conciencia para burlarse de su blanco favorito, nos persuade de abandonar nuestro mejor refugio: incluso se entromete de tal manera que nos sugiere ponernos nuestros impermeables cuando sabe bien que el cielo va a clarear, previendo que los imbéciles sacarán como conclusión el tener manía a los impermeables en vez de estudiar con

más detenimiento el tiempo. Es una buena prueba de la naturaleza de un hombre, cuando después de haberse esforzado en dotarse de lo que parece una buena provisión, encuentra que toda su precaución es irrelevante, y que sus buenas intenciones no son mejores que unos malos cálculos porque han partido de un punto equivocado. Su magnanimidad le acaba llevando a la degeneración, y se siente llamado a ella. Algo de esto le pasaba a Deronda.

Su primera impresión fue de puro placer y diversión al encontrar su sala de estar transformada en un estudio cubierto de grabados misceláneos y con los contenidos de dos baúles que había traído de Roma, la parte inferior de las ventanas oscurecidas con un tapiz de fieltro, y al rubio Hans en su extravagante juventud como el genio que presidía ese revoltijo —su cabello más largo que antes, su cara más caprichosamente arrugada, y su elevado timbre de voz aumentando más aún bajo la excitación de un charla apresurada—. Los dos habían mantenido la amistad que tenían desde los memorables tiempos de Cambridge, no solo por correspondencia, sino además por pequeños episodios de camaradería en el extranjero y en Inglaterra, y la relación que mantenían desde el principio, de confianza por una parte y de indulgencia por la otra, no había hecho más que aumentar en la práctica, como suele ocurrir cuando estas relaciones de mutua entrega y acogida empiezan bien.

—Sabía que querías ver mis piezas y antigüedades —dijo Hans, después de los efusivos saludos iniciales y de las preguntas de rigor que se siguieron—, así que no tuve reparo en descargar mis baúles aquí. Pero he encontrado dos habitaciones en Chelsea a no muchos cientos de yardas de mi madre y mis hermanas, y pronto estaré listo para trasladarme allí, cuando hayan raspado las paredes y colocado algunas luces nuevas. Eso es todo lo que estoy esperando. Pero ya ves que no espero para empezar a trabajar: no puedes ni imaginarte lo grande que voy a ser. La semilla de la inmortalidad ha empezado a germinar en mí.

—Como si te creciera una seta, diría, ¿no sientes un malestar en los pulmones? —dijo Deronda, acostumbrado a tratar a Hans como a un hermano. Se acercó a unos grabados suspendidos de la repisa de los estantes; cinco bosquejos de una cara hechos de forma rápida, diferentes aspectos del mismo rostro. Se quedó a una distancia apropiada de ellos, sin hacer ninguna observación. También Hans estuvo un minuto en silencio; luego cogió su paleta y comenzó a dar pinceladas al dibujo que había sobre el caballete.

—¿Qué opinas de ellos? —dijo al fin.

—La cara vista de frente parece muy abultada; por otra parte, la semejanza entre los rostros es buena —dijo Deronda, con más frialdad de lo que era habitual en él.

—No, no es muy abultada —dijo Hans decidido—. Ya me he dado cuenta de eso. Siempre sorprende pasar de un perfil al rostro entero. Pero haré una serie más amplia para Berenice[182]. Estoy haciendo una serie de Berenice, mira estos bosquejos de aquí, y ahora que lo pienso, tú eres el modelo que necesito para Agripa. —Hans, todavía con el pincel y la paleta en la mano, se había puesto al lado de Deronda al decir esto, pero añadió enseguida, como si fuera consciente de un error—: No, no, se me olvidaba; no te gusta estar sentado en tu retrato, ¡qué demonios! Sin embargo, creo que he conseguido un buen Tito. Habrá cinco en las series. La primera es Berenice abrazando las rodillas de Gessius Florus e implorando la salvación de su pueblo; eso ya lo tengo en el lienzo. Luego este, en el que ella aparece en el Xystus[183] con Agripa, pidiendo a la gente que no ofrezcan resistencia.

—Las piernas de Agripa no quedan bien —dijo Deronda.

—Pretenden ser piernas realistas —dijo Hans, arrugando la cara—; a los hombres públicos les tiemblan a menudo las piernas: «Sus piernas, el emblema de sus distintos pensamientos», como dijo alguien en *El Ensayo*[184].

—Pero estas piernas son tan imposibles como las del Alcibíades de Rafael[185] —dijo Deronda.

—Entonces serán piernas idealizadas —dijo Hans—. Las de Agripa eran piernas probablemente malas; yo las idealizo y las hago imposiblemente malas. El Arte, mi querido Eugenio, debe exagerar. Pero no importan las piernas ahora; el tercer bosquejo de la serie es Berenice entusiasmándose ante la perspectiva de ser la Emperatriz de Roma cuando llegan las noticias de que Vespasiano es declarado Emperador y que su amante Tito es su sucesor.

—Tienes que poner alguna nota al lado de su boca para que la gente lo entienda. No lo puedes explicar solo con la imagen.

—Les hará sentir su ignorancia, entonces, un efecto estético excelente. El cuarto es: Tito mandando fuera de Roma a Berenice después de haber compartido su palacio durante diez años, ambos tristes y a disgusto, *invitus invitam*, como dijo Suetonio[186]. He encontrado un modelo para el bruto romano.

—¿Harás que Berenice parezca de cincuenta años? Debía haber tenido esa edad.

—No, no; unos pequeños toques de madurez para mostrar el paso del tiempo. La belleza de ojos oscuros se conserva bien, especialmente la suya. Y he aquí el quinto: Berenice sentada sola en las ruinas de Jerusalén. Eso es pura imaginación. Es lo que debería haber sido, y quizás fue. Mira cómo narro un declive patético. Nadie sabe lo que fue de ella: se indica sucintamente al cerrar la serie. No hay una sexta pintura. —Al decir esto, Hans pretendía hablar con una sensación anhelante de sublimidad, y alzó la cabeza hacia atrás con ligero

fruncimiento, como si buscara en Deronda una expresión similar—. Irrumpo con un estilo Homérico; luego la historia se astilla, por así decir, y se disuelve tristemente en la nada, *le néant*[187]; ¿existe algo más sublime, sobre todo si se cuenta en francés? La persona vulgar querrá ver su cadáver y su entierro, quizás hasta su testamento y el reparto de sus túnicas. Pero, en fin, ven y mira este del caballete. Ya lo he comenzado.

—Esa actitud imploradora es realmente buena —dijo Deronda, tras contemplarla durante unos momentos—. Has sido muy productivo en las vacaciones de Navidad; ya que supongo que se te ocurrió el tema cuando llegaste a Londres. —Ninguno de los dos había mencionado todavía a Mirah.

—No —dijo Hans, dando alguna pincelada a su pintura—, ya había decidido el tema antes. Veo esa fantástica oportunidad como un presagio de que voy a descubrirme al mundo como un gran pintor. Vi a una mujer espléndida en el Trastévere[188] (las mujeres más grandes son medio judías), y me incitó a buscar un motivo sugestivo de una judía en Roma. Igual que otros hombres versados, terminé por escoger lo que había en la superficie. Te enseñaré un bosquejo de la cabeza de la trasteverina cuando pueda ponerme con eso.

—Creo que ella sería un modelo más apropiado para Berenice —dijo Deronda, sin saber cómo mostrar exactamente su desagrado.

—Ni hablar. El modelo debería ser la judía más hermosa del mundo, y ya la he encontrado.

—¿Estás seguro de que ella quiera ceder su imagen a ese personaje? No creo que a ninguna mujer le resulte más detestable. ¿Ya sabe ella lo que estás haciendo?

—Por supuesto. Conseguí que se pusiera precisamente en esta postura. Mi madrecita se sentó haciendo de Gessius Florus, y Mirah le abrazaba las rodillas. —En esto Hans se apartó un poco del dibujo y observó el efecto de sus pinceladas.

—Diría que ella no sabe nada de la historia de Berenice —dijo Deronda, sintiendo más indignación de la que habría sido capaz de justificar.

—Oh, sí, sí que lo sabe: la edición de las señoras. Berenice era un patriota ferviente, pero fue cegada por amor y ambición y se juntó con el enemigo: su pueblo. De ahí, el Némesis. Mirah se lo ha tomado como una parábola trágica, y llora al pensar lo que sufrió la pobre Berenice al regresar a pie a Jerusalén y sentarse desolada en su desconsuelo. Esa fue su propia frase. Luego no tuve valor para decirle que inventé esa parte de la historia.

—Enséñame tu Trasteverina —dijo Deronda, sobre todo para refrenarse de decir algo más.

—¿Le das un vistazo a ese carpesano de folios? —dijo Hans—. Mis estudios sobre los rostros están todos allí. Pero están desordenados. Quizás la encuentres al lado de un estudiante con las orejas pegadas a la cabeza.

Después de ojear uno o dos minutos los dibujos, Deronda dijo:

—Todo esto parecen rostros de Cambridge en cuerpos campestres. Quizás tendría que haber empezado por el otro lado.

—No; la encontrarás por el medio. Vacié un carpesano dentro de otro.

—¿Es este uno de tus estudiantes? —dijo Deronda, sosteniendo un dibujo—. Es un rostro inusualmente bello.

—¿Ese? Oh, es un hombre llamado Gascoigne, Rex Gascoigne. Un buen tipo, fuera de lo común; su labio superior es muy hermoso. Le estuve enseñando antes de que obtuviera su beca. Tendría que haber acabado la Pascua pasada. Pero se puso enfermo y tuvo que quedarse un año más. Tengo que averiguar qué es de él. Me gustaría saber cómo le ha ido.

—Aquí está, supongo —dijo Deronda, sujetando el bosquejo de la Trasteverina.

—Ah —dijo Han, mirándolo con cierto desdén—, demasiado ordinario. Todavía no me había reformado.

Deronda no dijo nada mientras cerraba el carpesano, dejando fuera la Trasteverina. Luego, sujetándose el cuello de su gabardina, y volviéndose hacia Hans, dijo:

—Es posible que mis escrúpulos sean excesivos, Meyrick, pero debo pedirte que me hagas el favor de abandonar esta idea.

Hans adoptó una actitud trágica, y gritó:

—¡Qué! ¿Mis series? ¿Mi serie inmortal de Berenice? Piensa lo que estás diciendo, hombre, destrozar, como dice Milton, no una vida, sino algo inmortal. Espera antes de contestar a que pueda dejar los instrumentos de mi arte y me estire de los pelos.

Y Hans dejó su pincel y su paleta, se dejó caer en una gran silla, y balanceándose hacia atrás, se frotó el pelo con sus dedos encorvados a cada lado de la cabeza, y miró con terror cómico a Deronda, que se vio obligado a sonreír mientras decía:

—Pinta tantas Berenices como quieras, pero me gustaría que estuvieras de acuerdo conmigo (tal vez lo estarás si reflexionas) que deberías escoger otra modelo.

—¿Por qué? —dijo Hans, levantándose y poniéndose serio de nuevo.

—Porque queda de tal manera que se le reconoce totalmente. La señora Meyrick y yo deseamos ardientemente que se la conozca como a una cantante admirable. Es justo, y ella así lo desea, que pueda ser

independiente. Y tiene excelentes oportunidades. Ya tiene ganada una buena introducción. Y voy a hablar con Klesmer. Su rostro puede llegar a ser muy conocido, y bueno, no vale la pena seguir explicándolo, a menos que te des cuenta. Creo que si Mirah supiera todo esto, se negaría fuertemente a exhibirse de esa manera, no permitiría ser usada como modelo para una heroína de este tipo.

Mientras Hans escuchaba de pie con los pulgares en el cinturón de su blusa, su rostro mostraba una sorpresa creciente mezclada con algo de diversión, que al final dio lugar a una carcajada explosiva; pero viendo que Deronda parecía gravemente ofendido, se retractó y dijo:

—Perdona mi risotada, Deronda. Nunca antes me habías colocado en una posición superior a la tuya. Si hubieras dicho algo que no afectara a mis pinturas, me habría tragado cada una de mis palabras, solo porque tú lo dijeras. ¿Así que de verdad crees que mis cinco pinturas estarán colgadas en primera línea, y estudiadas cuidadosamente por el público? ¡Por Dios, hombre! Ni la sidra ni el engreimiento me dieron jamás un sueño tan hermoso. Mis pinturas van a permanecer con toda probabilidad tan privadas como pudiera desear la persona más hipersensible.

Hans se volvió para seguir pintando como un modo de llenar las incómodas pausas. Deronda seguía de pie sin moverse, reconociendo su error en cuanto a la publicidad, pero consciente también de que su repugnancia no había disminuido apenas. No estaba satisfecho ni consigo mismo ni con Hans; pero la facultad de permanecer tranquilo ayuda mucho a un hombre en los momentos de embarazo. Hans tenía en grado tan alto a su amigo que le hacía sentir una especie de vergüenza que Deronda se equivocase; pero no iba con su naturaleza abandonar algo enseguida, aunque fuera un capricho, o más bien, sobre todo si era un capricho, y añadió, mientras seguía pintando:

—Pero incluso suponiendo que tuviera a un público que devorara mis pinturas si fueran series de enfermeras, bebés o de cajitas adornadas, no veo que sea justa tu objeción. Cada pintor digno de ser recordado ha pintado el rostro que más admiraba, tan a menudo como podía. Es parte de su alma lo que entra en sus pinturas. Esa es la forma como difunde su estilo. Lo que odia, lo caricaturiza. Lo que adora, lo reviste de una forma sagrada, heroica. Si un hombre pudiera pintar a la mujer que ama mil veces como la *Stella Maris*[189] para animar a los marineros a bordo de mil barcos, tanto más honor para ella. ¿No es eso mejor que pintar un cuadro llamativo y presuntuoso y asignarle un nombre deificado?

—Cualquier objeción puede ser refutada si la consideras desde un punto de vista lo suficientemente amplio, Hans: no se puede establecer ninguna regla en ese sentido —dijo Deronda, con cierto aire perentorio—. Podría admitir todas tus generalidades, pero aun asi

tendría razón al decirte que no deberías publicar el rostro de Mirah como modelo para Berenice. Pero voy a dejar de lado la cuestión de la publicidad. No he sido muy despierto en eso. —Deronda dudó unos momentos—. Con todo, incluso como asunto privado, es posible que hayan muy buenas razones para que no te complazcas demasiado pintándola desde el punto de vista que mencionas. Deberías ver que su situación actual es muy delicada; y hasta que no tenga su independencia, hay que cuidarla tan bien como a una pieza de cristal de Venecia, no sea que se aleje del lugar seguro en el que se aloja. ¿Estás completamente seguro de tu propia discreción? Perdóname, Hans. El que la haya encontrado yo me obliga a vigilarla. ¿Me entiendes?

—Perfectamente —dijo Hans, mostrando una sonrisa de buen humor—. Tienes la más que justificable opinión sobre mí de que voy a romper todos los cristales que se crucen en mi camino, además de mi propio cráneo. Es justo que pienses así. Desde que me metí en el lío de venir a este mundo, todo lo que más me ha gustado ha resultado ser algo perjudicial para mí o para alguien más. Todo lo que me he tomado demasiado en serio se ha acabado convirtiendo en un galimatías. La pintura es el último de ellos, y me voy a pasar el resto de mi vida para salir de él. Tú piensas ahora que la voy a armar en casa. No; me he regenerado. Crees que me he enamorado hasta los huesos de Mirah. Pues tienes razón. Pero te piensas que voy liarlo y a estropearlo todo. Ahí te equivocas, se entiende que lo hagas, pero estás del todo equivocado. He pasado por el bautismo de inmersión. Me protege la admiración. Pregunta a mi madrecita.

—¿No crees que esto puede ser un lío más, un amor sin esperanzas? —dijo Deronda, cuya voz parecía más profunda, en contraste con la de Hans, que había ido elevándose de tono.

—No considero que no tenga esperanzas —dijo Hans, con frialdad provocada, dejando sus herramientas, poniendo los pulgares en su cinturón y alejándose un poco, como si quisiera contemplar su pintura con más detenimiento.

—Mi querido amigo, lo único que vas a conseguir es sufrimiento —dijo Deronda con decisión—. Ella no se casaría con un cristiano, ni aunque lo amara. ¿Le has oído, claro que le has oído, hablar de su gente y de su religión?

—Eso no puede durar mucho —dijo Hans—. Verá que no hay un solo judío tolerable. Cualquier hombre de esa raza es insoportable, no hay quien los aguante.

—Puede que ella se una de nuevo con su familia. Eso es lo que anhela. Su madre y su hermano serán probablemente judíos estrictos.

—Me volveré prosélito si ella quiere —dijo Hans, encogiéndose de hombros y riendo.

—No digas tonterías, Hans. Pensaba que la amabas de verdad —dijo Deronda, acalorándose.

—Y así es. Crees que es desesperado, pero yo no.

—No sé nada. No sé lo que ha pasado. Es bueno estar preparado para las sorpresas. Pero apenas puedo imaginar una sorpresa más grande que hallar algo en los sentimientos de Mirah que te permitieran mantener una esperanza romántica. —Deronda tuvo la sensación de haber sido demasiado despectivo.

—Yo no fundo mis esperanzas románticas en los sentimientos de una mujer —dijo Hans, con la perversa tendencia a aparecer más alegre cuando se le hablaba con seriedad—. Baso mi romance en la ciencia y en la filosofía. La naturaleza designó a Mirah para que se enamorara de mí. Lo requiere la combinación de las razas, lo solicita la mitigación de la irregularidad humana, lo asegura la afinidad de contrastes. Soy el que más contrasta con Mirah: un cristiano blanqueado, que no puede entonar dos notas seguidas. ¿Quién tiene alguna oportunidad más que yo?

—Por fin me doy cuenta; todo era una mofa. No decías ni una sola palabra en serio, Meyrick —dijo Deronda, poniendo su mano sobre su hombro y hablando en un tono de cordial alivio—. He actuado como un sabiondo al responderte seriamente.

—Palabra de honor que voy en serio —dijo Hans, poniéndose frente a Deronda, y colocando su mano izquierda en su hombro, de modo que sus miradas quedaron enfrentadas muy de cerca. Te le estoy confesando todo. Quería decírtelo enseguida que vinieses. Mi madre dice que eres el custodio de Mirah, y ella se siente responsable ante ti por cada cosa que le sucede a Mirah en su casa. Bueno, la amo, la adoro, y no desespero, pretendo merecerla.

—Mi querido amigo, no puedes hacerlo —dijo Deronda rápidamente.

—Como te he dicho, lo quiero intentar.

—No eres capaz de mantener una decisión, Hans. También querías decidir hace tiempo lo que harías con tu madre y tus hermanas.

—Tienes razón en reprocharme, viejo —dijo Hans, amablemente.

—Tal vez sea un poco mezquino —dijo Deronda, aunque sin la intención de pedirle perdón—. Pero no es mezquindad por mi parte avisarte que estás albergando locas esperanzas quijotescas.

—¿Quién resultará herido sino yo, entonces? —dijo Hans, apretando los labios—. No voy a decirle nada a menos que esté seguro de la respuesta. No consultaré los oráculos: prefiero permanecer en alegres tinieblas, como diría Sir Thomas Browne. Prefiero arriesgarme aquí y perder que estar seguro de ganar en cualquier otra parte. Y no pienso beber el veneno de la desesperación, aunque estés dispuesto a

ofrecérmelo. Estoy dejando el vino, así que déjame embriagarme un poco de esperanza y vanidad.

—Te lo digo de corazón, no te hará ningún bien —dijo Deronda, soltando el hombro de Hans, y dándole un empujoncito. Le hablaba amablemente, pero sus palabras solo provenían de sus labios. No dijo nada de sus sentimientos reales.

Era consciente de esa irritación particular que en ocasiones recae sobre un hombre al que los demás tienden a confiar como mentor —la irritación de percibir que debería sentirse totalmente libre de los deseos y tentaciones de los que advierte—. Queremos que nuestros guías estén libres de pecado, como si no pudieran ser los mejores maestros aquellos que solo un día antes se habían corregido de sus errores. A lo largo de su amistad con Hans, Deronda se había familiarizado con su egoísmo, pero nunca se había sentido intolerante con él: Hans solía vaciar sus sentimientos y contar todos sus problemas, pero no se preocupaba de interesarse en lo más mínimo por su interlocutor, y si alguna vez lo había hecho se le había olvidado enseguida, pero aún así Deronda se había mostrado tanto interior como exteriormente indulgente, o incluso hasta satisfecho. Pero ahora se daba cuenta con cierta indignación, tanto más fuerte en cuanto que no podía confesarlo, el evidente supuesto que respecto a cualquier peligro de rivalidad o de celos con relación a Mirah, Deronda quedaba tan al margen de la cuestión como el ángel Gabriel. Una cosa es tomar la decisión de mantenerse al margen, y otra soportar que los demás la tomen por nosotros. Había esperado que Hans le diera problemas: lo que no había esperado es que esos problemas tuvieran una fuerte componente de sentimiento personal. Y se sentía algo avergonzado de que las esperanzas de Hans le provocaran desasosiego a pesar de su convicción bien fundada de que nunca se cumplirían. Habían inducido la imagen de un cambio en Mirah: y por mucho que se dijera que el cambio no se produciría, esa desagradable imagen persistía. En conjunto, el pobre Hans parecía estar saliéndose de los esquemas de Deronda, yendo más allá de lo que sería su parte de hijo pródigo rescatado, y suscitando un sentimiento muy distinto del afecto compasivo.

Cuando Deronda fue a Chelsea no se quedó tan tranquilo como debería haberle dejado la evidente menor preocupación de la señora Meyrick sobre su querido aunque impredecible hijo. Mirah parecía más animada que nunca, y por primera vez la vio reír. Fue cuando estaban hablando de Hans, siendo él naturalmente el tema preferido de su madre. Mirah quería saber si Deronda había visto al señor Hans hacer una especie de representación de varios personajes sin cambiarse de traje.

—Pasa de un personaje a otro como en un chasquido, y llegas a

imaginártelos bien aunque no los veas —dijo Mirah, entusiasmada con el tema—; es tan rápido y lo hace tan bien… No me solían gustar las situaciones cómicas en el escenario, eran demasiado largas; pero el señor Hans se transforma en solo un minuto en un trovador ciego, luego en Rienzi[190] dirigiéndose a los romanos, luego en un bailarín de ópera, y por último en un joven caballero desesperado: logra que sienta lástima por todos, y aún así, que me ría al mismo tiempo —y en esto Mirah dejó escapar una pequeña risa que bien podía haber sido el inicio de una canción—.

—Pensábamos que Mirah ya casi no podía reír hasta que vino Hans —dijo la señora Meyrick, viendo que Deronda, como ella, observaba con atención la hermosa escena.

—Hans parece estar en un gran momento ahora —dijo Deronda, en un tono alegre—. No me extraña que la haya animado.

—Ha estado magnífico desde que vino —dijo la señora Meyrick, guardándose para sí el resto de la frase: «a ver si le dura».

—Soy muy feliz —dijo Mirah—, al ver que el hijo y hermano venga a esta querida casa. Estuve oyendo todo el rato cómo hablaban de lo que hacían juntos cuando eran pequeños. Es como estar en el cielo, tener una madre y un hermano que hablan de esa manera. Yo nunca los he tenido.

—Yo tampoco —dijo Deronda, involuntariamente.

—¿No? —dijo Mirah sentidamente—. Ojalá los hubiera tenido. Ojalá hubiera tenido usted todo lo que es bueno. —Había dicho las últimas palabras con sentido ardor, como si hubieran formado parte de una letanía, mientras mantenía su mirada fija en Deronda, el cual, con el codo en el respaldo de su silla, la contemplaba con nuevos ojos, los de la impresión que había causado en Hans, y la posibilidad de que a ella le atrajera ese extraordinario contraste. Ocurría lo mismo que en otras visitas anteriores, que Mirah disfrutaba tanto hablando de lo que sentía como una joven chiquilla que de repente podía contar todo lo que durante mucho tiempo había querido y había tenido que reprimir. Por primera vez en su vida Mirah se hallaba entre personas en las que confiaba del todo, y mantenía su impresión romántica inicial de que Deronda era un mensajero enviado del cielo, pues su imagen tranquila renovaba en ella su disposición a abrirse y confiar. Gracias a ello, pasó de su dependencia impotente a una atención admiradora por parte de todos sin que sintiera los efectos de una adulación nociva: todos los que la rodeaban prestaban atención a sus miradas y a sus palabras, pero el efecto que esto produjo en ella era solamente el de haber pasado de un encierro sofocante al aire libre exultante, y se sentía a gusto entre la conversación y la acción. Para ella, todo provenía de la bondad de los demás. Pero esa palabra de Deronda que implicaba que había tenido una carencia en su vida comparable a la suya, le hizo

pensar sobre él bajo un nuevo punto de vista. Tras su primera impresión de apenada sorpresa, prosiguió:

—Pero el señor Hans dijo ayer que usted pensaba tanto en los demás que apenas deseaba nada para usted. Nos contó una maravillosa historia de Buda ofreciéndose a sí mismo como comida para la tigresa hambrienta, salvándola a ella y a sus cachorros de morir de hambre. Y nos dijo que usted era como Buda. Así es como le imaginamos todos.

—Le ruego que no imagine eso —dijo Deronda, que encontraba tales suposiciones algo exasperantes—. Incluso aunque fuera verdad que pienso tanto en los demás, no se seguiría de ahí que no deseo nada para mí. Cuando se dejó comer por la tigresa, Buda debió haber sentido también mucha hambre.

—Quizás si él tenía también mucha hambre no le importaría mucho ser comido —dijo Mab tímidamente.

—Por favor, no lo pienses así, Mab; así se pierde la belleza de la acción —dijo Mirah.

—¿Pero y si fuera cierto, Mirah? —dijo la racional Amy, haciendo una pausa en su estudio—. Siempre consideras lo bello como verdadero.

—Y así es —dijo Mirah amablemente—. Si la gente ha pensado lo más hermoso y mejor, debe ser cierto. Siempre es así.

—¿A qué te refieres, Mirah? —dijo Amy.

—Yo la entiendo —dijo Deronda, viniendo al rescate—. Es una verdad en el pensamiento aunque nunca se haya llevado a cabo en la acción. Vive como una idea. ¿No es eso? —se volvió hacia Mirah, que estaba escuchando y cuyos hermosos ojos mostraban una mirada absorta.

—Debe ser eso, puesto que usted me entendió, pero yo no logro explicarme del todo —dijo Mirah, un poco abstraída—, buscando todavía alguna expresión.

—¿Pero fue hermoso para Buda dejarse comer por el tigre? —dijo Amy, cambiando el punto de vista—. Sería un mal ejemplo.

—El mundo se llenaría de tigres gordos —dijo Mab.

Deronda se rio, pero defendió el mito.

—Es como una palabra apasionada —dijo—; la exageración proviene del fervor. Es una imagen extrema de lo que pasa cada día: la transformación de uno mismo.

—Creo que ya puedo explicar lo que quiero decir —dijo Mirah, que no había estado escuchando la última parte de la conversación. Cuando pensamos en lo mejor, es como lo que mi madre ha sido para mí. Ha sido tan real como la demás gente lo ha sido para mí, incluso más real.

Deronda, apenándose en su interior bajo esta ilustración, que traía vivamente consigo otras posibles realidades acerca de la madre, cambió la conversación diciendo:

—Pero no debemos alejarnos de los asuntos prácticos. He venido por una cosa, para contarles una entrevista que mantuve ayer, y que espero Mirah encuentre útil para ella. Fue con Klesmer, el gran pianista.

—¿Ah sí? —dijo la señora Meyrick con satisfacción—. ¿Usted cree que la ayudará?

—Eso espero. Está muy ocupado, pero ha prometido fijar un día para recibir y oír a la señorita Lapidoth, como debemos acostumbrarnos a llamarla —al decir esto Deronda sonrió a Mirah—, si ella consiente en ir a verle.

—Estaré muy agradecida —dijo Mirah tranquilamente—. Quiere oírme cantar antes de valorar si me puede ayudar.

A Deronda le sorprendió con qué sencillez trataba estos asuntos prácticos.

—No será una prueba para usted, espero, si la señora Meyrick amablemente le acompaña a casa de Klesmer.

—Oh no, no será ninguna prueba. Lo he estado haciendo toda la vida, quiero decir, que siempre me han dicho que haga cosas para que otros me valoren. Y ya he pasado por juicios negativos. Estoy preparada para soportarlo y que no me afecte. ¿Es Klesmer un hombre severo?

—Es peculiar, pero no le he tratado tanto como para saber si es lo que usted llamaría severo. Sé que tiene buen corazón, al menos lo muestra en sus acciones, si no en su conversación.

—Estoy acostumbrada a que se me mire con el ceño fruncido y no a que se me alabe —dijo Mirah.

—De vez en cuando, Klesmer frunce bastante el ceño —dijo Deronda—, pero muestra mientras a menudo una especie de sonrisa en sus ojos. Desgraciadamente, lleva anteojos, así que tendrá que sorprenderle desde un ángulo concreto para ver la sonrisa.

—No me asusta —dijo Mirah—. Aunque fuera como un león rugiente, solo quiere oírme cantar. Haré lo que pueda.

—Entonces estoy seguro que no le importará ser invitada a cantar en el salón de Lady Mallinger —dijo Deronda—. Quiere pedírselo para el mes que viene, e invitará a muchas damas a escucharla, las cuales probablemente quieran que sus hijas tomen lecciones con usted.

—¡Qué pronto vamos a encumbrarnos! —dijo la señora Meyrick encantada—. Nunca pensaste en triunfar tan rápido, Mirah.

—Me asusta un poco que se me llame señorita Lapidoth —dijo Mirah, enrojeciendo con nueva inquietud—. ¿Se me podría llamar

Cohen?

—La entiendo —dijo Deronda enseguida—. Pero, se lo digo en serio, no puede ser llamada Cohen. El nombre es inadmisible para una cantante. Es una de las tonterías que debemos aceptar de los prejuicios vulgares. Podríamos escoger cualquier otro nombre, sin embargo, tales como los que escogen los cantantes, un nombre italiano o español, que se adapte a su físico. —Para Deronda en esos momentos el nombre de Cohen era equivalente al más feo de los distintivos.

Mirah reflexionó un poco, ansiosamente, y luego dijo:

—No. Si Cohen no sirve, mantendré el nombre por el que se me conoce. No me esconderé. Tengo amigos que me protegen. Y si mi padre estuviera muy empobrecido y necesitara ayuda… no —dijo mirando a la señora Meyrick—, pienso a veces que quizás esté llorando como en ocasiones le veía, sin nadie consolándole, y yo me he escondido de él. No tiene a nadie excepto a mí. Los que se hacían amigos de él siempre le abandonaban.

—Mantén el nombre que te parezca, querida niña —dijo la señora Meyrick—. Yo no te voy a convencer de lo contrario. —Pero por ella, que no tenía paciencia ni compasión por ese padre, le habría dejado llorando.

Deronda se estaba diciendo: «He sido bastante miserable al enfadarme con Hans. ¿Cómo no va a enamorarse de ella? Pero es demasiado presuntuoso y absurdo por su parte acariciar la idea de apropiársela, y una especie de blasfemia suponer que ella posiblemente se entregará a él».

¿Qué pasaría si fuera a Daniel Deronda al que le asaltaran tales pensamientos? No era alguien que pudiera introducirse inocentemente adonde había prohibido a su amigo entrar, pero era innegable que lo que acababa de suceder había hecho aumentar un buen grado sus sentimientos hacia Mirah. Pero dejando aparte otros motivos para la auto-represión, había razones que eran a la vez definitivas e imprecisas y que le hicieron apartar la cuestión de la misma forma que habría abandonado un escrito a medias en que su imaginación le hubiera llevado demasiado lejos y hubiera dado una forma muy precisa a sus presentimientos. ¿No vendría nunca una revelación que arrojara luz en su propio recorrido? ¿Qué es lo que realmente sabía de su origen? Curiosamente, durante estos últimos meses, en los que parecía correcto que ejerciera su voluntad en la elección de un destino, la pasión de su naturaleza se había bloqueado cada vez más con esta incertidumbre. La revelación podía venir con dolor, de hecho, él lo daba casi por supuesto, pero ¿y si le ayudaba a que su vida tomara la forma de un deber, y si libraba de tener que hacer una elección arbitraria entre cosas que no deseaba una más que otra? Y aún más, deseaba escapar de esa imagen de crítico de las actividades

de los hombres, encasillado en la actitud ridícula de superioridad autoasignada. Su traba principal era su temprano afecto hacia Sir Hugo, que le obligaba a mostrarse deferente y agradecido hacia ideas que apenas compartía; pero a veces le asaltaban dudas sobre este agradecimiento hasta el punto de temer mostrarse desagradecido. Muchos de nosotros nos quejamos de que la mitad de nuestros derechos de nacimiento son deberes arduos: Deronda tendía más a quejarse de que le habían robado esa mitad; con todo, se reprochaba, como se lo habría reprochado a cualquiera, de ser muy pretencioso y no acabar de resolver las cosas. Era el reverso de ese tipo definido en los personajes de Faulconbridge y Edmund de Gloster[191], que se aprovechaban de las desgracias accidentales para incrementar su burda ambición por el éxito personal. Para Daniel las palabras Padre y Madre llevaban el fuego del altar en ellas; y el resto de las relaciones más estrechas que ofrece la naturaleza mantenía todavía para él el poder místico que le había hecho acalorarse de niño. El hombre común puede pensar que esta sensibilidad sobre el nacimiento es ridícula y apenas creíble; pero con todo el respeto sobre su discernimiento, como la roca de la que parte el resto de su conocimiento, este hombre común que piensa así debe admitir que muchos hechos bien probados le son oscuros, incluso las acciones de su propio corazón o la estructura de su propia retina. Hacía un siglo, ni él ni sus antepasados tenían la más ligera idea de las descargas eléctricas que actuaban sobre sus cuerpos, de la misma forma que no eran conscientes de la angustia solitaria en la que viven muchos hombres de sensibilidad excepcional descuidados cuando eran pequeños.

Tal vez estas cosas habían fermentado aún más en la mente de Deronda al no haber tenido nunca un confidente a quien revelar estos temas delicados. Siempre había sido él el que había puesto el hombro en vez de descansar en el hombro de otro. En ocasiones había anhelado tener al tipo de amigo con quien pudiera descubrir su experiencia: un joven como él que soportara una aflicción privada y no estuviera muy seguro de su propia carrera; lo suficientemente especulativo para entender cualquier dificultad moral, pero socialmente susceptible, como lo era él, y con todos los signos exteriores de equilibrio tanto en lo que se refiere al forcejeo corporal como en el espiritual, pues consideraba que era imposible intercambiar confidencias con alguien que le admirara demasiado. Pero no se había hecho ilusiones de encontrar al amigo que imaginaba. La de Deronda no era una de esas naturalezas temblorosas que se prestaban al sexto sentido.

CAPÍTULO 38

Hay quienes mantienen que la peor tragedia de Prometeo es que estuviera encadenado no después sino antes de robar el fuego celeste por la νάρθηξ[192] *para ser entregado a los mortales: impulsado por el Kratos y Bia*[193] *de métodos fundados en la soledad de ideas menospreciadas, atado en un palpitante desamparo por la presión horrible de la pobreza y la enfermedad —una soledad por las que muchos pasan, pero ninguno mira —.*

Muchos se disputan el terreno del "sexto sentido". Pero es un asunto sabido que hay personas cuyas ansias, concepciones —no, más aún, sus experimentadas conclusiones— continuamente toman la forma de imágenes que tienen un poder de presagiar lo que sucederá: las hazañas que realizarán se presentan ante ellos en su forma completa, conformando una estampa dominante; el suceso que ansían o que temen se alza en una visión ante ellos como el crecimiento de una semilla, alimentándose rápidamente con innumerables impresiones. No siempre son los menos capacitados en el proceso argumentativo, ni menos cuerdos que los calculadores comunes del mercado: sucede a veces que sus naturalezas tienen múltiples aberturas, como la Tebas de las cien puertas[194], donde naturalmente puede producirse una invasión mayor y más variada que a través de un estrecho portal vigilado. Sin duda hay especímenes abyectos entre los visionarios, igual que existen mamíferos diminutos que podrías encerrar entre los dedos de un guante. Ese pequeño pariente del elefante no puede hacer ningún daño; pero, ¿qué especie, por grande y organizada que esté, está libre de especímenes cuya insignificancia es a la vez desagradable y nociva? Da miedo pensar todo lo que la palabra "patriota" abarca; o en los codazos que podrá haber el día del juicio entre los que se han distinguido como autores, llevando volúmenes de tomos bien en sus manos o en carretillas.

Hemos realizado esta apología sobre el parentesco inevitable para arrojar luz sobre algunos hechos sobre Mardoqueo, cuya imagen se había metido en la mente de Deronda como una nueva pregunta por la que sentía interés en ser respondida. Pero el interés no consistía más

que en un suspense vagamente expectante: el judío de apariencia tísica, que aparentaba ser un fervoroso estudioso de algún tipo, destacando por algún trabajo de artesanía, como Spinoza, no encajaba en ninguna de las expectativas de Deronda.

A Mardoqueo el encuentro le produjo un efecto contrario. Durante muchos inviernos, mientras iba siendo consciente de que su vida física menguaba y su soledad espiritual aumentaba, todos sus deseos pasionales se concentraron en las ansias de encontrar un oído joven sobre el que derramar sus conocimientos como testamento, alguna alma gemela que aceptara el producto espiritual de su breve y dolorosa vida, como una misión a realizar. Era remarcable que el optimismo, que a menudo es una ilusión beneficiosa para los enfermos tísicos, se hallaba separado en Mardoqueo de las expectativas de recuperarse físicamente y se centraba solo en este anhelo por realizar su transmisión. Este anhelo, que venía de superar desilusiones aplastantes, había crecido en una esperanza, la esperanza en una creencia confiada, que en lugar de ser refrenada por la clara concepción que tenía de su apresurado declive, tomó más bien la intensidad de una fe expectante en una profecía que necesitaba solo poco espacio para llevarse a cabo.

Habían pasado ya años desde que había empezado a fijarse en las personas con una mirada profunda, buscando en ellos alguna traza de lo que pudiera ser una concepción diferente. Buscaba esa diferencia principalmente por un método de contraste: quería encontrar un hombre que fuera diferente a él. Al intentar esbozar rasgos que definieran a ese hombre a partir de las negativas con que se había encontrado y los obstáculos que le habían asediado, se imaginaba a un hombre que tuviera todos los elementos necesarios para simpatizar con él, pero en un cuerpo totalmente distinto al suyo: tenía que ser un judío, intelectualmente culto, moralmente férvido —una naturaleza que en todo esto encajaba con la de Mardoqueo—; pero su rostro y su figura debían ser hermosos y fuertes, debía estar versado en todos los refinamientos de la vida social, su voz debía fluir correcta y sencilla, sus circunstancias estar libres de necesidades sórdidas; debía glorificar las posibilidades del judío, no sentarse o deambular como lo hacía Mardoqueo, soportando la marca de su pueblo entre signos de pobreza y lamentos. Sensible como era a los rasgos físicos, había mirado, tanto en el extranjero como en Inglaterra, a retratos y a hombres, y si le sobraba alguna hora, se detenía a veces en la Galería Nacional, buscando pinturas que alimentaran su optimismo con rostros de hombres nobles y serios, tales como los que bien podrían pertenecer a su propia raza. Pero volvía decepcionado. Los ejemplos son muy escasos y están muy esparcidos por las galerías de Europa, donde el destino o incluso la selección de los principales artistas ha dado al

Arte un rostro a la vez joven, espléndido y hermoso, en el que si hay algo de melancolía, no es por pasividad impotente, sino que es porque se aventura en la capacidad vaticinadora del heroísmo.

Algunas personas observadoras podrían recordar tal vez su aspecto demacrado y sus ojos oscuros hundidos mientras permanecía ante un cuadro que le provocaba una meditación nueva o de las habituales: normalmente llevaba una gorra de tela forrada de piel negra, que ningún pintor le habría pedido que se quitara. Pero los curiosos lo considerarían a buen seguro como un judío de aspecto extraño, que probablemente obtenía dinero gracias a las pinturas; y Mardoqueo, cuando los veía, se daba perfecta cuenta de la impresión que causaba. Era mórbidamente consciente, pues la experiencia se lo había demostrado, que la pobreza de un hombre, además de otras desventajas físicas, desvalorizaban sus ideas, a menos que fueran las de un Pedro el Ermitaño[195], que era alguien que atraía al gentío. Pero era demasiado cuerdo y generoso para atribuir su destierro espiritual solamente a los prejuicios excusables de los demás: ciertas incapacidades suyas le habían acabado excluyendo; y así es como su imaginación había construido otro hombre de miras más anchas que esa segunda alma, según la noción de los cabalistas[196], para ayudar a la primera, que era insuficiente, a llevar una vida floreciente, dispuesta a incorporar todo lo que más valía la pena de una existencia cuya parte visible y palpable se iba esfumando rápidamente. Su necesidad interna por concebir esta prolongación o expansión de sí mismo se manifestaba como una necesidad externa. Los pensamientos de su corazón (esa frase ancestral es la que mejor ensombrece la verdad) le parecían demasiado valiosos, demasiado ligados con el crecimiento de las cosas para no tener un destino importante. Y cuanto de una forma más fuerte y hermosa concebía en su mente esa prolongación de sí mismo, más la quería de antemano con un afecto en el que se reconocía en parte a sí mismo, pero que también tenía su parte de contemplación y agradecimiento.

La mente de Mardoqueo forjaba constantemente tantas imágenes que la sucesión coherente de sus pensamientos se asemejaba a menudo a los sueños significativos que las personas despiertas en sus momentos de mayor inventiva atribuyen a los durmientes; o más aún, se asemejaba a la forma en que los sueños genuinos atravesaban el umbral de lo conocido a lo desconocido. Así, durante mucho tiempo, pensaba normalmente en el Ser que respondía a su necesidad como alguien acercándose desde la distancia o dándole la espalda, oscuramente retratado bajo un cielo dorado. Creía realmente en un cielo dorado. Se sentía muy atraído por ciertos aspectos poéticos de Londres; y uno de sus pasatiempos favoritos, si le quedaban fuerzas y tiempo, era asomarse por alguno de sus puentes, especialmente al

amanecer o al ocaso. Incluso cuando se hallaba inclinado sobre las ruedecillas de un reloj o sobre cualquier otra bagatela, o sentado en una de las habitaciones pequeñas de arriba mirando a través de los ladrillos mal puestos y de las ventanas cuarteadas, su imaginación se plantaba espontáneamente en algún lugar con un amplio horizonte; sus pensamientos siempre buscaban los espacios amplios; y siempre que le era posible, intentaba beneficiarse de la influencia de un cielo extenso. Apoyado sobre el parapeto del Puente de los Frailes Negros mientras meditaba con la mirada perdida, la envergadura y la calma del río, con sus partes neblinosas y sus partes luminosas, las grandes masas empañadas que daban forma a los grandes edificios, signo del mundo del comercio, los botes y las barcazas acercándose desde la tranquila lejanía descubriendo su sonido y su color, impregnaban su estado de ánimo y se fundían indistinguiblemente con su pensamiento, como una bella melodía que con solo escucharla eleva nuestro espíritu. Sucedía así que la figura representativa del anhelo de Mardoqueo la veía mentalmente oscurecida por el exceso de luz que había a su alrededor. Pero tras el inevitable progreso de su imaginación en busca de detalles más precisos, dejó de ver la figura dándole la espalda. Comenzó a avanzar, y su rostro se volvió reconocible; las palabras juventud, belleza, buen gusto, nacimiento judío, seriedad noble, pasaron de la forma individual a la general, reunidas por sus recuerdos de los rostros vistos entre los judíos de Holanda y Bohemia, y de los retratos que avivaban esos recuerdos. Digamos reverentemente de esta necesidad espiritual madura que era semejante a la de la chica o el chico que se imaginan a su futuro amado o amada; pero el apasionamiento de tales jóvenes deseos son débiles comparados con la corriente apasionada de una vida ideal que lucha por encarnarse, intensificada por su resistencia a su disolución inminente. La forma visionaria se convirtió en un compañero y un oyente, ocupando su lugar no solo en la imaginación despierta, sino también en esos letargos de sueño ligero en los que en verdad puede decirse: «Duermo, pero mi corazón está despierto», cuando la conmovedora historia trivial del día anterior refleja el propósito apasionado de años.

Últimamente, el apremio del tiempo irredimible, medido por la asfixia gradual de la vida, había transformado la confianza de Mardoqueo en una espera agitada del cumplimiento que debía estar ya a mano. ¿Estaban las campanas a punto de repicar, la sentencia a punto de ejecutarse? Los pasos del libertador tenían que estar cerca — del libertador que debía rescatar el duro trabajo espiritual de Mardoqueo del olvido y situarlo en un puesto perdurable en la herencia de su gente. Incluso si sus ideas hubieran sido tan verdaderas y valiosas como las de Colón o Newton, muchos habrían juzgado este

anhelo como una exageración desequilibrada de su propio valor, así como el hecho de considerar que el acto más sublime de un hombre sea decir: «Si no yo, entonces otro», desvalorizando el sentido de su propia vida. Pero los hombres más íntegros desean ser agentes, crear, y no solamente ser espectadores: un gran deseo de bendecir, no de ser bendecidos. Y mientras haya calor suficiente en el sol para alimentar una vida llena de energía, habrá todavía hombres que sientan: «Soy el responsable del cambio de este momento, y dejaré en ello mi alma».

Pero a pesar de esa mezcla de inconsecuencia que todos nosotros compartimos, sin que sea motivo de desgracia, pues nos salva de muchas consecuencias de las equivocaciones, la confianza de Mardoqueo en que viniera este amigo no le había hecho permanecer pasivo, sino que intentó usar los recursos, patéticamente humildes, que tenía a su alcance, para comunicar algo de sí mismo. Hacía ya dos años que se alojaba bajo las dependencias de Esdras Cohen, donde de buena fe le consideraban una mezcla de trabajador, maestro, pozo de caridad, zopenco genial, piadoso y (cuando se le preguntaba) hereje peligroso. Durante ese tiempo el pequeño Jacob se había hecho mayor como para llevar knickerbockers[197], así como para adquirir esa rapidez en recelar que se había hecho ya manifiesta en relación con las baratijas y el intercambio. Había avanzado también en su apego a Mardoqueo, considerándolo como un inferior, pero sin dejar de quererlo ni un ápice, y aprovechando su útil inteligencia como podría haber tomado los servicios de un genio de una lámpara. En cuanto a Mardoqueo, había dado sus primeras lecciones a Jacob, y había volcado con facilidad su ternura habitual en la paternidad de un maestro. Aunque era plenamente consciente de la distancia espiritual que había entre los padres y él, y no habría intentado nunca comunicarles nada de su mundo peculiar, el niño le conmovía con ese afecto idealizador que asocia las cualidades de un chico concreto con la gloria de la niñez y las posibilidades de un largo futuro. Y este sentimiento le había arrastrado, al principio sin premeditación, y después plenamente consciente, a dejar que el chico escuchara lo que habría sido considerado como demasiado descabellado para cualquier hombre importante de negocios que lo hubiera escuchado. Pero nadie lo oía cuando Jacob subía a la habitación de Mardoqueo, por ejemplo, un día en el que había poco trabajo por hacer, o a una hora en la que había terminado el trabajo, y tras una breve lección de lectura inglesa o de matemáticas, se veía incitado a permanecer en las rodillas del profesor, o a saltar a caballo sobre ellas, a menudo a costa de la paciente fatiga de sus miembros desgastados. El reclamo era tal vez el remiendo de un juguete o algún pequeño aparato mecánico con el que Mardoqueo mostraba su excepcional habilidad con las bien entrenadas yemas de sus dedos; y teniendo atado de esta forma al chico,

empezaba a repetir un poema hebreo suyo, sobre el que había vertido unos años antes sus primeros ardores juveniles por esa concepción, que era la dueña de su alma, de un pasado y un futuro fusionados, diciéndole a Jacob que repitiera sus palabras.

«El chico las conservará grabadas dentro de él —pensaba Mardoqueo—; es una forma de tenerlas impresas».

Nadie estaba más preparado que Jacob para este juego fascinante de repetir palabras ininteligibles; y si no sucedía ninguna otra diversión, a veces prolongaba el juego hasta que a su maestro se le acababa el aliento. Pues Mardoqueo ponía en cada repetición el fervor propio de un acto sagrado. En tales ocasiones, Jacob no se distraía más que para alcanzar y explorar los contenidos de sus bolsillos; o para estirarse la piel de sus mejillas para que sus ojos parecieran horribles, ladeando la cabeza para completar el efecto; o para manosear su propia nariz y la de Mardoqueo como si quisiera comparar la relación entre sus tamaños. Ante todo esto, el fervoroso recitador no se detenía, satisfecho si los jóvenes órganos del habla quedaban libres para cumplir su función. Pero sucedía a menudo que un impulso repentino llevaba a Jacob a saltar de sus rodillas al descubrir alguna diversión antigua o posible, y en vez de seguir con la recitación, repetía palabras anteriores que le venían a la cabeza, declamándolas atropelladamente, acompañándose de gestos que imitaban la pasión que había puesto en algún verso Mardoqueo. Aun asi, esperaba con la paciencia de un profeta, y retomaba a la mañana siguiente sin desánimo su peculiar manera de dejar impreso en el chico sus poemas, diciéndose para sí:

«Tal vez mis palabras le guíen algún día. Puede que entonces descubra su significado. Sucede así con una nación… después de muchos días».

En esto, Jacob recibió un set de artículos mágicos gracias al cual aumentó su sensación de poder y animó su tiempo libre, haciendo cacarear al bebé, o llevando al enorme gato a un rincón oscuro, o pensando que asustaría a cualquier cristiano de su edad. Hubo una semana, que desgraciadamente, vio a un charlatán callejero, lo que le llevó a deformar su imitación muscular de la poesía hebrea moderna según el modelo de Yehudah Haleví[198]. Mardoqueo había llegado a un pasaje fresco de su poema; pues tan pronto como Jacob se había acostumbrado a un fragmento, era conducido hacia otro, y lo que más le retenía durante varios minutos más era la fresca combinación de sonidos. La voz tísica, originalmente de un fuerte barítono, con su variedad de carraspeos entremezclados, como la bruma entre la claridad, y sus ocasionales e incipientes jadeos, añadían ese día una diversión mayor, emitiendo versos hebreos con un significado parecido a este:

Lejos de mí la envoltura del olvido,
marchitando el corazón;
el aceite y el vino prensado por los Goyim[199]*,*
envenenados con el desprecio.
La soledad rodea al Monte Nebo[200]*,*
su corazón es una tumba:
allí el Arca Sagrada enterrada y los querubines de oro
iluminan la oscuridad:
allí los rostros solemnes observan inalterados,
las alas se extienden enteras:
cerrada por un horrible discurso silencioso
la Ley está esculpida.
La soledad y la oscuridad son mi refugio,
y mi corazón una tumba;
golpéalo y quebrántalo, ¡oh Gabriel!
Hazlo pedazos como la arcilla del fundador
alrededor de la imagen dorada.

En el entusiasmo absorto con el que Mardoqueo había entonado más que pronunciado esta última invocación, no se dio cuenta de que Jacob ya no le seguía y había saltado de sus rodillas; pero al hacer una pausa, vio de repente, que el chico se había apoyado sobre sus manos con los pies en el aire, como un saltimbanqui, y que estaba recogiendo con sus labios un cuarto de penique brillante, que era uno de los tesoros favoritos de sus bolsillos. Mardoqueo podía haber considerado esto como una más de las burlas a las que estaba acostumbrado, pero en ese momento le produjo una horrible conmoción, como si hubiera sido una mueca satánica sobre su oración.

—¡Niño! ¡Niño! —gritó con un extraño chillido que sobresaltó a Jacob hasta la médula, y se dejó caer estremeciéndose y cerrando los ojos.

—¿Qué? —dijo Jacob rápidamente. Y al no tener una respuesta inmediata, presionó y sacudió las rodillas de Mardoqueo para levantarlo. Mardoqueo abrió los ojos mostrando en ellos una expresión feroz, se inclinó hacia delante, agarró sus pequeños hombros, y dijo en un rápido y ronco susurro:

—Tu generación está maldita, chico. ¡Abrirán la montaña y sacarán a rastras las alas doradas para acuñarlas en monedas, y destrozarán los rostros solemnes para convertirlos en pendientes para mujeres libertinas! Y se impondrán a sí mismos un nombre nuevo, pero el ángel de la ignominia los marcará con un sello ardiente y los conocerá, y su corazón será la tumba de deseos muertos que se vuelquen hacia la podredumbre.

El aspecto y la acción de Mardoqueo eran tan nuevos y misteriosos para Jacob, llevaban consigo una carga tal de amenaza oscura —era como si el compañero paciente e indulgente se hubiera transformado en algo desconocido y terrible—: los ojos oscuros y hundidos, el acento ronco tan cerca de él, los escuálidos dedos que le agarraban, hicieron estremecer de horror al pequeño Jacob, y mientras Mardoqueo hablaba, él temblaba con la sensación de que la casa se venía abajo y que ya no iban a comer nunca más. Pero cuando acabó el terrible discurso y aflojó sus dedos, el sobresalto derivó en lágrimas; Jacob alzó su pequeño rostro patriarcal y se puso a llorar en voz alta. Este gesto de dolor infantil hizo que Mardoqueo retomara enseguida su comportamiento afable habitual: por el momento no fue capaz de hablar de nuevo, pero en una acción maternal, acercó la cabeza de cabellos rizados hacia él y la abrazó con ternura contra su pecho. Al hacer esto, viendo Jacob que el peligro ya había pasado por completo, comenzó a dar alaridos a su gusto, imitando su propia actuación y mejorándola —una especie de transición que se observa a menudo del impulso al arte—. De hecho, al día siguiente se propuso aterrorizar a Adelaida Rebeca, y lo consiguió del todo.

Pero Mardoqueo se reprimió una buena temporada, a causa de la conciencia de haber hecho un mal uso de su inquietud; era excitable pero cuerdo, y juzgaba severamente sus momentos de desvío como un anhelo fútil, y se sentía desacreditado consigo mismo. Cada vez más buscaba reconocer ese amigo que había de llegar, con el que compartiría tranquila y certeramente una amistad y un entendimiento.

Fue justo entonces cuando, en su guardia habitual de mediodía de la vieja librería, le sorprendió ver aparecer a Deronda, y tal vez se comprenda ahora por qué la mirada de Mardoqueo tomó un repentino y ansioso interés mientras miraba al recién llegado: vio un rostro y una figura que le parecían encajar perfectamente con el hombre que había concebido durante tanto tiempo. Pero la negación de su ascendencia judía fue por el momento un golpe doblemente fuerte que representaba un paso atrás, y la decepción debilitó su confianza en una expectativa más indefinida. No obstante, cuando encontró a Deronda sentado a la mesa de los Cohen, la negación quedó por el momento anulada: retornó su primera impresión con fuerza añadida, pareciendo estar garantizada por este segundo encuentro bajo circunstancias más peculiares que la vez anterior; y al preguntarle a Deronda si sabía hebreo, Mardoqueo se hallaba tan poseído por la nueva embestida de la convicción, que había olvidado que faltaran más condiciones para la realización de sus esperanzas. Pero la respuesta “No” le hizo venirse abajo de nuevo, y la frustración fue más dolorosa que antes. Tras dar la espalda al visitante esa noche del Sabbath, Mardoqueo pasó varios días con un profundo desánimo,

como el de los hombres de un barco a la deriva, que habiendo forzado sus ojos tras navegar, y mirar con gozo hacia delante, se dan cuenta que no avanzan y dicen: «Son nuestros ojos cansados los que crean la impresión». Pero la imagen que había contemplado tantas veces provenía de una secuencia emocional de las convicciones teóricas más firmes de Mardoqueo; había sido forjada desde la imaginación de su vida más pasional; e inevitablemente reaparecía —reaparecía autoafirmándose más que nunca—. Deronda tenía esa especie de semejanza con el tipo preconcebido como la que tiene un busto o un retrato hermoso con la idea más generalizada que nos queda en nuestra mente al cabo de un tiempo: disfrutamos renovando nuestro recuerdo, pero apenas sabemos cuánto se acerca a la realidad. Y ahora, su rostro se encontró con la mirada interior de Mardoqueo como si siempre hubiera pertenecido al amigo esperado, irradiando, además, parte de ese influjo que pertenece solo a los vivos; poco a poco parecía que el desánimo dejaba lugar a una nueva obstinación de resistencia, y la continua visión era tan fuerte que pedía a gritos obviar la evidencia, y mantener viva la esperanza. Era a Deronda a quien veía ahora en las noches de vigilia a menudo dolorosas —esas noches en que todos somos susceptibles de que se apodere de nosotros un único pensamiento—, y su figura, nunca de espaldas, la veía en los momentos de calma, cuando estaba a punto de dormirse o incluso recién dormido, pintado sobre ese cielo dorado que era el símbolo doblemente bendecido de la llegada del día y del esperado descanso.

Mardoqueo sabía que el extraño sin nombre iba a volver para redimir su anillo; y a pesar de las posibilidades que había en contra, el deseo de volver a verlo iba tomando la forma de la seguridad que volvería a verlo. En las semanas de enero, sintió una creciente inquietud, de esas que permanecen ocultas y refrenan e impiden a la gente nerviosa ocuparse en nada ante la inminencia de un cambio anticipado. No pudo seguir dejando impreso en el pequeño Jacob sus poemas hebreos; ni acudiendo a su club semanal, otro de sus esfuerzos por la esperanza frustrada: había llegado algo diferente. Lo único que anhelaba era ir al río, cosa que no podía hacer sino raras veces y con dificultad. Ansiaba con la añoranza de un poeta por el ancho cielo, la vista lejana de los puentes, las luces suaves y oscilantes sobre el agua que parece respirar con una vida que tanto puede estremecerse y lamentarse como sentirse reconfortada y animada.

CAPÍTULO 39

Vor den Wissenden sich stellen
Sicher ist's in allen Fällen!
Wenn du lange dich gequälet
Weiss er gleich wo dir es fehlet;
Auch auf Beifall darst du hoffen,
Denn er weiss wo du's getroffen.
GOETHE, *West-östlicher Divan*[201]

Sucesos trascendentales le ocurrieron a Deronda la misma noche de su visita a la pequeña casa de Chelsea, cuando se produjo la discusión sobre el nombre público de Mirah. Pero para el grupo familiar que quedó allí, los principales eventos conectados con ello ocurrieron dos días después. Hacia las cuatro las ruedas de un carruaje se detuvieron ante la puerta, y se oyó uno de esos golpeos acompañados del timbre que sirven para magnificar el sentido de la existencia social en una región en la que las señales más animadas provienen del hombre que trae las magdalenas. Todas las chicas estaban en casa, y se habían apartado las cosas de las dos habitaciones para hacer espacio para las pinturas de Kate, así como para una gran cantidad de bordados que ocupaban el espacio de los cojines lisos —una especie de obra maestra de los trabajos de aguja, realizados por algunos dedos habilidosos que habían estado disponibles—. Ocupaban la sala pintorescamente, la señora Meyrick ocupada en esas labores en una de las esquinas, Mab en medio y Amy en la otra punta. Mirah, cuyas realizaciones en la costura estaban todavía en el nivel del sastrecillo común[202], pues se había descuidado mucho su educación en esa rama, actuaba como lectora del grupo, sentada en un taburete; en esa posición servía también a Kate como modelo para la miniatura del título de una página, que simbolizaba a un público decente absorto en la lectura alrededor de la mesa del té. Estaba leyendo en voz alta con gran claridad uno de los preciosos Ensayos de Elia: *Elogio a los deshollinadores*[203], y todas sonreían ante la "negra inocencia", cuando el imponente golpe y el timbre elevaron sus pensamientos a esferas más altas, mirándose con sorpresa.

—¡Válgame Dios! —dijo la señora Meyrick—; ¿puede que sea Lady Mallinger? ¿Hay algún carruaje grande, Amy?

—No… solo un hermoso carro. Debe ser un caballero.

—El primer ministro, diría yo —dijo Kate, con sequedad—. Hans dice que el hombre más grande Londres debe ir en un hermoso carro.

—¡Oh, oh, oh! —gritó Mab—. Imaginaos que fuera Lord Rusell[204].

Los cinco rostros radiantes estaban mirándose unos a otros divertidos cuando la vieja sirvienta que llevaba distraídamente una carta, dejó la puerta del recibidor abierta, y quedó a la vista una figura que se inclinó hacia la señora Meyrick y que no se parecía en nada a la del respetado primer ministro —alto y físicamente impresionante incluso con sus vestido de tela suave de algodón, de rostro macizo, pelo flameante y anteojos dorados—: era, de hecho, como vio la señora Meyrick por la tarjeta, *Julius Klesmer*.

Lo embarazoso de la escena no afectó apenas a la "madrecita", sino que enseguida se dio cuenta de la situación, y estaba satisfecha que el gran personaje hubiera venido a ver a Mirah y no que le pidiera que ella fuera a verle a él, tomándolo como un signo de interés verdadero. Pero cuando entró, las salas se empequeñecieron como si no fueran más que escaparates, el piano rústico, pensó Mab, parecía un juguete ridículo y todo el grupo familiar tan insignificante y poca cosa como una cuadrilla de ratones en las Tullerías[205]. La personalidad de Klesmer, especialmente su modo de mirar a su alrededor, inmediatamente sugería grandes espacios y una audiencia multitudinaria, y probablemente estos constituían el escenario habitual de su conciencia, pues todos nosotros solemos llevar nuestros pensamientos a algún *lugar* habitual donde se encuentran otras almas, y aquellos que ocupan un lugar más amplio que sus vecinos aparecen más presumidos y pretenciosos. Klesmer era vanidoso, pero no más que muchos contemporáneos de aspecto imponente, cuya vanidad salta a la vista y le asusta a uno como un bastón usado como lanza; en cuanto a su carruaje y sus gestos, eran tan naturales para él como la longitud de sus dedos; y si hubiera mostrado una afectación exuberante habría sido para parecer modesto y recatado. Mientras su aire grandioso le estaba haciendo sentir a Mab un juguete ridículo en consonancia con el piano rústico, él se fijaba en todos los detalles de su alrededor con una aguda y profundamente delicada sensibilidad. Recordaba una casa no mayor que esta en los alrededores de Bohemia; y en la emblemática Bohemia había entrado en contacto también con la variedad y el romance propios de quienes tienen pocos ingresos. Se dirigió a la señora Meyrick con el máximo respeto.

—Espero no haberme tomado una gran libertad. Al estar en el vecindario, me aventuré a ganar tiempo y llamar. Nuestro amigo el señor Deronda me mencionó que podía tener el honor de conocer a

una joven dama aquí presente: la señorita Lapidoth.

Klesmer había distinguido realmente a Mirah desde el primer momento al entrar, pero con sutil cortesía miró hacia las tres hermanas inclinando la cabeza como si no estuviera seguro de quién era la dama en cuestión.

—Esas son mis hijas: esta es la señorita Lapidoth —dijo la señora Meyrick señalando a Mirah.

—Ah —dijo Klesmer, mostrando que sus expectativas quedaban satisfechas, y dirigiendo una sonrisa radiante y una profunda inclinación hacia Mirah, que, en vez de mostrarse sorprendida, se hallaba tranquila y satisfecha. Le gustó la mirada de Klesmer, y estaba segura que la reprendería como un gran músico y un hombre amable.

—No se opondrá usted a que empecemos nuestra amistad permitiéndome oírla cantar —añadió, consciente de que todos agradecerían librarse de los preámbulos.

—Me encantaría. Es muy amable al querer escucharme —dijo Mirah, dirigiéndose hacia el piano—. ¿Me acompaño yo misma?

—Por supuesto —dijo Klesmer, aceptando la invitación de la señora Meyrick y sentándose donde podría tener una buena visión de la cantante. La pequeña y astuta madre no habría reconocido la debilidad, pero en realidad se dijo: «Le gustará más su canto si la ve».

Todos los corazones femeninos excepto el de Mirah latían con fuerza y ansiedad, asustadas por el tremendo Klesmer al verlo sentado escuchando con el ceño fruncido, al que solo se atrevían a mirar furtivamente. Si dijera algo severo sería un duro golpe para todas ellas. Solo podrían consolarse pensado que el Príncipe Camaralzamán, que había oído las cosas más finas, prefería el canto de Mirah a cualquier otro: pero ella parecía estarlo haciendo mejor que nunca, como si estuviera más tranquila de lo habitual en vez de más nerviosa.

La canción que había escogido era un bello transfondo a base de algunas de las palabras de la gran Oda a Italia de Leopardi[206]:

> *Oh, patria mia, vedo le mura e gli archi*
> *e le colonne e i simulacri e l'erme*
> *torri degli avi nostri…*

Esto fue en recitativo; luego continuó:

> *Ma la gloria non vedo…*

una melodía lastimosa, una queja rítmica. Tras esto llegó un clímax de triunfo devoto, pasando de una adoración contenida mediante un Andante feliz con las palabras:

Beatissimi voi,
che offriste il petto alle nemiche lance
per amor di costei che al sol vi diede…

a un estallido gozoso mediante un Allegro exultante:

Oh viva, viva:
Beatissimi voi
Mentre nel mondo si favelli o scriva

Cuando acabó, Klesmer dijo tras unos momentos:

—Eso es la música del viejo Leo.

—Sí, fue mi último maestro, en Viena: tan airado y tan bueno —dijo Mirah con una sonrisa melancólica—. Profetizó que mi voz no serviría para el escenario. Y tenía razón.

—Continúe, si es tan amable —dijo Klesmer, sacando los labios y agitando sus largos dedos, a la vez que decía algo más de forma sofocada y casi ininteligible para la audiencia.

Las tres chicas le detestaron vivamente por no decir ni una sola palabra de alabanza. La señora Meyrick estaba algo alarmada.

Mirah se dispuso a hacer lo que Klesmer deseaba, y suponiendo que a él le gustaría oír algo ahora en alemán, continuó con la música del Príncipe Radzivill[207], concretamente las canciones de Gretchen, una tras otra, sin pausa entre ellas. Cuando terminó, él se levantó y caminó dentro del poco espacio disponible, luego volvió al sitio del piano, donde estaba Mirah, que se había ya levantado y le miraba con sus pequeñas manos cruzadas ante ella, esperando el juicio humildemente; entonces, enarcando bruscamente las cejas y con ojos brillantes, le tendió la mano y dijo bruscamente:

—Estrechemos nuestras manos: es usted una música.

Mab sintió que se le escapaban las lágrimas, y las tres chicas creyeron que Klesmer era adorable. La señora Meyrick dio un respiro de alivio.

Pero inmediatamente volvió a fruncir el ceño, y al estrechar su larga mano, alargó su dedo índice para tocar su muñeca y decirle con la boca en posición redondeada:

—No para grandes tareas. No para estar en la cima. No somos pájaros que vuelan alto. Debemos ser modestos. —Klesmer hizo una pausa. Y Mab dejó de considerarlo adorable: «¡Como si Mirah hubiera mostrado el más mínimo signo de vanidad!».

Mirah permaneció en silencio, sabiendo que debía esperar una opinión específica, y Klesmer prosiguió:

—No le aconsejaría, de hecho, no promovería su canto en un

espacio más amplio que una sala de estar. Pero triunfará en este tipo de salas. Y aquí en Londres tiene la oportunidad de hacer una de las mejores carreras. Tendrá que tomar lecciones. ¿Vendrá y cantará en un concierto privado en mi casa el miércoles?

—Oh, estaré muy agradecida —dijo Mirah, juntando sus manos devotamente—. Prefiero ganarme el pan de esa manera que de una forma más pública. Intentaré mejorar. ¿Qué es lo que más debo trabajar?

Klesmer dio una respuesta preliminar en forma de ruidos que sonaban como palabras rotas y tragadas antes de ser emitidas, mientras se estiraba los dedos, antes de decir, bien claramente:

—Le presentaré a Astorga: es el padre adoptivo de los buenos cantantes y le dará a usted consejo. —Luego, dirigiéndose a la señora Meyrick, añadió—: La señora Klesmer llamará antes del miércoles, con su permiso.

—Será muy amable por su parte —dijo la señora Meyrick.

—Cantará para ella —dijo Klesmer, dirigiéndose de nuevo a Mirah —. Es una música completa, y su alma tiene más oído para la música que lo que es habitual encontrar en otros músicos. Su canto la satisfará:

Vor denWissenden sich stellen

¿conoce usted el resto?

Sicher ist's in allen Fällen[208]*,*

—dijo Mirah prontamente. Y diciendo Klesmer: —"¡Schön!"[209] saludó con la mano para despedirse.

Ciertamente había escogido la forma más delicada de alabar a Mirah, y las chicas Meyrick lo querían completamente. Pero imaginad lo que sintió Mab cuando, de repente, fijando Klesmer sus ojos en ella, dijo con determinación:

—Esa joven señorita tiene sentido musical, lo veo—. Se sonrojó toda ella por entero con una sensación de abrasarse.

—Sí —dijo Mirah en su nombre—. Y toca de una forma especial.

—Oh, por favor, Mirah, querrás decir de una forma caótica —dijo Mab, toda angustiada, con un temor horrible a lo que podía ser el siguiente paso: este espantoso personaje divino (sin duda, Satanás vestido con pantalones grises) podría mandarle sentarse al piano, y notaba que su corazón se derretía como cera en su interior. Pero no fue más que un precio barato que tuvo que pagar por la sorprendente alegría que le proporcionaron las benignas palabras que Klesmer dirigió a la señora Meyrick—: ¿Cree que le gustará acompañar a la

señorita Lapidoth y oír también la música el miércoles?

—Sería difícil encontrar algo que le agradara más —dijo la señora Meyrick—. Estará muy satisfecha y agradecida.

Acto seguido Klesmer se inclinó hacia las tres hermanas como nunca nadie se había inclinado ante ellas. En conjunto, era una escena graciosa: la pequeña sala con parte de su diagonal ocupada con la espléndida inclinación de Klesmer hacia las pequeñas figuras femeninas como imágenes un poco más pequeñas que las del tamaño natural, los rostros serios de los Holbein colgados en las paredes, ocupando casi todo el espacio, mirando duramente a este extraño que por su semblante pasaba por un digno contemporáneo suyo, pero cuyas vestimentas parecían una burla deplorable de la forma humana.

La señora Meyrick no pudo evitar salir de la habitación con Klesmer y cerrar la puerta tras ella. Él la comprendió y dijo asintiendo con el ceño fruncido:

—Lo logrará: si no hace demasiados esfuerzos y su voz resiste, puede conseguir unos ingresos. Sé que este es el punto importante: Deronda me lo contó. Están ustedes cuidando de ella. Parece una buena chica.

—Es un ángel —dijo la mujer de buen corazón.

—No —dijo Klesmer, ladeando graciosamente la cabeza—; es una hermosa judía: no hay que atribuir el mérito a los ángeles. Pero creo que ella ha encontrado a un ángel de la guarda —concluyó, inclinándose de forma amistosa.

Las cuatro jóvenes criaturas estuvieron mirándose unas a otras en silencio hasta que se oyó el ruido de la puerta de la calle y volvió la señora Meyrick. Entonces se desató la explosión. Mab empezó a aplaudir y se puso a bailar de la forma más inconveniente; la señora Meyrick besó a Mirah y la bendijo; Amy dijo enfáticamente:

—¡No podremos conseguirle un vestido nuevo para antes del miércoles! —Y Kate exclamó— ¡Gracias a Dios que mi mesa no ha ido a parar al suelo!

Mirah se había sentado de nuevo en el taburete del piano sin decir nada, y rodaban lágrimas por sus mejillas mientras miraba a sus amigas.

—¡Venga, venga, Mab! —díjo la señora Meyrick—; compórtate razonablemente, ven y siéntate, que hablaremos.

—Sí, hablemos —dijo Mab, cariñosamente, regresando a su sitio y acariciándose las rodillas—. Ahora podemos hablar sin tapujos. Hans dijo que vendría esta tarde. Ojalá hubiera estado aquí, solo que no habría habido espacio para él. Mirah, ¿por qué pareces tan triste?

—Estoy muy feliz —dijo Mirah—. Siento mucha gratitud hacia todas vosotras; y también él ha sido muy amable.

—Sí, al final sí —dijo Mab, con crudeza—. Pero podía haber dicho algo más alentador antes. Pensé de él que era espantosamente feo cuando estaba sentado frunciendo el ceño y solo dijo: "Continúe". Lo odié desde la punta de sus cabellos a la de sus pulcras botas.

—Tonterías, Mab; tiene un perfil espléndido —dijo Kate.

—*Ahora*, pero no *entonces*. No soporto a la gente que mantiene a los demás en vilo para descubrir sus intenciones al final. Parece que tengan envidia de la felicidad que te van a proporcionar y tienen que hacerte sufrir antes. No obstante, se lo perdono todo —dijo Mab, con aire magnánimo—, ya que me ha invitado. Me pregunto por qué me señaló como la que tenía talento musical. ¿Será porque tengo una frente saltona, mami, y el talento asoma por ella como la cabeza de un tritón bajo una piedra?

—Fue por tu forma de escuchar el canto, niña —dijo la señora Meyrick—. Tiene unos anteojos mágicos y lo ve todo a través de ellos. Pero, ¿qué era esa cita alemana que enseguida completaste, Mirah, ¿aprendiste el dialecto?

—Oh, no tuve que aprenderlo —dijo Mirah, secándose las lágrimas y ofreciendo una sonrisa divertida—. La repetí muchas veces en una lección. Significa que lo más seguro es hacer cualquier cosa (cantar o lo que sea) ante los que lo saben todo sobre eso.

—Por eso no estabas nada asustada, supongo —dijo Amy—. Pero, en fin, ahora tenemos que hablar de un vestido para ti para el miércoles.

—No quiero nada mejor que este negro merino —dijo Mirah, levantándose para mostrar su efecto—. Unos guantes blancos y unos botines nuevos.

Y sacó su pequeño piececito de una de sus zapatillas de fieltro.

—Ahí viene Hans —dijo la señora Meyrick—. Quedaos aquí y oigamos lo que nos dice de este vestido. Los artistas son las mejores personas a quines consultar estas cosas.

—Pues a mí no me consultas, mami —dijo Kate, arqueando las cejas en un tono de queja travieso—. Me estoy dando cuenta de que las madres son como las personas que trato: lo que hacen las chicas no se valora.

—Mi querida niña, los chicos son un problema tan grande… no podríamos soportarlos si no les hiciéramos creer que valen más —dijo la señora Meyrick justo en el momento en que entraba su chico—. Hans, queremos tu opinión sobre el vestido de Mirah. Ha ocurrido un gran suceso. Klesmer ha estado aquí y ella va a cantar a su casa el miércoles entre personas muy importantes. Ella cree que con este vestido será suficiente.

—Déjeme ver —dijo Hans. Mirah se volvió hacia él en su forma

infantil para que la mirara; y él, alejándose un poco, se agachó poniendo una rodilla sobre un almohadón para observarla mejor.

—La gente creerá que es un vestido para actuar muy apropiado para mí —dijo en tono de súplica—, pues es una pobre judía la que viene a cantar a cristianos respetables.

—Sería muy efectivo —dijo Hans, pensativo—; destacaría muy bien entre el resto de los vestidos respetables.

—Pero no deberías pensar que toda la pobreza está en tu campo, Mirah —dijo Amy—. Hay muchísimos cristianos pobres, y judíos horrorosamente ricos y judías muy respetables.

—No quería herir a nadie —dijo Mirah—. Solo que estoy acostumbrada a pensar sobre el vestido que habría de llevar en mis actuaciones. Y siempre lo he hecho con un vestido simple.

—Eso me hace dudar —dijo Hans, que de repente se había vuelto tan quisquilloso y ceremonioso en esta ocasión como él pensaba que lo fue Deronda en relación con las pinturas de Berenice—. Parece un poco demasiado teatral. No debemos ponerle en el papel de la pobre judía, o incluso de ser judía. —Hans tenía el deseo secreto de neutralizar su judaísmo en la vida privada, cosa que peligraba no mantener en secreto.

—Pero es precisamente lo que soy. No pretendo fingir nada. Nunca seré nada más —dijo Mirah—. Siempre me sentiré judía.

—Pero nosotros no podemos sentir eso sobre usted —dijo Hans, mirándola devotamente—. ¿Qué significa si una mujer perfecta es judía o no?

—Esa es una forma muy amable de elogiarme; nunca nadie me había elogiado así antes —dijo Mirah, con una sonrisa que casi vuelve loco a Hans y le hizo sentir más cosmopolita.

—La gente no piensa en mí como un cristiano británico —dijo, con su rostro cada vez más exultante—. Piensan en mí como un joven no muy apuesto y un pintor poco prometedor.

—Pero os estáis yendo por las ramas, y hablábamos del vestido —dijo Amy—. Si este no sirve, ¿cómo vamos a conseguir otro antes del miércoles? ¡Y mañana es domingo!

—De verdad que este servirá —imploró Mirah—. Esto es real, ya sabe —dijo mirando a Hans—, incluso si parece teatral. La pobre Berenice sentada en las ruinas… eso sí que era teatral, aunque era tal como debía ser.

—Soy un canalla —dijo Hans, conmovido por su confianza ciega—. Eso fue invención mía. Nadie sabe si realmente hizo eso. ¿Me perdonará por no habérselo dicho antes?

—Oh, sí —dijo Mirah, tras una pausa momentánea producida por la sorpresa—. Usted sabía lo que ella tenía que hacer: era una judía

que no había sido fiel, y que estaba arrepentida por lo que había hecho. No podía alegrarse de nada sino afligirse: ¿y a qué otro sitio podía dirigirse? Creo que fue muy hermoso que usted se metiera en la piel de lo que debía sentir una judía.

—Las judías de ese tiempo se sentaban en las ruinas —dijo Hans, levantándose con la sensación de que le habían dejado muerto—. Eso resulta conveniente para los cuadros.

—Pero el vestido… el vestido —dijo Amy—; ¿ya lo habéis decidido?

—Sí, ¿no? —dijo Mirah, mirando dubitativamente a la señora Meyrick, quien a su vez, miró a su hijo, y dijo—: ¿Qué crees, Hans?

—Ese vestido no es el adecuado —dijo Hans con determinación—. Ella no va a ir a sentarse sobre unas ruinas. Tienes que subir con ella a un coche, mamaíta, e ir a Regent Street. Tenéis tiempo de sobra para escoger lo que queráis, un vestido de seda negro como el que llevan las damas. No la deben tomar por un objeto de caridad. Tiene talentos para merecer que sea la gente la que quede en deuda con ella.

—Creo que es lo que al señor Deronda le habría gustado, que tuviera un vestido precioso —dijo la señora Meyrick reflexivamente.

—Por supuesto —dijo Hans, algo cortante—. Podéis considerar mi palabra como lo que pensaría un caballero.

—Me gustaría hacer lo que el señor Deronda quisiera que hiciera —dijo Mirah, seriamente, viendo que la señora Meyrick la observaba; y Hans, dándose la vuelta, fue hacia la mesa de Kate y cogió una de sus pinturas, como si necesitara interesarse por otras cosas.

—¿No te gustaría hacer un estudio del busto de Klesmer, Hans? —dijo Kate—. Supongo que lo has visto a menudo.

—¡Que si lo he visto! —exclamó Hans, echando hacia atrás su cabeza y sus cabellos, sentándose en el piano y mirando a su alrededor como si estuviera inspeccionando un anfiteatro, mientras colocaba sus dedos perpendicularmente a las teclas. Pero entonces, rodando sobre el taburete se giró de nuevo hacia Mirah y dijo, un poco tímidamente —: Tal vez a usted no le gusten estas bromas mímicas. Debe poner fin a mis tonterías siempre que le desagraden.

Mirah había estado sonriendo ante la rápida imagen formada por Hans, y todavía sonreía, pero con algo más además de diversión, cuando dijo:

—Gracias. Pero usted no ha hecho nunca nada que no me gustara. No creo que fuera capaz, siendo hijo de usted —añadió, mirando a la señora Meyrick.

De esta forma se alimentaron aún más las esperanzas de Hans. ¿Cómo podía evitarlo la rosa cuando varias abejas en sucesión olían su dulce aroma como signo de cariño personal?

CAPÍTULO 40

Hay en el alma una facultad que tolera las intercalaciones, que a primera vista esconden y oscurecen el futuro, pero que pueden resultar prometedoras; y sirve esta facultad para exaltar su brillo nativo, como el de la luna llena en la profunda quietud de una noche de verano, alzándose tras un bosque espeso y majestuoso. Arde, como un fuego incombustible, entre los árboles verdes, y prende por todas partes su sombra frondosa; convierte el velo oscuro en una sustancia tan gloriosa como ella misma. Sí, incorporadas a sí misma por el poder dilatado y sereno.

WORDSWORTH, *Excursión*

Deronda salió de la estrecha casa de Chelsea en tal estado que pensó que le convendría hacer un poco de ejercicio físico para disipar lo que él mismo reconocía como mal humor en su temperamento. Iba hacia la ciudad y la vista de las Escaleras de Chelsea con los botes amarrados le hizo decidirse en el acto por evitar la irritable inactividad de ser conducido por un carro, y llamó a una barquilla y cogió un remo.

Se dirigía hacia la librería Ram, a la que había llegado el día anterior demasiado tarde para el turno de guardia de mediodía de Mardoqueo, y se le había dicho que volviera otra vez entre las cinco y las seis. Deronda deseaba especialmente conocer más a fondo a este destacado inquilino de los Cohen como acción preliminar para redimir su anillo; esperaba que su conversación no volviera a acabarse tan rápido con el súbito desinterés de Mardoqueo, que era como cerrar un puente levadizo, cosa que dificultaría retomar cualquier comunicación en el futuro. Mientras se calentaba haciendo uso del remo, concentrándose en lo que tenía delante y en los fines que quería conseguir para el bien de Mirah, experimentó, como era habitual en él, un repentino cambio de pensamiento, descubriendo una luz al cambiar su punto de vista por el de la persona de la que había estado pensando principalmente hasta el momento como alguien muy útil para sus propósitos, y se recriminó no haber sido mucho mejor que un sargento reclutador, que nunca se preocupa del drama que conlleva alistar a la gente.

—Supongo que si consiguiera de este hombre la información que ansío —pensaba Deronda—, ya estaría suficientemente satisfecho, aunque él no quisiera contarme más de sí mismo, o por qué parecía esperar algo de mí luego le decepcionó. La especie de curiosidad que me ha provocado moriría; y aún así podría ser que se haya acercado a mí y que luego se aleje, como podría pensarse de dos barcos, cada uno con un exiliado en su interior, que se habrían reconocido si se hubieran mirado cara a cara. No es que haya ninguna similitud o algún lazo peculiar entre este pobre individuo y yo, que además me imagino que no le quedará mucho de vida. Pero me pregunto si no se está produciendo una de esas trascendentales pérdidas mutuas entre dos personas que intercambian miradas en blanco, o que piensan la una en la ausencia de la otra estando rodeados de una multitud. Sin embargo, uno pierde sus oportunidades cuando sigue actuando como el sargento reclutador.

Cuando la barca se iba acercando al Puente de los Frailes Negros, donde Deronda pensaba tomar tierra, eran las cuatro y media, y el día gris iba muriendo gloriosamente, con las nubes del oeste separadas en estrechos estratos color púrpura ante una claridad de azafrán que se extendía a lo lejos, y que en el cielo poseía una calma colosal, pero en el río, a través del agua que corría, se reflejaba en un movimiento luminoso: la alternancia de las olas y las corrientes, el repentino fulgor de la vela oscura, las barcas cargadas pasando de la opacidad al colorido, conformaban una viva respuesta a esa gloria extática.

Sintiéndose ya bien caliente, Deronda dejó el remo y se puso su capa de Inverness[210]. Al levantar la cabeza mientras acababa de abrocharse el último botón, sus ojos dieron con un rostro conocido que le miraba desde el parapeto del puente; la luz del oeste lo destacaba con una claridad y un brillo sorprendente, iluminando un cuerpo demacrado y un espíritu anhelante. Era el rostro de Mardoqueo, quien a su vez, al mirar hacia el oeste, había visto avanzar el bote, y lo había seguido con la mirada, al principio solo porque avanzaba, luego recobrando ciertas impresiones que le hicieron estremecerse por un presentimiento, hasta que al fin la figura cercana alzó su rostro hacia él —el rostro de sus visiones— e inmediatamente levantando la mano le hizo señas para que se acercara.

Deronda, que quería que Mardoqueo le reconociera y le esperara, no perdió ni un instante en responder a la señal. Mardoqueo se sacó la gorra y la ondeó —sintiendo en esos momentos que su profecía interior se había cumplido—. Todos los obstáculos e incongruencias se desvanecieron en la sensación de consumación en la que flotaba su alma por la satisfacción y confirmación de su anhelo. Su alegría no era muy diferente de la del científico experimental inclinándose sobre los

primeros signos del cambio correspondientes a lo que su pensamiento, en el fervor de su previsión concentrada, había anticipado. El amigo anunciado con antelación venía del horizonte dorado y le había señalado: esto es lo que era; el resto tenía que suceder.

En tres minutos Deronda había tomado tierra, pagado al barquero, y se había unido a Mardoqueo, que instintivamente se había quedado en su sitio sin moverse y esperándole.

—Me alegra verle aquí —dijo Deronda—, pues pretendía ir a la librería y preguntar por usted de nuevo. Estuve ayer, tal vez se lo mencionaron.

—Sí —dijo Mardoqueo—, es por eso por lo que vine al puente.

La respuesta, formulada con seriedad, era sorprendentemente misteriosa para Deronda. ¿Las peculiaridades de este hombre estaban realmente asociadas a algún tipo de alienación mental, como sugería Cohen?

—¿Sabía usted que estaba en Chelsea? —dijo tras un momento.

—No; pero esperaba que bajara por el río. Le he estado esperando cinco años. —Mardoqueo tenía fijos sus ojos hundidos en los del amigo que por fin había llegado, con una mirada de dependencia entrañable, a la vez patética y solemne. La sensibilidad de Deronda no era menos receptiva puesto que no podía creer que esta relación descubierta de forma tan extraña se hubiera fundado en una ilusión.

—Será una satisfacción para mí si le puedo servir de algo —contestó con toda su sinceridad—. ¿Quiere que entremos en un carro y vayamos adonde usted quiera? Ha caminado seguramente ya bastante y le falta el aliento.

—Vayamos a la librería. Pronto será hora de que tenga que estar allí. Pero primero mire el río —dijo Mardoqueo, girándose hacia él y hablando en voz baja con lo que podría llamarse una calma excitada, tan absorto por la sensación de satisfacción que pensaba que no había ya barreras entre él y Deronda para comprenderse completamente—. Observe el cielo, cómo oscurece poco a poco. Siempre me ha gustado este puente: me pasaba horas aquí de pie cuando era niño. Es un lugar de encuentro para los mensajeros espirituales. Es verdad lo que dijeron los Profetas: que cada tipo de cosas tiene su ángel, que ayuda a discernir su pleno mensaje de lo que está alejado de él. Aquí he escuchado los mensajes del cielo y de la tierra; cuando era más fuerte solía quedarme y observar las estrellas del firmamento. Pero estos momentos en los que se ponía el sol eran mis preferidos. Han penetrado en mí, los he hecho míos: la luz apagándose, apagándose poco a poco, era mi propio declive; y mientras todo quedaba en suspenso, esperando, llegó la nueva vida, mi nuevo yo, que vivirá cuando se apague este aliento.

Deronda no dijo nada. Se sentía extrañamente influido. La primera sospecha que sugería que Mardoqueo pudiera tener alucinaciones de pensamiento —que fuera un monomaníaco sobre algún tema que le hubiera provocado un esfuerzo excesivo a su débil organismo— dejó paso a una expectativa más sumisa. Su naturaleza era demasiado comprensiva, demasiado dispuesta a concebir otras experiencias más allá de las suyas como para conformarse con la simple explicación de la locura siempre que encontraba una conciencia que mostrara una plenitud y una convicción sobre algo de lo que él carecía. Por su disposición habitual era normal que acogiera más que se resistiera a cualquier demanda que se presentara en la forma de necesidad del prójimo; y esta demanda llevaba consigo un sentido de solemnidad que parecía una radiación de Mardoqueo, como si anulara su pobreza exterior y le otorgara una nueva autoridad, como si hubiera sido el guía preternatural de la leyenda universal, que de repente se despoja de su perverso disfraz y deja al manifiesto su poder. Confirmaba esa impresión una especie de aplomo resuelto que la idea de haber visto realizados sus propósitos había producido en las maneras de Mardoqueo. Después de permanecer ambos unos momentos en silencio, dijo:

—Vámonos ya —y cuando iban caminando añadió—: Bajaremos hasta el final de la calle y llegaremos a la librería. Usted puede mirar los libros, y el señor Ram se marchará y nos dejará solos.

Parecía que este entusiasta era tan cauto y tan preocupado por lo que pensaran los demás como si hubiera sido lo contrario a todo tipo de entusiasmo, como “un hombre del mundo”.

Durante el traqueteo en el carruaje, Mirah estaba aún presente en la mente de Deronda en medio de esta extraña experiencia, pero esperaba que el curso de la conversación lo decidiera Mardoqueo, no él: ya no se sentía seguro sobre qué preguntas debía preguntar; y un poco a su pesar, se dijo: «Supongo que estoy en un estado de completa superstición, como si estuviera esperando el sino que interpretara el oráculo. Pero tiene que haber una fuerte relación entre este hombre y yo, puesto que él la siente fuertemente. ¡Santo cielo! ¿Qué relación hay en el mundo más potente que la fe, incluso aunque no sea cierta, que las expectativas, aunque constantemente se vean defraudadas? ¿Me corresponde a mí defraudar o satisfacer? Bien, siempre que sea posible satisfacer, no defraudaré».

En diez minutos, los dos hombres, tan conscientes de su situación como si hubieran sido dos amantes sin haberse declarado, se dieron cuenta que estaban solos en la pequeña librería iluminada con gas y quedaron enfrentados cara a cara, dejando cada uno al descubierto su cabeza, por el presentimiento mutuo de que ambos querían verse completamente. Mardoqueo se adelantó para apoyar su espalda contra

el mostrador, mientras que Deronda se apoyó en la pared opuesta apenas a cuatro pies de distancia. ¡Cómo podré inmortalizar esos dos rostros de la misma forma que el Tributo de la Moneda de Tiziano[211] inmortalizó otros dos rostros con otro tipo de contraste! Imaginad —todos podemos hacerlo— la marca patética de la extenuación con su mirada brillante y esos rasgos bruscos que recuerdan a un templo abandonado, y que muestran la desesperación de quien se halla en un lugar inasequible; e imaginad esa marca sobre el rostro de un judío, acentuada de forma natural por la expresión de un alma fervorosa, el rostro de un hombre de poco más de treinta años, pero para el cual ese tiempo había sido alargado por el sufrimiento, con el pelo y la barba todavía negra disimulando la demacrada palidez de su piel, respirando con dificultad, lo que resaltaba aún más el movimiento de las ventanillas de su nariz, y con manos desgastadas sobresaliendo de sus brazos cruzados; luego, dad a la mirada anhelante y tísica algo de la mirada de esa madre moribunda que cuando su hijo amado visita su cama, hace saltar el trémulo poder de la alegría y dice: "¡Hijo mío!", pues la sensación de perpetuación espiritual en otro se asemeja a la transferencia maternal.

Viendo ese retrato veríais a Mardoqueo. Y enfrente de él había un rostro no muy distinto de los que encontramos entre la raza latina: llena de salud juvenil, y con una contundente gravedad masculina, que recibió con una reverencia respetuosa la mirada de este misterioso hijo de la pobreza que le reclamaba como su amigo largamente esperado. La cualidad más exquisita del carácter de Deronda —esa emotividad profundamente compasiva que iba a la par con su tendencia especulativa— no había sido nunca tan puesta a prueba como entonces. No es que creyera de verdad en la validez de las impresiones de Mardoqueo respecto a él o en la probabilidad de un gran desenlace fructífero: lo que sentía era una profunda sensibilidad a un grito que clamaba desde la profundidad de otra alma; y además, se sentía llamado a ser receptivo en vez de mostrar prejuicios altivos. La receptividad es una capacidad inusual pero sólida, como la entereza; y este estado de ánimo otorgó al semblante de Deronda su expresión máxima de contundencia benigna y sosegada, una expresión que alimentó la confianza de Mardoqueo y le hizo abrirse camino ante él. Empezó a decir:

—No puede saber lo que me ha guiado hasta usted y nos ha reunido en este momento. Se lo estará preguntando.

—No estoy impaciente —dijo Deronda—. Estoy dispuesto a escuchar lo que quiera revelarme.

—Ya ve alguna de las razones por las que le necesitaba —dijo Mardoqueo, hablando tranquilamente, como si quisiera reservarse fuerzas—. Se da cuenta de que me estoy muriendo. Ya ve que soy

como uno que está entre rejas, y que si intentara hablar con alguien, solo se me miraría con compasión sacudiendo la cabeza. El día se acaba, cada vez hay menos luz, dentro de poco no podremos vernos bien. Pero ha venido a tiempo.

—Me alegro de haber venido a tiempo —dijo Deronda, con gran sentimiento. No se atrevió a decir: «Espero que no se haya equivocado conmigo». La misma palabra "equivocado", pensó, le parecía una crueldad en esos momentos.

—Pero las razones más recónditas por las que le necesito comenzaron hace mucho tiempo —dijo Mardoqueo—; comenzaron en mis primeros años cuando estudiaba en otra tierra. Allí se me ocurrieron ideas, ideas hermosas, pues yo era un judío. Era una satisfacción confiar en ellas, pues yo era un judío. Eran una inspiración, pues yo era un judío, y sentía el sentimiento de mi raza latiendo en mí. Eran mi vida; no nací del todo hasta entonces. Consideré a mi corazón, y mi pecho, y esta mano derecha —Mardoqueo se había presionado la mano patéticamente contra el pecho, y luego estiró sus dedos gastados ante él— consideré que mi descanso y mis pasos, y el trabajo con el que alimentaba mi cuerpo, y las vistas con que alimentaba mis ojos, los consideré como el combustible de la llama divina. Pero yo había hecho como el que deambula y estampa sus pensamientos en soledades rocosas, y antes de que pudiera cambiar este rumbo llegaron las preocupaciones, el trabajo y la enfermedad, y me bloquearon el camino, y me ataron con las cadenas que inmovilizan el alma. Entonces me dije: «¿Cómo podré salvar mi vida de ser ahogada con este aire sofocante?».

Mardoqueo hizo una pausa para descansar y tomar aire por el cansancio provocado por la excitación creciente de su discurso. Y quiso también refrenar esa excitación. Deronda no se atrevía a hablar: el mismo silencio en el estrecho espacio parecía lleno de estupor y compasión ante este fervor combativo. Y finalmente Mardoqueo prosiguió:

—Pero puede que me malinterprete. No hablo como un soñador ignorante, como alguien que ha crecido en los valles del interior, que tiene pensamientos ancestrales y los cree nuevos sin saber que son antiguos, y que nunca ha pasado por las aguas donde circula el conocimiento del mundo. El inglés es mi lengua materna, Inglaterra es el país nativo de este cuerpo, que no es más que una maceta rota con tierra alrededor del árbol frutal, cuya semilla puede repoblar el desierto. Pero mi verdadera vida transcurrió en Holanda, a los pies del hermano de mi madre, un Rabino especializado, y cuando murió fui a Hamburgo a estudiar, y después a Gotinga, para poder tener una mayor perspectiva de mi gente y del mundo gentil, y beber del conocimiento de todas las fuentes. Yo era joven: me sentía libre;

teníamos los puestos principales en Alemania; no estaba entonces en la pobreza. Había llegado a hacerme cargo de una tienda de artesanía. Pues me dije: no me importa que mi suerte sea la de Joshua ben Chananja[212]: tras la última destrucción se ganaba el pan trabajando con la aguja, pero en su juventud había sido cantante en las escaleras del Templo, y tenía un buen recuerdo de lo que era antes de que se esfumara la gloria. Y me dije: que mi cuerpo permanezca en la pobreza y que mis manos sean las del trabajador; pero que mi alma sea el templo del recuerdo donde aniden los tesoros de la sabiduría y que su santuario sea la esperanza. Sabía lo que escogía. Me decían: «Se alimenta de visiones», y yo no lo negaba, pues las visiones crean y alimentan el mundo. Yo veo, tomo el mundo por lo que es, y en lo que lo transformará la visión. Pero nadie escucha a quien cree que desvaría y se mantiene apartado de la vida de sus compañeros.

Mardoqueo hizo una pausa, y Deronda, pensando que era para esperar una respuesta, dijo:

—Hónreme y crea que yo no pienso que sus palabras desvaríen. Escucho para poder saber, sin prejuicios. He tenido la suficiente experiencia como para interesarme profundamente por la historia de un destino espiritual acogido de corazón, y abrazado desde la juventud.

—¿Un destino espiritual acogido de corazón… en la juventud? —repitió Mardoqueo en tono de corrección—. Es el espíritu que me inundó por entero, y me vino en la infancia. Trajo consigo su propio mundo, un mundo medieval, poblado de hombres que resucitaban las lenguas antiguas proclamando nuevos salmos de exilio. Habían absorbido la filosofía del gentil en la fe del judío, y todavía añoraban una tierra para nuestra raza. Parte de su espíritu renació en mí, y despertó entre los recuerdos de su mundo. Viajó por España y Provenza; debatió con Aben-Esdras[213]; viajó en barco con Yehudá Haleví[214]; oyó el rugido de los Cruzados y el alarido del Israel torturado. Y cuando su lengua muda se desató, habló en la lengua que resucitó la nueva sangre de su ardor, su dolor y su confianza martirizada: cantó con el ritmo de su esfuerzo.

Mardoqueo hizo una nueva pausa, y luego dijo en un susurro alto y ronco:

—Mientras esté prisionero en mí, no aprenderá nada más.

—¿Ha escrito usted en hebreo, entonces? —dijo Deronda, recordando con ansiedad su anterior pregunta sobre el conocimiento de esa lengua.

—Sí… sí —dijo Mardoqueo en un tono de profunda tristeza—; en mi juventud caminé hacia esa soledad, sin saber que era soledad. Los grandes muertos me honraban; los mártires se reunían alrededor mío y me escuchaban. Pero pronto me di cuenta de que los vivos no me

prestaban atención. Al principio vi mi vida extendida ante un largo futuro: dije que parte de mi herencia judía es paciencia inquebrantable; una parte consiste en la habilidad de buscar lugares en los que arraigarse allí donde otros no los han encontrado. Pero vinieron nuevos mensajeros del Eterno. Tuve que inclinarme ante el yugo que presiona a la gran multitud de los nacidos de mujer: tuve que hacer frente a problemas familiares… tuve que trabajar y preocuparme no solo de mí mismo. Fui abandonado de nuevo, pero el ángel de la muerte ya se había vuelto hacia mí y me llamaba por señas, y sentía cómo me pisaba los talones.

»No dejé de esforzarme. Supliqué ayuda. Hablé; fui a ver a hombres de nuestro pueblo, a los ricos en influencia o sabiduría, y a los que poseían otras riquezas. Pero nadie me escuchaba con comprensión. Fui reprochado y me dijeron que estaba equivocado; me ofrecieron una pequeña cantidad de dinero por caridad. No era de extrañar. Parecía pobre; llevaba un fajo de manuscritos hebreos conmigo; dije que nuestros principales maestros nos están quitando la esperanza de nuestra raza. El erudito y el comerciante estaban ambos demasiado ocupados para escuchar. El desprecio era el intérprete entre ellos y yo. Uno dijo: “El libro del Mormón nunca habría contestado en hebreo; y si lo que pretende usted es dirigirse a nuestros sabios, no es probable que usted pueda enseñarles nada”. En eso tenía razón».

Las últimas palabras tenían una perceptible ironía en la ronquedad de su tono.

—Pero, aunque usted se haya acostumbrado a escribir en hebreo, pocos, seguro, pueden usar mejor el inglés —dijo Deronda, pretendiendo mostrar algo de consuelo para allanar el camino.

Mardoqueo sacudió su cabeza lentamente y contestó:

—Demasiado tarde, demasiado tarde. Ya no puedo escribir más. Mi escritura sería como esta respiración jadeante. Pero la respiración puede llevar a compasión, la escritura no. Si pudiera escribir ahora y usara el inglés, sería como el que da golpes a una tabla para convocar a los que no han oído más señal que una campana. Mi alma puede oír los propios defectos de su discurso. Escribir de nuevo sería como este cuerpo —Mardoqueo extendió sus brazos—, dentro de él puede habitar el Ruach hakodesh[215], el soplo del pensamiento divino, pero los hombres sonreirían y dirían: “Un pobre judío”, y de los que sonrieran la mayoría serían de mi pueblo.

Mardoqueo dejó caer sus brazos, e inclinó la cabeza en actitud melancólica: por el momento había perdido la esperanza. El desaliento, inspirado por sus propias palabras, sobrevolaba sobre él, nublando su futuro. Se estaba hundiendo en una oscuridad repentina.

—Le comprendo, le comprendo perfectamente —dijo Deronda, con

voz profunda y clara, que además de ser compasiva, era cordial—. Pero, perdóneme si hablo precipitadamente, lo que usted ha escrito no tiene por qué quedar en el olvido. Se puede conseguir su publicación. Si confía en mí, puedo proporcionarle todo lo necesario para conseguirlo.

—Eso no es suficiente —dijo Mardoqueo, rápidamente, levantando la vista de nuevo y recobrando sus recuerdos y su confianza—. No confío que usted haga solamente eso. No le pido que me dé una mano, sino su alma, que crea en mis creencias, que le conmuevan mis motivaciones, que espere lo que yo espero, que vea la visión hacia la que me dirijo, ¡que contemple la gloria como yo! —Mardoqueo se había acercado un paso mientras hablaba, y ahora tenía a Deronda cogido fuertemente por el brazo; su semblante, a poco más de un palmo de distancia, mostraba una especie de pálido ardor en él, una intensidad en su confianza que escondía una súplica apremiante, a la vez que continuó—: Será usted mi vida: será plantada de nuevo; crecerá. Usted recogerá la herencia que se ha ido preparando durante años. Decenas de generaciones se han concentrado en mi corta vida como un puente: lo que ha sido hasta ahora y lo que será en el futuro se encuentran en este punto; y el puente se está rompiendo. Pero le he encontrado. Ha llegado usted a tiempo. Usted recogerá la herencia que el hijo infame rechaza por miedo a que el oro atraiga a los saqueadores y profanen su tumba; usted recogerá la herencia del judío.

Deronda se había quedado tan pálido como Mardoqueo. Tan rápido como si de una alarma de fuego o de inundación se tratase, se había apoderado de él no solo el temor compasivo a decepcionar a este pobre hombre que pedía una oración como el que está agonizando, sino el temor contrario a alimentar fatalmente una ilusión, y verse entregado a una causa que podía transformarse en una falsedad. La forma peculiar en que apeló a su compasión superó la repulsa que la mayoría de nosotros sentimos cuando notamos que nos cogen del brazo y nos hablan para pretender dominarnos. Para él la dificultad consistía en plantar sombras de duda sobre esta ardiente criatura sufridora, que condensaba gran parte de su breve existencia en un momento de confianza quizás extravagante. Con delicado instinto, Deronda, antes de abrir sus labios, depositó amablemente la palma de su mano en la mano extendida de Mardoqueo, un acto que equivalía a muchas palabras. Y tras este gesto dijo sin prisas, como si fuera consciente de que pudiera equivocarse:

—¿Olvida lo que le comenté cuando nos vimos por primera vez? ¿Recuerda que le dije que yo no era de su raza?

—No puede ser cierto —susurró Mardoqueo inmediatamente, sin inmutarse lo más mínimo. La mano compasiva que todavía estaba

sobre él había fortalecido el sentimiento, más contundente aún que las palabras de negación. Se produjo una pausa apreciable, en la que Deronda se sintió incapaz de responder, realmente consciente de que la afirmación "No puede ser cierto" tenía el peso de un argumento para él, Mardoqueo, tan completamente obsesionado de la importancia suprema de la relación entre él y Deronda como para preocuparse de cualquier otro tema, añadió una segunda afirmación, que vino a sus labios como mera secuencia de su tan apreciada convicción:

—Usted no está seguro de su origen.

—¿Cómo lo sabe? —dijo Daniel, con un estremecimiento que le hizo retirar su mano de la de Mardoqueo, que a su vez dejó libre su brazo y se echó para atrás apoyándose de nuevo en la pared.

—Lo sé, lo sé; ¿qué es de mi vida si no? —dijo Mardoqueo, con un pequeño grito de impaciencia—. Cuéntemelo todo: cuénteme por qué lo niega.

No podía imaginarse lo que significaba pedirle eso a su interlocutor —cuánto le afectaba a su sensibilidad oculta, a la reticencia ferviente y consciente de tantos años—, de qué forma la incertidumbre sobre la que insistía como parte de su propia esperanza había significado siempre para Daniel la inquietante posibilidad de una dolorosa revelación sobre su madre. Pero el momento tuvo influencias no solo nuevas sino solemnes para Deronda: cualquier evasiva podía representar un abominable rechazo de alguna tarea que le correspondía a él, algún acto de justo compañerismo; en cualquier caso, sería una cruel negativa a una criatura que se dirigía a él con una esperanza desamparada bajo las sombras de un destino inevitable. Tras unos momentos, y haciendo un gran esfuerzo, decidido a contar toda la verdad brevemente, dijo:

—Nunca conocí a mi madre. No sé nada de ella. Nunca he llamado padre a ningún hombre. Pero estoy convencido que mi padre es inglés.

El tono profundo de Deronda temblaba mientras pronunciaba esta confesión; y a la vez sentía una gran sorpresa en su interior ante las extrañas circunstancias en que la expresaba. Parecía como si Mardoqueo apenas valorara su propio poder de averiguar las acciones del amigo que había escogido misteriosamente.

—Se verá, será declarado —dijo Mardoqueo, triunfante—. El mundo se desarrolla, y su estructura es tejida junto con el crecimiento del alma; nublado, nublado al principio, y luego cada vez más claro, la conciencia distingue las convulsiones lejanas. A la vez que los pensamientos se mueven oscuramente por nuestro interior y nos afectan antes de discernirlos completamente, así sucede también con los acontecimientos y con las personas: todos estamos entretejidos en el desarrollo del mundo. Usted apareció ante mí como un pensamiento

aún no pronunciado: mi alma se conmovió antes de que aparecieran las palabras. El resto vendrá… vendrá.

—No debemos perder de vista el hecho que los acontecimientos externos no siempre han confirmado nuestras creencias —dijo Deronda, de forma dubitativa a causa de los dolorosos y conflictivos deseos que entraban en juego, en parte para no decepcionar demasiado a Mardoqueo y en parte para no dar a su confidencia un reconocimiento que podía esconder también una decepción.

El rostro de Mardoqueo, que se había iluminado al máximo en su última declaración, cambió de expresión ante las palabras de Deronda, aunque sin mostrar los rasgos de una confianza decepcionada: su expresión no perdió fuerza, sino que tan solo pasó del estado de triunfo al de firme resistencia.

—Podría usted recriminarme que todo esto es una alucinación, que la historia de la confianza de nuestro pueblo ha estado llena de quimeras. Me hago cargo. —Al decir esto Mardoqueo se detuvo un momento. Luego, inclinando un poco hacia delante la cabeza, dijo, en su ronco susurro—: *Lo mismo pasaría con mi confianza, si usted la envolviera en una ilusión. Pero no lo hará.*

La nitidez con la que estas palabras hicieron mella en Deronda, le hicieron comprender que se enfrentaba a una crisis con la que debía mantenerse firme.

—No tengo un especial interés en conocer cómo se produjo mi nacimiento —respondió—. Ese conocimiento estaría ligado a la sensación de ser reclamado. Y no puedo prometerle que intentaré averiguarlo pronto. Los sentimientos que han calado hondo durante más de la mitad de mi vida pueden todavía impedirme hacer lo que nunca hasta ahora he sido capaz de hacer. Se puede esperar cualquier cosa de ello. Tendría que conocer más de mi propia vida, y saber qué ocurriría si formara parte de la suya.

Mardoqueo había cruzado los brazos de nuevo mientras Deronda hablaba y le respondió con igual firmeza, aunque respirando con dificultad:

—Usted lo sabrá. ¿Para qué nos encontramos sino para que lo sepa? Sus dudas pesan tan poco sobre mi fe como el polvo. Conozco las filosofías de esta época y las de las anteriores: si quisiera podría responder ante sus tribunales. Podría acallar las creencias que son la lengua materna de mi alma y hablar con la lengua de un sistema aprendida de memoria, que es capaz de nombrar todas las cosas y que piensa que con eso se cubre todo. Podría acallarlas: ¿es que no puede acaso un hombre silenciar su asombro o su amor y buscar las razones que piden los demás? ¿Pero y si su amor reside en algo más profundo que en las razones que pueda encontrar? El hombre encuentra su camino: al principio había huellas de pisadas, como las de las bestias

en la selva; ahora son ligeras e invisibles: su pensamiento se hunde en el océano y sus deseos atraviesan el aire: ¿pero ha encontrado todos los caminos? Lo que le afecta, se queda con él, le gobierna: debe aceptarlo, aunque no conozca su origen. Dígame, ¿las esperanzas que he depositado en usted han crecido como falsas esperanzas? ¿Esa es su duda? Bueno, mis esperanzas estaban ahí, y usted ha llegado. Muchos hombres han muerto de sed. Pero yo estaba sediento y tengo el agua en mis labios. ¿Qué son para mí las dudas? En el momento en que usted venga y me diga: «Rechazo su espíritu: sé que no soy un judío: no tenemos el mismo destino», no tendré ninguna duda. Estaré seguro, seguro que he sido defraudado. Esa hora no llegará nunca.

Deronda notó un nuevo matiz en su forma de hablar: ahora era más imperiosa que suplicante —tenía algo más de poder consciente y menos de esa necesidad anhelante que había actuado antes implorando sobre él—. En general, aunque era todo lo contrario a una persona belicosa, ese cambio de actitud hacia él habría debilitado su tendencia a admitir cualquier petición. Pero había aquí algo que equilibraba su resistencia y la mantenía apartada. Este hombre fuerte de mirada tranquila y manos rosadas y saludables, acostumbrado a cualquier tipo de preguntas, al que acusaban de ser excesivamente independiente, sentía, sin embargo, la influencia de la certidumbre tenaz mostrada por esta frágil criatura que tenía ante sí, cuya pálida nariz se mantenía tensa por el esfuerzo de respirar y hablar de forma ansiosa. La influencia parecía fortalecer los lazos de la obligación compasiva. El deseo que tenía en estos momentos Deronda de escapar de una situación que podía llegar a ser muy embarazosa no tenía más posibilidades de convertirse en acción que las que tiene la desidia en alguien acostumbrado a hacer cada día lo mismo. Simplemente respondió:

—Será para mí un placer reunirnos y satisfacer sus deseos siempre que me sea posible. Al menos tengo claro que no quiero infravalorar su trabajo y su sufrimiento. Permítame conocer sus pensamientos. ¿Pero dónde podemos vernos?

—Ya he pensado en eso —dijo Mardoqueo—. No le será difícil venir a este barrio por las noches. Ya lo hizo una vez.

—Me las puedo arreglar de vez en cuando —dijo Deronda—. Imagino que vive usted bajo el mismo techo que los Cohen.

Antes de que Mardoqueo pudiera contestar, el señor Ram entró de nuevo a ocupar su sitio tras el mostrador. Era un hijo mayor de Abraham, cuya infancia había transcurrido durante los malos tiempos de principios de este siglo, y que permanecía entre esta generación perspicaz e instruida como una especie preservada, empapada por todas partes de los efectos de la pobreza y el desprecio, que eran la herencia común de la mayoría de judíos ingleses de hacía setenta

años. No tenía nada de la zalamera vitalidad observable en el aspecto del señor Cohen: sus mismos rasgos —anchos y rollizos— mostraban esa tendencia a parecer mestizo sin causa, lo que, en un barrio misceláneo londinense pueda quizás compararse con los prodigios de imitación en los insectos, y pueda deberse al esfuerzo imperfecto de la naturaleza proveniente de la raza caucásica para protegerle de la deshonra y las afrentas a que son sometidos los rasgos más puros en tiempos revueltos. El señor Ram se movía entre libros con la misma habilidad que si hubiera estado entre latas de carne —sin saber ni responsabilizarse de la proporción que puedan contener de podredumbre o alimento—. Pero consideraba a Mardoqueo como alguien muy instruido, y no le extrañaba que un caballero estudioso, cuyas visitas habían acabado por dos veces en compras, quisiera hablar con él. Saludó a Deronda de mala gana, y colocándose sus anteojos plateados, se abstrajo en las cuentas diarias.

Pero Deronda y Mardoqueo pronto estuvieron en la calle juntos, y sin ningún acuerdo explícito en cuanto a la dirección, caminaron hacia la casa de Esdras Cohen.

—No podemos reunirnos allí: mi habitación es demasiado estrecha —dijo Mardoqueo retomando el hilo de la conversación donde lo habían dejado—. Pero hay una taberna que no está lejos de aquí donde a veces voy a un club. Es *la Mano y el Estandarte*, en la calle que hay doblando la siguiente esquina, cinco puertas más abajo. Podemos hablar allí cualquier noche.

—Podemos probarlo alguna vez —dijo Deronda—. Pero tal vez me permita ofrecerle algún alojamiento donde se sienta más libre y cómodo que ahora.

—No; no necesito nada. Mi vida exterior es nula. No tomaré nada de usted menos valioso que la fraternidad de su alma. No voy a pensar todavía en nada más. Pero me alegro de que sea rico. No necesitaba el dinero de ese anillo de diamantes. Tenía usted otro motivo para traerlo.

Deronda se sorprendió un poco ante esta clarividencia; pero antes de que pudiera responder, Mardoqueo añadió:

—Pero habríamos acabado igual. Si hubiera necesitado el dinero, al final nos habríamos reencontrado de nuevo. Pero, ¿es usted rico? —acabó, en tono de interrogación.

—Rico no, salvo en el sentido en que uno es rico si tiene más de lo que necesita.

—Deseaba que su vida fuera libre —dijo Mardoqueo, distraídamente—, la mía ha estado entre cadenas.

Estaba claro que no tenía ningún interés en que Deronda apareciera en casa de los Cohen más allá de la relación con su propio

propósito. Ahora que se había acercado al tema del que quería hablar, Deronda decidió abordarlo bruscamente, y dijo:

—¿Puede decirme por qué a la señora Cohen, la madre, no se le puede hablar de su hija?

No hubo ninguna respuesta inmediata, y pensó que debería repetir la pregunta. El hecho era que Mardoqueo había oído las palabras, pero tenía que trasladar su mente hacia el nuevo tema y dejar a un lado su preocupación pasional. Tras unos momentos, respondió con sumo cuidado, como si le hubieran preguntado por la carretera a Holborn.

—Conozco el motivo. Pero no hablaré de asuntos familiares que haya oído en el ámbito privado de la familia, aunque sean triviales. Respetaré su casa como si fuese un santuario. Su historia, mientras no perjudique a nadie, solo les incumbe a ellos.

Deronda notó como la sangre le subía a las mejillas por haber sido rechazado de una forma que no estaba acostumbrado, y se encontró dolorosamente confundido sobre un asunto en el que había considerado que podía obtener con toda seguridad un conocimiento decisivo. Era consciente de la fatiga emocional provocada por las inquietudes del día; y aunque tenía en su bolsillo el dinero para redimir su anillo, se abstuvo de su intención de visitar a los Cohen, pues no solo seguía con la incertidumbre anterior, sino que podía además encontrarse con la decepción de su desenlace.

—Lo dejaremos aquí por hoy —dijo, justo antes de llegar a la puerta de los Cohen; y Mardoqueo se detuvo y le miró con un rostro ansioso y fatigado bajo la luz de gas.

—¿Cuándo volverá? —dijo, con leve énfasis.

—¿Podemos dejar eso abierto? ¿Puedo preguntar por usted en casa de los Cohen cualquier noche cuando haya cerrado la librería? Supongo que no hay problema en que sepan que usted y yo nos vemos en privado.

—Ninguno —dijo Mardoqueo—. Pero falta más para los días que espero que los años que me quedan de fuerza. La vida se encoge: lo que no era sino una décima parte es ahora la mitad. Mi esperanza reside en usted.

—Seré leal —dijo Deronda. No podía haber dejado de pronunciar esas palabras—. Vendré la primera noche que pueda después de siete días: el sábado o el lunes, si es posible. Confíe en mí.

Le ofreció su mano desnuda. Mardoqueo, agarrándola con ansia, creyó sentir una nueva corriente de confianza, y dijo con algo de energía recobrada:

—Esto ha sucedido porque tenía que pasar; el resto llegará.

Esa fue su despedida.

LIBRO VI

REVELACIONES

CAPÍTULO 41

Esto también es probable, según dijo Agatón: «Es verosímil que también sucedan cosas al margen de lo verosímil.

ARISTÓTELES, *Poética*

Imaginad el conflicto que experimentaba por la noche tras la entrevista con Mardoqueo una persona como Deronda, que no solo era muy sensible sino que además se implicaba activamente. Para un joven menos impresionable, la aventura podía haberle parecido demasiado estrambótica como para pensar en ella; pero había calado tan hondo en Deronda, que junto con la reacción habitual de su intelecto comenzó a examinar los motivos de su emoción, y a considerar hasta dónde debía aceptar dejarse llevar por ellos. La consciencia de que había sido medio dominado por la energética certidumbre de Mardoqueo, y aún más por su ferviente confianza, le hizo levantar la alarma. Formaba parte de su naturaleza escapar de la estupidez moral de valorar a la ligera lo que ocurría cerca de él, y de no querer ver en su propia vida de hoy las crisis que reconocía como trascendentales y sagradas en la vida histórica de otros hombres. Si hubiera leído este incidente como algo sucedido en Roma, Grecia, Asía Menor, Palestina o el Cairo, a un hombre joven como él, insatisfecho con su vida neutral, que buscara una relación más cercana y un deber más específico que le ilusionara por las posibles consecuencias de su trabajo, le habría parecido muy normal que el incidente hubiera causado una profunda impresión en este hombre lejano, cuya forma de vestir y de actuar las habría imaginado como parte de una época que conocemos sobre todo a través de sus efectos más serios. ¿Por qué debía avergonzarse de sus propios sentimientos inquietos simplemente porque se vestía para comer, llevaba una corbata blanca, y vivía entre gente que podía reírse por caer en la solemne locura de tomarse a sí mismo demasiado en serio? —esa fuente constante de irritación en que la falta de emociones graves pasa por ingenio—. Deronda huía de esa cobardía ante la ignorancia y estupidez a la moda. Pero también huía de que su vida fuera determinada simplemente por contagio, sin el consentimiento de la razón, o de permitir una compasión

reverencial por la lucha espiritual que le lanzara por caminos oscuros.

¿Qué es lo que había pasado realmente, después de todo? Sabía con precisión la respuesta que habría dado Sir Hugo: un judío tísico, poseído por un fanatismo intensificado por las dificultades y la muerte inminente, se había fijado en Deronda como el modelo que anticipaba cierta visión imaginaria, la estirpe de la esperanza unida con el desespero: desesperanza de su propia vida, esperanza irreprimible en la propagación de sus creencias fanáticas. El ejemplo era tal vez extraño, excepcional en su forma, pero sustancialmente no era tan inusual. El fanatismo no era tan común como la insolvencia, pero tomado en todos sus aspectos era bastante abundante. Mientras Mardoqueo esperaba en el puente ver cumplidas sus visiones, otro hombre estaba convencido que tenía la clave matemática del universo que reemplazaría a Newton, y miraba a los demás físicos como conspiradores que querían mantener oculto su descubrimiento y dejar el universo indescifrable; otro, que tenía la clave metafísica, ligeramente diferente a la de los antiguos, pero que encajaba perfectamente. Se mirara en la dirección en que se mirara siempre se podía encontrar a una persona terrible, con más o menos don de palabra, bien con ojos brillantes o sobrenaturalmente apagados, en busca del hombre que tenía que oírle; y en la mayoría de los casos tenía tanto por decir que habría sido difícil imprimirlos en varios volúmenes, o leerlos si se hubieran impreso. Sucedía que este Mardoqueo tenía un aspecto más patético, un discurso más pasional y penetrante que el que solían mostrar tales monomaníacos: era más poético que un reformador social que pinta en colores el nuevo mundo moral en paralelogramos, o que un entusiasta en canalizaciones de aguas residuales; pero aún así era del mismo tipo. Sería del todo justo y honesto satisfacerle un poco, consolarle con la ayuda que fuera posible; ¿pero qué probabilidad había de que sus teorías tuvieran el valor que él les atribuía? En tales casos un hombre del mundo sabe qué pensar de antemano. Y en cuanto a la convicción que tenía Mardoqueo de haber encontrado una nueva personalidad que iba a trabajar con él, seguramente acabaría en la peor de las decepciones, esa que se presenta a sí misma como el punto final.

Deronda prestaba atención a estos susurros negativos; de hecho, se los repetía constantemente para sí. No era la primera ocasión, pero sí la más acuciante en la que había tenido que afrontar la cuestión de la similitud familiar entre los herederos del entusiasmo, fueran profetas o soñadores de sueños, fueran

> “Grandes benefactores de la humanidad, salvadores”[216],

o fanáticos de descubrimientos imaginarios, desde el primer

creyente en su propia inspiración irrevelada hasta el último inventor de la máquina ideal que consigue el movimiento perpetuo. El parentesco de la pasión humana, la semejanza del panorama perecedero, inevitablemente conducen a la parodia y a la burla. Los errores y los desatinos han tenido sus sacrificios de mártires. Reducid al mayor hombre conocido hasta la fecha a una declaración abstracta de sus cualidades y esfuerzos, y no lo veréis tan claro: digamos que fuera alguien, que como Copérnico o Galileo, estuviera firmemente convencido a pesar de la incredulidad que le rodease; pero así es el que urde el movimiento continuo. Aunque no podemos probar nada con este tipo de pruebas. Si lo que pretendemos es evitar dar una falsa valoración y condenar algo que sea cierto, nada es mejor que la capacidad de entender el asunto sobre el que el hombre inamovible está convencido, y hacerse cargo del trabajo humano que ha supuesto, para evitar valorar una experiencia profunda a la ligera. ¿Diremos acaso: que los tiempos juzguen los esfuerzos y se vea si valen la pena? ¡Cómo! Nosotros somos el principio de los tiempos, que solo seguirán su dirección correcta si juzgamos bien todos y cada uno de esos esfuerzos. Ni las máquinas de vapor habrían visto la luz sin esa condición, sino que se habrían quedado en la mente de James Watt.

Deronda estaba lo suficientemente familiarizado con esta forma de pensar como para librarse de cualquier prejuicio despectivo hacia Mardoqueo, y no lo habría tenido incluso aunque en su diálogo no se hubiera producido esa peculiar demanda sobre él extrañamente guiada por una larga espera en la agitada mente del judío. Esta demanda, ciertamente, considerada de una forma racional, podría rechazarse justificadamente como ilusoria e incluso absurda; pero era precisamente lo que hacía que la súplica de Mardoqueo no solo fuese una llamada inmediata a su compasión sino sobre todo que se aferrase a su conciencia, que no dejaba de debatirse. Nuestras conciencias no son todas iguales, una liberación interior de leyes fijas: son la voz de sensibilidades tan variadas como nuestros recuerdos (que a su vez tienen sus parentescos y semejanzas). Y la conciencia de Deronda incluía sensibilidades más allá de lo común, aumentadas por su costumbre habitual de ponerse en la piel de los demás.

¿Cuál era la demanda que le pedía esta alma ansiosa? «Tiene que creer en mis creencias, que le conmuevan mis motivaciones, que espere lo que yo espero, que vea la visión hacia la que me dirijo, ¡que contemple la gloria como yo!». Interpretar esa súplica como una obligación en sentido directo habría sido ridículo, haberlo admitido sería deshonesto; y Deronda, recordando la agitación de esos momentos, se sintió agradecido que en medio de su compasión se hubiera librado de las ataduras a falsas concesiones. La demanda pendía además de una suposición que podría estar —no,

probablemente lo estaba— en desacuerdo con la realidad: la suposición de que él, Deronda, era de sangre judía. ¿Existió alguna vez una petición más hipotética?

Pero desde los trece años Deronda había asociado la experiencia más profunda de sus afectos con lo que era una pura suposición, a saber, que Sir Hugo era su padre: era una hipótesis que había sido fuente de ardientes luchas internas; gracias a ella se había habituado a refrenar sus sentimientos y hasta a quererlos. Se había acostumbrado a encontrar una razón en una concepción que podía ser refutada; y se había asimismo acostumbrado a pensar que alguna revelación podría llegar a influir su visión particular de sus deberes. Permanecer en un estado de suspense que a la vez era de actividad y escrupulosidad emotiva era algo habitual en su consciencia.

Así pues, ¿era posible que esa ansiada creencia en su origen judío, y ese extravagante ruego en convertirse en discípulo, fuera el presagio de un descubrimiento verdadero y de un desenlace espiritual genuino? ¿Era posible que las ideas de Mardoqueo convencieran realmente a Deronda? No, lo que era posible es que como Mardoqueo necesitaba y creía que había encontrado alguien en quien reabastecerse, Deronda podía recibir de su influencia la forma ideal completa de ese deber y ciudadanía personal que permanecía en su propio pensamiento como fragmentos esculpidos que aseguraban cierta belleza añorada, aunque difícil de encontrar por predicción.

Como en sus meditaciones se presentaba esa posibilidad, era consciente de que sería considerada como imaginaria, y comenzó a defenderla. Si la influencia a la que se imaginaba someterse hubiera sido la de un profesor respetable, alguna autoridad desde su cátedra, o algún filósofo de renombre, ¿habría alguien ridiculizado su completa adhesión? Solo lo habrían hecho aquellos que consideraran un signo de debilidad sentirse obligados por una idea y que prefieren sugerir que son capaces de expresar implícitamente de una forma más correcta lo que los demás declaran abiertamente con poca precisión. Después de todo, ¿qué era si no vulgaridad considerar el hecho que Mardoqueo fuese un pobre trabajador judío, y que tal vez se le encontrase en el recibidor de tierra del *Hand and Banner*, como motivo para determinar de antemano que no había en él ninguna fuerza espiritual que pudiera tener un efecto determinante en un caballero de manos blancas? Hay una leyenda en la que se cuenta que el emperador Domiciano, habiendo oído que había una familia judía, de la casa de David, de donde iba a salir el señor del mundo, arrestó a sus miembros alarmado, pero rápidamente los liberó al observar que tenían manos de trabajadores, pues era de la opinión contraria de ese Rabino que esperaba de pie a las puertas de Roma, seguro de que hallaría al Mesías entre los desamparados que pasaban por allí. «Tanto

el emperador como el Rabino se equivocaban al confiar en los signos externos: la pobreza y los harapos no son signo de inspiración», dijo Deronda a su objetor interno, aunque hayan aparecido en algunos casos notables. Y rechazar la posibilidad de ser discípulo de alguien así solo por ello sería bastante estúpido.

Era más razonable rechazar esa posibilidad por la tendencia a la emoción visionaria de Mardoqueo, que convertía sus deseos en impresiones opresoras, y le hacía ver los hechos externos como logros realizados. ¿Era probable que un temperamento así valorase prudentemente las consecuencias, única forma de evitar los errores fatídicos, aunque procedan de razones nobles? Pero quedaba por ver si así sucedía o no en Mardoqueo: tal vez la suya fuese una de esas naturalezas en las que la valoración prudente de las consecuencias está unida al fuego de la fe pasional que determina las consecuencias en las que cree. Las grandes inspiraciones del mundo han venido también de esta forma: incluso la ciencia más estricta y precisa apenas habría avanzado sin ese ardor profético que siente la excitación del descubrimiento de antemano y tiene una fe en la idea preconcebida que supera cualquier experimento fallido. Y respecto a los motivos y las acciones humanas, la fe pasional tiene una eficacia más plena. En esto el entusiasmo puede tener la validez de una prueba, y al suceder solo en un alma, dar el prototipo de lo que algún día será generalizado.

Al menos, argumentaba Deronda, la emoción visionaria de Mardoqueo apenas era una razón para concluir de antemano que no valía la pena escucharle salvo para compadecerle. Supongamos que se hubiera presentado como uno de los razonadores más precisos: ¿acaso forman ellos un cuerpo de hombres libres de obtener conclusiones falsas o de realizar especulaciones ilusorias? El argumento más riguroso tiene sus deficiencias, y concluye demasiado rápido que su estructura es lo suficientemente sólida como para explicar el universo. Los hombres pueden soñar con demostraciones, y trazar un mundo imaginario en forma de axiomas, definiciones y proposiciones, con el remate final Q.E.D.[217]. No hay fórmulas para el pensamiento que nos libren a los mortales del error en nuestra aprehensión imperfecta de la materia sobre la que se piensa. Y dado que el intelecto desapasionado puede llevarnos hacia un terreno de fantasía propio de las matemáticas en el que nada es salvo lo que no es, tal vez un intelecto apasionado pueda vislumbrar en su visión pasional de posibilidades algo de la verdad de lo que será —una vida sólida que abarque mucho provee a la teoría con nuevo material, igual que la sensibilidad del artista se apropia de combinaciones que la ciencia trata de explicar y justificar—. En cualquier caso, no hay que fiarse de las suposiciones que apuntan hacia lo contrario. Tenemos que ser pacientes con las

inevitables tentativas de nuestro pensamiento humano, bien en su conjunto, o en cada una de las mentes que conforman el conjunto. Colón tenía algunas impresiones que hoy llamaríamos supersticiones, y usaba algunos argumentos que rechazaríamos; pero tenía también conceptos sobre la naturaleza verdaderos, y tuvo la paciencia pasional del genio para conseguir que estos acusaran a la humanidad. El mundo ha acabado despreciando a los que no quisieron escuchar a Colón.

«Mi menosprecio hacia ellos me obliga a darme cuenta de que no debo cometer el mismo error a una menor escala», dijo Deronda, «y me tape los oídos al asumir que no puede haber ninguna relación trascendente entre este judío y yo simplemente porque ha revestido su argumento de nociones ilusorias. Lo que yo pueda ser para él, o él para mí, seguramente no depende para nada de lo que él piense acerca de la forma en que nos encontramos. A mí el camino sí me parece estar formado por lazos apreciables. Si no hubiera encontrado a Mirah, es probable que no me hubiera empezado a interesar de una forma especial por los judíos, y ciertamente no habría ido callejeando en busca de un tal Esdras Cohen que me hizo detenerme en la librería de Ram y preguntar el precio del *Maimon*. Mardoqueo, por su parte, imaginaba encontrar un discípulo, y con esta ilusión me vio; yo encajaba bastante bien con la imagen que tanto había anhelado. Me tomó por alguien de su raza. Supongamos que sus impresiones (el judío mayor de Frankfurt parecía tener algo así), supongamos que, a pesar de la lógica que apunta hacia lo contrario, sus impresiones resultaran de alguna manera ser ciertas, y que llegara a compartir alguna de las ideas a las que él se ha consagrado. Esta es de hecho la única cuestión que nuestro encuentro afecta a mi vida».

«¿Pero y si el resultado fuera otro? Bueno, entonces habría que pasar por un mal trago. Inevitablemente me convertiré en la causa directa de la impactante decepción de ese pobre tipo. Tal vez me tengo que preparar para ello. Temo que por mucho que le consuele no le aliviaré ni un ápice su dolor. ¿Sería la alternativa, que no le decepcionase, menos dolorosa también para mí?».

Aquí Deronda vaciló. Los últimos pensamientos habían calado muy hondo y habían desplazado la reticencia que había tenido con anterioridad a considerarse como probablemente judío. Y, si queréis, era romántico. Esa joven energía y espíritu de aventuras que habían ayudado a crear las leyendas extendidas por todo el mundo sobre jóvenes héroes en busca de las pruebas escondidas sobre su nacimiento y los deberes derivados de él, despertaron en él cierto interés estremecedor sobre la sencilla posibilidad de afrontar un nuevo destino —tanto más en cuanto ese destino le implicaba tanto en pensamiento como en acción—.

“La sencilla posibilidad”. No podía admitir que fuera más que eso. La creencia de que su padre era un caballero inglés se hacía más fuerte ante las débiles dudas sin fundamento que de vez en cuando le asaltaban. Y pensar que podía llegar un momento en que esa creencia se convirtiera en una ilusión, era algo de lo que Deronda no iba a decir: “Me alegro”. El afecto de toda una vida hacia Sir Hugo, más fuerte que todo su resentimiento, le hacía estremecerse ante esa posibilidad.

Fuera cual fuera el lado por el que se decantase la verdad, se repitió a sí mismo lo que había dicho a Mardoqueo —que no apresuraría su descubrimiento sin una razón potente—. Incluso se sintió tentado a considerar su incertidumbre como algo a valorar en el presente. Si las relaciones futuras no revelasen más que ilusiones como las que se esperaba que compartiera, la falta de ninguna evidencia válida de que él fuera judío podría librar a Mardoqueo de la decepción del rechazo de fraternidad. Podría incluso justificarse usar esta incertidumbre para mantener un suspense que induciría a Mardoqueo a aceptar la forma de amistad que Deronda quería que hubiese entre los dos.

Estas fueron las meditaciones que entretuvieron a Deronda durante cuatro días antes de que pudiera cumplir su promesa de preguntar por Mardoqueo en casa de Esdras Cohen, pues las ocupaciones que le mandaba Sir Hugo le entretenían hasta tan tarde que no había forma de realizar la expedición nocturna a Holborn.

CAPÍTULO 42

Wenn es eine Stufenleiter von Leiden giebt, so hat Israel die hochste Staffel erstiegen; wen die Dauer der Schmerzen und die Geduld, mit welcher sie ertragen werden, adeln, so nehmen es die Juden mit den Hochgeborenen aller Länder auf; wenn eine Literatur reich genannt wird, die wenige klassische Trauerspiele besitzt, welcher Platz gehührt dann einer Tragödie die anderthalb Jahrtausende währt, gedichtet und dargestellt von den Helden selber?

ZUNZ, *Die Synagogale Poesie des Mittelalters*[218]

«Si hay rangos en el sufrimiento, Israel está por encima de todas las naciones, si la duración de las penas y la paciencia que les ha sostenido ennoblecen, los judíos se hallan entre la aristocracia de cada tierra, si una literatura se considera rica por poseer unas pocas tragedias clásicas, ¿qué diremos de una Tragedia Nacional de quince siglos, en la que los poetas y los actores fueron también los héroes?».

Deronda había estado leyendo en los últimos días el pasaje de Zunz, y se le presentó a la memoria a modo de contraste mientras se dirigía hacia casa de los Cohen, pues ciertamente no conformaban una estampa de distinción ni en el dolor ni en cualquier otra forma de aristocracia. El aspecto de Esdras Cohen no era el del sublime patetismo del mártir, y su gusto por obtener dinero parecía favorecido por ese éxito que había sido la diferencia más exasperante de la avaricia de los judíos durante todos los años de su dispersión. El Jesurún[219] de un prestamista no era un símbolo de la gran tragedia judía; y aún así, ¿no había algo de típico en el hecho de que una vida como la de Mardoqueo —una frágil incorporación de la conciencia nacional, que respiraba con dificultad— anidara en la ignorante pero satisfecha prosperidad de los Cohen?

Radiante era la felicidad que mostraron sus rostros cuando Deronda regresó a su casa. El mismo Cohen aprovechó para comentar que, aunque el anillo de diamantes, si se hubiera redimido un poco más tarde, les habría dado más intereses, a él no le importaba eso en absoluto, comparado con el placer que tenían las mujeres y los niños de ver a un caballero cuya primera visita había sido tan agradable que

«no habían hecho nada más que hablar de ella desde entonces». A la joven señora Cohen le sabía mal que el bebé estuviera durmiendo, pero muy contenta de que Adelaida no se hubiera acostado todavía, y rogó a Deronda que no se quedara en la tienda, sino que entrara al salón para ver a la "madre y a los niños". Aceptó gustosamente la invitación, pues había traído algunos obsequios: un conjunto de figuras de papel para Adelaida, y una taza de marfil y una pelota para Jacob.

La abuela estaba ante una baraja de cartas y jugaba "a los platos" con los niños. Acababan de lanzar un plato pero no se había roto.

—¡Párese ahí! —dijo Jacob, corriendo hacia Deronda cuando este estaba entrando—. No pise mi plato. Espere y mire como lo lanzo de nuevo.

Deronda condescendió, intercambiando una mirada de comprensión con la abuela, y el plato dio varias vueltas antes de hacerse pedazos; entonces al visitante se le permitió entrar y sentarse. Se dio cuenta de que la puerta de la que Mardoqueo había salido en la anterior visita estaba ahora cerrada, pero quería mostrar primero interés en los Cohen antes de revelar su verdadero interés en su singular compañero.

No fue hasta que tuvo a Adelaida sobre sus rodillas y hubo ordenado las figuras de papel para que siguieran danzando sobre la mesa, a la vez que Jacob practicaba con la copa y la pelota, que Deronda dijo:

—¿Está ahora en casa Mardoqueo?

—¿Dónde está, Addy? —dijo Cohen, que había aprovechado un intervalo en el que no había nadie en la tienda para entrar y echar un vistazo.

—En el taller de allí —dijo su mujer, señalando hacia la puerta cerrada.

—El hecho es, señor —dijo Cohen—, que no sabemos lo que le pasa desde hace uno o dos días. Siempre está, como digo yo, algo tocado, ya sabe —en esto Cohen se señaló la frente—, no del todo racional en todas las cosas, como usted o como yo; pero es maravillosamente discreto y afanoso en el trabajo como lo pueda ser una pobre criatura, y cuida del chico como nadie. Pero estos dos últimos días ha estado moviéndose como un sonámbulo, o sentándose de forma tan rígida como una figura de cera.

—Es la enfermedad, pobre criatura querida —dijo la abuela tiernamente—. Dudo si la podrá soportar mucho tiempo.

—No, creo que solo es algo que le ronda por la cabeza —dijo la señora Cohen, la joven—. Se ha volcado últimamente en la escritura, y cuando le hablo tarda bastante tiempo en oírme y responder.

—Puede que nos considere un poco débiles —dijo Cohen, disculpándose—. Pero mi mujer y mi madre no se desharían de él ni aunque fuera un estorbo peor. No es que no sepamos cómo tratar estos temas, pero es nuestra forma de actuar. Hay tontos que pierden haciendo negocios y no lo saben. Yo no soy uno de ellos.

—Oh, Mardoqueo lleva una bendición consigo —dijo la abuela.

—Hay algo que le preocupa ahora mismo —dijo Jacob, corrigiendo a su abuela—. Me ha dicho que no podía hablar conmigo y que no quería ni un trocito de bollo.

—No me sorprenden en absoluto los sentimientos que tienen ustedes hacia él —dijo Deronda—, pues yo mismo siento algo parecido. Hablé recientemente con él en la librería de Ram, de hecho, le prometí venir a buscarle para dar un paseo juntos.

—¡Entonces es eso! —dijo Cohen, dándose una palmada en la rodilla—. Ha estado esperándole, y eso le ha estado obsesionando. Supongo que le ha hablado de instruirle. Es usted inusitadamente amable, señor; pues no creo que obtenga mucho de él, viendo su posición. En fin, tengo que hacerme cargo de la tienda. —Cohen salió apresuradamente, y Jacob, que había estado oyéndolo todo al estar demasiado cerca de Deronda, le dijo con sencilla naturalidad—: Llamaré a Mardoqueo, si usted quiere.

—No, Jacob —dijo su madre—; ábrele la puerta al caballero, y deja que entre él. Y no hagas ruido.

El diestro Jacob entendió bien su papel, y giró la manecilla de la puerta tan silenciosamente como pudo, mientras Deronda permanecía detrás de él esperando en el umbral. La pequeña habitación estaba solamente iluminada por un fuego agonizante y una candela con una mampara que la cubría. En el tablero fijo situado bajo la ventana había esparcidos varios objetos de orfebrería, y algunos libros amontonados en la esquina. Mardoqueo estaba sentado en una silla alta enfrente del tablero y de espaldas a la puerta, con las manos juntas encima del tablero, y con un reloj apoyado sobre un soporte delante de él. Estaba en un estado de expectación tan enfermizo como el de un prisionero escuchando cómo se le retrasa su liberación, cuando oyó la voz de Deronda diciéndole:

—He venido a por usted. ¿Está listo?

Se volvió inmediatamente sin decir nada, cogió su gorra de piel, que tenía a mano, y se levantó para acercarse a Deronda. Enseguida llegaron al salón, y Jacob, dándose cuenta del cambio físico y de expresión de su amigo, le cogió del brazo y le dijo:

—¡Mira mi copa y mi pelota! —acercándole la pelota a la cara, como si quisiera animar a un convaleciente. Que Mardoqueo pudiera sonreír y decir: “¡Bien, bien!” era un signo del desahogo de su tensión.

—Has olvidado el abrigo y la pipa —dijo la señora Cohen, la joven, y regresó al taller a por ellos.

—Ha vuelto a la vida, ¿lo ve? —dijo Cohen, que había entrado de nuevo, hablando en voz baja—. Se lo dije: Casi siempre estoy en lo cierto. —Luego añadió en su tono habitual—: Bueno, señor, no debemos entretenerle, me imagino; pero espero que esta no sea la última vez que nos veamos.

—¿Vendrá otra vez? —dijo Jacob adelantándose—. Mire, puedo coger el balón; seguro que lo puedo coger sin parar cuando vuelva de nuevo.

—Tiene manos hábiles —dijo Deronda mirando a la abuela—. ¿De qué parte de la familia las ha sacado?

Pero la abuela simplemente ladeó la cabeza hacia su hijo, el cual dijo enseguida:

—De mi parte. La familia de mi mujer no es así. Pero, ¡válgame Dios! La nuestra es un tipo de ingeniosidad tan buena como la gutapercha[220]; puedes doblegarla hacia donde quieras. No hay nada que algunos viejos caballeros no harán si los pones a hacerlo. —Al decir esto Cohen hizo un guiño a espaldas de Jacob, pero cabría dudar si esta juiciosa alusión sirvió a su propósito, pues su sujeto soltó una risa nasal parecida a un relincho y se alejó pateando y cantando—: Viejos caballeros, viejos caballeros —en cadencia tintineante.

Deronda pensó: «Nunca sabré nada decisivo de esta gente hasta que no le pregunte a Cohen a bocajarro si perdió una hermana llamada Mirah cuando tenía seis años». Pero no parecía fácil encontrar el momento adecuado para enfrentarse a ello. Aún así, su primera sensación de repulsa por la ordinariez de esta gente estaba empezando a amortiguarse con sentimientos más comprensivos. Por muy brutas que fueran sus formas y su manera de hablar, tuvo que admitir que había cierto refinamiento moral en el trato que otorgaban al trabajador tísico, cuya agudeza mental les impresionaba aunque la consideraran un delirio inofensivo y silencioso.

—Los Cohen parecen tenerle afecto —dijo Deronda, tan pronto como él y Mardoqueo atravesaron la puerta de salida.

—Y yo a ellos —fue la respuesta inmediata—. Tienen el corazón del israelita dentro de ellos, aunque son como el caballo y la mula, que no miran más allá del estrecho camino que pisan.

—Me temo que le he hecho sentir mal —dijo Deronda, al tardar tanto en cumplir mi promesa—. Quise venir ayer, pero me fue imposible.

—Sí, sí, yo confiaba en usted. Pero es cierto que he estado intranquilo, pues el espíritu de mi juventud se agita en mi interior, y este cuerpo no es lo bastante fuerte para soportar el batir de sus alas.

Soy como un hombre atado y prisionero por largos años: y de repente su compañero le da la palabra y lo libera de sus cadenas; ese hombre llora, titubea, la alegría que siente amenaza con salirse del tabernáculo del cuerpo.

—No debe hablar demasiado con el aire de esta noche —dijo Deronda, que notaba las palabras de confianza de Mardoqueo como cuerdas que le golpeaban dolorosamente—. Cúbrase la boca con su bufanda de algodón. Supongo que podemos ir al *Hand and Banner* y hablar allí en privado.

—No, este es el problema de que usted no viniera ayer. Pues esta es la noche del club del que le hablé, y no dispondremos de ningún minuto a solas hasta tarde, cuando ya todos se hayan ido. Tal vez sería mejor que buscáramos otro sitio. Pero solo estoy acostumbrado a ese. En los lugares nuevos el mundo exterior me presiona y estrecha mi visión interior. Y la gente de allí ya está familiarizada con mi rostro.

—No me importa el club si se me permite entrar —dijo Deronda—. Basta que a usted le guste más este lugar. Si no tenemos suficiente tiempo, volveré otra vez. ¿Qué tipo de club es?

—Se llama "Los filósofos". Son pocos, como los cedros del Líbano, hombres pobres dados a pensar. Pero ninguno es tan pobre como yo, y algunas veces han traído a visitantes de rango social superior. Se nos permite presentar a un amigo que esté interesado en nuestras materias. Cada uno pide una cerveza o cualquier otra bebida para pagar la sala. La mayoría fuma. Yo he ido cuando he podido, pues hay otros hombres de mi raza que también vienen, e incluso he hablado. Me ha gustado hallar una pequeña semejanza entre estos pobres filósofos y los Maestros que nos dejaron en herencia el pensamiento de nuestra raza: los grandes transmisores que trabajaron con su sudor por el pan escaso, pero que nos preservaron y aumentaron la herencia del recuerdo, y salvaron el alma de Israel como si fuera una semilla entre tumbas. El corazón se satisface con pequeñas semejanzas.

—Estaré muy contento de ir y sentarme entre ellos, si le va bien a usted. Es una especie de encuentro al que me gustaría unirme —dijo Deronda, no sin cierto alivio ante la perspectiva de un nuevo intervalo antes del esfuerzo que le suponía su próximo encuentro privado con Mardoqueo.

En tres minutos habían abierto la puerta de vidrio con la cortina roja y estaban en la pequeña sala, de apenas más de quince pies[221] de ancho, donde brillaba la luz del gas entre la neblina del humo, una escena nueva e inesperada para Deronda. Media docena de hombres de diferentes edades, entre los veinte y treinta y cinco años, todos desharrapados, la mayoría de ellos con pipas de barro en la boca, escuchaban con mirada de concentración a un hombre con un traje color gris oscuro, de pelo rubio, nariz corta, frente ancha y de bastante

envergadura, que sosteniendo su pipa ligeramente inclinada con su mano izquierda, y dándose golpes en la rodilla con la derecha, estaba precisamente terminando una cita de Shelley (la comparación de la avalancha de su *Prometeo desencadenado*):

> *Como se amontonan los pensamientos,*
> *hasta que se descubre una gran verdad*
> *que resuena en las naciones.*

La entrada de los recién llegados interrumpió la concentración, y requirió un reajuste de los sitios en el estrecho semicírculo que había alrededor del fuego y la mesa donde estaban los vasos, las pipas no utilizadas y el tabaco. Era este el más sobrio de los clubs; pero la sobriedad no es razón para que el fumar y el tomar algo sean menos necesarios para conseguir un rango decente en la compañía y el debate. Mardoqueo fue recibido con palabras de bienvenida que llevaban en sí una ligera cadencia de compasión, pero naturalmente todas las miradas pasaron inmediatamente a su compañero.

—He traído a un amigo que está interesado en nuestros temas —dijo Mardoqueo—. Ha viajado y estudiado mucho.

—¿Es el caballero anónimo? ¿Es un Gran Desconocido?[222] —dijo el citador de Shelley de anchas espaldas en un tono de humor.

—Me llamo Daniel Deronda. Soy desconocido, pero en ningún sentido que pueda considerarse grande. —La sonrisa que se abrió en el rostro grave del desconocido mientras dijo esto era tan agradable, que hubo un amplio murmullo general equivalente a un “Oíd, oíd”, y el hombre de anchas espaldas dijo:

—Usted ensalza el nombre, señor, y es bienvenido. Aquí, Mardoqueo, ven a esta esquina enfrente de mí —añadió, evidentemente queriendo otorgar el lugar más acogedor al que más lo necesitaba.

Deronda estaba satisfecho con el sitio que consiguió en el lado opuesto, desde donde podía observar fácilmente a todo el grupo incluido Mardoqueo, que seguía siendo un objeto eminentemente insólito dentro de este grupo de figuras cortantes, de los cuales más de uno, incluso para Deronda, poco versado en estos temas, era probablemente de descendencia judía.

De hecho, la sangre inglesa pura (si las sanguijuelas o las sangraderas no nos desvían del producto preciso) no estaba presente de forma predominante en la asamblea reunida en esos momentos. Miller, el hombre ancho, un vendedor excepcional de libros de segunda mano que conocía el interior de los libros, tenía al menos abuelos que se decían alemanes, y posiblemente antepasados lejanos que negaban ser judíos; Buchar, el talabartero, era escocés; Pash, el

relojero, era un judío bajito, moreno, vivaracho y muy tostado por el sol; Gedeón, el fabricante de instrumentos ópticos, era un judío del tipo pelirrojo, de rasgos generosos y que fácilmente pasaba por un inglés de maneras inusualmente cordiales; y Croop, el zapatero de ojos oscuros, era probablemente más céltico de lo que suponía. Solo a tres de ellos se les tomaría en cualquier parte como ingleses: Goodwin, el incrustador de madera, bien fornido, de aspecto honesto y voz agradable; Marrables, el rubicundo asistente de laboratorio; y Lily, el escribiente de rostro pulido, cuyo pelo castaño formaba un pequeño paralelogramo sobre su frente rellena, y cuya camisa, que llevaba junto con un traje no muy aseado, le otorgaba una frescura que podría considerarse insular, o incluso de algún lugar más pequeño.

Ciertamente, un grupo selecto entre los hombres pobres selectos, reunidos por un gusto que ya no prevalecía ni entre los herederos privilegiados de los instruidos y sus instituciones; seguramente ni siquiera serían capaces de divertir a un caballero cuyo interés por la gente con un sueldo semanal solo divisible en chelines se redujera a las comedias en torno al crimen o de baja clase social. Deronda, incluso aunque no se hubiera sentido influenciado más de lo normal por lo que ocurría entre él y Mardoqueo, no se habría puesto a buscar motivos de risa en los distintos matices del aspecto y la forma de hablar de estos hombres que parecían una caricatura de la sociedad refinada, y que probablemente se habían apropiado del conocimiento como la mayoría de nosotros conseguimos las indulgencias, sacando el máximo partido de las pequeñas oportunidades. Miró a su alrededor con el aire de respeto habitual en él entre iguales, pidió agua y whisky, y ofreció los contenidos de su caja de cigarros, que normalmente siempre llevaba consigo y apenas nunca usaba para sí, pues tenía motivos para no fumar, pero le gustaba permitir a otros que lo hiciesen. Tal vez era su debilidad por temer parecer conservador, y que le vieran como alguien muy rígido en vez de alguien capaz de ofrecer buena compañía. Pero que dio una impresión favorable al grupo lo probaba el hecho de que no se encontraban menos a gusto que antes, y deseaban retomar su conversación interrumpida cuanto antes.

—Esta es una de las noches que yo llamo delicadas, señor —dijo Miller, que era aceptado implícitamente como una especie de moderador, dirigiéndose a Deronda a modo de explicación, y volviendo la cabeza hacia cada persona que mencionaba—. A veces, damos en el clavo. Pero esta noche nuestro amigo Pash, ha sacado el tema de la ley del progreso; y hemos seguido con las estadísticas; luego Lily, al decirnos que incluso antes de que las contásemos, ya sabíamos que en el mismo tipo de sociedades ocurren el mismo tipo de cosas, y que no era muy sorprendente que las cantidades fueran las

mismas, pues con respecto a la sociedad los números se valoran cualitativamente (el número de borrachos es una cualidad de la sociedad); los números son un exponente de la cualidad, y no nos dan ninguna regla, solo apuntan a que consideremos las causas de la diferencia entre diferentes estados sociales; al decir esto Lily, hemos seguido discutiendo las causas del cambio social, y cuando usted vino, yo estaba hablando del poder de las ideas, al que atribuyo la principal causa del cambio.

—Yo no comparto eso, Miller —dijo Goodwin, el incrustador, más preocupado en proseguir con el tema que en esperar que el nuevo invitado dijera algo—. Pues o bien te refieres con las ideas a tantos tipos de cosas que en realidad no se sabe muy bien a qué, como si dijeras que la luz es una causa; o bien te refieres a un tipo de ideas en particular, y entonces tampoco estoy de acuerdo porque considero que es acotar demasiado el campo. Míralo de esta forma: todas las acciones en las que los hombres tienen que pensar algo son ideas; por ejemplo, sembrar semillas, o hacer una canoa, o cocer barro; y las ideas como estas surgen a la vida y continúan creciendo, pero no pueden separarse del material que las sacó a la luz. Forma parte de la naturaleza de la madera y de la piedra entregarse a la navaja que lleva en sí la idea de darles forma, y mientras haya madera y piedra se les seguirá dando forma. Yo creo que cuando las ideas se unen con el resto de elementos de la vida es cuando tienen más poder. Cuanto menos se unen, menos poder tienen. Y en cuanto a las causas del cambio social, yo lo veo de esta forma: las ideas son una especie de parlamento, pero hay una mancomunidad en el exterior y buena parte de la mancomunidad está trabajando en el cambio sin saber lo que hace el parlamento.

—Pero si la prueba de su valor está en esa unión —dijo Pash—, algunas de las ideas menos prácticas se lo cargan todo. Se extienden sin ser entendidas, y entran en el lenguaje sin ser pensadas.

—Pueden actuar cambiando la distribución de los gases —dijo Marrables—; los instrumentos son tan precisos hoy en día, que se puede llegar a registrar el alcance de una teoría observando los cambios en el ambiente y los correspondientes cambios en las personas.

—Sí —dijo Parish, al que se le iluminó endiabladamente su rostro oscuro—, está la idea de las nacionalidades; diría que los burros silvestres ya la están oliendo, y se están volviendo más sociales.

—¿No comparte usted esa idea? —dijo Deronda, al encontrar una incongruencia sorprendente entre el sarcasmo de Pash y el fuerte sello de la raza en sus rasgos.

—Digamos, más bien, que no comparte su espíritu —dijo Mardoqueo, que había dirigido una mirada melancólica a Pash—. A

menos que la nacionalidad sea un sentimiento, ¿qué fuerza puede tener como idea?

—Concedido, Mardoqueo —dijo Pash, de buen humor—. Y como el sentimiento de nacionalidad se está perdiendo, creo que la idea no es más que un fantasma, que camina anunciando la muerte.

—Un sentimiento puede parecer estar muriéndose y aún así revivir con más fuerza —dijo Deronda—. Las naciones han revivido. Puede que vivamos lo suficiente para ver un gran arrebato de fuerza en los árabes, que han sido inspirados con nuevo celo.

—Amén, amén —dijo Mardoqueo, mirando a Deronda encantado y recobrando energías: su actitud era más íntegra, su rostro denotaba menos cansancio.

—Puede que eso funcione con naciones retrasadas —dijo Pash—, pero con nosotros en Europa el sentimiento de nacionalidad está destinado a extinguirse. Durará un poco más en los barrios en que dure más la opresión, pero en ninguna otra parte. Toda la corriente de progreso va en su contra.

—Ay —dijo Buchan, en un débil y rápido tono escocés, lo cual fue como si entrase un poco de aire fresco en la conversación—, has hecho bien en traernos hasta este punto. Todos habéis estado de acuerdo en que las sociedades cambian, no siempre ni en todas partes, pero sí en total y a la larga. Ahora, con el mayor respeto, me gustaría remarcar que debemos examinar la naturaleza de los cambios antes de tener la garantía de llamarlos progreso; se supone que esta palabra implica una mejora, pero yo considero que no se ha escogido bien para este propósito, pues el propio movimiento hacia delante puede conducirnos a una ciénaga o a un precipicio. Y las cuestiones que yo pondría son tres: ¿todos los cambios están dirigidos hacia el progreso? Si no, ¿cómo distinguimos qué cambio es progreso y cuál no? Y tercero, ¿hasta dónde y de qué manera podemos actuar sobre el curso de los cambios para promoverlo cuando es beneficioso, y para impedirlo cuando es perjudicial?

Pero el intento de Buchan de imponer su método en la conversación fue un fracaso. Lily dijo inmediatamente:

—El cambio y el progreso han surgido de la idea del desarrollo. Las leyes del desarrollo están siendo descubiertas, y se producen los cambios respecto a ellas necesariamente de forma progresiva; es decir, si tenemos alguna idea de progreso o mejora opuesta a ellas, esa idea es un error.

—De verdad que no puedo ver cómo llega usted a esa especie de certidumbre sobre los cambios llamándolos desarrollo —dijo Deronda —. Todavía quedará por valorar lo que nuestra voluntad y nuestros actos manifiestan como inevitable, así como el discernimiento para saber si hay que acelerar o retardar los procesos; todavía quedará el

peligro de confundir una tendencia que deberíamos resistir y favorecerla con una ley inevitable, que me parece una superstición o un falso dios tan malo como cualquiera de las que existen sin la guía de la filosofía.

—Eso es cierto —dijo Mardoqueo—. ¡Malditos sean los hombres que no ven la oportunidad de resistirse en esta generación! Yo creo en el crecimiento, en la transformación, en el despliegue de una nueva vida cuya semilla es más perfecta, más llena de los elementos cargados con la forma divina. La vida de un pueblo crece, se entreteje junta pero se expande, en las alegrías y en las penas, en el pensamiento y en la acción; absorbe el pensamiento de otras naciones en sus propias formas, y devuelve el pensamiento como nueva riqueza para el mundo; es un poder y un órgano en el gran cuerpo de las naciones. Pero puede llegar un momento de freno; puede que se ahoguen los recuerdos, y el amor puede decaer por la falta de ellos; o bien los recuerdos pueden quedar relegados a reliquias marchitas; el alma de un pueblo, por la que este conoce ser uno, puede parecer estar agonizando por la falta de la acción común. Pero, ¿quién dirá: «La fuente de su vida se ha extinguido, han dejado de ser una nación para siempre?». ¿Quién lo dirá? No el que siente la vida de su pueblo agitándose en su interior. ¿Dirá acaso: "Los acontecimientos se tuercen, ¿no voy a resistir?" Su misma alma es la resistencia, y es como una semilla de fuego que aviva las almas de las multitudes, y toma un nuevo camino según los acontecimientos.

—No niego el patriotismo —dijo Gedeón—, pero todos sabemos que tú te refieres a algo en particular, Mardoqueo. Conoce usted la forma de pensar de Mardoqueo, supongo. —Al decir esto Gedeón se volvió hacia Deronda, que estaba sentado a su lado, pero sin esperar una respuesta, continuó—: Yo mismo soy un judío racional. Entiendo el apoyo a mi pueblo como una especie de relaciones familiares, y soy partidario de mantener nuestra adoración de una manera racional. No apruebo que nuestra gente se bautice, porque no creo en la conversión de un judío a la parte gentil del cristianismo. Y ahora que tenemos igualdad política, no hay excusas para ningún pretexto de ese estilo. Pero estoy a favor de librarnos de todas nuestras supersticiones y exclusividad. No hay razones en el presente para que no nos mezclemos gradualmente con la población entre la que vivimos. Eso es precisamente lo que marca el progreso. Me daría igual que mis hijos se casaran con cristianos o con judíos. Y soy partidario del viejo dicho: "La tierra de un hombre está donde él se encuentra bien".

—Esa tierra no es tan fácil de hallar, Gedeón —dijo el rápido Pash, encogiéndose de hombros y haciendo una mueca—. Tú ganas diez chelines a la semana más que yo, y tienes solo la mitad de hijos que yo. Si alguien montara un buen negocio de relojes entre las

“mercancías de Jerusalén” yo iría… ¡eh, Mardoqueo! ¿Qué dices a eso?

Deronda, que escuchaba con atención las indirectas contra la opinión de Mardoqueo, se preguntaba en su interior en su persistencia en venir a este club. Para un espíritu entusiasta encontrarse continuamente con la indiferencia de hombres familiarizados con el objeto de su entusiasmo es aceptar un martirio lento, al lado del cual, el destino de un misionario al que en vez de rechazarle amablemente sus doctrinas es atravesado por un *tomahawk* parece apenas digno de compasión. Pero Mardoqueo no dio signos de amedrentarse: era un momento de plenitud espiritual, y le importaba más proclamar su fe que su inmediata acogida. Con un fervor sin rencor, sino más bien con el ímpetu del sentimiento al ver la oportunidad de hablar, contestó a Pash:

—Lo que yo digo es: dejad que cada uno de los hombres que desprecia la fraternidad y la herencia se mantenga apartada de ellas. Miles de hombres de nuestra raza se han mezclado con los gentiles como los celtas con los sajones, y puede que hereden la bendición que pertenece a los gentiles. Pero vosotros no podéis seguirlos. Pertenecéis a un pueblo en este mundo que debe caminar entre las naciones y debéis ser conocidos como judíos, y aunque haya quienes tengan palabras tales como: «Ojalá no hubiera nacido judío. Repudio cualquier lazo que me ata al duro trabajo de mi raza, venceré a los gentiles mofándome de nuestra situación de separación», están alimentando de esta forma el odio en su interior por ser judíos, y mostrarán luego ese odio como veneno. ¿Puede acaso la reciente investidura de la ciudadanía penetrar dentro de la carne y cambiar la lenta sedimentación de dieciocho siglos? ¿Cuál es la ciudadanía del que camina entre gente con la que no tiene lazos de sangre o de amistad, y que ha perdido el sentido de la fraternidad con su propia raza? Es el salvoconducto de la ambición egoísta y el desafío avaricioso. Una persona así tiene el espíritu alienado, tenga el aspecto que tenga; chupa la sangre a la humanidad, no es un hombre, al no compartir el afecto de nadie, al no someter su alma a nada, se burla de todo. ¿No es cierto lo que digo?

—No exactamente, Mardoqueo —dijo Pash—, si te refieres a que yo pienso mal de mí por ser un judío. Lo que agradezco a mis padres es que haya menos zopencos entre nosotros que los que hay en otras razas. Aunque tal vez tengas razón en pensar que a los cristianos no les caigo bien por eso.

—Tampoco los católicos y protestantes se han llevado mejor —dijo el genial Gedeón—. Tenemos que esperar pacientemente a que se acaben los prejuicios. Mucha de nuestra gente está al nivel de lo mejor, y mucha de nuestra sangre se ha filtrado en las familias de

rango. Soy partidario de que nuestras expectativas sean racionales.

—¡Yo también! —dijo Mardoqueo, rápidamente, inclinándose hacia delante con el ardor del que defiende su postura ante una discusión decisiva, y con sus las largas y escuálidas manos entrelazadas sobre su regazo—. Yo también reclamo ser un judío racional. Pero, ¿qué es ser racional, qué significa sentir crecer dentro y fuera de uno la luz de la razón divina? Es ver cada vez más los lazos ocultos que vinculan y consagran el cambio como un desarrollo dependiente; sí, lo consagran con el parentesco: el pasado pasa a ser mi padre y el futuro tiende hacia mí los brazos conmovedores de los hijos. ¿Es racional secar la savia de los lazos familiares que enriquecen la vida de los hombres con el intercambio mutuo y ensalzan la variedad como la que existe en los bosques de cedros y palmeras? Cuando sea racional decir: «No conozco a mi padre ni a mi madre, que mis hijos sean ajenos a mí, que mis oraciones no se dirijan a ellos», entonces será racional para el judío decir: «No ambicionaré conocer diferencia alguna con el gentil, no tendré en estima la conciencia profética de nuestra nacionalidad, dejemos que el hebreo deje de ser, y dejemos que todos sus ritos pasen a ser trivialidades anticuadas, muertas como un muro, imágenes de una raza especuladora. Pero dejemos que su hijo aprenda de memoria el discurso de los griegos, mediante el cual renuncia a sus compañeros a favor de la valentía de aquellos que lucharon los primeros en Maratón[223], que aprenda a decir lo que era noble en los griegos, ¡ese es el espíritu de una nación inmortal! Pero el judío no tiene recuerdos que le vinculen a la acción; dejemos que se ría de que su nación ha sido degradada como tal; dejemos que considere la memoria de su ley que llevó en su marco el aliento de la justicia social, la caridad y la santidad de los hogares, dejemos que considere la energía de los profetas, la preocupación paciente de los maestros, la fortaleza de generaciones martirizadas, como mera materia para una clase de historia. El judío debe preocuparse siempre en permanecer sereno como el gentil rico».

Mardoqueo se echó hacia atrás en su silla, y hubo un momento de silencio. Ni un solo miembro del club compartía su punto de vista o su emoción; pero toda su personalidad y su discurso les produjeron el efecto de una representación dramática llena de patetismo, pero sin consecuencias prácticas; normalmente le servía para desfogarse pero al mismo tiempo mostraba contradicciones. Deronda volvió a pensar en la trágica presión que debía haber supuesto las condiciones externas que impedían a este hombre, cuya fuerza parecía provenir de sí mismo, que su pensamiento calara en los demás, como un poeta entre gente que habla diferente, que pueden tener una forma de concebir la poesía, pero que no conoce su cadencia, y no puede provocar los mismos sentimientos que él ha descubierto en las

virtudes latentes de su lengua materna.

El imperturbable Buchan fue el primero en hablar, y sugirió que se estaba perdiendo el tiempo.

—Considero —dijo—, que os estáis desviando de las cuestiones que he puesto sobre la mesa acerca del progreso.

—Digamos que se están escapando, Buchan —dijo Miller, encantado de su gracia, y al que no le habría importado que le llamaran volteriano—. No importa. Tengamos una noche judía, hace tiempo que no tenemos una. Llevemos la discusión al terreno judío. Supongo que no tendremos prejuicios en esto; somos todos filósofos; y queremos tanto a nuestros amigos Mardoqueo, Pash y Gedeón, como si no fueran descendientes de Abraham, igual que el resto de nosotros. Todos estamos emparentados por Adán, a menos que se pruebe lo contrario, y si ahondamos en la historia todos tenemos antecedentes deshonrosos. Así que no pretendo ofenderlos al afirmar que no creo que el pueblo judío haya hacho grandes cosas ni haya tenido un papel importante en el mundo. ¿Qué ha hecho entonces? Creo que fue tratado inicuamente en tiempos pasados. Y supongo que no queremos que se maltrate a ningún hombre hoy en día, sea blanco, negro, moreno o amarillo, en eso estamos de acuerdo. Y eso me recuerda un curioso libro alemán que tengo (yo no puedo leerlo directamente, pero un amigo mío me lo estaba leyendo el otro día) sobre los prejuicios contra los judíos, y las historias que solían contarse contra ellos, ¿y cuál creéis que era una de ellas? Pues que se les había castigado con un mal olor en sus cuerpos; y eso, dice el autor, que es de 1715 (justamente he estado poniéndole precio al libro esta mañana), eso es cierto, pues los ancianos hablaban de ello. Pero luego, dice, las otras cosas son fábulas, como que el olor se iba inmediatamente cuando se bautizan, o que cada una de las diez tribus, fijaos, al ser las diez responsables de la crucifixión, tenían un castigo particular además del olor: Aser, recuerdo, tiene el brazo derecho un poco más corto que el izquierdo, y Naftalí tiene orejas de cerdo y huele como él. ¿Qué opináis de eso? Se han hecho muchos chistes de fábulas rabínicas, pero con respecto a las fábulas, yo creo que parte es cierto y parte no, en igual proporción. Sin embargo, como he dicho antes, sostengo como los filósofos del siglo pasado que los judíos no han hecho gran cosa como pueblo, a pesar de que Pash piense que son lo suficientemente inteligentes para vencer al resto del mundo. Pero si es así, ¿por qué no lo han hecho?

Por la misma razón que los hombres más inteligentes del país no consiguen entrar ni ellos ni sus ideas en el Parlamento —dijo el rápido Pash—; porque abundan los tontos de capirote.

—Esa es una cuestión sin sentido —dijo Mardoqueo—, el plantear si nuestra gente podría vencer al resto del mundo. Cada nación tiene

su propia tarea, y es un miembro del mundo, enriquecida por el trabajo de cada una de las demás. Pero es cierto, como ya dijo Yehudá Haleví, que Israel es el corazón de la humanidad, si nos referimos al corazón como el eje central del afecto que une a una raza y a sus familias en el amor servicial, y la reverencia del cuerpo humano que eleva la necesidad de nuestra vida animal a la religión, y la ternura que es compasiva hacia los pobres y los débiles y hacia las criaturas sin voz que soportan el yugo por nosotros.

—No les gana ninguna nación en arrogancia —dijo Lilly—; y si están en última posición, no es precisamente por ser modestos.

—Bueno, cada nación se jacta de algo —dijo Miller.

—Sí —dijo Pash, y algunos lo hacen de los textos hebreos.

—En fin, si alguna vez contribuyeron a algo los judíos, ahora están bastante tranquilos —dijo Lilly—. Son el tipo de gente que se obstina en el pasado. Pueden desplegar buenas habilidades cuando se acogen a ideas liberales, pero como raza no pueden desarrollarse.

—¡Eso es falso! —dijo Mardoqueo, inclinándose de nuevo hacia delante con su anterior agitación—. Dejad que se conozca y se examine su historia; dejad que la semilla sea cernida, dejad que sus inicios sean trazados con las malas hierbas de las tierras salvajes, y más gloriosa será la energía que los transforme. ¿En qué otro lugar hay una nación de la que pueda decirse verdaderamente que su religión se entremezcla con la ley y la vida moral como el flujo de la sangre en el corazón y que crecen unidas? ¿En qué otro lugar existe un pueblo que mantuvo y desarrolló su bagaje cultural al mismo tiempo en que fueron odiados con un odio tan feroz como los fuegos del bosque que expulsan a la bestia salvaje de su guarida? Hay una fábula de los romanos, en la que un hombre nadaba para salvar su vida con un rollo de sus escritos sujeto en la boca para salvarlos también de las aguas. ¿Hay algo más cierto que esto en nuestra propia raza? Lucharon como héroes para mantener su posición entre las naciones: sí, cuando les trillaron las manos, se agarraron con los dientes; pero cuando el arado y el rastrillo pasaron por encima de los últimos signos visibles de su pacto nacional, y la infertilidad de su tierra se ahogó con la sangre de los sembradores y plantadores, dijeron: «El espíritu está vivo, hagámosle una morada duradera (duradera en cuanto movible) de forma que pueda ser transmitida de generación en generación, y nuestros hijos no nacidos puedan ser ricos en las cosas que han sido, y posean una esperanza basada en cimientos inalterables». Lo dijeron y lo trabajaron, a menudo respirando con pocas fuerzas, como si estuvieran en un féretro, o como si permanecieran heridos y tumbados entre una muchedumbre asesinada. Tratado como un perro sin dueño, el hebreo se hizo envidiar por su riqueza y su sabiduría, y fue desangrado de ella para

llenar el baño de lujo de los gentiles; absorbió el conocimiento y lo divulgó; su raza dispersa era una nueva Fenicia trabajando las minas de Grecia y llevando sus productos al mundo. El espíritu nativo de nuestra tradición no consistía en quedarse de brazos cruzados, sino en usar los recuerdos como semilla y practicar las virtudes comprendidas en los libros de la ley y de los profetas; y mientras el gentil, que había dicho: «Lo que es vuestro es nuestro, y ya no es más vuestro», leía la letra de nuestra ley como una inscripción oscura, o utilizaba los pergaminos como plantilla para los zapatos de una multitud rabiosa y llena de lujuria y crueldad, nuestros Maestros todavía la ensalzaban e iluminaban con nuevas interpretaciones. Pero la dispersión fue muy grande, el yugo de la opresión fue tanto una tortura insoportable como una carga; el exilio obligaba a relacionarse con gente bruta, en la que se perdió la conciencia de raza como les ocurrió a nuestros padres durante la persecución romana, los cuales se escondían en una cueva, y no sabían que era de día salvo por la débil luz de sus candelas. ¿A quién le maravilla que mucha de nuestra gente sea ignorante, estrecha de mente y supersticiosa? ¿A quién le maravilla?

Al decir esto, Mardoqueo, sentado al lado de la chimenea, se levantó y apoyó el brazo en la pequeña estantería; su excitación había crecido, a pesar de que su voz, que había empezado con una fuerza inusual, se estaba volviendo cada vez más ronca.

—¿A quién le maravilla? La noche ha caído sobre ellos y ya no ven; en su oscuridad son incapaces de ver el futuro: el sol alumbra a los profetas, y el día se ha oscurecido para ellos; sus observancias son como reliquias anónimas. Pero, ¿qué nación de entre las principales de los gentiles no tiene una multitud ignorante? Se burlan de los ritos de nuestra gente ignorante; pero la ignorancia más maldita es la que no tiene ninguna observancia, hundida en la astuta avaricia del zorro, para quien cualquier ley no es más que una emboscada o el grito del sabueso aprensivo. Hay una degradación profunda bajo los recuerdos que ha degenerado en superstición. En la multitud de los ignorantes de tres continentes que observan nuestros ritos y confiesan la Unidad divina, el alma del judaísmo no está muerta. Revive el centro orgánico: permite que la unidad de Israel que ha configurado el crecimiento y la forma de su religión sea una realidad externa. Al mirar hacia una tierra y una forma de gobierno, nuestra gente dispersa en todos los confines de la tierra puede compartir la dignidad de una vida nacional que tiene una voz entre los pueblos del Este y del Oeste, que plantará la sabiduría y el talento de nuestra raza para que pueda ser, como en los viejos tiempos, un medio de transmisión y conocimiento. Dejad que esto ocurra, y el calor viviente se extenderá por las extremidades más débiles de Israel, y la superstición se desvanecerá, no en la anarquía de los renegados, sino en la

iluminación de grandes hechos que ensanchan el sentimiento, y avivan el conocimiento como el joven despertar de los recuerdos amados.

La voz de Mardoqueo se había ido apagando, pero no era menos impresionante, gracias al brillo febril de su mirada. Su excitación extraordinaria se debía ciertamente a la presencia de Deronda: era a Deronda a quien hablaba, y el momento tenía para él una solemnidad testamentaria que reanimaba todos sus poderes. Y la presencia familiar de los demás hombres promovía su expresividad, pues encarnaban la indiferencia que otorgaba una energía resistente a su discurso. No es que mirara a Deronda: parecía no ver nada inmediatamente a su alrededor, y si alguien le hubiera cogido del brazo, probablemente no se habría dado cuenta. De nuevo a Deronda le vinieron a la mente las palabras anteriores: «Tiene que esperar lo que yo espero, ver la visión hacia la que me dirijo, contemplar la gloria como yo». Regresaban con un patetismo más fuerte. Tenía ante él, como una realidad viva y sufridora, lo que hasta ahora solo había visto con un esfuerzo de la imaginación, que por su debilidad en comparación, parecía, de todas formas, exagerada: un hombre impregnado de pobreza y oscuridad, debilitado por la enfermedad, consciente de estar bajo la sombra de una muerte inminente, pero viviendo una vida intensa en un pasado y un futuro invisible, despreocupado de su suerte personal, excepto por que pudiera obstaculizar el bien concebido que nunca compartiría salvo como una breve visión interior, en un día lejano, al que nunca llegaría a ver, pero hacia el cual precipitaba los deseos de su alma, con una pasión que a menudo buscaba los motivos personales de la sana juventud. Era algo más que una grandiosa transfiguración del amor parental que soporta, resiste, renuncia y lucha en contra de las tentaciones suicidas de la desesperación —todo a causa de los pequeños, cuyo futuro se hace presente ante la mirada anhelante de la ansiedad—.

Todos los ojos estaban puestos en Mardoqueo mientras se sentaba de nuevo, y ninguno con descortesía; pero sucedió que el que le miraba con mayor simpatía fue el primero en rebatir sus ideas. Era el genial y racional Gedeón, que a su vez era consciente de estar dirigiéndose al invitado de la noche. Dijo:

—Tienes tu propia forma de ver las cosas, Mardoqueo, y como dices, esa forma te parece a ti racional. Sé que no piensas que la restauración de Judea se hará por un milagro, y lo mismo con otras cosas; pero eres tan consciente como yo que tanto los judíos como los cristianos han dicho muchas tonterías sobre el tema. Y en cuanto a la conexión de nuestra raza con Palestina, ha sido pervertida por la superstición hasta el punto de ser tan desmoralizante como la vieja ley de los pobres. La basura y la escoria van allí para ser mantenidas como pobres encarnados, y para ser especialmente cuidados por el

ángel Gabriel cuando mueran. No sirve de nada luchar contra los hechos. Debemos mirar hacia dónde apuntan; eso es lo que yo llamo racionalidad. Los hombres más instruidos y liberales entre nosotros ligados a nuestra religión son partidarios de depurar nuestra liturgia de tales nociones como una realización literal de las profecías sobre la restauración. Limpiadla de unos pocos ritos inútiles y de interpretaciones literales de ese tipo, y nuestra religión es la más simple de todas las religiones, y no será una barrera, sino una unión, entre nosotros y el resto del mundo.

—Es lo más simple que hay —dijo Pash, riendo irónicamente—. Arráncale las raíces, quítale las hojas y la corteza, sierra los nudos, y suaviza la parte de arriba y de abajo; luego colócala donde quieras, que no hará daño, nunca germinará. Puedes hacer un mástil, o puedes lanzarlo a la hoguera de la basura restregada. No entiendo por que nuestra basura se ha mantener sagrada más que la basura del brahmanismo o del budismo.

—No —dijo Mardoqueo—, no, Pash, porque tú has perdido el corazón del judío. La comunidad era sentida antes de llamarse buena. Yo no alabo la superstición, alabo las fuentes vivientes de la creencia que ha sido aumentada. ¿Qué es el crecimiento, la perfección, el desarrollo? Empezasteis con esa pregunta; yo la aplico a la historia de nuestro pueblo. Digo que el efecto de nuestro estado de separación no se completará y tendrá su mayor transformación a menos que nuestra raza retome de nuevo el carácter de una nacionalidad. Esa es la consumación de la confianza religiosa que los configuró como un pueblo, cuya vida ha inspirado a medio mundo. ¿Qué me importa que se haya perdido la pista de las diez tribus, o que multitud de niños de Judá se hayan mezclado con la población gentil como un río con otros ríos? ¡Contemplad detenidamente a nuestro pueblo! Arrastra sus faldas por el fango y permite que se enfanguen; pero tiene también una coraza enjoyada. Que los ricos, los amos del comercio, los versados en el conocimiento, los artistas, los oradores, los consejeros políticos, que llevan en sus venas la sangre hebrea que ha mantenido su vigor bajo todos los tiempos, y la flexibilidad del genio hebreo para el que la dificultad significa nuevas estrategias, que digan: «Estableceremos un modelo, nos uniremos en una tarea dura pero gloriosa como la de Moisés y Esdras, una tarea que será un fruto digno de la larga angustia por la que nuestros padres se mantuvieron separados, rechazando la comodidad de la falsedad». Tienen riqueza suficiente para redimir el suelo de los conquistadores depravados y empobrecidos; tienen la habilidad del hombre de estado para planificar, la lengua del orador para persuadir. ¿Y no hay profetas o poetas entre nosotros para hacer que los oídos de la Europa cristiana se estremezcan de vergüenza por la horrible ignominia de la disputa cristiana que los turcos observan

como la lucha de las bestias que han dejado en la arena? Hay sabiduría de sobra entre nosotros para fundar una nueva política judía, grande, simple, tal como lo era la antigua: una república donde haya igualdad de protección, una igualdad que brille como una estrella al frente de nuestra antigua comunidad, y que produzca más brillo que la libertad del Oeste entre los despotismos del Este. Entonces nuestra raza tendrá un núcleo orgánico, un corazón y un cerebro para vigilar, guiar y ejecutar. Los judíos ultrajados tendrán una defensa en la corte de las naciones, como los ingleses ultrajados en América. Y el mundo ganará si gana Israel. Pues habrá una comunidad en el vagón del Este que lleve la cultura y la solidaridad de cada gran nación en su seno: habrá una tierra en la que no tenga cabida la hostilidad, un terreno neutro para el Este como Bélgica lo es para el Oeste. ¿Dificultades? Lo sé que hay dificultades. Pero dejad que el espíritu de la victoria sublime arraigue entre nuestras gentes, y el trabajo empezará por sí solo.

—Ay, podemos admitir eso con seguridad, Mardoqueo —dijo Pash —. Cuando haya grandes hombres dispuestos para el cambio y profesores idealistas convertidos a tu doctrina, las dificultades se desvanecerán como el humo.

Deronda, que tendía por naturaleza a ponerse de parte de los que recibían las flechas, no pudo evitar replicar el comentario despectivo de Pash, y dijo:

—Si repasamos la historia de los esfuerzos que han conseguido grandes cambios, es sorprendente la cantidad que parecían inútiles a los que los miraron desde el principio. Consideremos algo que todos hayamos visto u oído: el esfuerzo por la unidad de Italia, que pronto veremos realizada en todas sus fronteras. Fijémonos por ejemplo en el primer sueño de Mazzini[224] cuando era un niño, sobre una Italia con una grandeza restaurada y una nueva libertad, y sus primeros esfuerzos de juventud para inculcar los mismos sentimientos en otros hombres jóvenes, y ponerlos a trabajar hacia una nacionalidad unida. Casi todo parecía en su contra; sus compatriotas eran ignorantes o indiferentes, hostiles al gobierno, e incrédulos a Europa. Por supuesto, los que despreciaban sus ideas parecían inteligentes. Pero ya ven, la profecía estaba con él. Mientras exista un remanente de conciencia nacional, supongo que nadie negará que se pueden agitar los recuerdos y las esperanzas que inspiren a la ardua acción.

—Amén —dijo Mardoqueo, que estaba completamente de acuerdo con las palabras de Deronda—. Lo que se necesita es la levadura, lo que se necesita es la semilla del fuego. La herencia de Israel late en el pulso de millones de personas; vive en sus venas como un poder incomprendido, como la exaltación matutina del ganado; es la memoria medio innata, moviéndose como en un sueño entre escritos

en las paredes, lo que se ve con dificultad pero que no se puede dividir en palabras. ¡Que se encienda la antorcha de la comunidad visible! Que la razón de Israel se revele en una gran hazaña externa, y que haya otra gran migración, otra oportunidad de que Israel sea una nacionalidad cuyos miembros lleguen a los confines de la tierra, incluso como hijos de Inglaterra y Alemania, a los cuales les llevó lejos el negocio, pero que todavía tienen un corazón nacional y un tribunal de opinión nacional. ¿Habrá quien dirá: "No puede ser"? Baruch Spinoza no tenía un corazón judío fiel, a pesar de haber obtenido el fruto de su intelecto a partir de la tradición judía. Mostró la desnudez de su padre y dijo: «Los que se burlen de él serán los más sabios». Pero aún así Baruch Spinoza confesó que no veía por qué Israel no podía ser de nuevo un pueblo elegido. ¿Quién dice que la historia y la literatura de nuestra raza esté muerta? ¿No está tan viva como la historia y la literatura de Grecia y de Roma, que han inspirado revoluciones, han avivado el pensamiento de Europa, y han hecho tambalear los poderes injustos? Esta fue una herencia rescatada de la tumba. La nuestra es una herencia que nunca ha dejado de latir en millones de vidas humanas.

Mardoqueo había estirado sus brazos hacia arriba, y sus largas y escuálidas manos temblaron en el aire por un momento cuando dejó de hablar. Gedeón quedó sin duda bastante impresionado, pues aunque no dejó pasar mucho tiempo para hacer su objeción, su tono era más templado y de disculpa que antes; Pash, mientras tanto, apretándose los labios, restregándose la cabeza con ambas manos y frunciendo el ceño, con la expresión de alguien que está en contra del que está hablando, pero que no cree que valga la pena expresarlo. Hay una especie de pasta humana que cuando entra en contacto con el fuego del entusiasmo se cuece y endurece.

—Puede parecer bastante bien por una parte tirar de nuestros recuerdos y los que tenemos en herencia como haces tú, Mardoqueo —dijo Gedeón—; pero está la otra cara de la moneda. No todo es gratitud y gloria inofensiva. Nuestro pueblo ha heredado mucho odio. Todavía hay en el ambiente una gran cantidad de maldiciones y de rencor entumecido heredados de los tiempos de la persecución. ¿Cómo justificas mantener un tipo de memoria y olvidar el otro? Hay feas deudas pendientes por ambas partes.

—Yo justifico la elección como se justifica cualquier otra elección —dijo Mardoqueo—. No aspiro a nada para la nación judía, no busco nada para ellos, excepto el bien que promete el bien para las demás naciones. El espíritu de nuestra vida religiosa, que está unido a nuestra vida nacional, no es odio a nada sino al error. El Maestro dijo: una ofensa al hombre es peor que una ofensa a Dios. Pero, ¿a quién le sorprende que haya odio en el pecho de los judíos, hijos de ignorantes

y oprimidos, a quién le sorprende, si hay también odio en el pecho de los cristianos? Nuestra vida nacional era una luz creciente. Que el fuego central se encienda de nuevo, y la luz llegará lejos. Los de nuestra raza que han sido degradados y despreciados aprenderán a pensar en su tierra sagrada, no como un lugar de mendicidad santa en el que esperar la muerte en ociosidad odiosa, sino como una república en la que el espíritu judío se manifieste en un nuevo orden basado en el antiguo, purificado y enriquecido por la experiencia que nuestros grandes hijos han reunido de la vida de las épocas. ¿Qué tamaño tiene? Solo hace dos siglos que un barco llevado por el océano desencadenó el principio de la gran nación americana. La gente creció como aguas que se encuentran (eran muy diferentes en costumbres y religiones), y llegó un tiempo, hace un siglo, en que necesitaron una organización política, y hubo héroes de paz entre ellos. ¿Cómo iban a formarla sino con la memoria de Europa, corregida y mejorada con su visión? Dejemos que nuestros sabios y ricos se muestren héroes. Tienen la memoria del Este y del Oeste, y su visión es completa y mejor. Una nueva Persia con una religión purificada magnificada en el arte y la sabiduría. Así será la nueva Judea, posicionada entre el Este y el Oeste, un refugio de reconciliación. ¿Se podrá decir que la visión profética de nuestra raza se ha mezclado sin esperanza con la locura y el fanatismo, que el ángel del progreso no tiene nada que decir al judaísmo, que es una ciudad medio enterrada para los asalariados expuestos, que las aguas la invaden como un campo abandonado? Yo afirmo que el principio más firme de desarrollo reside en la elección humana. Los hijos de Judá tienen que elegir que Dios puede escogerlos de nuevo. El tiempo mesiánico vendrá cuando Israel quiera implantar la insignia nacional. El Nilo se desbordaba y lo inundaba todo: el egipcio no podía escoger la inundación, pero eligió trabajar y hacer canales para las aguas fructíferas, y Egipto se convirtió en la tierra del maíz. ¿Acaso el hombre, cuya alma se sitúa en la realeza del discernimiento y la resolución, negará su rango y dirá: «Soy un observador, no me pidas que tome decisiones»? Esta es la blasfemia de los tiempos de hoy. El principio divino de nuestra raza es la acción, la elección, la memoria decidida. Contradigamos la blasfemia, y contribuyamos a mejorar nuestro futuro y el futuro del mundo, no renunciemos a nuestro mejor don al decir: «Hagamos como si no estuviéramos entre las naciones»; al contrario, acojamos nuestra heredad plenamente, reclamemos la fraternidad de nuestra nación, y llevemos en ella una nueva fraternidad con las naciones de los gentiles. La visión está allí; será realizada.

Al acabar la última frase, que no fue más que un susurro en voz alta, Mardoqueo dejó que su barbilla se hundiera en su pecho y sus párpados se cerraron. Nadie dijo nada. No era la primera vez que

había insistido en las mismas ideas, pero esta noche había ido un paso más allá. Su tranquila tenacidad ordinaria difería tanto de su exaltación presente como un hombre que en una conversación privada da razones por las que llevar a cabo una revolución de la que no se ve ningún signo difiere de uno que se siente responsable de una revolución empezada. La esperanza que había despertado la presencia de Deronda había llevado las ideas de Mardoqueo a un estado de convicción pasional, y había encontrado fuerza en su excitación para canalizar la inundación desbordante del argumento emotivo, con una sensación de urgencia como si estuviera ante una crisis que tuviera que ser dominada. Pero ahora le llegó, junto con la quietud provocada por la fatiga, una especie de asombro agradecido de haber hablado, una contemplación de su vida como un viaje que había llegado al final a este arroyo. Tras una gran excitación, la fuerza del impulso, al retirarse nos deja alejados de nuestro yo más activo. Y en los momentos siguientes a que Mardoqueo hundiera su cabeza, su mente vagaba por los caminos de su juventud, y en todas las esperanzas que le habían conducido hasta aquí.

Todo el mundo sintió que la conversación había concluido, y que el tono agudo y solemne de Mardoqueo no había sido apropiado para la discusión y la había convertido en algo apático. Era como si se hubieran reunido para oír el soplido del *shofar*[225], y lo único que podían hacer ahora era dispersarse. La desbandada fue inusualmente general, y en menos de diez minutos la habitación se vació a excepción de Mardoqueo y Deronda. A Mardoqueo le habían dado varias “buenas noches”, pero era evidente que no las había oído, pues permaneció absorto e inmóvil. Deronda no iba a perturbar este descanso necesario, así que esperó a algún movimiento espontáneo.

CAPÍTULO 43

Mi espíritu es muy débil: la muerte
me pesa como un sueño no querido,
y cuestas y pináculos soñados
de afán divino, anuncian ya mi muerte
como un águila enferma cara al cielo.
KEATS[226]

Tras unos minutos, la insólita tranquilidad había penetrado la conciencia de Mardoqueo, y levantó la vista hacia Deronda, sin ningún rasgo de aturdimiento o sorpresa, sino con una mirada de satisfacción reposada. Deronda se levantó y acercó su silla, para que no hiciera falta levantar la voz. Mardoqueo sintió el gesto como un paciente que siente la dulzura que le proporciona su almohada. Comenzó a hablar en voz baja, como si estuviera articulando palabras mientras pensaba, sin querer que estas llegaran a una audiencia.

—En la doctrina de la Cábala, las almas nacen una y otra vez en nuevos cuerpos hasta que se perfeccionan y purifican, y un alma liberada de un cuerpo desgastado puede unirse al alma del compañero que necesita, para ser perfeccionadas juntas, y cumplir con su trabajo terrestre. Entonces saldrán de la región mortal, y harán sitio para que nazcan nuevas almas provenientes del seno eterno. Es la imperfección de las almas ya nacidas que se demoran en la región mortal lo que impide que nazcan nuevas almas y la preparación del tiempo mesiánico: así, la mente ha dado forma a lo que está escondido, como la sombra de lo que se conoce, y ha dicho la verdad, aunque fuera solo en parábolas. Cuando mi alma, que lleva tiempo deambulando, se libere de este cuerpo exhausto, se unirá a la de usted, y su trabajo será perfeccionado.

La pausa de Mardoqueo parecía requerir de una respuesta por parte de Deronda. Trató de hacerla verídica; pero para los oídos de Mardoqueo estaba inevitablemente cargada de un significado tácito. Solamente dijo:

—Todo lo que pueda hacer conscientemente para que su vida sea efectiva lo haré.

—Lo sé —dijo Mardoqueo, en un tono de certidumbre sosegada que prescinde de convicciones futuras—. Ya lo he oído. Usted lo comprendió, está de mi parte en cuanto a lo de la visión, y contempla los caminos de realización que otros niegan.

Permaneció en silencio unos instantes y luego continuó meditativamente:

—Usted retomará mi vida por donde se quebró. Siento haber retrocedido a ese día en que se quebrantó. El brillante sol de la mañana lucía sobre el muelle (era en Trieste), las prendas de hombres provenientes de todas las naciones brillaban como joyas, los barcos zarpaban, el navío griego que nos dejaría en tierra en Beirut se iba a poner en marcha en una hora. Yo iba con un comerciante como su escribiente y compañero. Dije que contemplaría las tierras y la gente del Este, y que hablaría con una visión más plena. Respiraba entonces como usted, sin fatigarme; contaba con el paso ligero y constante de la juventud, podía ayunar, podía dormir en el suelo duro. Me había casado con la pobreza, y amaba a mi novia, pues la pobreza era para mí libertad. Mi corazón estaba exultante como si hubiera sido el de Maimónides[227], con la fuerza de tres veintenas de años, y conociendo el trabajo en el que debía ocuparse. Era la primera vez que iba al Sur; mi alma sintió el sol; y de pie en el muelle, encima de un terreno que manaba luz, y cuyas sombras conformaban tonalidades gloriosas azul celeste como espíritus hechos visibles, me sentía en la cima de una vida divina, en la que mi propia corta existencia parecía fundirse, de forma que no la conocía; y me sobrevino un gran sollozo interno por la fuerza como me llego el éxtasis. Así que me quedé en pie esperando a mi compañero; y no le vi hasta que dijo:

—Esdras, he estado en correos y hay una carta para ti.

—¡Esdras! —exclamó Deronda, incapaz de contenerse.

—Esdras —repitió Mardoqueo, afirmativamente, absorto en su recuerdo—. Yo estaba esperando una carta; pues escribía continuamente a mi madre. Y el sonido de mi nombre fue como el toque de una varita que me remitía al cuerpo del que había sido liberado para fundirse con el océano de la existencia humana, libre de la presión de las ataduras individuales. Abrí la carta; y el nombre llegó de nuevo como un grito que me habría perturbado incluso en el seno del cielo, y me impulsó a buscar dónde residía el dolor—: “¡Esdras, hijo mío!”.

Mardoqueo hizo otra pausa; su imaginación se había detenido por la impresión de ese momento pasado hacía tanto. Deronda permanecía suspenso y casi sin respirar atento a lo que iba a venir. Se le había ocurrido de repente una extraña posibilidad. Mardoqueo tenía la vista hacia el suelo en contemplación abstracta, y tras unos breves momentos prosiguió:

—Era una madre de la que podía haberse dicho, sí, podría haberse dicho: «Sus hijos han crecido y la bendicen». En ella comprendí el significado de ese Maestro que, al percibir los pasos de su madre, se levantó y dijo: «¡La majestad de lo eterno se acerca!». Y esa carta era el grito de las profundidades de su angustia y desolación, el grito de una madre despojada de sus pequeños. Yo era el mayor. La muerte se había llevado a cuatro bebés uno tras otro. Luego vino, más tarde, mi hermana pequeña, que era, más que cualquiera de los demás, la niña de sus ojos; y la carta era un grito desgarrador hacia mí: «Esdras, hijo mío, me la han quitado. Él se la ha llevado y me ha dejado en desgracia. Ya nunca más volverán». —Al decir esto, Mardoqueo elevó la vista repentinamente, puso su mano sobre el brazo de Deronda, y dijo—: El mío era el destino de Israel. Por el pecado del padre mi alma tuvo que andar en el exilio. Por el pecado del padre, el trabajo quedó interrumpido, y el día de su realización retrasado. La que me cuidó estaba desolada, desgraciada, desvalida. Y volví. Desde el momento que tome la decisión, su espíritu y el espíritu de sus padres, que tenían verdaderos corazones judíos, actuaron en mí y me guiaron. Dios, en quien mora el universo, estaba en mí en la fuerza de la obediencia. Me di la vuelta y viajé, con muchos apuros, ahorrando lo poco que podía pero que ella necesitaría. Dejé el sol del sur y viajé hacia el frío helado. En la última parada pasé la noche expuesto al frío y a la nieve. Y ese fue el principio de esta lenta muerte.

Mardoqueo dejó que sus ojos vagaran y soltó su mano. Deronda reprimía con decisión las cuestiones que se barajaban en su interior. Mientras Mardoqueo estuviera en este estado de emoción, no convenía buscar más confidencias que las que vinieran de forma espontánea: más aún, el mismo sentía una emoción afín que le hacía temer que su propio discurso fuera demasiado trascendental.

—Pero trabajé. Estábamos desvalidos, se lo habían llevado todo. Y ella estaba enferma: la angustia que se apoderó de ella era demasiado fuerte, y trajo consigo una enfermedad escondida. Había veces que no soportaba ni el latido de su corazón, y las imágenes de su cerebro eran cámaras de terror en las que veía a mi hermana educada en el mal. En lo más oscuro de la noche la oía llorar por su hija. Entonces me levantaba, nos abrazábamos estrechamente y rezábamos. Vaciábamos nuestras almas en el deseo de que Mirah fuera librada del mal.

—¿Mirah? —repitió Deronda, queriendo asegurarse de que su imaginación profética no había engañado a sus oídos—. ¿Dijo usted Mirah?

—Así se llamaba mi hermana pequeña. Después de rezar por ella, mi madre solía descansar un rato. Duró apenas cuatro años, y un minuto antes de que muriera estábamos rezando la misma oración, yo en voz alta, ella en silencio. Su alma se marchó con sus alas.

—¿Nunca desde entonces ha oído hablar de su hermana? —dijo Deronda, tan tranquilo como pudo.

—Nunca. Nunca he sabido si fue librada del mal como lo pedimos. No lo sé, no lo sé. ¿Quién podrá decir dónde está su camino? La venenosa voluntad de los malvados es potente. Envenenó mi vida, me sofoca lentamente. La muerte se llevó a mi madre, y consideré una bendición que estuviera solo en los inviernos del sufrimiento. Pero, ¿qué son los inviernos ahora? Están lejos. —Al decir esto, Mardoqueo cogió de nuevo el brazo de Deronda, y le miró con esa alegría del paciente febril que nos hiere con tristeza—: ya nada gime en la degradación de mi cuerpo. El trabajo quedará mejor hecho. Una vez dije que el trabajo de este comienzo era mío, he nacido para él. Pues bien, lo haré. Viviré en usted. Viviré en usted.

Le agarraba con fuerza convulsiva, y Deronda, agitado como nunca lo había estado —la certeza de que este hombre era el hermano de Mirah iluminaba su propia extraña relación con Mardoqueo con una nueva solemnidad y ternura—, sentía cómo su joven corazón latía con fuerza y sus labios palidecían. No se atrevía a decir nada. Temía, en el actual estado de exaltación de Mardoqueo (que ya hacía un supremo esfuerzo desde su debilidad), revelar cualquier dato sobre Mirah. Tenía miedo de que su respuesta estuviera por debajo de las altas expectativas, que fuera como una última llamarada de un fuego que se apaga, y provocar que se apagara más rápidamente. Su impulso dominante era hacer lo que ya había hecho anteriormente: puso su mano firme y gentil sobre la mano que lo sujetaba. La mano de Mardoqueo, como si tuviera alma propia —pues no era plenamente consciente de lo que hizo—, relajó su presión, y dio la vuelta para coger la de Deronda. Cuando las dos palmas se encontraron y se apretaron, Mardoqueo recobró algo de sentido, y dijo:

—Vayámonos ahora. No puedo seguir hablando.

Y de hecho se despidieron en la puerta de los Cohen sin haberse dirigido la palabra, simplemente con otro apretón de manos.

Deronda sentía un peso encima de él que era mitad alegría, mitad ansiedad. La alegría de encontrar en el hermano de Mirah una naturaleza mucho más que digna en relación con la de ella, conllevaba el peso de la solemnidad y la tristeza; la unión entre hermano y hermana era en realidad el primer paso de una despedida suprema, como ese beso de despedida que se asemeja a un saludo, esa última mirada amorosa que se convierte en la punzada de dolor más intensa. Luego estaba el peso de la ansiedad sobre la revelación del hecho a ambas partes, y las cosas que sería deseable tener en cuenta antes de hacerlo. Supongo que todos nos habríamos sentido como se sentía Deronda, sin caer en el esnobismo o en la noción que los deberes fundamentales de la vida exigen un traje de día y de noche, que era un

deseo admisible que el primer encuentro de Mirah con su hermano estuviese libre de cualquier condición externa irritante. El sentido común le indicaba alejar si era posible a Mirah del resto de los Cohen, a pesar de sus buenas intenciones, hasta que pudiera conocerlos bien y reconocer con gratitud la amabilidad que habían mostrado con su hermano. Iba a intentar por todos los medios que el entorno de Mardoqueo fuera lo más adecuado posible para su frágil estado, y que no dificultara que se relacionara con los demás, a parte de la perspectiva decisiva de que Mirah fuera a vivir con él, y cuidara de él el resto de su preciosa vida. En los dramas heroicos, los grandes reconocimientos no quedan gravados con estos detalles; y a buen seguro Deronda tenía un interés tan reverencial por Mardoqueo y Mirah como podía haberlo tenido en la descendencia de Agamenón[228]; pero a él le preocupaban los destinos que aún se movían por las oscuras calles de nuestra vida terrestre, que todavía no se habían elevado hacia las constelaciones, y vio que su tarea era muy fina y delicada, especialmente la de persuadir a Mardoqueo que cambiara de casa y de costumbres. Respecto a los sentimientos y a la decisión de Mirah no tenía dudas: habría una completa unión de sentimientos por la madre fallecida, y Mirah entendería la grandeza de su hermano. Sí, grandeza: esa era la palabra que Deronda escogió deliberadamente para referirse a la impresión que Mardoqueo le había producido. Se dijo a sí mismo, tal vez desafiando en parte su espíritu más negativo, que este hombre, por muy erráticas que fueran algunas de sus interpretaciones, este trabajador judío tan tísico vestido de harapos, alojado por caridad, que se entregaba a unos oyentes que no le hacían más caso que el que se hace a los repiques que suenan en las plazas de los mercados, disponía de los principales elementos de grandeza: una mente que acompañaba conscientemente y con energía a la mayoría de los destinos humanos, pero no sin ser menos consciente ni mostrar menos ternura hacia los pasos que daban los más próximos y necesitados; capaz de concebir y elegir una tarea que le ocupase toda la vida sobre cuestiones lejanas, y capaz también del heroísmo no reconocido que rechaza la ruta del éxito ante la llamada del deber más cercano, que reside en el latido de los corazones más próximos a nosotros, como un pájaro que alimenta a su pollito recién nacido.

Deronda se sentía esta noche conmovido por tener que cargar con lo poco que quedaba de esta vida ferviente. Le había afectado en especial la indiferencia con que habían tratado a Mardoqueo sus amigos en el club. Su propia experiencia de lo poco que puede afectar el ardor en mentes ordinarias había incrementado sus reservas; y aunque para él la actitud más fácil era la tolerancia, tenía otra tendencia capaz de convertirse en una debilidad: no le gustaba aparecer excepcional o arriesgarse a insistir en su propia opinión de

forma inefectiva. Pero esa prudencia justo ahora le parecía desdeñable, al haber visto un cuadro completo de las vidas que se consumen en un entusiasmo solitario y sentido como una realidad: mártires de circunstancias oscuras, exiliados en la rareza de sus propias mentes, que al volcarse en los demás no son para estos más que un largo soliloquio pasional —a menos que tal vez al final, cuando se acercan a las costas invisibles—, algunos signos de reconocimiento y realización penetren las nubes de la soledad; o quizás ocurra con ellos como con el agonizante Copérnico, que le hicieron tocar la primera copia impresa de su libro cuando ya se le había ido el sentido del tacto, y pudo verlo solamente como un objeto nublado entre las sombras profundas.

Deronda estaba cerca de alcanzar uno de esos exilios espirituales, y formaba parte de su naturaleza sentir la relación como una cadena pesada, más aún, sentir que su imaginación se dirigía sin repugnancia en la dirección de los deseos de Mardoqueo. Con toda su latente objeción a los proyectos que solo estaban definidos en general y fueran poco claros en los detalles, en el fondo de su corazón se sentía uno con este hombre que proféticamente le había seleccionado: las líneas de lo que podría llamarse su teoría emocional le habían conmovido. No tenía la conciencia judía, pero sí una añoranza, tanto más fuerte por la negación que había sido su agravio, tras la obligación de los reconocidos lazos filiales y sociales. Estaba preparado para la obediencia difícil. De esta forma aceptó su nueva tarea de buena gana; y de nuevo pensó que su principal ayudante sería la señora Meyrick. Era a ella a quien debía hacer saber en primer lugar el descubrimiento del hermano de Mirah, y con ella tenía que preparar los primeros pasos que había que dar para juntar a los dos hermanos perdidos. Felizmente, el mejor barrio para un paciente tísico no distaba mucho de la pequeña casa en Chelsea, y la primera tarea que tuvo que hacer Deronda para este profeta hebreo que le reclamaba como heredero espiritual, era procurarle un albergue saludable. La ironía de las mezclas terrestres es tal, que los héroes no siempre han tenido alfombras ni tazas de té propias; y vistos por el vendedor de caballa a través de la ventana abierta, puede que hayan sido invitados con cierto optimismo a pagar el trescientos por cien con cuatro peniques. Sin embargo, la mente de Deronda estaba ocupada en ver cómo conseguiría que una residencia amueblada se llegara a parecer a una casa refinada, desmantelando sus propias habitaciones de sus mejores libros de pergamino, su silla más cómoda, y los bajorrelieves de Milton y Dante.

Pero, ¿no iba a estar Mirah allí? ¿Qué mobiliario puede dar un mejor toque a una habitación más que el rostro tierno de una mujer? ¿Y existe alguna armonía de matices que provoque más encanto que la

dulce modulación de su voz? Por lo menos, pensó Deronda, Mardoqueo va a recibir este bien por haber fijado su imaginación en mí. Ha recobrado a una hermana perfecta, cuyo afecto le está esperando.

CAPÍTULO 44

Entre los cuentos folklóricos de hadas,
escucha la semilla que germina en primavera,
y como música para su baile
escucha cómo se despiertan los cercos de plantas,
sabia que tiembla en los brotes
y envía pequeñas corrientes rítmicas
de sonidos mágicos a oídos mágicos.
Y así, toda la belleza que aparece
nace como sonido para los sentidos
más finos y la inteligencia más despierta.

¿Y Gwendolen? Estaba pensando en Deronda mucho más de lo que él pensaba en ella, preguntándose a menudo cuáles eran sus ideas "sobre las cosas" y en qué ocupaba su tiempo. Pero un perrito faldero se hallaría necesariamente perdido si intentara comprender los motivos y aventuras de su vida a largo plazo; y Gwendolen estaba tan lejos de imaginarse que la vida de Deronda pudiera estar determinada por el destino histórico de los judíos, como de poder subir por los aires sobre un caballo metálico y desparecer en el horizonte en la forma de una estrella centelleante.

Con todo el sentido de inferioridad que había caído sobre ella, era inevitable que imaginara que estaba en los pensamientos de él ocupando un espacio mayor de lo que en realidad poseía. Solo las personas mayores y sabias no deben de ver su propia ansiedad o júbilo reflejada en otras mentes; y a Gwendolen, en su juventud y en su soledad interior, se le puede excusar por pensar demasiado en esos signos de interés especial que había en ella y mostrados por la persona que la había impresionado con la sensación de sumisión, y por confundir el color y la proporción de esos signos en la mente de Deronda.

Mientras tanto, ¿qué le diría él que debía hacer? «Dijo que tenía que interesarme más por los demás, y saber más de ellos, y que me tienen que importar las cosas mejores, ¿pero por dónde empiezo?». Se preguntó qué libros le habría él aconsejado llevarse a su habitación, y

recordó los escritores famosos que ni había mirado ni había encontrado interesantes para leer, deseando con una media sonrisa que pudiera preguntar maliciosamente a Deronda si no eran los libros llamados "medicina para la mente". Entonces se arrepintió de su descaro, y cuando estaba segura de que nadie la observaba hizo una selección miscelánea: Descartes, Bacon, Locke, Butler, Burke, Guizot, sabiendo, como una joven dama inteligente y educada, que estos autores eran ornamentos de la humanidad, estando segura que Deronda los había leído, y esperando que penetrando en ellos todos en sucesión, con su rápida comprensión podría llegar a un punto de vista más próximo a su nivel.

Pero era sorprendente el poco tiempo que podía sacar para estas vastas excursiones mentales. Constantemente tenía que aparecer en escena como la señora Grandcourt y sentirse observada en ese papel por los ojos severos de un marido que había hallado un motivo para ejercer su tenacidad: el de hacer que su matrimonio cumpliera con cualquier objetivo que fijara, y cuanto más lo cumplía más se daba cuenta de lo que a ella no le gustaba. Y ella misma, por mucho que internamente se rebelara, no podía dejar de cumplir con su papel. No había por el momento ningún sentimiento que la hubiera reconciliado con cualquier acto, palabra o mirada que significara una confesión al mundo: y lo que más temía era no controlar algún impulso violento que descubriera una confesión involuntaria: era su obstinación en permanecer callada en cualquier otro ámbito lo que la había lanzado con la mayor impetuosidad a descubrirse ante Deronda, en el que pensaba continuamente como una ayuda para ella. Montar a caballo, ir a cazar, las visitas que hacía y que recibía, todo lo llevaba a cabo con un espíritu de hazaña, que sirvieron para que todo el mundo alrededor de Diplow, durante esas semanas del año nuevo, pensaran que la señora Grandcourt llevaba sus honores, no con entusiasmo y alegría juvenil, pero sí con triunfo.

—Lo disfraza bajo un aire de tomarlo todo como algo natural —dijo la señora Arrowpoint—. Alguien que no la conociera supondría que ha condescendido más que haberse levantado. Siempre noté esa doblez en ella.

Para su madre Gwendolen vivía en una satisfacción completa, y la pobre señora Davilow fue tan engañada que tomó la inesperada distancia a la que la mantuvieron, a pesar de lo que creía ser un comportamiento muy hermoso por parte de Grandcourt en proveerla de lo necesario, como una gran indiferencia de su hija, ahora que el matrimonio había creado nuevos intereses. Ser llevada a almorzar y luego a cenar con los Gascoigne, ser conducida temprano tras el desayuno a la mañana siguiente, y recibir breves visitas de Gwendolen en las que su marido la esperaba fuera bien a caballo o bien sentado

en el carruaje, era toda la relación social que se le permitía a su madre.

La verdad era que, la segunda vez que Gwendolen propuso invitar a su madre con el señor y la señora Gascoigne, Grandcourt al principio permaneció en silencio y luego dijo arrastrando las palabras:

—No podemos tener siempre a *esa gente*. Gascoigne habla demasiado. Los clérigos campestres son siempre aburridos, no dejan de hacer aspavientos perplejos acerca de todo.

Esa conversación estaba llena de un presentimiento para Gwendolen. Que a su madre la clasificaran como "esa gente" era suficiente para confirmar su previo temor a acercarla demasiado. Pero aún así, no podía decirle las verdaderas razones, no podía decir a su madre:

—El señor Grandcourt quiere rebajarte tanto como sea posible; y además, es preferible que no veas mucho de mi vida de casada, ya que acabarías por darte cuenta de que soy desgraciada. —Así que rechazó tan delicadamente como pudo cualquier alusión al tema; y cuando la señora Davilow sugirió de nuevo la posibilidad de venirse a una casa cerca de Ryelands, Gwendolen dijo—: No sería tan bueno para ti como estar cerca de la rectoría, mamá. Tal vez estaríamos muy cerca en Ryelands, pero echarías de menos a mis tíos.

Y a su vez, este veto despectivo de su marido hacia cualquier intimidad con su familia, al no querer que pensaran que era por ser invitados problemáticos, hizo que se pusiera más de su parte. Nunca había actuado con tanta amabilidad hacia su tío, tan dispuesta a revalorar su actividad alegre y complaciente y su espíritu de administración afable, incluso cuando se equivocaba, como algo más confortable que la eminencia neutral diaria que la dejaba fría. Y en esto tal vez estaba encontrando inconscientemente una expansión mental que era difícil conseguir en sus saltos ocasionales a los autores duros, que en lugar de mezclarse con sus agitaciones diarias requerían que las rechazara.

Fue una deliciosa sorpresa que el señor y la señora Gascoigne encontraran un día en Offendene a Gwendolen montada en su caballo sin su marido, solo con el mozo de caballos. Todos, incluidas las cuatro chicas y la señorita Merry, sentados en el comedor almorzando, pudieron ver su saludo de aproximación; e incluso las mayores no estaban desprovistas de ese sentimiento romántico isabelino de que la hermosa hermana sobre el espléndido corcel, que sostenía su cabeza como si estuviera orgulloso de llevarla, era una especie de Harriet Byron o de señorita Wardour[229], que reaparecía tras el "fueron felices para siempre".

Su tío se dirigió a la puerta a darle la mano, y ella saltó de su caballo con una presteza que bien podría alentar la noción de felicidad

asegurada; pues Gwendolen se sentía hoy particularmente inclinada a tranquilizar el ánimo de su madre, y la sensación inusual de libertad al poder realizar esta visita sola la capacitaba para soportar la presión de los actos dolorosos que era necesario realizar. Los siete besos familiares no fueron tan agobiantes como solían ser.

—El señor Grandcourt ha salido, así que decidí llenar el tiempo viniéndote a ver, mamá —dijo Gwendolen, mientras se sacaba el sombrero y se sentaba a su lado; y luego, mirándola con un aire admonitorio y juguetón, le dijo—: Esto es un castigo por no llevar un lazo más bonito en la cabeza. No creías que viniera y lo detectara, ¡no te preocupas por ti nada en absoluto, mamá! —Y dio un golpecito cariñoso a su querida cabeza.

—Recrimíname, querida —dijo la señora Davilow, a la que se le iluminó encantadoramente su rostro desgastado—. Pero me gustaría que comieras algo después de tu carrera, en vez de estas migajas. Deja que Jocosa te haga una taza de chocolate como en los antiguos tiempos. Solía gustarte.

La señorita Merry se levantó inmediatamente y salió de la sala, aunque Gwendolen dijo:

—Oh, no, un pedazo de pan, o una de esas galletas duras. No puedo pensar en comer. He venido para despedirme.

—¿Qué? ¿Os marcháis de nuevo a Ryelands?

—No, nos vamos a la ciudad —dijo Gwendolen, partiendo un trozo de pan, pero sin llevárselo a la boca.

—Es un poco pronto para ir a la ciudad —dijo la señora Gascoigne — y el señor Grandcourt no está en el Parlamento.

—Oh, solo nos queda un día de caza, y Henleigh tiene algunos negocios con abogados, creo —dijo Gwendolen—. Estoy muy contenta. Me gustará ir a la ciudad.

—Verás la casa que tienes en la plaza Grosvenor —dijo la señora Davilow—. Tanto ella como las chicas devoraban con los ojos cada movimiento de su diosa, que pronto se iría.

—Sí —dijo Gwendolen, en un tono de asentimiento al interés de la expectativa—. Y hay tanto que ver y hacer en la ciudad.

—Me gustaría, mi querida Gwendolen —dijo el señor Gascoigne, en un tono de consejo cordial—, que usaras tu influencia con el señor Grandcourt para inducirle a entrar en el Parlamento. Un hombre de su posición tendría que dejar su peso en la política. Los mejores expertos confían en que el ministerio tendrá que recurrir al país en esta cuestión de la siguiente Reforma, y el señor Grandcourt está preparado para la oportunidad. No estoy del todo seguro de que sus opiniones coincidan plenamente con las mías; no le he oído expresarse muy a fondo. Pero no miro al asunto desde ese punto de vista. Estoy

pensando en que tu marido apoye el país. Y ha llegado a ese estadio de la vida en que un hombre como él debería entrar en los asuntos públicos. Una mujer tiene una gran influencia sobre su marido. Usa la tuya en esa dirección, querida.

El rector sintió que al decir esto se estaba exculpando de un deber, y reconociendo algo así como el aspecto de un beneficio público en el enlace de su sobrina. Para Gwendolen todo el discurso le olía a comedia amarga. Si hubiera sido feliz, se habría reído ante la explicación de su tío de que no le había oído expresarse muy a fondo en política. ¡Y en la gran influencia de la mujer! Las máximas generales sobre maridos y mujeres parecen ahora de una utilidad precaria. La misma Gwendolen había creído una vez en su futura influencia como una omnipotencia en controlar, sin saber exactamente qué. Pero su principal preocupación ahora era dar una respuesta que se considerara apropiada.

—Me encantaría, tío. Pero creo que al señor Grandcourt no le gustarían los problemas de una elección, a menos que ocurrieran sin la necesidad de dar discursos. Creía que los candidatos siempre hacen discursos.

—No necesariamente, en buena medida —dijo el señor Gascoigne —. Un hombre de peso y posición puede situarse sin recurrir mucho a ellos. Un miembro del condado no tendrá muchos problemas en ese sentido, y tanto fuera como dentro del Parlamento cae uno mejor si no es un gran orador. Dile al señor Grandcourt que te he dicho eso.

—Ya llega Jocosa con mi chocolate, después de todo —dijo Gwendolen, escapándose de la promesa de dar información que a todas luces habría sido recibida como inconcebible por el buen rector, el cual, apartando un poco la silla de la mesa y cruzando las piernas, parecía tan satisfecho como si fuera un espécimen apropiado de un clérigo magistrado que da un consejo experimentado. El señor Gascoigne había llegado a la conclusión de que Grandcourt era un hombre orgulloso, pero el amor propio del señor Gascoigne, calmado en la vida por la conciencia de su valía general y sus ventajas personales, no era tan irritable como para impedirle esperar lo mejor del marido de su sobrina solo porque dejaran a su tío de lado arrogantemente. Se debe permitir cierto desapego con el representante de una antigua familia; no hay que pretender que esté de acuerdo incluso con las ideas abstractas. Pero la señora Gascoigne no era tan desapasionada como su marido, y atribuía la esquivez de Grandcourt a algo inculpable a Gwendolen.

—Tu tío y Ana muy probablemente estarán en la ciudad por Pascua —dijo, con una vaga sensación de expresar un ligero descontento—. El querido Rex espera conseguir honores y una beca, y quiere que su padre y Ana se encuentren con él en Londres, para que

se regocijen juntos, como él mismo dice. No me extrañaría que Lord Brackenshaw les invitara, ha sido tan amable desde que regresó al Castillo.

—Espero que mi tío traiga a Ana a vivir a la plaza Grosvenor —dijo Gwendolen, arriesgándose incluso hasta este punto, dadas las circunstancias, pero deseando en realidad que nunca se viera obligada a acercar a nadie de su familia a Grandcourt de nuevo—. Me alegro mucho de la buena suerte de Rex.

—No debemos precipitarnos, y alegrarnos demasiado antes de tiempo —dijo el rector, que disfrutaba como nadie hablando de este tema, sobre todo ahora que se podía, una vez que el asuntillo con Gwendolen había terminado tan bien—. Aunque siguiendo los juicios imparciales, todo son grandes esperanzas para mi hijo, como un joven de cabeza singularmente brillante. Y de su excelente disposición y sus principios tengo la mejor evidencia.

—Algún día tendremos un gran abogado —dijo la señora Gascoigne.

—¡Qué hermoso! —dijo Gwendolen, con un escepticismo encubierto respecto a la hermosura en general, lo que dejaba que la palabra se aplicase más bien a los abogados.

—Hablando de la amabilidad de Lord Brackenshaw —dijo la señora Davilow—, no sabes lo encantador que ha sido, Gwendolen. Me ha rogado que me considerase su invitada en su casa hasta que pueda conseguir otra que me guste; lo hizo de la forma más elegante. Pero ahora ha aparecido una casa. El viejo señor Jodson ha muerto, y podemos ir a su casa. Es justo lo que quiero; pero sin nada horroroso que te haga desgraciada al pensar en ello. Y solo está a una milla de la Rectoría. ¿Recuerdas la casa baja blanca casi escondida por los árboles, cuando tomamos la vereda hacia la iglesia?

—Sí, pero no tienes muebles, pobrecita mamá —dijo Gwendolen, en un tono melancólico.

—Oh, estoy ahorrando dinero para eso. Ya sabes quién me ha hecho casi rica, querida —dijo la señora Davilow, poniendo su mano sobre la de Gwendolen—. Y Jocosa nos cuesta tan poco que mantenga la casa, es maravilloso.

—Oh, por favor, déjame subir contigo y arreglarme el sombrero, mamá —dijo Gwendolen, llevándose de repente la mano al pelo y desarreglándoselo un poco, tal vez expresamente. Su corazón se estaba ensanchando y estaba a punto de llorar. Su madre habría estado peor, si no fuera por Grandcourt—. Supongo que no volveré a ver todo esto nunca más —dijo Gwendolen, mirando a su alrededor, mientras entraban en la habitación negra y amarilla; luego, se dejó caer en una silla enfrente de la ventana dando un pequeño gemido como de fatiga corporal. En su resolución por no llorar se había puesto muy pálida.

—¿No te encuentras bien, querida? —dijo la señora Davilow.

—No, ese chocolate me ha puesto enferma —dijo Gwendolen, alzando la mano para que se la cogiera.

—Se me debería permitir ir a tu casa si estás enferma, cariño —dijo la señora Davilow, con cierta timidez, a la vez que apretaba la mano contra su regazo. Algo le hacía ver hoy que su niña la quería, que la necesitaba como nunca.

—Oh, sí —dijo Gwendolen, inclinando la cabeza hacia su madre, aunque hablando tan superficialmente como pudo—. Pero ya sabes que nunca estoy enferma. Soy tan fuerte como puedo; Y no debes apurarte por mí, sino ser tan feliz como puedas con las chicas. Son mejores hijas de lo que yo he sido, ya sabes. —Volvió su rostro con una sonrisa.

—Tú siempre has sido buena, querida. No recuerdo nada más.

—¿Cómo? ¿Qué es lo que hice que fuera bueno para ti, salvo casarme con Grandcourt? —dijo Gwendolen, en una desesperada resolución por parecer alegre, y alejarse del terreno peligroso de las emociones—. Y no lo habría hecho si no me complaciera a mí también. —Elevó un poco el mentón, y cogió su sombrero.

—¡Por Dios, hija mía! No te habría dejado que te casaras por mí. Tu propia felicidad es media felicidad mía.

—Muy bien —dijo Gwendolen, arreglándose el sombrero quisquillosamente—, entonces te contentarás con pensar que eres medio feliz, que es más de lo que estoy acostumbrada a verte. —Las últimas palabras las dijo con su vieja sonrisa juguetona—. Ya estoy lista; pero, oh, mamá, el señor Grandcourt me da una cantidad de dinero y espera que la gaste, y no puedo gastarlo; y ya sabes que no soporto la caridad para los niños y todo eso; así que aquí tienes treinta libras. Quisiera que las chicas las gastaran por mí en pequeñas cosas para ellas cuando vayáis a la nueva casa. Díselo. —Gwendolen puso los billetes en las manos de su madre y apartó rápidamente la mirada, y se dirigió a la puerta.

—Dios te bendiga, querida —dijo la señora Davilow—. Les satisfará tanto que hayas pensado en ellas en particular.

—Oh, ellas son cosas inoportunas; pero no me importunan ahora —dijo Gwendolen, girándose y asintiendo alegremente. Apenas entendía su propio sentimiento en este acto hacia sus hermanas, pero en cualquier caso no quería que fuera tomado por algo serio. Estaba contenta de haber salido de la habitación sin mostrar más signos de emoción, y continuó el resto de su visita y todas sus despedidas con tanto decoro que se dijo sarcásticamente mientras regresaba a caballo: «Creo que estoy consiguiendo ser una muy buena señora Grandcourt».

Creía que su marido había ido a Gadsmere ese día; había deducido

eso, igual que había deducido hacía tiempo quiénes eran los inquilinos de lo que él había descrito como “un lugar para perros en un país oscuro”; y los extraños conflictos de sentimientos en su interior tuvieron el efecto característico de enviarla a Offendene con una determinación fija —una forma de excitación innata en ella—.

Se maravillaba de sus propias contradicciones. ¿Por qué le amargaba que Grandcourt se preocupara por los seres que por su culpa ella misma sentía remordimientos? ¿No había decidido ella en su interior hablar y actuar en su nombre? Y dado que últimamente él había dicho que quería ir a la ciudad porque tenía que arreglar unas cosas de su testamento, ella debería haberse alegrado de cualquier signo que le mantuviera consciente de las necesidades de los de Gadsmere; y aun asi, ahora que era su mujer, la sensación de que Grandcourt había ido a Gadsmere le sulfuraba. Había sobrellevado esta indignidad en sus propios ojos —esta humillación de ser condenada a un silencio terrible para que su marido no descubriera qué es lo que conocía cuando se había casado con él; y como había dicho a Deronda, “tenía que seguir”—. Tras los intensos momentos de odio secreto hacia este marido que desde el principio la había atemorizado, siempre volvía la presión espiritual que hacía inevitable la sumisión. Cada signo de libertad que se le concedía le traía nuevas y peores humillaciones. Gwendolen no podía atreverse a nada salvo una acción impulsiva —menos aún podía desafiar con premeditación un futuro incierto en el que la única certeza fuera la indignidad—. A pesar del remordimiento, parecía todavía un resultado peor de su matrimonio que se pusiera ella misma en evidencia; y su humillación resultaba aligerada al pensar que solo la señora Glasher era consciente del hecho que la causaba. Pues Gwendolen nunca había contado a Lush la entrevista en las Piedras Susurrantes; su tendencia a un vago terror envolvía cualquier amenaza de poder fatal en una omnipresencia escondida, y le dificultaba imaginar la forma por la que habían llegado las noticias a la mujer que tenía la habilidad venenosa de una bruja. Gwendolen creía que el secreto no había salido de la señora Glasher, y algunas de las palabras de la horrible carta implicaban que la señora Glasher haría revelaciones terribles al marido, así como a la usurpadora señora Grandcourt.

Había algo más, también, que creía que era un secreto para su marido, aunque en realidad no lo era tanto, a saber, la lucha reprimida de rebelión desesperada que ella misma temía. Grandcourt ciertamente no podía imaginarse del todo cómo le afectaban las cosas a Gwendolen: no se imaginaba nada de ella salvo lo que afectaba a la gratificación de su propia voluntad; pero en este punto tenía la sensibilidad parecida a la adivinación. Lo que observamos exclusivamente, sin fijarnos en nada más, podemos verlo

confundiendo las proporciones; y no era probable que Grandcourt fuese infalible en sus valoraciones respecto a esta mujer controlada por muchos poderes ocultos, para él inexistentes. Magnificó su resistencia interna, pero eso no rebajó su satisfacción por el control que tenía de ella.

CAPÍTULO 45

Observad el carruaje de mi dama detenido en el camino,
con un lacayo empolvado y un caballo que espera,
barre la estera y pisa la escalera carmesí,
su ardua función solo es "estar allí".
Como Sirio[230] alzándose sobre el mar silencioso,
esconde su corazón en un brillo altivo.

Así que los Grandcourt llegaron a la plaza Grosvenor a tiempo de recibir una carta de invitación para la fiesta musical en casa de Lady Mallinger, habiendo razones de negocio para que Sir Hugo supiera de antemano que su malquerido sobrino estaba viniendo. Era la tercera noche desde su llegada, y Gwendolen no prestó mucha atención a su nueva vivienda ni al mobiliario, preocupada con la certeza de que iba a hablar otra vez con Deronda, así como a ver a la señorita Lapidoth que había sufrido tanto, y «era capaz de someterse a cualquier forma de deber». Pues Gwendolen recordaba casi cada palabra que Deronda había dicho sobre Mirah, y especialmente esa frase, que se repetía a sí misma con amargura, al ser vagamente consciente que su propia sumisión era algo muy diferente. Se habría visto obligada a admitir, si alguien se lo hubiera dicho, que a lo que ella se sometía no era algo que tomase la forma del deber, sino que era sumisión a un yugo que le había llegado por una acción de la que se avergonzaba, y que lo soportaba con la fuerza de los motivos egoístas que no dejaban lugar al deber.

Las salas de recepción de Park Lane, todas blancas, doradas y de un pálido carmesí, estaban amuebladas con gusto y no había muchos invitados antes de que entraran el señor y la señora Grandcourt; y tras un intervalo de movimiento y charla siguió más de media hora de música instrumental. Klesmer se hallaba allí con su esposa, y en su interés benévolo por Mirah, propuso acompañarla en su canto del *O patria mia* de Leo, que anteriormente le había recomendado elegir, como algo que le aportase a ella más distinción que otra música más conocida. Estaba ya en el piano, y Mirah de pie de forma bien visible, cuando Gwendolen, sublime en su vestido aterciopelado de pálido

color verde y con sus diamantes envenenados, fue conducida a un sitio de honor, bien a la vista de todos. Gracias a su buena vista y su autocontrol tenía el raro poder de distinguir rápidamente a las personas y objetos al entrar en una sala llena, y mientras miraba a Mirah, no descuidó de intercambiar una inclinación de cabeza con Klesmer mientras pasaba por su lado. La sonrisa produjo en ambos un rápido destello que les recordó esa mañana en la que su ambición era ocupar el sitio de la "pequeña judía", y contemplar a una gran audiencia desde el rango superior de su talento, pero en lugar de ello, era una más de las del gentío ordinario, cubierta de seda y de gemas, cuya máxima actuación debía ser admirar o hallar fallos. «Cree que ahora voy por buen camino», se dijo con resentimiento escondido.

Gwendolen no había llegado a ver a Deronda mientras se dirigía a su puesto, y cuando se sentó y comenzó a entablar una conversación con Sir Hugo, miró a su alrededor con cuidada desenvoltura, saludando a los que reconocía por aquí y por allí, y temerosa de que su marido se diera cuenta si buscaba ansiosamente a Deronda, y le reprochara posteriormente de hacer algo "terriblemente vulgar". Pero cualquier viaje, incluso el que se hace con una lenta y gradual mirada por una habitación, trae consigo encuentros no deseados, y entre los ojos que se toparon con los de Gwendolen, que la obligaron a inclinar ligeramente la cabeza, estaban los del "principiante demasiado aficionado a Meyerbeer" —el señor Lush, al que Sir Hugo seguía encontrando útil como mestizo entre caballeros—. Estaba de pie cerca de su marido, quien, sin embargo, le daba la espalda, y se suponía que escuchaba a Lord Pentreath. ¿Cómo es que en este momento, por primera vez, le venía a Gwendolen, como una desagradable sensación, la idea de que este hombre conocía todo de la vida de su marido? Había sido apartado de su vista, según su deseo, y ella había quedado satisfecha; se había olvidado completamente de él, había sido apartado por otras personas que ocupaban el drama de su vida, en el que Lush no pintaba nada. Y de repente aparecía codo con codo con su marido, y le vino a la mente, como un recuerdo fabricado instantáneamente en un sueño, la sensación de que estaba relacionado con los secretos que la hacían desgraciada. Fue consciente del esfuerzo que supuso apartar de él la vista, intentando continuar su rastreo como si no hubiera visto nada más importante que una pintura en la pared, hasta que descubrió a Deronda. Pero él no la estaba mirando, y ella acabó apartando sus ojos de los suyos sin haber obtenido ningún reconocimiento, consolándose con la certeza de que tenía que haberla visto pasar. De hecho, no estaba lejos de la puerta con Hans Meyrick, del que se había preocupado que no faltara de la lista de Lady Mallinger. Ambos estaban más ansiosos de lo normal por temor a que Mirah no lograra lucirse. Deronda incluso se sintió a punto de ser

traicionado por sus emociones, sobre todo ahora que la presencia de Mirah le evocaba imágenes sucesivas de lo que había pasado hasta entonces y de lo que estaba por venir —todo centrado en el hermano que pronto le iba a descubrir a ella—; y escapó tan rápido como pudo del lado de Lady Pentreath, que había dicho con su voz de violoncello:

—Bien, su judía es hermosa, nadie puede negarlo. Pero ¿dónde está su descaro judío? Parece tan recatada como una monja. Supongo que lo aprendió de los escenarios.

Estaba empezando a sentir en nombre de Mirah algo parecido a lo que él había sentido por sí mismo en su época infantil angelical cuando Sir Hugo le preguntó si le gustaría ser un gran cantante —una aversión indignante a que se fijaran en ella de una forma gratuita y superficial, como si fuera una mercadería de importación pagada desdeñosamente por el público de moda, y le dolía aún más porque sabía que Mardoqueo sentiría que el nombre "judía" era tomado como una especie de sello, como la inscripción de una seda china. Vio entrar a los Grandcourt en este estado susceptible, y Hans capturó inmediatamente su atención hablándole de «esa belleza propia de una duquesa de Van Dyck»[231]. Os ruego que perdonéis a Deronda que sintiera en este momento una renovación transitoria de su primer sentimiento de repulsa hacia Gwendolen, como si ella y su belleza y sus faltas fueran las culpables por subestimar a Mirah como mujer —un sentimiento parecido a la hostilidad entre clases, cuyo afecto por lo que no es reconocido del todo por los demás, ya sea en personas o en poesía, raramente nos permite escapar—. Cuando Hans admiró a Gwendolen con su hipérbole habitual, le respondió con un sarcasmo que no era del todo honesto:

—Pensaba que no podías admirar a ningún otro tipo de mujer que no fuera tu Berenice.

—Ese es el tipo que adoro, no que admiro —dijo Hans—. Los demás tipos de mujeres pueden perderme, pero Berenice podría hacerme más bueno, que es algo mucho más difícil.

—Silencio —dijo Deronda, bajo el pretexto que la canción iba a empezar. No estaba tan satisfecho con la respuesta como cabía esperar, y se sintió aliviado de que Hans avanzara unos cuantos puestos.

Deronda nunca había oído a Mirah cantar el *O patria mia*. Conocía bien la *Oda a Italia* de Leopardi (en la que Italia aparecía sentada como una madre desconsolada encadenada, escondiendo su rostro en sus rodillas y llorando), y las pocas palabras selectas le inspiraron con la grandeza del poema entero, que parecía respirar a través de la música. Al cantar esto Mirah, la presencia de Mardoqueo era más que nunca una con la de ella. Ciertas palabras, a pesar de no estar incluidas en la canción, sonaban dentro de Deronda como armonías

invisibles:

> *Non ti difende*
> *nessun de tuoi! L'armi, qua l'armi: io solo*
> *combatterò, procomberò sol io*[232].

Parecían la misma voz de la pasión heroica que erróneamente se dice que se adora a sí misma en vano una vez ha conseguido el objetivo endiosado de su amor egoísta. Y esa pasión la sentía ahora Deronda como la viva imagen de un hombre que moría impotentemente lejos de la posibilidad de luchar.

Mirah sentía lo mismo. Mientras sonaba el aplauso general, Klesmer ofreció un testimonio más valioso, perceptible solo para ella:

—Bien, bien, el crescendo mejor que antes.

Pero su principal ansiedad era saber si había satisfecho al señor Deronda: cualquier error por su parte esta noche la habría apenado como una falta de consideración hacia él. Por supuesto, todas sus perspectivas se debían a lo que él había hecho por ella; y aún más, esta ocasión de cantar en la casa que era su hogar traía consigo una demanda peculiar. Ella le miró desde lejos, y él la vio; pero permaneció donde estaba, y observó la avenida de admiradores émulos que la rodeaban, y que enseguida hicieron hueco a Gwendolen, que se acercó para que el señor Klesmer se la presentara. Ahora que todo había ido bien para "la pequeña judía", Daniel cedió en su postura respecto a la pobre Gwendolen, al verla en todo su esplendor, y su memoria retrocedió, con cierto remordimiento por su dureza momentánea, a todos los signos y confesiones que delataban que también ella necesitaba ser salvada; y era una salvación mucho más difícil que la de una persona deambulando por el río, una salvación para la que él mismo se sentía impotente. La pregunta silenciosa: «¿Pero no es cobardía convertir eso en una razón para alejarse?», fue la forma en que enmarcó su decisión de acercarse a ella a la primera oportunidad, y mostrar su aprecio por sus confidencias del pasado, a pesar de las insinuaciones en su contra de Sir Hugo.

Klesmer, que se había levantado al acercarse Gwendolen, y que había sido incluido en la conversación con Mirah por ella, continuó cerca de ellos un rato más, mirando al suelo con una sonrisa, que estaba más bien en sus ojos que en sus labios, por el curioso contraste de las dos jóvenes y encantadoras criaturas sentadas en el diván rojo. La ansiedad parecía estar toda del lado de la más espléndida.

—Permítame que le diga lo agradecida que le estoy —dijo Gwendolen—. El señor Deronda me había dicho que estaría encantada de oírla cantar, pero no me imaginaba que lo fuera a estar tanto.

—Es usted muy amable —contestó Mirah, ocupada sobre todo en

contemplar a Gwendolen. Era una experiencia de escenario totalmente nueva relacionarse con grandes damas genuinas con brillantes y cutis genuinos, y le impresionaron ampliamente como si salieran de un drama desconocido, en el que las partes se volvían más trágicas a medida que avanzaba la obra.

—Todos quisiéramos aprender de usted, yo, por lo menos —dijo Gwendolen—. Yo canto muy mal, como le dirá Herr Klesmer —al decir esto, dirigió la vista hacia el poder supremo, con aire malicioso, y continuó—: pero he sido rechazada por no gustarme ser mediocre, puesto que no puedo ser nada más. Creo que usted tiene una doctrina diferente. —Estaba todavía mirando a Klesmer, que dijo rápidamente:

—No si lo que quiere decir es que valdría la pena que usted estudiara más, y que la señorita Lapidoth tuviera el placer de ayudarla. —Dicho esto se marchó, y Mirah, tomándolo todo con seriedad ingenua, dijo:

—Si usted cree que podría enseñarle, estaré encantada. Tengo muchas ganas de enseñar, pero acabo de empezar. Si lo hago bien será porque me acuerdo de cómo me ha enseñado mi maestro.

Gwendolen no supo a qué atenerse pues no se esperaba está respuesta tan rápida y simple de Mirah, y queriendo cambiar de tema, dijo, alejándose un poco del tono con que se había dirigido a ella por primera vez:

—No ha estado mucho tiempo en Londres, creo, pero ¿le presentaron al señor Deronda tal vez en el extranjero?

—No —dijo Mirah—; no le había visto nunca de venir a Inglaterra en verano.

—Pero él le ha visto con frecuencia y le ha oído cantar bastante, ¿verdad? —dijo Gwendolen, en parte porque deseaba oír algo de Deronda, y en parte por la torpeza que supone para cualquiera llevar una conversación vacía de contenido—. Me habló de sus extraordinarias cualidades. Parece conocerla muy bien.

—Oh, yo era pobre y necesitaba ayuda —dijo Mirah, en un tono más sentimental—, y el señor Deronda me ha proporcionado los mejores amigos del mundo. Esa es la única forma por la que llegó a saber algo de mí, porque le di lástima. No tenía amigos cuando vine. Estaba muy afligida. Se lo debo todo a él.

La pobre Gwendolen, que había querido ella misma con esfuerzo ser una artista, no pudo dejar de observar que lo que ella habría considerado una forma más bien ruda de dirigirse hacia ella, no era más que una amable condescendencia para esta judía que estaba dispuesta a darle clases. El único efecto que producía en Mirah cualquier mención de Deronda, era despertar una gratitud reverencial y la preocupación de dejar bien claro que ella estaba en deuda con él.

Pero tanto él como Hans, que observaban a la pareja desde lejos, se habrían indignado si hubieran sabido que la conversación había sido conducida de tal modo que Mirah había tenido que reconocer la ayuda que había recibido. En sus movimientos, no obstante, había una delicadeza exquisita, que tal vez no habría podido expresar con palabras: el sentimiento de que no debía permitir que nadie pensara que Deronda no se había interesado generosamente por ella. La respuesta le encantó a Gwendolen: no pensaba en nada más que en la pronta compasión en la que ella, de otra forma, había confiado; y al ver que Klesmer también se disponía a tocar el piano se alejó satisfecha, sin presentir que esta protegida judía pudiera afectarla en su vida con algo más que la posible mejora de su canto —siempre que las ganas y el humor de la señora Grandcourt consintiera en tomar otras lecciones que las que le estaba dando la vida a un coste bastante alto—.

Con su acostumbrada alternancia de un decidido esmero en las apariencias a cierta indulgencia precipitada hacia el impulso, decidió, bajó el pretexto de alejarse un poco del instrumento, no volver a su sitio anterior, sino que se situó en un canapé donde solo podía tener un compañero al lado. Estaba más cerca de Deronda que antes: ¿fue una sorpresa que viniera a tiempo de estrecharle la mano antes de que empezara la música, y luego, después de que hubiera permanecido un rato de pie en la esquina del canapé en el sitio vacío, el repentino sonido de los bajos y los tiples, que confluían como una convulsión de la naturaleza, pareciera reducir la conducta de los mortales a la insignificancia, y quitarle importancia al hecho de que se sentara?

Pero cuando al final de la actuación de Klesmer la gente comenzó a hablar, lo que Gwendolen había esperado para hablar a sus anchas con Deronda, se dio cuenta de que el señor Lush podía oírles, pues estaba inclinado contra la pared cerca de ellos. No puedo evitar enrojecer de rabia, pero intentó adoptar una actitud de indeferencia cortés, diciendo:

—La señorita Lapidoth es tal como usted la describió.

—Ha tardado usted muy poco en darse cuenta —dijo Deronda, irónicamente.

—No he hallado en ella todas las excelencias de las que me habló, no me refiero a eso —dijo Gwendolen—; pero creo que canta de una forma encantadora, y ella también lo es. Su rostro es maravilloso, en absoluto ordinario; y es una joven muy completa. Creo que llegará a triunfar.

A Deronda le fueron gratas estas palabras, y no las respondió, sino que miró seriamente hacia delante. Ella sabía que estaba descontento con ella, y se estaba impacientando tanto por la cercanía del señor Lush, que le impedía hablar de lo que realmente quería, que meditó

alguna estrategia desesperada para librarse de él, y permaneció también en silencio. Esa limitación pareció durar un buen rato, sin que Gwendolen ni Deronda se miraran el uno al otro, hasta que Lush liberó poco a poco a la pared de su peso y se unió a alguien que estaba más lejos.

Gwendolen inmediatamente dijo:

—Usted me desprecia por hablar artificialmente.

—No —dijo Deronda, mirándola fríamente—; creo que eso es excusable a veces. Pero no pensaba que lo último que estaba diciendo fuese artificial.

—Hubo algo que dije que le disgustó —dijo Gwendolen—. ¿Qué fue?

—Es imposible explicar tales cosas —dijo Deronda—. No se puede comunicar lo que uno siente con palabras.

—Cree que no estoy capacitada para entender lo que siente —dijo Gwendolen, con un ligero temblor en su voz, que intentaba dominar —. ¿Me he mostrado tan estúpida con todo lo que usted ha dicho? — Su mirada era indescriptible, intentando dominar las lágrimas de sus ojos, que estaban fijos en él.

—En absoluto —dijo Deronda, dulcificando un poco su voz—. Pero la experiencia es diferente según para quién. No todos sufrimos ante las mismas cosas. He tenido muchas pruebas de que usted no es estúpida. —Y le sonrió.

—Pero uno puede sentir cosas y no ser capaz de hacer nada mejor por ello —dijo Gwendolen, sin devolverle la sonrisa—, pues notaba que Deronda le hablaba desde la distancia—. Empiezo a pensar que solo podemos ser mejor acercándonos a gente que nos haga tener buenos sentimientos. No debe sorprenderle nada de mí. Creo que es demasiado tarde para que cambie. No sé cómo empezar a ser prudente, como me dijo que fuera.

—Creo que raras veces mis palabras producen algún bien. No tenía que haberme entrometido en lo que no me concernía —dijo Deronda, pensando con tristeza en que su intromisión acerca del desafortunado collar podía no terminar en nada más que en la pena añadida de verla, después de todo, apegada a otro tipo de juego peor que la ruleta.

—No diga eso —dijo Gwendolen, en seguida, viendo que esta podía ser su única oportunidad de expresar lo que sentía, y asustada ante el incremento de su propia agitación—. Si usted desespera conmigo, también yo desesperaré. Cuando me dijo que no debería seguir siendo egoísta e ignorante, me dio fuerzas. Si usted dice que preferiría no haberse entrometido en mis asuntos, eso significa que usted ya no confía en mí y me abandona. Y por consiguiente, usted decide por mí que no podré ser buena. Es usted el que va a decidir,

puesto que podía haberme cambiado manteniéndome tan cerca de usted como le hubiera sido posible, y creyendo en mí.

Ella no había estado mirándole mientras hablaba, sino que miraba al asa del abanico que tenía en sus manos. Con las últimas palabras, se levantó y le dejó, regresando a su sitio anterior, que estaba libre; mientras, los demás iban callándose, esperando oír de nuevo la voz de Mirah, que a continuación, con esa calidad maravillosa del canto refrenado en que la melodía parece simplemente un efecto de la emoción, prosiguió con el *Per pietà non dirmi addio*[233].

Para los oídos de Deronda, su ardor era por el momento una continuación de la súplica de Gwendolen —una dolorosa inquietud de algo vago y difícil, irreconciliable con las condiciones impuestas, y aún así habría sido cruel resistirse—. Por muy extraña que fuera la mezcla que había en ella de un orgullo decidido y un aire precoz de conocer el mundo, con una indiscreta y precipitada astucia, estaba seguro ahora de que esa mezcla existía. Las insinuaciones de Sir Hugo le habían puesto en guardia contra peligros que su propia naturaleza habría rechazado; pero que la confianza de Gwendolen llegaba al punto de ni siquiera imaginarse que él podía malinterpretarla era algo tan manifiesto como la mañana, y esa seducción luchaba con su sensación de peligros presentes, y con el presentimiento de una creciente e incompatible reivindicación sobre él por su parte. Se palpaba en el ambiente el presagio de una colisión dolorosa: por un lado, Mardoqueo agarrándole con su mano moribunda, con todos los ideales y perspectivas que soñaba; por el otro, la bella criatura envuelta en seda y gemas, con su herida escondida y su miedo a sí misma, haciendo un esfuerzo de confianza para apoyarse y encontrarse sostenida. Era como si tuviera una visión de sí mismo implorando con los brazos estirados y gritando, mientras era arrastrado por las olas y obligado a montarse en una barca que le fuera a llevar a una costa lejana. Esa era la sensación de agitación y preocupación que le producían las notas de la canción de Mirah; pero cuando se acabó se fue de su sitio pensando que había exagerado su propia importancia, y que era ridículo haber aceptado enseguida la visión que Gwendolen tenía de él, como si realmente pudiera tener algún poder decisivo sobre ella.

—¡Qué posición más envidiable la tuya! —le dijo Hans—, sentándote en un sofá con una joven duquesa y teniendo una discusión interesante con ella.

—¿Una discusión con ella? —repitió Deronda, algo incómodo.

—Oh, sobre teología, por supuesto, nada personal. Pero te dijo lo que deberías pensar, y luego te dejó alejándose con un porte admirable. ¿Es ella antinomianista?[234]. Si es así, dile que yo soy un pintor antinomianista y preséntamela. Me gustaría pintarla a ella y a

su marido. Él tiene el tipo de hermosura que debía tener el Duque en *Lucrecia Borgia*[235], si para ello pudiera servir un buen barítono, que no puede. —Deronda esperaba sinceramente que lo que había contado Hans acerca de la impresión que su diálogo con Gwendolen hubiera producido en un observador lejano no fuera más que una representación fantástica, como era habitual en él.

Y Gwendolen era consciente que los ojos de su marido podían haber estado puestos en ella, buscando algo que reprochar, alguna ofensa contra su dignidad como mujer suya; su conciencia le decía que no había mantenido el aire perfecto de ecuanimidad en público, que era su ideal. Pero Grandcourt no le hizo ninguna observación a su conducta. Todo lo que dijo cuando eran conducidos de vuelta a casa fue:

—Lush comerá con nosotros entre el resto de los invitados mañana. Le tratarás con cordialidad.

El corazón de Gwendolen comenzó a batir con fuerza. Las palabras que quería exteriorizar, como alguien que devuelve una bofetada, eran: «Estás rompiendo tu promesa, la primera promesa que me hiciste». Pero no se atrevió a decirlas. Estaba tan asustada ante una pelea como si hubiera vislumbrado que acabaría con sus dedos estrangulándole el cuello. Tras una pausa, dijo en un tono más de defensa que de resentimiento:

—Pensaba que no tenías intención de que volviera a frecuentar la casa.

—Lo quiero solo por ahora. Me es útil; y hay que tratarlo con cordialidad.

Silencio. Puede llegar el momento en el que incluso un excelente marido que ha prometido dejar de fumar durante el noviazgo, por primera vez presenta su caja de cigarros a su mujer, con el tácito entendimiento que tendrá que soportarlo. El señor Lush, por así decir, era un puro de los gordos.

Si estas son el tipo de promesas entre amantes de las que se ríe Júpiter, debe pasárselo muy bien.

CAPÍTULO 46

Si alguien me importuna preguntándome una razón por la que le amé, creo que no podría expresarlo de otra forma que con la respuesta: «Porque era él, porque era yo». Hay, más allá de lo que soy capaz de decir, no sé qué poder inexplicable que produjo esta unión.

MONTAIGNE, *Sobre la amistad*[236]

Había llegado la hora de preparar a Mardoqueo para revelarle que su hermana había sido encontrada y para el cambio de residencia que era deseable que hiciera antes del encuentro de Mirah con su hermano. La señora Meyrick, a quien Deronda le había confiado todo excepto la peculiar relación que tenía con Mardoqueo, le había ayudado a encontrar una estancia adecuada en Brompton, a no muchos minutos de distancia a pie de su propia casa, para que ambos hermanos pudieran disfrutar de sus maternales cuidados. Su dichosa mezcla de fervor escocés y vivacidad gaélica le había permitido mantener bien el secreto tanto a las chicas como a Hans, pues cualquier revelación podía hacer levantar las sospechas de Mirah, y tirar por la borda el importante comienzo de ese trabajo que iba a asegurarle su independencia, como así llamamos arbitrariamente a una de las formas más laboriosas y dignas de nuestra dependencia. Y ambos, la señora Meyrick y Deronda, tenían más razones que las que podían expresar de querer que Mirah fuera capaz de mantenerse a sí misma. Tal vez "la madrecita" mantenía el sigilo por las dudas que albergaba respecto al hermano remarcable que le habían descrito; y ciertamente, si sentía alegría y admiración anticipada, era por la fe que tenía en el buen sentido de Deronda. La debilidad de Mardoqueo era un hecho que apelaba a su ternura; pero ¿cómo iba ella a alegrarse de un entusiasmo que, a decir verdad, no podía más que considerar como terquedad judía, y como la presentación indeseable de un hombre cuya conversación no sería más moderna ni animada que la de los Covenanters de Scott?[237]. Su mentalidad era de todo menos prosaica, y compartía parte del encanto de Mab en el romance de la historia de Mirah y su estancia con ellas; pero lo romántico o inusual en la vida real requiere cierta adaptación. Nos sentamos por las

noches a leer sobre Sakyamuni[238], San Francisco u Oliver Cromwell; pero otra cosa es que nos gustara que alguien como ellos nos llamara a la puerta a la mañana siguiente, o incluso que se revelara como una nueva relación. Además, la señora Meyrick había esperado, igual que sus hijas, que el apego de Mirah al judaísmo disminuiría gradualmente, y se uniría poco a poco a la corriente profunda del intercambio afectuoso con sus nuevas amigas. De hecho, lo que más le gustaba secretamente de esta historia es no haber descubierto otras relaciones judías, sino algo mucho más favorable a las esperanzas que ella veía en Hans. Y ahora aparecía un hermano que hundiría a Mirah de nuevo en lo más profundo del sentimiento judío. No pudo evitar decir a Deronda:

—Estoy tan contenta como usted de que su hermano no sea el prestamista: hay Esdras y Esdras en el mundo; y realmente es un consuelo pensar que no todos los judíos son como esos vendedores que no te dejan salir de su tienda; y además, lo que le dijo a usted sobre su madre y su hermana me hace pensar bien de él. Estoy segura de que es bueno. Pero yo nunca hice nada fanático. Supongo que oí demasiadas predicaciones de pequeña, y perdí el gusto por ellas.

—No creo que encuentre que Mardoqueo se entrometa en ninguna predicación —dijo Deronda—. No es lo que yo llamaría un fanático. Para mí un fanático es un hombre cuyo entusiasmo es pequeño y que le han embaucado, de forma que no tiene sentido de las proporciones, y se vuelve injusto y cruel hacia los que no siguen sus huellas. Mardoqueo es un entusiasta; me gustaría reservar esa palabra para las mentalidades más elevadas, aquellas que se preocupan en grado extremo por los grandes beneficios de la humanidad. No es un judío ortodoxo estricto, y permite muchas concesiones para los demás; su conformidad en muchas cosas es una concesión para la condición de otros judíos. La gente con la que vive le quiere de verdad, aunque no puedan entender sus ideas lo más mínimo.

—Oh, bueno, puedo hacer como la madre del prestamista, y gustarme por lo que veo de bueno en él; y donde no veo méritos me fío de su palabra. Según su definición, supongo que uno que idolatrara el sentido común podría considerarse fanático; pues mi pobre marido solía decir que el mundo sería un triste lugar si solo hubiera sentido común en él. Sin embargo, el hermano de Mirah tendrá una buena cama, me he ocupado bien de eso, y taparemos del todo esta ventana para que no entren corrientes de aire. (La conversación tenía lugar en la residencia de destino)—. Es un consuelo pensar que la gente de la casa no son extraños para mí, no son arpías hipócritas. Y cuando mis hijos lo sepan, podremos hacer que las habitaciones sean mucho más bonitas.

—El siguiente paso es decírselo todo a Mardoqueo, y hacer que se

traslade, lo que puede ser un asunto más difícil —dijo Deronda.

—¿Y se lo dirá a Mirah antes de que yo diga nada a mis hijos? —dijo la señora Meyrick. Pero Deronda dudó, y ella prosiguió en un tono de deliberación persuasiva—: No, creo que no. Deje que se lo cuente a Hans y a las chicas la noche anterior, y se marcharán a la mañana siguiente.

—Sí, eso será lo mejor. Pero haga justicia a lo que le he contado sobre Mardoqueo, o Esdras, como supongo que Mirah querrá llamarle; no espante su imaginación haciendo referencias a Habacuc Mucklewrath[239], dijo Deronda sonriendo, pues la señora Meyrick había usado ella misma la comparación de los Covenanters.

—Confíe en mí, confíe en mí —dijo la pequeña madre—. Tendré que esmerarme tanto en conseguir que estén contentos, que me convertiré yo misma. Cuando estoy asustada, encuentro que es una buena cosa tener a alguien enfadado por no ser valiente: calienta la sangre.

Deronda podía haber sido más argumentativo o persuasivo acerca de la opción a considerar sobre el hermano de Mirah, si hubiera estado menos ansiosamente preocupado con la tarea más importante que tenía ante él, de la que quería librarse sin herir a los Cohen. Mardoqueo, con una de sus respuestas memorables, había dejado claro que sería plenamente consciente de cualquier equivocación con respecto a sus sentimientos. Mientras, había estado reuniéndose con Mardoqueo en el *Hand and Banner*, pero ahora, tras la debida reflexión, le escribió para decirle que tenía razones particulares para querer verle en su propia casa a la noche siguiente, y le rogaba sentarse con él en su despacho durante una hora, si los Cohen no lo consideraran como una intrusión. Le llamaría, entendiendo que si hubiera cualquier objeción, Mardoqueo le acompañaría a otro sitio. Deronda esperaba de esta forma crear un poco de expectativas que provocaran un efecto preparatorio.

Fue recibido con la amistad habitual, las mujeres y los niños con algunos vestidos adicionales, y todos los adultos con un ligero aire de sorpresa por el silencio que había mantenido Cohen, pues las transacciones de los invitados con Mardoqueo eran una especie de misterio de las que se sentía orgulloso de pensar que quedaban fuera del alcance de su entendimiento. Pero cuando Deronda dijo: «Supongo que Mardoqueo está en casa esperándome», Jacob, que había sacado sus frutos de las observaciones familiares, se dirigió hacia él y le dijo:

—¿Sobre qué quiere hablar con Mardoqueo?

—Sobre algo que es muy interesante para él —dijo Deronda, pellizcando la oreja del chico—, pero que tú no puedes entender.

—¿Puede usted decir esto? —dijo Jacob, soltando inmediatamente uno de sus versos aprendidos rutinariamente con una mezcla

maravillosa de los sonidos guturales y nasales, y asintiendo con su pequeña cabeza hacia su interlocutor, con la sensación de dar una gran evidencia de que podrían intercambiar sus posiciones.

—No, ciertamente —dijo Deronda, manteniéndose serio—. No puedo decir nada parecido.

—Ya pensaba que no —dijo Jacob, bailando una danza de triunfo con sus pequeñas piernas escarlata, mientras se sacaba varios objetos del fondo de los bolsillos de sus *knickerbockers* y se los volvía a meter, como dando a entender cuáles eran sus recursos; tras lo cual, corriendo a la puerta del despacho, la abrió de par en par, y entró diciendo:

—Mardoqueo, aquí está el joven inflado. —Una copia de la frase de su padre, que le pareció muy adecuada como guindilla para su recitación hebrea.

Su madre y su abuela le llamaron acallándole, y Deronda, entrando y cerrando la puerta tras él, vio que habían puesto una alfombra, una silla, y el fuego y las luces estaban encendidas, como signo de consideración de los Cohen. Cuando Mardoqueo se levantó para saludarle, a Deronda le sorprendió el aire de expectación solemne de su rostro, como el que habría cabido esperar si su carta hubiera declarado que le revelaría algo de su hermana perdida. Ninguno de los dos dijo nada, hasta que Deronda, con su habitual ternura, retiró la silla vacante de la chimenea y se sentó al lado de Mardoqueo, quien dijo en un tono de ferviente certidumbre:

—Viene usted a contarme algo que mi alma anhela.

—Es cierto que tengo que contarle algo de mucho peso, algo que confío le alegrará —dijo Deronda, resguardándose de la posibilidad de que Mardoqueo se hubiera estado preparando por algo muy diferente.

—Todo le ha sido revelado, ahora lo ve todo claro —dijo Mardoqueo, más ilusionado, inclinándose hacia delante con las manos unidas—. Es usted el hermano que fue amamantado por mi madre, la herencia es suya, no hay nada que nos divida.

—No he aprendido nada de mí mismo —dijo Deronda. La decepción era inevitable: era mejor no dejar que el sentimiento siguiera expandiéndose en falsas esperanzas.

Mardoqueo se hundió en su silla, incapaz por el momento de prestar atención a lo que se le iba a contar. Todo el día había estado en un estado de tensión hacia la plenitud. La reacción era enfermiza y cerró sus ojos.

—Excepto —Deronda prosiguió amablemente, tras una pausa—, excepto que hace tiempo que he entrado en contacto con otro tipo de conexión oculta con usted, otra diferente de la que me ha contado sobre sus sentimientos.

No abrió los ojos, pero sus labios palpitaron.

—He conocido a alguien en quien usted está interesado.

Mardoqueo abrió sus ojos y los fijó tranquilamente en Deronda: la decepción dolorosa anterior refrenaba cualquier conjetura.

—Una persona muy estrechamente relacionada con su difunta madre —Deronda seguía deseando descubrirle la verdad gradualmente; pero al ver cómo Mardoqueo se encogía, añadió—: a la que tanto ella como usted estimaban por encima de todas las cosas.

Mardoqueo, incorporándose de repente, agarró la muñeca de Deronda; estaba lleno de espanto. Y Deronda lo percibió. Su tono revelaba un claro temor cuando dijo:

—Ha sucedido lo que estuvimos pidiendo en oración: Mirah ha sido librada del maligno.

Mardoqueo le aflojó un poco la muñeca, pero jadeaba con sollozos sin lágrimas.

Deronda continuó:

—Su hermana es digna de la madre que usted honró.

Esperó al decir esto, y Mardoqueo, echándose hacia atrás en su silla, cerró de nuevo los ojos, murmurando cosas inaudibles durante unos minutos en hebreo, y luego acabó rindiéndose a un silencio con aspecto feliz. Deronda, viendo la renovada expresión de su rostro, podía haber imaginado que estaba hablando con algún objeto amado: una nueva dulzura bañaba su semblante, como la que se halla en los rostros de los muertos hermosos. Por primera vez, Deronda pensó que distinguía una semejanza familiar con Mirah.

Luego, cuando Mardoqueo se sintió preparado para escuchar, le contó el resto. Pero al contarle la huída de Mirah pasó tan por encima como pudo la conducta del padre y puso el énfasis en el anhelo que ella tenía de venir a Inglaterra, pues era el sitio donde podría encontrar a su madre. También omitió la intención de Mirah de ahogarse, y su parte en rescatarla, describiendo simplemente la casa que ella había encontrado en la que vivían amigos suyos, y cuyo interés y preocupación por ella había él compartido. En lo que finalmente se detuvo fue en los sentimientos de Mirah por su madre y su hermano; y con respecto a esto intentó dar los máximos detalles.

—Iba en busca de ellos —dijo Deronda sonriendo—, y por eso entré en esta casa: el nombre Esdras Cohen era entonces el más interesante para mí. Confieso que durante un tiempo temí lo peor. Tal vez me perdonará usted ahora por haberle preguntado sobre la hija de la señora Cohen. Me importaba mucho cómo iban a ser los amigos de Mirah. Pero encontré un hermano digno de ella cuando supe que su Esdras se disfrazaba con el nombre de Mardoqueo.

—Me llamo en verdad Mardoqueo: Esdras Mardoqueo Cohen.

—¿Hay algún parentesco entre esta familia y la suya? —dijo Deronda.

—Solo el parentesco de Israel. Mi alma está ligada a esta gente, que me han acogido y me han prestado su ayuda por el afecto que existe entre los corazones judíos, como el dulce olor de las cosas partidas y escondidas del aire exterior. Es bueno para mí soportar su ignorancia y estar ligado a ellos en gratitud, para que pueda tener siempre en mente la pobreza espiritual de millones de judíos, y no colocar el conocimiento impaciente en el lugar de la sabiduría afectuosa.

—Pero ya no se siente atado a continuar con ellos ahora que tiene un lazo más cercano que le espera —dijo Deronda, no sin temor a encontrar un obstáculo que superar—. Me parece lo correcto, que usted viva con su hermana, ¿no es así?; y le he preparado una casa para llevarle al barrio de sus amigas, para que ella se una allí con usted. Le ruego que me conceda este deseo. Me permitirá estar con usted más a menudo en las horas en las que Mirah se vea obligada a dejarle. Ese es mi motivo egoísta. Pero la razón principal es que Mirah querrá cuidarle, y usted debería darle la seguridad de la presencia de un hermano. Tendrá usted libros. Yo quisiera aprender de usted, y llevarle a ver el río y los árboles. Y tendrá el descanso y la comodidad que cada vez necesita más, o mejor dicho, que yo necesito que usted tenga. Ese es el favor que le pido, ahora que nos hemos encontrado.

Deronda, ajustándose algo nervioso su gabardina, habló en un tono de súplica sincera y afectuosa, como la que habría usado con un hermano mayor venerado. Los ojos de Mardoqueo estaban fijos en él, y permaneció en silencio unos instantes cuando Deronda dejó de hablar. Luego dijo, con un énfasis casi recriminatorio:

—¡Y usted me hizo dudar de que no era judío! ¿No nos hemos tocado mutuamente fibras invisibles desde el principio, no hemos temblado juntos con pasión como las hojas de una misma rama que comparten una raíz común? Sé lo que soy para el exterior, soy uno de la multitud de los pobres, estoy afligido y moribundo. Pero nuestras almas se conocen. Se contemplaron en silencio como aquellos que se separan por mucho tiempo y luego vuelven a encontrarse, pero cuando se les permitió hablar se hallaron seguras, y cualquier conversación entre ellas es entendimiento. La vida de Israel corre por sus venas.

Deronda estaba sentado muy quieto, pero sentía su cara estremecerse. Era imposible ni negar ni asentir. Esperó, con la esperanza de que Mardoqueo le acabaría dando una respuesta más directa. Y tras una pausa de meditación dijo firmemente:

—Lo que usted quiera de mí, eso haré. Y nuestra madre, ¡que la bendición del Eterno esté con ella en nuestras almas!, también lo

habría querido. Aceptaré lo que su afectuosa amabilidad me ha preparado, y la casa de Mirah será la mía. —Hizo una pequeña pausa, y luego añadió en un tono más melancólico—: Pero me dolerá despedirme de estos padres y de sus pequeños. Debe decírselo usted, porque mi corazón no podrá.

—Sabía que querría que se lo dijera. ¿Nos vamos ahora? —dijo Deronda, aliviado por esta complacencia inquebrantable.

—Sí, no lo retrasemos. Hay que hacerlo —dijo Mardoqueo, levantándose con el aire de un hombre que debe afrontar un deber doloroso. Luego añadió, como un pensamiento *a posteriori*—: Pero no haga hincapié en mi hermana más de lo necesario.

Cuando entraron en el recibidor, dijo a Jacob, que estaba alerta:

—Dile a tu padre que venga, y dile a Sara que se haga cargo de la tienda. Mi amigo tiene algo que decir —continuó volviéndose hacia la señora Cohen, la mayor. Parecía parte de la excentricidad de Mardoqueo que llamara su amigo a este caballero; y las dos mujeres trataron de mostrar sus mejores modales al rogar a Deronda con dulce cortesía que se sentara en el mejor puesto.

Cuando Cohen entró con un lápiz en la oreja, se frotó las manos y dijo con gran satisfacción:

—¡Bien, señor! Estoy contento de que nos honre al unirse de nuevo a nuestro grupo familiar—. Somos muy acogedores, creo.

Miró a su alrededor con felicidad radiante. Y cuando todos estuvieron sentados cerca del fuego, la escena era digna de verse: en una esquina, el bebé bajo su ropaje escarlata mecida por la joven madre, y Adelaida Rebeca sentada en las rodillas de la abuela; en la otra, Jacob entre las piernas de su padre; mientras las dos figuras marcadamente diferentes de Deronda y Mardoqueo estaban en medio —Mardoqueo un poco retirado a la sombra, ansioso de ocultar su agitada susceptibilidad a lo que sucedía a su alrededor—. La luz principal provenía del fuego, que mostraba ricos colores en lo profundo de las sombras, y parecía dar voz a las oscuras gemas de ojos que se miraban unos a otros amablemente.

—Acabo de contar a Mardoqueo un suceso que va a producir un gran cambio en su vida —empezó Deronda—, pero espero que estén de acuerdo conmigo en que es un motivo de alegría. Como les considera a ustedes sus mejores amigos, quiere que se lo comunique en su nombre.

—¿Tiene que ver con el dinero, señor? —irrumpió Cohen, con la sensación de que era una pena no expresar lo que ya adivinaba.

—No, no exactamente —dijo Deronda sonriendo—. Pero una pariente muy apreciada desea reunirse con él, una joven hermana pequeña muy buena y encantadora, que cuidará de su comodidad en

todos los sentidos.

—¿Casada, señor?

—No, no lo está.

—¿Pero con una renta?

—Con un talento que le asegurará una renta. Ya ha dispuesto de una casa para Mardoqueo.

Nadie dijo nada durante uno o dos momentos antes de que la abuela dijera en un tono de lamento:

—¡Bueno, bueno! Así que nos dejas, Mardoqueo.

—Y para ir a un sitio donde no hay niños como aquí —dijo la madre, captando el lamento.

—¡Ni un Jacob, ni una Adelaida, y ni una Eugenia! —se lamentó de nuevo la abuela.

—Ay, ay, enseñar tanto a Jacob le ha agotado. Ahora tendrá que ir a la escuela. Serán tiempos duros para Jacob —dijo Cohen, con decisión.

Para los oídos atentos de Jacob las palabras de su padre sonaron como una condena, poniendo fin de forma terrible a todo el anuncio que había sido como un canto fúnebre. Su cara había ido adquiriendo un aspecto incrédulo y de pena por la idea de que Mardoqueo se fuera: no podía imaginarse el cambio como algo que fuera a durar mucho; pero ante la mención de “tiempos difíciles para Jacob” ya no contuvo sus sentimientos y prorrumpió en grandes lamentaciones. Adeliada Rebeca siempre lloraba cuando lloraba su hermano, y empezó ahora a dar gemidos de forma sorprendentemente repentina, tras lo cual el bebé, despertándose, contribuyó con gritos de enojo, y hubo de ser sacado de la cuna. Fue preciso mandar callarlos durante un buen rato, y Mardoqueo, que sentía como se le clavaban los gemidos, extendió los brazos hacia Jacob, quien entre lágrimas y sollozos iba girando la cabeza de un lado a otro para observar lo que sucedía. Su padre, que había estado diciendo: «No te preocupes, viejo; ya te llevaremos a ver a los jinetes» le soltó, y el niño se fue con Mardoqueo, que le agarró, y puso su mejilla en su pequeña nuca sin hablar. Pero Cohen, consciente de que el cabeza de familia debía pedir perdón por tanta debilidad, y que la ocasión requería un discurso, redirigió a Deronda en un tono un poco agudo, poniéndose erguido con una mano en cada rodilla:

—No es que seamos el tipo de gente que envidiemos a los que tienen buena suerte, señor, o a los que vemos que su taza se llena más, como suelo decir. No soy un envidioso, y si alguien le ofreciera una tienda como la mía a Mardoqueo dos puertas más abajo, no haría mala cara por ello. No soy de esos que tienen una pobre opinión de sí mismos y se asustan al ver que los demás consiguen oportunidades. Si

no soy más que un desecho, que venga un sabio y me lo diga, pues hasta ahora no lo he oído. Y en cuanto a los negocios, no soy una clase de mercancía que esté en peligro. Si alguien me quita algo, puedo recogerme como un gusano y acostumbrarme a ello. Y aunque, como digo, nos está usted quitando uno de nuestros mejores bienes, en quien estamos muy interesados, no estoy diciendo que no podamos soportarlo, a pesar de que mi madre y mi mujer desearon siempre que Mardoqueo estuviera con nosotros; y un judío no debe ser como un sirviente que trabaja por una recompensa, aunque no tengo nada en contra de las recompensas si puedo obtenerlas. Y en cuanto al gasto extra en la escuela, ni soy pobre ni avaricioso, no me colgaría por seis peniques, ni por media corona. Pero lo cierto es que las mujeres y los niños quieren a Mardoqueo. Puede usted verlo en parte, señor, con sus propios ojos. Un hombre judío está obligado a agradecer a Dios, día tras día, que no ha sido hecho mujer; pero una mujer debe agradecerle que la ha hecho según su voluntad. Y todos sabemos cómo la ha hecho a ella: la mujer de nuestro pueblo es inocente como una niña y con un corazón tierno. La mayoría de sus hijos son corpulentos, como así creo que diría usted que es Addy, y no es blanda, pero su corazón es tierno. Así que debe disculpar a los presentes, señor, por no mostrar contento enseguida. Y en cuanto a esta joven dama (pues por lo que nos ha contado, "joven dama", es el término apropiado) —Cohen puso un énfasis adicional a su mirada y su tono de voz al decir esto—, estaremos todos contentos por el bien de Mardoqueo dentro de poco, cuando nos demos cuenta de lo sucedido y veamos cómo nos hemos quedado.

Antes de que Deronda pudiera encontrar una respuesta a esta extraña mezcla de discurso, Mardoqueo exclamó:

—¡Amigos, amigos! En cuanto a casa, comida y ropa, no podía haber encontrado nada mejor que lo que me han ofrecido. Han endulzado el bocado con amor; y creía que tendría la satisfacción, incluso en mis últimos meses de escasa energía, de continuar enseñando al chico. Pero ahora me siento como alguien que se ha revestido de su mortaja, y que solía tomar la cama como su tumba, y que ha oído la voz divina ordenándole: «Levántate y sigue adelante; todavía no ha llegado la noche». Pues por ninguna otra luz me habría apartado de la amabilidad de ustedes para acogerme a otra. Pero se nos ha enseñado, como ya saben, que *la recompensa de un deber es el poder cumplir otro*, eso dijo Ben Azai[240]. Ustedes han hecho que su deber con uno de sus hermanos más pobres fuera una alegría tanto para ustedes como para mí; y su recompensa será que no descansarán hasta que disfruten de la alegría de las semillas plantadas. ¿Y no vendrá Jacob a visitarme?

Mardoqueo se había vuelto hacia Deronda, que dijo:

—Seguramente eso puede arreglarse. No está más lejos que Brompton.

Jacob, que se había ido calmando poco a poco por la necesidad de oír lo que se seguía comentando, empezó a ver ahora algo de luz para el futuro, pues la palabra "visita" tenía el fascinante encanto de los pasteles y le recordaba la diversión que suponía ir a ver a su abuelo, el entendido en navajas. De un brinco se apartó de Mardoqueo, y se plantó en medio del grupo con sus manos en los *knickerbockers*.

—Bueno —dijo la abuela, con un suspiro de resignación—, espero que nada te impida conseguir carne *cashrut*[241], Mardoqueo. Pues tendrás que confiar en las personas con quienes vivas.

—Claro, claro, puedes estar segura, madre —dijo Cohen, como si quisiera cortar rápidamente cualquier indagación sobre un tema en el que desconocía la posición del invitado—. Bueno, señor —añadió, volviéndose con una mirada de iluminación divertida—, ¡por fin dejaré de obsesionarme sobre qué hablaba con Mardoqueo! No dejaba de preguntármelo. Sabía que de alguna manera algo había.

—Mardoqueo le explicará tal vez por qué le buscaba —dijo Deronda, pensando que lo mejor era marcharse, y levantándose mientras hablaba.

Acordaron que debía volver de nuevo y que la mudanza final la hiciera al cabo de dos días; pero cuando ya se iba, Mardoqueo le rogó acompañarle hasta el final de la calle, y se arropó con su abrigo y la pipa. Era una noche de marzo, y Deronda no pretendía dejarle ir muy lejos, pero entendía su deseo de salir de la casa con él en silencio comunicativo, tras la emocionante conversación que había llenado la última hora. No hablaron palabra hasta que Deronda propuso que se separaran, y entonces dijo:

—Mirah querrá agradecer a los Cohen su bondad. A usted le gustaría que ella lo hiciera, venir y verlos, ¿verdad?

Mardoqueo no contestó inmediatamente, pero al final dijo:

—No puedo decirlo. Temo que no. Hay una mancha en esa familia, y ver a mi hermana puede abrirles viejas heridas. Hay una hija y hermana que nunca será reestablecida como lo ha sido Mirah. Pero, ¿quién conoce los caminos del Señor? Todos nosotros negamos o hacemos cumplir las oraciones de los demás, y los hombres en sus actos inconscientes caminan entre brazos invisibles que los sostienen y entre súplicas hechas en vano. En mis oídos tengo las oraciones de generaciones pasadas y por venir. Mi vida no es nada para mí salvo el comienzo de la plenitud. Y con todo, yo solo soy otro orador, y usted satisfará mis plegarias.

Deronda le estrechó la mano, y se despidieron.

CAPÍTULO 47

Debes amarle antes de que te parezca
digno de tu amor.
WORDSWORTH[242]

Podríamos estar tentados de envidiar la tarea de Deronda, dando ropas nuevas a Mardoqueo, y disfrutando como si estuviera haciendo el boceto de un cuadro imaginando el efecto de las finas camisas de franela gris y una túnica muy parecida al hábito marrón de un franciscano, con la cabeza y el cuello de Mardoqueo sobre ellas. La mitad de su satisfacción provenía de la sensación de ver al hermano de Mirah a través de sus ojos, y asegurar que ninguna impresión perturbara su alegría ferviente. Y con todo, cuando lo había ya dispuesto todo, le entró la duda de si no la iba a confundir, cambiando el efecto: ¿no era ella capaz como lo había sido él de captar la impresionante distinción de su hermano, tanto más por ese aspecto de pobreza que se hallaba entre los recuerdos de su pasado? Pero los Meyrick podían poner pegas a su excesivo judaísmo; y Deronda vio que le disgustaba el prejuicio contrario de las mentes no bendecidas con esa preciosa intuición, que cubre todos los objetos de una solemnidad parecida a la del brillo del ocaso, que nace de una emoción amorosa reverencial.

Y sus sospechas se habrían confirmado si hubiera oído la conversación en torno a la chimenea de casa de la señora Meyrick esa noche, después de que Mirah se hubiera retirado a su habitación. Hans, que vivía ahora en sus habitaciones de Chelsea, estaba todavía allí, y la señora Meyrick, atizando el fuego, dijo:

—Venga, Kate, apaga tu vela, y venid todos alrededor del fuego, que estaremos más cómodos. Hans, querido, deja de reírte de una vez de esos poemas, y ven también. Tengo algo maravilloso que contaros.

—Como si no lo supiera, mami. Lo he visto en una esquina de tus ojos desde hace tiempo, y en tus recados fingidos —dijo Kate, mientras las chicas se acercaron para poner sus pies en el guardafuego, y Hans, arrastrando su silla cerca de ellas, se sentó a horcajadas con la silla del revés, apoyando los puños y su barbilla en

el respaldo.

—Bueno, si eres tan lista, ¡quizás ya sabes que el hermano de Mirah ha sido encontrado! —dijo la señora Meyrick, recalcando las palabras.

—¡Oh, qué demonios! —dijo Hans inmediatamente.

—Hans, eso no está bien —dijo Mab—. Imagina que te hubiéramos perdido a ti.

—Yo no puedo evitar estar triste —dijo Kate—. ¿Y su madre? ¿Dónde está?

—Su madre está muerta.

—Espero que el hermano no sea un hombre malo —dijo Amy.

—Ni un tipo todo sonrisas y lleno de joyas, ni un Crystal Palace asirio con un sombrero —dijo Hans, de mal humor.

—¿Cómo puedo tener unos hijos tan insensibles? —dijo la señora Meyrick, reafirmándose por la necesidad de oponerse—. No pensáis para nada en la alegría que va a suponer para Mirah.

—Ya sabes, mami, que Mirah apenas recuerda a su hermano —dijo Kate.

—La gente que se pierde doce años no debería volver de nuevo —dijo Hans—. Siempre están ahí estorbando.

—¡Hans! —dijo la señora Meyrick a modo de reproche—. Si me hubieras perdido durante *veinte* años, habría pensado…

—He dicho doce años —la interrumpió Hans—. En cualquier caso, doce años es el tiempo en que las relaciones perdidas deberían apartarse de en medio.

—Bueno, pero es bonito encontrar a la gente: hay algo que contar —dijo Mab, dándose una palmada en las rodillas—. ¿Le encontró el príncipe Camaralzamán?

La señora Meyrick les contó todo lo que sabía sin interrupción en su estilo narrativo y ordenado.

—El señor Deronda le tiene en muy alta consideración —concluyó —, parece casi admirarlo. Y dice que Mirah es precisamente la hermana que comprenderá a su hermano.

—Deronda está perdiendo el sentido común con esos judíos —dijo Hans indignado, levantándose y apartando su silla estrepitosamente—. Quiere hacer todo lo que puede para animar a Mirah en sus creencias.

—¡Oh, qué vergüenza, Hans! Hablar así, del señor Deronda —dijo Mab. El rostro de la señora Meyrick mostraba algo de lo que ocurría en su interior, que procuraba reprimir.

—Y ahora no estaremos todos juntos nunca más —continuó Hans, paseando con las manos en los bolsillos de su abrigo de pana oscura—, pero tendremos que invitar a este profeta Elías a tomar té con nosotros, y Mirah no pensará en nada más que sentarse en las ruinas

de Jerusalén. Se corromperá como una artista, tened en cuenta esto, se cerrará como una monja. Todo quedará arruinado, nuestra casa y todo. Tendré que volcarme en la bebida.

—Oh, por favor, Hans —dijo Kate, con impaciencia—. Creo que los hombres son los animales más despreciables de toda la creación. O lo tienen todo controlado, o son insoportables.

—¡Oh, oh, oh, es espantoso! —gritó Mab—. Me siento como si la vieja Nínive resurgiera de nuevo.

—Me gustaría saber para qué sirve que hayas ido a la universidad y lo sepas todo, si eres tan infantil, Hans —dijo Amy—. Deberías ser capaz de soportar a un hombre que la Providencia te pone en tu camino para que seas amable con él. Todos tendremos que soportarle.

—En fin, espero que a vosotras os gusten las nuevas Lamentaciones de Jeremías, y que las continuéis en nuestra próxima conversación —dijo Hans, a modo de advertencia—. No sirve de nada apoyar una cosa más que otra si hay que soportar la compañía de los hombres con una idea fija, con la mirada puesta en blanco, y pensando que cualquier observación tuya no es más que una nota a pie de página de su texto. Si os vais a meter en un pozo petrificador[243], mejor sería que fuerais un trasto viejo. Pero yo no me siento como un trasto viejo. —Luego añadió de forma abrupta—: Buenas noches, mamaíta —inclinándose para darle un beso en la frente de forma apresurada, y añadió con condescendencia dirigiéndose a la puerta—: Buenas noches, chicas.

—Imagina que Mirah supiera cómo te comportas —dijo Kate. Pero su respuesta fue un portazo—. Me gustaría ver a Mirah cuando el señor Deronda se lo cuente —le dijo a su madre—. Sé que estará tan hermosa.

Pero Deronda, pensándolo mejor, había escrito una carta, que la señora Meyrick recibió a la mañana siguiente, rogándole que hiciera ella la revelación en lugar de esperarle, sin dar la verdadera razón —que quería evitar entrar en una narrativa en la que pareciera que se hacía el importante, otorgándose un carácter de beneficencia general — sino diciendo que quería permanecer con Mardoqueo mientras la señora Meyrick traería a Mirah, dándole a entender que iban a hacer solo una visita, para que pudiera haber un pequeño intervalo antes de ese cambio de morada que esperaba que la misma Mirah propusiera.

Deronda sentía en el fondo cierta ansiedad por ver si Mardoqueo, tras años ocupado en ideas que probablemente se habían vuelto más exclusivas con la disminución de su fuerza física, iba a sentir un interés sincero en su hermana por encima del cumplimiento de sus deberes piadosos. Sus sentimientos por los Cohen, y especialmente por el pequeño Jacob, mostraba una persistente actividad afectiva; pero esos sujetos habían entrado en su día cotidiana durante años; y a Deronda le llamaba la atención que Mardoqueo no preguntara nada

sobre Mirah, guardando, en verdad, un silencio inusual sobre todos los temas, como si estuviera asumiendo los cambios que se iban a producir en su vida personal. Se puso sus nuevas ropas sin rechistar, pero luego dijo a Deronda, con una débil sonrisa:

—Tengo que quedarme con mis prendas viejas como recuerdo.

Y mientras estuvieron sentados, esperando a Mirah, no pronunció ni una sola palabra, manteniendo los ojos cerrados, pero aún así mostrando inquietud en su rostro y en sus manos. De hecho, Mardoqueo estaba experimentando esa perturbación nerviosa peculiar que solo conocen aquellos cuyas mentes, que habitualmente y desde hace tiempo se mueven con fuerte ímpetu siguiendo una corriente, son de repente empujadas hacia otro canal nuevo. La gente susceptible, cuya fuerza ha sido totalmente absorbida por los prejuicios latentes, teme cualquier entrevista que reviva imperiosamente el pasado, como temería una enfermedad amenazadora. Puede haber alegría, pero la alegría, también, es terrible.

Deronda se contagió de su emoción, y cuando oyó el timbre de la puerta, salió, sin saber exactamente por qué, para ver y saludar a Mirah lo antes posible. Se asustó al ver que llevaba puesto el sombrero y la capa con que la había visto por primera vez —la capa memorable que una vez fue humedecida para convertirse en sudario—. Había bajado las escaleras vestida de esta forma, y cuando la señora Meyrick dijo, en un tono interrogativo: «¿Te gusta ponerte eso, querida?», ella respondió:

—Mi hermano es pobre, y quiero tener en la medida de lo posible el mismo aspecto que tenga él; de otra forma, se sentiría distante de mí —pues se imaginaba encontrarlo vestido con su ropa de trabajo—. Deronda no pudo replicar, pero se sintió interiormente avergonzado de sus maniáticos preparativos. Se estrecharon las manos en silencio, pues Mirah estaba pálida y sobrecogida.

Cuando Deronda le abrió la puerta, Mardoqueo se había levantado, y había vuelto sus ojos hacia ella con una mirada ansiosa. Mirah dio solo dos o tres pasos, y luego se detuvo. Se miraron el uno al otro, sin moverse. No era tanto su presencia la que sentían como la de otro; se estaban reencontrando primero en sus recuerdos, en comparación con los cuales el tacto no era unión. Mirah fue la primera en romper el silencio, sin moverse de dónde estaba.

—Esdras —dijo, exactamente en el mismo tono en que ella había contado cómo le llamaba su madre a él.

Mardoqueo, con un movimiento repentino, avanzó y le puso las manos en sus hombros. Era una cabeza más alta que ella y le miró con ternura mientras decía:

—Esa era la voz de nuestra madre. ¿Recuerdas cómo me llamaba?

—Sí, y cómo tú le contestabas: "¡Madre!". Y yo sabía que la amabas. —Mirah lanzó sus brazos al cuello de su hermano, unió sus manos por detrás de él, y le bajó la cabeza, besándola con fastuosidad infantil. El sombrero de Mirah cayó al suelo y descubrió todos sus rizos.

—¡Ah, la querida cabeza, la querida cabeza! —exclamó Mardoqueo, en voz baja amorosa, llevando su mano delgada cariñosamente a los rizos.

—Estás muy enfermo, Esdras —dijo Mirah, mirándole más detenidamente con tristeza.

—Sí, querida niña, no estaré mucho tiempo contigo en el cuerpo —fue la rápida respuesta.

—Oh, te querré y hablaremos juntos —dijo Mirah, pronunciando con dulzura sus palabras, tan espontáneas como el canto de los pájaros —. Te lo contaré todo, y tú me enseñarás: me enseñarás a ser una buena judía, algo que ella habría querido. Cuando no trabaje siempre estaré contigo. Porque ahora trabajo. Tendremos dinero para poder vivir. Oh, tengo unos amigos tan buenos.

Hasta ahora Mirah había prácticamente olvidado que había más gente a su alrededor, pero al decir esto se volvió con una actitud muy hermosa, manteniendo una de sus manos en el brazo de su hermano mientras miraba a la señora Meyrick y a Deronda. La feliz emoción de la madrecita al ser testigo del encuentro de hermano y hermana le había hecho mirar con otros ojos a Mardoqueo, el cual le parecía tener ciertamente más dignidad y finura que las que había tenido que creer del relato de Deronda.

—¡Mira a esta querida señora! —dijo Mirah—. Yo era una extraña, una pobre vagabunda, y ella creyó en mí, y me ha tratado como a una hija. Por favor, dele la mano a mi hermano —añadió, implorante, tomando la mano de la señora Meyrick y poniéndola en la de Mardoqueo, y presionando luego ambas con la suya y llevándosela a los labios.

—El Bien Eterno ha permanecido con usted —dijo Mardoqueo—. Nos ha ayudado a cumplir la oración de nuestra madre.

—Creo que nosotros nos iremos, ¿os parece? Volveremos luego —dijo Deronda, cogiéndole el brazo amablemente a la señora Meyrick, la cual accedió inmediatamente. Deronda temía que alguien hiciera referencia a los hechos sobre sí mismo que había mantenido en secreto a Mardoqueo, y ya no se sentía inquieto de que los hermanos estuvieran juntos y solos.

CAPÍTULO 48

Es una tarea dura y mal pagada arreglar todas las cosas de antemano solo por el hecho de nuestra seguridad, como bien lo insinúa Machiavello respecto a César Borgia, el cual, dijo aquel, había previsto todo lo que podía suceder tras la muerte de su padre, y se había resguardado de cualquier posibilidad en contra salvo una: nunca se le había llegado a ocurrir que cuando su padre muriera, él mismo le seguiría en breve.

La importancia de Grandcourt como sujeto de este reino era del tipo pasivo triunfal, que consiste en la herencia de la tierra. Los movimientos políticos y sociales le afligían solo si afectaban a su renta, y su biógrafo más cuidadoso no habría necesitado leer sobre Schleswig-Holstein, la política de Bismarck[244], los sindicatos, el sufragio universal, o incluso el último pánico mercantil. Miraba por encima las columnas de los mejores periódicos que hablaban de estos tópicos, y apenas podía decirse que su visión sobre ellos fuera estrecha, puesto que englobaba a todos los alemanes, a todos los comerciantes, y a todos los votantes responsables de ejercer su derecho con la papeleta incorrecta, bajo el epíteto general de “brutos”; pero no tomaba parte en estas tan agitadas cuestiones más allá de mirar despectivamente a cualquier hombre que se las mencionara, y guardando un silencio que servía para despertar la opinión de los pensadores tímidos.

Pero Grandcourt, dentro de su propia esfera, mostraba alguna de las cualidades que habrían triunfado en la diplomacia más agresiva.

No se le escapaba ninguno de los movimientos de Gwendolen respecto a Deronda. Habría negado estar celoso, ya que los celos habrían implicado dudar de su propio poder para dificultar lo que había decidido en contra. Que su mujer tuviera más inclinación hacia otro hombre de sociedad que hacia sí mismo no le apenaba: lo que necesitaba es que ella fuera tan plenamente consciente como lo habría sido si hubiera estado atada con esposas, que su inclinación no le iba servir para decidir nada que estuviera en contra de su determinación. Aunque su entrada en el matrimonio se hubiera realizado por un capricho vacilante, no tenía ninguna duda sobre la interpretación de

la unión. No se había arrepentido de casarse; realmente el matrimonio había traído consigo nuevos objetivos a su vida, nuevos objetos sobre los que imponer su voluntad; y no se había arrepentido de su elección. Su gusto era muy exigente, y Gwendolen lo satisfacía: no habría aceptado a una mujer que no hubiera elevado su rango al casarse con él; ni a una que no despertara admiración por su semblante y su belleza; ni a una que no tuviera una nariz con la forma correcta; ni a una cuyo lóbulo de la oreja fuera demasiado grande y colorado; ni a una, que aunque su nariz y sus orejas fueran perfectas, fuera al mismo tiempo una boba, incapaz de dar respuestas picantes. Podía parecer que estos requerimientos no fueran muy exigentes para sus refinados contemporáneos, cuya habilidad propia para enamorarse quedaba en el aire por la falta de detalles indispensables; pero pocos serían capaces de estar satisfechos como él de que su mujer tuviera un carácter que le predispusiera a marcharse si quería, y que se hubiera visto obligada a casarse con él por motivos muy diferentes al cariño apasionado. Y es que, ¿por qué les iba a cambiar el matrimonio ese hábito a aquellos que prefieren el mando al amor?

Grandcourt no pensaba haberse equivocado en la elección de la mujer; y habiéndose tomado en serio su papel de marido no iba a permitir que se le tomara el pelo o que diera la impresión de que debía compadecérsele. Esto era lo que sentía, no los celos; aun asi, su comportamiento, en algunos aspectos, era tan parecido al de los que sienten celos como el amarillo es al amarillo, color que sabemos puede provenir de distintas causas.

Había llegado a la ciudad más pronto de lo habitual porque deseaba estar en el lugar para consultas legales referidas a su testamento, a la transferencia de hipotecas, y a la transacción con su tío sobre la sucesión de Diplow, pues el cebo del dinero rápido, habiéndoselo presentado de forma apetitosa y sin importunarle, le había acabado convenciendo. Pero otro de los motivos por los que se hallaba en la ciudad era el presentarse con la hermosa mujer con la que había escogido casarse a pesar de lo que muchos otros habían esperado de él. Es cierto que Grandcourt parecía no importarle contar o no con la admiración de los demás: pero este estado de indiferencia, igual que el deseo, requería al objeto en cuestión, a saber, un mundo de espectadores admiradores o envidiosos: pues si te gusta mantener una mirada de piedra ante personas que te sonríen, las personas deben estar ahí y deben sonreír —una verdad elemental olvidada seguramente por aquellos que se quejan de que la humanidad sea en su totalidad despreciable, pues cualquier otro aspecto de la raza decepciona la voracidad de su desprecio—. Grandcourt, por primera vez en la ciudad con su mujer, disfrutó de su indiferencia en todas las recepciones espléndidas, en los eminentes paseos en caballo y cada

vez que podía presentarse con ella en ocasiones distinguidas. Deseaba que la gente la admirara a ella; le gustaba que hubiera "tipos" que estuvieran ansiosos por hablar con ella y observarla continuamente; incluso no habría dicho nada de una ligera coquetería por parte de ella. Pero lo que no le gustaba era que se acercase a Deronda.

Tras la fiesta musical en casa de Lady Mallinger, en la que Grandcourt había observado la conversación del diván tan atentamente como lo había hecho Hans, era algo característico de él nombrar a Deronda en las invitaciones igual que a los Mallinger, procurando evitar tenazmente que nadie relacionado pudiera pensar que la presencia o ausencia de Deronda le importara lo más mínimo; y no hizo ninguna observación a Gwendolen por su conducta esa noche, no fuera que la expresión de su descontento se notara demasiado para satisfacer su propio orgullo. Pero algunos días después puntualizó, sin que viniera a cuento:

—Nada hace que una mujer sea más desgarbada que ir tras la gente y mostrar su estado de ánimo en público. Una mujer tiene que ser educada. Si no, es intolerable aparecer con ella.

Gwendolen se aplicó el comentario, no sin alarma de parecer desgarbada. Pues también ella, con su desencanto melancólico, prefería que su aversión incluyera admiradores. Pero la sensación de hacer algo que se le podía reprochar intensificaba aún más sus ganas de reunirse con Deronda. La novedad y la emoción de su vida en la ciudad eran como las prisas y el cambio constante de los viajes al extranjero; aunque por dentro se desanimara, había un programa que cumplir, algo que satisfaría a una gran parte de sí misma. Pero como siempre ocurre con un interés profundo, las raras ocasiones en las que pudo intercambiar alguna palabra con Deronda tuvieron un efecto extensivo a su conciencia, magnificando la comunicación entre ellos, y agrandando de esta forma el lugar que ella imaginaba tener en su mente. ¿Cómo podía evitar esto Deronda? Ciertamente no la evitaba a ella; más bien deseaba convencerla por medios indirectos y delicados que su confianza en él no había sido indiscreta puesto que no había disminuido su respeto. Además, a él le gustaba estar cerca de ella, ¿cómo iba a ser de otra forma? Ella era algo más que un problema: era una mujer encantadora, por cuyo modo de pensar y por su destino se había preocupado, y a pesar de que fuera fútil, lo sentía como una responsabilidad, quizás tanto más cuando, pensando en su propio futuro, se veía lejos de esta criatura espléndida y de corazón triste, la cual, porque se hubiera visto obligado él una vez a llamar su atención momentáneamente, como si la hubiera cogido del brazo alarmado para impedirle que se acercara a un peligro, se había vuelto a él con necesidad persistente y suplicante.

Otro ejemplo en el que Grandcourt veía un sentimiento en

Gwendolen que habría querido suprimir sin que pareciera que le importara, era en relación con Mirah. Gwendolen le daba vueltas al proyecto de las lecciones de canto como una especie de obediencia al consejo de Deronda, pero los días se sucedían con la necesidad del tiempo libre propio de las vidas donde no hay trabajo que marque intervalos; y la continua ligadura a la presencia y vigilancia de Deronda parecían rebajar sus esfuerzos al nivel de aburrimiento que expresaba su conducta; su mentalidad negativa se extendía como la niebla, atrapándolo todo a su alrededor y frustrando cualquier relación.

Pero una mañana, cuando estaba desayunando, Gwendolen, en un arranque recurrente de determinación por recuperar su viejo espíritu, dijo, entreteniéndose con sus langostinos sin comerlos:

—Estoy pensando en realizarme mientras estoy en la ciudad y tomar lecciones de canto.

—¿Por qué? —dijo Grandcourt lánguidamente.

—¿Por qué? —repitió Gwendolen, actuando con descaro—; porque no puedo comer *pâté de foie gras* para que me entre sueño, ni puedo fumar, ni puedo ir al club para que me entren ganas de volver de nuevo; me gustaría cansarme de algo. ¿Cuándo sería más conveniente que cuando estás con tus abogados y tu gente para que pudiera tomar lecciones de esa pequeña judía, cuyo canto causa furor?

—Siempre que quieras —dijo Grandcourt, apartando su plato, e inclinándose hacia atrás en su silla mientras la miraba con una expresión de lagarto y jugaba con las orejas del pequeño spaniel en su falda (Gwendolen había aburrido los perros porque meneaban su cola ante él).

Luego dijo, lánguidamente:

—No entiendo por qué una dama debe cantar. Los principiantes hacen el ridículo. Una dama no puede arriesgarse así cuando está en compañía. Y nadie quiere oír berridos en privado.

—Me gusta la franqueza: me parece que ese es el gran encanto de un marido —dijo Gwendolen, con su gesto habitual de elevar el mentón, mientras apartaba los ojos de los suyos, y levantando un langostino ante ella, prefirió mirar los ojos cándidos hervidos que los del lagarto—. Pero —añadió, habiéndose tragado su mortificación—, supongo que no tendrás nada que objetar a que la señorita Lapidoth cante en nuestra fiesta el día cuatro. Pensé contratarla. Lady Brackenshaw la tuvo, ya sabes; y los Raymond, que son muy especiales con la música. Y el señor Deronda, que es músico él mismo y un crítico de primera mano, dice que nadie canta con tan buen gusto en ninguna sala. Creo que su opinión es toda una autoridad.

Con eso, pretendía arrojarle una piedrecita a su marido.

—Es muy indecente por parte de Deronda que vaya por ahí alabando a esa chica —dijo Grandcourt en un tono de indiferencia.

—¡Indecente! —exclamó Gwendolen, enrojeciendo y mirándole de nuevo, abatida por la sorpresa, e incapaz de pensar en la probable falsedad de la frase: «Ir por ahí alabándola».

—Sí, y especialmente cuando la promociona Lady Mallinger. No tendría que comentar nada de ella. Los hombres ven cuál es la relación que tiene con ella.

—Los hombres que juzgan a los demás por lo que son ellos mismos —dijo Gwendolen, palideciendo tras su enrojecimiento, y terriblemente asustada de sus propias palabras.

—Por supuesto. Y una mujer debería tomar en serio sus críticas, de otra forma está metiéndose donde no la llaman —dijo Grandcourt, consciente de ir oprimiendo a esa blanca criatura—. Supongo que consideras a Deronda un santo.

—¡Oh, no, querido! —dijo Gwendolen, reuniendo desesperadamente su casi milagroso poder de autocontrol, y hablando en un tono alto y duro—. Solo un poco menos que un monstruo.

Ella se levantó, arrastró su silla apartándola apresuradamente, y salió de la habitación con la precaución similar a la de un hombre que teme mostrar que ha bebido más de lo normal. Introdujo la llave por dentro de la puerta de su dormitorio, y permaneció sentada un tiempo con el mismo aspecto pálido y silencioso que cuando abandonó la sala del desayuno. Incluso en los momentos que siguieron la lectura de la carta venenosa apenas había tenido sensaciones más crueles que ahora; pues la emoción estaba en su punto más alto, donde no es distinguible con la sensación. Deronda, al contrario de lo que ella había creído ser, era una imagen que la afectaba como lo habría hecho una aparición horrorosa, de modo muy diferente de cuando se produjo. Se había aferrado a ella como algo doloroso antes de que pudiera considerar si era ficción o verdad; y peor aún que bloquear su poder de resistencia vino la repentina percepción, el darse cuenta de qué pocos eran los motivos de su fe en Deronda —qué poco sabía de su vida, qué infantil se había mostrado ella en sus confidencias—. Sus reproches y su severidad hacia ella empezaron a parecerle odiosos, igual que toda la poesía y las sublimes doctrinas del mundo, cualesquiera que fueran; y la grave belleza de su rostro le pareció la máscara más desagradable que pudiera ponerse el hombre más común.

Todo esto le pasó por la cabeza con la rapidez de una pesadilla; y el inicio de su resistencia fue muy parecido al de un despertar. De repente, de la sombría mañana gris llegó un rayo de sol, envolviéndola en luz y calor mientras permanecía sentada tan inamovible como una roca. Se movió con delicadeza y miró a su alrededor —había un

mundo fuera de esa pesadilla, y el sueño no probaba nada—; se levantó, estirando los brazos y chasqueando los dedos en su actitud habitual cuando buscaba aliviarse de sentimientos opresivos, y caminó por la habitación inundada de luz.

—¡No es cierto! ¿Qué importa si él lo cree o no? —Esto era lo que se repetía, pero no era su fe que volvía; era solo el grito desesperado de la fe, que encontraba el sofoco intolerable. ¿Y cómo podía continuar el día en ese estado? Con una de sus impetuosas alternancias, su imaginación voló a acciones atrevidas por las que se convencería de lo que deseaba: iría a Lady Mallinger y le preguntaría sobre Mirah; escribiría a Deronda y le reprocharía el haberle hecho ver el mundo falso, malvado y sin esperanzas para ella; a él sí que se atrevía a vaciar toda la amarga indignación de su corazón. No; se dirigiría directamente a Mirah. Esto último era decididamente más práctico, y pronto se volvió en algo imperioso. No importaban las consecuencias. Tenía el pretexto de pedir a Mirah que cantase en su fiesta del día cuatro. ¿Qué iba a decir además? ¿Cómo quedarse satisfecha? No lo podía prever, ni podía esperarse a preverlo. Si esa idea que la estaba volviendo loca era algo real, habría preferido reprimirla sin querer prever las consecuencias. Tocó su timbre y preguntó si el señor Grandcourt se había ido: al hallar que así era, pidió su carruaje, y comenzó a vestirse para salir; luego bajó, y estuvo dando vueltas por el gran salón como una boba criatura prisionera, sin reconocerse en los grandes espejos, ni notando ninguno de los objetos que había a su alrededor en la prisión pintada de dorado. Su marido descubriría probablemente dónde había estado, y la castigaría de una forma u otra, pero no le importaba, no podía desear ni temer nada más que la seguridad de que no había sido defraudada en su confianza.

Averiguó la dirección de Mirah. Pronto estaba en camino con todo el equipaje necesario para llevar consigo su pobre corazón inquieto, cuyas palpitaciones dependían de la respuesta a una pregunta que no sabía cómo formular. Estaba tan distraída de lo que pasaba antes de ver que la señorita Lapidoth estaba en casa, como lo puede estar alguien que ni se fija en las antesalas o en los pasillos en su camino al tribunal de justicia, abstraída de todo hasta que estuvo en una sala con puertas plegables, y oyó la voz de Deronda detrás de ella. Sin duda un presentimiento la ayudó a identificarla como suya, pero estaba tan segura como si lo hubiera visto. Estaba asustada de su propia agitación, y comenzó a desabrocharse los guantes para poder abrochárselos de nuevo, mordiéndose los labios haciendo ver que le costaba, cuando la puerta se abrió y Mirah apareció con perfecta tranquilidad y una dulce sonrisa de reconocimiento. La visión de su rostro le alivió, y Gwendolen puedo sonreír en respuesta, mientras le

ofrecía la mano en silencio; y cuando se hubo sentado, sin dejar de oír la voz, sintió un reflujo de energía en la sensación confusa que no podía temer a la verdad. Mirah acercó su silla todo lo que pudo, como si presintiera que la conversación iba a ser en voz baja, y miró a su visitante con plácida expectación, mientras Gwendolen comenzó hablando en un tono bajo, con lo que parecía algo de vergüenza:

—Tal vez se sorprenda de verme, tal vez debería haberla escrito, pero quería hacerle una petición particular.

—Estoy contenta de verla en vez de haber recibido una carta —dijo Mirah, sorprendida por la expresión cambiada de la "duquesa Vandyke", como le había enseñado Hans a llamar a Gwendolen. El rico color y la paz de su propio rostro contrastaban fuertemente con la belleza pálida y agitada que se veía bajo el sombrero de plumas.

—Creía —continuó Gwendolen—, al menos esperaba, que no se negaría a cantar en nuestra casa el día cuatro, por la noche, en una fiesta como la de Lady Brackenshaw. Se lo agradecería tanto.

—Me encantará cantar para ustedes. ¿A las diez? —dijo Mirah, a la vez que Gwendolen, en lugar de tranquilizarse, parecía sentirse cada vez más incómoda.

—A las diez, por favor —respondió; luego hizo una pausa, y sintió que no tenía nada más que decir. No podía irse. Era imposible levantarse y decir adiós. La voz de Deronda estaba en sus oídos. Tenía que decirlo, no se le ocurría ninguna otra frase:

—El señor Deronda está en la habitación contigua.

—Sí —dijo Mirah, en su tono anterior—. Está leyendo hebreo con mi hermano.

—¿Tiene usted un hermano? —dijo Gwendolen, que había oído esto de Lady Mallinger, pero no le había dado entonces importancia.

—Sí, un hermano querido enfermo de tuberculosis, y el señor Deronda es su mejor amigo, como lo ha sido para mí —dijo Mirah, impulsada por la motivación de no mostrar indiferencia hacia una persona magnífica.

—Dígame —dijo Gwendolen, poniendo su mano en la de Mirah, y hablando casi en un susurro—, dígame… dígame la verdad. Está usted segura de que es bastante bueno. No conoce que haya hecho nada malo. Y lo que la gente dice mal de él es falso.

¿Podía haberse comportado esta mujer de espíritu orgulloso más como una niña? Pero las extrañas palabras no penetraron en Mirah más que con una sensación de solemnidad e indignación. Con un brillo repentino en sus ojos y un temblor en su voz, dijo:

—¿Quiénes son las personas que hablan mal de él? No creería nada malo de él, si viniera un ángel y me lo contara. Me encontró cuando era tan desdichada… yo iba a ahogarme; parecía tan pobre y

abandonada; desde el otro lado, habría usted pensado que era una mendigo. Y me trató como si hubiera sido la hija de un rey. Me llevó con la mejor de las mujeres. Encontró a mi hermano por mí. Y honra a mi hermano, a pesar de ser también pobre, ¡oh!, casi tan pobre como se puede ser. Y mi hermano le honra. Eso no es por decir —aquí el tono de Mirah cambió a uno de énfasis pronunciado, y sacudió su cabeza hacia atrás—: pues mi hermano es muy cultivado e inteligente. Y el señor Deronda dice que hay pocos hombres iguales a él. —Cierto desafío judío había entrado en su gratitud indignada y su ira no podía evitar incluir a Gwendolen, pues parecía haber dudado de la bondad de Deronda.

Pero Gwendolen era como alguien reseco de sed, que se contentaba con beber del agua fresca desparramada. No se daba cuenta que Mirah se había enfadado con ella; no era consciente de nada salvo de la penetrante sensación que Deronda y su vida no tenían que ver con la concepción de su marido más que lo que tenía que ver la mañana en el horizonte con la mañana que se vivía en las calles de la ciudad. Incluso las palabras de Mirah quedaron por debajo de la imprecisión de su alivio. Apenas podía haberlas repetido, o haber dicho cómo había cambiado su estado de ánimo. Apretó la mano de Mirah, y dijo:

—Gracias, gracias —en un susurro apresurado, luego se levantó, y añadió, con la conciencia algo nublada—: Debo irme, la veré el día cuatro… se lo agradezco tanto —inclinándose automáticamente, mientras Mirah, abriéndole la puerta, quedó sorprendida por lo que parecía una retirada repentina mostrando su fría nobleza.

Gwendolen, ciertamente, no iba a mostrar toda la efusividad de sus sentimientos hacia la persona que la había aliviado. La apasionada necesidad de contradecir la suposición de Grandcourt respecto a Deronda, una necesidad que había embotado su sensibilidad para todo lo demás, tan pronto fue satisfecha quiso marcharse de allí. Comenzó a darse cuenta de que estaba fuera de lugar, y a temer ser vista por Deronda. Y una vez de nuevo en el carro, se imaginó lo que la esperaba en casa. Cuando se detuvo ante la puerta en la plaza Grosvenor, su marido estaba llegando con un puro entre los dedos. Lo tiró al suelo y le dio la mano, y le acompañó escaleras arriba. Ella se dirigió hacia el salón, no fuera que la siguiera acompañando y no le diera la oportunidad de retirarse; luego se sentó con aire cansado, se sacó los guantes, y se frotó la frente con la mano, e intentó no advertir su presencia. Pero él se sentó, también, y no muy lejos, justo en frente, en un lugar en el que no mirarle suponía recalcar el esfuerzo por no hacerlo.

—¿Puedes decirme dónde has estado a estas horas extraordinarias? —dijo Grandcourt.

—Oh, sí; he estado en casa de la señorita Lapidoth, para pedirle

que venga y cante para nosotros —dijo Gwendolen, dejando sus guantes en la mesita que había a su lado, y fijando en ellos la mirada.

—¿Y preguntarle sobre su relación con Deronda? —dijo Grandcourt, en un tono de burla lo más cruel posible, que a los oídos de Gwendolen resultó diabólico.

Por primera vez desde que se casaron enrojeció ante él sin intentar evitarlo. Volviendo sus ojos hacia él, dijo, en un tono mordaz:

—Sí, y lo que dijiste es falso, una ruin y malvada falsedad.

—Te lo dijo ella, ¿verdad? —replicó Grandcourt, mofándose aún más claramente.

Gwendolen estaba en silencio. El enojo resuelto que había en ella quedó acallado por la rabia. ¿Qué razones podía dar para demostrarlo? Todas las razones que a ella le parecían tan fuertes y verdaderas, las veía sofocadas y malogradas bajo el peso de su marido. No había ninguna prueba que dar más que su propia impresión, que le parecería a él su propia locura. Giró rápidamente la cabeza para no verle, y dirigió la mirada con enojo hacia el final de la sala: se habría levantado, pero él se hallaba en su camino.

Grandcourt se dio cuenta de su ventaja.

—No tiene ninguna consecuencia si viene a cantar —dijo arrastrando la voz—. Puedes hacerla venir a cantar, si quieres. —Luego, tras una pausa, añadió en su tono más imperioso—: Pero te abstendrás de acercarte a esa casa de nuevo. Como mujer mía, debes aceptar mi palabra de lo que es adecuado para ti. Cuando te comprometiste a ser mi mujer, te comprometiste también a no hacer el ridículo. Has estado haciendo el ridículo esta mañana; y si continuaras como has empezado, empezarían a hablar de ti en los clubs de una forma que no te gustaría. ¿Qué sabes tú del mundo? Te has casado conmigo y debes guiarte por mi opinión.

Cada frase de esa conversación, pronunciada lentamente, tenía un control terrible sobre la naturaleza de Gwendolen. Si esos tonos bajos hubieran salido de un médico diciéndole que tenía los síntomas de una grave enfermedad, y pronosticando su desarrollo, no habría estado más desamparada contra los argumentos que residían en ellas. Pero ahora su marido la permitió marcharse, y nunca más volvió a hacer ninguna referencia a lo que había ocurrido esta mañana. Conocía la fuerza de sus propias palabras. Si hubieran mandado a este hombre de manos blancas y perfil perpendicular a gobernar una colonia difícil, se habría ganado la reputación entre sus contemporáneos. Ciertamente tenía habilidad, habría entendido que era más seguro exterminar que engatusar a los propietarios reemplazados, y no le habría temblado el pulso en asegurarse las cosas por ese camino.

Gwendolen no perdió, a causa de esto, su fe recobrada; más bien al contrario, la mantuvo con una tenacidad más ansiosa, como un protestante de los de antes mantiene escondida su Biblia o un católico su crucifijo, según el lado favorecido por las fuerzas civiles; y era característico de ella que aparte de la impresión ganada respecto a Deronda en esa visita, su imaginación se ocupaba poco en Mirah o en el hermano elogiado. El único resultado que contaba para ella era que Deronda había actuado simplemente como un benefactor generoso, y la frase "leyendo hebreo" pasó rápidamente sobre sus oídos, como una cigüeña extraviada habría hecho su vuelo peculiar sobre el paisaje sin levantar ninguna reflexión sorprendente sobre la historia natural.

Pero el desenlace de esa visita, en lo que se refería a su marido, afectó fuertemente el proceso que solía afligirla, y fue la causa de un cambio externo no observado tal vez por nadie excepto Deronda. A medida que pasaban las semanas y se producían entrevistas pasajeras y ocasionales con ella, Deronda pensó que percibía en ella una intensificación de su dureza superficial y de su resuelta exhibición, que traicionaban abruptamente su agitación de una forma muy marcada e incómoda para él.

De hecho, ella estaba desarrollando una especie de disciplina para la terquedad que, como una conversión, implica a la mitad de la persona con un esfuerzo terrible, y exaspera la desgana de la otra mitad. Grandcourt tenía un don especial más que un discernimiento para detectar su terquedad, y lo que había ocurrido respecto a Mirah aceleró sus sospechas de que aumentaba en las ocasiones en las que casualmente veía a Deronda: había una "maldita tontería" entre ellos; no se la imaginaba exactamente como coqueteo ni nada por el estilo; pero era una tontería que claramente la mantenía a ella en constante emoción —una acción interior que podía llegar a ser desagradable hacia el exterior—. Es sabido que los maridos de antes han sufrido una devoción amenazadora por parte de sus mujeres, que se presentaba primero de forma confusa como extravagancia, y finalmente como la que se vive en los conventos de monjas. Grandcourt tenía una vaga percepción de los estados de ánimo amenazadores de Gwendolen que por la idea que tenía él del matrimonio requería perentoriamente refrenar. Entre los medios que escogió, uno era peculiar, y lo había calculado con menos habilidad que las amonestaciones que acabamos de oír.

Decidió que ella debía saber el contenido principal del testamento que estaba haciendo, pero no podía comunicárselo él mismo, porque implicaba hablar de su relación con la señora Glasher y sus hijos; y era del todo repugnante para él que hubiera un reconocimiento abierto de esto entre Gwendolen y él. Como todas las naturalezas orgullosas y protegidas, rechazaba ser explícito y dar detalles, incluso sobre cosas

triviales, si eran personales: un ayuda de cámara debe mantener una estricta reserva sobre el tema de los zapatos y los calcetines. Y no soportaba la confrontación; solía evitar la colisión tranquilamente, gracias a la presión que ejercía sobre los demás. Pero quería que Gwendolen supiera que antes que él se declarara, sabía perfectamente que ella era consciente de sus relaciones con Lydia; ese conocimiento previo era la excusa para sacar el tema ahora. Algunos hombres en su lugar habrían pensado escribir lo que él quería que ella supiese, en forma de carta. Pero Grandcourt odiaba escribir: incluso escribir una nota le aburría, y estaba acostumbrado a que todos sus escritos los hiciera Lush. Conocemos personas que prefieren renunciar a sus propios intereses inmediatos antes de hacer algo tan desagradable como escribir cartas; y no es probable que estos utilitaristas imperfectos se precipiten sobre un manuscrito y la sintaxis para tratar un tema difícil que afecte a los sentimientos de otro. A Grandcourt ni siquiera se le ocurrió que podía o debía escribir a Gwendolen la información en cuestión; y el único medio de comunicación que podía usar era Lush, que para él, era un utensilio más como el papel y la pluma. Pero también aquí Grandcourt tenía sus reservas, y no habría pronunciado una sola palabra de queja que animara a Lush a moverle a una compasión desvergonzada sobre un matrimonio que había sido desaconsejado por él. ¿Quién que tiene un confidente se libra de creer muy poco en su agudeza y mucho en su discreción? Grandcourt siempre había permitido que Lush conociera sus asuntos externos indiscriminadamente: irregularidades, deudas, necesidad de dinero rápido; solo le controlaba lo que su confidente podía decirle a él; y se había acostumbrado tanto a esta herramienta humana, que el tenerlo cerca en Londres le hizo recobrar su tranquilidad perdida. Así que Lush conocía el contenido del testamento con más exactitud que el propio testador.

Grandcourt no dudaba que Gwendolen, al ser una mujer que sabía atar cabos, sabía o sospechaba que Lush fuera el urdidor de su entrevista con Lydia, y que esta era la razón por la que su primera solicitud fue su destierro. Pero el acierto de las suposiciones de una mujer en asuntos entremezclados que elevan pasiones varias no queda determinado solamente por su capacidad de deducción; y aquí a Grandcourt le faltaba la manera de pensar que le habría salvado del error, a saber, cierta experiencia de las pasiones mezcladas concernientes. Había adivinado correctamente la mitad del temor de Gwendolen: todo lo relacionado con su orgullo personal, y su percepción de que él pretendía someter su voluntad a la de ella; pero la mitad llena de remordimientos, incluso si hubiera sabido que había roto su promesa, estaba tan lejos de su imaginación como la otra cara de la luna. Lo que creía que ella sentía sobre Lydia era solamente una

envidia reprimida, y lo que creía que había escrito Lydia junto con las joyas era que le recordaba que era ella quien las solía llevar y otras impertinencias por el estilo con que se imaginaba se trataban entre sí las mujeres celosas. Tenía la certeza triunfal de que podía agravar la envidia y aun asi reírse por dentro sin exteriorizarlo. Su objetivo era aprovecharse de todo el egoísmo de su mujer y hacerlo suyo, y no pretendía insultarla volviendo a contratar a Lush: tendría que entender que era el único enviado posible. El punto de vista de Grandcourt estaba encerrado en sí mismo, lo que a él le convenía, los demás lo tenían que aceptar. Sin duda la falta de compasión nos condena a una estupidez proporcional. Si dejáramos suelto a Mefistófeles, y le obligáramos a seguir sus propias maquinaciones, inevitablemente metería constantemente la pata.

Una mañana se dirigió a Gwendolen en su tocador detrás de la sala de estar trasera, con el sombrero y los guantes en la mano, y dijo con su voz arrastrada, con su mejor humor y de la forma más persuasiva, de pie ante ella y observándola sentada con un libro en su falda:

—Ah, Gwendolen, tengo que explicarte unos negocios sobre mis propiedades. Le he pedido a Lush que venga y te los cuente. Él lo sabe todo sobre esas cosas. Yo voy a salir. Él vendrá ahora. Es la única persona que te lo puede explicar. Supongo que no te importará.

—Sabes que sí me importa —dijo Gwendolen, levantándose enfadada—. No le voy a ver. —Hizo el gesto de escaparse por la puerta. Grandcourt estaba delante de ella, de espaldas a la puerta. Estaba preparado para su enfado, y no mostró ninguno por su parte, al decir, con el mismo tipo de tono de protesta que habría usado contra una objeción a salir a comer fuera:

—No vale la pena armar un escándalo. El mundo está lleno de brutos con los que uno tiene a veces que hablar. La gente con un *savoir vivre* no se queja de estas cosas. Tengo negocios que atender. Y no puedes esperar que lo haga gente agradable. Si tomo a mi cargo a Lush, lo que se espera de ti es que lo aceptes como tal. No que me organices un escándalo. No que sacudas la cabeza y te muerdas los labios al hablar de la gente de ese tipo.

Este discurso fue pronunciado con una voz tan arrastrada y con tantas pausas que Gwendolen tuvo tiempo de hacer varias reflexiones y reprimir su resistencia. ¿Qué es lo que tenían que decirle sobre las propiedades? Esta palabra tenía una connotación dominante para ella, primero por su madre, y luego por la señora Glasher y sus hijos. ¿De qué serviría rechazar ver a Lush? ¿Podía pedirle a Grandcourt que se lo contara él mismo? Eso sería intolerable, incluso aunque él quisiese, que estaba claro que no, pues ya había decidido lo contrario. Pero ya no soportaba más la humillación de estar allí de pie prisionera, con su marido cerrándole el paso, y se giró para apoyarse en un armario, a la

vez que Grandcourt la siguió.

—Lo he dispuesto todo para que Lush pueda venir ahora, mientras yo estoy fuera —dijo, tras una larga pausa, durante la cual Gwendolen no hizo ningún signo—. ¿Le digo que venga?

Y aún hubo otra pausa antes de que ella dijera:

—Sí —su cara se ladeó y sus ojos miraron al suelo.

—Volveré a tiempo de dar un paseo a caballo, si quieres y estás lista —dijo Grandcourt. No hubo respuesta. «Tiene una rabia desesperada», pensó él. Pero la rabia era silenciosa y, por tanto, no le era desagradable. Seguidamente, él le giró la mejilla y la besó; mientras, ella seguía con los ojos caídos, y no los movió hasta que él estuvo al otro lado de la puerta.

¿Qué iba ella a hacer? Por mucho que buscase en su consciencia, no encontraba ningún pretexto para justificar una querella. La única alusión romántica que había tenido en casarse con este hombre era la de ejercer su poder y usarlo a su antojo. Era él quien la estaba usando a ella a su antojo.

Se sentó esperando que anunciaran a Lush como una especie de operación por la que tenía que pasar. Los hechos que la corroían por dentro la exasperaron aún más cuando se dio cuenta de que él los conocía. Todo formaba parte de ese nuevo juego, en el que la pérdida no era simplemente un *menos*, sino un terrible *más* que nunca había considerado.

Lush no estaba ni encantado del todo ni insatisfecho del todo con su tarea. Grandcourt le había dicho como conclusión:

—No seas más desagradable de lo que ya de por sí te obliga la naturaleza.

—Eso depende —pensó Lush. Pero dijo—: Escribiré un pequeño resumen para que lo lea la señora Grandcourt. —No sugería hacer toda la comunicación por escrito, lo cual era una prueba de que la entrevista no le insatisfacía del todo.

Algo se le dejaba también a él en el testamento, y no tenía razones para estar de mal humor, ni aunque el mal humor hubiera sido normal en él. Estaba perfectamente convencido de que había penetrado en todos los secretos de la situación; pero no se regocijaba diabólicamente en ello. Solo sentía con resentimiento la gratificación de su autoestima por haber adivinado que ese matrimonio no iba a ser tan satisfactorio como había esperado la joven y altiva dama, y como Grandcourt deseaba fingir que era. No tenía un rencor persistente mucho más fuerte del que da el condimento del escándalo ordinario para aquellos que lo repiten y lo exageran por sus conjeturas. Sin ningún tipo de compasión ni buena voluntad, tampoco tenía una malevolencia manifiesta, al estar ocupado principalmente en sus

placeres particulares, y no le desagradaba nada más que lo que le dificultaba disfrutar de esos placeres; todo lo demás lo situaba al nivel del último asesinato o de la última *opera buffa*, cosas de las que hablar. No obstante, no le daba igual la perspectiva de ser tratado descortésmente por una mujer hermosa, o el hecho que lo contrarrestaba: el poder que le otorgaba el encargo presente para humillarla. No pretendía usarlo innecesariamente; pero hay personas que están más dotadas que nosotros y que su simple "¿Cómo estás?" parece sumamente ofensivo.

Para cuando anunciaron al señor Lush, Gwendolen había tomado una decisión amarga, que él no sería testigo de la más mínima traición de sus sentimientos, fuera lo que fuera lo que le tenía que decir. Le invitó a sentarse con una augusta tranquilidad. Después de todo, ¿qué era este hombre para ella? No era en lo más mínimo como su marido. El odio que sentía hacia un hombre grosero y familiar, con manos torpes, quedaba amortiguado por la intensidad con que odiaba a su contraste.

Sostenía un pequeño papel doblado en su mano mientras hablaba.

—Ni que decir tiene que no me habría presentado aquí si el señor Grandcourt no hubiera expresado con tanta insistencia su deseo, como sin duda le habrá ya mencionado a usted.

Por cómo había pronunciado estas frases, podía parecer que se presentaba con gran reverencia, e incluso como pidiendo perdón tímidamente. La intención de Lush no era la contraria, pero para los oídos de Gwendolen había tanta insolencia en sus palabras como en sus ojos prominentes, así como en la familiaridad con la que había pronunciado el pronombre "usted". Debería haberse dirigido a ella como señora Grandcourt. Hizo una ligerísima inclinación de cabeza, y Lush continuó, con cierta torpeza, enredándose en lo que de forma elegante se conoce como tautología.

—El haber gozado de la confianza del señor Grandcourt durante quince años o más, desde que era un joven, de hecho, me otorga una posición peculiar. Puede hablarme de asuntos que no menciona a nadie más; y de hecho, no podía haber encargado este asunto a nadie más. Lo he aceptado por la amistad que le debo. Esta es mi excusa por haber aceptado la tarea, por si hubiera usted preferido a otra persona.

Hizo una pausa, pero ella no hizo ningún gesto, y Lush, viendo que sus excusas no eran aceptadas, abrió el papel doblado, y lo miró vagamente antes de empezar a hablar de nuevo.

—Este documento contiene información sobre el testamento del señor Grandcourt, un resumen de una parte que quiere que usted conozca, si usted accede a hojearlo. Pero hay algo que tengo que decirle a modo de introducción, por lo que espero me perdone, si no es muy desagradable. —Lush se dio cuenta de que estaba

comportando mejor de lo que había esperado, y no era consciente de lo insultante que era su expresión: “no muy desagradable”.

—Diga lo que tenga que decir sin excusarse, por favor —dijo Gwendolen, adoptando el aire que habría tenido con un ladrón de perros que viniera a reclamar una recompensa por el perro que había robado.

—Solo debo recordarle algo que ocurrió antes de su compromiso con el señor Grandcourt —dijo Lush, no sin que aumentara su insolencia voluntaria a cambio de su desprecio—. Se reunió usted con una dama en Cardell Chase, si recuerda, que le habló de su posición con respecto al señor Grandcourt. Había niños con ella; uno era un chico muy hermoso.

Los labios de Gwendolen estaban tan pálidos como sus mejillas; su pasión no tenía armas, las palabras no serían más que astillas. El discurso de este hombre era como un cuchillo afilado rasgando su piel: pero incluso su indignación por haber contratado a Lush se mezclaba con otros sentimientos, oscuros y alarmantes como una multitud de fantasmas.

—El señor Grandcourt era consciente de que usted estaba familiarizada con este desafortunado asunto de antemano, y cree que lo correcto es darle a conocer su posición y sus intenciones. Es un asunto de propiedades y perspectivas de futuro; y si usted tuviera alguna objeción, le ruego sea tan amable de mencionármela a mí; es un asunto del que, por supuesto, él prefiere no hablar; y ahora, por favor, lea esto. —Al decir las últimas palabras, Lush se levantó y le ofreció el papel.

Cuando Gwendolen decidió que no traicionaría sus sentimientos en presencia de este hombre, no estaba preparada para escuchar que su marido conocía su consciencia silenciosa, los términos aceptados y no expresados en los que se había casado con él. No se atrevió a levantar la mano para coger el papel, para que no pudiera verse que estaba temblando. Por un momento, Lush lo sostuvo ante ella, y ella sintió que su mirada era ignominiosa, antes de decirle en voz baja pero con arrogancia:

—Déjelo en la mesa. Y váyase a la habitación de al lado, por favor.

Lush obedeció, pensando mientras se acomodaba en una butaca de la habitación trasera: «Mi dama se ha estremecido considerablemente. No sabía cuál sería el precio a pagar por ese artículo de tanta calidad: Henleigh Grandcourt». Pero le parecía que para ser una chica sin dinero había conseguido mucho más de lo que cabía esperar, y que, incomprensiblemente, lo había hecho sabiendo aprovechar sus oportunidades: sus palabras a Lydia no tenían sentido, y el hecho de haber huido probablemente había sido por su destreza. Había resultado ser un golpe maestro.

Mientras tanto Gwendolen intentaba calmar sus nervios para leer el papel. Tenía que leerlo. Todo su orgullo, luchando por rebelarse, sus sueños de libertad, sus remordimientos, sus temores, todos necesitaban saber lo que contenía el papel. Pero al principio no fue fácil entender el significado de las palabras. Cuando lo logró, averiguó que en caso de no tener hijos fruto de su matrimonio, Grandcourt había convertido al pequeño Henleigh en su heredero; eso era todo lo que le importaba averiguar claramente del documento. La otra declaración, acerca de qué provisiones le quedaban a ella en ese caso, la leyó rápidamente, y obtuvo solamente una percepción confusa de miles de libras y de Gadsmere. Era suficiente. Podía despedir al hombre de la habitación de al lado con la energía desafiante que había recuperado ante la idea que la cuestión de la propiedad y de la herencia la habían preparado para humillarla y esclavizarla.

Colocó el papel entre las hojas de su libro, que tomó entre sus manos, y entró con su actitud más majestuosa en la habitación de al lado; al verla, Lush se levantó inmediatamente, esperando que se acercase. Cuando estuvo a cuatro yardas de él, apenas pasó un instante cuando ella dijo en un tono alto, mientras le barría con la mirada:

—Dígale al señor Grandcourt que ha dispuesto las cosas tal y como yo deseaba —y pasó por su lado sin prisa, y dando tiempo a Lush a observar con admiración su graciosa espalda a la vez que captaba medio divertido sus modales y su impertinencia, cosa que expresó arqueando las cejas y mordiéndose la lengua con los dientes. En realidad, no quería verla tan castigada, y se alegró que ya fuera hora de marcharse e ir al club a desayunar, donde iba a tomar un ensalada de langosta.

¿Qué es lo que esperaba Gwendolen? Cuando su marido volviera la encontraría vestida con su traje de montar, preparada para salir con él. No iba a ponerse histérica de nuevo, ni a retirarse a la cama diciendo que estaba enferma. Esa era la decisión que estaba implícita en sus huesos antes de expresarla en palabras, cuando salió de la habitación, dejando a Lush detrás de ella. Iba a actuar según su mensaje, sin darse tiempo a reflexionar. Tocó el timbre para llamar a su criada, y se cambió y se arregló con el esmero de siempre. Sin duda su marido había querido provocarle un gran efecto: tal vez con el tiempo le haría ver que el efecto producido había sido el contrario al que esperaba; pero por el momento todo lo que podía mostrar era una satisfacción desafiante en lo que pretendía ser desagradable. Vino como un instinto más que como un pensamiento, el mostrar que cualquier signo que pudiera ser interpretado como un ataque de celos (cuando le acababan de recordar de forma insultante que las condiciones eran lo que ella había aceptado con los ojos abiertos),

sería la peor de las humillaciones. Se dijo que ese día no tenía tiempo suficiente para discernir claramente sus acciones futuras; lo único que tenía claro es que haría como su marido: ignorar cualquier motivo de excitación. No solo dio una vuelta a caballo, sino que salió también con él a comer, sin contribuir en nada a alterar su trato mutuo, que nunca era el del intercambio rápido de opiniones; y como nota curiosa, incluso rechazó un pañuelo que le había entregado su criada en el que por error había puesto una colonia que Grandcourt había rechazado alguna vez. A Gwendolen no le habría gustado ser un objeto de disgusto a este marido que odiaba: quería que toda la repulsa la sintiera ella.

Pero postergar las reflexiones de esta manera era como intentar hablar sin oírse. El pensamiento unido a nuestra pasión es tan penetrante como el aire, todo es permeable a él: los saludos, las sonrisas, la conversación, las réplicas ingeniosas, son como panales de abejas a los que el pensamiento acude, sin que se lleve siempre un bocado de miel. Y sin haberse encerrado en soledad, Gwendolen parecía después de nueve o diez horas haber pasado por un laberinto de reflexión, en el que se repetía la misma sucesión de perspectivas, las mismas salidas falsas rechazadas, los mismos estremecimientos ante las necesidades de cada medida. Ya estaba experimentando el duro efecto de sentir que sus acciones habían sido solamente vistas y juzgadas a la luz de sus razones más ruines. Revivió las escenas de su galanteo con la nueva y amarga consciencia de lo que había sido para Grandcourt —con la certeza, ahora que le conocía bien, que él había conseguido un triunfo peculiar al conquistar su repugnancia estúpida, y que desde que se casaron, él había sentido una fría alegría por conocer su secreto más íntimo—. Su imaginación exageraba cada impulso tiránico de que era él capaz. «Insistiré en separarme de él», fue su primera e impulsiva determinación; luego, «le abandonaré tanto si me deja como si no. Si este chico se convierte en su heredero, esa será mi expiación». Pero ni en la oscuridad ni a la luz del día podía imaginarse cómo llevar a cabo esas determinaciones con el coraje de sentirlas soportables. ¿Cómo podía huir de su propia familia, llenarles de aflicción, y convertirse en un objeto de escándalo en la sociedad de la que había salido? ¿Qué futuro le quedaba como señora Grandcourt que regresa a casa de la madre, la cual sería despojada de nuevo de sus bienes por la ruptura del matrimonio que se había celebrado sobre todo para otorgar una manutención a su madre? Había estado viendo recientemente a su tío y a Anna en Londres, y aunque se había librado de tener que invitarles a la plaza Grosvenor porque querían estar con Rex, que a su vez no se arriesgaba a encontrarse con ella, su visita temporal le ayudó a ver con mayor nitidez qué sería de ella si tomara refugio en su propia familia. ¿Qué podría decir para justificar su

huida? Su tío le diría que volviera. Su madre se pondría a llorar. Su tía y Anna la mirarían alarmadas y sorprendidas. Su marido tendría poder para coaccionarla. No tenía nada en contra de él que pudiera usar ante oídos juiciosos o judiciales. ¡E insistir en la separación! Era una combinación de palabras fácil de hacer; pero considerada como acción para ser ejecutada contra Grandcourt, sería tan practicable como estar a punto de ceder y a la vez tener miedo de lo que dirían los demás. ¿Cómo iba a empezar? ¿Qué iba a decir que no fuera una condena de sí misma? «Si voy a ser desgraciada en cualquier caso», era la amarga copla de sus sueños rebeldes, «mejor que escoja la desgracia que solo me afecte a mí». Además, su rectitud le decía una y otra vez que no tenía derecho a quejarse de su contrato, ni a retirarse.

Y siempre, entre las imágenes que la devolvían a la sumisión estaba la de Deronda. La idea de verse separada de su marido, puso a Deronda en un lugar distinto, perturbador y doloroso en su conciencia: instintivamente sentía que la separación sería también de él, y al verse como una mujer solitaria y dudosamente considerada, sintió un rubor inevitable por el recuerdo del comportamiento que había tenido con él. Asociar que Deronda pensara dudosamente de ella era intolerable. ¿Y qué diría si lo supiera todo? Probablemente que tenía que soportar lo que ella misma había decidido, a menos que estuviera segura de que podría llegar a ser una mujer mejor por otro camino. ¿Y en qué tipo de mujer se iba a convertir: solitaria, hastiada de la vida, mirada por los demás con una compasión sospechosa? Incluso aunque fuera un éxito conseguir esa triste libertad. La señora Grandcourt “huyendo” sería una criatura más compadecida que Gwendolen Harleth condenada a enseñar a las hijas del obispo, y a ser vigilada por la señora Mompert.

Vale la pena mencionar un rasgo característico de su conducta. No iba a mirar una segunda vez el papel que le había dado Lush; y antes de llamar a su criada lo encerró en un escritorio móvil que estaba a mano, orgullosamente resuelta a no ceder ante la curiosidad de ver qué le habían asignado en relación con Gadsmere, sintiéndose calificada por su marido y su confidente con la mezquindad del que acepta el matrimonio y la riqueza a cualquier precio, aunque sea deshonesto y humillante.

Día tras día se repetía el mismo esquema de pensamiento. No sucedió nada que cambiara la situación —ningún elemento nuevo en el boceto—, solo una repetición que lo afianzaba. Las semanas de mayo dieron paso a las de junio, y la señora Grandcourt seguía externamente en el mismo sitio, presentándose como se esperaba de ella en las escenas habituales, con su gracia, belleza y vestimenta habitual; tanto en la iglesia a principio de semana, como toda la escala restante de situaciones sociales, hasta la ópera a finales de semana. Ir

a la iglesia no era para ella muy distinto de las otras formas de aparición en sociedad, pues el matrimonio no le había dado instrucciones que la capacitaran para conectar la liturgia y el sermón con aspectos más profundos que no fueran los de las inexplicadas y tal vez inexplicables modas sociales. Mientras un celo loable trabajaba para llevar la luz de la ley espiritual a las callejuelas donde la única ley conocida es la de la policía, la brillante señora Grandcourt, consciente de estar casi a la altura de un rector de categoría y muy por encima de un decano instruido, estaba, en cuanto a la preocupación pastoral y a la compañía religiosa, tan solitaria como un hombre en un faro.

¿Podemos sorprendernos de la sumisión práctica que ocultaba su rebelión edificante? La combinación es bastante común, como sabemos por el número de personas que nos hacen ser conscientes de ello en su propio caso por la declaración incansable y clamorosa de las razones en contra de su sumisión a una situación que, al verla de cerca, descubrimos que es la menos desagradable posible. La pobre Gwendolen tenía demasiado y demasiado poco poder y dignidad para ser en esto excepcional. No hay que asombrarse que Deronda ahora la mirara con dureza, pues había sido ensañado a suprimir los sentimientos.

Por ejemplo: una mañana, montando a caballo en la Andana Carcomida con Grandcourt a su lado, vio en pie al lado de las vías de tren, mirándolos, una mujer de ojos oscuros con una niña pequeña y un niño rubio, que inmediatamente reconoció como a las criaturas de todo el mundo que más daño le hacía mirar. Ella y Grandcourt acaban de aminorar el paso al nivel de paseo; él, estando en el lado exterior, es el que estaba más cerca de la inapropiada visión, y Gwendolen no tenía fuerzas en su ánimo más que para apartar la vista de los ojos oscuros que se clavaron insistentemente en los suyos y luego en los de Grandcourt, que pasó por su lado con el rostro imperturbable, no dando señales de reconocimiento.

Ella sintió inmediatamente una rabia cada vez más fuerte contra él, mezclada con su propia vergüenza, y las palabras: «Deberías al menos haberla saludado levantándote el sombrero» llegaron impetuosamente hasta sus labios, pero no los traspasaron. Si como marido suyo, en su compañía, escogía ignorar a esas criaturas a las que ella misma había desplazado del lugar que deberían haber ocupado, ¿cómo iba a reprochárselo ella? No tenía palabras.

No era casualidad, sino decisión suya la que había llevado a la señora Glasher y a su hijo allí. Había bajado a la ciudad con el pretexto de hacer unas compras —en realidad le faltaban unos aparatos correctores para sus hijos, y había tenido una entrevista con Lush en la que había aliviado su inquietud presentando todas las

posibilidades del lado de su triunfo final—. «Déjela sola, y verá como se disuelve el matrimonio de una forma u otra», había insinuado Lush de varias maneras, «dejando asegurada la sucesión a su hijo». Había tenido también una conversación con Grandcourt, que como siempre, le había dicho que se comporatara como una mujer razonable, y la amenazó con castigarla si le daba problemas; pero, también como solía ser habitual, se había reivindicado como ajeno a cualquier tipo de tacañería, pues el dinero que estaba recibiendo de Sir Hugo por Diplow le animaba al despilfarro. Lydia, alimentando las probabilidades a su favor, devoraba su furia impotente con ese agradable alimento; pero no pudo evitar refrenar su discreción y recompensarse haciendo una aparición tipo Medusa[245] ante Gwendolen, aliviando su reivindicación y sus celos al soltar este veneno, aunque fuera tan fútil como el de una víbora arrojada al otro lado del cerco. Así es que, cada día, tras averiguar gracias a Lush la hora probable de paseo a caballo de Gwendolen, se plantaba en ese lugar, desafiando incluso a Grandcourt. ¿Y por qué no llevar con ella al pequeño Henleigh al parque?

La aparición tipo Medusa fue más efectiva de lo que Lydia pretendía por la reacción que causó en Gwendolen ver a Grandcourt ignorar a esta mujer que una vez fue la persona más cercana en este mundo, al igual que a los hijos que ella le había dado. Y mientras, la oscura sombra lanzada de esta forma sobre el destino de una mujer destituida de su dignidad social, envolvía sus visiones de futuro, pensando que podía tener ella misma igual destino, y que se cumplieran sus miedos. Se estremecía tanto más si pensaba hacer algo. ¿Qué podía aliviarla de este terreno lleno de odio, al que tampoco se atrevía a abandonar, ni aunque estuviera lloviendo fuego? ¿Qué podía aliviarla sino la muerte? Pero no su propia muerte. Gwendolen no era una mujer que pensase en su muerte como una realidad cercana, ni se imaginaba traspasando la frontera de lo inexperimentado y lo invisible. Parecía más probable que fuera Grandcourt el que muriera, pero no era previsible. El poder que tenía su tiranía parecía un poder propio de vivos, en contra de su deseo de verle muerto. A la vez que pensaba que la muerte de él era la única salida posible para ella, también se daba cuenta de que esa salida no llegaría nunca —la doble salida de verse libre de los reproches de los demás y del yugo que se había atado al cuello. ¡No! Lo veía siempre vivo, y su propia vida dominada por la de él; para su joven experiencia la palabra “siempre” no se extendía más allá que los años inmediatos, que le parecían inconmensurablemente largos para su hastío pasional. El pensamiento de su muerte no persistió: se transformó en una pesadilla terrorífica, viéndose a sí misma con sus dedos estranguladores sobre su cuello vengando ese pensamiento. Las fantasías se sucedían como fantasmas,

sin dejarla tranquila en su conciencia y sin que hallaran obstrucción alguna en ella: rayos oscuros haciendo su trabajo de forma invisible a la luz del día.

Solo una noche o dos después de ese encuentro en el Parque, hubo un gran concierto en casa de Klesmer, que vivía más bien de forma ostentosa en una de las casas más grandes del área de Grosvenor, un patrón y un príncipe entre los profesores de música. Gwendolen había esperado con ilusión una ocasión así en la que estaba segura de que se encontraría con Deronda, y había estado pensando cómo plantearle una cuestión, que no incluyera una palabra que le habría fastidiado pronunciar, pero que fuera lo suficientemente explícita para que él la entendiera. La lucha de los sentimientos opuestos no la dejaba que su instinto intuyera que la misma idea de la relación de Deronda con ella iba a desanimarla de dar cualquier paso desesperado hacia la libertad. Estaba muy emocionada esperando que alguna palabra suya le ofreciera una solución. El hecho que su oportunidad de conversación con él tuvieran que ser siempre cogidas al vuelo en la dudosa privacidad de grandes fiestas, provocaba que ella las viviera muchas veces de antemano, imaginando cómo se producirían y qué es lo que ella diría. La irritación era proporcional cuando no se presentaban oportunidades; y esta noche en casa de Klesmer, incluyó a Deronda en su enfado, puesto que parecía estar tan tranquilo como podía y alejado de ella, mientras que ella estaba en peligro de traicionar su impaciencia con cada persona con la que hablaba. Solo se sintió segura mostrando una fría altivez, que hizo que el señor Vandernoodt comentara que la señora Grandcourt se estaba volviendo la pareja perfecta para su marido. Cuando al fin la suerte de la noche la acercó a Deronda, Sir Hugo y la señora Raymond se hallaban tan cerca que podían oír cada palabra que ella dijera. No importaba: su marido no estaba cerca, y su irritación pasó sin freno a un atrevimiento que restauró la seguridad de su autodominio. Deronda estaba por fin allí, y le obligaría a hacer lo que ella quería. Rápidamente, sin gran esfuerzo, y con un aire casi de reina, mientras permanecía de pie con su encaje blanco y sus complementos verdes, dejó escapar con una especie de permisividad real:

—Me gustaría que viniera a verme mañana entre las cinco y las seis, señor Deronda.

Solo podía dar una respuesta por el momento:

Por supuesto —dijo con un tono de obediencia.

Luego se le ocurrió a Deronda que escribiría una nota excusándose. Siempre había evitado presentarse en casa de los Grandcourt. Pero no quería persuadirse de dar ningún paso que pudiera herirla, y si sus excusas eran tomadas como indiferencia o como afectación de indiferencia, en cualquier caso serían ofensivas. Así que mantuvo su

promesa. Gwendolen había declinado a salir a dar un paseo a caballo con el pretexto de no sentirse bien, posponiendo su negación hasta el último momento en el que los caballos estaban a punto de llegar a la puerta —no sin cierta alarma de que su marido dijera que también él se quedaría en casa—. Como casi se había vuelto supersticiosa por su poder de adivinación y sospecha, ya tenía preparado lo que haría en ese caso, a saber: negar que estuviera tan mal. Pero Grandcourt aceptó su excusa sin replicar, y se fue cabalgando.

No obstante, cuando Gwendolen se quedó sola, y hubo dado orden de que solo podía ser admitido el señor Deronda, empezó a alarmarse de lo que había hecho, y a sentir una gran agitación, pensando que pronto aparecería, y que tendría que hablar: no de trivialidades, como si no tuviera motivos serios para pedirle que viniera; y aún así, lo que había estado decidiendo durante horas que iba decirle empezó a aparecerle imposible. Por primera vez, el impulso de acudir a él era refrenado por la timidez, y ahora que era demasiado tarde se estremeció por la posibilidad de que él pudiera pensar que su invitación era indecorosa. Si así era, habría caído muy bajo en su estima. Pero inmediatamente se repuso de este temor intolerable al considerar que se estaba contagiando del modo de pensar de su marido. Que él dijera que estaba haciendo el ridículo era más bien un motivo por el que ese juicio ni se la había pasado por la cabeza a Deronda. Pero que no podía librarse de esta repentina invasión de reticencia femenina se manifestaba en un tipo de acción que nunca se le había ocurrido antes. En su lucha entre la agitación y el esfuerzo de suprimirla, iba yendo y viniendo por todo el largo de las dos salas de estar, donde al final de una de ellas un gran espejo la reflejaba con su vestido negro, escogido por la mañana temprano pensando casi inconscientemente en estos momentos. Pero sobre el vestido negro, su cabeza sobre el pilar blanco de su cuello mostraba su superioridad. En parte consciente de esto, corrió a su tocador, donde había otro espejo, pero también, arrojado sobre una silla, una larga pieza de encaje negro que cogió al vuelo y anudó sobre la corona de su cabello para ocultar del todo su cuello, y dejar que solo su cara sobresaliera del cuadro negro. Con este aspecto tan manifiestamente despectivo, pensó que sería posible librarse de su nerviosismo, pero el lazo negro no apartó la angustia de sus ojos y de sus labios.

Estaba de pie en medio de la sala cuando anunciaron a Deronda, y mientras él se acercaba, ella percibió que por alguna razón tampoco aparecía como él mismo. No podría haber definido el cambio salvo diciendo que parecía menos feliz que lo habitual, y que parecía costarle cierto esfuerzo comenzar a hablar. Pero la conversación empezó de la manera más suave posible. Ambos dijeron: “¿Cómo está?” bastante secamente; y Gwendolen, en vez de sentarse, se alejó

un poco, reposando sus brazos ligeramente en la espalda de una silla alta, mientras Deronda permanecía en su sitio; a ambos les costaba decir algo más, si bien la preocupación de él apenas podía haber estado más lejos de la de Gwendolen. Ella vio naturalmente en su embarazo un reflejo del suyo. Obligada a hablar, descubrió que su preparación en ocultarse y su autodominio no le servían de nada y empezó con torpe timidez:

—Se preguntará por que le rogué que viniera. Quería preguntarle algo. Usted dijo que yo era ignorante. Es cierto. ¿Y qué puedo hacer sino preguntarle?

Y en este momento sentía que era imposible exteriorizar las peguntas que pretendía. Algo nuevo en su comportamiento nervioso alarmó a Deronda, preocupado de que no sucediera una nueva crisis.

—Lo que más lamento es no poder serle apenas de ayuda. —Las palabras y el tono la reanimaron, y continuó con más sensación de libertad, pero sin decir todavía nada de lo que había pensado, y comenzando a darse prisa, para llegar de alguna forma a las palabras esperadas.

—Quería decirle que siempre he estado pensando en su consejo, ¿pero sirve de algo? No puedo conseguir ser diferente, porque lo que me rodea me genera malos sentimientos, y tengo que continuar, no puedo cambiar nada, no serviría de nada.

Se paró un momento, sabiendo que no encontraba las palabras adecuadas, pero empezó de nuevo apresuradamente:

—Pero si continúo me pondré peor. No quiero ponerme peor. Me gustaría ser lo que usted desea. Hay gente que es buena y disfruta con muchas cosas, sé que la hay. Yo soy una criatura despreciable. Me siento malvada odiando a la gente. He intentado pensar apartarme de todo el mundo. Pero no puedo. Hay tantas cosas que me lo impiden. Usted cree, tal vez, que no me importa. Pero sí me importa. Tengo miedo de todo. Tengo miedo de ser malvada. Dígame lo que puedo hacer.

Se había olvidado de todo salvo de esa imagen de su desgracia desesperada que intentaba hacer ver a Deronda con este discurso a trompicones, deseando comunicar, pero no expresar, toda su necesidad. No había lágrimas en sus ojos, pero brillaban dilatados de irritación; había un sollozo refrenado en su voz cada vez más oculto, hasta convertirse apenas en algo más que un susurro. Se estaba haciendo daño con las joyas que resplandecían bien sujetas en sus dedos al presionarlas contra el corazón.

Lo que tuvo que soportar Deronda en estos momentos lo definió más tarde como horrible. Sentía que no podía solucionar esto con palabras, igual que no podría haber salvado un barco a punto de naufragar, un barco lleno de vidas angustiadas azotadas por la

tormenta de la que no podían escapar. ¿Cómo iba a detener el largo proceso de la maldad de esta joven criatura? ¿Cómo cambiarlo con solo una frase? Tenía miedo de su propia voz. Las palabras que acudieron a su mente eran tan débiles que parecían mostrar toda su desesperación, o incluso esa insensibilidad hacia las penalidades de otro que busca en nosotros su alivio. Sentía que estaba encerrando con sus labios una multitud de palabras, como si el dejarlas escapar fuera una violación tremenda ante los misterios de nuestro destino humano. El primer pensamiento principal que le vino era: «Confiéselo todo a su marido; no le oculte nada». Esas palabras le hicieron comprender que tendrían que ir acompañadas de muchas más razones para que Gwendolen las interiorizara, pero antes de comenzar a decir siquiera esas breves frases, la puerta se abrió y entró el marido.

Grandcourt había salido deliberadamente y había regresado para satisfacer una sospecha. Lo que vio fue la angustia del rostro de Gwendolen enmarcada en negro como el de una monja, y Deronda de pie a tres yardas[246] de ella, con una mirada de pena como la que habría dirigido a un objeto amado que estuviera dando sus últimos suspiros de vida. Sin mostrar sorpresa alguna, Grandcourt hizo una breve inclinación ante Deronda, miró de nuevo a Gwendolen, cruzó la sala, y se sentó tranquilamente a cierta distancia con las piernas cruzadas; luego, sacó su pañuelo y se puso a jugar con él elegantemente.

Gwendolen se estremeció y cambió su actitud al verle, pero no se giró ni se movió de su sitio. No era un momento en que pudiera fingir nada o manifestar su repulsa: la pasión de sus últimas palabras era tan fuerte que todavía estaba en su interior. Lo que más le preocupaba era la sensación desesperada de que su entrevista con Deronda había terminado: había caído una cortina. Pero él, naturalmente, tuvo que mostrar su autodominio por lo delicado de la situación y los problemas que podía suponer para ella haber sido descubierta por su marido en este estado de agitación; y pensando que cualquier intento de fingimiento prolongando su visita como si no pasara nada no haría más que exagerar las posibles conjeturas de Grandcourt, simplemente dijo:

—No me quedaré más tiempo. Adiós.

Le ofreció su mano, y ella le dejó que presionara sus pobres deditos fríos; pero no dijo adiós.

Cuando abandonó la sala, Gwendolen se lanzó a un sofá, con unas expectativas tan pobres como su desespero, las expectativas de que iba ser castigada. Pero Grandcourt no hizo caso: estaba satisfecho de hacerla saber que no le había burlado, y de mantener un silencio que era formidable por su omnisciencia. Él salió por la noche, y la excusa que dio ella de sentirse enferma fue aceptada sin ni siquiera un

comentario burlesco.

A la mañana siguiente en el desayuno, él dijo:

—Me voy a dar una vuelta en yate por el Mediterráneo.

—¿Cuándo? —dijo Gwendolen, dándole el corazón un vuelco cargado de esperanza.

—Pasado mañana. El yate está en Marsella. Lush va a venir para prepararlo todo.

—¿Puede venir mi mamá a hacerme compañía, entonces? —dijo Gwendolen, a la que la nueva y repentina posibilidad de paz y afecto la llenó como una explosión de luz matutina.

—No, tú vendrás conmigo.

CAPÍTULO 49

Siempre en su alma triunfó sobre el resentimiento la gran justicia de la gratitud. Es la marca de las naturalezas regias, llenas de vida, y capaces de la alegría. Las personas que miradas de cerca no llevan esa chispa que te muestran cómo se diluye la bondad, y no valoran la palabra "gracias" son los frailes del mal, abocados a ser pobres en el amor y en la confianza, pero que deben seguir mendigando en un mundo que aún conserva algo de humanidad.

Deronda, al despedirse de Gwendolen, se abstuvo de decir: «No la veré de nuevo en un tiempo: me voy al extranjero», para que Grandcourt no interpretara que a ella le importaría ese hecho.

Se iba, de hecho, bajo unas circunstancias tan trascendentales para él, que cuando decidió cumplir su promesa y visitarla, se hallaba ya bajo la sombra de una emoción solemne que le hizo revivir la experiencia más profunda de su vida.

Sir Hugo le había mandado una nota a su habitación que decía: «Ven inmediatamente. Ha sucedido algo», una preparación que le produjo un alivio cuando, al estudio del baronet, fue recibido con gran cariño, en vez de con la congoja que había imaginado.

—¿No sucede nada que le aflija, señor? —dijo Deronda, en un tono más bien de confianza restaurada que de pregunta, mientras estrechaba la mano que le ofrecía. Había algo raro en la mirada de Sir Hugo, y una emoción refrenada en su voz cuando dijo:

—No, Dan, no. Siéntate. Tengo algo que decirte.

Deronda obedeció, no sin presentir algo. Era muy raro que Sir Hugo mostrara un semblante tan serio.

—No que me aflija, hijo mío, no. Al menos, si no hay nada en ello que te aflija a ti demasiado. Pero yo apenas esperaba que esto, justamente esto, llegase a suceder algún día. Ha habido razones por las que nunca te he preparado para esto. Ha habido razones por las que nunca te he dicho nada sobre tu parentesco. Pero me he esforzado de todas las maneras posibles que eso no te hiciera daño.

Sir Hugo hizo una pausa, pero Deronda no podía hablar. No podía decir: «Nunca me ha hecho daño eso». Incluso si hubiera sido cierto,

no podía confiar en que su voz dijera nada. Nadie más que él podía saber lo trascendental que era este momento en que el secreto iba a ser revelado. Sir Hugo nunca había visto ese rostro en el que se complacía tan pálido —los labios apretados con una mirada tan dolorosa—. Continuó con una ternura más ansiosa, como si hubiera descubierto que podía herirle.

—He actuado obedeciendo los deseos de tu madre. El secreto fue deseo suyo. Pero ahora quiere revelarlo. Desea verte. Voy a poner esta carta en tus manos, y luego podrás leerla. Simplemente te dice lo que ella quiere que hagas, y dónde la encontrarás.

Sir Hugo sostenía una carta escrita en un papel extraño, y Deronda se lo guardó en el bolsillo de su chaqueta, con una sensación de alivio por no tener que leerlo inmediatamente. La emoción del rostro de Daniel había enternecido al baronet, y se agitaba visiblemente. Sir Hugo no sabía qué más decir. Y toda el alma de Deronda fue inundada por una pregunta qué era la más dura en el mundo de pronunciar. Pero no podía retrasarla. Era un momento sagrado. Si lo dejaba pasar, podía ser que no volviera a darse la oportunidad de pronunciar esas palabras y encontrar la respuesta. Durante unos momentos, bajó la vista, y les pareció a ambos que los pensamientos flotaban en el aire entre ellos. Pero al final Deronda miró a Sir Hugo, y dijo, con voz temblorosa y reverencial, temiendo reprocharle indirectamente ese afecto ahogado durante años:

—¿También vive mi padre?

La respuesta vino inmediatamente en un tono bajo y enfático:

—No.

En las emociones entremezcladas que siguieron a esa respuesta era imposible distinguir la alegría del dolor.

Para Sir Hugo también esta entrevista arrojó una nueva luz a su pasado. Tras un silencio, en el que Deronda se sentía como el que abandonaba un credo antes de adherirse a otro, el baronet dijo, en tono de confesión:

—Tal vez me equivoqué, Dan, en emprender lo que hice. Y tal vez le cogí demasiado apego a tenerte todo para mí. Pero si has sufrido algo que hubiera podido evitar, te pido que me perdones.

—El perdón siempre ha estado ahí —dijo Deronda—. La pena principal siempre ha venido por otra persona, alguien a quien nunca conocí, y que voy a conocer ahora. Pero no me ha impedido sentir un afecto por usted que ha significado una gran parte de la vida que recuerdo.

Fue como un impulso que los dos hombres se estrecharan fuertemente la mano en un momento.

FIN DEL TERCER VOLUMEN

Que tu principal terror sea el de tu alma: allí entre la aglomeración de acelerados deseos que pisotean a los muertos apoderándose de su botín, acecha la venganza, sin fundamento, irresistible, como exhalaciones cargadas de muerte lenta, y sobre el escuadrón más limpio de recónditas alegrías, se respira pálida pestilencia.

LIBRO VII

LA MADRE Y EL HIJO

CAPÍTULO 50

Si algún mortal, nacido demasiado pronto fuera dejado en trance — mientras los tiempos siguieran corriendo— hasta que llegara su verdadero advenimiento; y pudiera entonces registrar las palabras que le decían los que le vigilaban mientras dormía, entonces podría yo contar más del aliento tan ligero que siento sobre mis párpados, y los suaves dedos que acarician mi pelo. La juventud es confusa; con todo, nunca me sentí tan torpe como cuando al pasar ese espíritu, me volví hacia él, apenas consciente, como se vuelve una culebra cuando las hadas se cruzan en su sueño.

BROWNING, *Paracelso*[247]

Esta fue la carta que Sir Hugo puso en manos de Deronda:

A MI HIJO; DANIEL DERONDA:

Mi buen amigo que lo es también tuyo, Sir Hugo Mallinger, te habrá dicho que quería verte. Mi salud está resentida, y prefiero no perder tiempo para que te pueda entregar lo que durante mucho tiempo he guardado. Que nada te impida estar en el Albergo dell'Italia en Génova el día catorce de este mes. Espérame allí. No estoy segura de cuándo podré hacer el viaje desde La Spezia, donde estaré residiendo. Eso depende de varias cosas. Espérame, soy la Princesa Halm-Eberstein. Lleva contigo el anillo de diamantes que te dio Sir Hugo. Me gustará volver a verlo. Tu madre desconocida,

LEONORA HALM-EBERSTEIN

Esta carta, con su redacción incolora, no dio a Deronda ninguna pista de qué es lo que había reservado para él; pero no podía más que aceptar el mutismo de Sir Hugo, que parecía haber prometido a la madre no hacer ninguna de sus revelaciones; y al descubrir que las conjeturas que durante toda su vida había creído eran equivocadas no pensó ya más en nuevas suposiciones. Deronda no podía evitar que su imaginación volara sobre ciertas posibilidades, pero se negó a considerar cualquiera de ellas como más probable que el resto, para

no dejarse influenciar por un deseo o un disgusto, y simplemente prepararse resueltamente a afrontar el hecho con valentía, cualquiera que fuera el resultado.

En este estado no podía haber comunicado a nadie la razón por la ausencia que en algunos hogares estaba obligado a mencionar, y menos que a nadie a Mardoqueo, a quien iba a afectar tanto como a él mismo, solo que de una forma distinta. Si dijera: «Voy a averiguar la verdad sobre mi nacimiento», las esperanzas de Mardoqueo se dispararían en una peligrosa y dolorosa excitación. Para evitar suposiciones, habló de su viaje como de un deseo de Sir Hugo, y lo expresó con tanta indiferencia como pudo, diciendo que no sabía cuánto iba a durar, pero que tal vez sería muy corto.

—Le pediré al chico, a Jacob, que se quede conmigo —dijo Mardoqueo, consolándose de esta manera, tras observarlo con tristeza.

—Tomaré un coche hasta allí y le pediré a la señora Cohen que le deje venir —dijo Mirah.

—La abuela no te negará nada —dijo Deronda—. Me alegra que se equivocaran un poco como me pasó a mí —añadió, sonriendo a Mardoqueo—. Pensaban que la señora Cohen, la madre, no querría ver a Mirah.

—Subestimé su corazón —dijo Mardoqueo—. Es capaz de alegrarse de la floración de otra planta, aunque la suya propia esté marchita.

—Oh, son personas encantadoras; me da la sensación de que nos pertenezcamos unos a otros —dijo Mirah, con un matiz de alegría en su sonrisa.

—¿Qué habrías sentido si ese Esdras hubiera sido tu hermano? —dijo Deronda, maliciosamente, un poco picado de que se hubiera sentido en seguida tan atraída hacia unas personas que le habían causado tantas eventuales contrariedades por su causa.

Mirah le miró con una ligera sorpresa por unos momentos, y luego dijo:

—No es un mal hombre, creo que nunca ha dejado a nadie desamparado. —Pero al pronunciar las palabras enrojeció profundamente, y mirando tímidamente a Mardoqueo, se volvió para ocuparse de otra cosa. Tenía en la mente a su padre, y este era un tema en el que tanto ella como su hermano tenían una dolorosa conciencia mutua. “¡Si viniera y nos encontrara!” era un pensamiento que a menudo le hacía a Mirah ver la luz del día en la calle tan apagada como un bosque encantado en que cada rincón escondía una aparición imaginaria.

Deronda se dio cuenta de su alusión involuntaria, y entendió el sonrojo. ¿Cómo iba él a tardar en comprender sentimientos que le parecían ahora tan cercanos a los suyos propios? Pues las palabras de

la carta de su madre implicaban que su relación filial no iba a estar libre de situaciones dolorosas; de hecho, era algo insólito, pero esa carta que había convertido a su madre en una realidad viva la había alejado de sus afectos. La tierna añoranza por un ser cuya vida podía haber sido terrible por no contar con su cuidado y amor, la imagen de una madre que no había tenido todo lo que se merecía, fuera por reverencia o por compasión, había estado secretamente presente en él al observar a todas las mujeres con las que había tratado. Pero le parecía ahora que esta imagen de su madre no encajaba en los hechos mejor que sus anteriores suposiciones sobre Sir Hugo. Se sorprendió al descubrir que cuando la misma escritura de esta madre había llegado a él con palabras que encerraban sus sentimientos verdaderos, sus afectos se habían rebajado de repente a un estado de neutralidad. Una figura enmascarada con un discurso enigmático había tirado por tierra la imagen que, a pesar de su incertidumbre, su aferrado pensamiento había modelado gradualmente, haciendo aparecer la ternura y la añoranza. Cuando partió para Génova, el verdadero interés que sentía apenas era hacia su madre sino hacia Mardoqueo y Mirah.

—¡Que Dios te bendiga, Dan! —había dicho Sir Hugo, cuando se estrecharon las manos—. Cualquier cosa que cambie para ti, no puede alterar que yo sea tu amigo más antiguo, y el que más se ha preocupado por ti. No te podría haber querido más si hubieras sido hijo mío; solo me habría complacido más el que hubieras sido el futuro dueño de la Abadía en lugar de mi artificioso sobrino; con ello, te habrías dado cuenta de la necesidad de dedicarte a la política. Sin embargo, las cosas son como son. —Era un movimiento defensivo del baronet mezclar observaciones sin importancia con expresiones de sentimiento sincero.

Cuando Deronda llegó al *Italia* en Génova, no había ninguna Princesa Halm-Eberstein allí; pero al segundo día llegó una carta para él, diciendo que su llegada podía ocurrir en una semana, o podía retrasarse una quincena o más; estaba bajo circunstancias que la impedían fijar su viaje con más precisión, y le imploraba esperarla con paciencia.

Con esta perspectiva indefinida de suspense sobre un tema de importancia tan grave para él, Deronda emprendió la difícil tarea de buscar una diversión en el campo filosófico, como un medio de tranquilizar sus emociones y mantener la paciencia entre tanto aburrimiento. Su visita anterior a la magnífica ciudad había sido solo superficial, y le quedaba mucho por aprender más allá del paseo obligado para los turistas, y pasar las horas más frías vagabundeando por las calles, el muelle y los alrededores; y a menudo cogía un bote para disfrutar de las espléndidas vistas de la ciudad y del puerto desde el mar. Todas las vistas, todos los temas, incluso el encuentro esperado

con su madre, encontraban un punto en común en Mardoqueo y Mirah, y en las ideas inmediatamente asociadas a ellos; y entre los pensamientos que más ocupaban su mente mientras su bote avanzaba descubriendo la vista del gran puerto era la cantidad de judíos españoles expulsados de sus casas hacía siglos, que fueron amontonados en barcos y obligados a desembarcar solo para un breve descanso en este puerto de Génova, y donde sufrieron hambre y plagas; madres moribundas e hijos moribundos en sus pechos, padres e hijos observándose cómo se iban consumiendo, como si hubieran salido de las Torres de Hambre[248] y abandonados ante el sol de mediodía. Inevitablemente, los pensamientos fantasiosos de su posible genealogía se entretejían con recuerdos históricos que habían comenzado a interesarle al descubrir a Mirah, y ahora, bajo la influencia de Mardoqueo, se habían vuelto irresistiblemente dominantes. Habría dejado de pensar en tales cosas si le hubiera sido posible, y nunca hasta ahora había admitido del todo que quisiese verificar la convicción de Mardoqueo: internamente se repetía que no tenía elección, y que desear algo era una locura —o aún más, en cuestión de parentesco, desear algo parecía parte de esa mezquindad que deshonra a la familia: era una deshonra anticipada—. Lo que tenía que hacer era simplemente aceptar los hechos; y no tenía hipótesis sólidas, ahora que estaba seguro de su error sobre Sir Hugo. Le habían ocultado tan bien las cosas que cualquier suposición no era fiable, y el mismo nombre que llevaba podía ser falso. ¿Y si Mardoqueo no estaba en lo cierto —si él, al que llamaban Daniel Deronda, no dependía de los lazos que había remarcado la patética esperanza de su amigo—? No diría que deseaba esto, pero no sabía de qué lado decantarse.

Entre estos pensamientos inoportunos, que procuró resistir como el que intenta resistir cualquier cosa en esa condición desencajada propia del suspense, le sobrevenía continuamente una angustia que no hacía ningún esfuerzo por apartar, acogiéndola melancólicamente, lo que a menudo nos parece la mejor expiación que podemos hacer a alguien a quien no hemos podido ayudar. La ansiedad era por Gwendolen. En los maravillosos entresijos de nuestra naturaleza existe un sentimiento diferente del amor exclusivo y pasional en ciertos hombres y mujeres (ni mucho menos en todos), que sin embargo, no es amistad, ni simplemente una mirada benevolente, sea de admiración o de compasión: un hombre —lo decimos de un hombre porque aquí le sucedía a uno— apenas encuentra una mejor forma de entender este matiz del sentimientos hacia una mujer que con palabras: “La habría amado si…”; el “si” cubría la exageración de ciertos prejuicios, o algunas circunstancias que habían hecho surgir una ley de prohibición interna, que equilibraba la balanza de las emociones. El “si” en el caso de Deronda comportaba razones de dos tipos: pero aún así nunca se

había visto libre a lo largo de sus relaciones con Gwendolen de la consciencia nerviosa que debía ponerse en guardia no solo por ella sino por él mismo: por cierta precipitación en la manifestación de los sentimientos impulsivos; por cierta irrupción ruinosa de lo que no es sino momentáneo en el tesoro escogido y permanente del corazón; por cierto exceso en sus confidencias, que ahora pesaban sobre él como el grito que se aleja de una criatura raptada por algún jinete o por las olas, mientras que su propia fuerza no era más que una fuerte sensación de la debilidad. ¿Cómo podrían ser sus sentimientos por Gwendolen exactamente como sus sentimientos por otras mujeres, y habiendo además una con la que deseaba estar más que con ninguna? Era extraño, pero la imagen se le presentaba en su visión del presente y del futuro; y además de extraño, parecía también triste que sus destinos se hubieran encontrado, el de ella estrechamente personal, y el suyo cargado de sensibilidades trascendentales, tal vez con propósitos duraderos, de la que apenas ella era más consciente de lo que puedan serlo los pájaros que vienen como siempre a por las migajas y no encuentran a los hombres que se las daban. No es que Deronda se imaginase a sí mismo como de una importancia suprema para una mujer; pero las palabras de ella insistiendo "que debía permanecer a su lado, que no debía abandonarla" se le presentaban continuamente con la claridad y la importunidad de sonidos imaginados, como los que había dicho Dante que nos perforaban como flechas cuyas puntas llevan la intensidad de la compasión:

> *Lamenti saettaron me diversi*
> *che di pietà ferrati avean gli strali*[249].

Pasaron los días, y el mismo aire de Italia parecía traer la consciencia de que se había declarado la guerra a Austria, y cada día quedaba menos para la batalla decisiva de Sadowa[250]. Mientras tanto, en Génova, cada vez hacía más calor al mediodía, las intersecciones de las calles exteriores estaban más llenas de polvo, las adelfas de las jardineras de las aceras parecían cada vez más como turistas exhaustos, y el dulce atardecer invertía su oficio, mostrando a todos los que durante el día habían estado cobijados, y llenando todos los caminos con alegres sonidos sociales, con el tintineo de las campanas de las mulas y el runruneo de las cuerdas deshilachadas, con pasos ligeros y voces, que si bien no eran pausadas, llevaban consigo el apresuramiento de la dicha; los cerros que circundaban la ciudad, coronados con fortalezas, y llenos de preciosas viviendas y jardines en sus faldas, parecían también acercarse y compartir la plenitud de la belleza tras la larga siesta, hasta que todos los colores fuertes se disolvían a la luz de la luna, convirtiendo las calles en nuevos

espectáculos con sombras, quietas y en movimiento, sobre los escalones de la catedral y las fachadas de los palacios macizos; luego, lentamente, la luna descendía hundiéndose en la profundidad de la noche y el silencio, y solo brillaban las luces portuarias del gran faro en la oscuridad de abajo, y las estrellas relucientes en la oscuridad de arriba. Deronda, en su incertidumbre, observaba estos días rotativos como podría haber observado un reloj maravilloso que diera las horas solemnemente con figuras antiguas avanzando y retrocediendo en monótona procesión, mientras seguía manteniéndose atento a otro tipo de señal que tuviera también su solemnidad. Estaba empezando a enfermar de aburrimiento, y veía que contemplaba todas las actividades con el retraimiento de un prisionero que esperaba su rescate. En sus cartas a Mardoqueo y a Hans, había evitado escribir sobre sí mismo, pero estaba realmente entrando en ese estado en que todos los temas se vuelven personales; y los pocos libros que había traído para refugiarse en el estudio se estaban volviendo ilegibles, pues el punto de vista que le obligaba a tomar la vida era en esos agitados momentos el de la incertidumbre cercana a la decisión.

Muchas noches las pasó observando desde la ventana abierta de su habitación la doble y débilmente penetrante oscuridad del mar y el cielo; a menudo, luchando contra el escepticismo opresivo que representaba su destino particular, con toda la importancia que le permitía dar a Mardoqueo, como si su efecto no durara más que el de un sueño —una serie de cambios que le apasionaban, pero que más allá de su conciencia no eran más que una diferencia imperceptible de cuerpos o sombras—; otras veces, con una reacción de fuerza emotiva que otorgaba incluso a la decepción continua, incluso a la demanda completa de sacrificio, la naturaleza de una energía satisfecha, y extendía sobre su joven futuro, cualquiera que fuese, la atracción del servicio devoto; a veces, con la dulce e irresistible esperanza que las mejores de las posibilidades humanas recaerían en él —la mezcla de un amor personal completo con un gran debe—r; y otras veces de nuevo con ganas de rebelarse (¿qué criatura humana se escapa de ello?) contra las cosas en general porque son así y no de otra forma, un estado en el que veía como imágenes de lo erróneo en el mundo a Gwendolen y a su ambiguo destino, así como las cosas que se le habían ocultado, que él sentía como adversidades en su propia vida, y que actuaban ahora bajo la forma de una duda afligida sobre la madre que se había anunciado fríamente y se mantenía todavía a distancia.

Pero al final vino. Una mañana, a la tercera semana que llevaba esperando, hubo un nuevo tipo de golpe en la puerta. Un sirviente vestido de cazador entró y entregó en francés el mensaje oral de que la Princesa Halm-Eberstein había llegado, que iba a descansar durante el día, pero que agradecería que el señor comiera pronto, para estar

libre a las siete, hora a la que ella estaría disponible para recibirle.

CAPÍTULO 51

Sostenía la rueca sentada,
Erina[251], con su densa cabellera
y sus ojos profundos y agitados,
mirando con triste sorpresa
las visiones que surgían en su destino
al girar terriblemente el hilo,
trabajando como un insecto, mientras el tropel
de dioses y hombres realizaban las hazañas que cantan los poetas.

Cuando Deronda se presentó ante la puerta del apartamento de su madre en el *Italia* sintió como si renaciese su infancia con sus conmociones prematuras. Los dos sirvientes de la antecámara lo miraron fijamente, un poco sorprendidos de que el médico que su señora había pedido para consultar fuera asombrosamente este joven caballero cuya apariencia era tal que si hubiera llevado arrugas en su traje podían haber pasado por adornos de este. Pero Deronda no se dio cuenta de nada hasta que, al abrirse la segunda puerta, se encontró en presencia de una figura que la esperaba de pie en el otro extremo de la gran habitación.

Estaba cubierta, salvo su rostro y parte de sus brazos, con un lazo negro que colgaba suelto desde su pelo blanco y caía por toda la longitud de su esbelta figura. Sus brazos, desnudos hasta los codos, salvo por algunos brazaletes de lujo, los tenía doblados, y su cabeza, tan bien equilibrada, parecía más hermosa de lo que realmente era. Pero Deronda no fue consciente de observarla hasta estar delante de ella, tomando la mano que le ofrecía y llevándosela a los labios. Ella le retuvo la mano y le miró examinándolo; mientras, él solo pensaba que sus ojos eran muy penetrantes y su rostro tan mudable que podría parecer otra persona al momento siguiente. Pues incluso mientras ella le examinaba hizo un movimiento con las cejas y la nariz repleto de tácito lenguaje. Deronda no se atrevía a moverse, no era capaz de concebir qué tipo de manifestaciones requerían sus sentimientos; pero se vio mudando de color como una niña, y aún así, sorprendido por su propia falta de emoción; había vivido muchos encuentros imaginarios

con su madre, ¡y parecían todos más reales que este! No podía ni aventurar en qué lengua le iba a hablar. No creía que fuera en inglés. De repente, dejó caer su mano, y puso sus dos manos en los hombros de él, mientras su semblante adquiría un destello de admiración en el que cada arruga desaparecía y parecía devolverle una juventud restaurada.

—¡Eres una criatura hermosa! —dijo, con voz suave y melodiosa, pronunciando las sílabas con un acento que podría considerarse extranjero pero agradable—. Sabía que lo serías. —Luego le besó en ambas mejillas, y él le devolvió los besos. Pero era algo así como un saludo entre miembros de familias reales.

Hizo una pequeña pausa, mientras las arrugas volvían a su rostro, y añadió en un tono más frío:

—Soy tu madre. Pero es imposible que puedas quererme.

—He pensado en ti más que en cualquier otro ser del mundo —dijo Deronda, al que le temblaba nerviosamente la voz.

—Yo no soy lo que pensabas que era —dijo la madre con decisión, retirando las manos de sus hombros, doblando los brazos como antes, y mirándole como invitándole a observarla. A menudo se había imaginado su rostro como si tuviese una semejanza con el suyo: veía algo de la semejanza ahora, pero entre diferencias más sorprendentes. Era una persona muy remarcable. ¿Qué era lo que daba a su hijo una dolorosa sensación de esquivez? Su belleza desgastada tenía una rareza propia de alguien que no es del todo una madre humana, sino más bien una Melusina[252], con lazos en algún mundo independiente del nuestro.

—Solía pensar que podías estar sufriendo —dijo Deronda, ansioso sobre todo en no herirla—. Deseaba ser un alivio para ti.

—Estoy sufriendo. Pero con un sufrimiento que no puedes consolar —dijo la Princesa, con voz más dura que antes, y dirigiéndose a un sofá en el que había preparados cuidadosamente unos cojines para ella —. Siéntate. —Señaló un sitio cerca de ella; y entonces, entreviendo cierta congoja en el rostro de Deronda, añadió más amable—: No estoy sufriendo en este momento. Estoy relajada ahora. Soy capaz de hablar.

Deronda se sentó y esperó a que dijera algo de nuevo. Le parecía estar ante la presencia de un Destino misterioso más que ante la tan ansiada madre. Comenzaba a observarla con asombro, desde la distancia espiritual a la que lo había lanzado.

—No —empezó—, no te envié para que me consolaras. No podía saber de antemano (tampoco lo sé ahora) lo que sentirás hacia mí. No soy tan estúpida como para creer que me querrás simplemente porque soy tu madre, cuando nunca me has visto ni sabido nada de mí en

toda tu vida. Pero creía que escogí algo mejor para ti que estar conmigo. Creo que no te privé de nada que valiera la pena.

—No puedes hacerme creer que tu afecto no habría valido la pena —dijo Deronda, al ver que ella se detenía como si esperara una respuesta.

—No pretendo hablar mal de mí —dijo la Princesa, con ímpetu orgulloso—, pero no tenía mucho afecto que darte. No quería afecto. Me había empalagado de afecto. Quería vivir mi propia vida, y no complicarme con otras vidas. Te preguntarás lo que era. No era una princesa por entonces. —Se levantó con un movimiento repentino, y permaneció de pie como antes. Deronda se levantó inmediatamente también; se sentía sin aliento.

—No era una princesa ni tenía la vida tranquila que tengo ahora. Era una gran cantante, y actuaba a la vez que cantaba. Todos los que me rodeaban eran pobres. Los hombres me seguían de un país a otro. Vivía miles de vidas en una sola. No quería un hijo.

Había una autodefensa pasional en su voz. Se había desprendido de cualquier precedente. Los precedentes no eran una excusa para ella, y solo podía buscar una justificación en la intensidad de las palabras que encontraba para su experiencia. Parecía haber lanzado las últimas palabras para evitar cualquier posible reproche que hubiera en la mente de su hijo, que tuvo que soportarlas y escucharlas, sujetándose fuertemente el cuello de su gabardina como si consiguiera con él permanecer por encima del agua, y sintiendo como le ardía la sangre de la misma forma que si hubiera observado en su madre un extraño rito religioso por el que sacralizaba el crimen. ¿Qué más tenía que contarle? Continuó con la misma intensidad y una especie de pálida iluminación en su rostro.

—No quería casarme. Me obligaron a casarme con tu padre; me refiero a los deseos y a las órdenes de mi padre; y además, era la mejor forma que tenía de conseguir cierta libertad. Podía gobernar a mi marido, pero no a mi padre. Tenía derecho a ser libre. Tenía derecho a buscar mi libertad de un vínculo que odiaba.

Se sentó de nuevo, mientras movía sus ojos y cerraba sus labios con esa sutileza que indica una interrupción en el discurso. Deronda seguía de pie, y tras uno o dos momentos, ella levantó la vista y le dijo con una súplica menos desafiante:

—Y quería alejarte del vínculo que yo odiaba. ¿Qué podría haber hecho la madre más amorosa? Te libré del vínculo de haber nacido judío.

—Entonces, ¿*soy* judío? —Deronda explotó con una enérgica y profunda voz que hizo encogerse un poco a su madre contra sus cojines—. ¿Mi padre era judío, y tú eres judía?

—Sí, tu padre era mi primo —dijo la madre, observándole con un cambio en su mirada, como si viera algo de lo que pudiera tener miedo.

—Estoy contento de ello —dijo Deronda impetuosamente, refrenando su voz pasional. No podría haber imaginado de antemano cómo llegaría a decir lo que nunca hasta entonces habría admitido. No podía haber soñado que sería una oposición impulsiva a su madre. Se sentía enojado —y no parecía dispuesto a reflexionar y calmarse— contra esta madre que lo había hecho nacer a disgusto, que se había convertido a propósito en una extraña para él, y que —tal vez— se estaba dando a conocer ahora también a disgusto. Esta última sospecha parecía explicar ciertas partes de su discurso.

Pero la madre también se sentía enojada de otra manera, y tampoco parecía dispuesta a calmarse. Su enojo era físicamente visible, y sus ojos parecían más grandes por su pálida emoción cuando dijo violentamente:

—¿Por qué dices que estás contento? Eres un caballero inglés. Te aseguré eso.

—Tú no sabías lo que me asegurabas. ¿Cómo podías escoger el nacimiento adecuado para mí? —dijo Deronda, sentándose de lado de nuevo en su silla, casi inconscientemente, y apoyando el brazo en el respaldo, a la vez que apartaba la vista de su madre.

Estaba encendido con una intolerancia que no parecía propia de él. Pero intentaba dominarse y guardar silencio. Solo el espanto de decir algo demasiado duro que hiciera que luego no quisieran recordar nunca este momento refrenó su ira. Hubo una pausa antes de que su madre volviera a hablar, y cuando lo hizo su voz se tornó más firme y resistente, si bien conservando sus ricos tonos:

—Elegí para ti lo que habría elegido para mí. ¿Cómo iba a saber que tendrías el espíritu de mi padre en ti? ¿Cómo iba a saber que amarías lo que yo odio? Si es que realmente amas ser judío. —Las últimas palabras estaban tan cargadas de amargura que cualquiera que las hubiera oído habría supuesto que había un gran odio entre madre e hijo.

Pero Deronda había recobrado su completo dominio. Pensó con compasión cómo había sido y era la vida para ella, cuyos mejores años ya habían pasado, y quién era esa persona que con tantos signos de sufrimiento, se afanaba en contarle un pasado que no solo era el de él sino también el suyo. Su pudor habitual por aceptar los hechos como si fueran solo suyos le ayudó también en esta situación. Mientras miraba a su madre en silencio tras sus últimas palabras, su rostro recuperó parte de su calma penetrante; y aún así, este efecto tuvo sobre ella una extraña influencia perturbadora: tenía sus ojos clavados en él con una especie de fascinación, pero no con el reposo propio del

encanto materno.

—Perdóname si he hablado con precipitación —dijo con modesta seriedad—. ¿Por qué has decidido revelarme ahora lo que durante tanto tiempo te has esforzado por ocultar? ¿Por qué, dado que parece enojarte que a mí me alegre?

—¡Oh, las razones de nuestros actos! —dijo la Princesa, con un timbre cercano al desprecio sarcástico—. Cuando seas tan mayor como yo, no te parecerá una pregunta tan sencilla: «¿Por qué hiciste esto?». La gente habla de sus motivos de una forma cortante y seca. Se supone que cada mujer tiene los mismos motivos, y si no, es un monstruo. Yo no soy un monstruo, pero siento exactamente lo que otras mujeres sienten, o que dicen sentir, por miedo a que se las considere distintas. Cuando en tu interior me rechazas por haberte alejado de mí, te refieres a que debería decir que sentía por ti lo que otras mujeres dicen sentir por sus hijos. Yo no sentía eso. Me alegraba librarme de ti. Pero busqué tu bienestar y te di la fortuna de tu padre. ¿Parezco estar renegando de todo? Bueno, hay razones. Siento muchas cosas que no puedo comprender. Desde hace un año padezco una enfermedad terminal. Probablemente no viva otro año. No negaré nada que haya hecho. No pretenderé amar lo que no he amado. Pero han empezado a surgir sombras a mi alrededor. Las provoca la enfermedad. Si he agraviado a los muertos, tengo poco tiempo para hacer lo que he dejado pendiente.

Las diversas transiciones de tono con las que pronunció este discurso eran tan perfectas como las que habría hecho la actriz más competente. De hecho, sus palabras formaban parte de lo que podría llamarse como una actuación sincera; la naturaleza de esta mujer era tal que cualquier sentimiento —y tanto más cuando era trágico y real — se convertía inmediatamente en motivo de representación consciente: de la experiencia pasaba en seguida a la actuación, representando sus emociones. En un grado menor no es nada inusual, pero en la Princesa la actuación comportaba una rara perfección de fisionomía, voz y gestos. No sería cierto decir que sentía menos por esta doble consciencia: sentía —es decir, su mente experimentaba— tanto más, pero con una diferencia; cada foco de pena o de placer estaba envuelto en esa atmósfera profunda de emoción o de intoxicación espiritual que encumbra y a la vez amortece. Pero Deronda no hizo ninguna reflexión de este tipo. Todos sus pensamientos se centraban en lo que decía su madre; sus tonos y su bello rostro calaron en su interior sin que lo notara. Lo que anhelaba con un deseo sobrecogedor era saber todo lo que pudiera contarle del extraño conflicto mental bajo el cual parecía haber venido al mundo: lo que su naturaleza compasiva le hizo pensar era en el sufrimiento y la confesión que destilaban sus últimas palabras, y esto le impidió

seguir preguntando, cuando ella paró y se quedó callada, frunciendo el ceño, apartando un poco su rostro, con la mirada fija en algo incorpóreo. Debía esperar a que volviera a hablar. Ella hizo esto con una brusquedad extraña, y luego volvió hacia él de nuevo sus ojos de repente, diciendo rápidamente:

—Sir Hugo me ha escrito mucho sobre ti. Me ha contado que tienes una mente prodigiosa, que lo comprendes todo, sabes más cosas que él con sesenta años. Dices que estás contento de haber nacido judío. No voy a decirte que he cambiado mi opinión sobre ese punto. Tus sentimientos van en contra de los míos. No me agradeces lo que hice. ¿Puedes comprender a tu madre o solo culparla?

—No hay una sola fibra en mí que no intente comprenderte —dijo Deronda, encontrándose con su aguda mirada solemnemente—. Sería una amarga contradicción pensar en culparte. En lo que más he intentado esforzarme durante quince años es en comprender algo a las personas que son distintas a mí.

—En eso no te pareces en nada a tu abuelo —dijo la madre—, a pesar de que tu rostro es un vivo retrato de él. Nunca me comprendió, o si lo hizo solo pensó en conseguir que le obedeciera. Tenía que ser lo que se llama "una mujer judía" so pena de no ser maldecida. Tenía que sentir todo lo que no sentía y creer en todo lo que no creía. Debía sentirme sobrecogida por el trozo de pergamino del *mezuzá*[253]; temer que un trozo de mantequilla no tocara la carne; pensar que es algo hermoso que los hombres lleven atado el *tefilín*[254] y las mujeres no, adorar la sabiduría de tales leyes, por muy tontas que me parecieran. Tenían que gustarme las largas oraciones de la fea sinagoga, y los alaridos, y los cotorreos, y los terribles ayunos, y las fiestas aburridas, y los discursos interminables de mi padre sobre nuestro pueblo, que era un estruendo sin sentido para mis oídos. Tenía que preocuparme para siempre de lo que había sido Israel; y no me importaba en absoluto. Me importaba el ancho mundo, y todo lo que podía hacer en él. Odiaba vivir bajo la sombra del rigor de mi padre. Las sempiternas enseñanzas "tienes que ser esto", "no puedes ser esto", me presionaban como un marco cerrado que me apretaba cada más a medida que crecía. Quería vivir una vida grande, con libertad para hacer lo que los demás hacían, y ser llevada por la corriente, sin ser obligada a preocuparme de nada. ¡Ah! —al decir esto su tono cambió y se hizo más incisivo y amargo—, estás contento de haber nacido judío. Eso dices. Eso es porque no has sido educado como tal. Esa separación te parece dulce porque te he librado de ella.

—Cuando tomaste esa decisión, ¿tu intención era que nunca conociera mis orígenes? —dijo Deronda impulsivamente—. Al menos en ese sentido has cambiado de parecer.

—Sí, esa era mi intención. Me esforcé bien en ello. Y no es cierto

decir que he cambiado. Las cosas me han cambiado a mi pesar. Todavía soy la misma Leonora —se señaló con su índice al pecho—, aquí dentro hay los mismos deseos, la misma voluntad, la misma elección —abrió sus manos con las palmas hacia arriba una a cada lado, mientras se detuvo apretando amargamente los labios, y luego dejó que su voz prosiguiera con rapidez y ensordecida—: pero los acontecimientos nos sobrevienen como encantamientos malignos: y los pensamientos, sentimientos, apariciones en la oscuridad son acontecimientos, ¿verdad? No los apruebo. Solo aprobamos lo que amamos. Yo obedezco a algo tiránico —estiró de nuevo sus manos—, estoy obligada a permanecer marchita, a sentir dolor, a morir poco a poco. ¿Eso es lo que debo amar? Bueno, me he visto obligada a obedecer a mi difunto padre. Me he visto obligada a decirte que eras judío, y a entregarte lo que me mandó entregarte.

—Te suplico que me cuentes qué te movió (cuando eras joven, me refiero) a tomar el camino que tomaste —dijo Deronda, intentando con esta referencia al pasado escapar de lo que para él era el desgarrador punto central de esta mezcla de sufrimiento y desafío—. Deduzco que mi abuelo se oponía a tu inclinación a ser una artista. A pesar de que mi propia experiencia ha sido bastante diferente, entiendo el dolor de tu lucha. Me puedo hacer una idea de la dificultad de una renuncia forzada.

—No —dijo la Princesa, sacudiendo la cabeza y doblando los brazos con aire de decisión—. Tú no eres una mujer. Puedes intentarlo, pero nunca serás capaz de imaginar qué es tener el genio de la fuerza de un hombre, y aún así sufrir la esclavitud de ser una niña. Tener un modelo dibujado: «Esta es la mujer judía; esto es lo que tienes que ser; para esto es para lo que te quieren; el corazón de una mujer tiene que ser de tal tamaño y no mayor, si no, lo tendrán que oprimir, como los pies a los chinos; hay que construir felicidad como se hacen los pasteles, con una recete fija». Eso es lo que quería mi padre. Deseaba que hubiera sido un hijo; se preocupaba de mí solo como si hubiera sido un vínculo improvisado. Su corazón estaba puesto en su judaísmo. Odiaba que el mundo cristiano pensara en las mujeres judías como una especie de mercancía para hacer cantantes o actrices públicas. ¡Como si no fuéramos más envidiables por eso! Es una oportunidad de escapar de las ataduras.

—¿Era mi abuelo un hombre instruido? —dijo Deronda, ansioso por saber detalles que temía que su madre no les diera importancia.

Ella respondió con impaciencia, levantando la mano:

—Oh, sí, y un médico inteligente, y bueno; no niego que fuera bueno. Un hombre que habría sido admirado en el teatro: grande, con una voluntad férrea. Como el viejo Foscari[255] antes de otorgar el perdón. Pero hombres así convierten a sus mujeres y a sus hijas en

esclavas. Dominarían el mundo si pudieran; pero al no hacerlo, descargan todo el peso de su voluntad sobre el cuello y las almas de las mujeres. Pero la naturaleza a veces les frustra sus planes. Mi padre no tuvo otro hijo que su hija, y ella era como él.

Había doblado los brazos de nuevo, y miraba como si estuviera preparada para encarar otro intento inminente de dominio.

—Tu padre era diferente. No se parecía en nada a mí: era todo afectuosidad y cariño. Sabía que podría dominarlo; y le hice prometerme secretamente, antes de casarnos, que no pondría impedimento alguno en mi camino de convertirme en artista. Mi padre estaba en el lecho de muerte cuando nos casamos; desde el principio se le metió en la cabeza que me casara con mi primo Efraín. Y cuando la voluntad de una mujer es tan fuerte como la del hombre que la quiere gobernar, la mitad de su fuerza la debe invertir en el disimulo. Pretendía salirme con la mía al final, pero solo podía conseguirlo si aparentaba obedecer. Tenía un temor reverencial hacia mi padre, siempre lo tuve: era imposible evitarlo. Odiaba sentirme tan asustada, habría preferido desafiarle abiertamente; pero nunca podía. Era porque no me lo podía imaginar: no me veía desafiando a mi padre abiertamente y venciéndole. Y jamás me arriesgué a fracasar. — Pronunció esta última frase con un énfasis brusco, e hizo luego una pausa como si las palabras hubieran evocado una multitud de recuerdos que le impidieran hablar. Su hijo le escuchaba con sentimientos cada vez más mezclados: la primera sensación de ser rechazado por la franca frialdad que había reemplazado todas sus ideas preconcebidas de la tierna alegría de una madre al verle, los primeros impulsos de indignación por haber herido sus emociones y principios más queridos, todos estos elementos que concurrían entre sí fueron menguando poco a poco, y dejando cada vez más espacio para ese esfuerzo por la concesión y esa admiración por su naturaleza contundente, cuyos errores se encontraban en altos senderos, y que él habría sentido si, en lugar de ser su madre, ella hubiera sido una desconocida que apelara a su compasión. Con todo, era imposible desapasionarse: temía que la siguiente cosa que le dijera no fuera aún más repugnante de lo que le había dicho hasta ahora: le asustaba esa extraña coacción bajo la que parecía sentirse y que le impulsaba a vaciar su mente; casi deseaba decirle: “Cuéntame solo lo necesario”, y a continuación sentía de nuevo la fascinación que le provocaba observarla y escucharla ansiosamente. Intentó hacerla volver a los detalles preguntando:

—¿Dónde estaba la casa de mi abuelo?

—Aquí en Génova, donde me casé; y su familia llevaba viviendo aquí muchas generaciones. Pero mi padre había estado en varios países.

—Has debido vivir en Inglaterra seguramente.

—Mi madre era inglesa, una judía de descendencia portuguesa. Mi padre se casó con ella en Inglaterra. Ciertas circunstancias de ese matrimonio hicieron que mi vida fuese diferente: por culpa de ese matrimonio mi padre fracasó en sus planes. La hermana de mi madre era cantante, y poco después se casó con el socio inglés de un mercader inmobiliario de Génova, y vinieron a vivir aquí once años. Mi madre murió cuando yo tenía ocho años, y mi padre me permitió estar continuamente con mi tía Leonora y ser enseñada por ella, como si no hubiera recabado en el peligro de que alentara mi deseo de ser cantante, como lo había sido ella. Pero así era, vi esta actitud en mi padre una y otra vez: no intentaba prevenir las consecuencias, porque estaba seguro que las podía evitar si quería. Antes de que mi tía se fuera de Génova, había aprendido lo suficiente para destapar la cantante y actriz que había en mí: mi padre no sabía todo lo que había hecho; pero sabía que me habían enseñado música y canto, conocía mi tendencia. Pero le daba igual: yo iba a cumplir su voluntad. Y había decidido que debía casarme con mi primo Efraín, él único miembro de la familia de mi padre que quedaba y que conocía. Yo no quería casarme. Pensé todas las estratagemas posibles para resistir, pero al final me di cuenta de que podía dominar a mi primo y acepté. Mi padre murió tres semanas después de que nos casáramos, y desde entonces, ¡pude hacer lo que quise! —Pronunció estas palabras casi con alegría; pero tras una pequeña pausa su rostro cambió, y dijo en un tono amago—: Pero no duró mucho. Mi padre se las está apañando para conseguir lo que quería.

Contempló más detenidamente a su hijo, y al final dijo:

—Tú eres como él pero más dulce, hay algo de tu propio padre en ti; e hizo que la labor de su vida fuera dedicarse a mí: liquidó su dinero, cambiándolo e invirtiéndolo, y vivió esperando a que le amara; renunció incluso a su conciencia por mí. Así como yo amaba el arte, él me amaba a mí. Déjame mirar tu mano otra vez: la mano del anillo. Era el anillo de tu padre.

Acercó su silla a ella y le tendió la mano. Sabemos qué tipo de mano era: la de ella, mucho más pequeña, era del mismo tipo. Cuando sintió su pequeña mano sosteniendo la suya, cuando vio más de cerca el rostro que se asemejaba al suyo, ajado no por el tiempo sino por la intensidad, la fuerte inclinación de su naturaleza hacia una ternura reverencial despuntó sobre cualquier otra impresión, y en su tono más ferviente dijo:

—¡Madre! Acéptalos a todos en tu corazón: a los vivos y a los muertos. Perdona todo lo que te hizo daño en el pasado. Y acepta mi afecto.

Ella le miró con admiración más que con amor, luego le besó en la

frente y le dijo tristemente:

—No rechazo nada, pero yo no tengo nada que ofrecer —le soltó la mano y se hundió hacia atrás en sus cojines. Deronda palideció más por la sensación que por la emoción: la pena de la ternura rechazada. Ella notó la expresión de dolor, y dijo, todavía con una melancolía melodiosa en su tono:

—Es mejor así. Debemos separarnos de nuevo pronto y tú no me debes nada. Yo no quería que nacieras. Me separé de ti voluntariamente. Cuando tu padre murió decidí que no me ataría nada, salvo a aquello de lo que pudiera librarme yo misma. Yo era la Alcharisi de la que has oído hablar: el nombre tenía magia allí donde llegaba. Los hombres me cortejaban. Sir Hugo Mallinger era uno de los que querían casarse conmigo. Estaba locamente enamorado de mí. Un día le pregunté: «¿Hay algún hombre capaz de hacer algo por amor a mí, y que no espere nada a cambio?». Me respondió: «¿Qué es lo que quieres que haga?». Yo le dije: «Coge a mi niño y edúcalo como inglés, y no le permitas nunca saber nada acerca de sus padres». Tenías poco más de dos años, y estabas sentado a sus pies. Él declaró que pagaría dinero por tener a ese niño. Yo no había meditado mucho sobre ese plan anteriormente, pero tan pronto como hablé de él, se me metió en la cabeza como algo que no me dejaría descansar hasta que lo hiciera. Al principio pensó que no hablaba en serio, pero le convencí, y no era un hombre fácil de sorprender. Estuvo de acuerdo en que sería por tu bien, y lo mejor que podía hacerse para ti. Una gran cantante y una actriz es una reina, pero no transmite la realeza a su hijo. Todo eso sucedió en Nápoles. Y, por consiguiente, nombré a Sir Hugo como depositario de tu fortuna. Eso es lo que hice; y me alegré de hacerlo. Mi padre me había tiranizado; le preocupaba más que viniera un nieto que lo que se preocupaba por mí: yo no contaba para nada. Tú ibas a ser un judío como él; ibas a ser como él quería. Pero eras mi hijo, y era mi turno de decidir lo que ibas a ser. Y me dije que nunca sabrías que eras judío.

—Y durante meses los acontecimientos me han ido preparando para que me alegre de ser judío —dijo Deronda, sintiendo como se remontaba de nuevo su oposición. La cuestión tocaba la parte más importante de su experiencia—. Siempre habría sido mejor que hubiera conocido la verdad. Siempre me he rebelado contra el secreto que parecía ignominia. No es ninguna vergüenza tener padres judíos, la vergüenza es repudiarlos.

—Me dices que es una vergüenza, entonces, que usara ese secreto —dijo su madre, irrumpiendo con un nuevo enojo—. No comparto esa vergüenza. No tengo ningún motivo de avergonzarme. Me he desembarazado de los harapos judíos y de los cuchicheos de la gente cuando nos ven, como si estuviéramos tatuados bajo nuestras ropas, a

pesar de que nuestras caras son tan parecidas como las suyas. Te libré de los desprecios que nos persiguen y arrinconan a los judíos. No estoy avergonzada de lo que hice. Era lo mejor para ti.

—Entonces, ¿por qué has arreglado las cosas ahora? No, no las has arreglado, los efectos de ese secreto no se arreglarán nunca. Pero ¿por qué me has venido a buscar ahora para contarme que soy judío? —dijo Deronda, con una intensidad en su oposición que era casi amarga. Parecía como si sus palabras hubieran despertado una obstinación de la raza latente en él.

—¿Por qué? Ah, ¿por qué? —dijo la Princesa, levantándose rápidamente y caminando hacia el otro extremo de la habitación, hasta que se dio la vuelta y se acercó a él lentamente, a la vez que él se levantó también. Entonces ella comenzó a hablar de nuevo con voz más refrenada—: No te lo puedo explicar; solo puedo decir las cosas tal como son. No amo la religión de mi padre ahora más que lo hice entonces. Antes de que me casara por segunda vez estaba bautizada; me hice como la gente entre la que vivía. Tenía derecho a hacerlo; yo no era como un animal, obligada a ir con mi propio rebaño. No me he arrepentido; no diré que me he arrepentido. Pero aún así… —en esto se acercó más a su hijo y dejó de hablar; a continuación se retiró un poco y permaneció de pie sin moverse, como si estuviera decidida a no ejercer exteriormente su imperiosa influencia; pero, cuando prosiguió con su conversación, cada vez era menos consciente de todo salvo del temor que refrenaba su voz—. Es la enfermedad, no tengo dudas de que ha sido por la enfermedad, mi mente ha retrocedido: empezó hace más de un año. Ya ves mi pelo gris, mi aspecto desgastado; todo ha llegado muy rápido. A veces agonizo de pena, diría que está noche es uno de esos momentos. Es como si toda la vida que he escogido, todos los pensamientos, toda mi voluntad, me abandonaran y me dejaran sola con mis recuerdos, y no puedo escapar de eso: mi dolor parece mantenerme allí. Mi infancia, mi adolescencia, el día de mi boda, el día de la muerte de mi padre, parece no haber nada desde entonces. Y luego, me sobreviene un gran espanto: ¿qué sé de la vida o de la muerte? Y lo que mi padre llamaba “correcto” es como un poder que me sujeta, que me agarra. Bien, haré su voluntad. No puedo entrar en la oscuridad sin satisfacerle. He ocultado lo que era de él. Pensé que alguna vez lo quemaría. Pero no lo he quemado. ¡Doy gracias a Dios de no haberlo quemado!

Se dejó caer de nuevo en sus cojines, visiblemente fatigada. Deronda, demasiado conmocionado por su sufrimiento para dejarse influir por otros impulsos, se acercó a ella, y le dijo suplicante:

—¿No querrás descansar esta noche? Dejemos el resto para mañana.

—No —dijo con decisión—. Lo confesaré todo, ahora que he

empezado. A menudo, cuando estoy relajada, todo se desvanece; todo mi ser regresa a la realidad; pero sé que se hundirá de nuevo, y vendrá la otra parte de mí, los pobres y solitarios restos abandonados de mi ser, que no pueden resistir nada. Resistir era parte de mi naturaleza, y afirmaba "Tengo derecho a resistir". Bueno, también digo lo mismo cuando ya no me quedan fuerzas. Me has oído decirlo y no me desdigo. Pero cuando mi fuerza se va, otro derecho se me impone como una vara de hierro en una mano inexorable; e incluso cuando estoy relajada, aparecen los fantasmas a la luz del día. Y ahora tú me lo has puesto peor —dijo, con un repentino retorno de su ímpetu—: pero te lo he contado todo. ¿Y qué reproche tienes que hacerme —añadió con amargura—, si te he alegrado al decirte que eres judío? Joseph Kalonymos me lo reprochó: dijo que te habías convertido en un inglés orgulloso de serlo, que se resentía de ser tocado por un judío. ¡Ojalá hubiera sido cierto! —concluyó, con una nueva alteración portentosa. Era como si su mente se estuviera dividiendo en dos, una parte quedando pasmada y la otra volcada en la acción impulsiva.

—Quién es Joseph Kalonymos? —dijo Deronda, recordando fugazmente a aquel judío que le tocó el brazo en la sinagoga de Frankfurt.

—¡Ah! Cierta venganza le hizo volver del este, para poder verte y venir a reprocharme. Era el amigo de mi padre. Conocía tu nacimiento, sabía que mi marido había muerto, y una vez, hace veinte años, después de haber estado fuera en el Levante, vino a verme y a preguntar sobre ti. Le dije que estabas muerto: quería que estuvieras muerto para todo el mundo de mi infancia. Si le hubiera dicho que vivías, habría interferido en mis planes: se le habría metido en la cabeza hacer de padre, y hacerme reflexionar sobre lo que había hecho. ¿Qué podía hacer sino decirle que estabas muerto? Ya estaba hecho. Si le hubiera hablado de ti habría habido problemas y escándalo, y todo para conquistar a la que nadie había conquistado. Yo era fuerte entonces, y solía salirme con la mía, aunque me costara alguna pelea primero. Lo hice de forma que no hubiera ninguna pelea. Creía entonces que no le estaba engañando del todo: habría sido lo mismo al final; o si no lo mismo, algo peor. Me creyó y me rogó que le entregara el cofre que mi padre nos había encargado a mi marido y a mí que le entregáramos a nuestro hijo mayor. Sabía lo que había en el cofre: cosas que retumbaban en mis oídos desde que tenía uso de razón, cosas que fueron embutidas en mi mente para que las tuviera presente toda mi vida, una vida que crecía como un árbol. Una vez, después de que muriera mi marido, estuve a punto de quemar el cofre. Pero era difícil de quemar; y quemar un cofre y papeles parece un acto deshonroso. No he cometido ningún acto deshonroso, salvo lo que los

judíos llaman deshonroso. Tenía guardado el cofre y se lo di a Joseph Kalonymos. Se marchó triste, y dijo: «Si te casas de nuevo, y le nace otro nieto al que partió, le entregaré a él el cofre». Asentí en silencio. No pretendía casarme de nuevo, igual que no pretendía ser la mujer trastornada que soy ahora.

Dejó de hablar, y echó la cabeza hacia atrás mientras miraba vagamente hacia delante. Su pensamiento viajaba a través de los años, y cuando comenzó a hablar de nuevo, su voz había perdido su espíritu argumentativo; y había caído en un tono de velado desconsuelo.

—Pero hace unos meses este Kalonymos te vio en la sinagoga de Frankfurt. Te vio entrar en el hotel, y fue a preguntar tu nombre. No había nadie más en el mundo a quien el nombre le diría algo sobre mí.

—Entonces, ¿no es mi verdadero nombre? —dijo Deronda, que no aceptaba ni siquiera esta forma de haberle ocultado al mundo.

—Oh, tan real como los demás —dijo su madre, con indiferencia —. Los judíos siempre están cambiando sus nombres. La familia de mi padre había mantenido el nombre de Charisi: mi marido era un Charisi. Cuando triunfé como cantante lo cambié por Alcharisi. Pero hubo una rama de la familia a la que mi padre perdió la pista que se llamaban a sí mismos Deronda, y cuando quise un nombre para ti, y Sir Hugo dijo «que sea un nombre extranjero», pensé en Deronda. Pero Joseph Kalonymos había oído hablar a mi padre de la rama, y el nombre confirmó su sospecha. Empezó a sospechar lo que había hecho. Era como si todo le hubiera sido susurrado desde el aire. Averiguó dónde estaba. Viajó a Rusia para verme; me encontró débil y trastornada. Había vuelto otra vez, con su pelo blanco, y con el alma llena de rabia hacia mí. Me dijo que me iba a ir a la tumba revestida de falsedad y fraude: falsedad hacia mi padre y fraude hacia mi propio hijo. Me acusó de haberte escondido a ti tu propio nacimiento, y de que fueras criado como si hubieras sido el hijo de un caballero inglés. Bueno, era cierto; y veinte años atrás habría mantenido que tenía derecho a hacerlo. Pero no puedo mantener nada ahora. No tengo una fe fuerte en nada. Mi padre podía tener a Dios de su lado. Las palabras de este hombre me asaltaron como dientes de león. Las amenazas de mi padre me comieron a mí y a mi dolor. Si lo cuento todo, si pongo todas las cartas boca arriba, ¿qué más se me puede pedir? No puedo conseguir amar a la gente que nunca amé; ¿no es suficiente haber perdido la vida que amé?

Se había inclinado un poco hacia delante en su bajo tono suplicante, que parecía como un grito ahogado: sus brazos y sus manos estaban estirados completamente en toda su longitud, como si se esforzaran en la súplica. El alma de Deronda estaba absorbida en la angustia de la compasión. No le podía importar ahora haber sido rechazado antes. Su compasión inundaba el perdón. Su único impulso

fue arrodillarse ante ella y tomar su mano con delicadeza, entre sus palmas, mientras dijo en esa voz exquisita y tranquilizadora que expresa la unidad con el que sufre:

—¡Madre, consuélate!

Ella no parecía inclinada a rechazarlo ahora, sino que le miró y dejó que cogiera sus dos manos entre las suyas. Las lágrimas afluyeron poco a poco, pero se frotó su pañuelo en los ojos y luego apoyó su mejilla contra su frente, como si deseara que no se miraran el uno al otro.

—¿No es posible que pueda estar ahora cerca de ti y consolarte? —dijo Deronda. Estaba bajo esa tensión de la compasión que nos impulsa al sacrificio.

—No, no es posible —respondió, alzando la cabeza de nuevo y arrastrando su mano como si quisiera que él se moviera—. Tengo un marido y cinco niños. Ninguno de ellos conoce tu existencia.

Deronda se sintió dolorosamente acallado. Se levantó y permaneció en pie a poca distancia.

—Te preguntarás porqué me casé —continuó, bajo la influencia de un nuevo pensamiento—. No pretendía casarme nunca más. Quería ser libre y vivir para mi arte. Había roto contigo. No tenía ningún lazo. Durante nueve años fui una reina. Disfruté la vida que había anhelado. Pero llegó un momento en que empezó a sucederme una cosa. Empecé a volverme olvidadiza. A veces cantaba fuera de tono. Me lo dijeron. Otra mujer pretendía ocupar mi puesto. No podía soportar la perspectiva del fracaso y el declive. Me resultaba horrible. —Se levantó otra vez, con un estremecimiento, y alzó las manos apretadas como el que se espanta de los misiles—. Eso me llevó a casarme. Me hice creer que prefería ser la mujer de un noble ruso que ser la actriz lírica más grande de Europa; me lo creí, actué como tal. Era porque sentía cómo se me escapaba mi grandeza, igual que veo cómo se me escapa la vida ahora. No iba a esperarme a que los hombres dijeran: «Sería mejor que lo dejara».

Se hundió de nuevo en su sitio, y miró al cielo nocturno mientras proseguía:

—Me arrepentí. Era una decisión tomada en la desesperación. Esas salidas de tono eran solo debidas a una pequeña enfermedad; luego se pasó. Me arrepentí, pero era demasiado tarde. No podía dar vuelta atrás. Todas las cosas me lo impedían, todas las cosas.

Su rostro reflejaba un nuevo cansancio, pero su hijo se abstuvo de ofrecerle otra vez dejar las explicaciones para el día siguiente: evidentemente había cierto alivio mental para ella al decir libremente lo que nunca hasta entonces se había permitido decir. Se quedó quieto mientras ella guardaba un silencio más largo de lo habitual, y la luz

iba decayendo poco a poco. Al final se volvió hacia él y dijo:

—Ya no puedo aguantarlo más. —Alzó la mano, pero luego la retiró rápidamente diciendo—: Quédate. ¿Cómo sé que no podré verte otra vez? No puedo soportar que me vean cuando estoy afligida.

Cogió un libro de bolsillo, y sacando de él una carta dijo:

—Esto está dirigido al banco de Mainz, donde vas a ir a por el cofre de tu abuelo. Es una carta escrita por Joseph Kalonymos: si él mismo no está allí, obedecerán a esta orden de su voluntad.

Cuando Deronda hubo cogido la carta, ella dijo, con esfuerzo pero más amablemente que antes:

—Arrodíllate otra vez, y déjame besarte.

Él obedeció, y sosteniendo su cabeza entre sus manos, le besó solemnemente en la frente.

—Ya ves, no me quedaba vida para amarte —dijo en un bajo murmuro—. Pero tienes más fortunas. Sir Hugo la ha mantenido en reserva. Te dejé toda la fortuna de tu padre. En esto, nunca me podrán acusar de robarte nada.

—Si hubieras necesitado algo habría trabajado para ti —dijo Deronda, consciente de un anhelo decepcionado, un cierre definitivo de sus tempranas perspectivas provenientes de su imaginación afectiva.

—No necesito nada que pueda darme la habilidad de un hombre —dijo su madre, sosteniendo todavía su cabeza, y examinando a fondo sus rasgos—. Pero tal vez ahora he satisfecho la voluntad de mi padre, será tu rostro el que me imagine ahora, tu rostro joven y amoroso.

—¿Pero me verás otra vez? —dijo Deronda ansioso.

—Sí, tal vez. Espera, espera. Déjame ahora.

CAPÍTULO 52

La même fermeté qui sert à résister à l'amour sert aussi à le rendre violent et durable; et les personnes faibles qui sont toujours agitées des passions n'en sont presque jamais véritablement remplies.

LA ROCHEFOUCAULD[256]

Entre las cartas de Deronda de la mañana siguiente había una de Hans Meyrick de cuatro páginas, escritas con la pequeña y bella letra que caracterizaba a la familia Meyrick.

> *MI QUERIDO DERONDA, como contestación a tu esbozo de tus movimientos por Italia y tu visión de los asuntos del mundo en general, yo puedo decirte que aquí en casa la opinión más razonable respecto a las consecuencias de las causas presentes es la de que "ya se verá con el tiempo". En cuanto a las causas presentes de efectos pasados, vemos ahora que los malversados y tardíos telegramas daban cuenta de la plaga del ganado del año pasado, lo que es una refutación de la mal llamada filosofía, y justifica la compensación de los granjeros. Mi propia idea de que saltará alguna epidemia en breve entre la clase comercial, y que la causa se propagará posteriormente con la rápida venta de todas las pinturas rechazadas, ha sido considerada como un uso incorrecto de la analogía; pero hay mentalidades que no dudarán en quitar la paz al pintor descuidado. En mi opinión hay una gran belleza en la concepción de que algún mal juez pague un alto precio por mis series Berenice, y que los hombres de la ciudad sean castigados por mi mala suerte.*
>
> *Mientras tanto, me consuelo de tu ausencia intentando aprovecharme de ello —brillando como Eósforo cuando Hyperion ha partido[257]— sentado con nuestro profeta hebreo, y estudiando su cabeza en las horas en que solía estar ocupado contigo, ganándome su confianza como joven gentil erudito, que habría sido judío si hubiera podido, y dándole la razón en cuanto al principio general, que cualquier cosa que sea lo mejor, es, por esa razón, judía. Nunca fue mi fuerte ser un buen razonador, pero soy capaz de ver*

que si lo mejor es A, y resulta que B es lo mejor, entonces B debe ser A, por muy poco que lo esperaras de antemano. Basándome en ese principio puedo ver la fuerza de un panfleto que leí una vez y que probaba que cualquier arte bueno era protestante. Sin embargo, nuestro profeta es un modelo interesante fuera de lo común para un pintor —un modelo mejor que el que tuvo Rembrandt con su Rabino[258]—, y nunca me separo de él sin haber aprendido algo nuevo. Por ejemplo, me sorprende constantemente que, a pesar de todo su ardiente sentimiento por su raza y sus tradiciones, no es un judío exageradamente conservador, atacando al mundo cristiano, y regocijándose en la perspectiva de que las bocas cristinas esperarán en vano obtener un trozo de carne asada de Leviatán[259], mientras que Israel no parará de comer platos ad limitum[260]. (Ya percibes lo que mis estudios me han enseñado esperar de la ortodoxia judía). Te confieso que siempre había tomado a la ligera lo que me contabas de Mardoqueo, como algo excusable, simplemente como parte de tu disposición a considerar un punto de vista antediluviano para no hacer ninguna injusticia a los megaterios[261]. Pero ahora que le he escuchado en persona, creo que es sinceramente una especie de creyente filosófico-alegórico-místico, pero con una aguda dialéctica, de forma que puede acallar cualquier argumento casi sin hablar. La mezcla puede ser una de las prerrogativas judías, por lo que sé. De hecho, su mente parece tan abierta que mis propias opiniones tienen amplia cabida en ella, y es su tarea, no la mía, hacer que concuerden con las suyas. Dejé que fuera él quien sentara nuestras bases, al no haber visto nunca una base que no fuera uno de los elefantes que sostienen el mundo, algo más o menos difícil y caro de mantener. Mis medios no me permiten mantener un elefante privado. En lugar de ello, entré en el misterio, siendo más barato y de más duración —una especie de gas que seguramente es mantenido de forma constante por el deshinchamiento de los elefantes—. Y si me gusta el aspecto de una opinión, la acojo cortésmente, sin indagaciones sospechosas. Casi me siento inclinado a compartir con Mardoqueo la noción de que un cristiano entero es tres cuartas partes de un judío, y que desde los tiempos alejandrinos las mentes más completas han sido judías; pues pienso hacer ver a Mirah que, dejando aparte los incidentes arábicos y demás, hay realmente poca diferencia entre mí y Maimónides. Pero últimamente me he dado cuenta que es tu frívola amante la que no puede evitar hacer una declaración. Si los gestos de Mirah fueran menos sugerentes, y uno no sintiera que está en el cielo al estar en su presencia y observarla, me habría lanzado hace tiempo a sus pies, y le habría pedido que me dijera, con menos indirectas, si desea hacerme perder la cabeza. Tengo un talento natural para la

esperanza, que es algo tan bueno como tener una hacienda en decadencia, siempre que sepa resistir la tentación de volverla en certeza y estropearlo todo. Mi Esperanza camina entre flores de huerto, siente la cálida nieve derritiéndose por el sol, y no duda de nada; pero vislumbrando la Certidumbre a la distancia, ve una fea deidad como Jano[262], guiñándole dudosamente un ojo, y aparta rápidamente la mirada. Pero tú, con tu raciocinio supremo, tu humildad, y tu preparación para lo peor, no sabes nada acerca de la Esperanza, esa deliciosa doncella inmortal, por siempre cortejada, por siempre propicia, a la que los tontos han llamado embustera, como si fuera la Esperanza la que trajera el carro de la decepción, mientras que es su enemigo mortal, la Certidumbre, de la que solo escapa por transformación. (¿Te das cuenta de mi nueva vena alegórica?) No obstante, y hablando en serio, permíteme que alegue que la verdad triunfará, que los prejuicios se derretirán ante ella, que la diversidad, acompañada del merecimiento, será sentida como satisfacción, y que la aspiración virtuosa no quedará frustrada; las cuales, si no me equivoco, son doctrinas escolares, e implican que la judía que yo prefiera me preferirá también a mí. Y los cabeza-cuadradas podrán citar generalidades, pero el maestro discierne los casos particulares que representan.

No creo que mi compañía consuele mucho a Mardoqueo de tu ausencia, pero viene ocasionalmente otro sustituto en forma de Jacob Cohen. Vale la pena quedarse con la expresión de nuestro profeta cuando tiene sentado sobre su rodilla a esa especie de joven Israel, y vierte poco a poco cierta inspiración semítica con una mirada sublime de paciencia y devoción melancólica. A veces a Jacob se le ocurre que el hebreo será más edificante para él si se tapa las orejas con las manos, e imita los venerables sonidos que oye amortiguados. Cuando Mardoqueo le baja con cuidado los puños y los sostiene bien sujetos, los demás miembros de Jacob se mueven en una actividad extraordinaria, como si estuviera paseando por un zoológico e intentara imitar a cada animal que viera; los que mejor le salían era el búho y el pecarí. Pero diría que ya has visto algo de esto. A mí, Jacob me trata con la máxima familiaridad, y parece mirarme normalmente como un artículo cristiano de segunda mano, que probablemente vaya a bajar de precio; me señala mis propias desventajas con una franqueza que parece que piense en alguna futura compra. Es bonito, de todas formas, ver cómo le cambia la cara cuando Mirah entra en la habitación. Se vuelve un niño de golpe —su edad le sorprende a uno como las prendas israelitas del desierto, a veces parece tener cuarenta años, a pesar de tener el aspecto de recién llegado al mundo. Pero cuando viene Mirah, me recuerda a uno de esos perros

criados por mujeres, y que solo ellas pueden controlarlos. Pero el perro quiere también a Mardoqueo, y trae caramelos de ciruela para compartir con él, llenándose la boca hasta límites embarazosos, y mirando como Mardoqueo se queda solo con una pequeña porción. A juzgar por este Jacob moderno de seis años, me asombra que su raza no nos haya comprado a todos hace tiempo, considerando a nuestras generaciones más débiles como mercancía y dinero, como se trataba a los esclavos. Hay una judía de la que no me importaría ser su esclavo. Pero no me gusta imaginar que Mirah entristece y que a la vez trata de ocultarlo. Es del todo natural, teniendo en cuenta que tiene que velar la lenta agonía de su hermano, al que adora con unas miradas tales de devoción amorosa que ya me gustaría estar en el sitio de él.

En cuanto al resto, estamos un poco más felices de lo normal. Rex Gascoigne —¿recuerdas haber admirado un busto de mis bosquejos, un tipo con un buen labio superior, leyendo leyes?— ha alquilado unas habitaciones en la ciudad no lejos de nosotros, y ha tenido viviendo con él a una hermana suya, muy pulcra, (también con un buen labio superior), durante la última quincena. Les he presentado a ambos a mi madre y a las niñas, que han descubierto por la señorita Gascoigne… ¡¡¡que es prima de tu duquesa Vandyke!!! He puesto los signos de exclamación para macar bien la sorpresa que la información me produjo en un principio. Al reflexionar sobre ello, me di cuenta de que no había que sorprenderse tanto, a menos que hubiera creído de antemano que nadie puede ser primo de nadie sin yo saberlo. Este tipo de sorpresas, digo yo, depende de la actividad de la columna vertebral, más que del cerebro. Había un tipo que solía ver en Roma que la información más simple le causaba una gran sorpresa. Le dijeras lo que le dijeras, que te gustaban por ejemplo las botas cómodas, siempre respondía: «No puede ser. ¿Ah sí?». con el mismo asombro: el mismo tipo del que el poeta Browne[263] escribió proféticamente:

«Un infeliz tan vacío que si había
algún vacío en la naturaleza
debía estar en él».

Ya te lo he contado todo sobre él, tenía una columna muy nerviosa.

No obstante, este parentesco con la duquesa salió por casualidad un día en el que Mirah estaba con ellos en casa hablando de los Mallinger. A propósito, me estoy convirtiendo en alguien tan importante que se me solapan las invitaciones. Gascoigne quiere que baje con él a la rectoría de su padre en agosto

y demos una vuelta por el campo. Pero creo que por mi propio interés, bien entendido, iré a la Abadía de Topping, puesto que Sir Hugo me ha invitado y propone —¡que Dios le bendiga por su imprudencia! — que debería dibujar a sus tres hijas sentadas en un banco, como él dice, al estilo de Gainsborough. Vino el otro día a mi estudio y me aconsejó dedicarme al retrato. Por supuesto ya sé lo que eso significa. «Mi querido amigo, tus intentos con la historia y la poesía son simplemente lamentables. Pero tu brocha es la de un pintor de retratos de éxito: tiene algo de verdad y una gran facilidad para la mentira; tu idealismo no servirá jamás para dioses y diosas ni para historias heroicas, pero puede cotizar alto como zalamería. El destino, amigo mío, ha hecho que la rueda que pone trabas —rota posterior curras, et in axe secundo[264]*— corra por detrás, porque no puedes evitarlo». ¡Qué gran esfuerzo supone evidentemente para nuestros amigos darnos estas cándidas opiniones! Conocí incluso un hombre que se tomó la molestia de llamar, para decirme que había expuesto irremediablemente mi falta de juicio al tratar mi tema, y que si le hubiera preguntado a él, me habría dado su propio juicio. Tal fue mi ingratitud y mi rapidez en mi imaginación, que todavía estaba él hablando cuando ya había esbozado interiormente un Juicio Final con la cándida fisionomía de ese amigo en el lado izquierdo. Pero todo esto se aparta de Sir Hugo, cuya forma de insinuar que los dones de uno no son de primera categoría es tan rematadamente buena y oportuna que empiezo a pensar que es una ventaja no estar entre los pobres tipos que están en lo más alto. Y su amabilidad hacia mí me sabe aún mejor porque proviene de su amor por ti, viejo amigo. Su charla es divertida fuera de lo habitual. Por cierto, me dijo que tu duquesa Vandyke se ha ido con su marido a hacer un viaje en yate por el Mediterráneo. He estado meditando en que es posible tomar tierra desde un yate, o embarcar en un yate desde tierra. ¿Por casualidad tendrás oportunidad de continuar con ella tu discusión teológica sobre el supralapsarianismo*[265] *—creo que dijiste que sus doctrinas eran muy enrevesadas. ¿Es el Duque Alfonso*[266] *también teológico? Quizás un ario que rechaza la triplicidad (Notas al director de escena: mientras D. está leyendo, su rostro muestra un profundo desprecio hasta que al llegar a la última palabra deja caer la carta, agarra su gabardina con actitud solemne, permanece así con una mirada general tremenda, mientras expresa el siguiente soliloquio: "Oh, noche, oh, negrura, etc, etc").*

Perdona la brevedad de esta carta. No estás acostumbrado a esperar más de mí que los simples hechos desnudos, sin comentarios ni digresiones. He omitido un hecho: que los Klesmer, la noche antes de su marcha se comportaron de forma magnánima, brillando

como se espera de los planetas que reúnen la genialidad y la fortuna. Han llenado a Mirah de regalos orientales.

¡Qué suerte tendríamos si regresaras y te presentaras en la Abadía mientras yo estoy allí! Me voy a comportar con total discreción y a ganar opiniones favorables. Pero me escaparé a la ciudad de vez en cuando, solo para echar una ojeada al Jardín del Edén. Ya ves cuánta erudición hebrea tengo —al nivel de Lord Bolingbroke[267], que no sabía hebreo, pero "entendía ese tipo de doctrina y lo que se ha escrito sobre ella". Si Mirah me lo mandase, me zambulliría en el triliteralismo[268]. De hecho, no veo diferencia en si están o no las vocales. Pero mientras dure la vida de su hermano, sospecho que no escuchará a ningún pretendiente, ni siquiera a uno «cuyos cabellos son como un rebaño de cabras sobre el Monte Galaad», y me enorgullezco de que a pocas cabezas le sientan tan bien la comparación como a la mía. Así que sigo con mi esperanza entre las flores de la huerta. Devotamente,

HANS MEYRICK

Algunos meses antes, esta carta de Hans habría irritado profundamente a Deronda: sus pensamientos románticos hacia Mirah le habrían repugnado, y apenas habría sentido conmiseración alguna por la probable decepción de su amigo. Pero las cosas habían cambiado desde marzo. Mirah ya no estaba en una posición tan crítica de deuda hacia los Meyrick, y la propia posición de Deronda había ido experimentando un cambio que acababa de culminar con la revelación de su nacimiento. La nueva apertura al futuro, a pesar de que no confiaba en ninguna visión definitiva, arrojaba inevitablemente una nueva luz, e influyó en su forma de ver el pasado y el presente; por eso, lo que Hans denominaba como su esperanza no le parecía ahora a Deronda como una irracionalidad maliciosa que levantara su indignación, sino una obsesión persistente y poco común, fruto de una fantasía extravagante, y habría podido incluso compadecerse de los pertinentes sufrimientos de su amigo, si hubiera creído probable su sufrimiento. Pero uno de los principales pensamientos que le ocupó ese largo día, que pasó sin recibir ninguna nueva cita de su madre, fue el argumento que la naturaleza de Hans Meyrick no era de las que el amor tocara tan a fondo las raíces de forma que convirtiera la decepción en dolor; era demasiado inquieto, demasiado impresionable por la novedad, dispuesto incluso a verse a sí mismo como material imaginativo, y llevar su pena como un traje de fantasía. «Justo empieza a descubrir y jugar con el amor: se está tomando todo el asunto como una comedia», se dijo Deronda; «sabe muy bien que no tiene ninguna oportunidad. Así es él: nunca abriendo los ojos a cualquier posible objeción que yo pueda hacer a sus efusiones sobre

Mirah. ¡Pobre Hans! Si ambos estuviéramos bajo una fuerte granizada, él aullaría como un griego, y si yo no aullara también, nunca se le ocurriría pensar que lo estoy pasando tan mal como él. Con todo, tiene buen corazón y es cariñoso en su intención, y no puedo decir que no se preocupe por lo que le pase a los demás, pero siempre acaba imaginando cómo le va a afectar eso a él».

Con esta pizca de mordacidad Deronda se sacó de encima la ligera irritación causada en esos momentos por la inocente expansión de Hans. Las tonterías sobre Gwendolen, que traían la noticia que se había ido en yate con su marido, solo sugerían una preocupante continuación a la forma en que habían tenido que despedirse. Pero había una frase en la carta que provocó una ansiedad mayor y más inmediata. La sospecha de Hans de que Mirah ocultaba una tristeza no tenía que ver con los deseos de él, y por tanto, en vez de menospreciar esta observación, Deronda comenzó a pensar en la causa de su tristeza. ¿Era algún suceso acaecido durante su ausencia, o solo el temor creciente a algún advenimiento? ¿Era algo, tal vez alterable, en la nueva posición en la que la habían colocado? ¿O le había comunicado Mardoqueo, contra su firme decisión, esas esperanzas peculiares sobre él, Deronda, y su naturaleza sensible había resultado herida por el descubrimiento que la voluntad o la tenacidad de su hermano por sus convicciones visionarias habían actuado coercitivamente sobre su amistad, había resultado herida por el miedo a que hubiera más compasión que trato de igual a igual en la relación de Deronda hacia él? Pues entre toda la renuncia sosegada de Mirah, la sed que evidentemente tenía su alma de recibir el tributo de igualdad implicaba un gran dolor si se daba cuenta de que lo que había tomado por una admiración puramente reverencial hacia su hermano tenía su mezcla de condescendencia.

En esta última conjetura, Deronda no se había equivocado en cuanto a la cualidad de la naturaleza de Mirah: la protesta latente contra el tratamiento a la que había estado sometida toda su vida hasta que le encontró. Pues esa gratitud que no le habría dejado no tener en cuenta a su benefactor, provenía en parte de la comparación entusiasta con la que los demás habían pensado prestarle. La afinidad de Deronda con sus sentimientos le permitió penetrar en tales secretos. Pero no estaba cerca de la verdad al admitir la idea que Mardoqueo había traspasado su reticencia característica. A ningún alma excepto a Deronda había relatado la historia de la relación entre ellos, o la seguridad sobre el origen de su amigo: no era solo que estos temas eran para él demasiado sagrados para comentarlos sin una razón de peso, sino que se había dado cuenta del estremecimiento de Deronda cada vez que mencionaba su nacimiento; y la estricta reserva que había impedido a Mardoqueo contestar a una pregunta sobre un

asunto privado de la familia Cohen actuaba aquí con más motivo.

—Esdras —le dijo un día Mirah— ¿cómo es que hablo continuamente al señor Deronda como si fuera judío?

Él le sonrió tranquilamente, y le dijo:

—Supongo que es porque nos trata como si fuera nuestro hermano. Pero no le gusta tratar el tema de la diferencia de nacimiento.

—Nunca ha vivido con sus padres, dice el señor Hans —continuó Mirah, para quien esto era necesariamente una cuestión de interés, sobre todo si le importaba la persona.

—Procura no averiguar estas cosas a través del señor Hans —dijo Mardoqueo seriamente, acariciándole sus rizos, como solía hacer por costumbre—. Lo que Daniel Deronda quiera decirnos sobre él, le toca a él mismo contarlo.

Y Mirah se sintió reprendida, como había hecho Deronda. Pero ser reprendida en esto por Mardoqueo la llenó de orgullo.

—No existe nadie más grande que mi hermano —dijo a la señora Meyrick un día que llamó a la puerta de su casa en Chelsea mientras iba de camino a casa, y como había esperado, encontró a la pequeña madre sola—. Es difícil pensar que pertenece al mismo mundo que la gente con la que me solía relacionar. Ya le dije una vez que hacían que la vida pareciese una casa de locos; pero cuando estoy con Esdras me hace sentir que su vida es un gran bien, aunque haya sufrido mucho; no como yo, que quería morir por haber sufrido un poco, solo un poco. Su alma está tan llena, es imposible que deseé la muerte como hice yo. Tengo la misma sensación que experimenté ayer, cuando estaba cansada, y regresé a casa por el parque después de que cayera una dulce lluvia y el sol brillara sobre la hierba y las flores. Todo en el cielo y bajo el cielo parecía tan puro y hermoso que el cansancio, los problemas y la locura parecían reducirse a una pequeña parte de lo que realmente son, y me volví más paciente y esperanzada.

La nota de ingenuidad y melancolía de este discurso hizo que la señora Meyrick examinara a Mirah con más detalle. Tras sacarse el sombrero y estirarse los rizos con aire de cansancio, se sentó en una silla enfrente de su amiga en su posición habitual, con los pies y las manos cruzadas; a esa distancia parecía una estatua a color llena de serenidad. Pero la señora Meyrick distinguió un rasgo nuevo de sufrimiento reprimido en su rostro, que sugería que ser paciente y esperanzado requería cierta influencia extra.

—¿Te preocupa algo últimamente, querida? —dijo la señora Meyrick, dejando a un lado su trabajo de costura, como signo de atención.

Mirah dudó antes de decir:

—Creo que enseguida hablo de problemas. Me parece descortés

preocupar a los demás por temas dolorosos, a menos que estuviera segura que de fuera para impedir algo peor. Y tal vez soy demasiada precipitada y temerosa.

—Oh, querida, las madres están para aceptar los dolores y los problemas que les den sus hijos. ¿Es por qué las lecciones de canto son muy escasas, y puede ser que no continúen al año siguiente? El éxito en estas cosas no puede llegar de repente—. La señora Meyrick no creía que estuviera dando con la verdadera causa de su pena; pero la corrección de una conjetura era un buen canal para el inicio de una confidencia.

—No, no es eso —dijo Mirah, sacudiendo la cabeza suavemente—. Estoy un poco decepcionada porque muchas señoras me dijeron que querían que les diera clase a ellas o a sus hijas, y luego ya no oí más de ellas. Pero tal vez después de las vacaciones enseñe en algunas escuelas. Además, ya sabe que ahora soy tan rica como una princesa. No he tocado las cien libras que la señora Klesmer me dio; y no temo que Esdras necesite nunca nada, porque está el señor Deronda, que me dijo: "Es el principal honor de mi vida que su hermano lo comparta todo conmigo". ¡Oh, no! Esdras y yo no tenemos nada que temer por cosas como el comer y el vestir.

—Pero hay otra cosa que te atemoriza —aventuró la señora Meyrick—, un temor a algo que puede disturbar tu paz; no pienses en lo malo del futuro, querida hija, a menos que sea para poder defenderte de ello. La ansiedad no es buena para nada si no podemos convertirla en defensa. Pero no hay defensa posible para todas las cosas que puedan suceder. ¿Tienes alguna razón más para estar ansiosa que las que tenías hace un mes?

—Sí, si la tengo —dijo Mirah—. No se lo he contado a Esdras. No me he atrevido. Le ruego me perdone que no pueda seguir sin contárselo a usted. Tengo más razones para estar preocupada. Hace ya cinco días de ello. Estoy segura de haber visto a mi padre.

La señora Myrick se encogió lo que pudo, cruzando los brazos alrededor de su pecho e inclinándose hacia delante, para refrenarse de atacar con sus peores epítetos al padre.

—Ha cambiado en este año —continuó Mirah—. Antes de que lo dejara ya estaba muy desfigurado y gastado. ¿Recuerda que le dije que a veces lloraba? Estaba siempre excitado de una manera o de otra. Le he contado a Esdras todo lo que le conté a usted, y dice que a mi padre le había dado por apostar, algo que hace sentirse a la gente desconsolada y poco después exaltada de nuevo. Y ahora (le vi solo por un momento) su rostro estaba aún más consumido y llevaba ropas harapientas. Iba con un hombre que tenía todavía un aspecto mucho peor que él, que llevaba algo, y ambos se apresuraban por coger un ómnibus.

—Bueno, hija, él no te vio, espero.

—No. Acababa de salir de casa de la señora Raymond, y estaba esperando para cruzar la calle cerca del Arco de Mármol. Cogió el ómnibus enseguida y desapareció. Fue un momento terrible. Me pareció que volvía a mi vida anterior, y que era incluso peor que lo que había sido antes. Y no pude evitar sentirme salvada al ver que había desaparecido sin saber que yo estaba allí. Pero me dolía sentir eso, era algo odioso, casi como las palabras que tuve que recitar una vez en una obra, que "me había lavado las manos en la sangre de mis parientes". ¿Pues adónde iría mi padre? ¿Qué sería de él? Y el hecho de tener una hija que la cuidara a pesar de todo, podría haber evitado lo peor. ¿Hay una pena más grande que ver cómo lo que debería ser lo más bonito de la vida se torna en lo más desagradable? Todos estos sentimientos opuestos me oprimían y me quitaban toda mi fuerza. Nadie podría fingir eso. El teatro es lento y pobre comparado con lo que pasamos por dentro. No sé cómo llegué a llamar a un coche. Solo recuerdo que estaba ya en él cuando comencé a pensar: «No se lo puedo contar a Esdras; no debe saberlo ahora».

—¿Tienes miedo de angustiarle? —preguntó la señora Meyrick, aprovechando que Mirah hizo una pausa.

—Sí, y hay algo más —dijo Mirah, dudando, como si estuviera examinando a fondo su sentimiento antes de atreverse a hablar de él —. Quiero decírselo; no se lo puedo contar a nadie más. No se lo podría haber dicho ni a mi propia madre: a ella se lo habría ocultado. Me avergüenzo de mi padre, y tal vez sea extraño, pero la vergüenza es mayor ante Esdras que ante cualquier otra persona del mundo. Él quería que se lo contara todo sobre mi vida, y le obedecí. Pero para mí es desgarrador saber que esas cosas sobre mi padre las llegue a conocer Esdras. Y, ¿puede creerlo? Cuando me asalta el pensamiento de qué sucedería si mi padre llegara y se mostrara ante ambos, lo que más parece abrasarme es ver a mi padre estremeciéndose ante Esdras. Esa es la verdad. No sé si es un sentimiento honesto. Pero no puedo evitar pensar que prefiero mantener a mi padre en secreto, y sufrir mucho por ello, si puedo evitar que se encuentre con mi hermano.

—No debes alentar ese sentimiento, Mirah —dijo la señora Meyrick, cortándola—. Sería muy peligroso; estaría mal. No debes impedir nada de eso.

—¿Pero debería contar a Esdras que he visto a mi padre? —dijo Mirah, en un tono de desaprobación.

—No —respondió la señora Meyrick, dudando—. No sé si es necesario hacer eso. Tu padre puede marcharse como los pájaros. No está claro que viniera por ti; puede que no le vuelvas a ver nunca más. Y en ese caso tu hermano habría sufrido sin motivo. Pero prométeme que si tu padre te ve, si entra de nuevo en contacto contigo de

cualquier forma, nos lo harás saber. Prométeme eso solemnemente, Mirah. Tengo derecho a pedírtelo.

Mirah se lo pensó un poco, luego se inclinó hacia delante para poner sus manos en las de la señora Meyrick y dijo:

—Como usted me lo pide, se lo prometo. Soportaré esta vergüenza. Hace tanto tiempo que me he hecho a la idea de que debo soportar este tipo de dolor interior… Pero la vergüenza por mi padre me abrasa tanto más cuando pienso en su encuentro con Esdras. —Dejó de hablar uno o dos momentos, y luego dijo, en un nuevo tono de compasión anhelosa—: Y nosotros somos sus hijos, y él fue un tiempo joven como nosotros, y mi madre le amaba. ¡Oh! No puedo evitar verlo todo concluido, y me duele tan cruelmente.

Mirah no derramó lágrimas: toda su vida se había obligado a no ceder ante tal manifestación, que pronto cae bajo el control de motivos graves; pero parecía que una expresión muy intensa de pena había entrado en su voz. La señora Meyrick, con toda su agudeza y comprensión amorosa, no acababa de entender el sentimiento filial de Mirah que tenía raíces profundas bajo su indignación por las peores ofensas. Podía concebir que una madre se compadeciera de su hijo réprobo, pero no entendía en absoluto su exagerada susceptibilidad por su padre, cuya reaparición le había provocado esos sentimientos de protección. La promesa de Mirah, sin embargo, era un seguro contra su debilidad.

Ese incidente era el único motivo que la propia Mirah habría declarado por la oculta tristeza que Hans había adivinado. No podría haber explicado de forma precisa de qué forma había cambiado su carácter: era algo tan indefinido como la sensación de que se aproxima cambio de tiempo, con signos externos extremadamente ligeros, como los que a menudo nos avergonzamos de encontrar todos lo que utilizamos como pretexto los sutiles cambios que operan en nuestro interior, no solo sin esfuerzo, sino incluso en contra de ellos, bajo la influencia de cualquier apasionamiento ciego. Tal vez la primera causa de inquietud la provocó el comportamiento de Gwendolen durante esa visita en la que utilizó como excusa el pedirle a Mirah que viniera a su casa a cantar pero que no tenía otro motivo que el extraño interrogatorio que le hizo exaltada sobre Deronda. Mirah había mantenido instintivamente en secreto esa visita, pero su recuerdo le había provocado una nueva susceptibilidad, y le hizo ser consciente como nunca lo fue, de las relaciones que Deronda debía tener con esa sociedad a la que ella misma se le permitía entrar de vez en cuando sin pertenecer a ella. Su vida y educación peculiar habían producido en ella una extraordinaria mezcla de inocencia, con conocimiento del mal del mundo, e incluso este conocimiento era una extraña combinación de la observación directa con los efectos de la lectura y

del estudio de las obras de teatro. Sus recuerdos estaban llenos de situaciones pasionales y de intriga, que nunca hizo emocionalmente suyos, sino que se alejaba de ellos lo más posible, como había hecho con la vida real que le rodeaba. Algo de ese conocimiento imaginativo comenzaba ahora a envolver a la señora Grandcourt; y aunque Mirah no iba a dejar de admirar a Deronda, no podía evitar asociar cruda y dolorosamente la vida de él con un mundo aparte del suyo propio, en el que pudiera haber cierta implicación de sus sentimientos y acciones con una mujer como Gwendolen, que cada vez le resultaba más repugnante —cada vez más, incluso aunque hubiera dejado de verla —; pues el agrado y el desagrado pueden crecer con la meditación tan rápido como con la presencia más frecuente. Cualquier inquietud provocada por la idea de que lo que más preocupaba a Deronda pudiera ser algo alejado no solo de ella sino incluso de la amistad por su hermano, la habría apartado con estas preguntas: ¿Quién era ella sino una más de las que había compartido su generosa amabilidad junto con muchos otros? Y respecto a la amistad con su hermano, ¿no había empezado tarde para acabar pronto? Había mantenido otras amistades con anterioridad, y otras permanecerían después de que esta quedara truncada por la muerte inminente. Pero su desasosiego no había llegado al punto de ser consciente de ello, cosa que la habría avergonzado, por pretender tener un presuntuoso derecho sobre los sentimientos de Deronda. Que ella o cualquier otra persona pensara que él pudiera ser su prometido era algo que nunca se le había ocurrido; también era algo impensable por parte de la señora Meyrick y las niñas, las cuales, igual que Mirah, consideraban que la intervención de Deronda en su vida era algo excepcional, y estaban tan asombradas por su misión como salvador y protector, que habrían considerado una ofensa insinuar que hubiera alguna otra relación con ella: un punto de vista que también había adoptado rápidamente Hans. Resulta un poco duro para algunos hombres convertirse en amantes, pues parecen hundirse. Pero precisamente por esta inocencia de los Meyrick era mayor la inquietud de Mirah. La primera ocasión apenas podía haber sido más trivial, pero preparó su naturaleza emotiva para acoger con más intensidad lo que vino después.

Ocurrió cuando a Anna Gascoigne, de visita en casa de los Meyrick, le hicieron hablar de su prima Gwendolen. El motivo de la visita era que Anna pudiera ver a Mirah; las tres chicas estaban en casa con su madre, y había, como era natural, un gran flujo de conversación entre seis criaturas femeninas, libres de la presencia de un modelo masculino distorsionador. Anna Gascoigne se sintió como en su casa con las chicas, que sabían lo que era tener un hermano, y ser consideradas generalmente como de menor importancia en el mundo; y ella había dicho a Rex que pensaba que la Universidad

estaba muy bien, porque los hermanos hacían amigos cuyas familias no eran ricas ni espléndidas, pero que aún así (como la Universidad) estaban muy bien. Las Meyrick le parecían casi alarmantemente inteligentes, y les hizo muchas consultas sobre el modo de enseñar a Lotta, confiándoles que ella misma era la menos inteligente de su familia. Mirah había llegado tarde, y se encontró al entrar con un abanico completo de rostros jóvenes alrededor de la mesa del té —Hafiz, sentado en lo alto con grandes ojos vigilantes, observando toda la escena, contento con su ración de leche—.

—Imagínate lo que nos ha sorprendido, Mirah —dijo Kate—. Estábamos hablando del señor Deronda y de los Mallinger, y resulta que la señorita Gascoigne los conoce.

—Solo sabía de ellos —dijo Anna, que había enrojecido un poco por la excitación; lo que había oído y ahora veía de la encantadora judía era una novedad sorprendente para ella—. Ni siquiera los he visto. Pero hace unos meses, mi prima se casó con el sobrino de Sir Hugo Mallinger, el señor Grandcourt, que vivía en una de las casas de Sir Hugo, en Diplow, cerca de nosotros.

—¡Vaya! —exclamó Mab, aplaudiendo—. Algo tiene que salir de esto. ¿La señora Grandcourt, la duquesa Vandyke, es tu prima?

—Oh, sí, yo sí fue su dama de honor —dijo Anna—. Su mamá y la mía son hermanas. Mi tía era mucho más rica antes del año pasado; pero tanto ella como mamá perdieron toda su fortuna. Papá es un clérigo, ya saben, así que a nosotros no nos ha afectado, salvo que ya no tenemos carruaje ni damos cenas festivas, y a mí eso me gusta más. Pero fue muy triste para la pobre tía Davilow, pues no podía venirse a vivir con nosotros, puesto que tiene cuatro hijas además de Gwendolen; pero entonces, cuando ella se casó con el señor Grandcourt, ya no importó mucho, al ser él tan rico.

—¡Oh, esto de descubrir parentesco es maravilloso! —dijo Mab—. Es como juntar las piezas de un puzzle chino. Estoy seguro de que algo bueno tiene que salir de esto, pero no puedo decir el qué.

—Por Dios, Mab —dijo Amy—, todas las relaciones se ramifican. La única diferencia es que, resulta que conocemos a parte de la gente implicada. Pero este tipo de cosas pasa todos los días.

—Entonces ¿por qué insistes, Amy, en decir que el número nueve es tan maravilloso? —dijo Mab—. Estoy segura de que pasa todos los días. No importa, señorita Gascoigne; por favor, siga. ¿Y el señor Deronda? ¿No ha visto nunca al señor Deronda? Debe usted traerlo.

—No, no le he visto —dijo Anna—; pero estuvo en Diplow antes de que mi prima se casara, y he oído a mi tía hablar de él a papá. Me contó lo que han estado ustedes diciendo de él, solo que no tanto: quiero decir, sobre el señor Deronda viviendo con Sir Hugo Mallinger, y siendo tan bueno, decía ella. Hablamos bastante sobre todos lo que

vienen a vivir cerca de Pennicote, porque es tan raro que venga alguien nuevo. Pero recuerdo que, cuando pregunté a Gwendolen qué pensaba del señor Deronda, me dijo: "No lo digas por ahí, Anna, pero creo que su pelo es oscuro". Esa fue su extraña forma de contestarme: era siempre tan vivaz. Es realmente maravilloso que llegue a oír hablar tanto de él, bien por el señor Hans al haber conocido a Rex, o gracias al placer de haberlas conocido a ustedes —Anna concluyó, mirando a la señora Meyrick con tímida finura.

—El placer también es nuestro; pero lo extraño habría sido que hubieras llegado a esta casa sin oír nada del señor Deronda, ¿verdad, Mirah? —dijo la señora Meyrick.

Mirah sonrió con aquiescencia, pero no tenía nada que decir. Sentía un descontento confuso por la mezcla de nombres e imágenes que había escuchado.

—Mi hijo llama a la señora Grandcourt la duquesa Vandyke —continuó la señora Meyrick, volviéndose hacia Anna—; cree que es tan llamativa y pintoresca.

—Sí —dijo Anna—. Gwendolen era siempre tan hermosa; la gente se enamoraba terriblemente de ella. Yo pensaba que era una pena, porque los hacía infelices.

—¿Y cuánto te gusta el señor Grandcourt, el amante feliz? —dijo la señora Meyrick, que a su modo, estaba tan interesada como Mab en los cotilleos que podía escuchar como viuda con hijas.

—Papá consintió que Gwendolen le aceptara, y mi tía dice que es muy generoso —dijo Anna, empezando con la virtuosa intención de reprimir sus propios sentimientos; pero luego, viéndose incapaz de resistir la tentación de aprovechar esa ocasión única de poder expresarlos libremente, continuó—: "Si no hubiera sido por eso, yo habría pensado que no es muy buena persona, más bien orgulloso, y nada alegre, como Gwendolen. Había pensado que alguien más joven y animado habría sido más adecuado para Gwendolen. Pero, tal vez el hecho de tener un hermano que nos parece mejor que nadie nos hace pensar peor de los demás.

—Espere a ver al señor Deronda —dijo Mab, asintiendo significativamente—. Ningún hermano está a su altura.

—Nuestros hermanos tienen que estar a la altura como maridos —dijo Kate, secamente—, porque ninguna mujer conseguirá al señor Deronda. Son ellas las que no están a su altura para casarse con él.

—Ninguna mujer debería querer casarse con él —dijo Mab, indignada—. Yo nunca lo haría. Imagínate descubrir que tuviera una cuenta de sastre y usara botas de gancho, como Hans. ¿Quién pensaría casarse con él?

—Yo lo he hecho —dijo Kate—. Cuando dibujé una boda para la

portada de “Corazones y Diamantes”, dibujé al novio con cierto parecido a él, e intenté buscar a una gran mujer que sirviera como su condesa, pero no vi más que pobres criaturas a su lado.

—Pues deberías haber visto a esta señora Grandcourt —dijo la señora Meyrick—. Hans dice que ella y el señor Deronda se animan el uno al otro cuando están juntos. Ella es alta y hermosa. Pero ya la conoces, Mirah, puedes decir algo de ella. ¿Qué opinas de la señora Grandcourt?

—Creo que es la *Princesa de Eboli* de *Don Carlos*[269] —dijo Mirah, con rápida intensidad. Buscaba una asociación en su mente que no la entendieran los que la oían, una asociación con cierta actriz así como con el papel que desempeñaba.

Tu comparación es como un acertijo para mí, querida —dijo la señora Meyrick, sonriendo.

—Dijo que la señora Grandcourt era alta y hermosa —continuó Mirah, algo más pálida—. Eso es completamente cierto.

El rápido ojo y oído de la señora Meyrick detectó algo anormal, pero se lo explicó inmediatamente. Las damas finas habían herido a menudo a Mirah por los caprichos de sus formas y sus intenciones.

—La señora Grandcourt había pensado en recibir lecciones de Mirah —dijo volviéndose hacia Anna—. Pero muchas han hablado de querer lecciones, y luego no han encontrado tiempo. Las mujeres de moda tienen demasiado trabajo por hacer.

Y la charla prosiguió sin más insistencia sobre la *Princesa de Eboli*. Esa comparación se le escapó a Mirah de los labios por la punzada de dolor que sintió como nunca le había sucedido. La conversación, desde el principio, le había hecho revivir impresiones desagradables, y la sugerencia de la señora Meyrick de que la figura de Gwendolen estuviera al lado de la de Deronda tuvo el efecto punzante de una voz externa a ella, confirmando su convicción secreta de que esta mujer alta y hermosa tenía cierto control sobre el destino de él. La sensación de que hubiera caído sobre ella un jarro de agua fría le duró bastante tiempo.

Por la noche, al recostar su mejilla sobre el hombre de su hermano mientras estaba sentada a su lado, sentado él apoyándose en la cabecera de la cama por sus dificultades para respirar, le dijo:

—Esdras, ¿no te duele pensar que gran parte de la vida del señor Deronda no la conoces, que ha estado y se ha preocupado por personas que no son para nada como nosotros, quiero decir, que no son como tú?

—No, te aseguro que no —dijo Mardoqueo—. Es más, me alegro de que haya tenido una preparación que yo no tuve, y que sea un egipcio realizado—. Luego, dándose cuenta de que sus palabras hacían

referencia a lo que su hermana todavía no podía entender, añadió—: Tengo que darle aún más, pues su tesoro es diferente del mío. Es algo dichoso entre los amigos.

Mirah reflexionó un poco.

—Aún así —dijo—, sería una prueba para tu estima por él que otra parte de su vida estuviera entremezclada con otra gente, alejada de ti, quiero decir en sus pensamientos, no solo alejada físicamente como ahora, y no solo por un tiempo, sino continuamente. ¡Cómo soportarías eso! Nuestra religión nos manda soportar las cosas. ¿Pero cómo soportarías eso?

—Nada bien, hermana, nada bien; pero no ocurrirá nunca —dijo Mardoqueo, mirándola con una tierna sonrisa. Pensaba que el corazón de su hermana necesitaba que le consolase.

Mirah no dijo nada más. Reflexionando sobre la diferencia entre lo que pensaba su hermano y ella, se veía mezquina al compararse con él. ¿Por qué no podía sentirse completamente satisfecha con lo que satisfacía el juicio más cabal de su hermano? No encontraba más razón que una dolorosa sensación de incapacidad, ¿pero en qué? Vagas posibilidades que no podía definir, pero había un nombre y una figura que manchaban constantemente su visión. En esto residía el origen indefinible de la tristeza oculta que notó Hans al ver que disminuía su dulce naturalidad, esa pronta alegría en sus respuestas y en su sonrisa que había adquirido con la nueva sensación de libertad y seguridad, y que había aparecido como las margaritas recién abiertas y el claro canto de los pájaros tras la lluvia. Ella misma consideraba su inquietud como una especie de ingratitud y de insensibilidad hacia las grandes cosas que le habían dado en su nueva vida; y cada vez que cantaba con más energía de lo normal, era por la indignación contra su propia superficialidad. En ese estado dijo una vez: «¿Quieres que te diga qué diferencia hay entre tú y yo, Esdras? Tú eres un manantial en el desierto, y yo soy la cáscara de una bellota; las aguas del cielo me llenan, pero el más mínimo movimiento me deja vacía».

—¿Cómo? ¿Qué te ha agitado? —dijo Mardoqueo. Habló de esta forma arcaica que utilizaba habitualmente con su hermana y con los niños de los Cohen[270].

—Pensamientos —dijo Mirah—; pensamientos que llegan como la brisa y me conmocionan: gente mala, cosas malas, desgracias, y cómo podrían afectar a mi vida.

—Debemos tomar nuestra parte, Mirah. Está allí. ¿Sobre quién la descargaremos para librarnos de ella?

El único signo voluntario que ella hizo de sus preocupaciones interiores fue esta alusión distante.

CAPÍTULO 53

Mi desolación comienza a engendrarme
una mejor vida.
SHAKESPEARE, *Antonio y Cleopatra*[271]

En el intervalo entre la primera entrevista de Deronda con su madre y la siguiente, transcurrió solo un día, durante el cual ella le envió un mensaje diciendo que no se encontraba todavía lo suficientemente bien para recibirle de nuevo; pero a la tercera mañana, se encontró con una nota que decía: «Marcho hoy mismo. Ven a verme inmediatamente».

Fue conducido a la misma sala de antes; pero estaba más oscurecida con persianas y cortinas. La Princesa no estaba allí, pero acabó entrando, envuelta en un vestido suave de seda, de color naranja oscuro, con la cabeza de nuevo flotando por encima de un lazo negro, y enseñando sus brazos desnudos a través de las anchas mangas. Su rostro parecía incluso más impresionante en la luz sombría, sus ojos más grandes, y sus rasgos más vigorosos. Recordaba a una bruja que extendiera su hermosa mano para ofrecer una poción de la juventud para los demás, pero avergonzada de usarla también para ella, al tener todavía bastante juventud.

Puso sus brazos en los hombros de su hijo inmediatamente, y le besó en ambas mejillas, luego se sentó entre los cojines con un aire de firmeza y dignidad segura, no con la incomodidad que mostró en su primera entrevista, y le dijo a Deronda que se sentara a su lado. Este obedeció, diciendo:

—Estás más tranquila ahora, espero.

—Sí, vuelvo a estar tranquila. ¿Hay algo más que quieras preguntarme? —dijo, como si fuera una reina más que una madre.

—¿Puedo hallar la casa en Génova donde vivías con mi abuelo? —dijo Deronda.

—No —respondió, con un movimiento despreciativo de su brazo—, ha sido derruida, no la encontrarás. Pero lo que quieras sobre mi familia y dónde vivió mi padre en diversas ocasiones, lo encontrarás todo entre los papeles de la cómoda, mejor de lo que yo pueda

contarte. Mi padre, ya te lo dije, era un médico. Mi madre era una Morteira[272]. Yo oía todas esas cosas sin escucharlas. Las encontrarás todas. Nací entre ellos sin quererlo. Les abandoné tan pronto como pude.

Deronda trató de esconder sus sentimientos doloridos, y dijo:

—Solo quisiera saber lo que te produciría satisfacción contarme.

—Creo que te he contado todo lo que se me podría pedir —dijo la Princesa, con aspecto frío y meditativo. Parecía como si hubiera agotado toda su emoción en su anterior entrevista. El hecho era, se había dicho a sí misma, que «ya lo he hecho todo. Lo he confesado todo. No pasaré por lo mismo otra vez. Me ahorraré la conmoción». Y estaba actuando bajo ese esquema.

Pero para la naturaleza de Deronda el momento era cruel; el anhelo filial de su vida se había convertido en un peregrinaje decepcionante hacia un santuario donde ya no estaban los símbolos sagrados. Parecía que toda la feminidad que se hallaba en falta en ella estaba en él cuando dijo con la voz algo trémula:

—¿Así que vamos a separarnos y no sabré nunca nada de ti?

—Es mejor así —dijo la Princesa, en una voz más suave y dulce—. Solo te crearía un fuerte deber, incluso si fueras capaz de aceptar el papel de mi hijo. No me amarías. No lo niegues —dijo bruscamente, alzando la mano—. Sé lo que es la verdad. No te gusta lo que hice. Estás enfadada conmigo. Crees que te privé de algo. Estás de parte de tu abuelo, y siempre me condenarás en tu corazón.

Deronda se hallaba inhabilitado por el silencio. Se apartó de ella, prefiriendo estar de pie, si tenía que obedecer esa imperiosa prohibición de cualquier tipo de ternura. Pero su madre le miraba con una nueva admiración en sus ojos, y dijo:

—Te equivocas al enfadarte conmigo. Eres mejor gracias a lo que hice. —Tras una pausa, añadió bruscamente—: Y ahora dime qué es lo que harás.

—¿Te refieres ahora, inmediatamente? —dijo Deronda—, ¿o al resto de mi vida?

—Me refiero al futuro. ¿Qué diferencia supondrá para ti que te haya hablado de tu nacimiento?

—Una muy gran diferencia —dijo Deronda, enfáticamente—. Apenas puedo pensar en algo que significara una diferencia mayor.

—¿Qué harás entonces? —dijo la Princesa, con más agudeza—. ¿Convertirte en lo que fue tu abuelo, ser lo que él deseaba que fueras, hacerte judío como él?

—Eso es imposible. Nunca podré deshacerme del efecto de mi educación. Las tendencias cristianas de las que he estado rodeado no podrán apartarse nunca de mi mente —dijo Deronda, con una

tenacidad creciente en su tono de voz—. Pero considero mi deber (me impulsan mis sentimientos) a identificarme, en la medida de lo posible, con el pueblo del que provengo, y si veo que puedo hacer algo por ellos, aunque tenga que dar mi vida y mi alma, lo haré.

Su madre tenía los ojos fijos en él, sorprendida y especulando, examinando su rostro como si pensara que observándole atentamente podría interpretar el difícil lenguaje que mostraba. Él le sostuvo la mirada firmemente, sustentado por una oposición decidida, que era la expresión de su yo más pleno. Ella se inclinó un poco hacia él, y dijo, con énfasis:

—Estás enamorado de una judía.

Deronda enrojeció y dijo:

—Mis razones serían independientes de un hecho así.

—Yo sé más. He visto lo que son los hombres —dijo la Princesa, perentoriamente—. Dime la verdad. Es una judía que no aceptará a nadie que no sea judío. Hay muchas así —añadió, con un toque de desprecio.

Deronda no quiso responder por lo que todos nosotros ya sabemos que pasa cuando nos enfrentamos a personas demasiado seguras de sus interpretaciones y que no cambiarán por mucho que les digamos. Pero además de esto, sentía una repugnancia a afirmar o negar el punto en cuestión. Permaneció en silencio, y entonces, ella dijo:

—La amas como tu padre me amaba, y ella te arrastra como yo arrastraba a mi padre.

Esas palabras conmovieron la imaginación filial de Deronda, y la ternura de su mirada fue interpretada por su madre como un asentimiento. Ella prosiguió con pasión creciente:

—Pero le llevé por otro camino. Y ahora tu abuelo se está vengando.

—Madre —dijo Deronda, a modo de queja—, no pensemos de esta manera. Admito que pueda tener cierto beneficio de la educación que escogiste para mí. Prefiero apreciar el beneficio con gratitud que pensar con resentimiento en la ofensa. Creo que habría sido lo correcto que hubiera crecido con la conciencia de ser judío, pero debe haberme hecho siempre un bien tener una enseñanza y una visión lo más amplias posibles. Y ahora, has restaurado mi herencia (los acontecimientos han traído una restitución más plena de lo que podías haber hecho), has sido librada de robar a mi pueblo mi servicio y a mí mi deber: ¿no puedes considerarlo desde este punto de vista?

Deronda hizo una pausa en su súplica: su madre le miraba escuchándolo, como si la cadencia de su voz le llevara a otro mundo, pero movió la cabeza lentamente. Él lo intentó de nuevo, incluso con más energía:

—Me has dicho que buscabas lo que creías que era lo mejor para mí: abre tu corazón con tolerancia y amor hacia mi abuelo, que buscó lo que creía mejor para ti.

—No, para mí no —dijo, sacudiendo la cabeza con una negación más decidida, y doblando los brazos—. Ya te lo dije, él nunca pensó en su hija más que como un instrumento. Como yo tenía intenciones opuestas a las suyas, me relegó al ostracismo y me torturó. Si esa es la ley justa para el mundo, no diré que la comparto. Si mis actos fueron malos, si es Dios quien se está vengando, haciéndome entregar lo que una vez me quedé, quien me está castigando porque engañé a mi padre y no le avisé de que contradiría su confianza, bien, ya lo he dicho todo. He hecho lo que he podido. Y tu alma lo acepta. Eso es suficiente. Después de todo he sido el instrumento que mi padre quería: "Deseo un nieto que tenga un verdadero corazón judío. Cada judío debería criar a su familia como si esperara que de ella naciera un Salvador".

Al pronunciar estas últimas frases, la Princesa encogió sus ojos, agitó su cabeza hacia arriba y hacia abajo, y habló lentamente con una nueva voz, como si estuviera citando algo sin quererlo.

—¿Eran esas las palabras de mi abuelo? —dijo Deronda.

—Sí, sí, y las encontrarás escritas. Yo quise frustrarle —dijo la Princesa en un repentino arrebato pasional como el que había mostrado en la entrevista anterior. Luego añadió más calmada—: Quieres que ame lo que he odiado desde el tiempo en que estaba tan alta —aquí alzó su mano a una yarda del suelo—. Eso no puede ser. Pero, ¿qué importa? Su yugo ha estado sobre mí, tanto si me gustaba como si no. Tú eres el nieto que quería. Hablas como hacen los hombres, como si te creyeras sabio. ¿Qué significa todo ello?

Su tono era abrupto y desdeñoso. Deronda, apenado, y bajo la solemne urgencia del momento, tuvo que recordarse los lazos que les unían, para que sus palabras no sonaran crueles. Comenzó en un profundo tono suplicante:

—Madre, no digas que me creo sabio. Estamos en medio de infinitud de dificultades. No veo otra forma de ver la luz que siendo sincero, no reteniendo hechos que puedan, que deberían, acarrear obligaciones, que deberían ser la única guía hacia el deber. No es ninguna sorpresa que esos hechos lleguen a revelarse a pesar de que se intente mantenerlos ocultos. Lo normal es que lo que ha sido preparado por generaciones triunfe sobre las estratagemas que no tengan más finalidad que la propia satisfacción de uno mismo. Tu voluntad era fuerte, pero la confianza de mi abuelo que tu aceptaste y no realizaste (lo que llamas su yugo) es la expresión de algo mayor, con raíces más profundas y extensas, ligado a los cimientos de lo sagrado para todos los hombres. Renunciaste a mí (aún hoy me

destierras) como hijo —hubo un cambio involuntario de indignación en la voz de Deronda—. Pero ese Algo más potente ha decidido que seré más aún el nieto que quisiste aniquilar.

Su madre le miraba fijamente, y de nuevo su rostro reunió admiración. Tras un momento de silencio dijo, en un tono bajo y persuasivo:

—Siéntate otra vez —y él obedeció, poniéndose a su lado. Ella puso su mano en su hombro y continuó:

—Me rechazas. Bien, soy la perdedora. Y estás enfadado porque te destierro. ¿Qué podrías hacer por mí más que hartarte de tu propia paciencia? Tu madre es una mujer destrozada. Mi sensación de la vida es poco más que una sensación de lo que fue, salvo cuando aparece el dolor. Me reprochas que te abandoné. Estaba contenta sin ti por entonces. Ahora has vuelto a mí, y no me puedes alegrar. ¿Tienes en ti el maldito espíritu judío? ¿No eres capaz de perdonarme? ¿Te alegrarás al pensar que he sido castigada porque no fui una madre judía para ti?

—¿Cómo puedes preguntarme eso? —dijo Deronda, en tono de queja—. ¿No te he implorado que me admitas al menos ahora como hijo? Mi pena es que pienses que no puedo consolarte. Daría todo lo que tengo por aliviar tu angustia.

—No darías nada —dijo su madre, con la presteza de la inquietud —. Tú serás feliz. Dejarás que piense que eres feliz. Yo no te he hecho daño. No tienes motivos para maldecirme. Sentirás por mí lo que sienten los que rezan oraciones por los muertos, desearás que pueda librarme de todo sufrimiento, de todo castigo. Y yo te veré a ti en vez de ver a tu abuelo. ¿Le sobrevendrá alguna desgracia porque en once años no hice ningún *Kadish*[273] por él? No lo sé: si tú crees que el *Kadish* me ayudará, dilo, dilo. Te interpondrás entre mí y los muertos. Cuando yo esté en tu mente, tendrás el aspecto que tienes ahora, siempre como si fueras un hijo cariñoso, siempre como si yo hubiera sido una madre cariñosa."

Parecía decidida a que su inquietud no la derrotara, pero él notó que le temblaba la mano sobre su hombro. Todas las palabras encerraban una compasión muy profunda. Con un rostro suplicante, la rodeó con su brazo y le acercó suavemente la cabeza a la suya. Estuvieron sentados así por unos momentos. Luego, alzó ella de nuevo su rostro y se levantó de su asiento dando un gran suspiro, como si al expulsar el aire expulsara también un gran peso de pensamientos. Deronda, de pie enfrente de ella, sentía que llegaba el momento de la despedida. Pero a su madre le vino uno de sus rápidos cambios de tema.

—¿Es ella hermosa? —dijo abruptamente.

—¿Quién? —dijo Deronda, mudando de color.

—La mujer que amas.

No era un momento para explayarse en reflexiones. Se vio obligado a decir:

—Sí.

—¿No es ambiciosa?

—No, creo que no.

—¿No es alguien que deba seguir su propio camino?

—Creo que su naturaleza no está preparada para grandes reivindicaciones.

—¿No es así? —dijo la Princesa, sacando de su cartera un dibujo en miniatura adornado en su contorno con joyas, y sosteniéndolo ante su hijo. Era ella misma en todo el esplendor de su juventud, y mientras Deronda la miraba con admiración y tristeza, ella dijo—: ¿No tenía un buen derecho a ser algo más que una mera hija y una madre? La voz y el genio ligaban con la cara. Aunque lo demás estuviera mal, reconoce que tenía derecho a ser una artista, por mucho que la voluntad de mi padre estuviera en contra. Mi naturaleza me lo permitía.

—Reconozco eso —dijo Deronda, mirando al dibujo y luego a su rostro, que incluso en su palidez desgastada tenía una expresión de fuerza viva más allá de lo que el lápiz podía mostrar.

—¿Llevarás el retrato? —dijo la Princesa, más amablemente—. Si ella es una mujer afable, enséñale a pensar bien de mí.

—Estoy agradecido por el retrato —dijo Deronda—, pero debería decir que no estoy seguro de que la que amo me ame a mí. No le he dicho nada.

—¿Quién y qué es? —dijo la madre. La pregunta parecía una orden.

—Fue educada como cantante para los escenarios —dijo Deronda, con cierta desgana interior—. Su padre la apartó a temprana edad de su madre, y su vida ha sida desgraciada. Es muy joven, solo tiene veinte años. Su padre quería educarla en la indiferencia, incluso hacia su propio origen judío, pero ella volcó todo su afecto en la memoria de su madre y la amistad de su pueblo.

—Ah, como tú. Está unida a un judaísmo que no conoce —dijo la Princesa perentoriamente—. Eso es poesía, podría servir para una ópera. ¿Le gusta su vida de artista? ¿Vale como cantante?

—Su canto es exquisito. Pero su voz no sirve para los escenarios. Creo que la vida de artista le ha acabado repugnando.

—Vaya, está hecha para ti, entonces. Sir Hugo dijo que tú estabas totalmente en contra de convertirte en un cantante, y veo que no permitirías nunca diluir tu personalidad en la de una mujer, como hizo tu padre.

—Te repito —dijo Deronda con énfasis—, te repito que no tengo ninguna certeza de que ella me ame, de que exista la posibilidad de que podamos estar unidos para siempre. Puede que otras cosas, asuntos dolorosos, se interpongan. Siempre he pensado que debía prepararme para renunciar a ese proyecto, no albergar esperanzas. Pero supongo que me ocurre también con la felicidad en general. Tanto si viene como si no, uno debe prepararse para seguir adelante sin ella.

—¿Eso piensas? —dijo su madre, poniendo las manos sobre sus hombros, y examinando detenidamente su rostro, mientras hablaba en un tono bajo y meditativo, con breves pausas entre sus frases—: ¡Pobre chico!… Me pregunto qué habría pasado si te hubiera mantenido conmigo… si tu corazón hubiera buscado las tradiciones antiguas y te hubieras puesto en mi contra… nos habríamos peleado… tu abuelo habría estado en ti… y habrías dificultado mi vida, al crecer desde las viejas raíces.

—Creo que mi afecto habría estado por encima de cualquier pelea —dijo Deronda, cada vez más entristecido—, y eso no te habría dificultado nada, sin duda te habría enriquecido la vida.

—No entonces, no entonces… yo no lo quería entonces… habría sido feliz ahora —dijo la madre, con amarga melancolía—, si hubiera podido ser feliz con algo.

—Pero quieres a tus otros hijos, y ellos te quieren, ¿verdad? —dijo Deronda ansiosamente.

—Oh, sí —contestó, como si respondiera a una pregunta evidente, a la vez que doblaba los brazos de nuevo—. Pero —añadió en un tono más profundo—, no soy una mujer que sepa amar. Esa es la verdad. Amar es un talento, y yo no lo tengo. Hay quien me ha amado, y yo me lo he tomado como una actuación. Sé muy bien lo que el amor hace a los hombres y a las mujeres: los somete. Toma al otro como una prolongación de uno, encerrándolo en uno mismo —señaló su propio vientre—. Nunca me he sometido voluntariamente a ningún hombre. Los hombres se han sometido a mí.

—Tal vez el hombre que se sometió fue el más feliz de los dos —dijo Deronda, no con una sonrisa, sino con una seria y triste sensación de la privación de su madre.

—Tal vez, pero yo *era* feliz, durante unos años fui feliz. Si no hubiera temido a la derrota y al fracaso, habría continuado. Hice mal mis cálculos. ¿Y luego? Se acabó todo. ¡Otra vida! Los hombres hablan de “la otra vida” como si solo empezara al otro lado de la tumba. Hace tiempo que entré en otra vida. —Al decir las últimas palabras alzó sus brazos de forma que quedaron desnudos hasta los codos, sus cejas se contrajeron en un pliegue profundo, sus ojos se cerraron, su voz era más suave: en sus prendas de color fuego intenso, parecía un visitante

de ensueño proveniente de alguna región de ultratumba.

Las emociones de Deronda llegaron a un grado de agudeza en que ya no pudo controlarse más. Dio un hondo suspiro. Su madre, abrió los ojos, y reposando de nuevo las manos sobre sus hombros, dijo:

—Adiós, hijo mío, adiós. Ya no sabremos más el uno del otro. Bésame.

Le rodeó el cuello con sus brazos, y se dieron un beso cada uno.

Deronda no supo cómo salió de la sala. Se sentía un hombre más viejo. Todos sus anhelos y ansiedades infantiles sobre su madre habían desparecido. Había pasado por una trágica experiencia que iba a enaltecer su vida para siempre y a profundizar el significado de los actos por los cuales se iba a ligar a los demás.

CAPÍTULO 54

El reacio cerebro
a menudo nos engaña con lo que no es;
y confiamos en la imaginación con fantasías
tales que la lengua no se atreve a poner en palabras:
los que no tienen palabras, su horror les hace incapaces
para los ojos de la mente.
SHELLEY[274]

Madonna Pia, cuyo marido, sintiéndose ofendido por ella, la llevó a su castillo entre los llanos pantanosos de la Maremma[275] y se libró de ella dejándola allí, es una figura patética del Purgatorio de Dante, entre los pecadores que se arrepintieron en el último momento y desean ser recordados con compasión por sus paisanos. Sabemos poco sobre los motivos de descontento mutuo entre la pareja sienesa, pero podemos inferir con cierta seguridad que el marido nunca fue un compañero muy agradable, y que sobre los llanos de la Maremma, sus formas desagradables destacaban como trasfondo; por lo que en su deseo de castigar al máximo a su mujer, la naturaleza de las cosas estaba tan en su contra que al librarse de ella no pudo evitar que el alivio fuera mutuo. Y así, sin ser duros con la pobre dama toscana, que tuvo su liberación muy pronto, uno puede tender a compadecerse menos de ella que de la que conocemos más, de Gwendolen, que en vez de librarse de sus errores terrestres y ser purificada de su efecto en el Purgatorio, se encuentra en una de las situaciones más enredada posible, como esos ovillos endemoniados que están más embrollados por dentro que por fuera, y que a menudo hacen que la tortura interior sea desproporcionada comparada con lo que se ve como causa exterior.

Al llevar con él a su mujer en viaje en yate, Grandcourt no tenía intención alguna de librarse de ella; al contrario, quería asegurarse todavía más que ella era de él, que hacía lo que él quería, y que ella lo viera también así. Además, era muy aficionado a ir en yate: le permitía no hacer nada, no ser molestado por requerimientos sociales, y eso encajaba con su manera de ser, y en absoluto lo consideraba

como un equivalente a la monotonía de la Maremma. Tenía sus razones para apartar a Gwendolen del mundo, pero no parecían oscuras. Sospechaba un creciente espíritu de oposición en ella, y lo que suscitó en él la inclinación sentimental que ella no había podido ocultar por Deronda era lo que en otro hombre habría definido como celos. Pero en él parecía simplemente una resolución de poner fin a esas tonterías como había hecho con esa visita preconcertada con Deronda que había adivinado e interrumpido.

Y Grandcourt habría alegado que estaba perfectamente justificado en cuidar que su mujer realizara las obligaciones que había aceptado. Su matrimonio era un contrato en el que claramente había obtenido ella todas las ventajas, y era a través de esas ventajas que su marido quería ejercer su poder para impedirle que realizara cualquier acto ofensivo o que tuviera una conducta inadecuada. Sabía perfectamente que ella no se había casado con él —no había superado su repugnancia a ciertos hechos— por amor; se la había ganado por el rango y el lujo que le había otorgado, y que ella había acogido; él había cumplido con su parte del contrato.

Y Gwendolen, como sabemos, era perfectamente consciente de la situación. No podía disculparse diciendo que había una parte tácita del contrato, a saber, que ella quería conservar su libertad y tomar sus propias decisiones. Con toda su temprana indulgencia en su disposición para dominar, no era una de esas mujeres cortas de mira que consideran todas las demandas egoístas de su vida como derechos, y cada requerimiento que les hacen a ellas como ofensas. Tenía la conciencia bien arraigada, y el proceso del purgatorio había empezado para ella en la tierra: sabía que se había equivocado.

Pero intentemos comprender ahora el alma de esta joven criatura, como se consideraba ella, con el Mediterráneo azul separándola del mundo, en la diminuta isla de tablones que era el yate, dominada por un marido al que se había vendido y al que había pagado el precio estricto —no, había pagado más que lo que se habría atrevido a pedir para la manutención de su madre: un marido al que había vendido su honestidad y sentido de la justicia, para que él las mantuviera ahogadas en el silencio, y quedaran atrapadas y arrastradas como testigos de lo que él haría, sin remordimientos—.

¿De qué tenía que quejarse? El yate era precioso; la cabina era perfecta, olía a cedro, acolchada con cojines de seda y agrandada por los espejos; la tripulación encajaba como un juguete elegante, uno de ellos tenía incluso rizos, además de una complexión bronceada y hermosos dientes; y allí no estaba el señor Lush, pues había vuelto a Inglaterra tan pronto había inspeccionado que todo estuviera a punto a bordo. Además, a Gwendolen le gustaba el mar: no la ponía enferma; y observar las jarcias de la nave y prever los ajustes

necesarios era un tipo de diversión que podría haber satisfecho su actividad y su señorío imaginario; el tiempo era estupendo, y bordeaban la costa hacia el sur, donde incluso la arcilla cuarteada y llena de surcos formados por la lluvia adoptaba el aspecto de gemas con sombras púrpuras, y donde se puede flotar despierto entre colores azules en un ensueño que el mundo ha forjado con pena.

¿Pero qué puede saciar esa necesidad del corazón que deprime la vista ante la belleza y convierte la paz dulcemente perfumada en una opresión? ¿Qué tipo de paraíso musulmán calmaría la terrible furia de repulsa moral y resistencia amilanada que, como una pena devoradora que se intensifica hasta la tortura, concentra la mente en esa desgracia venenosa? Mientras Gwendolen, entronada en sus cojines por la noche, y observando la gloria del mar y del cielo, mimándola como si estuviera rodeada de amor ilimitado, esperaba que Grandcourt, en su ir y venir, no fuera a pararse cerca de ella, no fuera a mirarla o hablarle, había una mujer, que bajo un cielo humeante, y obligada a considerar el precio de los huevos para preparar su comida, estaba a la escucha de la música de unos pasos humanos que eliminarían todo riesgo de su muestra de alegría; había una pareja, que inclinados con sus mejillas juntas sobre un pequeño trabajo hecho por uno de ellos y admirado por el otro, consideraban las ganancias que les permitirían unas vacaciones entre aulagas y brezo.

¿Tenía Grandcourt la más mínima sospecha de lo que ocurría en el corazón de su mujer? Sabía que no le amaba, ¿pero le hacía eso falta? Estaba bajo su poder, y no estaba acostumbrado a autocomplacerse, como hacen algunas personas alegres de ánimo, con la convicción de ser muy amadas. Pero lo que estaba muy lejos de imaginarse era que ella tuviera una especial repulsión hacia él personalmente. ¿Cómo podría? Él mismo sabía lo que era la repulsa personal —nadie mejor —; conocía lo brutos que eran sus compañeros de raza, tanto masculinos como femeninos; las familiaridades odiosas que tenían, las sonrisas afectadas, las maneras de lucir sus pañuelos, los vestidos, las aguas de lavanda, los ojos saltones, y las torpes ideas para hacerse agradables mediante observaciones no requeridas. En esta visión crítica de la humanidad había una afinidad entre él y Gwendolen antes de casarse, y sabemos que a ella le habían atraído sus refinadas negaciones. Por eso él entendía su repulsa hacia Lush. ¿Pero cómo iba a entender o concebir su presente repulsa hacia Henleigh Grandcourt? Algunos hombres llegan a creer, y no solo a decir, que no existe un mundo externo; otros pocos se creen repulsivos para una mujer sin que se les haya dicho claramente. Pero Grandcourt no pertenecía a este cuerpo excéntrico de pensadores. Había tenido razones toda su vida para enorgullecerse de su atractivo, y de considerarse la antítesis de los hombres que —era evidente al verlos—, debían ser repugnantes

para una mujer de gusto. No tenía ni idea de lo que era la repulsión moral, y no podría haberse creído, si se lo hubieran dicho, que puede haber un resentimiento y una aversión que hiciera progresivamente a la belleza más detestable que la fealdad, por la exasperación que produce esa virtud externa por la que se hace alarde de las cosas odiosas o se manifiesta una superioridad altiva.

¿Cómo iba, por tanto, Grandcourt, a adivinar lo que pasaba por dentro de Gwendolen?

El comportamiento que tenían entre ellos no escandalizaba a nadie —ni siquiera a la criada extranjera, a la que habían cogido porque garantizaba que no se mareaba en el barco; ni al experto ayuda de cámara de Grandcourt: y aún menos a la pintoresca tripulación, que los consideraban como el modelo de una pareja de la alta sociedad. Su compañerismo consistía principalmente en un silencio bien alimentado. Grandcourt no hacía observaciones graciosas de las que Gwendolen pudiera rechazar reírse, ni había charlas en las que pudieran darse pequeñas ocasiones de disputa. Él se mostraba perfectamente cortés colocándole una prenda adicional cuando lo necesitaba, y ella no podía caer en la vulgaridad de aceptar o rechazar tal cortesía con rudeza.

Grandcourt plantaba su telescopio y decía: «Hay una plantación de cañas de azúcar al pie de esa roca; ¿te gustaría mirarla?».

Gwendolen decía: “Sí, por favor”, recordando que debía intentarlo e interesarse por las cañas de azúcar como algo ajeno a sus asuntos personales. Luego, Grandcourt paseaba de un lado a otro fumando, deteniéndose ocasionalmente para señalar a un marinero en el horizonte, y al final se sentaba y observaba a Gwendolen con su estrecha mirada inamovible, como si fuera parte del yate; mientras, ella, consciente de ser observada, se hacía la ingenua para no encontrarse con sus ojos. En la comida, él solía remarcar que la fruta se estaba volviendo rancia, y que debían parar en algún sitio a por más; o al observar que ella no bebía vino, le preguntaba si le gustaría el de otro tipo mejor. Una dama estaba obligada a responder a esas cosas adecuadamente; e incluso aunque no le hubiera importado discutir con Grandcourt sobre otros temas, discutir con Grandcourt era imposible; habría sido lo mismo que enfadarse con una peligrosa serpiente colgada sin permiso en su cabina. ¿Y qué tipo de disputa puede empezar en un yate una mujer con cierto orgullo y dignidad?

Grandcourt tenía una intensa satisfacción en mantener cautiva de esta manera a su mujer; daba a su vida, a una pequeña escala, una representación real y una publicidad en la que no había nada de familiar, y todo el mundo debía hacer lo que se esperaba de ellos, por mucho que protestasen por dentro, añadiendo esa protesta (mantenida estrictamente en privado) más amargura al despotismo.

Para Gwendolen, que incluso en la libertad de su tiempo de soltera, había visto destellos muy débiles de heroísmo o de excelsitud, el medio que ahora aparecía por todas partes ante su vista era este marido y su relación con él. Los seres más cercanos a nosotros, tanto si los queremos como si los odiamos, son muy a menudo nuestros intérpretes del mundo, y un caballero o una dama frívolos que al verlos pasar lamentamos considerarlos como moneda de curso legal para un ser humano, pueden representar una teoría melancólica de la vida para la mente de aquellos que viven con ellos —como un trozo de cristal amarillo y ondulado que distorsiona las formas y los colores—. Sus frases triviales, sus modelos insignificantes, sus bajas sospechas, su terrible aburrimiento, puede estar convirtiendo la vida de otro en algo no mejor que un paseo por un panteón de ídolos horrorosos. Gwendolen se hallaba ante ese tipo de ventanal ante ella, y le afectaba tanto lo distante como lo cercano. Algunas mujeres desgraciadas se consuelan con la posibilidad de convertirse en madres; pero Gwendolen sentía que desear un niño habría sido como poner la guinda en la ofensa de la que ella misma era culpable. De hecho, le aterrorizaba llegar a ser madre. No fue la imagen del dulce retoño de una nueva vida la que le libró de la monotonía de su hastío: fue una imagen de otro tipo. En sus estados irritables y fluctuantes de desesperación, llegaban destellos de esperanza en la forma de un posible accidente. Darle vueltas a la benignidad de un accidente era una forma de refugiarse de otras tentaciones peores.

La amargura del odio cuesta tanto de ser apercibida como el incremento del amor devoto, y no solo lo parece sino que realmente está fuera de toda relación directa con cualquier causa externa. La pasión tiene una naturaleza como la de una semilla, y encuentra su alimento en su interior, tendiendo a un predominio que determina que todas las corrientes confluyan en ella, y toda la vida le paga tributo. Y la forma más intensa del odio es la que está arraigada en el miedo, que arrastra al silencio y conduce a la vehemencia hacia una reivindicación constructiva, una destrucción imaginaria del objeto detestado, algo parecido a los ritos ocultos de venganza con los que los perseguidos han encontrado un oscuro desahogo para su rabia, y han aliviado su sufrimiento en el mutismo. Tales ritos ocultos fluían en secreto en el interior de Gwendolen, pero sin que la aliviaran, sino más bien provocándole un terror combativo. Junto con el miedo a su marido había crecido el miedo a sí misma, que la apremiaba a escapar de las imágenes que la perseguían y acorralaban. La visión del error de su pasado y a qué la había conducido le acompañaba con una sensación terrible cada vez que trataba de imaginar una forma de escapar y recuperar su libertad, como la que había hecho casándose. Además, se había acostumbrado a considerar la impresión que

producirían en Deronda todos sus actos: cualquier momento de alivio que sintiera, no podía separarlo del juicio que formaría él de ella. En toda su relación no podía aferrarse a una sola palabra de lisonja, de indulgencia, de dependencia en su favor que pudiera debilitar su poder sobre ella (en este sentido el esfuerzo de Deronda había quedado compensado); y entre las tristes incertidumbres de su vida desgraciada, los únicos remedios que quedaban en su mente —no, el remedio que quedaba en su sentimiento por él, era su única esperanza —. A ella le parecía que era un ángel terrible, al que no le podía ocultar ningún hecho para conseguir su aprobación: tal como habían ido las cosas, sentía confianza en él, pues su poder sobre ella había comenzado al experimentar ella un descontento de sí misma que solo podía ser satisfecho con un cambio genuino. Pero no podía ocultarle nada: la visión de lo que tenía que tener miedo tomó más decisivamente que nunca la forma de una hazaña impulsiva, cometida como en un sueño del que despertaba inmediatamente y encontraba que los efectos eran reales a pesar de que las imágenes habían sido falsas: encontraba la muerte en sus manos, pero en lugar de oscuridad, la luz; en lugar de odio satisfecho, el desmayo de la culpabilidad; en lugar de libertad, la parálisis por un nuevo terror, la cara blanca de un cadáver del que intentaba huir una y otra vez y que siempre volvía. Recordó las palabras de Deronda: continuamente se presentaban en su pensamiento:

«Convierta su miedo en una protección. Mantenga su temor fijo en la idea de incrementar su remordimiento… Considere su miedo como una defensa. Es como oír las cosas demasiado pronto. Puede provocar consecuencias pasionales».

Y así era. En la conciencia de Gwendolen se hallaban la tentación y el miedo, y se observaban como dos pálidos fantasmas, cada uno viéndose reflejado en el otro, cada uno obstruido por su propia imagen; y mientras, en su interior contemplaba las apariciones y anhelaba librarse de ellas.

Las oraciones inarticuladas, no más definidas que un sollozo, le arrastraban a menudo hacia un largo silencio, interrumpido solo por la respiración de su marido, las olas salpicando el barco o el crujido de los mástiles; pero si alguna vez pensaba en ayuda definitiva, esta tomaba la forma de la presencia y las palabras de Deronda, de la compasión que tenía por ella, de la orientación que podría darle. Era después de las tentaciones demoníacas en las que se imaginaba con labios blancos, ojos vacíos y manos asesinas, que llegaban los mejores momentos de sollozo interior de salvación, y se quedaba con los ojos abiertos en los que las lágrimas que saltaban parecían una bendición, y el pensamiento: «No me importa si puedo evitar ser malvada», parecía una respuesta a la oración indefinida.

Así que pasaron los días, que los llevaron, entre brisas agradables, más allá de las Islas Baleares, y luego de Cerdeña, y finalmente, al cambiar ligeramente y sugerir tomar rumbo al norte, volvieron de nuevo hacia Córcega. Pero esta existencia apacible, con sus aparentes influencias pacificadoras, le resultaba tan desagradable a Gwendolen como una pesadilla.

—¿Cuánto tiempo vamos a estar en el yate? —se aventuró a preguntar un día que habían amarrado en Ajaccio, y el mero hecho de un cambio al tomar tierra le había aliviado de algunos de los pensamientos que parecían ahora aferrarse a las mismas jarcias del barco, mezclados con el aire en la cabina de seda roja de abajo, y que hacían odioso el olor del mar.

—¿Qué otra cosa podemos hacer? —dijo Grandcourt—. Yo no estoy cansado. No veo por qué no podemos estar fuera el tiempo que queramos. De esta forma uno se aburre menos. ¿Y adónde irías tú? Estoy harto de ver lugares en el extranjero. Y ya tendremos bastante de Rylands. ¿Preferirías estar en Ryelands?

—Oh, no —dijo Gwendolen con indiferencia, pensando que todos los sitios donde estuviera con su marido serían igual de horroroso—. Solo me preguntaba cuánto tiempo querrías estar así.

—Me gusta más ir en yate que hacer otra cosa —dijo Grandcourt —; y no pude ir el año pasado. Me imagino que estás empezando a cansarte. Las mujeres son tan detestablemente caprichosas. Esperan que todo el mundo ceda y hagan lo que ellas quieren.

—¡Oh, no, querido! —dijo Gwendolen, dejando traslucir su desprecio a través de un tono agudo—. Nunca he esperado que cedieras.

—¿Por qué iba a hacerlo? —dijo Grandcourt, con su voz profunda, mirándola, y luego tomando una naranja, pues estaban en la mesa.

Se hizo a la idea de seguir viajando en yate más allá de lo que se imaginaba; pero al día siguiente, tras un chubasco que la había hecho sentirse enferma al principio, él se acercó a ella y le dijo:

—El demonio ha estado trabajando por la noche. El capitán dice que deberemos quedarnos en Génova por una semana mientras se arreglen las cosas.

—¿Te importa mucho? —dijo Gwendolen, que tenía un aspecto muy pálido entre sus vestidos blancos.

—Creo que sí. ¿A quién le apetece asarse en Génova?

—Será un cambio —dijo Gwendolen, que la languidez la había vuelto menos cauta.

—Yo no quiero que cambie nada. Además, el lugar es intolerable; y uno no puede ni moverse por las calles. Saldré en bote, como solí a hacer, y me las arreglaré. Podré sacar unas horas cada día de esta

manera en lugar de pelearnos en un maldito hotel.

Se presentaba una perspectiva esperanzadora. Gwendolen pensaba en las horas en las que estaría sola, ya que Grandcourt no la llevaría al bote con ella, y en su alegría por este alivio inesperado, albergaba fantasías salvajes y contradictorias de qué haría con su libertad —la "huida" que tantas veces había visto ya como una calamidad peor que soportar cualquier cosa, encontraba ahora nuevos argumentos, como un escape de su peor naturaleza—. En sus visiones se imaginaba a un prisionero al que el viento de la noche derrumbaba el muro de su prisión y le libraba de la tortura; era una buena alternativa, era legítimo desearla.

Las nuevas expectativas avivaron sus energías, y empezó a tomarse todas las cosas con un aire de regocijo y presteza tal que fue notado hasta por su marido. Miraba los reflejos de la luna hundiéndose en el mar con una sensación menor de soledad, es más, con una vaga impresión de que este estado actual tan imponente era el preámbulo de su salvación. ¿Por qué no? Hasta el tiempo estaba de su parte. La posibilidad de mantener la esperanza, tras sus largas fluctuaciones entre sus miedos, era como el retorno del hambre a un paciente que había estado mucho tiempo enfermo.

Le despertó a la mañana siguiente el ruido del ancla al amarrar en el puerto de Génova —le despertó de un extraño sueño en el que se vio escapándose por el monte Cenis, sorprendida de mantenerse caliente a esas alturas bajo la luz de la luna y entre la nieve, hasta que de repente apareció Deronda, que le dijo que volviera—.

Después de una hora más o menos de ese sueño se encontró de hecho con Deronda. Pero fue en las escaleras del palacio del *Italia* donde se sentía caliente en su vestido de seda y con su sombrero de paja; y su marido estaba a su lado.

Deronda manifestó su sorpresa antes de alzar su sombrero y continuar su camino. El momento no parecía favorecer saludos más cordiales, y las circunstancias bajo las que se habían despedido la última vez le hicieron dudar de si Grandcourt le trataría con cortesía.

La duda podía haberse tornado una certidumbre desagradable, pues Grandcourt, ante esta aparición inexplicable de Deronda en Génova, inmediatamente comenzó a pensar cómo podían haber acordado verse allí él y Gwendolen. Es cierto que antes de que se acomodaran en sus habitaciones, veía lo difícil que habría sido concertar una cita, pues no era nada creíble que Gwendolen no solo se hubiera apresurado desde Londres a informar a Deronda de su viaje en yate, sino que además le hubiera mandado una carta desde Marsella o desde Barcelona, pidiéndole que viajara a Génova a tiempo por si por casualidad llegaran a desembarcar allí y encontrarse, o que esperara otra carta de ella comentándole su próximo destino —todo lo cual

habría implicado una previsión milagrosa por parte de ella, y una facilidad por parte Deronda para volar de un sitio a otro como si de un pájaro se tratase, posándose en cada ciudad—. Y con todo, allí estaba él, y aunque Grandcourt no iba a quedar como un tonto imaginándose cosas que otros calificarían como absurdas, tampoco estaba dispuesto a admitir totalmente que la presencia de Deronda allí era, por lo que respectaba a Gwendolen, meramente accidental. Era un hecho desagradable; eso bastaba; y sin duda ella estaba encantada. Un hombre enfadado no espera a que haya pruebas para pensar que todas las cosas animadas e inanimadas están en conspiración contra él, sino que inmediatamente trilla a su caballo o patea a su perro. Grandcourt se sentía como si ya supiese que Gwendolen y Deronda hubiesen conspirado contra él, y este hecho lo mostraba. De lo que sí estaba seguro —y en esto adivinó la verdad—, era que Gwendolen estaba planeando una entrevista con Deronda cuando su marido se diera la vuelta.

Mientras estaba sentado tomando café en un ángulo conveniente para observarla, discernió algo que estaba seguro era el efecto de un deleite secreto —cierta desenvoltura al moverse y al hablar, un brillo especial en sus ojos, mirara donde mirara—. Ciertamente los problemas no habían deteriorado su belleza. La señora Grandcourt era más hermosa que Gwendolen Harleth: su gracia y expresión contaban con una variedad más amplia de experiencia interna, dándole nuevas características a sus rasgos, nuevas actitudes en movimiento y en reposo; toda su persona y su aspecto tenían ese algo indefinible que suele hacer a una mujer más interesante tras casarse que antes, menos segura de que todas las cosas concuerdan con su opinión, pero aún así, con menos timidez, un ser humano más pleno.

Esta mañana, los efectos del viaje parecían revelarse de repente en una repentina elasticidad en su semblante. Cuando se levantó de la mesa y puso sus dos manos ricamente enjoyadas a cada lado del cuello, tal como le gustaba, no fue capaz de ocultar esa especie de expectación gozosa que hace el presente más soportable de lo normal, igual que cuando un hombre decide salir encuentra más fácil ser amable con la familia que un cuarto de hora antes. No es del todo imposible que un terrier, al estar también su gozo implicado, perciba estos signos agradables y conozca su significado: conozca por qué su dueño permanece de pie en una actitud peculiar, hable con presteza, e incluso tenga un brillo especial en sus ojos, de forma que al más mínimo movimiento hacia la puerta, el terrier se apresure para llegar a tiempo. Y, como los perros, Grandcourt discernió los signos de la expectación de Gwendolen, interpretándolos con la poca corrección que deja atrás un mundo de sentimientos desconocidos.

—Eh… llama a Gibbs, por favor, y dile que ordene que la comida

esté a las tres —dijo Grandcourt, mientras se levantó, tomó un puro, y alargó la mano hacia el sombrero que estaba colgado cerca—. Voy a enviar a Angus a que encuentre un pequeño bote para que vayamos; uno que pueda llevar yo, y tú estarás al timón. Hace un atardecer precioso, es lo menos aburrido que podemos hacer.

Gwendolen se quedó fría. No solo era por la cruel decepción; tenía además la convicción de que su marido había decidido llevarla con él porque no quería dejarla fuera del alcance de su vista; y probablemente compartir esta soledad en un bote era tanto más atractivo para él porque sería muy aburrido para ella. No estaban en la isla de tablones; creía que allí sería más posible comenzar un combate. Pero ya no tenía ese brillo de felicidad. Hubo un cambio en ella como el de un glaciar tras la puesta de sol.

—Preferiría no ir en el bote —dijo—. Llévate a otra persona contigo.

—Muy bien, si tú no vienes, yo no iré —dijo Grandcourt—. Nos quedaremos achicharrándonos de calor aquí, eso es todo.

—No puedo aguantar ir en bote —dijo Gwendolen, enfadada.

—Eso es un cambio repentino —dijo Grandcourt, con una ligera sonrisa de desprecio—. Pero dado que te niegas a ir, nos quedaremos aquí dentro.

Colgó su sombrero de nuevo, encendió el puro, y paseó de arriba abajo por la habitación, deteniéndose de vez en cuando para mirar por la ventana. El temperamento de Gwendolen quiso resistir. Sabía muy bien que Grandcourt ya no iría sin ella; pero si él tenía que tiranizarla, no iba a ser precisamente de la forma que él quisiera. Le obligaría a quedarse en el hotel. Sin decir nada más, pasó a la habitación contigua y se dejó caer en una silla con todo su enfado, viendo que no había salida ni objetivo alguno —solo sintiendo que la ola del mal la había envuelto de nuevo, y la había sacado de su momentáneo momento de respiro.

Entonces, Grandcourt entró con el sombrero puesto, pero lo tiró y se sentó de costado en una silla que había cerca enfrente de ella, diciendo, arrastrando como siempre las palabras:

—¿Te has calmado ya? ¿O encuentras bien estar de mal humor? Me pones las cosas muy desagradables para mí.

—¿Por qué quieres ponerlas desagradables para mí? —dijo Gwendolen, sintiéndose desamparada de nuevo, con las lágrimas a punto de saltar.

—Y ahora, ¿serás buena y me dirás de qué es de lo que tienes que quejarte? —dijo Grandcourt, mirándole a los ojos, y usando su voz más familiar—. ¿Es porque me quedo aquí si tú te quedas?

No podía encontrar respuesta. No podía exteriorizar la verdad que

la excusaba de su enfado. Envuelta en ese conflicto de desesperación y humillación, comenzó a sollozar, y las lágrimas bajaron por sus mejillas —un estado de agitación que nunca con anterioridad había mostrado en presencia de su marido—.

—Espero que esto sirva de algo —dijo Grandcourt, después de unos momentos—. Todo lo que puedo decir es que es de lo más desagradable. Qué es lo que las malditas mujeres piensan que pueden conseguir con esto, no lo sé. Tú ves que puedes conseguir algo, por supuesto. Pero yo lo que veo es que estamos aquí encerrados cuando podríamos pasar un rato agradable en el mar.

—Vamos, pues —dijo Gwendolen, impetuosamente—. Tal vez nos ahoguemos. —Comenzó a sollozar de nuevo.

Esta extraordinaria conducta, que tenía evidentemente cierta relación con Deronda, le permitió a Grandcourt concretar más sus conclusiones. Acercó al máximo su silla a ella, y dijo, en voz baja:

—Estate quieta y escucha, ¿vale?

Parece que hubo un efecto mágico en esta cercanía. Gwendolen se estremeció y dejó de sollozar. Mantuvo sus párpados hacia abajo y se apretó las manos con fuerza.

—Vamos a entendernos —dijo Grandcourt, en el mismo tono—. Sé muy bien lo que significa esta tontería. Pero si crees que te voy a dejar que me trates como a un tonto, olvida cuanto antes esa idea. ¿Qué esperas, si no puedes comportarte apropiadamente como mi mujer? Solo te espera la desgracia, si quieres tenerla, pero no se me ocurre otra cosa; y en cuanto a Deronda, está claro que te está dejando atrás.

—¡Todo eso es falso! —dijo Gwendolen, con amargura—. No te imaginas ni lo más mínimo lo que pasa por mi mente. He visto demasiadas desgracias que llegan por ese camino. Y será mejor que me dejes libertad para hablar con quien quiera. Será mejor para ti.

—Me dejarás que juzgue por mí mismo —dijo Grandcourt, levantándose y apartándose un poco hacia la ventana, pero quedándose allí jugando con sus bigotes como si estuviera esperando algo.

Las palabras de Gwendolen tenían un significado tan claro y tremendo para ella que pensó que debieron transmitirlo a Grandcourt, y tan pronto las exteriorizó, temió su efecto. Pero el alma de él estaba blindada contra los presentimientos y los temores; tenía el coraje y la seguridad del que se sabe dominar, y en ese momento se sentía plenamente satisfecho de atar corta a su mujer. Para cuando llevaran un año casados, ella dejaría de mostrarse tan impaciente. Continuó de pie con su aire de indiferencia, de forma que ella sintió esa conciencia asfixiante de tener algo inamovible que le obstruía la vida, como la pesadilla de tener enfrente un objeto que no te deja pasara a pesar de

verse el campo abierto tras él.

—¿A qué decisión has llegado? —dijo al fin, mirándola—. ¿Qué órdenes tengo que dar?

—Oh, vamos —dijo Gwendolen. Las paredes habían empezado a ser una prisión, y mientras hubiera un soplo de vida en este hombre, la controlaría completamente. Sus palabras tenían tanto poder como un tornillo de mariposa o el frío contacto de una roca. Resistirse era actuar como un animal estúpido incapaz de prever las consecuencias.

Así que pidieron que se les preparara el bote. Ella incluso bajó con él al muelle para verlo antes de mediodía. Grandcourt había recobrado su ecuanimidad y sentía una mezcla de menosprecio y satisfacción por la atención que los grupos náuticos daban al *milord*, dueño del hermoso yate que estaban reparando, y al ser un inglés se sentía naturalmente en el mar como si estuviera en casa, de forma que podía encargarse de un barco con la misma facilidad que la de un caballo. La especie de regocijo que había detectado en Gwendolen esta mañana, creía ella detectarla ahora en él; y era cierto que ahora solo le preocupaba este paseo en bote, y que había llevado a cabo su propósito como algo que la gente no había esperado de él, con el gratificante impulso de poder ejercer a sus anchas su voluntad. Tenía un coraje físico muy notable, y estaba orgulloso de él —o más bien despreciaba profundamente a los hombres ordinarios y gruesos que tenían mucho menos. Además, había impuesto que Gwendolen fuera con él—.

Y cuando bajaron de nuevo a las cinco, equipados para embarcar, la escena era tan real como una representación teatral. Esta hermosa pareja inglesa de piel blanca, manifestando la excentricidad habitual de su nación, ambos orgullosos, descoloridos, y tranquilos, sin una sonrisa en sus rostros, moviéndose como criaturas que cumplieran con un destino sobrenatural, era algo digno de ver, incluso de pintar. El pecho, la espalda y los brazos del marido se marcaban perfectamente en su vestido ajustado, y de la mujer se podría haber dicho que era una estatua.

Se oyeron algunas sugerencias respecto a un posible cambio de la brisa, con el necesario cuidado que había que tener, pero la cara de Grandcourt dio a entender a los consejeros que se estaban entrometiendo demasiado, y que él conocía el mar mejor que ellos.

Gwendolen, con su aire impasible, mientras se alejaban de la costa, sentía su imaginación trabajar obstinadamente. No temía ningún peligro externo —estaba asustada de sus propios deseos que tomaban formas posibles e imposibles, como una sucesión de rostros demoníacos. Estaba asustada de su propio odio, que justo hoy reunía una feroz intensidad. Mientras se sentó guiando el timón bajo los ojos de su marido, haciendo lo que le había mandado, su disputa interior

era como un esfuerzo de escapar de ella misma. Se aferró al pensamiento de Deronda: se persuadió de que él no se marcharía mientras ella estuviera allí —él sabía que ella necesitaba ayuda—. La sensación de que él estaba allí la salvaría de liberar el mal que había en su interior. Pero aún así, le asaltaban rápidas imágenes llenas de maldad que volverían y la atraparían por la noche, como arrebatos de furia que prepararan inmediatamente su venganza.

Salieron del puerto y navegaron hacia el este empujados por una suave brisa. Algunas nubes tapaban la luz del sol, y era la hora en que está por llegar la suprema belleza de la noche. Otras embarcaciones más grandes y más pequeñas iban cambiando de aspecto, y resultaban una compañía agradable, algunas más cerca y otras más lejos. La gran ciudad brillaba menos, las montañas destacaban sobre ella, y había una quietud propia de un santuario. Pero de repente Gwendolen dejó caer sus manos, y dijo en un tono apenas audible:

—¡Dios mío, ayúdame!

—¿Qué ocurre? —dijo Grandcourt, sin distinguir sus palabras.

—Oh, nada —dijo Gwendolen, despertando de su olvido momentáneo y retomando las cuerdas.

—¿No encuentras esto agradable?

—Mucho.

—¿Admites ahora que no podíamos haber hecho nada mejor?

—No, no veo nada mejor. Creo que deberíamos salir siempre, como el Holandés errante[276], dijo Gwendolen con atrevimiento.

Grandcourt la examinó atentamente, y luego dijo:

—Si quieres podemos ir a La Spezia y que nos recojan allí.

—No, nada me gusta tanto como esto.

—Muy bien, haremos lo mismo mañana. Pero debemos volver pronto. Voy a virar el bote.

CAPÍTULO 55

Ritorna a tua scienza
che vuol, quanto la cosa é piú perfetta
piú senta il bene, e cosí la doglienza.
DANTE[277]

Cuando Deronda se topó con Gwendolen y con Grandcourt en las escaleras, estaba seriamente preocupado. Acaba de ser citado para su segunda entrevista con su madre. Dos horas después de despedirse de ella ya sabía que la Princesa Halm-Eberstein había abandonado el hotel, y por lo que se refería al propósito de su viaje a Génova, podría haber partido ya para Mainz, para entregar la carta de Joseph Kalonymos, y quedarse con el cofre familiar. Pero ciertas preocupaciones difusas, que no acababan de definirse en motivos claros, le impidieron marchar. Tras la despedida, estuvo un buen tiempo embotado bajo el peso de un sentimiento retrospectivo. Vivía otra vez con un nuevo entusiasmo por sus recuerdos emotivos, escenas que parecían haber pasado como preparación para el estado actual de su alma. Se permitió en su soledad sollozar, y tal vez movía más a compasión que los sollozos de una mujer, por la vida de esa mujer tan cercana a la suya, y a la vez tan remota. Notaba el mundo cambiado por la certeza de los lazos que alteraban el equilibrio de las esperanzas y los miedos, y sintió una nueva sensación de compañerismo, como si bajo el manto de la noche se hubiera unido al grupo equivocado de caminantes, y hubiera hallado por la mañana que las tiendas de sus familiares habían acampado lejos. Tenía una escalofriante sensación de cercanía con el abuelo, animado por fuertes impulsos y pensamientos entrañables, que tal vez habían sido despertados tras un largo letargo. Y entre todas estas meditaciones pasionales Mardoqueo y Mirah estaban siempre presentes, como seres que le acompañaban en un silencio comprensivo.

Esta era la fibra, resuelta y sensible, de la que estaba hecho Deronda, oculta tras esa reserva de autocontrol con la que la experiencia le había obligado a cubrirse.

El sonido persistente de un timbre le recordó que había pensado en

mirar la guía *Bradshaw*[278], y hacer los preparativos necesarios para coger el próximo tren —solo se lo recordó, pero no hizo caso—. Algunos pensamientos le llevaban a Mainz y en lo que le iban a dar allí; otros, a Londres, y a los seres que estaban allí, con los que se sentía más apegado que con nadie; pero tenía otros pensamientos puestos en Génova, y le retenían donde estaba por esa fuerza que nos impulsa a seguir dándole vueltas a una entrevista que lleva el sello de la despedida final o la sombra de la tristeza. Deronda no dijo formalmente: «Me quedaré está noche, porque es viernes, y me gustaría ir al oficio nocturno de la sinagoga, donde no quedará ya nadie, y además puede que vea a los Grandcourt otra vez», sino que, simplemente, en lugar de recoger sus cosas y pedir que le trajeran la cuenta, se sentó sin hacer nada, mientras su mente se dirigía a la sinagoga y vio allí rostros probablemente un poco distintos de los que había en la época de su abuelo, y oyó la liturgia hebrea-española que había perdurado a través de los tiempos y generaciones como una planta que arroja sus semillas, que otorga a las tierras lejanas una familiaridad en la casa del exilio —mientras que, a la vez, su mente se posaba en Gwendolen, con un recuerdo angustioso de lo que había pasado, y con la impresión admitida a medias de que sería muy cruel por su parte marcharse por su propia voluntad y en seguida, sin hacer el esfuerzo, a pesar de que probablemente no le hiciera nada de gracia a Grandcourt, de manifestar que seguía apoyándola desde su abrupta despedida—.

En ese estado interior retrasó su partida, cenó sin sentir el gusto de la comida, se levantó rápidamente para buscar la sinagoga, y al pasar por delante del portero le preguntó si el señor y la señora Grandcourt estaban todavía en el hotel, y cuál era el número de su habitación. El portero le dio el número, pero añadió que habían salido en barca. De alguna manera, esa información le hizo a Deronda reenfocar sus pensamientos hacia los recuerdos despertados por los escasos *talit*[279] y los rostros oscuros y profundos de los adoradores, cuya forma de proferir las oraciones y las invocaciones habían decaído hasta un hebreo casi italianizado, y le hizo caer en la cuenta de que su abuelo, por el carácter que había insinuado la Princesa, tenía que haber sido un judío tan excepcional como Mardoqueo. ¿Pero no eran en cualquier parte excepcionales los hombres de celo ardiente y grandes esperanzas? Hombres que tenían visiones que, como dijo Mardoqueo, eran los creadores y los que alimentaban el mundo, moldeando otras vidas más pasivas, que sin ellos acabarían reducidas a la estrecha tenacidad de los insectos, sin conmoverse por ideas más allá de sus antenas. Tal vez se añadía algo de impaciencia afligida a la solicitud de Gwednolen (una solicitud que tenía espacio para crecer al verse liberado de obligaciones inmediatas) como incentivo para salir

rápidamente de la sinagoga y decidir dar su paseo nocturno hacia el muelle, algo que siempre le gustaba, y que ahora le atraía más por la posibilidad de llegar a tiempo y ver a los Grandcourt volver de su paseo en barca. En ese caso, decidió que se dirigiría a ellos y les saludaría deliberadamente, ignorando los motivos que pudiera tener el marido para desear que estuviera en otra parte.

El sol se había puesto tras un banco de nubes, y tan solo una débil luminosidad daba sus besos de despedida a las olas, agitadas por una brisa creciente. Deronda, paseando tranquilamente pendiente de lo que ocurría en el puerto, observó a los grupos que había allí concentrando su atención en un bote que avanzaba rápidamente hacia tierra, en el que dos hombres remaban. Al hablar todo el mundo atropelladamente y en varias lenguas, Deronda pensó que la mejor forma de conseguir información era no hacer preguntas, sino acercarse a primera línea y convertirse en testigo de primera mano de lo que estaba ocurriendo. La gente usaba telescopios, y por lo que se oía, la barca llevaba a alguien que se había ahogado. Alguien dijo que era el *milord* que había salido a dar un paseo en bote; otro aseguraba que la figura que él veía postrada era *miladi*; un francés sin prismáticos dijo que era *milord* que había sacado probablemente a su mujer para ahogarla, según la práctica nacional —una observación que un patrón de barco inglés comentó en nuestra forma de hablar nativa, diciendo que eso era una tontería, pero luego aceptó que la figura que se veía tumbada era la de una mujer—. Para Deronda, terriblemente exaltado por miedos alternantes, las paladas de los remos mientras los observaba le hicieron pensar rápidamente en varios desenlaces, posibles e imposibles, de este suceso, o más bien fragmentos de un suceso, que podían significar lo peor —si esta mujer aparentemente rescatada de las aguas fuera realmente la señora Grandcourt—.

Pero pronto se despejaron las dudas: el bote estaba siendo arrastrado a tierra, y vio a Gwendolen medio levantándose con sus manos, por su propio esfuerzo, bajo su gruesa manta de lona y su chaqueta verde, pálida como un cadáver amortajado, tiritando, con el pelo chorreando, sus ojos mostraban una conciencia salvaje y sorprendida, como si hubiera despertado en un mundo en el que se estaba a punto de juzgar a alguien, y los seres que veía a su alrededor se acercaban a por ella. El primer remador que saltó a tierra estaba también empapado, y se escapó corriendo; los marineros, cerca del bote, no dejaban que Deronda se acercara, y solo pudo mirar de lejos mientras Gwendolen lanzaba miradas fugaces, y pareció encogerse de terror mientras le ayudaban a salir cuidadosa y suavemente, sostenida por los fuertes brazos de esos hombres rudos y bronceados, con sus ropas empapadas adheridas a sus miembros, algo que aún la hacía más débil. De repente, sus ojos extraviados se toparon con los de

Deronda, que estaba en frente de ella, e inmediatamente, como si le hubiera estado esperando, intentó estirar sus brazos, sostenidos por sus ayudantes, diciendo, con voz ahogada:

—¡Ha ocurrido! ¡Ha ocurrido! ¡Está muerto!

—¡Calle, calle! —dijo Deronda, con autoridad—; cálmese. —Y a los hombres que la estaban ayudando—: Soy pariente del marido de esta señora. Si la dejan en el *Italia* tan pronto como sea posible, yo me haré cargo de lo demás.

Se quedó para oír del último marinero que su marido se había ahogado sin posibilidad de reanimarlo, y que dejaron su bote flotar vacío. Él y su compañero habían oído un grito, habían llegado a tiempo de ver a la señora saltar tras su marido, y la sacaron rápidamente para evitar otra desgracia.

Tras esto, Deronda se apresuró al hotel para asegurarse que le procurasen la mejor ayuda médica; y cuando quedó satisfecho respecto a este punto, contó por telégrafo el suceso a Sir Hugo, rogándole que viniera inmediatamente, y telegrafió también al señor Gascoigne, pues dirigirse a la rectoría era la forma más rápida de hacer saber la noticia a la madre de Gwendolen. Le vinieron a la mente ciertas palabras de Gwendolen del pasado como una inspiración: le había confesado en algún momento de agitación que la presencia de su madre era para ella de gran ayuda.

CAPÍTULO 56

El espasmo, la maldición con la que murieron,
nunca había de pasar;
no podía apartar mis ojos de los suyos
ni alzarlos para rezar.
COLERIDGE[280]

Deronda no se desvistió esa noche. Gwendolen, tras insistir en volver a verle antes de que consintiera en mudarse de ropa, había estado muy tranquila, y solo le había pedido, con impaciencia reprimida, susurrante, prometerle que vendría a verla por la mañana cuando le llamase. Con todo, la posibilidad de que pudiera producirse un cambio en ella, el peligro de que le subiera la fiebre, y la sospecha de que algo de la reciente catástrofe estaba produciendo un efecto que podría traicionarse con palabras alteradas, actuaron de prevención. Mencionó a la asistenta de ella que le avisaran inmediatamente si se producía cualquier cambio alarmante en los síntomas, dando a entender a todos los implicados que estaba en comunicación con sus amigos de Inglaterra, y que se sentía mientras obligado a cuidar de ella en su nombre —una posición que era tanto más fácil para él asumirla en cuanto que era bien conocido por el ayuda de cámara de Grandcourt, el único de sus sirvientes que les había acompañado en el viaje—.

Pero cuando la fatiga producida por las extrañas y variadas emociones del día arrastró a Deronda por fin a dormir, descansó tranquilo hasta que le asaltaron los sueños matutinos, que se presentaron como una maraña de los sucesos del día anterior, y le acabaron despertando, lleno de ansiedad por las imágenes revividas.

Con todo, era la mañana, y no había habido noticias —un augurio que le alegró mientras se arreglaba—, y pensó que era demasiado pronto para mandar que le dijeran algo. Más tarde, supo que ella había pasado toda la noche despierta, pero sin mostrar signos violentos de agitación, y que al final se quedó dormida. Se maravillaba de la fuerza que residía en esta criatura, tan viva que asustaba; pues tenía la irresistible impresión de que incluso estando

bajo los efectos de un severo impacto físico se estaba controlando con la determinación de encubrir su agitación. En cuanto a él, pensaba que su sensibilidad estaba confusa por lo que había sucedido en el encuentro con su madre: tenía la sensación de haber satisfecho sus demandas, pero su compasión se hallaba en suspenso. Había estado viviendo en los últimos días una experiencia tan profunda y tan alejada de los problemas de Gwendolen, que su preocupación presente por ella era como un reencuentro con las escenas familiares del pasado, sin que hubiera aún una respuesta completa a ellas.

Mientras tanto, se ocupó en conseguir una declaración formal, con reconocimiento legal, del pescador que había rescatado a Gwendolen. Salieron a la luz pocos detalles. El bote con el que había salido al mar Grandcourt fue hallado a la deriva con la vela suelta, y fue remolcado. Los pescadores pensaron que seguramente había recibido un golpe de la vela mientras intentaba virar el barco, y había caído al mar sin saber nadar; a pesar de estar cerca, lo primero que les llamó la atención fue el grito de un hombre que parecía pedir ayuda, y mientras se apresuraban con sus remos, oyeron el chillido de la señora, y la vieron saltar.

Al volver al hotel, le dijeron a Deronda que Gwendolen se había levantado y que quería verle. Fue conducido hasta una habitación oscurecida por las persianas y las cortinas, en la que ella estaba sentada envuelta en un chal blanco, mirando hacia la puerta entreabierta como alguien que espera ansiosa. Pero sus largos cabellos estaban recogidos y enrollados cuidadosamente, y destacando por encima de todo, sus pendientes azules permanecían en sus orejas: cuando se levantó impulsivamente, mostrando toda su figura —el rostro y el cuello no menos blancos que su chal salvo una línea púrpura bajo sus ojos, los labios algo apartados con la expresión peculiar de alguien que ha sido acusada y se encuentra sin ayuda—, parecía el infeliz espíritu de esa Gwendolen Harleth a la que Deronda había visto sobreponerse con labios firmes y orgulloso autocontrol de sus pérdidas en la mesa del juego. La visión le traspasó el alma, y empezó a revivir los efectos de todas sus relaciones pasadas.

—Le ruego que descanse, que no se levante —dijo Deronda, mientras se acercaba a ella, que obedeció dejándose caer de nuevo en su silla.

—¿Se sentará a mi lado? —dijo—. Quiero hablar en voz baja.

Ella estaba en un gran sillón, y él arrastró uno pequeño a su lado. Esa acción pareció conmoverla de forma peculiar: volviendo completamente hacia él su pálido rostro, que estaba muy cerca, dijo, en un tono lo más bajo posible:

—¿Sabe que soy una mujer culpable?

El mismo Deronda palideció aún más al decir:

—No sé nada. —No se atrevía a decir nada más.

—Está muerto —pronunció estas palabras con el mismo tono casi imperceptible.

—Sí —dijo Deronda, con tristeza y ansiedad, sin querer seguir hablando.

—Nadie verá ya su rostro fuera del agua —dijo Gwendolen, en un tono que, sin ser más alto, mostraba una ilusión reprimida, a la vez que se apretaba las manos.

—No.

—Nadie excepto yo… un rostro muerto… no podré quitármelo de la cabeza.

Dijo estas palabras con la voz interior de una represión desesperada, mientras apartaba la vista de Deronda hacia algo a cierta distancia en el suelo. ¿Estaba reviviendo todo el suceso —incluidos sus propios actos— exagerando su emoción y el horror? ¿Se hallaba en un estado de delirio en el que intentaba ocultar y reprimir sus sensaciones? Tales pensamientos cruzaron la mente de Deronda como una especie de esperanza. Pero imaginad el conflicto de sus sentimientos que le mantenían silencioso. Ella estaba a punto de confesar, y él temía oír la confesión. En contra de sus mejores intenciones, se revelaba contra la tarea que se le imponía: quería, y aún así rechazaba ese deseo como cosa cobarde, que ella enterrara sus secretos en su propio pecho. Él no era un sacerdote. Temía el peso del alma de esta mujer con la que tendría que cargar y soportar su dependencia implorante. Pero ella habló de nuevo, apresuradamente, mirándole a los ojos:

—¿No me dirá que tengo que contárselo al mundo? ¿No me dirá que tengo que ser desgraciada? No podría hacerlo. No lo soportaría. Mi madre no puede saberlo. Ni aún después de la muerte. Nunca se lo diría. Se lo tengo que contra a usted; pero no me diga que lo tiene que saber alguien más.

—No puedo decir nada porque no sé nada —dijo Deronda, con gran tristeza—, salvo que deseo ayudarla.

—Le dije desde el principio (tan pronto como pude), le dije que tenía miedo de mí misma. —Era una súplica lastimera el bajo susurro que oyó Deronda. Su cara le afligía en extremo—. Sentía un odio en mí que actuaba siempre como un espíritu maligno, urdiendo cosas. Me venía a la mente todo lo que podía hacer para liberarme; y la cosa empeoró, todo empeoró. Por eso le pedí que viniera a verme a casa. Pensé entonces que podía contarle lo peor de mí misma. Lo intenté. Pero no se lo pude contar todo. Y él entró.

Hizo una pausa, y se estremeció; pero enseguida continuó:

—Se lo contaré todo ahora. ¿Cree usted que una mujer que lloraba,

rezaba y luchaba para verse libre podría ser una asesina?

—¡Santo Dios! —dijo Deronda, con voz profunda y conmovida—, no me torture innecesariamente. Usted no le asesinó. Se lanzó al agua impulsada para salvarle. Cuénteme qué pasó luego. Esta muerte fue un accidente que no pudo evitar.

—No sea impaciente conmigo. —El temblor, la súplica infantil de estas palabras obligaron a Deronda a volver su rostro y mirarle a la cara. Sus pobres labios temblorosos prosiguieron—: Usted dijo (solía decir) que tenía más compasión por los que habían hecho algo malvado y eran desgraciados; dijo que podían conseguir algo mejor, que podían ser redimidos. Si no hubiera hablado de esa manera, todo habría sido peor. Me acuerdo de todo lo que me dijo. Siempre lo recordaba. Lo recordé en el último instante, esa es la razón por la que yo… Pero si usted no soporta seguir conmigo cuando se lo cuente todo, si se va y me abandona, ¿qué haré? ¿Soy ahora peor que cuando me encontró y quiso hacerme mejor? Todo lo malo que hecho ya estaba en mí entonces, y más… y más… si no hubiera venido y hubiera sido paciente conmigo. Así que, ¿me abandonará?

Sus manos, que tan apretadas tenía hacía unos minutos, se hallaban relajadas e impotentes, temblando sobre los brazos del sillón. Sus labios temblorosos quedaron abiertos mientras dejó de hablar. Deronda no podía responder; tuvo que apartar su mirada. Le cogió una de las manos, apretándosela como si fueran a dar un paseo como dos niños: era la única forma en que podía responderle: «No le abandonaré». Y sintió como si hubiera escrito su nombre en una hoja en blanco en la que se pudiera escribir cualquier cosa terrible. La actitud de ambos, el rostro de él con su expresión de sufrimiento que estaba decidido a sobrellevar, habría sido casi suficiente para entender lo que pasaba para un observador que acabara de entrar.

Esa forma de ser cogida era una experiencia totalmente nueva para Gwendolen: nunca había experimentado de ningún hombre un signo de ternura que su propio ser necesitase, e interpretó el poderoso efecto que tuvo en ella como una promesa de paciencia y constancia inagotable. Esa fuente de renovada fuerza le permitió continuar como había empezado: con esa confesión intermitente e irregular en la que la monotonía de la experiencia parece anular el sentido del tiempo o del orden de los sucesos. Comenzó de nuevo de forma interrumpida:

—Tenía tantas estratagemas, pero todas tan difíciles. Y luché contra ellas, me aterrorizaban, veía su rostro muerto —al decir esto su voz se apagó casi hasta un susurro al oído de Deronda—. Hacía tanto tiempo que lo veía y deseaba que estuviera muerto. Pero aún así me aterrorizaba. Yo era como dos criaturas. No podía hablar… quería matar… era tan fuerte como la sed… y entonces, directamente… supe de antemano que había hecho algo terrible, inalterable… algo que me

haría ser un espíritu maligno. Y sucedió… sucedió.

Permaneció en silencio unos momentos, como si su memoria se hubiera perdido en una tela de araña, en la que cada hilo guiaba al resto.

—Todo estaba ya en mi mente la primera vez que hablé con usted, cuando estábamos en la Abadía. Había hecho algo entonces. No podía decírselo. Fue lo más parecido que hice para llevar a cabo mis pensamientos. Muchos de ellos eran muy audaces, pero todos permanecían como sueños espantosos… todos menos uno. Hice una cosa… y nunca la deshice… todavía está ahí… como hace tiempo cuando estábamos en Ryelands. Ahí estaba… algo que mis dedos preferían entre los hermosos juguetes de la vitrina de mi tocador… pequeño y afilado como una hoja alargada de sauce dentro de una funda de plata. Lo encerré en el cajón de mi joyero. Continuamente pensaba en él y en cómo usarlo. Me imaginé poniéndomelo bajo la almohada. Pero nunca lo hice. Nunca volví a mirarlo. No me atreví a abrir el cajón: tenía su propia llave; y no hace mucho, cuando estábamos en el yate, lancé la llave al fondo del mar. Mi intención era arrojarla al mar y entregarme. Luego empecé a pensar cómo podría abrir el cajón sin la llave: y cuando supe que íbamos a alojarnos en Génova, pensé que podría abrirlo en privado en el hotel. Pero entonces, cuando subíamos las escaleras, me encontré con usted; y pensé que debía hablarle a solas y contarle esto, todo lo que no pude contarle en la ciudad; y entonces fui obligada a salir en la barca.

Por primera vez se le escapó un sollozo con estas últimas palabras, y se echó para atrás en su sillón. El recuerdo de esa aguda decepción pareció borrar por un momento lo que había ocurrido desde entonces. Deronda no la miró, pero dijo, con insistencia:

—Y todo ha quedado en su imaginación. Solo ha tenido continuidad en sus pensamientos. ¿La tentación maligna ha sido resistida hasta el final?

Hubo silencio. Las lágrimas le bajaban por las mejillas. Se las frotó con su pañuelo y se sentó bien erguida. Estaba valorando qué iba a hacer; y de nuevo, inclinándose ligeramente hacia el oído de Deronda, empezó en un susurro:

—No, no; se lo contaré todo como lo sabe Dios. No le diré nada que sea mentira; le contaré la verdad exacta. ¿Qué otra cosa podría hacer? Solía pensar que nunca sería malvada. Pensaba en la gente malvada como si estuvieran muy lejos de mí. Desde entonces, he sido malvada. Me he sentido malvada. Y todo ha sido un castigo para mí. Porque… ya sabe… no me debería haber casado. Ese fue el comienzo. Hice daño a otra persona. Rompí mi promesa. Quise el placer para mí, y todo se volvió en desgracia. Quería ganar a costa de la pérdida de otra, ¿lo recuerda? Era como en la ruleta… y el dinero me quemaba

en las manos. Y no pude quejarme. Era como si hubiera rezado por que otro perdiera y yo ganara. Y yo había ganado, lo sabía todo, sabía que era culpable. Cuando estábamos en el mar, y estaba despierta por la noche en la cabina, a veces sentía que todo lo que había hecho estaba al descubierto… que no había nada oculto… ¿cómo podía saber algo solo yo? No era mi propio conocimiento, era el conocimiento de Dios que había entrado en mí, e incluso la quietud, todo era un castigo para mí, todo excepto usted. Siempre pensé que usted no querría verme castigada, que habría intentado ayudarme para ser mejor. Y solo pensar de esa forma me ayudaba. ¿No cambiará ahora de parecer, no querrá verme castigada?

De nuevo, hubo un sollozo.

—¡Dios no lo quiera! —gruñó Deronda. Pero no se movió de su asiento.

Este largo paseo por sus recuerdos del pasado, marcado por los remordimientos, era difícil de soportar, pero no se atrevió a presionarla con una pregunta. Tenía que dejar que fuera a su propio ritmo. De manera inconsciente, ella dejaba intervalos en su retrospectiva, sin distinguir claramente entre lo que decía y aquello de lo que solo tenía una visión interior. Sus siguientes palabras vinieron tras uno de estos intervalos.

—Fue tan duro que me hiciera volver a ir en barca. Porque cuando le vi a usted sentí una alegría inesperada, y pensé que se lo podría contar todo sobre el cajón cerrado con llave y lo que no le había dicho antes. Y si se lo hubiera contado, y hubiera sabido que estaba en su mente, habría tenido menos poder sobre mí. Esperaba y confiaba en ello. Pues detrás de todas mis luchas y mis lloros, mi odio y mi rabia, y la tentación que me asustaba, siempre volvía el anhelo, las ansias por lo que tanto temía. Y esa decepción, que se me impidiera hablar con usted, y que se me obligara a volver al bote, trajo consigo de nuevo todo el mal, como si hubiera estado encerrada con él en una prisión y no tuviera escapatoria. ¡Oh, parece que haya pasado tanto tiempo desde que embarqué en ese bote! Habría dado cualquier cosa por tener un arma en ese momento y atravesársela hasta matarlo.

Algo de la ferocidad comprimida de entonces se mostraba en su voz baja. Tras un pequeño silencio, dijo con agitación:

—Si él estuviera de nuevo aquí, ¿qué haría yo? No puedo desear que esté aquí, y aún así no puedo soportar su rostro muerto. Fui una cobarde. Tenía que haber mostrado mi desprecio. Tenía que haberme marchado, haberme ido y vagar como una pordiosera antes que quedarme y sentirme como una desalmada. Pero aunque me hubiera ido, siempre habría habido algo que no hubiera podido soportar. A veces pensaba que me mataría si me oponía a su voluntad. Pero ahora, su rostro muerto está ahí, y yo no puedo soportarlo.

De repente, soltando la mano de Deronda, se puso en pie, estiró sus brazos hacia arriba, y dijo con una especie de gemido:

—¡He sido una mujer cruel! ¿Qué puedo hacer sino gritar pidiendo ayuda? Me estoy hundiendo. Muere… muere… estás abandonada… húndete, húndete en la oscuridad. Abandonada… sin piedad… Estaré abandonada.

Se hundió de nuevo en su sillón y prorrumpió en sollozos. Ni siquiera Deronda ocupaba un lugar en su consciencia en ese momento. Él estaba completamente amedrentado. En lugar de hallar, como había imaginado, que su propia última experiencia hubiera atenuado su susceptibilidad, parecía que el destino de esta joven criatura, cuya rápida transición de su brillante e impetuosa infancia a esta agonía de remordimientos contemplaba sin poder ayudarla, le afligiese aún más profundamente al llegar casi al mismo tiempo que otra triste revelación de conflicto espiritual: estaba en uno de esos momentos en los que la misma angustia de la compasión nos predispone para elegir no disfrutar más de la vida, y vivir solo para los angustiados y afligidos. Se había levantado de su asiento mientras observaba ese terrible arrebato —que le parecía tanto más horroroso porque, incluso en esta conmoción suprema, ella mostraba la voz contenida del que hace una confesión en secreto—. Al final, se sintió impulsado a darle la espalda y alejarse un poco. Pero por ahora había tranquilidad. Tenía la sensación de haberse alejado de ella. Cuando Deronda se dio media vuelta para acercarse de nuevo a ella, vio su cara ladeada hacia él, sus ojos dilatados, sus labios abiertos. Era la viva imagen de la tímida súplica abandonada, demasiado tímida para interrumpirle con palabras mientras se hallase apartado de ella. ¿La estaba él abandonando, ahora, ya? Pero sus ojos la miraron afligidos, la miraron por primera vez desde que había dicho: «Ya sabe que soy una mujer culpable», y esa mirada, en su intensa tristeza parecía decir: «Lo sé, pero precisamente por eso no la abandonaré». Se sentó a su lado en la misma actitud, sin volver hacia ella el rostro y sin cogerle de nuevo la mano.

Una vez más, Gwendolen fue traspasada, como lo había sido por su cara afligida en la Abadía, por unos remordimientos menos egoístas que los que la habían llevado a confesarlo todo, y dijo, en un tono de lamento cariñoso:

—Le hago a usted muy infeliz.

Deronda hizo un “Oh” indiferente, a la vez que se encogía y cambiaba un poco su postura. Luego, reunió la suficiente determinación para decir claramente:

—No se trata ahora de mi felicidad o infelicidad. Lo que más deseo en este momento es lo que más la ayudará a usted. Cuénteme todo lo que necesite contarme.

A pesar de que estas palabras eran cariñosas, abrieron una distancia espiritual entre ellos, y ella se dio cuenta de que era más difícil seguir hablando: tenía una vaga necesidad de acercarse a esa compasión que parecía considerarla desde un halo de superioridad, y la necesidad se tornó en un impulso de humillarse aún más. Estaba dispuesta a arrodillarse ante él; pero no, su conciencia, impresionantemente variada, frenó ese impulso, y se mantuvo en silencio y sin moverse presionada por necesidades contradictorias. Deronda, al verla tan quieta, dijo al fin:

—Tal vez esté demasiado cansada. ¿Prefiere que me marche y vuelva cuando lo desee?

—No, no —dijo Gwendolen —el miedo de verle marchar le devolvió la capacidad de hablar. Continuó con su bajo tono de ansiedad—: Quiero contarle qué es lo que me sucedió en el bote. Estaba rabiosa por haber sido obligada a embarcar… llena de rabia… y no podía hacer nada más que sentarme como un esclavo en las galeras. Y entonces salimos… fuera del puerto… hacia el horizonte… y todo estaba tranquilo… y no nos mirábamos para nada, solo él me hablaba para ordenarme cosas… y la misma cordura que conservaba me retenía prisionera y me obligaba a permanecer sentada como hice. Empecé a pensar que cuando era una niña solía imaginarme salir a navegar a un mundo en el que no se obligaba a la gente a vivir con quien no quisiera (a mí no me gustaba que mi padrastro viniera a casa). Y ahora, pensaba, me había ocurrido justo lo contrario. Había entrado en una barca, y mi vida era un navegar en dirección contraria… sin ayuda… siempre en soledad con él, lejos de la salvación. Y como me sentía más desamparada que nunca, mis pensamientos volaron hacia las peores cosas… deseé esas cosas… tenía deseos crueles… me imaginé modos imposibles de… yo no quería morir; tenía miedo de que nos ahogáramos juntos. Si hubiera servido de algo habría rezado… habría rezado por que le pasara algo a él. Habría rezado por que se hundiera fuera de mi vista y me dejara sola. No se me ocurría ninguna forma de matarle allí, pero lo hice, le maté en mis pensamientos.

Quedó en silencio un minuto, sumergida bajo el peso del recuerdo que no podía representarse con palabras.

—Y mientras, sentía que me volvía más malvada. Y lo que había estado dentro de mí tanto tiempo, vino justo entonces… lo que dijo usted una vez… que temía que yo hiciera más mal y sentir más remordimientos… no tenía esperanza en nada entonces. Era como si lo tuviera escrito en fuego. Ser malvada era una desgracia… ser separada para siempre de su…de las vidas mejores. Eso me volvía a la cabeza, pero con desesperación, con la sensación de que ya no había remedio… los deseos malignos eran tan fuertes. Recuerdo entonces

haber dejado el timón y decir: «¡Que Dios me ayude!». Pero fui obligada a cogerlo de nuevo y a continuar; y volvieron los deseos malignos, las oraciones malignas, y lo dejaron todo nublado, hasta que en medio de ellos… no sé cómo fue… él estaba dando la vuelta a la vela… hubo una ráfaga de aire… se golpeó… no me acuerdo de nada… solo que vi mi deseo fuera de mí.

Comenzó a hablar más deprisa, y más en susurros.

—Le vi hundirse, y mi corazón dio un vuelco como si se me hubiera salido. Creo que no me moví. Mantuve mis manos atadas. Duró demasiado para empezar a alegrarme, pero aún así creía que no valía la pena, que saldría de nuevo a la superficie. Y salió… más lejos… el barco se había desplazado. Fue como un relámpago. «¡La cuerda!», gritó con una voz distinta de la suya (aún la oigo), y me agaché para cogerla, sentía que tenía que hacerlo, sabía que él podría nadar, y que volvería, y le temía tanto. Todo eso estaba en mi mente… que él volvería. Pero se hundió otra vez… y yo tenía la cuerda en la mano… no, apareció de nuevo… su cara sobre el agua… y volvió a gritar… y me sujeté la mano, y mi corazón decía: «¡Muere!» y se hundió; y pensé: «Ya está hecho. Soy una malvada. ¡Estoy perdida!"» y tenía la cuerda en mi mano… no sé lo que pensaba… quería alejarme de mí misma… le habría salvado entonces. Quería apartarme de mi crimen, y allí estaba… a mi lado mientras yo caía… su rostro muerto, muerto. Ya no se puede hacer nada. Eso es lo que pasó. Eso es lo que hice. Ya lo sabe usted todo. No se puede hacer nada.

Se hundió de nuevo en su sillón, exhausta por la agitación de los recuerdos y el relato. Deronda sentía que la carga sobre su espíritu era menos pesada que lo que había temido. La palabra "culpable" incluía una posibilidad de interpretaciones peores que las del hecho; y la confesión de Gwendolen, por la misma razón que su conciencia se detenía en el poder determinante de sus pensamientos malignos, le convenció aún más de que había estado luchando por sacar lo mejor de sí misma. Parecía casi seguro de que sus pensamientos asesinos no habían tenido efectos externos, y que la muerte había sido inevitable. Aun así, la pregunta sobre la efectividad de un fuerte deseo criminal para incitar un acto momentáneo no puede alterar nuestro juicio del deseo; y Deronda se estremeció por hacerse esa pregunta desde el primer momento. Creía probable que el remordimiento de Gwendolen agravaba su culpabilidad interior, y que ella otorgaba el carácter de acción decisiva a lo que había sido un inapreciable instante de deseo. Pero su remordimiento era el signo valioso de una naturaleza que sabía recuperarse; era la culminación de esa desaprobación de sí misma que había sido el despertar de su nueva vida; eso la distanciaba de los criminales cuyo único lamento es el fracaso de no conseguir su

deseo maligno. Deronda no pudo decir ni una palabra que redujera esa sagrada aversión hacia los aspectos más negativos de ella, esa punzante presión que inevitablemente acompañaba la triste coronación de lo mejor, sufriendo por lo peor. Todos estos enredados pensamientos le mantuvieron en silencio; la conversación era demasiado trascendental para aventurarse a hablar precipitadamente. No existían palabras de consuelo que no llevaran con ellas cierto sacrilegio. Si hubiera abierto los labios para hablar, solo podría haber repetido: «Ya no se puede hacer nada, es inalterable, de forma que pueden cambiarse otras cosas». Pero se quedó callado y sin moverse (no supo cuánto tiempo) antes de volverse para mirarla, y verla de espaldas con los ojos cerrados, como una conejita blanca perdida, cansada, desorientada por la tormenta, incapaz de levantarse y encontrar su camino. Se levantó y se puso delante de ella. El movimiento le devolvió la conciencia, y abrió los ojos con un ligero estremecimiento que parecía miedo.

—Ahora debe descansar. Intente descansar: intente dormir. ¿Y puedo verla de nuevo por la noche, cuando haya reposado? No nos digamos nada más por ahora.

Afloraron las lágrimas, y ella no pudo responder salvo con un ligero movimiento de cabeza. Deronda llamó al timbre para que la atendieran, dio órdenes urgentes de la necesidad de que descansara, y la dejó.

CAPÍTULO 57

Uva verde, uva madura, uva pasa, todo es cambio, no para el no ser, sino para lo que ahora no es.

MARCO AURELIO[281]

Las acciones son el pulso del Tiempo, sus palpitaciones,
y lo honesto y deshonesto, una vez hecho,
debe mantenerse en movimiento
hasta que el tiempo mismo quede detenido,
y el universo ya no tiemble ni respire.

Por la noche, ella ordenó que le llamasen de nuevo. Era más o menos la hora en la que la habían traído del mar la noche anterior, y quedaba poca luz a pesar de estar las persianas levantadas y las ventanas abiertas. Estaba sentada mirando fijamente el mar, con la mano apoyada en la mejilla; parecía menos trastornada que cuando la había dejado, con una expresión de profunda melancolía que a medida que Deronda se acercaba se transformó en una ansiosa timidez. Ella no le ofreció la mano, pero dijo:

—¡Cuánto tiempo ha pasado! —Luego—: ¿Se sentará un poquito más a mi lado?

Se situó a su lado como había hecho antes, y al ver que se volvía hacia él con esa expresión indefinible que implica el deseo de decir algo, esperó a que hablara. Pero ella volvió a mirar por la ventana sin decir nada, y de nuevo volvió la misma expresión, que todavía no se materializaba en palabras. Había algún temor que le impedía hablar, y Deronda, con el deseo de aliviar su timidez, apartó la vista. Al final oyó su lamento suplicante:

—¿No me dirá que lo tiene que saber alguien más?

—Decididamente, no —dijo Deronda—. No hay ninguna acción que tenga que ser tomada en cuenta. No ha habido ningún daño que deba ser reparado en ese sentido. No hay ninguna retribución que deba repartirse apropiadamente.

Estuvo tan quieta durante la pausa que parecía aguantar la

respiración antes de decir:

—Pero si no hubiera tenido ese deseo asesino, si en ese momento hubiera lanzado la cuerda al instante, tal vez podría haber impedido su muerte.

—No, no lo creo —dijo Deronda lentamente—. Si fuera cierto que supiese nadar, habría cogido esa cuerda con calambres. Aunque hubiera actuado con la máxima presteza, parece imposible que hubiera podido hacer algo para salvarle. Ese pensamiento homicida momentáneo no pudo, creo, haber cambiado el curso de los acontecimientos. Su efecto queda exclusivamente confinado en los motivos de su propio corazón. Para nosotros, nuestra mala voluntad es trascendental, y tarde o temprano sale, puede ser en la corrupción que alimenta los actos malvados, pero también puede ser en nuestro propio aborrecimiento que nos impulsa a ser mejores.

—He sido librada de haber robado a otras personas, hay otras personas que lo tendrán todo, tendrán lo que merecen tener. Supe eso antes de dejar la ciudad. ¿No sospechará usted que he tenido malos deseos hacia esas personas? —Habló dubitativamente.

—No había pensado en ellas —dijo Deronda—. He pensado más en otras cosas.

—Tal vez no conozca bien cómo empezó todo —dijo Gwendolen, lentamente, como si tuviera que vencer su repulsión—. Era con otra persona con la que tenía haberse casado. Y yo lo sabía, y le dije que yo no lo impediría. Y me marché; ahí es cuando usted me vio por primera vez. Pero entonces nos empobrecimos de golpe, y yo me sentía muy desgraciada, y fui tentada. Pensé: «Haré lo que quiero y lo arreglaré todo». Me persuadí a mí misma. Pero todo fue diferente. Todo fue horroroso. Entonces vino el odio y los pensamientos malvados. Así es como sucedió todo. Le dije que tenía miedo de mí misma. E hice lo que usted me dijo: intenté hacer de mi miedo una salvaguarda. Pensaba que ocurriría si yo… sentía que sucedería… cómo le temería a la mañana… queriendo que fuese siempre de noche… y aun así viendo siempre algo en la oscuridad…viendo la muerte. Si no sabía lo desgraciada que era, ahora usted ya lo conoce… pero ya no sirve de nada. No me tengo que preocupar de nada salvo que los demás no lo sepan… pobre mamá, que nunca ha sido feliz.

Hubo un nuevo silencio antes de que ella dijera con un sollozo reprimido:

—Usted no puede soportar verme más. Piensa que soy demasiado malvada. No cree que pueda mejorar… hacer algo que valga la pena… ser alguien que valga la pena… siempre seré demasiada malvada para… —La voz se quebró impotente.

Deronda sentía traspasado su corazón. Fijó los ojos en su pobre rostro suplicante y dijo:

—Creo que usted puede ser más útil de lo que nunca ha sido; es capaz de llevar una vida que puede ser una bendición. Ningún mal puede llevarnos a la desesperación salvo el mal que deseamos, y que deseamos continuar en él, y del que no hacemos ningún esfuerzo para librarnos. Usted ha hecho esfuerzos, continuará haciéndolos.

—Pero usted fue el que lo empezó. No debe abandonarme —dijo Gwendolen, apoyándose con sus manos juntas sobre el brazo del sillón y mirándole, mientras su rostro reflejaba los rasgos lastimeros de la experiencia vital concentrada en las últimas veinticuatro horas, esa nueva vida terrible con la que se encuentra un deseo criminal satisfecho—. Soportaré cualquier penitencia. Viviré la vida que usted me diga. Pero no debe abandonarme. Tiene que estar cerca de mí. Si usted hubiera estado cerca, si hubiera podido contárselo todo, habría sido diferente. ¿No me abandonará?

—Nunca decidiría hacer algo así —dijo Deronda enseguida, con esa voz que, como sus ojos, tenía el efecto no intencionado de hacer que su compasión pareciera más personal y especial de lo que realmente era. Y en ese momento presentía de alguna manera que tenía ese efecto incentivador. Su fuerte sentimiento por esta criatura afligida no le impedía imaginar un futuro difícil. Permaneció con los ojos clavados en ella mientras habló, pero con la dolorosa conciencia de que podía interpretar sus palabras como una promesa que algún día vería no cumplida: estaba haciendo una promesa indefinida a una esperanza indefinida. Varias inquietudes, tanto inmediatas como lejanas, se apoderaron de él, y fue bajo su influencia que, tras un momento de silencio, dijo:

—Espero que Sir Hugo Mallinger llegue como muy tarde mañana por la noche; y mantengo la esperanza de que la señora Davilow pueda hacer lo mismo en breve. Su presencia será el mejor consuelo que usted tenga, ¿será una buena razón para librarla de penas innecesarias?

—Sí, sí… lo intentaré. ¿Y usted no se marchará?

—No hasta que venga Sir Hugo.

—¿Pero iremos todos juntos a Inglaterra?

—Tan pronto como podamos —dijo Deronda, sin querer entrar en detalles.

Gwendolen miró de nuevo hacia la ventana con una expresión que parecía como un despertar de nuevos pensamientos. La luz del crepúsculo se hacía cada vez más tenue, pero Deronda notó el movimiento de sus ojos y sus manos, igual que el que acompaña al retorno de la percepción de alguien que ha estado aturdido.

—¡Se quedará siempre con Sir Hugo! —dijo ella entonces, mirándole—. Siempre vivirá en la Abadía, o sino en Diplow.

—No estoy muy seguro dónde viviré —dijo Deronda, enrojeciendo.

Ella se dio cuenta por el cambio de su color que había hablado de una forma demasiado temeraria, y se calló. Después de un rato, comenzó, mirando hacia otro lado:

—Es imposible pensar cómo continuará mi vida. Ahora creo que sería mejor que fuera pobre y tuviera que trabajar.

—Vendrán nuevos retos con el paso de los días. Cuando se encuentre de nuevo entre sus amigos, discernirá sus nuevos deberes —dijo Deronda—. Tómese ahora como tarea mantenerse bien y en calma, tanto como pueda, antes de que… —Dudó.

—Antes de que venga mi madre —dijo Gwendolen—. ¡Ah! Debo estar muy cambiada. No me he visto. ¿Me habría conocido —añadió, volviéndose hacia él—, si me hubiera encontrado ahora? ¿Habría pensado que era la misma que vio en Leubronn?

—Sí, le habría conocido —dijo Deronda, con tristeza—. El cambio exterior no es muy grande. Habría visto enseguida que era usted, y que acababa de pasar por una gran aflicción.

—No me diga ahora que desearía no haberme conocido; no diga eso —dijo Gwendolen, implorante, a la vez que se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Me despreciaría a mí mismo si pensara eso —dijo Deronda—. ¿Cómo podría saber lo que habría pensado? Debemos realizar nuestros deberes según lo que nos suceda, no según lo que pensamos que habría pasado. Si tuviera que desear algo tan estúpido como eso, no sería el no querer haberla conocido nunca, sino el ser capaz de haberla librado de esto.

—Me ha librado usted de cosas peores —dijo Gwendolen, entre sollozos—. Habría sido peor si no hubiera sido por usted. Si usted no hubiera sido bueno, yo habría sido más mala de lo que soy.

—Será mejor que me vaya ya —dijo Deronda, cansado de espíritu por la perpetua repetición de esta escena—. Recuerde lo que dijimos de su tarea: mantenerse bien y en calma antes de que vengan otros amigos.

Se levantó mientras hablaba, y ella le ofreció su mano sumisamente. Pero cuando le dejó, se dejó caer sobre sus rodillas en un llanto histérico. La distancia entre ellos era demasiado grande. Era un alma proscrita, observando una posible vida que ella misma había rechazado.

Fue hallada de esta forma, aplastada contra el suelo. Tal dolor parecía natural en una pobre señora cuyo marido se había ahogado en su presencia.

LIBRO VIII

FRUTO Y SEMILLA

CAPÍTULO 58

Ya sabía Dios que iba a haber complicaciones:
él amaba y ella no.
NICHOLAS BRETON[282]

La extensión, ya lo sabemos, es una medida muy imperfecta de las cosas; y el recorrido del sol no puede decirnos cómo ha avanzado la vida más que la extensión de un campo puede decirnos qué es lo que crece en él. Un hombre puede ir hacia el sur, y al tropezarse con un hueso, puede meditar sobre él hasta que descubre un nuevo punto de partida para la anatomía; o hacia el este, y descubrir una nueva clave del lenguaje para contar la historia de las razas; o puede liderar una expedición que abra nuevas comunicaciones entre continentes, y por sus lesiones, convertirse en protagonista de poemas heroicos de determinación y resistencia; y al cabo de unos cuantos meses, puede regresar y ver que sus vecinos siguen quejándose como antes, o que el mismo caballero mayor le acompaña hablando por la acera, sacudiendo la cabeza ante el mismo chico de la carnicería, y deteniéndose ante el mismo escaparate para ver los mismos grabados. Si el pensamiento más rápido tiene la velocidad de un galgo, se supone que el más lento, debe moverse como las lapas, que parecen estar adheridas, pero que tras un buen rato se distingue una ligera progresión. Estas diferencias se manifiestan en la intensidad variable de lo que llamamos experiencia humana, desde el ímpetu revolucionario que nos cambia por dentro y por fuera, hasta esa repetición tranquila de lo familiar, que no tiene más épocas que aquellas del hambre y los cielos.

Algo de este contraste sucedió durante ese año que había convertido a la brillante y segura Gwendolen Harleth del Encuentro de Arqueros en la penitente abatida empujada a confesar su indignidad por no merecer la felicidad; mientras, su familia se había quedado en Pennicote sin más cambios que algunos hábitos externos, y algunos reajustes en las perspectivas y las intenciones por la reducción de los ingresos, las visitas y los halagos. La rectoría era un hogar tan agradable como antes: las peonías rojas y rosas sobre el césped, las

filas de malvarrosas en los setos, habían florecido tan bien este año como el anterior: el rector conservaba su animada confianza en la benevolencia de sus superiores y su decisión de merecer su aprobación por la diligencia en cumplir con sus deberes, se dieran cuenta o no; no hacía nada únicamente para promocionarse, excepto, tal vez, escribir un par de artículos eclesiásticos, que al no llevar firma, todo el mundo los atribuía a cualquier otra persona, salvo los superiores, a los que había mandado una copia especial, los cuales conocían ciertamente al autor pero no leían los artículos. El rector, sin embargo, no tenía ni más ligera sospecha sobre este punto: ponía notas marginales en estas copias especiales para entregarles un estudio más interesante, y le satisfacía que el Archidiácono y las demás autoridades no tuvieran nada que decir contra el tenor general de su argumentación. ¡Autoría pacífica!, al vivir al aire libre entre los campos y las colinas, y no en el meollo de la crítica, sin la eficiencia dantesca, pero alimentado con la complacencia, y tal vez con una sensación de producción más grande que la de una entera *Divina Comedia*. Además, el padre había recuperado su complacencia por su hijo favorito, una felicidad que era más grande que la pérdida de mil ochocientas libras al año. Cualquiera que fuese la naturaleza del cambio oculto operado en Rex por la decepción de su primer amor, aparentemente era bastante secundario respecto la evidencia de una ambición más seria que provenía de los infortunios de la familia; ciertamente, el señor Gascoigne estaba dispuesto a considerar el pequeño asunto que le había causado tanta ansiedad el año pasado como la evaporación de la humedad superficial, una especie de toque final al proceso de cocción que requiere la masa humana. Rex acababa de bajar a la rectoría para hacer una visita de verano, llevando a casa a Anna, y a la vez que se comportaba casi del todo con su antigua vivacidad con sus hermanos y hermanas, continuó en sus vacaciones con el hábito del estudio entusiasta, levantándose pronto por la mañana y retirándose pronto por las noches para seguir con su plan fijado de estudio.

—¿No te arrepientes de escoger las leyes como profesión, Rex? —le dijo su padre.

—No podía haber antepuesto ninguna profesión a esta —dijo Rex —. Me gustaría terminar mi vida siendo un juez de primera, y ayudar a formar un código. Le doy la vuelta a la famosa sentencia. Yo diría—: «Dejadme a mí hacer las leyes, y ya habrá quien componga baladas»[283].

—Tendrás que recoger una inmensa cantidad de basura, supongo, eso es lo peor de todo —dijo el rector.

—No veo por qué las leyes basura son peores que la basura de cualquier otro tipo. No son tan malas como la literatura basura con la que la gente se embota la mente. No le hace a uno tan estúpido

Nuestros hombres más ingeniosos han sido a menudo abogados. Me parece mejor ver las cosas de una forma ordenada como casos y evidencias que una serie de chismes que ni dicen nada ni conducen a nada. Y, además, desde un punto de vista más elevado, los cimientos y el desarrollo de la ley constituyen los aspectos más interesantes de la filosofía y de la Historia. Por supuesto habrá una parte que será aburrida, pesada y tal vez exasperante. Pero las grandes conquistas en la vida no se consiguen fácilmente, así lo veo yo.

—Bien, hijo mío, el mejor augurio para el éxito en una profesión es verla como la mejor del mundo. Pero creo que sucede con cualquier trabajo cuando un hombre lo emprende con determinación. Brewitt, el herrero, me dijo el otro día que su aprendiz no se implicaba en el trabajo; «pero claro, señor —dijo Brewitt—, ¿qué esperamos si no le gusta trabajar de herrero?».

El rector sentía un orgullo paternal, que solo dejaba entrever con moderación. En cuanto a Warham, que había ido a la India, no le había costado dejarle marchar, pero Rex era ese romance de la vida tardía que un hombre encuentra a veces en un hijo al que reconoce como superior a él, imaginándoselo en el futuro como una eminencia, según varios ejemplos famosos. Solo fue a su mujer a quien le dijo con decisión:

—Rex será un hombre distinguido, Nancy, estoy seguro de ello, tan seguro como lo estaba el padre de Paley[284] de su hijo.

—¿Fue Paley un solterón? —dijo la señora Gascoigne.

—Eso no viene a cuento, querida —dijo el rector, que no recordaba ese detalle irrelevante. Y la señora Gascoigne sintió que había mostrado su debilidad al decir eso.

Esta forma tranquila de pasar el tiempo en la rectoría la compartía el grupo que había cambiado la dignidad marchita de Offendene por la casita blanca situada a menos de una milla, bien cercada por árboles de hoja perenne, y conocida por los aldeanos como “Jodson’s”. El delicado rostro de la señora Davilow mostraba solamente un ligero incremento de su melancolía habitual, sus cabellos solo unas pocas canas más, consecuencia de los pleitos del último año; las cuatro niñas habían florecido un poco al no estar tan a la sombra; y la buena Jocosa conservaba su preciada neutralidad hacia los placeres y los encantos del mundo, que consideraba como cosas hechas para los que no estaban “en una situación”.

La baja y estrecha sala de estar, alargada por dos originales ventanales salientes, con las rejillas abiertas de par en par en una tarde de julio recibiendo el aroma de las rosas del mes, los débiles murmullos del jardín, y los sonidos ocasionales de los cascos de caballos y de ruedas de carros que parecían remarcar el pacífico silencio, constituían una escena animada y concurrida, teniendo en

cuenta que Rex y Anna se habían unido al habitual grupo de seis personas. Anna, a la que querían mucho sus primas más jóvenes, tenía mucho que contar de su nueva experiencia y de la gente que conoció en Londres, y cuando vino sola por primera vez, le preguntaron muchas cosas sobre la casa de Gwendolen en la Plaza Grosvenor, qué había dicho la misma Gwendolen de ella, y qué habían dicho los demás sobre Gwendolen. ¿Había ido Anna a ver a Gwendolen al enterarse de que se iban a ir en yate? No. Una respuesta que dejaba libre la especulación con todo lo conectado con ese interesante navío desconocido más allá del hecho de que Gwendolen les había escrito antes de partir diciendo que el señor Grandcourt y ella iban a ir en yate por el Mediterráneo, y luego volvió a escribir desde Marsella diciendo que estaba segura de que le encantaría el viaje en yate, que las cabinas eran muy elegantes, y que probablemente no enviaría ninguna otra carta hasta que hubiera escrito en su diario una gran cantidad de *dittos*. Además, el desplazamiento del señor y la señora Grandcourt había sido mencionado en "el periódico"; así que esta nueva fase de la excitante vida de Gwendolen era una parte especial del gran romance de sus hermanas, e Isabel, la devoradora de libros, ya imaginaba que se enfrentarían con uno o dos piratas en una aventura que terminaría bien.

Pero cuando estuvo Rex presente, las chicas, según las instrucciones que les dieron, no sacaron a colación el tópico fascinante, y ese día solo hubo animadas descripciones de los Meyrick y de sus extraordinarios amigos judíos, lo cual suscitó preguntas asombradas por parte de algunas mentes para quienes la idea de judíos de verdad, no de libro, sugería una profunda diferencia casi zoológica, como si fuera una raza extraña de la Historia Natural de Plinio el Viejo[285] que pudiera dormir bajo la sombra de sus propias orejas. Bertha no podía imaginarse en qué creían ahora los judíos; y tenía una idea difusa de que rechazaban el Antiguo Testamento porque demostraba el Nuevo; la señorita Merry pensaba que «nunca podría discutir en serio con Mirah y su hermano», y a la amable Alice no le importaba lo que creyeran los judíos, estaba segura de que «no podría soportarlos». La señora Davilow la corrigió diciéndole que las grandes familias judías que estaban en sociedad se comportaban como debían tanto en Londres como en París, pero admitió que los judíos comunes no convertidos eran inaceptables; e Isabel preguntó si Mirah hablaba como ellos, o si podías estar con ella y no descubrir que era judía.

Rex, que era del todo imparcial con los Israelitas, al haber conocido a un inoportuno judío que le había llenado la cabeza con las minucias de su historia antigua, se divertía exagerando jocosamente las ideas de cada uno, mientras Anna les suplicaba que entendieran

que solo estaba bromeando, cuando las risas quedaron interrumpidas por una carta que llegó para la señora Davilow. Un mensajero la había traído corriendo a toda prisa desde la rectoría. Encerraba un telegrama, y mientras la señora Davilow lo leía y releía alterada y en silencio, todos los ojos estaban fijos en ella con ansiedad, pero ninguno se atrevía a hablar. Levantando al fin la vista y viendo los jóvenes semblantes "pintados de miedo" pensó que podían estar imaginándose algo peor que la verdad, algo así como su propio temor inicial que le hizo al principio incapaz de entender lo que había escrito, y dijo, con un sollozo que era casi un alivio:

—Queridos, el señor Grandcourt… —Hizo una pequeña pausa, y luego continuo—: El señor Grandcourt se ha ahogado.

Rex se puso en pie como si hubiera entrado de repente un misil en la habitación. No pudo evitarlo, y la primera mirada de Anna fue hacia él. Pero luego, controlándose un poco, mientras la señora Davilow leía lo que el rector había escrito en el telegrama, dijo:

—¿Hay algo que pueda hacer, tía? ¿Puedo llevar algunas palabras tuyas a mi padre?

—Sí, querido. Dile que estaré a punto, es muy bueno. Dice que irá conmigo a Génova; estará aquí a las seis. Jocosa y Alice, ayudadme a prepararme. Ella está a salvo… Gwendolen está a salvo… pero debe estar enferma. Estoy segura de que está muy enferma. Rex, querido, Rex y Ana, id y decid a vuestro padre que estaré preparada. Por nada del mundo perdería otra noche. Dadle ya las gracias por estar a punto tan pronto. Puedo viajar noche y día hasta que lleguemos allí.

Rex y Anna salieron corriendo bajo la solana, que de repente se convirtió en algo solemne para ellos, sin decirse una palabra entre ellos: ella iba sobre todo ansiosa por que no se abriera la herida de su hermano, y este luchaba con un tumulto de pensamientos que eran una ofensa para su buena voluntad. Los pensamientos se calmaron al llegar a la puerta de la rectoría, y dijo:

—Nannie, te dejo que se lo cuentes todo a mi padre. Si me llama, házmelo saber. Yo esperaré en el bosque diez minutos, solo diez minutos.

¿Quién no ha dejado volar egoístamente la imaginación, acariciando consecuencias codiciadas sobre su futuro a costa de la desgracia, la pena o la muerte de otro? La promoción esperada o la herencia es un tipo de tentación común que nada más materializarse en palabras o incluso en plegarias provoca un rechazo severo de los pensamientos más insistentes, y a veces llega uno a avergonzarse profundamente de ello, más que si de un compañero desagradable se tratase. Para la naturaleza de Rex, la vergüenza vino al instante, y se extendió como una luz horrible sobre las imágenes de lo que podría suceder, las cuales daban vueltas a la idea de que Gwendolen volvía a

quedar libre, y se extendió sobre ellas, tal vez de forma más persistente porque cada rayo de esperanza era rápidamente contrarrestado por un obstáculo aún más imponente. Ante la imagen de "Gwendolen libre" se lazaba la visión impasible de "Gwendolen rica, exaltada, agasajada"; y si en la etapa anterior, cuando ambas vidas eran lozanas, ella se había apartado de su amor con repugnancia, ¿qué motivos había para creer que su corazón estaría más abierto hacia él en el futuro?

Estos pensamientos, a pesar de querer controlarlos y dejar a un lado, eran como un ruidoso tintineo del que no podía escapar corriendo. Durante ese último año, había conseguido llegar a un estado de calma, y ahora parecía que con solo tres palabras toda esa difícil tarea se venía abajo, colocándole de nuevo ante las fluctuaciones desdichadas de una añoranza que él mismo reconocía como desquiciante y desesperada. Y en este momento, la actividad de tal anhelo era tan inoportuna que se le hacía repulsiva. Perdonad al pobre Rex; no hacía mucho más que dieciocho meses desde que había sido abatido por una arquera que a menudo cargaba sus flechas con un sutil veneno de efectos prolongados. La decepción de una pasión juvenil tiene efectos tan incalculables como la viruela que puede convertir a una persona mediocre en un genio, a una menos mediocre en más estúpida, a otra precisamente en mediocre sin detrimento de su locura, o dejar tal vez a la mayoría sin cambios aparentes. Todo depende, no en el mero hecho de la decepción, sino en la naturaleza a la que afecta y la fuerza que la agita. Para la naturaleza bien dotada de Rex, aunque la esperanza había sido breve, la agitación pasional había calado hondo, y el efecto de la decepción fue del todo revolucionario, aunque de ella aprendió una nueva forma de vivir sin perder sus antiguas virtudes; en cierta manera, creía que había determinado su forma de ver las cosas. Ahora, sin embargo, parecía que su paz interior no era mayor que la que tuvo la Florencia republicana, y que su corazón se movía al ritmo de esos timbres que espolean a los trabajadores.

El amor de Rex había sido como el que conocían y cantaban los antiguos: repentino, penetrante y asfixiante, y al proclamarlo de esta forma crearon una manera de hablar entre la gente de hoy en día cuya experiencia no tiene en absoluto ese carácter fiero y demoníaco. Tener la conciencia empapada de repente con la personalidad de otro, tener poseídas las inclinaciones más fuertes por una imagen dominante a pesar de que cambie y dejando a un lado si lo merece o no, y más aún, sentir una pasión agravada por las trágicas punzadas infringidas por una indignidad reorganizada y cruel, es una fase del amor que para los débiles y mediocres, tiene una semejanza repulsiva con su ciego animalismo, insensibles a las más alta influencia de la afinidad moral

o de la admiración celestial. Pero cuando esta fuerza que atrapa se hace presente, no en una naturaleza bruta e inalterable, sino en una cuya dignidad puede comprometerse con seguridad, puede desembocar en una devoción perfectamente apropiada para ser llamada divina en un sentido más elevado que el de los antiguos. La flemática racionalidad se queda mirando y niega con la cabeza estas atracciones inexplicables, pero es tan innegable que existen como los vientos y las olas, causando aquí un naufragio y allí un viaje triunfal.

Este tipo de pasión había anidado en el fuerte y afable Rex, y había decidido llevarla como compañera, como si fuera un objeto sumamente querido, afligido y desvalido, que fuera a convertir el futuro de ternura en una sombrea del pasado. Pero también había decidido que su vida no iba a empobrecerse por haber renunciado a un tipo de alegría; más bien, había empezado de nuevo, recontando los tesoros que le quedaban, e incluso había sentido un descargo de poder como el que deja de temer de sí mismo.

Y ahora, ahí estaba, paseando por los arbustos, enojado consigo porque la sensación de irrevocabilidad de su suerte, que debería haber sido tan fuerte como siempre, había sido sacudida por un cambio de circunstancias que no cambiaban nada por lo que a él se refería. Se dijo cuál era la verdad amargamente:

«Ella nunca me amaría; y esa no es la cuestión, nunca podría acercarme a ella como pretendiente en su posición actual. La verdad es que no soy nadie, y probablemente no lo seré hasta que mis cabellos se vuelvan grises. ¿Pero qué tiene eso que ver? A ella no le importaría fuese lo que fuese, ni yo se lo pediría. Es mezquino pensar en eso ahora, peor que esconderse en el campo de batalla para saquear a los muertos; no hubo jamás pecado más gratuito. No tengo nada que ganar allí, absolutamente nada… Entonces, ¿por qué no puedo encarar los hechos, y comportarme como se debe, en lugar de dejar que mi padre suponga que hay asuntos de los que no me puede hablar, aunque pueda ser útil en ellos?».

El último pensamiento le impulsó a entrar con firmeza en la casa y cruzar la puerta abierta del estudio, donde vio a su padre preparando la maleta de viaje.

—¿Puedo serle de ayuda, señor? —dijo Rex, con reanimado coraje, a la vez que su padre levantaba la vista hacia él.

—Sí, hijo mío; cuando me haya ido, mira mis cartas y contesta las necesarias, y tenme al cargo de todo. Dymock llevará la parroquia muy bien, y tú te quedarás con tu madre, o al menos, irás viniendo por aquí hasta que vuelva, sea cuando sea.

—Supongo que apenas estará fuera mucho tiempo —dijo Rex, atando una alfombrilla para el viaje en tren—. ¿Traerá a mi prima de vuelta a Inglaterra? —Se obligó a sí mismo a hablar de Gwendolen por

primera vez, cosa que satisfizo al rector.

—Eso depende —contestó, dando por sentado que no había problema en hablar del tema—. Tal vez su madre se quede con ella allí, y yo pueda volver muy pronto. Este telegrama nos deja en una ignorancia bastante ansiosa. Pero sin duda los arreglos al testamento que se hicieron últimamente son satisfactorios, e incluso puede que nos encontremos con que esté por nacer un heredero. En cualquier caso, estoy seguro que Gwendolen va a estar muy bien provista, espléndidamente, espero.

—Tiene que haber sido una gran conmoción para ella —dijo Rex, más decidido ahora que había pasado la primera punzada—. Supongo que él era un marido consagrado.

—Sin ninguna duda —dijo el rector, con firme decisión—. Pocos hombres de su posición habrían hecho lo que él bajo esas circunstancias.

Rex nunca había visto a Grandcourt, nunca le había hablado de él nadie de la familia, y no sabía nada de la huida de Gwendolen de su perseguidor a Leubronn. Solo sabía que Grandcourt, estando muy enamorado de ella, se le había declarado en las primeras semanas de su repentina pobreza, y se había comportado de forma muy elegante al mantener a su madre y a sus hermanas. Todo eso era muy natural y era lo que al mismo a Rex le habría gustado hacer. Grandcourt había sido un tipo con suerte, y tuvo algo de felicidad antes de ahogarse. Aun así, Rex se preguntaba si Gwendolen había estado enamorada de su exitoso pretendiente, o simplemente se había abstenido de decirle que odiaba ser cortejada.

CAPÍTULO 59

Nunca me considero más dichoso
que cuando puedo recordar a mis buenos amigos.
SHAKESPEARE[286]

Sir Hugo Mallinger no tuvo tanta prisa en partir para Génova como la había tenido el señor Gascoigne, y Deronda no iba a marcharse de ninguna manera hasta no haber visto al baronet. La razón no era solo la muerte de Grandcourt, sino sobre todo la reciente crisis de su propia vida, por lo que su amigo más antiguo desearía tener una larga conversación con él, ya que al escribirle no había sido capaz de contarle nada sobre la madre que había venido y se había ido como una aparición. No fue hasta la quinta noche que Deronda, según el telegrama, fue a esperarle a la estación, donde iba a llegar entre las ocho y las nueve; y mientras esperaba con ganas volver a ver ese rostro amable, familiar, que era parte de sus primeros recuerdos, algo así como una sonrisa —a pesar de su trágica experiencia reciente— se había dibujado en sus ojos y en la curvatura de sus labios ante la idea de la satisfacción de Sir Hugo de ser ahora el dueño de sus fincas, pudiendo dejárselas en herencia a sus hijas, o al menos —según un punto de vista fuertemente impreso en la imaginación de Deronda— que pasara por sucesión femenina a un heredero que pudiera ser un nieto. Seríamos criaturas muy toscas si no pudiéramos compartir la alegría de nuestros compañeros mortales, a menos que fuera por nuestra teoría de la correcta distribución de la riqueza y de nuestro ideal de bien humano: ¡qué muecas más agrias formarían nuestros labios! ¡qué miradas más heladas, nuestros ojos! Y además, nuestras propias posesiones y deseos no se ajustarían exactamente a nuestro ideal. Tenemos que aceptar algo la imperfección; y gracias a Dios, felizmente, es posible sentir gratitud incluso al darnos cuenta de un error que puede haber sido nocivo, cuando el vehículo del error es una intención cariñosa causada por las buenas acciones de toda una vida. Deronda no podía aceptar que Sir Hugo hubiera sido el causante de una falsedad —sí, una falsedad—; no podía llamar de una manera más suave la forma en que le habían ocultado las cosas a él. Pero el

baronet probablemente no se habría planteado el abuso de confianza de la madre, y con su forma ligera y amable de tomarse la vida, había visto razonable la preferencia de que su hijo creciera como un caballero inglés, al ver que su excentricidad llegaba al punto de no querer cuidar de su hijo, y hacerle creer que ella no existía. La gratitud afectuosa de Daniel hacia Sir Hugo le hacía desear encontrar motivos de excusa más que de culpabilidad; pues es tan posible ser rígido de principios y blando al culpar, como lo es sufrir a la vista de las cosas mal colgadas, y aúna sí ser paciente con el que las ha colgado mal. Si Sir Hugo antes de casarse había albergado la idea errónea de considerar a los hijos como un producto cuya finalidad es la de hacer la vida más agradable a los adultos, cuya comodidad dependía de disponer de ellos, ¡vaya! había compartido ese supuesto, aunque no lo hubiera reconocido formalmente, y lo había llevado a cabo el día en que le acogió; y Deronda, con todos los recuerdos que tenía de la dolorosa lucha interior que había sufrido en su infancia, se acordaba también de los signos excluidos de su experiencia por la concepción de Sir Hugo. La amabilidad ignorante puede tomar la forma de crueldad; pero enfadarse con ella como si fuera la crueldad directa sería una forma de grosería ignorante, la forma más alejada de la indulgencia de Deronda hacia los demás. Y tal vez ahora, tras repasar las escenas de los últimos diez días, en los que se habían alzado los velos que ocultaban los secretos de las vidas que no eran como la suya, estaba más dispuesto que nunca a frenar el ímpetu de la indignación o el resentimiento, que tiene una desagradable semejanza con las ganas de castigar. Cuando vio la figura familiar de Sir Hugo descendiendo del vagón del ferrocarril, el afecto de una vida, acostumbrado a excusar, enterró cualquier conocimiento nuevo que hubiera podido justificar un motivo de culpabilidad.

—Bien, Dan —dijo Sir Hugo, con serio fervor, agarrando fuertemente la mano de Deronda. No pronunció más palabras que esas en su saludo; había una fuerte corriente de entendimiento entre ellos. Lo siguiente era dar órdenes al mensajero, y luego propuso dar un paseo lentamente, siendo suave la noche, y no habiendo prisa en llegar al hotel.

—El viaje me ha ido muy bien, y estoy en excelentes condiciones —dijo, mientras él y Deronda paseaban bajo la luz de las estrellas, débil todavía por el brillo decreciente del día—. No me di mucha prisa en partir, porque quería averiguar ciertas cosas, así que pude ver tu carta a Lady Mallinger antes de salir. Pero dime, ¿cómo está la viuda?

—Se está calmando —dijo Deronda—. Parece estar saliendo de la enfermedad corporal que cualquiera habría esperado, tras la inmersión y la terrible emoción. Su tío y su madre llegaron hace dos días, y la están cuidando muy bien.

—¿Alguna expectativa de que nazca un heredero?

—Por lo que me dijo el señor Gascoigne, deduzco que no. Habló como si de ello dependiera las haciendas que pudiera tener la viuda en su vida.

—No significará mucho, me imagino, la pérdida de su marido —dijo Sir Hugo, volviéndose hacia Deronda.

—Le ha causado una gran impresión su muerte repentina —dijo Deronda, evadiendo el comentario.

—Me pregunto si Grandcourt le había mostrado cuál era su situación en el testamento —dijo Sir Hugo.

—¿Usted la conoce, señor? —inquirió Deronda.

—Sí —dijo el baronet rápidamente—. ¡Gad! Si no hay perspectivas de que haya un heredero legítimo, lo ha dejado todo a un chico que tuvo con una tal señora Glasher; supongo que no sabes nada del asunto, pero era una especie de amante que tuvo durante muchos años; y hay otros tres hijos, niñas. El chico va a heredar el título de su padre; ya se llama Henleigh, y ahora va a ser Henleigh Mallinger Grandcourt. Me alegra decir que el nombre de Mallinger no le va a ser de ninguna utilidad; pero el chaval va a tener más que suficiente hasta su minoría de catorce años, y no necesita tapar agujeros con mis cincuenta mil libras de Diplow, a las que no tiene derecho: y mientras tanto, mi belleza, la joven viuda, va a tener que conformarse con la pobre cantidad de dos mil libras al año y la casa de Gadsmere; un buen castigo si eligiera encerrarse allí, cosa que no creo que haga. La madre del chico ha estado viviendo allí los últimos años. Estoy muy disgustado con la decisión de Grandcourt. No creo que esté obligado a pensar mejor de él porque se haya ahogado, aunque en lo que a mis asuntos se refiere, no ha hecho nada mejor en su vida que abandonarla.

—En mi opinión se equivocó en casarse con su mujer, no en dejar sus bienes al hijo —dijo Deronda, más bien con brusquedad.

—No digo nada en contra de que deje las tierras al chico —dijo Sir Hugo—; pero dado que se casó con esta chica, debería haberla dejado con una buena provisión, para permitirle vivir conforme al rango a la que la había elevado al casarse con ella. Debería haberse quedado con cuatro o cinco mil libras al año y la casa de Londres durante el resto de su vida; eso es lo que yo habría hecho por ella. Supongo, que al estar sin dinero, sus amigos no se imaginaban que les tocaría algo, pues no vale la pena confiar en el testamento que un hombre hace justo después de casarse. Incluso un hombre prudente deja generalmente constancia de su locura en su testamento (mi padre lo hizo, por ejemplo); y si una persona quiere despreciar realmente a alguien cercano o tiene algo en contra suya, va a utilizar probablemente ese documento para hacerlo. Resulta claro que

Grandcourt quería que su muerte apagara del todo a su mujer, si esta no le daba herederos.

—Y en el caso contrario, supongo que la que habría resultado apagada sería la ilegítima —dijo Deronda, con cierto desprecio.

—Exacto: Gadsmere y las dos mil al año. Es raro. Me fastidia que Grandcourt me haya hecho su ejecutor testamentario; pero considerando que era el hijo de mi único hermano, no puedo negarme a actuar. Y me importaría menos si pudiera ser de alguna utilidad a la viuda. Lush cree que ella no ignoraba la presencia de la familia ilegítima, ni el propósito del testamento. Insinúa que la pareja no se entendía muy bien. Pero me imagino que tú eres el que sabías más sobre lo que sentía o no sentía la señora Grandcourt, ¿no, Dan? —Sir Hugo no formuló está pregunta con su jocosidad habitual, sino más bien con un tono bajo de interés indagatorio; y Deronda pensó que cualquier evasión sería malinterpretada. Contestó con gravedad:

—Ciertamente no era feliz. No estaban hechos el uno para el otro. Pero en cuanto a la distribución de la propiedad, por lo que he visto de ella, me atrevería a decir que estará bastante satisfecha.

—Entonces no se parece mucho a las de su sexo; es todo lo que puedo decir —dijo Sir Hugo, encogiéndose un poco de hombros—. Sin embargo, debería ser algo extraordinario, pues debe haber cierta relación entre tu horóscopo y el suyo, ¿eh? Cuando llegó el terrible telegrama, lo primero que dijo Lady Mallinger fue: «¡Qué extraño que sea Daniel el que lo envíe!». Pero a mí me ocurrió una vez una cosa parecida. Estaba en un hotel extranjero en el que había una dama a la que su marido no le había dejado dinero. Cuando me enteré, y me presté a ayudarla, me di cuenta de que era un antiguo amor mío de juventud, que había sido tan tonta como para casarse con un barón austríaco con mucho bigote y poco afecto. Pero era un asunto mío lo que me había llevado allí, nada que ver con la caballería andante, igual que nada tenía que ver tu estancia en Génova con los Grandcourt.

Hubo un silencio durante unos momentos. Sir Hugo había empezado a hablar de los Grandcourt, siendo el tema menos incómodo entre él y Deronda; pero ambos deseaban superar esa resistencia a mostrarse francos sobre lo que significaba la relación que había entre ellos. Deronda se dio cuenta de que su carta, después de la primera entrevista con su madre, más que romper el hielo, lo había hecho aumentar de grosor, y que debía esperar que fuese Sir Hugo el que comenzara a debilitarlo. Justo cuando estaban perdiendo de vista el puerto, el baronet se giró, y deteniéndose como para mirarlo por última vez, dijo en un tono más serio:

—¿Y qué hay del motivo principal por el que viniste a Génova, Dan? No te ha apenado profundamente nada de lo que has oído,

espero. ¿No hay nada que creas que cambie en tu posición? Ya sabes que todo lo que te pasa es para mí de suma importancia.

—Me encantaría abusar de su bondad confiándoselo todo, señor —dijo Deronda—. Pero no puedo responder a esas cuestiones con sinceridad simplemente con un sí o un no. Mucho de lo que he oído sobre mi pasado me ha apenado. Y me ha dolido encontrar a mi madre y que me obligase a separarme de ella, viéndola sufrir tanto. Pero no me supone pena alguna: es más bien un esclarecimiento de mis dudas, por lo cual me siento agradecido, sabiendo ya cuál es mi parentesco. En cuanto a lo que supone a mi posición, mi gratitud hacia usted no cambia nada, señor, por el cuidado y el afecto paternal que siempre me ha mostrado. Pero saber que nací judío puede tener una influencia trascendental en mi vida, que apenas puedo explicarle por el momento.

Deronda dijo la última frase con una determinación que superó cualquier falta de seguridad en sí mismo. Se daba cuenta de que poco a poco se iban a ir marcando más de lo que nunca había sido necesario las diferencias entre la naturaleza de Sir Hugo y la suya propia. El baronet lo miró de reojo y continuó caminando. Tras un momento de silencio, que aprovechó para revisar todo el material en sus recuerdos que le permitieran interpretar las palabras de Deronda, dijo:

—Hace tiempo que espero algo extraordinario de ti, Dan; pero, por el amor de Dios, ¡no se te ocurra meterte en excentricidades! Puedo tolerar la diferencia de opinión de cualquiera, pero que me la exponga sin que se vuelva un lunático. A estas alturas del mundo, si un hombre quiere ser tomado en serio, debe dejarse de melodramas. No me malinterpretes. No es que sospeche que la locura provenga de ti. Solo creo que te podría estar influenciando un lunático, sobre todo si es alguien que necesita protección. Te apasiona la gente que es atacada, Dan. Yo también siento lástima por ellos, pero en lo que se refiere a compañías, son un mal campo de elección. Sin embargo, no te pido que anticipes tu inclinación por las cosas que tengas que contarme. Cuando decidas hacer algo que requiera dinero, tengo dieciséis mil libras guardadas para ti, más de lo que querrías tener como ingresos. Y ahora que he venido, supongo que desearás volver a Inglaterra lo antes posible.

—Tengo que ir primero a Mainz a por un cofre de mi abuelo, y tal vez a ver a un amigo de él —dijo Deronda—. Aunque el cofre ha estado allí durante estos veinte años, tengo cierta ansiedad nerviosa del todo irracional para tenerlo cuanto antes a mi cargo, como si fuera ahora más probable que le fuera a pasar algo. Y quizás estoy aún más nervioso porque me demoré cuando mi madre se fue, en vez de partir inmediatamente. Aun así no lamento no haberme ido: si no, la señora

Grandcourt no habría tenido más que sirvientes para atenderla.

—Sí, sí —dijo Sir Hugo, con una frivolidad que era en realidad un escape al enojo que escondía bajo su seria forma de hablar—; espero que no vayas a sustituir a un judío muerto por un cristiano vivo.

Deronda enrojeció, y reprimió la réplica. Estaban ya regresando al *Italia.*

CAPÍTULO 60

Pero ya no diré nada más de esto por ahora; pues es algo que hay que sentir y no simplemente hablar de ello; y los que nunca lo tocaron con sus dedos puede que se rían de esto en su interior pero no ser los que más lo conocen.

JEREMY TAYLOR[287]

El emperador romano de la leyenda condenó a muerte a diez israelitas eruditos para vengar la venta de José por parte de sus hermanos. Y siempre habido quien pensara así, aquellos cuya piedad reside en el castigo, aquellos que ven la justicia del rencor pero no la de la gratitud. Pues nunca serás capaz de convencer al sentimiento más fuerte que no tiene la mayor razón, ni convencerás al que no tiene amor de que hay buenos motivos para amar. Tal como nos muestra el orden de la formación de las palabras, el amor precede a lo amable, lo que puede ser amado.

Cuando Deronda enseñó su carta en la casa de la banca de la calle *Schuster* en Mainz, y preguntó por Joseph Kalonymos, le condujeron a una habitación interior en la que estaba sentado en una mesa despachando cartas abiertas el hombre de barba blanca que había visto el año anterior en la sinagoga de Frankfurt. Llevaba puesto su sombrero —parecía el mismo viejo sombrero de fieltro que lucía entonces— y cerca de él había una maleta de viaje con un manto y una gabardina encima de ella. Al ver entrar a Deronda se levantó, pero no dio ningún paso ni le tendió la mano. Mirándole con ojos escrutadores que brillaban como gemas negras en medio de su rostro amarillento y su cabello gris, dijo en alemán:

—¡Bien! Es usted ahora el que me busca a mí, joven.

—Sí, he venido a verle con gratitud, como amigo de mi abuelo —dijo Deronda—, y estoy en deuda con usted por molestarse tanto por mí. —Habló sin dificultad en esa lengua liberal alemana que reúne tantos acentos extranjeros en su seno materno.

Kalonymos le tendió ahora la mano y dijo cordialmente:

—¿Así que ya no le enoja ser algo más que un inglés?

—Al contrario. Le agradezco de corazón que me ayudase a

librarme de permanecer en la ignorancia en cuanto a mi parentesco, y por guardar el cofre que mi padre le dejó confiado para mí.

—Siéntese, siéntese —dijo Kalonymos, en voz baja y hablando rápido, y se sentó de nuevo, a la vez que le señalaba una silla cercana. Luego, dejando a un lado deliberadamente su sombrero y mostrando una espesa cabellera que cubría su cabeza, de pelo blanco, se acarició la barba, estirándosela de vez en cuando, mientras examinaba atentamente el joven semblante que tenía ante sí. La sensibilidad imaginativa de Deronda se disparó durante ese momento: ante la presencia de uno de los más celosos amigos del abuelo que tenía esperanzas en él incluso antes de que naciera, y que desde la ultratumba iba a hablarle a través de esas memorias escritas que, dice Milton, «contienen una fuerza de vida tan potente como la del alma de la que provienen»[288], le parecía estar tocando la cadena eléctrica de su propio linaje; y soportó la mirada escrutadora de Kalonymos con un respeto venerable, algo así como lo que se siente en la conmemoración solemne de actos hechos hace tiempo pero que todavía persisten en la vida presente. Es imposible para los hombres de pocas miras, hombres cuyo afecto no está preparado para extenderse más allá de toda imaginación, comprender ni dar crédito a esta sensibilidad de Deronda; pero existe, igual que la estupidez de estos hombres, a pesar de que no lo crean —y otorgaba a su rostro una expresión que parecía muy satisfactoria para el observador—.

Dijo en hebreo, citando a uno de los bellos himnos de la liturgia hebrea: «Así como tu bondad ha sido grande con las generaciones anteriores, sea igual con las que han de venir». Luego, tras una pequeña pausa empezó:

—Joven, me alegro de no haber partido de nuevo en uno de mis viajes, y que haya usted llegado a tiempo para que yo pueda ver la imagen de mi amigo como era en su juventud, ya no pervertida por la compañía de su gente, ya no encogiéndose con orgullosa ira ante el contacto de aquel que parecía reclamarle como judío. Viene con agradecimiento a reclamar el lazo parentesco del que le despojó un artificio malvado. Viene con el alma deseosa para declarar: «Soy el nieto de Daniel Charisi». ¿No es así?

—Le aseguro que así es —dijo Deronda—. Pero déjeme decirle que en ningún momento de mi vida he tratado a un judío con desprecio porque fuera judío. Puede entender que me encogiera cuando tuve que decir a un extraño: «No sé nada de mi madre».

—¡Un pecado, un pecado! —dijo Kalonymos, levantando la mano y cerrando los ojos con aversión—. Un robo para nuestro pueblo, como cuantos nuestros jóvenes y doncellas fueron criados para la Edom romana[289]. Pero ha sido impedido. Yo lo he impedido. Cuando Daniel Charisi, ¡que su Roca y Salvador le guarde!, cuando Daniel Charisi era

un mozalbete y yo era un chiquillo que apenas le llegaba al hombro, hicimos una promesa solmene de ser siempre amigos. Dijo: "Unámonos para cumplir juntos el mismo deber, como si fuéramos hijos de la misma madre". Ese fue su empeño desde el principio hasta el final, como dijo: fortificar su alma con vínculos. Solía decir: «Unamos el amor con el deber; pues es deber amar a la ley; y la ley es la naturaleza del Eterno». Así que nos comprometimos juntos. Y aunque luego estuvimos separados en nuestras vidas, la unión no se rompió nunca. Cuando estaba muerto, intentaron robarle, pero no contaban conmigo. Rescaté lo que quedaba y que él había guardado para su descendencia. Y yo le he restaurado la descendencia que le quitaron. Le traeré el cofre enseguida.

Kalonymos abandonó la sala por unos minutos, y volvió con un empleado que llevaba el cofre, lo depositó en el suelo, quitó la cubierta de piel, y se fue de nuevo. No era muy grande, pero era pesado por los braceros ornamentales y los pomos de acero dorado. La madera estaba grabada con letras arábigas.

—¡Bien! —dijo Kalonymos, volviendo a su sitio—. Y aquí tenemos la curiosa llave —añadió, cogiéndola de una pequeña bolsa de piel—. Trátelo con cuidado. Confío en que es usted metódico y cauto. —Observó a Deronda con esa mirada controladora y ligeramente desconfiada típica de la gente mayor cuando deja cualquier cosa a la juventud.

—Lo cuidaré más que cualquier otra propiedad —dijo Deronda, sonriendo y guardándose la llave en el bolsillo de su chaqueta—. Nunca había tenido nada que fuera un signo así de mis ansiadas esperanzas y esfuerzos. Y nunca olvidaré que parte del esfuerzo ha sido de usted. ¿Tiene tiempo para contarme más cosas de mi abuelo? ¿O me estoy entrometiendo demasiado permaneciendo aquí?

—Quédese aquí unos días. Dentro de una hora y dieciocho minutos salgo para Trieste —dijo Kalonymos, mirando su reloj—, y luego mis hijos reclamarán mi atención. ¿Me permitirá entonces que le conozcan, para que puedan tener el placer de mostrar su hospitalidad al nieto de mi amigo? Viven aquí con todo lujo y comodidad, aunque yo elegí ser un vagabundo.

—Me encantará conocerlos en otra oportunidad futura —dijo Deronda—. Me reclaman con urgencia en Inglaterra, amigos que pueden necesitarme. He estado apartado de ellos demasiado tiempo por unas circunstancias inesperadas. Pero saber más de usted y de su familia sería motivo suficiente para volver de nuevo a Mainz.

—¡Bueno! Es difícil que vuelva a encontrarle, pues ya paso de los setenta años, y soy un trotamundos, y llevo la mortaja conmigo. Pero mis hijos y sus niños viven aquí juntos llenos de riquezas. Los días han cambiado para nosotros desde que Carlomagno sacó a mis

antepasados de Italia para llevar un poco de conocimiento a nuestros rudos hermanos alemanes. Yo y mis contemporáneos hemos tenido que pasar por eso también. Nuestra juventud coincidió con los peores días; pero al final ganamos; nos hicimos más ricos, y todo el conocimiento que tiene Alemania se ha alimentado de muchos cerebros judíos, aunque no siempre conservan su corazón judío. ¿No le ha contado nadie la historia de su pueblo, joven?

—No —dijo Deronda—, en los últimos tiempos, antes de que tuviera la más mínima sospecha de mi parentesco, algo me llevó a estudiar todo lo relacionado con su historia con más ahínco que cualquier otro tema. Parece que estaba preparándome para entender un poco a mi abuelo. —Estaba ansioso para que no se les acabara el tiempo antes de poder volver al tema que más le preocupaba. La edad no distingue fácilmente entre lo que necesita expresar y lo que la juventud necesita saber, la distancia parece nivelar los objetos del recuerdo; y por lo profundamente activo que se mostraba Joseph Kalonymos, una pincelada en el momento erróneo habría impedido que su imaginación volviera de Beyrout: estaba acostumbrado a relacionar los viajes incansables con observaciones formales. Pero la última frase de Deronda respondió a este propósito.

—Así que habría usted sido un hombre como él si su educación no se lo hubiera impedido; pues es como él en los rasgos: pero no en todos, joven. Mostraba una voluntad de hierro en su semblante: animaba a todo el mundo. Cuando era joven su ceja ya se marcaba de una forma especial. No veo nada de eso en usted. Daniel Charisi solía decir: «Mejor una voluntad equivocada que un dubitativo; mejor un enemigo acérrimo que un amigo dudoso; mejor una creencia falsa que no tener ninguna creencia en absoluto». Lo que más despreciaba era la indiferencia. Tenía muchas más razones de las que puedo darle.

—¿Pero sus conocimientos no eran escasos? —dijo Deronda, con una referencia tácita a la excusa habitual para la indecisión: que proviene de saber demasiado.

—¿Escasos? No —dijo Kalonymos, sacudiendo la cabeza con una sonrisa compasiva—. Desde su infancia, su alimento era el estudio, como lo es el agua de las plantas. Pero pronto se aficionó a la medicina y a las teorías sobre la vida y la salud. Viajó a muchos países, y pasó gran parte de su tiempo viendo y conociendo. En lo que solía insistir era en que la fuerza y la riqueza de la humanidad dependía del equilibrio entre la independencia y la comunicación, y estaba totalmente en contra de que nuestra gente se perdiera entre los gentiles; «No es mejor —decía— que el retorno de muchos tipos de grano de la variedad a la igualdad». Mezclaba todo tipo de conocimientos; y en eso era como nuestros escritores arábigos de la edad de oro. Estudiábamos juntos, pero él iba por delante. A pesar de

ser amigos íntimos, y se volcaba plenamente en mí, éramos tan diferentes como el interior y el exterior de un cuenco. Llegué a no tener opiniones propias: para mí lo que decía Charisi era como la forma de los árboles: estaban allí, y nadie lo discutía. Nos pasaba lo mismo a ambos; éramos judíos llenos de fe, agradecidos de no ser gentiles. Y desde que fui un hombre maduro, he sido lo que soy ahora, todo salvo la edad: me gusta vagabundear, las transacciones, observarlo todo, y no preocuparme por las dificultades. Charisi pensaba continuamente en el futuro de nuestro pueblo: se concentraba con toda su alma en esa parte de nuestra religión; yo, no. Mientras tengamos libertad, ya estoy contento. Nuestro pueblo erraba antes de que fuera conducido. Joven, cuando yo estaba en el este, me quedaba muchas veces sobre la cubierta para mirar las estrellas. Su vista me satisface. Las reconozco a medida que se elevan en el cielo, y no necesito saber más. A Charisi no le importaba no ver nada del presente, pues encajaba las piezas con lo que había ocurrido antes y lo que iba a ocurrir. Pero nos queríamos, y como decía él, unía nuestro amor con el deber; prometimos solemnemente ayudarnos y defendernos mutuamente hasta el final. Yo he cumplido mi promesa. —Al decir esto, Kalonymos se levantó, y Deronda, levantándose también, dijo:

—Y al haberle sido fiel a él, me ha hecho justicia a mí. Habría sido un robo también para mí no haber sabido nunca la herencia que él me había preparado. Se lo agradezco con toda mi alma.

—Sea digno de él, joven. ¿Cuál es su vocación? —La cuestión fue formulada con una rápida brusquedad que violentó a Deronda, que no creía que fuese honesto alegar la lectura de la ley como vocación. Respondió:

—No puedo decir que tenga ninguna.

—Consiga una, consiga una. El judío debe ser hacendoso. ¿Se considerará usted judío y profesará la fe de sus padres? —dijo Kalonymos, poniendo su mano sobre el hombre de Deronda y escudriñando su rostro.

—Me consideraré un judío —dijo Deronda, deliberadamente, y palideciendo bajo los ojos escrutadores de su observador—. Pero no creo que profese exactamente la fe que profesaron mis padres. Nuestros padres mismos cambiaron el horizonte de sus creencias y aprendieron de otras razas. Pero creo que puedo mantener la noción de mi abuelo del aislamiento con comunicación. Mantengo que mi primer deber es hacia a mi propio pueblo, y si algo puede hacerse para restaurar o perfeccionar su vida ordinaria, haré de eso mi vocación.

A Deronda le había ocurrido en esos momentos, como a veces les ha ocurrido a otros, que la necesidad de hablar marcó su decisión. El respeto que sentía hacia el que le hizo la pregunta le impedía dejarle

sin respuesta, y en la necesidad de contestar encontró la verdad por él mismo.

—Ah, discute y tiene esperanzas —es usted el nieto de Daniel Charisi —dijo Kalonymos, añadiendo una bendición en hebreo.

De esa forma se despidieron; y para cuando Deronda llegó a Londres, el hombre mayor estaba de nuevo en un barco, saludando a las amigables estrellas sin curiosidad ansiosa.

CAPÍTULO 61

El Amor anida bajo el corazón tierno, como lo hacen los pájaros bajo las verdes sombras de los bosques, antes del corazón tierno, no había Amor en el esquema de la Naturaleza, ni existían los corazones tiernos antes del Amor.

GUIDO GUINIZELLI[290]

Había otra casa además de la blanca casa de Pennicote, otro pecho además del de Rex Gascoigne, en el que las noticias de la muerte de Grandcourt causaron tanto una fuerte excitación como el esfuerzo de reprimirla.

Hans Meyrick tenía por costumbre enviar o traer él mismo el *Times* para que lo leyera su madre. Ella leía todo tipo de noticias, desde las de política de todas partes hasta la lista de matrimonios; lo último, decía, le daba la agradable sensación de acabar las novelas de moda sin tener que leerlas, y viendo que los protagonistas eran felices sin saber lo desgraciados que eran. Los miércoles siempre había razones para que Hans decidiera ir él mismo a por el periódico, y lo hacía más o menos cuando Mirah estaba a punto de acabar la lección semanal que impartía a Mab, y confesaba que llegaba entonces porque quería oír cantar a Mirah. Pero el miércoles en cuestión, tras entrar en la casa moviendo el picaporte tan silenciosamente como siempre, apareció en el recibidor agitando el *Times* en el aire con un ruido crujiente, sin remordimientos por interrumpir el intento de Mab de que el *Lascia ch'io pianga*[291] se pareciera remotamente a la interpretación de su maestra. Piano y canto cesaron inmediatamente; Mirah, que estaba tocando el acompañamiento, se levantó involuntariamente y se dio la vuelta, pues el ruido, entre todos los demás pequeños sonidos, le había parecido algo atronador; y Mab dijo:

—¡Oh, Hans! ¿Cómo es que nos traes un ruido más horrible que mi canto?

—¿Cuáles son las maravillosas noticias que traes? —dijo la señora Meyrick, que era la única otra persona en la habitación—. ¿Algo sobre Italia, algo sobre los austríacos dejando Venecia?

—Nada sobre Italia, pero algo de Italia —dijo Hans, con una

peculiaridad en su tono de voz y en sus formas que hizo que su madre se pusiera inmediatamente a interpretarlo. Imaginad como nos sentimos y nos comportamos algunos de nosotros cuando un suceso, no desagradable, parece confirmar y llevar a cabo nuestras estructuras privadas. Decimos: "¿Qué opinas?" en un tono elocuente a cierta persona inocente cuyos conocimientos no van en la misma línea que los nuestros, y encuentra débil nuestra información.

—¿Nada malo? —dijo la señora Meyrick con ansiedad, pensando inmediatamente en Deronda; y el corazón de Mirah se había encogido también con el mismo pensamiento.

—Nada malo para nadie que nos importe mucho —dijo Hans, rápidamente—; más bien algo inusualmente afortunado, creo. Nunca conocí a nadie que muriera tan a propósito. Teniendo en cuenta lo que llego a moverme, me sorprende que todavía yo siga vivo.

—¡Oh, por favor, Hans! —dijo Mab con impaciencia—, si tienes que hablar de ti mismo, que sea luego. ¿Qué es lo que ha pasado?

—El duque Alfonso se ha ahogado, y la duquesa está viva, eso es todo —dijo Hans, poniendo el periódico ante la señora Meyrick, con su dedo en un párrafo—. Pero lo mejor es que Deronda estaba en Génova en el mismo hotel que ellos, y la vio mientras los pescadores la traían, los cuales la habían rescatado de las aguas a tiempo para salvarla de cualquier daño. Parece que la vieron saltar cuando su marido cayó, lo cual fue una acción menos juiciosa de lo que habría cabido esperar de la duquesa. No obstante, Deronda es un tipo afortunado al haber estado allí y haber podido cuidar de ella.

Mirah se había dejado caer de nuevo en el taburete del piano, con los ojos cerrados y las manos apretadas con fuerza; y la señora Meyrick, entregando el periódico a Mab, dijo:

—¡Pobrecilla! Debía querer mucho a su marido para haber saltado después de que él cayera.

—Fue un descuido, un despiste momentáneo —dijo Hans, arrugando el rostro con picardía, y dejándose caer en una silla no lejos de Mirah—. ¿Quién puede querer a un barítono celoso, con miradas glaciales, siempre cantando de lado? Ese era el papel del marido, depende cómo se mire. Nada puede resultar mejor que se haya ahogado. La duquesa es ahora libre para casarse con un hombre con una hermosa cabellera, cuya mirada la derretirá en vez de congelarla. Y a mí me invitarán a la boda.

En esto, Mirah se levantó de su asiento, y con los ojos clavados en Hans, los cuales traslucían un gran enojo, dijo, con profunda voz indignada:

—Señor Hans, no debería hablar de esta manera. El señor Deronda no querría que hablara así. ¿Por qué dice que es afortunado, por qué

usa palabras de ese tipo sobre la vida y la muerte, cuando lo que es vida para uno es muerte para el otro? ¿Cómo sabe que sería afortunado si amara a la señora Grandcourt? Puede ser una gran desgracia para él. Ella le apartaría de mi hermano, sé que lo haría. El señor Deronda no definiría como afortunado traspasar el corazón de mi hermano.

A los tres les sorprendió la repentina transformación. El rostro de Mirah, con una mirada de enojo digna de Ithuriel[292], pálido incluso hasta los labios que normalmente eran tan coloridos, no estaba lejos del pobre Hans, sentado y paralizado, enrojeciendo como si fuera una niña, que a su vez dijo nerviosamente:

—Soy un estúpido y un bruto, y retiro cada una de mis palabras. Iré a ahorcarme como Judas, si se me permite mencionarle. —Incluso en los momentos de arrepentimiento, las palabras improvisadas de Hans tenían algo de socarronería.

Pero el enojo de Mirah no se apaciguó: ¿cómo iba a calmarse? Había explotado indignada como muerden las criaturas bajo un intenso dolor y llegan incluso a tocarse los dientes atravesando la carne, para poder soportar mejor su agonía. No dijo nada más, pero, sentándose ante el piano, alisó las partituras que tenía a su alcance como si pensara empezar a tocar.

Fue Mab la que rompió el silencio. El rostro de la señora Meyrick parecía reflejar parte del malestar de Hans.

—Mirah hace bien en reprenderte, Hans. Siempre tomas el nombre del señor Deronda en vano. Y es horrible, bromear de esa manera sobre su matrimonio con la señora Grandcourt. Creo que la mente de los hombres debe ser muy oscura —concluyó Mab, con gran desprecio.

—Muy cierto, querida —dijo Hans, en voz baja, levantándose y caminando hacia la ventana trasera que había detrás de él.

—Sería mejor que continuáramos, Mab; no hemos acabado la lección —dijo Mirah, en un tono más alto de lo normal—. ¿Quieres cantar esto otra vez, o prefieres que te lo cante yo?

—Oh, por favor, cántamelo —dijo Mab, contenta de no tener que hablar más de lo que había pasado.

Y Mirah inmediatamente cantó el *Lascia ch'io pianga*, enfatizando los sollozos y los lloros de la melodía con nueva fuerza y energía. Hans se detuvo y se apoyó contra la chimenea, cuidando de mantener la mirada lejos de la de su madre. Cuando Mirah hubo cantado y tocado la última nota se levantó y dijo:

—Ahora debo irme casa. Me espera Esdras.

Le dio la mano en silencio a la señora Meyrick, sin acercarse mucho y sin atreverse a mirarla, en vez de darle un beso como hacía siempre. Pero la pequeña madre la atrajo hacia ella, y dijo

suavemente:

—Que Dios te bendiga, querida. —Mirah creía que había cometido una ofensa contra la señora Meyrick al reprender de esa forma tan enojada a Hans, y junto con el resto de su sufrimiento tenía ahora la sensación de haber mostrado un poco de orgullosa ingratitud, una impropia reivindicación de superioridad. Y su amiga había adivinado estos escrúpulos.

Mientras, Hans se había rehecho, y se disponía a abrir la puerta.

—Escucha, Hans —dijo Mab, con lo que era realmente la ternura de una hermana astutamente disfrazada—, no vas a regresar a casa con Mirah. Estoy segura de que ella preferiría no hacerlo. Hoy estás terriblemente desagradable.

—Iré para cuidarla, si no me lo impide —dijo Hans, abriendo la puerta.

Mirah no dijo nada, y cuando le hubo abierto la puerta exterior y la cerró tras él, caminó a su lado sin que se lo prohibiera. Ella no se atrevía a empezar a decirle cosas otra vez, consciente de que tal vez había sido indecorosamente severa con sus palabras, aunque solo encontraba palabras aún más severas que las anteriores en su corazón. Además, se sentía presionada por una multitud de pensamientos que se revelaban como los intérpretes de esa consciencia que todavía no se atrevía a expresar.

Hans, por su parte, tenía también muy ocupada la mente. El enfado de Mirah había despertado en él una nueva percepción, y con ella la desagradable sensación de ser un idiota por no haberse dado cuenta antes. El corazón de Mirah podía estar totalmente preocupado por otro personaje además de Deronda, el benefactor de su hermano; la suposición le provocó una ansiedad que, para hacerle justicia, no era del todo egoísta. Tenía una fuerte convicción, que solo la evidencia directa contraria podía haber disipado, y era que había una fuerte adhesión entre Deronda y la señora Grandcourt; había atado cabos recordando fragmentos de conversación, y poco a poco había ido reuniendo información, completada por lo que sus hermanas habían oído de Anna Gascoigne, que le convenció no solo de que la señora Grandcourt tenía una pasión por Deronda, sino también, a pesar de la austera auto-represión de su amigo, que la sensibilidad de Deronda hacia ella era el signo de un amor escondido. Algunos hombres, con una convicción así, habrían evitado alusiones que pudieran fomentar tal sensibilidad; pero la charla de Hans fluía de forma natural siempre hacia las travesuras, como si experimentara en irritar a sus amigos en broma. Sus experimentos terminaban confirmándole que lo que él creía probable era cierto.

Por otra parte, la sensibilidad que Deronda había manifestado hacia Mirah, que cualquier otro habría reconocido como amorosa,

Hans la explicaba por la siguiente razón: su posición dependiente; pues sabía que su amigo sentía una ansiedad desinteresada por todos aquellos a los que pudiera ayudar y proteger. Y la insistencia de Deronda de que Mirah nunca se casaría con alguien que no fuera judío le excluía necesariamente a él, dado que Hans compartía la opinión general —y no conocía nada que la contradijera—, que Deronda era el hijo de Sir Hugo Mallinger.

Así que creía conocer a fondo el estado de los afectos de Deronda; pero ahora, los sucesos que realmente le hacían creer que concurrían hacia la deseable unión con la señora Grandcourt, habían desembocado en una repentina revelación por parte de Mirah, una traición de su sentimiento pasional sobre este tema que les había llenado de melancolía tanto a ella como a él, aunque la melancolía no era tanta como si hubiera imaginado que las esperanzas de Deronda estaban puestas en ella. No es sublime, sino normal, que un hombre lleve con más fortaleza y menos celos el ver triste a la persona que ama porque su rival ame a otra, que el verla totalmente feliz a causa de su rival. Al menos sucedía esto con el veleidoso Hans, que fluctuaba entre los contradictorios estados de sentimiento de hallarse abatido porque Mirah estaba abatida, y de estar casi agradecido a Deronda por amar a otra persona. Le resultaba imposible dar a Mirah ningún signo directo acerca de la manera en la que había interpretado su enfado, pero anhelaba que su compañía silenciosa fuera lo suficiente elocuente en una conmiseración tierna y penitente, que es una forma admisible de cortejar un corazón herido.

De esta forma, los dos siguieron el uno al lado del otro en una compañía que parecía una exaltada comunicación, como la de dos cuerdas cuyas rápidas vibraciones se escapan de nuestros oídos. Pero cuando alcanzaron la puerta de la casa de Mirah, y Hans dijo “Adiós”, tendiéndole la mano con una suplicante mirada de penitencia, ella captó esa mirada con melancólica amabilidad, y dijo:

—¿No va a pasar dentro a ver a mi hermano?

Hans no pudo interpretar esta invitación más que como un signo de perdón. No conocía lo suficiente cómo había sido moldeada la naturaleza de Mirah durante sus experiencias tempranas para adivinar que la misma fuerza de su reciente excitación le había hecho aceptar más rápidamente el dolor. Cuando él había dicho “si me lo permite”, y se marcharon juntos, la mitad de la pena ya se había ido, y ya estaba dándole vueltas a la posibilidad de un romance y de cómo podría hacer que su entrega fuera indispensable para Mirah, de la misma manera que Deronda se estaba entregando en otra parte. Esto era del todo justo, pues su amigo actuaba según se propio corazón; y sobre la cuestión del judaísmo, Hans se sentía del todo seguro: ¿quién ha oído en algún cuento o en la historia que el amor de una mujer fuera parejo

con su raza o su religión? Las damiselas musulmanas o judías siempre se han sentido atraídas por los cristianos, y si ahora el corazón de Mirah se había inclinado precipitadamente hacia Deronda, era otro caso que demostraba su teoría. Hans estaba habituado a que sus propios argumentos le complacieran, era un Giaour[293], la antítesis de lo que debía ser su alma; pero creía un poco en las cosas de las que se reía. Y de esta forma, sus esperanzas etéreas, fundadas en principios muy débiles, se remontaban de nuevo a pesar de tener todas las circunstancias en contra.

Hallaron a Mardoqueo más contento de lo normal, con una carta cerrada entre las manos; sus ojos brillaban con un triunfo sosegado, que en su rostro demacrado daba la idea de haber vencido el ataque de la muerte. Tras los saludos entre él y Hans, Mirah le rodeó el cuello con su brazo y miró la carta que tenía en la mano, sin atreverse a preguntar por ella, aunque estaba segura que era la causa de su felicidad.

—Una carta de Daniel Deronda —dijo Mardoqueo, contestando a su mirada—. Breve, solo dice que espera volver pronto. Un suceso repentino le ha retenido. La promesa de volver a verle es para mí como el arco entre las nubes[294] —continuó Mardoqueo, mirando a Hans—; y para usted debe ser una alegría. ¿Pues quién tiene un segundo amigo como él?

Mientras Hans contestaba Mirah se escurrió a su propia habitación; pero no para desfogarse en un arrebato pasional. Si admitiéramos que los ángeles pueden entrar a observar el tocador de las mujeres, y hubieran entrado a la pequeña habitación con ella y hubieran cerrado la puerta tras ellos, solo la habrían visto sacarse el sombrero, sentarse y presionarse las sienes con las manos como si de repente se hubiera dado cuenta de que le dolía la cabeza; luego se levantó para echarse agua fría a los ojos, a las cejas y al cabello hasta que sus rizos morenos estuvieron llenos de gotas cristalinas, y al secarse las cejas parecía una flor recién abierta entre las demás plantas cubiertas de rocío del bosque; entonces, dejó escapar unos profundos suspiros de alivio, y poniéndose sus pequeñas zapatillas, se sentó todavía un par de minutos más, que le parecieron tan largos, tan repletos de las cosas que habían de suceder, que se levantó con aspecto de haber recordado muchas más cosas, y bajó a preparar el té.

Algo de la antigua vida había vuelto. Estaba habituada a recordar que debía aprender su papel, ir a los ensayos, actuar y cantar por las noches, esconder sus sentimientos acerca de su padre; y cuanto más dolorosa se le hacía la vida, tanto más se había habituado a esconderse. La fuerza de su naturaleza había encontrado desde hacía tiempo su acción principal en la resistencia decidida, y la violencia sentimental de hoy que le había causado su primer impulso de enojo

se había transformado rápidamente en el firme afrontamiento del dolor, un viejo conocido desde hacía muchos años. Pero mientras se movía y hablaba como siempre, un observador perspicaz habría notado una diferencia entre esta calma aparente, que era efecto de reprimir energía, y la calma dulce y genuina de los meses en los que sintió que volvía por primera vez su felicidad infantil.

Aquellos que han sido bien tratados por la fortuna, y que siempre han pensado que las desgracias solo les pasan a los demás, sienten una rabia ciega e incrédula cuando la tortilla da la vuelta, y medio se creen que sus gritos salvajes alterarán el curso de la tormenta. Mirah no se sorprendió de esa manera cuando la conocida Pena regresó tras una larga ausencia, y se sentó con ella de acuerdo con los viejos tiempos y costumbres. Y este hábito de esperar penas más que alegrías, le impedía tener ninguna esperanza persistente en contra de las probabilidades que no solo fueron sugeridas por Hans, sino que su propio conocimiento y el presentimiento cada vez más grande que tenía desde hacía tiempo confirmaban. Creía con certeza que se produciría un compromiso entre Deronda y la señora Grandcourt, que terminaría en matrimonio. No había que culparlo de nada: los hechos se habían dado de forma que apareciera un vínculo entre él y esta mujer que pertenecía a un mundo distinto al suyo y al de Esdras —no, que parecía un tipo de persona muy distinta a Deronda, un ser ajeno que sería una carga para su vida en vez de una perfecta fusión—. Bueno, está bien, pero si al menos esta relación se hubiese demorado en el tiempo para que no afectase a su hermano mientras este todavía viviese… Ella no conocía toda la trascendencia de la relación entre Deronda y su hermano, pero había visto y sentido instintivamente lo suficiente para presagiar su incongruencia con cualquier vínculo cercano a la señora Grandcourt; al menos así es como revistió Mirah al principio su repugnancia mortal. Pero en la rápida acción de su consciencia, los pensamientos se sucedían como estados cambiantes de sensaciones inviolables gracias a sus actos habituales; y este lenguaje interior pronto le convenció de que la repugnancia mortal permanecería incluso si Esdras estuviera a salvo de perderlo.

«Lo que he leído, cantado y visto en escena me está sucediendo a mí: esto que siento es el amor de los celos», de una forma tan imparcial Mirah resumía los cargos contra ella. ¿Pero qué importaba su dolor a los demás? Debía conservarlo para ella sola, oculto, como el anhelo y devoción que sentía por su difunta madre de pequeña. Pero al contrario que esa devoción, era algo que sentía como un infortunio de su naturaleza: descubrir que lo que habría tenido que ser puro agradecimiento y reverencia se había convertido en pena egoísta, que el sentimiento que hasta entonces estaba encantada de expresar con palabras se había degradado en algo que le avergonzaba traicionar, la

absurda añoranza de que ella que lo había recibido todo sin entregar nada debía ser importante cuando ella no tenía importancia ninguna, el sentimiento de enojo hacia una mujer que poseía el bien que ella quería. ¿Pero qué es lo que había pasado, de dónde salían esas vanas esperanzas que habían permanecido escondidas y que ahora se mostraban a la vista ardiendo en forma de decepciones y celos? Era como si su alma se hubiera rebozado de la pasión venenosa en profundos sueños olvidados, y ahora aflorara en este sufrimiento inexplicable. Pues de forma consciente nunca había llegado a pensar lo que parecía la atrevida e inapropiada idea de que Deronda pudiese amarla. El desasosiego que había sentido antes era comparativamente vago y fácilmente explicable como parte de la tristeza que le producía que Deronda no fuese más que un visitante del mundo de ella y de su hermano, tan diferente del mundo de él como lo era un pórtico con luces y lacayos de una puerta de una tienda de campaña, en la que el único esplendor proviene del brillo inaccesible de las estrellas. Pero su sentimiento ya no era vago: la causa de su dolor, la imagen de la señora Grandcourt al lado de Deronda, llevándoselo cada vez más lejos a la distancia, era tan clara como si fueran tenazas apretándole su propia carne. En el interior psíquico de Mirah quedaba aún una ferviente emoción, y que a veces parecía más bien propia de una Cleopatra; sus impresiones tenían la minuciosidad y tenacidad que dan a la primera selección del sentimiento pasional el carácter de una fidelidad para siempre. Y ahora había aparecido una selección, y dio al amor un cruel sentimiento de celos: ella estaba acostumbrada a sentir una fuerte repugnancia hacia ciertos objetos que la rodeaban, y a mantenerse apartada interiormente de ellos aunque la estuviesen tocando. Y ahora su repugnancia se concentraba en la señora Grandcourt, a la que atribuía involuntariamente más maldad de la que le conocía. «Podría volver a soportarlo todo, pero esto es peor, ¡al menos antes no tenía sentimientos horribles!» dijo la pobre chica en un elevado susurro a su almohada. ¡Qué extraño que tuviera que rezar en contra de cualquier sentimiento que concerniese a Deronda!

Pero había llegado a esta conclusión una noche que pasó atendiendo a Mardoqueo, cuya exaltación ante la perspectiva de ver de nuevo a su amigo, le predispuso a exteriorizar muchos pensamientos en voz alta a Mirah, aunque tal comunicación era a menudo interrumpida por intervalos aparentemente reservados para pensamientos internos que animaban sus ojos y dejaban descansar en silencio a sus labios. Le daba vueltas especialmente a un pensamiento.

—Date cuenta, Mirah —dijo en una ocasión, tras un largo silencio —, el *Shemá*[295], en el que brevemente confesamos la Unidad divina, es la principal oración del hebreo; y esto convierte nuestra religión en la religión fundamental para el mundo; pues la Unidad divina abraza

como consecuencia la unidad final de la humanidad. Mira, por tanto, la nación que ha sido objeto de escarnio por su separación ha dado una teoría unificadora para la raza humana. En la unidad completa, una parte posee la totalidad de la misma forma que la totalidad posee cada parte: y de este modo, la vida humana tiende hacia la imagen de la Suprema Unidad: pues a medida que nuestra vida se vuelve más espiritual por la capacidad del pensamiento, y la alegría que se desprende de él, la posesión tiende a ser más universal, al ser independiente del contacto con el material bruto; así es que llegará pronto un día en el que el alma de un hombre podrá valorar que el bien que ha habido y que hay, y más aún, que ha de venir es superior a todo lo que pudo poseer en una vida entera en la que tuvo que arrastrarse por los caminos de los sentidos. En estos momentos, hermana mía, conservo el gozo de otro futuro para mí: un futuro que estos ojos no verán, y que mi espíritu podría no reconocer como suyo. Yo lo reconozco ahora, y lo amo, de forma que puedo dejar esta vida bajo su altar y decir: «Arde, arde imperceptiblemente en lo que será, que es mi amor y no yo». ¿Lo entiendes, Mirah?

—Un poco —dijo Mirah, débilmente—, pero mi mente es muy pobre para haberlo sentido alguna vez.

—Y aún así —dijo Mardoqueo, insistiendo—, las mujeres están especialmente preparadas para el amor que siente la posesión en la renuncia, y en este sentido son la imagen perfecta de lo que quiero decir. En alguna parte de los últimos *Midrash*[296], creo, está la historia de una doncella judía que amaba tanto a un rey gentil, que esto fue lo que hizo: entró en la prisión y se cambió las ropas con la mujer que amaba el rey, para poder librar a esa mujer de la muerte muriendo ella en su lugar, y dejar que el rey fuera feliz con el amor que no era para ella. Este es un amor incomparable, que se anula a sí mismo en favor del objeto amado.

—No, Esdras, no —dijo Mirah, con baja intensidad—, no fue así. Ella quería que cuando estuviese muerta el rey supiese lo que había hecho, y sentir así que era mejor que la otra. Fue su fuerte personalidad, deseosa de vencer, la que le hizo morir.

Mardoqueo permaneció un momento en silenció, y luego argumentó:

—Podría ser, Mirah. Pero, ¿y si actuó de la otra manera, creyendo que el rey nunca lo sabría?

—Puedes rehacer la historia así en tu mente, Esdras, porque tú eres grande, y te gusta imaginar las cosas tan grandes como puedan ser. Pero yo no creo que fuera así. La chica judía debía tener celos en su corazón, y quería asegurarse de alguna manera ocupar el primer lugar en la mente del rey. Por eso es por lo que murió.

—Hermana, has leído demasiadas obras de teatro, en las que los

autores se complacen en mostrar las pasiones humanas como demonios internos, separados de los bálsamos y los elementos devotos del alma. Juzgas por esas obras, y no por tu propio corazón, que es como el de tu madre.

Mirah no contestó.

CAPÍTULO 62

Das Gluck ist eine leichte Dirne,
und weilt nicht gern am selben Ort;
Sie streicht das Haar dir von der Stirne
Und küsst dich rasch und flattert fort.

Frau Ungluck hat im Gegentheile
Dich liebefest an's Herz gedrückt;
sie sagt, sie habe keine Eile,
Setzt sich zu dir ans Bett und strickt.
HEINE[297]

El presagio que Mirah había tenido últimamente de que le sobreviniera alguna desgracia, parecía ahora cumplirse en la visita de ese dolor conocido que había vuelto con las maletas repletas.

Al salir de Knightsbridge, tras cantar una mañana en un concierto de caridad en una casa próspera, en la que había sido recomendada por Klemser, y en la que se habían formado los grupos habituales en el exterior cuando la gente salía, empezó a notar que le seguían unos pasos que iban al mismo ritmo que los suyos. Su vestido, que era simplemente negro, y sobre el que se había puesto un abrigo, no podía hacerle llamar mucho la atención, o hacer que fuera una imprudencia pasear por allí; pero Mirah no pensaba en eso; otro tipo de alarma rondaba su mente. Inmediatamente pensó en su padre, y tenía más miedo a darse la vuelta que si le hubiera seguido un fantasma. Volverse y encararle sería encontrarse voluntariamente con el torrente de emociones que de antemano parecía insoportable. Si fuera su padre, le obligaría a darle la cara y a que le reconociera. Era de esperar un arrebato de ese tipo. Continuó caminando, sin acelerar el paso —¿de qué serviría?— pero imaginándose qué iba a suceder como si tuviera la plena certeza de que el hombre que había detrás de ella fuera su padre; y mientras imaginaba esas cosas le vino a la memoria el dolor de haber dado su palabra a la señora Meyrick de no ocultarse de su padre. El dolor le impulsó, al final, intentar evitar cualquier traición que le causara un shock innecesario a su hermano. Presionada

por esta razón, decidió volverse antes de alcanzar su portal, y afrontar con determinación el encuentro, en vez de dejarse someter por él. Había alcanzado ya la entrada a la pequeña plaza donde estaba su casa, y había decidido volverse, cuando notó su presentimiento encarnado más cerca de ella, deslizándose a su lado, cogiéndola por la muñeca, y diciendo con acento persuasivo:

—¡Mirah!

Se detuvo al acto sin asustarse; era la voz que esperaba, y se encontró con los ojos esperados. Su rostro estaba tan serio como si hubiera estado contemplando al de su ejecutor, mientras que el de él se adaptaba a la intención de ablandarla y adularla. Antaño había sido un semblante hermoso, de color brillante, y ahora era pálido y arrugado, con esa marca peculiar de la suavidad desvergonzada que proviene de buscar favores a través de la adulación de una forma descarada. Tenía el cuerpo ligero y activo, y conservaba algo de juventud, como si el paso de los años le hubiera solo disfrazado; y en realidad tenía casi cincuenta y siete años. Su vestido estaba raído, como cuando le vio por última vez. La presencia de este padre irreverente afectó a Mirha, ahora, más que nunca, con la angustia entremezclada de la vergüenza y la pena, la repulsa y la piedad —más que nunca, ahora que su mundo había cambiado a uno en el que no había compañeros que lo defendieran del desprecio y del desdén—.

Lentamente, con voz triste y temblorosa, dijo:

—Eres tú, padre.

—¿Por qué huiste de mí, hija? —empezó a hablar rápidamente en lo que pretendía ser un tono de tierno arrepentimiento, acompañado con varios gestos ligeros como si hablara también por signos—. ¿De qué tenías miedo? Sabías que nunca te hice hacer nada que no quisieras. Fue por ti que rompí el contrato en el Vorstadt, porque veía que no era apropiado para ti, y me pagaste dejándome tirado afrontando solo los malos tiempos que vinieron como consecuencia. Había conseguido un contrato más sencillo para ti en el Teatro Vorstadt de Dresden: no te lo dije, porque quería que fuera una sorpresa para ti. Y me dejaste plantado allí, obligándome a pasar penurias porque tuve que rescindir el contrato. Así es como me trataste después de que lo diera todo por que tuvieras una educación que te aportaría una fortuna en el futuro. ¿Qué padre se ha dedicado con más fervor a su hija que lo que lo he hecho yo? Sabes cómo me preocupaba tu problema en la voz, y procuré hacer lo mejor para solucionarlo; y cuando ya no contaba con nadie más que contigo, cuando estaba sufriendo las consecuencias propias de un hombre que ha tenido que luchar con todas sus fuerzas para abrirse camino en la vida, decides escoger esa época para abandonarme. ¿A quién más debías algo sino a mí? ¿Dónde estaban tus sentimientos de

agradecimiento? Pues por lo que a mi hija le importaba, yo habría muerto en una cuneta.

Lapidoth se detuvo aquí, no por falta de inventiva, sino porque había alcanzado un clima cargado de patetismo, y dejó escapar un sollozo repentino, como el de una mujer, sacando en seguida un viejo pañuelo de seda amarillo. Realmente sentía que su hija le había tratado mal: una especie de sensibilidad que es naturalmente fuerte en las personas sin escrúpulos, que solo señalan lo que se les debe a ellos, sin tener en cuenta para nada el punto de vista del otro. Mirah, a pesar de ese sollozo, tenía la suficiente energía para no dejarle suponer que la estaba engañando. Contestó con más firmeza, aunque era la primera vez que usó palabras acusadoras contra él:

—Sabes por qué te dejé, padre; y tenía motivos para desconfiar de ti, porque estaba segura que habías engañado a mi madre. Si hubiera podido confiar en ti, me habría quedado contigo y habría trabajado para ti.

—Nunca pretendí engañar a tu madre, Mirah —dijo Lapidoth, guardando su pañuelo, pero empezando con una voz que parecía luchar contra sus sollozos—. Quería llevarte de vuelta con ella, pero las circunstancias de esa época me lo impidieron, y luego me enteré de que había muerto. Era mejor para ti que me quedara donde estaba, y tu hermano podía cuidar de sí mismo. Nadie salvo tú tenía ningún derecho sobre mí. Me llegaron las noticias de la muerte de tu madre a través de un amigo particular, que se encargó de arreglar las cosas en mi lugar, y le envié dinero para sufragar los gastos. Claro que hay una posibilidad… —Lapidoth había pensado rápidamente que debía asegurarse contra lo improbable, pero posible—, puede haberme escrito mentiras para sacarme el dinero.

Mirah no contestó; no soportaba tener que pronunciar la única verdad: «No creo una palabra de lo que me dices», y simplemente mostró su deseo de que pasearan un poco, pues creía que podían dar una mala impresión si permanecían así quietos mucho tiempo. Incluso caminando, su compañía podía hacer volverse a un transeúnte para observarlos. La figura de Mirah, realzada su belleza por la forma cuidada de su vestir, propia de una dama inglesa, contrastaba grandemente con la de este hombre desharrapado, de mirada ida, ansioso, y que no dejaba de gesticular, y que además, tenía un aspecto difícil de olvidar, tal vez debido a los rizos de su tupido pelo gris, la pequeñez de sus manos y sus pies, y su paso ligero.

—Parece que a ti te ha ido bien, Mirah. No te falta de nada, por lo que veo —dijo el padre, observándola atentamente.

—Unos buenos amigos que me encontraron en una situación desgraciada me ayudaron a conseguir un trabajo —dijo Mirah, sin ser muy consciente de lo que decía, pues estaba más preocupada por lo

que tendría que seguir contando—. Doy clases de canto. He cantado en casas privadas. Acabo de cantar en un concierto privado. —Hizo una pausa, y luego añadió, dando a entender su importancia—: Tengo muy buenos amigos, que lo saben todo de mí.

—¿Y te avergonzarías de que vieran a tu padre en este aprieto? No es de extrañar. Vine a Inglaterra sin ninguna perspectiva, sino con la posibilidad de encontrarte. Era una búsqueda loca; pero el corazón de un padre es supersticioso: siente como un imán que le arrastra hacia un lugar u otro. Me habría ido muy bien si me hubiera quedado en el extranjero: no teniendo que cuidar de ti, podría haberme quedado en un sitio o haber mudado como si fuera una pelota; pero es duro estar solo en el mundo, cuando tu fuerza comienza a menguar. Y pensé que mi pequeña Mirah se arrepentiría de haber abandonado a su padre cuando mirase hacia atrás. Se me han torcido mucho las cosas para poder llegar aquí; no sé que es lo siguiente que tendré que hacer. Talentos como el mío no se valoran en este país. Cuando un hombre sale a buscar trabajo con los codos al descubierto nadie cree en él. No he podido conseguir un empleo decente con mi aspecto. Me he visto obligado a caer muy bajo para conseguir un chelín. —La ansiedad de Mirah iba creciendo hasta imaginarse a su padre hundiéndose en la degradación, cosa que se veía obligada a impedir si podía. Pero antes de que pudiera contestar a esa sarta de mentiras, pronunciadas con tanta labia que parecían aprendidas de memoria, añadió enseguida:

—¿Dónde vives, Mirah?

—Aquí, en esta plaza. No estamos lejos de la casa.

—¿De alquiler?

—Sí.

—¿Tienes a alguien que cuide de ti?

—Sí —dijo Mirah de nuevo, mirando cara a cara al rostro que se había vuelto hacia el suyo—: mi hermano.

Los ojos del padre parpadearon como si una centella hubiera entrado en ellos, y sus hombros se encogieron sin querer. Pero tras una pausa perceptible, dijo:

—¿Esdras? ¿Cómo lo conociste? ¿Cómo lo encontraste?

—Sería muy largo de contar. Estamos aquí en la puerta. Mi hermano no querría que te dejara fuera.

Mirah estaba ya en el rellano, pero con el rostro vuelto hacia su padre, que permanecía un poco más abajo en el pavimento. El corazón de ella había comenzado a latir más rápidamente ante la perspectiva de lo que había de suceder en presencia de Esdras; y en esta actitud de conceder permiso al padre al que estaba acostumbrada a obedecer, viéndole de pie debajo de ella, con claro temor a aceptar la admisión que indirectamente había pedido, sintió agudamente esa humillación y

vergüenza, peculiar y compasiva, la reverencia de un corazón traspasado, que pertenece a una naturaleza intensamente filial.

—Quédate un minuto, *Liebchen*[298] —dijo Lapidoth, hablando en voz baja—; ¿en qué tipo de hombre se ha convertido Esdras?

—Un buen hombre, un hombre maravilloso —dijo Mirah, con lento énfasis, intentando controlar la agitación que hacía temblar cada vez más su voz mientras continuaba. Se sentía obligada a preparar a su padre para el examen exhaustivo de sí mismo que le aguardaba—. Pero era muy pobre cuando mis amigos lo encontraron por mí; un pobre trabajador. Hubo una vez, hace doce años, en que era fuerte y feliz, y se dirigía hacia el este; le gustaba mucho pensar en el este; mi madre le llamó para que volviera porque… porque me había perdido. Y fue con ella, y la cuidó a pesar de muchas dificultades, y trabajó para ella hasta que murió… murió llena de pena. Y Esdras también perdió su salud y su fuerza. Una neumonía se apoderó de él mientras iba de camino a ver a mi madre, porque estaba abandonada. Durante años se ha ido debilitando, siempre ha sido pobre, siempre estaba trabajando, pero tenía gran cantidad de conocimientos, y era muy inteligente. Todos los que se acercan a él le honran. Estar en su presencia es como estar en presencia de un profeta de Dios. —Mirah terminó con dificultad, con el corazón palpitando—. A él no se le puede ir con falsedades.

Había bajado los ojos para no encontrarse con los de su padre mientras decía las últimas palabras, incapaz de soportar la mirada innoble de frustración que reunía su semblante. Aún así, era muy rápido en la inventiva y en las decisiones.

—Mirah, *Liebchen* —dijo en su anterior estilo adulador—, ¿no te gustaría que pudiera presentarme con un aspecto más respetable ante mi hijo? Si tuviera una pequeña cantidad de dinero, podría arreglarme y venir a tu casa como se merece tu padre, y además podría ofrecerme para trabajar en algún sitio decente. Con una buena camisa y un abrigo, la gente estaría contenta de que trabajara para ellos. Podría ofrecerme como mensajero si no pareciera un charlatán destartalado. Me gustaría estar con mis hijos, olvidar y perdonar. Pero nunca habías visto a tu padre antes así. Si tuvieras diez libras a mano (o pudiera quedar contigo para que me las trajeras a algún sitio) podría presentarme decentemente pasado mañana.

Mirah se sintió ante una tentación que tenía que vencer. Respondió, obligándose a mirarle a la cara otra vez:

—No quiero negarte lo que pides, padre; pero he dado mi palabra de no hacer cosas por ti en secreto. Es muy duro verte en la necesidad; pero lo soportaremos por un tiempo; y luego podrás tener ropas nuevas, y las podremos pagar nosotros. —Su sentido práctico le hizo ver ahora la sabiduría de la señora Meyrick al obligarle a hacer esa

promesa.

El buen humor de Lapidoth fue disminuyendo. Dijo con cierta mofa:

—Eres una joven dama muy estricta; has aprendido virtudes muy útiles, manteniendo promesas para no ayudar a tu padre con una libra o dos cuando estás ganando dinero para vestirte de seda…tu padre que hizo un ídolo de ti, y dejó lo mejor de su vida por proveerte.

—Parece cruel, sé que parece cruel —dijo Mirah, pensando que era este un momento peor que cuando quería ahogarse. Sus labios se quedaron de repente sin color—. Pero, padre, es más cruel romper las promesas en las que confían las personas. Eso partió a mi madre el corazón, y ha roto la vida de Esdras. Tú y yo debemos tragarnos ahora esta amargura por lo que ha pasado. Sopórtalo. Soporta entrar dentro y que te cuidemos por lo que eres.

—Mañana, entonces —dijo Lapidoth, casi girándose sobre sus talones apartándose de esta hija pálida y temblorosa, que parecía tener ahora al mundo de su parte; pero rápidamente se volvió de nuevo, sintiendo sus manos inquietas en los bolsillos, y dijo, volviendo en parte a su tono atractivo—: Estoy hecho trizas con todo esto, Mirah. Mañana estaré más animado. Si tienes algo de dinero en tu bolsillo, supongo que no va en contra de tu promesa que me des un poco, para comprar un cigarro.

Mirah no podía hacerse ya más preguntas, no pudo hacer más que llevarse sus frías y temblorosas manos al bolsillo para sacar su *portemonnaie*. Lapidoth lo agarró fuertemente en seguida, y dijo:

—Adiós, mi pequeña, hasta mañana pues —y la dejó. No había dado muchos pasos antes de examinar atentamente todos los pliegues del bolso, encontró dos medios soberanos y algunas monedas de plata, y un trozo de papel pegado al forro en el que Esdras había escrito, con hermosos caracteres hebreos, el nombre de su madre, el día de su nacimiento, su matrimonio, su muerte y la oración: «Que Mirah sea librada del mal». A Mirah le gustaba tener esta pequeña inscripción en muchos de los artículos que usaba. El padre la leyó, y tuvo un fugaz recuerdo del día de su boda, y del brillante e inocente chico que era por entonces: enseñaba muchas cosas, pero esperaba con el tiempo conseguir dinero más fácilmente escribiendo; y recordaba que quería de verdad a su novia Sara; lloraba cuando ella esperaba que lo hiciera, y reflejaba cada fase de los sentimientos de ella con una calcada sensibilidad. Lapidoth se había distanciado mucho de ese joven muchacho, y pensó fríamente en todo lo que esta inscripción significaba, lo cual era como si alguien viera que le están tocando, pero ha perdido toda su sensibilidad táctil, o como los bocados en un paladar sin gusto, notando la forma y la rugosidad, pero no el sabor. Lo primero que se arroja por la borda en una vida egoísta y perezosa

es la capacidad de mostrar compasión, remordimientos y arrepentimiento sincero —que podemos acabar anhelando como el moribundo anhela sentir sus heridas, en lugar de ser consciente de que cada vez tiene menos conciencia—. El bolso de Mirah era bonito: un regalo que le habían hecho, y que no le había dado tiempo de pensar qué le estaba dando a su padre. Lapidtoh, una vez fuera de su ensueño, se puso a pensar cuánto más podría sacar por el bolso además de lo que contenía dentro, y las perspectivas que tenía de conseguir más cosas de su hija sin tener que someterse y adoptar una actitud de penitencia ante los ojos del hijo irreprochable. Todavía le preocupaba ese asunto.

Mientras tanto, Mirah había entrado en casa superando la crueldad de su dolor gracias a su capacidad de desconfianza. Halló a su hermano leyendo y revisando viejos manuscritos suyos, que pretendía confiar a Deronda. Como reacción al esfuerzo que le había supuesto controlarse tanto, cayó ante él y le cogió por las rodillas, sollozando y llorando:

—¡Esdras, Esdras!

Él no dijo nada. La alarmaba conocer la causa de su aflicción, tanto más extraña por la violencia de su manifestación. Pero Mirah no deseaba otra cosa que desahogarse y contarle la causa. Levantó la mano, y todavía sollozando, dijo con voz entrecortada:

—¡Esdras, mi padre! ¡Nuestro padre! Me siguió. Quería que entrase. Le dije que le dejarías entrar. Y me dijo que no, que no ahora, que mañana. Y me pidió dinero. Y yo le di mi bolso, y se marchó.

A Mirah le pareció que sus palabras expresaban todo su dolor. Su hermano las encontró menos graves que sus ideas preconcebidas, y dijo amablemente:

—Espera a calmarte, Mirah, y luego me lo cuentas todo —sacándole el sombrero y poniéndole con ternura las manos sobre su cabeza. Ella sintió cómo le aliviaba, y en unos pocos minutos le contó tan precisamente como pudo todo lo que había pasado.

—No vendrá mañana —dijo Mardoqueo. Ninguno de los dos dijo al otro lo que ambos pensaban, a saber, que su padre estaría atento a las salidas de Mirah y le pediría más dinero.

—Mira —añadió él entonces—, nuestro destino es el destino de Israel. La pena y la gloria van unidos como el humo y la llama. Es porque nosotros los hijos hemos heredado el bien que sentimos el mal. Estamos ligados a estas cosas, como lo estaba nuestro padre a nuestra madre.

El entorno era de Brompton, pero la voz podría haber provenido de un rabino que transmitiese las sentencias de tiempos inmemoriales que aparecen en el *Babli*, que es el diminutivo como se conoce (para

nuestros oídos suena de forma afectuosa) el Talmud de Babilonia[299]. El Omnipresente, dijo un rabino, se ocupa en hacer matrimonios. La ligereza de la frase radica en el oído de quien la escucha; pues por matrimonios, el que la dijo se refería a todas las asombrosas combinaciones del universo cuya formación nos proporciona el bien o el mal.

CAPÍTULO 63

Moses, trotz seiner Befeindung der Kunst, dennoch selber ein grosser Künstler war und den wahren Künstlergeist besass. Nur war dieser Künstlergeist bei ihm, wie bei seinen ägyptischen Landsleuten, nurauf das Colossale und Unverwüstliche gerichtet. Aber nicht vie die Aegypter formirte er seine Kunstwerke aus Backstein und Granit, sondern er baute Menchenpyramiden, er meisselte Menschen Obelisken, ernahm einen armen Hirtenstamm und Schuf daraus ein Volk, das ebenfalls den Jahrhahunderten, trotzen sollte… er Schuf Israel.

HEINE, *Geständnisse*[300]

Imaginad la diferencia entre el estado de ánimo de Deronda cuando abandonó Inglaterra y cuando regresó. Había partido a Génova en total incertidumbre respecto a cuánto serían alentados sus deseos y afectos actuales, cuánto le afectarían las afirmaciones que le revelasen y por qué nuevos caminos le conducirían, lejos de las huellas dejadas últimamente por sus pensamientos, consentidos por la incertidumbre y, sin duda, cada vez más peligrosos. Regresó con algo así como el descubrimiento de un privilegio garantizando el derecho heredado que su ambición había empezado a anhelar: regresó con lo que era mejor que la libertad: con un vínculo del que se desprendían unas obligaciones que su experiencia le había preparado para aceptar con alegría, incluso aunque no tuviera la promesa de satisfacer su profundo anhelo secreto que nunca se le permitió que se desarrollara en una esperanza. Pero ahora ya se atrevía a reconocer hacia dónde se dirigía su amor. Desde la hora en que dejó la casa de Chelsea en un silencio pasional bajo el efecto de la mirada y las palabras de despedida de Mirah, su encanto exquisito que revolvía en él ese gusto tan oculto por lo femenino que había empezado cuando sus propios labios eran como los de una niña, la percepción que ella tenía de los sentimientos de él le había ayudado a permanecer intachable tanto en palabras como en obras bajo las difíciles circunstancias que conocemos. No parecía probable que pudiera cortejar nunca a esta criatura que se había vuelto muy querida para él, debido a las asociaciones que impedían cualquier tipo de cortejo; y aún así, había

ocupado el puesto de su alma como un ser amado, reduciendo el poder de cualquier otra fascinación, ya que al compararlas se veían enseguida las deficiencias de estas. Esa influencia no había dejado de reforzarse. Las distintas situaciones de la pobre Gwendolen habían provocado que su dependencia de Deronda le suscitara en él el efecto de la piedad compasiva más que el del amor personal, y su ternura menos refrenada fluía con toda su fuerza hacia una imagen que residía en todas las cosas que no eran como Gwendolen. Y aún más, su relación con Mardoqueo había favorecido un nuevo acercamiento hacia Mirah que no era inquietante en lo más mínimo, puesto que no había ningún cambio aparente en su posición respecto a ella; y ella estaba inevitablemente ligada a todos los pensamientos que le hacían temer que pudiera decepcionar a su hermano. Este proceso no se había dado de forma consciente; tan solo era consciente de la misma manera en que lo somos nosotros de cierta codicia que es mejor que suprimamos alentando otros pensamientos que otorgándole su reconocimiento, aunque sea confesándonoslo solo a nosotros mismos; pero el fuego de los celos se había prendido ante las pretensiones de Hans, y cuando su madre le acusó de enamorarse de una judía cualquier evasiva le parecía ya una infidelidad. Su madre le había obligado a reconocer claramente su amor, así como Joseph Kalonymos le había obligado a reconocer claramente su determinación. Estas decisiones fueron tomadas por Deronda con tal fuerza que él mismo estaba sorprendido. Se produjo una especie de liberación de toda la energía que durante tanto tiempo había estado reprimida a causa de las dudas; y se reía de su propia impetuosidad cuando, al acercarse a Inglaterra de su viaje desde Mainz, sentía cada vez más la distancia que le quedaba como un impedimento. Era como si hubiese encontrado un alma añadida al descubrir su ascendencia; ya no se movía en la gran masa de la compasión imparcial, sino que escogía, con esa parcialidad que es la mejor fuerza del hombre, esa compañía cercana que convierte a la compasión en algo práctico, cambiando la racionalidad de la vista de pájaro que se eleva para evitar la preferencia pero que se pierde así los pequeños detalles, por la generosa racionalidad de arrimarse codo con codo con los hombres que hubieran recibido el mismo legado. Quería estar de nuevo con Mardoqueo, derramar sus sentimientos en lugar de reprimirlos, admitir sus argumentos y aún así mantenerse disconforme, y en definitiva, poder encontrarse ante la presencia de Mirah sin avergonzarse de haberla buscado, verla a la luz de una nueva posibilidad, interpretar sus miradas y sus palabras desde un nuevo punto de vista. No le preocupaba mucho el efecto de las atenciones de Hans, pero tenía el presentimiento de que lo que ella sentía por él se había canalizado desde el primer momento de forma que no era

probable que se convirtiera en amor. Dejar sorprendida a una mujer al declarar tu amor cuando ella siempre ha pensado en ti como en un Lord Canciller es algo que asusta a cualquier hombre: prefiere pasar por una transición más sencilla.

¿Qué hay de extraño que Deronda no siguiera otro camino que el de dirigirse directamente desde la estación de ferrocarriles de Londres al alojamiento de la pequeña plaza de Brompton? Todas las razones coincidían en su favor de no perder tiempo. Había prometido bajar a ver al día siguiente a Lady Mallinger a la Abadía, y ya casi se estaba poniendo el sol. Deseaba dejar el preciado cofre a Mardoqueo, que estudiaría su contenido, tanto en su compañía como en su ausencia; y que realizara esta visita sin pasar antes por ningún otro sitio satisfaría enormemente el corazón de Mardoqueo. Así que, por otras razones, satisfizo también el de Deronda. Las tendencias más fuertes de su naturaleza se precipitaban por una corriente: el afecto ferviente que le hacía estar encantado al poder ayudar a los seres cercanos a él, y la necesidad imaginativa de una relación difícil de conseguir como horizonte para sus actos diarios e inmediatos. Hay que admitir que en su posición clásica, romántica e histórica, con su armadura heredada desde lugares remotos, llevaba —aunque también es de suponer que lo hacían los héroes antiguos, fuesen semíticos o jaféticos[301]— los trajes de sus contemporáneos. Al entrar en la casa, preguntándose con qué iba a encontrarse, no se dio cuenta de que estaba enrojeciendo, pues raramente pensaba en esas cosas; pero a medida que iba ganando color, sus ojos mostraban un brillo añadido, y su piel reflejaba la luz de una forma especial. Entró de la forma más silenciosa posible.

Era la noche de la misma tarde en la que Mirah se había encontrado con su padre. Mardoqueo, carcomido por la pena, así como por los tristes recuerdos que había despertado el incidente, no había acabado su tarea de clasificar papeles: algunos de ellos habían caído esparcidos por el suelo en los primeros momentos de ansiedad, y ni él ni Mirah pensaron en volver a ordenarlos. Habían permanecido sentados quietos juntos, sin saber por cuánto tiempo; mientras el reloj de la chimenea avanzaba lentamente, y la luz del exterior iba menguando, Mirah, incapaz de pensar en la comida que debería haber cogido, no se había movido desde que se sacó su abrigo, y se sentó al lado de Mardoqueo con su mano en la de él, mientras él había inclinado la cabeza hacia atrás, con los ojos cerrados y respirando con dificultad, como si su alma, pensó Mirah, no pudiera vivir en esa casa tan estrecha. Siempre acababa pensando que su muerte estaba cerca cuando veía su rostro con esa expresión, sin su vívida animación; y ahora, al resto de aflicciones, había que añadir la de que había sido incapaz de controlar el violento arrebato que le había producido a su hermano. Estaba sentada observándolo, sus mejillas ovaladas pálidas,

sus ojos con el triste brillo dejado por lágrimas jóvenes, sus rizos en desorden como los de un niño recién levantado observando su rostro atenuado, sobre el que era fácil imaginarse un velo que nunca más sería levantado, como si fuera su alegría muerta la que le hubiera dejado la suficiente fuerza como para vivir con pena. Y la vida en esos momentos se dilataba ante Mirah con algo más que la mera repetición de su anterior tristeza. La sombra del padre estaba allí, y más que eso, un doble desamparo, uno que hacía referencia a los vivos y otro a los muertos.

Pero entonces se abrió la puerta, y aunque no entró nadie, se oyó una voz bien familiar:

—¿Daniel Deronda puede entrar aquí?

—¡Entra! ¡Entra! —dijo Mardoqueo, levantándose inmediatamente con el rostro radiante y los ojos como platos, aparentemente tan poco sorprendido como si hubiera visto a Deronda por la mañana, y esperara esta visita nocturna; Mirah se sobresaltó enrojeciendo con confusión, un poco a la expectativa.

Pero ver entrar a Deronda fue como la claridad tras la lluvia: las nubes que estaban por venir no impedían la maravillosa luz de ese momento. Mientras le ofreció la mano derecha a Mirah, que estaba cerca a la izquierda de su hermano, puso su otra mano sobre el hombro derecho de Mardoqueo, y permaneció así por unos momentos, sosteniéndolos a ambos a la vez, sin pronunciar palabra, pero leyendo sus rostros, hasta que dijo con ansiedad a Mirah:

—¿Ha pasado algo? ¿Algún problema?

—No hablemos de problemas ahora —dijo Mardoqueo, librándola de la necesidad de responder—. Hay alegría en tu semblante, compartamos esa alegría.

Mirah pensó: «Es por algo que no puede decirnos». Pero todos se sentaron, Deronda arrastrando una silla cercana enfrente de Mardoqueo.

—Es cierto —dijo él con énfasis—. Tengo una alegría que permanecerá con nosotros incluso ante los peores problemas. No te conté la razón de mi viaje en el extranjero, Mardoqueo, porque quería conocer mi parentesco. Y tenías razón. Soy judío.

Los dos hombres entrelazaron sus manos con un movimiento que pareció parte del destello de los ojos de Mardoqueo, y Mirah lo percibió como una descarga eléctrica. Pero Deronda prosiguió, hablando según el parecer de Mardoqueo, que era también el suyo:

—Tenemos el mismo pueblo. Nuestras almas tienen la misma vocación. Ni la vida ni la muerte nos separará.

Mardoqueo pronunció su respuesta en hebreo, en un pequeño susurro. Eran las palabras litúrgicas que expresan el vínculo religioso:

—Nuestro Dios y el Dios de nuestros padres.

El peso de los sentimientos que recaían sobre esas palabras era muy fuerte, las cuales normalmente las utilizaba en momentos de gran fervor.

Mirah se arrodilló al lado de su hermano, y observó su rostro ahora iluminado, que momentos antes parecía tan moribundo. Era una reacción inevitable del brusco cambio que se produjo del desaliento a una alegría que le sobrevino de forma tan solemne como si hubiera estado contemplando un rito religioso. Por el momento, pensaba en el efecto que tenía esa noticia sobre su propia vida a través del efecto que tenía sobre la de su hermano.

—Y no solo es que sea judío —prosiguió Deronda, disfrutando de uno de esos raros momentos en que nuestros anhelos y nuestros actos se funden en uno solo, y la realidad que contemplamos es nuestra aspiración ideal—, sino que provengo del esfuerzo que ha mantenido ardientemente la comunión de nuestra raza, una línea de judíos españoles que ha dado al mundo muchos estudiosos y hombres de poder. Y yo poseo lo que nos dará una especie de comunión con ellos. Mi abuelo, Daniel Charisi, conservó unos manuscritos, recuerdos familiares muy lejanos, con la esperanza de que pasasen a su nieto. Y ahora su esperanza se ha realizado, a pesar de los intentos de otros de frustrarla ocultándome mi parentesco. Poseo el cofre que los contiene, con sus propios papeles, y está abajo en esta casa. Quiero dejarlos contigo, Mardoqueo, para que me ayudes a estudiar los manuscritos. Algunos los puedo leer con facilidad, los que están en español y en italiano. Otros están en hebreo y, creo, en árabe; pero parecen ser traducciones latinas. Solo pude mirarlos por encima mientas estaba en Mainz. Los estudiaremos juntos.

Deronda concluyó con esa brillante sonrisa que, proviniendo de la seriedad habitual de su rostro, parecía una revelación (lo contrario de esas sonrisas permanentes que desacreditan cualquier expresión). Pero cuando esta mirada de felicidad pasó de Mardoqueo a descansar en Mirah, actuó como un haz de luz que le hizo cambiar a ella de actitud. Se había arrodillado bajo un impulso y era incongruente sentir cualquier azoramiento personal, especialmente pensar cómo se tomaría la señora Grandcourt este nuevo estado de las cosas, pero estos pensamientos la hicieron enrojecer ante la mirada de Deronda, y se levantó para tomar asiento de nuevo en su postura habitual de manos y pies cruzados, esforzándose en aparecer tan tranquila como pudo. Deronda, igualmente sensible, se imaginaba que sus ojos revelaban el sentimiento del cual era tan consciente, y que a ella le habría resultado repugnante. Estaba dispuesto a creer que cualquier manifestación inesperada arruinaría sus sentimientos hacia él y, en consecuencia, la preciada relación que tenía con los dos hermanos. Si

Mirah no le amaba, cualquier signo de amor por su parte la haría desgraciada al seguir el continuo contacto que era inevitable.

Mientras tales sentimientos palpitaban con fuerza en Deronda y Mirah, Mardoqueo, no viendo más que una plena bendición en la presencia y las palabras de su amigo, hablaba como solía hacer con grandes rodeos:

—Daniel, desde el principio, te dije que no conocíamos todos los caminos. ¿No han confluido todos al mismo punto, como las acciones que se operan en un alma, que cuando nace una idea, todos los elementos confluyen en ella, alimentándose e iluminándose? Pues todas las cosas están unidas en esa Omnipresencia que es lugar donde habita el mundo, y los acontecimientos son como un cristal por el que nuestros ojos ven algunos de los caminos. Y si parece que las voluntades descarriadas y egoístas de los hombres te han ayudado a prepararte, como prepararon a Moisés, para que sirvas mejor a tu pueblo, eso depende de otro orden que la ley que debe guiar nuestros pasos. Pues la mala voluntad del hombre no hace bien a un pueblo salvo que promueve a obrar bien a otros hombres; y por muy confusos que se muestren nuestros pensamientos ante el Eterno, una cosa está clara: que un pueblo solo será bendecido si tiene consejeros y una multitud cuya voluntad vaya en acuerdo con las leyes de la justicia y del amor. De hecho, fue tu capacidad de amar lo que te llevó a ese viaje, y resististe el efecto del mal; así que al cumplir con los deberes de fraternidad hacia mi hermana, y ayudarla a buscar a su hermano, tu alma se ha preparado para recibir con alegría este mensaje de lo Eterno: “observa la multitud de tus hermanos”.

—Hay que reconocer que tú y Mirah habéis sido mis maestros —dijo Deronda—. Si se me hubiera hecho esta revelación antes de conoceros a los dos, creo que me habría rebelado contra ella. Tal vez habría pensado entonces: «Si pudiera haberlo escogido, no habría sido judío». Lo que siento ahora es que todo mi ser consiente ante tal hecho. Pero ha sido el acuerdo gradual alcanzado entre tu mentalidad y la mía la que me ha llevado a este pleno consentimiento.

Mientras Deronda hablaba, tenía muy presente en su recuerdo la primera noche en la librería, con todo el retraimiento que le produjo entonces la seguridad profética de Mardoqueo. Formaba parte de su naturaleza disfrutar satisfaciendo al máximo a esa alma ansiosa y expectante, que parecía complacida ante el rostro que contemplaba, como el observador que al cabo de mucho tiempo ve al final la señal de humo en la montaña, y prosiguió con más fervor:

—Es a través de tu inspiración que me he dado cuenta de lo que puede ser la tarea de mi vida. Eres tú el que le ha dado forma a lo que, creo, era un anhelo heredado, el efecto de los pensamientos pasionales y ensimismados de muchos antepasados, pensamientos que parecen

haber estado presentes de forma muy intensa en mi abuelo. Imagínate que raptáramos al hijo de una tribu de alguna montaña y lo lleváramos a una ciudad de la llanura, o que alguien con un genio innato para la pintura naciera ciego; la vida de sus antepasados afloraría en ellos de forma confusa, anhelando objetos y sensaciones desconocidas, y los hechizados hábitos de conducta heredados serían como un instrumento musical sabiamente diseñado que nunca haya sido tocado, pero dando a entender por los misteriosos significados de su intrincada estructura que, ante las manos adecuadas, daría una música excelente. Algo así, pienso, ha ocurrido conmigo. Desde que aprendí a leer y a escribir, siempre deseé llevar a cabo una tarea ideal, en la que pudiera sentirme el corazón y el cerebro de una multitud, algún tipo de liderazgo social, que me llegaría como un deber, y que no lo ambicionaría como un premio personal. Tú me ayudaste a comprender la imagen de esa tarea: unir a nuestra raza a pesar de las herejías. Tú me dijiste: «Nuestra religión nos unió antes de que nos dividiera, nos hizo un pueblo antes de hacernos rabinos y caraítas»[302]. Tengo la intención de hacer todo lo posible para conseguir esa unión, quiero trabajar con tu espíritu. El fracaso no será innoble, pero sería deshonroso que no lo intentara.

—Eres como un hermano que se alimentó de los mismos pechos de mi madre —dijo Mardoqueo, dejándose caer en la silla con una mirada de reposo exultante, como si hubiera dado por finalizada su labor.

Para valorar el efecto de esta efusión ardiente por parte de Deronda, debemos recordar su reserva anterior, cómo evitaba cuidadosamente el asentimiento precipitado o el aliento engañoso, que daba a este decidido compromiso de sí mismo una solemnidad sacramental, tanto para él como para Mardoqueo. El efecto sobre Mirah era igualmente fuerte, aunque con una diferencia: sentía una sorpresa que no sucedía con su hermano, por la repentina revelación de cercanía de Deronda hacia ellos: le pareció que el día se abría ante ella y que aún podían ocurrir otras cosas diferentes a las que había presentido en las tinieblas. Pero tras un momento de silencio Mardoqueo reemprendió la conversación:

—Ya ha comenzado, la unión de nuestras almas. Solo queda desprenderse de este cuerpo, y entonces los que estamos desposados nos uniremos en un vínculo perfecto, y lo que es mío será tuyo. No me atribuyas a mí nada de lo que he escrito, Daniel; pues aunque nuestros maestros nos enseñaron que hay que citar las cosas diciendo quién las ha dicho (y su regla es buena), sin embargo, no excluye la anhelada unión que funde las almas entre sí, colmando el pensamiento y purificándolas, de forma que la plenitud es inseparable y la claridad es inseparable. Pues he juzgado lo que he escrito, y es mi deseo que el

cuerpo que he dado a mi pensamiento se olvide como se hará con este cuerpo carnal; dejemos que el pensamiento nazca de nuevo desde nuestra alma unida que será llamada tuya.

—No debes pedirme que te prometa eso —dijo Deronda, sonriendo —. Primero tengo que estar convencido de que hay razones para ello en los mismos escritos. Y yo todavía soy un pupilo. Esa fusión se producirá aunque no queramos; pero que haya cosas que no podamos impedir no quiere decir que hagamos de eso una regla para no elegir nada. Creo que nuestro deber ha de ser fiel a la tradición en las cosas que podamos alcanzar. Por eso, no debes negarte a ti mismo. No me pidas que niegue mi parentesco espiritual, cuando he encontrado la clave de mi vida en el reconocimiento del parentesco natural.

—No te pediré nada hasta que veas la razón —dijo Mardoqueo—. Estás en lo cierto: estaría obedeciendo otra norma en lugar de la del Maestro. Pero durante años, mi esperanza, o aún más, mi confianza, ha sido no que la imagen imperfecta de mi pensamiento (que es una mala aproximación del joven tallador que ha visto un modelo celeste y tiembla al imitar la visión), no que esta imagen perdure, sino que esta visión y su pasión entren en ti; sí, en ti, pues la persona que estuve anhelando durante años, ¿no eras tú, al que en seguida te reconocí cuando viniste? No obstante, serás tú el que juzgue. Pues mi alma está satisfecha. —Mardoqueo hizo una pausa, y luego continuó en otro tono, volviendo a las sugerencias anteriores que había expuesto Deronda—: ¿Qué es lo que movió a tus padres a…? —pero inmediatamente se retrajo, y añadió—: No, no te pediré que me cuentes nada que concierna a otros, a menos que tú quieras.

—Poco a poco, llegará un momento en que lo sepas todo —dijo Deronda—. Pero ahora contadme algo de vosotros, y qué ha ocurrido mientras he estado fuera. Estoy seguro de que habéis tenido algún problema. Mirah ha estado preocupada por algo.

Miró a Mirah, pero ella inmediatamente se volvió hacia su hermano, en un gesto que expresaba su deseo de que fuera él quien diera la difícil respuesta. Esperaba que él no creyera necesario contar a Deronda los hechos sobre su padre en una noche tal como esta. Justo ahora que Deronda se había acercado tanto a ellos, y se había identificado con su hermano, le dolía que tuviera que oír esta desgracia que se cernía sobre ellos, que parecía haberse vuelto también parte suya. Para calmarse se levantó y cogió su sombrero y su abrigo, pensando que sería mejor retirarse a su habitación: tal vez hablasen más cómodos si les dejase. Pero mientras tanto, Mardoqueo dijo:

—Hoy hemos tenido un disgusto. Hay un deber que parecía haberse perdido en la distancia, pero ha regresado y nos ha hecho frente, trayendo consigo no una alegría, sino un temor al que debemos

someternos. Pero por el momento no soportamos ningún yugo visible. Hablemos de esto más tarde como si esta noche, en la que profundizamos sobre nosotros, fuera el principio del festival en el que debemos ofrecer los primeros frutos de nuestra alegría, y no mezclemos la tristeza con ellos.

Deronda adivinaba la pena escondida, y dejó el tema, levantándose cuando vio que Mirah se levantaba, y diciéndole:

—¿Se va? Yo tengo que irme también inmediatamente, cuando la señora Adam y yo hayamos subido el preciado cofre, y le haya entregado la llave a Mardoqueo… no, Esdras. ¿Puedo llamarle Esdras ahora? Me he acostumbrado a pensar en él como Esdras desde que le oí a usted llamarle así.

—Por favor, llámelo Esdras —dijo Mirah, débilmente, sintiendo una nueva timidez bajo la mirada de Deronda y su presencia cercana. ¿Había realmente algo diferente en él, o estaba la diferencia solo en sus sentimientos? Las extrañas y diversas emociones de las últimas horas la habían dejado exhausta; estaba agotada por la fatiga y la falta de alimento. Deronda, observando su palidez y su nerviosismo, deseaba mostrar más sus sentimientos, pero no se atrevía. Ella le estrechó la mano haciendo un esfuerzo por sonreír, y él se ofreció a abrirle la puerta. Eso fue todo.

A un hombre de buenas maneras le repulsa cortejar a una mujer cuya riqueza o rango superior podrían parecerle presuntuosos o con motivos interesados; pero Deronda se encontraba con una dificultad mayor en su posición, que vista superficialmente, era justo lo contrario de la otra —aunque para un amor ardiente y reverencial, la mujer amada tiene siempre un tipo de riqueza y de rango que hace que el hombre recele del aspecto de sus declaraciones hacia ella—. La dificultad de Deronda era la que habría sentido en cierto grado cualquier hombre generoso; pero a él le afectaba de forma peculiar por su forma de mostrar su compasión y el fuerte sentimiento de gratitud de ella. Sabía que Mirah se sentía obligada hacia él, lo que por su sensibilidad podría hacer que cada deseo de él tuviera el aspecto de una petición; y si ella no fuera capaz de realizarla le causaría una pena continuamente recordada por su inevitable comunión con el cuidado de Esdras. Estaban en juego no solo temores de orgullo, sino sobre todo de extrema ternura. Además, Deronda consideraba con ansiedad que asumir el papel de benefactor sería un obstáculo insuperable para confesarle su amor, a menos que por una forma inconcebible se le pudiera revelar que el corazón de Mirah le había aceptado de antemano. Así que su propia agitación no era, tampoco, pequeña.

Incluso un hombre que se haya ejercitado en la seducción hasta que su propia insinceridad le ha hecho escéptico, puede al final ser

sorprendido por la admiración hacia una amante, puede temblar, tartamudear, y no mostrar más signos de la recuperación de su sensibilidad que los típicos pinchazos que sentimos cuando se nos duerme un miembro: ¡cuánto más puede poseer la enérgica timidez a un hombre cuya historia personal ha reavivado sus sensibilidades en vez de adormecerlas, manteniendo fresco y arraigado el lenguaje de la pasión como un hermoso follaje de una ladera en primavera!

En cuanto a Mirah, apoyaba esa noche su preciosa cabeza sobre la almohada dando vueltas a sus sospechas anteriores, con otra forma, pero aún presentes, como una historia horrible que hubiera sido desacreditada pero no disipada. Todo lo que sabía con seguridad sobre Deronda parecía probar que no tenía las ataduras que ella había creído. Todo su aspecto, así como sus palabras, daban por supuesto que no existían lazos ocultos que tuvieran algún efecto decisivo sobre su futuro. Pero a pesar de esta sencilla y razonable inferencia, el corazón de Mirah todavía mostraba desasosiego. Deronda no tenía la culpa, pero era tan importante para la señora Grandcourt que algo debía afectarle a él. Y el pensamiento de una estrecha confianza entre ellos reavivó la pequeña serpiente venenosa que por largo tiempo había permanecido enrollada y tranquila en el dulce pecho de Mirah.

¿Pero sentía esta noche con la misma certeza de antes que sus celos por tener ella alguna posibilidad no eran ya tan descabellados como los serían si su alma humana se hubiera encarnado en el cuerpo de un cervatillo al que Deronda hubiera librado de los arqueros? A duras penas. Algo indefinido había ocurrido, algo que marcaba una diferencia. La suave y cálida lluvia de flores que había caído precisamente donde ella estaba, ¿vino en realidad porque ella estaba allí? ¿Qué espíritu había entre las ramas?

CAPÍTULO 64

Questa montagna è tale,
che sempre al cominciar di sotto è grave,
e quanto uom piú va su e men fa male.
DANTE, *Il purgatorio*[303]

No habían pasado muchos días después de la llegada de su madre cuando Gwendolen consintió en quedarse en Génova. Su deseo de escapar de esa gema del mar la ayudó a recuperar su fuerza y su coraje. ¿Pues en qué lugar, aunque fuera el florido valle de Enna, su sensación interior no lo convertiría en un territorio de castigo en el que las flores no fueran más que llamas que quemasen las plantas de los pies?

—No quiero ver el Mediterráneo nunca más —dijo Gwendolen a su madre, la cual pensaba que entendía bastante bien los sentimientos de su niña, incluso en su tácita prohibición de cualquier referencia expresa a su difunto marido.

La señora Davilow, ciertamente, a pesar de estar obligada a considerar formalmente este tiempo como uno de severa calamidad, estaba prácticamente disfrutando su vida más de lo que lo había hecho desde que se casó su hija. Creía que su querida hija no solo volvía a ella con su antiguo afecto, sino además con una consciente estimación de la cercanía de su madre, como la que damos a una posesión que hemos estado a punto de perder.

—¿Estás ahí, mamá? —gritó Gwendolen, a mitad de la noche (había hecho poner una cama para su madre en su misma habitación), igual que hacía en su tierna infancia cuando le asustaba estar tumbada y despierta.

—Sí, querida, ¿pudo hacer algo por ti?

—No, gracias; solo quiero saber que estás ahí. ¿Te importa que te despierte? —(Esta pregunta no la habría formulado seguramente en su tierna infancia).

—No estaba dormida, cariño.

—No me parecía real que estuvieses aquí conmigo. Quería hacerlo real. Puedo soportar las cosas si tú estás conmigo. Pero no debes

permanecer despierta, preocupada por mí. Tienes que ser feliz ahora. Tienes que dejarme hacerte feliz por fin; si no, ¿qué es lo que haré yo?

—Dios te bendiga, querida; tengo la mayor felicidad que se pueda tener, cuando me valoras tanto.

Pero a la noche siguiente, al oír que estaba suspirando inquieta, la señora Davilow dijo:

—Deja que te haga tu infusión para dormir, Gwendolen.

—No, mamá, gracias; no quiero dormir.

—Te haría tanto bien dormir un poco más, querida.

—No me digas lo que me haría bien, mamá —respondió Gwendolen, con ímpetu—. No sabes qué es lo que me haría bien. Tú y mi tío no debéis contradecirme y decirme que algo es bueno para mí cuando yo veo que no lo es.

La señora Davilow se calló, sin sorprenderse de que la pobre chica estuviera irritada. Al final Gwendolen dijo:

—Siempre fui mala contigo, mamá.

—No, querida, no.

—Sí —insistió Gwendolen—. Es porque antes era más malvada que desgraciada que soy ahora.

Rompió a llorar en sollozos. La determinación de no decir nada sobre los hechos de su vida matrimonial y su desenlace se mostraba en estas enigmáticas reacciones de azoramiento.

Pero la madre entreveía de una forma confusa qué podía pasarle, por la información que Sir Hugo daba al señor Gascoigne, y con ciertas omisiones, que el señor Gascoigne le daba a ella. El bondadoso baronet, mientras atendía todas las medidas necesarias relacionadas con la muerte de su sobrino, y el posible lavado en tierra del cadáver, pensó que lo mejor que podía hacer, aprovechando su relación amistosa con el Rector, era comunicarle, de la forma más suave posible, el contenido del testamento de Grandcourt, para librarle de la sorpresa adicional que le supondría si se hacía ilusiones con los suyos. Tal vez Sir Hugo se lo habría dicho igual si no quisiese ahorrarle esa desilusión, pero sentía que debía hacerlo por eso. Comunicó la desagradable noticia al Rector por partes: al principio solo expuso su temor a que la viuda no hubiese sido tan espléndidamente provista como el señor Gascoigne, o más aún, como el mismo baronet hubiesen esperado; y solo al final, tras algunas referencias previas de forma imprecisa a ciertas obligaciones de Grandcourt, descubrió las relaciones prioritarias que, en el desafortunado caso de la ausencia de un heredero legítimo, había decidido que todo el esplendor fuera a parar a otra dirección.

El Rector se sintió profundamente dolido, y recordó, con más nitidez de lo que lo había hecho nunca, que la actitud del difunto

hacia él había sido ofensivamente orgullosa y repelente —recordó también que él mismo, en ese interesante período que precedió a la llegada del nuevo ocupante de Diplow, había oído indicios de líos anteriores, y de una indebida adicción al placer, pero no había previsto que el placer que había sido, por así decir, barrido en montones de basura privada, se presentaría de nuevo en forma de gusanos vivos, desastrosos para la vida de la gente respetable—. Pero no exteriorizó ante Sir Hugo estos pensamientos, ni se rebajó a sí mismo expresando su indignación por motivos meramente personales, sino que se comportó como un hombre de mundo que se había convertido en un clérigo esmerado. Su primera observación fue:

—Cuando un hombre joven hace su testamento gozando de plena salud, normalmente cuenta con que vivirá mucho tiempo. Probablemente el señor Grandcourt no creía que su presente testamento tuviera jamás efecto. —Tras un momento, añadió—: El efecto es doloroso en más de un sentido. Probablemente la moralidad femenina se va a ver afectada al haber otorgado la ventaja al hijo ilegítimo.

—Bueno, de hecho —dijo Sir Hugo con su tranquilidad habitual—, dado que el chico está allí, esta es la mejor alternativa para disponer las cosas. Grandcourt no tenía a nadie más cercano que a su primo. Y es un pensamiento extravagante irse de esta vida beneficiando solo a un primo. Los hombres disfrutan bastante haciendo su testamento, si es para sus propios retoños; pero es una molestia cuando estás legándolo todo a un tipo acabado como tú, y encima a uno que no te importa un comino. Es casi lo peor que te puede suceder, tener solo a una persona a la que puedas dejar tu hacienda. No; yo perdono a Grandcourt por esta parte de su testamento. Pero, entre nosotros, lo que no le perdono es la situación desahuciada en que ha dejado a su sobrina (*nuestra* sobrina, diría), en una posición peor que si hubiera sido la viuda de un médico. Nada me irrita más que esas reticencias póstumas hacia una mujer. Un hombre debería tener cierto orgullo y cariño por su viuda. Yo lo tendría, lo sé. Creo que es la forma de probar el amor de un hombre: no le teme tanto a la muerte cuando puede pensar que su mujer y sus hijas estarán bien después de ella. Me gusta la historia de esos hombres en la guerra de Crimea[304], dispuestos a ir a las profanidades del mar si las viudas quedaban bien provistas.

—Ciertamente me ha cogido por sorpresa —dijo el señor Gascoigne—, tanto más porque, al haberme puesto en la situación de un padre respecto a mi sobrina, mostré mi confianza en la aparente generosidad del señor Grandcourt en asuntos económicos, y no hice las suficientes averiguaciones sobre él. Me pareció que hacía lo correcto por las circunstancias. Probablemente piense que tengo la culpa.

—No exactamente. Yo respeto a un hombre porque confíe en otro. Pero tenga en cuenta mi consejo. Si usted casa a otra sobrina, aunque sea con el arzobispo de Canterbury, átelo bien. Su sobrina ya no puede casarse otra vez por primera vez. Y si es un buen tipo, deseará que lo aten. Pero en cuanto a la señora Grandcourt, solo puedo decir que me siento muy cerca de ella porque creo que no se la ha tratado bien. Y espero que usted la animará a que confíe en mí como un amigo.

Así habló el caballeroso Sir Hugo, disgustado porque a la joven y hermosa viuda de un Mallinger Grandcourt le hubiesen dejado solo dos mil libras al año y una casa en una zona de minas de carbón. Para el Rector esos ingresos aparecían menos miserables y menos desprovistos de privaciones mortificadoras; pero esa conversación le había hecho sentir con más intensidad que el baronet la humillación lanzada a su sobrina, además de a sus amigos más cercanos, por la manifiesta divulgación de la relación de su marido con la señora Glasher. Y como todos los hombres que son buenos maridos y padres, veía la humillación con los ojos de las mujeres que iban a ser afectadas por ella; así que la molestia que le causó el oír primero los hechos fue mucho menor que la que sintió al comunicárselos a la señora Davilow, y al anticipar los sentimientos de Gwendolen cuando su madre viera que había llegado la ocasión de contárselos. Pues el buen Rector tenía la inocente convicción de que su sobrina no era consciente de la existencia de la señora Glasher, basándose con enérgica solidez en lo que sabían, hacían y sufrían las mujeres solteras y casadas, habiendo realizado una observación del todo imperfecta de la mujer particular en cuestión tanto de soltera como de casada. No sucedía lo mismo con la madre de Gwendolen, que ahora pensaba que comprendía mucho de la conducta y las palabras tan enigmáticas de su hija antes y después de su compromiso, y concluyó que de alguna forma inconcebible Gwendolen había sido informada de la existencia de esta relación ilegítima y de la existencia de los niños. Confiaba que tendría oportunidades, en momentos de confidencias afectuosas antes o durante el viaje de regreso a Inglaterra, de averiguar poco a poco de cuánto era consciente Gwendolen del estado de la situación actual y prepararla para cualquier cosa que pudiera significar una decepción. Pero no tuvo ni que esforzarse por sacar el tema.

—Espero que no creas que vaya a ser rica y espléndida, mama —dijo Gwendolen, no mucho después de la comunicación del Rector—; tal vez no me haya dejado nada.

Estaba vestida, y había estado un buen rato sentada meditando. La señora Davilow se sorprendió, pero dijo, tras unos momentos de reflexión:

—Oh, sí, querida, algo tendrás. Sir Hugo conoce todo el testamento.

—Eso no decidirá nada —dijo Gwendolen, con brusquedad.

—Claro que sí, querida: Sir Hugo dice que dispondrás de dos mil libras al año y la casa de Gadsmere.

—Me quedaré con lo que decida aceptar —dijo Gwendolen—. Ni tú ni mi tío debéis intervenir y convencerme sobre esto. Haré todo lo que pueda para hacerte feliz, pero sobre las cosas de mi marido no quiero que os entrometáis. ¿Serán suficientes para ti ochocientas libras al año?

—Más que suficientes, querida. No debes pensar en darme tanto. —La señora Davilow esperó un poco, y luego dijo—: ¿Sabes quién se va a quedar con las fincas y el resto del dinero?

—Sí —dijo Gwendolen, ondeando su mano en señal de querer abandonar el tema—. Lo sé todo. Todo está bien, y prefiero que no lo vuelvas a mencionar nunca.

La madre estaba callada, miró hacia otro lado, y se levantó a por un abanico, con un ligero sonrojo en sus delicadas mejillas. Iba pensando e imaginando cosas, pero no quería encontrarse con los ojos de su hija, y se sentó otra vez bajo una triste represión. Cuánta infelicidad había tenido que soportar tal vez su hija, y como siempre había sucedido, el asunto no iba a tratarse entre ellas. Pero Gwendolen estaba observando a su madre con esa nueva intuición que le había dado la experiencia; y obligándose a calmarse dijo a su madre con cariño:

—Ven y siéntate a mi lado, mamá, y no te pongas triste.

La señora Davilow hizo lo que le dijo, pero se mordió los labios en un vano intento de ocultar sus lágrimas. Gwendolen se apoyó en ella de forma mimosa y le dijo:

—Pretendo ser muy prudente, de verdad. Y muy buena; muy buena contigo, querida y dulce mamaíta, no me conocerás. Pero no tienes que llorar.

La determinación que Gwendolen tenía en su mente era la de preguntar a Deronda si debía aceptar algo del dinero de su marido, si podía aceptar lo necesario para ayudar a su madre. La pobrecilla se sentía fuerte para hacer cualquier cosa que subiese la estima que Deronda tenía por ella.

Sir Hugo las invitó, presionándolas amablemente, para que ella y la señora Davilow fueran enseguida con él a Park Lane, y vivieran en su casa mientras durase el luto y tuvieran que atender algunos detalles necesarios en Londres. La ciudad, insistía, era en esos casos el más apartado de los lugares y propuso él mismo dedicarse a sacar inmediatamente todas las pertenencias de Gwendolen de la casa de la plaza Grosvenor. A ella no le habría satisfecho más otra propuesta que este poder quedarse un poco más en Park Lane. Le sería más fácil

concertar una entrevista con Deronda allí, si solo supiera cómo hacerle llegar a sus manos una carta, pidiéndole que viniera. Durante el viaje, Sir Hugo, habiendo comprendido que ella conocía el contenido del testamento de su marido, se aventuró a hablar ante ella y a ella de los planes para su futuro, haciendo referencia a las buenas perspectivas que daba por hechas, y por otra parte, animándola con alegría decorosa por su posición de viuda. Le parecía que era el modo más elegante para una viuda de recuperar su estado de ánimo al averiguar que su marido no la había tratado tan bien como él habría hecho; era culpa del testador si comprometía la pena de ella por su partida dando una razón en el testamento, así que podía suponerse que ella debía aparecer triste, pero no porque él la hubiese dejado, sino porque la había dejado pobre. El baronet, con su bondad avivada doblemente por el viento favorable en su fortuna y por compasión hacia Gwendolen, se había vuelto muy paternal hacia ella, la llamaba "querida", y al mencionar Gadsmere al señor Gascoigne, con sus ventajas y desventajas, habló sobre los que *debíamos* hacer para hacer lo mejor con la propiedad. Gwendolen estaba sentada al lado de Sir Hugo en pálido silencio, mientras Sir Hugo, con su rostro vuelto hacia la señora Davilow o el señor Gascoigne, comentaba que la señora Grandcourt tal vez preferiría que Gadsmere estuviera habitada durante alguna época del año, en cuyo caso pensaba que lo mejor sería arrendarla a alguno de esos hombres relacionados con las minas de carbón: Sir Hugo había visto lo suficiente del sitio para saber que era una caseta tan cómoda y pintoresca como desearía cualquier hombre, siempre que sus deseos se circunscribieran dentro de un área minera.

—A mí mismo no me importaría el hollín —dijo el baronet, con total neutralidad—. Nada es más sano. Y para alguien que tenga sus negocios por esa zona, Gadsmere sería un paraíso. Sale incluso remarcada en la historia del condado escrita por Scrogg, con la pequeña torre y la hermosa bahía, sin duda lo mejor que se imprimió en el libro.

—¿Un lugar más importante que Offendene, entonces? —dijo el señor Gascoigne.

—Bastante más —dijo el baronet, con decisión—. Estuve allí con mi pobre hermano, hace ya más de un cuarto de siglo, pero lo recuerdo muy bien. Puede que las habitaciones no sean muy grandes, pero sí lo son los jardines.

—Nuestro pobre y querido Offendene sigue vacío después de todo —dijo la señora Davilow—. Cuando llegó el momento, el señor Haynes lo declaró disponible, y nadie lo ha tomado desde entonces. Podría haber aceptado la amable oferta de Lord Brackenshaw de permanecer en él otro año sin pagar el alquiler: pues habría

mantenido el sitio aireado y habitado.

—Espero que en su lugar tengan algo cómodo —dijo Sir Hugo.

—Demasiado cómodo —dijo el señor Gascoigne, sonriendo a su cuñada—. Más bien os sobrará.

Gwendolen se volvió con un cambio en su mirada cuando su madre habló de que Offendene se había quedado vacío. Esta conversación tuvo lugar en una de las largas e inexplicables paradas que a menudo ocurren en las estaciones de tren extranjeras. Había una quietud de ensueño bajo el sol y sobre los campos sin cercos que se extendían hasta el límite de los álamos; y para Gwendolen la charla del interior del carruaje solo le sugerían que la tierra de ensueño acababa en una región oscura de pozos y minas, y el purgatorio de Gadsmere que jamás visitaría; cuando oyó las palabras de su madre, esta vista soñolienta y confusa pareció disolverse para dar paso a una imagen más clara de Offendene y Pennicote en su aspecto más brillante. Vio las faldas de las colinas, los campos salpicados por el ganado, las plantaciones a la sombra con caminos llenos de baches y de cortezas de árboles apartadas a un lado, los setos bien cuidados en la carretera de la parroquia a Offendene, la avenida desde la que le veían llegar desde la ventana, la puerta del recibidor que se abría, y a su madre o una de las problemáticas hermanas saliendo a recibirla. Toda esa breve experiencia de una casa tranquila que en alguna ocasión había considerado tan aburrida como para escapar de ella, era donde ahora reposaban sus pensamientos: una parada donde encontró el aliento de la mañana y la irreprochable voz de los pájaros siguiendo un reclamo a través de una gran farsa satánica, en la que había entrado con una credulidad embriagada en sus mentiras, y había visto su fin con miedo a que ella misma no formara parte de los espíritus malignos que revoloteaban por la farsa y se deslizaban a su alrededor con lenguas de serpiente.

De esta forma, los pensamientos de Gwendolen se detuvieron sobre Offendene; pero no dio más muestras de interés en la conversación, igual que no las dio sobre la opinión de Sir Hugo acerca del cable telegráfico o sobre el punto de vista de su tío acerca del proyecto de ley de la abolición de la tasa eclesiástica. ¿Sobre qué temas no hablaríamos durante el interminable viaje de varios días de Génova a Londres? Incluso los desconocidos, tras viajar juntos desde la China hasta el Perú, pueden mostrar demasiadas confidencias y sincerarse con una liberalidad tal que llega a poner en peligro cualquier siguiente encuentro al revelar una mutua impresión de pobreza. Pero el baronet y el Rector se veían presionados a alegrar la conversación: eran como los conocidos obligados a permanecer juntos en un largo viaje de luto que, al observar que la situación es melancólica, proceden a darle la vuelta con un discurso lo más misceláneo posible. «No tengo

inconveniente en contarle…» dijo Sir Hugo al Rector, mencionando algunos detalles privados; mientras el Rector, sin expresarlo de esta manera, no tenía inconveniente en contar al baronet cosas sobre sus hijos y la dificultad de situarlos en el mundo.

A fuerza de hablar de todas las personas y cosas que estaban a un tiro de piedra de Diplow, Sir Hugo acabó tomando interés en esa casa antigua, y acabó convencido de que era un deber agradable recuperar y fortalecer su influencia personal en el vecindario, por lo que declaró su intención de llevar a su familia al sitio por uno o dos meses antes de que acabara el otoño; y al señor Gascoigne le entusiasmó la perspectiva. En conjunto, el viaje continuó y finalizó con una mutua simpatía entre los viajeros de género masculino.

Mientras tanto, Gwendolen estaba sentada como alguien que volvía del mundo espiritual con una experiencia incalificable que cubría de una extraña irrealidad toda la charla que estaba oyendo sobre sí misma y sobre los asuntos del mundo; y la señora Davilow se preocupaba principalmente de imaginarse lo que sentía su hija, y preguntándose que había querido decir con esas insinuaciones de si aceptaría o no el legado de su marido. Gwendolen, de hecho, tenía ante sí el muro de un propósito inmediato que apartaba cualquier otra determinación. ¿Cómo escalar el muro? Quería ver y consultar de nuevo a Deronda, para asegurarse de que no daba ningún paso que él desaprobara. ¿Habría conservado los remordimientos o se sentiría libre de culpa si no hubiera sido por esa conciencia exterior que se materializaba en Deronda? Es difícil decir si tendríamos tales remordimientos si no hubiera alguien que nos juzgara, alguien de cuya opinión dependiese nuestra felicidad, alguien que nos recordase la sentencia del Invisible y Universal que la autocomplacencia y la tolerancia del mundo nos hacen olvidar a menudo. De esta forma, nuestro hermano puede ocupar para nosotros el lugar de Dios, y su opinión, que nos penetra hasta los huesos y la médula, nos empuja a actuar correctamente. Esa misión de Deronda hacia Gwendolen había empezado con lo que ella había sentido que era el juicio que hacía sobre ella en la mesa del juego. Él podía haberlo estropeado todo: malgastamos gran parte de nuestra vida en echar a perder nuestra influencia y hacer que la credulidad que los demás tienen en nosotros se diluya en una amplia y definitiva incredulidad que ellos llaman conocimiento del mundo, pero que es en realidad decepción en ti o en mí. Deronda no había estropeado su misión.

Pero Gwendolen se había olvidado de pedirle su dirección en caso de que quisiese escribirle; y la única forma que tenía de contactar con él era a través de Sir Hugo. Era del todo consciente de la imagen que podía estar dando ante los demás de su dependencia de Deronda, y que era ella la que le buscaba a él, más que él a ella: los reproches de

Grandcourt habían alertado lo suficiente a su orgullo. Pero la fuerza y tenacidad de su naturaleza la habían abocado a esa dependencia, y no iba a dejar de contar con la ayuda de Deronda, o a negarse a realizar la entrevista que su alma necesitaba, solo porque había testigos, igual que no lo habría hecho si hubiera estado en prisión en peligro de ser condenada a muerte. Cuando llegaron a Park Lane y se enteró que el baronet iba a bajar a la Abadía inmediatamente (solo para ver un par de días a su familia y luego volver para ocuparse de los asuntos necesarios de Gwendolen), le dijo sin mostrar ninguna duda, mientras su madre estaba presente:

—Sir Hugo, me gustaría ver al señor Deronda lo más pronto posible. No conozco su dirección. ¿Me la podría decir o hacerle saber que quiero verle?

Por el rostro de Sir Hugo cruzó un rápido pensamiento, pero no lo dejó entrever cuando dijo:

—Palabra que no sé si está en su alojamiento o en la Abadía en estos momentos. Pero me aseguraré. Le enviaré una nota ahora mismo a su alojamiento diciéndole que venga, y si está en la Abadía puedo darle tu mensaje y enviarlo aquí inmediatamente. Estoy seguro que querrá satisfacer tu deseo —concluyó el baronet, con seria amabilidad, como si no hubiera nada más apropiado según el curso de los acontecimientos que enviar tal mensaje.

Pero estaba convencido de que Gwendolen tenía un apego pasional por Deronda, cuyas semillas habían sido sembradas hacía mucho tiempo, y volvió a pensar en su antigua sospecha con más fuerza que nunca: que sus sentimientos iban a llevarla probablemente a cometer imprudencias, de las que el bondadoso Sir Hugo, iba a hacer todo cuanto estaba en su mano para protegerla y defenderla. Para él habría sido una bonita historia que esta dulce criatura y su Dan querido hubieran estado hechos el uno para el otro, y que el inapropiado marido hubiera partido antes de este mundo. A Sir Hugo le gustaba que una mujer hermosa fuera tan feliz como fuera posible. En verdad, lo que más le preocupaba de este asunto era la duda de si el encumbrado e inescrutable Dan no tuviera otra idea en la cabeza que le resultara más querida que la encantadora señora Grandcourt, y que rechazara por completo el matrimonio que se preparaba. Entre las paradojas habituales respecto a los sentimientos de Sir Hugo, que había dado sus consejos paternales a Deronda en contra de mostrar demasiada ternura cuando se comprometiese, se hallaba la de sentirse ahora irritado contra él por la sospecha de no haberse enamorado como debería. Por supuesto, todas estas conjeturas de Sir Hugo eran del todo prematuras, pues solo había pasado una quincena más o menos de la muerte de Grandcourt. Pero forma parte del pensamiento ser o muy prematuro o muy tardío.

No obstante, envió la nota al alojamiento de Deronda, la cual le halló allí.

CAPÍTULO 65

Oh, sé bienvenida, Fe de ojos puros, Esperanza de blancas manos,
tú, ángel sostenido por alas de oro.
MILTON[305]

Deronda recibió las noticias de Gwendolen de reunirse con ella con bastante agitación, pero las obedeció. No su vanidad, sino su profunda compasión le previno del peligro que hubiera otro corazón que requiriese de él lo que no iba a poder cumplir; y ya no eran imaginaciones suyas, sino que era plenamente consciente, que el alma de Gwendolen se aferraba a la suya con una necesidad pasional. No discutimos la existencia del enojo o del desprecio de una voz que nos emociona; simplemente la sentimos, y no admite réplica. Deronda sentía el destino de esta mujer colgado sobre el de él en un precipicio de desesperación. Cualquiera que le conozca no puede sorprenderse de su confesión interna, que si todo esto hubiera pasado poco más de un año antes, apenas se habría preguntado si la amaba: el impetuoso y determinante impulso que le habría movido habría sido librarla de la pena, proteger su vida para siempre de los peligros de la soledad, y llevar a cabo hasta las últimas consecuencias la redención que había comenzado en ese rescate admonitorio del collar. Pero ahora, el amor y el deber le habían lanzado otros lazos, y ese impulso no podía ya determinar su vida; aun así, seguía presente en él como un anhelo compasivo, un estremecimiento doloroso ante el mismo hecho de imaginarse tener que enfrentarse una y otra vez a la atracción de sus ojos y sus palabras. La misma fuerza de la nueva atadura, la certeza de su determinación, que le hacía separarse de ella, le hizo pensar en el destino de ella con pena aún más dolorosa.

Esperó su llegada en la sala de estar trasera, en ese espacio blanco y carmesí donde habían estado sentados juntos en la fiesta musical, y donde Gwendolen le había dicho por primera vez que su destino dependía de que él no la abandonara, y su atracción pareció haberse fundido en el llanto melódico: *Per pietà non dirmi addio*[306]. Pero la melodía fue pronunciada por la querida voz de Mirah.

Deronda paseaba por esta habitación, que se sabía de memoria

después de tantos años, con una extraña sensación de metamorfosis en su vida. Los objetos familiares que le rodeaban, desde el gentil retrato sonriente de Lady Mallinger a las cabezas también humanas y urbanas de los leones que había sobre las pilastras de la chimenea, parecían pertenecer casi a una existencia previa que revivía solo por los recuerdos, no en la realidad; tan profundas y transformadoras habían sido las impresiones que había experimentado últimamente, tan nuevas eran las condiciones bajo las que se encontraba en la casa en la que se había acostumbrado a pensar como su propio hogar —de pie con su sombrero en la mano, esperando la entrada de una joven criatura cuya vida había sufrido una gran transformación, una trágica transformación hacia un resultado vacilante, en el que sentía con aprensión que él mismo estaba atado a él—.

Pero Gwendolen entró, con aspecto cambiado; no solo por su vestido de luto, sino por una expresión más tranquila y satisfecha que la que vio en su rostro en Génova. La satisfacción consistía en que Deronda estaba allí; pero no se sonrieron mientras se saludaron y se dieron la mano; cada uno de los dos estaba lleno de recuerdos, lleno de previsiones ansiosas. Ella dijo:

—Ha sido muy bueno en venir. Sentémonos —y se sentó inmediatamente en la silla más cercana. Él se situó enfrente de ella.

—Le pedí que viniera porque quiero que me diga qué debería hacer —comenzó, enseguida—. No tenga miedo de decirme lo que usted piensa que es lo correcto, aunque sea duro. Me he hecho a la idea de hacerlo. Tuve miedo una vez de ser pobre; no podía pensar estar al cargo de otras personas; y eso es por lo que hice algo, eso es por lo que me casé. He soportado cosas peores ahora. Creo que podría soportar ser pobre, si usted cree que debería. ¿Sabe lo del testamento de mi marido?

—Sí, me lo dijo Sir Hugo —dijo Deronda, adivinando ya la pregunta que ella tenía que hacer.

—¿Debo aceptar algo de lo que él me ha dejado? Le contaré lo que he estado pensando —dijo Gwendolen, con una ilusión más nerviosa —. Tal vez no sepa del todo que en realidad yo pensaba en mi madre cuando me casé. Yo era egoísta, pero la quería, y me daba lástima su pobreza; y lo que más me consoló al principio, cuando era desgraciada, era verla en mejor estado gracias a mi matrimonio. Lo más duro para mí sería verla ahora de nuevo sumida en la pobreza; y he estado pensando que si tomo lo suficiente para mantenerla, y no más (nada para mí), no sería incorrecto; pues mi madre me quería mucho… y él me apartó de ella… y él lo hizo a propósito… y si ella lo hubiera sabido…

Gwendolen rompió a llorar. Se había estado preparando para esta entrevista pensando casi exclusivamente en esta cuestión de hacer lo

correcto para su madre; pero la cuestión había llevado consigo pensamientos y razonamientos que le resultaban imposibles de exteriorizar, y estos recuerdos peligrosos pululaban entre sus palabras, haciendo que sonasen cada vez más agitadas y temblorosas. Se miró impotente las manos, desprovistas ahora de todos sus anillos salvo el de casada.

—No se maltrate hablando de esa forma —dijo Deronda con ternura—. No hay necesidad; el caso es muy simple. Creo que apenas puedo equivocarme al juzgarlo. Usted me consulta porque soy la única persona a la cual ha confiado la parte más dolorosa de su experiencia: y yo puedo entender sus escrúpulos. —Se detuvo un momento, esperando que ella se recuperara. El silencio le parecía a Gwendolen lleno de la ternura que oyó en su voz, y tuvo el coraje de alzar sus ojos y mirarle mientras él le decía—: Es usted consciente de algo que le parece un crimen contra alguien que está muerto. Usted cree que ha perdido cualquier derecho como esposa. Le asusta quedarse con lo que era de él. Quiere no aprovecharse de su muerte. Sus sentimientos le impulsan incluso a castigarse a sí misma, a reprenderse por ir en contra de su buena voluntad, la voluntad que luchaba contra la tentación. Yo también he pasado por algo de eso. ¿Le comprendo bien?

—Sí, por fin quiero ser buena, no como lo que he sido —dijo Gwendolen—, intentaré soportar lo que usted crea que debo hacer. He intentado contarle lo peor de mí misma. ¿Qué debería hacer ahora?

—Si nadie más estuviera implicado en esta cuestión de los ingresos —dijo Deronda—, no me atrevería a ir en contra de sus remordimientos; pero creo que sus sentimientos hacia la señora Davilow son una buena guía en estos momentos, y me parece bastante justo. No pienso en absoluto que las obligaciones de su marido incluso hacia usted tengan que anularse por ningún acto que haya usted cometido. Él entró voluntariamente en su vida, y afectó su curso en el momento más trascendental. Pero dejando eso aparte, era un deber de su posición mantener a su madre, y por supuesto, entendía que en caso de que tuviera que aplicarse el testamento, ella compartiría también lo que le dejaba a usted.

—Ella tenía ochocientas libras al año. Lo que pensé es tomar eso y dejar libre el resto —dijo Gwendolen. Había estado tanto tiempo razonándolo en su interior como un pequeño permiso, que no podía tomar ahora otra actitud.

—Creo que no es su deber fijar un límite en ese sentido —dijo Deronda—. Crearía un doloroso enigma para la señora Davilow; si usted se niega a recibir nada, el resto sería como veneno para ella. Y su propia vida sería muy difícil. Acordamos en Génova que su carga de conciencia no debe saberla nadie. Promoverá mejor la futura

beneficencia de su vida ahorrándoles a los demás la pena de ese conocimiento. En mi opinión, debería conformarse con lo que le ha dejado su marido en el testamento, y que sus remordimientos se apliquen solo al uso que quiera hacer de esa independencia económica.

Al pronunciar la última frase Deronda cogió automáticamente su sombrero, que había dejado en el suelo a su lado. Gwendolen, sensible a sus más ligeros movimientos, sintió que su corazón daba un vuelco, como si también tuviera su propia conciencia, y quisiera impedirle que se marchara: se levantó al mismo tiempo de su silla, sin darse cuenta que el movimiento era una aceptación de su aparente intención de dejarla; y Deronda, por supuesto, también se levantó, y avanzó un poco.

—Haré lo que usted me diga —dijo Gwendolen, apresuradamente —; ¿pero qué más debo hacer? —No se le ocurrían más que estas simples palabras; e incluso eran mucho para ella en ese estado de emoción en el que su orgulloso misterio estaba destronado: mientras sus frases infantiles salían de sus labios, formaron en ella una imagen de su propia impotencia, y no pudo refrenar el sollozo que envió grandes lágrimas a sus ojos. Deronda, también, sintió un dolor aplastante; pero veía las consecuencias inminentes, y se obligó con mucho esfuerzo a permanecer impasible. Cuando ella se secó las lágrimas, le dijo en un tono amable a modo de pregunta:

—Probablemente se reunirá pronto con la señora Davilow en el campo.

—Sí, en una semana o diez días. —Gwendolen esperó un instante, volviendo la mirada hacia la ventana, como si mirara hacia un futuro imaginario—. Quiero ser amable con ellas; ellas pueden ser más felices que yo. ¿Es eso lo mejor que puedo hacer?

—Eso pienso. No debe tener ninguna duda en cuanto a ese deber —dijo Deronda. Se detuvo un poco entre sus frases, sintiendo el peso de la ansiedad en todas sus palabras—. De ese deber se desprenderán otros. Considerar su vida como una deuda puede parecerle la visión más triste desde la distancia; pero no será así. Lo que es triste en la vida es la falta de una motivación: pero una vez comience a actuar de esta forma penitente, amando el propósito que tiene en su interior, encontrará satisfacciones inesperadas, surgirán nuevas necesidades, que continuamente le harán vivir el día a día. Verá que su vida crece como una planta.

Gwendolen posó sus ojos en él con la mirada de alguien sediento que oye el sonido de aguas que no ve. Deronda sintió la mirada como si hubiera estirado sus brazos hacia él desde una costa abandonada. Su voz adquirió un matiz afectuoso y casi de súplica cuando dijo:

—Esta pena, que le ha afectado hasta la médula, le ha llegado

siendo muy joven; intente considerarla no como algo que ha arruinado su vida, sino como algo que la ha preparado para ella. Que sea una preparación… —Cualquiera que oyera cómo hablaba habría pensado que le suplicaba por su propia felicidad—. Mire, usted se ha salvado de las peores maldades que podría haber venido de su matrimonio, que ya sabe fue un error. Ha visto usted lo que es actuar de forma ofensiva y egoísta, una visión de lo que es la degradación; imagine que un ángel severo, viéndola tomar el camino del error, la ha cogido por la muñeca y le ha mostrado el horror de la vida que tiene que evitar. Y este ángel se ha presentado en su juventud. Considérelo una preparación. Usted puede, usted estará entre las mejores mujeres, y hará que otras se sientan contentas de haber nacido.

Las palabras le sonaban a Gwendolen como si una mano milagrosa la acariciase. Varias emociones entremezcladas fluían en ella con una fuerza que parecía dar comienzo a una nueva existencia, proporcionándole un nuevo poder que se revolvía en su interior. Tan llena de energía es la esperanza divina de la recuperación moral. Tan potente es en nosotros la acción inculcada por otra alma, ante la cual nos postramos a causa de un amor completo. Pero la nueva existencia parecía inseparable de Deronda: la esperanza parecía requerir que su presencia fuera permanente. No pensaba que él la amase y se aferrase a ella, ese pensamiento habría resultado improbable; pero se alimentaba de ello. Por primera vez desde ese terrible momento en el mar, apareció un sonrojo que se extendió por sus mejillas, por la frente y el cuello, se intensificó por unos instantes, y luego desapareció gradualmente. Ella no dijo nada.

Deronda avanzó y le ofreció su mano diciendo:

—No debo cansarla.

Ella se asustó ante la sensación de que se iba a ir, y puso su mano en la suya, todavía sin decir nada.

—Todavía parece enferma, aún no es usted misma —añadió, mientras sostenía su mano.

—No puedo dormir mucho —contestó ella, volviendo a desanimarse un poco—. Así se repiten las cosas para mí. Vuelven, siempre vuelven —concluyó, temblando; un temor helado la amenazaba.

—Poco a poco serán menos insistentes —dijo Deronda. No podía soltar la mano ni alejarse bruscamente.

—Sir Hugo dice que se establecerá en Diplow —dijo Gwendolen, aprovechando unas palabras anteriores que se le habían escapado—. ¿Usted también vendrá?

—Probablemente —dijo Deronda, y al darse cuenta que la palabra era fría, añadió, corrigiéndose—: Sí, vendré —y entonces soltó su

mano, con la presión amistosa del que se está despidiendo.

—¿Y no volverá aquí, antes de que deje la ciudad? —dijo Gwendolen, con tímida tristeza y más pálida que nunca.

¿Qué podía decir Deronda?

—Si puedo ayudarla en algo, si usted me necesita, por supuesto que vendré.

—Lo necesito —dijo Gwendolen, con ímpetu—; usted sabe que lo necesito. ¿Qué fuerza tengo yo? ¿A quién más puedo acudir? —De nuevo le afloraba el llanto.

Deronda sintió una punzada de dolor, que se mostró en su rostro. Parecía triste cuando dijo:

—Por supuesto que vendré.

Gwendolen percibió el cambio en su cara; pero el intenso alivio que suponía esperarle de nuevo no dejaba lugar a otros sentimientos, y recuperó parte de su esperanza y su coraje.

—No se entristezca por mí —dijo ella, con seguridad y afecto—. Recordaré sus palabras, cada una de ellas. Recordaré lo que usted creyó de mí; lo intentaré.

Ella le miró con firmeza, y le tendió su mano otra vez como si hubiera olvidado lo que había pasado desde las palabras de él que ella prometía recordar. Pero no había ni la más mínima expresión de una sonrisa en sus labios. No había sonreído desde la muerte de su marido. Cuando estaba quieta y en silencio parecía una estatua melancólica de la Gwendolen tan dispuesta a reír cuando los demás estaban serios.

Solo recordando la angustia minuciosa que había cambiado para ella el aspecto del mundo podemos entender su conducta hacia Deronda, la apertura irreflexiva, o aún más, las súplicas inoportunas con las que expresó su dependencia de él. No le importaban lo que pensaran de ella otros espectadores indiferentes, ni aunque hubiera estado rodeada de llamas, y se habría lanzado a sus brazos abiertos y se habría colgado de su cuello para que él pudiera protegerla para siempre. Lo identificaba con el duro proceso regenerador que se había producido en ella junto con su acción. ¿A alguien le sorprende que ella viera su propia necesidad reflejada en los sentimientos de él? Se hallaba en ese estado de dependencia y expectación inconsciente, una experiencia que todos sentimos cuando solo nos preocupan nuestros problemas o nuestros propósitos. Atribuimos a los demás nuestros sentimientos, y creemos que actuarán según nuestras motivaciones. No se había imaginado una unión futura con Deronda más que el vínculo espiritual que continuamente se iba estrechando; pero tampoco se imaginaba estar separada de él. La seducción y el matrimonio, ¿cómo iban ahora a ser el imaginario del apego profundo de la pobre Gwendolen? El todopoderoso Amor había puesto su mano sobre ella;

¿pero qué es lo que le había pedido a ella? Aceptación o rechazo, la dura tarea de cambiarse a sí misma… confesión… resistencia. ¿Qué importaba que llorase ante él? Lloró pues, como una niña que ha tropezado y reclama ser cogida de la mano, para no perderse.

El llanto traspasó a Deronda. ¿En qué posición más difícil podría encontrarse un hombre lleno de ternura, pero con una fuerte prudencia? Era la única criatura que conocía la verdadera naturaleza del problema de Gwendolen: retirarse y apartarse de ella sería abocarla a una peligrosa soledad. No se podría perdonar la crueldad de aparentar rechazar su dependencia de él; y aun así, notaba que a corto o largo plazo algo se torcería, y que cualquier intento de estrechar su vínculo empeoraría las cosas.

Estaba obligado a arriesgar eso. Fue varias veces a Park Lane antes de que Gwendolen se marchara; pero sus entrevistas las realizaban en presencia de la señora Davilow, y eran, por tanto, menos agitadas. Gwendolen, desde que decidió aceptar sus ingresos, había concebido un proyecto del que quería hablar: situar a su madre y a sus hermanas con ella en Offendene otra vez, y, como decía, recuperar la vida que llevaban cuando estaban allí por primera vez y todo era felicidad para ella, aunque no era consciente de ello. Había mencionado la idea a Sir Hugo, quien se ocuparía de alquilar Gadsmere, lo que pagaría de sobra la renta de Offendene. Le dijo todo esto a Deronda, el cual se entretenía gustosamente en un tema que parecía una consoladora distracción para Gwendolen. Él no dijo nada y ella no preguntó nada sobre en qué se ocupaba principalmente él. A ella le obsesionaba que él viniese a Diplow antes de que se acabase el otoño; y no pensaba más en los Lapidoth —la pequeña judía y su hermano— como gente que pudiera intervenir más en su destino que lo que hacía la levadura política y social en la historia del mundo. De hecho, los recuerdos de la pobre Gwendolen estaban aturdidos, y todo lo que quedaba fuera de la huella dejada por su problemática conciencia, y de su esfuerzo por librarse de ella, quedaba para ella en un olvido oscuro.

CAPÍTULO 66

Todavía un día agitado entre los días tranquilos.
BROWNING, *El Anillo y el Libro*[307]

Mientras tanto, Esdras y Mirah, a los que Gwendolen no incluía cuando pensaba en Deronda, estaban intimando aún más su relación, iluminándola por completo.

Lapidoth padre había dejado a su hija en el rellano de la puerta, dándole vueltas a la idea de apostar en el juego la cantidad de dinero que poseía, quedándose estrictamente con lo necesario para comer, sin pensar en otras alternativas o determinaciones. Hasta que no lo perdiera todo no iba a pensar si le pediría más a Mirah de nuevo o si afrontaría la presencia de su hijo. En un primer momento, se asustó de tener que encontrarse con Esdras como se habría asustado ante cualquier otra situación restrictiva desagradable; y la posesión del bolso de Mirah era suficiente para despejar el pensamiento de futuras necesidades. El apetito por el juego es mucho más dominante que el hambre corporal, que puede ser neutralizada por una excitación emocional o intelectual; pero la pasión por calcular posibilidades de ganancias —el habitual equilibrio mental suspensivo del juego imaginario o real— anula la susceptibilidad por cualquier otra excitación. En su etapa final, en la que ya no hay vuelta atrás, parece como si se liberaran del interior una multitud de demonios, buscando la diversión en la perdición.

Pero cualquier forma de egoísmo, por muy abstracta e inhumana que sea, requiere el soporte de al menos una comida al día; y aunque el apetito de Lapidoth por la comida y la bebida eran extremadamente moderados, había caído en una miserable forma de vida en la que no podía satisfacer el apetito sin algo de dinero rápido. Cuando, tras una breve visita a una casa anunciada como “Pirámides” en la celosía de la ventana, en la que había doblado y luego triplicado los treinta chelines de Mirah para al final acabar perdiéndolos todos, salió con el monedero vació en su bolsillo, valorando ya en su interior si debía seguir apostando, empeñando el monedero, o si debía volver a ver a Mirah, dando una buena imagen al devolver el monedero, y diciendo

que había usado el dinero para pagar una deuda que le estaba apretando. Además, entre las sensibilidades que aún conservaba Lapidoth estaba la de reclamar lo que era suyo, y de verdad creía que cualquier propiedad que sus hijos poseyeran era también suya; eso era algo que tenía más inculcado que la justa indignación de su hijo. Después de todo, irse a vivir con sus hijos era lo mejor que podía hacer; y cuanto más pensaba en encontrarse con Esdras menos miedo le daba, pues estaba más acostumbrado a confiar en las posibilidades de conseguir algo seguro y sin esfuerzo, que a verse amenazado por una humillación privada. No había tenido mucha suerte últimamente; esperaba que cambiase, ¿y no podría empezar el cambio con lo que pudiera sacar de los asuntos de su hija y de los buenos amigos de los que había hablado? Lapidoth contaba con la fascinación de su inteligencia, una vieja costumbre sancionada por la experiencia reciente; no solo son las mujeres las que no se dan cuenta de que su encanto disminuye, o las que se imaginan que pueden fingir que no están desgastadas.

El resultado del rápido balance de Lapidoth fue que se dirigió hacia la pequeña plaza de Brompton con la esperanza de que, paseando por allí y echando un vistazo, pudiera ver a Mirah saliendo o volviendo a casa, en cuyo caso su entrada en la casa sería aún más fácil. Pero ya casi era de noche —la noche del día siguiente al que la había visto por primera vez—; y tras esperar un poco, el cansancio le hizo reflexionar que podía llamar al timbre, y si no estaba en casa podía preguntar a qué hora llegaría. Pero al acercarse a la casa, supo que estaba en ella: la oyó cantando.

Mirah, sentada al piano, estaba declamando el *Herz, mein Herz*[308], mientras Esdras escuchaba con los ojos cerrados, cuando la señora Adam abrió la puerta, y dijo con cierto embarazo:

—Un caballero aquí abajo dice que es su padre, señorita.

—Bajaré a verle —dijo Mirah, levantándose inmediatamente y mirando a su hermano.

—No, Mirah, no así —dijo Esdras con decisión—. Déjele que suba, señora Adam.

Mirah se quedó de pie pellizcándose las manos, intranquila por la ansiedad, a la vez que seguía mirando a Esdras, que también se había levantado, y estaba visiblemente estremecido. Pero había una expresión en su rostro que ella nunca había visto; tenía el cejo fruncido, y sus labios parecían endurecidos con la misma severidad que destellaban de sus ojos.

Cuando la señora Adam abrió la puerta para dejar entrar al padre, no pudo evitar echar una mirada al grupo, y tras mirar primero al hijo y luego al padre, se dijo a sí misma mientras cerraba la puerta: «Su padre, sin duda». La semejanza residía en los rasgos, que siempre

resulta más llamativa en la primera impresión; la expresión contrastaba fuertemente por esas diferencias ocultas o apenas destacables que solo el genio de un Cromwell puede conseguir de forma que su aspecto exterior pareciera el de un padre que no fuese más que un honrado parroquiano.

Lapidoth llevaba una expresión melancólica de antemano, pero mostró una verdadera mueca de dolor cuando dijo:

—Bueno, Esdras, hijo mío, apenas me conoces después de tantos años.

—Te conozco, demasiado bien, padre —dijo Esdras, con cierta solemnidad mordaz que convirtió la palabra padre en un reproche.

—Ah, no estás satisfecho conmigo. No me sorprende. Las apariencias van en mi contra. Cuando un hombre pasa penurias no puede hacer lo que querría, he sufrido mucho, lo sé —dijo Lapidoth rápidamente. Al hablar siempre recuperaba su labia y su audacia; y ahora, volviéndose hacia Mirah, le entregó el monedero, diciendo—: Aquí está tu monedero, querida. Pensé que estarías ansiosa por él a causa de ese pequeño escrito. Verás que lo he vaciado, pues tenía una deuda de comida y alojamiento que pagar. Sabía que querrías que me comportase bien, y aquí estoy, sin un céntimo en el bolsillo, a merced de mis hijos; podéis echarme si queréis, sin llamar a la policía. Solo tienes que decirlo, Mirah, di: «Padre, ya he tenido bastante de ti, me has mimado, y te lo has gastado todo en mí, cuando yo no podía haber hecho nada sin ti; pero ahora me las puedo arreglar mejor», dilo, y me iré tan rápido como una centella. No voy a arruinar tu felicidad otra vez. —Las lágrimas acudieron a su voz como siempre, antes de que acabara.

—Sabes que nunca podría decirlo, padre —contestó Mirah, no sin angustia porque sentía la falsedad de todo su discurso, salvo el deseo implícito de quedarse en la casa.

—¡Mirah, hermana, déjanos solos! —dijo Esdras con autoridad.

Ella miró a su hermano titubeante, suplicante, con temor a su decisión, pero incapaz de marcharse sin interceder por este padre que era como algo que había crecido en ella con dolor. Se acercó a su hermano, y poniendo su mano en la suya, dijo en voz baja, pero no tan baja como para no ser oída por Lapidoth:

—Recuerda, Esdras, que dijiste que mi madre no le habría echado.

—Confía en mí, y sal —dijo Esdras.

Dejó la habitación, pero tras subir unos cuantos peldaños de las escaleras, se sentó con el corazón palpitante. Sí, a causa de algo que le dijera su hermano se fuera…

Lapidoth intuía lo que le esperaba por parte de su hijo, pero estaba empezando a amoldarse a la situación y a encontrar un punto de vista

que le permitiera mantener una fría superioridad ante cualquier intento de humillarle. Este hijo demacrado, que hablaba como si fuera desde el sepulcro, mostraba esa incongruencia que la frivolidad egoísta aprende a ver en el sufrimiento y en la muerte, hasta que las garras implacables de la enfermedad se aferran a su propia carne. Cualquier sermón que le predicara se lo tomaría, por supuesto, como un hombre que huye de la prisión y entrando en una catedral para buscar allí refugio oye el murmullo religioso que hay dentro. Lapidoth no había nacido con este tipo de insensibilidad: la había adquirido.

—Esta casa que tenemos aquí —comenzó Esdras—, es pagada en parte por la generosidad de un amigo querido que me mantiene, y en parte por los trabajos de mi hermana, que se mantiene a sí misma. Mientras tengamos una casa no te sacaremos de ella. No te dejaremos a la merced de tus vicios. Pues eres nuestro padre, y aunque has roto el lazo por tu parte, nosotros reconocemos la nuestra. Pero nunca confiaré en ti. Te fugaste con el dinero, dejando tus deudas sin pagar; abandonaste a mi madre; le robaste a su niña pequeña y le destrozaste el corazón; te has convertido en un jugador, y donde antes había vergüenza y conciencia solo queda un deseo insaciable; estabas dispuesto a vender a mi hermana, la habrías vendido si no te hubieran negado el precio. Un hombre que ha hecho estas cosas no merece que se confíe en él nunca más. Compartiremos nuestra comida contigo, tendrás ropa y cama. Cumpliremos este deber hacia ti, porque eres nuestro padre. Pero nunca confiaremos en ti. Eres un hombre malvado: hiciste desgraciada a nuestra madre. Que un hombre así sea nuestro padre es una señal en nuestra carne que no dejará nunca de dolernos. Pero el Eterno nos la ha puesto; y aunque la justicia humana te azotaría por tus crímenes, y tu cuerpo caería desvalido ante el desprecio público, nosotros aún diríamos: «Este es nuestro padre; apartaos, que nos lo llevamos fuera de vuestra vista».

Lapidoth, al amoldarse a lo que le esperaba, no había sido capaz de prever la intensidad exacta de la descarga o el curso exacto que tomaría: que no caería fuera de su armadura, sino que la atravesaría. No podía prever lo que era tan nuevo para él como la voz que provenía del alma de su hijo. Hizo resurgir en él ese brote de excitabilidad histérica del que Mirah había sido testigo tantas veces cuando se sentaba en casa y sollozaba. Cuando Esdras terminó, Lapidoth se dejó caer en una silla y lloró como una mujer, enterrando su rostro contra la mesa, y aun así, por extraño que parezca, aunque este llanto histérico era una reacción inevitable bajo la presión de las palabras de su hijo, era también un recurso consciente ante una dificultad; igual que cuando era joven, cuando era un joven de rostro brillante y pelo rizado, se había acostumbrado a valerse de esta susceptibilidad física sutilmente traída a colación para dar la vuelta a

una situación de resentimiento o de desaprobación.

Esdras se sentó de nuevo sin decir nada, exhausto por la impresión de su propio discurso irreprimible, el estallido de los sentimientos que durante años se había tragado en soledad y silencio. Sus manos delgadas temblaban sobre los brazos del sillón; apenas habría tenido voz para contestar a una pregunta; se sentía como si hubiera dado un paso hacia la Muerte, que le llamaba. Mientras tanto, el rápido y expectante oído de Mirah detectó un sonido que reconoció su corazón: y no pudo permanecer más tiempo fuera de la habitación. Pero al abrir la puerta lo que primero la alarmó fue Esdras, y fue corriendo a su lado, tomando su mano temblorosa entre las suyas, y él las apretó, y encontró en ellas consuelo; pero no dijo nada, ni siquiera la miró. El padre, con la cara contra la mesa, era consciente de que Mirah había entrado, y elevó su cabeza, se frotó los ojos con su pañuelo, le ofreció su mano, y dijo con ronquedad lastimera:

—Adiós, Mirah; tu padre no te molestará ya más. Merece morir como un perro en la cuneta, y eso hará. Si tu madre hubiera vivido, me habría perdonado; hace treinta cuatro años puse el anillo en su dedo bajo la *Jupá*[309], y nos hicimos uno. Me habría perdonado, y habríamos pasado juntos nuestra vejez. Pero no lo he merecido. Adiós.

Se levantó de la silla mientras decía el ultimo “adiós”. Mirah había puesta su mano en la suya y le sostenía. No había lágrimas en sus ojos ni parecía dolida, sino asustada y estremecida, cuando gritó:

—¡No, padre, no! —Luego, volviéndose hacia su hermano—: Esdras, ¿no le habrás rechazado? Quédate, padre, y deja las cosas malas. Esdras, no puedo soportarlo. ¡Cómo puedo decir a mi padre: «¡Lárgate y muere!».

—Yo no he dicho eso —contestó Esdras, con gran esfuerzo—. Le he dicho: «Quédate y tendrás cobijo».

—Entonces te quedarás, padre, y dejarás que te cuidemos, y vendrás conmigo —dijo Mirah, arrastrándolo hacia la puerta.

Esto era en realidad lo que quería Lapidoth. Y por el momento, sintió una especie de consuelo al recobrar la debida asistencia de su hija, y pensó que sería posible cambiar de hábitos. Ella le condujo hasta el recibidor de abajo y le dijo:

—Esta es mi sala de estar cuando no estoy con Esdras, y hay un dormitorio detrás que será el tuyo. Te quedarás y serás bueno, padre. Imagínate que has vuelto con mi madre, y que te ha perdonado, ella te habla a través de mí. —El tono de Mirah era suplicante, pero no pudo darle ninguna de las caricias que solía darle.

Lapidoth recuperó en seguida su compostura, empezó a hablar a Mirah de la mejora de su voz, y de otros temas agradables, y cuando la señora Adam vino a traerle su cena, le dio conversación para

mostrarle que no era una persona corriente, aunque sus ropas hablaban ahora en su contra.

Pero en su desvelo nocturno habitual, volvió a preguntarse cuánto dinero tendría Mirah, y regresó mentalmente a la *Roulette*, reproduciendo el método de su juego, y las acciones que lo habían frustrado. Había tenido sus razones para venir a Inglaterra, pero para casi todo era un país maldito.

Estas fueron las visiones más fuertes que tuvo Lapidoth esa noche, y no la imagen desgastada de su iracundo hijo como juez terrible. Esdras pasó por la mesa del juego, y sus palabras eran audibles; pero pasó como un espíritu insustancial, y sus palabras quedaron ahogadas por los números y movimientos que parecían formar el mismo tejido de la consciencia de Lapidoth.

CAPÍTULO 67

La divinidad que hay en nosotros extrae nuestras acciones más nobles a partir de nuestro egoísmo más reacio.

Para Deronda, cuando regresó de la Abadía, fue una desagradable sorpresa encontrarse al indeseable padre instalado en las estancias de Bromptom. Mirah había creído necesario hablar a su padre de Deronda, e incluso hacerle plenamente consciente tanto como pudo de la forma en que había comenzado su amistad con Esdras, y de la comprensión que la había cimentado. Pasó más por encima sobre lo que Deronda había hecho por ella, omitiendo igualmente el rescate en el río, y hablando en su lugar del refugio que había encontrado en la familia de la señora Meyrick para dejar que su padre infiriera que fue a través de estos amigos que había conocido a Deronda. No quiso hacer una narración más completa: no podía dejar que el aliento de su padre pasara por encima de su relación con Deronda. Y Lapidoth, tenía sus razones para no preguntarle sobre las circunstancias de su huida y su llegada a Inglaterra. Pero estaba muy interesado en el hecho que sus hijos tuvieran un amigo benefactor que al parecer está en una posición alta en el mundo.

Fue el hermano el que contó a Deronda esta nueva condición que se añadía a sus vidas.

—Estoy tranquilo ahora al mirarle —concluyó Esdras—, y estoy tentado a creer posible que la ternura de mi hermana, y el vivir diariamente una vida tranquila, puede conseguir alejarle de la tentación. Le ha dado la orden de no confiarle nada de dinero, y ella me lo ha prometido. La he convencido de que, con el dinero, él construiría su propia destrucción.

La primera vez que Deronda vino fue al tercer día de la llegada de Lapidoth. Las ropas nuevas para las que le habían tomado medidas no estaban aún listas, y queriendo dar una impresión favorable, no quiso presentarse con sus ropas viejas. Observó a Deronda marcharse desde la ventana, y se sorprendió por su juventud, que Mirah no le había mencionado, y que había descartado por completo en un personaje que había entablado una seria amistad y compartido estudios

aburridos con el sepulcral Esdras. Lapidoth empezó a pensar que el verdadero o principal motivo debía ser que se había enamorado de Mirah. Tanto mejor si así era; pues un vínculo con Mirah prometía más indulgencia hacia el padre que un vínculo con Esdras: y Lapidoth todavía tenía la esperanza de hacerse valer ante Deronda y de suavizar cualquier prejuicio negativo que tuviera. Se estaba comportando con mucha docilidad, e intentaba por todos los medios a su alcance conseguir una buena relación con sus hijos: escuchar la música de Mirah, procurar no fumar en casa (cosa que la señora Adam no toleraba en su recibidor), y pasear por la plaza con su pipa alemana y el tabaco que Mirah le proporcionaba. Era demasiado aguado como para mostrar cualquier queja contra la prohibición de recibir dinero; Mirah le dijo que debía soportarlo como un deber solemne prometido a su hermano. Estaba lo suficientemente cómodo como para esperar.

La siguiente vez que vino Deronda, Lapidoth, vestido con sus ropas nuevas, y satisfecho con su propia apariencia, estaba en la habitación con Esdras, que estaba aprendiendo, como parte de sus severas obligaciones, tolerar la presencia de su padre siempre que se le impusiera. Deronda se mostró frió y distante a la primera vista de este hombre que había arruinado las vidas de su mujer y de sus hijos, creando en él una repulsa que se materializaba incluso en una incomodad física. Pero Lapidoth no se dejó desalentar, pidió que le dejaran permanecer y oír cómo leían los documentos del viejo cofre, e incluso resultó de ayuda para descifrar un manuscrito difícil en alemán. Esto le llevó a sugerir que sería deseable hacer una trascripción del manuscrito, y ofreció su ayuda para tal propósito, así como para hacer copias de cualquier documento con caracteres latinos. Observó que, aunque los ojos de Esdras se iban debilitando, los suyos todavía eran fuertes. Deronda aceptó el ofrecimiento, pensando que era una buena señal que Lapidoth quisiera servir de algo; y vio una expresión de gratitud en el rostro de Deronda, el cual, no obstante, dijo:

—Que todas las copias se hagan aquí; no puedo confiar que los papeles salgan de mi vista, pues podría haber un accidente quemándose o algo parecido.

El pobre Esdras se sentía como si tuviera a un convicto bajo su cargo. A menos que viera trabajar a su padre, no era posible creer que actuaría de buena fe. Pero al arreglar las cosas de esta manera acarreó sobre sí mismo la carga de la presencia de su padre, que era dolorosa no solo por sus profundas y serias asociaciones, sino también por el temperamento intranquilo de Lapidoth, que se mostraba realmente tal cual era a medida que se familiarizaba con la situación, y perdía la sensación de sobrecogimiento provocada por su hijo. El hecho era que se estaba refrenando para ganarse el favor de Deronda; y como

cualquier hombre cubierto con una prenda incómoda, se desfogaba ante cualquier oportunidad, saliendo a fumar, o moviéndose y hablando, o echándose hacia atrás en su silla y quedándose en silencio, pero sin dejar de expresarse a través de sus movimientos faciales o de sus gestos: y si Mirah estaba en la habitación, caía en su vieja costumbre de hablar con ella, cotilleando sobre su antiguo estilo de vida y sus compañeros, o repitiendo ocurrencias e historias, y argumentos de las obras que solía adaptar, creyendo que podría recuperar si se lo proponía la vivacidad de épocas anteriores. Todo esto era una gran mortificación para Esdras; y cuando Mirah estaba en casa intentaba aliviarle la pena, llevándose a su padre abajo al recibidor y vigilándole allí. ¿Qué deber consta solo de un único propósito difícil? La dificultad radica en las consecuencias inquebrantables diarias que estropean el bendito retorno de la mañana con la perspectiva de reprimir la irritación o de soportar la vergüenza. Y tales consecuencias, como muchas otras, eran soportadas por estos hijos heroicos de un padre indigno, con la perspectiva, al menos en Mirah, de salir hacia delante en la vida.

Mientras, la presencia de Lapidoth había levantado un muro invisible entre Deronda y Mirah, cada uno de ellos temiendo sus suposiciones internas e interpretando erróneamente la creciente reserva y timidez del otro. Pero no pasó mucho tiempo antes de que Deronda viera un poco la luz.

Tan pronto como pudo, tras volver de su breve visita a la Abadía, había llamado a las habitaciones de Hans Meyrick, sintiendo, por más de un motivo, además del de la debida amistad, que tenía que contar a Hans las razones de su reciente viaje, y el cambio de intenciones que había comportado. Hans no estaba allí; le dijeron que había ido al campo durante unos días; y Deronda, tras dejarle una nota, esperó una semana, creyendo que recibiría una nota en respuesta. Pero al no recibir nada, y temiendo que algo le hubiera sentado mal al imprevisible y susceptible Hans, del que sabía que su estancia en la Abadía había sido aplazada, fue a verle una segunda vez, y le dejaron entrar al taller de pintura, donde encontró a su amigo cubierto con un ligero abrigo, sin chaleco, con el pelo aún mojado tras haberse dado un baño, pero con un rostro que aparecía gastado y marchito; donde menos parecía haber estado era en el campo. Había cogido su paleta y sus pinceles, y estaba delante de su caballete cuando entró Deronda, pero parecía que todo el equipo había sido dispuesto rápidamente hacía poco.

Mientras se estrecharon las manos, Deronda dijo:

—No tienes aspecto de haber estado en el campo, amigo. ¿Es en Cambridge donde has estado?

—No —dijo Hans, secamente, lanzando su paleta como si hubiera

estado fingiendo por error; y arrastrando una silla hacia Deronda, se dejó caer en otra, y se inclinó hacia atrás con las manos en la cabeza, mientras continuó—: He estado en no sé dónde, en tierra de nadie, y es un país mortalmente desagradable.

—No querrás decir que has estado bebiendo, Hans —dijo Deronda, que se había sentado enfrente de él, inspeccionándole con ansiedad.

—No he hecho algo tan bueno. He estado fumando opio. Siempre quise hacerlo en algún momento u otro, ver cuanto éxtasis se desprende de ello; y al encontrarme abandonado de otro éxtasis, creí que era lo más prudente aprovechar la oportunidad. Pero te doy mi palabra de no volver a abrir el grifo de ese éxtasis. Va en contra de mi constitución.

—¿Qué te ha pasado? Estabas de bastante buen humor cuando me escribiste.

—Oh, nada en particular. El mundo empezó a parecerme sórdido, una especie de jardín de calabazas, con todas las calabazas cortadas. Una enfermedad típica del genio, puedes estar seguro —dijo Hans, contrayendo la cara en una sonrisa—; y de hecho, me cansé de ser virtuoso sin recompensa, especialmente con este calor de Londres.

—¿Nada más? ¿Ninguna contrariedad de verdad? —dijo Deronda.

Hans sacudió la cabeza.

—Yo vine a contarte mis propios asuntos, pero no puedo hacerlo sinceramente si tú ocultas los tuyos.

—No he tenido ningún asunto en el mundo —dijo Hans, de una forma atolondrada—, salvo una pelea con un hombre que vendía baratijas. Además, como es la primera vez en nuestras vidas que vienes a hablarme de tus propios asuntos, solo estás empezando a pagar una larga deuda.

Deronda estaba convencido que Hans actuaba de forma ficticia, pero confiaba en que recuperara su antigua franqueza poco a poco si él le contaba sus confidencias.

—Te reíste del misterio de mi viaje a Italia, Hans —empezó—. El motivo era un objeto que tocaba mi felicidad en sus mismas raíces. Yo no he sabido nunca nada de mis padres, y fui a Génova en realidad para encontrarme con mi madre. Mi padre lleva mucho tiempo muerto, murió cuando yo era un bebé. Mi madre fue la hija de un eminente judío; mi padre era su primo. Pasaron varias cosas que me hicieron pensar en este origen casi como algo probable antes de que partiera. Estaba tan preparado para el resultado que me alegré de él, me alegré de descubrir que era judío.

—No debes esperar sorprenderme, Deronda —dijo Hans, que había cambiado de actitud, cruzando las piernas y examinando el talón de su zapatilla.

—¿Ya lo sabías?

—Me lo dijo mi madre. Fue a la casa la mañana siguiente que habías estado allí y los dos hermanos se lo dijeron. Puedes imaginar que nosotros no nos podemos alegrar tanto como ellos. Pero cualquier cosa que te haga feliz, a mí me acabará haciendo feliz también; exactamente *cuándo*, no lo puedo predecir —dijo Hans, hablando en voz baja, lo cual era tan normal en él como estar de mal humor por su suerte, pero aún así no iba a quejarse en absoluto.

—Entiendo bastante que no puedas compartir mi sentimiento —dijo Deronda—; pero no podía dejar que el silencio se interpusiera entre nosotros en algo que ha arrojado una nueva luz sobre mi futuro. He recogido algunas de las ideas de Mardoqueo, y pretendo llevarlas a cabo, tanto como permita el esfuerzo de un hombre. Me atrevería a decir que de aquí a un tiempo viajaré al este y estaré fuera por unos años.

Hans no dijo nada, pero se levantó, cogió su paleta y comenzó a trabajar con su pincel, de pie ante su pintura y de espaldas a Deronda, que se sentía también, en esos momentos, incómodo por la incomodidad de Hans.

Al final, Hans dijo, hablando de nuevo en voz baja, y sin girarse:

—Perdona la pregunta, ¿pero sabe todo esto la señora Grandcourt?

—No; y tengo que rogarte, Hans —dijo Deronda, más bien enfadado—, que dejes de bromear sobre el tema. Cualquier noción que tengas está muy lejos de la realidad, es lo contrario de la realidad.

—No estoy más dispuesto a bromear que lo que estaré en mi propio funeral —dijo Hans—. Pero no estoy del todo seguro de que seas consciente de cuáles son mis nociones sobre el tema.

—Tal vez no —dijo Deronda—. Pero déjame decirte, de una vez por todas, que con relación a la señora Grandcourt, nunca he ocupado, ni nunca ocuparé la posición de pretendiente. Si alguna vez has pensado seriamente en eso por algo que has observado, estás completamente equivocado.

Hubo un silencio durante un breve instante, y para cada uno de los dos, el silencio era como un aire irritante, un malestar exagerado.

—Tal vez me haya equivocado en otra interpretación también —dijo Hans al final.

—¿En cuál?

—Que no tuvieras ninguna intención de ocupar la posición de pretendiente hacia otra mujer, alguien que no es ni esposa ni viuda.

—No puedo hacer ver que no te entiendo, Meyrick. Es muy doloroso que nuestros deseos colisionen. Espero que me digas si tienes algún motivo para suponer que tú serás el que triunfará.

—Eso parece una consulta más bien superflua por tu parte,

Deronda —dijo Hans, con cierta irritación.

—¿Por qué superficial?

—Porque estas perfectamente convencido de tu triunfo, y probablemente has tenido la mejor evidencia para convencerte.

—Seré más franco contigo de lo que tú eres conmigo —dijo Deronda, todavía acalorado por el arrebato de Hans, pero aun así apenado por él—. Nunca he tenido la más ligera evidencia de que lo conseguiría. De hecho, tengo muy pocas esperanzas.

Hans miró rápidamente a su amigo dándose la vuelta, pero se volvió inmediatamente a su dibujo de nuevo.

—Y en nuestra situación presente —dijo Deronda, dolido por la idea de que Hans sospechara de su sinceridad, y dando un matiz de ofensa a sus palabras—: No veo cómo puedo darle a conocer deliberadamente mis sentimientos por ella. Si no pudiera devolverlos, habría amargado su comodidad, pues ni ella ni yo podríamos separarnos de su hermano, y tendríamos que encontrarnos continuamente. Si llegara a causarle ese tipo de pena al descubrir sin querer mis sentimientos, no sería mejor que un animal maligno.

—No creo que yo nunca haya revelado *mis* sentimientos por ella —dijo Hans, como si se estuviera reivindicando.

—Quieres decir que estamos al mismo nivel, entonces; no tienes motivos para envidiarme.

—Oh, ni lo más mínimo —dijo Hans, con amarga ironía—. Has medido mi presunción y sabes que rebasa todas tus ventajas.

—Soy un estorbo para ti, Meyrick. Lo siento, pero no puedo evitarlo —dijo Deronda, levantándose—. Después de lo que anteriormente pasó entre nosotros, quería darte esta explicación; y no veo que ninguna pretensión mía haya significado alguna diferencia real para ti. Ni es probable que las haya para mí dadas las circunstancias actuales. Ahora que el padre está allí, ¿sabías que el padre está allí?

—Sí. Si no fuera un judío, me permitiría maldecirlo… con vagos elogios, me refiero —dijo Hans, pero sin una sonrisa en su boca.

—Ella y yo nos vemos más frenados que nunca. Las cosas pueden seguir así por dos años sin averiguar nada de sus sentimientos hacia mí. Así es como están las cosas, Hans. Ni tú ni yo nos hemos hecho daño el uno al otro, por lo que veo. Debemos poner fin a esta especie de rivalidad en una esperanza que probablemente no conduzca a nada. Nuestra amistad puede soportar ese esfuerzo, seguro.

—No, no puede —dijo Hans con ímpetu, lanzando sus bártulos, llevándose las manos a los bolsillos de su chaqueta, y girándose para encarar a Deronda, que retrocedió un poco y le miró sorprendido. Hans continuó en el mismo tono:

—Nuestra amistad, mi amistad, no puede soportar el esfuerzo de comportarse contigo como un cobarde desagradecido que envidia tu felicidad. Pues *tú* eres el perro más dichoso del mundo. Si Mirah quiere a alguien más que a su hermano, *tú eres ese hombre*.

Hans dio media vuelta y se dejó caer en su silla, mirando a Deronda con una expresión que era todo lo contrario a la ternura. Algo así como una descarga pasó por Deronda, y tras un instante, dijo:

—Una invención tuya muy graciosa, Hans.

—No estoy de buen humor. Te aseguro que encontré el hecho muy desagradable cuando se me reveló, tanto más, o tal vez tanto menos, porque creía que tu corazón se debía a la duquesa. Pero ahora, ¡maldito seas! Resultas estar enamorado, tú, un judío, que reúnes todas las condiciones para ser el elegido.

—Dime lo que te convenció de ello, eres un buen chico —dijo Deronda, desconfiando de la agradable sensación a la que no estaba acostumbrado.

—No me lo preguntes. Mi madrecita fue testigo. El resultado es que Mirah está celosa de la duquesa, y cuanto antes le digas lo que sientes mejor. ¡Ya ves! He despejado tus dudas y ya puedo maldecirte por darte lo que mereces, que es la mayor suerte que has podido tener.

—¡Dios te bendiga, Hans! —dijo Deronda, ofreciéndole la mano, que el otro cogió y la apretó fuertemente en silencio.

CAPÍTULO 68

Todos los pensamientos, pasiones y deleites,
cualquiera de las cosas que remueva esta estructura mortal
no son más que ministros del Amor,
y alimentan su llama sagrada.
COLERIDGE[310]

Las ansias de Deronda por confesar su amor no podían haber encontrado un estímulo más potente que el que le había dado Hans al asegurarle que Mirah necesitaba que le despejase sus celos. Fue a su siguiente visita a Esdras con la firme determinación de aprovechar —no, incluso mejor, de pedir— una oportunidad para hablar en privado con ella. Si aceptaba su amor, se sentía con valor para afrontar todas las consecuencias, y como prometido de ella ganaría una autoridad protectora que sería una defensa deseable para sus futuras dificultades con su padre. Deronda no había observado ningún signo de inquietud creciente en Lapidtoh, o de relajación en su deseo de causar una buena impresión; pero tenía el presentimiento de que se produciría cierta lucha en el futuro, alguna mortificación, o un aumento intolerable del malestar doméstico de los que tendría que librar a Esdras y a Mirah, como víctimas impotentes.

Sus presentimientos habrían aumentado si hubiera conocido lo que pasaba por la mente del padre.

Toda esa inquietud, esa atención divagante, que torturaba a Esdras, era para Lapidoth una engorrosa sumisión, y solo la soportaba porque pensaba que era un medio para conseguir más tarde o más temprano una libertad en buenas condiciones. Empezó con la intención de esperar una buena oportunidad, tal como una ocasión para conseguir una suma considerable de Deronda; pero mientras lo observaba todo con curiosidad, e intentaba descubrir dónde ponía Mirah su dinero y sus llaves. La necesidad imperiosa que tenía de apostar, que arrastraba su actividad a cualquier otra ocupación, y tejía una red en su imaginación que enmarañaba todo lo demás, difícilmente podría haberse controlado por un propósito firme, sobre todo si se hubiera presentado la oportunidad de poner sus manos en

alguna cantidad que mereciera la pena. Pero Mirah, con su clarividencia práctica, se cuidó de no romper la promesa que había hecho a Esdras, escondiendo todo el dinero, excepto lo que necesitaba a corto plazo, para cuidar de la señora Meyrick, y Lapidoth se sentía ante una irritante falta de provisiones, como si estuviera en un manicomio donde todo lo apartaban de su vista. Haber abierto un cajón del tocador de Mirah, y quedarse con los cheques que encontrara, lo habría considerado como una especie de apropiación doméstica, y no se habría sentido culpable por ello; los grados de libertad que se concede un hombre con la propiedad de los demás suelen ampliarse sin problemas, incluso más allá del límite en el que la ley comienza a imponerse —por eso es más seguro invertir en cucharas que en acciones mineras—. Lapidtoh se sentía realmente tratado de forma ofensiva por su hija, y pensó que debería conseguir lo que quisiese con el dinero que ganaba su hija y no solo disfrutar de sus tartas de manzana. Pero permaneció sumiso; ciertamente, la indiscreción que más le tentaba no era insistir a Mirah, sino atraer el interés de Deronda. Las personas astutas, cuando no tienen nada más que ofrecer, ponen precio a su retirada, y la dificultad con la que se encontraba Lapidoth para conseguir más cosas le hizo pensar que su familia estaría más a gusto sin él, y que Deronda estaría dispuesto a entregarle una considerable suma de dinero por sacárselo de encima. Pero a pesar de estar versado en actuar con descaro, a Lapidoth todavía le imponía la presencia del amigo de Esdras, y retrasó su propósito indefinidamente.

Ese día, en que Deronda llegó lleno de conciencia regocijada, que se mostraba inevitablemente en su porte y en su conversación, Lapidoth estaba en su punto máximo de descontento y añoranza, que le tenían ocupado forjando salidas posibles, y la nueva alegría de Deronda las estimularon aún más. Esta preocupación fue finalmente tan fuerte que interfirió con su interés habitual por lo que ocurría en la casa, y en su insistencia en sentarse incluso cuando releían cosas que no podía seguir. Tras sentarse un rato, salió fuera a fumar y a dar un paseo por la plaza, y los dos amigos se encontraron más a sus anchas. Mirah no estaba en casa, pero era seguro que volvería antes de que Deronda se fuese, y sus ojos brillaron con un anticipo secreto: pensaba que cuando la viera de nuevo vería cierta dulzura que reconocería como reservada para él, y que antes sus ojos habían estado sellados para darse cuenta. Mostró un cariñoso afecto adicional hacia Esdras.

—Esta pequeña habitación es demasiado estrecha para ti, Esdras —dijo, interrumpiendo su lectura—. El acaloramiento semanal que acumulamos aquí es peor que el calor de Génova, donde uno se sienta a la sombra fresca de amplias habitaciones. Tienes que ir a una casa

mejor enseguida. Haré lo que quiera contigo, pues soy la parte más fuerte—. Sonrió a Esdras, que dijo:

—No me siento oprimido por nada salvo por la respiración. Pero tú, que deberías estar en un palacio espacioso, encontrarás esto una prisión estrecha. Sin embargo, no puedo decirte: "Vete".

—Oh, el campo sería para mí un castigo mientras estés aquí —dijo Deronda, levantándose y paseando por la doble habitación, que no ofrecía, sin embargo, más que un paseo muy corto, mientras hacía un gran abanico con su pañuelo—. Esta es la sala del mundo más feliz. Además, me imagino estar en el este, pues me estoy preparando para ir allí algún día. Solo que no llevaré una corbata ni un anillo gordo allí —añadió con énfasis, haciendo una pausa para quitarse esos elementos superficiales y dejarlos sobre una pequeña mesa que había detrás de Esdras, que tenía la mesa de enfrente suyo cubierta de libros y papeles.

—He estado llevando mi anillo memorable desde que llegué a casa —continuó, mientras volvía a sentarse—. Pero soy tan sibarita que me supone una carga y me lo quito cuando estoy haciendo algo. Entiendo por qué los romanos tenían anillos de verano, si es que tenían. En fin, será mejor que continúe.

Pronto estuvieron de nuevo absortos por su trabajo. Deronda leía un fragmento rabínico hebreo bajo las correcciones y comentarios de Esdras, y no hicieron mucho caso cuando Lapidoth volvió a entrar y se sentó en algún sitio por detrás.

Sus ojos divagadores aterrizaron en seguida en el anillo que brillaba en la pieza de caoba oscura. En su paseo, había estado pesando en la quimera de una oportunidad ventajosa en el extranjero, que solo requería cierta cantidad de dinero en efectivo, que si comunicaba en privado a Deronda, este podría preguntarle por la cantidad requerida: y era esta parte de su historia la que Lapidoth encontraba más discutible, pues había un peligro en pedir demasiado, pero también podía luego lamentarse de haberse quedado corto. Si por él fuera no habría puesto un límite, pero no tenía ni idea de cuál sería el límite de Deronda. Pero ahora, en medio de estas cavilaciones preparatorias para una acogida que permanecía indefinida, este anillo, que ya había suscitado la envidia de Lapidoth al verlo puesto en el dedo de Deronda, brilló de repente en solitario y a tiro de piedra. Su valor estaba ciertamente por debajo de las más pequeñas cantidades imaginarias que había barajado en su propósito; pero estaba allí como algo sólido, y su deseo saltó rápido al pensamiento (todavía no a la intención) de que si llegara a apropiarse de ese anillo y salir fuera, dispondría de los medios de una huida fácil de sus restricciones actuales, sin problemas, y sin peligros; pues cualquier pertenencia de Deronda (disponible sin su consentimiento formal) era parte de la

propiedad de sus hijos, pues nunca llevarían a juicio a su padre por recuperarla. Los detalles de este pensamiento se siguieron tan rápidos unos de otros que parecieron conformar ante él una sola imagen. Lapidoth nunca había realizado un hurto; pero el hurto es una forma de apropiación por la que la gente es castigada por la ley; y, quedarse con este anillo de un pariente virtual, que gustosamente le habría hecho un regalo más sustancial, no lo consideraba dentro de la categoría de hurto. Con todo, Lapidoth prefería el regalo más sustancial, pero hacía falta darse prisa en pedirlo, y rechazar la idea de imaginarse cogiendo el anillo, aunque esta no dejaba de repetirse como una tonadilla interior. Para satisfacer ese deseo decidió ir abajo, y esperar a que Deronda se marchara, momento que aprovecharía para acompañarlo en su paseo y llevar a cabo descaradamente su meditado plan. Se levantó y se detuvo a mirar desde la ventana, pero al mismo tiempo vio lo que quedaba ante él: el breve camino que tenía que tomar hasta llegar a la puerta, muy cerca de donde estaba el anillo. Sin embargo, estaba decidido a bajar abajo; pero —sin cambiar su resolución, sino más bien por la dominación del deseo— resultó que al pasar al lado de la mesa, sus dedos cayeron sin hacer ruido sobre el anillo, y se encontró en el pasillo con el anillo en su mano. Luego se puso el sombrero y abandonó la casa. La posibilidad de aprovecharse otra vez de sus hijos la veía ya muy lejana, y antes de salir de la plaza su sensación de apresuramiento le hizo concentrarse en vender el anillo y embarcar al extranjero.

Deronda y Esdras le vieron salir; pero eso fue todo. Pero, al cabo de un rato, entró Mirah y les interrumpió de verdad. No se sacó su sombrero; y cuando Deronda se levantó a saludarla ofreciéndole la mano, ella dijo, en un estado inexplicado y embarazoso de azoramiento:

—Solo he entrado para traer a Esdras su nueva medicina. Tengo que ir directamente a casa de la señora Meyrick a buscar una cosa.

—Permítame que la acompañe —dijo Deronda imperativamente—. No debo cansar más a Esdras; además, mi cerebro se está derritiendo. Yo también quiero ir a casa de la señora Meyrick; ¿puedo acompañarla?

—Oh, sí —dijo Mirah, enrojeciendo aún más, con la vaga sensación de que había algo nuevo en Deronda, y volviéndose para preparar la medicina de Esdras; este, mientras tanto, echó hacia atrás la cabeza con los ojos cerrados, incapaz de apartar de su mente las ideas que habían aflorado mientras habían estado leyendo. Deronda, por un momento, se quedó de pie sin pensar en nada más que el paseo, hasta que Mirah se volvió de nuevo y trajo la medicina, cuando se acordó de repente que había dejado aparte su corbata, y dijo—: Le ruego disculpe que no lleve la corbata, no era mi intención que me viera así

—se fue a la mesita, cogió la corbata, y exclamó con un violento gesto de sorpresa—: Santo cielo, ¿dónde ha ido mi anillo? —y empezó a buscarlo por el suelo.

Esdras miró al lado de su silla. Mirah, rápida como el pensamiento, fue al lugar donde Deronda lo buscaba, y dijo:

—¿Lo puso aquí?

—Sí —dijo Deronda, que todavía no encontraba más explicación que el que se hubiera caído el anillo y estuviera oculto en las sombras, sin poder distinguirlo de la alfombra abigarrada. Iba apartando todos los muebles de alrededor, buscando en todos los sitios posibles e imposibles con las manos y los ojos.

Pero a Mirah sí se le había ocurrido otra explicación, que le quitó el color de sus mejillas. Fue hasta el oído de Esdras y le susurró:

—¿Estaba aquí mi padre?

Esdras asintió con la cabeza a modo de respuesta, fijando en ella los ojos con terrible entendimiento. Se dirigió como una flecha hacia el lugar donde Deronda todavía tenía puestos los ojos en esa exploración desesperada que seguimos haciendo cuando hemos examinado un lugar en vano.

—¿No lo encuentra? —dijo apresuradamente.

Él, tropezándose con su mirada asustada, captó inmediatamente la alarma y respondió:

—Tal vez me lo puse en el bolsillo —pretendiendo hacer ver que estaba allí.

Ella le observó y dijo:

—¿No está allí? Lo puso en la mesa —con una voz penetrante que no le dejaba fingir que lo había encontrado en su bolsillo; e inmediatamente salió de la habitación.

Deronda la siguió —había ido a la sala de estar de abajo a por su padre—, abrió la puerta del dormitorio para ver si estaba allí, miró el sitio donde solía colgar su sombrero, y se volvió con las manos juntas y los labios pálidos, mirando desesperadamente a través de la ventana. Luego levantó la vista hacia Deronda, que no se había atrevido a decirle nada al verla tan agitada. Ella le miró, incapaz de pronunciar una palabra —la mirada parecía una aceptación tácita de la humillación que sentía en su presencia. Pero él, tomando sus dos manos entre las suyas, dijo en un tono de reverente adoración:

—Mirah, déjame pensar que es mi padre tanto como el tuyo, que nuestras penas, desgracias y alegrías no son independientes. Preferiría aceptar como mía tu pena que compartir la mayor alegría de cualquier otra mujer. Dime que no me rechazarás, dime que me llevarás contigo para compartirlo todo. Dime que me prometerás ser mi mujer, dímelo ahora. He albergado dudas durante tanto tiempo… he tenido que

esconder mi amor tanto tiempo. Dilo ahora y te mostraré siempre que te amo con amor eterno.

Mirah había ido cambiando gradualmente. No había pasado de repente de la angustia a la plena y bendita consciencia de que, en este momento de pena y vergüenza, Deronda estaba ofreciéndole el mayor tributo que puede ofrecer un hombre a una mujer. En los primeros tonos y las primeras palabras, solo encontró un solemne consuelo, atribuyendo la bondad de Deronda a sus sentimientos por su hermano. Pero poco a poco, un éxtasis inesperado que le aseguraba la felicidad fue tomando posesión en ella: su rostro brillaba bajo el de Deronda mientras él se inclinaba hacia ella; de todas formas, le miraba todavía con gran seriedad, como cuando había reconocido por primera vez con religiosa gratitud que él la había considerado “digna de lo mejor”; y cuando terminó, no pudo decir nada, solo elevó sus labios hacia los de él y los besó, como si ese fuera el simple “sí”. Se quedaron de pie, mirándose el uno al otro, él con sus manos entre las de ella, demasiado feliz para moverse, tan unidos en su nueva consciencia que todos los demás signos parecían haberse alejado, hasta que Mirah dijo en un susurro:

—Vayamos a consolar a Esdras.

CAPÍTULO 69

La naturaleza humana a la que me sentía pertenecer, y que reverenciaba con amor, no era una presencia puntual, sino un espíritu difundido a través del tiempo y del espacio, gracias a la evidencia de los monumentos, rectos, postrados, o inclinados hacia su lugar de reposo: la tierra, las sublimes ruinas esparcidas de las naciones desparecidas.

WORDSWORTH, *El Preludio*[311]

Sir Hugo llevó a cabo su plan de pasar parte del otoño en Diplow, y para principios de octubre su presencia contribuyó a alegrar la vida al vecindario, a todas las personas y rangos afectados, desde las casas señoriales de Brackenshaw y Quetcham a las tiendas de Wanchester, donde se fraguaban todos los cotilleos. Pues Sir Hugo era un hombre que le gustaba ser afable y mostrarse tal como era, un Liberal de buen linaje, que confiaba completamente en la reforma ya que no significaba ninguna diferencia esencial en las costumbres inglesas en cuanto a los sentimientos, uno de los cuales es, sin duda, el gusto por considerar la sociedad bien estructurada y adornada con rangos hereditarios. Por eso, hizo de Diplow una casa de lo más agradable, y extendió sus invitaciones desde los viejos procuradores de Wanchester a los jóvenes clérigos de los pueblos, pero cuidando también la combinación de invitados, sin alimentar a todo el ganado junto, para que evitaran pensar que no se les hacía un cumplido especial. Al despreocupado Lord Brackenshaw, por ejemplo, no le importaba pasar el rato con Robinson el procurador, pero este se habría sentido naturalmente molesto si se le hubiera pedido que pasara el rato con un grupo de gente que pasaran por su mismo rango. Sir Hugo estaba lo suficientemente bien informado sobre todos estos puntos para ganar popularidad y satisfacer a los demás —dos resultados que eminentemente se acomodaban a su grandeza—. El rector de Pennicote encontraba ahora que le recibían en Diplow de forma muy diferente a la altiva tolerancia que había sufrido durante el reinado de Grandcourt. No es que al baronet le cayera bien el señor Gascoigne; era porque deseaba mantener una marcada relación de amistad con él a causa de la señora Grandcourt, para la que su caballerosidad se

había comprometido cada vez más. ¿Por qué? La razón principal era tal que no podía comunicarla plenamente, ni siguiera a Lady Mallinger —pues nunca diría lo que pensaba que era el secreto de una mujer a otra, ni aunque la otra fuera su mujer—, lo que muestra que su caballerosidad incluía una rara reticencia.

Deronda, tras comprometerse con Mirah, creyó que era su deber hacer una declaración completa de su posición y sus propósitos a Sir Hugo, y decidió hacerlo por carta. Tenía más que el presentimiento que su paternal amigo sentiría cierto descontento, si no dolor, ante este giro de los acontecimientos. El hecho de leer noticias no deseadas, en lugar de escucharlas, tiene la ventaja de que uno se evita mostrar una repentina expresión de impaciencia de la que más tarde se puede arrepentir. Deronda temía esa colisión verbal que convierte al sentimiento disculpable en algo ofensivo por mucho tiempo.

Y a Sir Hugo, aunque no le sorprendió demasiado, sí le disgustó completamente. Su respuesta inmediata iba a ser la de mostrar la carta a Lady Mallinger, que expresaría con toda seguridad un asombro contra el cual su marido podría discutir como irrazonable, y así dividiría la tensión de su disgusto. Y, de hecho, cuando ella se mostrara asombrada y afligida porque todos los maravillosos talentos de Daniel, y el consuelo de tenerlo en la casa, hubieran acabado con su locura sobre los judíos, el baronet podría decirle:

—¡No digas tonterías, querida! Después de todo, Dan no hará el ridículo. Tiene grandes nociones sobre el judaísmo, visiones políticas que tú no puedes entender. No temas, que Dan sabrá mantener bien alta su cabeza.

Pero con respecto a la boda en perspectiva, no le proporcionó materia para discutir. La amable señora observó, sin rencor, que poco se había imaginado lo que sucedería cuando invitó a Mirah a cantar en su fiesta musical y dar lecciones a Amabel. Tras algún titubeo, de hecho, confesó que había pasado por su mente que después de un tiempo razonable Daniel se casaría con la señora Grandcourt —ya que parecía tan excepcional que ella se hallara en Génova justo en ese tiempo—, y aunque ella misma no era muy partidaria de las viudas, no podía evitar pensar que un matrimonio así habría sido mejor que ir con los judíos. Pero Sir Hugo compartía tanto esa opinión que no pudo corregir como error femenino; y no pudo desfogarse de su mal humor por la refutación de sus desagradables conclusiones con respecto a Gwendolen. No quería que Lady Mallinger pronunciara una sola palabra más sobre el asunto, diciéndose a sí mismo: «Si esto le va a dolor a la pobrecilla» (refiriéndose a Gwendolen), «dado su estado nervioso actual, cuanto más tarde en enterarse mejor. Y se lo tomará mejor si se entera por el mismo Dan». Las conjeturas de Sir Hugo estaban tan bien fundadas con el conocimiento que tenía, que creía

estar totalmente informado de todo el asunto.

Mientras tanto, su estancia con su familia en Diplow le permitió continuar sus atenciones paternales hacia Gwendolen; y en esto, Lady Mallinger, a pesar de su poca preferencia por las viudas, le secundó gustosamente.

El plan del traslado a Offendene había sido llevado a cabo; y Gwendolen, al establecerse allí, mantuvo la calma más allá de las expectativas de su madre. Estaba experimentando parte de esa melancolía pacífica que llega de la renuncia de sí misma, y de acoger el bien ordinario de la existencia, especialmente la amabilidad, incluso de un perro, como un regalo no esperado. ¿Acaso alguien que ha estado perdido en la oscuridad se queja del aire dulce y de la luz del día? Hay una forma de mirar nuestra vida cada día como un escape y tomarse el retorno tranquilo del amanecer y de la noche —y aún más los sentimientos puros de las personas que brillan como estrellas, cuyo impulso generoso irrumpe en nuestra oscuridad interior— como una salvación que nos reconcilia con nuestras penalidades. Aquellos cuyo conocimiento de sí mismo les lleva a un estado de auto-acusación como el de Hamlet pueden comprender esta sensación habitual de liberación. Y era lo que sentía Gwendolen mientras revivía una y otra vez la terrible historia de sus tentaciones, desde su primera forma de complacencia ilusoria cuando trataba de apartar cualquier signo de la conciencia, hasta la última, un odio apasionado que la arrastraba hacia su satisfacción, a la vez que rezaba y clamaba por recuperar la ayuda de esa conciencia que una vez abandonó. Meditaba ahora cada una de las palabras de Deronda que la libraron de lo peor de ella misma, y de lo peor que podía infligir en los demás, y en cada una de las palabras que llevaba en sí la fuerza para resistir la desesperación.

Pero la sostenía también la perspectiva de verle pronto de nuevo: ella no se lo imaginaba más que teniéndolo siempre a su alcance; su necesidad suprema de él no le dejaba ver que él llevaba su propia vida, y se imaginaba que toda su vida giraba en torno a ella —cosa que no ocurría solo a Gwendolen, pues todos nosotros podemos caer en esta forma de egoísmo pasional, no solo en nuestras relaciones con los demás, sino incluso con Dios—. Y el futuro que estaba encarando con optimismo era el de intentar llegar a ser lo que él le fuera indicando. ¿No se había presentado él la primera vez como una presencia correctiva que al principio ella había reconocido con resentimientos, y al final con un amor y una confianza plenos? No se podía imaginar que se acabara de repente esa confianza, la cual era para ella como la firmeza de la tierra, él único apoyo en su camino.

Y Deronda no tardó en llegar a Diplow, que estaba a una distancia más apropiada desde la ciudad que la Abadía. Habría querido llevar a cabo el plan de llevarse a Esdras y a Mirah a un lugar más suave en la

costa, mientras preparaba otro hogar donde Mirah pudiera entrar como su prometida, y donde juntos pudieran cuidar de su hermano. Pero Esdras rogó que no les trasladaran, a menos que fuera para ir con ellos al este. Todas las solicitaciones externas eran cada vez una carga más grande para él; pero pensaba con júbilo en la posibilidad de este viaje. Deronda, en sus preparativos para la boda, que esperaba no se demorase más de un par de meses, quería consultar a Sir Hugo, como solía hacer con todos sus recursos y asuntos, lo cual era una razón para no retrasar su visita a Diplow. Pero también había otra razón: su promesa a Gwendolen. La sensación de felicidad en su propio futuro estaba todavía empeñada con una ansiedad dolorosa en su corazón: esto puede parecer paradójico, pues siempre se considera feliz al amante amado, y la felicidad suele mostrar una gran indiferencia por la pena externa a ella. Pero la experiencia humana es a menudo paradójica, si por ello se entiende incongruente con las frases de las conversaciones en curso o de las filosofías actuales. Que su alegría por Mirah no fuera incompatible con su preocupación por otra mujer, no era una traición hacia Mirah, sino una parte de esa naturaleza tan llena que hacía que su amor por ella fuera aún más valioso. Pues, ¿qué es el amor mismo para la persona que más amamos? Una envolvente de la preocupación inconmensurable que aún así es mejor que cualquier alegría que sintamos fuera de nuestro amor.

Deronda vino dos veces a Diplow; y vio a Gwendolen dos veces, y aun así volvió a la ciudad sin haberle dicho nada sobre el cambio de su vida y sus proyectos. Se culpaba a sí mismo; pero siempre que pretendemos comunicar algo trascendental que probablemente producirá dolor en el otro, sentimos que dependemos de cierta preparación en las palabras o en las imágenes, cierta concordancia entre el estado de ánimo del otro con el posible efecto de lo que tenemos que comunicar. En la primera entrevista Gwendolen estaba tan absorta por lo que tenía que decirle, tan llena de preguntas que él debía contestar, sobre la configuración de su vida, lo que podría hacer para ser menos ignorante, cómo podría ser más amable con todo el mundo, y enmendar su egoísmo y tratar de librarse de él, que Deronda desistió completamente de interrumpir las necesidades inmediatas de ella y hablar de él, y aún más, de infringir en ella una herida en esos momentos en los que se apoyaba en él buscando ayuda en su camino. En la segunda entrevista, a la que vino con una renovada determinación de dirigir la conversación hacia un camino preparatorio, la encontró en un estado de depresión profunda, dominada por ciertos recuerdos desagradables y miserables que se presentaron como más reales y más amplios que cualquier intención nueva sobre la que pudiera basar su futuro. Lloró de forma histérica, y dijo que él siempre la despreciaría. Él solo pudo encontrar palabras de

consuelo y ánimo: y cuando poco a poco la reanimaron, con esa mirada patética de nuevo interés infantil que vemos en los ojos donde todavía brillan las lágrimas, era imposible preocuparla con una nueva carga.

Pero el tiempo pasaba, y le presionaba el difícil deber de poner fin a la situación. Gwendolen, era cierto, nunca pensó que él pudiera tener sus propios problemas; y nunca se le había ocurrido preguntarle por qué había ido a Génova. Pero esta ignorancia implicaba que la revelación repentina de los acontecimientos sería un golpe aún más duro para ella; y si dejaba que la revelación la hicieran personas indiferentes, ella sentiría que él la había tratado con cruel desconsideración. No podía comunicárselo por escrito: su ternura no podía soportar pensar que ella leería su despedida implícita en soledad, y tal vez viendo sus palabras cargadas de alegría para él y de indiferencia hacia ella. Bajó de nuevo a Diplow, pensando que afrontaría cualquier peligro con tal de no marchar sin seguir manteniéndola en la ignorancia.

En esta tercera visita Deronda encontró a Hans Meyrick instalado con su caballete en Diplow, comenzando su cuadro de las tres hijas sentadas en un banco, al "estilo Gainsborough[312]", queriendo variar su trabajo paseando por Pennicote para hacer esbozos de los niños del pueblo y trabar más conocimiento con los Gascoigne. Hans parecía haber recobrado su vivacidad, pero Deronda detectó cierto fingimiento, igual que detectamos lo artificial del resplandor de una dama por sus tonos un poco elevados y su firme persistencia (un "Rojo Fluctuante" del que todavía no se había hecho publicidad). Junto con toda su amistad agradecida y su admiración por Deronda, Hans no podía evitar sentir cierta irritación contra él, como las que las naturalezas abiertas y extremadamente imprudentes suelen sentir cuando un amigo, al poner fin a su reserva, revela un estado de cosas no solo insospechado, sino que es lo contrario de lo que ingeniosamente se había esperado y calculado. Es cierto que el pobre Hans siempre había confiado principalmente en Deronda, y no habría sentído mucha curiosidad por cualquier confidencia que este le hubiese contado a cambio; pero, ¿quién de los que airean sus asuntos no es tentado de considerar cualquier insinuación sobre los asuntos de sus amigos como una irrelevancia ególatra? Ese no era motivo para que no le doliera a Hans que mientras él había abierto ingenuamente su corazón sobre Mirah, Deronda había mantenido en secreto una rivalidad que ahora se revelaba como el factor determinante. Además, siempre está el peligro de que nuestros amigos acaben siendo algo más de lo que éramos conscientes. Hay que excusar a Hans por estos arrebatos de sensibilidad dolida, pues no les permitió que afectaran en gran medida a su conducta: tenía la conciencia tranquila de haber

hecho lo correcto hacia su afortunado amigo; o, como se dijo a sí mismo, «su metal había producido un sonido mejor de lo que habría jurado de antemano». Pues Hans siempre había mantenido que desde el punto de vista de la virtud, era un *dilettante*: lo que significaba que le agradaba verla en los demás, pero que si se mezclaba con él, no le quedaba nada bien. Tal vez como recompensa por su buena conducta se permitió más libertad en su lenguaje; y al pensar que Deronda era plenamente feliz no se le ocurrió pensar qué pasaba con sus sentimientos hacia Gwendolen, por lo que habló de ella sin titubeos.

—¿Cuándo bajaste al pueblo, Hans? —dijo Deronda, uniéndose a él en el patio donde estaba haciendo un estudio de las condiciones del banco y de los árboles.

—Oh, hace diez días; antes de lo que dijo Sir Hugo. Fui con Rex Gascoigne y me quedé en la Rectoría un día o dos. Estoy al día con todo el cotilleo de esta zona; conozco lo que piensa el carretero, y he ayudado en los exámenes de la escuela infantil. La hermana Anna, que tiene unos labios tan bonitos, me escoltó; si no, habría sido atacado por tres pilluelos y un idiota, a causa de mi pelo largo y mi aspecto general que se aparta del tipo de belleza que entienden en Pennicote. En conjunto, el pueblo es idílico. Su único defecto es un cura oscuro de cuerpo ancho que tendría que haberse dedicado a lavar gruesos cortinajes. Los Gascoigne son perfectos, además de estar relacionados con la duquesa Vandyke. La vi por casualidad con sus ropas negras a lo lejos, aunque no aparece ante las visitas.

—¿No está viviendo en la rectoría? —dijo Deronda.

—No; pero me llevaron a Offendene para ver la antigua casa, por lo que vi a la familia de la duquesa. Me imagino que habrás estado allí y lo sabrás ya todo sobre ellas.

—Sí, he estado allí —dijo Deronda tranquilamente.

—Un viejo sitio magnífico. Representa una estancia excelente para una viuda con andanzas románticas. Y parece haber tenido varios romances. Creo que he descubierto que hubo uno entre ella y mi amigo Rex.

—¿No mucho antes de su boda, entonces? —dijo Deronda, realmente interesado—, pues solo estuvieron un año en Offendene. ¿Cómo llegaste a saberlo?

—Oh, no ignoro lo que es ser un pobre diablo, y he aprendido a sentir una satisfacción oculta por las desgracias de los demás. Descubrí que Rex nunca va a Offendene, y no ha visto a la duquesa desde que regresó; y la señorita Gascoigne dejó caer algo en nuestra charla acerca de una actuación mímica, y comencé a hacer algunas de mis tonterías para hacer reír a los más jóvenes, algo que me demostró que Rex había rondado una vez lo suficientemente cerca de su bella prima como para salir chamuscado. No sé cuál fue su parte en el asunto. Tal

vez vino el duque y se la llevó. Eso es lo que pasa siempre cuando un joven que de verdad vale la pena fija sus afectos. Ahora comprendo por qué Gascoigne habla de hacer de la ley su señora y de permanecer soltero. Pero esto son afirmaciones en caliente. Como el duque no se ahogó para que te beneficiaras tú, puede que fuera para que se beneficiara Rex. ¿Quién sabe?

—¿Es absolutamente necesario que la señora Grandcourt se case otra vez? —dijo Deronda, dispuesto a añadir que, aunque Hans hubiera sido capaz de reconstruir sus andanzas hasta aquí, eso no le garantizaba adivinar el futuro.

—¡Eres un monstruo! —replicó Hans—, ¿quieres que ella beba los vientos por ti toda su vida, que se queme como Sati[313] mientras tu sigues vivo y feliz?

Deronda no podía decir nada, paro parecía tan molesto que Hans cambió el tema de la conversación, y cuando estuvo solo se encogió de hombros y pensó que realmente había habido un sentimiento más fuerte entre Deronda y la duquesa de lo que Mirah querría saber. «¿Por qué no se enamoró de mí?», pensó Hans, riéndose de sí mismo. «No habría tenido rivales. Nunca una mujer quiso discutir teología conmigo».

No es de extrañar que a Deronda le sentara tan mal este tipo de bromas. Tocaban susceptibilidades que todavía estaban vivas y atemorizadas ante la posibilidad de afrontar cierto dolor al que incluso las palabras ligeras de Hans parecían añadir más realismo: un tipo de reconocimiento dado por otro que además realzaba el tema de nuestra ansiedad. Y ahora había bajado al pueblo con la firme determinación de no evadir de nuevo la prueba. Al día siguiente cabalgó hasta Offendene. Había anunciado su visita y había pedido si Gwendolen pudiese recibirla; y la encontró esperándole en la antigua sala de estar en la que habían sucedido diversas crisis de su vida. Parecía menos triste de lo que la había visto desde que murió su marido; no había una sonrisa en su rostro, sino un plácido control de sí misma, en contraste con el estado en el que la había encontrado la última vez. Se dio cuenta como nunca lo había hecho de la tristeza perceptible de Deronda; y tan pronto se hubieron sentado —él a poca distancia enfrente de ella—, dijo:

—Le daba miedo venir a verme, porque estaba tan llena de pena y desesperación la última vez. Pero hoy no lo estoy. Desde entonces que me arrepiento de ello. He hecho de esto la razón por la que debo mantener mi esperanza y mostrarme tan animada como pueda, porque no quiero causarle ninguna pena sobre mí.

Hubo una dulzura inusitada en el tono y en la mirada de Gwendolen mientras pronunciaba estas palabras que le hicieron tener a Deronda la sensación de que iba a infligir una crueldad extrema en

la tarea que le había traído hasta allí. Pero se sintió obligado a elaborar su respuesta de forma que fuera ya un inicio de esa tarea.

—Me encuentro hoy ante un problema —dijo, mirándola más bien con tristeza—; pero es porque tengo que contarle cosas que usted considerará casi como una falta de confianza por mi parte no habérselas contado antes. Hay cosas que afectan a mi propia vida, a mi propio futuro. Le parecerá que no le he pagado bien la confianza que usted ha depositado en mí, no haberle dicho nunca nada de los hechos que producirán grandes cambios en mi vida. Pero cuando hemos estado juntos apenas hemos tenido tiempo de entrar en asuntos que en esos momentos eran menos acuciantes para mí que las pruebas por las que usted estaba pasando. —Había una especie de tímida ternura en los profundos tonos de Deronda, e hizo una pausa dirigiéndole una mirada suplicante, como si hubiera sido solo Gwendolen quien hubiera desvelado algo en sus escenas de solicitaciones y confesiones.

Se veía en ella una sensación de sorpresa. El sentido que encontró en sus palabras la conmocionó, pero sin causarle temor. Su mente pensó en seguida en algún cambio en su posición respecto a Sir Hugo y a la propiedad de Sir Hugo. Le respondió quitando importancia al hecho, como si Deronda no tuviera por qué pedirle perdón:

—Usted no pensó en nada más que lo que podía ayudarme; y yo me encontraba en una situación tan difícil: ¿cómo iba a contarme otras cosas?

—Tal vez le sorprenda —dijo Deronda—, que no haya sabido hasta hace poco quiénes eran mis padres.

Gwendolen no estaba sorprendida: estaba más segura que lo que esperaba oír era lo que pensaba. Deronda prosiguió sin reprimirse:

—La razón por la que me encontró en Italia fue porque había ido allí a saber… de hecho, a encontrarme con mi madre. Fue por deseo de ella que fui educado sin saber mi parentesco. Se separó de mí tras la muerte de mi padre, cuando era una pequeña criatura. Pero ahora está muy enferma, y se dio cuenta de que no debía mantener por más tiempo el secreto. Su principal motivo hasta entonces había sido que no quería que supiera que yo era judío.

—¡Un judío! —exclamó Gwendolen, en voz baja y asombrada, con una mirada de completa frustración, como si por sus venas corriera una poción embriagadora.

Deronda enrojeció sin decir nada más, mientras que Gwendolen, con los ojos fijos en el suelo, parecía perdida y luchaba por reencontrar su camino con ayuda de varios recuerdos. Al final pareció llegar a cierta conclusión, pues miró de nuevo a Deronda, manifestando su desacuerdo contra la conducta de la madre:

—¿Qué diferencia habría supuesto eso?

—A mí me ha supuesto una gran diferencia el saberlo —dijo Deronda, con énfasis; pero no pudo continuar con facilidad; la distancia entre las ideas de ella y las suyas era una barrera similar a la diferencia entre lenguas nativas, dejándole con la duda de la fuerza que le producirían a ella sus palabras.

Gwendolen se quedó meditando unos momentos más, y al final dijo sinceramente:

—Espero que no haya nada que le importe. Es usted el mismo que si no fuera judío.

Ella pretendía asegurarle que nada externo podía afectar su consideración hacia él o lo que él había influido en ella. Deronda pudo apoyarse en este malentendido.

—El descubrimiento no ha sido nada doloroso para mí —dijo—, me fui preparando gradualmente para ello, y me alegré cuando lo supe. Me había ido preparando gracias a la íntima amistad con un judío notable, cuyas ideas me sedujeron de tal forma que pienso dedicar la mejor parte de mi vida a esforzarme por llevarlas a cabo.

De nuevo Gwendolen parecía estremecida; apareció otra vez esa mirada de frustración, pero esta vez mezclada con inquietud. Observó a Deronda con los labios abiertos de modo infantil. No era que hubiera conectado sus palabras con Mirah y su hermano, sino que le habían hecho presentir un camino largo y montañoso para que su mente pudiera alcanzar la de Deronda. Las grandes ideas generales que ella le había atribuido no parecían que fuesen ya relevantes, no como lo eran estas ideas particulares misteriosas e insondables. Él no podía adivinar qué pasaba por su cabeza; solo podía buscar de llegar a su conclusión de la forma menos abrupta posible.

—Esto me va a llevar —dijo, tras una pausa—, a abandonar Inglaterra por un tiempo, por unos años. Tengo cosas que hacer por el este.

Aquí empezaba a aclararse algo, pero era de lo más intranquilizador. Los labios de Gwendolen empezaron a temblar.

—Pero, ¿regresará? —dijo, probando el sabor de sus propias lágrimas mientras caían, sin que le diera tiempo a secárselas.

Deronda no pudo continuar sentado. Se levantó, y fue a situarse enfrente de la chimenea, para no estar cara a cara. Pero cuando ella se secó las mejillas con su pañuelo, se volvió y le miró, esperando una respuesta.

—Si vivo —dijo Deronda—, *algún día*.

Ambos estaban callados. Él no pudo convencerse de decirle más a menos que ella se lo preguntara; y ella aparentemente estaba meditando algo que tenía que decir.

—¿Qué es lo que va a hacer? —le preguntó, muy dulcemente—. ¿Soy capaz de entender esas ideas, o soy demasiado ignorante?

—Me voy al este para conocer mejor la condición de mi raza en varios de los países de allí —dijo Deronda, amablemente, ansioso por dejar claro todo lo posible esa parte impersonal de la separación entre ambos—. La idea que me obsesiona es recuperar una situación política para mi pueblo, convirtiéndolo de nuevo en una nación, dándole un centro nacional, como lo tiene el pueblo inglés, a pesar de estar tan esparcidos por toda la faz de la tierra. Es una tarea que se me presenta como un deber; estoy decidido a empezarla, aunque sea débilmente. Estoy decidido a dedicar mi vida a esto. Al menos, puedo desperar un sentimiento en otras mentes, como ha sido despertado en la mía.

Hubo un largo silencio entre ellos. El mundo se le hacía más grande a la pobre Gwendolen, y ella se hallaba más sola y desamparada en medio de él. El pensamiento de que pudiera volver tras su viaje por el este, quedó aplastado por la visión desconcertante de estos objetivos tan amplios en los que ella quedaba reducida a una mera mota de polvo. Llega un momento terrible para muchas almas cuando los grandes asuntos del mundo, los destinos importantes de la humanidad, que siempre habían quedado lejos en los periódicos y en otros escritos sin importancia, entran como un terremoto en sus propias vidas, en la que el paso lento de las generaciones se transforma en la huella de un ejército invasor o en la colisión horrenda de la guerra civil, y los padres con canas en su cabello no hacen más que buscar los cadáveres de sus hijos muertos en la flor de la vida, y la chicas olvidan toda su vanidad y se dedican a hacer vendajes para los miembros mutilados de sus prometidos. Y es como si el Poder Invisible, el objeto honrado por sus labios, se hiciera visible, según la imagen usada por el poeta hebreo, haciendo de sus llamas su carruaje, y viajando con las alas del viento, hasta donde las montañas echan humo y las llanuras se estremecen ante las continuas amenazas feroces. A menudo, la buena causa aparece tras el estruendo de la fuerza, cuando empieza a aplacarse; los mártires vilipendiados mueren, y no se ve ningún ángel sosteniendo la corona de laurel. Es entonces cuando se prueba la sumisión del alma al Altísimo, e incluso ante los ojos de la frivolidad, la vida aparece como algo distinto de la lucha humana con el terrible rostro del deber, y la religión se muestra tal cual es, como algo más que un consuelo privado.

Ese era el tipo de crisis que estaba empezando a afectar la pequeña vida de Gwendolen: por primera vez sentía la presión de una fuerza amplia y misteriosa, por primera vez se desprendía de la supremacía de su mundo, y tomando conciencia que su futuro no era más que una parte de la existencia global. Todo lo que había pasado como esposa y viuda le había dejado todavía la impresión que la había acompañado

desde la infancia: que todo lo que la rodeaba estaba hecho de alguna manera para ella, y era precisamente por esto que ni se le había pasado por la cabeza tener ningún tipo de celos en su relación con Deronda; de forma espontánea no pensaba que le perteneciera a nadie más que a ella. Pero de repente se enfrentó a un hecho más inesperado y profundo que los celos personales: algo espiritual y vagamente trascendental que la apartaba por completo, y sofocaba toda su furia con la humillación.

Había habido un largo silencio. Deronda había permanecido de pie, sin moverse, agradecido incluso por que hubiera un intervalo antes de seguir, y Gwendolen había quedado sentada como una estatua con las manos juntas y los ojos mirando al vació —la intensidad de sus reflexiones refrenando cualquier otra excitación—. Al final algo le ocurrió que la hizo volverse hacia Deronda y decir con voz temblorosa:

—¿Es eso todo lo que puede contarme?

La pregunta le alcanzó como un dardo.

—El judío que acabo de mencionar —respondió, no sin cierto temblor en su tono—, el hombre remarcable que tanto ha influenciado mi manera de ver las cosas, tal vez no sea del todo desconocido para usted. Es el hermano de la señorita Lapidoth, a la que ha oído cantar en varias ocasiones.

Una ola de recuerdos invadió a Gwendolen, y se extendió profunda y dolorosamente por su cuello y su rostro. Lo primero que le vino a la mente fue la escena de esa mañana a la que había ido a ver a Mirah, y había oído la voz de Deronda leyendo, y le dijeron, sin prestarle entonces atención, que estaba leyendo hebreo con el hermano de Mirah.

—Está muy enfermo, muy cerca de la muerte, ahora… —continuó Deronda, nervioso, y se paró en seco. Sentía que debía esperar. ¿Adivinaría ella el resto?

—¿Le dijo que fui a verla? —dijo Gwendolen, bruscamente, levantando la vista.

—No —dijo Deronda—. No la entiendo.

Ella apartó de nuevo la vista, y se quedó sentada pensando. Poco a poco fue desapareciendo el color de su rostro y su cuello, y se quedó tan pálida como antes, con esa palidez casi marchita que se observa tras un sonrojo doloroso. Al final dijo —sin volverse hacia él— en voz baja y comedida, como si estuviera solo pensando en voz alta, preparando lo que iba a decir más tarde:

—¿Pero *puede* usted casarse?

—Sí —dijo Deronda, también en voz baja—. Voy a casarme.

Al principio no hubo ningún cambio en la actitud de Gwendolen:

solo empezó a temblar de forma visible; luego, miró hacia delante con los ojos dilatados, como si tuviera algo enfrente de ella, hasta que estiró sus brazos al completo, y dio un grito con voz sofocada:

—Ya lo dije que me quedaría abandonada. He sido una mujer cruel. Y estoy abandonada.

La angustia de Deronda era insoportable. No podía evitarlo. Le cogió sus dos manos estiradas y las sostuvo juntas, y se arrodilló a sus pies. Ella era la víctima de su felicidad.

—Soy cruel, soy muy cruel —repitió, con una especie de gemido, mirándola suplicante.

Su presencia y su contacto parecieron producirle una visión terrible, y se encontró con su mirada de pena desde el suelo y con el retorno de la conciencia tras el desmayo. Pero se le quedó mirando sin más movimiento que el ligero arqueo de las cejas que suele acompañar los momentos en los que se reavivan ciertos recuerdos con ternura. La mirada de pena le trajo a la memoria lo que parecía un momento muy lejano: la primera vez que vio esa mirada fue en la biblioteca de la Abadía. Siguieron unos sollozos, y rodaron grandes lágrimas. Deronda no le soltaba las manos; las sostenía todavía con una de las suyas, y con la otra le frotó los ojos con su pañuelo. Ella se sometió como una niña a la que tranquilizaban, haciendo un esfuerzo por hablar, pero los sollozos no le dejaban. Al final pudo decir, de forma entrecortada:

—Le dije… le dije… que lo mejor que me pasó… lo mejor… fue conocerle.

Sus ojos se llenaron también de lágrimas. Ella soltó una de sus manos, e hizo lo mismo que él: quitarle sus lágrimas.

—No nos separaremos del todo —dijo él—. Le escribiré siempre, cuando pueda, ¿me responderá?

Esperó hasta que ella dijo en un susurro:

—Lo intentaré.

—Estaré más a su lado de lo que lo he estado hasta ahora —dijo Deronda con gentil apremio, dejando sus manos e incorporándose—. Si hubiéramos pasado juntos más tiempos, habríamos sentido más nuestras diferencias, y tendríamos una sensación más grande de alejamiento. De esta forma tal vez no nos veamos nunca más. Pero puede que nos sintamos más cerca.

Gwendolen no dijo nada, pero se levantó automáticamente. Su mirada desgastada por la pena, tal como la que muestra el sol cuando se suben las persianas tras el entierro de la alegría de la vida, le hicieron odiar sus propias palabras: parecían llevar en sí la dureza del consuelo fácil. Ella sentía que él se iba, y que nada podía evitarlo. Lo sentía como un susurro terrible en su oído, que ensordecía cualquier

otra consciencia; y no se había dado cuenta de que se había levantado.

Deronda no pudo volver a hablar. Pensó que debían separarse en silencio, pero era difícil dar el paso, hasta que ella le miró con una especie de intención en sus ojos, lo cual le ayudó a él. Avanzó un poco para ofrecerle su mano en silencio, y cuando ella puso la suya en ella, dijo lo que había estado pensando:

—Ha sido usted muy bueno conmigo. No he merecido nada. Intentaré… intentaré vivir. Pensaré en usted. ¿Qué he hecho de bueno? Solo he hecho daño. No me permita que le haga daño a usted. Será lo mejor para mí…

No pudo terminar. No es porque estuviera sollozando, sino porque el intenso esfuerzo que hizo para hablar la dejó temblando. La carga de esa difícil rectitud hacia él era un peso bajo el cual se tambaleaba todo su cuerpo.

Se inclinó para besarle la mejilla, y él besó la suya. Luego se miraron el uno al otro por un instante con las manos unidas, y él se dio la vuelta.

Cuando ya se hubo marchado, su madre entró y la encontró sentada sin moverse.

—Gwendolen, querida, pareces muy enferma —dijo, inclinándose sobre ella y tocando sus manos frías.

—Sí, mamá. Pero no tengas miedo. Viviré —dijo Gwendolen, rompiendo a llorar con histeria.

Su madre la convenció para irse a la cama, y la vigiló. Durante el resto del día y la mitad de la noche le daban ataques continuos de espanto, pero gritaba en medio de ellos a su madre:

—No tengas miedo. Viviré. Pretendo vivir.

Al final consiguió dormirse; y cuando se despertó por la luz de la mañana, miró fijamente a su madre y le dijo con ternura:

—¡Ah, pobre mamá! Has estado aquí sentada conmigo. No te pongas triste. Viviré. Seré mejor.

CAPÍTULO 70

En las variadas áreas de la experiencia humana se mezclan todas las estaciones como en la Edad de Oro: flor y fruto van unidas; la hoz cosecha al mismo tiempo que se esparce la semilla; uno recoge el racimo verde y otro pisa la uva. Mejor dicho, en cada una de nuestras vidas la cosecha y la primavera son siempre una, hasta que la misma Muerte nos reúne y nos siembra de nuevo en sus campos invisibles.

Entre las bendiciones del amor apenas hay una más exquisita que la sensación que al unirnos a la vida de nuestra amada podemos cuidar de su felicidad, traer consuelo donde había oprobios, y sobre los recuerdos de privación y sufrimiento, abrir una de las fuentes más dulces de alegría. El amor de Deronda por Mirah estaba fuertemente impregnado con ese bendito sentido protector. Incluso desde su etapa infantil, ella había comenzado a caminar entre espinas; y la primera vez que él había observado su rostro, le pareció la imagen infantil de la desesperación.

Sin embargo, ahora brillaba como una flor oscura pero teñida de marfil ante la cálida luz de la satisfacción, pensando que cualquier pena futura la compartiría con Deronda, con lo que no podría referirse a ella más que como un bien. Y él contemplaba la sobria alegría que aportaba una nueva belleza a sus movimientos, así como su actitud habitual en reposo, con un gozo que le hacía reconocer que le alegraba completamente haberla librado de la pena. Ella no sabía nada del sufrimiento de Hans o del dolor de Gwendolen; pues tras la declaración de que el amor oculto de Deronda era para ella, se explicó fácilmente la ansiosa solicitud de Gwendolen hacia él como parte de su agradecimiento y dependencia por su bondad, como ella misma había sentido. Y las palabras de Deronda acerca de la señora Grandcourt confirmaron ese punto de vista, aunque él nunca hablaba de ello salvo de una manera muy distante. Mirah se prestó rápidamente a creer que había sido un ángel salvador para muchas almas además de la suya. Lo único sorprendente era que, entre todas ellas fuera ella la que se hubiera quedado con el gozo de estar continuamente a su lado.

Así que cuando el velo nupcial cubrió a Mirah, no escondió ningún temblor ni duda alguna, tan solo un sentimiento de respeto por la aceptación de un gran don que implicaba usarlo bien. Y el palio nupcial de terciopelo no había albergado nunca a unos novios más hermosos, ni había deseado con tanto ardor su pueblo una futura descendencia; no accedieron jamás al sacramento del matrimonio labios más honestos; la bendición del matrimonio no halló nunca una promesa de cumplimiento más perfecta que en la integridad de su compromiso mutuo. Naturalmente, se casaron según el rito judío. Y puesto que parece que aún no hay religión que pida que cuando hacemos una fiesta invitemos solo al rango más elevado de nuestros conocidos, esperamos que sean pocos los que se ofendan por saber que entre los invitados a la pequeña fiesta de la boda de Deronda estaba la familia Cohen al completo, con la única excepción del bebé, que inteligentemente se había quedado en casa para alimentarse mejor. ¿Cómo podría haber permitido Mardoqueo que estos amigos en su adversidad hubieran quedado excluidos de regocijarse juntamente con él?

La señora Meyrick entendió esto tan bien que ya no le importaba encontrarse con el prestamista judío, y estaba allí con sus tres hijas, todas ellas jubilosas de saber que el matrimonio de Mirah con Deronda coronaba un romance que siempre quedaría grabado dulcemente en su memoria. ¿Pues quién de ellas, madre o hijas, no había tomado una buena parte en él, haciendo lo posible por apoyarla a ella cuando lo había necesitado? Si Hans hubiera estado allí, habría sido mejor; pero Mab ya había observado que los hombres tenían que sufrir por ser tan inoportunos; ¿qué habría pasado si ella, Kate y Amy se hubieran enamorado del señor Deronda? Pues siendo mujeres no habrían hecho tanto el ridículo.

Los Meyrick fueron recompensados por superar sus prejuicios oyendo un discurso del señor Cohen, que tenía la rara cualidad entre los oradores de no seguir el modelo habitual. Jacob comió mucho más de lo que sus años le permitían, y contribuyó a que se oyeran pequeñas risotadas como acompañamiento al discurso de su padre, no con irreverencia, sino con el verdadero sentimiento de que esta familia era realmente peculiar; mientras, Adelaida Rebekah, con un vestido nuevo de Sabbath, mantenía un aspecto serio de responsabilidad.

Los ojos brillantes de Mardoqueo, profundamente hundidos, contemplaban la escena con la ternura y benignidad de un espíritu que ya se había elevado a una distancia que anulaba los requerimientos egoístas y dejaba espacio solo para la comprensión. Pero continuamente, después de que su mirada viajara por los demás, volvía a reposar en Deronda con un fresco brillo de afecto confiado.

La fiesta de la boda fue humilde, pero Mirah no se quedó sin

espléndidos regalos. Tan pronto como se conoció el compromiso, hubo amigos que les enviaron espléndidos objetos. Sir Hugo y Lady Mallinger se tomaron la molestia de proveerles con un equipo completo para su viaje por el este, así como un precioso relicario con la inscripción: *Que todas las bendiciones acompañen a la esposa de nuestro querido Daniel Deronda. H y L. M*. Los Klesmer enviaron un reloj de precisión, también con una bonita inscripción.

Pero algo más preciado que el oro y las joyas le llegó a Deronda de su vecindario de Diplow la mañana en la que se casó. Era una carta con estas palabras:

> *No piense en mí con pena el día de su boda. He recordado sus palabras: que puedo vivir para ser una de las mejores mujeres, que hará sentir a los demás ser felices por haber nacido. Todavía no sé cómo podré hacerlo, pero usted sabe más que yo. Si alguna vez ocurre, habrá sido por su ayuda. Yo solo pensé en mí, y le causé a usted pena. Me duele ahora pensar en su dolor. No debe sufrir nunca más por mí. Todo está bien, lo mejor que me ha pasado ha sido conocerle.*
>
> *GWENDOLEN GRANDCOURT*

Los preparativos de la partida de los tres hacia el este comenzaron enseguida; pues Deronda no podía negar a Esdras su deseo de partir cuanto antes, para que pudiera ir con ellos, en lugar de retrasarles el viaje porque tuvieran que cuidarle. No creía que la vida de Esdras durara más que el viaje, pues mostraba síntomas que revelaban que había comenzado el último estadio de su enfermedad. Pero el mismo Esdras había dicho:

—No importa donde muera, mientras esté contigo.

Pero no fue con ellos. Una mañana temprano le dijo a Deronda:

—No me abandones hoy. Moriré antes de que termine el día.

Decidió vestirse y sentarse en su silla como siempre, Deronda y Mirah cada uno a un lado del otro, y durante varias horas estuvo inusualmente en silencio, sin hacer siquiera un esfuerzo por hablar, sino mirándoles ocasionalmente con ojos llenos de un significado de descanso, como si les asegurara que aunque estos últimos suspiros eran duros de pasar, sentía bajo ellos un océano de paz.

No fue hasta la última hora de la tarde, cuando la luz se apagaba, que cogió una mano a cada uno y dijo, mirando a Deronda:

—La muerte viene hacia mí como el beso divino que es a la vez separación y reunión, que me lleva lejos de tus ojos, pero me da plena presencia en tu alma. Donde tú vayas, Daniel, yo iré. ¿No ha empezado ya? ¿No ha penetrado mi aliento en tu alma? Viviremos en comunión.

Hizo una pausa, y Deronda esperó, pensando que aún le diría algo más. Pero lentamente y con esfuerzo, Esdras, apretándoles las manos, se erigió y pronunció en hebreo la confesión de Unidad divina, que por muchas generaciones ha estado en los labios de los Israelitas moribundos.

Se echó hacia atrás con suavidad en su silla, y ya no habló más. Pero pasaron así varias horas hasta que dejó de respirar, abrazado por Mirah y Deronda.

Nada de aquí debe hacernos derramar lágrimas, nada hacernos gemir
o encoger nuestro corazón; ninguna debilidad, ni desprecio
ni desaprobación o culpa; nada salvo el bien y lo justo
y lo que nos lleve al reposo de una muerte tan noble[314].

FIN

NOTAS

1 En medio de las cosas. La autora justifica con esta introducción que la novela comience a mitad del tiempo cronológico de la acción.

2 Alusión al *Fausto* de Goethe, en el que la primera parte del prólogo transcurre en la tierra, mientras que la segunda ocurre en el cielo.

3 Antigua moneda francesa.

4 Hagan su juego, señoras y señores.

5 Ya no se puede apostar.

6 Una especie de diván o sofá sin respaldo.

7 Nariz respingona.

8 Personaje femenino de la mitología grecolatina, caracterizada como seductora terrible, fría y astuta. Viene a ser un antecedente de la vampiresa moderna.

9 Como es debido.

10 Rusia.

11 Título nobiliario inglés de orden inferior al de barón, pero superior al de caballero.

12 Un nuevo papel.

13 El Cervino o Matterhorn es una espectacular montaña de los Alpes con forma de pirámide. Su pico fue alcanzado por primera vez en julio de 1865 por Edgard Whymper, tres meses antes de la escena de este capítulo.

14 Capítulo 2, versículos 7-8.

15 Se refiere a un próspero dueño de plantaciones en las indias americanas.

16 Franz Snyders (1579-1657), pintor flamenco de escenas de animales y de caza.

17 Patrona de la música.

18 Arzobispo de Canterbury en la época de Carlos I.

19 Diplomático ruso, ministro de asuntos exteriores de 1822 a 1856.

20 Otorgar una prebenda, que es el canon de bienes o rentas que se

asigna a un eclesiástico en las catedrales o colegiatas para que puedan llevar a cabo las funciones inherentes a su cargo.

21 El fiel Achates, en la Eneida, el fiel amigo y escudero de Eneas.

22 *Las preciosas ridículas* (1659): «Gorgibus. —Te digo que el matrimonio es una cosa santa y sagrada, y que es obrar como gente honrada empezar por eso. Madelón. —¡Dios mío! ¡Si todo el mundo se os semejase, se acabaría muy pronto una novela! Bonita cosa si Ciro se casara lo primero con Mandané y Aroncio contrajero casamiento, sin dificultad, con Clelia… Dejadnos forjar a nuestro gusto la trama de nuestra novela y no apresuréis tanto su final».

23 Referencia a la historia de Griselda, sinónimo de paciencia y fortaleza, del *Decameron* de Bocaccio, día 10, cuento 10.

24 William Shakespeare. *Macbeth*. Acto II, Escena III, 108-109: «¿Quién puede ser al mismo tiempo sabio e idiota, templado y furioso, leal e indiferente?».

25 W. Shakespeare. *Mucho ruido y pocas nueces*. Acto III. Escena I. 52-54.

26 Cara a cara.

27 "La fuerza es débil, solo el deseo es fuerte" del *Fausto* de Goethe.

28 Torcuato Tasso (1544-95) Poeta italiano, encerrado en prisión al final de su vida por locura. Ha sido objeto de novelas y óperas a lo largo de la historia de la literatura.

29 Poema épico del citado poeta italiano Torquato Tasso.

30 W. Shakespeare. *El sueño de una noche de verano*. Acto V. Escena I. 12

31 Inocencia.

32 Jenny Lind (1820-1887) Famosa soprano de Suecia, conocida como *el ruiseñor sueco*.

33 Alegre, triste, y reflexivo.

34 Alexander Pope (1688-1744), poeta inglés.

35 Bernard le Bovier de Fontenelle: *Entretenimientos sobre la pluralidad de los mundos habitados* (1686): «¿Cree usted que me ha humillado por haberme enseñado que la tierra gira alrededor del sol? Le juro que mi autoestima no ha disminuido lo más mínimo».

36 Del francés, "cuadros vivos": un grupo de personas inmóviles como figuras de cera, que representan una escena.

37 Famosa actriz de mediados del siglo xix que interpretó casi todos los papeles principales de Corneille y Rancine.

38 W. Shakespeare. *Othello* Acto III. Escena III. 90.

39 Homero. *La Ilíada* Canto I, v.348. Briseida fue secuestrada de la tienda de Aquiles por Agamenón.

40 El *Cuento de Invierno* de Shakespeare. En él, el rey Leontes acusa injustamente a su mujer Hermione de serle infiel, la cual muere de

pena. Años más tarde, un escultor realiza una estatua de Hermione que acaba recobrando vida.

41 Unos 15 cm.

42 *El Calendario del Pastor*, Spenser. En esta obra, el autor utiliza al máximo la gran flexibilidad poética de la lengua inglesa, empleando un vocabulario formado principalmente por palabras obsoletas y frases hechas, con el fin de transmitir una sensación de antigüedad.

43 Lady Hester Stanhope (1776-1839): dejó Inglaterra en 1810 y se dedicó a viajar por Oriente Próximo.

44 John Scout, Conde de Eldon (1751-1838)

45 Madame Roland (1754-1793), ferviente seguidora de los girondinos, que murió ejecutada gritando: —Oh, libertad, cuántos crímenes se cometen en tu nombre.

46 "Serás feliz, querida". "Sí, mamá, como tú".

47 Cambio de ropa. Referencia a la historia de M. Jacob, de Rodolphe Töpffer (1833), dibujante de cómics. Jacob es un bufón cuyas ropas prenden fuego y debe cambiarse.

48 *Taste*: gusto. Test: prueba. Las palabras inglesas comparten las letras t y s en la misma posición.

49 En la mitología griega, bella hija del titán Atlas, que agasajó a Ulises para que se quedara en su isla.

50 En alemán en el original.

51 En la Iliada, rey de Pilos, anciano y sabio.

52 Sir Joshua Reynolds (1723-1792): pintor inglés, famoso por sus retratos.

53 Baile de cinco movimientos bailado por cuatro parejas formando un cuadrado.

54 Giacomo Meyerbeer (1791-1864) Autor de numerosas operas francesas, y Augustin Eugène Scribe (1791-1861), su libretista.

55 Desesperado.

56 William Shakespeare. *Primera parte del Rey Enrique IV*. Acto V, Escena II.

57 Oficios que requieren escaso o nulo trabajo, y del que se obtienen ventajosos resultados.

58 Sal 60, 8.

59 Una yarda son 91,44 cm.

60 Apropiado.

61 Tipo de escritura usado en los manuscritos griegos y latinos escritos entre los siglos iii y viii consistente en usar mayúsculas formadas con más curvas de lo que usualmente tienen.

62 Obra de W. Shakespeare (*As you like it*)

63 "Apresúrate despacio".

64 El nombre usado por Ovidio, Teócrito y Virgilio para varias de sus amantes.

65 En su *Viaje al Tibet*, Huc describe la idea de escribir oraciones en papeletas y lanzarlas al aire pidiendo caballos a Buda, para que este convierta las papeletas en caballos reales.

66 Un elemento sorprendente e imprevisto.

67 Soy mi propio ancestro. Se refiere a que no necesita provenir de una familia con títulos nobiliarios para ser emperador, sino que con él empieza la genealogía.

68 Encadenado por Zeus, era visitado cada noche por un águila que le devoraba el hígado, y al ser inmortal, volvía a crecerle cada día para volver a sufrir por la noche.

69 Peluca llevada en la corte de Carlos II después de la Restauración (1660)

70 Sir Meter Lely (1618-1680): pintor retratista de la corte de Carlos II.

71 Sir Godfrey Kneller (1646-1723): pintor retratista de la corte de Guillermo III y Jorge I.

72 Pintores retratistas del siglo xviii.

73 Referencia a los escudos de las familias.

74 Retratista de la época.

75 Pericles (495 a. C.-429 a. C.), orador y político ateniense, promotor de las artes y la literatura.

76 Giuseppi Mario (1808-1883) y Enrico Tamberlik (1822-1889): tenores italianos.

77 Roberto I (1274-1329): rey de Escocia y uno de los guerreros más famosos de su generación.

78 Aburrimiento.

79 *Whigs* y *Tories*: partidarios de partidos políticos ingleses opuestos.

80 Lord Byron (1788-1829): poeta inglés que nació patihendido, esto es, con los dedos del pie vueltos hacia dentro.

81 Robert Clive (1725-1774): Militar británico, que a pesar de no ser un estratega de gran talento ni un soldado experimentado logró importantes victorias.

82 Poema filosófico escrito por Percy Shelley (1792-1822) y publicado cuando contaba con 20 años.

83 Charles Lamb (1775-1834): ensayista inglés que sufrió periodos de enfermedades mentales y que trabajó en Christ's Hospital, una escuela dominical desoladora y llena de violencia.

84 Hans Holbein el Joven (1497?-1543): artista alemán, uno de los maestros del Renacimiento.

85 Protagonista de una de las sagas de *Las mil y una noches*.

86 W. Wordsworth: *Oda a la inmortalidad. Recuerdos de la primera infancia*.

87 Dante. *La Divina Comedia*. Infierno V: «No hay mayor dolor que acordarse de los tiempos felices en la miseria».

88 Novela de Walter Scott, en la que una judía se enamora del protagonista.

89 Nombre de pila de Sulpice Guillaume Chevalier (1801?-1866), caricaturista francés.

90 Al modo chino.

91 *Historia de un recluta*.

92 Friedrich von Schiller (1759-1805). La cita hace referencia a su Oda a la Alegría.

93 Diosa de la luna en la mitología griega.

94 Lawrence Sternee (1713-1768): *Viaje sentimental por Francia e Italia*.

95 Orestes, personaje de la mitología griega, que tuvo que vengar la muerte de su padre a manos del amante de su esposa. Rinaldo, héroe cristiano en la ópera de Haendel que lleva el mismo nombre.

96 Robert Southey (1774.1843): poeta inglés.

97 Protagonista de la Historia de Camaralzamán, de *Las Mil y unas noches*.

98 Angelito.

99 Unos 280 litros.

100 W. Shakespeare. *Enrique VIII*, Acto II, Escena III.

101 Pedro Abelardo (1079-1142), filósofo francés, que mantuvo una relación amorosa con la joven Eloísa, por muchos considerada el primer ejemplo documentado de amor en clave “moderna”, como pasión y devoción absoluta y recíproca.

102 Franz Liszt (1811-1886), pianista y compositor húngaro.

103 Figura procedente de las leyendas alemanas medievales y que sirvió de base para la ópera que lleva su nombre de Richard Wagner.

104 Mago galés del siglo vi que inspiró numerosas leyendas medievales, y conocido sobre todo por la epopeya artúrica. Acabó sus días en el bosque de Brocelianda (Bretaña), donde fue recluido en un árbol por su compañera Vivian.

105 Héroe de la mitología griega, que durante diez años vivió multitud de aventuras por el Mediterráneo mientras su fiel esposa Penélope le esperaba. Fue mantenido cautivo siete años por la ninfa Calipso. Telémaco es el hijo de Ulises y Penélope.

106 Félix Mendelssohn-Bartholdy (1809-1847), compositor alemán del período romántico.

107 Título nobiliario del Reino Unido.

108 El paneslavismo fue un movimiento político y cultural, cuyo objetivo fue la unión cultural, religiosa y política de los países eslavos de Europa en una sola institución política.

109 Personaje de las leyendas medievales cristianas, un judío que insultó a Jesús durante el camino hacia la Crucifixión, por lo que este lo condenó a "errar hasta su retorno".

110 Literalmente: "Como un puño en el ojo" —algo muy molesto—.

111 Te he amado y todavía te amo.

112 Referencia a Jean Jacques Rousseau y a su Discurso sobre las Ciencias y las Artes.

113 Louis Antonie León Saint-Just, (1767-1794), político revolucionario francés.

114 Ver nota 4 del capítulo 5. Como el lector recordará, la señora Arrowpoint había escrito una novela sobre este personaje.

115 Referencia al Salmo 108, versículo 9.

116 Medida de superficie inglesa: 0,405 Ha.

117 Giulia Grisi (1811-1869) soprano italiana, que mantuvo un estatus de primma donna durante treinta años.

118 Canalla.

119 William Wordsworth (1770-1850), poeta inglés.

120 Término usado dentro de la Iglesia anglicana, inicialmente en un sentido peyorativo. Los tratadistas religiosos comenzaron a referirse a la tendencia anglocatólica en la iglesia de Inglaterra como "iglesia alta". Por contraste, aquellos teólogos y políticos que buscaban una mayor reforma en la iglesia de Inglaterra y una mayor liberalización de la estructura de la iglesia eran llamados "iglesia baja".

121 Seda natural marina obtenida de un filamento que segregan ciertos moluscos.

122 Dos yardas: algo menos de dos metros.

123 Novela epistolar de Samuel Richardson (1689-1761), escritor inglés, autor de *Pamela* y *Clarissa*.

124 W. Shakespeare: Soneto XXVII, 8.

125 Giovanni Battista Moroni (1520-1578), pintor manierista italiano.

126 Ver nota 12 del capítulo 16.

127 "Hombre del bosque": denominación aplicada a varios pueblos africanos, cazadores-recolectores, caracterizados por incorporar sonidos de chasquido o cliqueos.

128 Walt Whitman (1819-1892): *Vocalismo*, 14-15.

129 Personaje de *La Tempstad* de W. Shakespeare. Calibán es un

salvaje primitivo que representa los aspectos más salvajes y primitivos del ser humano.

130 Giro lingüístico utilizado por W. Shakespeare en *Othello*, Acto I, escena II.

131 *Cuento de invierno*, Acto IV, Escena III, 571-572.

132 Dioses del viento del oeste, el más suave de todos, considerado como un viento fructificador, mensajero de la primavera.

133 En la mitología romana, personificaciones femeninas de la venganza, que perseguían a los culpables de los crímenes.

134 Pastor de la mitología griega, a quien se atribuye la invención de la poesía bucólica, tras quedarse ciego por romper su promesa de no tener relación con doncella alguna.

135 Filósofo griego, famoso por afirmar que el fundamento de todo está en el cambio incesante: «Todo cambia, todo fluye».

136 John Duns Scoto (1266-1308), teólogo escocés perteneciente a la escolástica.

137 Claudio Ptolomeo (90-170), astrónomo, creador de un modelo del universo, según el cual la Tierra estaba inmóvil y ocupaba el centro del Universo.

138 Personaje de la novela *Clarissa*, de Samuel Richardson.

139 Rebeca es la judía que se enamora de Ivanhoe en la novela *Ivanhoe* de Walter Scott.

140 Según la mitología romana, los fundadores de Roma raptaron las mujeres de la tribu de los sabinos para convertirlas en sus mujeres. Cuando los sabinos vuelven para vengarse, las mujeres se interpusieron entre ambos combatientes para que dejasen de matarse porque si ganaban los romanos perdían a sus padres y hermanos, y si ganaban los sabinos perdían a sus maridos e hijos.

141 Nombre con el que se designaban en la Edad Media a los habitantes de una parte de la actual Alemania.

142 Nada fácil de obtener.

143 Antigua moneda de plata de Alemania.

144 Escuela rabínica.

145 Gregorio Allegri (1582-1652) y Giovanni Pierluigi da Palestrina (1525-1594), compositores italianos.

146 El cantor, un músico entrenado en el arte de las cuerdas vocales que dirige la oración cantada.

147 Plegaria judía de los huérfanos en memoria de los muertos.

148 Una de las tragedias de Sófocles.

149 Aria de Beethoven, Opus 65: “¡Ah pérfido! Por piedad, no me digas adiós”.

150 Šelomoh ben Yehudah ibn Gabirol, o Avicebrón como era

conocido por los latinos, fue un filósofo y poeta judío andalusí nacido en Málaga hacia 1021 y muerto en Valencia hacia 1058.

151 St Mary Axe es una calle de Londres y Whitechapel un barrio, habitado históricamente por judíos.

152 Origen de la expresión ¡Hip, hip hip! ¡Hurra! Esta expresión corresponde al grito de guerra de los cruzados; sus iniciales en latín quieren decir: *Hierosolyma Est Perdita* (Jerusalén ha caído).

153 Carruaje de dos ruedas.

154 Se refiere al Duque de Wellington (1769-1852), primer ministro del país de 1828 a 1830.

155 Obispo de Nápoles del siglo iii.

156 Salomon Maimon (1753-1800): filósofo judío.

157 Robert Simson (1687-1768): matemático británico que publicó en 1756 *Los elementos de Euclides*.

158 *Historia de la vida.*

159 Estilo de ropa de la ciudad de Nueva York.

160 Sinagoga.

161 Distrito de Londres, el más importante para el ocio y para la compra.

162 “Su nombre es Israel. El hechizo de una bruja lo transformó en un perro. Pero cada viernes por la noche el hechizo desaparece y el perro se transforma de nuevo en un hombre”.

163 Heinrich Heine (1797-1856): uno de los más destacados poetas y periodistas alemanes del siglo xix, considerado el último poeta del Romanticismo.

164 Mardoqueo es un personaje bíblico, del libro de Ester.

165 Eugenia es el nombre de la mujer de Napoleón III.

166 Oración anual por los muertos.

167 Localidad comercial ubicada en Devon, famosa por sus alfombras.

168 Se refiere al coste económico.

169 Baal y Astarté: divinidades fenicias.

170 Raza canina originaria de Bélgica, un tipo de sabuesos.

171 “Nada pesa tanto como un secreto. Para las mujeres es difícil guardarlo mucho tiempo. Y por lo que sé sobre el tema, muchos hombres son como las mujeres”.

172 En la mitología griega, Jasón dejó a su amante Medea para unirse con Creúsa.

173 Adelaida Ristori (1822-1906), reconocida artista dramática italiana.

174 Autoridad literaria imaginaria y terriblemente tediosa, citada por Walter Scott para presentar hechos del pasado.

175 Diosas asirias.

176 Agar, esclava de Sara, la esposa de Abraham, tuvo un hijo con este, Ismael, debido a que Sara era estéril. Fruto del trato cruel de Sara hacia Agar tras el nacimiento de Ismael, madre e hijo se vieron obligadas a huir al desierto.

177 Período entre 1811 y 1820 en el Reino Unido.

178 Angelica Catalani (1779-1849): cantante italiana.

179 Danza rural inglesa en la que los bailadores forman figuras de forma que quedan enfrentados en dos filas, mirándose unos a otros.

180 Espíritus grandes con ojos graves y serios.

181 Moritz Retzsch (1779-1857) pintor alemán, famoso por sus grabados del *Fausto* de Goethe, en cuya obra, Mefistófeles es el diablo.

182 Berenice, de nacionalidad judía, hermana de Agripa II, que imploró a Gessius Florus, procurador romano de Judea durante el reinado de Nerón, que evitara el asesinato de sus gentes, y que vivió como amante del emperador romano Tito. Los romanos no aceptaron que fuera judía.

183 Columnata abierta, que solía estar rodeada de plantas, para el paseo y la diversión.

184 *El Ensayo*, obra de George Villiers (1628-1687), poeta inglés y hombre de estado.

185 Santi Rafael (1483-1520), pintor, arquitecto y escultor. Alcibíades fue un personaje ateniense de alta cuna, que traicionó su ciudad y fue asesinado en el exilio.

186 Cayo Suetonio (75-160): Historiador romano; “contra su voluntad y la de ella” (*La vida de los doce Césares*).

187 La nada, el vacío.

188 Zona cercana al Tíber, en Roma.

189 La Estrella del Mar, imagen utilizada a menudo por los marineros para referirse a la Virgen María.

190 Líder populista de la Italia medieval que derrotó a las clases nobles de Roma para dar el poder al pueblo.

191 Personajes de las obras de Shakespeare *Rey Juan* y *Rey Lear*.

192 Cañaheja: según la mitología griega, Prometeo subió al cielo por el tallo de esta planta.

193 En la mitología griega, dioses que personifican la fuerza y la violencia.

194 Ciudad de Egipto, descrita por Homero como “la ciudad de las cien puertas” por las innumerables puertas abiertas en sus murallas.

195 Pedro el Ermitaño (1050 −1115), clérigo francés, líder religioso de la llamada “Cruzada de los pobres”, que sirvió de preludio a la Primera Cruzada.

196 La Cábala es una de las principales corrientes de la mística judía.

197 Pantalones bombachos.

198 Yehudah Haleví (1075-1141), filósofo y médico judío español, uno de los poetas judíos más excelsos de la literatura hebraica-española.

199 Los gentiles, o sea, los no judíos.

200 El monte al que subió Moisés para ver la Tierra Prometida justo antes de morir.

201 Johan Wolfgang von Goethe. *El diván del este y del oeste*: “Lo más seguro es siempre dirigirse al entendido. Cuando has estado torturándote por mucho tiempo, él sabe qué es lo que has hecho mal; incluso puedes esperar su aprobación por lo que hiciste bien”.

202 Ave propia del Asia tropical.

203 *Los Ensayos de Elia*, es una colección de ensayos escritos por Charles Lamb. La “negra inocencia” a la que aludirá a continuación se refiere a los deshollinadores.

204 Lord John Rusell (1792-1878), primer ministro de 1865 a 1866.

205 Antiguo palacio ubicado en el centro de París.

206 El conde Giacomo Leopardi (1798-1837) fue un poeta, filósofo, filólogo, erudito italiano del Romanticismo. *A Italia* fue escrita en 1818: “Oh, patria mía, veo los muros y los arcos, y las columnas y las enramadas y las imágenes de nuestros antepasados”; “Pero no veo la gloria”; “felices vosotros, que ofrecisteis el pecho a las lanzas enemigas por amor de aquella que también os dio vida”; “Oh, viva, viva: felices vosotros mientras en el mundo se hable o se escriba de vosotros”.

207 Príncipe Anton Radziwill (1775-1833), puso música al Fausto de Goethe.

208 Ver nota 1 del capítulo 39.

209 Bien.

210 Tipo de abrigo impermeable, procedente de la ciudad escocesa de Inverness.

211 Tiziano (1477-1576), pintor italiano del Renacimiento. El Tributo de la Moneda es un lienzo de 1516 que representa la respuesta de Cristo al fariseo: «Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios» (Mt 22,21).

212 Uno de los sabios rabínicos que perseveró tras la destrucción del templo de Jerusalén en el año 70 d. C.

213 Aben Esdras (1092-1167), destacado intelectual judío; hombre polifacético, destacó en poesía, filosofía, gramática, cábala, medicina, matemática y astronomía.

214 Ver nota 7 del capítulo 38.

215 El Espíritu de Yahveh.

216 De *El Paraíso recobrado*, poema épico de John Milton.

217 “Quod erat demonstrandum”, locución latina que significa: “lo que se quería demostrar”.

218 Leopold Zunz (1794-1886), historiador judío. La traducción se da a continuación al inicio del capítulo.

219 Nombre poético que designa el carácter ideal de Israel (Dt 32,15).

220 Tipo de goma parecida al caucho, fabricada a base del látex proveniente de árboles del género *Palaquium*.

221 Cuatro metros y medio.

222 Referencia a Sir Walter Scott, llamado así durante un tiempo al no reconocer la autoría de sus novelas hasta 13 años después de publicar la primera.

223 La batalla de Maratón (490 a. C.) fue un enfrentamiento armado que definió el desenlace de la Primera Guerra Médica.

224 Gisseppe Mazzini (1805-1872), patriota, filósofo y político italiano que ayudó en el proceso de formación de la Italia moderna.

225 Un tipo de trompeta especial, fabricada a partir del cuerno de un carnero o una cabra, utilizada en varias fiestas judías.

226 John Keats (1795-1822), poeta inglés. Los versos corresponden al *Soneto al ver los mármoles de Elgin*.

227 Maimónides (1134-1205) fue el médico, rabino y teólogo judío más célebre de la Edad Media.

228 Uno de los más distinguidos héroes de la mitología griega, cuyas aventuras se narran en *La Ilíada*.

229 Harriet Byron, protagonista de la novela *Sir Charles Grandison*, de Samuel Richardson, y la señorita Wardour, protagonista de la novela *El Anticuario*, de Walter Scott.

230 La estrella más brillante del firmamento.

231 Anton Van Dyck (1599-1641), pintor flamenco, especialmente dedicado a la eaboración de retratos.

232 ¿No te defiende ninguno de tus hijos? Las armas, tráeme las armas. Combatiré solo, caeré solo.

233 Ver nota 16 del capítulo 32.

234 El antinomismo es una herejía del siglo xvi, que defendía la posibilidad de llevar una vida licenciosa, y que solo la fe bastaba para salvarse.

235 Ópera de Donizzeti, compositor italiano, estrenada en 1833.

236 Michel de Montaigne (1533-1592), filósofo, humanista, escritor, político y moralista del Renacimiento.

237 Los covenanters son los miembros de un movimiento religioso

nacido en el seno del presbiterianismo que adoptaron los principios puritanos. Walter Scott habla de ellos en su novela *Eterna mortalidad*.

238 Buda.

239 Predicador fanático en la novela *Eterna Mortalidad* de Walter Scott.

240 Rabino del siglo ii d. C.

241 Comida correcta o apropiada. Se refiere al tipo de alimentos que según los preceptos de la religión judía los practicantes pueden o no pueden ingerir.

242 William Wordsworth (1770-1850), del *Epitafio para un poeta*.

243 Pozo que parece convertir los objetos que entran en él en piedras. Históricamente se les ha relacionado con la magia, pero es un fenómeno natural.

244 Otto von Bismarck (1815-1898), primer ministro de Prusia, logró arrebatar a Dinamarca los ducados de Slesswig y Holstein. Más tarde se convertiría en el primer canciller de Alemania.

245 En la mitología griega, monstruo femenino del inframundo que convertía en piedra a todos los que la miraban.

246 Medida inglesa. Una yarda son 91,44 cm.

247 Robert Browning (1812-1889), poeta y dramaturgo inglés.

248 Torres en las que se encerraba a prisioneros y se les dejaba morir de hambre.

249 *Infierno*, Canto XXIX, 43-4: «Con duros dardos de piedad ferrados, y a mí oído mis manos obstruían».

250 Acaecida el 3 de julio de 1866, permitió un avance considerable en el proceso de la unificación alemana, consolidando la hegemonía prusiana en detrimento del Imperio austríaco.

251 Erina de Telos, poetisa del siglo iv a. C, destinada a hilar ante una rueca toda su vida.

252 Personaje imaginario del mundo medieval que representa un ser mitad mujer mitad serpiente.

253 Receptáculo adherido a la jamba derecha de los pórticos de las casas judías, que alberga un pergamino enrollado con versículos de la Biblia.

254 Uno de los preceptos más importantes de la Torá. «Los atarás como señal sobre tu brazo, y serán un recordatorio entre tus ojos» (Dt 6,8). Consiste en dos pequeñas cajas de cuero unidas a correas de cuero. Cada una de las dos cajas contiene cuatro secciones de la Torá.

255 Referencia a *I due Foscari*, ópera de Verdi.

256 La misma fuerza que sirve para resistirse al amor sirve para hacerlo fuerte y duradero. Y las personas débiles afectadas siempre por pasiones no pueden casi nunca ser llenadas por él.

257 Eósforo: la estrella de la noche, como se conoce a Venus.

Hyperion es el sol. La frase podría leerse como: “brillando como la primera estrella cuando el sol se ha puesto”.

258 “Un rabino judío” (1630), obra del pintor Rembrandt, que luego sería conocida como “Busto de un viejo con un yelmo”.

259 Bestia marina del Antiguo Testamento, a menudo asociada con Satanás.

260 A placer.

261 Género extinto de mamíferos, parientes de los actuales perezosos.

262 En la mitología romana, dios de dos caras.

263 William Browne (1590-1645), poeta inglés. La cita pertenece a la obra *Britannia’s Pastorals*. Libro II. Canción I.

264 Cita del poeta latino del siglo i Aulo Persio Flacco: “[perseguirás en vano el calce que se gira (…) cuando] rueda trasera, corras en el segundo eje”.

265 Los que creen que Dios, contemplando al hombre aun no caído, escogió a algunos para recibir vida eterna, rechazando a todos los demás.

266 Referencia al Duque de *Lucrecia Borgia*. Ver nota 6 del capítulo 45.

267 Henry St John, primer Vizconde de Bolingbroke (1678-1751), político y filósofo inglés, miembro de los Tories.

268 Estructura gramatical hebrea, en la que la raíz de la palabra consta de tres consonantes, que dan un sentido fundamental, mientras que las mutaciones vocálicas cambian el aspecto.

269 *Don Carlos*, ópera de Verdi. La princesa de Eboli es una traidora pero asaltada constantemente por los remordimientos.

270 Se refiere al uso del pronombre “thee” en lugar de “you”.

271 Acto V, escena II, 1-2.

272 Descendiente de Saúl Levi Morteira (1596-1660), rabino de la comunidad portuguesa de Ámsterdam.

273 Ver nota 14 del capítulo 32.

274 Percy Bysshe Shelley (1792-1822), *Los Cenci*. Acto II, Escena II.

275 Región de la Toscana.

276 Barco fantasma, protagonista de una leyenda, en la que es condenado a vagar eternamente por los océanos.

277 Recordar debes tu ciencia, que quiere que cuando es perfecto el ser, más sienta el bien y sienta la dolencia. *Infierno*, VI 106-108.

278 Popular guía de ferrocarriles ingleses, que lleva el nombre de su primer editor.

279 Manto judío para cubrir la cabeza, usado en la oración.

280 Samuel Taylor Coleridge, *La Canción del viejo marinero*, 438-441.

281 *Meditaciones*. Libro XI.

282 Nicholas Breton (1555-1626), poeta y novelista inglés. La cita pertenece a una de sus baladas: “Phillida and Coridon”.

283 La cita original es de Andrew Fletcher of Saulton (1653-1716): «Para aquellos que pueden escribir todas las baladas de una nación, no importa quienes hacen las leyes».

284 William Paley (1743-1805): filósofo y teólogo utilitarista británico.

285 Plinio el Viejo (23-79): Escritor, científico, naturalista y militar romano.

286 *Ricardo II*, Acto II, Escena III, 46-47.

287 Jeremy Taylor (1613-1667). Escritor y eclesiástico inglés.

288 John Milton. *Areopagítica*.

289 Región situada en la frontera entre Jordania y Palestina, cuyos habitantes eran enemigos de los israelitas.

290 Guido Guinizelli (1213-1260): uno de los primeros poetas y más influyentes de su época en lengua italiana.

291 *Deja que llore*, aria de Haendel.

292 Arcángel enviado por Gabriel en busca de Satán en el *Paraíso Perdido* de Milton.

293 Palabra turca para designar a un infiel o a un no creyente.

294 Referencia a Génesis 9,12 en el que Dios hizo una alianza con su pueblo en tiempo de Noé mediante el arco entre las nubes.

295 *Shemá Israel*, una de las principales oraciones judías, en la que se manifiesta su credo en un solo Dios.

296 Relatos que hacían inteligibles ciertos pasajes del Antiguo Testamento.

297 Heinrich Heine (1797-1856). *Lamentations of Romanzero*, epígrafe al segundo libro: «La Fortuna es una mujer de vida alegre, y no le gusta permanecer en el mismo sitio; te aparta el cabello de la frente, y te besa rápidamente y se va corriendo. La señora Desgracia, por el contrario, te aprieta contra su pecho; dice que no tiene prisa, se pone a tu a lado a tejer».

298 Querida, en alemán.

299 Una de las obras que recoge las discusiones rabínicas sobre leyes judías, tradiciones, costumbres, leyendas e historias.

300 Heinrich Heine (1797-1856). *Confesiones*: «Moisés, a pesar de su enemistad por el arte, era, no obstante, un gran artista, y tenía el verdadero espíritu del arte que, como el de sus contemporáneos egipcios, se centraba en lo grandioso e indestructible. A diferencia de los egipcios, que construyeron sus obras con piedra y granito, él construyó pirámides de hombres, esculpió obeliscos de hombres, tomó a un pobre esclavo campesino e hizo un pueblo que duraría durante

cientos de años. Hizo Israel».

301 Referencia a dos de los hijos de Noé: Sem y Jafet.

302 Grupos judíos opuestos; los rabinos consideran prioritaria la tradición oral y en segundo término los textos escritos, mientras que los caraítas solo aceptan estos últimos.

303 Canto IV, 88-90: «Que esta montaña es tal, que siempre al comenzar abajo es ardua, y es menos mala si a subir se atiende».

304 Conflicto bélico entre el Imperio ruso y el Reino de Piamonte y Cerdeña, entre los años 1853 y 1856.

305 John Milton (1608-1674): *Comus*, I, 212-213.

306 Ver nota 16 del capítulo 32.

307 Robert Browning (1812-1889): poeta y dramaturgo inglés.

308 *Corazón, corazón mío*, inicio de la canción *Nuevo amor, nueva vida* de Beethoven.

309 El palio nupcial bajo el cual se realizan las bodas judías.

310 Samuel Taylor Coleridge (1772-1834): *Amor* 1-4.

311 Libro VIII, 608-615.

312 Thomas Gainsborough (1727-1788), pintor de paisajes y retratista inglés.

313 Nombre dado a la mujer de Shiva, en la mitología hindú, la cual se arrojó al fuego cuando Shiva fue insultado por su suegro.

314 John Milton (1608-1674), *Samson Agonistes.*